

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL

SIGLO XIX.

R. 8616

XIV-376

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL SIGLO XIX.

FOR

UNO QUE NO LO ES.



La biografía es el arte de reunir el personal de la historia, de las ciencias, de las letras, de las artes y de la sociedad...

J. NORVINS.

VOL. I.

MADRID,
IMPRENTA DE D. FERNANDO SUAREZ,
PLAZUELA DE CELENQUE, 3.

1842.





JOVE LLANOS.

Personages celebres del Siglo XIX



JOVE LLANOS.

En su persona y en el trato privado ofrecia la imájen que nos tenemos formada de la pundonorosa dignidad y apostura de un español del siglo XVI, unida al saber y esquisito gusto del nuestro.

TORERO. — *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España.* T. II, lib. 8, pág. 112.

Complácese algunas veces la naturaleza en crear génius privilegiados que forman época en su siglo, contribuyendo á su rejeneracion, sin que por eso hayan dejado de tener que luchar contra las preocupaciones, y de haber encontrado una tenaz resistencia en los intereses existen-

(*) El uso comun ha hecho de los dos apellidos uno solo, pero nosotros los usamos separados, como lo ha hecho el Sr. Cean Bermudez, y segun firmaba el Sr. Jove Llanos.

tes. Pero vencedores de aquella lucha, adquieren numerosos partidarios, y se hace inmensa su popularidad, en compensacion de sus poderosos esfuerzos para la reforma de las costumbres y de los abusos.

Entre los españoles ilustres que mas honor han hecho á su patria en estos últimos tiempos, ocupa un lugar distinguido el ilustre personaje cuya biografía vamos á bosquejar, ya se consideren sus virtudes políticas y morales, ya sus altos empleos y destinos, ya su próspera y adversa fortuna, y ya finalmente su vasta instruccion y esquisitos conocimientos en jurisprudencia, en humanidades, en historia, en economía pública, bellas artes y otras ciencias. Los que hayan leído sus eruditas y elegantes obras en estos ramos, especialmente el *Informe sobre la ley agraria*, y los que hayan tenido conocimiento de su probidad, honradez y bondadoso carácter; de su ardiente celo en mejorar y propagar la instruccion de la juventud; de las graves comisiones que le confirió el Gobierno; de su infausto ministerio de Gracia y Justicia; de la injusta persecucion y atroz encerramiento que sufrió en un castillo de Mallorca por espacio de siete años; y por último

de sus trabajos como hombre político en los primeros años de la guerra de la independencia, no podrán menos de apreciar su memoria, ni dejar de mirar con interés cuantas noticias pertenezcan á la vida y hechos de un hombre tan ilustre y digno de perpétua alabanza.

¡Si el honrado ministro de Gracia y Justicia de Carlos IV levantara su noble frente desde el sepulcro en que descansa, y tendiera la vista sobre la España, objeto constante de su celo ilustrado, y viera el estado á que ha quedado reducida la majistratura en nuestros tiempos! ¡si viera las discordias, los odios y desgracias que sobre su patria se han desencadenado! ¡si viera en fin olvidadas todas las máximas de buen gobierno, todos los principios de orden, todas las reglas que para la prosperidad y ventura de su patria, procuró difundir con ilustrado y ardiente celo, retrocedería sin duda espantado; y sumergido en inmensa afliccion, preferiría la paz de su sepulcro á la horrible tormenta que experimentamos.

Tambien él en su época gozó de aura popular; tambien fue perseguido y atropellado por sus sanos principios, y porque mas previsor sin duda

y tal vez mas ilustrado, preveyó los males que á su patria habian de causar la propagacion de ciertos principios, y la falta de observancia de ciertas costumbres nacionales. En el curso de este escrito nos haremos cargo, al paso que narremos los altos hechos, los conocimientos y virtudes, los escritos y padecimientos del Sr. de Jove Llanos, de sus principios políticos para la organizacion de un gobierno representativo en España. Demos ya comienzo á nuestra tarea.

D. Gaspar Melchor de Jove Llanos nació en Enero de 1744 en la villa de Gijon, principado de Asturias, que puede vanagloriarse de haber producido varios varones ilustres, así en las armas como en las letras. Fue su padre D. Francisco Gregorio Jove Llanos y Carreño, rejidor y alférez mayor de la villa y concejo de Gijon, y caballero ilustre de aquel principado, y de Doña Francisca Apolinaria Jove Ramirez, hija del Marqués de San Esteban del Puerto, señora de estremada hermosura y acrisolada virtud y piedad.

La fortuna que no les fue muy favorable en proporcionarles crecidas riquezas, les dió una numerosa prole, pues D. Gaspar tuvo otros cuatro hermanos y cuatro hermanas. Agoviados los

padres con el peso de tan crecida familia , cuidaron sin embargo de darles la educacion cumplida que su paternal solicitud deseaba y que su clase exijia ; y dedicando á los demas hijos á la carrera militar y otras , pensaron destinar á Don Gaspar á la de la iglesia , enviándole al efecto á Oviedo para continuar sus estudios de filosofía en aquella universidad , donde descubrió un talento despejado, y singular penetracion para comprender el oscuro é intrincado método de la escuela scotista. A los trece años de edad fue ordenado de primera tonsura , y obtuvo un beneficio simple , de presentacion de una tia suya , con cuyo auxilio pudo continuar sus estudios , hasta que pasó á la ciudad de Avila , en la cual obtuvo los grados de bachiller y licenciado en cánones, granjeándose por su aplicacion la proteccion y cariño del célebre prelado D. Bernardo Velarde y Cienfuegos , el cual descubriendo en él las mas brillantes disposiciones , y para que aquel gran jénio no quedase sofocado en la oscuridad y se pudiese desplegar con lucimiento en teatro mas público y respetable , le trasladó á la universidad de Alcalá de Henares , proporcionándole una beca canonista con voto en el insigne colejio mayor de

San Ildefonso. Grande fue el sentimiento de sus compañeros que se vieron privados de este modo de su dulce trato y amabilidad. Allí continuó D. Gaspar sus actos escolásticos substituyendo varias cátedras, y siendo nombrado colejial mayor en 1764, á los veinte años de edad, hasta que en 1766 se resolvió á hacer oposicion á la canonicia doctoral de Tuy.

Detúvose en Madrid á recoger las cartas de recomendacion que consideró necesarias para aquella empresa; y cuando se preparaba ya para marchar á Galicia, sus muchos y buenos amigos y parientes (entre los que se contaba su tío el duque de Losada, sumiller de Corps) considerándole mas á propósito para la majistratura, por su talento despejado, su instruccion, sus prendas personales, y otras circunstancias que indicaban que podria ser útil al bien del Estado, de la nacion y de él mismo, le obligaron á desistir de su intento de continuar la carrera eclesiástica: desde aquel momento se puso la mira en una de las plazas de alcalde del crimen que habia vacantes en las Audiencias de la Península.

No era tan fácil entonces como ahora conseguir una toga. Dos veces consultó la Cámara

de Castilla, y hasta en la segunda y por influjo de sus muchas relaciones, no pudo obtener Don Gaspar en octubre de 1767 una plaza de alcalde de la cuadra de la Real Audiencia de Sevilla, distincion muy singular en aquella época para un jóven de veinticuatro años, edad en que apenas podia tener grandes conocimientos prácticos en jurisprudencia; pero era ya conocida su probidad, y su talento le recomendaba cumplidamente. Hubo sin duda intriga ó influjo en su nombramiento; pero feliz influjo el que proporcionó un resultado escelente, empleando y poniendo en evidencia á un jóven de tan distinguidas prendas.

Todos los tiempos tienen sus ridiculeces; pero era al menos mas respetable é inspiraba mayor consideracion la peluca que usaban en aquella época los majistrados, que las greñas, barbas y bigotes que usan muchos de los del dia, y que mas que majistrados respetables les hacen aparecer como guerreros ó como elegantes petimetres entregados á toda la veleidad de la moda. Fue Jove Llanos á tomar las órdenes del Conde de Aranda, presidente del Consejo á la sazón, quien reparando en la gallarda figura y el her-

moso pelo que adornaba la cabeza del jóven magistrado ; y mirándole con atencion le dijo: «¿ con que V. estará ya prevenido de su blondo pelucon para encasquetársele como los demas golillas? Pues no Señor : no se corte V. el pelo ; yo se lo mando. Haga que se lo rizen en la espalda como á los ministros del Parlamento de Paris , y comienze á desterrar tales zaleas , que en nada contribuyen al decoro y dignidad de la toga.» Este fue el oríjen y la causa de haber sido Jove Llanos el primer magistrado que se presentó sin peluca en los tribunales. En aquellos tiempos , una órden , aunque verbal del Conde de Aranda , era demasiado respetable para no ser obedecida.

Las jentes , que la ignoraban , murmuraron , como suelen cuando ven alterar los usos y costumbres antiguos , contra D. Gaspar , cuya figura y prendas personales contribuyeron no poco á hacer sospechar que era el autor de aquella novedad. Era Jove Llanos de estatura proporcionada , de cuerpo airoso , cabeza erguida , blanco y rojo , ojos vivos , piernas y brazos bien hechos , pies y manos como de dama , y pisaba firme y decorosamente por naturaleza , aunque algunos creian que por afectacion. Era limpio y aseado

en el vestir, sóbrio en el comer y beber, afable en el trato, y elegante en la conversacion; hermanaba con todas estas prendas la de ser religioso sin fanatismo, estudioso antes de dar un parecer, pero enérgico en sostenerle; agradecido con sus protectores, constante en la amistad, y dotado de un ánimo jeneroso que olvidaba las injurias dirigidas únicamente á su persona. Tales eran la figura y prendas del jóven majistrado cuando llegó á Sevilla, precisamente en dias de Semana Santa, por lo que llamó mas la atencion del pueblo el verle con el traje de toga sin peluca, ostentando su hermoso y bien rizado pelo, su aire noble, y su gallarda presencia. El nuevo Alcalde era objeto de la conversacion de todos, y señaladamente entre los abogados, relatores, escribanos y demas dependientes del tribunal, que al verle tan jóven le creian accesible á sus desig-nios. Mas su trato afable, los obsequios que la nobleza le dispensaba, su porte y entereza, tardaron poco tiempo en horror las primeras ideas del público y en desengañar á los curiales.

Muchos y meritorios fueron los trabajos con que el jóven D. Gaspar se distinguió en la Audiencia de Sevilla, tanto en la Sala del crimen

como en la civil á que ascendió despues; alternando aquella importante obligacion con el continuo estudio de las ciencias políticas y económicas, y de la literatura; concurriendo á empaparse mas y mas en estos conocimientos á la tertulia del Asistente de aquella ciudad D. Pablo de Olavide, y siguiendo ademas importante correspondencia con los primeros hombres políticos de la nacion.

Hemos dicho que no podia tener gran práctica en la jurisprudencia, entendiendo por tal el conocimiento de las fórmulas del foro, que jamás han sido muy sencillas en España; pero como era incansable en el estudio, y como en él la larga lectura iba acompañada de penetracion y discernimiento, en breve llegó á ser mas práctico que los que llevaban muchos años de carrera; y como tenia suma facilidad en escribir, apenas se redactaba escrito alguno de consideracion en que él no trabajase. Lleno de humanidad, conoció cuan horrible era la prueba del tormento, entonces aun vijente, y la templaba en cuanto estaba de su parte. Conoció tambien que las cárceles en vez de ser un castigo, debian ser solo un sitio destinado para la seguridad de los presuntos reos, y por lo tanto hacia que fuesen tratados en

ellas con caridad verdaderamente evangélica. Por entonces se vió en el tribunal la famosa causa de Castañeda, asesino de su mujer embarazada. Presumían muchos que Jove Llanos daría muestras en su dictámen de un carácter enérgico y justiciero; y sin embargo, de lo que las dió fue de un tacto fino y de una filosofía pocas veces sentada como base de un parecer fiscal: atribuyó el delito á un frenesí de zelotipia de que probó estar poseído. Muy luego pasó á ser oidor en el mismo tribunal, y esta vez no fue la intriga la que le valió el ascenso, sino su mérito superior comprobado ya. En esta época fue cuando pensó en reformar sus estudios, y en dirigirlos al filantrópico fin del bien de sus semejantes. Entonces palpó las contradicciones que á veces existían entre las leyes y las costumbres, y fue cuando escribió su famosa comedia intitulada *El delincuente honrado*, á la cual puso el epígrafe siguiente, que encierra toda la moral del drama: «*Es una cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.*»

Así empleaba los ratos de ocio que le proporcionaban los dias feriados, que eran muchos en aquella época, sin faltar jamás á sus obligaciones.

Dedicábase tambien á la poesia , considerando este ramo de las humanidades como uno de los que deben entrar en el plan de la instruccion pública , y como parte no pequeña de la erudicion y literatura española. Entonces compuso tambien la tragedia *Pelayo*, que salió como era regular , con los defectos que debian esperarse de un jóven inesperto. Su juicio y su talento se los hicieron conocer : la dejó dormir dos años ; volvió sobre ella en 1771, y acabó de correjirla en el de 72. Quisieron sus amigos que la imprimiese , y se resolvió á ejecutarlo en 1773 , para lo cual escribió un prólogo en que esponia los motivos que habia tenido para su publicacion y para seguir el gusto y estilo de los franceses. Acompañaba ademas una larga y erudita disertacion sobre la existencia de D. Pelayo, que habia escrito con motivo de satisfacer á las dudas que acerca de esta misma existencia manifestara D. Gregorio Mayans en la defensa del Rey Witiza que acababa de publicar en Valencia. Todo estaba pronto para imprimirse, y sin embargo no se verificó , á pesar del empeño de la amistad , por el miedo que tenia á las tragedias, y la desconfianza con que leia la suya. Deseaba sin embargo verla representar, pero la

consideracion de que entregar la copia á los cómicos era lo mismo que darla á la imprenta, como lo habian hecho en Barcelona con *El delincuente honrado*, sin su consentimiento, le separó enteramente del intento. Consiguiólo no obstante en 1782, haciéndola representar por aficionados en Gijón; y sin embargo de los muchos aplausos que tuvo y del buen desempeño de los actores, ni aun con esta prueba se determinó á imprimirla.

Otra tragedia emprendió Jove Llanos con el título de *Los españoles en Cholula*. Llegó hasta el tercer acto de los cinco de que debía constar; pero sus graves ocupaciones, y la desconfianza que tenia de sí mismo en este género de composiciones, nos privaron de otro drama, que acaso hubiera escedido en mérito al *Pelayo* por haberle principiado en mejor tiempo, en edad mas madura, y con mayores conocimientos del arte. (*)

A mediados de agosto de 1778 se recibió en Sevilla con sentimiento universal la noticia de haber sido ascendido el Sr. Jove Llanos á Alcalde de casa y córte, y él mismo vertió lágrimas al

(*) Véanse las *Noticias anatómicas* de las obras de Jove Llanos, por D. Juan Agustín Cean Bermúdez. — Madrid 1814. *Obras de Jove Llanos*, por D. Wenceslao de Linares y Pacheco. — Barcelona 1810.

separarse de aquella hermosa ciudad. A su llegada á Madrid, recibió las visitas de todo lo mas lucido de la corte, que miraba ya en él uno de los hombres mas ilustres del pais; distinguiéndose entre los que se esmeraron en agasajarle el fiscal del Consejo D. Pedro Rodriguez Campomanes, por cuyo medio hizo conocimiento con los hombres mas instruidos de la capital, y entre ellos D. Francisco Cavarrús, con quien estrechó D. Gaspar una íntima y constante amistad. La Sociedad Económica Matritense, la Academia de la Historia, la de la Lengua y la de Nobles Artes de San Fernando, se apresuraron tambien á abrir sus juntas al gran político y literato, y en ellas comenzó aquella série no interrumpida de trabajos que ilustran las memorias de dichos cuerpos, y que tanto habian de realzar su merecida reputacion.

Seguíase por aquel tiempo el voluminoso expediente formado en el Consejo de Castilla sobre Ley Agraria, y acerca del cual habian escrito diferentes Memorias varios vocales de la Sociedad de Amigos del pais de Madrid; pero habiendo presentado el Sr. Jove Llanos, que era uno de ellos, el plan que debia seguirse para trabajar el

informe pedido por el Consejo , quedó encargado de realizar tan árduo trabajo. Aquel informe, obra no de un dia sino de muchos años , pues no se publicó hasta 1795 , es sin duda alguna uno de los trabajos literarios que mas honran á su autor , pues parece imposible pudieran hallarse reunidas en tan temprana edad, tantos y tan profundos conocimientos , tan clara comprension, tan maduro juicio y tanta lójica: su obra realzó mas y mas el concepto que de su elevado mérito se tenia formado , é hizo su nombre famoso en Europa y en América. La Academia de la Historia le confirió muchos encargos y comisiones, y escribió la *Memoria sobre las diversiones públicas* que se encuentra en sus obras.

Vivia Jove Llanos en la mayor amargura, deseando dejar el destino que ejercia , tan contrario á sus pacíficas inclinaciones y humano carácter, cuando en 1780 fue nombrado Consejero de las Ordenes Militares; nombramiento que causó la mayor satisfaccion á D. Gaspar , porque le quitaba la odiosa y pesada carga de Alcalde de corte , colocándole en un Consejo tan ilustre. Una de las primeras y honrosas comisiones que se le confirieron , fue la de visitar el convento de San Marcos

de Leon , y de autorizar con su presencia la solemne eleccion de Prior ; marchó á dicha ciudad , y en el camino tuvo el placer de ver salir á su encuentro á D. Juan Melendez Valdés , con quien desde Sevilla habia seguido una larga correspondencia literaria. Pasó desde allí á su pais para desempeñar otras comisiones , y seria demasiado prolijo enumerar los beneficios que D. Gaspar hizo al mismo y al reino de Galicia, que tambien recorrió , dando impulso á las obras de pública utilidad , visitando y describiendo detenidamente sus caminos, monumentos y establecimientos científicos , y hasta fomentando el amor á las bellas letras y al teatro , pues entonces fue cuando , como hemos dicho, permitió representar su tragedia del *Pelayo*.

De regreso á Madrid , y despues de haber informado sobre el desempeño de sus varias comisiones , continuó trabajando incansablemente en el Consejo de las Ordenes y en las varias Academias y Sociedades de que era individuo , pronunciando en ellas discursos famosísimos , entre otros el de *distribucion de premios de la Academia de San Fernando* , el de la *recepcion en la Academia Española* , el pronunciado en la Junta de Co-

mercio sobre *la libertad de las artes en España*, y otros muchos de no menor mérito; alternando tan sérios trabajos con la composicion de varias de sus poesías sueltas, y de sus famosas sátiras.

La vida de Jove Llanos puede dividirse en dos grandes épocas, feliz y afortunada la una, y llena de sinsabores la otra. Puede decirse que hasta la muerte de Carlos III, vió aumentarse progresivamente su fama, y fue dichoso; mas no asi desde principios del reinado de Carlos IV, pues entonces, si bien fue siempre en aumento su crédito, principiaron sus desgracias, pues le alcanzó una parte de la en que habia caido su íntimo amigo el Conde de Cavarrús, y á consecuencia de ella fue políticamente desterrado de la córte, pasó á Salamanca bajo el pretesto de visitar y arreglar los colejos mayores, y luego á Asturias donde fijó su residencia durante once años, los mas felices acaso y mas útiles de su larga y laboriosa vida. Colocado en la villa de Gijon como un jénio benéfico é infatigable, al paso que instruia á sus paisanos en los medios necesarios para sus adelantamientos, influia con el Gobierno para apartar los obstáculos que á ello se oponian; visitaba las minas de carbon de piedra, é

impulsaba su elaboracion ; trazaba caminos , levántaba murallones contra las olas y embates del mar ; creaba establecimientos de instruccion y beneficencia , y principalmente el famoso *Instituto Asturiano* , cuya memoria ha quedado para siempre asociada á su nombre ; desempeñaba frecuentes comisiones del Concejo ; recorria las provincias de Leon , Zamora , Astorga , Salamanca , Valladolid , Valencia , Búrgos , Rioja , Santander , y las tres Vascongadas , estudiando sus leyes , sus costumbres y su aspecto físico , y consignando todas sus observaciones en multitud de escritos.

Desde aqui principian las desgracias de Jove Llanos , pues aunque algunos las cuentan desde que salió desterrado á Gijon en 1790 , jamás , como hemos dicho , fue mas dichoso , ni vivió mas contento. De aquella tranquila y provechosa residencia fue arrancado impensadamente en 1797 ; el Gobierno conocia su mérito , pero se habia declarado su enemigo irreconciliable el Príncipe de la Paz ; llegó una época en que conoció este que debia hacer algun sacrificio á la opinion pública ; y disipadas las nubes que oscurecian el cielo cortesano , y reintegrado en el favor el Conde de Cavarrús , recibió el Sr. Jove Llanos despa-

chos del Príncipe de la Paz, en que le encargaba varios informes; y cuando se preparaba á evacuarlos, se halló sorprendido con la noticia de haber sido nombrado Embajador á Rusia. Los que con buena intencion contribuyeron á arrancarle de su retiro para elevarle á mas alto y distinguido destino, le precipitaron en la cima de las pesadumbres, de las persecuciones, y de todos los males que le acompañaron hasta el sepulcro. Gran sorpresa le causó su inesperado nombramiento, pero solícito por el bien de sus conciudadanos, se dirijia á la capital, y todavía duraban en el pueblo de Gijon los regocijos y alegría que inspiraba la elevacion de su protector y padre, cuando llegó la noticia de haber sido nombrado Jove Llanos Ministro de Gracia y Justicia; nombramiento que estendiéndose rápidamente por toda la nacion, pareció anunciar una época de ventura.

Al llegar al puerto de Guadarrama se encontró Jove Llanos con el Conde de Cavarrús que habia salido de Madrid á su encuentro, y le informó de las interioridades de Palacio, de las intrigas cortesanas, del mal estado de los negocios, y le refirió lo que habia precedido á su

nombramiento de Embajador y Ministro. Que dueño de la confianza de Godoy, le pronosticó con claridad y firmeza su inevitable ruina, semejante á la de D. Alvaro de Luna, sino buscaba prontamente dos sugetos de ciencia, probidad y reputacion, que le dirijiesen y ayudasen á restablecer el Reino y su opinion, proponiéndole á él y á Saavedra. Que la Reina le habia desechado, resultando de ello el destinarle á Rusia para no verle; el modo como insistió sobre su primera propuesta para Ministro de Gracia y Justicia, volviendo á intimidar al Príncipe con la amenaza de su indispensable caida; y cómo dispuso este que el Rey le nombrase, á lo que hubo de condescender la Reina, aunque contra su voluntad, por no descontentar á Godoy.

Estremecióse Jove Llanos con aquella relacion, y determinó regresar á Asturias desde allí, sin entrar en la córte; pero tanto le instó el Conde, esponiéndole las fatales consecuencias de aquel paso, que se resolvió á sacrificarse por su patria y á probar cuantos medios estuviesen á su alcance para el bien de sus conciudadanos. A la mañana siguiente pasaron al Escorial, y apeándose en la casa del Ministerio, tuvo allí una

larga conversacion con Cavarrús y Saavedra, en que les decia: « Todo amenaza una ruina próxima que nos envuelve á todos. Crecen mi confusion y afliccion de espíritu... El Príncipe (de la Paz) nos llama á comer á su casa: vamos mal vestidos. A su lado derecho la Princesa: al izquierdo, en el costado, la Pepita Tudó: este espectáculo acaba mi desconcierto: mi alma no puede sufrirle. Ni comí, ni hablé, ni pudo sosegar mi espíritu.» Huyó de alli y estuvo en su casa toda la tarde inquieto y abatido, y por la noche pasó á la Secretaría de Estado; alli tuvo una acalorada conversacion con Cavarrús y Saavedra sobre su repugnancia, retirándose despues á su cuarto, donde pasó la noche sin dormir.

Recibióle bien la Familia Real, y aun el mismo favorito; pero en breve cambió de aspecto la escena. Llovian de todas partes felicitaciones á S. M. por haber nombrado Ministro á Jove Llanos, cosa que Godoy no podia ver sin un interior despecho; y asi fue que desde aquel momento se juró la pérdida del que era objeto idolatrado de la estimacion pública. Aumentóse esta con el teson y la enerjía con que luchó Jove Llanos contra cuantos obstáculos se oponian á

sus ideas de rejenecacion y buen orden; en union con Saavedra , hizo al Rey representaciones llenas de entereza, manifestándole el origen de todas las calamidades públicas. Fue tal su efecto, que entusiasmado el Rey, corria á contar á la Reina cuanto le referian , y esta todo lo apoyaba y celebraba , al paso que lo sentia en su corazon, pues preveia que el término á donde se dirijian aquellas exposiciones , era la ruina de su favorito, como causa principal de los males que se intentaban remediar. ;Triste situacion la en que habia llegado el pais, y cuyas consecuencias han sido tan trascendentales, causando los trastornos y desgracias que despues se han experimentado!

Viendo Godoy el descontento del Rey y el horror con que le miraba, se halló en la precision de renunciar la Secretaría de Estado que hacia ya tiempo despachaba. Entonces era, segun algunos, la ocasion de haber acabado con el Príncipe de la Paz ; pero la honradez y gratitud de aquellos dos virtuosos Ministros, creyeron suficiente separarle de los negocios para poder hacer el bien de la nacion ; y lo consiguieron con un decreto en que se llenaba al favorito de honores y distinciones. No correspondió la gratitud á aquella

jenerosidad; antes al contrario, se buscaron modos eficaces para deshacerse de aquellos dos celosos Ministros. Atacado Saavedra por una enfermedad aguda, no pudo seguir en el despacho; y aunque Jove Llanos estaba mejorado de los cólicos que le acometieron en el Escorial, y que habian tomado mayor incremento en Aranjuez, se halló un pretesto, que manejado por la calumnia con todas las artes y recursos que dictaban la envidia y el temor, produjo el decreto de exoneracion de su Ministerio en 15 de Agosto de 1798, á los nueve meses y siete dias de haber tomado posesion de él. Asi se consiguió lo que tanto se deseaba, quitando al reino dos apoyos que le hubieran sostenido en su decadencia, dándole vigor y prosperidad, y evitando tal vez los grandes males que mas adelante sobrevinieron.

Tal es la compendiada historia del corto Ministerio de Jove Llanos; pudiendo asegurarse que en tan poco tiempo y en medio de una aguda enfermedad, de angustias, estorbos y persecuciones, procuró la seguridad y sosiego de los que hasta entonces habian vivido en destierros y prisiones; el pronto despacho de los negocios, la libertad de poder disponer los dueños de sus casas

y haciendas; el abrigo de los literatos, y el amparo de los huérfanos y viudas: promovió la instrucción pública en una larga y sábia esposicion que hizo al Rey sobre este interesante objeto: la proteccion de las artes, del comercio y de la industria: el libre fomento de la agricultura; y en fin cuanto le dictaron sus luzes, su celo y su insaciable amor por el bien público para que la nacion prosperase.

Destituido Jove Llanos del Ministerio de Gracia y Justicia, se le nombró Consejero de Estado con el sueldo correspondiente, y se le confinó á Asturias á seguir las comisiones que habia tenido anteriormente. Despidióse del Rey y de la Reina, manifestándole aquel que quedaba satisfecho de sus servicios, pero que tenia muchos enemigos; y esta, que ninguna parte habia tenido en su exoneracion. Pasó á tomar las aguas de Trillo; y por último se trasladó á Asturias, donde se entregó con ahineo al fomento de su amado Instituto, y demas establecimientos de su creacion. Tambien en esto quedaron desvanecidas sus mas gratas esperanzas. En 1801 se esparcieron por Asturias varios ejemplares del *Contrato social* de Juan Jacobo Rousseau, en castellano, impresos en

Lóndres en 1799, con algunos elojios hechos á Jove Llanos por el traductor. Escribió al Ministro de Estado la novedad, se le contestó que recojiese los ejemplares que pudiese, y no habiendo podido lograrlo de ninguno, lo avisó. El resultado fue prevenirle que se abstuviese en adelante de escribir á ningun Ministro; y poco tiempo despues descargó sobre su cabeza la horrible tempestad. Oigamos como la pinta el mismo Jove Llanos en su representacion dirigida desde la Cartuja, en la Isla de Mallorca, el 24 de Abril de 1801.

«Sorprendido en mi cama al reyar el dia 13 de Marzo último por el Rejente de la Audiencia de Asturias, que á nombre de V. M. se apoderó súbitamente de mi persona y de todos mis papeles; sacado de mi casa antes del amanecer del siguiente dia, y entre la escolta de soldados que la tenian cercada, conducido por medio de la ciudad y pueblos de aquel Principado hasta la capital de Leon; detenido allí, y recluso en el convento de Franciscanos descalzos por espacio de diez dias, sin trato ni comunicacion alguna; llevado despues entre otra escolta de caballería, y en los dias solemnes de nuestra relijion, por las provincias de Castilla, Rioja, Navarra, Aragon

y Cataluña, hasta el puerto de Barcelona; entregado allí al Capitan jeneral, y de su órden nuevamente recluso en el convento de Nuestra Señora de la Merced; y finalmente, como si se quisiese dar un ejemplo de rigor en mí, ó como si ya no fuese digno de pisar el continente español, embarcado en un correo, trasladado á Palma, presentado á su Capitan jeneral, y conducido al destierro y confinacion de esta Cartuja, he sufrido con resignacion y en silencio por espacio de cuarenta dias, todas las fatigas, vejaciones y humillaciones que pueden oprimir á un hombre de honor: he pasado por el bochorno de aparecer como reo en medio de mi nacion que me vió llevar con escándalo á mas de doscientas leguas de mi domicilio, y arrojar á esta parte de sus mares; y por fin estoy padeciendo en una vergonzosa reclusion las mas crueles privaciones, sin que hasta ahora se me haya notificado órden alguna, ni hecho saber cual puede ser la causa de tan duro é ignominioso tratamiento. »

Habia dirigido la anterior representacion á su amigo y apoderado D. Juan Arias de Saavedra, á quien el Marqués de Valdecarzana, Sumiller del Rey, y primo de Jove Llanos, habia ofrecido

entregarla á S. M.; pero habiéndola recibido no se atrevió á presentarla. No teniendo en Madrid otra persona de su entera confianza, determinó entender otra representacion, en 8 de Octubre de aquel año, y enviarla con copia de la anterior á su capellan D. José Sampil, que habia quedado en Gijon cuidando de su casa y haciendas, para que pasase á la córte á proporcionar el modo de ponerlas en manos de S. M. Averiguáronlo los agentes del Gobierno, y los satélites de Marquina prendieron á Sampil al entrar en Madrid, le condujeron á la cárcel de la Corona, donde le molestaron con amenazas y malos tratamientos por espacio de siete meses, y le llevaron despues á Oviedo con la precision de presentarse todos los dias al reverendo Obispo. Igual tratamiento tuvo en Barcelona D. Antonio Arango, mayordomo del Marqués de Campo Sagrado, por haber hallado entre los papeles de Sampil una carta suya, y creer que podia haber tenido parte en la direccion de las representaciones; pero no habiendo resultado ningun indicio, se le puso en libertad despues de cuatro meses y medio de rigurosa prision.

Ocupábase Jove Llanos en aquella reclusion en hacer obras útiles á la Cartuja de Baldeanuza,

y entreteniéndose en el estudio de la botánica, viendo con desprecio la vanidad del mundo y sus deleznales atractivos, cuando fue arrancado de aquel retiro el día 5 de Mayo de 1802, y llevado con estrépito y en medio de tropa al castillo de Bellver, situado en un alto cerro á media legua de la capital de aquella Isla.

Fácil es conocer que el motivo de aquella traslacion fueron las representaciones encontradas en poder de Sampil; pero el del rigor y mas estrechez con que fue tratado despues, dimanó de la imprudencia de un sugeto desconocido, que condolido de la dura situacion de Jove Llanos, sin contar con él, sacó una copia en Madrid de las dos representaciones, y la presentó al Rey.

El día 14 de Octubre en que se celebraba el cumpleaños del Principe de Asturias, señalado para celebrar tambien su boda, y en el momento en que la plaza principal de Mallorca y los buques de su puerto empavesados anunciaban aquella solemnidad con salvas de artillería, subian el alto cerro un nuevo destacameneo para relevar al antiguo, y un nuevo gobernador para reemplazar al que antes mandaba el castillo de Bellver. Llegó entonces á tal punto el encono y rabia

del Gobierno, que olvidando los sagrados derechos de la humanidad, no permitió á Jove Llanos el auxilio y desahogo que necesitaba en la enfermedad que padeció de resultas de la inflamacion de una parótida, de la dolorosa operacion de abrirla, y de una larga y molesta curacion. Siguióse á aquella dolencia un principio de cataratas, para cuyo remedio convinieron los médicos en que eran necesarios los baños de mar. Se los concedió el Gobierno, pero en medio del paseo público, y con tan ignominiosas precauciones, que le presentaban á la vista de las jentes como un espectáculo de lástima y de desprecio. Indignado el pundonoroso Jove Llanos, prefirió quedar ciego á sufrir la vergüenza del público; pero al fin se le permitieron los baños en lugar mas retirado, aunque con las mismas prevenciones, y desde entonces consiguió con ellos algun alivio, y con el paseo que daba con este motivo por las tardes, debido mas bien á la reflexion del General de la Isla que á la sensibilidad de sus fieles enemigos.

Lejos de entregarse Jove Llanos á su dolor jimiendo por su desgracia, y de abatirse por tantos años de crueles padecimientos, los pasó es-

cribiendo á hurtadillas obras útiles, llenas de erudicion é ingenio, que serán consultadas por mucho tiempo. Las descripciones *del castillo de Bellver, la de la Lonja de Mallorca, la de la Catedral, y su correspondencia*, muestran el temple de su alma y su tranquilidad inalterable en medio de los contratiempos de la vida.

Han estrañado algunos que el Sr. Jove Llanos, durante su larga prision en Mallorca, no se ocupase de algun trabajo histórico de grande importancia, desconociendo la imposibilidad en que su misma situacion le colocaba, para hacerse con los materiales necesarios. Sin embargo estudió detenidamente la historia de aquella isla; y ademas de los escritos de que hemos hecho mención, habia empezado tambien unas interesantes notas para ilustrar la crónica del Rey Don Jaime el *Conquistador*.

En estos entretenimientos pasaba el tiempo sin mas trato que el del centinela y del criado que entraba á servirle. Pero llegaba el momento en que la Providencia permitia que se realizaran los grandes acontecimientos de 1808: en 5 de Abril de aquel año recibió el Sr. Jove Llanos la primera Real orden que se le comunicó despues de

su prision en Asturias, y cuyo tenor era el siguiente: «Excmo. Sr. — El Rey Nuestro Señor D. Fernando VII se ha servido alzar á V. E. el arresto que sufre en ese castillo de Bellver, y S. M. permite á V. E. que pueda venir á la corte. Lo que comunico á V. E. de Real orden para su inteligencia y satisfaccion. Dios guarde á V. E. muchos años. Aranjuez 22 de Marzo de 1808. — El Marqués Caballero. — Sr. D. Melchior Gaspar de Jove Llanos.» Tales y tan lacónicas y mezquinas frases incomodaron á Jove Llanos, pues mas que su libertad le interesaba la restauracion de su honor mancillado. Asi fue que no quiso aparecer en la capital de la Isla, y corrió á esconderse en la Cartuja de Baldenuza, donde pasó la Semana Santa en compañía de aquellos sacerdotes, que le recibieron con muestras de la mas sincera alegria. Desde allí dirigió una representacion al Rey pidiendo se juzgase su causa en un tribunal; pero cuando debia recibirla, ya no existia Carlos IV en el Trono. Embarcóse para el continente y llegó á Barcelona en 20 de Mayo, y allí supo los acontecimientos de Madrid del dia 2, la elevacion de Murat á la Rejencia de España, y la ausencia de la Familia Real. Pasó despues á Zaragoza y se

trasladó á la villa de Jadraque , reuniéndose allí con su especial amigo D. Juan Arias de Saavedra. Considerábase D. Gaspar tranquilo, y confiaba que con el reposo y los aires de la Alcarria conseguiria recobrar la salud del cuerpo y la tranquilidad del espíritu.

Pronto se desvaneció tan halagüena esperanza; al siguiente dia recibió un posta de Madrid con orden de Murat para que inmediatamente se presentase en la corte. A los pocos dias, otro despachado desde Bayona con órdenes de Napoleon para que fuese á sosegar á Asturias, y anunciándole que José le habia nombrado Ministro de lo Interior. De todo se escusó apoyado en el malísimo estado de su salud, y á pesar de las muchas instancias de varios amigos suyos y del mismo Cavarrús, que seguian el partido francés. Restablecido un poco de su salud, recibió otro posta enviado por la Junta jeneral del principado de Asturias, anunciándole haber sido nombrado vocal de la Central que iba á establecerse. ¿Qué habia de hacer el hombre que salia achacoso de una reclusion de ocho años, á los 65 de edad? Su entendimiento claro y su ilustrado patriotismo le dictaron la senda que debia seguir. Decidióse

por la causa de España y por la causa del pueblo. Infortunios le esperaban tambien en ella; desgracias y desengaños grandes y tanto mas sensibles, sufriendolos en el último período de una tan noble y trabajada existencia.

Decidido á desempeñar tan penoso encargo, pasó á Madrid á mediados de Setiembre, y conferenció con algunos diputados de otras provincias, con el fin de desvanecer las intrigas de los que se habian reunido en Aranjuez, poniendo á la cabeza de la Junta Central, instalada en aquel sitio, al Conde de Florida Blanca; renunció las dietas de que habian de gozar los diputados, contentándose con el sueldo de Consejero de Estado que disfrutaba. La historia ha apreciado ya los trabajos que Jove Llanos realizó en la Junta para la organizacion del nuevo Gobierno y la convocacion de las Cortes jenerales del Reino, y seria imposible seguirle en ellos. Los principios políticos de Jove Llanos estaban en contradiccion con los de muchos de sus compañeros, pues su intento era dar en las Cortes representacion al clero y á la nobleza, formando con ellos una sola Asamblea separada, á imitacion de la Cámara de Pares en Inglaterra. Creia que no solo era

asequible, sino fácil, aplicar la teoría de su Cuerpo legislativo á la Monarquía de España, y espuso las doctrinas y principios políticos que profesaba, en la elocuente y vigorosa Memoria que dirigió á sus compatriotas en defensa de la Junta Central. Asi pues, ya en aquella época conocia el Sr. Jove Llanos la necesidad de equilibrar y contener el ímpetu de las Asambleas políticas, dando en ellas representación constante á los intereses perennes de la sociedad. Los que le acusaban de querer introducir en España las instituciones inglesas, pugnaban á su vez por poner en observancia en la Península los principios de la Asamblea Constituyente de Francia. Todos convenian en imitar al extranjero en las nuevas instituciones, y solo discordaban en si habian de ser las que habian conducido á la Francia á una anarquía sangrienta, ó bien las que habian elevado á Inglaterra al mas alto grado de prepotencia. Triunfaron por desgracia los primeros en la formación de la Constitución de 1812, y conocidos son los males que á la nación ha causado la adopción de tales principios, desacreditados ya en el día, y sustituidos en la Constitución de 1837 por otros, que sino son los mas á propósito para dar

al Trono toda la estabilidad, y á las instituciones toda la duracion necesaria, distan por lo menos mucho de los que en aquella época se proclamaron. Los trastornos que la España ha sufrido desde aquel suceso, y la adopcion de los buenos principios que en parte ha triunfado despues, justifican la ilustrada prevision del Señor Jove Llanos.

Las opiniones que, como hemos dicho, profesaba Jove Llanos, le atraieron muchos enemigos á quienes no pudieron desarmar sus virtudes, y las manifiestas y grandes pruebas que de su patriotismo habia dado. Sirva entre otros documentos de ejemplo la contestacion dada por Jove Llanos al General francés Sebastiani, cuyo tenor es el siguiente :

«Sr. General: yo no sigo un partido, sigo la santa y justa causa que sigue mi patria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de sus manos el augusto encargo de defenderla y rejirla, y que todos hemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos, como pretendéis, por la inquisicion, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España: lidiamos por los preciosos

67340-2

derechos de nuestro Rey, nuestra religion, nuestra Constitucion y nuestra independencia. Ni creais que el deseo de conservarlos esté distante del de destruir los obstáculos que puedan oponerse á este fin; antes por el contrario y para usar de vuestra frase, el deseo y el propósito de rejenerar la España y levantarla al grado de esplendor que ha tenido algun dia, es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones. Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Eúropa entera reconozcan, que la misma nacion que sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su Rey y de su libertad contra una agresion, tanto mas injusta cuanto menos debia esperarse de los que se decian sus primeros amigos, tiene tambien bastante celo, firmeza y sabiduria para corregir los abusos que la condujeron insensiblemente á la horrorosa suerte que le preparaban. No hay alma sensible que no llore los atrozes males que esta agresion ha derramado sobre unos pueblos inocentes, á quienes despues de pretender denigrarlos con el infame título de rebeldes, se niega aun aquella humanidad que el derecho de la guerra exije, y encuentra en los mas bárbaros enenigos. Pero ¿á quién serán imputados estos males? ¿A

los que los causan violando todos los principios de la naturaleza y la justicia, ó á los que lidian jenerosamente para defenderse de ellos y alejarlos de una vez y para siempre de esta grande y noble nacion? Porque, Sr. General, no os dejéis alucinar: estos sentimientos que tengo el honor de espresaros, son los de la nacion entera, sin que haya en ella un solo hombre bueno, aun entre los que vuestras armas oprimen, que no sienta en su pecho la noble llama que arde en el de sus defensores. Hablar de nuestros aliados fuera impertinente si vuestra carta no me obligase á decir en honor suyo, que los propósitos que les atribuis son tan injuriosos como ajenos de la jenerosidad con que la nacion inglesa ofreció su amistad y sus auxilios á nuestras provincias, cuando desarmadas y empobrecidas los imploraron desde los primeros pasos de la opresion con que la amenazaban sus amigos.»

«En fin, Sr. General, yo estaré muy dispuesto á respetar los humanos y filosóficos principios que, segun nos decís, profesa vuestro Rey José, cuando vea que ausentándose de nuestro territorio reconozca que una nacion, cuya desolacion se hace actualmente á su nombre por vues-

tros soldados, no es el teatro mas propio para desplegarlos. Este seria ciertamente un triunfo digno de su filosofía, y vos, Sr. General, si estais penetrado de los sentimientos que ella inspira, debereis gloriaros tambien de concurrir á este triunfo, para que os toque alguna parte de nuestra admiracion y nuestro reconocimiento. Solo en este caso me permitirá mi honor y mis sentimientos entrar con vos en la comunicacion que me proponeis, si la suprema Junta Central lo aprobare. Entre tanto recibid, Sr. General, la expresion de mi sincera gratitud por el honor con que personalmente me tratais, seguro de la consideracion que os profeso. Sevilla 24 de Abril de 1809.— Gaspar de Jove Llanos. — Excmo. Sr. General Horacio Sebastiani. *

Esta respuesta, digna de la pluma y del patriotismo del autor, fue aplaudida en todo el reino, tanto por su estilo noble y elevado, como porque pintaba los verdaderos sentimientos que animaban, á la gran mayoría de la nacion. (*)

(*) Para mayores detalles, así sobre este punto, como sobre la conducta, opiniones y disgustos del Sr. Jove Llanos en la Junta Central, puede consultarse la interesante obra del Sr. Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España.*

Instalada la primera Rejencia del Reino en 1810, y habiendo depositado en ella su autoridad la Junta Central, el Sr. de Jove Llanos, aflijido su corazon al verse envuelto en las calumnias é improperios que levantaron y publicaron los perturbadores de la tranquilidad pública contra todos los diputados de la Junta Central, luego que los vieron destituidos del mando y gobierno de la nacion, y reducidos algunos á la indijencia, pidió licencia para volver á su casa á recobrar su salud, y que se le señalase para su subsistencia el sueldo á que se le juzgase acreedor. No consintió la Rejencia que se separase ni dejase su plaza de Consejero de Estado; pero le concedió licencia para permanecer en Gijon todo el tiempo que necesitase para cuidar de su salud, desempeñando las comisiones que habian estado á su cargo en el reinado de Carlos IV, con la prevenicion de que recuperada su salud deberia reunirse al Consejo de Estado, *para coadyuvar con sus notorias luces, acreditado celo y acendrado patriotismo á la salvacion de la nacion*; dejando á su arbitrio el no percibir la mitad de su sueldo en beneficio de la patria, como lo habia ofrecido.

Varias dificultades se ofrecian á Jove Llanos

para emprender su viaje; ocho mil reales escasos, único fruto de sus largos y penosos servicios en 42 años, formaban todo su peculio. Al irse á embarcar con su compañero el Marqués de Campo Sagrado en la fragata *Cornelia*, halló á su bordo á otros seis Vocales de la Junta Central que regresaban á Galicia; y como empezase entonces á susurrarse en Cádiz, que todos los que habian sido miembros de aquella Junta huían á su patria, con las riquezas que habian robado en el anterior Gobierno, tan terrible calumnia puso al incorruptible y pundonoroso Jove Llanos en estado de no poder seguir su viaje. El desden y desatentas miradas de la chusma de la fragata, y las noticias de los que iban y venían á bordo desde Cádiz, acabaron de confirmar tan desagradables rumores, que Jove Llanos y Campo Sagrado trataron de destruir, haciendo á sus autores un público desafio en un cartel que dirijieron al redactor del *Diario de Cádiz*, y cuya insercion rehusó la Junta superior de aquella ciudad. (*) Como se susurrase tambien que la misma Junta comenzaba

(1) Véanse la Memoria de D. Gaspar de Jove Llanos y las notas puestas en ella

á dar ciertos pasos contra los de la Central , resolvió Jove Llanos pasar á Cádiz á averiguarlo, pero se lo estorbaron los compañeros por no esponerle á algun desaire ó insulto. En tan amarga situacion , se le ofreció para salir de ella el trasbordarse al bergantin Ntra. Señora de Covadonga, pronto á dar la vela para Asturias , verificándolo con aprobacion y pasaportes de la Rejencia , y destruyendo de este modo las imposturas que los perturbadores habian difundido, de que los ocho Vocales de la Central estaban arrestados en la fragata Cornelia.

Salió al fin de Cádiz el 26 de Febrero de 1810 en el citado bergantin , y arribó el 6 de Marzo á la ria de Muros de Noya , en Galicia , despues de una peligrosa travesía. La primer noticia que alli tuvo fue la de haber ocupado los franceses las Asturias , y posteriormente el pesar de verse incomodado por parte de la Junta principal de Santiago , que mandó reconocer y recojer sus papeles, como si fuese un enemigo de la causa pública.

Peor suerte tuvieron los diputados de la Central que se hallaban en la fragata Cornelia , encerrados en el Castillo de San Fernando , despues de

haber sufrido duros, indecentes é injustos procedimientos en la bahía de Cádiz. Aquellos ultrajes y las calumnias divulgadas por los anarquistas contra los individuos de la Junta Central, escitaron al Sr. Jove Llanos á escribir la Memoria citada en la nota anterior, aprovechando el tiempo y vagar que le proporcionó su larga residencia en Muros.

Libre Gijón del yugo de los enemigos, resolvió pasar á aquella villa, y tuvo la satisfacción de entrar en ella el 6 de Agosto de 1811 á las voces de « *viva el padre de la patria, viva el bienhechor de esta villa y de toda la provincia* » con que le aclamaba el pueblo, y entre el repique jeneral de campanas y el estruendo de la artillería de la plaza. Triunfo honroso, debido al jénio, á la virtud y á los injustos padecimientos, pero que era la última aureola que debía lucir para él. El Instituto Asturiano habia sido profanado durante su ausencia, y al momento pensó en su reparacion, porque para Jove Llanos no habia un momento de descanso cuando de la utilidad de sus semejantes se trataba.

Desgraciadamente no tardaron los franceses en presentarse de nuevo delante de Gijón; Jove Llanos se embarcó precipitadamente en un pequeño ber-

gantín vizcaino, sufriendo una horrorosa tempestad que duró ocho días, al cabo de los cuales pudo arribar con mucho trabajo al miserable puerto de la Vega, en los confines de Asturias, con intención de trasladarse después á una fragata inglesa; pero no habiendo podido salir á la mar por el mal tiempo, que parecia se conjuraba también en contra suya, fue acometido en Vega de una ejecutiva pulmonia, que terminó en dos días su existencia, en 27 de Noviembre de 1811 á los 66 años de edad.

Divulgada inmediatamente por toda España la noticia de la muerte del Sr. Jove Llanos, fue recibida con jeneral sentimiento de la nacion y particular de los tribunales, sociedades y academias científicas; y las Córtes jenerales y estraordinarias, queriendo dar un testimonio público y honrar la memoria de tan ilustre español, por un decreto especial de 24 de Enero de 1812 le declararon *benemérito de la patria*.

La junta de Asturias, reunida entonces en Castropol, envió dos de sus Vocales para asistir al funeral. Sepultóse su cadáver de modo que pudiera ser trasladado á la parroquia de San Pedro de Gijón, al lado de sus padres.

Tal es el ilustre personaje cuya vida hemos bosquejado, dedicada constantemente y con infatigable celo, á la prosperidad de su país y á la ilustracion y progreso de sus conciudadanos. Sus obras hablan por él; y si no puede obtener la reputacion de distinguido poeta, el voto jeneral le presenta como dechado de saber, de buen gusto, de elocuencia, de integridad y de pundonor caballeroso. Sus estensos conocimientos é inmensa erudicion admiraron á sus contemporáneos, y su nombre será prounciado siempre con veneracion y acatamiento por cuantos estimen en algo el título de españoles.







LORD WELLINGTON.

Personages celebres del Siglo XIX

LORD WELLINGTON.

La fortuna ha tratado mejor á Wellington que él á ella.

NAPOLÉON.—*Memorial de Santa Elena*. T. VII, pág. 277.

El día en que terminó la inmensa cuestión de la emancipación católica de la Irlanda, fué un día memorable en los anales de Inglaterra. Aquella medida, que llamaba de repente á dos ó tres millones de hombres á la vida civil y política, ajitó violentamente los espíritus; los periódicos ultra-torys tenían cada mañana un ataque epiléptico; el *Morning Journall* y el *Standard* declaraban que el Rey, firmando el *bill*, firmaba su abdicación; que el papismo, el abominable papismo iba á pasear por todas partes la

tea incendiaria , y que habia llegado para la Inglaterra su postrer día. Casi toda la aristocr acia se indignaba de ver á uno de sus hijos , su esperanza y su gloria , ser el primero en poner una mano profana sobre el edificio venerando del *State and Church* (el Estado y la Iglesia).

Si hubi erais entrado en la C amara de los Lo-res el día 2 de Abril de 1829, cuando la sesion en que fue presentado aquel famoso *bill*, hubi erais visto levantarse del banco ministerial, en medio de los murmullos de los *torys*, un personaje de elevada estatura, con el vestido abrochado hasta la barba, flaco, tieso y seco, con una nariz arqueada, una cara larga en demasía, facciones muy pronunciadas, pero con poca expresion. Su voz era árida, descolorida, sin animacion alguna, pero firme, lucida y precisa; decia que las circunstancias no le permitian oponer una resistencia mas prolongada   los votos de la Irlanda; que la emancipacion era desagradable, pero que lo era mas todavía la perspectiva amenazadora de una guerra civil. El *bill* fue aprobado. Aquel personaje que asi arriesgaba su popularidad, haciendo   despecho una cosa grande, y que acababa, por esta misma cosa hecha á su

pesar, de tener estóicamente la víspera un desafío á la pistola con Lord Winchelsea, anglicano fogoso, era Arturo Wellesley, Duque de Wellington, jefe del Gabinete á la sazón, y en el día, como entonces, el hombre mas ilustre, mas popular, mas territorialmente aristocrático, y sobre todo el mas feliz de Inglaterra. En el escudo de armas del noble Duque se lee esta divisa: *virtutis fortuna comes*. Si el mote fuese cierto, si la virtud y la dicha fuesen siempre compañeras, Wellington seria enormemente virtuoso; pues talvez no hay dos ejemplos de una fortuna tan maravillosa y constante. Noble de corta fecha, su nombre oscurece en el día los nombres mas grandes de las mas antiguas razas normandas. Solo él puede decir que durante veinte años de guerra jamás deshonró sus banderas una dispersion ó derrota; sin ser deudor á la naturaleza de aquella audacia de inspiracion, de aquel fuego sagrado que constituye el jénio, triunfa del mayor jénio moderno; sin una gran capacidad política, lleva á cabo en política lo que no habian podido hacer Pitt, Fox, y Canning. Soldado feliz bajo un Gobierno constitucional, ha tenido el raro privilegio de no tener que luchar jamas contra la

desconfianza, la injusticia ó la ingratitud. El agradecimiento de su país ha igualado, sino ha excedido, á sus servicios; la Inglaterra le ha dado palacios, le ha llenado de millones, y le ha hecho mas grande y opulento que un Rey. Todos los Soberanos de Europa le han enriquecido con dotaciones, colmado de títulos y cubierto de grandes cruces; la Francia misma ha visto aquel nombre fatal inscripto por la mano de un descendiente de Carlos VII, en la lista de sus Mariscales. Enemigo declarado de cuanto lleva el nombre de democracia, ha disfrutado este hombre todos los beneficios de la popularidad, siu hacerle ningun sacrificio. *John Bull* (*) se ha atrevido una ó dos veces á arrojar piedras á sus ventanas; no hizo mas que haerles poner enrejados, y al siguiente dia, *John Bull*, que no puede estar reñido con él mucho tiempo, le aplaudia, dispuesto á castigar al atrevido que osase hablar mal de su héroe. Ultimamente acabamos de ver á la imprenta inglesa enfadarse sériamente porque una Reina de diez y ocho años, con las distracciones muy naturales de los primeros dias de su luna de miel,

(*) Nombre que se da en Inglaterra al populacho.

se había olvidado de preguntar con regularidad por la salud del viejo y apoplético guerrero.

Recorriendo la carrera militar y política del Duque de Wellington, hojeando los doce volúmenes de partes que hizo publicar hace dos años, y que comprenden la historia de sus campañas en la India, en Dinamarca, en Portugal, en España y en Francia, se admira uno de la firmeza, perseverancia é imperturbable sangre fría que le distinguen; tiene uno que confesar que Napoleón ha sido demasiado severo, por no decir injusto, para con él; que si la fortuna le ha protegido mucho, ha sabido sostenerse siempre al nivel de ella; y que si no es uno de aquellos jénios raros que dominan y reasumen un siglo, es por lo menos un gran talento, que ha ganado lejitimamente una buena parte de su gloria.

Arturo Wellesley es el hijo tercero de Gerardo Colley Wellesley, Vizconde de Mornington, cuya familia acababa de ser recientemente ennoblecida en la persona de su padre Ricardo Colley Wellesley, creado Baron de Mornington en 1746. Arturo nació en Dungan-Castle, en Irlanda, el 1.^o de Mayo de 1769; en ese año tan fecundo en que nacieron Napoleón, Sault, Canning,



Chateaubriand, Walter-Scott y tantos otros hombres ilustres de todas clases. Primero fue educado en Inglaterra, en el colejio de Eton; y despues enviado á Francia, á la escuela militar de Angers, que disfrutaba entonces de una reputación bastante grande. A los 18 años, en 1787, entró á servir en clase de abanderado. El crédito que disfrutaba su familia le hizo atravesar rápidamente los grados inferiores; en 1788 era teniente; capitán en 1791, mayor en 1792, y por último, teniente coronel en 1794. Entonces fue cuando hizo su primera campaña en la retirada de Holanda, bajo las órdenes del Duque de York. Encargado del mando de una brigada en la retaguardia, el jeneral en jefe hizo mencion honorífica de él.

En 1796 marchó á la India con su rejimiento, y el año siguiente, habiendo sido nombrado Gobernador jeneral de las posesiones inglesas su hermano mayor, Lord Mornington, despues Marqués de Wellesley, el jóven coronel pudo pronto ejercitar sus elevadas facultades militares en un mando superior; acababa de estallar entonces la guerra entre la Compañía y el famoso Príncipe indio Tipoo-Sayb. Habiéndose proporcionado los

ingleses la cooperacion del *Nizam* (Príncipe) de los Maratas, Wellesley fue colocado á la cabeza de las tropas aliadas, bajo el mando en jefe de Sir Harris. Cuéntase que en una primera y empuñada accion, en el ataque de un bosque fortificado, el mismo hombre que habia de brillar mas adelante por su aptitud friamente intrépida en medio del peligro, se mostró un tanto conmovido del silvido de las balas indias, y se fue muy ajitado á dar parte á Sir Harris del mal éxito de su expedicion. Los biógrafos ingleses que refieren este hecho, no olvidan recordar la historia de Federico II, huyendo del campo de batalla de Mollwitz. Contentémonos con añadir que el jóven Wellesley, vuelto al dia siguiente de su emocion, se apresuró á reparar su derrota apoderándose del malhadado bosque.

El 4 de Mayo de 1799, despues de un asalto de los mas encarnizados, los ingleses se apoderaron de Seringapataam, capital del reino de Mysore; Tipoo-Sayb fue encontrado muerto bajo los escombros, y el jóven Wellesley, uno de los primeros que entraron en la ciudad, quedó encargado de las funciones de Gobernador. Al año siguiente derrotó á un jefe de partidarios, Hon-

Scindiah-Waugh, que habia ido á hacer una correría en el territorio de la Compañía con 5,000 hombres. Tratóse por un momento de dar á Sir Arturo el mando del cuerpo de tropas que salió de las orillas del Ganges á las órdenes del jeneral Baird, para ir á pelear con los franceses en las orillas del Nilo; Wellington y Bonaparte se hubieran encontrado frente á frente quince años antes. Una enfermedad grave le impidió hacer parte de aquella expedicion, que ademas no consiguió su objeto, pues no llegó á Egipto hasta despues de la evacuacion.

La última gran guerra de la India estalló en 1803; los Maratas orientales se sublevaron dirigidos por Scindiah, jefe astuto y diestro, especie de Abd-el-Kader del Indostan, fatigando á los ingleses, atacándolos de improviso, arrastrándolos en su persecucion, y escapándoseles siempre. Sir Arturo fue encargado de alcanzarle y vencerle á toda costa. A fuerza de actividad y perseverancia logró verificarlo en Assye, en el Deccan, el 23 de Setiembre de 1803. El Marata tenia 10,000 hombres de infantería mandados por oficiales europeos, 40,000 caballos y 100 piezas de artillería. Sir Arturo tenia 6 ó 7,000 hombres. La

batalla fue sangrienta y por mucho tiempo disputada; matáronle á Wellesley dos caballos, perdió la tercera parte de sus soldados, pero los enemigos quedaron destruidos. La última y decisiva victoria de *Arqaum* terminó la guerra con la sumision definitiva de Seindiah. Los habitantes de Calcutta erijieron un monumento en honor de Wellesley, el cual fue nombrado jeneral, y creado caballero de la Orden del Baño.

Tres años despues, en 1806, volvemos á encontrar al vencedor de *Assye* y de *Arqaum* ocupado tranquilamente en hacer maniobrar una brigada en una pequeña ciudad de Inglaterra. Sin embargo, Wellesley no estuvo mucho tiempo en inaccion; los habitantes de Newport, en la Isla de Wight, le nombraron Diputado en la Cámara de los Comunes. En el mismo año de 1806 fue cuando se casó con Miss Pakenham, jóven irlandesa, hermana del Conde de Longfort. Con este motivo he oido referir una anecdota, que si es verdadera es característica. Parece que el matrimonio se había tratado antes de ir á la India Sir Arturo, y entonces era un casamiento de inclinacion; en el intervalo, Miss Pakenham tuvo unas fuertes viruelas que dejaron en su rostro

erueles señales; Sir Arturo, á su vuelta, enfriado ya por la ausencia, encontró á su prometida enteramente desfigurada: no pudiéndose ya casar con ella por inclinacion, y no queriendo faltar á su palabra, se casó por deber. Segun dicen, aquella union fue poco feliz.

En 1807, despues de la caida del partido de Fox y de Lord Grenville, fue nombrado Wellesley Secretario de Estado de Irlanda, siendo Virey el duque de Richmond. El jóven jeneral permaneci6 poco tiempo en aquel nuevo destino. Cuando se decidi6 la agresion brutal de la Inglaterra contra la Dinamarca, Sir Arturo fue agregado á la expedicion bajo las órdenes de Lord Cathcart; él era el que mandaba la accion de Kioge, donde fue derrotado el jeneral dinamarqués Linsmar; y despues del bombardeo de Copenhague, tuvo el encargo de recibir la capitulacion de la ciudad. Hasta aqui las grandes batallas dadas en la India por Sir Arturo habian hecho poco ruido en Inglaterra; no estaba aun en primera línea, y solo en este momento, en 1808, principia el brillante período de su vida militar. La España, invadida por Napoleon, se sublevaba por todas partes; el Portugal, ocupado por Junot, principiaba

á sacudir el yugo de aquel Ajax loco y enredador. La Inglaterra, consecuente en su odio contra Napoleon, se apresuró á aprovecharse de la ocasion de una nueva lucha. Sir Arturo Wellesley, que acababa de ser nombrado teniente jeneral, obtuvo el mando de la division que se envió al pronto á la Coruña. Bastante mal acogido por los patriotas gallegos, el jeneral se decidió á dirigirse á Oporto y á desembarcar en Portugal. Un primer encuentro con las tropas de Junot tuvo lugar en Roliça; pocos dias despues, el 21 de Agosto, en Vimiero, Wellesley obligó á Junot á retirarse precipitadamente sobre Lisboa. La repentina llegada al dia siguiente de Sir Hugh Dalrympe, nombrado jeneral en jefe, impidió al vencedor aprovecharse de su victoria. El 30 del mismo mes se firmó la famosa capitulacion de Lisboa, conocida por el nombre de *Convencion de Cintra*, y segun la cual los franceses debian evacuar el Portugal con sus armas y equipajes, y regresar á Francia á espensas de la Inglaterra. Al mismo tiempo que Napoleon manifestaba su desagrado á Junot, la Inglaterra acusaba al jeneral Dalrympe ante un tribunal militar. Sir Arturo Wellesley se apresuró á ir á Lóndres para defender en el Par-

lamento un acto cuya responsabilidad no pesaba sobre él. Dalrymple fue depuesto de su mando, y reemplazado por el mismo Sir Arturo, que regresó a Lisboa el 22 de Abril de 1809. Veremos en otra parte (*) como Sault, que acababa de entrar en Portugal, entregado á sus propias fuerzas y privado de la cooperacion de Victor, fue sorprendido en Oporto por el jeneral inglés, y se vió precisado á retroceder, haciendo la hermosa retirada que admiró al mismo Wellesley, que se acuerda siempre de ella, y la cita aun como una maravilla de táctica.

Evacuado del todo Portugal por los franceses, Sir Arturo recibió la orden de penetrar en España para combinar un plan de campaña con la Junta. Ilega á Almaraz, se reúne con el jeneral español Cuesta, y el 21 de Julio de 1810 da al mariscal Victor y al Rey José la indecisa batalla de Talavera. Por ambas partes se cantó victoria. El Parlamento inglés dió un voto de gracias á Sir Arturo, uniendo á él una pension de *dos mil libras esterlinas*. El Rey le elevó á la clase de Par, con el título de Lord Vizeconde Wellington

(*) Véase la biografía del Mariscal Sault.

de Talavera. Victor tuvo que replegarse sobre Madrid, pero Wellington no pudo seguir adelante. Soult y Ney iban rápidamente sobre él desde Estremadura con fuerzas superiores, y por otra parte Massena entraba en Portugal. Se apresuró á repasar el Tajo para cubrir á Lisboa. Entonces mandó ejecutar las famosas líneas de *Torres Vedras* que se estendian desde el mar al Tajo; atrincheramientos formidables, en que el talento de la fortificación se desplegaba con todo su lujo, y ante los cuales Massena retrocedió espantado.

Poco tardó este último en verse aislado, y no recibiendo de Francia dinero, víveres ni soldados, no pudo sostenerse en Portugal, y verificó su retirada. Wellington volvió á entrar en España, se dirigió sobre Ciudad-Rodrigo, tomándola por asalto á los once dias de abierta la trinchera; igual suerte cupo á Badajoz, y entonces Wellington á la cabeza de un ejército formidable, compuesto de ingleses, portugueses y españoles, entró resueltamente en Castilla, y dió la célebre batalla de los Arapiles, donde derrotó á Marmont, general hábil, pero constantemente desgraciado. Soult, que estaba sitiando á Cádiz, abandonó la Andalucía y llegó precipitadamente, combinando

sus movimientos con el jeneral Souham , sucesor de Marmont ; mientras Wellington , detenido con todo su ejército delante de la ciudadela de Búrgos , por un puñado de hombres mandados por el intrépido jeneral francés Dubreton , vió de repente comprometida su línea , perdió la ofensiva y se vió obligado á retirarse rápidamente sobre Portugal. Napoleon , falto de hombres á causa de la desastrosa campaña de Rusia , dejaba cada dia mas desguarnecida la España. Lord Wellington pasó á Cádiz en 1813 para tratar personalmente con la Rejencia , y entonces se le dió el título de Jeneralísimo de los tres ejércitos combinados de Inglaterra , Portugal y España , y se le confirió un poder supremo.

Entonces principió la brillante campaña de 1813 y 1814 , que es en el dia uno de sus mas bellos títulos de gloria. No es posible seguirle en todas sus operaciones , desde la batalla de Vitoria , tan funesta para las armas francesas , hasta la indecisa victoria de Tolosa. Observaremos sin embargo , y sin que por esto tratemos de rebajar los conocimientos de Lord Wellington , que las circunstancias le fueron extraordinariamente favorables. El ejército francés estaba desmoralizado , disemi-

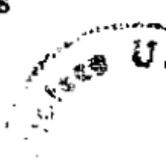
nado y debilitado sin cesar por Napoleon, que sacaba de él los mejores soldados para la lucha terrible que sostenia entonces en Alemania. Los jenerales franceses, libres de la mano de hierro que les sujetaba, les mantenia en la línea de su deber, y les empujaba hádiante, daban rienda suelta á sus rivalidades, obraban aisladamente sin direccion comun, sin unidad, y por lo tanto sin resultado. La impericia de José Bonaparte era poco á propósito para ocurrir á aquellos inconvenientes; y la llegada de Soult, que acudia precipitadamente desde el campo de batalla de Bautzen, lo remedió un tanto; Wellington se encontró enfrente de un estratéjico consumado. Por ambas partes se maniobró con habilidad, pero Wellington, superior en número, pasó los Pirineos. Es inútil repetir lo que hemos dicho en otra parte con respecto á la batalla de Tolosa: contentémonos con añadir, que Wellington confiesa él mismo, con gran candor, en sus partes, que cuando entró en la ciudad, despues de abandonada por los franceses, no encontró en ella mas trofeos que un solo cañon, y aun creemos que desmontado.

Todos los partes relativos á la campaña de

España y Francia, son del mayor interés para apreciar las cualidades particulares del noble Duque, que es un singular hombre de guerra. No es ni un acuchillador intrépido como Murat ó Ney; ni un estratéjico atrevido, lleno de expedientes y de recursos, como Soult ó Massena. Menos es todavía una cabeza épica, fecunda en creaciones gigantescas y repentinas, como Napoleon. Es sencillamente el jeneral mas inglés de los tres reinos. La flemma, la enerjía y la tenacidad se combinan en él en unas proporciones inmensas. Acepta la batalla, pero nunca ó casi nunca la da. Es algunas veces flojo é imprudente en el ataque, pero siempre admirable en la resistencia. Nada le sorprende, nada le turba, nada le conmueve, y es para él tan indiferente el entusiasmo como el desaliento. Se ha observado que en los dos enormes volúmenes consagrados enteramente á operaciones militares, no se halla ni una vez sola la palabra *gloria*. Para Wellington es una palabra sin sentido. Ignora ó desdeña los recursos de la oratoria, y no tiene tampoco la sublime sencillez de Nelson, que una hora antes de la batalla de Trafalgar, se contentaba con decir á sus marinos: «La Inglaterra espera de vosotros

que cada cual cumplirá con sus deberes: » todas las alocuciones del Duque de Wellington pueden reducirse en el fondo á estas palabras, poco mas ó menos: «estais bien vestidos, bien pagados, bien alimentados; el que de vosotros falte á su deber será ahorcado.» Unase á esto la esactitud de un negociante, el amor del órden llevado hasta la minuciosidad, y el respeto mas escrupuloso, hasta por los derechos mas insignificantes que la guerra atropella con tanta frecuencia. Este jeneralísimo de los tres ejércitos forma columnas de cifras como Bareme, y distribuye á cada uno de aquellos cuerpos, al mismo tiempo y con la misma severidad que la reprension ó el elojio, su contingente de capotes, de calzado, de víveres y dinero.

Hay sobre este punto una carta curiosa de Lord Wellington á Lord Bathurst, desde San Juan de Luz, en que el Duque se queja detenida y amargamente al Ministro. El Gobierno, dice, le deja carecer de todo. Le es imposible vencer sin dinero; el ejército está lleno de deudas, y para completar aquel cuadro, añade con un perfecto tono de verdad: «no me atrevo á salir de mi casa á causa de los acreedores que me acosan públicamente, pidiendo el pago de lo que se les



debe.» Recuérdese que Wellington estaba entonces en país enemigo, y mandando cerca de 100,000 hombres; recuérdese como pagaban ciertos jenerales franceses sus deudas en Italia y en España, y tal vez se encontrará algo de extraño en el vencedor que se oculta en su casa para librarse de los acreedores de su ejército.

Después de la abdicación de Napoleon, Lord Wellington pasó á París, pero se detuvo allí muy corto tiempo. Elevado á la clase de Duque (había sido ya nombrado Feld-Mariscal después de la batalla de Vitoria), hizo un viaje triunfal á Londres, y no tardó en ser enviado al Congreso de Viena como representante de la Inglaterra. Los habitantes de aquella capital le acogieron dignamente; M. de Metternich le obsequió á su modo, un tanto parecido al de Catalina de Médicis; y como por su exterior grave y frío, el ilustre guerrero se parece á Enrique IV, y como tiene la debilidad de las grandes almas, y las hermosuras austriacas gustan mucho de la gloria, hizo numerosas y diferentes conquistas. El Congreso *baila y no marcha*, decia el agudo Príncipe de Ligne; y al mismo tiempo estallaba como una bomba la noticia del desembarco de Napoleon.

En Viena apenas podian creer áquel acto , que calificaban de locura , asegurando los mas entendidos que Napoleon pereceria á los primeros pasos. Lord Wellington le conocia mejor á él y á la Francia: « si ha desembarcado , está en París , » dijo á alguno ; y se apresuró á ponerse á disposicion del Congreso, que le nombró jeneralísimo de los ejércitos aliados. En seguida pasó apresuradamente á los Países Bajos , para concertar allí un plan de campaña con Blucher, y triunfar otra vez en el mas mortífero de todos los combates de gigantes que forman la iliada imperial.

Todo el mundo sabe la historia , ó mas bien todo el mundo ha leído una historia de la batalla de Waterloo ; y como por lo menos hay cincuenta de ellas , sin que una se parezca á la otra , no tengo yo gana de ser el cincuenta y un estratégico de gabinete, para discutir si realmente Wellington fue sorprendido en sus cantones ; como lo dice Napoleon , ó si no lo fue , como lo dice Wellington , y después de él Walter-Scott ; si la batalla estaba ganada por los franceses , como lo dice Napoleon ; si estaba indecisa , como lo dice Blucher ; ó ganada por los ingleses , como lo dice

Wellington; si la culpa fue de Grouchy, como lo dice Napoleon, ó si Grouchy no pudo hacer cosa mejor, como lo dicen él mismo y el jeneral prusiano Muffling.

Lo que hay de positivo es que el ejército inglés, inferior en número, sostuvo sin romperse durante cinco horas, segun unos, y siete segun otros, los encarnizados ataques de las primeras tropas de Europa, mandadas por el mayor guerrero de los tiempos modernos. Napoleon mismo dice (*) que los ingleses estuvieron admirables, añadiendo que las disposiciones de Wellington no valieron nada. ¿Pero entonces, cómo se explica, que tropas, por muy valientes que sean, colocadas en una mala posicion, mandadas por un mal jeneral, resistieran un dia entero á las reiteradas cargas de los coraceros de Kellermann, al choque de la guardia vieja, dirigida por Ney, y á las maniobras de Napoleon? Porque al fin es positivo que cuando los prusianos llegaron, cuando Bulow atacó la retaguardia, los rejimientos escoceses se habian dejado hacer pedazos sin perder una pulgada de terreno; las ventajas parciales

(*) Véase el T. VII del *Memorial de Santa Elena*.

conseguidas por los franceses en el bosque de Hougoumont y en la Granja de la Haye-Sainte, habian sido conquistadas de nuevo, tan pronto como perdidas.

Paréceme mas justo y verdadero, no el comparar dos hombres de los cuales el uno es incomparable, pues seria injuriar al mismo Lord Wellington que ha dicho siempre de Napoleon: « es el maestro de todos nosotros, » sino colocar enfrente de aquella águila posada sobre las alturas de la Granja de la *bella alianza*, al leopardo inglés, arrimado á las laderas del *Monte San Juan*. Para aquella la sublime impetuosidad del ataque, para este la fria tenacidad de la resistencia; el Duque de Wellington vió sin pestañear á su estado mayor, menos un solo hombre, caer alrededor de él. Seiscientos oficiales y quince mil soldados muertos ó heridos, cubrian el campo; no hay duda que sin la llegada de Blucher, el ejército inglés, rendido por sus largos esfuerzos y por los ataques reiterados sin cesar, hubiera tenido que retirarse; pero la batalla se hubiera perdido siempre con honor.

Después de la batalla de Waterloo, la influencia de Lord Wellington se aumentó naturalmente;

se adelantaba sobre París con un ejército victorioso, y aunque Blücher no le estaba materialmente subordinado, ejercía sin embargo mucho ascendiente sobre el generalísimo prusiano. Cuando se aproximó á París, todo el partido revolucionario, teniendo á su cabeza á Fouché, recurrió á Lord Wellington, y fue considerado como el árbitro supremo, cuya decision debia influir sobre los destinos de los partidos en Francia. Fouché negoció con mucha actividad con Lord Wellington acerca de la ocupacion de París; y en una conversacion con Luis XVIII, le indicó el noble Lord, que el Ministerio Talleyrand y Fouché era el único que podia realizar la union de los realistas y de los amantes de la libertad. La combinacion de Lord Wellington quedó pronto destruida, y la influencia personal del Emperador Alejandro substituyó á la acción íntima y continua de Lord Castlereagh y de la Inglaterra: el Duque de Richelieu sucedió á Mr. de Talleyrand.

Los acontecimientos que siguieron son demasiado conocidos de todos para que sea preciso detenernos mucho en ellos. Digamos solo en elogio del Duque de Wellington, que despues de la capitulacion de París se opuso con todo su poder

á las brutalidades de Blucher; especie de vándalo que no pensaba más que en fuego y sangre. Nombrado jeneralísimo del ejército de ocupacion, y residiendo como tal en París, dejó escapar el Duque una hermosa ocasion de ser grande: el mariscal Ney, á quien se juzgaba, se dirigió á él invocando el art. 12 de la Capitulacion de París, y la misma mariscalía imploró su apoyo. Lord Wellington contestó que el art. 12, como todos los demas, era solo relativo á la cuestion militar; que su objeto era garantizar las personas designadas en él de las tropas aliadas solamente, pero que no era ni podia ser el de prejuzgar en manera alguna la posicion de aquellas mismas personas con respecto al Gobierno actualmente existente, ó al que debia ser llamado á sucederle. No hay duda que este argumento puede sostenerse, y el caracter bien conocido del Duque de Wellington no permite dudar que lo hiciera de buena fe; pero cuánto mas bello hubiera sido para él, que era entonces omnipotente, desafiar la cólera de Castlereagh, y decir á Luis XVIII: «Tomo á este hombre bajo mi salvaguardia; nos hemos visto muchas veces sobre el campo de batalla, y recientemente aun desafié con intrepidez

el fuego de mis soldados; es un héroe: no quiero que muera de la muerte de los traidores.» Ney se hubiera salvado, y la Europa entera hubiera elojado á Lord Wellington. El ilustre inglés no lo alcanzó; su razon fria y seca se presta poco á las inspiraciones espontáneamente generosas; sus qualidades son negativas. No hace lo que es malo; y cuando hace el bien, es siempre dentro de los estrictos límites del deber. ¿Cómo explicar sin embargo este otro hecho que pesará sobre su memoria? Lord Wellington es considerado con razon, pues jamás lo ha desmentido, como el principal autor del duro cautiverio de Napoleón; se dice que él mismo designó el horrible peñasco de Santa Elena. A su vez el grande Emperador en el lecho de muerte, próximo á comparecer delante de Dios, desciende hasta escribir en su testamento el nombre del individuo que en 1818 habia intentado asesinar á su enemigo. (*) No sé qual de estos dos hechos es mas triste. Al citarlos me he acordado del testamento de Luis XVI

(*) Un fanático bonapartista le disparó un pistoletazo yendo en su coche, pero Lord Wellington no fue herido. Esto sucedía en el momento mismo en que el Duque abogaba porque se disminuyese el ejército de ocupacion.

perdonando á sus jueces, y del *Príncipe negro* sirviendo él mismo á la mesa á un Rey vencido.

Después de la evacuación del territorio francés y del tratado de Aix-la-Chapelle, Lord Wellington volvió á Londres, colmado de honores, y poseyendo una fortuna inmensa. Entonces principió su carrera política; llamado á tomar asiento en la Cámara de los Lores, aceptó el empleo de Gran Maestro de la artillería, durante el Ministerio de Lord Liverpool. Al ascender Canning al Ministerio, fue enviado al Congreso de Verona, donde luchó cuanto pudo contra la intervención de la Francia en España. «En vano se acariciaba, dice M. de Chateaubriand (*), al sucesor de Marlborough para separarle de la política de su país. Era tiempo perdido. Su Gracia, para librarse del fastidio que le causábamos, buscaba en Verona alguna de los *Ursinos* que pudiera escribir al margen de nuestros despachos interceptados: *para casada, que...*»

Habiendo muerto en 1827 el Duque de York, hermano del Rey, Lord Wellington le reemplazó en la dignidad de Comandante en jefe de los ejércitos ingleses; y poco después principió á colimbrarse en la Cámara de los Lores su oposi-

(*) Congreso de Veroni, T. I, pág. 116.

cion contra las tendencias liberales de Canning. Después de la muerte de este último, el débil Ministerio de Lord Goderich, no pudo impedir por mucho tiempo la entrada de los tony's en el poder, y en Enero de 1828 fue nombrado el Duque de Wellington primer Lord de la Tesorería. Sir Roberto Peel fue el orador y el representante de aquel Gabinete en la Cámara de los Comunes. Tory de nacimiento y de corazón, pero tory ilustrado; Lord Wellington consiguió á fuerza de franqueza, dar cierta popularidad á su Ministerio. Arrastrado por el imperio de las ideas, cedía sin disimular sus repulsiones, y sin fingir simpatías que no tenía; pero cedía. Así fue como apoyó el bill de emancipacion, declarándole perjudicial. Así fue como calificó la victoria de Navarino de suceso funesto (*untoward event*). La revolucion de Julio fue un golpe que le conmovió fuertemente, pero no procuró evitarlo. Cuando en 1830 se presentó el bill de reforma, Lord Wellington declaró que combatiría fuertemente todo proyecto de reforma, y á la primera ocasion se apresuró á ceder el puesto al Ministerio Whig de Lord Grey. En 1832 volvió á aparecer un momento en el Ministerio bajo la presidencia de Peel, y se retiró casi al instante.

A pesar de las muchas enfermedades que le aquejan, el viejo soldado no ha dejado de tomar una parte activa en los negocios de su país. Ha hablado en las cuestiones más importantes, siempre con la gravedad y fría razón que le caracterizan.

Hay sin embargo en la conducta del Duque, en los momentos en que escribimos, una contradicción tan manifiesta en sus opiniones como político y su sentimiento del deber militar, que solo puede explicarse por el maquiavelismo del Gobierno inglés, que sean cualesquiera y de cualquiera de los dos partidos que allí se disputan el poder los que lo ocupen, atiendan solo á los intereses de su país. Verificada en España la sublevación de Setiembre de 1840, que arrojó del Trono á la Reina Cristina, y confió la Rejencia del Reino al General Espartero, volvieron en Inglaterra los torys al poder, y el Duque de Wellington á formar parte de aquel Gobierno. A pesar de las tristes consecuencias de tan incalificable trastorno, que no puede justificar la política; que la honradez rechazará siempre, el Gobierno inglés, del cual es parte Lord Wellington, no solo ha aplaudido aquel trastorno, no

solo ha dado distinguidas muestras de aprecio á su jefe y promovedores; y sino que por boca de Sir Roberto Peel ha manifestado en pleno Parlamento que el Gobierno establecido en España despues de la revolucion de Setiembre, era el mejor que habia habido desde la muerte del difunto Rey. Solo, como hemos dicho antes, pueden explicarse por los intereses materiales de la Gran Bretaña; los elogios hechos de la revolucion y de los revolucionarios por el Gobierno tory. Solo asi puede concebirse que un Gabinete en que deben tener alguna influencia los nobles sentimientos de lealtad, y los ríjidos principios de la disciplina militar del Duque, apruebe, elojie y patrocine la deslealtad y la insubordinación. Tal vez cuando vea que no consigue el objeto que á tal contradicción le indujo, vuelva á la observancia de sus principios; pero ni esto borrará su inconsecuencia, ni le librá de la nota de tory ultra revolucionario.

El estado de miseria á que se hallan reducidas en Inglaterra las clases manufactureras; por efecto del impulso dado á la maquinaria y á la fabricacion, y de la falta de suficiente salida para los jéneros, han dado lugar á tumultos y escandalosas escenas promovidas por los operarios pi-

diendo pan y aumento de trabajo. El Gobierno se ha visto precisado á adoptar medidas enérgicas de represion, y á emplear la fuerza armada. El Duque de Wellington ha sido nombrado por la Reina, á pesar de su avanzada edad, Comandante jeneral de todas las tropas de Inglaterra. Seguros estamos que cualesquiera que fuesen los compromisos en que pudieran ponerle las circunstancias y su elevado encargo, jamás faltará á la obediencia como súbdito, á su deber como caballero, ni á su obligacion como militar.

Muchos biógrafos ponen en boca de Madame de Stael que Lord Wellington es un *hombre limitado*. No sé de donde han podido sacarlo, y sospecho mucho que es invencion del primer autor del descubrimiento; además de que las palabras no estan acordes con la opinion de cuantos han visto á Lord Wellington en París, y el entusiasmo bien conocido de Madame de Stael; hace un singular juego con ciertas páginas refulgentes de las *consideraciones sobre la revolucion francesa*, en que se ensalza el noble Duque mucho mas allá de sus méritos. Es evidente que Lord Wellington no es un águila en política, que tal vez sabe mandar mejor un ejército que gobernar una nacion;

pero es también indisputable; que aun así ha desplegado ciertas cualidades de firmeza, de actividad y de elevación que le son propias. Lo que en la guerra, lo mismo que en los negocios, ha formado principalmente la preponderancia de Lord Wellington, es una seguridad imperturbable que no es una fanfarronada, pero que mas bien tiene origen en una especie de fatalismo instintivo; del cual se burlaba Napoleon, al paso que en el fondo lo profesaba por lo menos tanto como César. De ningún modo puedo explicar mejor mi pensamiento sobre este punto, que refiriendo el gracioso dicho de un francés colocado en alto puesto, un día de gran recibimiento en la embajada de Inglaterra, señalando á Lord Wellington: «veis al Duque; decia; luchando denodadamente contra su gota, y esforzándose con su vestido dorado de guardia de los cinco puertos en tomar una postura de Hércules, como lo ha representado Chantrey, en Hyde-Park» pues bien, este personaje tiene tal confianza en su estrella, que si hace seis meses le hubiese dicho alguno: la Reina os espera en Westminster para casarse con vos y con vuestros 72 años, al momento hubiera marchado, ajustándose su cinturón, como un hombre que

va á hacer la cosa mas sencilla y natural del mundo.»

En resúmen, cuando el Duque de Wellington haya muerto, la Inglaterra echará de menos su mayor capacidad militar desde Malborough; y sino pierde en él un gran jénio político, perderá seguramente un gran carácter.







MI. PETERS.

Personages celebres del Siglo

M. THIERS.

Mr. Thiers, no ha sido medido, al nacer, en la falda de una Duquesa.. Medita sin esfuerzos, produce sin agotarse, anda sin cansarse, y es el viajero de ideas mas rápido que conozco.

CORMENIN. — Oradores parlamentarios.

Entrese en la Cámara un dia de gran debate parlamentario, échese una visual á la estrecha jaula, adornada de mármol, que sirve de tribuna, y véase ajitarse en ella á aquel hombre pequeño, que solo descubre la cabeza: tan exigua es su estatura. Aquella cabeza está adornada con un rostro suficientemente feo, un poco jesticulante, pero viva, movible, espresiva, orijinal, y como suspendida á un enorme par de anteojos.

Mientras nuestros *honorables* acaban su murmullo á guisa de estudiantes, examínese el contorno caprichoso de aquellos labios delgados y encojidos como los de Voltaire, por los cuales anda paseándose de continuo la sonrisa mas sutil, mas sarcástica é inquisitorial del mundo.

Por último, se restablece el silencio; el orador va á hablar: escuchese, ó mas bien, si la organización del oyente es un poco delicada y musical, principie por taparse los oidos, y vaya abriéndolos poco á poco, pues la voz que va á escuchar es una de aquellas voces agudas, chillonas, estridentes, que pasmarian á Lablache y harian tiritar á Rubini. Es cierta cosa dudosa, anormal, anfibia, que no es masculina ni femenina, sino mas bien del jénero neutro; y el todo está fuertemente polvoreado con un acento provincial.

Y sin embargo, aquel hombre pequeño, sin exterior, sin apariencia, sin órgano, es nada menos que Mr. Thiers, uno de los personajes mas eminentes de la época; uno de los oradores mas potentes de la Cámara. Aquel pecho débil, tiene acentos escuchados casi siempre con atención, y muchas veces aplaudidos con frenético entusiasmo;

de aquella larinje aflautada, sale una palabra clara como el cristal, rápida como el pensamiento, sustancial y recojida como la meditacion.

Si por ventura se dice ahora que este mismo Mr. Thiers, historiador célebre y periodista influyente, Ministro, Presidente del Consejo, Diputado, miembro de la Academia Francesa, grande oficial de la Legion de honor; y condecorado con todas las Ordenes del mundo; que este mismo Mr. Thiers, colmado hace cerca de diez años de todos los favores de la gloria y de la fortuna, hace apenas diez y seis que era solo un pobre hombre salido de la clase mas ínfima, sin cruz ni blanca, sin nombre, sin figura, sin protectores; sin amigos, espuesto á vejetar oscuramente en una oscura y pequeña ciudad de provincia, sin haber recibido de la naturaleza otra cosa que un gran talento y una no menor ambicion; pero nada de lo que sirve al talento, nada de lo que presta espaldas á la ambicion: si se dice todo esto, no podrá menos de confesarse que Mr. Thiers debe sin duda mucho á la fortuna, pero que tambien es hijo de sus obras; y que ha sido precisas una mirada muy segura, una fuerza de voluntad muy indomable, y una singular tenacidad para as-

cender desde tan bajo, tan alto y tan aprisa.

Mr. Thiers ha tenido furiosos detractores y encomiadores hiperbólicos; los unos le han presentado como el hombre de Estado modelo, el piloto indispensable, el Napoleon del sistema representativo; los otros como un arlequin político, un farsante gubernamental sin moral y sin fe, un Bosco de tribuna; algunos han pretendido que si Bossuet habia podido escribir un libro grande sobre las variaciones de los protestantes, se encontraria fácilmente materia para hacer uno en folio; en las variaciones políticas de Mr. Thiers.

En todo esto hay cosas ciertas y cosas falsas; pasion en favor y pasion en contra. Separar el bien del mal, la lisonja de la maledicencia; disecar y discutir la personalidad política de Mr. Thiers, es cosa demasiado grave y espinosa para que la emprendamos aqui. Esta clase de libros, que se dirijen á todos, cuyo objeto no es imponer al público una decision formulada *a priori*, sino colocarlo en situacion de formular la suya, no son ni requisitorias, ni informes, ni panajricos, ni libelos; son pura y sencillamente biografías, sin mas mérito que su misma sencillez, diciéndolo todo y no discutiendo nada; un poco ineultas,

un poco áridas tal vez, pero imparciales y verdaderas cuanto es posible. Y la verdad tiene tambien su mérito en los tiempos que corren; un argumento encuentra siempre un argumento contrario que le rechaza; un hecho no puede negarse, y nada hay tan testarudo como un hecho.

Sentado esto, vamos á contar fiel y minuciosamente á Mr. Thiers. No le explicaremos, hágalo el que quiera ó pueda.

Luis Adolfo Thiers, nació en Marsella el 26 jerminal, año V (16 de Abril de 1797). Por parte de su madre (*) pertenece á una antigua familia de negociantes, que habia llegado á una estremada pobreza, y por la de su padre á la clase trabajadora. Si no nos engañan nuestros recuerdos el padre de Mr. Thiers era de oficio cerrajero. De todos modos este es un título mas de gloria para el Ministro.

Quando se reorganizó la universidad; el jóven Thiers, por la intercesion de algunos parientes maternos, obtuvo una beca en el Liceo imperial de Marsella, donde hizo todos sus estudios; estudios brillantes sobre todo en los últimos años, y

(1) Se dice que la familia materna de Mr. Thiers es de donde salieron José y Andrés Chenier.

que dejó en 1815, á la edad de 18 años, para ir á seguir los cursos de la facultad de derecho de Aix. Allí habia tambien otro hijo del pueblo que acababa de salir del Liceo de Aviñon, y con quien hizo pronto Mr. Thiers estrecha amistad. Era Mr. Mignet, que se ha adquirido tambien despues una brillante reputacion de historiador y publicista, y cuyo nombre es inseparable del de Mr. Thiers; tanto á causa de una comunidad de talentos, como por la comunidad de simpatía y afecciones que se ha conservado constantemente entre los dos amigos de la escuela.

Hojeando el *Digesto* y el *Código civil*, solo lo necesario para salir bien de sus exámenes, los dos jóvenes se dedicaron con pasion al estudio de la literatura, de la filosofía, de la historia y hasta de la política; y Mr. Thiers cuya alma ardiente y ambiciosa tenia una especie de presentimiento de un brillante porvenir, (*) representaba ya en la escuela el pequeño papel de jefe de partido, voceaba, alborotaba, peroraba contra el Gobierno

(*) Hemos oido contar muchas veces sobre esto asunto la historia más ó menos auténtica de una vieja vendedora de manzanas en la puerta de la escuela de derecho, á la cual Mr. Thiers decia siempre al pasar: «Los tiempos son malos, buena vieja; tened paciencia; cuando sea Ministro

de la Restauracion, evocaba los recuerdos de la República y del Imperio, se hacia malquerer de sus profesores, detestar del comisario de policía, adorar de sus camaradas, y obtenia, contra viento y marea, el premio de elocuencia. Este último hecho, bastante gracioso, merece particular mencion.

Tratábase del elojio de Vauvenargues, señalado por la Academia de Aix, buena y tranquila Academia que, sirviéndonos de la palabra de Voltaire, ha sabido siempre, como una mujer honrada, no hacer hablar jamás de ella. Mr. Thiers se puso en la cabeza conseguir el premio y envió su manuscrito. El trabajo fue hallado eminentemente superior; por desgracia la tentativa de Mr. Thiers habia hecho ruido, su nombre fue descubierta ó adivinado de antemano; y como no habia otro concurrente que mereciese el premio, los doctos miembros del Areopago, antes que adjudicarlo al pequeño jacobino, difirieron el curso para el año siguiente. En la época fijada

vendré á buscaros en un coche de cuatro caballos para llevaros á mi palacio.» La pobre mujer afirmaba tristemente con la cabeza. No sabemos á punto fijo si el Ministro se ha acordado de las promesas del estudiante.



el manuscrito de Mr. Thiers volvió á aparecer nuevamente; pero en el intervalo habia llegado de París una produccion que eclipsaba todas las demas, y que se apresuraron á premiar, concediendo sin embargo á la obra presentada por Mr. Thiers el humilde honor de un *accessit*. Pero grande fue el chasco de los señores académicos de las Bocas del Ródano, cuando al abrir el pliego del laureado parisiense; se encontraron que el vencedor era el mismo Mr. Thiers, el cual habia tenido el maligno placer de mistificar á la digna Academia, tratando el asunto bajo un punto de vista nuevo, mandando copiar esta última composicion por una mano estraña, haciéndola viajar de Aix á París y de París á Aix, y acumulando de este modo el premio y el *accessit*.

Mr. Thiers, despues de recibido abogado y de algunos insignificantes debates en el foro de Aix, conoció que en aquella ciudad enteramente patriicia, en una época en que el nombre y la cuna tenían aun gran parte en la apreciacion de un individuo, le seria difícil salir de la oscuridad en que la suerte le habia hecho nacer.

Con esta idea se decidió á ir á probar fortuna á París en compañía de su Píladés, Mr. Mignet.

Los dos amigos llegaron á la capital ricos de talento y esperanzas, pero bastante pobres de numerario. Los primeros meses de su residencia fueron poco brillantes, si hemos de dar crédito á un escritor (*) que describe de este modo su modesto alojamiento: «Hace muchos años que subí por primera vez los innumerables escalones de una sombría casa de huéspedes situada en el fondo del súcio y oscuro pasaje Montesquieu, en uno de los barrios mas populosos y de mas bullicio de París. Abrí con un vivo sentimiento de interés, en el cuarto cuarto, la mugrienta puerta de una pequeña habitacion que merece ser descrita: una modesta cómoda y una cama de nogal, componian todo el ajuar que completaban cortinas de tela blanca, dos sillas y una pequeña mesa negra mal sostenida por sus pies.»

Tal era el lugar ocupado por el futuro Presidente del Consejo, nada parecido por cierto á la graciosa casa de la plaza de San Jórje, donde Mr. Thiers, vuelto á la vida privada, descansa en el seno de los estudios literarios de las fatigas de la vida ministerial. De todos modos el pobre

(*) Mr. Loeve-Weimar. *Hombres de Estado de Francia y de Inglaterra.*

abogado de provincia oscuro y desconocido, no pierda su tiempo aguardando á la fortuna con los brazos cruzados. Sabe que la Diosa es caprichosa y lijera, y que es preciso cojerla al vuelo, y aun atropellarla si es necesario. En verdad sea dicho, la fortuna se mostró muy condescendiente con Mr. Thiers. Era al principio de 1823, durante el Ministerio Villèle, en medio de la restauracion; Manuel, el grande orador, acababa de ser espulsado violentamente de la Cámara, y el espulsado del dia anterior era el poder del dia. Mr. Thiers vió á la primera mirada el papel que le tocaba, á él plebeyo y ambicioso, bajo un Gobierno aristocrático, y se dirigió á Manuel, hombre del Mediodia, hombre de franqueza y de corazon, que le alargó la mano, le presentó á Mr. Laffitte, y le hizo admitir entre los redactores del *Constitutionnel*, el coloso sobre aquella época. La posicion era hermosa, y Mr. Thiers supo aprovecharla; dotado eminentemente del espíritu de polémica, se hizo notar por la verbosidad y audacia de sus artículos; y el jóven periodista tardó poco en ser introducido en las reuniones mas brillantes de la oposicion, en casa de Mr. Laffitte, de Mr. Casimiro Perier, de Mr. Flahaut, del Baron Luis,

el primer hacendista de la época, de quien llegó á ser comensal y discípulo, y hasta en casa de Mr. de Talleyrand, que como es sabido, no se franqueaba con todo el mundo, pero cuya mirada penetradora adivinó los recursos de aquella cabeza meridional.

No era esto todo; reuniendo á una portentosa facilidad de estilo una memoria sorprendente, una soltura de hablar prodijiosa, una no menor comprensión, Mr. Thiers tenia tiempo para satisfacer las exigencias de la imprenta diaria, recorrer las sociedades, hablar con frecuencia, escuchar mucho, y apropiarse en seguida con la meditacion y el estudio, el fruto de sus conversaciones con los principales actores del gran drama revolucionario. Antiguos restos de la Constituyente, de la Asamblea Legislativa, de la Convencion, del Consejo de los Quinientos, del Cuerpo Legislativo, del Tribunal, Jirondinos, de la Montaña, antiguos jenerales del Imperio, proveedores de los ejércitos revolucionarios, diplomáticos, hacendistas, hombres de pluma, hombres de espada, hombres de cabeza, hombres de brazo, á cuanto de todo esto quedaba, pasaba revista Mr. Thiers; preguntando al uno, rodeando al otro para hacerle

hablar, escuchando con el oído derecho á este, y con el izquierdo á aquel, y despues reuniendo, coordinando en su cabeza todas aquellas conversaciones interrumpidas, regresaba á su casa, se ponía de bruces sobre el *Monitor*; y añadía una página mas á la hermosa *Historia de la revolucion francesa*, que tardó poco en publicarse, y aseguró desde el momento á Mr. Thiers una de las posiciones literarias mas brillantes de la época.

El plan puramente narrativo que hemos adoptado, no nos permite desenvolver aqui todo nuestro pensamiento sobre esta obra capital. Diremos solo que el trabajo de Mr. Thiers, consagrado esclusivamente á ensalzar la gran comocion de 89, encierra bellezas de primer orden, asi en el estilo, como en los cuadros, en los estudios rentísticos y políticos, y como apreciacion de las personas y de las cosas. Para un hombre que apenas ha visto otro fuego que el del hogar doméstico, la parte militar, sobre todo, está tratada con una claridad de esposicion estratéjica, una firmeza de pincel que tiene algo de adivino; y segun los hombres competentes, los volúmenes dedicados á las campañas de Italia, son verdaderas obras maestras en su jénero. Por otra parte, tambien segun el parecer

de muchos, la obra de Mr. Thiers encierra un vicio fundamental, que procede de la movilidad misma del autor. Mr. Thiers, desde el principio, partiendo de un punto de vista puramente fatalista, pasa al través de los hombres y de las instituciones, admirando á todo el que triunfa y hasta que cae, y á toda institucion mientras subsiste y hasta que se desploma; para Mr. Thiers la culpa es siempre del vencido, la razon del vencedor. Es un sistema de completa indiferencia, es la deificacion del buen éxito.

Conducido de este modo á prestar á crímenes inútiles la disculpa de una fatalidad irresistible, al legitimar casi en nombre de la fuerza de las cosas, las espantosas carnicerías de niños, de jóvenes, de mujeres y de ancianos que, lejos de preparar la nacion para la libertad, sirvieron solo para desmoralizarla y arrojarla palpitante á los pies de un déspota; Mr. Thiers, rejuveneciendo antiguas teorías, se ha hecho jefe de escuela, y como acontece siempre, los discípulos han ido mas allá que el maestro; se han visto en consecuencia á pequeños apóstoles del terror, con barba ó sin ella, feroces por moda y no por instinto, no reparar en sus discursos en veinte mil cabezas por lo que

ellos llaman un principio; como si esa cosa vaga, oscura, abstracta, mudable, controvertible, que en política todos los partidos adoran á su antojo con el nombre de principio, equivaliese á la sangre del último gañan; de donde resulta que muchos de aquellos á quienes Mr. Thiers, siendo Ministro, ha querido probar con argumentos de una energía incontestable, que su sistema era malo, hubieran tal vez podido responderle teniendo su libro en la mano: «¿Cómo es esto, Maestro; nos fusilais? Somos vuestros discípulos, descendemos de vos en línea recta, sois nuestro principio, y nosotros somos vuestras consecuencias; lo que vos habeis puesto en hermosas pájinas, queremos nosotros ponerlo en práctica.»

Volvamos á Mr. Thiers.

Su libro hizo ruido, despertó algunos odios, muchas simpatías, y desde aquel momento se colocó al autor entre los hombres mas eminentes y mas avanzados de la oposición liberal. En aquella época fue cuando un oscuro librero aleman, llamado Schuhart, se unió á él con un jénio benéfico, y le puso en relaciones con el Baron Cotta, otro librero del lado de allá del Rin, hecho millonario y gran señor, el cual sintiendo por

Mr. Thiers un magnífico entusiasmo, le regaló una acción del *Constitucional*, valor que ha decaído un poco despues, pero que era entonces muy productivo. Poseedor Mr. Thiers del título de propietario del *Constitucional*, bajó de su cuarto piso, se hizo elegante, frecuentó el café de Tortoni, montó á caballo bien ó mal, y fue á pasear al bosque. En cuanto al pobre Schuhart dicen que se volvió á pie á morir de hambre en su país.

Pronto dejó de estar contento Mr. Thiers con la oposicion volteriana, gastada y monotoná del *Constitucional*. El órgano del viejo liberalismo le pareció un poco mohoso, necesitaba algo mas nuevo, mas jóven, mas democrático. Fundó en 1828 el *Nacional*, bajo el patronado rentístico de los principales de la izquierda, con la coloboracion de Armando Carrel, y de las cabezas mas ardientes del partido revolucionario.

Entonces principió aquella lucha ardiente, tenaz y hábil, que Mr. Thiers dirijió contra el Gobierno de la Restauracion. Combate de todos los dias, en que Mr. Thiers estuvo constantemente sobre la brecha, estrechando al Ministerio Polignac, en el inflexible círculo de la Carta, escara-

muzeándole sin cesar, echándole en cara lo que hacia y lo que dejaba de hacer, no permitiéndole ni el bien ni el mal, ni la debilidad ni la grandeza, y acuchillando de una misma plumada los hechos odiosos y los hechos nacionales, las invasiones de la Congregacion y la expedicion de Arjel.

¿Habeis visto alguna vez á un toro luchar en vano contra un tábano que se pega á sus costillas, á sus ojos, á sus orejas, á sus narizes, le aturde con sus zumbidos y le pica en mil partes? Furioso el animal, muje, espumea, se tuerce y arrolla, y no pudiendo conseguir deshacerse de su infatigable enemigo, acaba muchas veces por arrojarse de cabeza en un abismo. El Ministerio Polignac era el toro, Mr. Thiers fue el tábano, y los decretos de Julio fueron el abismo.

En la mañana del 26, todos los periodistas se reunen en las oficinas del *Nacional*; Mr. Thiers estaba en su puesto. Se redacta una protesta colectiva; Mr. Thiers es uno de los primeros en firmarla. Era un acto de valor, pues jugaban sus cabezas los firmantes. Pronto hizo el pueblo tambien su protesta en la calle, y la firmó á tiros. Mr. Thiers, despues de haber declarado que es preciso atenerse á los medios legales, se va á

meditar bajo las sombras de Montmorency, y el 29, despues de la batalla, hace su entrada en París. Ya veremos sin embargo mas adelante que Mr. Thiers tiene momentos de verdadera intrepidez. Ganada la victoria, Mr. Thiers tomó una parte activa en todas las medidas cuyo objeto era volver á levantar el edificio monárquico. El 30 de Julio por la mañana pasó á Neully, de parte de Mr. Laffitte, para instar al Duque de Orleans á que aceptase las funciones de Lugar-teniente jeneral del Reino.

Despues de establecido el Gobierno de 9 de Agosto, Mr. Thiers fue nombrado Consejero de Estado, y se le encargó el desempeñar, sin título, las funciones de Subsecretario del Ministerio de Hacienda, bajo las órdenes del Baron Luis. El primer Ministerio de Julio, formado apresuradamente de elementos incompatibles, tardó poco en disolverse. Los unos querian movimiento, los otros el *statu quo*. Los unos querian represion, los otros la propaganda; estos últimos vencieron, y Mr. Laffitte fue Presidente del Consejo. Se ha querido suponer que el Rey ofreció entonces al joven Consejero la cartera de Hacienda, que rehusó escusándose en su juventud, y no queriendo ser

Ministro antes de tiempo: el hecho necesita confirmacion. De todos modos, Mr. Thiers recibió oficialmente el título de Subsecretario de Estado, cuyas funciones desempeñaba, y soportó, siendo Ministro Mr. Laffitte, la crisis rentística mas terrible que ha experimentado la Francia desde 1830. Los cuidados de la presidencia del Consejo absorbían á Mr. Laffitte, y su joven colega dirigía realmente aquella parte de la administracion.

Las ideas rentísticas de Mr. Thiers, como la mayor parte de sus actos, han sido juzgadas con diversidad. Un folleto sobre el sistema de Law, publicado por él durante la restauracion, anunciaba ya estudios profundos sobre la materia. Su sistema de transformar el impuesto de *repartition* en impuesto de *cotizacion*, que debía doblar casi la masa imponible, ha sido declarado por unos inmoral y peligroso, y por otros lógico, atrevido, y único capaz de subvenir á las inmensas necesidades del país.

Nombrado Mr. Thiers en la misma época Diputado por Aix, hacia sus primeros ensayos en la Cámara, donde tenia entonces un disfavor marcado y casi universal. Penetrado aun anteriormente de los recuerdos de la Convencion,

Mr. Thiers remedaba á Danton, pronunciaba frases de efecto, queria salvar la Polonia, libertar la Bélgica, pasar el Rin y democratizar el globo. Sus ideas belicosas espantaban á los tímidos, y sus discursos campanudos cansaban á todo el mundo.

El Ministerio Laffitte fue de corta duracion; la exaltacion de los espíritus, los motines, la actitud hostil de los Gabinetes extranjeros, las alarmas de la industria, las exigencias siempre en aumento de los partidos extremos, reclamaban al parecer un sistema de represion en el interior, y de conciliacion en el exterior, contrario á las ideas de la administracion del 3 de Noviembre.

Entonces se formó, en 13 de Marzo de 1831, el Ministerio Casimiro Perier, Ministerio diametralmente opuesto al precedente por sus tendencias y por sus actos. La oposicion, que se habia reunido á Mr. Laffitte, esperaba contar en sus filas á Mr. Thiers; pero su primer discurso fue un ataque virulento contra el programa de la oposicion. Tan repentina transformacion hirió profundamente á Mr. Laffitte, aflijó á la izquierda, alegró al centro, y admiró al público. Los amigos de Mr. Thiers han explicado aquel brusco cambio por consideraciones de patriotismo; han dicho que,

viendo la inminencia del peligro, Mr. Thiers habia creído de su deber sacrificar sus convicciones, sus amistades y sus simpatías, á la salud de la Francia, que creía podia solo asegurarse con el sistema Perier. De todos modos, hubo desde aquel momento entre el ex-Presidente del Gabinete de 3 de Noviembre, y el porta estandarte del Ministerio de 13 de Marzo, una marcada frialdad, que despues ha ido siempre en aumento.

Durante el curso de la sesion, el innovador Mr. Thiers no quiere ya mas innovaciones. Mr. Thiers, el propagandista y el guerrero, aborrece la guerra y la propaganda, y proclama en alta voz la necesidad de la fusion y de la paz. Cuando llega el momento de disputar la herencia de la *Patria*, conociendo el Gobierno que la institucion es atacada con demasiada viveza, la abandona. Mr. Thiers solo la defiende, y en esto se muestra mas ministerial que el Ministerio mismo. Por lo demas, el discurso pronunciado en aquella ocasion por Mr. Thiers, es en extremo notable; el orador se transformó como lo habia hecho el hombre político. Renunciando á los movimientos oratorios, y á la hinchazon de otro tiempo, Mr. Thiers tomó un estilo sencillo, vivo y rápido, que le

salió perfectamente bien: el derecho hereditario cayó, pero desde aquel momento Mr. Thiers se elevó á la altura de los primeros oradores de la Cámara, y ha sabido sostenerse en ella.

Pronto murió Casimiro Perier, rendido por las luchas de la tribuna; y el 11 de Octubre de 1832, llega por fin Mr. Thiers á ser Ministro de lo Interior bajo la presidencia del Mariscal Soult. La situacion era de las mas alarmantes; la guerra civil ardía en la Vandea, la Bélgica estaba amenazada, la irritacion reinaba por todas partes. Mr. Thiers no vaciló y dirigió al instante sus ataques hácia el Oeste, como punto mas peligroso; con el oro se encontró un triador; la Duquesa de Berry fue presa y queió estinguida la guerra civil. Obtenido este resultado, el Gobierno tentó un golpe de mano atrevido sobre Amberes, tomóse la ciudadela y quedó asegurada la independenciam de la Bélgica. Abrióse la legislatura; y el Ministerio de 11 de Octubre, fuerte con estos dos grandes hechos, obtuvo en las Cámaras una mayoría bastante notable.

Durante el intervalo, Mr. Thiers, disgustado segun dicen, de las atribuciones de policia del Ministerio de lo Interior, habia pasado al de Co-



mercio y de obras públicas. En este nuevo puesto principia por pedir á las Cámaras un crédito de 100.000,000 para la conclusion de grandes trabajos de utilidad pública. Se le concedió el crédito, la estatua de Napoleon volvió á colocarse sobre la columna, se terminó el arco de triunfo de la Estrella, las obras de la Magdalena siguieron con actividad, se erigió el palacio del Anden de Orsay, se trazaron caminos y se abrieron canales; ocupáronse millares de brazos, y la industria principió á renacer; aquella época, en concepto de muchos, es el período mas brillante de la vida pública de Mr. Thiers. Sin embargo el huracan tardó poco en volver á aparecer. A principios de 1834, la sorda fermentacion del partido republicano anunciaba una próxima explosion; para evitarla presentó el Gobierno la ley sobre las asociaciones; Mr. Thiers la sostuvo vivamente, no solo como necesidad momentánea, sino como principio permanente, de orden y de seguridad pública. Poco despues, atendiendo al estado de las cosas, y considerado Mr. Thiers como el mas activo y enérgico de los miembros del Gabinete, volvió á encargarse del Ministerio del Interior. A los pocos dias estallaba la insur-

reccion en Lyon y casi al mismo tiempo en París. Allí, mas que en 1830, espuso Mr. Thiers su persona, pues á su lado, en las barricadas de Abril, cayeron heridos por dos tiros dirigidos al Ministro, el capitan Rey y el jóven Armando de Vareilles, oidor en el Consejo de Estado. En fin fue vencida la insurreccion, y cuando llegó el momento de juzgar á los rebeldes, Mr. Thiers rechazó en el Consejo, como inoportuna y perjudicial, la intervencion de la Cámara de los Pares. Tuvo sin embargo que conformarse con el parecer de la mayoría.

Hácia aquella época fue cuando estallaron graves disensiones en el seno de la administracion de 11 de Octubre. El Mariscal Soult y Mr. Thiers habian llegado á graves personalidades; no discutian ya, disputaban. El viejo vencedor de Tolosa acabó por regalar á su jóven y testarudo colega un epíteto de cuartel, que estuvo en voga, y se retiró.

El Mariscal Gerard, nombrado para reemplazarle, hallándose á su vez en oposicion directa con Mr. Thiers sobre la cuestion de amnistía, se retiró igualmente. Mr. Thiers, no atreviéndose aun á aspirar á la presidencia, y no pudiendo en-

contrar un Presidente, adopta el partido de hacer tambien su dimision. Entonces tuvo lugar la comedia del Ministerio Bassano, que duró tres dias. Por último, el Mariscal Mortier se sacrificó, y Mr. Thiers volvió á encargarse del Ministerio de lo Interior.

Al abrirse la lejislatura de 1835, preséntase de nuevo la cuestion de amnistía: Mr. Thiers, rechaza aquella medida con mayor fuerza que nunca. Pocos dias despues representaba el primer papel en una ceremonia enteramente pacífica, siendo recibido miembro de la Academia francesa.

El Mariscal Mortier, fastidiado pronto, segun dicen, de una presidencia meramente nominal, y de los pequeños altercados interiores, renuncia sus funciones. Entonces se verifica un nuevo sainete representativo. Mr. Guizot no queriendo por Presidente á Mr. Thiers, y proponiendo á Mr. de Broglie; Mr. Thiers no queriendo á Mr. de Broglie, retirandose como Aquiles á su tienda, y acabando por aceptarle.

Llegan las fiestas de Julio: Mr. Thiers estaba al lado del Rey en el momento de la explosion de la máquina de Fieschi. Aquel deplorable suceso tuvo grandes resultados. Se convocaron las

Cámaras, se votaron por una gran mayoría las nuevas leyes, llamadas de Setiembre, restringiendo las atribuciones del jurado y las franquicias de la imprenta, y Mr. Thiers creyó de su deber el sostener todas aquellas medidas de rigor.

No tardó en envenenarse la lucha entre Mr. Thiers y Mr. Guizot: este último y Mr. Broglie se retiran, y Mr. Thiers llega por fin al Ministerio de Negocios extranjeros, y á la presidencia del Consejo. Sus amigos han dicho que aceptó aquel puesto eminente con estremada repugnancia: es lícito dudarlo. En este período de su vida política vemos á Mr. Thiers acercarse de nuevo á la izquierda, y el piloto del 22 de Febrero ensaya maniobrar entre Scila y Caribdis, es decir, entre el centro derecho y el izquierdo.

De repente se agravan los acontecimientos en España; la cuestion de intervencion se ajita en el seno del Consejo; Mr. Thiers no pedia la intervencion. Tenia la certeza de que con un auxilio indirecto se haria un gran servicio á la Reina, y se habia limitado á un sistema de cooperacion. La lejon estrangera presentaba un excelente pie, y se trataba de aumentarla. Mr. Thiers al fin habia obtenido del Rey que consintiera en

su proyecto , y eran muchos ya los que voluntariamente se enganchaban. En el momento de la ejecucion , euando los franceses iban á pasar el Pirineo , ocurrieron los lamentables sucesos de la Granja , y el Rey tomó de ellos motivo para desistir. Mr. Thiers sostuvo que aquello podia ser una razon para diferir el envio de auxilios , pero no para negarlos enteramente , y que el Gobierno francés no debía renunciar á defender á una nacion aliada , si á pesar de los desórdenes de la Granja , se respetaba á la Reina y no se derramaba sangre.

Sabido es el respeto que alli se tuvo á la Corona y á la augusta Señora que gobernaba el Reino , y en el curso de nuestra obra tendremos lugar de hablar detenidamente de aquellos tristes acontecimientos. Es para nosotros indudable que la Francia , sea por culpa de quien quiera , dejó escapar durante la guerra civil , las ocasiones que se le presentaron de haber conservado su influencia lejitima en España , evitando los trastornos que despues han sobrevenido , y perdiendo el prestijio que le hubieran dado en la nacion , el acabar con su auxilio la guerra civil , asegurar el Trono y las instituciones , y el mando de los hom-

bres cuyos principios estaban mas en armonía con los suyos, y con el sistema de gobierno de Francia.

Mr. Thiers no pudo hacer que prevaleciera su consejo, y dando muestras de independecia se retiró haciendo su dimision, que solo despues de muchas instancias le fue admitida. Todos sus colegas, menos uno, dejaron el Ministerio al mismo tiempo que él. Entonces se formó el Ministerio de 15 de Abril bajo la presidencia del Conde Molé. Durante el intervalo de la lejislatura, Mr. Thiers fue á dar un paseo artístico por Italia, fue admitido á besar la sandalia del Papa, y regresó con una provision de medallas romanas, de cofrecitos de la edad media, y de argumentos de centro izquierdo.

Pronto mujió la tempestad en torno del Ministerio Molé, y á mediados de 1838 se formó la gran Cruzada, conocida con el nombre de Coalicion. Los partidos mas opuestos, dejando á un lado sus muchos resentimientos, se reunen en un momento para el combate, sin perjuicio de disputarse la victoria. Asi fue en efecto; sucumbió el Ministerio de 15 de Abril, y durante cerca de dos meses, los doctrinarios, el centro dere-

cho, el tercer partido, el centro izquierdo, se arrebatan el cetro ministerial, intentan alianzas imposibles, y se agotan en combinaciones tan pronto abortadas como conseguidas. Mr. Thiers, jefe de fila (*) de la Coalicion, el ídolo pasajero de la imprenta de oposicion que tan mal le habia tratado en otro tiempo, no pudo formar por si mismo un Gabinete, y no quiso aceptar la presidencia del Mariscal Soult, sino con la condicion de encargarse del Ministerio de Negocios extranjeros, que su antiguo colega del 11 de Octubre no quiso concederle. Propuesto como candidato para la presidencia de la Cámara, tampoco en esto salió airoso Mr. Thiers.

Los acontecimientos del 12 de Mayo activaron la solucion de la crisis ministerial, y despues de siete años de ministerialismo, Mr. Thiers se encuentra otra vez en los bancos de la oposicion, simple Diputado como en la aurora de la revolucion, y mas inmediato á Mr. Laffitte, que lo estuvo nunca desde el advenimiento del Ministerio Casimiro Perier.

(*) Entonces fue cuando una pluma femenina de las de mas talento, pero de las mas hostiles, dió á Mr. Thiers el mote de *Mirabeau-mosca*.

El Gabinete de 12 de Mayo fue de corta duracion, y Mr. Thiers volvió á subir de nuevo al pináculo ministerial. Verdaderamente ha nacido Mr. Thiers con buena estrella. Despues de haber sacado elementos de duracion de los disturbios interiores de su pais, á pesar de la impopularidad de sus actos, merced á las dificultades exteriores llegó á ser en extremo popular; es que este personaje maneja diestramente una cuerda que vibra siempre en Francia. «No soy *liberal*, convengo en ello, decia un dia á alguno, pero soy *nacional*,» y decia la verdad. Cualquier idea brillante, feliz, cualquiera de esas ideas que despiertan en el corazon de las masas las mas ardientes simpatias, que dan nueva vida á un nombre, que impiden que se gaste, y hacen dar carta blanca á un hombre de Estado; en cualquiera parte que esta idea exista, seguro es que Mr. Thiers estará allí á propósito para husmearla, apoderarse de ella, conservarla en reserva, y realizarla con atrevimiento y oportunidad. ¿Quién ha vuelto á colocar la estatua de Napolcon sobre la columna? Mr. Thiers. ¿Quién ha acabado el Arco de triunfo de la Estrella? Mr. Thiers. ¿Quién ha dado el último golpe á las pretensiones del bonapartismo,



arreglando con su propia mano esa grande escena fantástica y patriótica intitulada: *La traslación de las cenizas del Emperador*? ¿Quién ha aprovechado las circunstancias para arrancar á la desconfianza de los partidos, una estensa é importante medida, mal presentada en otro tiempo: la fortificación de París? Mr. Thiers. ¿Quién reasume en sí mismo en el mayor grado el carácter francés con sus cualidades y defectos; vivo, atrevido, emprendedor, pronto á contestar, fecundo en recursos, proteo en caso necesario, franco, solapado, y distraído á un mismo tiempo, un poco hablador? Mr. Thiers tambien. ¿Cómo es posible que un hombre semejante no esté á la altura de todas las situaciones?

Pero el horizonte se oscurecia; los pueblos parecia que iban otra vez á descender á la arena. Sabidas son las consecuencias del tratado de 15 de Julio, cómo cayó el Ministerio de 1.º de Marzo, y en qué situacion se encargó Mr. Guizot de formar el Gabinete de 29 de Octubre. (*) Mr. Thiers tuvo en su mano el manifestar en el exterior un grande acto de enerjía, y le dejó es-

(*) Véase la biografía de Mr. Guizot.

capar. Si la Cámara hubiera sido convocada al estampido del cañon de Beyrouth, nadie puede prever cual hubiera sido su resolucíon: cuando Mr. Thiers quiso obrar, ya no era tiempo.

Mr. Thiers, vuelto á la tranquilidad de la vida privada, se ha ocupado nuevamente de sus estudios literarios, y está preparando los materiales de una historia de Florencia, y acabando la del Consulado, que el mundo literario espera con impaciencia.

La Francia, en medio de su grandeza, debia sufrir uno de aquellos golpes inesperados, que trastornan los planes mejor combinados, y esponen los reinos á grandes desastres. La repentina muerte del Duque de Orleans, acaecida el dia 13 de Julio de resultas de una caida por haberse desbocado los caballos de su carruaje en el camino de Neulli, llenó de luto á la Francia. Las Cámaras no estaban reunidas, y no habia ley alguna que fijase el órden que debia observarse en la Rejencia, en el caso de la muerte del Rey. El Gobierno convocó las Cámaras y presentó un proyecto de ley sobre el particular, y en la discusion solemne y grandiosa á que ha dado lugar en la Cámara, Mr. Thiers, á pesar de estar

en las filas de la oposicion , pronunció un magnífico discurso apoyando el proyecto del Gobierno, y dando en ello una prueba evidente de la rectitud de sus principios conservadores, en cuanto puedan tener relacion con la conservacion del órden interior de la Francia. Su notable discurso terminó con los párrafos siguientes :

« Por mi parte no veo , repito , sino la contrarevolucion detrás. Delante veo un abismo ; me quedo , pues , en el terreno en que la carta nos ha colocado. Suplico hoy á mis amigos que vengán á hacer un trabajo de hombres que saben edificar , y no un trabajo de hombres que solo saben demoler. Entiéndase que no hago aplicacion á nadie en particular. Invito á mis colegas á que hagan conmigo lo que por primera vez hace cincuenta años practica la oposicion , no alejarse de un Gobierno porque haya podido errar , sino adherirse á él , no en proporeion de sus faltas , sino de la necesidad que tiene de poseer hombres que le inspiren confianza.

« Hé aquí lo que la mas pura , la mas sincera conviccion me ha dictado. Las palabras que acabo de pronunciar me han costado mucho , y me costarán todavía al bajar de esta tribuna.

« Pero me he propuesto en todas las épocas de mi vida , y espero que cumpliré mi promesa , no humillar nunca mi razon ante ningun poder , cualquiera que sea su naturaleza y su oríjen , y marchar siempre con la frente elevada , como un hombre que hasta lo último tiene el valor de manifestar su pensamiento , por desagradable que sea.»

No ha faltado quien haya dicho que su principal objeto en obrar así, ha sido el granjearse la amistad del Rey ; pero de todos modos el discurso á que nos hemos referido, hará siempre honor á su ilustracion y á su rectitud.

Tal es en resúmen la esposicion fiel é imparcial de la vida pública de Mr. Thiers. Su vida privada ha sido blanco de toda especie de malévolas insinuaciones que no repetiremos, pues como hemos dicho, escribimos biografías y no libelos. Mr. Thiers puede ser un hombre de Estado mas ó menos voluble, mas ó menos imperfecto ; pero le creemos hombre de moralidad y de honor : hay cualidades tan elevadas, que escluyen necesariamente ciertos vicios de baja ley. Los gustos literarios y artísticos bien conocidos de Mr. Thiers, el carácter, sino siempre metódico, siempre ele-

vado por lo menos de sus concepciones políticas; hasta la misma incuria con que se dice cuida de sus negocios domésticos, responden suficientemente á todas las acusaciones de rapacidad y de ajiótaje que tan lijeramente le hicieron en otro tiempo.

En resúmen, Mr. Thiers como periodista, supo desde un principio colocarse en un sitio aparte entre las ilustraciones de la imprenta; como historiador, ha escrito un libro que se lee siempre con gusto, y que quedará; como Diputado, aunque desprovisto de todas las cualidades físicas tan necesarias para el orador, ha conseguido vencer á la naturaleza, se ha formado un estilo que le es propio, y se ha elevado muchas veces á la mayor elocuencia; como Ministro ha gobernado el timon en los tiempos mas tempestuosos, y vencido los escollos, no sin valor ni habilidad. Títulos son estos seguramente para obtener la consideracion pública.

Si se nos pide ahora que trazemos claramente la línea política de Mr. Thiers, contestaremos que es cosa bastante difícil por no decir imposible. No se encuentra en él, en efecto, la personalidad permanente y fuertemente pronunciada de

MM. Garnier-Pages, Guizot ó Berrier; en Mr. Thiers hombre de Estado, hay innumerables contrastes y discordancias; hay el hombre de los pueblos y el hombre de los Reyes, el redactor del Nacional y el defensor de las leyes de Setiembre, el Tribuno y el Ministro; hay en él lójica y confusión, vacilacion y audacia. cualidades del águila y del camaleon. Por lo mismo dijimos al empezar que contaríamos á Mr. Thiers, pero que no le esplicaríamos.







MUHAMMIED - ALI.

Lilo de Faure

Personages celebres



MOHAMMED-ALY (*)

É

IBRAHIM-BAJA.

(PRIMERA PARTE.)

Las provincias del Imperio Otomano que hablan el árabe, hacian votos por un gran cambio, y aguardaban un hombre.

Memorias de Napoleon, expedicion de Egipto, t. I, paj. 301.

De dos siglos á esta parte, desde Soliman, el islamismo desbordado por tanto tiempo, se habia

(*) *Mehemet* es el nombre turco, y *Mohammed* el árabe. Aunque el Virey es turco de origen, como el Egipto es un pais de lengua árabe, y como la dinastia que al parecer está destinado á fundar, solo puede apoyarse en la raza árabe, por eso usamos el nombre de *Mohammed*, como lo han hecho varios autores.

replegado sobre sí mismo; la Rusia, incendiando la flota turca en el Tschesmé, iba á entrar en ese camino de usurpacion, que desde entonces no ha cesado de seguir bajo todas las formas, y el Imperio Otomano, viejo precoz, enervado por haber abusado de su fuerza, desfallecia estéril, ó principiaba mas bien su larga agonía, cuando en aquel mismo año climatérico de 1769, que hemos visto ya tan fecundo para el Occidente, en el momento mismo en que nacia en una pequeña Isla del Mediterráneo el hombre destinado á arrojar, corriendo al Egipto, el primer jérmen de vida, en una aldea ignorada de la Macedonia veia el mundo por primera vez al que habia de ser la continuacion de Bonaparte, y seguir las huellas de otros dos Macedonios, Alejandro y Ptolomeo.

Ese soldado oscuro, que desembarcó solo y desnudo hace cuarenta años en la playa de Abukir, es el que concentra en el dia sobre sí las miradas de la Europa entera; en los pliegues de su *caftan* tiene la paz ó la guerra; el mundo espera, y tal vez va á darle, una guerra encarnizada, universal, interminable.

Esta sola posicion, aunque fuese fortuita, bastaria para asegurarle en la historia una gran página.

Añádase además que para llegar á tal punto, este hombre, acaso el primer musulman hijo de sus obras, ha desplegado, él solo, mas audacia, mas astucia, mas prudencia y mas enerjía, que los mas diestros políticos de Oriente. En cuanto á disimular, esperar y obrar á tiempo; en cuanto á destruir á sus enemigos los unos por los otros; en cuanto á dirigir ó frustrar una conspiracion; en cuanto á enredar ó desenredar la embrollada trama de una intriga, ese Luis XI circuncidado, que á la edad de 46 años no sabia leer, hubiera podido dar lecciones á Pisistrato; á Filipo de Macedonia, á Fiesque, al cardenal de Retz, y á todos los grandes astutos de los antiguos y modernos tiempos. Oyendo leer un dia una traduccion de Machiavelo, exclamó: «Los turcos saben mas.» Solo él tenia derecho para decirlo. Una vez llegado al mando ha cambiado de papel, ó mas bien ha acumulado dos papeles; la zorra se ha puesto la piel del leon; ha sido conquistador, creador, administrador y organizador; en aquella vieja tierra de los Faraones, donde tres mil años hace se han ido sobreponiendo veinte pueblos unos tras otros, por capas de opresores y oprimidos, no hay ya mas que súbditos y un Señor; opre-

sores y oprimidos, todos se han sujetado á una misma mano, y esta mano de hierro les ha obligado á marchar con un paso igual, y á contribuir al mismo objeto; el Egipto entero se ha encarnado en un hombre, que ha sido el único propietario, el único agricultor, el único mercader, el único fabricante; nadie mejor que él puede decir: *El Estado soy yo*. Para aumentar y corroborar su poder, necesitaba dinero, y lo tuvo; á un suelo cultivable de 1,000 leguas cuadradas, que apenas producía con qué mantener á una población indolente, le ha arrancado hasta 320 millones de reales de renta; necesitaba marina, é improvisó una; destruida esta, creó otra mas hermosa que la primera; necesitaba ejército, y con miserables *Fellahs* (*) que los Turcos no querían emplear para palafreneros, ha formado soldados que vencen á los Turcos; ha añadido á su pequeño reino, la Nubia, la Arabia, la Siria, y ha hecho de él un Imperio como dos veces la Francia.

Con su inconcebible actividad, ha tenido tiempo y fuerzas para vijilar los mas diminutos detalles de la inmensa obra que emprendía; ha tenido necesidad de reanimar, de resucitar á un pueblo

(*) Campesinos egipcios.

á pesar suyo, de luchar sin tregua, en el interior, contra las costumbres, los usos arraigados, las repugnancias instintivas, los complots, las celadas; en el exterior, contra la mala voluntad, las intrigas ocultas y las agresiones abiertas; vijilar siempre, estar siempre en guardia, destruirlo todo con una mano y rehacerlo todo con la otra. Seguramente, si este es, valiéndonos de la espresion de Lamartine, *un aventurero*, ese aventurero se parece mucho á un grande hombre.

Felizmente para el hombre y para su obra no le han faltado los instrumentos: aquella cabeza hábil ha encontrado un brazo vigoroso, inteligente, victorioso y adicto; ese brazo que fue siempre un auxilio y jamás un obstáculo, es (cosa rara en todas partes y principalmente en Oriente) su hijo, su inmediato sucesor, Ibrahim-Bajá. Nacido con las pasiones fogosas y el intratable orgullo de un turco, Ibrahim se ha sujetado él mismo, y durante veinte años se ha formado y dulcificado en la ruda escuela de la guerra. Un francés (*), un veterano de sus ejércitos, inició

(*) El Capitan Seve, Soliman Bajá, mayor general en el día del ejército ejipto, y uno de los mas eminentes colaboradores de Mohammed-Aly.



á aquel jénio inculto en los recursos de la táctica; y en el día por su heróico valor, por su superioridad militar, por la sencillez de sus modales, por su espíritu de justicia severa pero imparcial que le caracteriza, ha sabido Ibrahim hacerse adorar de sus soldados. Cuando en un día de batalla atraviesa las filas, y con voz fuerte y sonrisa sardónica, que parece desafiar el peligro, les dice sus palabras acostumbradas: « *Jah! volete! afe- rim!* Vamos, muchachos, valor! » aquellos árabes degenerados, se levantan y marchan al enemigo como en los tiempos de Saladino.

Mas todavía: cuantos han visto de cerca á Ibrahim-Bajá convienen en que para dar muestras de su jénio político, solo le ha faltado la ocasion: la sutileza y vivacidad de su espíritu, la estension de sus conocimientos, la exactitud de sus miras, su aficion decidida por la agricultura, principal fundamento de la prosperidad del Egipto, y que tal vez Mohammed-Aly ha sacrificado en demasía á la industria; sus simpatías mucho mas pronunciadas que las de su padre por la raza árabe, á la cual ha rejenerado con un bautismo de fuego, todo hace esperar que el cetro del Bajá-Rey pasará á manos dignas de empuñarlo.

¿ Pero esta creacion , milagrosa , si se atiende á la rapidez con que ha salido de la nada , es bien sólida , es bien completa , está bien asentada ? ¿ Presenta bajo todos aspectos garantías suficientes para el porvenir ? Narradores imparciales , hemos tenido precision de beber en todas las fuentes para encontrar la verdad ; y reuniendo en esta doble biografía los principales hechos de la vida de dos hombres superiores , que no pueden separarse , hemos debido estudiar seriamente la obra fundada por el uno , y sostenida por el otro . Diremos algunas palabras sobre esta obra : hay en ella elementos de duracion , pero los hay tambien de muerte : los indicaremos con igual franqueza . No disimularemos ni nuestras antipatías hácia la tendencia opresiva y egoista de Mohammed-Aly , ni nuestra admiracion por las grandes cosas que ha hecho , ni nuestro profundo convencimiento de que estan interesados el honor y los intereses de la Francia en defender con sus armas , si preciso fuese , y ayudar con sus consejos , y hasta algunas veces con sus reconvenciones , á un Imperio naciente , unido á ella por mas de un vínculo , y donde parece haberse refugiado cuanta fuerza y vitalidad musulmana quedan en Oriente .

Mohammed-Aly nació, como hemos dicho, en 1769, en la *Cavala*, pequeña ciudad fronteriza de la Romelia, antigua Macedonia. Su padre, Ibrahim-Agá, turco de nacimiento, era jefe de la guardia encargada de la seguridad de los caminos, infestados frecuentemente por las hordas de bandidos Thesalianos; sus funciones eran pues semejantes á las de un capitán de jendarmes. Ibrahim-Agá era pobre y tenía una numerosa familia, compuesta, según creemos, de diez y seis hijos, de los cuales era el más pequeño y más querido Mohammed-Aly. Cuando murió su padre, el niño, joven todavía, quedó al cuidado de su tío Tousoun-Agá, el cual fue decapitado por orden de la Puerta, de modo que Mohammed-Aly iba á quedar huérfano y sin apoyo, cuando el *Tchorbadgi*, gobernador de la Cavala, antiguo amigo de sus padres, le recibió en su casa, y le hizo educar con su hijo. Un comerciante de Marsella, establecido entonces en la Cavala, Mr. Liou, seducido por el talento y gallardía del joven Mohammed, le manifestó también un afecto paternal; y tal vez pudiera atribuirse á estos primeros recuerdos de la niñez, la constante predilección del Virey por los franceses. Mohammed después de su elevación no

se olvidó de su antiguo amigo de la Cavala, que habia regresado á Francia, pero Mr. Lion murió el mismo dia en que iba á embarcarse en Marsella. El Bajá envió á su hermana una suma de 40,000 rs. Si hemos de dar crédito á los historiográficos (*) de Mohammed-Aly, tuvo este desde su niñez un presentimiento de su futura grandeza. Háblele contado su madre, que cuando le llevaba en su seno, tuvo un sueño, que le explicaron unas jitanas, anunciándole que el niño que habia de parir, llegaria al colmo del poder. El jóven Mohammed-Aly se impresionó con aquella narracion; agolpáronse en su cabeza ideas confusas de dominacion, y á los 15 años ya buscaba con ardor la ocasion de distinguirse. Cierto dia, los habitantes de una aldea inmediata á la Cavala se negaron á pagar las contribuciones. El Tchorbadgi no sabia cómo obligarles á verificarlo. « Dadme seis hombres, le dijo Mohammed-Aly, y yo me encargo de lo demas. » Admirado el Gobernador le concedió lo que pedia; Mohammed-Aly pasó con su tropa á la aldea, entró en la mezquita, y mientras rezaba, envió á buscar á los cuatro principales

(*) *Historia del Egipto, bajo el gobierno de Mohammed-Aly*, por Mr. Felix Mengin.



habitantes bajo el pretexto de asuntos importantes. Llegaron estos sin ningun recelo, y Mohammed-Aly al punto los hizo prender y amarrar, y los condujo á la Cavala por entre los clamores y persecuciones de la poblacion, á la cual contuvo, amenazando matar á los presos. Este acto de atrevimiento, que proporcionó el cobro del impuesto, gustó tanto al Tchorbadgi, que manifestó su agradecimiento á Mohammed-Aly, haciendo que se casara con una parienta suya, bastante rica, y de quien acababa de divorciarse; Mohammed-Aly tuvo de ella tres hijos, Ibrahim, Toussoun é Ismail. El primero, Ibrahim, nació en 1789, viviendo aun el primer marido de su madre, y esto es lo que ha hecho creer á muchos que solo era hijo adoptivo de Mohammed-Aly. Despues de su casamiento, teniendo el jóven Romeliota aficion al comercio, se dedicó al tráfico del tabaco; hizo buenos negocios, y ha conservado siempre esa propension mercantil que dá á su fisonomía histórica un carácter particular.

El ejército francés ocupaba el Egipto, y la Puerta se armaba por todas partes; el Tchorbadgi de la Cavala recibió orden de dar su contingente, y formó un cuerpo de 300 hombres, mandado por

el jóven Aly-Agá, su hijo, al cual agregó, como una especie de Mentor, á Mohammed-Aly. Los voluntarios macedonios tuvieron muchas dificultades para reunirse á la flota turca que les esperaba en la rada de Marmarizza; por último se dirijieron á Ejipto; los Turcos se reunieron en el mar á la escuadra inglesa; se aproximaron á Abukir, y Mohammed-Aly, desde su primer paso en aquella tierra, que ya no habia de dejar, tuvo que sostener un rudo choque con el general Friant, que intentó, aunque en vano, oponerse al desembarco. Fue la accion tan reñida, que disgustado de su nuevo oficio el jóven Aly-Agá, desapareció de repente, y regresó donde estaba su padre, dejando el mando de aquella jente á Mohammed-Aly, que tomó el título de *byn-bachi*, coronel.

Sabido es cómo dieron lugar á la capitulacion de Alejandría y á la evacuacion del Ejipto, el asesinato de Kléber, el abandono de la Francia, y la incapacidad de Menou. Antes de pasar adelante, y para apreciar mejor la marcha que siguió Mohammed-Aly, conviene echar una ojeada sobre el estado del pais despues de la salida de las tropas francesas.

Nadie ignora que Selim II, al apoderarse en

1512 del Egipto, independiente hasta entonces de los Otomanos , dejó subsistir la aristocracia de los veinte y cuatro beyes mamelucos (*); que aquella aristocracia duró hasta la expedicion francesa , y que de consiguiente, la Puerta nunca ha ejercido sobre el Egipto mas que una autoridad nominal, representada por un Bajá sin poder , insultado, arrojado , depuesto y reemplazado segun se queria.

Aquellos Mamelucos, tiranos feudales, reyes á caballo , milicia brillante y guerrera que vivia y moria estraña al pais que oprinia, fueron diezmados por Bonaparte, y arrojados hasta el desierto. Despues de la salida de los franceses, volvieron mas débiles , pero no con menos sed de recobrar su poder. De los dos jefes que los dirijian al combate, el mas valiente, Murad-Bey, su Áquiles, aquel enemigo leal que admiró á Napoleon , y lloró á Kléber , acababa de morir en la provincia de Girgeh , legando su poder á dos beyes de su familia (**), Mohammed-el-Elfy, y Osman Bardissy.

(*) *Mamluk*, significa *hombre comprado*. Aquel cuerpo se reclutaba esclusivamente entre los jóvenes esclavos Circasianos y Georgianos, á quienes educaban sus señores y á los cuales trasmitian su poder.

(**) Cada uno de los veinte y cuatro beyes tenia bajo sus órdenes un mayor ó menor número de Musulmanes que formaban su servidumbre; los que mas se distingulan eran

Quedaba Ibrahim-Bey, el Fábulo *cunctator* de los Mamelucos; pero Ibrahim era viejo, sus fogosos compañeros se avenían mal con aquella prudencia, mas circunspecta cada día con la edad, la influencia de aquel jefe era casi nula, y todo el cuerpo estaba en completa anarquía. Tratábase sin embargo de luchar contra la Puerta, que se preparaba á aprovecharse de la retirada de las tropas francesas para recuperar, de una vez para siempre, el centro arrancado de sus manos; habia principiado por prohibir la importacion en Egipto de los Circasianos ó Georgianos, y de este modo habia dado un gran golpe á aquella milicia enemiga, impidiendo que reparase sus pérdidas; despues habia enviado á Egipto al Gran Visir encargado de instalar al nuevo Bajá, y de sostenerlo con el auxilio de las partidas levantadas en todos los puntos del Imperio, y principalmente con el de un cuerpo de 4,000 Albaneses, soldadesca indisciplinada, dispuesta siempre á sublevarse. El Almirante turco, antes de abandonar el Egipto, habia principiado

ascendidos á la dignidad de *Kachefs*, lugar-tenientes, ó beyes. Al tiempo de morir, el jefe nombraba con frecuencia su sucesor, que era entonces propietario de toda su servidumbre. Hay mucha relacion entre un bey Mameluco y un jefe Germano rodeado de sus deudos.

las hostilidades, llamando á la traicion en su ayuda; habia convidado á los Mamelucos á una fiesta sobre el lago de Abukir, y les habia hecho fusilar en una barca. Mohammed-Bey-el-Elfy se habia refugiado á Inglaterra; Osmar Bey Bardissy se habia defendido como un leon, y se preparaba para vengarse de aquella celada. El nuevo Bajá Mohammed-Kosrew, acababa de ser instalado en el Cairo; los Albaneses principiaban á amotinarse pidiendo su salario; los habitantes, vejados y saqueados, se alborotaban alrededor de la mezquita de El-Azali (*). Por todas partes reinaba la agitacion, y entretanto el oscuro byn-bachi Mohammed-Aly, á quien hemos dejado á la cabeza de sus 300 Romeliotas, se reia interiormente y no se proponia nada menos que deshacerse de los Turcos con el auxilio de los Mamelucos, de estos con la ayuda de los Albaneses, para diezmar al fin á los Albaneses, y pasar de la nada al estado de dueño absoluto.

Habia principiado por estar bien con el Bajá, que le profesaba grande amistad, le habia nombrado *saré-chesmé* (jeneral) y agregado á su corte, ele-

(*) Sitio en donde se formaban comunmente en el Cairo las reuniones populares y las sediciones.

vándolo al empleo de confianza de *tufendji-bachi* (porta-carabina). La sedicion sin embargo seguia adelante, y Mohammed-Aly no era estraño á ella. Los Albaneses se apoderaron de la ciudadela; Mohammed-Kosrew llegó á Damietta con sus tropas; un jefe de los amotinados, Taher-Bajá, quiere aprovecharse de la ocasion para usurpar el poder, y es asesinado por dos *byn-bachis* turcos; un nuevo jefe, Ahmed-Bajá, intenta hacerse nombrar gobernador, y Mohammed-Aly se niega á reconocerle. Los Mamelucos se aproximan al Cairo, Mohammed-Aly se une á ellos en Gyzeh y les entrega la ciudad. En el intervalo Mohammed-Kosrew, creyendo apaciguada la sedicion, se prepara á volver á su puesto; encuentra en el camino á 10,000 Albaneses y Mamelucos con su fiel Tufendji-Bachi que le ataca, le dispersa, le encierra en Damietta, le sitia, le prende y le vuelve á llevar prisionero al Cairo, y finalmente le echa del Egipto. (*)

Al saber la Puerta aquellos sucesos, fiel siempre á su respeto por los hechos consumados, se ha-

(*) Este mismo Kosrew, luego Scrasquier en Constantinopla, primer ministro de la Puerta Otomana despues de la muerte de Mahmoud, y recientemente destituido, es el

bia contentado con enviar de Constantinopla un nuevo Bajá, Aly-Gezairly, que acababa de desembarcar en Alejandría, llevando consigo 1,000 hombres de tropa. Este Bajá se dirigió al Cairo y envió un emisario á los Mamelucos, proponiéndoles tratar con ellos: pero sabiendo estos que el Bajá trataba por bajo mano de desunirlos y separarlos de los Albaneses, marcharon contra él. Aly-Bajá-Gezairly tuvo la imprudencia de separarse de sus tropas, y de ir solo á la tienda de Osman-Bey-Bardissy, que le hizo matar.

Desde aquel momento parecia que los Mamelucos nada tenian que temer, pues eran dueños del Cairo y del Egipto. Kosrew, el Bajá depuesto, á quien aun no habian hecho embarcar, estaba encerrado en la ciudadela; el Gobierno se hallaba en manos del anciano Ibrahim-bey y de Bardissy. A este último, jóven activo é influyente, le hubiera sido fácil apoderarse del poder y conservarlo; pero era fogoso, presuntuoso, distraido y tenia á su lado un amigo íntimo, cuya influencia experimentaba y que se preparaba tranquilamente que siempre se ha mostrado encarnizado enemigo del Virey, al cual jamas ha perdonado que se hubiese burlado de él de aquel modo, y héchole servir de escalon para su elevacion.

para derribarlo. Este amigo era el mismo que le habia abierto las puertas del Cairo, era Mohammed-Aly. El ambicioso Macedonio, aunque no habia leído todavia á Maquiavelo, sabia de memoria el adajio: «desde el momento en que los que gobiernan son odiados, sus adversarios no tardarán en ser admirados» y obraba en consecuencia; primeramente fomentaba los celos de Bardissy contra el Elfy, otro jefe Mameluco que, como hemos dicho, pasó á Inglaterra, y que acababa de volver á Egipto con brillantes promesas del Gabinete de Londres: nuevo pretendiente, con el cual Mohammed-Aly tendrá que habérselas mas adelante. El Elfy es atacado traidoramente por Bardissy y se vé precisado á refugiarse en el alto Egipto. Al mismo tiempo murmuran los Albaneses y se sublevan pidiendo ocho meses de sueldo; Bardissy agoviado sigue las inspiraciones de su amigo, el cual le manifiesta que sin dinero no responde ya de sus soldados, y entonces llovieron impuestos y contribuciones sobre aquel desgraciado pais, agotado por eternas guerras. Cada dia era señalado por un nuevo vejámen; nadie se libraba de la rapacidad del fisco; nadie, ni aun los mismos francos, á pesar de las enérgicas representaciones

de sus cónsules, que abandonaron el Cairo y se retiraron á Alejandría. Al fin, el pueblo indignado se sublevó, llenóse la mezquita de El-Azahr, pasó allí solo el solapado Mohammed-Aly, se avisó con los Ulemas y los Cheiks, les dirigió palabras de consuelo, se indignó de las medidas opresoras de Bardissy, les prometió hacer uso de su influencia en defensa de sus derechos, y cuando estuvo bien seguro de haberse captado su afecto, se decidió á quitarse la máscara. El 12 de Marzo de 1804 convocó sus Albaneses, y cercó de improviso la casa de Bardissy, despues de haber sobornado de antemano á la mitad de los soldados que la defendian. Sorprendido el jefe mameluco se escapó en medio del tiroteo, y abandonó el Cairo para no volver mas; Ibrahim, su colega, atacado por otro lado, huía igualmente; y la ciudad quedó en poder de Mohammed-Aly y de sus tropas. El mercader de tabaco de la Cavala habia andado ya mucho camino, el poder estaba á su alcance, la ocasion era seductora, pero conocia demasiado su situacion para dejarse arrastrar irreflexivamente. En verdad los Turcos no eran ya temibles, y los Mamelucos estaban dispersos, pero estos dos enemigos podian reunirse

para acabar con él; además su popularidad era aun muy reciente, y no era fácil dirigir á los Albaneses. Había entre ellos jefes ambiciosos que hubieran visto con disgusto su repentina elevacion; estos jefes eran todavía demasiado temibles para que se les pudiera alejar; en una palabra, no habia llegado aun el momento. Mohammed-Aly diferió sus proyectos; fingió querer volver el vireinato á su antiguo protector Kousrew, prisionero en la ciudadela; los jefes Albaneses se opusieron, y Mohammed-Aly cedió sin hacerse de rogar mucho. Kousrew fue conducido á Rosetta y embarcado para Constantinopla. Se hizo creer á los Cheiks que se habia recibido de la Puerta un firman que elevaba á la dignidad de Virey á Kourschyd-Bajá, Gobernador de Alejandría, personaje débil, indeciso, incapaz de hacer frente á las dificultades del momento, y que por lo mismo convenia muchísimo á Mohammed-Aly.

El Divan de Constantinopla, como de costumbre, aprobó aquel nombramiento. Kourschyd-Bajá llegó al Cairo; su posicion era insostenible, pues tenia que principiar sujetando á los Mamelucos, que reunidos alrededor de la ciudad, interceptaban las comunicaciones, echaban á pique los



barcos cargados de comestibles , atormentaban con el hambre á la poblacion , é intentaban cada dia nuevos ataques ; el Virey no tenia mas apoyo contra ellos que Mohammed-Aly y sus Albaneses , y aquella soldadesca desenfrenada se amotinaba á cada triunfo que obtenia , y con sus exigencias le obligaba á hacerse odioso, estrujando á los habitantes Informada la Puerta de sus conflictos, le envió un cuerpo de caballería *Delhis* (*) para ayudarle á mantener el órden ; Mohammed-Aly que estaba entonces sitiando á los Mamelucos en Minieh , al saber la llegada de aquellas tropas, y desconfiando de las intenciones del Virey, abandonó el sitio y volvió repentinamente al Cairo con su ejército; Kourschid Bajá mandó á los *Delhis* que le cerraran el paso , pero Mohammed-Aly hábil en el arte de persuadir á los soldados , entró en razonamientos con ellos , les indicó que sus intereses eran comunes y que solo iba á reclamar las pagas de sus Albaneses ; ganó á los jefes con regalos y á los soldados con promesas ; en una palabra , las dos fuerzas fraternizaron , *Delhis* y Albaneses entraron juntos en el Cairo , y las sediciones volvieron á empezar de nuevo mas vivas

(*) Voluntarios Sirios.

y frecuentes que nunca. Se necesitaba dinero, y no habia dinero; la percepcion del impuesto en las campiñas, desoladas por los Mamelucos y por nubes de Arabes del Desierto, se habia hecho imposible: la administracion estaba completamente paralizada, los soldados saqueaban las casas y se entregaban á toda clase de excesos. Mohammed-Aly, fiel á su sistema cauteloso, daba por bajo mano rienda suelta á sus Albaneses: fingiendo contenerles, hacia que ellos le arrestasen, les calmaba, les arrojaba oro y les volvia á enviar al Bajá. Sabiendo apreciar el poder moral del clero en un pais donde las ideas religiosas estan en toda su fuerza, se mostraba ríjido observante de los preceptos del Corau, visitaba á los Cheiks y á los Ulemas, se compadecía de la miseria del pueblo, y aumentaba cada dia su influencia. La Puerta, sabiendo sus manejos y descubriendo en él un hombre que podia llegar á ser peligroso, le habia dirigido un firman en el que, colmándole de elogios, le invitaba á él y á los demas jefes Albaneses á regresar á sus hogares. «¿Podreis negaros, decia el patético firman, á regresar al seno de vuestras familias que os tienden los brazos?» Mohammed-Aly, por sondear la opinion,

finje que obedece, vende su casa y hace sus preparativos de marcha; las tropas se insurreccionan, el pueblo se conmueve, Mohammed satisfecho aplaca la sedicion y se queda; por último, después de muchas semanas de continuos disturbios, en una última insurreccion, se reúnen los Cheiks, y precedidos de Seyd-Omar-Makram, jefe de los Scheriffs (*), adicto desde mucho tiempo á Mohammed-Aly, se dirijen á la casa de este y le declaran que no quieren ser gobernados ya mas por Kourschyd-Bajá y que estan resueltos á deponerle. — «¿Y á quién quereis confiar su autoridad? les preguntó Mohammed-Aly. — A vos mismo, porque sabemos que quereis el bien.» Mohammed-Aly rehusó modestamente, los Cheiks insistieron, él cedió, le revistieron con una pelliza de honor y le pasearon á caballo por toda la ciudad en medio de las aclamaciones del pueblo. Furioso Kourschyd-Bajá al saberlo, declara que es Virey por el Sultan y que no consentirá en ser destituido por Fellahs; consigue reunir 1,500 hombres de tropas decididas, se encierra en la ciudadela y principia á bombardear la ciudad. La situacion de Mohammed-Aly se hacia peligrosa; los Mamelucos,

(*). La primera autoridad religiosa del Cairo.

sabedores de los sucesos, se habian aproximado al Cairo y proponian á Kourschyd-Bajá el reunirse contra el enemigo comun. Dos jefes albaneses influyentes negaban su adhesion, era preciso no perder tiempo; Mohammed fuerte con la decision de los Cheiks y de una parte de los Albaneses, subleva al pueblo y le conduce armado alrededor de la ciudadela; al mismo tiempo hace que el Consejo de los Cheiks despache un correo á Constantinopla, reclamando el asentimiento de la Puerta á los votos del Egipto. Pronto rompió un fuego muy vivo por ambos lados; de repente los artilleros de Mohammed-Aly se paran, abandonan sus piezas, y declaran que no maniobrarán sin que antes se les haya pagado su sueldo; la situacion era apremiante; el nuevo Bajá con sus numerosas prodigalidades de los dias anteriores habia agotado completamente sus recursos; en su apuro se decidió á dirigirse á un comerciante francés establecido en el Cairo, que le prestó 10 bolsas (10,000 rs.) Esta cantidad sirvió para apaciguar á los amotinados, y pudo continuar el sitio de la ciudadela. Aquel pequeño servicio hecho en un momento tan decisivo, no ha dejado tal vez de tener influencia en la elevacion de Mohammed-

Aly. (*) Por fin el 9 de Julio de 1805, llegó de Constantinopla un *Captdjy-bachy* (oficial encargado de los firmanes de la Puerta), y puso término á la lucha. Acompañábale el *Selikdar* del Gran Visir, encargado de tomar un conocimiento exacto del estado de los negocios. Leyéronse en presencia de los Cheiks reunidos los despachos, en los cuales se conferia á Mohammed-Aly el título de Gobernador del Egipto, del cual estaba ya en posesion por la voluntad de los Ulemas y del pueblo; y se mandaba á Kourschid-Bajá que abandonase la ciudadela y pasase á Alejandria á esperar las órdenes del Sultan.

La Puerta, á pesar de esta formal manifestacion, distaba mucho de ser favorable á Mohammed-Aly. En efecto, pronto llegó á Abukir el *Capitan-Bajá* con una escuadra y 2.000 hombres de tropa. Envió al Cairo un nuevo firman, en cuya virtud Mohammed-Aly estaba autorizado para gobernar

(*) El venturoso acreedor de Mohammed-Aly, en aquella circunstancia, es el mismo Mc. Mengin, de cuyo libro he sacado una parte de este relato. Parece que la Francia haya sido llamada á presidir á los destinos del Virey. Un francés protege su infancia, un francés le ayuda á apoderarse del poder, franceses son los que le han ayudado á consolidar ese mismo poder, y tal vez será deudor á la Francia de poderlo trasmitir á sus hijos.

el Egipto hasta que recibiese nuevas órdenes. Desde entonces todo fue disputable; los Ingleses, que veían de mal ojo plantearse una autoridad vigorosa en una tierra que codiciaban, intrigaban en Constantinopla, pintando con los mas negros colores al nuevo gobernador, y abogando con calor por el restablecimiento de los Mamelucos, que prometían ser en adelante los súbditos mas fieles de la Puerta; los Ingleses hasta llegaban á amenazarla con una invasion, que en efecto realizaron para vergüenza suya, como veremos mas adelante. Esta mala voluntad de los Ingleses contra un Bajá cuyo nombramiento debia haberles sido indiferente en el fondo, se concibe fácilmente: el Bey Mameluco el Elfy, á su salida de Lóndres, les habia prometido entregarles los puntos del Egipto en el caso de que le ayudasen á recobrar su poder. Las intrigas dirigidas contra Mohammed-Aly tuvieron un éxito completo en la Puerta, á pesar de los esfuerzos del cónsul francés en Alejandría, Mr. Drovetti, que defendió con calor á Mohammed-Aly ante el Capitan-Bajá, y principió desde entonces las relaciones de buenos procederes que han unido siempre á la Francia y al Virey. El 1.º de agosto llegó un nuevo Almirante Turco con 3,000 hombres de



tropa, y un tercer firman nombrando á Mohammed-Aly Bajá de Salónica y mandándole abandonar el Egipto sin dilacion.

El astuto Bajá finjió obedecer, como lo tenia de costumbre; convocó los Cheiks, les anunció que iba á marchar, estos se opusieron y se apresuraron á redactar una acalorada representacion que enviaron á Constantinopla. Hizo reunir tambien á todos los jefes del ejército, compuesto en gran parte de Albaneses; les declaró que se sometia á la voluntad de la Puerta, y todos á una voz contestaron que se opondrian á su marcha. « Queréis, les dijo Mohammed-Aly, impedirme ejecutar las órdenes que he recibido, y no sois bastante fuertes para resistir si somos atacados. Vuestros soldados viven en la indisciplina, persiguen á los habitantes, y me acosan sin cesar pidiéndome su sueldo. Si quereis que permanezca entre vosotros, que sea vuestro fiel compañero de armas, como siempre lo he sido, jurad sobre el libro sagrado del Coran que no me abandonareis, y que morireis si es preciso por la causa que defendemos. » A este discurso los jefes conmovidos se levantan, juran sobre el Coran, y para hacer inviolable aquel juramento, pasan todos uno en pos de otro, por

encima de un sable tenido por ambos extremos por los dos mas ancianos. Era tan grande la influencia de Mohammed-Aly, que aquellos soldados tan codiciosos de ordinario, se imponen á sí mismos una contribucion; y entregan al Bajá 2,000 bolsas, que este empleó en ganar á su favor los miembros del Divan.

A medida que Mohammed-Aly se fortalecia en el Cairo, los Reyes Mamelucos perdian terreno para con el Capitan-Bajá. La Puerta les habia exigido 1,500 bolsas y no habian podido reunir las; Mohammed-Aly ofrece 4,000, y envia en rehenes, como garante de su promesa, á su hijo Ibrahim que acababa de hacer venir de la Cavala; mediante aquellas estipulaciones, el Capitan-Bajá se decidió por último á dejar el Egipto, y el 12 de Octubre de 1806 dió la vela para Constantinopla, llevándose consigo á un niño de 17 años, que jamás hubiera vuelto á ver á su padre, si la Puerta hubiese podido adivinar que era el futuro vencedor de Konieh y de Nezib.

«El Egipto, decia Mohammed-Aly en aquella época, está en subasta; el que dé mas dinero y el último sablazo se quedará dueño de él.» El dinero se encontró por medio de nuevos impuestos; y como

el país estaba más miserable que nunca, los Cheiks murmuraron: Mohammed-Aly se conformó en reunirse con sus antiguos amigos, hizo prender á los unos, apalear á los otros, y Seid-Omar-Makram, el principal elemento de su elevación, fue desterrado á Damietta. Faltaba dar el último sablazo. Los Mamelucos cojidos ya una vez en una celada en que perdieron 80 de los suyos, ocupaban aun todo el alto Egipto; Mohammed-Aly reunió su ejército y marchó contra ellos; pero tuvo precisión de retroceder precipitadamente para oponerse á nuevos enemigos. La Inglaterra había declarado la guerra á la Puerta y una escuadra de 25 velas acababa de presentarse delante de Alejandría; la ciudad había sido entregada por traición, y los ingleses marchaban sobre Rosetta; sabido es el fuerte golpe que llevaron delante de aquella plaza, con qué vigor les rechazó el Bajá á Alejandría y les obligó á evacuar el Egipto de tal modo, que un Bey Mameluco decía cándidamente: « que no se concebía cómo europeos habían podido dejarse vencer de aquel modo por Turcos. » Hecho esto, Mohammed-Aly volvió á los Mamelucos. Pero la Puerta estaba decidida á no dejarle un momento de descanso; hacia ya mucho tiempo que le instaba para que hi-

ciese marchar un cuerpo de tropas á la Arabia á fin de libertar las ciudades Santas , ocupadas entonces por los *Wahabys*. Estos Wahabys ó Wahabytas, son Arabes cismáticos cuyo objeto es volver el islamismo á su pureza primitiva. Toman su nombre del Cheik Mohammed-Ebn-Abd-El-Wahab, su fundador, especie de Lutero oriental, que revolvió toda la Arabia con sus predicaciones y murió en 1787.

Mohammed-Aly vacilaba en comprometerse en una expedicion que podia ser larga y difícil , antes de haberse desembarazado de sus mas peligrosos enemigos , los Mamelucos. No pudiendo vencerles por la fuerza, se determinó á acabar con ellos por la traicion. Los dos Beyes principales, Bardissy y el Elfy, acababan de morir casi simultáneamente, y aquella oligarquia militar perdía con ellos toda unidad de inspiracion; Mohammed-Aly supo sembrar hábilmente la discordia entre ellos Chahyn-Rey, sucesor de Bardissy, fue el primero á quien sedujeron las promesas del Bajá; se separó de sus colegas y fue á habitar el Cairo con toda su servidumbre. El Bajá le colmó de regalos. Otros beyes tardaron poco en seguir su ejemplo, y cuando Mohammed-Aly vió entre sus manos á un número

considerable de ellos, los destruyó de un solo golpe. El 1.º de Marzo de 1811 fue el día en que se verificó aquel sangriento drama. Habíase preparado una fiesta en honor de Toussoun, hijo segundo del Virey encargado del mando del ejército de la Arabia, y que aquel día iba á recibir la pelliza de investidura. El acompañamiento debía reunirse en el alojamiento del Bajá, en la ciudadela, para bajar desde allí y atravesar la ciudad con gran pompa. Los Mamelucos, convidados á la ceremonia, llegaron desde por la mañana vestidos con sus mas brillantes trajes, y montados en sus mas hermosos caballos. Mohammed-Aly los recibió con su acostumbrada afabilidad y principió el desfile. Abria la marcha un cuerpo de Delhis, seguian los Mamelucos, y bajaba el acompañamiento lentamente por un camino estrecho, tortuoso, abierto en la roca, y flanqueado por elevadas fortificaciones, que conducen de la ciudadela al Cairo; la puerta se abrió para los Delhis y se volvió á cerrar para los Mamelucos: al instante dió la señal un cañonazo, y Albaneses ocultos en las fortificaciones descargaron sobre ellos un diluvio de balas: en tan desesperada situacion los Mamelucos sacaron sus sables e intentaron en vano retroceder; los muer-

tos interrumpieron pronto aquel estrecho paso era tan imposible huir como pelear, y todos fueron fusilados sin compasion.

Durante aquella horrible carnicería, el Bajá, retirado en su harem, distaba mucho de la majestuosa impassibilidad con que lo ha pintado Mr. Horacio Vernet en el famoso cuadro, donde el talento del pintor ocupa el lugar de la verdad local; estaba pálido, ajitado, azorado; solo pudo calmar su inquietud la vista de las cabezas, y no desplegó los labios sino para pedir un vaso de agua.

El asesinato de los Mamelucos es una de las páginas que se quisieran poder borrar de la historia de Mohammed-Aly, y conviene sin embargo no olvidar que entre ellos y él existia una guerra oculta; pues si se dá crédito á muchos escritores, una conspiracion tramada por ellos debia estallar al siguiente día; uno de los dos partidos debia sucumbir, y quedar el triunfo por el que tomase la iniciativa. No debe olvidarse sobre todo que estamos en Oriente, y que no es poco mérito, en un Príncipe Musulman, no haber hecho jamás derroamar sangre inútilmente.

Libre así de toda inquietud en el interior, el

Bajá dirigió sus fuerzas contra los Wahabytas. Una primera campaña, bastante mal ordenada por su hijo Toussoun, y otra dirigida por él mismo, ningún resultado decisivo produjeron. La guerra se prolongaba, y al fin se resolvió el Virey á confiar el mando de las tropas á su hijo primojénito. Vamos á seguir un instante á Ibrahim-Bajá en aquella guerra del Hedjaz donde hizo sus primeras campañas; guerra difícil y peligrosa, que tuvo el honor de terminar, y en la que desplegó sobre todo una extraordinaria enerjía.

(La continuacion en la próxima entrega.)







V. G. ...

YEBARILIN - BAJA.

Lito de Faure

Personajes celebres del Si
3

MOHAMMED-ALY

E

IBRAHIM-BAJA.

(SEGUNDA PARTE.)

Ibrahim-Bajá ha nacido con el instinto y el jénio de la guerra.

MARMONT, DUQUE DE RAGUSA.-- *Viaje al Oriente*, t. II, pág. 357.

« Iré tan lejos cuanto pueda hacerme entender hablando el árabe. »

Palabras de Ibrahim en el sitio de San Juan de Acre. — Historia de la guerra de Siria, por MM. de Cadalvene y Barrault, pág. 411.

El 3 de Setiembre de 1816 fue cuando Ibrahim salió del Cairo para irse á poner á la cabeza del ejército de la Arabia; tenia entonces 26 años,

era joven, ardiente, sediento de gloria, y habia visto la inesperada elevacion de su padre, con ese fatalismo oriental que de nada se admira, que se pone al nivel de todas las posiciones, y que daba lugar á que su hermano Toussoun contestara á las reconvençiones que sobre su prodigalidad le dirijia Mohammed-Aly: « Padre mio, á vos que no habeis nacido en una clase elevada os sienta bien el ser económico; pero yo que soy el hijo de Mohammed-Aly, debo ser liberal y jeneroso.» (*) Los dos hermanos no se amaban: Toussoun, principe dulce y afable, era el favorito de su padre, é Ibrahim á su regreso de Constantinopla, no habia podido ver sin envidia que el Virey confiase á otro el mando de una expedicion importante. Lejos de darle pena los reveses experimentados por Toussoun, confiaba conquistar de una vez para siempre la preferencia que al parecer le negaba su padre. « He dejado de apreciarle por mucho tiempo, decia mas adelante Mohammed-Aly al Doctor Bowring, hablando de Ibrahim; no tuve una entera confianza en él hasta que su barba fue casi

(*) Toussoun, al poco tiempo de haber vuelto de Egipto, murió por no haberse querido separar de una georgiana á quien amaba, que se presumia acometida de la peste.

tan larga como la mía , y empezó á blanquear; (*) ahora sé todo lo que vale. » En efecto, en el dia, el vencedor de Konieh es el amor y el orgullo de Mohammed-Aly.

Ibrahim , animado entonces de un fervor religioso , que la civilizacion ha amortiguado mucho al entrar en campaña , pasó á Medina para orar en la tumba del profeta , y juró no envainar el sable hasta haber esterminado completamente á los Wahabitas ; hizo voto de sacrificar sobre el monte Arafat 3,000 carneros despues de la victoria , y entretanto rompió heroicamente un centenar de botellas de ron y de champagne de que le habian provisto en el Cairo.

Los Wahabitas , despues de haber ocupado todo el pais que media entre el mar Rojo y el Golfo Pérsico , habian sido arrojados por Mohammed-Aly al Nedjed , cuna del cisma de Wahab , provincia montañosa de la Arabia central , defendida por muchas plazas fuertes , entre otras Derayah , ciudad populosa , que aquellos sectarios belicosos habian hecho su capital.

(*) Con las fatigas de la guerra , la barba y el cabello de Ibrahim , que eran de un color rubio subido , se han encanecido muy pronto.

Las primeras operaciones de Ibrahim-Bajá no fueron felices. La parte moral del soldado estaba debilitada por una larga guerra en país desconocido, la falta de agua, las privaciones y las enfermedades de todas clases; las sublevaciones eran muy frecuentes. Los Wahabitas, mandados por Abdallah-Ebn-Souhoud, guerrero incapaz pero valiente, interceptaban los convoyes, e inquietaban sin cesar los flancos del ejército; en vano intentó Ibrahim apoderarse de El-Rass, ciudad fronteriza del Nedjed; despues de tres meses y diez y siete dias de sitio, de una pérdida de 3,400 hombres, se vió obligado á retirarse; de repente, avergonzado de aquel golpe y estimulado por el mal éxito, como lo hubieran sido otros por la victoria, deja tras sí la plaza que no pudo tomar, penetra audazmente hasta el corazon del país, toma sucesivamente á Boureydch, El-Maznab, Chakra, Dorama; se adelanta esterminando cuanto se presenta á su paso, rechaza al enemigo sobre Derayeh y llega delante de esta capital que asedió. El sitio de Derayeh fue largo y mortífero. El golpe experimentado delante de El-Rass era debido en gran parte al orgullo musulman, que habia impedido al jóven príncipe escuchar los consejos

de Mr. Vaissiere, oficial francés agregado á su Estado Mayor; aleccionado por la esperiencia, se conformó al fin en confiar á aquel oficial la direccion del sitio de Derayeh; dos meses habian trascurrido sin embargo, y seguia defendiéndose Abdallah, cuando un accidente imprevisto puso la enerjía de Ibrahim á una fuerte prueba. Pegóse fuego á la tienda en que estaban todas las municiones del ejército, y se voló en medio de la noche con un ruido espantoso; las granadas y las bombas abrasaron el campo, fueron consumidas por el incendio la mitad de las provisiones de boca, y un jeneral de 26 años se encontró á 500 leguas del Egipto, en medio de los desiertos, en presencia de un enemigo encarnizado, superior en número, y sin mas municiones que algunos saquillos que habian quedado olvidados en las baterías, y los cartuchos que los soldados tenian en sus cartucheras; la situacion era crítica. Al dia siguiente, animados los sitiados por aquel desastre, hicieron una vigorosa salida; Ibrahim se sublevó contra la adversidad, arengó á sus soldados, mandó que no disparasen sino á quemaropa, y prohibió bajo pena de la vida el ceder un palmo de terreno; el enemigo fue rechazado

á la plaza; cada día se renovaban las salidas, é Ibrahim permanecía siempre firme; de repente le anunciaron la aproximacion de un refuerzo de 3,000 hombres que su padre le enviaba, á las órdenes de Khálil-Bajá. Esta noticia le desesperó, no pudiendo soportar la idea de que otro compartiría la gloria de haber rendido á los wahabitas en su último refugio; reunió sus tropas, les manifestó que era preciso tomar á Derayeh ó morir, y dispuso un asalto general. Abdallah, vencido en todos los puntos, pide capitulacion y pasa él mismo á la tienda de Ibrahim. El jóven gefe le manifiesta que ha recibido órden de enviarlo prisionero al Cairo; Abdallah vencido se resignó y partió á Egipto; Mohamuned-Aly le mandó á Constantinopla, y el Divan le hizo cortar la cabeza.

Despues de la toma y de la destruccion de Derayeh, cesó toda resistencia en el Nedjed, y la guerra ya no fue más que una prolongada carnicería; el pais fue saqueado, las ciudades incendiadas, los principales jefes decapitados, y sus familias reducidas á la esclavitud. Si Moham-med-Aly hubiese sido bastante fuerte para resistir los mandatos de la Puerta, es de creer que no hubiera adoptado el sistema de destruccion,

que solo podia servir para hacerle odioso á un pueblo guerrero, que era de su mayor interés el atraerse. Aquella represion violenta ha dado solo resultados incompletos: la Arabia jamás ha estado pacificada, el wahabismo dejó hondas raizes en los corazones, y cuanto quedó de aquellos sectarios indomables se refugió en el Yemen, y se ajita sin cesar. Hasta estos últimos tiempos el Bajá se ha visto precisado á sostener allí un ejército que le arruinaba de hombres y dinero; además, los Ingleses, á quienes se encuentra siempre do quiera que haya terreno que tomar ó establecimientos que formar, despues de haber intepado en vano introducirse en el Hedjaz, como auxiliares de Ibrahim-Bajá, han encontrado un fútil pretesto para posesionarse de *Aden*, al Mediodia de la costa arábica, y al Norte en las Islas Bahreyn, á pesar de las vivas reclamaciones de Kourchid-Bajá, último lugar-teniente del Virey. En el dia Mohammed-Aly, obligado por el ataque de las potencias coaligadas á concentrar sus fuerzas, acaba de retirar sus tropas, y la Arabia va á ser nuevamente presa de los Wahabitas, y lo que es peor, de los Ingleses.

Pero volvamos á Ibrahim-Bajá. Despues de

haber obrado á la oriental, es decir esterminando, para pacificar el Nedjed, despues de haber sujetado á sablazos nuevas revueltas que habian estallado en su ejército, el jóven vencedor, condecorado por la Puerta con el título de Bajá de las ciudades Santas, el primer bajalato del Imperio, hizo su entrada triunfal en el Cairo el 11 de Diciembre de 1819 despues de tres años de ausencia.

Durante aquel tiempo habian sucedido grandes cosas en Egipto; primeramente Mohammed-Aly habia conocido que en el siglo XIX un fundador de dinastía no podia decentemente dejar de aprender á leer; habia tomado para maestro de escuela á un esclavo instruido de su Harem, que sabia leer; habia trabajado despues mas y mas en debilitar los lazos, bien débiles ya, que unian al Egipto con Constantinopla; la revolucion que acababa de precipitar del trono al desgraciado Selim III, no habia tenido eco en el Cairo, y casi al mismo tiempo se levantaban en Oriente, uno en frente de otro, dos innovadores, el uno reformador truncado que no supo ó no pudo hacer mas que destruir, y nunca edificar, y cuyas tentativas abortadas, solo han servido para acelerar la ruina de su imperio: el otro, jénio tenaz,

vigoroso, activo, poco escrupuloso en cuanto á los medios, pero que viéndose al fin dueño de un poder tan ardientemente deseado, se preparaba á arrasarlo todo para pedir á la eivilizacion de la Europa los elementos de una nueva organizacion.

Este es el lugar de recorrer, en cuanto lo permite la certedad de esta noticia, las principales creaciones de Mohammed-Aly, y de mirar bajo sus dos aspectos el edificio que ha fundado.

En el momento de poner mano á la obra, conoció el Virey que ante todo necesitaba medios de accion en el interior, de defensa y engrandecimiento en el exterior; es decir, un ejército y una marina. Las tropas francesas que habia visto en Egipto, le habian hecho conocer todas las ventajas de una fuerza militar regularmente organizada. Pero si su superior intelijencia le libraba de las preocupaciones orientales, no sucedia lo mismo en los que le rodeaban, y sus proyectos fueron acogidos, aun por sus mas allegados, con una muy marcada antipatia; los jefes militares, independientes hasta entonces, repugnaban verse sujetos á una inspeccion regular, y la soldadesca albanesa, con sus arraigadas costumbres de in-

disciplina y merodeo, que tan útil habia sido á Mohammed-Aly, era un obstáculo insuperable.

En medio de semejantes trabas fue cuando el obstinado Bajá se decidió á hacer una primera tentativa, que por poco tiene para él fatales consecuencias: al regresar de la expedicion que él mismo habia dirigido contra los Wahabitas, anunció sus proyectos á las tropas reunidas en Boulac, y les mandó que se prepararan á someterse al *Nizam-Djeddid* (nuevo orden de cosas). Apenas habia entrado en el Cairo, los soldados principiaron á murmurar, los jefes mismos atizaban el fuego de la sublevacion, y declararon al Bajá *infel*. (*) Poco tardó en estallar una insurreccion terrible; las tropas se adelantaron furiosas sobre el Cairo, el palacio de Mohammed-Aly, en la plaza del Ezbekieh, fue cercado y saqueado, él mismo solo tuvo tiempo para refugiarse á la ciudadela, y durante dos dias estuvo la ciudad en poder de los soldados; despues de algunas conferencias, se resignó Mohammed-Aly á diferir prudentemente sus proyectos, y conociendo desde entouces que

(*) Un artículo del código Sunnita dice así: «el Soberano debe guardarse bien de hacer innovaciones, pues el Profeta ha dicho: toda innovacion es un error, y todo error conduce al fuego.»

le sería imposible realizarlos mientras tuviera una milicia tan turbulenta, solo se ocupó en deshacerse de ella por todos medios: los cuerpos mas insubordinados fueron dirigidos sobre el Hedjaz con orden secreta de hacerlos diezmar por el enemigo. Un jefe albanés, de los mas influyentes y alborotadores, fue á reclamar sus sueldos atrasados y estaba enfermo, y el Bajá le manifestó cuánto se interesaba por su salud, enviándole aquella misma tarde á su médico italiano Mendrici para que le asistiera. «El enfermo fue cuidado, dice Mr. Mengin, con una candidez digna de Felipe de Commines, *tomó medicinas y murió á los pocos dias.*»

Al mismo tiempo aprovechó el Bajá aquella ocasion para realizar sus proyectos de conquista sobre la Núbia, y todos los países que rodean el nacimiento del Nilo; el mando de aquella expedicion fue confiado á su hijo tercero, Ismail-Bajá. Este jóven príncipe remontó el Nilo y llevó sus armas victoriosas hasta los confines del Sennar. A su regreso se detuvo en los alrededores de Chendy, en el territorio de los Chaykie, tribu belicosa de la Núbia, que no habia logrado someter sino despues de una resistencia desesperada. El jefe

de la tribu, Nair, llamado *Nimr* (el tigre) por su intrepidez, y que se habia sometido, fue á encontrar al jóven vencedor para pedirle humildemente alguna disminucion del impuesto que se le habia señalado: Ismail, por toda respuesta, le rompió su pipa en la cara, y le amenazó con hacerle empalar sino pagaba la suma exijida. El jefe núbio disimuló la rabia que le devoraba el corazón, y con la sonrisa en los lábios convidó á Ismail á que le hiciese el honor de entrar en Chendy, ofreciéndole su casa para hospedaje. Ismail aceptó, se preparó una fiesta, y mientras los soldados ejipecios se emborrachaban de *bil bil* (*) los Nubidas se arrojan sobre ellos en medio de la noche; Nimr tomó una antorcha y pegó fuego á la casa que se desplomó sobre el cuerpo medio consumido de Ismail.

Al saber aquel siniestro acontecimiento, el yerno del Virey, el Defterdar Mohammed-Bey, famoso por su ferocidad, y que estaba entonces ocupado en someter el Kordofan, corrió á vengar la muerte de su cuñado; toda la provincia de los Chayke, fue entregada á fuego y sangre, y se sacrificaron 30,000 cabezas á los Manes de Ismail.

(*) Especie de cerbeza fuerte que preparan los Nubidas.

El Defterdar llevó la desolacion y la muerte desde el Kordofan á Ghendy, hasta que el Virey, advertido demasiado tarde, puso fin á aquella horrible carnicería, cuyo recuerdo ha quedado vivo en el corazon de las poblaciones núbidas.

Merced á aquellas diversas expediciones, Mohammed-Aly vió disminuirse mas y mas las filas de los Albaneses, y pudo volver de nuevo á sus proyectos de organizacion militar. Encontró á mano al capitán Seve, que iba á probar fortuna á Persia, y tuvo el feliz pensamiento de detenerle y conservar-le á su lado. Formose secretamente en Assonan un campo de instruccion, en los límites del Egipto y de la Núbia, lejos de las fanáticas miradas de los Turcos del Cairo. Levantáronse cuarteles en la entrada del desierto; y 1,000 mamelucos (*) sacados de la servidumbre del Bajá y de algunos grandes del pais, fueron enviados á aquel punto para formar el núcleo del nuevo ejército. Fue necesario que el mismo Ibrahim-Bajá, á su vuelta del Hedjaz vencedor de los Wahabitas, se colocase á pesar de su repugnancia, á la cola del batallon

(*) Entiéndese que no se trata ahora de los Beyes Mamelucos, sino de jóvenes esclavos que los personajes elevados de Egipto hacen educar en sus casas.

en virtud de su talla (*) para aprender la carga en once voces. El capitán Seve, que es el tipo mas cabal del soldado francés, consiguió á fuerza de perseverancia vencer la antipatía de sus alumnos, y conciliarse el afecto de Ibrahim-Bajá, que no tardó en conocer las inmensas ventajas que podria sacar de la táctica europea. Cuando ya se tuvieron cuadros que maniobraban regularmente, se necesitaron soldados para llenarlos; al principio se llevaron negros del Sennar, pero no podian acostumbrarse al servicio militar y morian á millares; no se podia pensar en los Turcos, pues hubiera sido lo mismo que proponerles que escupieran sobre el sepulcro del Profeta; entonces fue cuando Mohammed-Aly tomó la atrevida resolución de réjimentar los Fellahs, privados desde muchos siglos del derecho de usar armas; y al mismo tiempo que los Turcos, heridos en su orgullo, murmuraban, los Fellahs, para quienes era odioso cualquier servicio militar, ponian el grito en el cielo. Ibrahim-Bajá contuvo á los Turcos finjiendo gran repugnancia á los proyectos de su padre, y hablando de aquella innovacion como de un capricho pasajero. En cuanto á los Fellahs, fueron disci-

(*) Ibrahim es de pequeña estatura.

plinares á fuerza de golpes de *courbach* (*), y cuando hubo 15,000 rápidamente instruidos y ejercitados, Ibrahim se declaró su jefe, con grande asombro de los Turcos, que solo despues de largas dificultades se conformaron en mezclarse con semejantes soldados.

Faltaba hacerles soportar una innovacion mas peligrosa todavía, la de que los Arabes fuesen admitidos aun en los grados mas subalternos. Ibrahim lo verificó con mucha destreza: «necesitamos cabos de escuadra, dijo un dia, y serán nombrados los que mas corran, bien sean Turcos ó Arabes.» Los Turcos, convencidos de su superioridad nativa en todo, se prestaron de buena voluntad á la chanza de su jeneral; pero su agilidad no correspondió y el primer cabo de escuadra Arabe, ganó su grado á la carrera (**). En el dia los arabes pueden llegar hasta el grado de capitán. Despues de la toma de S. Juan de Acre, Ibrahim habia dicho: «Al concluir la campaña tendremos coronales árabes.» Pero el Virey no ha querido acceder á los deseos de su hijo: ya sea por repugnancia ó

(*) Bergajos de piel de Hipópótamo ó de Elefante. Este instrumento desempeña un gran papel en todas las innovaciones del Baji.

(**) Véase la obra de Mr. Barrault, *Occidente y Oriente*.

ya por recelo, repite con frecuencia: «Es preciso no olvidar que solo somos 15,000 Turcos en Egipto.»

De todos modos aquel pequeño núcleo de ejército, creado en 1828, ha crecido con rapidez tal, que en el dia el Bajá tiene á su disposicion 130,000 hombres de tropas regulares, organizadas á la europea, que han dado pruebas de lo que valian en las dos campañas de Siria, cuyas maniobras han merecido elogios de un testigo competente, el Mariscal Marmont (*); agregando á ellos los Beduinos irregulares, los operarios de los puertos que estan rejimentados, la Guardia Nacional, organizada en las principales ciudades de Egipto, los alumnos de las diferentes escuelas militares, resulta que Mohammed-Aly puede actualmente poner sobre las armas mas de 260,000 hombres.

Despues de haber formado un ejército, preparese Mohammed-Aly para formar una marina; y ya habia hecho construir en Marsella y en Liorna un número bastante grande de buques, cuando la insurreccion de Grecia le hizo interrumpir sus trabajos. El Sultan le llamó á las armas; demasiado débil todavia para negarse á obedecer, y

(*) Viaje del Duque de Ragusa. T. III, páj. 295.

por otra parte demasiado diestro para no correr á la defensa de una causa que parecia ser la del Islamismo entero, apresurose el Virey á armar su flota, y en el mes de Agosto de 1825, 12,000 hombres de tropas regulares, 800 caballos y 60 buques de todas dimensiones, salieron de Alejandria á las órdenes de Ibrahim-Bajá. Los acontecimientos de la guerra de Morea son conocidos, y no nos detendremos en ellos; sabido es cómo Ibrahim, despues de haber pacificado á Candía y paseado sus armas vencedoras por toda la Morea, tuvo precision de retirarse despues del combate de Navarino y la llegada de las tropas francesas; y cómo la Rusia, apelando á los sentimientos caballerosos de la Europa, hizo que la Francia y la Inglaterra trabajasen á su modo por la integridad del Imperio Otomano, destruyendo el 20 de Octubre de 1827 las escuadras combinadas del Ejipto y de la Turquía.

Mohammed-Aly recibió aquella nueva con la estóica indiferencia de un musulman; Ibrahim-Bajá fue acogido como si acabara de ganar una victoria; y apenas habian transcurrido dos años cuando, merced á la prodijiosa actividad de un hábil ingeniero francés, Mr. de Cerizy, la playa de



Alejandro, desierta hasta entonces, se cubria de magníficas construcciones; los navíos salian de los arsenales como por encanto. Otro francés, Besson-Bey, organizaba las tripulaciones y adiestraba á la europea á los marineros del Nilo. Y en el dia el puerto de Alejandro contiene, ademas de los 24 buques turcos entregados al Bajá despues de la batalla de Nezib, 11 navíos de línea, 6 fragatas, 5 corbetas, 4 goletas, 5 bergantines; en todo 31 buques ejípcios, tripulados por 16,000 hombres, que maniobran con la misma agilidad que los marineros ingleses ó franceses.

Para hacer frente al mantenimiento de tantas fuerzas, eran necesarios recursos inmensos; la agricultura ha formado siempre la única riqueza del Egipto; y á consecuencia de las invasiones, de las revoluciones, de la anarquia, de la ineptitud del dueño y del esclavo, el valle del Nilo, mina de oro inagotable en otro tiempo, cuando era aquel pais el granero de Roma, parecia herido de esterilidad y de muerte. Mohammed-Aly trataba de reanimarle organizando un nuevo sistema de cultivo, pero para esto era preciso ser dueño del suelo. El Virey se decidió á tentar un golpe atrevido aboliendo todos los derechos de

propiedad. La naturaleza de esta en Egipto es una cuestion muy controvertida; es sin embargo constante que al advenimiento de Mohammed-Aly habia en Egipto verdaderos propietarios; no eran otra cosa los moulteziins, y las mezquitas; y los establecimientos públicos poseian tambien desde tiempo inmemorial. El Virey invitó á los moulteziins y á los ulemas á que le llevaran sus títulos, bajo el pretexto de confrontarlos, y cuando los tuvo en su poder, los confiscó; algunos de los que reclamaron consiguieron pensiones vitalicias, pero todos fueron espropiados. Solo las propiedades moviliarias se libraron de aquella vasta espoliacion. Desde entonces el Egipto no fue mas que un inmenso dominio explotado por un solo hombre; el Bajá substituyó el cultivo en grande á los cultivos parciales, las simientes preciosas á las comunes; hizo abrir canales para transportar á lo lejos el cieno fecundador del Nilo; 1,500 jardineros, hechos venir del Archipiélago y de la Europa, fueron diseminados por las provincias para dar á conocer los mejores métodos de cultivo. Un francés, Mr. Jumel, naturalizó en Egipto el algodón arbusto, y las plantaciones multiplicadas por el Virey, dieron hasta 947 quintales. El cul-

tivo del añil, de la rubia, del opio, del arroz, del trigo y del maiz, tomó una estension prodijiosa; se plantaron tres millones de pies de moreras para el alimento de los gusanos de seda, cuyos productos ascendieron, en 1833, á 30,000 libras; plantáronse igualmente veiete y cuatro millones de pies de árboles de todas clases á lo largo de las colinas inmediatas al Nilo, y el Ejipto tomó un nuevo aspecto.

Al tiempo mismo que se estendia y perfeccionaba el cultivo del suelo, creaba el Virey un gran número de fábricas para elaborar sus productos; fábricas para hilar el algodón y la seda, para hacer cuerdas, tejidos de lana y gorros; fundiciones de hierro colado, fábricas de paños, fábricas para refinar el azúcar; de pólvora y salitre, de productos químicos, etc., etc.

Después de haber organizado la agricultura y la industria, Mohammed-Aly se ha ocupado de la educacion intelectual del Ejipto; ha fundado un Consejo de instruccion pública, al cual se han agregado escuelas de toda especie; escuela de medicina, hospital civil y militar, escuela de veterinaria, de infantería, de caballería, de artillería, de música y primaria. La mayor parte de estos

establecimientos estan dirigidos por franceses.

Sin embargo, si la verdadera civilizacion lleva consigo necesariamente un aumento de bienestar para las masas, apresurémonos á decir que el Egipto dista todavia mucho de ser civilizado; bajo este punto de vista, tiene Mohammed-Aly en contra suya un hecho que sus mas diestros apolojistas podrán atenuar, pero no destruir. Desde la expedicion francesa, las rentas totales del Egipto han aumentado en la proporcion de uno á siete, al paso que la poblacion ha disminuido en un tercio, y los dos tercios restantes son dos veces mas miserables que nunca. El Gobierno se ha hecho fuerte y rico con toda la debilidad y con toda la pobreza de los gobernados. Hasta ahora el Virey no ha tomado de las instituciones de Europa sino medios de acrecentamiento, de accion, de organizacion y nada mas; por lo que se refiere á libertad, legalidad, humanidad, equitativa reparticion de derechos, garantías del débil contra el fuerte, sentimientos de intereses jenerales, en cuanto á todo esto el Gobierno de Mohammed-Aly es el mas musulman que existe, esto es, el mas brutal, mas ciego y mas odioso.

No podemos describir aqui, por falta de es-

pacio, el contraste aflictivo que presenta esa tiranía oriental organizada á la europea, y nos contentaremos con indicarlo en pocas palabras. El Egipto actual es la obra del jénio, injerta en el egoismo; es una máquina hábilmente construida, que dos millones de hombres se fatigan en hacer funcionar en provecho de uno solo. El Fellah cultiva y el Bajá recoge; el Fellah fabrica y el Bajá vende; el Fellah trabaja, sufre y maldice al Bajá, el cual estruja, apalea y explota al Fellah. En una palabra, el Bajá tiene un brillante ejército, una hermosa flota, bellas manufacturas y plantaciones, pingües rentas, y puede decirse sin exajeracion, que las cuatro quintas partes de sus súbditos se consideran felices cuando no se mueren materialmente de hambre. ¿Es este un buen modo de iniciar ó un pueblo en las dulzuras de la civilizacion? Sin duda alguna el estado permanente de guerra impuesto á Mohammed-Aly, entra por muebo en las miserias del Egipto; no hay duda en que solo por la fuerza podia ser arrancado el Fellah á sus inveterados hábitos de pereza, y es probable que se alijerarán algun dia las enormes cargas que sobre él pesan. Sin duda vale mas el Gobierno opresor pero vivaz

del Egipto, que la moribunda anarquía del Imperio Otomano; sin embargo, si es injustificable la tiranía, esto sobre todo cuando obra en contrario del objeto que se propone. Y sin hablar de la degradante caza de hombres á que se llama en Egipto la conscripcion, de esa jerarquía administrativa que se presenta bajo la forma de una cascada de estorsiones, de afrentas y de apaleos, que cae sin cesar desde el Bajá sobre el *Moudyr*, del *Moudyr* sobre el *Maimour*, del *Maimour* sobre el *Nazir*, del *Nazir* sobre el *Gheik-el-Beled*, para llover desde allí sobre el desdichado *Fellah*; ¿como justificar el monopolio absoluto del comercio que quita al trabajo el interés, que es su principal móvil, y su mas poderoso atractivo el bienestar? ¿Cómo justificar sobre todo la inicua y absurda ley de mancomunidad para el cobro de los impuestos, que obliga al hombre trabajador á pagar por el ocioso, y que estiende sus redes por todas las provincias, cada una de las cuales debe llenar el vacío que resulte para el tesoro, de la insolvencia ó mala voluntad de una ó de muchas de ellas? ¿Cómo se ha de constituir un Gobierno duradero, cuando su única base es el odio y el detrimento del mayor número? ¿Puede haber



ademas una situacion , por escepcional que sea, que pueda absolver un sistema que tiende visiblemente á la destruccion de la especie humana?

Véase, pues , porque la Francia , que tiene el mayor interés en que el Egipto sea fuerte y prospere, debe , aun á costa de la guerra , conquistar para Mohammed-Aly la independenciã y la paz; que el Virey , libre por todas partes , y dueño de elegir su camino , esté al fin en posicion de probar á la Europa, que no es uno de esos jéuios maléficos que oprimen un instante la humanidad y desaparecen , sino uno de esos rejeneradores de los pueblos que sobreviven por sus obras, y dejan un nombre apreciado de la posteridad.

Hacia ya mucho tiempo que Mohammed-Aly codiciaba la Siria, y en aquel deseo habia otra cosa que un instinto de rapacidad; entre la Siria y el Egipto existen afinidades de todas clases; razas, idioma, historia, todo les es comun; á su vez el uno ha obedecido y el otro mandado, ó ambos han sufrida al mismo tiempo el yugo extranjero. Separados únicamente por un desierto de algunas jornadas, cada una de aquellas dos provincias es la frontera de la otra, y constituye su debilidad ó su fuerza, segun le es hostil ó amiga.

Era, pues, fácil prever que la primera de las dos que tomase consistencia, procuraria inmediatamente apoderarse de la otra. Además, en Siria hay bosques magníficos, minas de carbon y una poblacion vigorosa, y el Egipto carece de maderas para su marina, de carbon para sus manufacturas y de hombres para todo. Mohammed-Aly la habia pedido por primera vez al Sultan, en premio de sus victorias sobre los Wahabitas, y despues por el apoyo que le habia dado en la guerra de Morea. Dos veces se la habia prometido el Sultan, y otras tantas habia faltado á su palabra. El Virey halló un pretesto para invadirla en la deuegacion que le hizo Abdallah, Bajá de Acre, de reintegrarle una deuda de 11.000,000 de piastras, y de devolverle 6,000 Fellahs ejipcios que estaban emigrados en su bajalato. Un ejército de 40,000 hombres entró en Siria el 27 de Noviembre de 1831; Ibrahim-Bajá se presentó ante los muros de San Juan de Acre. El sitio de esta plaza, considerada intomable en Oriente desde que no pudo apoderarse de ella Bonaparte, fue seguido con vigor pero sin método; duraba ya cinco meses, cuando supo Ibrahim que el ejército turco se reunia en la alta Siria; tuvo que

marchar á su encuentro , y Mohammed-Aly envió á Acre al ingeniero piamontés Komey , que dirigió un ataque regular , y la plaza fue tomada en quince dias. El Virey y su hijo habian sido declarados rebeldes , y se lanzó contra ellos un firman de escomunión. Ibrahim se adelantó sobre Homs , y el 17 de Julio de 1832 se encontraron por primera vez frente á frente tropas musulmanas disciplinadas á la Europea. Los Turcos, aunque en número superior , fueron completamente derrotados. A los pocos dias , en Beylan , el ejército turco fue tambien vencido , y por último una tercera y brillante victoria , conseguida en Konieh , el 21 de Diciembre de 1832 , abrió á Ibrahim las puertas de Constantinopla. Aquel fue para el Virey un hermoso momento , un momento decisivo , en que era preciso obrar , y en el que le faltó atrevimiento; ocasion preciosa y perdida para siempre , en que podia realzar el trono de los Sultanes , y decidir de una vez esa cuestion de Oriente , cuya solucion trastornará la Europa , mas pronto ó mas tarde. Mr. Thiers dijo el año último en la tribuna , que en 1833 el Bajá habia *recibido una leccion* ; que habia querido marchar sobre Constantinopla , y que se encontró que la Rusia habia

llegado antes que él. Mr. Thiers habia olvidado completamente los hechos. Ibrahim-Bajá estaba en Konieh el 22 de Diciembre de 1832, á 100 leguas de Constantinopla; podia fácilmente llegar allí en los primeros quince días de Enero; la escuadra rusa no pudo entrar en el Bósforo hasta el 20 de Febrero, y las tropas de desembarco no llegaron hasta el día 7 de Abril. Todo el ejército turco se habia dispersado, y nada se oponia pues á la marcha de Ibrahim. Los pueblos, descontentos de las bruscas innovaciones de Mahmoud, y desanimados por sus reveses, llamaban á voces al venedor; el mismo Sultán vacilaba en introducir los *Giaours* en Stamboul, la *bien guardada*: los ulemas estaban dispuestos á declararle *infiel*; todo se prestaba á la inauguracion de una nueva dinastía. Mohammed-Aly pensó un momento en embarcarse en su flota y llegar delante de Constantinopla, al tiempo mismo que su hijo, al frente del ejército, circuyese las riveras de Scutary; no se atrevió, y lo que entonces hubiera sido fácil, se ha hecho casi imposible en el día. Los acontecimientos sucesivos son sabidos: Ibrahim se detuvo en Kutahyeh, la diplomacia europea se mezcló en el asunto, y se hizo un tratado que dió á

Mohammed-Aly la posesion de toda la Siria, hasta Adana. El Sultan intentó romperle el año último; la nueva y brillante victoria de Ibrahim en Nezib el 24 de Junio de 1839, la repentina muerte de Mahmoud, la defeccion de su escuadra, el arreglo próximo á concluirse entre las dos partes contendientes, la intervencion brusca y fatal de la Rusia, la Inglaterra, el Austria y la Prusia, la aptitud tomada por la Francia, son hechos todos demasiado recientes para que necesitemos detenernos en ellos.

Basta haber estudiado un poco el carácter de Mohammed-Aly, para convencerse de que no cederá la Siria, que le pertenece primero por derecho de conquista, y despues en virtud de un tratado ratificado por los mismos que en el día quieren quitársela; ¿si se traba seriamente la lucha, resistirá el Bajá solo á las fuerzas combinadas de la Inglaterra, de la Rusia y del Austria? Parece difícil creerlo. ¿Será arrojado á Egipto, ó mas bien *destituido*, como decia no ha mucho la *Gaceta de Ausburgo*? Esto toca á la Francia. Si quiere que el pais mas bello del mundo sea dividido á sus barbas en dos partes; si quiere, para servirnos de una espresion de Mr. de Carné, que

Alejandro señale la venta cuyo precio será Constantinopla si quiere encontrarse, tal vez dentro de veinte años, sofocada y majada entre dos colosos, el despotismo ruso asentado desde el Polo norte hasta la frontera de Alemania, y el bloqueo inglés establecido desde Calcuta á Londres; si en una palabra, la Francia quiere pasar á ser una potencia de segundo orden, solo con que hable mucho, se cruce de brazos y deje hacer, pronto quedará hecho

Sin embargo, como hace veinte y cinco años que la diplomacia europea vive de contemporizaciones y aplazamientos, es posible que Mohammed-Aly, instigado por el Gabinete francés, acepte y reciba la posesion vitalicia de la Siria. Solucion perfecta verdaderamente, pues el Bajá tiene mas de 71 años, y todo el mundo sabe lo que significa en Oriente la palabra *vitalicia*, donde todo lo es, y donde no hay un adarme de diferencia entre la propiedad y la posesion; de donde se sigue que dentro de seis meses, un año tal vez, el problema se presentará de nuevo mas amenazador que nunca, y la Francia se encontrará entonces medio comprometida en un camino fatal, la desmembracion del Egipto. Entretanto que

principia la lucha, nos parece oportuno hacer entender, que esa integridad del Imperio Otomano, con que se nos embauca, es una quimera de la misma especie que la alianza Anglo-francesa. El Imperio Otomano, cien veces se ha repetido, es en el día el Imperio de una ciudad, cuya llave se llevó en el bolsillo el conde Orloff, en 1833, al tiempo mismo que decía á voces que se iba con las manos vacías. Ese simulacro de Imperio durará tanto cuanto plazca á la Rusia, que no tiene tanta prisa de acabar con él, como jeneralmente se cree; lo que ella necesita son los Dardanelos y un predominio absoluto en el Bósforo, que tenga todas las ventajas de la posesion, sin los inconvenientes, que serian muchos y de varias clases. Un siglo hace que resuenan en la historia los golpes terribles que da la Rusia á su desgraciado vecino; ahora lo tiene bajo sus pies, va á ponerle al cuello la cadena, y aun le dejará vivir un poco, hasta que le convenga matarle. ¡Es tan magnánima la Rusia!

Con respecto á la Inglaterra, en cuanto á principios, tiene una deuda enorme, una deuda cuyos réditos ascienden á 700.000,000 que ha de buscar y pagar en todos los puntos del globo. El solo

producto de sus aduanas le da 600.000,000, que prefiere á todas las Constituciones y á todas las banderas del mundo. Bien sabe ella que un dia ú otro tendrá que reñir con la Rusia sobre el Indo; pero esta es una eventualidad secundaria: el Asia central es grande, y hay mucha distancia desde el mar Cáspio al Occéano Indico. El asunto que mas prisa le corre hoy, es el del Bósforo, que amenaza volverse ruso. Trátase de saber lo que valdrá mas, si oponerse ó si resignarse mediante una buena compensacion; si pues se permitiese á la Inglaterra apropiarse la inmensa línea que une á Gibraltar con Bombay, pasando por Alejandria, ¿por qué la constitucional Albion no se habia de mostrar acomodaticia con el Scar y no habia de ceder tambien alguna cosa?

Entre estas dos codicias igualmente ardientes, con una Austria medrosa, y una Prusia moscovita; la Francia debe prepararse de antemano para su aislamiento. Bajo este punto de vista, el fortificar á París es un pensamiento hábil, feliz y nacional; pero no basta: la Francia no debe empeñarse en conciliar cosas inconciliables, y ocuparse mucho de un *statu quo* que es enteramente en detrimento suyo. Cuando en el seno de un

Imperio, que parece rodeado de dos enemigos prontos á arrojarse sobre su cadáver, sale una fuerza jóven y vivaz, que puede crecer, mejorarse, impregnarse de nosotros, y servirnos de útil auxilio contra proyectos ambiciosos; cuando se realiza un hecho semejante, la Francia debe tenerlo en cuenta, y no obstinarse en conservar un equilibrio imposible entre lo que nace y lo que se muere. Por mas que haga, en un porvenir mas ó menos lejano, tendrá que escojer entre el Cairo y Stamboul.

Si esa tribu del Mar Cáspio, que en otro tiempo hizo temblar á la Europa, se pierde y desaparece en el dia en Oriente, el islamismo, que no es de su fecha, no se irá con ella; puede modificándose volverse á levantar. Sea Ibrahim digno de su padre; haga mas todavía, busque en la civilizacion otra cosa que el arte de estrujar á un pueblo; funde su poder en el interés del mayor número, y en el dia del peligro reunirá á su voz millones de hombres que pedirán á la Francia, contra el comun enemigo, un apoyo que ella no deberá ni podrá negarles.







DEL CONDE DE FLORIDA ABLANCA.

Lito de Fa. 1790

Ensamble de la obra de la...

EL CONDE DE

FLORIDABLANCA.

He creído desde mi juventud que mi vocacion era y debia ser la de trabajar, sin mas objetos que el de servir á mi Rey y á mi Patria, y de adquirir la mejor y mas universal reputacion.

Representacion del Conde de Floridablanca al Sr. D. Carlos III, en ta que le refirió los hechos principales de su Ministerio.

En el órden físico como en el moral, siempre la reaccion fue ley de la naturaleza. Sin los extravíos del último período del reinado de Luis XIV, y los errores de la famosa Rejeucia en la minoría

de Luis XV, á buen seguro no habrían adquirido nunca la importancia que tuvieron los filósofos del siglo XVIII. Voltaire, por mas talento, ó diciendo mejor, por mas imaginacion que le hubiese concedido el Criador, en otra época que no hubiera sido de reaccion, habria sido considerado como un loco peligroso para la sociedad, que queria conmover en sus fundamentos, poniendo en ridículo lo que los hombres habian venerado hasta entonces para su bien y su ventura. El filósofo de Jinebra habria sido juzgado en su *Contrato social*, si la época en que lo escribió no hubiese sido de reaccion, como hoy le miran muchos, es decir, como un paradojista que veia en la civilizacion una destruccion de la libertad y de la moral, en vez de ser su necesario desarrollo; y que sacando su tipo ideológico del estado de naturaleza, dedujo necesariamente tan solo consecuencias absurdas, sistemas delirantes, y principios disolventes.

Nuestra situacion política fuera hoy mas risueña, acaso, si el Rey Fernando, mal aconsejado á la vuelta de su cautiverio en la transición política de 1814, no hubiese aceptado el principio de reaccion, que una vez seguido, levanta y em-

bravece las tormentas políticas desencadenando las pasiones.

No es, pues, sino muy natural que el juicio histórico del hombre eminente del siglo XVIII y principios del XIX, cuya biografía vamos á escribir, haya sido formado veinte años hace de una manera, y ahora le juzguemos de otra: hásele calificado entonces como poco liberal y anti-progresista; nosotros hoy le presentaremos al juicio público como un reformador juicioso. Empapados sus jueces de entonces de las encantadoras teorías de los enciclopedistas, escitadas sus cabezas por los principios que afectaban la imaginacion, con tanto mas calor cuanto era preciso adquirirlos bajo la impresion del miedo y al abrigo del misterio, fascinados por las májicas palabras de libertad, de igualdad y de soberanía popular, disculpable era juzgar severamente á todo hombre que, mas cuerdo ó mas cauto, hubiese visto al través de esta fraseología, que tenia mucho de metafísica, peligros para la sociedad, trastornos y calamidades para el porvenir.

No es pues extraño, repetimos, que al insigne Conde de Floridablanca se le juzgase, por los publicistas de antaño, de otro modo que lo haremos

nosotros hoy, despues que curados por solennes desengaños hemos aprendido en el libro de una esperiencia dura, que formar teorías no es gobernar, y que sin gobierno fuerte y justo, sean cualesquiera sus formas, no hay dicha para los pueblos. En fin, juzgámoslo en una época en que acaso empieza tambien otra nueva reaccion de ideas, pero en direccion completamente opuesta á las doctrinas de los enciclopedistas franceses, y prefiriendo el modo de pensar de los filósofos alemanes, que mas prudentes ó mas prácticos toman en cuenta al hombre de la sociedad en vez del hombre de la naturaleza. Vengamos, pues, á nuestra biografía.

D. José Moñino, Conde de Floridablanca, nació en Murcia el 21 de Octubre de 1728. Su familia era de antigua nobleza en la provincia (*); pero su fortuna consistia en un pequeño patrimonio en

(*) La familia de Moñino era originaria de Aragón. Sus antepasados obtuvieron empleos honoríficos. D. Alfonso y D. Foribio Perez Moñino décimo cuarto y décimo tercio abuelo del Conde obtuvieron el titulo de Próceres ó ricos homes en los reinados de Fernando IV, Alonso XI y Don Pedro. Su undécimo abuelo D. Benito Perez Moñino obtuvo en 1397 de la Cancilleria de Valladolid su ejecutoria de hidalguía en juicio contradictorio.—LISTA. *Elojio histórico de Floridablanca*, publicado en Sevilla en 1809.

tierras, insuficiente para sostener una numerosa familia. Dedicóse, pues, Moñino desde sus primeros años á los estudios, y siguiendo la carrera de leyes con gran aprovechamiento, hízose abogado.

En 1766 fue llamado Moñino por Cárlos III al elevado puesto de Fiscal en el Supremo Consejo de Castilla, puesto de la primera importancia en la monarquía de entonces, pues que este Consejo era, despues del Rey, el árbitro de los destinos y del gobierno del pais. Mas si el puesto de Fiscal en el Consejo de Castilla era de suyo de mucha consideracion, eralo infinitamente mas en el año de 1766 en que Moñino fue nombrado para asociarse en sus importantes trabajos con su compañero, tambien Fiscal á la sazón, el ilustre Don Pedro Rodriguez Campomanes, despues Conde de Campomanes.

En Marzo de este año se habia verificado el suceso conocido con el nombre de motin de Madrid, en tiempo del Ministerio Esquilache, que reprimió y castigó el célebre Conde de Aranda, entonces Presidente del Consejo de Castilla. Atribuyóse aquel escándalo á los Jesuitas, acaso sin todo el fundamento que hubiera sido necesario para justificar las graves providencias que se to-

maron , y principalmente el modo estrepitoso de ejecutarlas. Aquella corporacion á la verdad era sobrado fuerte y poderosa , á la sazón , para dejar de ser temible á la seguridad del Estado , como lo es siempre todo poder , sea el que quiera su origen , cuando no es legal : pues que siempre se convierte en peligroso todo centro de accion ilegal , porque á su derredor se agrupan como por instinto todas las pretensiones , todos los descontentos , y en fin , todas las malas pasiones. Sea de esto lo que quiera , no es temerario decir que el Gobierno del gran Rey Carlos III fue uno de los mas fuertes , y al mismo tiempo mas ilustrados que conoció la Monarquía española. Su historia militar no deberá compararse con la de Carlos V ni Felipe II ; mas su fuerza material era inmensa : díganlo el estado de la administracion interior , y la existencia de una marina que contaba á su muerte 294 buques de guerra , y entre ellos 76 navíos de línea y 51 fragatas. Su importancia moral era reconocida en la Europa , que mas de una vez se dirigió á Carlos III para mediador y componedor de sus diferencias. Aun mas , el solo bien que de los trastornos de la sociedad moderna han recojido los pueblos en compensa-

cion de tantos males , ha sido sin duda el fomento y especial proteccion de los intereses materiales, y el desarrollo de los manantiales de la riqueza pública, la agricultura, las artes y el comercio : pues bien ; el oríjen y principio de este desarrollo en España fue debido al Rey Cárlos III; y á su Ministro Floridablanca toca una gran parte de esta gloria , que la historia no puede negarle. Volvamos á nuestra biografía.

Coetáneamente al nombramiento de Moñino para su plaza de fiscal del Consejo de Castilla, aviváronse las acriminaciones contra la Compañía de Jesus , atribuyéndola proyectos de conspiracion contra el Estado ; apoyándose los partidarios de la espulsion de los Jesuitas, en las doctrinas sobre el rejeicidio y tiranicidio que habian proclamado algunos escritores de esta órden. Triunfaron, pues, sobre la Compañía los jansenistas, sus antagonistas teolójicos, apoyados tambien por el Duque de Choiseul , á la sazón Ministro de Francia en Madrid, el que logró que el Ministro Roda decidiese al Rey, y este resolviese el estrañamiento de los Jesuitas, y como consecuencia la ocupacion de sus bienes. Sobre esta ocupacion, que suscitó sérios debates, el Rey se dignó oír al Cousejo , y

este á sus Fiscales Moñino y Campomanes. Los dictámenes de estos dos célebres hombres de Estado sobre la aplicacion de los bienes de los Jesuitas, una vez estinguida en España la Compañía, son documentos capaces por sí solos de fundar una reputacion. En ellos brilla una erudicion inmensa y un gran fondo de ciencia teológica y canónica, á la par con una piedad y un catolicismo intachable; y se vé al mismo tiempo una profunda ilustracion, al trazar con mano sabia y justa la línea delicadísima entre el poder temporal y el espiritual; la consideracion al sacerdocio y el respeto á la tiara, con el mantenimiento de las leyes del reino y la defensa de las regalías de la Corona.

No menos importantes que estos fueron los trabajos del Fiscal Moñino en otro gran negocio que honra el reinado de Carlos III: hablamos del famoso expediente del Obispo de Cuenca. La pragmática de 2 de Abril de 1767 espelió de los dominios de España á los Jesuitas, y los estrañó *motu proprio* sin participacion de la córte de Roma. Suceso era este, en la época en que pasaba, de importancia suma y de no menor trascendencia: y era muy natural que una corporacion tan influyente y poderosa, como lo era entonces la Com-

pañía de Jesus, pusiese en juego su influjo y su poder contra un verdadero golpe de Estado dado por Carlos III, no solo con la pragmática de espulsion, sino con su ejecucion, en la que se empleó tanto lujo de rigor, que en un mismo dia y á una misma hora en toda España fueron presos y espulsados del reino los Jesuitas: modo de ejecucion que pocas veces puede ser necesario y nunca puede ser aplaudido. Tambien la córte de Roma debia mostrarse resentida al ver proceder al católico Carlos III con una especie de independenciam á que no estaba acostumbrada de parte de la córte de España; pero se las habia con un Rey enérgico y celoso de su autoridad, y sobre todo fuerte; asi que hubo de resignarse por el momento, dirijiendo los rayos del Vaticano contra el débil Duque de Parma, que se habia permitido, sin el permiso de Roma, dar un edicto para corregir abusos en sus Estados. Este edicto fue condenado por el Papa, anatema que en aquella época tenia gran valía. Buscó el Duque de Parma la mediacion de sus ilustres parientes el Rey de Francia y el de España, contra la ira de la Santa Sede; pero negóse el Papa á deponer su rigor contra el Duque, como se lo rogaron aquellos

Soberanos, singularmente Carlos III, insistiendo en la retractacion del edicto, apoyándose en que sus disposiciones contravenian á lo dispuesto en la Bula conocida con el nombre de *In cœna Domini*. Sentido Carlos III de la poca eficacia de su mediacion, y justamente temeroso de la invasion de la córte de Roma en sus derechos como Soberano, mandó examinar la Bula *In cœna Domini*, y de su exámen resultó que no habia sido recibida en España lejitimamente, y era opuesta á los derechos de la Soberanía. Mandó en consecuencia Carlos III recoger la citada Bula y borrarla de los rituales y libros públicos, poniendo en ellos una nota de que dicha bula no admitida en España no obligaba. Pretendieron algunos Obispos reclamar contra lo dispuesto por el Rey, y sostener la Bula, siendo el principal de ellos el Sr. Carbajal, Obispo de Cuenca. Aun antes de la espulsion de los Jesuitas se habia propasado este prelado á escribir al P. Fr. Joaquin de Osma, confesor del Rey, una amarga carta contra el Monarca, en que le acusaba de perseguir á la Iglesia y á sus ministros. Dolióle al piadoso Rey acusacion tan dura como infundada, y mandó que el Obispo de Cuenca probase su dicho. El pre-

lado dirigió una especie de Memorial de cargos, que el Rey pasó al Consejo, y este quiso oír á sus dos ilustres fiscales. Moñino, que lo era de lo criminal, pulverizó la indijesta acusacion del Obispo de Cuenca, y lo mismo hizo el fiscal de lo civil el Sr. Campomanes; y ambos en sus dictámenes, en que reunieron gran copia de doctrinas teológicas y canónicas, demostraron al Obispo de Cuenca sus equivocaciones, fijando los Fiscales los verdaderos principios del derecho civil y canónico respecto á las prerogativas de la Corona; y no se contentaron con esto, sino que rebatiendo sus doctrinas, pidieron además se hiciese venir al Sr. Obispo de Cuenca ante el Presidente del Consejo, para que recibiese una reprimenda y se le espresase haber sido del desagrado del Rey sus injustas é impertinentes reclamaciones. Conformóse el Consejo con el dictámen de los sábios Fiscales; y si bien eludió el Obispo el venir á Madrid, escudándose con su salud y certificaciones de médicos; los Fiscales sostuvieron con un teson digno de su reputacion el acuerdo del Consejo; le dieron publicidad solemne, y dejaron bien paradas la autoridad del Monarca y la dignidad de la Corona contra

las pretensiones excesivas del poder eclesiástico.

Tuvo tambien mucha parte el Fiscal Moñino en decidir al Rey á reducir á sus justos límites la jurisdiccion eclesiástica de la Inquisicion, mandando á los Inquisidores que observasen las leyes del Reino, y no formasen procesos sino en materias de herejía y apostasía: que no pusieran en las cárceles á los súbditos del Rey sin pruebas claras y evidentes de sus delitos, ni impidiesen la jurisdiccion y los procedimientos de los otros Tribunales, so pena de ser responsables al Trono de su conducta.

Mas todos los siglos tienen sus condiciones; en el siglo XII un ermitaño con su crucifijo condujo media Europa á Palestina. En el siglo XVI las armas y las artes españolas llegaron á su apojeo. El siglo XVIII fue el de la exajeracion de las reformas, y al XIX acaso está reservado el traerlas al punto de razon y de conveniencia pública, de donde nunca debieron salir. Cada época, en fin, tiene sus caracteres, y en la de Cárlos III, si bien la alta justicia del Rey y la sabiduría de sus Ministros, con especialidad del gran hombre cuya biografía escribimos, se encaminaban á refrenar las invasiones y demasías de Roma, era sin en-

bargo esta corte un elemento de la primera influencia en los asuntos públicos; aunque su importancia y consideracion iban recibiendo por efecto de sus demasías rudos golpes. Sea como quiera, el católico Monarca Carlos III miraba y no podia dejar de apreciar como de suma importancia la armonía con el Pontífice, turbada hasta cierto punto, ya por la anulacion de la Bula *In cæna Domini*, ya por las restricciones impuestas á la Inquisicion, ya en fin por la espulsion de los Jesuitas, sin intervencion de Roma, cuyo sello de aprobacion deseaba el Monarca español para tranquilidad de su conciencia.

Con fin tan importante nombró Carlos III á D. José Moñino, Conde de Floridablanca, su Ministro plenipotenciario en Roma, á principios del año de 1773; y el ilustre Fiscal del Consejo de Castilla desempeñó su mision diplomática con tan feliz éxito, que en Julio del mismo año se publicó la Bula de Clemente XIV estinguiendo la Compañía de Jesus: negociacion tan diestra y difícil que estuvo en poco haberse deshecho despues de terminada; tal era la repugnancia del Papa Clemente á sancionar la estincion. Aun hizo mas el hábil Conde de Floridablanca; estrechó de

nuevo las entiviadas relaciones de España con la corte del Vaticano. La superioridad de su jénio, desplegada en Roma, acreció tanto el influjo de la España en aquella corte, que puede asegurarse, sin temor de ser desmentido, que á la influencia diplomática de Floridablanca debió esclusivamente Pio VI su exaltacion al Pontificado, y con ella se siguió la preponderancia de la España en la capital del mundo católico.

Exito tan brillante de parte de Floridablanca, no podia dejar de influir en el ánimo previsor y sesudo de Carlos III, para que le mirase como uno de los primeros hombres de Estado de la Monarquía; y bajo este concepto llamóle al Ministerio de Estado en 19 de Febrero de 1777.

A esta época acababa de salir de Cádiz una expedicion destinada á tomar satisfaccion de los insultos que los Portugueses nos habian hecho en el rio grande de S. Pedro, al mismo tiempo que la Inglaterra y la Francia querian constituirse mediadoras de estas diferencias. El primer acto del Ministerio de Floridablanca fue rehusar toda mediacion, y ajustar el tratado preliminar de 1.^o de Octubre de 1777, llamado de Límites, en que adquirió para España la importante Colonia

del Sacramento, cerró la entrada del río de la Plata, y restableció las buenas relaciones con Portugal. También valió á la España la diestra direccion del Conde en las relaciones exteriores, la adquisicion de las Islas de Fernando Pó y Annobon, y la garantía de los Portugueses para la seguridad del Perú y demas provincias de la América meridional, contra los enemigos esteriores y contra las sublevaciones internas; garantía de gran precio mas tarde cuando estalló la guerra entre Inglaterra y España.

Servicios eran estos de suma importancia que el justo Rey Carlos III quiso recompensar, dando á su primer Ministro la gran Cruz de su nombre; condecoracion, entonces, de gran valía, pues recién instituida no se habia prodigado. Mas el modesto Conde se negó resueltamente á tomarla, solicitando la munificencia del Monarca en favor de los Ministros Conde de Riela, D. José Galvez, y Marqués de Castejon, sus compañeros, los cuales obtuvieron cada cual una gracia, al paso que el primer Ministro no aceptó ninguna.

Obra fue tambien de Floridablanca la entonces importante reconciliacion con el Rey de Marruecos, el que mandó á Carlos III á Ben-Otoman

de Embajador. Entabláronse al mismo tiempo relaciones con la India Oriental, que pudieran servir en el caso de un rompimiento con los Ingleses; sobre todo si tomaba calor en el Gabinete Británico el desiguio ya formado de apoderarse de Manila, si la oportunidad se presentaba, cuando la guerra estallase. lo que no era demasiado remoto. Ullimamente se hizo la paz con la Puerta, y mas tarde se verificó el bombardeo de Arjel.

Preparábase sin descanso el diestro Ministro de Estado, para el caso harto probable de una guerra, haciendo alianzas y estrechando relaciones, no solo fuera de la Europa, sino en Europa mismo, donde las entabló estrechas con el Gran Federico de Prusia, estableciendo por primera vez comunicaciones diplomáticas con la Prusia, mandándose recíprocamente ambas Córtes agentes diplomáticos. Cultivó al mismo tiempo Floridablanca, para contrapesar las influencias de la Inglaterra, sus relaciones con la Rusia, cuya potencia no solo no se alió con la Inglaterra, despues que la guerra hubo estallado, sino que hasta envió de propósito dos fragatas de su marina cargadas de efectos navales, en el tiempo que la guerra impedia el paso de ellos, para el servicio de nuestra armada.

Y aun logró mas, pues obtuvo que la Emperatriz de Rusia se pusiese á la cabeza de casi todas las naciones neutrales, para sostener el honor de su pabellon, que es lo que se llamó neutralidad armada. En suma, la destreza del Conde de Floridablanca privó á la Inglaterra en aquella guerra de todos los recursos de las potencias marítimas, sin escluir la Holanda.

Altamente hábil fue asimismo la negociacion dirigida por Floridablanca para enfrenar los desmanes que la Inglaterra tenia costumbre de hacer con los neutros. Sirvióse de los deseos que la Emperatriz de Rusia mostraba siempre de acrecentar la importancia y la influencia rusa en Europa, sirviéndose de ella para aclarar y fijar el derecho de navegacion con pabellon neutro.

Procuró, aunque en vano, Floridablanca evitar el rompimiento entre la Inglaterra y la Francia, á causa del justo resentimiento de los Ingleses contra ella, por los auxilios que prestara á la insurreccion de sus Colonias americanas; pero sin sacar fruto de sus esfuerzos, la guerra entre Franceses é Ingleses estalló en 1778. Una vez estallada trabajó Floridablanca con gran destreza para lograr una reconciliacion bajo la mediacion

de Carlos III, la cual fue aceptada por ambas potencias. Proponíase el hábil negociador español en todos estos pasos, obtener, si podia, la paz para todos; y si no era posible y la España se veia forzada, como él pensaba que podia suceder, á tomar parte en la guerra, que esta le cojiese preparado: en lo que empleaba todos los esfuerzos y todos los grandes medios de que el Gobierno español podia disponer entonces.

En este conflicto entre Ingleses y Franceses, la Francia, fundada en el pacto de familia, instaba á la España para que se declarase y obrase como su aliada, desde que rompió en hostilidades contra la Inglaterra. Floridablanca, circunspecto y diestro, negóse con firmeza á las exigencias de la Francia, fundando su repulsa y su opinion en que no se estaba en el caso del pacto de familia, porque la Francia no se habia acomodado á las disposiciones de aquel Tratado, habiendo hecho sin conocimiento de la España un Tratado de alianza con los Estados-Unidos, notificándolo á la Inglaterra, sin previo conocimiento del Gabinete español. Unió á esto Floridablanca con habilidad esquisita su terminante negativa de reconocer la independencia de los Estados-Unidos,

declarando no los reconoceria hasta que lo hubiese hecho la Inglaterra. Conducta tan leal no pudo dejar de obligar á los Ingleses, por de pronto, á deponer un tanto su desconfianza del Gobierno español, y se prestó ó mostró prestarse á la mediacion de Carlos III para ajustar las controversias pendientes.

Mas de un año hizo durar el hábil Ministro de Carlos III estas negociaciones, en cuyo tiempo puso la marina española, asi en América como en Europa, en un estado que jamás habia tenido hasta entonces. Asi, pues, cuando en 1779 descubierta la poca buena fe de la Inglaterra, la cual despreciando los planes de pacificacion propuestos por la España, durante la misma mediacion, habia dado órdenes por medio de su Compañía de la India, dirigidas á invadir nuestras Islas Filipinas é introducirse por el rio S. Juan al gran lago de Nicaragua, hallábase la España en actitud imponente y ventajosa. Esta era tal, que emprendió á un mismo tiempo una expedicion de 36 navíos de línea que debian unirse á otros tantos franceses para una invasion dentro de Inglaterra: el bloqueo de Gibraltar; el ataque de las plazas de Panzacola y Mobile, fuertes de



Nathez y Baton-rouge, para reintegrarse de la Florida; la irrupcion de toda la costa de Campeche, bahia de Honduras y pais de los Mosquitos; operaciones destinadas á desalojar á los Ingleses de todos los establecimientos que habian formado en aquel inmenso continente. Respecto á Europa, propuso, ademas del desembarco en Inglaterra, entre muchas otras cosas, la ocupacion de Menorca, que se verificó. Vióse entonces en las aguas del estrecho de Galais á la escuadra Inglesa huir delante de las escuadras combinadas, quedando prisionero de aquellas el navío inglés llamado el *Ardiente*. Resultado fue de la diligente destreza del Conde de Floridablanca el importantísimo apresamiento hecho por el Almirante Córdoba, en los Azores, de 55 buques mercantes ingleses, escoltados por tres de guerra, subiendo el valor de lo apresado á mas de 100.000,000 de reales.

Tal, tan vasto é inmenso fue el plan formado por Floridablanca al estallar la guerra con los Ingleses en 1779. Coronado fue en gran parte de feliz éxito, y si no se logró la toma de Gibraltar y el desembarco en Inglaterra, los hechos alegados por el Conde en la narracion histórica de su

Ministerio demuestran bien positivamente que el plan mejor combinado se malogra si los elementos de ejecucion no favorecen siempre cual era de desear y debia esperarse. Mas al hombre ilustre, cuya biografía escribimos, le sobra la gloria de su posición, en medio del rango eminente que ocupaba á la sazón en Europa el Gobierno de Cárlos III, del cual él era el alma.

Hallábase en Cádiz prontos 50 navfos de línea que debian unirse á mas de 20 existentes en el Guarico, con 40,000 hombres de desembarco, cuando el Ministerio inglés propuso de nuevo los preliminares de la paz, que se hizo despues, concluyendo un Tratado que hacia dos siglos no habia la España logrado otro tan ventajoso, pues le aseguraba la reintegracion de Menorca, de las dos Floridas y la de toda la gran costa de Honduras y Campeche; y ciertamente habríase recuperado Gibraltar, cediendo algo en América, si el negociador en París Conde de Aranda hubiese apreciado en su justo valor el padrastro que era ese Peñon enclavado en nuestro territorio. Asi concluyó esta guerra de cinco años, la cual habria sido de desear no se hubiese encendido nunca, pues sea como quiera la proteccion de la España

á los disidentes ingleses en los Estados de la Union fue un error, cuya trascendencia era tan difícil percibir entonces, como es fácil apreciarla hoy.

Al verificarse la paz pidió Floridablanca varios premios y gracias para sus compañeros, y para sí reclamó tan solo del Rey con grandes instancias el permiso de retirarse á descansar: solicitud que hizo delante del Príncipe de Asturias, al que ya entonces hacia su Padre asistir al Despacho. Negóse resueltamente Carlos III diciendo á su Ministro querido que veria de hallar medio de procurarle el posible descanso, pero permitirle retirarse, de ningun modo; insistiendo de nuevo en esta ocasion en que tomase la gran Cruz que ya otra vez habia rehusado. Insistió tambien con respetuosa atencion el Conde en no admitirla, y el Rey le hizo la honrosísima distincion de decirle: «¿Qué se dirá de mí si no te atiendes, habiendo trabajado tanto? Tómala, si quiera por mí.»

Este rasgo en que no se sabe qué resplandezca mas, si la justicia de un Monarca ó la modestia de un súbdito, no puede omitirse en la biografia del primer Ministro de Carlos III, cuyos servicios en las relaciones exteriores quedan tra-

zados ligerísimamente, y que por grandes y eminentes que fuesen apenas pueden compararse con los que prestara en las cuestiones interiores, ó sea en la prosperidad interior del país desarrollando con destreza suma todos los elementos protectores de los intereses materiales. El primer elemento para este desarrollo, era buscar medios do quiera se encontrasen, y escitar y dirigir su empleo. El hábil Conde, que al paso que con esquisita circunspeccion iba limitando la demasiada influencia del clero y la acumulacion de riquezas en manos muertas; al mismo tiempo que restringia las fundaciones de nuevos mayorazgos, atenuando sus inconvenientes, pero sin destruir del todo este elemento esencial de las Monarquías, escitaba con estímulos sábiamente dirigidos á los ricos Prelados de España á emplear los grandes medios de que podian disponer entonces en objetos de utilidad pública, alentándolos con el ejemplo y la omnímota proteccion del Gobierno. Resultado de este sistema fueron las obras importantísimas del Arzobispo de Toledo Don Francisco Lorenzana, erijiendo casas de caridad en Toledo y Ciudad-Real, restaurando á costa de inmensas sumas el casi arruinado Palacio del Al-

cázar, con otras mil obras que honran la memoria de aquel ilustre Prelado. Este ejemplo siguieron á sujecion de Floridablanca los Arzobispos de Burgos, de Valencia, de Tarragona y de Santiago, los Obispos de Leon, de Jirona y otros, cuyas rentas les hizo emplear en su mayor parte en objetos de beneficencia y en obras públicas, que por todo el Reino se verificaban á la sazón, sacando hábil partido de los recursos del clero en beneficio del Estado; á todo lo cual, como en justicia debe decirse, se prestaba el clero secular con jeneroso desprendimiento. Floridablanca fue tambien el primero que en aquel tiempo anunció la necesidad de una reforma prudente en el clero regular.

No se contentaba el ilustre Ministro, cuya biografía escribimos, con escitar al respetable clero á emplear sus cuantiosos medios en beneficio del Estado: los medios morales de este y todos los materiales de que podia disponer, eran puestos en accion por Floridablanca para llevar á cabo su pensamiento preferente de proteccion decidida á los intereses materiales del pueblo, encomendado á su cuidado. Obra suya fue el proyecto de recoger los pobres de las capitales en

establecimientos públicos, donde se combinase su asistencia con el trabajo. Fué lo la creación de las Juntas de Caridad y Diputaciones de Barrio en Madrid, que tanto contribuyeron y contribuyen al beneficio público: la protección decidida á las Sociedades Económicas del Reino, que en 1789 llegaban ya á sesenta; y en fin, pensamiento suyo fueron casi todas las obras públicas, que puede decirse datan en su mayor parte del periodo del Ministerio de Floridablanca, ó sean los últimos once años del reinado de Carlos III. Cuéntase entre ellas el importante canal de Tauste en Aragon, los dos pantanos de Lorca que cargaban 24.000,000 de varas cúbicas de agua, destinada á los riegos de aquel fértil territorio; el canal de Tortosa; el principiado caual de Manzanares, y el de Campos en Castilla. Las grandes carreteras de Andalucía, Valencia, Cartajena y Francia, es decir, los magníficos pasos de Sierra Morena, Guadarrama, Navacerrada y Somosierra, recordarán eternamente al viajero el nombre ilustre de Floridablanca, y el reinado del gran Carlos III, en el que, solo durante el Ministerio de aquel, es decir, en once años, se construyeron y repararon sobre 400 leguas de caminos, fabricando

322 puentes nuevos, y habilitando 45, y hechas 1049 alcantarillas.

Las ciencias y las artes recibieron no menos decidida proteccion del primer Ministro de Carlos III. Ensayos para mejorar la agricultura hechos con acierto y bajo su misma inspeccion ocular verificáronse en Aranjuez. En la casa de la Florida, en Madrid, establecióse una gran fábrica de máquinas. Enviáronse fuera de España muchos pensionistas para que se perfeccionasen en las artes, en las ciencias y en la medicina. Establecióse el Jardín Botánico y el Gabinete de Historia natural, creando dos establecimientos que son el principal ornamento de Madrid. Su empedrado, la puerta de Alcalá y su bella salida, las de Segovia y Atocha fueron hechas bajo la inmediata direccion de Floridablanca, cuya buena memoria no deja de recordarse en cualquiera parte donde se vean los pocos ó muchos objetos de utilidad, comodidad y oruato público existentes. Debióse tambien á su solicitud la creacion del Banco nacional de S. Carlos, verificada en oportunidad la mas bien elejida, y la formacion de la Compañía de Filipinas. Mas en donde el hombre eminente de quien tratamos se retrata mas patentemente con

los verdaderos caracteres de verdad que el tribunal inexorable de la historia toma en cuenta para juzgar á los hombres despues que han desaparecido de la escena del mundo, es en la célebre *Instruccion reservada*, dada para direccion de la junta de Estado, creada por el Rey Carlos III por su Real decreto de 8 de Julio de 1787 (*). La verdad es que esta Instruccion para la gobernacion del reino es un monumento eterno del saber y experiencia de su autor; y si bien en otra época podria ser acaso atacada como poco liberal, hoy por el contrario servirá para juzgar con acierto sobre la gran cuestion contemporánea de la demarcacion delicadísima entre el sistema de reforma de que la Monarquía española estaba necesitada tantos años hacia, y cuya necesidad quiso

(*) Nosotros hemos tenido el placer de ver el original de esta célebre *Instruccion*, escrita toda de mano del Conde de Floridablanca: original que S. M. el Sr. D. Fernando VII poseia entre sus preciosos manuscritos, que el Rey pidió para la coleccion de manuscritos al actual Marqués de Miraflores, Conde que fue de Floridablanca, en representacion de su mujer, heredera inmediata del título, á la muerte de su tío D. José Moñino. Copia tambien de ella dió el Marqués de Miraflores á D. Andres Muriel que acaba de publicarla: recomendamos su atenta lectura que es el verdadero complemento de la biografía del Conde de Floridablanca: ella es un cuadro completo donde brilla la probidad y el saber de su ilustre autor.



satisfacer la justificación de Carlos III y la sabiduría y circunspección de su Ministro, en medio de los peligros de las reformas que datan de aquel reinado y Ministerio. Adonde quiera que se vuelva la vista, ya sea en la administración del Estado, ya en la legislación, lo que atestiguan los códigos contemporáneos, se ven reformas importantes y graves, las cuales hoy se miran, por no pocos, como un plano inclinado en el que ha resbalado la antigua Monarquía hasta la cima donde se encuentra hundida. Mas la santa verdad y la justicia exige decir, que la grande obra del Conde de Floridablanca en su Instrucción á la junta de Estado, obra que en su calidad de reservada excluía toda idea de arrancar del juicio público, á que jamás pudo pensar fuese sometida, ni aplausos ni vituperios, coloca sin duda á Floridablanca como el mas eminente hombre de Estado del reinado de Carlos III, como el primero entre los hombres prácticos de gobierno, como el mas adelantado entre nuestros jurisconsultos, como un español honrado, lleno de patriotismo y desinterés, aspirando al bien y ventura de su patria de la manera mas franca, mas desinteresada y mas leal.

¿Mas que sirvieron nunca ni las virtudes ni el patriotismo contra las intrigas de la córte, si esta es corrompida y desmoralizada? Nada en efecto. Habia pasado poco mas de un año de la creacion de la junta de Estado, cuyos trabajos estrictamente acomodados á la sábia Instruccion que la servia de guia, habrian dado ópimos frutos de bien y ventura á la nacion, cuando se sirvió Dios llamar á sí al gran Monarca, cuya mano sostenia con sábia constancia los designios de su honrado Ministro. Carlos III murió en Diciembre de 1788, dejando su reino sumido en la afliccion, y espuesto á los azares del nuevo reinado de su hijo Carlos IV, cuyo carácter débil le habia hecho entregar á su esposa, que desde sus primeros años se habia ahandonado á estravios amorosos y necesariamente á todas sus consecuencias. Mas de una vez fue objeto, este porvenir para la España, de las consideraciones del anciano Carlos III con su querido Ministro, á quien en medio de su severidad trataba como el mas tierno amigo.

Cuadra perfectamente á la biografía que nos ocupa una anécdota curiosa de aquella época. Discutian Carlos III y Floridablanca mas de una vez sobre los devaneos de la Princesa, y como

Floridablanca , como hombre tolerante y de mundo , tratase siempre de disculparlos, y aun ejercer siempre que podía una mediacion benévola contra la severidad de principios del Rey , mediacion á que la Princesa comprometia diariamente al Ministro favorito de su suegro, respondióle Cárlos III con ternura: « ¡ Ay , Pepe, qué bueno eres: qué poco te lo tomarán en cuenta cuando yo me muera! »

Proféticas eran en efecto las palabras de aquel respetable y anciano Monarca ; pues apenas hubo descendido al sepulcro , su Ministro empezó á sentir los tiros emponzoñados de la envidia, de que en vano queria librarle el nuevo Rey , pues habiéndosele recomendado por su padre siguiese los consejos de Floridablanca , y conocido por sí mismo años hacia , asistiendo al despacho de su padre , la probidad y la ciencia de su Ministro, deseaba en su interior conservarle á su lado.

No mas que cinco meses hacia que Cárlos III habia muerto, cuando se urdió la primera intriga dirigida á derrihar al Conde de Floridablanca. El 12 de Mayo de 1789 se remitió al Rey Cárlos IV por mano de su Ayuda de cámara Ruba , y á la Reina Doña María Luisa su mujer por la de Don

Manuel Godoy, un papel anónimo, un verdadero libelo infamatorio contra el primer Ministro. Carlos IV, en vez de caer por el pronto en el lazo, y no pudiendo dejar de considerar cuánto le importaba no separar el timon del Estado de manos que le habian gobernado con tan feliz éxito doce años hacia, y cuya destreza experimentada le era cada dia mas necesaria, pues en el reino vecino ruja ya el viento precursor de ricias borrascas, mandó al Consejo se instruyese una causa dirigida á averiguar, si era posible, los autores del infame libelo contra el benemérito Ministro de Estado. No fueron enteramente perdidos los esfuerzos del celoso D. Mariano Colon, Superintendente de policia, á quien la causa fue encomendada, apareciendo como sospechosos el Marqués de Manca y D. Vicente Salucci; pero inerpúsose, entre la accion de la justicia, la mano de la intriga y la accion del favor de la Reina, y los sospechosos quedaron indemnes y mas tarde recibieron el galardón. ¿Ni como podia ser otra cosa, cuando la Reina Maria Luisa, dominada por una loca passion, dió entrada en los consejos de la Cámara, casi desde el advenimiento de su marido al Trono, á un inesperto y poco aventajado jóven Guardia

de Corps , que ganando en favor cada dia , fue elevado á primer Ministro á la edad de 25 años , y esto en momentos en que arreciando el vendabal furioso de la revolucion francesa , complicaciones y peligros debiau sobrevenir diariamente sobre la España ?

En Marzo del año 1792 , causado de intrigas y contradicciones , y convencido de su imposibilidad de evitar los males que presentia cerca nos , dejó Floridablanca el Ministerio , y con él el gobierno de la Monarquía que habia dirigido desde Febrero de 1777 . Dejemos la triste historia de las desgracias que sobrevinieron á la desventurada España desde esta infausta época : nuestra mision no es de historiadores del reinado de Carlos IV , sino de biógrafos del Conde de Floridablanca . Su alta importancia no podia ser indiferente á sus émulos , aun despues de haberse separado del poder , y resolvieron perseguirle . Empezaron por desterrarle de la córte , y poco despues pusiéronle preso en la ciudadela de Pamplona ; y el mismo hombre que los quince años tal vez mas florecientes de la Monarquía española habia sido árbitro completo de sus destinos , que tantos bienes habia hecho á su patria y tamaños servicios habia prestado al

Estado, este mismo hombre se vé víctima de intrigas palaciegas las mas inmundas. La historia recojerá con gloria y nosotros debemos consignarlo á la posteridad al escribir la biografía del Conde de Floridablanca, un hecho harto sublime para que permanezca ignorado: al ser preso y conducido á la ciudadela de Pamplona, se hallaba tan escaso de medios que hubo de prestarle para el viaje una pequeña suma su cuñada la Marquesa de Pontejos. Las rentas del Conde de Floridablanca, del primer Ministro de Carlos III, del hombre que desde Febrero de 1777 hasta el año 1792, es decir, quince años, habia sido árbitro absoluto de los tesoros de España y América, nunca llegaron á 30,000 rs. anuales; ejemplo notable y casi único de pureza y desinterés, que ojalá hubiese sido seguido siempre por sus sucesores, y que alza á un hombre en reputacion y gloria á una tal altura que no llegan á ella los dardos envenenados de las pasiones, y á la que la posteridad tributa eternamente admiracion y respeto.

Cansáronse por fin los estúpidos y miserables enemigos de Floridablanca de perseguirlo; y desde Pamplona permitiéronle retirarse al reino de

Murcia su país; y en Hellin pasó algunos años en completa oscuridad, dedicado á la vida del campo. Trasladóse, transcurrido algun tiempo, á Murcia, yendo á vivir á una humilde celda del convento de San Francisco, sin mas compañía que un lego de aquella órden, recordando prácticamente aquel dicho célebre de Mirabeau, de lo inmediato que estaba la Tarpeya del Copitolio. Mas el alma de Floridablanca era tan elevada que no veia un tormento en su asilo: veia un agradable lugar de descanso, y empleado constantemente en obras de caridad, á que consagraba todo su pequeño patrimonio, ocupando sus ocios en escribir sobre asuntos de religion, y haciendo una vida toda de piedad y tranquila, llegó el dia en que la mano augusta del Eterno, que vela sobre la suerte del justo, al paso que mas pronto ó mas tarde hace sentirse duramente sobre la cabeza del culpable, debia dejarse ver con todo el esplendor de su justicia en la nueva suerte que preparaba en los postrimeros dias al ilustre Ministro de Carlos III, que rayaba ya en los 80 años.

En efecto, álzase en 1808 España en masa, escitada por el sublime sentimiento de independencia nacional contra la usurpacion de un gran

capitan, que invade la España como fementido, manchando con ello su merecido renombre, y arrebatada del Trono español sus Reyes; y en la horfandad de la nacion española, en momentos que todos los sentimientos jenerosos se conmovian, tratando de darse un gobierno, la nacion entera acude á la humilde celda de S. Francisco á vindicar la justicia ultrajada y la virtud oprimida en las canas del Conde, y una opinion unánimemente nacional lo saca de su retiro, y desde él, en medio de la obacion mas jeneral y mas sincera que habia recibido mortal ninguno, desde la celda del convento de S. Francisco fue Floridablanca llevado á presidir la Junta Central, es decir, el Gobierno supremo del Estado, siendo alojado en el Palacio de los Reyes en Aranjuez, revestido del título de Alteza Serenísima, y honores de Infante de España.

Emociones eran estas que afectaron grandemente su alma sensible y su corazon jeneroso, y á la edad en que se hallaba el ilustre anciano no pudo soportarlas sino tres meses. En ellos anunció su pensamiento constante de reformador, pero reformador discreto, juicioso y siempre atento á no lanzar el carro del Estado en azares tan pe-



ligrosos como se le lanzó apenas hubo desaparecido. En Diciembre de 1808 descendió á la tumba á los 81 años de edad, sin haber empezado apenas los trabajos de Gobierno á que fue llamado. La justicia nacional debia rendir el último tributo á sus virtudes y servicios, y así lo hizo. Fue sepultado en la Catedral de Sevilla con honores de Infante (*), erigiéndose á espensas del Estado un sepulcro adonde reposan sus ilustres cenizas, inmediatas á las del Santo Rey Fernando.



(*) La Junta Central concedió al título de Floridablanca, después de su muerte, la grandeza de España de primera clase, libre de Lanzas y Medias Anatas.





MR. DE BALZAC.

Personages célèbres del Siglo

Ed. de Esare

M. DE BALZAC.

Había emprendido una lucha insensata! Combatía á la miseria con mi pluma.

M. DE BALZAC. — *Introducción á El Lirio en el Valle.*

No hace todavía dos siglos que la Francia poseía un novelista rodeado de una gloria inmensa, que era, á un mismo tiempo, el mas fecundo y mas apreciado de los novelistas de su época. Precisado por los reveses de la fortuna á buscar en los trabajos literarios una honrosa existencia, publicó cerca de cincuenta volúmenes de mil doscientas páginas cada uno, con pocos blancos y pocas márgenes. De su obra, como diría ahora Mr. de Balzac, se hicieron muchas ediciones, y era la delicia de la

Corte y de la ciudad. No eran solo los espíritus frívolos, los jóvenes, las mujeres, los que devoraban aquellas interminables historias amorosas. El sábio Huet, Obispo de Avranches, se volvía loco con su lectura; el Obispo Codeau deliraba también por ellas, y el Obispo Mascaron citaba en el púlpito al autor, entre S. Agustín y S. Bernardo; Flechier, el elegante Flechier, distribuía aquellas novelas en su diócesis « para edificar, decía, á las jentes honradas, y dar un buen ejemplo de moral á los que la predicán. » Hasta los solitarios de Port-Royal, tomaban parte en aquel gran concierto de admiraciones. A los pocos lectores descontentadizos que se atrevían á encontrarlas un poco largas, le decía Menage con un tono de oráculo, que manifestaban la *pequeñez* de su entendimiento; colocaba sin cumplimientos al autor al nivel de Homero y de Virjilio; y la mayor parte pensaban como Menage. La fama del novelista había pasado los mares y los montes; se traducía en todas lenguas, la Europa le admiraba, la Reina Cristina de Suecia se vanagloriaba de seguir con él una correspondencia epistolar; los pintores se disputaban el honor de hacer su retrato; le cantaban los poetas; tenía una Curtuea, de la cual hablaba todo el mundo, como se ha ha-

blado, no hace mucho tiempo, del baston de Mr. de Balzac; en una palabra, era aun mas *inmortal* de lo que lo es en el dia Mr. de Balzac.

Pues bien ¡lectores! la posteridad es tan caprichosa, que si digo el nombre del grande escritor, cuya biografía acabo de bosquejar sin la menor exageracion, os vais á reir de mí; si digo que se trata de Mlle. Magdalena de Seudery, calificada durante su vida de Safo del siglo XVII, del autor de *El ilustre Bassa*, de *El Gran Ciro*, de *Clelia*, de *Almahide*, etc.; etc., me contestareis con un epigrama de Boileau, y me arrojareis á la cara el famoso mapa geográfico para ir de *Particular á Tierno*, desarreglo del entendimiento, del cual el autor era el primero en reirse; y os bastará con esto. Si os hablo de las demas notabilidades novelescas de la misma época, del Sr. Goultiers de la Calprenède, grande ingenio que escribia *Casandra* (10 tomos), *Cleopatra* (23 tomos), *Faramundoo Silvandro*, etc., etc. (en junto 43 tomos) sin contar once comedias; si os recuerdo al ilustre Onorato d'Urfé, el padre de la novela, que escribió *La Astrea*, el libro favorito de La Fontaine; d'Urfé, á quien Pelisson llama « uno de los entendimientos mas raros y maravillosos que jamás haya tenido

la Francia; » si os cito otros veinte nombres destinados entonces á la inmortalidad, me direis que todas aquellas glorias os son enteramente desconocidas; que *Ciro*, *Cleopatra* y *Astrea*, son libros enfadosos (lo que os concedo de buena gana aunque no los hayais leído), y que nada de comun tiene todo esto con Mr. de Balzac, lo que niego formalmente.

Porque al fin, entre el novelista francés mas célebre y fecundo del siglo XVII, y el mas fecundo y célebre de los romanceros franceses del XIX, entre Mlle. Scudery y Mr. de Balzac, por lo menos hay siempre tres puntos de contacto: igual jénero, igual facundia, igual celebridad. Esto es tan claro como el falso axioma del Sr. Prudhome: «Quitad al hombre de la sociedad, y le aislais.» Queda la diferencia muy notable, que el primero de los dos novelistas murió física y literariamente, al paso que el otro disfruta, bajo este doble aspecto, de una vida muy floreciente. La primera parte de esta diferencia desaparecerá por fuerza; ¿sucederá lo mismo con la segunda? ¿y dentro de dos siglos, será bastante completa la semejanza entre Mlle. de Scudery y Mr. de Balzac, que proporcione á algun nuevo biógrafo un exordio como el que pre-

cede? Tal es, lector, la cuestion grave, delicada, peliaguda, que me preocupa al emprender esta biografia; cuestion que toca resolver á la posteridad, y de la cual sin embargo diremos anticipadamente algunas palabras, con toda la reserva que debe observarse en el exámen de un proceso que no se puede fallar en última instancia. Esta fugaz comparacion entre la novela en su nacimiento y la novela del dia, os servirá tal vez tanto como una série de graciosidades gastadas y de mal gusto, sobre la vida privada, las costumbres, el vestido de fraile, los acreedores, y el baston de Mr. de Balzac. Ademas reduciremos bastante este análisis, para que en nada perjudique á la biografia.

Pero, me direis (si como yo leis y os gusta Mr. de Balzac), ¿cómo pueden compararse estas obras maestras, con un farrago de producciones fastidiosas, sin mas mérito que su abundancia, y que carecen de estilo, de imaginacion y de gracia? Despacio, lector; nuestros antepasados, los contemporáneos de Richelieu, del Cardenal de Retz, de Mme. de Sevigné y de Pascal, no eran mas estúpidos que nosotros; admiraban las voluminosas novelas de Mlle. de Scudery, y hasta leerlas para convencerse de que no les falta gracia, ni imagina-

cion, ni aun estilo. Su forma literaria no se diferencia notablemente de los buenos escritos de la misma época, y sin embargo, me apresuro á confesarlo, es preciso un gran valor para emprender su lectura: se muere uno de fastidio. ¿De qué proviene esto? ¿Qué le falta pues á Mlle. de Scudery para encantarnos como encantaba á nuestros padres? Algunos críticos contestan; Mlle. de Scudery no sabia escribir, y las obras solo viven por su estilo. Esta asercion, que repito, es aqui falsa en el hecho, me parece tambien muy disputable en principio. No es su forma literaria, que no somos capaces de apreciar, la que ha hecho atravesar por entre siglos á la Iliada y á la novela de Longus: y si el mismo Shakspeare, que hasta los ingleses tienen precision de traducir, es inmortal, ¿se dirá acaso que es por el estilo? Con la verdad de los sentimientos y de las pasiones, no con la verdad individual, local, efímera, sino con la verdad humana; eterna, es como se immortalizan los grandes escritores. Las novelas de Mlle. de Scudery han muerto, porque no eran verdaderas; pudieron ser admiradas, á pesar de estar desprovistas, no solo de verdad absoluta, si no hasta cierto punto de verdad relativa. Un novelista, cualquiera

que sea su pretension de representar fielmente su época, no es un historiador; es un poeta: su deber es trabajar cosas buenas, pero buenas siendo verdad. Si su parte maravillosa se apoya en pasiones facticias, en caprichos pasajeros, puede gustar tanto cuanto duren esas pasiones y caprichos, aunque los exajere, los adorne, ó les dé el colorido que le parezca; pero falta aquel frágil apoyo, y todo se desploma, y ni siquiera queda á tales obras un valor real como documento histórico. Esto es lo que ha sucedido con las novelas de Mlle. de Scudery.

Tal era pues el tejido jeneral de aquellos libros, que tanto gustaban á nuestros antepasados, porque se encontraban en ellos, con sus gustos, sus opiniones, su lenguaje, sus ridiculeces, las costumbres de su vida, y los mas fantásticos caprichos de su imaginacion. Veíanse allí elegantes, habladores, intrépidos, azucarados, quisquillosos, enamorados, pero esencialmente virtuosos; y esta mentirilla era un encanto mas.

La escena pasaba en Asiria, en Persia, en Egipto ó Roma; pero no hay necesidad de decir que aquellos Persas, Asirios y Romanos solo el nombre tenian de su país. Cuatro cualidades erau indis-

pensables para constituir un héroe de novela; debía ser bien formado, valiente, tener talento y ser de *clase* (estilo de la época); era ó menudo un príncipe disfrazado; la heroína era hija de rey, princesa, ó por lo menos mujer de alta jerarquía, y hermosa como el sol. Encontrábanse por primera vez en el templo de Sinope, en los jardines de Ecbatána, en la corte de Babilonia, ó en las márgenes del Tiber. Entonces, lo mismo que ahora, el héroe recibía al momento un flechazo en el corazón («el primer instante de aquella fatal entrevista, fue el primero de mi pasión»); si se presentaba ocasión favorable, si sus relaciones se lo permitían, se acercaba á la dama con aire galante y ajitado (los dos nos pusimos colorados al acercarnos, pero sin duda fue á causa de sentimientos diferentes; la molestia hacia en ella lo que en mí el amor). Los héroes modernos tienen mejor opinion de sí mismos.

El príncipe, de vuelta á su casa, y necesariamente provisto de un confidente, lo mismo que la princesa de una confidenta, hacia esclamaciones acerca de las beldades que acababan de herir sus ojos, y hacia sufrir á su corazón interminables preguntas («pero por último, decidiéndome de re-

rente, despues de algun tiempo de silencio : ¡No, no, corazon mio! esclamaba al recobrar el uso de la palabra, no vacilemos mas, confesemos que apreciamos, que amamos, que adoramos á Amestris »). El asunto, una vez bien decidido, desplegaba el héroe cualidades y talentos mas que humanos, para conquistar el afecto de su hermosa; sobrepujaba los trabajos de Hércules, derrotaba ejércitos, destruía ciudades, provocaba á singular combate á sus rivales, los hería ó desarmaba, les dejaba la vida, y adquiría su afecto. Mostrábase valiente como Aquiles, humano y jeneroso como Bayardo, prudente y comedido como Escipion, y pronto no se hablaba mas que de él en todo el Imperio.

En cuanto á la heroína la pasion marchaba con mucha mayor lentitud; al concluir el primer tomo, apenas habia llegado al aprecio; en los cinco siguientes era sucesivamente robada por una docena de pretendientes, todos raptos bien nacidos, bien educados, muy enamorados, pero muy respetuosos, que se contentaban con hacerla viajar por montes y valles, por mar y por tierra, hablándola con verbosidad y atencion de su amor. Ya se entiende que ella los rechazaba; y como regularmente la libraba aquel que ya obtenia su aprecio,

no tardaba en aparecer el agradecimiento. El héroe, aprovechándose de las circunstancias, hacia un consumo enorme de precauciones oratorias para alcanzar una palabra de su amor. Unas veces era mal recibido, porque no se conocia aun bien su condicion; otras porque la severa virtud de la heroína se alarmaba de la espresion de un sentimiento, de que sus nobles padres no la permitian participar. El héroe declaraba y probaba que era de ilustre cuna; entonces se le dejaba entreveer que se tenia cierta disposicion á no odiarlo. En el tomo noveno, se le confesaba, bajando la vista, que se le apreciaba bastante para no incomodarse de que amase, y para desear que fuese eternamente; por fin, en el décimo, con el permiso de los padres, se esplicaban categóricamente, y acababan por casarse; y eran, decia el narrador, «tan felices, que es imposible serlo mas.» Algunas veces, la novela acababa mal; la heroína estaba casada con otro; como el adulterio era aun poco usado en los libros, moríase de pesar, y el amante tardaba poco en seguirla al sepulcro; «feliz, decia el autor, con no haber sobrevivido á la persona por quien solo habia existido, y orgulloso al morir de haber dado con su muerte un ejemplo tan her-

moso de la pasion mas pura y verdadera que jamás hubiese abrasado á un alma.»

Bueno es añadir que los diez volúmenes de rigor, estaban siempre rellenos con un gran número de historias particulares que se contaban unos á otros. los personajes secundarios de la novela; aquellos cuentos se enlazaban bien ó mal con el principal, pero daban á la obra una gran variedad de accidentes y de aventuras. Cuantas maravillas puede concebir la imaginacion, cuantos rodeos puede inventar el entendimiento mas sutil para dar mil aspectos á un pensamiento, estaban alli con profusion. Todo aquello era friamente apasionado, amanerado, coqueto, presuntuoso, difuso, alambicado por el pensamiento mas aun que por la forma; no habia plan, ni enlace, ni lójica; pero todo era puro, delicado, caballeresco; ni una escena siquiera de alcoba ó de tocador; ni el menor cuadro susceptible de alarmar al pudor mas severo; la decencia en el estilo, era igual á la de los sentimientos. Y sin embargo, fuera de aquel mundo ideal y platónico, que tanto gustaba á los ilustrados, el mundo real no dejaba de seguir su marcha. Ninon escribia su billete á Lachastre; Bussy educaba mujeres y procedia con ellas muy dife-



no tardaba en aparecer el agradecimiento. El héroe, aprovechándose de las circunstancias, hacia un consumo enorme de precauciones oratorias para alcanzar una palabra de su amor. Unas veces era mal recibido, porque no se conocia aun bien su condicion; otras porque la severa virtud de la heroína se alarmaba de la espresion de un sentimiento, de que sus nobles padres no la permitian participar. El héroe declaraba y probaba que era de ilustre cuna; entonces se le dejaba entrever que se tenia cierta disposicion á no odiarlo. En el tomo noveno, se le confesaba, bajando la vista, que se le apreciaba bastante para no incomodarse de que amase, y para desear que fuese eternamente; por fin, en el décimo, con el permiso de los padres, se esplicaban categóricamente, y acababan por casarse; y eran, decia el narrador, «tan felices, que es imposible serlo mas.» Algunas veces, la novela acababa mal; la heroína estaba casada con otro; como el adulterio era aun poco usado en los libros, moríase de pesar, y el amante tardaba poco en seguirla al sepulcro; «feliz, decia el autor, con no haber sobrevivido á la persona por quien solo habia existido, y orgulloso al morir de haber dado con su muerte un ejemplo tan her-

moso de la pasión mas pura y verdadera que jamás hubiese abrasado á un alma.»

Bueno es añadir que los diez volúmenes de rigor, estaban siempre rellenos con un gran número de historias particulares que se contaban unos á otros los personajes secundarios de la novela; aquellos cuentos se enlazaban bien ó mal con el principal, pero daban á la obra una gran variedad de accidentes y de aventuras. Cuantas maravillas puede concebir la imaginación, cuantos rodeos puede inventar el entendimiento mas sutil para dar mil aspectos á un pensamiento, estaban allí con profusion. Todo aquello era friamente apasionado, amanerado, coqueto, presuntuoso, difuso, alambicado por el pensamiento mas aun que por la forma; no habia plan, ni enlace, ni lójica; pero todo era puro, delicado, caballeresco; ni una escena siquiera de alcoba ó de tocador; ni el menor cuadro susceptible de alarmar al pudor mas severo; la decencia en el estilo, era igual á la de los sentimientos. Y sin embargo, fuera de aquel mundo ideal y platónico, que tanto gustaba á los ilustrados, el mundo real no dejaba de seguir su marcha. Ninon escribia su billete á Lachastre; Bussy educaba mujeres y procedia con ellas muy dife-

rentemente que el príncipe de Asiria con su *ilustre* Mandane; el abate Gondy y Bassompierre tenían ambos poco parecidos á los de Artameno ó Tiri-dates, y la Brinvilliers resaltaba feamente en aquellos brillantes cuadros.

En el día, nuestros novelistas lo han cambiado todo, y para agradarnos han tomado las cosas al revés. Pero Mr. de Balzac, con tanto talento, mas observacion, mas saber, mas lójica, mas verdadera pasion, con una forma literaria mas perfeccionada, ha desplegado muchas veces, en un opuesto orden de ideas, igual intemperancia de estilo, el mismo abuso en la descripcion y el análisis que nos chocan en Mlle. de Scudery. Encuéntrense en ambos pájinas que rivalizan en afectacion y mal gusto; y es cosa digna de atencion, que de los dos estilos, el mas hinchado, el mas sutil no es el de Mlle. de Scudery. La lectura de *Ciro* y de *Clelia* (esceptuando sin embargo la carta del Tierno, que es un modelo del jénero afectado) cansa mas bien por su monotonía y énfasis, que por su sutileza. Todo aquello es largo, difuso, campanudo; es una amplificacion interminable, escrita *calamo corrente*, variada de accidentes, pero apoyada siempre en el mismo tema; es un dilu-

vio de frases sin trabazon lójica. Pero por muy desleído que esté el pensamiento, jamás lo está hasta el punto de desaparecer completamente; es insípido, absurdo ó jactancioso, pero siempre visible y palpable. En Mr. de Balzac, al contrario, la descripción y el análisis, que son además la parte brillante de su talento, dejeneran á veces en minuciosidades de tal modo sutiles y embrolladas, que es imposible entenderlas. Pudiera citar mil ejemplos. De los dos escritores, el uno tenia un escalpelo inofensivo que, por ignorancia, pasaba siempre sobre la misma fibra; el otro, mas entendido, despues de haber tocado lijera-mente todas las rejiones del corazon, se acurruca en un rincon donde se complace y agota, por amor á lo nuevo, en diseccar las mas pequeñas fibras, y en hacer pedazos los átomos. El primero no tiene mas que una nota falsa mezclada de mil maneras, pero siempre la misma en el fondo; el segundo posee una escala caprichosa, tiene notas de un timbre magnífico; las tiene tan pequeñas y débiles que apenas se oyen, y otras tan chillonas que es preciso taparse los oidos. Combinense estas tres clases de notas de treinta maneras diferentes, y se tendrá una idea del canto de Mr. de Balzac. Algunas veces,

solo emplea sus notas buenas, su canto tiene poca variedad, pero es muy puro, muy sencillo y hermoso; otras añade á ellas notas débiles, y resulta un canto incompleto que solo satisface á medias; otras dá sucesivamente su escala entera: sonidos puros primero, despues los débiles, y en seguida los falsos; otras por fin lo mezcla todo, y forma una verdadera concerrada.

Si siguiendo esta comparacion entre la novela del siglo XVII y la del XIX, en la persona de sus principales representantes, pasamos al fondo mismo de los libros, á la actitud, á la fisonomía de los personajes y al juego de las pasiones, desaparece toda relacion, ó mas bien se presenta otra inversa. Mlle. de Scudery vivía en una sociedad ociosa y frívola, pero clasificada, ordenada; habia en las cosas del corazon, lo mismo que en las de la vida, una especie de etiqueta que pocas veces dejaba de observarse. La carta del *Tierno* tenia una parte real, positiva, aplicable. Mr. de Balzac pertenece á una sociedad que tiene leyes políticas, pero que no tiene ni leyes sociales, ni leyes morales. La vida es en ella bastante regular en su mezquindad, porque tiene un móvil capital, el interés, y otro esencial, el dinero; pero en el mundo de las intelijen-

cias hay un caos espantoso. Y precisamente por este lado se parece Mr. de Balzac á su siglo. Lo que nos distingue literariamente es el horror á lo conocido; cuanto mas fría y vulgar es nuestra existencia, tanto mas exigente y calenturienta es nuestra imaginacion: véase pues porque el corazon humano, esa mina de oro, está registrado por todos lados hace mucho tiempo, por los novelistas y los poetas. ¡Cuántos cuidados y paciencia serian menester para descubrir en ella una nueva veta! Y sin embargo necesitamos cosas nuevas, imprevistas; las necesitamos pronto y en cantidad, aunque no las haya en el mundo. Acosados de este modo, amalgamamos tipos conocidos, buscamos efectos nuevos en contrastes no naturales, producimos con esfuerzos creaciones mutiladas, estrambóticas, abortos á los cuales les faltan los dos elementos principales de la vida, lo sencillo y lo verdadero, y que mueren con nosotros ó antes que nosotros.

En el dia ya no se trata de que el héroe de una novela sea buen mózo, tenga talento, valor y clase; ninguna de estas cualidades es absolutamente indispensable; la última no solo ha desaparecido, y es fácil conocerlo, si no que la ha reemplazado otra contraria. No tener padres, es

uno de los privilegios de los héroes de novela : nada hay tan poético como un hombre que no puede presentar su fe de bautismo. Digamos, sin embargo, que en cuanto á este punto Mr. de Balzac es todavía el mas aristocrático de nuestros novelistas ; por lo jeneral sus héroes estan provistos de un padre, algunas veces de un título, y por lo menos de una partícula. Unicamente su existencia se encuentra frecuentemente unida por misteriosos lazos con no sé qué hermandad de presidarios cumplidos, de rateros y de mujeres públicas, mundo aparte que Mr. de Balzac ha organizado á su modo, y en el cual se complace en buscar colores sombríos para sus cuadros. Las demas cualidades que gustaban á nuestros antepasados, se han refundido en una cualidad compleja y de creacion moderna, quiero decir, el *no sé qué*; este precioso don suple á todo. El *no sé qué*, está comunmente en el ojo, y ese ojo es todo lo que se quiere: es tan pronto dulce como altivo, con mas frecuencia montaraz, pero esencialmente fascinador. Tiene, usando una frase de Mr. de Balzac, *proyecciones fluidas*, cuyo efecto es irresistible, y que á distancia de cien pasos traspasan el corazon de una mujer, como pudiera hacerlo una carabina de

Delvigne. En cuanto á la intelijencia y á la moral, jeneralmente presenta el héroe la mas estrambótica mezcla. Por de pronto lleva en la frente el sello divino; tiene talento, mucho talento, un talento universal. Hubiera podido ser, segun le acomodase, un gran capitán, un grande orador, un grande hombre de Estado; sino ha sido un Napoleon, un Montesquieu, un Chateaubriand, un Mirabeau, ó un Richelieu, es porque consideró á los hombres demasiado pequeños para ser dignos de tomarse el trabajo de dirigirlos, ó bien porque penetró de una sola ojeada la nada de las cosas humanas, ó tambien (como en la historia de Marcas) porque no tuvo un vestido y un par de botas. En su trato con las mujeres, es á un mismo tiempo cándido como un niño, sombrío, osado y feroz como un bandido, elegante y fino como un calavera de los tiempos pasados, vulgar y desvergonzado como un caballero de industria del siglo XIX. Tómese un poco del Corsario de Byron, un poquito no mas de Grandisson, un poco de Lovelace ó de Lauzun, y mucho de Roberto Macario; mázesele todo en dosis iguales, llámesele Rastignac, de Trailles, de Marsay, Ronqueroles, etc., etc., y se ten-

drá un tipo de los amantes que gustan á Mr. de Balzac.

Aparte de estas creaciones, que todas se parecen mas ó menos, Mr. de Balzac ha enjendra-
do otros tipos masculinos que, en mi concepto,
son mucho mejores; ha encontrado en la intere-
sante historia de *Eujenia Grandet* un tipo de ava-
ro que causaria envidia al mismo Moliere. En el
Padre Goriot hay un retrato de presidario que
carece de verdad, pero muy rico de colorido (en-
tiéndase que hablo de la noveia de este título);
en cuanto al drama de *Vautrin*, es una de las
cosas peores de concepcion y de forma que ha
producido nuestro siglo. El retrato del alquimis-
ta (en el *Rebusco de lo Absoluto*), el del cura Bi-
rotteau (en los *Celibatarios*), el de Gobseck (en
el *Padre Goriot*), el de dependiente viajador (en
la historia del *Ilustre Gaudissart*), que es una
pequeña obra maestra de verbosidad, de sencillez
y verdad; todos estos tipos diversos, desconoci-
dos en su mayor parte á los novelistas de los si-
glos anteriores, forman la base mas sólida del
edificio literario de Mr. de Balzac.

En sus creaciones femeninas, se nos presenta
Mr. de Balzac como un Cristobal Colon de nueva

especie. Ha descubierto tipos de hermosura que antes de él nadie sospechaba; y describe su descubrimiento con tal lujo de pormenores, tal magia de palabras, tal apariencia de buena fe en su entusiasmo, que el lector se deja engañar; las nociones usuales acerca de lo bello están trastornadas; donde nosotros no hubiéramos visto con nuestros ojos sino un desnudo y estéril peñasco, Mr. de Balzac nos hace ver con los suyos una Isla llena de verdor, cruzada de arroyos, sembrada de bosques, esmaltada de flores; no es ya la Groenlandia, sino Othaiti. Dése á Mr. de Balzac una mujer de 40 años, pálida, amarillenta, triste, enfermiza, y poco importa hasta que sea coja ó jorobada; pronto será esto mismo una gracia mas. Tal como la hemos descrito, el novelista paradojal la viste con un gusto exquisito; coloca con arte al rededor de ella los encajes y las blondas; da á sus miradas una facultad magnética enteramente particular, imprime á todos sus movimientos no sé qué voluptuosa incuria mezclada de cortedad y de abandono. Su tristeza se convierte en meditacion; su tez pálida convenientemente aclarada toma con una media luz tintas deliciosas; en las arrugas de sus mejillas,

en la forma de su nariz, en las puntas de su boca, en las líneas de su cuello, en sus orejas, en sus cabellos, en sus uñas, descubre Mr. de Balzac un sin número de maravillas, de las cuales ninguna idea se tenía; quédase uno deslumbrado, fascinado, pues ya no es una mujer de edad madura, amarillenta y contrahecha la que se está mirando, sino un ángel, una hada, una Venus capaz de hacer delirar á un liceísta, y meditar á un octojenario.

Si Mr. de Balzac tiene que retratar por casualidad á una mujer jóven y hermosa, se verá el mismo horror á lo conocido, el mismo ardor por descubrimientos. Dejará á un lado cuanto llama la atención del vulgo. Hace poco transformaba la fealdad en hermosura, ahora será casi lo contrario. A fuerza de retocar su dibujo lo echará á perder. En tiempo de Mlle. de Scudery no se reparaba tanto en esto; se amontonaba lo hermoso sobre lo hermoso, y la heroína era siempre un modelo de perfecciones físicas y morales. Comparemos un poco los dos estilos. Este es el retrato de la *ilustre Mandane* (*Artamene*, t. I, páj. 330):

«Esta princesa entraba apenas en la edad de

16 años. El velo de gasa de plata que llevaba en la cabeza no impedía que se vieran mil bucles de oro, formados por sus cabellos, que eran sin duda alguna del color rubio mas hermoso, y con todo lo necesario para dar brillo sin quitar nada á la vivacidad, que es una de las partes necesarias para la perfecta hermosura. Su talle era noble y elegante; andaba con tan modesta majestad, que arrastraba tras sí los corazones de cuantos la veían. Su cuello era blanco, lleno y bien cortado; sus ojos azules tenían tanta dulzura, eran tan brillantes, estaban tan llenos de pudor y encantos, que era imposible verlos sin respeto y admiracion. Tenia la boca tan encarnada, tan blancos, iguales y bien colocados los dientes, tan brillante, lustrosa, unida y sonrosada la tez, que la frescura y beldad de las flores mas raras de la primavera no podrian dar una idea cabal de lo que ví, y de lo que aquella princesa poseia. Tenia las manos y los brazos mas hermosos que podian verse; pues como al entrar en el templo se habia levantado el velo dos veces, observé esta última perfeccion, como lo habia hecho ya con las demas. Por último, señor, de todas las hermosuras y encantos que tan detalladamente

os he descrito, solo para que disculpeis mejor á Artameu, resultaba un encanto tan maravilloso y poco comun en todas las acciones de aquella ilustre princesa, que ya anduviese ó estuviese parada, ya hablase ó callase, ya sonriese ó estuviese pensativa; era siempre encantadora y admirable.»

Véanse ahora los principales rasgos de una de las mujeres mas jóvenes ó interesantes de Mr. de Balzac; de Madame de Mortsauf (*El lirio en el valle*) de 27 años de edad. Entre los dos retratos hay 186 años de distancia.

« Su frente redonda, proeminente, como la de Joconda, parecia estar llena de ideas no expresadas, de sentimientos contenidos, de flores anegadas por aguas amargas; sus verdosos ojos, sembrados de puntos oscuros, eran siempre pálidos; pero si se trataba de sus hijos, su vista lanzaba entonces un sutil resplandor, que parecia inflamarse en los manantiales de la vida, y que los habia de agotar. Una nariz griega, cual si la hubiera cincelado Fidias, y unida por medio de un doble arco á unos labios igualmente sinuosos, espiritualizaban su rostro de forma ovalada, y cuya tez, comparable al tejido de las camelias

blancas, se teñía en las mejillas con un hermoso sonrosado. Su gordura no destruía las gracias de su talle, ni la redondez necesaria para que sus formas fuesen hermosas, aunque desarrolladas... Un sutil vello se perdía á lo largo de sus mejillas, en los meplatos del cuello, deteniendo allí la luz que se volvía suave. Sus orejas pequeñas y bien contorneadas, eran según su expresión, orejas de esclava y de madre; sus brazos eran hermosos; su mano, con los dedos arqueados, era larga, y como en las estatuas antiguas, la carne sobresalía con finura alrededor de sus uñas. Su cuerpo tenía el verdor que admiramos en las hojas nuevamente desplegadas; su entendimiento tenía la profunda concisión del salvaje; era niña para el sentimiento, grave para sufrir; señora mayor y muchacha. Por la mismo gustaba sin artificio por su manera de sentarse, de levantarse, de callar y de proferir una palabra... Su modo de pronunciar las terminaciones en *i* parecía el canto de un ave; las *ch* pronunciadas por ella eran como una especie de cariño, y el modo como cargaba sobre las *t* acusaba el despotismo del corazón. Estendía de este modo sin saberlo el sentido de las palabras, y

arrastraba el alma por un mundo inmenso.»

Lector, ¿á cual prefieres entre la *ilustre Mandane* y *Madame de Mertsauf*? En cuanto á mí, confieso que mi corazón vacila entre los dos, es decir, que ambas me disgustan por diferentes motivos. El primer retrato es producto de un arte en su primera infancia, colorido en bruto, sin mezclas, con alguna facilidad, con descuido y poca verdad. El segundo descubre el esfuerzo caprichoso y fantástico de una antigua literatura saciada: es pretencioso, amauerado, monstruoso. Si antes de escribir Moliere las *Preciosas ridículas*, hubiera encontrado al paso esas flores anegadas por aguas amargas; esos resplandores que se inflaman en los manantiales; esas tt que acusan el despotismo del corazón, hubiera arrojado su pluma desesperando poder alcanzar á tanta ridiculez. Hay jentes sin embargo que con tales descubrimientos se pasman y esclaman: ¡qué analista tan profundo es Mr. de Balzac! De este modo un escritor de muy buenas dotes (pues en la novela de *El lirio en el valle* y en veinte otras, hay inspiraciones admirables) se complacía en dar tormento al buen sentido y al idioma. Cuando se vuelven á leer detenidamente las obras

de Mr. de Balzac, cuando se desprende uno del prestigio de una concepcion muchas veces sorprendente por su vigor y verdad, se queda uno estupefacto de las increíbles licencias de esta clase que se toma el célebre novelista; muchas páginas de él quedarán como un modelo del género estrambótico y áspero. Son frases largas, mal zurcidas, llenas de neologismos extravagantes, que lejos de aclarar el pensamiento lo hacen ininteligible; son metáforas que hacen erizar los cabellos; imágenes donde estan mezclados y retorcidos juntos los tres reinos de la naturaleza. Y entiéndase que todos estos delitos son cometidos con la circunstancia agravante de la premeditacion. Nada hay que menos se parezca al descuido que el estilo actual de Mr. de Balzac; su reputacion de corrector es proverbial en las imprentas; trabaja espantosamente para no ser sencillo, y llama á eso *luchar con el idioma*; tal vez seria mejor vivir con él en buena armonía.

Y sin embargo, repito que Mr. de Balzac me parece uno de aquellos hombres que han recibido de la naturaleza el fuego sagrado; y yo que critico á causa de mi misma admiracion, ¡cuantas veces he visto amanecer, olvidando el sueño,

por leer uno de sus libros principiado el día anterior! ¿Cuál es el jóven, la mujer ó el anciano que á la voz de aquel májico no haya sentido subir desde su corazón á su cabeza una ardiente bocanada de deseos, de meditaciones y de recuerdos? Tiene pensamientos que remueven hasta las profundidades mas íntimas del alma; los ojos se humedecen, se deja el libro, y se saborea una impresion deliciosa; se hace alto en un fresco oasis, y despues se prosigue el camino atravesando precipicios, páramos, rocas desnudas, abrojos y desiertos áridos y enojosos. Si lo permitieran los límites de esta noticia, me complaceria en continuar este paralelo entre Mr. de Balzac y Mlle. de Scudery, haciendo palpable, en la trama de sus novelas, la fisonomía y la accion de las dos épocas. Para algunos este trabajo tendria tal vez cierto atractivo; pero como no puede hacerse aqui convenientemente, me contentaré con indicarlo, apresurándome á decir, para ser justo, que si Mr. de Balzac ha experimentado en sus concepciones la influencia deletérea y enervante del centro en que vivia, ha encontrado en el sentido de lo bello que hay en él, fuerza bastante para libertarse de ella algunas veces; y si sus

obras han de quedar en el porvenir (seria presuntuoso afirmarlo) sin duda será por esto.

La entera biografía literaria de Mr. de Balzac está en este pasaje, un poco ambicioso, pero verdadero, de uno de sus prólogos: « El estilo de los seres que padecen ó que han experimentado grandes desastres, no se parece al de aquellos cuya vida ha corrido apaciblemente. » Resumamos rápidamente esta existencia *desastrosa*.

Honorato de Balzac nació en Tours el 20 de Mayo de 1799; de una familia pobre; no desciende de su ilustre homónimo, el gran Balzac, que apenas se lee ya; y cuyo nombre patronímico era *Guez*. Nuestro célebre contemporáneo se toma el trabajo de noticiarnos él mismo « que no es noble en la acepción histórica y nobiliaria de la palabra, tan profundamente significativa para la familia de la raza conquistadora; pero, añade, lo digo oponiendo un orgullo á otro orgullo; pues mi padre se vanagloriaba de ser de la raza conquistada; de una familia que había resistido á la invasión de la Overnia, y de la que salieron los D' Entragues » Aceptamos, pues, con gusto que Mr. de Balzac es de la raza conquistada; que es de la sangre goda mas pura, y

ya no le incomodaremos mas acerca de su partícula. A los que le preguntaban porque la suprimió en 1826, les ha contestado que, al hacerse impresor, creyó que debía tomar el espíritu de su profesion. Un hijo menor de la Breaña, que se dedicaba al comercio, depositaba en el tribunal su espada y sus títulos de nobleza; lo mismo hizo Mr. de Balzac con su partícula. Observo sin embargo, que en 1829 cuando ya no era impresor, la primera novela publicada con su nombre, *El último Chouan*, estaba firmada aun Balzac solo. De todos modos y para acabar, diremos con Mr. de Balzac « que con partícula ó sin ella su nombre tiene igual valor. » Pero cuando se da con razon poca importancia á tales bagatelas, en mi concepto seria conveniente evitarse el ridículo de atacar á las jentes desbautizándolas, como lo hizo Mr. de Balzac en su *Revista parisiense* con respecto á MM. de La Vergne y Roger de Beauvoir.

El padre de Mr. de Balzac, Secretario en el gran Consejo en tiempo de Luis XV, y destituido de su empleo por la revolucion, envió á su hijo durante el Imperio al Colejio de Vendome, donde hizo sus primeros estudios. Allí el jóven escolar

(véase la historia de Luis Lambert) descubrió pronto las cualidades de un hombre superior; pues á los 12 años de edad, componia malos versos, y peores temas; ganaba innumerables *pensums*, le incomodaba el apodo de *poeta*, y pasaba el tiempo en resolver, en compañía de su maravilloso amigo Lambert, los problemas mas árduos de la metafísica. Creo que Mr. de Balzac terminó sus estudios en París, en la pension de Mr. Lepitre.

Mr. de Balzac, graduado ya de bachiller, sin medios de fortuna, y con el espíritu aventurero de un hombre que conoce su fuerza, se arrojó con cuerpo y alma en ese infierno que llaman la vida literaria. La interesante novela que ha publicado despues con el título de *Un grande hombre de provincia en París*, podria dar sin duda una idea de su existencia en aquella época. Con rara intrepidez é incansable constancia, tuvo con la fama veinte combates infructuosos en que perdió mas de cuarenta volúmenes. Apenas habia perdido una batalla, aventuraba otra, cambiando el color de su bandera; llamábase sucesivamente Horacio de Saint-Aubin, Viellerglé, Lord R'hoone. Cuanta mas obstinacion habia en no leerle, mas se obstinaba el en escribir. *Los dos Hectores*, *El Centenario*,

El Vicario de los Ardennes, Carlos Pointel, El Heredero de Birague, Juan-Luis, El Tárlaro ó la vuelta del desterrado, Clotilde de Iasiñan, La última Hada, Miguel y Cristina, El Anónimo, Anita y el Criminal, Wann-Chlore, El Corruptor, etc., tales son los nombres de los principales hijos perdidos, que Mr. de Balzac vió pasar con ojo estóico desde la tienda del librero al puesto del revendedor de libros, y desde allí á casa del especiero; durante los años de 1821 á 1827 se hizo este equipaje literario, olvidado en el día. Debo añadir que Mr. de Balzac niega ahora muchas de las obras que se le atribuyen, y declara que entre las que reconoce, hay muchas que son producto de una colaboracion múltiple. Sin embargo, se explica con dificultad cómo ha podido dejar desenterrar la mayor parte de aquel farrago, reimpresso recientemente con el trasparente pseudónimo: *El mas fecundo de nuestros novelistas*.

El jóven escritor, no contento con probar fortuna con su pluma, se dedicó á especulaciones de imprenta y de librería, que le salieron mal; ganó en ellas crecidas deudas, y para pagarlas tuvo que recurrir de nuevo al medio que hasta entonces le habia dado tan mal resultado. «Quería», ha dicho mas

adelante, pagar por mí mismo una deuda inmensa y vivir decentemente. Quería llegar á este gran resultado con una pluma de ganso, una botella de tinta y algunas manos de papel, en una ciudad donde la literatura no tiene crédito, y donde no solo se necesita talento, sino fortuna, y trabajar también noche y día para ganar 6,000 francos al año; ¡yo que debía 8,000 francos anuales de intereses por los capitales que me habían prestado! ¿no era una locura? Empecé aquella lucha en el momento mismo en que uno de mis amigos, cuyo suicidio fue célebre, se levantaba la tapa de los sesos por mucho menos.» A fuerza de obstinación y denuedo salió Mr. de Balzac vencedor del combate. *El último Chouan* publicado en 1829, fue el primer punto luminoso de su carrera. Este libro, inferior tal vez á los siguientes en cuanto á concepción y análisis, me parece por el estilo uno de los mejores de Mr. de Balzac. El autor dice en él con bastante claridad lo que quiere decir, y no abunda, como en otros, las frases alambicadas y retorcidas. Desde aquel libro la reputación de Mr. de Balzac fue siempre en aumento; *La fisiología del matrimonio*, *La piel de pez*, *La Historia de los Trece* le colocaron entre los escritores que

mas gustaban ; y pronto salió á luz una nueva é innumerable familia literaria, mejor acogida por el público.

La gran cámara oscura titulada *Escenas de la vida privada*, donde Mr. de Balzac quiere representar á nuestra época bajo todas sus fases, puede dividirse en tres principales compartimentos. Hay en ellas las *Escenas de la vida Parisiense*, las *Escenas de la vida de Provincia*, y los *Cuentos ó estudios filosóficos*. Dejo á un lado los *Cuentos pícaros*, escritos licenciosos cuyo estilo está amoldado sobre el de Rabelais, y que su autor compara modestamente, según creo, á la Venus de Milo, y á *Dafnis y Chloé*. Es sencillamente una colección de obscenidades ingeniosas y artísticamente trabajadas, un canto obsceno de un joven civilizado, que tiene la sencillez y el candor de un libro seductor de un anciano. *Las escenas de la vida de Provincia* forman también el más hermoso florón de la corona de Mr. de Balzac. Allí se encuentran principalmente los cuadros de interioridad, al estilo flamenco, en cuya pintura sobresale ; allí se hallan algunas veces aquellas pequeñas creaciones deliciosas que forman un conjunto completo, sin lagunas ni superfetaciones, sin sequedad

ni abandono, sencillas y verdaderas en la forma y en el fondo, y que estan muy cerca de la perfeccion. En cuanto á las intenciones *filosóficas* del novelista, creo que seria muy difícil esponerlas y discutir las. La mayor parte de los libros provistos de aquel imponente epíteto, nada tienen que ver con él; es un puro cebo de librería; en algunos otros, y particularmente en *Serafita* el epíteto me parece una apuesta. Ensayando hablar de misticismo, Mr. de Balzac ha apostado consigo mismo que haria pasar la oscuridad por profundidad, y la nada por alguna cosa; y aunque esto se ha visto ya algunas veces, no creo que el atrevido escritor haya ganado su apuesta. En mi concepto no es mucho mas fácil reasumir los cuarenta volúmenes que Mr. de Balzac llama *su obra*, para estraer de ellos una conclusion moral, social ó política; su pensamiento, ó mas bien dicho sus pensamientos, son esencialmente negativos; pasados por el crisol de un pensamiento cualquiera, se evaporarian al momento. Si se miran aquellas variadas producciones de otro modo que bajo el punto de vista del arte por el arte; si se busca en ellas otra cosa que una pintura mas ó menos fiel, no veo en ellas tanjible y permanen-



te sino una especie de escepticismo sensual, unas veces refinado, otras vulgar, otras inquieto y amargo, parecido al mismo tiempo al de Voltaire, de Paul de Kock y de Byron.

A los que gustan de detalles personales é íntimos, les diré que Mr. de Balzac no tiene nada en su aire de los elegantes vandidos que ha creado; en lo mas recio de su lucha contra la oscuridad y la pobreza, durante la restauracion, su aspecto era mas poético; entonces estaba muy flaco; tenia la cara pálida, los ojos centellantes, la palabra ardiente, los movimientos ajitados y una conversacion llena enteramente de castillos en el aire. Era el hombre proyectista. Escepto este último punto que, segun dicen, no ha variado, lo demas ha tenido grandes alteraciones. Mr. de Balzac adquiriendo gloria, ha hecho lo que Napoleon: ha echado barriga. Figúrese el lector un hombre pequeño, regordete, con anchas espaldas, bastante mal vestido por lo regular, con una cabeza adornada de cabellos negros, largos, aplastados y desgrednados, una cara de fraile, ancha, rubicunda y jovial, una boca grande y sonriéndose debajo de unos vigotes; señales cuyo conjunto presentaria algo comun, á no ser por los ojos que son

pequeños pero de una finura, y una vivacidad estremadas. Se dice que seduce mucho á las mujeres; no sé si consiste esto en la facultad magnética de que ha dotado á las miradas de sus héroes; mejor quiero atribuirlo al prestigio de su conversacion, en la que tiene un talento y una gracia admirables.

Al terminar este trabajo incompleto, conozco que para explicar lo que hay de forzado y trunco en la forma, y de falso en el fondo de la mayor parte de los libros de Mr. de Balzac, no he insistido bastante en la amarga idea que encierra el epígrafe que he escogido. La manera de ser de toda esta literatura precoz y calenturienta, á la que llamaba Goethe *la literatura de la desesperacion*, se encuentra casi siempre allí y nunca en otra parte. ¿Cómo puede esperarse cosa alguna acabada, natural, y verdaderamente bella, de una época de amontonamiento, de lucha y de miseria, en que el arte en vez de ser un sacerdocio es una mercancia; cuando no puede concebirse un pensamiento, sin que el odioso *forceps* de la necesidad lo arranque de la cabeza antes de su madurez? ¡Espantoso suplicio que solo pueden comprender los que lo han sufrido! ¡Dichosos los hombres del porvenir, si dotados de una forma social mejor

combinada que la nuestra, les es dado tener escritores que vivan para escribir, en vez de escribir para vivir.







DR. MARIANO ALVAREZ

1870

1870

D. MARIANO

ALVAREZ DE CASTRO.

Grave y denudado, representábase á la imajinacion en tan horrible trance, á la manera de los héroes de Homero, superior y descollando entre la muchedumbre; y cierto que si no se aventajaba á los demas en estatura como aquellos, sobrepujaba á todos en resolucion y gran pecho.

TOLENO.—*Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España.* T. III, Hb. 10, páj. 108.

Hay en la historia de todas las naciones páginas brillantes que recuerdan á la posteridad los hechos gloriosos, las grandes hazañas de los pueblos; y sin duda alguna, una de las mas bellas de

la de España, es el unánime y jeneral levantamiento contra los Franceses, para rechazar una agresion tan injusta como pérfida, y la lucha que por espacio de seis años sostuvo el pueblo español por defender su independencia, y dar una prueba solemne al mundo de lo que puede una nacion cuando sus hijos, animados de un sagrado amor pátrio, lo anteponen todo, todo lo sacrifican en su defensa. Grande, magnífico fue el espectáculo que presentó España en 1808, levantándose como un hombre solo para resistir y repeler á las huestes aguerridas que habian vencido en mil combates, y sujetado á cien pueblos, sin mas escitacion que su entusiasmo, sin mas recompensa que su noble orgullo satisfecho, y sin mas organizacion que la que le daba su propio arrojo. ¡Ah! entonces defendia el pueblo con entusiasmo objetos para él sagrados, porque representaban sus creencias y sinceras afecciones; y nótese que jeneralmente el sentimiento de la independencia es el que conduce á los pueblos á hacer mayores sacrificios, que cuando no son espontáneos y se les exigen en defensa de principios ó ideas abstractas, que ni estan al alcance de la jeneral comprension, ni afectan tan in-

mediatamente á los individuos. Asi hemos visto á ese mismo pueblo español tan heróico, tan fuerte y tan unido, cuando de su independenciá, de su Rey y relijion se trataba, tan indiferente y en gran parte enemigo de una libertad que no comprendia, no oponer la menor resistencia á la invasion de los mismos Franceses, contra quienes tan denodada y obstinadamente habia peleado pocos años antes. La jeneración era la misma, los mismos los hombres que á aquella magnífica y sangrienta escena habian concurrido, y sin embargo, ¡cuán diferente, cuán opuesto fue el resultado! Y esto que sucedió entonces, sucederá siempre, que las causas que se defiendan ó quieran defender no sean profundamente populares. Para nosotros es una cosa cierta, que sin el manifiesto de Brunswich, sin ver la Francia amenazada su independenciá por los ejércitos estranjeros, ni hubiera peleado tanto por la libertad que la representaba, ni tal vez hubiera triunfado esta, ni dado lugar á las espantosas escenas que la acompañaron y degradaron.

Pero no cumple á nuestro propósito hacer sobre este punto las muchas reflexiones á que dá lugar, ni lo es tampoco enumerar y encomiar las

glorias de nuestro país en aquella lucha memorable: el Sr. Conde de Toreno, en la magnífica historia de aquellos sucesos, nada deja que desear; y si la remota posteridad podrá necesitarla para instruirse detalladamente de los hechos, las jeneraciones mas inmediatas al suceso, no habrán menester de ella, porque sus padres les habrán contado verídica y detenidamente los grandes hechos que presenciaron, las glorias de que fueron partícipes, los desastres y horrores, y hambres, y miserias que tuvieron que soportar.

Pero en medio de tantas glorias, y de tan altos hechos, se levantan algunos hombres privilegiados, que por sus hazañas, por la situación en que se encontraron tal vez, descuellan sobre los demas, y ocupan un lugar mas distinguido, sin excitar la envidia ni la rivalidad, porque no las admiran sus relevantes prendas. En este caso se encuentra el ilustre personaje, cuya biografía vamos á trazar, el héroe que defendió la inmortal Gerona, y pereció infamemente víctima de los mismos que, porque eran valientes, debieran haber tenido en mayor estima el valor de tan esclarecido jeneral. La Francia no podrá quitarse nunca el borron que sobre ella cayó, haciendo perecer, ó permitiendo

que pereciese en un oscuro calabozo, un soldado valiente, un jeneral ilustre, que habia peleado contra ellos con denuedo, y disputádoles con gloria la posesion de una plaza, insignificante para la historia de sus triunfos, sin el valor, arrojo y patriotismo del Jeneral, de las tropas, y del vecindario que la defendian.

D. Mariano Alvarez de Castro, nació en la ciudad de Granada en 8 de Setiembre de 1749, segun resulta de su partida de bautismo; que original hemos visto, y que destruye lo dicho por algunos historiadores de que era natural de la villa del Burgo de Osma, en Castilla la Vieja, si bien ya el Conde de Toreno en la Historia de la guerra de la independenciam, rectificó aquella equivocada creencia. Tambien padeció equivocacion el autor de un artículo biográfico, publicado en la Alhambra, suponiéndole nacido el dia 14; equivocacion en que sin duda incurrió por ser aquella la fecha de la partida de bautismo, y no haber recibido el sacramento hasta el mencionado dia.

Sensible debe ser para Castilla la Vieja que se le prive del honor de haber dado el ser á un héroe tan esclarecido; pero lo cierto es, como hemos dicho; que D. Mariano Alvarez nació en

Granada, siendo sus padres D. Francisco y Doña Apolonja Lopez Aparicio, vecinos de la misma ciudad. No tuvo hermanos varones, y solo tres hermanas, de las cuales una murió joven, y por muerte sucesiva de las demás, han pasado sus bienes á la familia de los Castros y Orozcós sus sobrinos, que actualmente los poseen, por no haber dejado hijos. Ha podido consistir la equivocacion de suponerle natural de Castilla, de poseer su familia paterna, de la cual era primogénito, bienes amayorazgados de alguna consideracion en tierra de Soria y Palencia; pero aunque por los que tenia en el Burgo de Osma y otros pueblos, por sus mayorazgos denominados de Cogollos, habia estado en dicho pueblo algunos años durante su juventud, su familia vivia en Granada desde el año de 1491, en que bajó á la conquista desde Galicia el capitán Alvaro Bermudez de Castro. Era pues de familia ilustre, principalmente por sus enlaces con los Castros y los Cogollos, con cuyo nombre firmaba alguna vez D. Mariano, como Señor de mayorazgo en Castilla; y no será fuera de lugar, atendida la heroica constancia que mostró despues D. Mariano Alvarez, manifestar que contaba entre sus as-

endientes á la inmortal Antona García, la intrépida plebeya de la ciudad de Toro, que tanto se señaló por sus hazañas en el reinado de los Reyes Católicos; y á Ferrando Ruiz de Castro, que muerto en Bayona de resultas del triunfo del Rey D. Enrique II, y habiendo seguido la causa del Rey D. Pedro, mereció, según nuestras Crónicas, que se pusiese en su tumba el siguiente epitafio: «Aquí yace Ferran Ruiz de Castro, *toda la lealtad de Castilla.*» Epitafio que bien hubiera podido colocarse también sobre el sepulcro de su ilustre descendiente.

Vivia su familia en Granada con el producto de sus rentas, y D. Mariano después de haber corrido muchos peligros en su infancia, por lo delicado de su salud, fue destinado por sus padres á la carrera de las armas, á la que tenía singular inclinación, después de haberle dado la educación correspondiente á su clase. Entró al servicio en clase de cadete de Reales Guardias de infantería Españolas en Diciembre de 1768; en Barcelona se perfeccionó en las matemáticas, y á pesar de su mucha afición á los estudios, solicitó con empeño ir á la guerra que en aquella época se suscitó contra los Arjeliinos, lo que le

fue negado por ser terminantes las órdenes de S. M., para que ningun académico abandonase el curso de sus estudios. En 1778 fue promovido á Alférez por orden de antigüedad, y en esta clase estuvo en el sitio de Gibraltar, donde se distinguió por su valor y honradez, siendo diversas veces recomendado por sus jefes, entre ellas en Mayo de 1780, que hallándose en el campo de S. Roque, dirijiendo los trabajadores que se empleaban en faenas propias del sitio, recibió la noticia de la muerte de su madre, á quien amaba en estremo; y habiéndosele mandado retirar por consideracion á su estado, no quiso realizarlo, y permaneció en su puesto á pesar *del diluvio de hierro*, que como él mismo dijo, le descargaban los Ingleses desde el monte, espresando en aquel instante « que su único consuelo seria vengarse de los enemigos de su patria en momentos tan dolorosos.» Lo que prueba la entereza de su carácter, si no la filosofía de sus sentimientos guerros. Ascendió á segundo Teniente en 1783; en 1789 obtuvo el grado de Teniente Coronel, ascendiendo á primer Teniente en el mismo año. En 1790 le nombró su Coronel el Duque de Osuna, maestro de la Academia que estableció en

Madrid, y permaneció en aquel destino hasta el año de 1793, en que salió para la guerra contra la República; entró en el Rosellon por *Arlés*, estuvo en el ataque de *MASDEU*, en el bloqueo de *Elne*, en la salida de *Masdeu* á *Antls*, en el ataque de las trincheras francesas de *Perpignan*, en el ataque y toma de *Rivesaltes*, donde se apoderó de un cañon; en los ataques del *Boulou*, rechazando en unó á la bayoneta con solo su compañía á una columna enemiga de mas 500 hombres; en la batalla de *Pla del Rey*, donde fue contuso, habiendo cojido un cañon, y en muchas otras acciones de guerra que hubo en aquel año. En el de 1794 estuvo, mandando siempre su compañía, setenta y nueve dias acampado bajo el tiro de cañon de *Colioure*, y en el sitio y rendicion de la plaza. En aquel año obtuvo el grado de Coronel, y en el siguiente de 1795 el de Brigadier. En todas aquellas campañas dió muestras de valor y serenidad en los combates, de firmeza en el mando, y de amabilidad y dulzura en su trato, pues habiéndosele conferido, siendo solo Alférez, el mando militar y político de la villa de Alegrete, se condujo de tal modo, que mereció los mayores elogios de la justicia y vecindario de aquella poblacion.

Seria largo enumerar los diferentes servicios que hizo á su patria D. Mariano Alvarez en los primeros tiempos de su carrera militar, y el destino le tenia reservado uno, uno solo; pero magnífico, inmortal, la heroica defensa de Gerona, en una edad ya avanzada, con una salud perdida, y con solo el aliento de su lealtad y valor. Pero antes de entrar en la narracion de aquel gran suceso, bueno será dar una lijera idea del carácter y cualidades del héroe que entonces tendremos que presentar.

Siendo Alférez de Guardias, y en una de las temporadas en que iba al Burgo de Osma con licencia para cuidar de sus bienes, como persona de distincion, considerada en el pueblo por sus riquezas, y por lo distinguido de su casa, pero poco entendido en los usos eclesiásticos, tomó asiento para oír misa con comodidad en una de las sillas del coro de aquella catedral, pero fue reconvenido por orden del Obispo, manifestándole que solo estaba concedido aquel privilejio por bulas pontificias á los caballeros de las Ordenes Militares. Herido su amor propio, se levantó en el acto, hizo ensillar sus caballos, y se dirigió á Madrid, renunciando la licencia de que disfrutaba;

solicitó de S. M. se le concediese el turno de la merced de hábito militar en cualquiera de las Ordenes; y en efecto le fue concedido en la de Santiago. Al siguiente año se presentó en el mismo cabildo del Burgo, y tomó asiento en el coro para dar lugar al despique de su amor propio, repeliendo la reconvencion que de nuevo se le hizo, y que quedó sin efecto, al descubrir la cruz que adornaba su pecho, y que habia conservado oculta.

La frescura que manifestaba en los peligros D. Mariano Alvarez, y de que habla D. Miguel de Haro en su *Relacion Histórica* de la defensa de Gerona, puede deducirse de lo que manifestaba en una de las cartas festivas que conserva su familia, dirigidas á su administrador del Burgo de Osma en 14 de Julio de 1779 desde el sitio de Gibraltar, en que dice: «Las últimas noticias son algo melancólicas, por haber entrado los Argelinos algun trigo y vacas en la plaza; pero para mas son los alientos del retador de la calle de los Izquierdos.» (*)

(*) Aludia á un asunto galante ocurrido en el Burgo de Osma, en que sostuvo contra los dependientes de la curia eclesiástica, el puesto que con mal éxito le quiso disputar uno de sotana.

Prueban estas dos anécdotas su animoso pensamiento y su galantería; lugar tendremos de admirar su lealtad y su valor en lo que nos resta que referir de su gloriosa vida, y del fin desgraciado que tuvo una existencia, que sus enemigos debieron haber respetado con la admiración que infunden los héroes á los corazones jenerosos, y el respeto que inspira el valor á los que son valientes.

Tranquilo y desempeñando las funciones de su empleo, pasó D. Mariano Alvarez los años que trascurrieron hasta el gran acontecimiento de 1808, que debía proporcionarle la ocasion de hacer su nombre inmortal, y venerada su memoria. Pasaba entonces algunas temporadas en Granada, y otras en el Burgo; pero su residencia ordinaria era Madrid, donde ocupado en el cuidado de su compañía, ocupacion no muy pesada en aquellos tiempos, y menos en los cuerpos de la Guardia Real, que por su particular organizacion no necesitaban de mucha asiduidad de parte de los jefes, esperaba bajar tranquilo al sepulcro, contando ya 60 años de edad, y no ambicionando mas grados que el de Brigadier que obtenia por sus servicios. No se alcanzaban entonces con

la facilidad que ahora los empleos y entorchados. Sin los acontecimientos de 1808, sin aquella injusta agresion que despertó en los corazones los nobles sentimientos que aun abrigaban los pechos españoles, D. Mariano Alvarez hubiera terminado tranquilo su carrera, si bien gloriosa, confundida con la de tantos otros militares que habian dado tambien muestras de lealtad y valor. Pero sonó la hora del combate, llegó el momento de hacer pruebas de lealtad y firmeza, y tocó á Alvarez en aquella lucha uno de los primeros puestos en ella, y una posicion que colocó su nombre entre los primeros tambien que figuran en los fastos de aquella guerra.

Contaba D. Mariano Alvarez 60 años de edad en 1808, y se hallaba en Madrid cuando ocuparon las tropas francesas la capital, y al momento pasó á reunirse á su rejimiento que estaba en Barcelona, otorgando antes poderes á sus hermanas para la administracion de sus bienes, y remitiéndoselos con una carta en que muestra su valor y la jenerosidad de su corazon; les dijo se encargasen de ellos, porque, « habiendo pisado los enemigos la capital de la Monarquía, no puedo yo residir, decia, sino donde se hallan mis

banderas, ni cuidar de otra cosa mas que de la defensa de mi Rey y de mi patria. » Pasó pues D. Mariano Alvarez á Barcelona, cuando apoderado el jeneral francés Duhesme de la plaza por medio de una infame arteria, quiso posesionarse tambien del castillo de Monjuich; *pero allí mandaba D. Mariano Alvarez*, dice en tono solemne uno de nuestros historiadores. Alzóse el puente levadizo, coronáronse de tropa las murallas, brilló la mecha sobre los cañones, apuntados á los Franceses que estaban detenidos en el glasis, y fueron inútiles todas sus amenazas y estratájemas. Alvarez cedió solo al mandato expreso y terminante del Capitan General del Principado, y viósele hacer la entrega del castillo, centelleando sus ojos de coraje, y maldiciendo las leyes del honor militar que á tan dura obligacion le sujetaban. No estaban entonces tan relajados como en nuestros dias los vínculos de la disciplina, ni se creian autorizados los militares para desobedecer las órdenes del Gobierno y de sus jefes, como ha sucedido despues muchas veces. La resistencia del castillo de Monjuich hubiera sido ademas inútil, pues ocupando los Franceses la ciudad y sus fuertes, sin provisiones aquel,

pronto hubiera tenido que rendirse , logrando sólo arruinar la poblacion que domina, si contra ella hubiese dirigido sus tiros.

Teníate el cielo destinado á D. Mariano Alvarez otro sitio menos fuerte, la ciudad de Gerona, donde debia inmortalizar su nombre. La entrega del castillo de Monjuich de Barcelona alteró mucho su salud ; y cuando ya convalecido se disponia para fugarse de la plaza , se le quiso obligar á que tomase el gobierno interino de ella ; pero se negó apoyándose en el mal estado de su salud , y no sin grandes trabajos y riesgos logró fugarse, presentándose en Tarragona , desde donde fue destinado á mandar la vanguardia del ejército de Cataluña en el Ampurdan. Lleno de júbilo por verse libre de la dominacion francesa , con las pocas tropas de que se componia la vanguardia , acudió al socorro de la plaza de Rosas , impidió el paso de los convoyes enemigos , entretuvo sus fuerzas, y las venció no pocas veces ; y encargado por el jeneral Marqués de Lazan de cuántas empresas árdas ocurrieron , acreditó en todas su inteligencia, pericia y valor.

La invicta Gerona habia sufrido ya dos sitios por los Franceses, que tuvieron precision de levanta-

tarlos , no sin gran pérdida , cuando en 19 de Febrero de 1809, la Junta Suprema de Gobierno del Reino . le nombró Gobernador interino de ella, teniendo solo á sus órdenes 5,000 hombres escasos de tropa , siendo asi que para el servicio de las fortificaciones se necesitaban de 10 á 12,000. La poblacion, diezmada por las precedentes desgracias, ascendia en su totalidad á 14,000 habitantes. Las murallas maltratadas por las anteriores embestidas del enemigo , eran en sí mismas muy imperfectas , segun la calificacion misma del ingeniero francés Marescot , que habiéndolas reconocido escrupulosamente de antemano , dijo en alta voz que la plaza y su principal castillo eran una *bicoca*. Ignoraba empero el francés, que habia en ella el valiente Alvarez , que la guarnecian los bizarros rejimientos de Ultonia , Borbon , 2.^o de Barcelona , y otros que tantos valientes han dado al exercito español; que la habitaba una poblacion entusiasta y animosa , y que todos eran españoles, y tenian corazones españoles, indignados de la alevosía del ataque , y de la destruccion que se meditaba de los objetos mas caros para ellos , su religion y su Rey.

Treinta mil hombres á las órdenes de los je-

nerales Saint-Cir y Augereau se presentaron nuevamente á sitiarla el 6 de Mayo de aquel año, y enviaron, segun costumbre, un parlamento al Gobernador, ofreciéndole condiciones ventajosísimas si capitulaba. « No quiero tratar con los enemigos de mi patria, contestó Alvarez, con española fiereza; decid á vuestro jeneral que en adelante recibiré á metrallazos á sus emisarios.» Hízolo así en efecto siempre que los Franceses quisieron entrar en comunicaciones, y el pueblo de Gerona, en la ebriedad de su patriotismo, aplaudió con delirio la tenacidad de su Gobernador, empeñándole todavía mas en la defensa, tan inesperada resolucion. Casi al mismo tiempo publicó un bando imponiendo pena de la vida á todo el que hablara de capitular ó rendirse; y se intimó á las tropas que los comandantes de los segundos puestos tenian orden de hacer fuego en caso de ataque, contra cualquiera que sobre ellas viniese, ya fuera español ó francés. Promovió, viendo lo reducido de la guarnicion, la formacion de siete compañías con el título de *Cruzada Gerundense*, habiendo entre ellas dos de clérigos seglares y regulares; otra con el título de *Reserva*; y ademas la célebre compañía titulada de *Santa Bár-*

bara, en la que se alistaron hasta 127 Señoras de todas clases y estados, las cuales acudían á los puntos atacados, llevando refrescos á las tropas, recojiendo y conduciendo al hospital á los heridos, y mostrando en todo el ánimo mas varonil. En compañía de las Juntas Correji-mental y Económica, y el Ayuntamiento de la ciudad, apuró todos los medios de proporcionar subsistencias, y dictó las mas acertadas y oportunas providencias para la ordenada distribución, atrayéndose por su bondad, justificación y entereza, el amor y confianza de aquellos habitantes; quienes en el ardor de su entusiasmo religioso, nombraron jeneralísimo á su patrono San Narciso; y con el favor del cielo, y el esfuerzo de sus corazones, no temieron desafiár detras de sus débiles murallas á todo el poder del vencedor de Europa.

En los estrechos límites en que debemos encerrarnos, no es posible dar una detallada noticia de los hechos heroicos de aquel memorable sitio; en las descripciones de él publicadas, se hallará un pálido relato de su lustre, porque todo debe ser descolorido tratándose de dar una idea de tanta brillantez. Basten para muestra del entu-

siasmo que allí reinaba, del valor general que se desplegó, los dos siguientes rasgos históricos. Llevóse un casco de granada parte del muslo y de la rodilla del tambor Luciano Ancio, apostado para señalar con la caja los tiros de bomba disparados del campo enemigo; y al quererle transportar al hospital: « No, no, dijo el resuelto mozo, tengo todavía los brazos sanos para tocar el tambor. » Un oficial encargado de una pequeña salida, preguntaba en una ocasión á su Gobernador adonde se acogería en caso de retirada: « Al cementerio » respondió severamente D. Mariano Alvarez. Estas palabras sublimes recojidas ávidamente por la historia, revelan por sí solas la entereza de carácter del magnánimo Gobernador.

Por sus singulares méritos y servicios fue agraciado por la Junta Suprema de Gobierno del Reino, en 12 de Abril de aquel año, con el empleo de Mariscal de Campo; en 24 de Mayo con el de Comandante del primer batallón de Reales Guardias Españolas, y en 2 de Octubre con el de Teniente General, por el relevante mérito que estaba contrayendo en la defensa de Gerona. En ella se hallaba siempre en todos los combates

en todos los trabajos, y corriendo todos los riesgos; todo lo presenciaba, á todo asistia, y su celo infatigable no le dejaba un momento de descanso, en medio del grave cúmulo de negocios á que tenia que atender.

Su traje era regularmente sencillo (*); en los dias de gala vestia de riguroso uniforme, y en todos los demas llevaba bajo de la levita la faja de jeneral, y el sombrero redondo de copa alta, con una cinta roja colocada diagonalmente, y en ella escrito con caracteres negros: *Por Fernando VII, vencer ó morir*. Se desprendió de toda la plata labrada que tenia, dando jenerosamente su producto para la guarnicion; no permitió que se le esceptuara en el sorteo de los caballos que se mataban para el abasto, y cuando le cupo la suerte, dió el mejor de los dos que tenia. Escusó cuanto pudo cobrar sus sueldos, con la mira de que se atendiera á otras urjencias.

Ya que de abasto y matanza de caballos para atender á él hemos hablado, creemos que no dis-

(*) *Manifiesto de cuanto sucedió al Excmo. Sr. Teniente General D. Mariano Alvarez de Castro, Gobernador de la plaza de Gerona, desde que quedó prisionero en ella, hasta su fallecimiento en el castillo de S. Fernando de Figueras.*—Por D. Francisco Satué, Barcelona 1816.

gustará á nuestros lectores la insercion de la tarifa á que se vendian los pocos víveres que algunos paisanos introducian á costa de sus vidas en la inmortal Gerona, que acosada por una estrema necesidad, presentaba una escena lamentable. (*)

	Rs. vu.
Una gallina.	280 á 300
Una botella de vino.	40 á 60
Id. de aguardiente.	80
Una libra de arroz.	30
Id. de pan.	10 á 12
Id. de carne de cerdo.	28
Id. de carne de caballo.	6 á 8
Id. de gato.	20 á 40
Id. de jabon.	64
Una rata ó un pájaro.	8
Un tomate ó una cebolla.	4
Una onza de tabaco.	12

Júzguese pues cuál seria el hambre que se sufriría en la plaza, cuánta la afliccion que hubiera causado en pechos menos animosos, y cuánta gloria inmarcesible resulta para sus defensores.

(*) *Relacion histórica de las defensas de Gerona en 1808 y 1809.*—Por el Mariscal de Campo D. Miguel de Haro.—Madrid, 1820.

Los jenerales españoles se afanaban por socorrer á los esforzados defensores de aquella invicta plaza, y el jeneral García Conde logró introducir en ella un convoy y unos 1,000 hombres de refuerzo, apenas bastantes á cubrir las bajas ocurridas hasta entonces. Respiró un tanto Gerona al verse socorrida, pero solo tenia víveres para cuatro meses, y estos habian ya trascurrido con exceso en medio de tantas y tan repetidas proezas; y para colmo de desgracia declaróse por fin en el quinto mes el hambre y su compañera la peste del modo mas horroroso. Agotáronse las carnes de caballo, de mulo y de jumento; los soldados se caian muertos estando de centinela, y los hospitales sin alimentos, sin medicinas, sin luz y sin fuego, eran un espacioso atahud, donde se amontonaban heridos y apestados. Comíanse sabandijas, y los mas inmundos insectos, sin que aquellos desastres, ni el ver que el cañon desmoronaba las murallas, ni la poca ó ninguna esperanza de socorro, ni el hundimiento continuo de los edificios, causado por los proyectiles que sin cesar arrojaban los enemigos, desalentaron al Gobernador ni á la decidida guarnicion y vecindario de Gerona. « Hijos míos, decia

aquel á sus soldados, mas vale morir en la brecha que no de necesidad. » Hubo un jefe que en una ocasion se atrevió á pronunciar delante de Álvarez la palabra capitulacion ; pero este interrumpiéndole : « ¿ Cómo , dijo, solo V. es aquí cobarde? Cuando no haya otra cosa, nos comeremos á V. y á los de su ralea, y despues resolveré lo que mas convenga. » (*) Estas palabras las pronunciaba el inflexible jeneral sobre las ruinas de una ciudad desmoronada, en medio de cadáveres insepultos por las calles, y á presencia de una naturaleza que parecia muerta por todas partes. No se veian ya mujeres en cinta en Gerona, falleciendo de inanicion hasta el fruto de sus amores en el seno mismo de su madre.

La plaza entró por último en el octavo mes de su sitio, sin haber sido socorrida, á pesar de que en vista de su heroismo se trató de levantar una cruzada jeneral en Cataluña para volar en su auxilio. Pero ya era tarde. En 1.^o de Diciembre se contaban 10,000 cadáveres de soldados y paisanos tendidos en sus fosos y en sus cementerios, y sus murallas venian á tierra por todas partes á

(*) Tomamos este bello pedazo del artículo biográfico publicado en el periódico la *Athambra* por D. J. de C. y O.

los embates de 40 baterías que dispararon sobre la ciudad 70,000 balas y 20,000 bombas y granadas. Los Franceses habían convertido el sitio en bloqueo, y ocupaban uno tras otro los fuertes exteriores que dominan la ciudad. No eran ya hombres sus defensores, reducidos al miserable resto de 1,100 soldados que tenían que cubrir siete brechas: eran sombras y esqueletos ambulantes, y hasta el esforzado, el indomable Gobernador Alvarez, achacoso durante todo el sitio de la fiebre epidémica, postróse al fin en la cama sin esperanzas de vida el 4 del mismo mes. Recibió el Viático y la Estrema-Uncion, y tuvo-sele durante mucho tiempo por muerto; por lo cual delegó el mando el día 9 en el Teniente de Rey D. Julian Bolivar. «Postrado Alvarez, postróse Gerona. Hasta entonces no parecía sino que aun las bombas en su caída habían respetado tan grande alma, pues destruido todo en su derredor, y los mas de los cuartos de su propia casa, quedó en pie el suyo, no habiéndose nunca mudado del que ocupaba al principio del sitio.» (*)

(*) *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España.*— Por el Conde de Toreno. T. III, lib. 10, pág. 117.

Como último testimonio del carácter firme y decidido del general Alvarez, transcribiremos aqui la única carta suya que existe, dirigida á su hermana, que residia en los pueblos de la provincia de Soria, y llevada sin duda por algun soldado á quien permitió salir, pues está sin firma ni fecha, y arrugada como de haber estado cuidadosamente escondida, la cual hemos visto, y dice asi: « No sé cual será mi suerte, porque su Divina Majestad me quiere probar con mis males; no he querido salir porque mi honor me manda morir en estas ruinas. Blake no me socorre, pero Dios y mi brazo me socorrerán, y tu hermano será leal y honrado hasta la muerte. Nada necesito, solo deseo que estos traidores rompan.... entonces me pondré bueno. Sé que te persiguen (*), déjalo todo y vete.» Estas son las únicas noticias que recibió su familia durante el sitio, y las que dieron posteriormente los soldados que sirvieron con él y eran naturales del Burgo, de los cuales hemos visto á uno mendigando su subsistencia, y reclamando el auxilio de los descendientes de su

(*) Alude á que los Franceses quisieron matarla en el lugar de Blacos, y sufrió allí las molestias consiguientes á su próximo parentesco con el general. ¡ Cuanta atrocidad !

antiguo jeneral, ya que el Estado los tiene en tal abandono.

Siguió sin embargo la defensa con igual denuevo; pero agotados todos los recursos, y sin esperanza alguna de ser socorridos, al fin salió el brigadier D. Blas Fournas para el cuartel jeneral francés, que estaba en Furnells, para tratar de capitulacion; regresó dicho brigadier con el jeneral francés Rey, jefe del Estado Mayor del ejército sitiador; firmóse el día 10 de Diciembre de 1809 una capitulacion honrosa, y el 11 tomaron los enemigos posesion de la plaza, quedando prisionera su guarnicion, y siendo conducida á Francia, por no haberse verificado el canje que en la capitulacion se estipuló. Gerona se defendió heroicamente por espacio de siete meses y cinco dias, y no fue Gerona la que se rindió, sino un monton de escombros, sepulcro de miles de valientes, y habitados por espectros. «Solo el hambre y la falta de municiones (escribe un historiador enemigo) pudieron vencer tanta obstinacion.» (*)

(*) *Diario del sitio de Gerona del año 1809.*—Escrito en aleman y publicado en Leipzig en 1812 por A. W. Bucker, capitán al servicio del ex-Rey de Westfalia.— Traducido al español por D. Pablo Miranda, Brigadier de los Reales ejércitos y Teniente Coronel de Artillería.— Madrid 1814.

Hemos hablado hasta ahora de las hazañas militares, de las grandes prendas de D. Mariano Alvarez; resta hacerlo de su desgraciada muerte, despues de tanta gloria, en un oscuro calabozo, con mengua y perpetuo baldon de los que lo permitieron.

Entrados los Franceses en Gerona en virtud de la capitulacion, y un tanto mejorado Alvarez en su salud, hizo presente al Mariscal Augereau que esperaba se le permitiese ir á convalecer á un pueblo de la costa, luego que le fuese posible verificarlo. Fue desatendida su demanda, se separaron de su lado á los oficiales de su Estado Mayor, menos á su ayudante Satué, y le tuvieron casi incomunicado en su alojamiento, con un guarda de vista. No queremos dejar de decir, á fuer de imparciales, que el Gobernador francés apenas entró en la plaza envió un recado de atencion al moribundo General, acompañándolo con un barril de buen vino, un cuarto de carnero y dos aves muertas, y añadiendo que pidiese lo que necesitase. En este estado de cosas, fue visitado y reconocido con poco miramiento por los facultativos franceses, y convalecido un poco á los seis dias de su entrada en la plaza, solicitó inútil-

mente que se le facilitasen algunos caballos del tren de artillería , para que le llevasen á su destino. En la noche del 21 se le intimó con expresiones insultantes que debía ir preso á Francia, hasta el punto que obligó á Alvarez á contestar, incorporándose en la cama , á pesar de su decaimiento : « VV. son unos impostores ; todas esas son estratagemas de que se valeu los Franceses para encubrir su perfidia, mortificar é incomodar al que no han podido hacerle bajar su espada. Me llevarán como prisionero porque la suerte lo ha dispuesto asi. » Sin hacer caso de las fogosas expresiones del jeneral , reconocieron su equipaje, se apoderaron de sus armas , y entre once y doce de la noche le sacaron en una calesa acompañado de su ayudante, y escoltado por jendarines , permitiendo que le siguieran dos criados montados. De este modo llegó á Figueras por la tarde del 22 , y lo alojaron en un pabellon del castillo ; y apenas estuvo en él , tuvo que sufrir ademas de sus achaques las impertinentes preguntas y provocaciones del Gobernador y de los oficiales de la guarnicion , limitándose el esclarecido General á contestarles : « Si VV. son oficiales de honor, hubieran hecho en mi puesto otro tanto. » El 23

á las dos de la mañana salió de Figueras en el mismo carruaje, con doble escolta y dos piezas de campaña, y llegó á Perpiñan la noche del mismo dia. Siu permitirle bajar del carruaje, fue conducido y encerrado en un miserable calabozo del *Castillet*, cuya vista obligó al General á decir con bastante calor al comandante de la jendarmeria: «¿Es este sitio correspondiente para un jeneral? ¿Y son VV. los que se precian de guerreros?—*Patientia vobis necessaria est*, contestó el comandante con marcada ironía.

Seria demasiado difuso el referir detenidamente los malos tratos que sufrió durante su cautiverio el invicto defensor de la inmortal Gerona, sin que sirvieran á contenerlos las reconvenciones que dirijia á sus carceleros, ni la carta que escribió al jeneral Augereau. De aquel modo, mal alojado, mal comido, y sin cesar insultado, permaneció hasta el 6 de Enero de 1810 por la noche, en que colocado en un coche alquilado á su costa, le llevaron á *Sitgan*, donde le encerraron en una caballeriza en que habia una pequeña estancia de tres pasos poco mas en cuadro, llena de telarañas y de inmundicia, y donde hubiera estado aquella noche, él, su edecan y su

criado sin probar alimento, á no ser por el buen corazón del cochero, que les proporcionó la cena y un catre y sillas en que sentarse, no sin gran zozobra. Allí permaneció hasta el 8 por la mañana, en que fue trasportado á *Narbona*, agrupándose el pueblo á su llegada para verle. Allí fue colocado con mas decencia y comodidad, aunque con centinelas de vista, en un edificio particular, permitiéndole ser visitado por las personas que se presentaron á verificarlo.

Cuando esperaba continuar su marcha para el interior, el 9 por la mañana se le intimó la orden siguiente: « El General Alvarez debe volver, y el edecan no.—¿Con qué me hacen volver? contestó el General; bien. Mientras no me vuelvan al *Castillet de Perpiñan*, llévenme adonde les diere la gana. » De este modo quedó este ilustre y enfermo anciano, solo, entregado al encono y desconsideracion de sus enemigos. Volvióronle al tan temido *Castillet*, y de allí al castillo de S. Fernando de Figueras, donde espiró el dia 22 ó 23 de Enero, en un cuerpo de guardia oscuro y negro, apareciendo su cadáver espuesto al público en unas parihuelas, observándose por algunos que su rostro estaba hinchado, y de color

cárdeno, á la manera de hombre á quien han ahogado ó dado garrote. Era creencia muy general en aquella época en Cataluña, que el General habia muerto de falta de sueño, no permitiéndole dormir sus carceleros, que le despertaban cuidadosamente siempre que lograba conciliarlo.

El Gobierno español quiso averiguar la verdad de tan horroroso hecho, y solo pudo recoger los datos que hemos indicado, y entre ellos ademas el importante de que al entrar el anciano General en el castillo de Figueras, el dia anterior al de su muerte, no tenia grave daño en su salud. Una de las personas á quienes se pidió informe aseguró ademas, que pocos momentos antes de presentarse su cadáver al público, halló á un sacerdote afrancesado que se dirijia apresuradamente al castillo, y que habiéndole preguntado donde iba, le contestó: «Voy corriendo á confesar al Sr. Alvarez, porque en breve debe morir.» Estos son los únicos datos en que la historia puede fundar su juicio. Para la mayor parte de nuestros escritores el horrible asesinato del Gobernador de Gerona pasa por un crimen comprobado, y cometido á sangre fria por los jenerales de Na-

poleon. El grave é imparcial Conde de Toreno propende á creer lo mismo, recordando hechos parecidos que mancillan la historia de aquel tiempo. El jeneral Haro titúbea un poco en darlo por sentado, en razon á su increíble atrocidad, bien que dice que la posteridad, « nunca llegará á concebir cómo la nacion francesa trató tan inhumana y cruelmente al hombre que por sus grandes y especiales virtudes, fijaba entonces y escitará siempre el respeto y veneracion de Europa. » Grande era el encono de las tropas francesas, contra un jeneral que habia hecho perecer en los fosos de las murallas que defendia, á millares de ellos, como lo prueba el párrafo siguiente de una carta que el primer jeneral francés sitiador dirijió á Alvarez, despues de haber mandado hacer fuego á un parlamento, en la que le decia: « Es probable Sr. General que algun dia os arrepintais de haberos privado del único medio de comunicacion que admite la guerra. »

De este modo pereció tan ilustre General; al llevar el cadáver al cementerio, los soldados alemanes que le conducian, intentaron quitarle la sábana mortuoria en que iba envuelto, y viendo el cura que aquel hecho escandaloso ninguna sen-

sacion causaba al jeneral Guillot ni á sus oficiales, esclamó: «¿Cómo es esto? Hasta las fieras respetan los cadáveres: si VV. le quitan la sábana, voy á envolverlo con la capa pluvial.» Lo que les obligó á desistir de su sacrilego empeño.

El Gobierno español se apresuró á amontonar honores sobre la memoria del desgraciado cuanto ilustre defensor de Gerona. Diéronse decretos para remunerar á sus parientes: Gerona fue declarada igual en franquicias y privilegios á Zaragoza: inscribióse el nombre de Alvarez en letras de oro en el salon de Córtes, y el mismo Fernando VII, á su regreso á España, mandó al jeneral Castaños que le hiciese á su nombre y expensas unas honras magníficas de Capitan jeneral de ejército, las cuales se verificaron con extraordinaria pompa y aparato en Barcelona en 1816. Sus restos fueron exhumados y conducidos como en triunfo á Gerona (*). Cerróse con una verja el inmundo calabozo en que murió, y púsose en su puerta una inscripcion altamente honorífica. En el salon capitular de Granada, á la derecha de la silla de la presidencia, hay tambien otra, en la que se leen estas

(*) Véase la nota final.

palabras: « A D. MARIANO ALVAREZ, NATURAL DE ESTA CIUDAD, GOBERNADOR DE GERONA, SU DEFENSOR EXTRAORDINARIAMENTE HERÓICO CONTRA LAS TROPAS DE NAPOLEON.—EL AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE GRANADA: A 19 DE MARZO DE 1814.

Pero á aquella época debia seguirse pronto una espantosa reaccion, y en su consecuencia el Ayuntamiento perpetuo de Granada hizo quitar de sus salas esta memoria, porque en su leyenda se veia haber sido colocada por el Ayuntamiento constitucional. ¡ Como si las glorias nacionales, cual si los altos hechos y las heroicidades de los hijos de la patria, no fueran una propiedad ni un honroso blason de todos los partidos! Así permaneció olvidada aquella muestra de gratitud, hasta que habiendo sido diputado del ayuntamiento perpetuo en los últimos años de su existencia, el que despues fue Ministro de Gracia y Justicia D. Francisco de Paula Castro y Orozco, sobrino del General Alvarez, reclamó la colocacion de la lápida en su antiguo sitio. No sabemos si existe allí en el dia.

El nombre del invicto Gobernador de Gerona jamás suena en boca de nuestros historiadores de

la guerra de la independencia, sin ir acompañado de grandes y merecidos elogios. Quintana, Rivas, Noroña, Veramendi y cuantos poetas han tratado en sus versos los sucesos de aquel tiempo, dedican algunas líneas á su memoria, y le presentan como modelo de lealtad y heroísmo. Su ayudante D. Francisco Satué escribió y publicó su vida; y en las numerosas relaciones históricas y militares sobre la defensa de aquella famosa plaza, en todas aparece Alvarez como una figura colosal que roba exclusivamente la atención de los lectores. El jeneral Haro, testigo presencial de los hechos, y uno de los que ostentan mayor imparcialidad en sus juicios, retrata así en la obra ya citada el carácter y la persona de Don Mariano Alvarez: « Era de estatura mediana, de color moreno, ojos vivos, y una compostura exterior que no daba grande idea de sí al que no le observaba de cerca: su talento era mediano y poca su instrucción, pero tenia un conjunto de apreciables cualidades para el mundo, que muy pocos suelen reunir. Era caballeroso en su modo de pensar y muy desinteresado; mandaba siempre por sí, sin que nadie le dominase; se presentaba con mucha serenidad en los peligros cuando la necesi-

dad lo pedia. Estaba tan empeñado en la defensa de su plaza, que en todo el tiempo que duró el sitio no hizo cosa ni habló palabra que no fuese dirigida á infundir constancia y valor á sus tropas; pero la calidad que le distinguia, y que le coloca esencialmente entre el número de los grandes hombres, es su firmeza de alma, porque poseia esta calidad de los Brutos y de los Catones en un grado eminente. Al principio deseaba que su plaza se sostuviese doble tiempo que Zaragoza; y despues que se cumplió este plazo, queria que durase cuatro veces mas su defensa. En donde la firmeza de los demas se acababa, alli parece principiaba la suya... Se puede decir que no cometi6 mas falta que la de no haber sabido tomar un partido, cuando le avisó Blake en el mes de Noviembre la imposibilidad de socorrerle. Entonces debió haber salido con la guarnicion, abandonando una plaza incapaz ya de defenderse; pero no era dado á su carácter el variar, y si al fin se perdió todo, fue siguiendo la carrera de la gloria y del honor. Merece pues un lugar distinguido entre los hombres ilustres, y servir de modelo á todos los militares, para que aspiren á imitar sus grandes y eminentes virtudes. » Tal era el no-

ble personaje, cuya biografía nos hemos propuesto bosquejar. Si hubiéramos querido hacer mención de los grandes hechos, los rasgos heroicos á que dió lugar la inmortal defensa de Gerona, nos hubiera faltado el espacio, y hubiéramos sido inoportunamente mas que biógrafos, historiadores. Hemos querido presentar á la memoria de nuestros contemporáneos, una de las figuras colosales entre las muchas que descollaron en la gloriosa guerra de la independencia. Gerona y Alvarez son dos nombres de gloria, ambos inseparables, dignos ambos de admiracion y del profundo y relijioso respeto que inspira siempre á las almas nobles y jenerosas, el valor heroico y desventurado. Ningun pueblo escedió á Gerona en patriotismo y valor; ningun jeneral escedió á Alvarez en lealtad y denuedo; ninguna excusa puede disculpar á los ojos de los contemporáneos, ni con ninguna podrá hacerlo tampoco la historia á las jeneraciones futuras, la conducta cruel observada por los Franceses, y la muerte alevosa dada á un General, á quien no sus armas sino el destino y la falta de salud habian vencido.

NOTA.

Inscripcion puesta en el sepulcro de D. Mariano Alvarez de Castro.

SQUALIDUS HIC JACET ALVAREZ, NUNC LUMINE PRIVUS,
 IDEM QUI FORTIS, CUM TULIT ARMA FUIT.
 HIC VIR, HIC EST HEROS NULLUM MORITURUS IN AVUS
 CUI SCELERATA FIDES CERTA VENENA DEDIT.
 ÆTERNUM VIVET NOBIS, PASTISQUE GERUNDÆ,
 CUM JUSU REGIS TOLLITUR ARA PIA.
 HOC NUMQUAM POTERIT TEMPUS RETICERE SEPULCRO:
 FAMA, MEMOR SOECLIS, NON PERITURA, CANET.

MDCCLXXVI.

Descansan aquí las cenizas de D. Mariano Alvarez de Castro, que fue terror del enemigo cuando empuñó la espada: este fue el hombre grande, este el héroe que debió ser inmortal, y que murió de un veneno que le preparó la mala fe del enemigo. Su buena memoria quedará á los venideros: Gerona la celebrará en sus fastos: y para perpetuarla, mandó el Rey D. Fernando VII erigir este sepulcro, que perdonará el tiempo: y la fama que no perece transmitirá á los siglos los hechos de tan benemérito General.—Año de 1816.





W. DE METRONIC H.

M. DE METTERNICH.

La elevacion del Principe de Metternich no depende del capricho de su Soberano, sino de la situacion de la Monarquia Austriaca, que por decirlo así ha creado él mismo, y cuyo grande edificio sostiene. No estamos acostumbrados á semejante espectáculo entre nosotros; no comprendemos esa alianza de un hombre de Estado con su obra, esa identificacion de un pensamiento y de una vida; hemos perdido la tradicion de ello desde Richelieu, Mazarin, Louvois y la grande organizacion del reinado de Luis XIV.

CAPERIGUE.—*Diccionario de la Conversacion*, artículo Metternich.

Mr. de Chateaubriand ha dicho: (*) « ocupar por mucho tiempo el primer lugar, permenerer jefe

(*) *Congreso de Verona*, t. 1, páj. 76.

del Gabinete con Soberanos sucesivos, sin variar en nada el sistema adoptado desde un principio; aparecer inviolable como un Rey entre todas las rivalidades cortesanas, denota una dignidad que no puede ponerse en duda. ¿Proviene la autoridad del jénio del gobernante ó de la medianía del gobernado? Esto es lo que habria que averiguar en Mr. de Metternich. » No quisiéramos resolver una cuestion que Mr. de Chateaubriand no hizo mas que establecer; nadie duda que entre nosotros, donde es tan viva la vida política, tan devorante y está tan mezquinamente atormentada, donde las reputaciones se adquieren y se pierden en veinte y cuatro horas, una autoridad soberana y persistente como la de Mr. de Metternich, seria un esfuerzo magnífico del jénio, un prodigio, ó mejor dicho, una imposibilidad. En Alemania, y principalmente en Austria, se concibe y esplica esa lonjevidad política. Allí no hay periódicos hostiles, ni tribuna, ni partidos, ni fiscalizacion. Bajo aquel despotismo templado por las costumbres, que se parece, para servirnos de una expresion de Mr. de Pradt, á una espada cuya hoja permanece encerrada en la vaina y no manifiesta mas que el puño, la vida pública está siempre en

una completa calma; una administracion invariable y activa lo dirige y arregla todo, en medio del silencio y del misterio. « En Austria, dice Mr. Saint-Marc-Girardin, muchas partes del hombre estan satisfechas y tranquilas; los brazos tienen alli trabajo, el estómago está bien alimentado, y si no fuera que la cabeza está poco tranquila cuando se acuerda de pensar, estaria todo á las mil maravillas. » « ¡ Pobre pais, esclama Madama de Stael, donde no hay mas que felicidad! » A nosotros, confesamos que no nos bastaria la felicidad *Austriaca*, y sin embargo no nos desagradaria participar un poco de ella.

De todos modos, la posición de Mr. de Metternich, considerada únicamente bajo este pequeño punto de vista, seria casi una *sine cura*, y la biografía poco tendria que ocuparse de él; pero sálgase de Viena, y recuérdese que desde la separacion de las dos coronas de Carlos V, jamás ha presentado el Austria una amalgama mayor de estados y de poblaciones heteroejéneas; el Austria se estiende desde las fronteras de Rusia y de Turquía hasta las playas del Mediterráneo; tiene un pie en Polonia, y domina la Hungría, la Bohemia, la Moravia, la Croatia, la Esclavonia, la

Galitia, la Lombardía, Venecia, los dos Tiroles, y en una palabra toda la parte septentrional de la Italia. El Austria, al tiempo mismo que se esfuerza por conservar su influencia en el Norte, gravita con todo su peso sobre el Mediodia de la Europa; y este grande Imperio, construido de prisa y por mano del hombre, cuyos troncos esparcidos se mueven y ajitan, ¿quién lo ha creado, quién lo ha organizado tal cual en el dia existe, quién lo dirige, lo sostiene, lo comprime y se esfuerza por darle la unidad de que carece? Mr. de Metternich.

En la gran crisis de 1813, cuando la Francia luchaba todavia, y fluctuaba indecisa la victoria, ¿quién se apoderó de las embrolladas cartas de aquel juego, quién precipitó el desenlace del drama sangriento, principiado en Moscow y terminado en Waterlloo? Mr. de Metternich. ¿Quién en fin se ha impuesto la pesada carga de cerrar el paso al entendimiento humano y contener al torrente democrático? ¿Quién es el que recorre sin cesar el globo con la vista, para descubrir si hay en algun punto algun Trono vacilante que apuntalar, alguna tribuna que cerrar, algun jérmén de libertad que sofocar? ¿Quién ha fomentado

la alianza de los Reyes contra el *gran tumulto* de 89? ¿Quién se ha constituido el *gran preboste de la Europa*? (*) Mr. de Metternich tambien. Como se ve, el ilustre Canciller de Austria ha hecho mucho, y sobre todo no le queda poco que hacer. Ha tenido su gran parte de accion y de responsabilidad en todos los grandes sucesos que han ajitado al mundo, de cuarenta años á esta parte.

Sin embargo no debe representarse á este tenaz defensor de las antiguas tradiciones de gobierno, bajo la forma de un tirano feroz, dispuesto siempre á apelar al cañon ó al *Knout*, como última razon de los Reyes. Mr. de Metternich es un hombre de costumbres dulces, de modales elegantes, ilustrado, sutil é insinuante; es el Circeo del despotismo. No trata de oprimir á las masas, sino de seducirlas, de enervarlas, y en rigor, de hacerles experimentar la metamorfosis de los compañeros de Ulises. Vuestros gobernantes, les dice, os deben proporcionar el bienestar, *panem et circenses*, ahí lo teneis; libertad civil, tomadla tambien; libertad política, no la tendreis, eso no vale nada; cantad, reid, bailad, vivid bien, sed felices,

(*) Esprisiones de Mr. de Metternich.

Biblioteca

haced versos, ó muchachos si os acomoda, pero sobre todo discurrid poco, pues de otro modo os enviaremos *paternalmente á Spielberg*, donde no se está con mucha comodidad. Añadamos que Spielberg es un medio de gobierno poco usado en Austria por lo menos, y reservado mas particularmente para la pobre Italia; que solo se somete á la fuerza y es tratada como pais conquistado.

Tampoco debe exajerarse la altura, bien elevada ya, de este personaje histórico, y referir con otros muchos, que data de Mr. de Metternich para la política austriaca una nueva era. En primer lugar aseguran en Viena que Francisco II no era un Rey tan holgazan como jeneralmente se cree; y despues nada mas invariable que la política austriaca desde 1789 hasta 1814; es una lucha constante contra la Francia, interrumpida por treguas de corta duracion; lucha de principios primero, y despues de territorios. El Austria no renuncia jamás á lo que se ve forzada á ceder; vencida, negocia; pero cuando firma una paz onerosa es meditandò una nueva guerra; los enlaces y los casamientos suspenden su marcha, pero no la tuereen jamás; tal se manifestó en Leoben despues de cinco encarnizadas campañas; en Luneville, despues de la derrota

de Hohenlinden; en Presburgo, despues de Austerlitz; en Viena, despues de Wagram; y por último en Praga, despues de la desgraciada campaña de Moscow. Allí encontró Mr. de Metternich trazado el camino, le siguió con maravillosa sagacidad, y con la actitud preponderante pue supo dar al Austria en 1813, hizo seguramente un inmenso servicio á su pais.

Clemente Wenceslao, Conde de Metternich-Wineburg-Ochsenhausen, nació en Coblenza el 15 de Mayo de 1773, de una de las mejores familias del pais. La infancia de Mr. de Metternich nada notable presenta. Únicamente tenemos á la vista un *Taschenbuch* (*) que recomendamos á la censura austriaca, si es que sea severa, lo que no creemos por lo menos en lo respectivo á ciertos lados débiles de la vida del Canciller. Dícese en este *Taschenbuch* que la infancia de Mr. de Metternich fue estudiosa pero un poco precoz; las doncellas que servian á su madre atraian al jóven Clemente tantas repreciones, como elojios le valian sus triunfos escolares. Su padre era muy indulgente y

(*) Los *Taschenbuecher* (libros de bolsillo) son pequeños almanaques que se publican anualmente en Alemania y contienen algunas veces pájinas muy interesantes.

se complacia en reconocer á aquellas señales la sangre de su raza, y formaba de ellas buenos pronósticos para su hijo: cuando su madre le daba quejas de alguna travesura amorosa: «*lass ihn gehen; déjalo hacer*, decia; *das wird ein tuchtiger Kerl seyn; no será mal perillan.*»

A los 15 años el jóven Metternich fue enviado á la universidad de Estrasburgo, donde estudió con el célebre profesor de Kock, en compañía de Benjamin Constant. Estos dos hombres, á quienes la fortuna reservaba elevados destinos por diferentes vias, hicieron amistad en los bancos de la escuela, y creo tambien que entonces Mr. de Metternich participaba un poco de la efervescencia de las ideas filosóficas que inflamaba á todos los jóvenes; en 1790 concluyó su curso de filosofía, y completó en seguida sus estudios en Alemania. Despues de haber recorrido la Inglaterra y la Holanda, pasó á Viena, donde se casó á la edad de 21 años, con la hija del Príncipe de Kaunitz-Rietberg.

De aquella época data su primer paso en la carrera diplomática. Encargado de representar á los Condes de Westfalia, en el Congreso de Rastadt, se hizo notable al Emperador Francisco II,

que le tomó á su servicio ; le agregó primero al Conde de Stadion, su Embajador en San Petersburgo, le nombró despues su Ministro en la córte de Dresde ; y por último , en 1806 , le encargó el represeutar al Austria en la córte de Napoleon.

El Austria estaba entonces en una triste posicion ; arrojada de Italia por Bonaparte , rechazada sobre el Rhin por Moreau , habia intentado rehacerse aliándose con la Rusia ; aquella coalicion habia sido rota en Austerlitz. Napoleon habia usado anchamente de sus derechos de vencedor ; habia arrancado al vencido el viejo manto real de los Césares ; habia puesto la mano sobre el cetro de la Confederacion ; habia amasado y vuelto á amasar la Alemania á su antojo ; habia creado Ducados , Principados y hasta reinos. Habia agrandado el Wurtemberg , la Baviera y el Ducado de Baden ; habia cortado tela para vestir á cada uno de sus Lugar-tenientes , y todo á espensas del Austria. La Prusia á su vez habia querido moverse ; el Emperador de un salto habia dividido en dos partes en Jena , el frágil y débil estado que se arrastra como una serpiente á lo largo del Báltico , y la Prusia habia sido desmembrada , hecha pedazos y dislocada como el Austria.

En semejante situacion, Mr. de Metternich debia procurar antes de todo agradar al vencedor , y lo consiguió completamente; entonces se retrocedia en Francia abiertamente hácia las cosas de otros tiempos , y Napoleon habia rejistrado los archivos para desenterrar de ellos antiguos formularios de etiqueta. El reinado de Luis XIV parecia renacer con todo su esplendor , con todos sus prestijios, con todas sus pomposas puerilidades , menos la gracia aristocrática de que se puede prescindir, pero que se adquiere, y que produce siempre mal efecto cuando es postiza.

El jóven Embajador de Austria, reuniendo á las ventajas de su cuna la mas seductora presencia, las formas mas distinguidas , un entendimiento agudo, facilidad en el hablar , elegancia y suntuosidad en las costumbres de su vida, tuvo un éxito prodijioso; se lo disputaban en la corte, y las mismas Princesas de la familia Imperial no desdeñaban sus obsequios; y aunque se aparentase mucha severidad sobre la etiqueta , el puritanismo existia solo en la superficie , y el color del Directorio se traslucia en aquella sociedad del Imperio llena de afeite. Mr. de Metternich supo doblegarse bien á la circunstancia; su mision era agradar, y la

desempeñó con mucho celo: podrian escribirse volúmenes con todas las aventuras galantes sucedidas ó achacadas al diplomático Austriaco; léanse las numerosas memorias á que han dado lugar las celebridades femeninas de aquella época, y apenas se encontrará una que no encierre un tierno recuerdo dirigido á Mr. de Metternich.

Bien recibido por Napoleon, que le consideraba como la espresion del sistema francés en Austria, pudo estudiar Mr. de Metternich al hombre que movia al mundo segun su voluntad, y adivinar algunas veces los misteriosos resortes que daban al mismo el primer impulso. El Embajador insistia entonces fuertemente en fundar entre la Francia y el Austria un sistema sólido de mútua seguridad contra la Rusia. La entrevista de Erfurth frustró sus proyectos; Napoleon y Alejandro se hicieron recíprocas promesas, y se trató por un momento de dividir la Europa en dos partes. Persuadida el Austria que seria sacrificada, se dirigió á la Inglaterra que la instaba á romper el tratado de Presburgo ofreciéndole subsidios. Principiaban ya á exasperar los espíritus de las poblaciones Alemanas, las numerosas vejaciones que habian tenido que sufrir. El Austria creyó llegado el momento

de tentar de nuevo la suerte de las armas; antes de estallar sin embargo, queria esperar á que Napoleon estuviese completamente comprometido en España; organizáronse misteriosamente inmensas levadas de hombres, Mr. de Metternich recibió orden de agradar mas que nunca, y de mentir con toda la serenidad de un diplomático. Entonces hubo entre el sutil Austriaco y Mr. de Champagny un juego de astucia en el cual este último quedó completamente burlado. Quanto mas secas é insignificantes eran las notas oficiales del Austria, tanta mas ardiente simpatía y mas sincera adhesion respiraban las confidentiales presentadas por Mr. de Metternich. Napoleon mismo se engañó. Sin embargo el Austria vacilaba aun ante una declaracion de guerra. El 25 de Marzo de 1809 recibia Mr. de Metternich del Conde de Stadion, entonces primer Ministro, una carta concebida en estos términos: « Observo con pesar que se enfria el entusiasmo jeneral; temo mucho que se gaste con esperar; haz pues de nuevo que te echen, pues aqui jamás sabrán tomar un partido decisivo. » Por último, el 9 de Abril, en el momento en que el Emperador llegaba á la frontera de España para sostener el trono de José, el Austria se decidió á

pasar el Ynn, y á principiar las hostilidades atacando á la Baviera, enriquecida con sus despojos, y aliada de la Francia.

A la primer noticia de aquella inesperada agresion, Napoleon corrió á París, y furioso por haber sido engañado por Mr. de Metternich, mandó sencillamente á Fouché que le hiciera conducir á la frontera por dos jendarmes; la orden era dura, porque al fin, si siempre se habia de decir la verdad, ¿de qué serviria la diplomacia? Fouché que creia útil tener amigos en todas partes, se contentó con hacer escoltar la silla de posta del Embajador por un capitán de Jendarmería.

Dos meses habian trascurrido apenas, y el Austria aniquilada en Wagram, pedia la paz de rodillas; *El Monitor* proclamaba que *la casa de Lorena habia cesado de reinar*; declaracion jactanciosa, irrealizable, que ninguna consecuencia tuvo, pero que Napoleon debia algun dia pagar caro. Gracias á la habilidad del Conde de Bubna, y sobre todo á las instancias de Mr. de Metternich, vuelto ya al favor de Napoleon, despues de largas conferencias en Schœnbrunn, firmose por último la paz en Viena; nuevas cesiones de territorios y enormes contribuciones de guerra pesaron sobre el vencido.

En aquella época, en 1810, despues de firmado el tratado de Viena, fue llamado Mr. de Metternich al puesto de Canciller de Estado y Presidente del Consejo. A su alrededor estaba el horizonte mas sombrío que nunca; la casa de Lorena no habia dejado de reinar, pero sí perdido su influencia en Alemania. Napoleon, por decirlo así, la habia reducido ya á su menor expresion por el tratado de Presburgo, á fin de engrandecer á sus vasallos los Príncipes de la Confederacion, y el tratado de Viena le arrancaba los últimos restos de su poder en Italia. Abatida el Austria, agotada de hombres y dinero, oprimida por todos lados, por el inmenso Imperio francés, que se extendia desde las orillas del Báltico hasta los Pirineos, parecia haber renunciado definitivamente á todo pensamiento de acudir á las armas.

En tan difíciles circunstancias, emprendió Mr. de Metternich realzar á su pais, adhiriéndole mas íntimamente al vencedor: *Græcia capta ferum victorem cepit.* (*)

No tardó en presentarse la ocasion, y el Canciller de Estado se aprovechó diestramente de ella.

(*) «Mi casamiento con Maria Luisa es lo que me ha perdido» decia Napoleon en Santa Elena.

Napoleon, despues de su divorcio con Josefina, buscaba entonces qué raza antigua de Europa tendria el honor de continuar la suya; se inclinaba á una hermana de Alejandro; el Gabinete de Viena se interpuso en las negociaciones; Mr. de Schwartzenberg, entonces Embajador en París, tuvo encargo de dar esplicaciones sobre este punto; propúsose un casamiento, arreglóse en el mismo dia, y Mr. de Metternich en persona condujo á la hija de los Césares al lecho del soldado triunfador. Mucho conmovió á la Rusia aquella preferencia. Principiaba ya la frialdad á reemplazar las protestas de Erfurth; aglomeráronse las nubes por aquel lado; y la espoliacion del gran Duque de Oldemburgo, las exigencias del sistema continental impuesto á la Rusia, y mortal para sus intereses comerciales, acabaron de romper la alianza. Napoleon se decidió á marchar á la dictadura universal, y se declaró la guerra.

El Austria se puso naturalmente de parte del que creia mas fuerte, sin comprometerse sin embargo tau completamente en la disputa, que le fuera imposible una metamorfosis en caso de derrota. En el tratado de París, 14 de Marzo de 1812, se estipuló que habria entre S. M. el Emperador de

los franceses, y S. M. el Emperador de Austria, amistad, union y alianza *perpétua* (bella frase de cancillería que á nada obliga; todos los tratados se hacen así.) El Austria debió dar un contingente de 30,000 hombres.

En la parte secreta del tratado, y en su artículo 7, se dice que en el caso de tener la guerra un buen éxito, S. M. el Emperador Napoleón se compromete á proporcionar al Emperador de Austria indemnizaciones que *no solo* compensen los sacrificios y gastos de este último en la guerra, sino que sean un *monumento* de la union íntima y duradera que existe entre los dos Soberanos. La Prusia se apresuró tambien á entrar en la alianza, y 60,000 soldados de todas las naciones de Europa pasaron el Niemen.

A los seis meses, apenas quedaban 40,000 hombres de aquel ejército; aquellas fantasmas descarnadas, estenuadas por el hambre, arrecidas de frío, se arrastraban hácia la Alemania que las recibia por todas partes con miradas sombrías y feroces, y se preparaba á aprovecharse del gran desastre de los Franceses, para sacudir el yugo. La defeccion del General Prusiano de York acababa de entregar el ala izquierda de los franceses; el general Aus-

triacos Schwartzberg se ponía á su vez en comunicacion con el enemigo, y descubria el ala derecha; Alejandro habia pasado el Vístula; el Rey de Prusia se habia arrojado en sus brazos, y los vencidos en Jena corrian á las armas.

El Austria intacta, lejana, menos comprometida que la Prusia, procedió con mayor circunspeccion, y aqui aparece en todo su brillo la habilidad diplomática de Mr. de Metternich.

Napoleon, dejando á su espalda los restos de su ejército, aparecia de nuevo en París, imperturbable y como engreido de tener que luchar al fin contra la fortuna. Pidió mas soldados á la Francia, y esta le dió los últimos; volvió á pasar el Rhin con 300,000 hombres, y puso al Gabinete de Viena en situacion de llenar las condiciones del tratado de París. Mr. de Metternich contestó que su Soberano era mas que nunca adicto al Emperador, y *que la alianza era eterna como los motivos que la crearon*; y al mismo tiempo daba órden al Comandante del contingente Austriaco de negarse á obedecer las instrucciones que se le diesen de parte de Napoleon; y tras de las montañas de la Bohemia se reunian y armaban apresuradamente 200,000 hombres. El Gabinete in-

glés, constante en su odio implacable, envió á Lord Walpole á Mr. de Metternich, ofreciéndole si quería entrar en la coalicion, la restitucion de las provincias Ilíricas, el restablecimiento del antiguo Imperio Germánico, toda la Italia, y 10.000,000 de subsidios. El astuto Canciller dió oídos á aquellas proposiciones, envió á Lóndres á Mr. de Weissemberg, con el pretesto de disponer la Inglaterra para la paz; apresuró mas y mas la organizacion de sus tropas, y por último, estrechado en sus últimos recintos por Mr. de Narbonne, que le obligaba á esplicarse, declaró « que la alianza había cambiado de naturaleza; que el Austria elevaba su simple intervencion á la actitud de una *mediacion armada*, que desde entonces en adelante iba á aparecer en la escena como parte principal, y que se ponía en estado de sostener su nuevo papel, organizando fuerzas respetables (*).» Añadiendo sin embargo que aquella nueva actitud no destruía el tratado de París: solo lo *suspendía* para dar al Gabinete mediador mas libertad para negociar la paz entre las potencias beligerantes.

Aquella posicion, tomada de repente por Mr. de

(*) Despachos de Mr. de Narbonne.

Metternich, era en alto grado hábil, ya que no enteramente leal; el Gabinete Austriaco, de simple aliado, espuesto á las contingencias de la guerra, se convertia en *árbitro* de aquella gran contienda; *árbitro* desinteresado en la apariencia, pero muy dispuesto á sacar partido de su papel.

El tratado de Trachenburgo acababa de añadir á la triple coalicion un nuevo enemigo, la Suecia; las victorias de Lutzen y Bautzen, que fueron estériles por la escasez de caballería de los Franceses, habian sin embargo reanimado un poco sus negocios, y concluyóse un armisticio en Plesswitz. El Gabinete mediador propuso abrir un Congreso en Praga bajo su presidencia, y la Rusia y la Prusia, deseosas de arrastrar al Austria á la coalicion, se apresuraron á aceptar: Napoleón, aunque incomodado de la preponderancia que se abrogaba su antiguo aliado, se resignó tambien á ello.

Algunos dias antes de abrirse el Congreso, tuvo lugar en Dresde, entre Napoleón y Mr. de Metternich, aquella famosa conversacion que no contribuyó poco á causar un rompimiento por parte del Austria: muchos escritores han hablado ya de ella desnaturalizándola, y sentimos que la falta

de espacio no nos permita darla íntegra. Hé aqui algunos fragmentos que tomamos del relato del Baron Fain, testigo ocular.

Mr. de Metternich habia pasado á Dresde, llevando una carta particular de su Soberano, en contestacion á las proposiciones hechas por Napoleon, al cual la entregó el 28 de Junio, en una audiencia particular que se prolongó hasta el dia siguiente. «¿Con que estais aqui, Metternich? dijo Napoleon al verle. Seais bien venido; ¿pero si deseais la paz, á que venir tan tarde? Ya hemos perdido un mes y vuestra mediacion se vuelve casi hostil á fuerza de ser inactiva... Os he adivinado, Metternich; vuestro Gabinete quiere aprovecharse de mis embarazos, y aumentarlos cuanto sea posible, para recuperar el todo ó parte de lo que ha perdido; la gran cuestion para vosotros es la de saber si podeis hacerme pagar el rescate sin pelear, ó si necesitareis alistaros decididamente en las filas de mis enemigos. Aun no sabéis bien cual de los dos partidos debe ofreceros mas ventajas, y tal vez no venis aqui mas que á averiguar lo mejor. Pues bien, vamos á ver; tratemos: consiento en elló; ¿qué quereis?»

Este ataque era vivo, y Mr. de Metternich

llamó en su ayuda un aparato de frases diplomáticas. «La única ventaja que el Emperador mi amo anhela adquirir, es la influencia que daría á los Gabinetes de Europa el espíritu de moderacion, el respeto por los derechos y posesiones de los Estados independientes, de que él mismo está animado, etc., ect.»—«Hablad mas claro, dijo Napoleon interrumpiéndole; vamos al objeto, y no olvideis que soy un soldado que sabe mejor romper que doblegar. Os he ofrecido la Iliria para que permanecierais neutrales: ¿os acomoda? Mi ejército es suficiente para hacer entrar en razon á los Rusos y á los Prusianos, y solo os pido vuestra neutralidad.»

«¡ Ah ! Señor, contestó Mr. de Metternich con viveza, ¿ por qué se ha de quedar V. M. solo en esta lucha? ¿ Por qué no duplicar sus fuerzas? Podeis hacerlo, Señor, pues solo de vos depende el disponer enteramente de las nuestras.»

A estas palabras decayó el tono de la conversacion, y el Emperador condujo á Mr. de Metternich al gabinete de los mapas. Despues de un intervalo bastante largo, exclamó nuevamente: «¡ Cómo! ; no solo la Iliria, sino la mitad de la Italia y la Polonia! ; El abandono de la España!

¡y la Holanda! ¡y la Confederacion del Rhin! ¡y la Suiza! ¿esto es lo que llamais el *espíritu de moderacion* que os anima? En resumen, vosotros quereis la Italia, la Rusia quiere la Polonia, la Suecia quiere la Noruega, la Prusia quiere la Sajonia, y la Inglaterra quiere la Bélgica y la Holanda. En una palabra, la paz es solo un pretesto, y no aspirais todos á otra cosa sino á la desmembracion del Imperio Francés. ¡Y el Austria, sin luchar, sin siquiera sacar la espada, se lisonjea de hacerme suscribir á semejantes condiciones! ¡Sin sacar la espada! ¡Semejante pretension es un ultraje! ¡Y mi suegro es quien acoje un proyecto tal, y él el que os envia!.. ¡Ah! Metternich, ¿cuánto os ha dado la Inglaterra para decidiros á representar este papel contra mí?»

No siendo posible contestar á tan insultantes palabras, Mr. de Metternich cambió de color. Siguióse un profundo silencio, y continuaron paseándose apresuradamente. El Emperador, con la viveza de sus movimientos, dejó caer su sombrero, y pasaron repetidas veces por delante de él. En otra situacion cualquiera, Mr. de Metternich se hubiera apresurado á levantarlo... el Emperador fue quien lo recojió... Entablóse de nuevo la con-

versacion en tono mas calmado, y el Emperador, al despedir á Mr. de Metternich, tuvo cuidado de decirle que la cesion de la Iliria no seria su última palabra.

Mr. de Metternich salió con el corazon ulcerado; á pocos dias se abrió el Congreso en Praga, y pasóse el tiempo en pueriles discusiones de forma y etiqueta; espiró el armisticio, y el 10 de Agosto de 1813, la declaracion de guerra del Austria, redactada y firmada por Mr. de Metternich, dió á conocer al Emperador que es peligroso no saberse dominar á sí mismo, y que la cólera no sustituye á la fuerza, á los ojos perspicaces de un diplomático.

Preciso es decirlo, para ser justo y exacto. Napoleon sabia vencer é imponer condiciones; pero no sabia negociar, y sobre todo conformarse al papel de vencido. Los dos años de 1813 y 1814 brillan con grandes hechos de armas, pero presentan de parte de la Francia una debilidad deplorable bajo el aspecto diplomático. Evidentemente conocia el Emperador que la union del Austria á la coalicion, iba á anonadarle, y era su interés impedir á todo coste que se declarase contra él. ¿Podia hacerlo? Cuestion es esta que



muchos han resuelto negativamente. No hay duda que el Austria estaba poco inclinada hácia él; no la hay tampoco, como lo confiesa Mr. de Metternich mismo en su manifiesto, en que los *aliados y su Gobierno estaban ya reunidos por principios, antes que los tratados hubieran declarado su union*. Habia en todas las poblaciones de Alemania una fermentacion tan grande, un ódio tan pronunciado contra el nombre francés, que el Austria no se hubiera atrevido, no hubiera podido hajar á la arena para pelear al lado de Napoleon. ¿Pero podia conseguirse la neutralidad del Austria, y en consecuencia, su intervencion directa, activa y eficaz para poner paz entre los contendientes? Basta tener ojos para no dudar de ello. La cuestion en aquella época era una simple cuestion de territorio, y nada mas. Los Franceses estaban acampados en pais enemigo; este era el mas fuerte, y pedia verse libre de ellos. Arrimados los Franceses á sus fronteras con los 200,000 hombres que les quedaban, aun hubieran dictado la paz; pero Napoleon se hacia ilusion á sí mismo, y despues de Moscou hablaba en el mismo tono que despues de Austerlitz. Cuando la Francia agota-

da pedia á voces reposo; cuando cada victoria le costaba millares de hombres, que ya no se reemplazaban; cuando sus enemigos se reforzaban sin cesar con tropas frescas, la oprimian con sus masas, y arrojaban sus tropas sobre el Rhin; cuando la traicion estallaba en todas partes en sus filas, el Emperador se sublevaba contra el destino, ambicionaba, como lo ha dicho despues, cual verdadero poeta, *la gloria de los reveses*, y proponia sériamente á la Europa armada, tratar con ella bajo el pie del *statu quo ante bellum*, es decir, devolviendo á la Prusia un pais dislocado y sin fronteras, al Austria un Imperio desmembrado, á la Alemania un Protectorado oneroso, y á la Rusia trabas comerciales. Por un momento le presentó Mr. de Metternich un *ultimatum* concebido en estos términos: la disolucion del Ducado de Varsovia, dividido entre la Rusia, la Prusia y el Austria (Dantziek para la Prusia), el restablecimiento de las ciudades libres de Hamburgo y de Lubeck; la reconstruccion de la Prusia con una frontera sobre el Elva; la cesion hecha al Austria de todas las provincias Ilíricas, inclusa Trieste (*).

(*) Véase el manuscrito de 1813 por el Baron Fuin.

Napoleon convino en algunos puntos, pero queria conservar á Trieste, y exigia que Dantzick permaneciese ciudad libre; en una palabra, su contestacion llegó la noche del 10 al 11; el término de la mediacion del Austria se habia fijado al 10, y habia aparecido el manifiesto de Mr. de Metternich. Era preciso oír á la Rusia, y ya era demasiado tarde.

Despues de la horrible carniceria de Leipzig, de la declaracion de Francfort, y de la invasion del territorio francés, abrióse un Congreso en Chatillon; Napoleon aceptó las bases propuestas, pero tambien allí disputaba sobre los detalles. El Duque de Vicencio recibió en un momento carta blanca para tratar á toda costa y evitar una batalla, que era la última esperanza de la Nacion francesa; verificóse aquel combate, y las milagrosas victorias de Brienne, de Champaubert, y de Montmirail, cambiaron las disposiciones del Emperador. Escribió al momento al Duque de Vicencio, encargándole que nada firmase sin orden suya, porque, decia, «solo yo conozco mi posicion. — Es preciso hacer sacrificios, se apresuró á contestarle el Duque de Vicencio, es preciso hacerlos á tiempo; si no

tenemos cuidado, se nos escapará la ocasion como en Praga. Esta negociacion, no me cansaré de repetirlo, no se parece á otra alguna. Es hasta totalmente opuesta á cuantas V. M. ha dirigido hasta ahora, y distamos mucho de poder dominar. No se quiere mas que un pretesto, y si no nos decidimos á tomar el partido que las circunstancias exigen, todo se nos escapará. Suplico á V. M. reflexione el efecto que producirá en Francia el rompimiento de las negociaciones, y que pese todas sus consecuencias.»

Estas palabras del Duque de Vicencio, no eran otra cosa que la reproduccion exacta de las cartas confidenciales que Mr. de Metternich le dirigia. El Canciller de Austria, preciso es hacerle esta justicia, era entonces sincero partidario del sosten de la dinastía Napoleónica; sus nacientes desconfianzas de la Rusia, y los vínculos de familia que unian al Emperador con su Soberano, hacian muy natural aquel sentimiento; veia engrosarse la tempestad; principiaba á faltarle la preponderancia que habia ejercido del lado allá del Rhin; la Inglaterra se pronunciaba en favor de los Borbones; la

Rusia se inclinaba á lo mismo, y Napoleon luchaba todavía, exigiendo la evacuacion del territorio antes de hacer ningun tratado. «El Emperador Napoleon, decia Mr. de Metternich, nos hace escribir *novelas*, y no comprende el peligro de su situacion.» Por último, París abrió sus puertas al Príncipe de Schwartzenberg, y mientras Francisco II y su Ministro se habian detenido en Dijon, por no asistir á la toma de la capital en que reinaba María Luisa, el Emperador Alejandro, rodeado de una intriga cortesana, y en presencia de una nacion casi indiferente por cansancio, zanjó la cuestion dinástica.

Mientras se trató de proseguir la victoria, estuvieron los aliados completamente unidos; no así enteramente cuando fue preciso repartirse los beneficios. Cada potencia volvió entonces á sus intereses particulares, á sus simpatías y antipatías naturales. Nos falta espacio para hablar detenidamente de aquel gran meneo dado á la Europa en el Congreso de Viena, interrumpido un instante por los Cien-Dias, y continuado despues de Watterlloo; la Francia fue mutilada, la Sajonia espoliada, la Prusia quedó estrañamente constituida, la Italia atada de pies y manos, fue entregada al Austria,

despedazada la infeliz Polonia, y la Bélgica unida por fuerza á la Holanda. El acta federal de 8 de Junio, destruyendo las promesas liberales de las proclamas de 1813, volvió á construir para la Alemania el antiguo damero feudal, y la Rusia, estendiéndose al través de la Polonia, alargó sus brazos hasta la Prusia. De tal modo, que el Abate de Pradt pudo decir con razon: «La guerra de la independencia de la Europa contra la Francia, ha acabado por sujetar la Europa á la Rusia. No valia la pena de cansarse tanto.» (*)

Desde 1815, Mr. de Meternich se ha dedicado constantemente á sostener su obra, conmovida por frecuentes sacudimientos. Las asociaciones de las Universidades no se habian disuelto despues de la victoria, y la *Burschenschaft* se habia estendido como una red por toda la Alemania; la Italia se agitaba; levantábase en Nápoles una tribuna; el Piamonte destronaba á su Rey; la España ponía trabas al suyo; la Polonia temblaba bajo su triple yugo; las calles de París estaban ensangrentadas por las sublevaciones; por do quiera se agitaban los pueblos. Casi al mismo tiempo

(*) Mr. de Pradt, *Congreso de Viena*, t. 1, páj. 362.

los dos atentados aislados de dos fanáticos, Sand y Louvel, (*) despertaron á los Reyes que se adormecían en su seguridad, y se celebraron Congresos en Carlsbad, en Troppau y en Laybach. Declárase en este último á los pueblos « que solo pertenece á los Soberanos conceder y modificar las instituciones, siendo únicamente responsables á Dios de sus actos.» La efervescencia universitaria fue comprimida, cerrada la tribuna de Nápoles, invadido por el Austria el Piamonte, y mas adelante, en Verona, se encargó el Ministerio Villele de destruir el Gobierno representativo en España. En 1824 Mr. de Metternich fue hostil á la causa de los Griegos. El hombre de Estado veía desde lejos á la Rusia tan amenazadora ya, engrandecerse á espensas de la Turquía. Los sucesos probaron que había previsto bien; y cuando en 1829 la Prusia ofuscada acuñaba medallas en honor de los triunfos de su temible vecino, Mr. de Metternich, de acuerdo con la Inglaterra, se ocupaba activamente en detener á Diebitch en su marcha sobre Constantinopla.

La revolucion de Julio en Francia espantó un

(*) Asesino el primero de Kotschue, y el segundo del Duque de Berry.

momento á Mr. de Metternich, y no sin razon; pero tranquilizado bien pronto por la direccion pacífica dada allí á los negocios, se resignó con bastante buena voluntad á reconocer á un Rey elegido. Solo podemos recordar aqui para memoria la insurreccion de la Romaña, la ocupacion y evacuacion de Ancona por las tropas francesas, y por fin despues, el último reciente tratado firmado en Lóndres entre el Austria, la Prusia, la Inglaterra y la Rusia contra el Bajá de Egipto y con exclusion de la Francia. Si es cierto, como lo anuncia la *Gaceta de Augsburgo*, que esta nueva coalicion se haya formado á instancias del Gabinete de Viena, confesamos que nos cuesta trabajo entender á Mr. de Metternich. ¡Como! él, que penetraba tan bien en 1824 los proyectos de la Rusia; él, que tanto ama la paz, que con tanto celo ejerce la policia de la Europa; él, que sabe que apenas queda en Alemania otro *Galophobo* que él mismo y Mr. Menzel, que de consiguiente una guerra contra la Francia no seria ya una guerra de nacionalidades, sino de principios, y que el primer cañonazo disparado en el Rhin haria saltar hecho pedazos el frágil edificio levantado por el Congreso de Viena; él, hombre sábio, prudente, hábil ces-

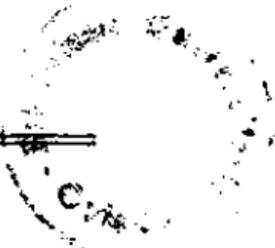
ponerse sin mas, ni mas á tales peligros? ¿Qué le hemos de hacer? Mr. de Metternich no es ya jóven, cree tal vez que la Europa está aun poco cansada, y pudiera respondernos como respondió un dia á un sábio aleman, que le reconvenia de haberse ocupado demasiado de arreglar, vijilar é inmovilizar lo presente, y no lo bastante en preparar el porvenir: «*despues de mí, el diluvio!*»







EL DOCTOR ORFILA.



D. MATEO J. ORFILA.

« Se concede de mejor gana á un hombre el ser á propósito para los empleos que no tiene, que no se le encuentra apto para los que ejerce. »

L'ABOCHÉFOUCAULT.

Cuando vemos á un hombre colocado en una situacion elevada y honrosa, y alcanzada por él solo y por medio de un asídúo trabajo, nos inclinamos á creer que aquel hombre está dotado de una grande voluntad y de una brillante inteligencia; y á pesar del *Dios te dé fortuna*, refren ordinario de los simples y de las inferioridades

envidiosas , que no ven ó no quieren ver mas que la casualidad ó diestros manejos en las recompensas justas , nos queda á nosotros, que somos imparciales , la certeza de que esos grandes hombres, no comprendidos y desconocidos , que intrigan contra los pequeños , ilustres , y célebres , ó son gentes muy miserables , ó individuos á quienes apasiona un antagonismo-particular.

Nos sugiere estas reflexiones el haber estudiado la vida entera del Doctor Orfila , y haber buscado lo que sus enemigos podrian echarle en cara. Basta para tenerlos haber adquirido alguna fama ; pero si no existiesen enemigos que tienen á la inteligencia en acecho , dispierto y en guardia al talento , el hombre que hubiese adelantado permanecería demasiado tranquilo , olvidaria los esfuerzos pasados , habria retroceso. Es sabido que dispuestos aquellos siempre á coger al paso el primer error que se escape , lo aumentarán á su placer , lo enseñarán con triunfo , y si su pequeñez y debilidad no les permite hacerse oír de todos , lo pregonarán de mil maneras.

Hay un medio sin embargo de ser hombre de primer orden , y no tener enemigos. A un hombre se le perdonará con gusto su superioridad , sino

aspira á otra cosa; es decir, con la espresa condicion de que ocupado únicamente de las cuestiones mas abstractas de la ciencia, bienhechor de la humanidad, útil para todos, será inútil para sí mismo; con la condicion de que siempre olvidado, jamás alcanzará á él la remuneracion; con la condicion en fin de que verá tranquilamente distribuir á los demas, títulos y empleos, contentándose él con haberlos ganado. ¡Oh! entonces, cuando no quede duda que no tiene mas que mérito, pero que en ningun caso le será permitido competir con los monopolistas de dignidades, entonces no habrá inconveniente en reconocer que tiene talento; se le elogiará, hasta se le exagerará, con la misma facilidad encomiadora con que se alaba sin medida á los muertos, porque no pueden hacer sombra á los vivos.

Pero si tiene el sentimiento de su dignidad y de lo que vale; si no contento con poseer la ciencia, deja traslucir deseos de querer adquirir una posicion honrosa y útil; si tiene bastante energía para atravesar como un dardo esa masa compacta que obstruye todas las avenidas; si adelanta en fin, puede estar cierto de que tendrá envidiosos, de que lo que debe al saber se atribuirá á la

intriga, y de que los que de frente no pudieron impedirle el llegar á la cumbre que ambicionaba, no dejarán, cuando la ocasion se presente, de darle una zancadilla para hacerle perder el equilibrio.

Entre los adversarios de Orfila hay algunos, á quienes ni la vergüenza ha contenido, que han apelado á la calumnia para hacerle acusaciones, á que no contesta un hombre honrado, y á que hace justicia el público. Nadie ignora lo que de ellos debe pensar, y no queda manchada la moralidad de aquel á quien atacan odiosas imputaciones; pero no por eso es menos triste pensar que hombres de saber, que poseen cuanto es necesario para ser respetables, se ensucien hasta el punto de publicar miserables libelos, en que se descubre el ódio en cada línea, y donde se ve que el escritor se ha violentado, para decir lo que no podia pensar.

Mateo José Orfila nació el 27 de Abril de 1788, en Mahon, en la Isla de Menorca. Sus padres sin ser ricos, disfrutaban de cierta comodidad, debida al comercio á que se dedicaban. En 1802 fue preciso pensar en darle colocacion, y decidió la familia que José Orfila entraria en la ma-

rina. Poco despues se embarcó el jóven en clase de segundo piloto en un pequeño buque mercante que recorria las costas del Mediterráneo.

Seguramente nada podia hacer creer todavía que se ocultaba bajo la chaqueta del piloto, una toga de Decano de la Facultad. Es ademas cosa sabida que Orfila tiene el talento de no ocultar á nadie todo lo precaria que fue su juventud; y cada dia, al proteger á sus cofrades, prueba que tambien él, á pesar de su trabajo y de su superioridad, recuerda cuan útil le fue el patronazgo de un sábio ilustre, arrebatado demasiado pronto á su agradecimiento.

Muchas novelas ofrecen sucesos menos estraños, situaciones menos dificiles, menos imprevistas en el desenlace, que la vida que contamos; y para aquellos que han asistido á esa continuacion de luchas entre el talento y la fortuna; para los testigos de las victorias conseguidas por la tenacidad del hombre que se ha dicho á sí mismo: trabajaré, adelantaré; para estos es una satisfaccion ver la suerte, obligada á ser justa una vez, dejarse arrancar por la perseverancia, lo que tan frecuentemente niega, aun á los mas dignos: un nombre y una posicion.

Véase pues á Orfila, « obedeciendo pasivamente á los impulsos de familia » á bordo de un buque, soñando ya sin duda otra existencia, y preguntándose tal vez si no estaba llamado á otro fin.

En 1805 se decidió su porvenir. Abandonando la carrera naval, pasó á Valencia, estudió con pasión lo que él mismo había elegido, y al año siguiente obtuvo el primer premio de física y de química. Desde entonces no puede ya ponerse en duda su vocacion; ve abierto ante sí un horizonte de trabajos, pero de celebridad; le obstruyen las dificultades, y las ataca de frente. Joven, y con esa naturaleza meridional de tan tenaz voluntad, con esa organizacion que se endurece con las dificultades, no se espanta Orfila por los obstáculos; verlos, es querer vencerlos; pero para vencerlos es preciso estar en su presencia, y el ex-piloto no estaba en situacion de subvenir á los gastos de su traslacion y del complemento de sus estudios. Redobra su trabajo, se hace notar, y esto es lo que queria; en virtud de un informe de sus progresos, decide la Junta de Barcelona enviarlo á Paris á estudiar las ciencias naturales, señalándole 6,000 rs.; él ve la ocasion favora-

ble, pasa por Madrid, y el 9 de Julio de 1807 entró en Paris.

Diez meses hacia que Orfila estudiaba en aquella ciudad, cuando un acontecimiento imprevisto hizo mas embarazosa su posicion. Estaba escrito que aquellos años, que para tantos otros son dias de placer, serian para él un tiempo de pruebas siempre renovadas. El 2 de Mayo de 1808 la Francia declaró la guerra á España. En aquella edad y en aquellas circunstancias, podian tal vez afectarle poco las disputas de los dos Gobiernos, pero suprimiéronse los 6,000 rs. de pension, y esto le tocaba mas de cerca. No recibiendo otros fondos para vivir y pagar los gastos de sus estudios, su situacion era crítica. A los 20 años, ~~extranjero~~, perdido en un pais que se convertia en enemigo, ardiente siempre en seguir el camino que se habia trazado, con una constitucion escelente, y sin dinero, debió sin duda hacer profundas reflexiones. Acordose, entonces mas que nunca, de que tenia un tio comerciante en Marsella. Manifestóle su situacion, y el digno pariente le dió un auxilio casi igual al que acababa de arrebatarse la guerra; con la condicion sin embargo de que cesaria todo envio de fondos en obte-

niendo el diploma de Doctor. Lo importante para Orfila era conseguir aquel título; para lo demas contaba solo consigo mismo, y tenia razon.

Continuaron pues sus estudios siempre laboriosos, coronados siempre de buen éxito; y al fin despues de los mas brillantes exámenes, llegó á la última prueba, la Thesis. Se graduó de Doctor. En muchas circunstancias de la vida hay una miserable cuestion que domina á las demas con toda su brutal pequeñez, la del dinero; y Orfila pudo conocer entonces su imperiosa tiranía.

Con distincion, con un exterior abierto, un gran saber sin pedantismo, un inmenso deseo de utilizarlo, y por último, como complemento agradable de cualidades mas serias, una voz que dió despues lugar al siguiente juego de palabras: *s'il n'avait pas trouvé la voie de la fortune, il eut trouvé la fortune dans sa voix*; con esto bien podia soñarse en un brillante porvenir; pero era un porvenir, y se trataba de vivir de presente. Orfila no tenia mas que SEIS FRANCOS con los cuales debia llegar á ser Par de Francia.

Tal fue sin embargo el punto de partida del Doctor Orfila; y mas de una vez ha debido recordar sonriéndose aquellas primeras miserias,

llenas siempre de encanto cuando han pasado.

Seguramente, fue necesario una voluntad firme, una especie de presentimiento profético, para persistir, con la incertidumbre de buen éxito, en permanecer y vivir en París. Principió dando un curso de química, que le salió bien, bajo los dos aspectos de la utilidad inmediata y futura. Sus discípulos le dieron á conocer. Habia entre ellos Beclard mayor, Julio Cloquet, Edwards, á quienes esperaba tambien una celebridad merecida; sus palabras tenian ya algun valor, y así fue que les creyeron cuando hicieron el elogio de su jóven maestro, con la ardiente elocuencia de la amistad. A este principio de fama debió Orfila su introduccion en la sociedad, que gustó pronto de su persona, de su talento y de su voz.

Esta aptitud para la música, le habia hecho contraer relaciones con uno de los mas célebres escultores de Francia, y dió lugar á su casamiento con la Señorita Lesueur en 1815.

A pesar de no habersennaturalizado hasta en 1819, puede considerarse á Orfila como perteneciente á la Francia desde 1816, pues desde esta época datan sus últimas relaciones con la España. En efecto, habia ofrecido ponerse á la disposicion de

la Junta de Barcelona, según estaba comprometido; pero se le contestó que los gastos de la guerra habían empobrecido la ciudad, para que pudiese hallar los fondos necesarios para la enseñanza que Orfila se proponía establecer. Por otra parte, llamado á Madrid en reemplazo del profesor Proust (*), antes de aceptar propuso al Rey un sistema que pronto hubiera dotado á la España de todos los profesores de química de que carece. No se aceptó la propuesta, y de consiguiente el Doctor Orfila quedó libre de todo compromiso.

En 1816 fue también cuando le nombraron médico de Luis XVIII, título más honorífico que provechoso, puesto que solo valía 1,500 francos, que además no recibió Orfila hasta dos años después de su nombramiento. No estaba sin embargo sobrado; pero entonces, como después, se ocupaba poco del dinero, siendo una excepción laudable de nuestra época fiscal, en que el talento es rara vez desinteresado, y se rebaja por demasiado calcular.

Pero si no habían llegado aun las riquezas para

(*) Profesor de Química en Madrid.

Orfila, estábale al menos abierto el camino de los honores. Protejido por Mr. Dubois, llegó en 1819 á la Facultad, donde tenia marcado su puesto por sus estudios especiales sobre la medicina legal, que profesó hasta 1823, en que se hizo cargo de la cátedra de química. En 1820 habia sido nombrado miembro de la Academia de Medicina.

En 1830 volvió á empezar para Orfila una venturosa série de honores y dignidades: nombrado decano de la Facultad, fue al siguiente año miembro del Consejo general de los hospitales y hospicios civiles, y despues del Consejo general del Departamento; no era esto solo, recibió su carta de gran naturalizacion, y el Consejo Real de la Instruccion pública se lo agregó en 1834, en reemplazo de Mr. Guenau de Mussy; la cruz de oficial de la Legion de honor completó aquella série de prosperidades; y por último fue promovido á la dignidad de Comendador, interin se preparaba el sitio que reclama en el Luxemburgo.

Acabamos de enumerar las recompensas concedidas al Sr. Orfila, y examinaremos ahora los trabajos que á ellas le han hecho acreedor. Al

efecto es preciso estudiar sucesivamente lo que ha hecho y lo que es, como Médico, Legista y Químico, como Administrador y como Catedrático; y aun añadiremos dos palabras como hombre político.

Como Médico, Legista y Químico, los títulos del Sr. Orfila son los siguientes:

Publicó en 1812 un *Tratado de venenos ó Toxicología general* que causó una viva sensación en el mundo médico. El inmenso número de experimentos sobre los animales, las teorías químicas espuestas con claridad, la apreciación razonada de los diversos contra-venenos, hicieron pronto de aquel trabajo una obra clásica para los alumnos, y un guía seguro para los prácticos. El Instituto de Francia lo aprobó y escitó al autor á continuar sus investigaciones. (*)

(*) La clase de ciencias físicas y matemáticas del Instituto, encargó á MM. Pinel, Peroy y Vauquelin el examen de esta obra; Mr. Vauquelin estuvo encargado de los informes sobre las cuatro partes de aquel trabajo. Daremos extractos de dichos informes.

Sobre la primera parte... «Faltaba á la medicina y á la Jurisprudencia un tratado completo sobre esta materia.

«Era pues necesario, para componer un libro sobre este asunto, tal cual lo permiten los actuales conocimientos, entregarse á una série de investigaciones muy numerosas y delicadas; el Sr. Orfila ha tenido el valor de emprenderlo, y se propone continuarlo hasta el grado de perfección que le sea posible alcanzar, etc.

En 1816 aparecieron dos volúmenes en octavo, bajo el modesto título de *Elementos de Química médica*. No existe todavía obra alguna que pueda

« El modo como el Sr. Orfila ha desempeñado la primera parte, hace desear vivamente que trate las demas con el mismo cuidado, y las publique luego de concluidas. Entre tanto, creemos que el primer volumen merece la aprobacion de la clase.—Firmado.—PINEL, PERCY, VAUQUELIN, Relator.—La clase aprueba el informe y adopta las conclusiones. El Secretario perpetuo, caballero del Imperio, G. COVIER. »

Sobre la segunda parte.

«...Siendo las investigaciones de que el Sr. Orfila ha compuesto la segunda parte de su obra de una aplicacion tan frecuente, tan inmediatamente útil para la conservacion de la vida de los hombres, y para la medicina legal; la manera sencilla y metódica con que el autor ha tratado este interesante asunto, las penalidades y disgustos que acompañan a esta clase de trabajo, inducirán fácilmente á la clase á concederle permiso para publicar, con su aprobacion, esta segunda parte de su Toxicología, instándole á que redoble su celo para tratar con el mismo esmero la tercera, que debe contener los venenos vegetales y animales.—Firmado, etc. »

Sobre la tercera y cuarta parte.

«...Para componer estas dos últimas partes de su obra, ha hecho el Sr. Orfila mas de ochocientos experimentos, y se ha ocupado constantemente de este trabajo por espacio de tres años. Ha tenido precision muchas veces de pasar noches enteras cuidando á los animales sujetos á los ensayos, y ha necesitado mucho valor para vencer la repugnancia que acompaña á tan triste oficio; por último ha debido gastar sumas considerables para comprar los animales y preparar los venenos cuyos efectos ha dado á conocer. Las dos primeras partes de esta interesante obra

reemplazar á esta para los alumnos de medicina. Modificada y aumentada en cada edicion, representa en el dia el estado de la ciencia y todas sus numerosas conexiones con la medicina (*). Se han agotado seis ediciones, y esta obra está en el dia en tres volúmenes.

En 1820 publicó el Sr. Orfila tres volúmenes

han obtenido el éxito mas favorable en Alemania, en Inglaterra y en Italia. Estas nociones han confirmado el juicio formado por el Instituto, como puede verse en los diarios científicos que han dado cuenta de ellas.

«Esperamos que estas dos últimas partes, no menos interesantes, y que han exigido ademas mayor sagacidad y cuidados, serán asimismo bien acogidas por los sábios, y aumentarán el aprecio que el autor merece.— Firmados etc. , »

(*) Véase un extracto del analisis que sobre esta obra se imprimió en el *Diario universal de las ciencias médicas*.

«...Un tratado de *Química médica* puede infundir sospechas, y si el titulo de la que anunciamos puede despertarlas, su lectura las disipará. El Sr. Orfila sabe resistir al imperioso ascendiente que ejerce sobre los mejores entendimientos el objeto habitual de sus estudios y meditaciones; y aunque profesor de química, permanece constantemente médico. Contiene siempre la química en los límites que debe respetar.

«...La obra del Sr. Orfila será útil al médico, que encontrará reunidos muchos conocimientos que se vería obligado á buscar en obras diferentes, y que se le presentan en esta con el orden y medida que distinguen al químico acostumbrado á ver la naturaleza en otra parte que en su laboratorio.»

de *Lecciones de Medicina legal*, en las cuales se encuentra la contestacion á cuantas cuestiones pueden suscitarse sobre este importante asunto. Esta obra tuvo un grande éxito cuando apareció. ¿Quién ademas estaba en mejor situacion que el Sr. Orfila para enriquecer esta parte de la ciencia? Llamado con frecuencia ante los tribunales para ilustrar la justicia sobre los hechos mas oscuros y dificultosos; habiendo sido este ramo de la medicina la ocupacion de toda su vida, á él pertenecia comprobar la exactitud de los hechos sentados por todos los que habian escrito sobre la materia.

Poco satisfecho de algunas soluciones, se entregó á numerosos experimentos, á investigaciones muchas veces penosas, que le permitieron decidir cuestiones del mayor interés. Todo lo que tiene relacion con la violacion, con la viabilidad del feto, con los afixados por submersion y suspension, con la historia de las heridas, de las manchas de sangre, del envenenamiento, fue tratado por él de un modo infinitamente mas preciso y completo de lo que hasta entonces se habia hecho (*).

(*) Los *Archivos generales* se espresan así sobre las *Lecciones de medicina legal*.

Ha publicado además el Sr. Orfila dos volúmenes sobre las *Exhumaciones judiciales*, compuestos con Mr. de Lesueur, y por último una multitud de Memorias y otros trabajos: sobre la *existencia del Picromel en los cálculos biliares*; *Socorros que deben darse á los envenenados*; *Cuestiones relativas al alumbre calcinado*; *de la acción de los sulfuros de arsénico, de plomo, de cobre y de mercurio sobre la economía animal*; *Respuesta á los Burgo-Maestres y Echebinos de Brujas sobre los medios de reconocer la presencia del sulfato de cobre en el pan*; *Memoria sobre la sangre considerada bajo el aspecto médico legal*; *Nota sobre los efectos del*

«...El libro del Sr. Orfila está escrito con claridad y concisión Lucierra, en el menor número de páginas ~~posibles~~ todo lo positivo que presenta la ciencia. Ha sabido librarse del escollo en que han caído algunos autores de medicina legal de nuestra época, que mirando bajo un falso punto de vista las funciones de médico esperto, y pareciendo abogar casi siempre por los acusados, pretenden que la decisión médica debe ser negativa, cuando no puede ser completamente afirmativa; independientemente de la luz que ha esparcido sobre un gran número de cuestiones con sus propias investigaciones, el autor habrá servido útilmente á la ciencia, imprimiéndole una marcha severa, que no se advierte en los tratados de medicina legal anteriores al suyo, é indicando los vacíos que presenta todavía, en vez de esforzarse en llenarlos y disimularlos con razonamientos sutiles é hipótesis gratuitas.

sumo de la hipozane mantinista (de Lineo); Sobre los medios de comprobar la existencia del antimonio, del cobre y del plomo en una mezcla de diferentes líquidos; Ojeada sobre los trabajos hechos en química y en farmacia; Nota sobre el envenenamiento por el óxido blanco de arsénico (1824).

Todas estas investigaciones se insertaron en las Memorias, o en los diversos periódicos de medicina, así como las siguientes: Investigaciones sobre los numerosos casos de medicina legal, sobre el Opio, la Morfina, el Acido Cyanhydrico, el Sublimado corrosivo, el Infanticidio, ect.; etc.; y por último, sus experimentos enteramente nuevos sobre los Envenenamientos por el arsénico.

Fácil es comprender la imposibilidad de analizar tan numerosas producciones en una publicación de esta clase. No las hemos citado todas; pero hemos querido citar un número bastante crecido para que pudiera juzgarse si, como algunos han dicho, el Sr. Orfila no ha justificado con bastantes trabajos médicos, la posición que ocupa en la Facultad de París.

Como Administrador.

Desde 1.^o de Mayo de 1831, día de su instalación como Decano, el Sr. Orfila ha desplegado un verdadero talento y una rara solicitud para la administración de la escuela. Su favor, su tiempo, su inteligencia, todo lo ha empleado en servicio de cosas positivas, de mejoras materiales, que solo él tal vez podía obtener. Hé aquí una sucinta enumeración de ellas.

La Facultad poseía un jardín botánico reducido, y demasiado pequeño en proporción al número de los alumnos. Por medio de la cesión de aquel terreno, hecha á la Municipalidad de París, para prolongar por él la calle Racine, obtuvo el Decano del Gobierno un terreno siete veces mayor al Este del criadero del Luxemburgo. Aquel terreno se destinó á un nuevo ~~jardín~~ de botánica *médica*, infinitamente mejor que el antiguo bajo todos aspectos, y del cual han podido disfrutar los alumnos desde principio de 1835.

No contento con haber ganado en el cambio, el Sr. Orfila, que conoce perfectamente lo que el dinero vale, cuando no se trata de él, había vendido muy bien á la Municipalidad el terreno citado en 310,000 francos, y además se había

hecho conceder otros 300,000 francos por el Ministerio.

Con estos 610,000 francos son con los que se ha levantado, en el solar del antiguo edificio de S. Cosme, el hermoso Hospital Clínico que está enfrente de la Escuela; pero esta suma, aunque muy considerable, no hubiera sido suficiente si el Sr. Orfila no hubiese obtenido de la administracion de los hospicios que tomase á su cargo unos 200,000 francos á que ascendian los gastos de mueblaje de dicho hospital.

Alli fue donde, bajo la direccion de Mr. Dubois, instituyó una clínica de partos, de que carecian hasta entonces los alumnos de cuarto año, para la prueba oral que hace parte del quinto ~~examen~~ examen. Otros dos profesores; MM. Rostan, para la medicina, y Cloquet para la cirujia, ejereitan tambien alli á sus alumnos en el Diagnóstico directo.

Pero de todas las mejoras é instituciones nuevas que deben su nacimiento ó desarrollo á los incesantes desvelos del Sr. Orfila, ninguna le ha adquirido mas justos titulos al agradecimiento de la Escuela, que la instalacion del Museo-Dupuyren. En este asunto desplegó el Sr. Orfila

tanta agilidad como celo, y el éxito correspondió á su perseverancia.

Dupuytren había legado por su testamento 200,000 francos para la creacion de una cátedra de Anatomía patológica, ciencia que él mismo había profesado por tanto tiempo; murió sin modificar su legado, en conformidad á su propia intencion, y á la idea que le había sugerido Orfila, de formar, en vez de una cátedra, un museo que llevase su nombre. Pues bien: Orfila emprendió y consiguió realizar á un tiempo el proyecto de Dupuytren y el suyo: hubo una cátedra y un museo. ¿Pero cuantos pasos no tuvo que dar tanto con el Consejo universitario como con los herederos de Dupuytren para conseguir aquel resultado?

Por último, mientras la influencia del Decano arrancaba la aquiescencia del Consejo, el hombre del mundo insistía para lograr nuevos sacrificios del yerno de Dupuytren; y obtenía 13,000 francos mas que se necesitaban para llevar enteramente á cabo el proyecto.

El día 2 de Julio de 1835, se decretó la creacion del Museo-Dupuytren que á los pocos meses estaba en estado de servir para el estu-

dio. Hay en él una inmensa colección de las alteraciones orgánicas, y de las anomalías de conformación primitiva.

Este Museo, llenando un inmenso vacío, ha hecho un servicio importante á la humanidad y á los jóvenes médicos: así es que el nombre de Orfila es en este punto inseparable del de Dupuytren: es decir, acreedor al mismo aprecio.

Basta también visitar ahora los edificios destinados á las disecciones, y encontrarlos perfectamente ventilados, enlosados en declive, provistos de fuentes, guardados de mesas de hierro-fijas, y conservados por último con la mayor limpieza, para conocer cuán felizmente deben influir en la salubridad general del barrio, y en la salud de los numerosos alumnos que los frecuentan, pabellones establecidos de aquel modo. Y no dudamos asegurar que se debe este beneficio á la dirección dada por el Decano.

Sin embargo, no se limitaron á esto las útiles fundaciones del Sr. Orfila. Convencido de que el estudio de la química quedaria incompleto mientras se limitase, para el estudiante, á conocimientos teóricos, hizo preparar un local donde pueden ejercitarse constantemente

en las manipulaciones químicas doscientos alumnos de primero y segundo año, con el objeto de prepararse para el primer exámen, que comprende principalmente la química. Sus ensayos son dirigidos allí por Mr. Lesueur, químico lleno de saber, nombrado jefe de los trabajos desde 1838.

En resumen, sin grabar en nada la caja de la Escuela, el Sr. Orfila ha encontrado empleo, de diez años á esta parte, para una suma de 810,000 francos; y esta cantidad es por sí sola un elogio para un Administrador.

Terminando en fin este cuadro, tan honroso para el Sr. Orfila, no debemos olvidar, que fuera de la Escuela, ha completado su misión de hombre útil á todos, fundando, hace ya siete años, una Sociedad de Socorros Mútuos para los médicos. En 1840 fue reelegido Presidente de aquella asociación.

No vacilamos además en decir que se deben á las medidas provocadas por el Sr. Orfila, todas las garantías de saber de los jóvenes médicos.

Antes de él bastaban para obtener el título de Doctor, el diploma de Bachiller en artes,

cinco exámenes de un cuarto de hora ó veinte minutos cada uno, y una thesis á eleccion del alumno. Gracias al Decano, se necesitan ahora, los diplomas de Bachiller en artes y de Bachiller de la Facultad para aspirar al doctorado; luego cinco exámenes de tres cuartos de hora cada uno, además para el segundo (Anatomía), una preparacion anatómica, y experimentos sobre el cadáver, en presencia de los profesores; para el cuarto (Materia médica, Terapéutica, Medicina legal, Higiene), un informe médico legal y fórmulas farmacéuticas presentadas y redactadas en la misma sesion; para el quinto, el interrogatorio de los alumnos en el lecho del enfermo; el examen de un caso médico y otro quirúrgico (el alumno tiene que indicar delante de sus jueces, cuál es la enfermedad—diagnóstico—su presunta marcha, su probable resultado—pronóstico—y en fin, lo que debe hacerse para curarla ó paliarla—y qué tratamiento debe seguirse para ello): en fin, la última prueba, la thesis, se sortea ahora. Se proponen al candidato cuatro cuestiones sobre diversos ramos de la medicina, lo que no escluye la posibilidad de tratar un asunto de su eleccion; y además debe responder

el alumno á cuanto tiene relación con la medicina entera, y á cuánto con cada una de las partes. ¿Son estas en efecto garantías de saber? Sin duda. El alumno puede acertar una vez, y hasta dos veces; saber poco, y responder tal cual; pero no ser feliz en ocho exámenes, que se enlazan, que dependen unos de otros, sin que sea posible estudiar el último no sabiendo el primero, y el tercero sin saber el segundo? etc. Lo repetidos, tanto más cuanto algunas gentes extrañas á la ciencia parece que en esta época tienden á menospreciarla; en la actualidad no puede llegarse á ser Doctor en medicina, siendo un ignorante. No hay una carrera en que sean tan numerosas las pruebas como en la carrera médica, ni una escuela en Europa donde sean tan numerosas y difíciles como en la Facultad de París. Esta consideración, que á primera vista parece de poco valor, tiene sin embargo una inmensa importancia: ¿cuántos jóvenes médicos se vuelven, una vez obtenido su diploma, á ejercer el arte en ciudades y lugares distantes del centro, disponiendo así de la existencia de algunos millares de individuos? ¿No es pues indispensable que estén á la altura de la ciencia tal cual

se profesa en el día? No hay duda, que a pesar de estas buenas instituciones, no todos serán grandes médicos, por la variedad de inteligencias y capacidades; pero si solo algunos tienen el génio médico, todos tendrán ahora la práctica y el saber. Esta inmensa mejora es debida al Sr. Orfila. Aun cuando no sea una cosa que pueda envanecer mucho, debemos decir para ser justos que el Sr. Orfila está seguramente dotado de una rara firmeza de carácter.

En 183... , con motivo de un concurso para una cátedra vacante, los alumnos descontentos de la eleccion de los jueces, habian manifestado su opinion rompiendo los cristales, derribando las puertas y desgarrando las ropas, como se ha hecho siempre en todos tiempos en casos semejantes. Résonaban en el patio y bajo las ventanas del Decano los gritos de viva y de mueta; el tumulto iba aumentando, y podia dudarse acerca del partido que se debia tomar. El Sr. Orfila bajó, se presentó á los alumnos, y con palabras de una enérgica moderacion, trató de inducirlos á los sentimientos de respeto, debidos á la decision de sus profesores. No examinaremos ahora de qué

parte estaba la razón; pero seguramente habia algun mérito en colocarse de aquel modo con calma, sin cólera y sin jactancia, ante masas irritadas, jamás malas en el fondo, pero peligrosas muchas veces en el momento.

No es la sola vez que el Sr. Orfila ha opuesto una animosa destreza á algunos centenares de jóvenes exaltados; con una palabra dicha á propósito sabe atraerse maravillosamente á la mayoría de los que le escuchan, y por su sola fuerza moral, llevar esta mayoría á castigar ella misma á una minoría mas tenaz.

Añadiremos que nunca, aun en las circunstancias mas difíciles, ha requerido ni tolerado en la Escuela la intervencion de la fuerza armada, y que con semejante conducta ha hecho un servicio inmenso á las familias. En efecto, sin aquella paternal prudencia, cuántos jóvenes, apreciados por otro lado, sentándose en los bancos de la policia correccional, hubieran podido incurrir en la pérdida de inscripciones trabajosamente adquiridas, ó lo que es peor, en la espulsion de la Universidad.

Como Profesor.

El Sr. Orfila es seguramente uno de los que se

oyen con más gusto. Se presenta con valor y dignidad, tiene facilidad en la palabra, la expresión exacta y pintoresca, la explicación clara; dice con gracia, su gesto es mesurado, se repite poco; su órgano vibrador suena al oído como un metal, y sucede muchas veces no atender á las ideas por admirar la voz.

Convenimos que no es esto para grandes elogios, pero algo es sin embargo. Encargado Orfila de la enseñanza de una de las ciencias accesorias de la medicina (la Química), profesor sobre todo para alumnos que principian, ¿no es una felicidad que reúna las cualidades que son de desear para hacer olvidar la aridez de los primeros estudios, con la facilidad que les dá y el encanto que en ellos esparce? Basta con haber saludado la Medicina, esa ciencia inmensa, para saber cuántas dificultades, cuánto fastidio y disgustos hay que vencer en un principio por teorías difíciles de comprender y retener. Pues, preciso es decirlo, por lo general en las Escuelas al nombrar un profesor, se atiende siempre más á si sabe, que á si podrá transmitir lo que sabe; si tiene el mérito de la erudición que el talento de la enseñanza. Es un gran defecto del cual su-

frén los alumnos. Hay en las Escuelas hombres; cuya vida, cuyos actos parecen irreprehensibles; cuyo estenso saber y laboriosos trabajos inspiran el mayor respeto y la mas sincera admiracion; pero que sin embargo es preciso confesar que son pobres profesores.

Hacer escuchar con placer teorías y hechos de difícil comprension; dar atractivo á lo que de él carece; hacer tocar con el dedo los mas ásperos pormenores; dar claridad á lo que tiene poca; hacer evidente lo que no lo es; agradable lo que cansa; interesante lo que fastidia; tener siempre al alumno deseoso de saber la continuacion: es un talento que pocos profesores pueden ostentar, y que posee mas que otro alguno el Sr. Orfila.

Como examinador, disfruta entre los alumnos tal reputacion de íntegro y severo, que al paso que le temen, desean tenerlo por juez. Toda reclamacion justa y convenientemente formulada, es siempre bien y prontamente acogida por el Señor Orfila; y siempre está pronto á retractar cualquiera decision equivocada, si se le demuestra que se le ha engañado, ó que se ha engañado él mismo. Pero exige que se le demuestre su falta, y esto solo constituyo una para ciertas gen-

tes, que necesariamente deben ignorar que un hombre capaz tiene el sentimiento de lo que vale; y al paso que sabe ser falible, quiere que se le pruebe su error.

Por último, puesto que algunos, demasiado poco instruidos para atacar al sábio, lo han hecho con el hombre político, en que siempre es fácil encontrar faltas, la de tener una opinión cuando se manifiesta, ó la de no tener ninguna cuando no se cuida mas que de sus quehaceres y no de los gobernantes: examinémoslo.

Es cierto que todo hombre inteligente debe emplear su inteligencia en bien del país. ¿Y no es servir al país formar gentes capaces de serle útiles?

Se ha acusado al Sr. Orfila de adherirse á todos los poderes; mejor puede decirse que todos los poderes han acudido á él, pues jamás ha manifestado querer pertenecer á ningun partido; á no ser el de la justicia y el de la razón. Se ha citado cierta comision que denota una gran confianza de parte del Gobierno (*). ¿Se hubiera preferido acaso que el Sr. Orfila no hubiese correspondido á ella? Semejante confianza, cuando

(*) Su viaje á Blaye para comprobar el estado de la Sra. Duquesa de Berry detenida en aquella fortaleza.

todas las opiniones la dispensan á un hombre, es porque tienen fé en su honradez. Los que no están alistados bajo ninguna bandera, y á quienes todas los reclaman, ó valen mucho, ó tienen una grande influencia.

Ademas, si algunos letrados y sábios ilustres, han sido llamados á desempeñar un gran papel político, demuestra la esperiencia que un profesor erudito no es muchas veces otra cosa que un pobre hombre de Estado. En efecto, la ciencia tiene una base y un objeto demasiado humanitarios, para poderse rebajar á las mezquinas proporciones de un partido. Sin duda alguna el verdadero sábio es siempre un hombre de paz y de pacífico progreso, pero su opinion no puede tener un nombre especial; colocado en medio de los partidos, se enlaza con todos por lo bueno de cada uno de ellos.

Ademas, para tener el derecho de decir á un hombre que pertenece á todos los partidos, es necesario que los haya sostenido con su pluma, con su espada ó con su talento; ¿pero la vida entera del médico no pertenece al estudio de una ciencia, que solo debe ver hombres donde las gentes ven partidos?

Pues bien; el Sr. Orfila es Médico erudito, Químico distinguido, Profesor notable, Administrador muy hábil; además, y sobre todo, hombre íntegro y sábio concienzudo. Ha conquistado el puesto que ocupa con un trabajo asídúo durante treinta años. Desconocido, ha adquirido una reputacion; sin mas título que su saber, ha llegado á ser Decano de la primera Facultad del mundo. Algunos le han puesto la tacha de no haber nacido en Francia; razon tienen de quejarse, pues es un hombre que hace mucho honor al pais, y la España se envauecerá siempre con haberle dado el ser.







O'Connell's

Portrait of Daniel O'Connell

M. O' CONELL.

Os quejais de que tengamos siempre en los labios el nombre de O' Conell y que dirijamos todós nuestros esfuerzos á la ruina de un simple individuo; es que este individuo es un poder. *Contestacion de Wellington á los Ministros. (Cámara de los Lores 1836.)*

Movilitate vigens, vigoroso de movilidad, está con cuerpo y alma en una ajitacion permanente.

SHIEL, sobre O'Conell.

Un dia, el mismo dia tal vez, salieron del seno de los mares dos Islas, una al lado de la otra: ambas habian recibido del cielo igual verdor, iguales recursos naturales, el mismo suelo rico y fértil. Separadas por un canal de algunas leguas, habitadas por pueblos de orijen y cos-

tumbres diferentes, estraña una á otra durante siglos; aquellas dos Islas vivian felices, cuando unos aventureros Normandos, despues de haber conquistado la primera, se apoderaron de la segunda, y pronto los dos paises se hallaron reunidos bajo de un mismo cetro. Desde aquel momento sus destinos presentaron solo un odioso contraste.

La raza conquistadora se mezcla aqui poco á poco con la conquistada. Elévase una aristocracia fuerte, ilustrada, benéfica, que se coloca enfrente de la Corona, se constituye protectora del pueblo, y se une á él por una estrecha comunidad de costumbres, de idioma, de relijion, de intereses, de ideas y de preocupaciones; aquella aristocracia colocada al frente de una sociedad industriosa y comerciante, sabe apreciar sus necesidades, y pronto, por su impulso, una aristocracia secundaria, hija del trabajo y de la riqueza, se manifiesta y escala debajo de ella, y forma como una cadena no interrumpida, que enlaza y armoniza todas las partes del edificio social desde la base á la cumbre. Esta Isla, asi organizada, con estas jerarquías, á pesar de los males internos que la corroen, á pesar del impetuoso viento de demo-

cracia que muje á su alrededor , presenta aun en el dia al mundo el espectáculo de una Nacion fuerte y libre, enmedio de la mas completa desigualdad.

¡Qué diferencia si de esta Isla pasamos á la otra! Allí, los Conquistadores, lejos de unirse á los indíjenas, trabajan sin descanso en perpetuar las violencias de la conquista ; y llevan por do quiera la devastacion y la muerte. Durante tres siglos se renovaron en aquella tierra , desdennando fijarse en ella , y abandonándola cargados con sus despojos. Cuando se establecieron allí, no contentos con atribuirse todo el suelo, se atribuyeron todo el derecho, levantaron barreras eternas é invencibles entre ellos y los vencedores, á quienes pisotearon, cuya lengua despreciaron, violentaron las costumbres, y degradaron la vida... Cuando en el siglo XVI la madre patria cambió de relijion , ellos cambiaron tambien lo mismo que ella , y se admiraron que un pueblo , á quien lo único que le habian dejado era la fè de sus padres, se negase á abandonar el solo bien que le quedaba : entonces principió contra la raza indígena una persecucion atroz. La madre patria envió soldados , cañones y verdugos : los Santos de Crom-

well se dejaron caer como gavilanes sobre aquel desgraciado país, y la sangre corrió á torrentes por espacio de mas de un siglo; y cuando al fin los vencedores estuvieron cansados de una guerra que solo producía mártires, la persecucion se refundió en un estenso sistema de opresion legal y de *ilotismo* organizado que duró otros cien años. Dos grandes revoluciones, la de América y la de Francia, dieron los primeros golpes á aquel sistema, y la Providencia ha suscitado un hombre fuerte que en el dia acaba de destruirle.

Sin embargo, si estan casi destruidos los instrumentos de una tiranía de siete siglos, subsisten los efectos de aquella tiranía, y se presenta aun el contraste bajo su aspecto mas repugnante: tanto que de estas dos Islas, nacidas con iguales derechos á la misma suerte, la una, la Gran Bretaña, se ostenta feliz, opulenta, orgullosa de sus navíos que cubren los mares, con el oro que va á buscar á todos los puntos del continente, y con sus viejas instituciones, por caducas que sean, pues durante mucho tiempo han hecho su prosperidad y su gloria; la otra, la Irlanda, murmura, se ajita y pulula, desnuda, miserable, hambrienta, sin comercio, sin industria, sin mas

recursos que el suelo natal, que riega con sus sudores para que una aristocracia egoísta y aborrecida, recoja sus productos y los gaste en el extranjero; la Irlanda políticamente libre en el día, pero socialmente esclava, execrando las instituciones que no han sido jamás otra cosa que armas mortíferas en manos de sus opresores, y reclamando el primero, el más imperioso de todos los derechos, el de vivir con el trabajo. Tales son los dos países que se llaman, por burla sin duda, el reino *unido* de la Gran Bretaña y de Irlanda.

El cuadro de los males de la Irlanda sería grande y sombrío; fuera tal vez útil para el lector el demostrar cómo instituciones parecidas, aplicadas con diferente espíritu, han elevado á un pueblo al mayor grado de prosperidad, y precipitado á otro en un abismo de miserias; para buscar con tantos otros la solución de este grande problema: ¿cómo aliviar, como renovar á la Irlanda? Problema es antoso para la Inglaterra, pues se agranda y complica cada día; y ante ese monstruoso resultado de una larga serie de iniquidades, y al aspecto de ese cáncer roedor que lleva en su seno, la Inglaterra vacila, pues no sabe cómo curarlo, no se atreve á estirparlo, no puede

estirarlo

dejarlo vivir, y existe para ella un peligro casi igual en la justicia, en la inaccion ó en la injusticia.

Semejantes cuestiones, por interesantes que sean, son demasiado estensas para tratadas aqui; apenas podemos hacer otra cosa que reasumirlas, y este trabajo ademas está ya hecho, y admirablemente hecho; en las páginas graves á un tiempo y conmovedoras del libro de Mr. Gustavo de Beaumont (*), en aquellas páginas en que, bajo la austera razon del historiador y del publicista, se siente vibrar la imaginacion de un poeta y palpar el corazon de un hombre honrado; alli es donde debe estudiarse la Irlanda en su pasado, su presente y su porvenir; en su fervor religioso, en su hervor democrático, en sus costumbres á un tiempo patriarcales y salvajes, en sus ódios, y en sus amores ardientes como sus ódios, en lo vicios que le ha impreso una degradacion de 700 años, en las virtudes que le ha dejado, en la repugnante vecindad del lujo oriental de algunos,

(*) *La Irlanda social, politica y religiosa* por Gustavo de Beaumont.—Se ha publicado despues otra obra sobre *la Irlanda*, por Mr. de Feuillede. Este último libro, bastante notable bajo el aspecto poético y descriptivo, es en todo lo demas muy inferior al precedente.

y de una miseria inmensa, espantosa, inaudita, de una miseria que no tiene antecedentes ni analogía en parte alguna. Allí es donde debe verse la verde *Erinn*, tan querida de los poetas, la hermosa *esmeralda*, (*the first gem of the sea*) la primera perla de los mares, engastada en el Océano, con su cielo nebuloso y su brillante vestido de verdor, sus escarpadas montañas, sus torrentes sonoros, sus frescos valles, sus grandes lagos, sus eternas praderas, y el ancho río *Shannon* que la atraviesa lentamente, distribuyéndole en vano el beneficio de sus ondas.

En aquella tierra, tan favorecida por la naturaleza y tan mal tratada por el hombre, es donde se desarrolla, en este momento, á la faz del mundo, un gran drama que la aristocracia Inglesa observa con ojos espantados, y cuyo desenlace será terrible, pues conmoverá por su base el viejo edificio de la Constitución Británica; hay en este drama cuatro actores principales: la Irlanda Protestante, la Irlanda Católica, el Gobierno Inglés y O' Conell; establezcamos brevemente la posición y el papel de cada uno de ellos. La población Irlandesa se divide en dos partes bien marcadas, sin mezclas intermedias, que forman dos

naciones dentro de una. Hay en ella *Anglo-Irlandeses*, *Anglicanos*, *Orangistas*, aristócratas y ricos, que es todo uno, raza injerta por la conquista, fortalecida por la violencia, y enriquecida por la espoliación. Según el último cuadro estadístico de 1834, esta fracción de la población apenas cuenta más de 800,000 almas. Siguen después los Miliesianos-Irlandeses, raza indígena, católica, democrática y pobre, raza vencida y espoliada. Este partido nacional, al cual se han unido en el día los Presbiterianos del Norte y otros Protestantes disidentes, por odio á la aristocracia, cuenta cerca de *siete millones* de almas.

En el primer partido varían las fortunas desde un millón á cincuenta mil libras de renta. En cuanto al segundo, salvas algunas existencias ~~especiales~~ nales, hijas del comercio y de la industria, véase la más sencilla clasificación social; por increíble que parezca, no la inventamos, la tomamos del libro de Mr. de Beaumont donde está apoyada con documentos auténticos: «Los unos, los privilegiados, comen patatus tres veces al día; otros menos dichosos dos; otros, en estado de indigencia, una sola; otros por fin, más miserables todavía, pasan un día, y hasta dos, sin tomar

alimento alguno.» (*) No hay pues clases medias (**) que, formando la escala gradual desde el millonario al proletario, preservan al uno del contacto y de la agresion del otro; cien palacios por mil chozas de barro, un millon de mendigos por cien Lúculos: tal es la Irlanda.

Compréndese, que reducida la cuestion á estos simples términos, se hubiera decidido mucho tiempo hace, si la aristocracia de Irlanda no hubiera tenido á su servicio la artillería, los uniformes encarnados, y los *police-men* de su hermana la aristocracia Inglesa; esta, mejor inspirada en su casa, pero hostigada allí por el fanatismo

(*) *La Irlanda*, t. I, páj. 203.—Para las cinco sextas partes de la poblacion Irlandesa, es el pan un objeto de lujo enteramente desconocido. Anualmente, casi á la misma época, se anuncia en Irlanda el principio del hambre, sus progresos, sus destrozos y su declinacion; los Comisarios Ingleses encargados del grande informe de 1835 sobre el estado social de la Irlanda, probaron que hay en aquel pais cerca de tres millones de individuos que todos los años están espuestos á *perecer de hambre*. Los que no mueren de hambre, no entran en la cuenta.

(**) No debe esto entenderse de un modo absoluto; hay en Irlanda tres ó cuatro ciudades comerciantes, donde se forma un núcleo de clase media; pero el hecho es tan reducido que bien se puede no tenerlo en cuenta.—Veáanse por lo demas las tablas estadísticas unidas al libro de Mr. de Beaumont.

religioso, por no sé [qué antipatía de raza que parece innata entre los dos pueblos, por un amor mal entendido al luero comercial, y por el atractivo de los beneficios comunes de una opresion comun, y tambien en fin por ese sentimiento de solidaridad que une á todas las aristocracias, ha mandado, dirigido, autorizado ó sancionado durante siete siglos, todas las medidas que han conducido á la Irlanda al deplorable estado en que la vemos en el dia. La pérdida de sus Colonias de América, abriéndole los ojos, la ha vuelto á mejores sentimientos. El gran movimiento democrático salido de Francia la ha espantado; ha principado por ceder por un lado, castigando y encadenando por el otro. La abolicion de muchas *leyes penales*, la represion inflexible de la insurreccion de 1798, y el acto de union de 1800, son hechos casi simultáneos. Desde entonces, la aristocracia Inglesa se ha visto precisada mas y mas á alijerar la tiranía que pesaba sobre la Irlanda: en el dia ya no tiene concesiones que hacer; la cuestion que era política tiende diariamente á convertirse en social; los Irlandeses ya no es solo la libertad política y religiosa lo que quieren, quieren pan y propiedad; quieren la abolicion del diezmo ago-

viador que pagan á un Ministro de una religion que detestan; de las corporaciones municipales que les estrujan, del sistema de arriendos que les arruina; quieren por fin la posibilidad de adquirir el suelo de que se les despojó, que fecundan con sus manos, y sobre el cual perecen de hambre. En una palabra, la aristocracia Inglesa no puede librarse de ese fantasma levantado siempre delante de ella, sino reformando en Irlanda la aristocracia, las municipalidades y la Iglesia; es decir, tocando á los principios constitutivos de su propia existencia. Por diferente que sea el estado de los dos países, ¿no seria semejante medida una especie de suicidio para la aristocracia Inglesa, y será bastante generosa para llevarlo á cabo? Bien puede dudarse, y al contrario puede creerse con mas razon, que sin ese mismo hombre que hace veinte años le arranca una á una todas esas concesiones; sin este hombre que ajita con una mano á la Irlanda y la contiene con la otra, no le hubiera pesado al Gobierno Inglés acabar de una vez por medio de las armas, antes que el peligro se aumente, y con tal que una grande imprudencia le permitiese paliar, á los ojos del mundo, y á los suyos propios, una grande iniquidad.

Esto nos conduce al fin , despues de algunos rodeos que nos han parecido indispensables para la claridad de lo que sigue , á emprender con la figura histórica, no la mas elevada, pero ciertamente la mas extraordinaria de nuestro tiempo. Figúrese el lector al efecto, un hombre que ni es soldado, ni majistrado, ni sacerdote, y que en su fisonomía y en sus actos, se parece á un tiempo al soldado, al majistrado y al sacerdote; á un hombre que sin otra fuerza que su palabra, ha conseguido en una sociedad organizada, en medio de un laberinto de leyes represivas, fundar un gobierno estralegal, del que es supremo y absoluto Jefe; un poder que, apoyándose en una base tan frágil como el favor popular, dura hace cerca de veinte años y se aumenta cada dia; poder, ~~que~~ cual no existió jamás, que se extiende por todas partes, si bien sus derechos no estan escritos en ninguna; que se ejerce á la luz del sol, sin otro medio de accion que la censura ó el elojio; que tiene su dotacion pagada antes que el impuesto legal; que impone contribuciones, dá avisos que son mas poderosos que leyes, dirige, por decirlo asi, con el dedo y con la vista á siete millones de hombres. Entrese por un instante en la posi-

cion de este mediador interesado entre la Irlanda y la Inglaterra, esto es, entre el esclavo impaciente del yugo y siempre dispuesto á sublevarse, y el dueño cansado de ceder, y arrastrado por la irritacion á la violencia. Entre estas dos pasiones contrarias, de las cuales la una es mas impetuosa que fuerte, y la otra mas fuerte que impetuosa, véase á este hombre que enseña al esclavo como debe suplir á la fuerza con la astucia, amenazar siempre, y no atacar jamás, y, *pacíficamente agitado*, sostenerse en el último límite que separa la resistencia legal de la iusurreccion; que unas veces aterroriza á los dueños con los estallidos de su voz, y otras canta sus elojios, jesticula como un endiablado en la plaza pública, despues se viste como un Marqués y va á hacer sus visitas, disputa como Abogado y truena como Tribuno, reúne en enormes proporciones las cualidades y defectos mas contrarios, la astucia y la franqueza, la prudencia y la violencia, la energia y la sutileza, la dignidad y la grosería, los pensamientos mas elevados y las declamaciones mas vulgares; y todo esto, fuerza es decirlo, mezclado, unido, fundido en un sentimiento que no varia jamás, el amor ardiente del pais natal,

encarnado enteramente en esta organizacion estrambótica, grandiosa y complexa que se llama Daniel O'Connell.

El *ajitador*, como le llaman los *wihgs*; el *Rey mendigo* (*the king beggar*), segun los *torys*, ó el *libertador*, segun los Irlandeses, nació en la parte Sud Oeste de Irlanda, en un pais montañoso y salvaje de la provincia de Munster, en el Condado de Kerry, en Carhen, el año 1774. uno de los peores para la Irlanda, que jamás los ha tenido buenos; la tiranía legal estaba entonces en todo su vigor. Las *leyes penales* (*) encerraban al católico en un círculo de hierro; la miseria impelia al pillaje; partidas armadas que, bajo el nombre de *White-Boys*, *muchachos blancos*, *Oak-Boys*, *muchachos de la encina*, especie de *Outlaws* bastante parecidos á los de la novela de *Ivanhoe*, devastaban el pais, y se vengaban con el crimen de la opresion de las

(*) Seria demasiado estenso esponer aqui aquellas leyes absurdas y odiosas abolidas en el dia; para dar una idea de ellas al lector, bastará indicar la que prohibia á todo católico poseer un caballo de mas valor de 6 libras esterlinas (600 reales), y que en caso de contravencion, autorizaba á cualquier Protestante á apoderarse del caballo, pagando por él al propietario 500 rs. aunque valiera 10,000.

leyes (*). Dos años despues la revolucion de América iba á causar á la Irlanda la primera y mas fuerte sacudida.

La familia de Daniel , de orijen Milesiano, habia representado un gran papel en los sangrientos combates de la invasion Anglo-Normanda. El *ajitador* ha heredado la enerjía y los ódios de sus antepasados, jefes del Clan de Iverrarah, quienes, sirviéndonos de la espresion del viejo cronista de la conquista, Hanmer, recibieron á los galantes caballeros de la Bretaña, con el sable en la mano, como hombres valientes á pie y á caballo.

El último descendiente de aquella raza, el padre de Daniel, Morgan O'Connell, cultivaba la tierra de sus antepasados á título de arrendador del Colejio Protestante de Dublin; dejó sin embargo á su hijo, el primojénito de la familia, una fortuna regular, que unida á la de un tío mucho mas rico, colocó desde luego á O'Connell en una posicion bastante buena para un católico.

La primera educacion del jóven Daniel se confió al cuidado de uno de esos viejos sacerdotes

(*) Aun en el dia, á pesar de los esfuerzos de O'Connell, todos los años, en la época del hambre, partidas de White-Boys, desolan una parte de la Irlanda.

entusiastas, austeros, patriotas ardientes, que tanto abundan en Irlanda, y cuyo tipo nos ha presentado tan bien Shiel (*) en el retrato del P. Murphy de Corofin. Al parecer le destinaban en un principio á la Iglesia. Entonces estaba en toda su fuerza la intolerancia Anglicana; los Colegios católicos estaban prohibidos en los tres reinos; y toda la juventud Irlandesa tenia que optar entre la ignorancia, la abjuracion ó el viaje á Ultramar. El padre de O'Connell adoptó para su hijo este último partido; le envió primero á Lovaina con los PP. Dominicos, y desde allí á Saint-Omer, con los Jesuitas, donde pasó dos años, se mostró mas fuerte de puños que de pluma, é hizo estudios muy medianos. « No sé á punto fijo, dice Shiel, lo que cambió el destino de O'Connell. Probablemente conoció que habia en él demasiada carne y sangre para poder ser fraile, y la novedad de la carrera de leyes le

(*) Shiel, el primer orador Irlandés despues de O'Connell, su amigo y compañero de armas, publicó en 1829 algunos artículos llenos de verbosidad y agudeza, acerca del gran movimiento católico y revolucionario de Irlanda, y entre otros uno sobre el mismo O'Connell, al cual recurriremos para este trabajo. Dichos artículos reproducidos en el *Globo*, se han publicado despues bajo el título de *Escenas populares en Irlanda*.

tentó. Acababa de abrirse recientemente el foro á los católicos. Abandonó pues Saint-Omer, sus misas, sus vísperas y sus ayunos, y despues de haber engullido el número conveniente de piernas de carnero (*) en Middle-temple, fue recibido en el foro Irlandés, por pascua de 1798.» Año fatal todavía para la Irlanda; año sangriento, en que el jóven Abogado, al desembarcar en las playas de su patria, la encontró rebelde, vencida, castigada sin compasion, bajo una ley marcial atroz, y tropezó desde el primer momento con bayonetas inglesas, cadalsos y cadáveres.

Conócese bastante jeneralmente la historia del movimiento republicano dirigido por la asociacion de los *Irlandeses-Unidos*; sabido es cómo ~~la~~ la influencia de la revolucion francesa de 89, protestantes, plebeyos y católicos, inflamados de igual ardor, se unieron un instante en Irlanda para librarse de la dominacion inglesa; cómo desunieron y debilitaron la asociacion sin disolverla, los horrores cometidos en Francia

(*) No es este el lugar de esplicar el mecanismo muy complicado de las universidades Inglesas; baste al lector saber que antes de ser recibido *in docto corpore*, el candidato Legista tiene sobre todo obligacion de dar muestras de una grande capacidad de estómago.

en 1793; cómo retrocedió sin abordar á sus costas la expedición francesa mandada por el jeneral Hoche á fines de 1796; cómo estalló la insurrección en 1798; cómo otro ejército francés á las órdenes del jeneral Humbert, llegó demasiado tarde para sostenerla, bastante pronto para verse rodeado por fuerzas superiores, y obligado á rendirse prisionero; cómo la Inglaterra teniendo bajo sus pies á la Irlanda agotada y vencida, se arrepintió de las concesiones hechas antes del combate, y se aprovechó de su debilidad para volverla á colocar bajo un yugo absoluto; cómo, á pesar de los elocuentes conjuros de Grattan, el Demóstenes del Parlamento Irlandés, se hallaron 118 hombres bastante cobardes para vender á dinero contante su existencia política; cómo, en fin, el Parlamento de Irlanda se suicidó por medio de un voto que costó á Pitt 124.000,000 de reales; todos estos hechos pertenecen á la historia de Irlanda. (*) y no nos detendremos en ellos. Contentémonos con decir

(*) Wolfe-Tone, uno de los fundadores de la asociación de los *Irlandeses-Unidos*, que pasó á Francia, preparó las dos expediciones de Hoche y de Humbert, de que formó parte; fue preso, conocido, condenado á muerte por los Ingleses, y se mató en su prisión; nos ha dejado acerca de aquella época dramáticas memorias llenas de interés.

que en una reunion de los Abogados de Dublin, convocada para protestar contra el *acta de union*, un jóven de 24 años tomó repetidas veces la palabra, se distinguió por la acre vehemencia de sus palabras contra los nuevos rigores de la Inglaterra, y el aniquilamiento legal de la independenciam de su país. Era Daniel O' Conell.

Desde 1798 á 1810 transcurre la vida de O' Conell en el ejercicio de su profesion, y pronto, á pesar de los obstáculos unidos á su calidad de católico, ocupa el primer lugar en el foro, concentra en él todas las miradas de sus correligionarios, y echa los primeros cimientos de su poder político. Declarados los católicos indignos de ejercer funciones civiles, administrativas ó militares; privados de todos los derechos, menos el de pagar enormes impuestos, no existian por decirlo asi como ciudadanos. O' Conell resolvió romper una por una todas aquellas trabas con la palabra, único instrumento que le habian dejado; su reputacion en el foro, constituyéndole el defensor de todos los intereses católicos, asi en las causas civiles como en las criminales, le sirvió maravillosamente para su ambicion de libertador.

Corresponde naturalmente decir aqui algunas

palabras sobre esa fisonomía tan variada, tan ocupada, de Abogado y de Director político, que tuvo durante 30 años O' Connell, y de la cual ha dejado una de las señales distintivas, ahora que ha renunciado al foro. Shiel nos ha pintado á O' Connell en aquella época de su vida, en un retrato en que *l' humour* inglés está unido á una verbosidad enteramente francesa. Allí es donde debe verse al consejero *the Barrister*, en Dublin, en su elegante casa de Merrion-Square, primero recluso austero, levantándose antes que el sol, preocupado con el estudio de los numerosos legajos tendidos á su alrededor; algunas horas despues, llegando á los *Cuatro Tribunales* (*Four cours*), el Palacio de Justicia de Dubliq, recorriendo rápidamente sus salones, radiante de salud y de vida, y llevando apretado contra su pecho, con una ternura enteramente paternal, una gran bolsa, tan llena, que apenas puede sostenerla su robusto brazo. Rodéale una empalizada viviente de clientes y procuradores, con el cuello tendido, el oido atento y la boca abierta, procurando atrapar al vuelo alguna opinion, que hay probabilidad de sacar *gratis* del consejero halagándole, riendo despues de sus chanzas alegres y

familiares, ó temblando cuando, en un tono mas severo y subido, toma la postura de un profeta, y les anuncia que está inmediata la hora de la redencion de la Irlanda: pero llega el momento de los pleitos; el consejero corre rápidamente de una á otra Sala, hace él solo mas que veinte de sus cofrades, mezcla en cada negocio del Tribunal de Asisas ó de Policía correccional, un movimiento oratorio sobre el *acta de union* y la tiranía inglesa; personifica en el mas oscuro de sus clientes á la Irlanda entera, y con la mejor fe del mundo, *embolsa honorarios* como un hombre que trabaja por su pais. Dan las tres, los jueces dejan sus asientos, O' Conell bañado en sudor corre al *Meeting* reunido en cualquier taberna; allí dirige el huracan de los debates populares con tal fuerza de pulmones, con tau redoblada energía, que cualquiera creeria que empieza entonces los trabajos de aquel dia. A las siete le espera un banquete, se conducirá en él como un alegre convidado, pronunciará media docena de discursos en elogio de la Irlanda, se retirará á una hora avanzada, y buscará en un corto sueño fuerzas para volver á empezar al siguiente dia. En otra parte nos pinta Shiel al

consejero en la recepcion de la mañana del Virrey, con la espada ceñida, en las filas de los opresores, hinchado y servil como ellos, ó tambien yendo en grande ceremonia, con un ramo de laurel en la mano, á recibir de rodillas á S. M. Jorge IV, en la playa de Dunleary (*); y para que nada falte á los disparatados colores de aquel cuadro, véase ahora á O'Connell, á quien un jurado de Dublin, si estuviera hábilmente escogido, condenaria con solo verle como culpable de alta traicion por construccion; tan impregnados estan su aire y todos sus gestos de este sentimiento nacional: la independencia de la Irlanda ó la combustion del mundo. Sus hombros son atléticos, su cara previene en su favor, las facciones son á un tiempo dulces y masculinas; brilla sobre su rostro, radiante de emociones patrióticas, el floreciente lustre de la salud y de un temperamento sanguíneo; su expresion abierta y franca invita á la confianza, y sus ojos azules y alegres miran con la mayor benevolencia; con sus

(*) Jorge IV visitó la Irlanda en 1821, y su corta permanencia dió lugar á una reconciliacion pasajera entre los dos partidos: protestantes y católicos se dieron una especie de beso Lamourette, en la persona de MM. Elliot y O'Connell.

aires de Espartano, lleva el paraguas sobre el hombro como una lanza, arroja un pie faccioso delante del otro, cual si rompiendo ya sus hierros, echase de delante de sí la supremacia protestante, al paso que de cuando en cuando el movimiento de espaldas democráticas de su ancho busto, parece un esfuerzo vigoroso para sacudir una opresion de setecientos años. Vuélvase ahora la hoja; véase al demócrata que pasa como el relámpago con su tren brillante y revolucionario, su coche verde, sus libreas verdes, y sus turbulentos caballos papistas, galopando gallardamente sobre un empedrado protestante, con gran -disgusto y daño de los protestantes que van á pie.

Basta este bosquejo para dar una idea de la vida estrambótica y devoradora de O' Conell, hasta la eleccion de Clare. Sin embargo, merece referirse un incidente particular, tanto mas cuanto algunos lo han contado ya desnaturalizándolo (*); en 1815, en un *Meeting* celebrado en

(*) Citaremos particularmente un artículo de la *Revista de los dos Mundos*, firmado por un miembro del *Parlamento Inglés*. Aquel artículo, no solo es injusto en su conjunto, sino que está lleno de inexactitudes de toda clase. Véase un ejemplo: «este hombre gordo, dice el autor ha-

Dublin, O'Connell, atacando con su fogosidad ordinaria á la Corporacion municipal de aquella ciudad, la habia llamado una corporacion mendicante; un abogado, miembro de ella, llamado d'Esterre, creyéndose personalmente insultado, desafió á O'Connell; rehusó este negando toda intencion de insulto personal, y su adversario le amenazó con darle un bofetón. Los amigos de O'Connell decidieron que se celebrase el duelo; elijióse por arma la pistola, y el agresor cayó muerto en el acto: O'Connell, aflijido de su victoria, fue á la Iglesia acompañado de sus testigos y de los de d'Esterre, juró solemnemente que no se batiria mas, y ofreció á la viuda de su adversario una pension igual á lo que su marido ganaba anualmente. La municipalidad de Dublin

blando de O'Connell, tan florido, tan alegre, tan abierto, no parece que haya sufrido mucho, y los cuidados de la vida pública no han arrugado su ancha frente, *ni desguarnecido de pelo sus sienas.*» Esta frase, que por otro lado no dice gran cosa, es tanto mas inoportuna cuanto es notorio que el agitador es *calvo*, y usa una *peluca* muy espesa y aparente, lo que prueba al parecer que el *supuesto miembro* del Parlamento se sienta muy lejos de O'Connell. En otra parte habla del ojo *sensual, ardiente*, casi feroz de O'Connell: compárese esto con los *ojos azules y alegres* de que habla Shiel, con el hombre gordo tan *abierto*, tan *alegre* de poco antes, y júzguese de lo demas.

decidió que no fuese aceptada aquella oferta, y votó de sus fondos la suma que O' Conell habia prometido.

Desde entonces se ha echado en cara muchas veces al *ajitador*, que se escudaba en aquel voto para insultar impunemente; no es todo verdad en este cargo; el valor personal del impetuoso Irlandés no puede ponerse en duda; pero es cierto que muchas veces ha tenido falta de dignidad, y no ha sabido comprender que, en la posicion excepcional que se habia creado, la decencia en el ataque era el deber mas imperioso. Creemos que últimamente uno de sus hijos ó sobrinos se ha visto obligado á batirse por él.

Llegamos ahora al periodo mas brillante de la vida de O' Conell, y como es mucho mas conocido que el otro, seremos mas breves.

Habia sucedido á la asociacion de los Irlandeses Unidos el *comité católico*. Un mercader en sederías de Dublin, John-Keogh, hombre de una capacidad superior á su nacimiento y educacion, habia formado y sostenido aquel comité, y dirigia sus operaciones; á su muerte, la asociacion perdió casi toda su fuerza, y las promesas liberales del Rey Jorje acabaron de disolverla. Elu-

diéronse aquellas promesas, y en 1823 los católicos, frustradas sus esperanzas, sujetos siempre por leyes restrictivas, se hallaban sin principio alguno de unidad, sin centro alguno de acción, cuando O'Connell y Shiel, estraños hasta entonces uno á otro, y aun enemigos, se encontraron en casa de un amigo comun en las montañas de Wicklow, y concibieron el proyecto de levantar el partido católico del estado de abyección á que estaba reducido. A los pocos meses, reuníanse veinte individuos en la taberna de Dempsey, en Dublin, y formaban el núcleo de esa inmensa *Asociacion católica* que seis años mas adelante, en 1829, abarcaba toda la Irlanda, apoyaba sus decretos con la voz de siete millones de hombres, y arrancaba por temor al Ministerio Wellington y Peel, la grande y memorable ley de la *emancipacion*.

Principiemos por decir dos palabras acerca de la organizacion de la *Asociacion católica*, de ese gobierno extra-legal de que hablamos al principio, que tiene su presupuesto, sus Abogados, sus Procuradores, sus Periodistas, que en un dia puede levantar toda la Irlanda, que se ha constituido defensor del pueblo é infatigable fiscal de todos los

actos del Gobierno Inglés, y que por el imperio de una autoridad enteramente moral, y por lo mismo mas poderosa, ha llegado á hacer nacer el orden del desorden mismo. Una comision central, residente en Dublin, y compuesta de miembros, cuyo método de eleccion ha variado segun las circunstancias, representa la asociacion y adopta todas las medidas que considera útiles á la causa comun. Dicha comision se reúne con regularidad, examina las leyes propuestas al Parlamento, las discute, censura los actos del poder y de sus agentes, adopta resoluciones y las publica por medio de su periódico; en una palabra, obra como un verdadero Parlamento al cual solo falta la facultad regular de hacer leyes obligatorias para todos. El modo de percibir el impuesto, que en 1825 era de tres cuartos (*un penny*) por cada individuo, ha experimentado varias metamorfosis para librarse de la accion del Parlamento Inglés. La asociacion, disuelta muchas veces como inconstitucional, renace siempre, se reorganiza bajo otro nombre, con otras formas, pero quedando la misma en el fondo; así pues, en 1829 se llamaba la *Asociacion católica*; en 1837 la *Asociacion jeneral de la Irlanda*; en 1839 la *So-*

ciudad de los Precursores (Precursor-Society); en el día ha tomado el nombre de *Asociacion nacional*. Enumerar los actos de tan singular gobierno, es hacer la historia de O' Conell, pues si la *Asociacion* maneja la Irlanda, él maneja á la *Asociacion*.

Una de las tentativas mas atrevidas de este poder, es sin disputa la primera eleccion de O' Conell. La ley imponiendo á todos los católicos para entrar en el Parlamento la obligacion de prestar el juramento de *supremacia protestante*, era en el hecho mismo, una verdadera ley de exclusion; y ningun católico se habia presentado aun como candidato, cuando la *Asociacion* resolvió desafiarse á la ley. El diputado de Ennys, en el Condado de Clare, Mr. Vesey-Fitz-Gerald, ~~protestante~~ en religion, es decir, *hombre honrado*, segun los Irlandeses, habiendo aceptado un empleo en el Ministerio tuvo que sujetarse á reeleccion; y entonces fue, en 1828, cuando la *Asociacion* decidió que O' Conell seria el competidor del Ministro, y se presentaria, siendo católico, á los sufragios de los electores de Clare. O' Conell aceptó sin vacilar aquella gran mision, y pronto se abrió una lucha electoral, cuyo recuerdo conser-

vará por mucho tiempo la Irlanda; pues allí fue donde adquirió el sentimiento de su fuerza; allí donde arrancó al Gobierno Inglés la medida que debía libertarla al año siguiente. Shiel nos ha dejado un cuadro brillante de todas aquellas escenas tan curiosas, tan dramáticas, tan variadas, tan pintorescas de la elección de Clare. En aquel cuadro, que no nos permite reproducir aquí lo reducido de nuestro trabajo, estan consignados todos los detalles de aquel memorable combate á que asistia de intencion ó en persona la Irlanda entera. Por una parte, Mr Vesey-Fitz-Gerald, seguido de toda la aristocracia del Condado; por otra el *ajitador*, acompañado de una inmensa muchedumbre de Terratenientes-libres (*Freeholders*), que se adelantaban llevando al frente á los curas y á los estandartes, al son de las gaitas, y haciendo resonar en el aire sus ruidosas aclamaciones: en los *hustings* los dos rivales compitieron en elocuencia; Mr. Vesey-Fitz-Gerald habló de todos los servicios hechos por sus antepasados, de los suyos, de los de su anciano padre, venerado en el Condado, y tendido en aquel momento en el lecho de muerte, haciendo su agonía mas tierno el recuerdo. La multitud contestó con

lágrimas de simpatía á las lágrimas del orador; pero pronto se oyó la voz de O' Conell, la gran voz que penetra en el corazón de las masas; fue alternativamente muelle, vibradora, enérgica, burlona, patética, grosera, implacable; estallaron por todas partes *vivas á O' Conell*, y quedó asegurado el éxito de la elección. Cuéntase como una prueba de la omnipotencia de la *Asociacion* sobre la Irlanda, que la comision prohibió á aquella inmensa multitud el beber *whisky* mientras durase la elección, y ni uno solo faltó al deber que se había impuesto; ¡hecho muy notable para cuantos conocen la invencible inclinacion á la embriaguez que tanto distingue á las jentes del campo Irlandesas!

Seis meses despues el Gobierno Inglés, espantado de tanta audacia, se resolvió á ceder; votóse el bill de emancipacion, y O' Conell no temió presentarse en Westminster á reclamar su asiento como diputado de Clare, invocando el beneficio de una ley votada despues de su elección. El 15 de Mayo de 1829, fue su primera aparicion en el Parlamento; la Inglaterra habia visto ya al agitador en 1825, cuando á la cabeza de una Diputacion fue á esponer las quejas del pueblo Ir-

landés. El pueblo le había acogido con aplausos, y él mismo deseoso de volver á ver al hombre que llenaba la Irlanda con su nombre, obstruía todas las avenidas del Parlamento. O' Conell entró; la sala estaba llena, y negándose á prestar el antiguo juramento, el Presidente, declarándole que la ley de emancipacion no podia tener efecto retroactivo, le intimó que se retirara, y él salió; su eleccion fue vivamente discutida y anulada al fin. Despues de algunos dias dedicados á las fiestas que le dieron los radicales en todas las tabernas de Lóndres, marchó O' Conell á reclamar por segunda vez la mision de los electores de Clare. Su viaje al través de la Irlanda fue un prolongado é inmenso triunfo; cuarenta mil personas rodearon constantemente su coche abierto, desde el cual les arengaba. Llegó por fin á la una de la mañana á Clare, donde hizo su solemne entrada, seguido de toda la poblacion del Condado, en medio de las flores, de las palmas y de las antorchas, al son de los instrumentos, al ruido de los vivas y de los gritos de las mujeres que agitaban sus pañuelos y le arrojaban ramos. Semejantes triunfos son lisonjeros sin duda, recompensan dignamente á los grandes oradores y á los

grandes defensores del pueblo ; por desgracia los pueblos hacen lo mismo con las bailarinas , y esto rebaja un poco su valor.

Reelejido O' Conell, sin que se presentara competidor , tomó posesion de su asiento en principio de Marzo de 1830 : no es posible seguirle aqui en todos los pormenores de su carrera política. Ha experimentado esta algunas variaciones que muchos , que no han comprendido ese patriotismo esclusivo , limitado al objeto de sus afecciones, le han echado vivamente en cara ; nos contentaremos con indicar los puntos principales. Contribuyó con todas sus fuerzas á la caída del Ministerio Wellington y al advenimiento del Ministerio whig de Lord Grey. Reelejido diputado por el Condado de Kerry , se pronunció en favor de la reforma de las leyes electorales , apoyó con calor el *bill de reforma* , que casi ha doblado la representacion popular , y pronunció con este motivo un notable discurso , que decidió en gran parte la adopcion de aquella importante medida ; aliado primero con los radicales , se separó de ellos para apoyar al Ministerio , que le prometió la abolicion del diezmo en Irlanda ; burladas sus esperanzas , proclamó en 1833 que los whigs eran

« una jaccion de tunantes , un escremento del *torysmo* » y presentó , en Abril de 1834 , una proposicion para que se anulara el *acta de union*. El orador no encontró simpatía alguna en su auditorio , y partió para Irlanda al acabarse la session , anunciando por todas partes que iba á hacer cuestion diaria la de la *anulacion* ; entre tanto los *torys* volvieron por un instante al poder , los *whigs* hicieron proposiciones á O' Conell , quien se unió con ellos bajo ciertas condiciones , y pronto , merced al apoyo de su nombre y de los cuarenta votos Irlandeses de que dispone en el Parlamento , triunfaron los *whigs*. Wellington se vió nuevamente obligado á dejar el poder , y se fundó el Gabinete Melbourne. Algunas reformas parciales verificadas en Irlanda , unieron al principio á O' Conell con este Gabinete. En esta época , en 1835 , fue cuando en su viaje triunfal por Escocia , al paso que predicaba la reforma de la Cámara de los Lores , la abolicion del derecho hereditario , y prodigaba al pueblo de Edimburgo su famosa comparacion del hombre « que cree saber hacer zapatos , por la sola razon de que su abuelo los hacia bastante bien en su tiempo » , concluía todos sus discursos con el grito *leal de*

¡vivan los Ministros del Rey! « Nada de banderas, nada de emblemas, calma y moderacion si salen á recibirme » escribia, á su regreso á Dublin, el *ajitador* vuelto mas y mas pacífico. En el dia parece definitivamente rota la buena armonía entre O'Connell y el Ministerio. Ha vuelto á ajitar la Irlanda, despues de haber pedido inútilmente la reforma de la *Iglesia* y de las Corporaciones municipales. Anuncia que ha sido engañado, que retira su proposicion de hace ocho años, y su voz truena de nuevo por la *anulacion de la union*. Es evidente que O'Connell va trás de un fantasma, ó lo que es mas probable, que para obtener lo menos, pide lo mas, sabiendo que no lo ha de conseguir. La Inglaterra, que trabajó con tanto ardor hace cuarenta años, y pagó tan caro la destruccion de un Parlamento servil, no irá en el dia á devolver á la Irlanda un Parlamento que no tardaria en ser hostil, aunque independiente, y provocaria sin duda alguna la separacion de ambos paises, ó lo que es lo mismo el mayor peligro que pueda correr la Inglaterra, y cuya estension conoce bien, pues sabe que siempre, desde la famosa *armada* de Felipe II hasta la expedicion de Hösche y de Hum-

bert, la Irlanda ha sido el punto de mira de sus enemigos ; y que aquel pais que divisa desde sus playas, el dia en que dejase de pertenecerle podria en algunas horas arrojarle una invasion. La Inglaterra ademas no acostumbra renunciar graciosamente á lo que posee.

¿ Pero cómo concluirá todo esto ? Esta pregunta nos lleva á resumir nuestro pensamiento acerca de la fisonomía de O' Conell como orador y como hombre político, y acerca del objeto que lleva y los resultados que ha conseguido.

Las cualidades oratorias de O' Conell consisten mucho menos en el desarrollo extraordinario de tal ó cual facultad, que en el conjunto de muchas facultades heterojéneas. Es cuanto quiere ser : unas veces lógico á la manera de los escolásticos y hasta el pedantismo, otras retor disertado, idílico y florido ; unas veces inspirado y patético hasta arrancar lágrimas ; otras burlesco, acerado é implacable ; otras sencillo y cándido como un verdadero buen hombre ; pero con mas frecuencia *ajitador de oficio*, como él dice, tribuno del pueblo y tribuno Irlandés, es decir, combinando el vigor y la hinchazon, la firmeza y la vulgaridad en proporciones colosales, y

por lo mismo sin rival en Europa en el arte de conmover á su antojo la muchedumbre. Las simplezas y las brutalidades oratorias de O'Connell exceden todos los límites posibles: dirá á uno de sus enemigos, á Lord C***, que es una *cabeza de jabalí guarnecida con una piel de naranja*; á otro, que tiene la desgracia de ser cojo, que le ataca y pretende que su lenguaje es severo, pero exacto, le replicará: «sí, exacto como vuestras piernas; y le llamará: la ballena terrestre, el hombre montaña, la mayor masa que se puede enseñar gratis.»

En contestacion á los ataques de Mr. Jackson, el enemigo mas implacable de la Irlanda, O'Connell se levanta y esclama: «En el pecho de todo hombre, el corazón, enriquecido con una sangre generosa, pende de músculos que la simpatía dilata; en el pecho de ese (señalando á Jackson con la mano izquierda) si le abrieseis en este instante ¿sabeis lo que encontrariais? en vez de corazón y de sangre, pequeños vasos llenos de un humor acre y negro; en vez de músculos, correas mohosas de cuero que el ódio estrecha contra los pulmones, y que le arrancan esos gritos de animal montaraz con que nos ha des.

garrado los oídos.» Y cuando todo el lado tory se levanta en tumulto, O' Conell, dominando el ruido con su voz poderosa: « ¡Id, vocingleros! ¿hay mas todavía? Que se unan con estos. ¿Qué importa que haya en una feria algunos rocines mas ó menos.»

Seria no acabar si quisieramos citarlo todo: añadiremos solamente que no seria bueno juzgar al orador por esta simple muestra. Muchas veces, O' Conell, en sus rápidas improvisaciones en que tiene por auditorio un pueblo entero, dejando á un lado el sarcasmo y la injuria, se anima, se exalta, se penetra del grandor de la dignidad de su mision, y entonces su palabra se desenvuelve pura, ardiente, llena de imágenes, grandiosa, y se eleva hasta la mas sublime poesía. De este modo, despues de su segunda eleccion en Clare, terminó una alocucion dirigida á 40,000 hombres, con estas palabras: « En presencia de mi Dios y con el mas profundo sentimiento de la responsabilidad que llevan consigo los solemnes y temibles deberes que por dos veces me habeis impuesto, los acepto, Irlandeses! y tengo seguridad de llenarlos, no por mi fuerza sino por la vuestra. Los hombres de Clare saben que

la única base de la libertad es la religion. Triunfaron, porque la voz que se levantaba por la patria habia exhalado antes su plegaria al Señor. Actualmente oyense cánticos de libertad en nuestras verdes campiñas; aquellos sonidos recorren las colinas, han llenado los valles, murmuran en las ondas de nuestros rios, y nuestros torrentes con su voz de trueno, gritan á los ecos de nuestras montañas: ¡la Irlanda es libre! » Unase á tales palabras el poder magnífico del continente, del gesto, de la voz, y júzguese del efecto.

La fisonomía política de O'Connell pocas veces es apreciada á sangre fria; para los torys es un *saltimbanqui sin pudor*, un *mendigo desvergonzado* (*), un *perro mohino que merece estar atado etc., etc.* Para los whigs es un hombre

(*) Es sabido que el pueblo Irlandés ofrece anualmente á O'Connell un tributo voluntario muy considerable; en 1835 escedió aquella suma 2.000,000, y cuentan muchos viajeros que al dar limosna á un pobre Irlandés, le han visto separar una parte diciendo: « Esto es para la renta de O'Connell. » El objeto de dicha renta es para indemnizar al agitador de haber abandonado su abogacia, y al mismo tiempo para atender á los crecidos gastos que ocasionan sus frecuentes viajes, sus relaciones multiplicadas y su elevada posición política. La publicidad absoluta de que va acompañada la percepcion de aquella renta, atenúa la extrañeza que causaría á nuestras costumbres.

peligroso y venal, que es preciso comprar á toda costa: para los radicales es un amigo poco seguro del que es preciso desconfiar; para los Irlandeses O' Conell es mas que un hombre, es casi un Dios.

Todas estas apreciaciones tan diferentes, se conciben y esplican por la movilidad misma de O' Conell, movilidad cuya causa y justificacion es preciso buscar en esa posicion maista en que se ha colocado, entre la legalidad y la insurreccion. « O' Conell, como lo ha dicho muy bien Mr. de Beaumont, no es ni un hombre de pura oposicion parlamentaria, ni un hombre de revolucion; es uno y otro alternativamente y segun los casos: para él todo consiste en obedecer y resistir con discernimiento. » O' Conell no es un filósofo humanitario, porque antes que todo es el hombre de su pais, y porque la Irlanda tiene demasiado que hacer con sus propios males, para pensar en disertar sintéticamente en los de la especie humana; O' Conell es católico, primeramente porque es Irlandés, y en seguida porque habla á Irlandeses y para Irlandeses; O' Conell no ha insurreccionado su pais, y aunque pueda hacerlo con una señal, no lo hará, porque aun no juzga la Inglaterra bastante dividida, ni bastante fuerte á

la Irlanda para arriesgar la iniciativa. Reflexiónese en todas las tentativas anteriores en que Dios ha permitido que corriera en vano la sangre del oprimido; piénsese en la espantosa responsabilidad que pesa sobre un solo hombre; véase á este hombre que conoce que se aproxima el tiempo, pero que retrocede ante el sacrificio de toda una generacion, que espera morir antes de la hora del combate, y se comprenderán las secretas angustias de O'Connell.

¿Muerto este qué será de la Irlanda? El lector ha debido conocer por lo que precede, que el *statu quo* por mucho que pueda prolongarse, no tiene condicion alguna de vida. ¿Será la Irlanda oprimida otra vez, y sufrirá nuevamente por siglos la dura esclavitud de que ha salido? Para sacar tal conclusion de lo existente, seria preciso dudar de la Providencia, y de la marcha progresiva del espíritu humano. ¿Se separará la Irlanda de la Inglaterra? Hemos visto que esto solo podria verificarse con la destruccion de la una ó de la otra; queda una última y mejor solucion del problema. Si O'Connell no ha dado á la Irlanda la felicidad y la vida social, le ha dado por lo menos el sentimiento de la fuerza en la union, y cualesquiera que puedan ser las

alternativas de la lucha futura; este sentimiento no morirá; pero O'Connell ha hecho mas todavía, ha llevado á Inglaterra lo que puede llamarse el *contagio* de la Irlanda. La aristocracia inglesa será castigada por donde ha pecado; ha tenido dos pesos y dos medidas, ha gobernado la Inglaterra con un buen espíritu, aunque no fuese todavía sino el espíritu del egoismo, pero ha hecho pasar á toda la Irlanda bajo el mismo nivel de miseria, y de este modo ha creado á su lado la mas enérgica y temible de todas las democracias, la de los *harapos*; y la democracia es epidémica por su naturaleza, y no faltan tambien harapos en Inglaterra. Si es verdad que las generaciones son solidarias unas de otras; si lo es como lo ha dicho un noble y armonioso pensador (*) que la humanidad marcha siempre por un camino trazado por estas tres palabras: DECADENCIA, ESPIACION Y REHABILITACION; si es cierto que los crimenes de las castas, como los de los pueblos y los de los individuos son libres, pero que la pena de ellos, por muy lenta que sea, es fatal; si es verdad que durante setecientos años la aristocracia Inglesa ha enviado á

(*) M. Ballanche.

la Irlanda la tiranía, ¿con qué derecho podrá quejarse cuando la Irlanda le envíe en cambio una revolución?







GENERAL LEON.



D. DIEGO DE LEÓN,

CONDE DE BELASCOAIN.

«Como el Caballero Bayardo, sin miedo y sin tacha.»

«El cadalso no deshonró a DIEGO LEÓN; el cadalso en nada menoscabó las glorias que tan justamente había adquirido.»

Discurso pronunciado por el General S. MUREL, Ministro de la Guerra, en la sesión del Congreso del 26 de Enero de 1842.

Hay en los periodos terribles de guerras civiles y trastornos sociales con que la Providencia aflige algunas veces á los pueblos, personajes que si descuellan sobre los demas por la parte

activa que tomaron en la lucha, por sus grandes hechos de valor, y por su lealtad y nobleza, llaman todavía mas la atención, por el fin desastroso de su vida. Tal es el ilustre personaje, cuya biografía vamos á trazar, no sin desconocer la gran dificultad de satisfacer en el aprecio que de los hechos hagamos, todas las pasiones, todos los partidos que en ellos han intervenido. Calientes todavía las cenizas del héroe de Belascoain, preocupados aun los ánimos con los sucesos que ocasionaron su triste fin, peligroso es incurrir en la desgracia de todos los partidos; pero llevamos al menos la ventaja que ninguno de ellos ha puesto jamás en duda, la esplendorosa caballerosidad; la acrisolada nobleza; la invariable lealtad, y el indisputable valor del general Leon. ¿Y cómo no ser así, cuando aun sus mas encarnizados enemigos presenciaron su denodado arrojo en cien combates, y á él debieron en muchos el lauro de la victoria? Pudiéramos pues encomiar sus grandes hechos militares sin el menor recelo de ser contradichos; no así tal vez su lealtad, porque esta cualidad moral, si bien descanza en principios eternos, es diferentemente juzgada por los partidos polí-

ticos, durante el vértigo que los domina. Día llegará en que la imparcial historia clasifique y dé su justo valor á las acciones y procedimientos de los hombres que han representado un gran papel en el prolongado y sangriento drama de nuestras discordias civiles. Seremos, pues, para evitar estos escollos, meros cronistas de los sucesos que tengan relacion con el personaje, tan ilustre como desgraciado, de cuya biografía nos ocupamos; dejando á cada cual la apreciacion de ellos, segun el espíritu que le domine. Los sucesos que terminaron su gloriosa existencia, son todavia demasiado recientes para pertenecer á la historia. Todos los hemos presenciado; todos sabemos sus causas; todos lloramos sus tristes resultados. Consignaremos solo en nuestro trabajo los hechos de público salidos; envueltos están aun algunos en la oscuridad que las circunstancias no han permitido aclarar, pero con el tiempo quedarán fijados.

Tampoco nos permite lo reducido de nuestro trabajo, el hacer una detenida enumeracion de los hechos militares del general Leon durante la guerra civil. ¿Y para qué, cuando están llenos todos los papeles públicos de la época, de sus

combates y hazañas? Así pues pasaremos rápidamente por la gloriosa carrera militar, para detenernos algun tanto mas en la corta, pero notable vida política del general Leon.

D. DIEGO ANTONIO DE LEON Y NAVARRETE, PRIMER CONDE DE BELASCOAIN, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE CARLOS III, DE LA AMERICANA DE ISABEL LA CATOLICA, Y DE LA MILITAR DE S. FERNANDO, CONDECORADO CON LA LAUREADA DE SEGUNDA CLASE DE LA MISMA ORDEN, Y CON OTRAS VARIAS DE DISTINCION POR GLORIOSAS ACCIONES DE GUERRA, GENTIL-HOMBRE DE CAMARA DE S. M. CON EJERCICIO, COMENDADOR DE LA ORDEN REAL DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA, TENIENTE GENERAL DE LOS EJERCITOS NACIONALES, nació en Córdoba el dia 30 de Marzo de 1807, siendo sus padres el Marqués de las *Atalayuelas*, Comendador de la Orden de Calatrava, gentil-hombre de S. M., y brigadier coronel del regimiento Provincial de aquella ciudad, y Doña Maria Teresa Navarrete y Valdivia. Fue educado con el esmero y segun á su distinguida clase correspondia, y al concluir sus estudios en el colegio de la Asuncion de

Córdoba en 1823, manifestó los mas vivos deseos de seguir la carrera militar, en la que tantos días de gloria habia de dar á su patria. Condescendiendo su padre con sus deseos, y segun habia sido costumbre en otros tiempos, propuso al Gobierno beneficiar una compañía de caballería en favor de su hijo D. Diego, á lo que accedió el Gobierno concediendo el título de Capitan del regimiento de caballería de Almansa 1.^o de Dragones á D. Diego de Leon en 28 de Agosto de 1824, en cuyo mismo dia hizo su padre entrega formal de 74 caballos, cuyo coste ascendió á 160,000 reales. En dicho cuerpo continuó Leon sus servicios, hasta el 20 de Diciembre de 1826, en que fue nombrado ayudante de Campo del comandante general de la Guardia Real de caballería, el Marqués de Zambrano. En 19 de Julio de 1827 obtuvo el empleo de Capitan del regimiento de Coraceros de la Guardia Real.

Llegó el año de 1829, y con él la celebracion del augustó enlace del Rey Fernando VII con la Princesa de Nápoles doña Maria Cristina de Borbon, que tan halagüeñas esperanzas infundió á todos los españoles; en celebracion de

aquel memorable suceso, se concedió á Leon el grado de coronel. Continuó sus servicios, ascendiendo en 7 de Octubre de 1834 á comandante de escuadron de Lanceros de la Guardia; y habiendo solicitado ir á campaña, pasó al ejército de operaciones del Norte en el mes de Diciembre, dando principio á la série de memorables hechos de armas en que brilló su nombre. El 17 de Enero de 1835 peleó denodadamente en la accion de Urbiza: el 27 del mismo mes en la de Muez: el 5 de Febrero en los campos de Nazar, Assarta y Puente de Arquijas: poco despues tomó el mando de los escuadrones de campaña, y concurrió con ellos á la accion de los Arcos el 24 de Febrero, á la del Puente de Lárraga en 8 de Marzo, y el 29 del mismo mes á la de Arroniz. Combatió el 2 de Mayo en la retirada del fuerte de Treviño; el 16 en el reconocimiento sobre el Carrascal; el 13 de Junio en la retirada del sitio de Salvatierra; en 16 de Julio en la gloriosa accion de Mendigorria; el 2 de Setiembre en la de los Arcos, en la que con 72 caballos contuvo una columna enemiga, habiendo perdido en aquella accion dos caballos muertos y uno herido de los que mon-

taba, mereciendo por tan heróico comportamiento que el General en Cefe le pusiese en el acto la cruz laureada de S. Fernando, dispensándole la Reina del juicio contradictorio, por la notoriedad del hecho en que la habia adquirido. El 11 del mismo mes, combatió de nuevo en los campos gloriosos de Mendigorria; el 17 de Octubre en Salvatierra y en el reconocimiento sobre Guevara, habiendo desalojado á los enemigos con el escuadron de su mando de las posiciones que ocupaban; el 28, en la marcha desde Villareal á Vitoria, sosteniendo la retirada de todo el ejército con cinco escuadrones que mandaba, y con los cuales dió dos cargas á los enemigos, valiéndole este hecho una mención honorífica en la Orden general. Peleó en Estella el 15 de Noviembre y el 16 en Montejurra, donde logró pasar con 7 lanceros el desfiladero de aquel monte y cargar con tan corta fuerza á dos escuadrones enemigos, haciéndoles huir y apoderándose de treinta prisioneros. El 1.^o de Enero de 1836 se halló en la accion dada sobre el castillo de Guevara, y el 16 y 17 en las sangrientas de Arlaban; el 23 en el reconocimiento sobre aquel castillo; el 25 de Febrero en la de

Berrio Plano, en la que cargó valerosamente á los enemigos; el 5 de Marzo en la de Zubiri. El 23 salió con 150 infantes y 64 caballos en persecucion de dos batallones y un escuadron enemigos que mandaba el Rojo, y á los que alcanzó y batió al romper el dia. Por real despacho de 12 de Marzo fue nombrado coronel del regimiento húsares de la Princesa, y con él concurrió el 25 de Abril al reconocimiento sobre Villarreal de Alava. Marchó en seguida á proteger el fuerte de Villaba de Losa, hallándose ya de vuelta en Arlabán cuando tuvieron lugar las memorables acciones del 21, 22, 23, 24, 25, 26 y 27 de aquel mes. En Junio salió en persecucion de Gomez por las provincias de Asturias, Galicia, Castilla, Aragon, Cuenca, Mancha, ~~Andalucia~~ y Estremadura. Entonces fue cuando alcanzó su espada la inmarcesible gloria de Villarrobledo, en cuya jornada con 150 húsares hizo pedazos á 11,000 infantes y 1,000 caballos, quedando en su poder 1,500 prisioneros, 2,000 fusiles, y 200 muertos en el campo. Por tan brillante victoria fue ascendido Leon al empleo de Brigadier. El 14 de Octubre libertó á la ciudad de Córdoba del poder de los enemigos, siendo el

primero que entró en ella, y en 29 de Noviembre logró alcanzarlos y batirlos de nuevo en Alcaudete.

Hasta aquí hemos copiado la hoja de servicios de Leon, y en el inmenso número de acciones de guerra en que peleó, hemos citado las fechas para que la historia pueda fácilmente encontrar y estender los pormenores de ellas. Ahora hablaremos del General ilustre, cuyos gloriosos hechos están enlazados con la historia del ejército en los últimos años de la campaña.

En el Otoño de 1837, mandando D. Carlos las fuerzas de su expedición, tuvo lugar la batalla de Gra en Cataluña, y en ella Leon con 57 húsares deshizo á cuatro batallones y dos escuadrones enemigos, decidiendo del éxito de la batalla. Continuó despues á las órdenes del general Espartero en persecucion del enemigo hasta la retirada de éste á las provincias del Norte, dando fin á aquella campaña con la victoria que alcanzó en Huerta del Rey. Allí sin mas fuerza que 69 tiradores de húsares, venció y derrotó á 9 escuadrones enemigos, haciéndoles 93 prisioneros y apoderándose de 78 caballos. En 11 de Noviembre fue ascendido Leon á Mariscal de



Campo. La expedición carlista volvió á pasar inmediatamente el Ebro, y Leon obtuvo el mando de las fuerzas destinadas á operar en Navarra. La situación de aquel país era entonces sumamente crítica para las tropas de la Reina, faltando los recursos para mantener al soldado, á causa de haber estendido el enemigo su dominación durante las expediciones. Persuadido Leon de la necesidad de emprender las operaciones, para reconquistar el país perdido, acometió en medio de tantos obstáculos y consiguió en breve la difícil empresa de arrojar al enemigo al otro lado del Arga. Fijó en seguida su atención sobre la importancia del puente fortificado de Belascoain, punto de fácil y segura comunicación con el Carrascal, y manifestó al general Alava, Virey entonces de Navarra, el pensamiento que había concebido de atacar aquel fuerte. Aplaudió el Virey la idea, pero no aprobó su ejecución desconfiando del éxito. Leon, sin embargo, acometió la empresa; con cinco batallones y sin artillería de batir, derrotó á los enemigos que contaban con siete batallones, y logró arrojarlos al mismo pueblo de Belascoain. Envío entonces un oficial de su estado mayor á pe-

dir al Virey artilleria para batir el fuerte, y sin esperar aquel auxilio indispensable para tamaña acometida, al amanecer del siguiente dia rompió Leon el ataque sobre el pueblo, del que se hizo pronto dueño: en tan crítico momento supo la negativa formal del Virey á facilitarle la artilleria; pero no por eso desmayó, y decidido á poner término á aquella lucha, acometió á la carrera todas las posiciones y líneas atrincheradas. En breve fue todo suyo, manifestando al Virey que solo necesitaba pólvora para volar el fuerte, y raciones para dar de comer al soldado. Abandonó por poco tiempo el teatro de Navarra, disgustado de las contestaciones que se veia precisado á sostener con el Virey, quien encargado de las operaciones en aquella parte, experimentó en Setiembre un fuerte descalabro en Legarda. Leon que se hallaba á larga distancia al frente de la caballeria del ejército, recibió del General en Jefe la mision de encargarse de nuevo del mando de las fuerzas de Navarra. Marchó sin detenerse, y á la hora de haber llegado, con las mismas tropas que antes se retiraban derrotadas, batió al enemigo y le obligó á repasar el Ebro. Vencióle de nuevo en Sesma y en Belascoain, donde el ejército español

le vió con asombro apoderarse á caballo de las fortificaciones, y entrar á caballo por la tronera de un cañón. Allí ganó el título de Conde de Belascoain.

Mas adelante y pacificadas ya las provincias del Norte á consecuencia del memorable convenio de Vergara, se trasladó con el ejército á Aragon. Combatió en Segura, en Castellota y en Morella, y puso término á tantas hazañas, ayudando al Duque de la Victoria en la toma de Berga, donde perdió su caballo, y descargó el último golpe de lanza que se dió en la guerra de siete años.

Tales son en bosquejo los grandes hechos de armas, las insignes proezas del general Leon; tales fueron hasta entonces los grados y distinciones que obtuvo con el valor de su pecho y con el esfuerzo de su potente lanza. Hazañas que ostentará la España en dias menos aciagos como una de sus glorias mas brillantes y duraderas. No se olvidará fácilmente á nuestros soldados la memoria del esforzado caudillo que tantas veces les condujo al combate y les alcanzó la gloria, ni el pueblo español olvidará tampoco los grandes servicios que prestó á la causa de la libertad, y á la consolidacion del trono legítimo.

Hemos bosquejado rápidamente los mas importantes sucesos de la vida militar de Leon, no permitiéndonos los límites de nuestra reseña presentar todos los rasgos, todas las acciones sublimes que caracterizaron al esclarecido Capitan. Vamos á recorrer ahora su vida política de corta duracion, como corta fue tambien su vida fisica por desgracia de la patria.

« Con la cara al enemigo y la espalda vuelta á nuestras disensiones políticas. » Con estas palabras, que á nadie con mas verdad que al malogrado Leon pueden aplicarse, calificó la conducta del ejército en los movimientos de 1835, uno de nuestros mas distinguidos oradores. En efecto, el general Leon desde su llegada al teatro de la guerra no tuvo otra atencion, no le animó mas deseo que combatir al enemigo de su Reina y de su Patria. Todo lo demas era para él indiferente; la política, sus partidos, sus divisiones, sus tendencias, palabras vanas para el que solo habia recibido la mision de combatir y triunfar.

Pero debia llegar el dia en que el vencedor de cien combates tendiese su vista sobre la escena política, y esta se presentó á sus ojos por la vez primera en el por desgracia famoso lugar del

Mas de las Matas. Allí, en la inaccion del invierno, mientras el candillo principal se aprestaba para la próxima campaña, y para otras empresas en mayor provecho suyo, aunque aciagas para la Nacion, allí oyó leer el célebre documento en que un Secretario del General en Jefe se declaraba autorizado para decir al pais entero, que la marcha seguida por el Gobierno, de acuerdo con la representacion nacional, no merecia la aprobacion del Jefe de los ejércitos. Aquel documento, que debía enviarse á los periódicos de la Corte para que sirviese de señal á los preparativos de un gran suceso, fue presentado á Leon, y se le pidió su parecer delante del que le habia redactado, y en presencia de otros muchos que rodeaban al General en Jefe. No vaciló Leon en manifestar su oposicion fuerte y declarada á todos los actos que tendiesen á dar al ejército una influencia indebida y siempre perjudicial en los negocios públicos, desaprobando del modo mas enérgico aquella declaracion. No retrajeron sus palabras á los que de antemano habian resuelto seguir otra conducta, y por lo tanto y desde entonces, su situacion era violenta en el ejército. Conociólo asi, y pidió y obtuvo

licencia para Madrid; y la Corte le vió durante treinta dias que permaneció en ella, ageno á las cuestiones políticas que se debatían, y sin contraer alianza con ninguno de los hombres notables de los partidos que á la sazón figuraban en la escena.

Sabidos son los escandalosos y deplorables sucesos del 23 y 24 de Febrero de 1840, en que una turba sediciosa insultó y amenazó á la representación nacional en las puertas mismas de su Palacio, con mengua y menosprecio de las autoridades que no supieron contener ni castigar semejante atentado. No faltó entonces quien aconsejase á S. M. el nombramiento de Leon para capitán general de Castilla la Nueva; pero la fatalidad del destino pesaba entonces sobre la Madre Augusta de Isabel II, que sin embargo no desconocía ni dejaba de apreciar la lealtad, el valor y los grandes servicios de Leon. Quiso premiarlos con el empleo de teniente general; pero Leon que había venido á la Corte huyendo del contagio político del cuartel general, no podía renunciar á la gloria de terminar la campaña, y su excesiva delicadeza no le permitía aceptar un ascenso que no hubiese sido ganado como los

anteriores en el campo de batalla. Hízolo así presente á S. M., añadiendo que esperaba conquistar en breve en la guerra el nuevo premio ofrecido; tan noble conducta le hizo entonces mas digno de la bondad de su Reina, que le concedió la distinguida honra de nombrarle su gentil-hombre. Muy lisonjeado Leon con el nuevo favor soberano, dispuso su regreso al ejército, y llegó á tiempo de empezarse las operaciones sobre Segura. Desde entonces hasta los sucesos de Barcelona, no se ve figurar á Leon en la esfera política.

Con la toma de la ciudad de Berga habia terminado la guerra, y el General en Jefe ocupado en Barcelona en operaciones de otra clase, se curaba entonces poco de la compañía de Leon. Situado este con su division á distancia de aquella ciudad, devoró en silencio y con amargura los agravios y los repetidos atentados contra la Magestad del Trono. Un rumor vago, de esos que suelen preceder á la adopción de una medida grave, anunciaba ya por entonces que Leon debia salir del ejército para un mando importante; él, en su lealtad de sentimientos, consecuente con los hombres á quienes creyera un día sus amigos, habló detenidamente con el Duque de la Victoria acerca

de las probabilidades de obtener el mando superior militar de Madrid. Manifestóle el Duque su desaprobacion á este proyecto; pero poco despues cuando ya era positivo el nombramiento de Leon para la capitanía general de Castilla la Nueva, y en vísperas de conocerse el movimiento insurreccional de Madrid de 1.^o de Setiembre, el general Espartero dejó de manifestar toda oposicion, y el desgraciado Leon marchó á encargarse de su nuevo destino. Antes de llegar á Zaragoza se vió cercado de graves é inminentes riesgos, y le fué imposible penetrar en aquella ciudad insurreccionada tambien. Detenido en su marcha, escribió al Duque de la Victoria solicitando instrucciones, que este se negó á darle, recomendándole que se dirigiera á S. M., á la sazón en Valencia. Leon despachó al efecto un espreso con pliegos para el gobierno supremo, y por orden de este corrió á encargarse del mando de todas las tropas que se habian mantenido fieles, y se hallaban reunidas en Tarazona. Desde aquel punto contempló los progresos de la revolucion, sin hostilizarla, porque tales eran las instrucciones que se le habian dado. Tales eran tambien sus rígidos principios de obediencia y disciplina.

A la historia corresponde apreciar en su dia, si en aquella disolucion social debía ó no prescindir de sus deberes militares, y obrar segun los generosos impulsos de su acrisolada lealtad.

Nombrado el Duque de la Victoria Presidente del Consejo, le vió pasar desde Madrid á Valencia con sus compañeros, y fácil le hubiera sido apoderarse de ellos, evitando tal vez de este modo el último golpe de destruccion; pero no lo intentó siquiera. Tal vez no halló cabida en su pundonoroso corazon la idea de los acontecimientos sucesivos. Desde Valencia le escribió el Duque de la Victoria en términos que no desmentian la antigua amistad, aconsejándole que renunciase el mando de Castilla la Nueva. A la hora de haber recibido aquella comunicacion, remitia á Valencia la dimision aconsejada y una solicitud de licencia para Francia. Fuéle esta concedida, y aunque se le recomendó que no la usase; como tampoco le fue permitido por el poder militar que imperaba entonces el entrar en Madrid y descansar al lado de su familia, partió para el vecino reino. Fue allí objeto de veneracion y respeto de parte de todos los militares ilustres: en Burdeos pasó una revista á las tropas de aquella division,

y sin visitar la capital de Francia , por un sentimiento de delicadeza que no se supo apreciar en el interrogatorio capcioso que despues se le hizo sufrir , regresó á Madrid , donde triste y silencioso pasó sus dias en la oscuridad y la miseria.

Evitaremos hacer una relacion del estado á que el pais habia quedado reducido á consecuencia del trastorno de Setiembre , y de los sucesos posteriores. Los hechos son demasiado recientes, y sabidos son de todos el malestar y el descontento que reinaban en todas las clases , y en el ejército en particular. Estas causas dieron lugar á los acontecimientos de Pamplona , Vitoria , Provincias Vascongadas , Zaragoza y otros puntos, cuyo objeto era la destruccion del Gobierno existente , y el restablecimiento de la Regencia de la Augusta Madre de Isabel II. Los generales que mas se habian distinguido en la última guerra, los que mas pruebas habian dado de valor y lealtad , tomaron parte en aquella insurreccion , cuyos detalles , asi como las causas de su mal éxito , no son todavia bien conocidas , ni tampoco de este lugar.

Desde el momento en que fueron conocidos en Madrid los acontecimientos de primeros de



Octubre en las provincias del Norte, decíase de público que iba á estallar una revolucion militar; hablábase de un pronto movimiento, lo que dió lugar á que el Gobierno redoblase su vigilancia, y mandase salir de Madrid á las personas que suponía cómplices ó autores del plan, las cuales habian desaparecido ya cuando fueron á buscarlas á sus domicilios, siendo una de ellas el general Leon. Separáronse el dia 7 de Octubre por la mañana á muchos oficiales del primer regimiento de la Guardia Real, y en la tarde de aquel mismo dia se dió orden á los sargentos de no dejar entrar en el cuartel á los oficiales separados, y á los centinelas de hacerles fuego si lo intentaban. Al anochecer resonaba por las calles de Madrid el ruido de los tambores de la Milicia Nacional tocando generala, y todo el mundo se persuadió que era llegado el momento de realizarse la sublevacion de que tanto se habia hablado. El general Concha, con parte del regimiento de la Princesa y las compañías de la Guardia Real que estaban de servicio en Palacio, se habia apoderado del Real Alcázar. Hallábase este rodeado por la Milicia y otras tropas de la guarnicion, sufriendo los subleva-

dos el fuego que desde el exterior se les hacia.

A las doce de la noche montó el general Leon á caballo vestido con su uniforme de húsar, y seguido de un ordenanza, atravesó por entre las tropas que circuian y hacian fuego al Palacio; penetró en él, arengó á las fuerzas alli reunidas, y subió en seguida por la escalera principal, con ánimo de poner en salvo á S. M. Mas al ruido y á los vivos dados por los agresores, previniéronse los 18 Guardias Alabarderos que daban la guardia interior, quienes hicieron una denodada resistencia. Los sublevados se presentaron delante de la puerta que conduce al salon de columnas, y alli se trabó un combate digno de mejor causa. La Reina, y su Augusta Hermana pasaron á la estancia mas retirada del edificio, donde permanecieron toda la noche abatidas y consternadas, pero seguras de todo riesgo, pues solo la mas negra villanía pudiera imputar el desigño de atentar á tan preciosas vidas, á los que mil veces habian espuesto la suya por la conservacion de su Trono, y estaban dando una notable prueba de su lealtad.

Durante aquella infausta noche el ánimo y bizzarria del general Leon y de sus compañeros

esceden á cuanto puede concebirse. ¡Oh! para mas altas empresas debian haberse reservado aquellos ilustres caudillos. Lastima es que aventurasen empañar la gloria de tantos años, en los hazares de una infausta noche.

A las tres de la madrugada del 8, reducidos solo á 300 hombres los que habian quedado en Palacio, y perdida la batalla sin esperanza para ellos de capitulacion ni tregua, los generales Leon y Concha con algunos caballos y una compañía de infantería, salieron por el Campo del Moro, donde les dieron el *quién vive* las avanzadas enemigas; contestaron ellos, *ronda mayor*, y cuando se acercaron á reconocerlos, arrollaron á la avanzada y siguieron á escape hácia la puerta de Hierro, donde encontraron otra avanzada de caballería, y sufrieron una carga, en la que perdió el general Leon su caballo, viéndose precisado á tomar el de un soldado, en el que le prendieron las fuerzas de caballería que á las seis de la mañana habian salido en su persecucion, encontrándole solo á seis leguas de distancia, y conduciéndole preso á la capital, donde se le colocó en el cuartel de Nacionales. Igual suerte cupo á muchos de sus esforzados compañeros.

Nombrado el Consejo de guerra de Oficiales Generales para fallar las causas formadas con motivo de la insurreccion del dia 7, no sin notable infraccion de lo dispuesto en las Ordenanzas, ocupóse el fiscal en instruir el proceso del general Leon con celeridad poco acostumbrada, y el 13 á la una del dia se celebró el consejo. Componíase este del gefe de escuadra D. Dionisio Capaz, de los mariscales de campo D. Pedro Mendez Vigo, D. Nicolás Isidro, D. Pedro Ramirez, D. José Cortinez y D. José Grases, y del brigadier Don Ignacio Lopez Pinto, siendo fiscal el brigadier D. Nicolás Minuisir. De cuantos componian aquel consejo, dos solo tal vez habian podido admirar en los campos de batalla el heróico valor del que iba á juzgar. Sus votos no le fueron contrarios. El general Leon, acompañado de su defensor el general Roncali y de dos ayudantes, y conducido en un coche con la correspondiente escolta, atravesando un inmenso pueblo, que atónito y aterrado se agolpaba á su paso, se apeó en el Colegio Imperial, donde se celebraba el consejo, retirándose á un aposento mientras se estaba viendo su causa y conservando el público espectador un triste y espresivo silencio. Manifestaba el acu-

sado en su declaracion, que si bien sabia que existian planes para quitar la Regencia al Duque de la Victoria, nunca habia consentido en ponerse al frente del movimiento por mas instancias que se le hicieron. En la noche del 7 cuando oyó el toque de generala y vió la gente correr por las calles, él, que transitaba por la del Príncipe, se dirigió á su casa, y desde ella á la en que desde el 5 se encontraba escondido. Que alli hizo llevar por medio de un criado su uniforme de húsar, que le entregaron sin sable, y vestido con él se dirigió á Palacio á las doce y media de la noche, sin entrar en ningun cuartel ni pararse en parte alguna. Confesaba que al presentarse alli habia sido victoreado por los soldados sublevados, á quienes contestó, que donde estaba S. M. la Reina Doña Isabel II, solo á ella debia victorearse. Que despues se presentó á los Alabarderos pidiéndoles dejasen de hacer fuego, pues era el medio de que cesara por la parte contraria, y no se causara alarma á las Reales Huérfanas. Que no habiéndolo conseguido, se marchó á pocos momentos tomando el camino de la puerta de Hierro, perdiendo su caballo, que quedó sepultado en una zanja que intentó saltar, con-

tinuó su camino á pie hasta encontrar á dos cazadores de la Guardia Real á quienes compró un caballo, rehusando las ofertas que le hicieron de seguirle. Que al llegar á Colmenar, decidió volverse á Madrid, y entonces fue hallado por los húsares, á quienes él mismo se entregó. Disculpaba el haberse presentado en Palacio cumpliendo con su deber por haber, convenido con varios generales de cuartel en Madrid que aquel seria el punto de reunion en caso de alarma; declaracion confirmada por deposiciones de testigos.

Figuraba tambien en los autos una carta hallada en su cartera, sin fecha, escrita y firmada de mano del general Leon, y dirigida al Duque de la Victoria, del tenor siguiente:

¶ Sr. D. Baldomero Espartero.—Muy Sr. mio: habiéndome mandado S. M. la Reina Gobernadora del Reino Doña María Cristina de Borbon, que restablezca su autoridad usurpada y hollada á consecuencia de sucesos, que por consideracion hácia V. me abstengo de calificar; y como el honor y el deber no me permiten permanecer sordo á la voz de la Augusta Princesa, en cuyo nombre y bajo cuyo gobierno, ayudado por la nacion, hemos dado fin á la terrible lucha de

los seis años; para que no desconozca V. el móvil que me llama á desenvainar una espada que siempre empleé en servicio de mi Reina y de mi patria, y no en las banderías, ni privadas ambiciones; le noticio que en obediencia de las órdenes de S. M. y para el bien del Reino, he debido comunicar á todos los gefes de los cuerpos del ejército, que S. M. hallándose resuelta á recuperar el ejercicio de su autoridad, me previene llame al ejército bajo su bandera, la bandera de la lealtad castellana, y lo aperciba y disponga á cumplir las órdenes que en su Real nombre estoy encargado de hacerles saber.

» En su consecuencia las leales provincias Vascongadas y el reino de Navarra con todas las tropas que la guarnecen, á cuya cabeza se halla el general D. Leopoldo O' Donell, se han declarado en favor del restablecimiento de la legítima autoridad de la Reina: y como los gefes de los cuerpos que ocupan las demas provincias del Reino, han oido igualmente la voz del deber y del honor, y se hallan dispuestos á seguir la bandera de lealtad: el movimiento del Norte va á ser secundado por el del Mediodia y el del Este, y el Gobierno salido de la revolucion de Setiembre,

palpará bien pronto el desengaño de haber desconocido los sentimientos de fidelidad á sus Reyes, y á las leyes patrias, que animan al ejército y al pueblo español.

» Como esta situación va necesariamente á ponerme en pugna con el poder de hecho que V. esta ejerciendo, antes que la suerte de las armas decida una contienda que la justicia de la Providencia tiene ya decretada, habla en mí el recuerdo de que hemos sido amigos y compañeros, y dasearía evitar á V. el conflicto en que va á verse, á la historia un ejemplo de triste severidad, y al país el nuevo derramamiento de sangre española.

» Consulte V. su corazón y oiga su conciencia antes de empeñar una lucha, en la que el derecho no está de parte de la causa á cuya cabeza se halla V. colocado. Deje ese puesto que la rebelión le ofreció, y que una equivocada noción de lo que falsamente creyó sin duda exigía el interés público, pudo solo hacerle aceptar; y yo contaré todavía, como un día feliz aquel en que recibiendo en nombre de S. M. la dejación de la autoridad revolucionaria que V. ejerce, pueda hacer presente á la Reina, que en algo ha

contribuido V. á reparar el mal que habia causado. »

«Reciba V. con esta la última prueba de la amistad que nos ha unido, la espresion de mi deseo de encontrar todavía en V. los sentimientos de un buen español, que son los que animan constantemente á su atento y seguro servidor Q. B. S. M.—DIEGO DE LEON. »

Despues de leido el proceso tomó la palabra su defensor el general Roncali, vertiendo abundantes lágrimas, y arrancándolas del numeroso auditorio, refirió los triunfos de su cliente en cien combates; examinó la acusacion fiscal en que se pedia la sangre de tan ilustre guerrero; examinó la composicion del Consejo de guerra, en el que veia personas que por su posición en la noche del 7 podian ser parciales, siendo testigos y jueces á la vez; probó que mal podia haber sido cabeza del motin quien permaneció cinco horas sin presentarse á sus soldados, y se marchó al poco tiempo de haber llegado á palacio. Tachó la acusacion fiscal de apasionada é incompleta; manifestó la crueldad que habia en juzgar por la ordenanza un crimen político; añadiendo que la Europa, en la que hasta se

habia encontrado indulto para el regicida, se estremecería al saber que se habia aplicado la última pena á semejante delito; y concluyó recordando en un sentido epílogo, que arrancó nuevo llanto á los circunstantes, los gloriosos timbres del general Leon, cuya lanza fue la última que en Berga puso fin á la guerra civil, y pidiendo al Consejo desechase la horrible idea de la pena capital, decretando la inmediata.

Presentóse despues ante el Consejo el general Leon y con reposado continente y sereno semblante dijo: que se le queria presentar como gefe del levantamiento y que era falso. «Si así hubiera sido, dijo, si yo me hubiera presentado en Palacio mandando los soldados, hubiera sido fácil encontrar mi cadáver entre los de los valientes, pero nunca se me habria hallado fugitivo.» Frases que arrancáron del concurso un grito de ¡bien! ¡bien! Se ratificó en su declaracion, y manifestó que la carta al Duque la tenia para entregarla á quien se le digera, puesto que él no queria tomar parte en lo que se intentaba: y reconvenido por el Presidente, por no haber dado parte al Gobierno y al Regente de los planes que se preparaban, contestó que ni sabia

bien estos, ni se creia obligado á ser delator.

El Consejo dió la sentencia siguiente: «Habiéndose formado por el brigadier D. Nicolás Minuistr el proceso que precede contra el teniente general D. Diego Leon, Conde de Belascoain, y el mariscal de campo D. Manuel de la Concha, acusados del delito de sedicion militar en la noche del 7 al 8 del que rige; en consecuencia de la órden inserta por cabeza que le comunicó el Excmo. Sr. Conde de Torrependo, Capitan general de este distrito, haciéndose por otro señor relacion de todo lo actuado, el Consejo de guerra permanente de Oficiales Generales, reunido en la capilla de S. Isidro de esta Córte, siendo jueces de él los Excmos. Sres. mariscales de campo D. Dionisio Capaz, gefe de escuadra, presidente; D. Pedro Mendez Vigo, D. Nicolás Isidro, Don Pedro Ramirez, D. José Cortinez, D. José Grasses, brigadier D. Ignacio Lopez Pinto, y asesor el auditor de guerra D. Pablo de la AVECILLA; compareció en él el citado general D. Diego Leon, y vistos los cargos con la defensa del Procurador, ha condenado y condena el Consejo, por mayoría de votos absoluta, á los referidos generales á ser pasados por las armas, con ar-

reglo á los artículos 26 y 42, trat. 8, cap. 10 de las Reales Ordenanzas; sin perjuicio de que si el general D. Manuel de la Concha se presentase ó fuese habido, se le oigan los descargos que pudiese dar. Madrid 13 de Octubre de 1841 á las ocho de la noche.—Siguen las firmas.

Segun de público se ha dicho, los generales Grases y Cortinez, y el brigadier Lopez Pinto votaron por la pena inmediata; resultando empate en la votacion, que decidió el voto del Presidente. ¿Qué diremos nosotros, simples biógrafos sobre este hecho? Los contemporáneos lo han juzgado, la historia no lo creerá. Contentémonos con transmitir aqui, en contraposicion de aquella conducta, algunos párrafos de la carta dirigida al Rey de Francia por el respetable mariscal Moncey, negándose á ser juez de su compañero el desgraciado Ney. «...Mi vida, mi fortuna, cuanto tengo de mas apreciado es de mi pais y de mi Rey; pero mi honor es mio, y no hay poder en lo humano que pueda arrebátarmelo.—¡Yo habia de decidir sobre la suerte del mariscal Ney! ¿Pero, Señor, permitid que pregunte á V. M., dónde estaban los acusadores cuando Ney recorria los campos de batalla? ¡Ah! Si la Rusia y

los aliados no pueden perdonar al vencedor del Moskowa, ¿puede olvidar la Francia al héroe del Beresina?—;Y condenaré yo á muerte á aquel á quien tantos franceses debeu la vida, tantas familias sus hijos, sus esposos, sus parientes! Reflexionadlo, Señor; quizá es lá vez postrera que la verdad llega á vuestro trono; es muy peligroso, muy impolítico, el ostigar á los valientes hasta la desesperacion.—;Ah! Tal vez si el desgraciado Ney hubiera hecho en Waterloo lo que tantas veces hizo en otras partes, no se veria ante una comision militar. Tal vez los que hoy piden su muerte implorarian su proteccion.»

La sentencia fue aprobada despues de haberse conformado con ella el Tribunal Supremo de Guerra y Marina, y á las doce del día 14^{ta} de Octubre de 1841, se presentó en la prision que ocupaba en Sto. Tomás el general Leon, el Fiscal de su causa, acompañado del Secretario que le leyó la sentencia: oyóla aquel valiente con la serenidad de ánimo que ostentaba en los combates, y solo exclamó: «este es el premio de haber peleado siete años por la libertad!» En todo aquel aciago dia continuó sereno y tranquilo arreglando sus asuntos particulares, con

admiracion de cuantos le vieron; comió acompañado de su defensor y de dos personas de su intimidad; que no le abandonaron en tan duro trance, los Sres. D. Manuel de Arizcun y Don Joaquin de Roncali. Paseó despues por mas de dos horas asido del brazo de uno de sus amigos, por su habitacion, y cerca de las once de la noche escribió su testamento y dos cartas para su desventurada esposa é hijo mayor. Despues de haber cumplido con tan sagradas obligaciones, con los deberes religiosos que su triste posicion le imponia; manifestó deseos de descansar, y encargó al general Roncali que cuidase de despertarle á las tres de la mañana. Llegada esta hora, dudó su afligido amigo si le privaría del último sueño que disfrutaba en esta vida, sueño dulce, apacible y sereno, el sueño de un héroe; hasta que por último, acercándose á la cama cumplió con tan triste encargo. Al despertar el desgraciado León no dió señal de sobresalto; no mostró la conmocion mas ligera: poseido del mismo valor que antes ostentara, cuando al través de la ventana distinguió la luz primera del infauso dia 15, asiendo del brazo á uno de sus inseparables amigos exclamó ¡¡EL ULTIMO DIA!!

Mientras en la prisión pasaban estas tristes escenas, la fisonomía del pueblo de Madrid presentaba el carácter verdadero que imprimen los sucesos cuando afectan los sentimientos de todos. Apenas se supo la fatal sentencia del héroe de Belascoain, vióse á un pueblo entero consternado, desiertas las calles y los paseos, y pintado en los semblantes de todos el pesar y la aflicción. Algunos abrigaban, sin embargo la esperanza de que satisfecha la vindicta pública con la sentencia, el clamor de algunos, los recuerdos de las pasadas glorias del acusado, y su antigua amistad con el Regente del Reino, alcanzarían de éste, en uso de sus facultades constitucionales, una conmutacion de pena, que todos deseaban, que todos hubieran recibido con más marcadas muestras de agradecimiento. ¡Ah! vano esperar! En vano se publicó la tierna escena ocurrida con S. M., y su intercesion; en vano el capitán de nacionales herido el día 7 pedía gracia desde el lecho del dolor; en vano la imploró una gran parte de la Milicia Nacional; en vano rogó por la vida del general Leon una Señora que á instancia del mismo general había pedido antes y alcanzado del Regente el indulto

para una criada suya que le habia robado crecidas cantidades; en vano el Sr. Beltran de Lis, que ha visto perecer en un patíbulo á sus hijos por la libertad, se dirigió á los sentimientos de la Milicia; en vano suplicaron los valientes Alabarderos que pelearon en aquella infausta noche; en vano pidió gracia el ilustre Decano de los generales el Duque de Bailen; todo fue inútil.

Acercábase la hora en que el general Leon debía dejar para siempre el mundo, y una patria en que habia recogido tantas glorias. Rodeábale ya la tropa encargada de ejecutar la fatal sentencia, y desconociendo el general el nuevo uniforme del regimiento de milicias de Alcazar de S. Juan, preguntó tranquilamente, qué tropa era aquella, y habiéndole contestado, replicó: «ah! si, ese es el regimiento que teniamos en Morella y que lo mandaba un coronel herido.» Dirigiéndose despues al general Roncali: «Camarada, le dije, ¿sabe V. que se me figura que no han de darme? ¡Son tantas las veces que me han tirado de cerca y no han acertado!» Palabras que en aquellos momentos, en boca del general Leon significaban la magnanimidad, la familiaridad con el peligro, la última ilusion del hé-

roe. A la una en punto salió el general Leon de su prision con paso noble y magestuoso, llevando el mismo traje de busar con que se presentó al Consejo de guerra, adornado con todas sus cruces y condecoraciones, cubierta la cabeza con el schakó de ordenanza, y creyendo en valor y heroismo subió al coche abierto que le estaba esperando, en compañía de su defensor y de un Sacerdote. Cubrian la carrera desde su prision hasta fuera de la puerta de Toldeo, sitio destinado para la fatal catástrofe, la Milicia Nacional y las tropas de la guarnicion. Durante todo el tránsito, no se oscureció un solo momento su mirada viva y fogosa, y al contemplar á su amigo y defensor el general Roncali, sin fuerzas para sobrellevar tan grande infortunio, le dijo: «¡alma, alma, Federico! no es ocasion de abatirse.» Llegado al fin al sitio designado, tomando una actitud noble y magestuosa delante de la bandera de las tropas que formaban el cuadro, con la mano derecha puesta en el schakó, se dispuso á oir la lectura de su sentencia.

El oficial Secretario de la causa, encargado de esta formalidad, no podia leerla, porque el

llanto se lo impedía; entonces Leon le dijo: «no hay motivo para tanto; si es necesario yo mismo la leeré.» Pocos instantes despues abrazó estrechamente, y por dos veces, á su amigo el general Roncali, diciéndole: «este abrazo para mi familia, y este para la de V.» Se despidió de su confesor, del Sacerdote afectuoso y tierno que habia derramado en su alma cristiana los consuelos de la religion; se preparó al fatal golpe; dió las tres voces de mando, y... espiró!.

Sus armas se rompieron por órden suya despues de su muerte.

Asi terminó su gloriosa existencia á los 34 años cumplidos de su edad el héroe de Belascoain y de Villarrobledo, el que en cien combates habia probado á los enemigos el poder de su lanza, y dado á su patria numerosos dias de gloria. Murió el general Leon, vencido, pero no infamado, porque solo un crimen político causó su muerte. Amigos y contrarios lloraron y lloran su pérdida, porque no ven ya en él al partidario de una opinion política, sino al insigne caudillo de los ejércitos nacionales, al bizarro caballero, honra y prez de las armas españolas, é inolvidable gloria de su nacion.

Su cadáver fue llevado desde allí al cementerio de la puerta de Fuencarral, donde descansa bajo una losa negra que toca al suelo, y en la que se lee este breve epitafio:

D. DIEGO DE LEON,
CONDE DE BELASCOAIN.

Ni el día, ni el año, ni la edad, ni la clase del que allí se encierra, se leen sobre aquella losa: no hace falta: nadie lo pregunta: la breve y sangrienta historia que allí pudiera gravarse, está gravada hondamente en el corazón de todos los españoles.

El desgraciado general Leon ha dejado una esposa desconsolada y dos hijos varones, que sin duda imitarán las virtudes de que su padre les dió tan alto ejemplo.

Hemos concluido nuestra tarea bosquejando rápidamente la vida y las hazañas del gran soldado, del virtuoso ciudadano. Como hemos dicho antes, al principiar nuestra tarea, no es llegado todavía el momento de apreciar debidamente las causas que contribuyeron á su triste fin. Las generaciones futuras, los que no hayan tenido

como nosotros la triste dicha de conocer aquel hombre, los que como nosotros no hayan participado de las afecciones y antipatías que los partidos enjendran, podrán juzgarle con verdad. Nosotros nos hemos limitado á esponer sus hechos de armas, su vida pura é inocente; á comparar sus glorias y sus merecimientos, con el triste fin que tuvieron sus dias. Si hubiéramos querido engolfarnos en las consideraciones á que los últimos sucesos de su malograda vida daban lugar, ni hubiéramos podido prescindir de las afecciones de partido, ni tal vez hubiéramos conseguido hacer tan agradable la lectura de la vida de nuestro héroe, á los que de ellas cual nosotros no participen. Hemos referido los hechos, espuesto los acontecimientos; unos y otros son recientes, y cada cual puede investigar las causas, sacar las consecuencias, hacer las comparaciones á que dan lugar. Creemos haber cumplido con nuestro deber, consignando solamente los hechos de la vida del general Leon, cuya gloria vivirá siempre en la memoria de los españoles, asi como el triste recuerdo de su cruento sacrificio.



Indice de las biografías contenidas

EN EL

TOMO PRIMERO.

D. GASPAR MELCHOR DE JOVE LLANOS.

LORD WELLINGTON.

MR. THIERS.

MOHAMMED-ALY.

IBRAHIM-BAJA.

CONDE DE FLORIDABLANCA.

M. DE BALZAC.

D. MARIANO ALVAREZ DE CASTRO.

EL PRINCIPE DE METTERNICH.

D. MATEO JOSE ORFILA.

MR. O' CONELL.

D. DIEGO DE LEON.

8616

XIV-377

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL SIGLO XIX.

POR

UNO QUE NO LO ES.

La biografía es el arte de reunir el personal de la historia, de las ciencias, de las letras, de las artes y de la sociedad...

J. NORVINS.

TOMO II.



MADRID,

IMPRENTA DE D. FERNANDO SUAREZ,
PLAZUELA DE CELENQUE, 3.

1843.





MI. GIZOT.

M. GUIZOT.

« No hay verdadero poder sino el poder respetado, y el respeto puede solo pertenecer á la superioridad. »

GUIZOT. — *De los medios de gobierno y de oposicion en el actual estado de la Francia.* 1821 p. 171.

El 8 de Abril de 1794, tres dias despues de la sangrienta victoria de Robespierre sobre Danton, Camilo Desmoulius y los hombres de la *Comision de clemencia*, levantábase en Nines el cadalso para un distinguido Abogado, sospechoso tambien de resistencia á las voluntades del terrible triunvirato, y habia penetrado la desolacion en el hogar de una de las familias mas honradas

del país. Una muger desconsolada pedía á Dios la diese fuerzas para sobrellevar un inmenso dolor, pues en un mismo momento el verdugo la dejaba viuda, y huérfanos á sus dos hijos. El mayor de ellos, que apenas contaba siete años, llevaba ya en su semblante sério y meditativo la señal de un entendimiento precoz. La desgracia es como un invernáculo: se crece á prisa con su contacto; aquel niño, que no tuvo infancia, era Francisco-Pedro-Guillermo Guizot.

Habiendo nacido protestante, el 4 de Octubre de 1787, bajo el imperio de una legislación rencorosa, que negaba á sus padres una union legal, y á él un nombre y un estado civil, veía Mr. Guizot al mismo tiempo á la revolucion que le volvía definitivamente su lugar en la sociedad, y que le hacia pagar aquel beneficio con la sangre de su padre. Si pretendiéramos escribir otra cosa que una biografía; encontraríamos, tal vez en el concurso de estas circunstancias, el primer germen de una antipatía casi igual en el hombre de Estado por las monarquías absolutas y los gobiernos democráticos.

Después de la funesta catástrofe de que acabamos de hablar, Mme. Guizot abandonó la ciu-

dad de tan amargos recuerdos, y pasó á Ginebra en busca de consuelos, cerca de su familia, y de una sólida educacion para sus hijos. Colocado el jóven Guizot en el Gimnasio de Ginebra, se entregó con pasion al estudio. Sus primeros y únicos juguetes fueron los libros, y á los cuatro años leia en su propio idioma á Thucydides y Demóstenes, á Cicron y Tácito, á el Dante y Alfieri, á Schiller y Goethe, á Gibbon y Shakspeare. Los dos últimos años que permaneció en el colegio, fueron especialmente dedicados á los estudios históricos y filosóficos, y esta última parte de la ciencia tuvo para el jóven un poderoso atractivo. Su entendimiento, dotado por la naturaleza de un carácter particular de fuerza lógica, llevada hasta la destreza, pudo desarrollarse y madurar en medio de la pequeña república Ginebrina, que ha conservado alguna cosa de la fisonomía sábia é inflexible de Juan Calvino su patrono.

En 1805, despues de haber visto coronados sus estudios por un brillante éxito, pasó Mr. Guizot á París para estudiar el derecho, cuya escuela, como es sabido, habia desaparecido en medio del torbellino revolucionario, habiéndose

formado algunos establecimientos particulares para llenar aquel vacío. Mr. Guizot, poco amigo de una enseñanza incompleta, tomó el partido de buscar la ciencia en las meditaciones de la soledad. Pobre y orgulloso á un tiempo mismo, austero y ambicioso, se encontraba el joven arrojado á un mundo de intrigas, de desenfreno y de frivolidad. El periodo desde el directorio hasta el imperio, es una época multiforme, indecisa y descolorida, como todas las épocas de transición. La corriente social, rechazada violentamente por la tormenta revolucionaria, no había vuelto á tomar enteramente su curso; de todas las ideas destruidas, volvían muchas á levantarse, pero pálidas, enervadas, vacilantes y como aturdidas aun del terrible golpe que las había herido. Algunos espíritus superiores se esforzaban ya en llevar por un nuevo camino á aquella sociedad que renacía de entre sus ruinas; pero la masa, privada por mucho tiempo de los gozos materiales, solo aspiraba á disfrutar aprisa los días de descanso que tenía ver demasiado pronto interrumpidos. De ahí proviniéron el carácter de sobre-escitación general, y el desenfreno de costumbres que condu-

jo casi á los buenos tiempos de la regencia.

La naturaleza rígida del escolar ginebrino bastó para librarle del contagio. El primer año de su permanencia en París, fue para Mr. Guizot un año de tristeza y de aislamiento. Se replegó sobre sí mismo como todos los hombres que conociéndose fuertes, carecen de punto de apoyo para ensayar sus fuerzas.

Al año siguiente entró en clase de preceptor en casa de Mr. Stapfer, antiguo Ministro de Suiza en París, en el cual encontró una hospitalidad casi paternal, y tesoros de ciencia filosófica, propios para dirigir y activar su desarrollo intelectual. Aquellas nuevas relaciones le facilitaron la entrada en la sociedad de Mr. Suard, en la que se reunían entonces los talentos más distinguidos de la época, y allí vió por primera vez á la muger que debía ejercer sobre su vida una tan noble y feliz influencia.

Conocida es generalmente la circunstancia un poco romántica que preparó el casamiento de Mr. Guizot. La referiremos sin embargo para los que la ignoren:

Mlle. Paulina de Meulan, hija de una familia distinguida, pero arruinada por la revolucion,

habia encontrado recursos en una iustruccion tan sólida como variada; y para sostener á su familia, habia emprendido la pesada y devoradora carrera del periodismo; redactaba el *Publicista* cuando una enfermedad grave, hija de un exceso de trabajo, la obligó á interrumpir una ocupacion, tan necesaria para el bienestar de las personas que tanto amaba; su posicion iba á ser crítica, se desesperaba; pero un dia recibió una carta anónima, en la que le rogaban que se tranquilizase, ofreciéndole desempeñar su tarea durante todo el tiempo de su enfermedad. Acompañaba á aquella carta un artículo perfectamente escrito, y por un refinamiento de delicadeza, los pensamientos y estilo, estaban exactamente calçados en el modo de escribir de Mlle. de Meulan, la qual aceptó el artículo, lo firmó, y recibió con regularidad otro igual hasta concluir su convalecencia. Mlle. de Meulan profundamente afectada de aquel proceder, no dejó de contar su aventura en la sociedad de Mr. Suard, haciendo inútiles investigaciones, sin acordarse de un jóven pálido y sério, á quien apenas conocia, que la escuchaba con gravedad al hacer toda clase de conjeturas. Rogado por medio del perió-

dico para que se diera á conocer, el generoso anónimo se decidió al fin á recibir en persona las gracias que tanto merecía. Era el jóven de quien hemos hablado antes, y cinco años despues Mlle. de Meulan se llamaba Mme. Guizot.

Durante cinco años se ocupó Mr. Guizot en diversos trabajos literarios. En 1809 publicó una primera obra, el *Diccionario de los Sinónimos*, cuya introduccion, dedicada á la apreciacion filosófica del carácter particular de la lengua francesa, descubre ya el espíritu de precision y de método que distingue á Mr. Guizot. Siguiéron despues las *Vidas de los poetas franceses*, y la traduccion de Gibbon, enriquecida con notas históricas del mayor interés, y por último la traduccion de una obra de Rehfus, *La España en 1808*, publicada tambien hácia aquella época.

Nos falta espacio para analizar estas primeras producciones: cualquiera que sea su mérito intrínseco, otras de mayor importancia las han hecho olvidar despues. Solo diremos, y por ahí podrá juzgarse del entendimiento de su autor, que realizó aquellos trabajos antes de contar 25 años.

Su talento era ya bastante conocido, y en 1812 Mr. de Fontanes lo agregó á la Universidad, nom-

brándole suplente de la cátedra de Historia en la Facultad de las letras. Poco tiempo después Mr. Guizot llegó á poseer por completo la cátedra de *Historia moderna*, en la que tan gloriosos recuerdos ha dejado. Allí principiaron sus relaciones íntimas con Mr. Royer-Collard, profesor entonces de Historia de la Filosofía. Aquellas dos almas de un mismo temple experimentaron una misma atracción.

Esta primera parte de la vida de Mr. Guizot fué exclusivamente literaria. Se ha intentado presentarle desde aquel momento como un legitimista ardiente, intrigando y conspirando en secreto para apresurar la vuelta de los Borbones: ningún hecho hemos encontrado que justifique semejantes asertos. Verdad es que Mr. Guizot, por su muger, por sus relaciones literarias y por sus inclinaciones, estaba enlazado con cierta sociedad que había conservado en medio de la aspereza del imperio las tradiciones de la elegancia y del buen gusto de la aristocracia del siglo anterior; dominaba bastante una especie de barniz filosófico entre los literatos de aquella sociedad, quienes Napoleon designaba con la dominación general de *Ideólogos*. En efecto, tratábase en

ella mucho de ideología, pero muy poco de política; y sabido es además que fué necesario que la pluma tan querida del *Cantor de los Mártires* se decidiera enteramente, para reavimar el casi olvidado recuerdo de los Borbones en el corazón de una generación que no había presenciado su caída.

Cuando los acontecimientos de 1814, estaba Mr. Guizot en Nimes, su ciudad natal, donde había ido á ver á su madre después de una larga ausencia. A su vuelta á París debió el jóven profesor á la activa amistad de Mr. Royer-Collard, que el abate de Montesquiou, ministro entonces del Interior, le eligiera su sub-secretario.

Este fué el primer paso de Mr. Guizot en la carrera política; y aunque colocado en una posición secundaria en apariencia, es justo decir que por su indisputable talento ejerció una notable influencia en las medidas administrativas de aquel tiempo. Los partidarios de la causa liberal le acusaban principalmente de haber preparado en unión con Mr. Royer-Collard, director general de la Librería, la severa ley contra la imprenta, presentada á las Cámaras de 1814 por Mr. de Montesquiou, y de haberse sentado en la comi-

sion de censura al lado de Mr. de Frayssinous.

Por otro lado, la faccion ultra-realista se indignó de ver á un simple particular, á un profesor, á un protestante, encargado de los negocios al lado de un abate de Corte; hablar algunas veces de equilibrio constitucional, de nivelacion de poderes, y querer conciliar las ideas monárquicas con los nuevos intereses creados por la revolucion. Para los unos hacia demasiado poco, y demasiado para los otros; la vuelta de Napoleon de la isla de Elva puso fin á aquella posicion difícil: despues de la salida de los Borbones, Mr. Guizot volvió á desempeñar sus funciones en la Facultad de las letras; y dos meses mas adelante, cuando era evidente para todos la caída de Napoleon, Mr. Guizot recibió el encargo de los realistas constitucionales de ir á Gante á abogar, segun dicen sus amigos, ante Luis XVIII, por la causa de la Carta, é insistir sobre la absoluta necesidad de alejar de los negocios á Mr. de Blacas, considerado como el gefe del partido del antiguo réjimen. Lo que al parecer podria probar, ademas que tal fué en efecto la mision de Mr. Guizot, es que un mes despues, al regresar á Francia Luis XVIII, despidió á Mr. de Blacas,

y publicó la proclama de Cambray, en la que reconocia las faltas de su gobierno, y añadía nuevas garantías á la Carta.

Es conocida la fisonomía política de la Francia durante los primeros años de la segunda restauración. Son sabidas las violentas tempestades que agitaron la Cámara de 1816, compuesta de elementos heterogéneos, y en que la mayoría, mas realista que el Rey, se opuso constantemente á todas las medidas propias para unir el país con la dinastía de los Borbones. Decir que entonces Mr. Guizot ocupaba el puesto de sub-secretario del Ministerio de la Justicia, siendo Ministro Mr. de Barbé-Mrbois, es decir que al paso que concedía mucho, demasiado tal vez, á las exigencias del partido victorioso, se esforzó en contener, en cuanto de él dependía, el espíritu invasor de los hombres de la monarquía absoluta. Su primer folleto político, *Del gobierno representativo y del estado actual de la Francia*, que publicó como refutación de un escrito de Mr. de Vitrolles, dió á conocer la estension de sus ideas de gobierno, y le colocó en las filas de la minoría realista constitucional, cuyos representantes en la Cámara eran MM. Royer-Collard, Pas-

quier; Camilo Jordán y de Serres. Hacia aquella época, después de la victoria del partido moderado, de la disolución de la Cámara de 1815, y del advenimiento del Ministerio Decazes, fué cuando se introdujo una palabra nueva en el lenguaje político: el Diccionario de la Academia francesa no la ha consagrado; tal vez por no poder aplicarle una definición exacta; parecénos importante referir su historia por lo menos, ya que no sea fácil dar su equivalencia.

Sabido es que antes de 1789 los *Doctrinarios* eran una congregación enseñante; Mr. Royer-Collard había sido educado en un colegio de Doctrinarios, y en los debates de la Cámara, Revándole siempre á resumir la discusión bajo una forma dogmática su entendimiento lógico y elevado, salía frecuentemente de sus labios la palabra doctrina; tanto que un día un burlón de la mayoría realista exclamó: *Ved ahí á los Doctrinarios!* Túvose por nueva la palabra, y se conservó como definición, si no clara, absoluta por lo menos de la fracción política que dirigia M. Royer-Collard.

Explicaremos ahora el origen del famoso *Camapé de la doctrina*, que despierta en el enten-

dimiento ideas tan vagas como el *Divan de la Sublime Puerta*? ¿Qué es el *Camapé*? Véase su historia.

Pedian un día al Conde Beugnot, afiliado á los Doctrinarios, que enumerase las fuerzas de su partido. «Nuestro partido, contestó, cabria entero en este *Camapé*.» Esta otra palabra cayó tambien en gracia y se la estrujó tanto, que el vulgo llegó á figurarse al partido Doctrinario como una agregacion de personajes semi-Jesuitas, semi-Epicúreos, sentados á la turca sobre blandos almohadones, y discurriendo pedantescamente acerca de los negocios públicos.

En cuanto al sentido político de la palabra Doctrinario, declaramos humildemente que no lo sabemos. Es una de aquellas que cada cual traduce á su manera. Para los unos significa virtud y saber; para los otros corrupcion y locura; para nosotros nada absolutamente significa. Pero dejemos la palabra y volvamos al hombre.

No se ha olvidado el movimiento de reaccion, consecuencia del asesinato del Duque de Berry. Cayó el Ministerio Decazes; los mas firmes apoyos del partido constitucional fueron espulsados de los negocios. MM. Royer-Collard, Camilo Jordan, de

Barante, salieron del Consejo de Estado; Mr. Guizot salió con ellos, y desde aquella época hasta el advenimiento del Ministerio Martignac en 1828, su vida política no fué mas que una perpétua lucha contra las tendencias del Ministerio Villele. Al mismo tiempo que los intereses nacionales de la Francia nueva, hallaban elocuentes defensores en el seno de las Cámaras, Mr. Guizot, demasiado jóven todavía para poder subir á la tribuna, sostenia la misma causa en escritos políticos cuyo buen éxito fué universal. No podemos analizar aquí la série entera de las obras de circunstancias publicadas por Mr. Guizot desde 1820 á 1822. En la una defiende el sistema Decazes destruido por la contra-revolucion, como revolucionaria; en la otra discute la causa de las conspiraciones diarias, que le parecian insidiosamente provocadas por los agentes del gobierno, á fin de que sirvieran para la destruccion de las instituciones constitucionales. En otra parte, en su obra *Sobre la pena de muerte en materias políticas*, sin pretender borrar completamente de las leyes de Francia la pena de muerte aun en delitos políticos, demuestra con grave y elevado estilo, que el poder tiene el mayor interés en conservar en-

vainada un arma terrible que transforma en perseguidores á los que la desenvainan , y en mártires á aquellos á quienes hiere.

De todos esos opúsculos que recorreremos rápidamente, hay uno que bajo muchos aspectos nos parece digno de especial mención. En su tratado *De los medios de oposicion y de gobierno en el estado actual de la Francia* (*) Mr. Guizot, descubriendo completamente su calidad de hombre político, explica á un tiempo su pasado y el secreto de su porvenir. Su oposicion no es una oposicion ordinaria: defiende las libertades públicas, pero las defiende á su manera, que no es la de todo el mundo; diríase que anda solo por su camino; y si es severo para con los hombres á quienes combate, no lo es menos con aquellos que luchan con él.

Para Mr. Guizot la falta capital del Ministerio Villele no está en el abuso del poder en sí mismo, sino más bien en las consecuencias de aquel abuso, que pone en peligro el principio de autoridad esponiéndole á una lucha fatal.

Al revés de las demas polémicas, puramente negativas y disolventes por lo regular, la polémica

(*) Publicado en 1821.

mica de Mr. Guizot es eminentemente afirmativa, gubernamental y constituyente. Cuando su pluma escribe la palabra *derecho*, seguro es que no está lejos la palabra *deber*, y jamas pone el dedo en la llaga, sin indicar al momento lo que cree ser el remedio.

Si no lo impidiera la pequenez de nuestro plan, nos complaceriamos en seguirle en la esposicion de su programa político. Seria curioso ver á Mr. Guizot sentando como un principio, que no se conmueven las masas sino con ideas; reconociendo que la revolucion ha legado á los franceses dos dogmas políticos, la *soberanía del pueblo* y la *igualdad*, convertidos casi en axiomas; de tal modo que un poder no puede vivir sino apoyándose sobre ellos; y entonces, apoderándose de aquellos dos principios les dá mil vueltas, los descompone, los diseca, los amolda á una lógica talmente sutil, que de tempestuosos y terribles que eran, nos los devuelve tan inofensivos, tan tímidos, que seria preciso ser muy suspicaz, muy mal educado para no acogerlos con amistosa sonrisa.

Tal vez seria necesario saber si es cierto, como lo dice Mr. Guizot, que el pensamiento público

llegue hasta allí y no mas lejos. Pero ademas de que el exámen de esta cuestion nos llevaria á nosotros mismos demasiado lejos, tenemos prisa en abandonar un analisis, que solo puede ser incompleto y defectuoso, para volver á la parte histórica de los hechos.

En lo mas recio de su lucha con el Ministerio, desenvolvía Mr. Guizot en su cátedra, en medio de los aplausos de un jóven y numeroso auditorio las diversas faces del gobierno representativo en Europa, desde la destruccion del imperio Romano. El ministro se vengó en el profesor de los ataques del publicista: suprimióse su cátedra en 1825.— Vuelto á la vida privada, despues de haber desempeñado elevados cargos públicos, Mr. Guizot era entonces, como ahora, pobre; pero le quedaba su pluma. Renunciando á tratar las abrasadoras cuestiones del momento, emprendió una série de grandes trabajos históricos, que puede elogiar el biógrafo, puesto que el mérito de Mr. Guizot como historiador, jamás ha sido contradicho. Entonces se publicaron sucesivamente la *Coleccion de memorias relativas á la revolucion de Inglaterra*; los dos primeros volúmenes de la *Historia de aquella revolucion*; la *Coleccion de memorias relati-*

vas a la *Historia antigua de Francia*; y por último los *Ensayos sobre la historia de Francia*, obra en que Mr. Guizot aclaró las tinieblas de los orígenes nacionales de aquel país. Al mismo tiempo su incansable espíritu dotaba al público con ensayos históricos sobre Schakspeare y Calvino; con una traducción de las obras del Dramatargo Inglés, y con gran número de trabajos de alta política, insertos en la *Revista Francesa*.

La modesta casa de Mr. Guizot se había así convertido en un taller de ciencia, cuando la muerte le arrebató en 1827, á su compañera de trabajos, á la muger querida, cuya elevada razon y fuerza moral le sostenia en medio de las agitaciones de su carrera. Hay algo de austero y de tierno á la vez en aquella escena ténébre de últimos adioses de la esposa al esposo, y al hijo que tardará poco en seguirla á la tumba. Mme Guizot, nacida católica, y no queriendo estar separada en la eternidad de los que amaba, se hizo protestante en el umbral de la muerte; y Mr. Guizot adormecía los dolores de su agonía leyéndole con su grave y solemne voz una de las mas hermosas páginas de Bossuet, la oracion fúnebre de la Reina de Inglaterra.

Poco tiempo despues Mr. Guizot se hacia uno de los miembros mas activos de la sociedad *Ayúdame y el cielo te ayudará*, cuyo objeto era entonces defender por todas las vias legales la independencia de las elecciones contra las influencias del poder.

El Ministerio Villèle cayó; el Ministerio Martignac volvió á Mr. Guizot á su cátedra, y á la escogida juventud que le rodeaba entonces con tantas simpatías. Poco despues del advenimiento del Ministerio Polignac, entraba Mr. Guizot en la Cámara elegido por el colegio de Lisieux, y votaba el mensaje de los 221, añadiendo á su voto severas palabras: « La verdad, decia, penetra ya difícilmente en el Gabinete de los Reyes: no la enviemos allí pálida y débil; no sea ya mas posible desconocerla que equivocarse acerca de la lealtad de nuestros sentimientos.»

Mr. Guizot obligaba al poder á vivir; pero el poder se obstinó en morir. El 26 de Julio regresaba desde Nimes á Paris; el 27 redactaba la protesta de los Diputados contra los decretos; protesta mas respetuosa que hostil, y cuya forma descubre un espíritu conservador, que mas bien que desearla teme una revolucion. El poder la

juzó sediciosa, el pueblo la halló descolorida y tímida: los sucesos dieron la razón al pueblo. . . .

En la reunión del día 29 en casa de Mr. Laffitte, cuando todos se entregaban á la alegría del triunfo, Mr. Guizot, preocupado siempre exclusivamente de la inminente necesidad de regularizar la revolución, fué el primero en levantarse, é insistió vivamente en la urgencia de constituir sin demora una comisión municipal, que se ocupase especialmente del restablecimiento y conservación del orden. El 30 le nombraba aquella comisión Ministro provisional de instrucción pública; el 31 leía á la Cámara la proclama confiriendo al Duque de Orleans la lugartenencia general del reino. En los días que precedieron á la ceremonia del 9 de Agosto, Mr. Guizot, á quien su actividad organizadora habia colocado en el puesto mas difícil entonces, en el Ministerio del Interior, se ocupó á un tiempo de la recomposicion general del personal de los empleados de la administracion, y de la revision de la Carta. En pocos dias fueron quitados y reemplazados 76 Prefectos, 176 sub-Prefectos y 38 Secretarios generales. E vano quiso bajar Mr. Guizot á 25 años la edad requerida para ser Diputado, en el proyecto de la

nueva Carta: la mayoría desechó aquella medida.

Hablaremos en otro lugar mas detenidamente del primer Ministerio de Julio. (*) Aquel Ministerio creado en medio del entusiasmo fué tan efímero como el empuje de los tres dias. Las disidencias personales, ocultadas en un principio por la magnitud de los hechos y el interés común, volvieron á aparecer mas vivas, cuando fué preciso pensar en consolidar la obra tan rápidamente realizada. El impulso era todavía demasiado fuerte, estaba demasiado inmediato á su punto de partida, para que fuera posible dirigirle. El principio de orden tuvo que ceder al principio de la libertad, y Mr. Guizot se retiró.

Es sabida la historia del Gabinete Laffitte: despues de su disolucion en 13 de Marzo, el elemento conservador, rechazado en un principio, se volvió á levantar poderoso, imperativo en la persona de Casimiro Perier. Por la primera vez, despues de Julio, se formó en el seno de las Cámaras una mayoría compacta, resuelta y permanente. Aquel ejército gubernamental, indisciplinado y confuso hasta entonces, se dividió en tres cuerpos distintos que manjobraban con unidad y conjunto,

(*) Véase la biografía de Mr. Laffitte.

bajo la mano del fogoso Ministro; el ala izquierda, compuesta de una fracción notable de la antigua oposición liberal de la restauración, adicta á la nueva Monarquía; era mandada por Mr. Thiers, el brillante transfuga del partido Lafitte; marchaba bajo los órdenes de Mr. Guizot, el hombre de voluntad inflexible y conservadora, el ala derecha formada de los monárquico-constitucionales de antes de Julio; en cuanto al centro, agregación de los indecisos é irresolutos de todos los sistemas, se admiraba de ver por primera vez en Mr. Dupin, el hombre mas excéntrico y reacio, un gefe obediente á la consigna y ardiente en la pelea.

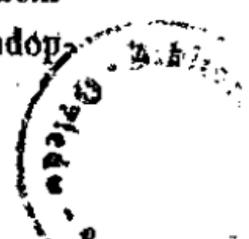
El Ministerio de 13 de Marzo, ayudado por aquella triple falange, pudo marchar adelante, hacer frente á la oposición en el interior de las Cámaras, vencer al motin en las calles, forzar las puertas de Arcoñá, y consolidar el sistema fundado en Julio, salvándole de la exageracion de su principio.

Después de la muerte de Casimiro Perier, sus soldados se disputaron algun tiempo el mando; por último, el ala izquierda y el ala derecha se coaligaron; Mr. Thiers y Mr. Guizot se

dieron la mano, y se fundó el Ministerio do 11 de Octubre de 1832.

En la biografía de Mr. Thiers hemos bosquejado ya rápidamente la parte histórica de la administración del 11 de Octubre, y no hablaremos mas de ella. Solo diremos que tanto en la tribuna como en el consejo, Mr. Guizot ejerció una influencia sostenida y con frecuencia preponderante sobre los diversos actos de aquel Ministerio, el mas duradero de cuantos se han formado desde 1830. Ahora como entonces callaremos sobre el mérito mas ó menos disputado de aquellos diferentes actos: nuestra mision no es atacarlos ni defenderlos.

Unicamente, no considerando á Mr. Guizot sino como Ministro de la instruccion pública, hay entre todos los trabajos de su departamento un acto glorioso que los partidos mas hostiles al hombre de Estado, han aprobado unánimemente. La grande y hermosa ley de 28 de Junio de 1833 sobre la instruccion primaria, concebida, preparada, sostenida y ejecutada por Mr. Guizot, quedará en el porvenir como una de las creaciones mas nobles de nuestros tiempos: el principio de la educacion popular, adop-



tado y proclamado por la revolucion de 1789, pero detenido en su marcha por los trastornos sociales de los cincuenta últimos años, recibió al fin su cabal cumplimiento bajo el Ministerio de Mr. Guizot. Once mil comunes, es decir, la cuarta parte de la Francia, privados hasta entonces de los beneficios de esa instruccion primaria, que forma al hombre honrado y al buen ciudadano, han visto levantarse al lado del humilde presbiterio la modesta escuela donde acude el hijo del pobre á buscar la luz, ese otro pan de las almas, que debe sostenerle al través de las fuertes vicisitudes de su vida. Compondrian volúmenes las detalladas instrucciones dirigidas por Mr. Guizot, con motivo de aquella ley, á los Prefectos, á los Rectores, á los Alcaldes, á las Comisiones de exámen: son modelos de precision y claridad. El trabajo mas bello de esta clase, es sin disputa la circular de Mr. Guizot á todos los maestros de los comunes de Francia. Hay tal vez en algunas páginas tanta elocuencia verdadera, tanta poesia de estilo y de pensamiento, como en los mejores libros de nuestra época. ¡Con qué tierna familiaridad tiende el Ministro la mano al pobre y oscuro *magister*

de la aldea! ¡Cómo le ensalza á los ojos de todos, y principalmente á los suyos propios! ¡Cómo le inbuye la importancia de su mision! pues ambos concurren, cada cual en su esfera, á asegurar la gloria y felicidad del pais. Y despues, ¡con qué paternal solicitud entra el hombre de Estado en los mas ínfimos pormenores de las relaciones forzosas del maestro con los niños, con los padres, con el alcalde y el cura! «No haya, esclama, espíritu de secta ó de partido en vuestra escuela; el maestro debe elevarse sobre las pasajeras disputas que agitan la sociedad. La fe en la Providencia, la santidad del deber, la sumision á la autoridad paternal, el respeto debido á las leyes, al príncipe, á los derechos de todos; tales son los sentimientos que se dedicará á desenvolver.»

¿Hay acaso una página de una novela mas tierna que el sencillo cuadro de los penosos deberes del maestro, y de los consuelos que debe encontrar en sí mismo?

«Hay riquezas que atesorar, apenas hay fama que adquirir en las penosas obligaciones que desempeña el preceptor. Destinado á ver pasar su vida en un trabajo monotonico, á encontrar

algunas veces tambien en rededor suyo la injusticia, ó la ingratitud de la ignorancia, se entristecería con frecuencia y tal vez sucumbiría si no sacase su fuerza y su valor de otra parte que de la perspectiva de un interés inmediato y puramente personal. Es preciso que un profundo sentimiento de la importancia moral de sus trabajos le sustente y anime; que el austero placer de haber servido á los hombres y contribuido secretamente al público bienestar, sea el digno salario que solo su conciencia puede darle. Su gloria está en no pretender nada que se aparte de su condicion oscura y laboriosa, en desvelarse por hacer sacrificios, de que apenas tienen cuenta los que de ellos se aprovechan, en trabajar por último para los hombres, y no esperar la recompensa sino de Dios.»

Juntese estas páginas de mansedumbre patriarcal con las palabras *implacables* de Mr. Guizot delante del motín; escúchesele tronando desde lo alto de la tribuna contra el *perverso séquito de la revolucion*; véasele leyendo á Bossuet en el lecho de muerte de su esposa, ó arrojando con estóica mano el primer puñado de tierra en la tumba de su hijo; y digase si no

hay algo extraordinario, grande y poderoso en esa personalidad, en la que se encuentran á un tiempo reunidas, la fogosidad de Lutero, la untuosa dulzura de Melancton, la impasibilidad de Epicteto, la bondad de Fenelon, y la severidad inflexible de Richelieu.

Pero volvamos á la historia ministerial de Mr. Guizot. El Gabinete de 11 de Octubre fue disuelto despues de cuatro años de existencia, por dos causas, una exterior é interior la otra: pasado el peligro, fue considerado como demasiado compresivo, ante las Cámaras: la mayoría que le habia sostenido se debilitó y dislocó, y en el interior estallaron disensiones entre dos espíritus igualmente eminentes. Mr. Guizot se retiró y no se declaró en abierta hostilidad contra la administracion sino despues del advenimiento del Ministerio Molé, el 15 de Abril. Mr. Guizot juzga severamente la política que combatia, describiéndola de este modo:

«Política sin principio y sin bandera, llena de expedients y de esperanzas, que siempre vacilante, se apoya en todos lados, y no adelanta realmente hácia ningun fin; que explota, por último, fomenta y agrava esa incertidumbre de

los ánimos, esa mollicie de los corazones, esa falta de fé, de consistencia, de perseverancia y de energia que causan el mal estar del pais y la debilidad del poder.»

¡Y para fortalecer el poder, se arrojó Mr. Guizot en la oposicion! Algunos creyeron que erraba el golpe; no nos atraveremos á resolver la cuestion; pero de todos modos la máquina del Gobierno estuvo algun tiempo parada, y la causa de Mr. Guizot en peligro.

Grandes sucesos tuvieron despues lugar en Europa, y Mr. Guizot volvió á aparecer en los negocios, en circunstancias muy dificiles. Llamado por el Ministerio de 12 de Mayo para reemplazar en la embajada de Lóndres al mariscal Sebastiani, conservado en aquel puesto por el ministerio de 1.^o de Marzo, y encargado de defender los intereses de la Francia en la tempestuosa cuestion de Oriente, Mr. Guizot habia principiado bajo los mejores auspicios. El brillo de su nombre, la dignidad austera y sencilla de su persona, su perfecto conocimiento de las costumbres, de la lengua y de la literatura inglesa, todo hasta su calidad de protestante, habia contribuido á graugearle el aprecio de la mas altiva

y faustosa de todas las aristocracias. Se arrebatan á Mr. Guizot en los salones de West-End, y ningun embajador frances desde Mr. de Chateaubriand, habia obtenido tan buen éxito. En el *Foreign-Office*, parecia que se zanjaban igualmente las dificultades diplomáticas; se inclinaban á recíprocas concesiones, cuando estalló de repente la insurreccion de Siria. Desde aquel momento, cambió la posicion de Mr. Guizot. El Gabinete inglés entrevió la posibilidad de alcanzar su objeto sin que la Rusia saliese del Mar Negro, y convencido de que la Francia no obraría contra el poder, tan grande en nuestros dias, de los *hechos consumados*, se resolvió á prescindir de su concurrencia. Se usó de artificio con Mr. Guizot, se ocultaron de él, y el dia 14 de Julio aun enviaba á París esperanzas, en el momento mismo en que se firmaba el tratado que aislaba á su pais.

Sabidas son las consecuencias del tratado de 15 de Julio, cómo cayó el Ministerio de 1.^o de Marzo, y en qué situacion fue encargado Mr. Guizot de formar el Gabinete de 29 de Octubre. Sobre todo esto habria materia para grandes observaciones, que tendrán lugar en otra parte. De

jemos solo consignado aquí, que la Francia entera, sin exceptuar el *Diario de los Debates*, creyó por un momento llegada la hora de hacer en el exterior un acto de energía. Mr. Thiers tuvo entre las manos aquel momento, y lo dejó escapar. Si al ruido del cañon de Beyrouth se hubieran convocado las Cámaras, nadie puede preveer lo que hubieran resuelto. Cuando Mr. Thiers quiso obrar, ya no era tiempo; y Mr. Guizot, partidario decidido de la paz, Mr. Guizot, que desde Londres habia declarado (véase su carta á Mr. de Broglie) que la cuestion de Siria no le parecia un caso de guerra *legítimo*, ha podido fácilmente, despues del *memorandum* de Mr. Thiers, probar á la gente sensata que el armamento de 900,000 hombres iba á provocar en el extranjero otro igual, y que la guerra en la *primavera próxima*, era la guerra con todas las desventajas del tiempo perdido, y de los *hechos consumados*, la guerra despues de destruido el objeto, y sin esperanza del resultado, en una palabra, la guerra por hacer la guerra.

Sin embargo, por mas que Mr. Guizot haya declarado muchas veces que la Europa le parecia decidida por la paz en el presente y el porvenir

no por eso dejó de creer que debía asociarse á una medida puramente defensiva, es verdad, pero evidentemente concebida y emprendida para el caso de una guerra europea. Hablamos de las *fortificaciones* de Paris. La conducta de Mr. Guizot en aquella circunstancia, nos parece muy bella y digna de él; en medio de la repentina y violenta antipatía de la mayoría de la Cámara contra su autecesor; cuando muchos rechazaban la medida por la *única y juiciosa* razón de que provenia de Mr. Thiers, es mas que probable que se hubiera desechado el proyecto de ley, sin el apoyo del Ministerio. De consiguiente Mr. Guizot no quiso, por el mezquino placer de humillar y comprometer á un rival que habia tenido con él pocas consideraciones, sacrificar una gran medida de seguridad y porvenir. Tomó bajo su proteccion el pensamiento de Mr. Thiers, lo sostuvo con su imponente palabra, y gracias á él, se llevará á cabo. Los que quieran conocer á fondo al hombre de estado, lean con atencion el último discurso de 26 de Junio de 1841; mediten sobre todo este pasage: «Tengo algunas veces envidia á los oradores de la oposicion: cuando estan tristes, cuando simpatizan vivamente

con los sentimientos públicos, pueden venir á este sitio á desahogar libremente su tristeza, y expresar con libertad sus simpatías; Señores, los hombres que gobiernan el país, tienen deberes mas severos. Cuando este necesita calma, no es permitido á los hombres del Gobierno escitar en él los buenos sentimientos, que le irritarian y comprometerian. Hay tristezas que es preciso contener, mientras otros tienen el gusto de comunicarlas.» Estas palabras encierran á Mr. Guizot.

¿Trataremos ahora de reasumir á Mr. Guizot? Puede considerársele bajo cuatro aspectos; como hombre particular; como escritor; como historiador; como orador y hombre político.

Nadie ha dudado jamás de su virtud como hombre particular; dejemos hablar mas bien á uno de los enemigos políticos mas violentos de Mr. Guizot. «¿Por qué no diré, tanto deseo tengo de ser imparcial, que Mr. Guizot tiene costumbres ríjidas y puras, y que por la elevada moralidad de su vida y de sus sentimientos, merece el aprecio de las gentes honradas? (*)

Mr. Guizot, como escritor, tiene un estilo que

(*) *Estudios sobre los oradores parlamentarios*, por Timon (Mr. Cormenin). Tomo. 11, página 9.

es conocido entre mil. Con la pluma en la mano toma un tono firme y decidido, va derecho al objeto, no está exento de una especie de tirantez, y gusta sobre todo de la terminología abstracta; la forma con que reviste su pensamiento es á veces oscura; pero el pensamiento es tan claro, tan brillante, que siempre se trasluce al través de ella.

Como historiador, Mr. Guizot ha hecho eminentes servicios á la ciencia. Todo el mundo sabe que es, con MM. Thiers, Sismondi y Michelet, uno de los gefes de esa escuela histórica moderna, que nos ha enseñado á salir del presente para ir á escudriñar lo pasado, y á no medir á los hombres y á las cosas de otros tiempos, con la medida del dia.

Mr. Guizot, como orador, tiene un gesto noble y severo. Pequeño y débil de estatura, es elevado y altivo en su aire y en su modo de decir; su voz es imponente y sonora; su palabra tranquila ó vehemente, pero siempre pura y esmerada; tiene mas energía que gracia; persuade mas bien que conmueve. En resumen, cuando Mr. Guizot sube á la tribuna, amigos y enemigos atienden; no se habla ya, no se tose, y nadie se duerme.

Se ha hablado muchas veces de la versatibilidad

política de Mr. Guizot, de sus repentinos cambios, de su oposicion de otro tiempo, y de su servilismo actual; pero de las palabras, de los escritos y de los actos de Mr. Guizot en todas épocas, resulta al contrario, para nosotros, el profundo convencimiento, que salvas muy pequeñas escepciones de detalles, el carácter general y distintivo de su personalidad de hombre de Estado, es la tenacidad y el espíritu consecuente; en una palabra, Mr. Guizot era en los negocios en tiempo del Ministerio Decazes lo mismo que nos parece hoy. Veamos de explicar nuestro pensamiento sin lisonja y sin ódio.

La Providencia propone á las sociedades humanas un enigma eterno, cuya palabra se ha reservado. Ha habido y habrá siempre lucha entre dos principios opuestos, el *derecho* y el *deber*, el *poder* y la *libertad*. En presencia de estos dos elementos hostiles, que los espíritus eminentes de todos los siglos se esfuerzan en conciliar, ningún hombre permanece enteramente frio é imparcial. Las verdades matemáticas son del dominio de la cabeza, y no se apasiona uno por ellas; las verdades políticas obran á la vez sobre la cabeza y el corazon, y nadie puede librarse de un involuntario

movimiento de atracción ó repulsión, segun su naturaleza, la tendencia de su espíritu, y su misma individualidad. Los unos se ocupan mas especialmente de libertad; los otros son mas ó menos inclinados al poder; para los unos el papel de tribunales, para los otros el de ministros; á aquellos el sentimiento de la independencia, á estos el instinto de la autoridad.

Mr. Guizot es esencialmente de estos últimos; es una inteligencia superior y progresiva; pero dominadora por naturaleza, y de gobierno por convicción: para él, la Francia actual, fundada en dos grandes victorias del principio de libertad, está naturalmente arrastrada á medir su triunfo; y de los dos elementos igualmente necesarios á la vida social, el mas débil en el dia, el vencido, es el poder.

Partiendo de este dato, Mr. Guizot procura restablecer el equilibrio entre los dos puntos de apoyo del edificio, dando al uno lo que sobra al otro, y combinando aquel reparto de fuerzas en ciertos límites, con ciertas medidas, cuyo pormenor seria demasiado largo y complicado.

Por poco atentamente que se lean ahora los folletos políticos de Mr. Guizot durante la res-

tauración, se descubre al momento una simpatía real hacia el mismo poder. La legitimidad se exagera su derecho, empujada á un tiempo por amigos imprudentes y enemigos insidiosos; navega hacia un escollo; Mr. Guizot, desde la altura en que se colocó vé el peligro, reconviene á los que dirigen la maniobra; ya habia encallado el navío, y aun gritaba: ¡virad de bordo!

La revolución de Julio detrotó tal vez un instante á Mr. Guizot, pero no le desanimó; así fué que desde el dia 29, cuando el principio, objeto de su solicitud, fue derribado por la masa popular, se le vé apresurarse en levantarle de nuevo poco á poco, en ponerle otra vez de pie, en reanimarlo por grados, y por último, empujarle atrevidamente hacia la dirección que queria darle antes de su caída.

Por último, ¿qué es Mr. Guizot? Antes de todo es un hombre de poder y de gobierno, y al propio tiempo el mas independiente de los hombres; sufriendo el yugo de los principios que ha adoptado, y llevando la cabeza erguida en las cuestiones de personas; político de mucho valor; apreciándose en cuanto vale; mas con-

vencido que entusiasta; mas engreido con la aprobacion de su conciencia, que con los homenajes de la muchedumbre; dotado en el mas alto grado de esa fuerza de voluntad, y de esa perseverancia que constituyen al hombre de Estado; mortal enemigo de cuanto se parece al desorden, y capaz, en último extremo, de arrojarse sin vacilar al despotismo que no ama, antes de sufrir la anarquía que aborrece.







MARTIN II.



MAHMUD II.

«Los anales del Imperio dirán si fue útil ó perniciosa la reforma á la unidad del mismo, á la conservación de la creencia, y á la felicidad de los adictos á ella.»

Revista de Madrid.—Segunda Serie, Tomo I, pág. 285.

Vamos á bosquejar la vida y los sucesos principales del reinado de un monarca absoluto, que apesar de estar dotado de la voluntad firme que poseen de ordinario los hombres investidos de un poder despótico por derecho de nacimiento, solo despues de una lucha de diez y nueve años, pudo sujetar la rebelion en las

provincias de su imperio, y la indisciplina de los genízaros en la capital; hechos que indudablemente descubren una grande impotencia en el gobierno actual de Turquía. Veremos á Mahmud luchando con el fanatismo y preocupacion de sus pueblos, ceder no pocas veces á sus sublevaciones, y á la Puerta precisada á ponerse bajo la proteccion de la Rusia, su enemiga natural, y la que mas daños le ha causado. Tal vez la generacion actual presenciara la destruccion del Imperio Otomano, impotente para resistir despues de su desmembracion, y de destruidos y socabados los elementos que constituian su fuerza. Grandes y útiles reformas ha introducido Mahmud en su Imperio, pero tal vez ellas mismas han contribuido á su aniquilamiento, porque han destruido el entusiasmo político y religioso, que son los mayores resortes para conmover á los pueblos, y para llevarles á grandes empresas.

Mahmud II Kan y Padischah, Sultan de los Osmanlies, 29.^o soberano de la raza de Osman, 26.^o Gran Sultan, y 21.^o Califa, la *sombra de Allah sobre la tierra*, nació en 2 de Setiembre de 1789, y era el hijo segundo de Abdul-Hamid,

muerto en 20 de julio de 1785; fué educado en el antiguo serrallo por los *codjas*, con cuidados casi iguales á los que tenían los *pullaris* de la antigua Roma por los pollos sagrados que presidian á los destinos del pueblo rey. Selim III, durante su cautiverio, educó á Mahmud, y le enseñó á espresarse bien en turco y en árabe; pero no imitaba éste su clemencia y generosidad, y continuaba en ser tenaz, inexorable, violento y cruel. Su hermano mayor, Mustafá IV, que al subir al trono, á consecuencia de la revolución de 1807, no queria tener que temer á ningun pretendiente á la corona, dió orden de matarlo; pero el pagador del ejército Ramir-Effendi, á la cabeza de 2,000 Albaneses se apoderó de la persona del jóven Mahmud, y le salvó la vida. Mas adelante, el 28 de Julio de 1808, el atrevido Bairaktar, bajá de Rusesak, destituyó á Mustafá IV, y ciñó á Mahmud la espada de Osman. En el mes de Noviembre siguiente, irritados los genízaros con las innovaciones militares del gran visir Bairaktar, atacaron el serrallo, y aquel ministro se voló junto con sus enemigos, despues de haber hecho dar la muerte á Mustafá y á su madre, á quie-

nes tenia prisioneros. Tuvo lugar este suceso el 16 de Noviembre de 1808. La lucha entre los *seimens* (asi se llamaban las tropas equipadas á la europea, y que Mahmud habia declarado querer conservar) y los genízaros, antigua fuerza del imperio, duró 36 horas en el serrallo y en la ciudad, en medio del saqueo y del incendio. Triunfaron los rebeldes, y Mahmud se vió forzado á parlamentar con ellos, y á suscribir á todas sus exigencias. Ninguna mejora era ya posible, despues de tales horrores, á pesar de que insistia Mahmud en su voluntad de hacerlas: todo lo conseguian los genízaros por medio de la violencia, la destitucion y muerte de los gefes militares, y de los ministros que intentaban establecer el órden y la disciplina en las tropas. «Mahmud, dice Mr. de Ponqueville, para afianzarse en el trono, manchado con la sangre de su tio Selim y de su hermano, hizo estrangular al hijo de Mustafá IV, que solo contaba tres años, y encerrar en sacos y arrojar al Bósforo á tres sultanas que se hallaban en cinta.» Asi es que quedó el último y único vástago de la raza del profeta. Con él se sentó en el trono: el terror, y su voluntad se manifestaba por actos

de una sangrienta crueldad: Sin consejeros, sin dinero, y casi sin ejército, tenia que proseguir la guerra contra la Rusia, y combatir á los Servios. Por último, despues de agotados todos los recursos del Estado, el Divan, dejándose guiar por el poder de la Inglaterra, concluyó con la Rusia la paz de Bucharest (28 de Mayo de 1812) burlando las esperanzas de Napoleon que de acuerdo con la Prusia, habia proclamado la conservacion de la integridad de la Turquía. La predileccion que aparentaba tener por la civilizacion europea aquel dueño absoluto de la vida y haciendas de 25 millones de hombres, distaba mucho de ser sincera. Educado en el serrallo, en donde la favorita ó sultana madre, conforme con el uso, no da á su hijo otro nombre que el de *Leon mio! Tigre mio!* Mahmud no respetaba ley alguna, y solo cedia á la necesidad. Los horrores que acompañaron á su ascenso al trono, y los peligros que sin cesar le han rodeado, debieron endurecer su corazon, y persuadirle de que la energía consiste en la crueldad.

Como todos los sultanes deben dedicarse á un arte, Mahmud escogió el de la caligrafía, y

adelantó mucho en él. Engreído con esta ventaja, resolvió escribir él mismo sus órdenes personales (*Kiatsherifs*), y redactar un diario de sus pensamientos. No tardó en ser tan grande la cantidad de papeles que tenía en su sofá, que le obligó á tomar un archivero de toda su confianza. Confió aquel encargo á su barbero (*Berber-Bachi*), que no sabia leer ni escribir; pero á quien por lo mismo consideró mas digno de obtenerla. Mahmud tenía además otro favorito, Khalet-Effendi, cortesano solapado, cuyas inobles bufonadas le agradaban, y que por este medio le dominaba. Este hombre que fue en un principio secretario del director de las carnicerías de Constantinopla, y después embajador de Selim III cerca de Napoleon (en 1806), fue conducido á Mahmud desde los cafés de Galata, por Berber-Bachi, su íntimo amigo; y los dos fueron el centro de las intrigas que se estendian desde el serrallo á las provincias. Khalet reunió, por medio de los regalos que aceptaba, riquezas inmensas, y su influencia no tardó en ser tan grande que dirigia él solo al Diván, lo mismo que al Sultan. No pudo conseguir, sin embargo, que el Mufti le admitiera entre los Ule-

mas, pues esta casta privilegiada le rechazaba porque era hijo de un pellejero, y hombre mundano que hebia vino; pero hizo desterrar al Mufti, y su sucesor y el nuevo gran Visir hicieron cuanto querian Berber-Bachli y Khalet-Effendi. Khalet no aceptó ningun gran destino, con el objeto de evitar toda responsabilidad en el caso de que salieran mal los proyectos que él aconsejaba; pero en desquite partia el botin de los gobernadores que saqueaban las provincias, y corrompia los miembros del Divan, haciéndolo de modo tal, que ni una sola queja contra él llegó á oidos del Sultan. Mr. Pouqueville pretende que el Emperador mismo partia con sus favoritos las multas impuestas á los grandes. Sin embargo, Mahmud tenia una conducta altiva y firme con los gabinetes cristianos. La pronta administracion de justicia en la capital, unida á una policia severa que vigilaba él mismo saliendo de noche disfrazado, ha probado que tenia á un tiempo energia y sagacidad. Con todo, los altos funcionarios y los hombres poderosos fueron siempre juguete de sus caprichos, y víctimas de su avaricia y de sus recelos. No habia grande alguno del imperio, bien fue-

se inocente ó culpable, que tuviera seguridad en su vida ni en sus bienes: de aqui provino la inclinacion general de los turcos á las sublevaciones, y el maquiavélico sistema del Divan, de atizar á los sátrapas unos contra otros para que fueran instrumentos de su propia destruccion; de desterrar á los mas atrevidos y odiosos depredadores, y de hacer estrangular, bajo cualquier pretesto, á los ejecutores de las órdenes de destierro, para apoderarse á la vez de los tesoros de unos y otros. Asi es, que el gobierno de Mahmud era una lucha continua entre la traicion y la revuelta, lucha que ha hecho á la Puerta mas y mas dependiente de la voluntad de los sátrapas poderosos y felices, y de las victorias de las poblaciones atrevidas y resueltas. Asi fue como lograron los Servios substraerse de la dominacion del Baja de Belgrado, y hacerse dueño absoluto del Egipto, Mehemet-Ali-Baja, el vencedor de los Wahabitas, y del Bey de los mamelucos; asi fue como los bajalatos de Romelia, Viddin, Damasco, Trebizonda, San Juan de Acre, Alepo, Bagdad, Latakieh y otros, cambiaron sus opresores despues de sangrientas insurrecciones; asi el temerario

y solapado Ali-Bajá de Janina, se erigió en soberano independiente del Epiro. Mahmud, para apoderarse de los bienes de este Bajá, instigado por Khalet-Effendi, hizo que le declararan culpable de alta traicion. Aquella medida, que comprometió á la Puerta en una guerra civil, en la que descubrió su debilidad, desesperó á los griegos, y les hizo empuñar las armas para proteger su religion y conquistar su libertad. El embajador británico comunicó el plan de los griegos al gobierno turco (*), y Khalet-Effendi resolvió esterminarlos. «Todos los cristianos, que puedan hacer uso de las armas, dice este último, en nombre de Mahmud, al Seraskier Ismael y á Kurschid-Bajá, serán muertos. Los jóvenes serán circuncidados; se organizarán con ellos tropas que se instruirán á la europea, y para no ofender á los Ulemas, se les llamará genizaros.» Despues de la caída de Ali, Kurschid-Bajá recibió del gran señor la orden de matar á toda la poblacion del Epiro, sin exceptuar las mugeres ni los niños, de estermini-

(*) Véase la *Historia de la regeneracion de la Grecia* por Pouqueville, volumen 11, página 171 y siguientes.

nar los Moreutas, y devastar toda la Morea (*).

Finalmente, cuando Mahimud hubo esterminado á sus enemigos en la capital y en los dos principados donde principió la insurreccion; despues devencidos los sátrapas rebeldes con los esfuerzos de otros bajás ambiciosos; y cuando vió á sus pies la cabeza del terrible Ali; cuando por la mediacion de la Inglaterra, hubo hecho la paz con la Persia en 1823, la cual puso término á una guerra poco gloriosa; y cuando ya nada tenia que temer de los Wəhabitas, se aumentó su orgullo y su obstinacion, y fue más arrogante, mas cruel todavia. Hizo matar á los hijos y los nietos de Ali; el cual se le habia sometido bajo su promesa de salvarle la vida. Inflexible en su sistema de exterminar á los rajahs; se resistió á las justas reclamaciones de las potencias europeas, y solo les hizo algunas ligeras concesiones relativas al restablecimiento de las iglesias destruidas, y á los intereses comerciales. En cuanto á la Moldavia y la Valachia; no consintió en evacuarlas hasta el 23 de Junio de 1824; despues de tres años de mediacion de parte del

(*) Véase el mismo autor, tomo III, página 585.

embajador de Inglaterra. Sin embargo, Mahmud temblaba cuando los genízaros alborotaban la ciudad con incendios, asesinatos y robos. Para tranquilizar á aquel populacho, todo lo sacrificaba; los hombres mas distinguidos, sus mas próximos parientes, sus amigos mas íntimos y antiguos, y hasta sacrificó á Khalet-Effendi, que le era indispensable. Los genízaros consideraban á este favorito como la causa primera de la perjudicial insurreccion de los griegos; veian en él al autor de todas las medidas opresivas dictadas para subvenir á la escasez de dinero que tenia el Gobierno, al paso que reinaba en el serrallo la mayor prodigalidad. Fijábanse pasquines que le irritaban; en los cuerpos de guardia se cantaban coplas satíricas contra la Khasnadar-Ustá, favorita del Sultán, la cual, decian, costaba mas á aquel príncipe que el mantener un ejército. A los ruegos de esta muger ordenó el Sultán que se tratasen con consideracion las ciudades de Scio, que suministraban al harem objetos de lujo. En vano Khalet hizo dar muerte á generales á quienes atribuia los sucesos de la Grecia, y á griegos de distincion que señalaba como traidores; en vano distribuyó oro á manos llenas eu-

tre los rebeldes ; al fin la sublevacion estalló en 1822. El Sultan desterró de la capital á aquellos dos grandes funcionarios , lo mismo que á Berber-Bachi y Khalet-Effendi ; fueron destituidos y muertos un gran número de empleados públicos, y la Khasnadar-Ustá, despues de haber recibido un fuerte castigo del gefe de los eunucos , fue encerrada con varias otras odaliscas en un lugar de correccion del harem.

Desde aquella época hacia Mahmud cuanto pedian los genízaros por medio de diputados que tenian asiento en el Divan. Sin embargo desde que apareció restablecido el órden , resolvió castigar la ostinacion de aquella soldadesca. El gran visir, Abdallah, amigo de los genízaros , y el agá de estos, euemigos ambos de Khalet, fueron destituidos y estrangolados en seguida. Los grandes preparativos de la cuarta campaña contra los griegos (en 1824); la probabilidad de una próxima reconciliacion con la Rusia , que acababa de anunciar el Divan el envio de un ministro plenipotenciario á Constantinopla ; la cooperacion del virey de Egipto contra Candia y contra los Moreotas ; la llegada del general Guilleminot como embajador francés ; la armouía

que reinaba entre la Puerta, el Austria é Inglaterra; la toina de Ipsara en 3 de julio de 1824, y algunos otros acontecimientos favorables, llenaron al Sultan de temerarias esperanzas. Pero cuando la severidad de su yerno y nuevo favorito Hussein-Bajá, agá de los genízaros, y las medidas de rigor adoptadas por el gran visir Ghalib, despertaron la antigua exasperacion; cuando se recibió de Tesalia la noticia de la derrota del Seraskier Dervich-Bajá, causada por los Helenos en junio de 1824; y el aviso del Epiro de que Omer, agente (*urione*) de la Puerta, nada podia hacer allí; cuando se presentó la flota griega delante de Ipsara y los Dardanelos, y burló las operaciones del capitan Bajá contra Samos, el furor de los genízaros de Constantinopla estalló de nuevo; imputábasele que hacia pasar á su hijo primogénito, Abd-UI-Shamid (nacido en 5 de mayo de 1813), por epiléptico, y que le ocultaba á la vista del público, para poderle envenenar en el caso de que intentaran los rebeldes sentarlo en el trono de Osman. Para evitar los incendios y los robos, y para su propia salvacion, destituyó Mahmud á Hussein-Bajá y al Agá del Arsenal; los desterró; y el 4 de agosto



de 1825 fue con su hijo á la Mezquita. Poco despues (el 14 de setiembre) se vió precisado á nombrar al Bajá de Silistria Gran visir, en reemplazo de Ghalib. Con todo, los peligros que rodeaban á Mahmud, solo contribuian á aumentar su energía; fermentaron poco á poco en su cabeza planes de reformas radicales, y principió á ejecutarlos con medidas de policia muy rigurosas. Su vigilancia se estendió hasta á la Biblia de los cristianos, cuya distribucion en el imperio prohibió muy severamente (12 de Agosto de 1815). Una actividad mayor en los trabajos del arsenal, é importantes mejoras en la marina, dieron á la flota turca cierta superioridad sobre la griega. Los nombramientos de Seraskier y de Capitan Bajá, que recayeron el primero en Redchid-Bajá, y el segundo en Khosrêw-Bajá, eran mas acertados indudablemente que los anteriores. El Divan por medio de brillantes promesas obtuvo el eficaz auxilio del virey de Egipto en Morea; pero diferió de un mes para otro el atender á las reclamaciones de la Rusia. Sin embargo, cuando el emperador Nicolás insistió en un pronto arreglo, vióse forzado el Divan á aceptar el 14 de mayo de 1826, el *ultimatum* que habia

entregado Mr. Minziakhy el 15 de abril anterior, y solo entonces fue cuando las tropas turcas evacuaron la Moldavia y la Valachia. La cuestion turco-rusa tuvo en seguida una solucion definitiva con el convenio de Aeterman de 6 de Octubre de 1826, por el cual concedió Mahmud cuanto exigia la Rusia. Dicho convenio no se ejecutó sin embargo hasta el mes de Mayo de 1827, y en consecuencia Mr de Ribeaupierre tuvo la primer audiencia del gran Visir el 7 de Junio, y del Sultan el 14.

Lo que principalmente indujo al Sultan á ceder á la Rusia, fue la reorganizacion de su ejército, principiada apenas á la sazón, y que presentaba grandes riesgos. El licenciamiento de los genizaros que Mahmud meditaba mucho tiempo habia, no se decidió hasta despues del incendio que causaron en los arrabales de Galata, y que duró desde el 3 al 5 de enero de 1826. Para el efecto, en 29 de Mayo del mismo año, espidió un *hatti-sherif* sobre la disciplina de sus tropas y la reorganizacion del ejército. A consecuencia de esta medida, insurreccionáronse en masa los genizaros de Constantinopla; el 14 de Junio; pero el Sultan hizo tremolar el estan-

darte del profeta, y despues de obstinada lucha, logró el 15 rechazar á los rebeldes. Entonces un *fetva* del Mufti, apoyado con un *firman* del Gran Señor, declaró disuelto y maldito el cuerpo de genízaros, y Mahmud manifestó en aquella ocasion tanto valor como firmeza. La organizacion del nuevo ejército á la europea ha sêguido con la mayor actividad, de modo que puede decirse que Mahmud ha hecho con buen éxito una de las mas peligrosas reformas.

El Reis-Effendi remitió en 9 de junio de 1827 al embajador ruso y á los demas representantes de las potencias cristianas una declaracion negativa, concerniente á la cuestion greco-europea; y asi fue que Mahmud, cuando el tratado de pacificacion de Lóndres de 6 de Julio de 1827, le anunció la mediacion armada de la Rusia, la Inglaterra y la Francia en las contestaciones entre los griegos y la Puerta, rechazó de un modo perentorio toda intervencion de los estados cristianos. « La Puerta, dijo el Reis-Effendi á los embajadores de Rusia é Inglaterra, perecerá antes que permitir una intervencion cualquiera que sea. » La destruccion de la escuadra turca en Navafino no doblegó la voluntad de Mahmud sobre este

punto ; pero su cólera desdeñó vengarse con los cristianos que se hallaban en Constantinopla. Los embajadores de las tres potencias signatarias del tratado de Lóndres abandonaron la capital de la Turquía. La gran Bretaña parecia querer aproximarse á la Puerta ; pero irritada la Rusia con la falta de ejecucion del tratado de Acterman, y con las medidas amenazadores del gobierno turco, declaró la guerra á Mahmud en 1828. En la batalla de Kustewtcha (el 11 de Junio de 1829) fue derrotado el nuevo ejército turco ; pero la vuelta á Constantinopla de los embajadores de Inglaterra y Francia, sostuvo sin embargo el ánimo de Mahmud, hasta que el general en gefe ruso, el conde Diebitsch-Sabalkanskoi, ocupó á Andrinópolis el 20 de Agosto... Entonces quedaron abiertas al vencedor las puertas de Constantinopla ; pero Nicolás ofreció, por medio del teniente general prusiano de Muffling, otra vez la paz á Mahmud, el cual la estipuló con él en Andrinópolis en 14 de Setiembre.

● Mahmud despues de esta guerra solo se consideraba seguro en su campamento y en medio de sus guardias. Segun los informes dados por Walsh y Macferlan, era este príncipe en su par-

ticular dulce y afable, y tenia bastante talento para preferir las instituciones europeas á las de su pais. Desde 1828 ha *europizado* la barba y el turbante: ha reformado el traje de las mujeres turcas, y les ha dado mayor libertad. Con todo, Mahmud no era un general, ni son una nacion sus súbditos. Se ha apagado el fanatismo de los otomanos, y en la desgracia no encuentra el despotismo ni fidelidad ni adhesion.

Un hombre de génio ha conseguido algunas veces regenerar un imperio, y detenerle cuando corria á su ruina. Esto ha querido ensayar Mahmud en Turquía, sacándola de su estado de decrepitud, como Pedro el Grande sacó de la barbarie á su pueblo; y la Europa ha visto con admiracion sus inauditos y enérgicos esfuerzos para introducir entre los Turcos las artes, la industria y la civilizacion. Juzgóse de la nacion por su gefe, y se creyó que habia conseguido comunicarle su valor y fuerza. Asi fue que al principiar el año de 1831, cuando la insurreccion polaca hacia frente al coloso moscovita, cuando todo amenazaba á la Europa con una conflagracion general, volviósese la vista á la Turquía para contemplar si aprovechaba una ocasion fa-

vorable de vengar las afrentas de la última campaña con la Rusia. Creyendo el embajador francés en Constantinopla en un pronto rompimiento, á pesar de carecer de instrucciones de su gobierno, hizo presentir al Reis-Effendi las ventajas que resultarían á la Turquía de unirse en aquel caso á la Francia; y por medio de una nota recomendó al ministro otomano que calculase sus medios, y que estuviese pronto á obrar en caso oportuno. Tuvieron conocimiento de esta nota las potencias extranjeras, al tiempo mismo que recibían del gobierno francés las mas pacíficas seguridades. El ministro de negocios extranjeros de Francia creyó que el Divan era el que había hecho traición al general Guilleminot, y lejos de extrañarlo, esplicó aquella cobardía diciendo que el embajador francés solo había intentado dar movimiento á un cadáver. El dicho era cierto: pero no lo hubiera sido el inferir de él que el imperio otomano no debía ocupar á los gabinetes; un imperio semejante, aun cadáver y ofreciendo una presa fácil á vecinos ambiciosos, debe llamar lo mismo que cuando estaba en el apogeo de su grandeza, la mayor atención, por el interés de equilibrio europeo. El gobierno francés, para po-

ner á cubierto su probidad política, retiró al general Guilleminot, y aunque despues este justificó al Divan, el hecho ha quedado siempre dudoso.

El descontento manifestado en toda la Turquía por las innovaciones del Sultán, habia escitado á sublevarse al Bajá del Bagdad, al de Escutari, á varios gefes albaneses, á los Bosnios, y algunos distritos de la Macedonia. Estos enemigos interiores, tanto mas terribles quanto tenian relaciones con la capital, ocupaban muchas fuerzas de la Puerta, y el gran Visir Reschid-Bajá, habia tenido que marchar con 20,000 hombres contra el Bajá de Escutari, que oponia una tenaz resistencia.

Mahmud perseveraba sin embargo en querer reformar completamente su nacion; pero la Turquía se mostraba rebelde á los experimentos de su Señor, quien no pudo desconocer el sordo descontento que por do quiera reinaba.

Graves síntomas anunciaban que la ciega sumision de los turcos á los preceptos del Korán, y su antiguo respeto por la sangre imperial, empezaban á desfallecer. El Sultán sin embargo, se obstinó en establecer entre los turcos usos muy

antipáticos á sus costumbres , y á sus preocupaciones religiosas. Despechados los fieles musulmanes, recurrieron á su modo de protestar ordinario, y el incendio manifestó la oposicion de aquellos bárbaros á las reformas del Gran Señor.

El 2 de Agosto devoraron las llamas el arrabal de Pera, donde estan los palacios de los embajadores europeos , y las principales casas de los Francos (*), pereciendo en aquel desastre incalculables riquezas, lo que probaba que el envejecido ódio de los musulmanes contra los giaurs no se habia debilitado; mostraban aquellos una impasibilidad estúpida á la vista de tan horrible espectáculo, y decian á los que todo lo perdian: «¡Dios es grande! este es el castigo de vuestro crimen de Navarino. Esto es lo que hace el profeta para enseñar al renegado (el Sultan) á obedecer sus preceptos, y á no manchar el sólio de su imperio uniéndose con los infieles.» Ya no se dudó entonces de que el Sultan cederia á tan terrible protesta del partido nacional;

(*) El número de casas incendiadas ascendió á 80,000, y á 10,000 el de las destruidas.

pero fue un error. Poco despues celebró Mahmud una fiesta enteramente europea, con motivo de distribuir las insignias de una órden civil y militar; y autorizó la publicacion de un *Monitor* escrito en francés y en turco. Nuevos incendios manifestaron un acrecentamiento de irritacion, y cual si en aquella época debiese el imperio reunir en su seno todas las calamidades, la peste y el cólera devastaban varias provincias. La Valachia y la Moldavia sufrían los crueles estragos del cólera, que invadió despues á la Turquía, y la peste despoblaba á Esmirna y Bagdad. Fue sin duda una compensacion á tantos males el que al fin del año terminase, así por medio de negociaciones como por las armas, la rebellion de los Bajás de Bagdad y Escutari; pero el Bajá de Egipto preparaba entonces nuevos embarazos á la Puerta de mas difícil remedio.

Existian entre el virey de Egipto y Abdallah, Bajá de San Juan de Acre, antiguas disensiones, cuya principal causa era la proteccion que encontraban en Siria los egipcios. Mohamet-Ali habia solicitado del Divan que le autorizase á vengarse de un ingrato á quien habia salvado del enojo de la Puerta, que en términos poco me-

surados le negaba el reembolso de una cantidad considerable, pagada para obtener su gracia. El Divan se pertrechó en el sistema comun en Turquía de las respuestas evasivas, por cuyo medio se ganaba tiempo, hasta que poniendo el colmo á los embarazos de la Puerta la sublevacion del Bajá de Escutari, se pensase en comprar los auxilios de Mohamet-Ali, ó por lo menos su neutralidad, concediéndole la autorizacion de marchar á Siria, bajo las órdenes del capitan Bajá, cuya escuadra se reuniria al efecto con la del virey.

Aquella expedicion salvaba las apariencias, y prevenia el abuso de la victoria con la presencia de la primera dignidad del imperio. Salió y llegó á Rodas el Capitan Bajá, donde se detuvo al saber los grandes estragos que el cólera hacia en Egipto, ascendiendo el número de las víctimas en solo el Cairo en los meses de Agosto y Setiembre á 60,000. La epidemia disminuyó, pero la flota otomana en vez de seguir su rumbo, regresó á los Dardanelos; se ignora por qué motivo. Era cuando el Gran Visir conseguia señaladas ventajas sobre el Bajá de Escutari; y tal vez se creyó, que Mohamet-Ali, desanimado

con los recientes sucesos, no se atrevería á emprender nada sin un firman de S. A.

Pero el virey ningún miramiento debía tener ya con la Puerta. Este hombre, que habia recogido y cultivado con tanto esmero el gérmen de civilizacion depositado en las orillas del Nilo por Bonaparte, conocia su superioridad. Hallando una ocasion favorable para sacudir un resto de sumision, habia hecho apresurar con la mayor energía los preparativos de la expedicion. El vencedor de los Wahabitas, aquel á quien solo la intervencion de la Europa en Navarino pudo impedir que sujugara á la Grecia aniquilada, Ibrahim-Bajá, tomó el mando del ejército compuesto de 30,000 hombres. (*)

Destruido el ejército en que fundaba sus esperanzas Mahmud, y no queriendo la Puerta prestarse á las proposiciones de arreglo hechas por Mohamet, fuéle preciso hacer nuevos esfuerzos. Revocó por un firman el nombramiento de Hussein-Bajá, recayendo en Reschid-Mohamet-Bajá, que habia terminado felizmente la guerra con los rebeldes de la Albania y la Bosnia, el cual

(*) Véanse las Biografías de Mohamet Ali é Ibrahim-Bajá. Tomo I.

se ocupó activamente en reorganizar el ejército, haciéndole ascender á 60,000 hombres. La Puerta esperaba un buen resultado de la segunda campaña; pero no contaba con las disensiones del Divan, en donde muchos de sus miembros consideraban las desgracias del imperio, como consecuencia de las innovaciones hechas por Mahmud, siendo de opinion de que los cristianos se servian de aquel príncipe para destruir el islamismo. Verdad es que tampoco Mohamet-Ali habia dejado en zaga el celo reformador de su Señor; pero habia logrado persuadir á sus súbditos que su causa era la de la religion; y lo que colmaba el descontento de los de Mahmud era que ya habia pensado en pedir socorros á la Inglaterra ó á la Rusia contra los Arabes correligionarios suyos. Asi era que jamás pareció mas próxima la inevitable crisis que amenazaba al imperio Otomano.

Ibrahim permaneció inactivo en Koniah, esperando el resultado de las disensiones en Constantinopla, hasta el 21 de Diciembre que se presentó el último ejército de Mahmud, el cual fué completamente destruido, habiendo sido hecho prisionero el intrépido Reschid y otros varios Bajás, y calculándose en 30,000 los turcos que quedaron fuera de combate.

Mahmud no veia medio de impedir que Ibrahim entrase en Constantinopla, y en su crítica posicion se dirigió al enemigo mas antiguo del imperio; los rusos fueron los que con una intervencion armada le protegieron en Constantinopla, con el mismo celo y eficacia que si se tratara de su propio pais.

No pudieron las desgracias sufridas por los ejércitos otomanos en 1832, inducir á la Puerta á que escuchase los consejos del encargado de negocios de Francia, dirigidos á poner término á la guerra con el Bajá de Egipto; establecióse sin embargo una especie de tregua, y despues de algunas conferencias con el Bajá, se remitieron á Constantinopla proposiciones reducidas á que Mohamet-Ali, ademas de los cuatro bajalatos de Siria, por los cuales se comprometia á pagar un tributo al Gran Señor, pedia la cesion del distrito de Adana.

Estas negociaciones se suspendieron con la llegada á Constantinopla del general ruso Mourawieff; y mediaron varias contestaciones infructuosas, hasta que el 20 de Febrero de 1833 una escuadra rusa entró en el Bósforo, dando lugar á vacilaciones de parte de la Puerta, y á reclama-

ciones del vice-almirante Roussin, embajador entonces de Francia cerca de ella.

Entre tanto, Ibrahim, dueño, como él decia, de hacer beber su caballo en las aguas de Escutari, habia estendido nuevamente sus operaciones. Tomó posesion de Magnesia, Balikeser y Aidin. Mandó á Esmirna uno de sus oficiales con el nombramiento de gobernador, el cual fué admitido sin dificultad, despues de haber reunido el *Mollah*, los *ayans*, y un gran número de notabilidades turcas, para noticiarles que las tropas egipcias se iban á dirigir á Esmirna si no se sometian.

El virey habia rehusado aceptar las condiciones presentadas en virtud del tratado concluido entre el almirante Roussin y la Puerta, segun el cual, sin ceder nada el Sultan en el Asia menor, solo concedia de la Siria y el Egipto los dos bajalatos de San Juan de Acre y de Trípoli, con las ciudades de Jerusalem y de Naplusa. Proseguia Mohamet sus armamentos, y enterada la Puerta pidió pronto socorros á la Rusia, la cual en 20 de Marzo dió orden para que saliera la espedicion preparada en Odesa, con tropas de desembarco, y dió á la vela el 29, convoyada por una division de la escuadra mandada por el contra



almirante Koumani. El almirante Roussin, sabiendo lo sucedido en Esmirna, reclamó de Ibrahim, y con la presencia de algunos buques franceses mandados por el contra almirante Hugon, que habian ido del Archipiélago á Esmirna, y la cooperacion de los demas ministros extranjeros, consiguió que se retirara el gobierno provisional instalado á nombre de Ibrahim, el cual declaró que aquel momentáneo trastorno habia sido sin su consentimiento ni noticia.

Por último, el Sultan por un *hatti sheriff* concedió al Bajá de Ejipto los cuatro bajalatos de San Juan de Acre, Damasco, Alepo y Trípoli con sus dependencias, y despues de cuatro dias de discusion, renunció Ibrahim á sus demas pretensiones, reservando el punto relativo á Adana para una negociacion ulterior. Asi fué que en el *Jewdsischad*, ó lista anual de las promociones y confirmaciones de los gobiernos del imperio otomano, publicado en Constantinopla solemnemente el 16 de abril, se conferia á Mohamed-Ali, ademas de los bajalatos que ya tenia, la Siria entera, que solo ambicionaba al parecer, junto con el Ejipto, para estar revestido de la dignidad de *Emir Hadgi*, ó gefe su-

premo de las caravanas de la Meca, y proteger así á todos los fieles creyentes que hicieran la perigrinacion; y esto precisamente era lo que mas le honraba en el concepto de todos los pueblos del Oriente.

Seguia entre tanto su curso la intervencion rusa; la escuadra que salió de Odesa llegó al Bósforo el 5 de Abril. Desembarcaron y tomaron posicion las tropas en la costa de Asia, frente á Bujukdere y Terapia. Asegurado Mahmud con la presencia de los rusos, se negaba á ceder á Adana; pero por fin, por las influencias nacionales y extranjeras la cedió á Ibrahim á titulo de *Mohassilik* ó arrendador general.

Ibrahim evacuó el Asia menor, y las tropas rusas salieron de la rada de Bujukdere el 10 de Julio, no habiendo pasado las fronteras de la Moldavia el ejército ruso. Libre la Turquía de sus enemigos y de sus aliados, pudieron considerarse concluidos los negocios de Oriente; pero el descubrimiento de un tratado celebrado entre la Rusia y la Puerta, volvió á aquellos asuntos la amenazadora apariencia que tenían como cuestion oriental. Dicho tratado, negociado con el mayor secreto con el conde de Orloff, se habia

firmado en Constantinopla el 8 de Julio, y establecía por el término de ocho años una alianza defensiva contra todo ataque interior ó exterior, y por un artículo supletorio se convenia en que la Puerta, en caso necesario, cerraria la entrada de los Dardanelos.

Reclamaron los gobiernos inglés y francés; pero á pesar de no ser muy amistosas las contestaciones dadas por el ministro Nesselrode á las notas que se pasaron al gobierno ruso, las escuadras inglesa y francesa pasaron á sus estaciones de invierno de Tolon y Malta, sin que tuvieran ulteriores consecuencias las escaramuzas diplomáticas, la polémica de los diarios, ni las esplicaciones ágras y llenas de animosidad que con este motivo se suscitaron.

Seguian ademas las causas que amenazaban con la disolucion del imperio Otomano, como lo probaban los numerosos incendios en Constantinopla, despues de la salida de los Rusos. El gobierno turco no era amado ni temido; solo escitaba el desprecio, y esto esplica cómo ha podido hacerse dueño de la mitad del imperio el Bajá de Egipto.

La cuestion de Oriente, aunque aplazada, no habia quedado definitivamente resuelta, y así cou-

tinuó durante el año de 1834, no satisfecho el Virey de Egipto del premio de sus victorias, y pesaroso el Sultan de los sacrificios que habia tenido que hacer. Finalmente, el tratado de 8 de Julio de 1833, llamado de *Unkiar Skelessi* era para Francia é Inglaterra una causa permanente de desconfianza y descontento. Las hostilidades entre la Puerta y el Egipto estuvieron á punto de romperse de nuevo, á causa de la sublevacion de la Siria contra Ibrahim; pero la diplomacia europea intervino otra vez, y se conservó el *statu quo*.

La medida mas importante adoptada por Mahmud en medio de tantos embarazos interiores, fué la organizacion de las fuerzas militares del imperio.

Se cree que las costumbres europeas hayan contribuido á la temprana muerte de Mahmud; uno de los borrones que manchan su vida es la aficion á los licores fuertes y su propension á la embriaguez. Una afeccion en el pecho, producida por el uso de bebidas espirituosas, tenia destruida su salud, y el 28 de Junio de 1839 cayó en un desmayo que duró hasta las siete de la mañana del 1.º de Julio, espirando en los brazos de su hija la princesa Salia, esposa de Halil-Bajá. Su cuerpo fué

llevado el mismo día con gran pompa y solemnidad á la orilla asiática del Bósforo, donde le recibió el nuevo Sultan su hijo, y se depositó en el barrio de Tazli-Bajá.

Hemos acabado de bosquejar la vida y principales sucesos del reinado de Mahmud II. Este príncipe ocupará indudablemente un lugar en la historia, entre los soberanos ilustres, aunque algunos le tachan de afecto á cierta puerilidad ridícula, achaque muy comun á todos los reformadores. Las ideas de progreso penetraron en un pueblo cuya inamovilidad y fatalismo erigidos en el sistema político y religioso, parecia que debian ser un insuperable obstáculo para su realizacion. Penetró hasta Constantinopla el deseo de alterar las costumbres antiguas, presentando el imperio el extraño espectáculo de una reforma opuesta en su índole y carácter á las demas de Europa, pues en estas obra el pueblo contra el Gobierno, y Mahmud se hizo reformador contra el voto popular, contra su creencia religiosa, tan opuesta ó incompatible con las ideas de civilizacion y tolerancia que deben distinguir á los pueblos regidos por los modernos principios. guiados por los de una religion de paz y fraternidad.





SILVIO PELLICO.

- Personages célèbres del siglo XIX.



SILVIO PELLICO.

«Egli á sposato una causa santa, e non le é stato adullero, anche in mezzo á piu lunghi, á piu atroci martiri.»

PIERO MARONCELLI.

«Este confesor de Cristo y de la patria se llama Silvio Pellico.»

ANTONIO DE LATOUR.

El dia 22 de Febrero de 1822, la ciudad entera de Venecia estaba en movimiento desde por la mañana; las góndolas se deslizaban rápidamente por los canales, y el pueblo acudia en tropel á la *Plazzetta*, pequeña plaza inmediata al pa-

lacio del Dux. Pronto quedó llena, y la multitud se esparció por las calles inmediatas, al paso que los techos y las ventanas de todas las casas, ~~estaban ocupadas por numerosos~~ espectadores, hombres y mugeres, cuyas ávidas miradas se concentraban con ansiedad sobre un cadalso levantado en medio de la plaza. Aquel cadalso estaba vacío, y esperaba como la multitud. Desde el pie del cadalso hasta el pórtico del Palacio, formaban carrera dos filas de granaderos austriacos; mas allá, y en diversos puntos, veíanse brillar haces de bayonetas; grupos de caballería húngara circulaban con trabajo por entre las masas, y habia en los ángulos de la plaza cañones cargados á metralla, con las mechas encendidas.

La multitud, contenida por aquel terrible aparato militar, se agrupaba compacta, silenciosa y sombría; de cuando en cuando levántase del seno de aquella inmensa muchedumbre un prolongado y sordo murmullo, parecido al de un mar tempestuoso; según transcurrían las horas iba en aumento la agitación; la impaciencia de la espera, y las confusas palabras que se profesaban en voz baja, se unían al pisoteo de los ca-

ballos. Por último, hácia el medio dia propagose rápidamente al traves de la multitud unmovimiento de ondulacion que tenia principio en el patio del Palacio; levantáronse todas las cabezas, y se pintó en todos los semblantes un sentimiento de curiosidad y de simpatia. Acababan de aparecer en lo alto de la *Escalera de los Gigantes*, dos hombres con esposas en las manos, rodeados de eshirros, y bajaban aquellos escalones de mármol que vieron rodar en otro tiempo la encanecida cabeza de Marino Faliero. Llegados al pórtico salieron á la *Piazzetta*, pasaron entre las dos filas de soldados, dirigiéndose al cadalso cuyas gradas subieron con lentitud. Apenas sobresalieron sus cabezas de las de la multitud oyose una grande esclamacion seguida inmediatamente de un silencio general. Llegaron por fin á lo alto del cadalso, donde se colocaron de pie en una noble actitud, dirigiendo una mirada tranquila y segura sobre el innumerable concurso. Ambos soportaban con igual dignidad el peso de aquella gloriosa ignominia, y la sonrisa triste y dulce que se advertia en sus lábios, cual si trataran de animarse recíprocamente, manifestaba toda la fuerza de su mútuo afecto. El uno mas

ate, mas robusto, y algo mas jóven que el otro tenia una de esas hermosas fisonomías italianas, tan expresivas, en que brillan con caracteres de fuego la inteligencia y la vida; parecia ocuparse mucho menos de sí mismo que de su compañero de desgracia, cuyo aspecto y cuyo nombre, célebre ya, parecian producir una viva impresion en la multitud: «Jamás, ha dicho despues un prisionero de Spielberg (*); jamás se habia presentado á mi vista un semblante mas dulce y melancólico; jamás rostro alguno habia correspondido mejor á la imájen de candor y de angelical bondad que me habia hecho de aquel cuyas cartas descubren en cada línea las adorables cualidades.» Aquella frente tan pálida y tan pura en sus nobles proporciones, aquellos ojos tan llenos de ternura y de inspiración, aquella boca con dulce y suave sonrisa, tenian tanta tranquilidad, manifestaban tanta resignacion, conmovian tanto, que solo el terror de las bayonetas y de los cañones austriacos pudo impedir que el pueblo de Venecia manifestara su simpatia por aquel noble é illustre hijo de la Italia;

(*) Andryanc. — *Memorias de un prisionero de Estado en Spielberg.*

simpatía que aun hacia mayor la profunda piedad que inspiraban lo macilento de sus mejillas y la palidez de su color, pruebas demasiado ciertas de los destrozos que habian causado en su cuerpo, tan débil ya, los rigores de una larga detención preventiva.

Habian transcurrido algunos minutos en aquella dolorosa contemplacion, cuando de repente se dirigió la atencion general hacia el terraplen del palacio en el que acababa de aparecer un escribano, llevando en la mano un rollo de papel que desenvolvió lentamente. Era la sentencia de los dos mártires de la independencia Italiana..... Reinó un profundo silencio y el escribano leyó con voz sonora lo siguiente:

Per sentenza della commissione imperiale confermata dal supremo tribunale di Verona, e sanzionata da Sua Maesta, Piero Maroncelli e Silvio Pellico accusati e convinti di alto tradimento sono condannati a morte.

A estas palabras, *condenados á muerte*, un inmenso rumor, un universal murmullo de horror y de compasion reveló las sensaciones de la muchedumbre; el escribano se detuvo un momento y continuó:

Ma per somma clemenza di Sua Maesta, la pena capitale eglino é stata commutata in quella del carcere duro, nella fortezza di Spielberg, Maroncelli per vent' anni, e Pellico per quindici.

Este triste testimonio de la clemencia imperial fue acogido con un nuevo murmullo. Los guardias hicieron bajar á los dos condenados, que siguieron el mismo camino que habian traído; el gentío les siguió con la vista, y al cerrarse en pos de ellos las puertas de la prision, se separó triste y silencio; por la noche, en lo interior de los antiguos palacios de Venecia, se elevaron á la Virgen muchas voces de muger, rogándole que despertara al fin á la Italia, á esa hermosa indolente que se duerme con la cabeza sobre los Alpes y los pies hácia el Etna.

Svegliar la neghitosa
Che il capo in Alpi posa
E stende all' Etna il pié.

A los pocos dias remaba hácia Fusina una góndola llevando á los dos prisioneros. El autor de *Francisca de Rimini*, el émulo de Manzoni,

el poeta querido de la Lombardia ; conducido con los grillos en los pies al traves de las poblaciones conmovidas, pasaba los Alpes y saludaba con una última y triste mirada la patria italiana, para ir á sepultar en los calabozos de Spielberg, un génio ya en flor, una vida gloriosa ya.

Sabidas son las grandes compensaciones que reservaba la Providencia al poeta mártir ; cómo diez años de tortura convirtieron una gloria italiana en una gloria europea ; cómo el simple relato de las jornadas de un prisionero, ha obtenido en todo el mundo un éxito que jamás tuvieron los mas conmovedores dramas ; cómo en fin el autor de *Le Mie Prigioni* ha hecho olvidar al autor de *Francisca de Rimini* y se ha colocado al nivel de los nombres mas grandes de la historia contemporánea.

Se han escrito ya muchas noticias biográficas sobre Silvio Pellico ; la primera y mas notable es la que Mr. A. de Latour ha puesto al frente de su hermosa traduccion del libro de las prisiones, traduccion que no contribuyó poco á popularizar el original.

La noticia de Mr. A. de Latour reúne todas

las cualidades de su traduccion; y si la naturaleza de nuestra obra no nos impusiera la obligacion de hacer figurar en ella todas las ilustraciones de nuestro siglo, nos hubiéramos abstenido de un trabajo que evidentemente no podrá ser mas que una imitacion, cuyos defectos serán solo los que nos pertenezcan. Se ha publicado otra noticia sobre Silvio en italiano, por Maroncelli, su compañero de desgracia, y colocada al frente del suplemento que creyó deber añadir al libro de su amigo. Esta noticia está calcada en gran parte sobre la de Mr. de Latour, cuyos materiales habia dado el mismo Maroncelli. Nos valdremos pues de estas dos noticias para componer la presente, y de algunos trabajos mas recientes y en especial de memorias llenas de interés, publicadas por Mr. Andryane, á quien su mala estrella arrojó jóven, y lleno de porvenir, entre las garras del Austria, y que *Spielberg* no ha devuelto al mundo sino despues de haber devorado los diez años mas hermosos de su vida.

Silvio Pellico pertenece á una familia piemontesa de una honrada mediania; nació en Salucés en 1789. Su padre se llamaba *Honorato* y era digno de este nombre. Su madre, saboyana de

nacimiento, tenia todas las prendas del corazón que distinguen aquella nación excelente. Tenían ya dos hijos cuando nació Silvio en compañía de una hermana gemela, lo que fué para la familia una doble fiesta. El poeta de las almas tiernas y melancólicas tuvo una niñez enfermiza y penosa; apenas salia de una enfermedad grave sufría otra mayor, y los médicos declararon que no pasaria de los siete años. Cuando el niño tuvo ocho, anunciaron que moriria en el segundo periodo septenal, esto es á catorce años; despues se prorrogó el término fatal hasta los veinte y uno, y de plazo en plazo aquel débil muchacho vuelto hombre, ha encontrado en su organizacion delicada fuerza bastante para resistir á diez años de la existencia mas mortífera que pueda concebirse. Un solo médico, el mejor de todos, no perdió jamás la esperanza, y era su madre. Silvio Pellico la ama con pasión; cuando habla de ella, dice Maroncelli, su palabra se convierte en un himno de adoracion; ella es la que inclinada sobre el lecho del pequeño moribundo, le calentaba con sus besos, le reanimaba con su voz, le estrechaba en su seno para mitigar sus dolores; á ella en fin es

á quien veinte veces debió la vida. Casi todos los hombres completamente grandes, es decir grandes y buenos, han tenido buenas madres.

Sin embargo, bajo el frágil cuerpo de un niño enfermizo, se ocultaba una inteligencia que parecía sacar de su mismo dolor una fuerza y un brillo preoces. Confiado á los cuidados del buen sacerdote Manavella, lo mismo que su hermano Luis, les enseñó los primeros elementos de las letras, y Silvio manifestó pronto una decidida vocacion dramática. Los dos niños (Luis ha llegado á ser un poeta cómico distinguido) se entretenían en construir un pequeño teatro, en el que recitaban ante un auditorio de familia pequeñas piezas que su padre les componía. A los diez años, abrió Silvio casualmente la brillante traducción de Ossian, de Cesarotti. Eucantóle aquella poesia fantástica, y como en él toda inspiracion venía á parar al drama, consiguió componer sobre aquel tema nebuloso, un ensayo de tragedia que no se ha conservado.

En aquella época, el padre de Silvio, despues de haber permanecido algun tiempo en Pignerolles, donde estableció un taller de hilados de seda que no tuvo buen resultado, se

trasladó con su familia á Turin para desempeñar su empleo en la administracion. Acababa de fundarse un Gobierno republicano en aquella parte de Italia, y Mr. Honorato Pellico, perseguido en Saluces por sus opiniones monárquicas, y que en las diversas crisis revolucionarias del Piamonte, habia convertido muchas veces su casa en un asilo para los vencidos del dia siguiente, sus perseguidores de la víspera, fue acogido en Turin como el mejor de los hombres durante la monarquía, y el mejor tambien durante la república.

Asistia frecuentemente á las asambleas populares, tomaba algunas veces la palabra y casi siempre iba acompañado de sus dos hijos. Silvio escuchaba atentamente cuanto se decia á su alrededor, y aquellas reproducciones en miniatura de las grandes luchas del foro antiguo, causaron una impresion en su tierna alma que jamás se ha borrado.

A aquella enseñanza de la plaza pública, combinada con buenos estudios domésticos, se unieron las primeras emociones del corazon. Silvio entraba en la adolescencia, tenia quince años, y continuaba en Turin con sus distracciones tea-

trales, que eran todo su contento. Pero la compañía, reducida al principio á los dos hermanos, se habia aumentado sucesivamente con varios niños de la ciudad, y entre ellos una niña llamada Carlottina. Silvio la amó como se ama á los quince años, con ese amor puro y dulce de los ángeles. Aquel amor celeste no estaba destinado á ajarse sobre la tierra; Dios lo segó en flor, y Carlottina murió á los catorce años, dejando á Silvio un recuerdo indestructible; veinte años mas adelante, durante las largas noches de Spielberg, el alma de la jóven bajaba desde el cielo á consolar al prisionero.

Poco tiempo despues de aquel primer dolor Silvio dejó la Italia y fue á Lion, á casa de un primo de su madre, Mr. de Ruhod, con el cual pasó cuatro años de placeres, entregado á todas las distracciones del mundo, y apasionándose por las costumbres elegantes y la literatura francesa. Olvidaba la patria, cuando su hermano Luis le envió un nuevo poema de Foscolo, *I Sepolcri*; «este poema, dice Mr. de Latour, fue para él el escudo de Reinaldo. Al leerlo sintió que volvía á ser italiano, y se volvió á encontrar poeta. A los pocos dias iba andando para Italia.»

Toda su familia se habia trasladado á Milan, donde desempeñaba su padre las funciones de jefe de seccion en el Ministerio de la Guerra. A su llegada fue nombrado el jóven Silvio profesor de lengua francesa en el colegio de huérfanos militares. Aquel destino le dejaba mucho tiempo libre, y pudo entregarse sin obstáculo a su decidida inclinacion á la poesia.

Era en los últimos dias de la Era Napoleónica, y Milan bajo el gobierno del Virey Eugenio, habia llegado á ser la Atenas de Italia. Dos hombres se disputaban en ella el imperio de las letras, Monti y Foscolo: el uno poeta ingenioso y fecundo con lenguaje puro, con impresiones movibles, mas anante de la forma que del fondo, de la melodia de las palabras que de la energia del pensamiento, artista descuidado y escéptico como Goethe y como él cortesano, menos universal que Goethe, pero saca nado como él una especie de originalidad de una imitacion multiple y feliz; cantando con igual facilidad á Bonaparte Cónsul, y á Napoleon Emperador, á Washington y á Francisco, á Pio VI y á La Fayette, digno en una palabra de ser el representante literario de la Italia es-

clava y resignada: Foscolo al contrario; genio altivo, ardiente y desigual, el Byron del Mediodía; la espresion poética mas elevada de la Italia vergonzosa de sus cadenas, entristecida con su degradacion política, estremeciéndose al recordar lo pasado, pero demasiado debilitada; demasiado enervada por la servidumbre, para atreverse á querer con aquella voluntad única, firme, y perseverante que proporciona la libertad.

Monti y Foscolo se detestaban, y el jóven Silvio llegó á ser su comun amigo. «Me interesaba mas por el último; por Foscolo, dice él en sus memorias. Este hombre violento que con su aspereza alejaba de sí á casi todos sus amigos, era para mi la misma dulzura y cordialidad, y yo le profesaba una tierna veneracion.» Mr. de Latour, ha pintado en su noticia la alegría del jóven piamontes al pasar por la vez primera el umbral de la casa de Monti, la benévola acogida del viejo poeta, el desencantamiento de Silvio á la vista del *Zibaldone*, enorme cuaderno, especie de *Gradus ad Parnassum*, que el autor de *Graco* había hecho para su uso particular, llenandolo de hemistiquios y de

pensamientos sacados de todas las lenguas y de todos los libros del mundo; vasto receptáculo poético del cual sacaba hecha su poesía. «Silvio, añade Mr. de Latour, quedó confundido ante aquella receta de talento.»

A pesar de los consejos de Monti, que explicaba con complacencia al jóven las ventajas de su procedimiento, creyó Silvio que no debía hacer uso del *Zibaldone* y principió por escribir una tragedia sobre un asunto griego, *Laodicea*. Acababa de terminar esta obra, cuando vió un dia en un pequeño teatro de Milán, una figuranta de diez á doce años, que ha llegado á ser despues la primer trágica de Italia: era la célebre Carlota Marchionni. La fisonomía y el modo de representar de aquella niña le inspiraron. Al tiempo mismo que tal vez se despertaba en el corazon del jóven el recuerdo adormecido de la tan llorada Carlolina, un tierno pensamiento del Dante se apoderaba del poeta; veia pasar ante sus ojos, llevados por un torbellino eterno, á las dos sombras melancólicas de Francisca y de Pablo, esos dos niños que se amaron sobre la tierra, á quienes la muerte sorprendió en un beso, y que no deben separarse ya mas.



El resultado de aquella impresion de Silvio fue una segunda tragedia, *Francisca de Rimini*: apenas escrita, la sometió al juicio de Foscolo: «esto es malo, le dijo el áspero poeta; no toquemos á los muertos de Dante, arroja al fuego esta tragedia y traeme la otra.» Silvio fue á buscar á *Laodicea*. «En hora buena, exclamó Foscolo, esto es hermoso; continua así.» De vuelta á su casa, apeló Silvio á su conciencia de artista del fallo de su amigo, y su conciencia lo dió contrario; conservó á *Francisca* y arrojó al fuego á *Laodicea*.

Algunos años despues, en 1819, aquella actriz niña, que habia inspirado al poeta, volvía á presentarse en Milan, moza y rodeada ya de una grande reputacion, adquirida en diferentes teatros de Italia. Silvio le fue presentado, *Francisca de Rimini* salió del cajon en que yacia olvidada, y Carlota Marchionni adoptó aquella obra que ella habia hecho nacer. La tragedia fue representada en Milan, despues en Nápoles, en Florencia, con un buen éxito siempre en aumento, y desde el principio se encontró Silvio Pellico colocado en el rango de los poetas mas distinguidos de Italia.

Francisca de Rimini, la primera y la mejor de las producciones dramáticas de Silvio, basta para dar una idea del método del artista, pues tiene ese carácter de pureza, de gracia y de nobleza; ese sello de pasión melancólica y de templado brillo que se vuelven á encontrar en *El Eufemio de Messina*, en la *Ester de Engaddi*, en la *Gismonda*, y las demás tragedias del mismo autor. Economía de personajes, cuatro ó cinco lo mas, sobriedad de incidentes, falta de todas esas combinaciones de efectos teatrales, vulgares y materiales, tan usados en el drama moderno, y sin embargo poco de esos aires magestuosos de la tragedia francesa del gran siglo; pero tambien nada muy conmovedor, muy impetuoso; bastante pasión verdadera y sentida, si no enérgica, para evitar la sequedad; un esquisito sentimiento del bello moral; un gran fondo de ternura; cierta mezcla de molicie, de elegancia, de familiaridad y de delicadeza en el lenguaje, que sienta bien para la expresión de un amor italiano á quien el sentimiento del deber contiene; tales son, en nuestro concepto, las principales señales de las tragedias de Silvio.

Después de la caída de Napoleón, la familia del poeta había regresado á Turin; en cuanto á él, detenido en Milan por amigos ilustres y por numerosas relaciones literarias, consintió en encargarse sucesivamente de la educación de los hijos del Conde de Briche y de los del Conde Porro Lambertenghi. En esta última casa, cuyo jefe le profesaba un fraternal afecto y lo había presentado á sus hijos como un segundo padre, pasó Silvio los días mas felices de su vida, en el seno de una excelente familia que había llegado á ser la suya. Diariamente en contacto con todos los hombres ilustres de Italia, tuvo además el autor de *Francisca* la ventaja de poder vivificar su inteligencia, con el frecuente trato con los hombres mas eminentes de Europa, que al visitar la Italia y al pasar por Milan no dejaban de reunirse en casa del Conde Porro. Allí fue donde conoció Silvio Pellico á Mme. de Stael, Schlegel, Byron (cuyo *Manfredo* tradujo en prosa, y á que él correspondió con la traducción en verso inglés de la tragedia de *Francisca*, traducción que desgraciadamente se ha perdido), Dawis, Brougham, Hobhouse, Thorwaldsen, y otros mil. Allí por fin aprendió

Silvio á elevar su alma desde el amor de la familia al amor de la patria; amor noble y desgraciado, puesto á dura prueba por diez años de tortura, pero que lejos de apagarse en el fondo de los calabozos, debia fortalecerse, agrandarse, transformarse para abrazar un dia con sus latidos á la humanidad entera.

En el gran trastorno de 1814, la Italia confió por un instante que la Europa consentiria al fin en darle la independencia. Habiáse constituido una regencia en Milan, y enviado comisionados cerca de las Potencias para abogar por la causa italiana. Pronto se desvaneci6 aquella esperanza: la Rusia y la Inglaterra contestaron solo con la indiferencia, el Austria con el desden y la amenaza. Restableci6se el reino Lombardo-Veneto, fue preciso resiguarse y esperar mejores dias. Entre los comisionados y á la cabeza de los patriotas milaneses, habia dos personajes ilustres por su nacimiento, por su fortuna, por la elevacion de su espíritu, y por la dignidad de su carácter: eran el Conde Porro, de quien ya hemos hablado, y que despues consigui6 burlar con la huida los rigores del Austria, y el Conde Federico Confalonieri, la

figura política mas grande y mas hermosa de la Italia contemporánea; Confalonieri, martir illustre, enterrado vivo durante doce años en Spielberg, antes de que pudiera conocerse de cuanto era capaz; Confalonieri, á quien el odio del Austria ni siquiera le ha dejado la libertad del destierro, y que desfallece en el dia en otro hemisferio, lejos de la patria que queria libertar.

Aquellos dos hombres, obligados á aplazar la esperanza de romper por la fuerza el yugo que pesaba sobre su país, emprendieron el luchar, por lo menos en cuanto pudiesen, contra el sistema de asfixia intelectual que caracteriza la dominacion austriaca. Vióseles entonces, desde 1815 á 1819, en medio de toda clase de obstáculos, consagrar su fortuna y sus cuidados á la mejora material y moral del país, al desarrollo de la industria, del comercio, de las artes y de la instruccion pública. Aquellas empresas aisladas, y contrariadas casi siempre por el recelo del dueño, no eran sin embargo suficientes para la regeneracion italiana: conocióse pronto la necesidad de levantar una bandera á cuyo alrededor pudieran reunirse para un mismo objeto

odos los entendimientos eminentes del pais; y para satisfacer á aquella necesidad, Silvio Pellico que se habia asociado desde mucho tiempo á todos los pensamientos de Porro y Confalonieri, concibió y propuso el plan de un periódico. Inútil es decir, que redactado á la vista del Señor, aquel periódico no podia ser mas que puramente literario; pero apoderándose de las inteligencias, dando un mismo impulso á los espíritus, esforzándose en alcanzar el bien por medio de lo bello, creando para la Italia una especie de unidad literaria; aquel periódico podia contribuir poderosamente á preparar su unidad política.

En 1819 se fundó *El Conciliador*, en la casa y bajo el cuidado del Conde Porro, y pronto cuanto habia grande en Italia en ciencias, letras y artes; respondió al llamamiento de Silvio; y fue á llevar su ofrenda al pensamiento de los fundadores. La vida del *Conciliador* fue brillante pero corta. Por pacífico que fuese el título de aquel periódico, por inofensiva que fuera su redaccion, la censura austriaca no quiso dejarle vivir. Sus intenciones se manifestaron al principio con grandes tigeretazos; y pronto no

dejó al periódico mas que el título y las firmas de sus redactores. El *Conciliador* cesó de aparecer en 1820, un año despues de su fundacion.

En aquel momento estalló la revolucion napolitana, seguida de cerca por la insurreccion del Piamonte. Parecia que se propagaba por toda Italia un pensamiento igual de resistencia; mal combinados, mal dirigidos, todos aquellos movimientos abortaron. El Austria estaba en acecho, y cuando creyó llegado el momento de obrar, inundó de tropas la Península, y principiaron las prisiones. Cuantos hombres eminentes por su cuna ó por su talento encerraban los Estados Lombardo-Venetos, fueron envueltos en una misma proscripcion; la redaccion del *Conciliador* fue atacada en masa; algunos mas dichosos, como Porro, Arconati, Pecchio, Arriabene, Berchet, Ugoni consiguieron pasar la frontera; los demas fueron entregados á comisiones judiciales, para quienes juzgar y condenar era una misma cosa.

Silvio Pellico fue de estos últimos; regresaba de un viage á Venecia, cuando fue detenido en Milan, el 13 de Octubre de 1820, conducido

á la prision de Santa Margarita, desde allí á Venecia, y por último á la fortaleza de Spielberg. Su vida de prisionero es sabida; está en su libro, y su libro está traducido en todos los idiomas.

Digamos ahora dos palabras acerca de este libro.

La obra de Silvio, como lo ha dicho su amigo Maroncelli, es un libro *di grandi verità e di grandi lacune*. No somos de los que creen que el libro en sí mismo hubiera ganado en ser escrito con mayor libertad, es decir sin miedo alguno de la censura austriaca; al contrario, concedemos gustosos, que debe su verdadera originalidad al carácter de franca resignación y de absoluta mansedumbre, que le distingue de todas las producciones contemporáneas. Es el libro de un santo, y los santos se hacen mas raros cada dia; creemos tambien que el fondo y la forma de este libro son mucho menos el resultado de la posicion particular del autor, que de un sistema bien fijo en él y apoyado en convicciones profundamente sinceras. Así, pues, bajo el punto de vista del arte y de la moral cristiana, *Le mie Prigioni* es un libro sublime,

pero bajo el de la historia es incompleto, insuficiente. Vivimos en un tiempo de languidez y de pasión, en que la mayor necesidad de las almas es la verdad firme y fría. La caridad que echa un velo piadoso sobre el mal y no dice más que la mitad de la verdad, es una virtud admirable, pero que de nada sirve para la historia; necesita esta conocer á fondo todos los hechos odiosos para infamarlos y sacar de ellos toda la moralidad que encierran; la historia debe penetrar en todas partes, lo mismo en las casamatas de Spielberg, que en el antro donde se elaboraban las sentencias revolucionarias de 93. Todo esto interesa igualmente á la historia, para que pueda enseñar á los pueblos á profesar el mismo ódio, al despotismo y á la demagogia.

Leyendo el suplemento á las Memorias de Pellico, por Maroncelli, y las Memorias de Mr. Andryane, es como puede formarse una idea *cabal* de los inauditos procederes del despotismo, aun el *paternal*, con sus enemigos; en estas dos obras es donde puede verse cuán difícil le es á un hombre el resistir á la inclinacion que le lleva á abusar de su poder; cuando no tiene

límites; cómo bastan ciertas posiciones de la vida para falsear el entendimiento y pervertir el corazón; cómo se puede ser bueno por naturaleza y atroz por sistema. El último Emperador de Austria nos presenta un notable ejemplo de semejante anomalía.

El Emperador Francisco es sumamente original. Véas á un hombre que ha sido uno de los soberanos mas populares de Europa; los austriacos le amaban como á un padre; poseia en el mas alto grado todas las virtudes privadas que distinguen á la raza alemana; el pueblo de Viena le llamaba siempre *der gute Franz*; el buen Francisco. Pues este buen Francisco es dueño de la Italia; la suerte de las armas ha unido á su pueblo otro pueblo que le es extraño por la sangre, por las costumbres, por el idioma. Este pueblo quiere ser libre y permanecer italiano. A los ojos del Emperador, esta voluntad no es únicamente una voluntad perjudicial á sus intereses, y cuya realizacion es preciso impedir con la fuerza; uno de esos hechos políticos que la política reprime, pero que la conciencia no infama; es mas que todo esto, es un crimen en toda la fuerza de la expresion, un crimen casi

tan infame como el parricidio ; el italiano que le comete no es solo un enemigo á quien se debe destruir ó sugetar, es un gran facineroso á quien se debe castigar, y sobre todo , pues el Emperador es bueno) *corregir y mejorar.*

Veamos ahora lo que hace el Emperador para corregir á sus súbditos italianos ; digamos en primer lugar que esta es su ocupacion principal: en su ancianidad, el Monarca dejaba gustoso á Mr. de Metternich la direccion de los grandes negocios políticos; la especialidad suya, su gran negocio, era la direccion material y moral de las prisiones de Estado, y particularmente de Spielberg. Tenia en su gabinete un plan detallado, desde la cruz á la fecha, del interior y del exterior de la fortaleza; estaba unido á aquel plan un arreglo de horas que le daba ó conocer lo que hacia cada prisionero en cada minuto del dia; añádanse á esto los informes minuciosos que le dirigian cada semana el director general de la policia, el director de la prision, el confesor, el gobernador general de la provincia, etc.; con estos informes, procedia el Emperador á poner en planta su sistema penitenciario.

En primer lugar, importaba que los presos

políticos no se imaginasen que existia la menor diferencia entre ellos y un criminal comun; un asesino, un falsario ó un ladrón; se les colocará pues en el sitio que habitan los presidiarios, se les vestirá como ellos, como ellos se les cargará de cadenas y se les tratará con mayor dureza; pues tendrán de menos que ellos la facultad de respirar el aire exterior y el auxilio del trabajo (*). El hambre es tambien un medio de correccion; y los presos de Spielberg están siempre hambrientos; los miserables alimentos que se les dan son de tal naturaleza, que cuando el desfallecimiento les obliga á llevar los labios al fétido vaso que los contiene, tienen precision de taparse las narices.

Al principio se les permitió el uso de sus libros; pero el Emperador advirtió muy luego que aquella lectura era para ellos un *alimento moral* que les ayudaba á soportar dignamente, es decir con *impudencia* su situacion, y se les

(*) Tratose de dar á cada prisionero político un presidiario por compañero de calabozo, pero estos reclamaron contra aquella agravacion de pena, y se abandonó el proyecto. (Véanse las memorias de Audryana).

quitaron los libros. Prohibiose severamente toda comunicacion oral ó escrita entre los condenados, y el Emperador esperaba que alguna muestra de humildad y de arrepentimiento comprobara el buen efecto de su proceder. No sucedió así sin embargo, los prisioneros callaban y se resignaban. Quedábanles aun algunos consuelos: escribian sus pensamientos en las paredes de sus calabozos con clavos, agujas ó pedazos de vidrio, y hasta encontraban medio de burlar la vigilancia de sus guardianes, escribiéndose entre sí algunas líneas trazadas por lo regular con su sangre (*) Disfrutaban además de una claraboya con verjas, y subiéndose á ellas descubrian á lo lejos el valle de Brunn. Veian el sol, contemplaban un hermoso paisaje, seguian á la golondri-

(*) Las memorias de Mr. Andryane, contienen sobre este punto un hecho notable, que la modestia del autor de *Las Prisiones* ha pasado en silencio. El jóven prisionero francés se desesperaba de no poder continuar una obra que habia principiado, por falta de tinta; aquella obra, escrita bajo el punto de vista cristiano, habia sido comunicada á Silvio, y le gustaba. Deseoso de verla terminada, logró hacer entregar secretamente al autor una botellita llena de su sangre. La obra escrita con la sangre de Silvio, no pudo librarse de las pesquisas, y fue quemada.

na en su vuelo, y se fortalecian de este modo en medio de la iniquidad.

No se habia llenado el objeto del Emperador: llegó una orden de Viena para que semanalmente se hiciera en cada calabozo un riguroso rejistro. El prisionero, despojado de todos sus vestidos, hasta de los mas interiores, debia esperar desnudo, tiritando de frio; que los altos funcionarios cubiertos de placas y decoraciones, que Barones, Consejeros de Estado, Directores generales, despues de haber registrado todas las partes de su cuerpo, hicieran lo mismo con el inhumano gergon en que descansaban, y descosieran cada pieza de su vestido de presidario, buscando los clavos, agujas, pedazos de papel y otros objetos que le distraen, y causan revelos al Emperador; y para que fuese completo el plan de este último, tardó poco en levantarse un muro delante de cada reja, que arrancó á los cautivos su último consuelo. Devorados entonces por la eterna ociosidad, por la horrible soledad de las paredes de un calabozo, los infelices pidieron á gritos que se les permitiera compartir con los presidarios el trabajo material, que libraba á sus cuerpos de la inacción que les mataba. Tras-

mitiose la súplica al Emperador, el cual *permi-
tió* á los prisioneros que ejercitaran su cuerpo,
imponiendo á cada uno de ellos la obligacion de
hacer diariamente una cierta cantidad *de hilas*,
todo bajo pena de total privacion de alimentos,
y hasta de palos. Quejéronse los prisioneros de la
índole de aquel trabajo, de la suciedad de los
trapos viejos del hospital, cuyas emanaciones mal
sanas se les precisaba á respirar, y de la obliga-
cion impuesta que convertia un favor pedido en
un castigo mas. El Emperador contestó á todo
esto. «¿por qué se quejan? ¿no son filantropos?»
Los prisioneros se conformaron é hicieron hilas;
pero mientras sus manos estaban ocupadas en
aquel monotonó trabajo, estaba libre su imagi-
nacion, pensaban, en sus dolores, y eso era aun
un consuelo. Poco tardó el Emperador en cono-
cer que es difícil tener á raya á un rebelde que
piensa, y se cambió la obligacion de hacer hi-
las en la de hacer un par de medias cada sema-
na, bajo la misma sancion penal indicada antes.
Se necesitaba que el pensamiento del prisionero
descendiese de la altura en que se refugia-
ba para fijarse en un obillo de grosera lana,
que debia aprender á tejer con agujas de madera.

La imaginacion se espanta en presencia de semejantes hechos, de los cuales solo citamos una pequeña parte, y se negaria á creerlos, si las víctimas no estuvieran presentes para atestiguarlos. ¿Y quiénes son los hombres que sufren esos mil tormentos, tanto mas crueles cuanto mas mezquinos y degradantes? ¿Qué hombres son los que á todas horas deben presentarse desnudos ante sus carceleros, sufrir el hambre y la sed, llevar encadenado el cuerpo y el pensamiento, hacer hilas y medias? Esos hombres son la flor de la Italia, son jóvenes de un brillante porvenir, ó ancianos de un pasado glorioso. Son Confaloneri, noble vástago de una raza noble, hermano de leche de una de las mugeres del mismo Emperador; el joven Marqués Palavicini, Pedro Borsieri, uno de los primeros poetas del Milanesado; el joven y débil Conde Ortoni, á quien mató el hambre para librarle de sufrir mil muertes; Villa, el esposo, el padre, arrancado á su mujer y á sus hijos adorados; y á quien la muerte libertó tambien de sus males; Márcos Fortini, digno Sacerdote, cándido y puro como en los primeros siglos de la Iglesia, y que condenado como *carbonario* iba preguntando á todos

sus jueces lo que era un *carbonario*; Munari, jurisconsulto célebre, viejo filósofo, cano, impasible, como Epiteto o Zenon, á todos los dolores físicos que la despedazaban, y llorando como un niño al verse precisado á hacer un par de medias cada semana; el Coronel Moretti, otro anciano sexagenario, veterano de la ex-guardia imperial, á quien las balas habían respetado en cien batallas, para ir á doblar su noble frente de soldado bajo las ignominias de Spielberg; Bacchiega, Oficial del antiguo ejército Italiano; Foresti, joven y distinguido Magistrado; Andryane, Maroncelli, y Silvio Pellico.

Al pensar que esa vida atroz, marcada á cada minuto con una nueva persecución, no ha durado un mes, ni un año sino diez años, para algunos y mas aun para otros; al considerar que ni una sola de las víctimas (*) quiso comprar su libertad á costa de una bajeza, que en vano se esperaba y solicitaba, se siente uno arrastrado á detestar al opresor con igual fuerza que la admiración que se experimenta por el oprimido.

Pero por otro lado, cuando se piensa que el

(*) Una sola cedió, no la nombramos.

opresor era un Monarca bondadoso, modelo de los esposos, de los padres y de los Reyes austriacos, constantemente dulce y moderado para con todos los que no eran *sus prisioneros italianos*; cuando se le vé desempeñar su tarea de *alormentador*, como si se tratase de una larga operacion quirúrgica; cuando se le oye responder á las súplicas de las madres y hermanas de sus víctimas con la eterna frase: «*aun no está bastante corregido*»; cuando se leen las curiosas palabras dirigidas á Mme. Andryane, al devolverle á su hermano, destruido por diez años de hambre, de sed, de frio, de calabozo y de tormentos: «*es preciso hacerle vestidos calientes, pues de otro modo se resfriaria y yo seria el responsable. Es preciso dejarle comer poco, porque su estómago está cansado, y acostumbrarlo gradualmente al aire libre, etc.*»; cuando se examina así de cerca la singular fisonomía de *aquel paternal verdugo*, el ódio se aparta de él, para caer por entero sobre los principios y las instituciones que le hicieron lo que era, pues ya fue á dar cuenta á Dios de su pensamiento, dejando en manos de su sucesor su corona de Rey y sus llaves de carcelero.

Fernando solo aceptó la primera parte de la homenaje: ¡tanto mejor para su fama! la historia no tiene ya que enumerar esos actos infames que deshonran al Soberano que los comete; y macaun á la Nación que los consiente. Pero queda el ejemplo, y las memorias de los prisioneros de Estado de Spjelberg, probablemente serán un día para el Austria un excelente curso de derecho constitucional.

Silvio Pellico salió de la fortaleza de Spjelberg pocos dias antes de la revolución de Julio en Francia; salió con el cuerpo destruido, pero su inteligencia debia sobrevivir á los esfuerzos impíos del gefe de un grande imperio, que empleó todo su poder en apagar aquella llama emanada de Dios. Desde la publicación del *Libro de las Prisiones*, Silvio ha escrito algunas tragedias nuevas, cuya representacion se ha prohibido, á pesar de su carácter profundamente moral y enteramente ajeno á las cuestiones políticas. El Austria no quiere que la Italia celebre un poeta en la persona de un prisionero de Estado. Las obras dramáticas de Silvio se componen de ocho tragedias: *Fraancesca de Rimini*, de que hemos hablado; *Eufemio di Messina*, compuesta

en la época del *Concellador*, y que la censura permitió imprimir con la condición de que jamás se representase; *Ester d' Vinjaddi*; *Iginto d' Asti*; *Leoniero da Dertona*: estas tres últimas creadas en los calabozos de Venecia y de Spielberg; *Gimonda*, prohibida recientemente cuando acababa de tener un grande éxito, y por último; *Eredtade y Tommaso Moro*. Además de estas tragedias, ha publicado Silvio doce *cantiohe*, pequeños poemas narrativos sobre asuntos morales y caballescicos, sacados de los anales de Italia; la *cántica* es un género que Silvio ha creado y en el que sobresale. Ha publicado además una colección de poesías sueltas, bajo el nombre de *Poesie inedite*, en donde hay trozos muy notables. La obra de Silvio que mas boga ha tenido, después de su *Libro de las Prisiones*, es el volumen en prosa que ha publicado bajo el título de *I Doveri dell' uomo* (los deberes del hombre) «Dulce y sabia teoría, dice un escritor, con una moral de que el mismo autor sirve de ejemplo.»

● En el día, Silvio Pellico vive tranquilamente en Turin en el seno de su familia, rodeado de amigos generosos, que rivalizan en bondad y atenciones, para hacer olvidar al mártir italiano



sus largos y crueles padecimientos. A pesar del cuidado de Silvio en ocultar su vida, las miradas de todo el mundo se dirigen hácia él; sabida es la sensación que causó; hace pocos meses la noticia dichosamente falsa de su muerte. «No tiene, dice el escritor (*) que hemos citado antes, tiempo apenas para componer nada. Ocupa casi todo el día en su correspondencia, precisado á contestar á las cartas afectuosas que de todas partes de Europa van á buscarle en su retiro. Pero esta tarea oscura y cansada en sí misma, es dulce para él, porque la hace útil, y y porque de este modo desempeña sin salir de su casa, el papel de convertidor lejano; Silvio poseía cuanto era menester para tener crédito entre la juventud actual; posee este influjo y se sirve de él para conducirla á Dios.

(*) Mr. Guérrier de Dumast.





LORD PALMERSTON.

Personages célèbres del Siglo XIX

LORD PALMERSTON.

Palmerston! ha hecho una cosa grande, una de las mayores que desde mucho tiempo se hayan hecho para la Inglaterra. — DISCURSO DE MR. BERRYER. (Sesion de 2 de Diciembre de 1840).

Tenian razon los hombres de Estado que en el gabinete inglés decian á Lord Palmerston: sacrificais la política elevada á la pequeña. — DISCURSO DE MR. JOUFFROY. (Sesion del 1.º de Diciembre de 1840).

No hay salvacion sino probando que la mano que ha firmado el tratado de 15 de Julio, es una mano *criminal*. Es el único medio de que la luz del dia pueda esclarecer *aquella infame traicion*. Si Lord Palmerston saliese del gabinete, no por eso quedaria menos en pié el sistema, si no se destruye en su persona misma. — LA CAISIS: por MR. URCHART, página 52.

— — —

Véanse aqui tres opiniones muy diferentes, formuladas en la misma época, por el mismo he-

cho, y sobre la misma persona. Lord Palmerston, mirado con el microscopio de Mr. Berryer, toma de repente proporciones gigantescas. La Inglaterra debe erigirle estatuas, la historia destinarle una gran página. « ¡El movimiento del mundo ha variado! esclama Mr. Berryer; el fondo del Mediterráneo ha vuelto á ser el centro del mundo, del mundo activo, del mundo social, del mundo comercial, del mundo industrial. El fondo del Mediterráneo es el lazo de esos sesenta millones de habitantes y súbditos de la India, cuyos dominadores descansan en su isla del lado allá del estrecho de la Mancha. El fondo del Mediterráneo, es en el dia el punto centrico de todos los grandes negocios del globo; Palmerston ha sentado en él el pabellon inglés; ha hecho una cosa enorme, y no me admira que los toris mas ardientes de Inglaterra, esten resueltos en el dia á sostener firmemente á ese jefe del gabinete whig. »

Mr. Berryer era un gran orador y mal profeta, pues á poco tiempo, en lugar del *firme apoyo* que le pronosticaba el orador francés, recibió Lord Palmerston de los toris de Inglaterra, la mas fuerte zancadilla que se ha dado

desde mucho tiempo á un hombre de Estado

El segundo apreciador, Mr. Jouffroy, es menos entusiasta; para él, asi como para otros muchos, Lord Palmerston es un hombre de estado de pocos alcances, de un entendimiento limitado y tenaz, sacrificando por obstinacion al triunfo de un momento, á la satisfaccion de su vanidad personal, los verdaderos intereses del pais. Los peligros, dice Mr. Jouffroy, le vendrán á la Inglaterra de la Rusia y no de la Francia; y como la Inglaterra nada puede contra la Rusia sin la Francia, obra la Inglaterra contra sus intereses al quebrantar y enagenarse á la única nacion capaz de servirla con provecho en la gran lucha, que tal vez decidirá un dia su existencia. Para creer inatacable y perfecto el silogismo de Mr. Jouffroy, seria preciso estar seguro de dos cosas: 1.^o que la Francia sabrá recordar su injuria y obrar en consecuencia; 2.^o que jamás podran entenderse y arreglarse á su costa, la Inglaterra y la Rusia. Estas dos proposiciones, que en nuestro concepto se enlazan con bastante fuerza para que la solucion de la primera ocasiona la de la segunda, no están todavia, á nuestro modo de ver, de tal modo demostradas, en especial desde el

nuevo convenio llamado *de los estrechos*, que no quede á la Inglaterra mas recurso que llorar las calaveradas de su ministro.

La tercera opinionu acerca de Lord Palmerston, la de Mr. Urganhart, no por estar menos estendida que las otras dos, deja de tener aun en Inglaterra algunos adictos, especialmente en el partido radical. Mr. Urganhart, autor de un libro titulado *La Turquía y sus recursos*, es un publicista inglés, de talento y sobre todo de imaginacion; y cuando los ingleses la tienen, tienen mucha. Mr. Urganhart, ex-secretario de embajada en Constantinopla, creemos que fue destituido por Lord Palmerston, lo que sin duda ha contribuido á la exaltacion que le es natural. Bajo esta disposicion de espíritu, ha publicado el autor de *La Turquía y sus recursos*, un libelo en francés, muy curioso, con el fin de probar que Lord Palmerston no es un grande hombre de Estado, como dice Mr. Berryer, ni un pequeño estadista, como dice Mr. Jouffroy, sino un *gran traidor*, un *profundo picaro*, que hace diez años prepara ocultamente un atroz complot; y no se propone nada menos que entregar la Inglaterra atada de pies y manos á la Rusia.

Para ocultar mejor sus designios, este ministro Judas, profesa abiertamente durante diez años una política anti-rusa, y oculta con apariencias de oposicion su secreta conuivencia con el Gabinete de San Petersburgo. «; En este sistema, esclama Mr. Urguhart, todo está enlazado; nada se escapa á la ambicion inmensa que es su alma, ni al profundo disimulo que es su instrumento! ;No hay un acto que no sea un crimen, ni una palabra que no sea una mentira! Crimen que triunfa, porque rinde al espíritu humano con su enormidad, etc.» Mr. Urguhart sigue en este tono de melodrama durante cien páginas. En su preocupacion, hasta acusa á Mr. Thiers, si no de complicidad, de una imperdonable ceguera por lo menos, en haberse contentado con armar, en vez de instruir él mismo el proceso de Lord Palmerston, probando doctamente al pueblo inglés la perversidad de aquel ministro, «que; dice, os hubiera comprendido y se hubiera levantado como un hombre solo para unirse con vosotros bajo la enseña de la justicia;» y Mr. Urguhart, concluye declarando á la Inglaterra que está perdida, si no se apresura á destruir el sistema de Lord Palmerston *en su misma per-*

sona; es decir en buen castellano, *ahorcar* á Su Señoría; ó por lo menos, en consideracion á la noble sangre de los *Temple*, entregar su pérvida cabeza á la cuchilla del verdugo.

¿Será preciso hacer ahora lo que Mr. Uguhart echa en cara á Mr. Thiers no haber hecho? ¿habrá que confesar que el crimen de Lord Palmerton oprime el entendimiento humano por su enormidad? Se deberá erigir á Su Señoría, llena de *afette* (*his cosmetic Lordship*), como dicen los periódicos toris, en un vandido colosal, y entregar al verdugo esa cabeza de jóven de sesenta años, con peligro de incurrir en las maldiciones de las rúbias ladies del otro lado del canal? ó se deberá, por imparcialidad, decir que es el génio político mas eminente de Inglaterra? ¿decirlo con Mr. Berrier, que ha hecho una cosa grande, enorme, ó repetir en su elogio uno de esos ditirambos burlescos que todas las mañanas le prodiga Sir Napier, el ejecutor de sus altos hechos, el vencedor de Beyrout, el belicoso comodoro, que es á Nelson lo que su patrono es á Conning?

El lector nos permitirá que no adoptemos ninguno de estos dos sistemas; y nos parece difí-

cil, aun colocándose bajo el punto de vista inglés, unir al nombre de Lord Palmerston idea alguna de *enormidad*, ni en bien ni en mal; y puede decirse de Su Señoría, que no ha merecido.

Ni cet exces d' honneur ni cette indignité.

En efecto, porque la Francia, despues de haber defendido en Julio de 1839, en la persona de Mr. Villemain contra Mr. de Lamartine los derechos adquiridos de Mohamed-Aly, poseedor entonces de la Siria; despues de haber dicho, en la misma época, por el órgano de Mr. de Guizot, que el tener que desempeñar un papel en la cuestion de Oriente, *es para ella una buena fortuna; que la política de la paz, por lo mismo que está frecuentemente ociosa y enfriada, corre riesgo de pasar por pusilánime y egoísta, y que los grandes intereses generales, los grandes intereses morales, jamás deben ser sacrificados á semejante política; porque la Francia, despues de haber dicho en Julio de 1839, por el órgano de Mr. Dupin, que el día en que el Sultan dejase de batirse solo contra uno de sus bajás, tenia el derecho y el deber de intervenir; porque la*

Francia despues de haber declarado , en Julio de 1839 , por el órgano de Mr. Jouffroy (1) con aplauso de toda la Cámara ; que no toleraría de *ningun modo* que se resolviese la cuestion sin su concurso ; porque la Francia despues de haber dicho todo esto , ha sido llevada por una série de faltas, en que todo el mundo tiene parte, á decir un año despues , lo contrario de lo que habia dicho , por el órgano de los mismos hombres que la animaban poco antes , hasta el momento en que el mismo que habia hablado en nombre suyo en 1839 , Mr. Jouffroy , usando por lo menos de franqueza , les ha recordado la verdad con las siguientes palabras que reasumen toda la situacion. « Digo , que hemos salido mal en el negocio de Oriente pues no hay mas que un sentimiento en la Cámara y en el pais ; y es que en este negocio la Francia , ha sufrido un *grande y notable golpe* (**). » Porque la Fran-

(*) Mr. Jouffroy hablaba en nombre de la comision que concedió por *unanimidad* el crédito extraordinario de 33 millones , pedido entonces por el ministerio de 12 de Mayo , para poner las fuerzas navales en un pié respetable, en el Levante.

(**) Sesion de 1.º de diciembre de 1840.

cia desposeida ya de toda influencia en Constantinopla , se ha resignado benévolamente á sufrir igual suerte en Egipto y en Siria ; porque en una palabra ha sufrido la Francia un *grande y notable* golpe, no veo hasta ahora nada para que la Inglaterra, con Mr. Urguhart, deba acusar de un crimen horrible á Lord Palmerston.

Por otra parte, porque un hombre cuya vida política tan larga y por tanto tiempo tan insignificante, no ha traspasado jamás los límites de la mediania ; porque este hombre, despues de haber representado desde 1809 el papel oscuro de *utilidad, de comparsa*, en casi todos los gabinetes toris y whigs que se han sucedido en Inglaterra ; porque este hombre definitivamente alistado en 1830, bajo las banderas del partido whig, eclipsado al principio por todos los hombres eminentes que formaban el primer ministerio Grey, se ha visto crecer poco á poco, con la salida ó la muerte de la mayor parte de aquellos hombres, hasta el punto de adquirir en el gabinete, tan frecuentemente dislocado de Lord Melbourne, una importancia que nada justifica en él ; porque este hombre, asi agrandado por casua-

lidad, despues de haber proclamado durante diez años, que la alianza anglo-francesa era la salvacion del mundo; despues de haber propuesto á la Francia un acto de agresion abierta contra la Rusia, se decide bruscamente, de un dia para otro, á pasar del uno al otro campo, sin mas motivo que su vanidad herida por la supuesta gestion directa de Mr. Thiers con el Bajá, y el hecho accidental de la insurreccion de la Siria; y arrastra á su pesar á sus cólegas á una política de cabo de escuadra, basada únicamente en una prevencion injuriosa para los franceses, y que tan temeraria hubiera sido en otros tiempos (*); porque este hombre obrando asi ligercamente, sin plan fijo, sin medios preparados (**) para hacer frente á las eventualidades que podian salir de un conflicto, y con riesgo de envolver á la Eu-

(*) Mr. Guizot mismo, ha declarado (véase su discurso en la discusion de contestacion al de la coroua) que Lord Palmerston no habia firmado y llevado á ejecucion al tratado de 15 de Julio, sino porque tenia el convencimiento de que la Francia hablaria mucho, no obraría, y acabaria por conformarse.

(**) Es constante (véase la discusion de la contestacion al discurso del Trono) que en el momento del ataque de Beyrout, la Inglaterra solo tenia nueve navios en el Mediterraneo, al paso que la Francia tenia quince.

ropa en una guerra interminable, se encuentra de repente justificado por dos hechos igualmente *impresumibles*, la debilidad militar del Bajá, y la inaccion de la Francia; porque en una palabra Lord Palmerston, cuando el *statu quo* no tenia peligros y la intervencion estaba rodeada de riesgos, se decidió ligeramente, sin necesidad urgente, á jugar el reposo del mundo con una probabilidad contra dos, y porque ha ganado el juego, nos es imposible ver en este, *envido el resto*, de un jugador impaciente y afortunado, una de esas concepciones maduradas por mucho tiempo combinadas con fuerza, bastante estensas para abarcarlo todo, bastante sólidas para hacer frente á todo, bastante vitales para satisfacer al presente y al porvenir, y tales en una palabra como pueden salir de la cabeza de un hombre de génio.

Se ha dicho muchas veces que el tratado de 15 de Julio variaba la faz del mundo; es posible, aunque muchos de los que al principio lo decian en alta voz, afectan en él dia desdeñar de un modo extraño, lo que presentaban como tan formidable; pero lo que nos parece cierto, es que Lord Palmerston se cuidaba poco de aquel gran

resultado. Su objeto era menos estenso y mas inmediato; la influencia rusa le ofuscaba en Constantinopla, y la francesa en Egipto; y no pudiendo destruirlas ambas, ha querido por lo menos romper una ú otra; para conseguirlo ha tomado el camino mas corto; ha principiado por proponer á la Francia que obrase contra la Rusia, forzando de acuerdo los Dardanelos. La Francia fiel á ese espíritu de indecision que caracteriza su política exterior desde la muerte de Casimiro Perier, se ha negada á ello, y estaba en su derecho; pero debia esperar lo que ha sucedido: á saber, que no pudiendo el Lord arreglar la cuestion contra la Rusia con ella, procuraria arreglarla con la Rusia contra ella. Sin embargo, este caso extremo presentaba obstáculos numerosos, que hubieran contenido á un entendimiento menos presuntuoso; era preciso para dar la razon á Lord Palmerston, que Ibrahim, agarrotado por las esperanzas francesas, no pasase el Tauro; que la escuadra rusa no tuviese que salir del Mar-Negro para ocupar á Constantinopla; que una brillante escuadra francesa se pasase *inocentemente* desde Salamina á Tolon, mientras cuatro ó cinco navios bombardeaban á Beyrout;

era preciso que el Bajá, esperando siempre un apoyo formal, mandase la inaccion á su hijo; que Mr. Thiers, dueño por un momento de la situacion, esperase á su vez para obrar, que pudieran arrojarle á la frente el invencible argumento de los *hechos consumados*; era en fin preciso que el mismo Bajá se hiciese tambien el humilde servidor de los *hechos consumados*, de Sir Napier y del Foreign-Office, hasta que sus sucesores vayan á refunfunar en las calles de Londres, con todos esos pequeños soberanos de la India, que toman el pálido sol inglés en Hyde-Park. aprenden á cantar el *God save the Queen*, y olvidan sus reales esplendorés bebiendo *porter* á espensas del tesoro público. Se necesitaba que Lord Palmerston, al dejar de ser ministro, ni siquiera tuviese que legar á sus sucesores, como consecuencia de su temeridad, el temible aislamiento de la Francia; era preciso en una palabra, que el ministro elegante apareciese hasta el fin en política, lo que fué en otro tiempo en amor, el hijo mimado de la fortuna. Y ahora, entretanto que se haya cambiado la faz del mundo por el hecho de Lord Palmerston; lo que solo seria una prueba mas de que todos los medios

sirven á la Providencia para lograr sus fines; como este nombre está ya para siempre enlazado con un hecho histórico, cuyos resultados pueden ser inmensos, vamos á esforzarnos en bosquejar aqui brevemente los principales lineamientos de esa vida por mucho tiempo oscura.

El muy honorable Lord Henry John Temple, vizconde Palmerston, nació el 10 de Octubre de 1784, de una familia de mediana aristocracia originaria del Buckinghamshire, y que se estableció, segun creemos, en Irlanda á mediados del siglo XVII. Pertenece á esta familia el célebre diplomático Sir William Temple que representó un papel bastante hermoso en el reinado de Carlos II. Al firmar el tratado de 15 de Julio, Lord Palmerston ha podido inspirarse con una tradicion de familia, pues precisamente uno de sus antepasados, ese mismo William Temple, fue el que firmó con Juan de Witt en Bruselas, el tratado de 1688 entre la Holanda, la Inglaterra y la Suecia, para obligar á la Francia á restituir sus conquistas en los Países-Bajos. El padre de Lord Palmerston, ejercia las funciones de *attorney* general de Irlanda, y tenia la reputacion de tori reforzado. Nada sabemos de los primeros

años de Su Señoría, si no que era un muchacho muy bonito, muy vivaracho, muy mimado, en virtud de su derecho de primogenitura, tan poderoso todavía en Inglaterra, y que mereció muy jóven el apodo de *Cupido*, con que sus conciudadanos le han honrado mas adelante, á causa de su probada superioridad en materia de galantería.

Muy jóven todavía, fue enviado al colejio aristocrático de Harrow, donde estuvo en compañía de Sir Roberto Peel, de Byron, de Bankes, de Hobhouse, y de muchos otros jóvenes que, todos, valiéndonos de las palabras de Byron en una nota de sus memorias, han hablado y hecho hablar de ellos. Los estudios de Lord Palmerston, fueron bastante buenos. Sin embargo, en medio de aquella vida semi-claustral y semi-mundana que hacian en Harrow los jóvenes patricios de Inglaterra, sucedió que el descendiente de los Temple, descuidó un poco los austeros deberes del *escolar*, por adquirir las cualidades mas brillantes del *gentil-hombre*. Lord Palmerston al salir de *Harrow-School* pasó á la Universidad de Edimburgo, despues á la de Cambridge, donde se entregó á los solaces disipados

y turbulentos, con que un jóven inglés de buena casa se prepara para ejercer los elevados cargos públicos. A los veinte años le encontró su familia un burgo (*) *cerrado ó podrido*, que le envió en 1805 á la Cámara de los comunes. Cuatro años despues, á los veinte y cinco de edad, de sempeñaba Lord Palmerston las funciones de ministro de la guerra (*secretari of war*), que ha conservado durante diez y nueve años seguidos. Pegado por decirlo así á su cartera, pasó en la oscuridad junto con ella, desde Mr. Perceval, á Lord Liverpool, de Lord Liverpool, á Mr. Canning, de Mr. Canning, á Lor Goderich, de Lord Goderich, á Lord Wellington, hasta que la dimision tan tímidamente presentada y tan brutalmente aceptada de Mr. Huskisson, su amigo, obligó á Lord Palmerston á separarse con pesar suyo, de su querida cartera. y á seguir á Mr. Huskisson en la oposicion whig. Esto sucedia en 1828.

(*) Es preciso no confundir los burgos cerrados (*close boroughs*) con los burgos podridos (*rotten boroughs*) ambos abolidos por lo demas desde la reforma electoral. En los primeros no faltaban electores, pero sus votos correspondian de derecho á algun poderoso. En los segundos, no habia en realidad mas que una ó dos personas con derecho de votar.

Los lectores españoles, que apenas hayan oído hablar de Lord Palmerston desde el año de 1830, preguntarán tal vez cómo no han tenido antes conocimiento de un hombre, que siendo tan joven, desempeñó en su país durante diez y nueve años funciones tan *importantes* como las de ministro de la guerra; que las desempeñaba en una época en que la Inglaterra sostenía contra Napoleón un duelo á muerte, del cual salió victoriosa, y que de consiguiente parecia que debia tener una gran parte en la gloria de aquel triunfo? Tal vez preguntarán tambien ¿cómo se puede ser ministro de la guerra en cinco ó seis gabinetes sucesivos y diferentes? ¿y si esa inmovilidad en semejante puesto, en medio de todas las modificaciones ministeriales, no supone necesariamente una de esas *especialidades* extraordinarias, una de esas capacidades de que no es posible prescindir, y que sacan el principio de su duracion del poder, de un talento superior y de la fuerza de las circunstancias?

● Entrados en este camino, no tienen los lectores mas que andar, é irán lejos. Cómo! un hombre que desde 1809 á 1815 *dirige* en el silencio del gabinete la gran lucha que sostuvo la

Inglaterra en todos los puntos de Europa, que vigila las operaciones de Wellington en Portugal y en España, que prepara la *victoria* de Waterloo, y despues de haber *vencido*, como ministro de la Guerra al mayor Capitan de los tiempos modernos, pasa luego á los negocios esteriore, en medio de las mas criticas circunstancias, hace frente á todas las dificultades, y concluye, como dice Mr. Berryer, por variar la faz del mundo. ¡Este hombre, es un hombre grande, si los hubo! ¡tan gran estratégico como diplomático! ¡y la historia no dice una palabra de él durante veinte años! ¡y apenas se encuentra su nombre al fin de todas las listas ministeriales! ¡y la Inglaterra habla de Pitt, de Fox, de Canning, y aun de Castlereagh! ¡que aguarda para llenarse de gloria habiendo dado el ser á Lord Palmerston, que ha firmado el tratado de 15 de julio! Es que hay en esa tardia glorificacion una grande injusticia; pues al fin Lord Palmerston ha sido á los veinte y cinco años el Carnot de Inglaterra antes de ser su Rielhelieu.

Bastará para calmar la impaciencia de los lectores, decirles, si lo ignoran, que de todas las *sinecuras* que tanto abundan en Inglaterra, es

muchas veces la primera el empleo de ministro de la Guerra; es por lo comun lo que se llama una cartera puramente *política*, una de esas casillas tan numerosas, en donde el gefe del gabinete, el *leader*, al llegar al poder, coloca á los mas insignificantes de su falange. Supóngase á uno que es poeta, abogado, matemático, ó currutaco, cuya palabra carece de influencia en la Cámara de los Comunes, y que no tiene bastante importancia para aspirar al timon de los negocios exteriores; pero que tiene celo, relaciones distinguidas, una buena posicion en el mundo; que está de moda, que ha trabajado con todas sus fuerzas para la caída del ministerio anterior, y que quiere una parte del turron: el *leader* no sabe qué hacer de él, y le hace ministro de la Guerra, (*secretary of war*). Mr. Macanley que desempeñaba este empleo en el último ministerio whig, es un literato á quien suponen de mucho talento, pero que conoce la historia de la clásica falange macedonia, mucho mejor que la organizacion del pais (*).

(*) Sir Hardinge, que ha sido llamado á este puesto en

Entre las treinta ó cuarenta personas que cada cambio ministerial hace llegar de este modo á los puestos ministeriales, jamás hay entre ellos mas que un número muy corto que comparta con el jefe del gabinete la direccion de los negocios; los demas solo tienen una importancia secundaria, proporcionada á lo que personalmente valen, y no llenan mas que *por la forma* las funciones de que estan revestidos. Entre nosotros se estraña que el ministerio de guerra ó marina se confiera á una persona que ni es marino ni soldado; en Inglaterra es esto muy comun, y á nadie sorprende; y hasta opinan muchos que es un bien, en el concepto de que siendo siempre dirigidos los negocios del ramo, fuera de las luchas y de los hombres políticos, por consejos y agentes *especiales* y casi siempre *permanentes*, siguen una marcha mas regular, mas uniforme, y participan menos de los inconvenientes de la inestabilidad ministerial; al paso que cuando se suceden con tanta rapidez en uno ú otro ministerio hombres especiales,

el nuevo gabinete tory, es, *cosa extraordinaria*, un oficial distinguido.

se ercen obligados muchas veces á hacer cosas nuevas, deshaciendo la obra de su predecesor, é imprimiendo á la marcha de la administracion una inestabilidad perjudicial. Pero no es este lugar de tratar esta grave cuestion, examinando cual de los dos métodos es preferible; lo poco que de ello decimos no tiene otro objeto que dar á conocer á nuestros lectores por qué Lord Palmerston, en una época en que apenas era conocido si no por el corte de su casaca, la elegancia de su cabello, sus proezas galantes, sus triunfos en el baile de Almacks, su habilidad en valsar, de lo cual le atribuyen algunos la importacion en Inglaterra, la sonrosada frescura de su tez, su mezcla de fatuidad y de arrogancia, ese modo de presentarse tieso y al mismo tiempo descompuesto que constituye lo que llaman los ingleses un *esclusivo* (*) es decir un *Leon* por excelencia; por qué,

(*) En la jerga elegante, solo merece el título de *esclusivo*, el que tiene el privilegio de dar el tono entre la pandilla. El *esclusivo* profesa un soberano *desprecio* por el *dandy* vulgar, al cual llama un (*nobody*) nada. El *esclusivo* es esencialmente *interruptor* (*cutteer*) por naturaleza, y se le conoce por la manera como *interrumpe* al *nobody*. El arte del *cut* consiste en fingir no conocer á uno á quien

decimos, Lord Palmerston ha podido ser deudor á cualidades de esta especie, cuya influencia no es pequeña entre aquellos isleños, de ser llamado tan jóven á desempeñar el ministerio de la guerra. (*)

Fáltanos explicar cómo ha conseguido Lord Palmerston *eternizarse* en su *sinicura*, pasar por todos los gabinetes torys de diversos colores hasta el momento en que fue á buscar una cartera en un ministerio whig, lo que nos lleva á reasumir lo mejor que podamos estos dos periodos de la vida política de Lord Palmerston.

se conoce perfectamente, y en negarse con descaro á saludarle, de miedo de no rebujarse hablándole, esto es lo que el *esclusivo* llama interrumpir á un hombre. Damos estos detalles, en primer lugar, porque no nos parecen fuera de sazón tratándose de un ministro *leon*, que en sus relaciones con la Francia parece haberse colocado un tanto como un *cutter* (véase la contestacion al *memorandum* de Mr. Thiers, y su discurso á los electores de Tiverton) y despues porque la moda es hoy en Inglaterra un poder formidable, aun en las cosas serias.

(*) Debemos añadir sin embargo, que el *Morning-Chronicle* de Julio de 1809, hablando de este nombramiento se burla muy agradablemente del ministerio Perceval por el apoyo que va á encontrar en la *literatura* del jóven Lord Palmerston. Lo que indica al parecer que el jóven Lord, unia á las cualidades antes enumeradas, pretensiones de literato, que no hemos visto justificadas.

Los cambios de colores, por mas que se haya dicho lo contrario, son tan comunes en Inglaterra como en otras partes. Hay allí tambien transformaciones en el modo de considerar la politica, que se esplican y justifican por la influencia pura y sencilla de los hechos exteriores, y el trabajo interior del pensamiento. Lord Stanley, tory en el dia, era no hace ocho años whig: Lord Lyndhurst, el actual cauciller, uno de los conservadores mas grandes de la Gran-Bretaña, hijo del pueblo y por consiguiente demócrata, pasaba en otro tiempo el estrecho, en tiempo de la república francesa, para llevar á los clubs parisienses mensajes de felicitacion. Lord Brougham ha votado sucesivamente con los radicales, con los whigs y con los torys. Pudiéramos citar á otros mil nombres distinguidos que han pertenecido á opuestos partidos. Diremos tambien que en Inglaterra la opinion es menos severa y con frecuencia mas justa sobre tales cambios; dependiendo esto de varias causas que solo podemos indicar aqui. En primer lugar, entre los torys y los whigs, aunque sea el combate violento en palabras, hay mas de un punto de contacto; en el fondo estas dos grandes fracciones parlamen-

tarias representan el mismo interes ; los mismos radicales , ó por lo menos gran parte de ellos, nada tienen de comun con los nuestros. No hablamos de los *cartistas*, reunion de individuos que puede llegar á ser mas ó menos peligrosa, pero que aun no forma un partido. Cuando los puntos de contacto son tan numerosos entre los partidos y los hombres , por multiplicadas que sean las diferencias de pormenores , las transacciones son menos dificiles ; ademas , en Inglaterra , siendo la riqueza la regla , y la pobreza la escepcion , en casi todos los que toman parte en los negocios , la acusacion de corrupcion , de deseo de lucrar y de empleos , ésa acusacion que persigue entre nosotros á cuantos modifican sus opiniones en sentido contrario á la oposicion , es menos encarnizada , menos persistente. Debemos añadir , sin embargo , que Lord Palmerston es uno de los hombres á quienes se ha dirigido mas vivamente este cargo ¿lo mereceria mas que otros? Examinemos los hechos.

Cuando á los veinte y un años de edad , con una fortuna patrimonial relativamente mediana (*)

(*) Despues se ha aprovechado de su posicion , ca-

Lord Palmerston llegó á la Cámara de los Comunes, Pitt, el gran ministro, el patriota ardiente, se moria jóven todavía, pobre, empeñado, y rendido por los duros trabajos de una vida consagrada enteramente al servicio de su país.

Cuando murió, el partido whig, dirigido por Fox se apoderó por un momento del timon de los negocios; lo conservó poco tiempo, y apenas habian transcurrido ocho meses, que ya Fox, muerto por el trabajo como Pitt, iba á descansar bajo las losas de Westminster, al lado de su ilustre adversario, y el gabinete whig caia á los golpes del jóven Canning, que se anunciaba entonces á la Inglaterra como el sucesor de Pitt, como el proseguidor de la política de guerra á muerte contra la Francia y Napoleon.

Lord Palmerston descubrió al momento que el partido whig estaba aun alejado del poder por mucho tiempo, y deseando adelantar, se alistó

sáase con la viuda del conde Cowper, que fue en otro tiempo una hermosura á la moda. Lady Cowper le ha llevado una fortuna bastante considerable, y el título de cuñado de Lord Melbourne.

en las banderas del torysmo, se hizo el oscuro satélite del astro brillante de Canning, á quien sostuvo lo mejor que pudo, mas bien fuera que dentro de la Cámara, donde era nula su influencia, y su palabra sin brillo ni poder. Canning recompensó su celo haciéndole nombrar primero, *sub-lord* del Almirantazgo; y despues, cuando el desafio de Canning y Castlereagh, y la dimision simultánea de estos dos personajes causaron la dislocacion del gabinete, durante el trabajoso engendro del ministerio Perceval, Canning, que por razones de conveniencia se creia obligado á permanecer alejado del ministerio, contribuyó de buen grado á hacer que se *mueblase* con hombres insignificantes pero adictos, y el *Times* del 24 de Octubre de 1809 anunció á sus lectores admirados: «que los sellos de la secretaria de Estado y de la Guerra, despues de haber sido llevados de una parte á otra durante muchos dias, se acababan de ofrecer á Lord Palmerston; jóven, añadía el periódico, que no ha cumplido veinte y un años hasta el viernes último.»

En aquel ministerio y en el de Lord Liverpool, Lord Palmerston formó parte de la minoría que

se mostró en el gabinete favorable á la emancipacion de la Irlanda, sostenida fuera de él por Canning. Hasta 1815 la parte personal de Lord Palmerston en los grandes negocios exteriores fue muy limitada, y se redujo á algunos informes oficiales sobre el estado de los ejércitos, que leyó de vez en cuando en la Cámara de los Comunes. El ministerio presidido por Lord Liverpool tuvo dos periodos bastante distintos: en el primero, que pudiera llamarse periodo Castlereagh á causa de la influencia que este personaje ejerció, habiendo vuelto á encargarse del ministerio de negocios estrangeros, reinó sin contradiccion el torysmo mas desenfrenado, y se esplicó en el exterior con la adhesion del gobierno inglés, á las máximas y medidas de la Santa Alianza; en el interior con el *degüello* de Manchester, y los *seis bills* de represion conocidos con el nombre de *seis actas*, que sublevaron á todo el partido whig. Lord Palmerston, que en el dia pretende ser muy liberal, sancionó con su consentimiento todas aquellas medidas. Su posicion, como individuo del gabinete, hasta hubiera llegado á ser penosa, si no hubiera sido muy secundaria. En efecto, Can-

ning que él mismo habia principiado con opiniones *ultra-toris*. Canning por tanto tiempo odioso á los whigs, despues de haber abandonado á la Inglaterra por no asistir á la causa de la Reina, de quien se habia declarado defensor, y despues de un largo viage por el continente, habia vuelto con ideas mas moderadas, y bajo diversos aspectos se habia manifestado tenaz adversario del gabinete de que Lord Palmerston hacia parte. El suicidio de Castelreagh, en 1822, puso término á los embarazos del honorable Lord, dividido entre los dos adversarios, de los cuales el uno era su contrario, y el otro su amigo político. Canning reemplazó á Castelreagh, y al momento se vieron dos partidos en el seno mismo del ministerio; el uno, el viejo partido tory, negando la menor concesion al espíritu del siglo; el otro, el partido Canning, menos absoluto, y mas dispuesto á entrar en una senda de mejoras y progreso. No hay necesidad de decir, que Lord Palmerston se adhirió á Canning; cuando murió Lord Liverpool, en 1827, llegó este á ser primer ministro; los ultra toris salieron del gabinete, fueron reemplazados por los whigs, y

el resto de la vida política de Canning fue con frecuencia una lucha con sus antiguos amigos.

Durante su ministerio y con él, Lord Palmerston, rechazando entonces como ilusoria toda idea de reforma parlamentaria, tomando parte en todas las medidas enérgicas de represión interior, fue además el abogado de la emancipación católica de la Irlanda, que fracasó en la mala voluntad del rey y en una mayoría de cuatro votos en el Parlamento. Canning tardó poco en morir en la misma Cámara, y en el lecho de muerte de Fox. No habiendo cuajado el ensayo de un ministerio de coalición, bajo la presidencia de Lord Goderich, el partido ultra-tory volvió al poder en Enero de 1828, representado por Lord Wellington y Sir Roberto Peel (1).

Este es el momento mas desagradable de la vida política de Palmerston; habia defendido con su ilustre colega Canning la causa de la emancipación; con él habia sostenido la causa de los Griegos; se habia asociado á él en todas las medidas que habian hecho su administracion sospe-

(*) Sir Roberto Peel, que representa en el dia el torismo moderado, pertenecia entonces á la fraccion mas absoluta del partido.

chosa á los torys , y consintió en quedar en el ministerio bajo la presidencia del antagonista mas directo de Canning , del hombre que dos años hacia no cesaba de combatir su política como apoyada en un espíritu *innovador y peligroso*; del hombre que se habia pronunciado formalmente en muchas ocasiones contra la *emancipacion*; del hombre que siempre se habia mostrado contrario á las medidas tomadas por Canning en favor de los Griegos ; del hombre en fin que acababa de calificar de *untoward event, suceso desgraciado* la batalla de Navarino. Este apego, sea como quiera , á su cartera, le hizo poco honor en la opinion pública ; ocho meses despues hubo altercados sérios entre Lord Wellington y Mr. Huskisson , uno de los antiguos colegas de Canning, que como Lord Palmerston habia consentido en entrar en el nuevo gabinete. Mr. Huskisson habló de dimision ; le tomaron la palabra, salió del ministerio , y solo entonces creyó Lord Palmerston que debia seguirle y terminar una situacion comprometida para él, en cuanto parecia que sacrificaba sus principios á su interés.

Desde aquel momento principia á engrande-

cerse un poco la importancia política del honorable Lord; desde 1828 á 1830 dirigió, en union con MM. Huskisson y Grant, una reducida fraccion parlamentaria que formaba una especie de tercer partido entre los torys y los whigs. Al tiempo mismo que aplaudia la emancipacion católica arrancada á Lord Wellington; al mismo tiempo que combatia al noble Duque en su absoluta negacion á toda reforma, se negaba á asociarse á los esfuerzos de Lord Grey, de Lord John Russell para conseguir una reforma general; se pronunciaba por las concesiones en detall, los paliativos y las modificaciones progresivas; apoyaba al partido whig en ciertas ocasiones particulares, como el trasportar el derecho electoral del burgo de East Redfort á las grandes ciudades fabriles, que carecian entonces de todo derecho electoral. Toma una parte activa en las cuestiones de política exteriores; pronuncia sobre los negocios de Portugal, en 1829, y sobre los de la Grecia, en 1830, dos discursos que hicieron cierta sensacion. Durante aquel periodo de semi-oposicion, se hizo notable Lord Palmerston por ataques bastante vivos contra las simpatías esclusivas de Lord Wellington en favor de los

gobiernos absolutos de Europa. — « Espero , esclamaba entonces el hombre que mas adelante habia de sacrificar tan ligeramente la alianza francesa á la rusa, espero que la Inglaterra no se enlazará jamás con los representantes del principio de intolerancia militar en asuntos de gobierno. Confio que el gabinete procurará obtener las simpatías del pueblo, conservando no solo en el pais, sino aun en todas partes donde pueda alcanzar su accion, la preponderancia de los principios de un liberalismo sábio, justo é ilustrado. »

Sabido es cómo por rechazo de la revolucion de Julio cayó el ministerio Wellington; el partido whig debió á aquel gran suceso el reconquistar en Inglaterra un ascendiente que habia perdido hacia ya 50 años. La alianza anglo-francesa que fue el constante ensueño de Mirabeau, y cuyo pensamiento legó á Tayllerand; la alianza anglo-francesa fue la consecuencia de aquella simultaneidad del triunfo de la ideas liberales en Francia y en Inglaterra; y por una coincidencia singular, el partido whig, debilitado sucesivamente á medida que se alejaba del sistema del cual sacaba tal vez su fuerza, recibió un golpe inmen-

so, y sucumbió en el momento mismo en que rompía el lazo que le unía á la Francia.

El ministerio whig, dueño de los negocios durante diez años, y apenas interrumpido en su posesion por la tentativa desgraciada de los torys en 1834, apoyado primero por una poderosa mayoría, ha visto aumentarse progresiva y anualmente el número de sus enemigos, y disminuir en igual proporcion el de sus amigos, hasta el punto de verse en 1841 separado del poder por una mayoría de 80 votos; y sin embargo, apresurémonos á decirlo, el ministerio whig, cuya historia presenta cuatro épocas muy diferentes, en la desigual carrera que ha recorrido, ha llevado á cabo grandes cosas. El primer ministerio Grey es sin disputa uno de los mas gloriosos para la Inglaterra. Viérase reunidos bajo la enseña de un hombre ilustre por treinta años de hermosos combates políticos, á Lord Brougham, Lord Stanley, Lord Durham, Lord John Russell, Sir James Graham, Lord Ripon, Lord Howick, el Duqué de Richmond, Lord Melbourne y Lord Althorp; el público se admiró un poco de ver el nombre, inferior hasta entónces, de Lord Palmerston unido á todos aquellos nombres célebres en el partido whig.

Pero el recuerdo de Canning protegió á su descolorido discípulo; el choque que habia tenido en la última sesion con Lord Wellington, el apoyo que acababa de prestar á los whigs, sin entregarse sin embargo á ellos antes de la victoria, parecieron á Lord Grey motivos bastantes para acogerle en su campo, y admitirle á los honores del triunfo, encargándole el ministerio de negocios estrangeros, con el cual ha atravesado todas las vicisitudes interiores del ministerio whig durante diez años, y que no dejó sino por un instante, cuando la brusca invasion del gabinete por Lord Wellington y Sir Roberto Peel, para volverse á encargar de él al momento, hasta el en que definitivamente tuvo que entregarlo á las manos vencedoras de los torys.

No es este el lugar de resumir todas las grandes luchas que ha sostenido el partido whig en el interior, y todas las cosas grandes que ha hecho; hablaremos de ellas cuando tratemos de hombres que representen mas completamente dicho partido. La política exterior del ministerio whig es conocida; ha sido casi siempre diestra, feliz y útil al pais, á cuyo objeto todo lo sacrifica el gobierno inglés, cualquiera que sea el

partido que ejerza el poder. Principió por conservar la paz del mundo, uniéndose estrechamente con la Francia, de modo que le impedia á un tiempo atacar y ser atacada: arregló despues la cuestion belga, tan complicada de accidentes y protocolos, en provecho de su influencia política y de su interés comercial; formó la cuádruple alianza con el objeto aparente de defender la causa constitucional de España y de Portugal, donde ha conseguido establecer la influencia esclusiva de la Inglaterra, y con ella destruír todo germen industrial en el último reino, y trabaja asiduamente y de todos modos para reducir al mismo miserable estado nuestra industria, por medio de un tratado de comercio; ha llevado adelante en todas partes una gran medida en la que la política se cubre con la filantropía, esto es, la supresion del comercio de negros, y la abolicion de la esclavitud. Al tiempo mismo que añadía nuevas conquistas á sus conquistas en la India, tomaba posicion en Siria, en Aden, en las islas Bahreyn, en los principales puntos de la costa arábica, y por último hasta en la China, donde el cañon inglés ha abierto nuevos mercados á sus productos.

Si en todos los demas hechos realizados antes de 1830 por el ministerio whig, no aparece bastante preponderante la accion de Lord Palmerston, para que deba atribuirsele esclusivamente la responsabilidad ó el honor, es difícil no reconocer su influencia personal en la fijacion de limites de las fronteras del Canadá, cuestion agriada con la prision del agente inglés Mac-Leod; la guerra de China, terminada en favor de la Inglaterra por el ministerio tory, y por último la cuestion de Oriente. La sola solucion de estas tres cuestiones puede condenar ó justificar al hombre que las ha promovido. Si la Francia no encuentra en sí misma bastante energía para contener las dos influencias que luchan en su seno, intentando justificarse la una con la otra: si por temor de aquellos á quienes Mr. de Tocqueville llama con razon *los bárbaros del interior*, la Francia constitucional, siempre inquieta y desasosegada, retrocede siempre ante] la idea de emprender y seguir con calma, firmeza y perseverancia un gran negocio exterior; si la Francia que posee Marsella, Tolon, la Córcega y Argél; si la Francia, que tiene todos sus intereses vitales en el Mediterráneo, permite que

la Inglaterra, cuya política es tan activa, que la Inglaterra dueña ya del Océano y de la entrada de los dos mares, dueña de Malta y de las Islas Jónicas, la encierre entre el cabo de Bon y Gibraltar, hasta que pueda quitarle una á una las posiciones que le quedan; en una palabra, si el Mediterráneo llega á convertirse algun dia en un *lago inglés*; la Francia se convertirá en una potencia feliz y poderosa, como la Italia y la España; y Lord Palmerston, en vez de ser una inteligencia mediana, presentuosa y altiva, será á su vez un grande hombre; pues con muchas mas razones que los franceses para temer un conflicto; con la hacienda en desorden, con una deuda enorme, con el desarrollo de fuerzas que hace preciso la vigilancia de las posesiones esparramadas por todos los puntos del globo, con facciones interiores no menos violentas que las de Francia, con un cáncer al costado, llamado la Irlanda, Lord Palmerston no habrá temido atropellar las cosas para abrirse el camino para rehajar á la Francia; y su política de golpe de mano tendrá en su favor el mejor de todos los argumentos; el buen éxito.







EL ARCHIDUQUE CARLOS.

Personajes célebres del siglo XVIII.

EL ARCHIDUQUE

CARLOS DE AUSTRIA.

Este príncipe disfrutaba de una merecida reputacion, que el tiempo por otra parte ha aumentado, y á la cual me complazco en rendir tributo. Posee las eminentes cualidades que forman á los grandes hombres de guerra, y hubiera llegado á ser, no lo dudo, el mejor capitán de su época, si no haberle opuesto la fortuna obstáculos de los cuales no ha podido triunfar con todos sus talentos.

NAPOLEON.

• Cuarenta y seis años hace dos generales, nacidos en campos enemigos, principiaron á un mismo tiempo del modo mas brillante su carrera,

en Italia el uno y el otro en Alemania. A fines del año 1796, la Europa entera tenia fijos los ojos en aquellos dos rivales de gloria, de los cuales el mayor contaba apenas veinte y siete años. El uno con treinta mil franceses acababa de conquistar la Italia con una sola campaña, despues de haber destruido soccesivamente tres ejércitos austriacos. El otro, jóven de veinte y cinco años, acababa de salvar á la Austria del mayor peligro que hasta entonces habia corrido. Con sus hábiles maniobras habia rechazado desde el Danubio al Rin á dos ejércitos franceses; habia batido á Jourdan, vencido al vencedor de Fleurús; y obligado á Moreau á la hermosa retirada, tan gloriosa para él que la ejecutó, y por consiguiente, no menos gloriosa para él que la causó con sus combinaciones.

Si la Francia en aquella época, no tenia bastantes elogios y laureles para el vencedor de Colli, de Beaulieu, de Wurmsér, el Austria repitiendo las palabras de Moreau, proclamaban su Archiduque el primer capitán del siglo, y el digno sucesor del príncipe Eugenio. De aquellos dos jóvenes héroes, el uno ha llenado todo lo que ofreció desde un principio, pues ha sido Na-

poleon; el otro, menos feliz que hábil, contrariado en su carrera por diferentes obstáculos inferiores, ha visto eclipsarse su gloria ante la inmensa de su rival; y sin embargo, los desastres del Archiduque Carlos, han sido acompañados de bastante talento y de victorias bastantes, para grangearle la merecida reputacion del hombre de guerra mas hábil, del mayor estratégico que la Europa pudo oponer á los franceses, durante veinte y cinco años de combates. Cuando el príncipe Carlos, desanimado á un tiempo por las intrigas, por los entorpecimientos burocráticos, y por el triste estado de su salud, hubo abandonado definitivamente la carrera, otros vieron caer al poder de sus golpes reunidos, á Napoleon causado por la victoria y abandonado por la fortuna; hicieron de su suerte su gloria. Solo el Archiduque ha tenido el honor de vencer en luchas iguales, á algunos de los mas ilustres generales del Emperador, y de resistir, con buen éxito algunas veces, con intrepidez y talento siempre, al mismo Emperador en todo el brillo de su poder y de su génio.

La guerra no es solo un juego de ajedrez, cuyo éxito descansa en un conjunto de diestras

combinaciones, es tambien un juego de azar cuyo éxito depende de una multitud de circunstancias esterioras. la palma es del que mejor sabe aprovechar la buena fortuna, y luchar contra la adversa. Véase por qué Napoleon es tan grande en Waterloo como en Lodi, y el Archiduque Carlos indisputablemente superior á todas las glorias militares que han despuntado en el extranjero en los últimos años del imperio.

Carlos-Luis de Lorena, Archiduque de Austria, Duque de Teschen, General-Feld-Mariscal del Imperio, hijo de Leopoldo II, hermano de Francisco I, tio del actual Emperador reinante, nació en Viena el 5 de Setiembre de 1771. Recibió la esmerada educacion que es tradicional dar á los individuos de la familia imperial de la monarquía austriaca. Estudió, segun creemos, el arte militar bajo la direccion del Conde de Bellegarde; que era considerado como el táctico mas hábil del Imperio; pero el real discípulo debia olvidar pronto sobre el campo de batalla, en presencia de generales improvisados por la inspiracion y el génio, las antiguas rutinas de la escuela. Apenas contaba veinte años cuando se formó la primera coalicion entre el

Austria y la Prusia, y cuando fue llamada á mandar la vanguardia del ejército austriaco, bajo las órdenes del Príncipe de Coburgo. Durante aquella campaña dió muestras de gran valor, y se distinguió particularmente en la batalla de Nerwinde, en que fué vencido Dumouriez, y reconquistada la Bélgica en una sola batalla, del mismo modo que habia sido perdida. A consecuencia de aquel triunfo, fue nombrado el Archiduque Carlos gran cruz de la orden de María Teresa, y gobernador de los Países-Bajos. En la campaña siguiente, cuando la Prusia se hubo retirado de la coalicion, y cuando el Austria tuvo que continuar la guerra con sus propias fuerzas y los subsidios de la Inglaterra, el jóven Príncipe segundó con talento y valor las operaciones algunas veces felices del general Clayr-fait. Despues de inútiles esfuerzos para obtener la paz con la mediacion de la Prusia, se decidió el Directorio á dar un gran golpe al abrirse la campaña de 1796. Se decidió por un plan calculado sobre una de las mas estensas escalas de la estrategia moderna. Las operaciones ofensivas de tres grandes ejércitos franceses, el del Rin mandado por Moreau, el del Sambre-y-Mosa,

por Jourdan y el de Italia por Bonaparte, debían enlazarse con el mismo sistema y contribuir al mismo resultado. El ejército de Sambre-y-Mosa debía apoyar su ala derecha en el Rin, mientras avanzase su izquierda en Alemania, conservándose siempre á la altura del ala izquierda del ejército del Rin. El centro y la derecha de este segundo ejército debía penetrar en Suavia, y adelantarse, por el lago de Constanza, hasta las montañas del Tirol, para dar desde allí la mano al ejército de Italia, y los tres ejércitos reunidos hubieran ido á dictar la paz al Emperador en su misma capital.

El Austria vió el peligro y se dispuso á hacerle frente: al mismo tiempo que enviaba á Wurmser con refuerzos á Italia, dió el mando en jefe del ejército de Alemania, al Archiduque con la cooperación de los generales Latour y Wartensleben.

Los que quieran conocer á fondo las operaciones de aquella hermosa campaña del Rin, encontrarán los detalles de ella en una obra escrita por el mismo Archiduque, en las Memorias de Jomini, y en la Historia de la revolución francesa de Mr. Thiers. Los ejércitos de ambas na-

ciones tenían á corta diferencia iguales fuerzas: constaba cada uno de ellos de ciento cincuenta mil hombres. Los franceses tenían dos excelentes generales; pero obraban separadamente y á gran distancia el uno del otro. Jourdan entró en Alemania por Dusseldorf, y Moreau pasó el Rin por Strasburgo. Los dos ejércitos austriacos retrocedieron al principio ante los franceses. Después de una larga série de combates, mezclados con triunfos y reveses, Moreau, persiguiendo al Archiduque, habia llegado hasta el Danubio, y entraba en Baviera. El objeto del Archiduque al replegarse sobre aquel río, era concentrarse en él para poder obrar contra el uno ó el otro de los dos ejércitos franceses con fuerzas superiores. Entre tanto Jourdan obligaba al general Wartensleben á retirarse mas allá de Amberg, y procuraba rechazarle á Bohemia; este último iba á practicar aquel falso movimiento, que hubiera abierto el paso hasta el Danubio al ejército de Sambre-y-Mosa, cuando de repente el Archiduque, creyendo llegado el momento de ejecutar su plan, después de haber dado á Moreau la sangrienta é indecisa batalla de Neresheim, dejó delante de él para entretenerle al general

Latour, con treinta y seis mil hombres, se dirigió rápidamente con otros veinte y cinco mil á reunirse con el cuerpo de Wartensleben, y ambos cayeron sobre Jourdan. Este último, inferior en fuerzas, no pudiendo resistir aquel inesperado choque, se preparaba á replegarse sobre Amberg: pero fue alcanzado el 24 de Agosto, atacado y derrotado en diferentes puntos de su línea, y retirándose sobre Salzbach, dejó nueve-cientos hombres en poder de los austriacos. Perseguido despues por las tropas ligeras de Wartensleben, le empujaron desordenadamente sobre el Mein. Jourdan sin esperanza de poderse reunir á Moreau, ni recibir socorros de él, creyó poder restablecer en Wurtzburgo sus rotas líneas; pero el Archiduque en persona se apresuró á precederle, y allí se trabó el 3 de Setiembre una nueva batalla. En un principio el ala izquierda austriaca fue rechazada con pérdida, pero el Archiduque mandó al viejo Wartensleben, que mandaba el centro, pasar el Mein á vado con toda su caballería, y cargar la izquierda del ejército francés. Veinte y cuatro escuadrones de coceros atravesaron á nado el Mein, desembocaron hácia Erfelsdorf, y sostenidos por ocho ba-

tallones de granaderos, derrocaron la izquierda de Jourdan, y precipitaron su retirada sobre el Sieg y el Rin. Así pues Jourdan despues de haber llevado á Wuartensleben durante dos meses y medio, hasta las fronteras de la Bohemia, fue á su vez, por la atrevida maniobra del Archiduque conducido en veinte y cinco dias desde las fronteras de la Bohemia, bajo los muros de Dusseldorf.

Mientras el Archiduque egecutaba aquel hermoso movimiento, daba á Moreau, que habia quedado á su espalda, ocasion para ejecutar otro igual, cuyos resultados le hubieran sido tal vez funestos; el general francés, si no se hubiera obstinado en permanecer sobre el Danubio, podia imitar el movimiento del Archiduque, caer vivamente sobre él, como él cayó sobre Jourdan, atacarle por la espalda mientras Jourdan lo hacia por el frente, y entonces colocado el Archiduque entre los dos ejércitos estaba espuesto á una pérdida casi segura. En vez de obrar de este modo, no atreviéndose Moreau á tomar bajo su responsabilidad el desobedecer las instrucciones del Directorio, que le prescribian apoyarse en el Tirol para comunicar con el ejército de Ita-

talia; é ignorando al principio la derrota de Jourdan, permaneció en sus posiciones; cuando tuvo conocimiento de ella, en vez de retroceder, marchó adelante, atravesó el Danubio é invadió la Baviera, esperando atraer de este modo al Archiduque y librar á Jourdan. Pero el Príncipe no se distrajo de su empresa, ni revolvió sobre su primer adversario, sino despues de haberse desembarazado completamente del segundo. Moreau conoció entonces el peligro de su posicion: el desastre de Jourdan le dejaba descubierto, y espuesto á ser atacado al mismo tiempo por los tres cuerpos reunidos del ejército austriaco. Preparose entonces á regresar tranquilamente á Francia; volvió á pasar el Leck, desbarató sucesivamente todos los cuerpos austriacos que intentaron cerrarle el paso, y atravesando los mayores obstáculos, desembocó en Brisgaw. Alcanzado por el Archiduque y Wardeusleben en Emmendingen, sostuvo contra ellos un obstinado combate, cuyo éxito fue dudoso, y despues de otro tenido en Schligen, volvió á pasar el Rin en Brisach y se dirigió sobre Strasburgo. Asi pues el plan del Directorio fue destruido por el vigor, el atrevimiento y la habilidad del Archiduque.

Aquella campaña hizo el mayor honor al Príncipe Carlos. Dos meses antes el Austria se creía perdida, Bonaparte destruía todos sus ejércitos en Italia y se aproximaba al Tirol; Jourdan estaba inmediato al Danubio y amenazaba á la Bohemia; Moreau entraba en Baviera, dirigia su ala derecha hácia Inspruck, y se preparaba á dar la mano á Bonaparte. Durante aquel tiempo, la Prusia, á la sombra de su neutralidad, procuraba aprovecharse de los embarazos de su vecina para estenderse en Alemania; ya habia inducido á la ciudad de Nuremberg á ponerse bajo su soberanía, y hasta habia principiado á posesionarse de ella; sucesivamente habia separado del partido del Austria, al Duque de Wurtemberg, al Margrave de Baden y al Elector de Sajonia, excitándoles á tratar con la Francia. Tal era el estado de las cosas, cuando las hermosas y rápidas maniobras de un general de veinte y cinco años cambiaron repentinamente la situación; la Prusia se apresuró á retirar sus tropas de Nuremberg; el Elector de Baviera, cuyos ministros habian tratado ya con Moreau, se negó á ratificar el tratado y volvió á caer bajo el yugo del Austria; y el Directorio se llevó un gran chasco,

pues la guerra se trasportó de repente sobre la frontera de Francia, y la campaña, principiada con la invasion de la mitad de la Alemania, terminó con la toma de Khel, y de Huninga, que capitularon ante los ejércitos vencedores del Archiduque.

Sin embargo Bonaparte, siempre victorioso, se disponia á llevar á cabo él solo el atrevido proyecto que la derrota de Jourdan y la retirada de Moreau habian hecho abortar. Dueño al fin de Mántua, reforzado con veinte mil hombres destacados del ejército del Rin, dejando detrás de sí á la Italia conquistada y atónita, iba á atravesar los Alpes Noricos, para arrojarse brusca-mente del lado allá del Drave y el Muer, en el valle del Danubio, ó ir en derechura sobre Viena por un camino que ningun ejército habia seguido desde Carlo-Magno.

El Austria para conjurar este nuevo peligro, dirigió naturalmente sus miradas sobre el que ya otra vez la habia salvado. El Archiduque Carlos, despues de haber sido recibido en triunfo en Viena, y nombrado generalísimo de todos los ejércitos austriacos, asi en el Rin como en Italia, recibió orden de salir inmediatamen-

te al encuentro de Bonaparte para detenerle y combatirle.

Desgraciadamente para el buen éxito de sus operaciones, el Archiduque no reunía á grandes cualidades militares aquella confianza en sí mismo, aquella tenacidad de carácter; aquella independencia de voluntad, de que daba pruebas tan frecuentes en sus relaciones con el Directorio su jóven é imperioso adversario. Desde Wallenstein, está mas que nunca en las tradiciones del Consejo Aulico de Viena el contener á los generales; á ellos corresponde la ejecucion de los detalles, al Consejo la direccion absoluta del conjunto de las operaciones. Al tiempo mismo en que la Alemania entera, por medio del coadjutor de Maguncia, proclamaba la necesidad de conferir al Príncipe Carlos una dictadura militar que permitiese á su génio el prepararse libremente para aquella gran lucha, algunos viejos tácticos de gabinete le imponian un plan de campaña absurdo, y el Archiduque, en su respeto por la formidable burocracia de Viena, se sometia ciegamente á decisiones que él no aprobaba. Cuantos escritores han tratado de aquella campaña de 1797, principiando por Napoleou,

están acordes en censurar la línea de operaciones, elegida ó mas bien aceptada, por el Archiduque.

«La enorme falta, dice uno de ellos, del Consejo Aulico de reunir el ejército imperial en el Friul, en vez de hacerlo en el Tirol, esponia la capital y decidia de la suerte de la guerra. En efecto, para impedir que el ejército francés pasase el Tagliamento, hubiera sido preciso reunir el ejército austriaco en el Tirol antes del 1.^o de Marzo. Precisados los franceses á hacer la guerra en el Tirol, hubieran resultado para el general austriaco tres ventajas indispensables: 1.^a poder reunir su ejército veinte dias antes; 2.^a darle un campo de batalla todo en ventaja suya, en un pais cuya poblacion le era exaltadamente adicta; 3.^a darle los medios no solo de recibir nuevos refuerzos del ejército del Rin, sino de concentrar sus movimientos y hacerlos á la vez imponentes y seguros (*).»

En lugar de esto, el Archiduque tuvo que formar en línea su ejército detrás del Tagliamento, antes que estuviera completo, y desafiar de

(*) Memorias sacadas de los papeles de un Hombre de Estado, t. IV.

aquel modo el choque del general mas hábil y mas pronto en aprovecharse de las faltas del enemigo. El 16 de Marzo de 1797 fue cuando los dos adversarios se encontraron por primera vez frente á frente en las dos orillas del Tagliamento, ambos jóvenes, hábiles, afamados, intrépidos; pero el uno tan seguro de sus soldados como de sí mismo, y el otro, muy incierto del buen éxito. Bonaparte, despues de algunas escaramuzas para sondear las disposiciones del enemigo, encontrándole demasiado bien dispuesto, hizo descansar sobre las armas á sus soldados y establecer los campamentos; el Archiduque se engañó; creyó que el ejército francés, cansado por una larga marcha, tomaba posicion, y regresó á sus tiendas; pero á las dos horas, los franceses se formaban repentinamente en línea, se precipitaban en el rio, y el enemigo corria aun á las armas, cuando ellos estaban ya formados en el mejor orden de batalla en la otra orilla. Despues de muchas horas de combate y de una vigorosa resistencia, el Archiduque se vió precisado á retirarse, dejando cuatrocientos ó quinientos prisioueros.

Durante este tiempo, Massena, persiguiendo

el cuerpo de ejército del general austriaco Luzzan, se dirigia al collado de Tarvis, se apoderaba de él, é impedia el paso á otra division austriaca mandada por el general Bayalitsch. El Archiduque, para librar á aquella division, abandonó un instante el grueso de su ejército, se dirigió con seis mil granaderos húngaros al encuentro del cuerpo austriaco rechazado por Massena; los reunió, los volvió á llevar al combate, y libertó el collado de Tarvis; Massena volvió á cargar con su tenacidad tan sabida, y los dos generales, conociendo la importancia de aquel punto, se encarnizaron y espusieron como simples soldados. El collado de Tarvis es el punto mas elevado de los Alpes Noricos, y domina la Alemania y á la Dalmacia. «Se batián, dice Mr. Thiers, sobre las nubes, en medio de la nieve y sobre llanuras de hielo;» líneas enteras de caballería eran destruidas, y yacian en aquel espantoso campo de batalla. Finalmente, despues de haber hecho cargar hasta su último batallón; despues de haber desafiado á la muerte veinte veces, el Archiduque se vió obligado á abandonar á Tarvis á su tenaz enemigo, y á sacrificar la division Baya-

litsch, que atacada de frente por Masseua y por retaguardia por Bonaparte, no tuvo otro remedio que entregarse prisionera.

Así pues, en quince días, llegado Bonaparte á la cumbre de los Alpes, iba á reunirse con Joubert, que habia quedado en el Tirol, y Masseua con su cuerpo principal, para marchar sobre Viena con cincuenta mil hombres; bajaba al valle del Muer, cuando recibió la noticia de la sublevacion de las provincias venecianas, que propagándose por todas las provincias de la orilla derecha del Mincio, amenazaba comprometer la retirada y la seguridad de su ejército en caso de un contratiempo. Supo tambien, que el Directorio, por falta de dinero, no habia podido hacer entrar en campaña los dos ejércitos acantonados sobre el Rin; por otra parte acosada el Austria se disponia á emplear sus últimos recursos llamando á las armas á la nacion entera. En tan grave situacion, con una sublevacion á su espalda, teniendo delante una nacion levantada, y rodeado de las desconfianzas del Directorio, Bonaparte, antes de decidirse á jugar el resto prosiguiendo su marcha, quiso probar el medio de las negociaciones: victorioso, ofreció la paz á su

enemigo vencido, y desde Klagenfurth, capital de la Carintia, dirigió en 31 de Marzo al general austriaco la famosa carta que la historia ha consagrado, y que creemos deber reproducir aquí, como prueba del aprecio que Bonaparte hacia del Archiduque.

« Señor general en jefe: los valientes militares hacen la guerra y desean la paz; ¿no dura esta ya hace dos años? ¿no habemos matado bastante gente y causado males bastantes á la triste humanidad? ella clama por todas partes..... El Directorio egecutivo de la república francesa habia hecho conocer á S. M. el Emperador, el deseo de poner término á la guerra que desola á todos los pueblos; la intervencion de la corte de Londres se ha opuesto á ello. ¿No habrá esperanza alguna de poder entendernos? ¿Y será preciso, que por los intereses y las pasiones de una nacion que no sufre los males de la guerra, continuemos degollándonos mutuamente? Vos, Señor general en jefe, que por vuestro nacimiento estais tan inmediato al trono, y sois superior á las mezquinas pasiones que animan frecuentemente á los ministros y á los gobiernos, ¿estais decidido á merecer el título de bienhe-

chor de la humanidad entera, y de verdadero salvador de la Alemania? No; creais, Señor general en jefe, que suponga que no es posible salvarlo por la fuerza de las armas; pero aun en el caso de que las contingencias de la guerra lleguen á seros favorables, no por eso la Alemania quedará menos devastada. En cuanto á mi Señor general en jefe, si el paso que acabo de dar puede salvar la vida á un solo hombre, me envaneeceré mas con la corona cívica que de este modo habré merecido, que con la triste gloria que puede resultar de los triunfos militares.»

El jóven Príncipe contestó á esta carta.

«Señor general: seguramente al paso que hago la guerra y sigo la vocacion del honor y del deber, deseo tanto como vos la paz para la felicidad de los pueblos y de la humanidad. Sin embargo, como en el puesto que me está confiado, no me corresponde poner término á las querellas de las Naciones beligerantes, y como no tengo ningun pleno poder de S. M. el Emperador para tratar, os parecerá natural, Señor general, que no entre con vos en negociacion alguna, y que espere órdenes superiores para objetos de tan alta importancia y que no son

precisamente de mi resorte. Por lo demás, cualesquiera que sean las eventualidades de la guerra, las esperanzas de la paz, os ruego Señor general, que os persuadais de mi aprecio y de mi distinguida consideracion.»

Pronto llegaron los plenipotenciarios austriacos; firmáronse los preliminares de paz en Leoven, y el 17 de Octubre del mismo año el tratado de Campo-Formio puso fin á la primer guerra continental contra la revolucion.

Aquella primera coalicion tan formidable en un principio, y que habia amenazado á la Francia con la suerte de la Polonia, fue disuelta á treinta leguas de Viena, y el gobierno austriaco, faltando á todas sus promesas de desinterés, se apresuró á arreglarse con la Francia á costa de los pequeños Estados cuya independenciam se habia encargado de proteger.

Sin embargo, la gran lucha fomentada por la Inglaterra entre la revolucion y la Europa, estaba solo aplazada; el tratado de Campo-Formio llevaba en sí el gérmen de una nueva guerra; y el interminable Congreso de Rastadt no hizo otra cosa que poner mas manifiestamente en descubierta la incompatibilidad de los dos sistemas.

Las hostilidades entre la Francia , la Suiza , y Nápoles no habian cesado. Pronto ardió nuevamente la Europa, y el Austria apoyada en una cooperacion activa de la Rusia, se preparó á atacar á la Francia á un mismo tiempo sobre el Rin en Suiza y en Italia. El Congreso de Rastadt duraba todavia, y los combatientes marchaban ya portodas partes. Por último el Directorio , despues de haber pedido en vano una esplicacion al gabinete de Viena acerca de los movimientos del cuerpo ruso de Souwaow hácia Italia , mandó á los generales de sus cuatro ejércitos de Italia, de Helvecia, de observacion y de Maguncia que principiasesen las operaciones. La guerra quedó declarada de hecho. El Archiduque Carlos acampado en Baviera con setenta y cinco mil hombres , estaba encargado de hacer frente á Jourdan. El general francés pasó el Rin el 1.º de Marzo de 1799, el austriaco atravesó el Leck el 3 del mismo mes y los dos adversarios tardaron poco en encontrarse. Era destino de Jourdan el ser siempre desgraciado en sus combates contra el Archiduque. Desde el primer encuentro, en Ostrach, despues de una vigorosa resistencia se vió obligado á retirarse. Deseoso de tomar el

desquite, el 26 de Marzo, atacó él mismo á Stoc-kach. El Archiduque estrechado vivamente por la vanguardia francesa mandada por Soult, vió al principio rechazada su derecha hasta los bosques situados á la espalda de Liptingen. Jourdan en la ceguedad de aquel primer triunfo, creyéndose ya vencedor: arrojó por medio de un movimiento prematuro que le debilitaba, al general Saint-Cyr con una fuerte division sobre el flanco de su enemigo, para rodearle y cortarle la retirada. Poco cuidado dió al Archiduque, dotado de un golpe de vista pronto y seguro, aquel movimiento: juzgando que toda la batalla estaba en la posesion de los bosques, y que si Jourdan era rechazado, el cuerpo que habia aventurado á su espalda quedaria mas comprometido, se ocupó solo en reforzar su derecha que defendia los bosques de Liptingen con encarnizamiento. Echó pié á tierra, cargó él mismo á la cabeza de sus granaderos, y despues de un furioso y sangriento combate, libertó los bosques y rechazó á los franceses á la Haurra. Jourdan quiso llamar á Saint-Cyr, pero era demasiado tarde; quedábale solo su reserva, que no pudo hacer frente á las reiteradas cargas de los coraceros del Ar-

chiduque. Se introdujo en el ejército francés una confusión horrible; Jourdan se consumía en heroicos esfuerzos para contenerle, pero fue arrastrado en su fuga. El ejército austriaco, rendido también de cansancio, no pudo aprovecharse de la victoria. Jourdan se replegó hasta la entrada de los desfiladeros de la Selva-Negra; y después de haber tomado allí posición, desmoralizado por tan precipitados reveses, dejó el mando á su jefe de Estado Mayor, y marchó á Paris á quejarse del estado de inferioridad numérica en que habían dejado á su ejército.

El Archiduque se había reunido con el cuerpo de ejército de su Lugarteniente Hotz; había marchado sobre Massena, y en quince días después de una serie de combates sin resultados bien decisivos, había obligado al general francés á retirar su línea defensiva, á concentrarse sobre Zurich, y á replegar su derecha detrás del monte San Gotardo. Era dueño de la mitad de la Suiza, Massena tardó poco en evacuar á Zurich y el Archiduque entró en posesión de él; pero debilitado con el envío de un cuerpo de veinte y cinco mil hombres al ejército austriaco de Italia, esperaba para obrar la llegada del cuerpo ruso, destacado

del ejército de Italia , y que se adelantaba á las órdenes de Korsakoff , cuando el Consejo Aulico imaginó un nuevo plan de campaña que variaba completamente la disposición de las tropas en la línea de operaciones. Los austriacos y los rusos no estaban muy de acuerdo, y se decidió que solo pelearían juntas las tropas de cada nación ; el Archiduque recibió orden de ceder el puesto á Souwarow , que debía dejar la Italia para ir con su ejército á reunirse en Suiza al ejército ruso de Korsakoff , y de trasladarse inmediatamente sobre el Rin, donde debía operar solo.

Resultó de tan bello cambio, que Massena libre del peligro de tener que combatir á los austriacos y á los rusos reunidos, mandados por un general de primer orden , conociendo á fondo su terreno, no encontró ya delante de sí mas que á un general completamente nulo , Korsakoff , á quien destruyó en la gran batalla de Zurich , antes que Souwarow pudiera reunirsele; este último llegó solo para compartir la derrota de su segundo, y apenas pudo salvar la mitad de su ejército.

Al saber el Archiduque el desastre de las tropas rusas, tomó sobre sí el aproximarse á la Suiza , y escribió á Souwarow proponiéndole

obrar de concierto. Furioso con su derrota, el brutal moscovita respondió con inscencia que nada quería tener ya con los austriacos, que suponía le habían vendido; y evacuando la Suiza se puso en marcha para Rusia, con treinta mil hombres, resto de los ochenta mil que había llevado á Italia y á Suiza.

El Directorio, vencedor en Suiza y en Holanda, había mandado al ejército del Rin, batido bajo las órdenes de Jourdan, que volviera á entrar en Alemania, mandado interinamente por el general Lacourbe, mientras llegaba de Italia Moreau. Después de la brutal respuesta de Souwarow, el Archiduque volvió rápidamente sobre el ejército del Rin, que ya bloqueaba á Filisburgo; libertó la plaza el 23 de Noviembre, batió al ejército francés en Heinzheim, y el 5 de Diciembre los dos generales concluyeron un armisticio, en cuya virtud los dos ejércitos tomaron cuarteles de invierno, el uno en la orilla derecha y el otro en la izquierda del Rin.

Al concluir la campaña de 1799, el Archiduque Carlos, disgustado de ver contrariados sin cesar sus planes militares por el Consejo Aulico, pretestó la debilidad de su salud, cedió el pues-

to á su hermano el Archiduque Juan, y se retiró á Bohemia.

Sin embargo, Napoleon regresaba de Egipto, se apoderaba del poder, y despues de haber hecho inútiles proposiciones de paz al Austria, principió de nuevo la guerra mas viva que nunca. Al tiempo mismo en que el primer Cónsul batia á los austriacos en Marengo, Moreau pasaba el Rin, desbarataba al Archiduque Juan en Neresheim, en Nordlingen, en Oberhausen, y por último lo destruia en Hohenlinden; la córte de Viena al saber tantos desastres se apresuró á llamar al Archiduque Carlos; pero era ya demasiado tarde: el Príncipe encontró á Moreau á treinta leguas de Viena, persiguiendo á un ejército completamente desorganizado, y solo llegó á tiempo para firmar con este último el armisticio de Steyer, al que siguió bien pronto la paz de Luneville, firmada el 9 de Febrero de 1801, que puso fin á la segunda coalicion.

En el intervalo de paz que separó la segunda coalicion de la tercera, llamado el Archiduque Carlos á desempeñar el ministerio de la Guerra, se ocupó activamente en restablecer en un buen pie la organizacion militar del Austria;

lijó para los soldados la duracion del servicio, hasta entonces ilimitada, y consiguió hacer triunfar algunas otras innovaciones sábiamente entendidas. Tan modesto como valiente, rehusó la estatua que el Rey de Suecia, grande admirador de sus conocimientos, proponia á la Dieta de Ratisbona que se erigiera en honor suyo.

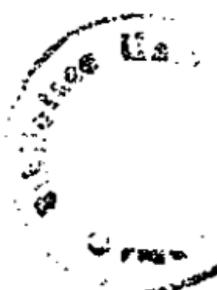
Despues de cuatro años de habladurias diplomáticas y de recíprocas acusaciones, el Austria, apoyada en la Rusia, se decidió á sacar la espada otra vez contra la Francia. El Archiduque Carlos, que se habia declarado abiertamente contra la guerra, ni fue llamado á las conferencias que la prepararon, ni consultado sobre el plan de campaña propio para asegurar su buen éxito. El gabinete de San Petersburgo participando del absurdo rencor de Souwarow contra el jóven gefe austriaco, exigió que no mandase el ejército al cual debian reunirse las tropas rusas; se confió su mando al general Mack, cuya nulidad, probada ya en Italia, debia resaltar pronto con mas evidencia en Alemania. En cuanto al Archiduque, estuvo encargado del mando del ejército reunido en Italia sobre el Adigo.

No siendo nuestro objeto hacer aquí la historia militar de aquella época, pasaremos en silencio la brillante campaña de Austerlitz, coronada, despues de dos meses de rápidos triunfos, por una de las más grandes victorias de Napoleon, sobre las dos potencias continentales mas formidables. Nos limitaremos á las operaciones particulares del Archiduque Cárlos. Mientras Mack [y el Archiduque Fernando eran batidos en Alemania, solo el Príncipe Cárlos sostenia dignamente en Italia, contra Massena, el honor de las armas austriacas. Despues de tres dias de sangrientos combates, obligó á su terrible enemigo á abandonarle el campo de batalla de Caldiero. Y cuando ya no quedó esperanza alguna en Austria, devolvió intacto el ejército que se le habia confiado.

Despues de la paz de Presburgo, fue nombrado gefe del Consejo Aulico de Guerra, y generalísimo de los ejércitos austriacos. Volvió por última vez á tomar las armas en 1809, y terminó su carrera militar con una lucha gloriosa, aunque desgraciada contra Napoleon en persona. Hacía mucho tiempo que el Austria meditaba romper el humillante tratado de Presbur-

go; la situación embarazosa de Napoleon en España le pareció un momento favorable, y el Archiduque Carlos, profundamente afectado del estado doloroso de su país, se arrojó á aquella guerra con entusiasmo. Encargado del mando en jefe de todas las fuerzas del Imperio, se lanzó sobre la Baviera, despues de haber dado una proclama á sus soldados llena de ardor patriótico.

Sorprendido Napoleon por la rapidez del ataque, habia enviado adelante á Berthier para reunir los diferentes cuerpos de ejército sobre el Danubio, y aquel general mas hombre de bufoete que de guerra, estuvo en poco que no comprometiera la suerte de la campaña. Estendió sus tropas sobre una línea inmensa, ocupando una estension de mas de veinte leguas de derecha á izquierda. El Archiduque iba á cortar las dos alas y circuir el cuerpo de Davoust; pero Napoleon, favorecido por la lentitud austriaca, llegó á tiempo; con una mirada de águila vió el mal y el remedio, y en un momento cambió el aspecto de las cosas. Cinco dias de sangrientos combates, que son otras tantas victorias, rechazaron al Archiduque del lado allá del Danubio, y abrieron al ejército francés el camino de Viena. Todos los



hombres especiales consideran las maniobras de Napoleon, durante aquellos cinco dias, como obras maestras de ciencia militar. Viena capituló el 13 de Mayo, diez y ocho dias despues de la victoria de Eckmuhl. El Archiduque que no pudo socorrerla, se estableció el 16 en Ebersdorf; instruido el 19 que Napoleon despues de haberse apoderado de la grande isla de Lobau, reunia alli sus fuerzas y procuraba echar un puente sobre el gran brazo del Danubio, no intentó oponerse á su paso, esperando destruir con una sola batalla al ejército enemigo que, adosado al rio, se encontraria privado de todos los medios de retirarse despues de cortados los puentes con los brulotes y otros cuerpos flotantes que hacia preparar. Con esta idea, contentóse el Archiduque con formar su ejército en batalla sobre la orilla izquierda del rio, entre las aldeas de Aspern y de Enzensdorf, teniendo delante de su ála izquierda á Essling. Aquel ejército formado en dos líneas y dividido en cinco columnas, presentaba un total de setenta y cinco mil hombres, con doscientas ochenta y ocho piezas de artillería.

El ejército francés desfiló por sus puentes el 20, y el 21 se desplegaba en la llanura, cuando

al anochecer del mismo día dió el Archiduque la señal de ataque; una artillería formidable esparcía la muerte en las filas francesas, y la aldea de Aspern fue tomada y vuelta á tomar muchas veces, acabando por ocupar una mitad de ella los franceses y los austriacos la otra. La noche puso fin á aquel primer combate, y los dos ejércitos durmieron sobre el campo de batalla, teniendo sus centinelas á solo treinta pasos de distancia.

Napoleon empleó toda la noche en hacer pasar el resto de sus tropas desde la orilla derecha á la izquierda; y el 22 á las cuatro de la mañana volvió á principiar el combate con increíble encarnizamiento. Durante un día entero, ciento cincuenta mil hombres, en medio de un granizo de balas y de metralla, arrojadas por quinientas piezas de artillería, se degollaron al rededor de la pequeña aldea de Arpern, tomada y vuelta á tomar catorce veces. Apenas habian roto las líneas de la infantería austriaca los coraceros franceses, cuando eran rechazados por la caballería del Archiduque, superior en número. Cada vez que Massena por un esfuerzo sobre humano volvía á entrar en Aspern, al momento apeándose de

su caballo el Archiduque, tomaba una bandera, se arrojaba delante de sus cohortes y las volvía á conducir al combate. De repente faltaron las municiones al ejército francés; y poco después supo Napoleón que á consecuencia de las órdenes del Archiduque, brulotes y grandes barcos cargados de piedras y arrojados á la corriente del río, acababan de destruir por entero uno de sus puentes y de romper la mitad del otro. La situación del ejército francés era sumamente crítica; fue preciso pensar en la retirada, que se verificó ordenadamente durante la noche del 22 al 23. Todo el ejército volviendo á pasar el Danubio por un pequeño puente de barcas, se encontró reunido por la mañana en la Isla de Lobau, quedando el Archiduque dueño del campo de batalla. Se le ha criticado vivamente el que no aprovechase mejor su triunfo. Al día siguiente de la batalla de Aspern, colocando su artillería á la orilla del brazo del Danubio, que le separaba de la isla de Lobau á una distancia de cuarenta toesas á lo mas, podía hacer sobre aquella isla un fuego de cañon del cual ni un solo tiro se hubiera perdido; pues el ejército francés que estaba enteramente bloqueado en ella, sin mu-

niciones, sin víveres, y formando solo una masa confusa y opiñada, hubiera podido ser completamente destruido. El Archiduque satisfecho con su triunfo de resistencia, dejó que Napoleón se organizase tranquilamente en la isla de Lobau, que hiciera de ella una plaza fuerte, en la que después de veinte días de inauditos trabajos, monumentos admirables del génio que los concibió, restableció sus puentes, reorganizó su artillería, remontó su caballería, reforzó su ejército, y pasó de nuevo á la orilla izquierda con ciento ochenta mil hombres, para dar al Archiduque la terrible y última batalla de Wagram.

La accion se trabó el 6 de Julio de 1809, á la vista de la poblacion de Viena, que estaba en los campanarios y en los tejados; los dos ejércitos y sus gefes desplegaron el mismo valor, el mismo encarnizamiento que en las jornadas precedentes. Mas de veinte mil hombres quedaron tendidos por ambos lados. « Por último, á las cuatro de la tarde, dice el duque de Robigo en sus Memorias, el Archiduque se retiró en todos los puntos, abandonándonos el campo de batalla, pero sin prisioneros ni cañones, y después de haberse batido de un modo capaz de

hacer prudentes á todos los hombres amigos de empresas temerarias. Se le perseguia sin acosarle demasiado, porque al fin no habia sido destruido, y no nos convenia que volviera á presentarse en batalla.»

Las varias faltas reprochadas al Archiduque durante el curso de esta campaña, se atribuyen principalmente á la muy marcada desunion que existia entre él y su hermano, el Archiduque Juan; desunion que produjo en el gabinete austriaco, y hasta en el Estado Mayor del generalísimo, disensiones muy vivas, incompatibles con la unidad del mando. Asi fue que á los pocos dias despues de Wagram, luego de haber firmado el Archiduque un armisticio con Napoleon, dimitió su encargo, entregó la direccion del ejército al Príncipe de Lichtenstein, dirigiendo á sus soldados una órden del dia en que les manifestaba todo su pesar por verse precisado á separarse de ellos.

Aqui acaba la vida militar del Archiduque, y desde aquel momento no volvió á aparecer sobre el campo de batalla. Cuando despues del tratado de Schœnbrunn, quedó decidido el casamiento de Napoleon con Maria Luisa, el Emperador,

queriendo dar á su noble adversario una prueba de aprecio, le envió poderes para casarse en su nombre con la jóven Princesa; y no fue una de las menores extravagancias de aquel tiempo, tan fecundo en prodigios, al ver al Principe Carlos conduciendo á su sobrina al altar, y poniéndole en el dedo el anillo nupcial en nombre del héroe republicano del Tagliamento.

Los grandes sucesos de 1814 y 1815, no hicieron salir al Archiduque del retiro que habia elegido. Tal vez, á pesar de su patriotismo, el magnánimo corazón del Principe no pudo prescindir de un sentimiento de secreta simpatía por los últimos y heróicos esfuerzos del génio, sucumbiendo al número.

Mas adelante el desgraciado hijo del prisionero de Santa Elena, encontró en el mas glorioso de los enemigos de su padre, un patrono afectuoso y benévolo.

Casado el Archiduque en 1815 con la Princesa de Nassau-Weilburgo, ha tenido de este matrimonio cuatro hijos y dos hijas. Manejando la pluma con igual superioridad que la espada, ha dedicado sus ócios á la redaccion de dos obras militares muy apreciadas. La una se titula:

Principios de estrategia aplicados a la campaña de 1796 en Alemania, publicado en Viena en 1814 en tres volúmenes. La otra, que se compone de dos volúmenes publicados en 1819, contiene la historia de la campaña de 1799 en Alemania y en Suiza. « Esta obra, dice un escritor (*) hablando de la última, concisa y severa en sus miras, sembrada de grandes pensamientos, llena de notables observaciones sobre la marcha de la administracion militar, solo podia ser escrita por un gran capitán cuyos talentos hubiese desarrollado una dilatada esperiencia; tambien hace honor á su carácter, pues apreciador generoso del mérito ajeno, el Archiduque solo se muestra demasiado severo consigo mismo. El Duque de Reichstadt, que profesaba á este Príncipe un profundo respeto, gustaba de estudiar sus obras, y ha hecho de ellas numerosos análisis y extractos.

(*) Mr. de Munsel, *Fida del Duque de Reichstadt.*





EL GENERAL GRAVINA.

Personajes célebres del siglo XIX.



EL

GENERAL GRAVINA.

The brave Admiral Gravina is dead. .
Spain loses in him the most experienced officer in her Navy.

CRONICA DE GIBRALTAR de 15 de
Marzo de 1806.

Cunctis febilis occidit.

HORAT.

Hubo un tiempo en que la España rica y poderosa, señora de grandes y estensas posesiones en el Nuevo Mundo, tenía una marina respetable por su número y mas aun por el valor y pericia de los gefes que la mandaban. Debilitada ya por anteriores desgracias, quedó enteramente

destruida en el memorable combate de Trafalgar. Vamos á bosquejar la vida y los hechos militares del general ilustre que mandaba las fuerzas navales españolas, en aquella desgraciada jornada, con la rapidez y concision á que nos precisa lo reducido de nuestras biografias.

Pocos combates navales presentará la historia de tan sangrientos resultados, y tan fatales para los gefes que mandaban las escuadras. El Almirante Nelson que mandaba la inglesa; el general Gravina que mandaba la española, combinada con la francesa á las órdenes del Almirante Villeneuve, perecieron ambos en el combate, suicidándose el último despues á consecuencia de su mal resultado (*).

D. Federico Gravina, hijo de los Sres. Don Juan Gravina y Moncada, Duque de S. Miguel, Grande de España de primera clase, y de Doña

(*) Hecho prisionero el Almirante Villeneuve y conducido á Inglaterra, cuando regresó á Francia, no pudiendo soportar la frialdad de Napoleon, que trataba de hacerlo juzgar por un Consejo de guerra, resolvió darse la muerte; al efecto estudió en algunos grabados la anatomía del corazón, y cuando se creyó bastante instruido para realizar su proyecto, se hundió en el corazón una larga aguja, y murió en el acto.

Leonor Napolí y Monteperto, hija del Príncipe de Resetana, también Grande de España de primera clase, nació en Palermo á 12 de Setiembre de 1756. Recibió su primera educación al lado de sus padres, y á la edad de ocho años pasó al célebre colegio Clementino de Roma, donde en breve descolló entre todos los alumnos, así por su amabilidad y conducta, como por su capacidad y aprovechamiento en el estudio de las humanidades y de los varios ramos de las matemáticas.

Viendo sus favorables disposiciones, y con motivo de haber servido en España varios de sus progenitores, hallándose un tío suyo de Embajador de Nápoles en Madrid, solicitó ingresar en la Real Armada, y apenas hubo sentado plaza de guardia-marina en Cádiz á 18 de Diciembre de 1775, se presentó á exámen y fue completamente aprobado en las tres primeras clases de aritmética, geografía y cosmografía, habilitándose poco después para embarcarse, como lo verificó, en el navío S. José.

Ascendido á alférez de fragata en 2 de Marzo de 1776, salió de Cádiz en la fragata Clara, con la escuadra del Marqués de Casa-Tilli, que tras-

portaba á las costas del Brasil el ejército del general Ceballos ; apoderada la escuadra de la Isla de Santa Catalina , tuvo Gravina el encargo de ir á intimar la rendicion , que se verificó sin resistencia , al castillo de la Ascension, situado sobre un islote inmediato.

La escuadra fue luego en busca de la enemiga y fondeó el 27 de Febrero de 1777 , en la embocadura del rio de La-Plata ; pero dando á la vela al anocheecer para afuera , no se pudieron distinguir , ni sus señales ni su rumbo , y la Clara suponiendo que seguia la derrota de la vispera se internó tanto , que á las cuatro de la noche, arrastrada por las corrientes y no pudiendo sin duda hacer observaciones astronómicas, cuando se consideraba á veinte millas del Bauen inglés, varó en él. Saltó á los primeros golpes el timon, y para no zozobrar fue preciso derribar con el hacha los palos mayor y de mesana , dejando el de trinquete para poder hacer señales de socorro si asomaba algun buque. Frustróse aquella esperanza , formaróse con infinitos trabajos *janguadas* ó empalizadas, repartiéndose la gente en las tres únicas que se pudieron habilitar. Las dos menores fueron encontradas y recogidas por

el navio Septentrion; pero la mayor, en que iban ciento diez y seis hombres, tardó tres dias en llegar á la costa desierta, pereciendo casi todos por la debilidad y un recio temporal de agua y granizo que tuvieron que aguantar al desabrigo. Los oficiales se salvaron en la lancha y llegaron á Montevideo al dia siguiente. Gravina se embarcó luego de ayudante de la Mayoría general en el navio S. José, y trasbordado despues al San Dámaso, regresó á Cádiz, donde se encontró ascendido á Alférez de navio con fecha de 23 de Mayo de 1778.

Embarcose á poco tiempo en los jabeques Pilar y Gamo, destinados á impedir el paso al Oceano de cuatro jabeques argelinos; y si bien se frustró aquel objeto, se logró encontrarlos y destruirlos completamente.

Sobrevino en esto el rompimiento con Inglaterra, y formalizado el bloqueo de Gibraltar, hallándose Gravina de teniente de fragata y encargado del mando del jabeque S. Luis, empezó á dar muestras del brillante denuedo, de la actividad ardiente y desvelada, que fue en todos tiempos la prenda mas sobresaliente y característica de su espíritu marcial. Allí fue ascendido

á teniente de navio, y mereció por sus servicios que se le confiriese en Mayo de 1780 el mando en gefe del apostadero de la bahia de Algeciras. En este nuevo é importante cargo hizo varias presas, hasta que salió para la expedicion de Menorca, con las fuerzas navales mandadas por D. Ventura Moreno. Estuvo haciendo importantes servicios durante el sitio del fuerte de S. Felipe, y rendida ya la plaza, regresó al bloqueo de Gibraltar, y á la solícita y penosa comandancia de su apostadero.

Tratóse entonces de poner en planta el memorable proyecto de las baterias flotantes, para abrir brecha en la muralla y asaltar la plaza por la marina. Eran las flotantes, que tambien se llamaron *empalietados*, unas embarcaciones grandes que solo llevaban artillería en un costado, con el resguardo de un parapeto doble y muy macizo, por cuyo intermedio, á fin de evitar ó apagar los incendios, corriá el agua que arrojaban las bombas dispuestas al efecto. No se preveyó sin duda que supuesta la proximidad á que necesariamente debian situarse para desempeñar su objeto, las balas enemigas penetrarian por lo menos todo el parapeto exterior, y ocasionarian

el derrame total de aquella *corriente*, dejando toda la parte superior privada de su aventurado, aunque indispensable beneficio.

De todos modos, el Duque de Crillon que mandaba el sitio, y habia presenciado en varias ocasiones la intrepidez ó inteligencia de Gravina, quiso confiarle la direccion de toda la empresa; negóse Gravina á pesar de ser ya Capitan de fragata, manifestando modestamente que habia allí oficiales de mayor graduacion y esperienciá; pero aceptó el manto de una de las baterias nombrada S. Cristobal.

Lastradas por fin cual convenia para equilibrar el peso de la artillería, y tripuladas y guarnecidas á satisfaccion de los capitanes, salieron las flotantes en número de diez, á las órdenes del general Moreno, en la madrugada del 13 de Setiembre de 1782, y á las ocho se hallaron ya situadas en el sitio y en la forma que se les habia prevenido; rompieron inmediatamente el fuego sostenido por el de todas las baterias de cañones, morteros y obuses de nuestra línea, y correspondiendo la plaza por todos sus puntos, llegaron á jugar á un mismo tiempo mas de mil piezas de artilleria; pero aquel grandioso y tremendo es-

pectáculo no pudo sostenerse con igual teson por nuestra parte, pues los enemigos, aunque padecieron desde luego estragos considerables, tirando desde tierra con bala roja, á la hora habian ya incendiado el S. Cristobal por tres partes, y desbaratado una de sus bombas. Consigió Gravina apagar el fuego; pero el valor, la actividad y la emulacion, todo fue infructuoso. A las dos horas estaba desarbolado, y haciéndose general el incendio fue forzoso tratar de ponerse en salvo, abandonando él, el último, su flotante pocos minutos antes de que se volase.

Ascendido Gravina á capitan de navío, empezó á sonar la voz de la venida de una escuadra inglesa al socorro de la plaza, y ansioso de tomar parte en el combate que probablemente habia de resultar con la combinada que la estaba esperando, solicitó con empeño el trasbordo á uno de los navios, alegando sus vivos deseos de instruirse práctica y fundamentalmente en las sábias y complicadas maniobras de la táctica naval; y el general D. Luis de Córdoba no solo accedió gustoso, sino que lo recibió á su lado en el Trinidad.

Llegó con su escuadra el Almirante inglés

Howe, corriendo un temporal deshecho que le obligó á embocar en el Mediterráneo; salió inmediatamente nuestra escuadra de Algeciras en su seguimiento, pero por la noche sobrevino una cerrazon tan densa que la hizo perder de vista, y ocasionó la separacion intempestiva de 15 navios. Por la madrugada fue forzoso ir en busca de ellos, y lograda su incorporacion, resolvieron todos pasar el Estrecho, donde muy á pesar suyo, divisaron la escuadra inglesa, que despues de haber dejado el convoy en Gibraltar, desembocaba al Oceano. En vano se intentó alcanzarla, y regresando la escuadra combinada al puerto, Gravina se restituyó al mando del jabeque S. Luis, al cual habia dado tanta nombradia con sus repetidas presas y continuados y trabajosos cruceros; hasta que verificada la paz con los ingleses pasó á desarmar á Cartagena.

Por aquel tiempo se trató de hacer un ejemplar con los Argelinos, asi por los ausilios que no dejaban de suministrar á nuestros mayores enemigos, como por la arrogancia y desenfreno intolerable que les habia infundido la malograda expedicion del año 1775. Al efecto se dispuso otra absolutamente marítima, compuesta de lan-

chas bombarderas y cañoneras, protegida por una escuadra de navios, fragatas y jabeques, á las órdenes del general Barceló, quien apenas tuvo concluidos sus preparativos dió la vela del puerto de Cartagena á primeros de Julio de 1783. Apenas llegó la expedicion á la vista de Argel, Gravina que tenia el mando de la fragata Juno, tomó por disposicion del general el de todas las lanchas, y empezaron los ataques. Hubo durante muchos dias un continuado bombardeo y cañoneo por ambas partes, hasta que sobreviniendo los vientos de travesía, que son violentísimos en aquella costa é imposibilitan el servicio de las embarcaciones menores, fue preciso dar la vuelta para Cartagena.

En el año de 1784, mandando Gravina el jabeque Catalan con toda la division de Poniente, volvió á la bahia de Argel antes que la estacion abonanzase, y á pesar de los temporales, mantuvo un bloqueo tan riguroso, que no dejó salir barco alguno enemigo. Reconoció ademas á cuantos neutrales se presentaban, y entre estos á un jabequillo, Raguseo, donde venia el P. Conde, Comendador de la Merced, quien le entregó con reserva un pliego acompañado de un plano, en

que se manifestaban las baterías y otros preparativos de defensa que los Argelinos estaban disponiendo con ardor, temerosos de un nuevo bombardeo. Para rectificar aquel aviso, envió un patron á Constantina bajo el pretesto de comprar trigo, y á su regreso puso en conocimiento del general Barceló, que se hallaba en Mallorca, el plano y cuantas noticias habia podido adquirir con su infatigable vigilancia.

Llegada la estacion oportuna, se repitió la expedicion del año anterior, pero á los primeros ataques se echó de ver el influjo oficioso de los ingleses, asi en la disposicion de las nuevas baterías, como en la construccion de lanchas de fuerza, que oponiéndose á las nuestras, les hacian consumir gran parte de tiempo y de sus municiones en rechazarlas y tenerlas á raya. Adelantábanse sin embargo las bombarderas á su situacion competente, pero apenas volvian la popa en ademan de recogerse á la escuadra, cargaban sobre ellas desesperadamente los enemigos, y Gravina puesto á retaguardia con el jabeque, tenia todas las tardes que recibir sus descargas y contrarestar su choque, hasta dejar á los nuestros en salvo. A poco tiempo, empezaron

á reinar los vientos contrarios, y se retiraron todos á Cartagena, poco satisfechos del resultado de la empresa. Concluyose despues un ajuste con los Argelinos, y desarmaronse en consecuencia nuestros buques.

Gravina despues de tantos y tan continuados afaues, pasó á disfrutar el atractivo de la Côte, pero lejos de entregarse ciegamente al embeleso iusubsistente del ócio y de la frivolidad, se ocupaba en lecturas amenas é instructivas. Llevado de la actividad impaciente de su espíritu, y de la vocacion que profesaba á su carrera, aceptó gustoso en 1787 el mando de la fragata Rosa, que debia reunirse en el Mediterráneo con otras ocho de los tres departamentos, para formar una escuadra de evoluciones á las órdenes de D. Juan de Lángara. Terminada aquella campaña de instruccion, desarmaron las fragatas, escepto la Rosa, que tuvo el encargo de restituir á su córte al primer enviado otomano en la nuestra, Gusuf Effendi. Salió Gravina para Constantinopla en Febrero de 1788, y fondó el 12 de Mayo en su anchuroso y comodísimo puerto, dedicándose desde luego á adquirir noticias y á hacer observaciones astronómicas para

formar nuevas cartas ó rectificar las antiguas. Escribió tambien una Memoria que se conserva con justísimo aprecio, por ser un testimonio honorífico y perpetuo de su tino, erudicion y laboriosidad.

Estaba Gravina facultado, y era su ánimo permanecer allí algun tiempo para completar aquellos interesantes trabajos; pero la peste que reinaba á la sazón con la mayor violencia le obligó á dar la vela el 22 de Junio para Malta, donde hizo la cuarentena, regresando despues á Cádiz.

A poco tiempo fue ascendido á Brigadier, y en Abril de 1789 obtuvo el mando de la fragata Paz, destinada á conducir á Cartagena de Indias al Gobernador D. Joaquin Cañaveral; y como aquel viaje redondo é inaudito fue muy sonado en su época, será bien puntualizar todas sus fechas para dar una cabal idea de su extraordinaria brevedad. Dió la vela de Cádiz el 12 de Junio, y habiendo rendido un mastelero tuvo que arribar inmediatamente al mismo puerto; volvió á salir el 17, llegó á Playa Grande en la costa de de Santa Fé el 14 de Julio, y fondeó en Boca-Chica delante de Cartagena, el dia siguiente. El

18 dió de nuevo la vela para la Habana, adonde llegó el 28 del mismo Julio, y habiendo salido á las veinte y cuatro horas, entró en Cádiz el 2 de Setiembre al amanecer.

En el año de 90, considerando los ingleses á la Francia, nuestra aliada, agena de parar su atencion en acontecimientos ultramarinos, quisieron apropiarse la isla de Notka, al Norte de las Californias, deseosos quizá de ocasionar con este pretesto un rompimiento, para recobrar la superioridad que tan dolorosamente habian perdido, al reconocer, en la paz anterior, la independenciam de los mares y de sus colonias americanas. Con este motivo reunióse en Cádiz una escuadra á las órdenes del Marqués del Socorro, capaz de infundir respeto á todas las potencias de Europa, y en ella desempeñó Gravina, con el navío Paula que mandaba, varios y difíciles encargos; pero ajustadas las desavenencias con Inglaterra, cesó el armamento y hubo un intervalo de reposo, hasta que á consecuencia del terremoto acacido en Oran en la noche del 1.º de Octubre de 1790, creyendo los moros supersticiosamente que su Profeta les franqueaba por medios sobrenaturales la entrada en la

plaza, se presentaron á poco tiempo en ademan de posesionarse sin resistencia de su nueva y deseada adquisicion. Enviáronse de Cartagena comestibles y tropas, y pasó Gravina á mandar las fuerzas sutiles de mar, y la tropa de marina desembarcada. Prestó allí eminentes servicios y dió pruebas de su imperturbable valor; pero en medio de nuestra incontrastable superioridad se echó de ver, que el sitio se iba alargando demasiado, y que la posesion de aquella plaza, ya que los moros se retirasen, sobre ser inconducente para refrenar sus piraterías, se habia de hacer costosisima por la reedificacion del pueblo y el reparo de las murallas y fuertes; tratóse en consecuencia de abandonarla, hizose al efecto una tregua con los enemigos, y nuestro ejército se retiró por tierra á Marzalquibir, plaza situada como á una legua al poniente de Oran, y que por su cómoda ensenada le servia de puerto: luego se embarcaron las tropas y se retiraron pacíficamente á Cartagena, dejando tambien aquel último punto en poder de los moros.

Entonces fue recompensado Gravina con el ascenso á Gefe de escuadra, y habiendo solicita-

do y obtenido el permiso de ir á correr córtés, lo verificó inmediatamente empezando por la de Londres, llevado del anhelo de conocer á fondo la marina inglesa. Fue recibido con distinguidos obsequios por el Almirantazgo, pasó á Portsmouth, y habiendo por último sobrevenido el rompimiento con Francia, y teniendo Gravina que regresar á España, se embarcó en Spithead, en la fragata de guerra inglesa la Juno, y llegó al Ferrol á principios de 1793.

Inmediatamente se le dió el mando de cuatro navios, y arbolando su insignia en el Hermenegildo de 112, pasó con su division el Mediterraneo, y se reunió á la escuadra de D. Juan de Lángara, que estaba cruzando en el golfo de Rosas; allí permanecieron hasta el 26 de Agosto, en que se apareció una fragata de la escuadra del Almirante Hood, que se hallaba sobre las costas de Francia, con el extraordinario mensaje de pedir seis navios auxiliares para posesionarse del puerto y arsenal de Tolon.

Agitados los Toloneses por sus turbulencias intestinas, y temerosos de los decretos de la Convencion, resolvieron ponerse bajo la proteccion de los aliados, y en virtud de su ha-

mamiento, D. Juan de Lángara se resolvió á ir inmediatamente en su auxilio con toda la escuadra, en vez de enviar los seis navios que le habian pedido los ingleses. Verificose la entrada con indecible alborozo de los habitantes, á pesar de la resistencia del general de la escuadra Saint Julien, y desde el primer paso se echó de ver la celosa codicia de los ingleses; pues aunque Gravina, nombrado Comandante de armas, debia ser árbitro en arreglar el servicio, se constituyeron despóticamente depositarios del Arsenal, alternando con nosotros en la guardia de la Malga y de otros fuertes, y dejando absolutamente á nuestro cargo los puntos mas espuestos y menos interesantes.

Sin embargo. habiendo recaido el gobierno de la plaza en Lord Murgrave, Gravina se hermanó facilmente con él; y tomando sobre sí lo árduo y trabajoso de la empresa, recorrió prolijamente hasta los reductos mas avanzados, y trató de hacer frente por todas partes á los enemigos que ya empezaban á presentarse.

Su primer ataque se verificó por Olliule, donde fueron rechazados prontamente haciendoles algunos prisioneros, á quienes libró la humanidad

de Gravina del furor de los implacables Toloneses. Llegaron luego del Rosellon los regimientos de Hibernia y Mallorca, y para el completo resguardo de la escuadra, se acordó fortificar los puntos de Balaguer y l'Eguillete, situados al frente de la Malga, en la punta ó lengua de tierra que forma el puerto; y el 1.^o de Octubre á poco de haberse recibido los refuerzos que se esperaban de Cerdeña y Nápoles, se aparecieron los enemigos arrollando el fuerte de la Malga y ocupando las alturas de Faraon. Gravina dispuso salir contra ellos en tres columnas, compuesta la de la izquierda de ingleses solos á las órdenes de Lord Murgrave, la de la derecha de tropas de todas las naciones al mando del Conde del Puerto, despues Duque de S. Carlos, y la del centro de españoles y napolitanos bajo su inmediata direccion. Travose inmediatamente el combate, mas no con el ardor que anhelaba la actividad impaciente del general, que despues de herido gravemente en la pierna derecha, insistió con el mismo alinco en el ataque, hasta trepar por el pendiente de la montaña, teniendo los enemigos la pérdida de cerca de trescientos prisioneros, y viéndose obligados los demas á despeñarse

por los precipicios , donde perecieron los mas.

Al volver las tropas triunfantes á la plaza, Gravina, que iba en una parihuela, fue victoreado con el mayor entusiasmo , y al dia siguiente la municipalidad le presentó una corona de laurel con una felicitacion afectuosa y honorífica. Dilatose la curacion de la herida , por el solícito desvelo del general que no cesaba de atender á todo. Mandó otra salida en que fueron igualmente rechazados los enemigos; pero llegó en esto el general O'Hara , nombrado gobernador de Tolou por su córte, y sobrevinieron grandes altercados acerca del mando de las armas. Quedó sin embargo Gravina mandando las tropas , mas no por eso cesaron las etiquetas y desabrimientos entre el adusto general inglés y el cortés español.

Hecho prisionero el gobernador O'Hara el 30 de Noviembre en una accion en que se perdieron mas de seiscientos hombres , le substituyó el general Dundás , que guardó la mejor armonía con Gravina ; pero imposibilitados los trabajos por las incesantes lluvias de Diciembre , reforzados los enemigos con el ejército venido de la toma de Leon, y dirigidos por Dugomier, embistieron en la madrugada del 17 la avauzada de

los napolitanos, la arrollaron sobre la marcha y fueron tomando en seguida otras baterías además del fuerte de Balaguer. A la mañana siguiente se hizo conducir Gravina en silla de manos á la junta de generales que se celebraba en casa del Almirante Hood, y sabida allí la novedad de haber sorprendido los enemigos á Faraon, propuso ir él mismo á recobrarlo, atado á su caballo; pero no accedieron los demás, manifestando que aun cuando se consiguiese, no por eso quedarían en salvo las escuadras de los tiros de la parte de Malbusquet, que domina lo interior del puerto, y de los puntos ya perdidos de Balaguer y L' Eguillete, y en consecuencia se acordó la evacuación inmediata de la plaza.

Grandes fueron los desastres ocasionados en aquella ocasión al infeliz vecindario, que quedaba espuesto á los sangrientos furros del vencedor, pereciendo muchos sumergidos en las olas por huir del castigo que les preparaban los revolucionarios. La entereza incontrastable de Gravina en medio de tanto y tan doloroso conflicto, atendió en lo posible á la conservación del órden; pero los ingleses impacientes por esterminar en lo posible la marina francesa, para armar con

el tiempo iguales asechanzas contra la nuestra, despues de haber poseido y saqueado a su arbitrio los tesoros del arsenal, anticiparon inconsideradamente su incendio, y pusieron en nueva conmocion á aquel desventurado pueblo. Con este motivo en vez de hacerse la retirada ordenadamente por la puerta de Italia, segun estaba acordado, se hizo con precipitacion por una poterna, tomando luego el camino inmediato de la Malga, adonde llegó toda la columna, cubriendo los españoles la retaguardia. Los enemigos avisados y dirigidos por los presidiarios del Arsenal, que se habian puesto en libertad, se apoderaron de la ciudad y pasaron luego á la Malga, desde donde dispararon algunos cañonazos á la escuadra; pero esta, aunque salió bordeando y con el riesgo continuo de estrellarse mutuamente en las viradas, por ser contrario el poco viento que tenia, logró ponerse en salvo, y fue á fondear á las islas de Hieres. Allí padeció un fuerte temporal, y á fines de Diciembre, dió la vela para Cartagena con un inmenso trasporte de miserables fugitivos, cuya abandonada patria estabau acabando de esterminalar la guillotina y la metralla.

Ascendido Gravina o Teniente general, fue

á convalecer á Murcia , pero antes de estar perfectamente restablecido de su herida , se embarcó de nuevo en el *Hermenegildo* , y á primeros de Mayo de 7794 salió de Cartagena con una escuadra para socorrer las plazas de Colliure y Portvendres , sitiadas por los franceses ; pero encontró que estaban ya en poder de los enemigos y se retiró la escuadra á la bahía de Rosas ; apenas dió en ella fondo Gravina , bajó á tierra y con parecer del general del ejército Conde de la Union , recorrió y puso en el mejor estado de defensa y al cuidado de oficiales y tropa de marina , los puntos marítimos de aquella costa.

Vinieron por fin los días memorables de 17 y 20 de Noviembre, en que los dos Generales Dugonier y el Conde de la Union , perecieron á la izquierda de nuestra línea , y la derecha , al verse sin el apoyo del centro , que había corrido la suerte de la izquierda , tuvo que abandonar los puntos que ocupaba ; los soldados se retiraron con tanta precipitacion , que al llegar á Rosas se arrojaban desprovistos al agua para que se les llevase á la escuadra , como único punto de salvacion. La entereza de Gravina y sus oficiales pudo contenerles , y dispuso el general que que-

dase solo la tropa necesaria para la defensa de la plaza; y embarcando la demas, la envió á Palamox para que inmediatamente pasase á incorporarse con el ejército del Marqués de las Amarillas, que habia establecido su cuartel general en Gerona.

Rindióse Figueras, y se presentaron los enemigos delante de Rosas intimando la rendicion. No faltaron algunos que opinasen por la entrega, pero Gravina se opuso á ello; y ofreciendo suministrar cuantos auxilios de tropa, municiones y viveres fuesen necesarios, fortaleció los ánimos y todos resolvieron defenderse hasta el último trance. Asi se verificó en efecto, hasta que en 1.^o de Diciembre se juzgó indispensable la retirada que quedó resuelta para la noche del 3. A fin de ejecutarla con prontitud y seguridad, formó Gravina tres líneas; la primera compuesta de los botes y lanchas que se pudieron recoger para llegar hasta la orilla á recibir la tropa; la segunda, de lanchones y jabeques mallorquines; la tercera, de bergantines y jabeques mayores, de donde se trasladaba despues la gente á los navios; y se hubiera completado el reembarco, sin la voz de alarma de un sargento que estaba

de avanzada, pues al oírlo se retiraron trescientos hombres al pueblo, de donde se volvieron por la madrugada á la plaza y luego capitularon. Aquella memorable defensa, debida principalmente al espíritu y vigilancia de Gravina, fue de la mayor importancia, por haber contenido durante dos meses y medio el ímpetu de los enemigos, y dado lugar á que se reorganizase nuestro ejército.

En premio de tan señalados servicios, honró el Rey con la llave de Gentil-Hombre de Cámara con ejercicio á D. Federico Gravina, que vió á quedar de General en Jefe de la escuadra por ascenso de D. Juan de Lángara, con quien se habia reunido, al Ministerio de marina. Vuelto despues á Cartagena y hecha la paz con Francia se desembarcó por enfermo y pasó á Valencia, donde logró restablecerse de sus fatigas é indisposiciones.

En el año de 1797, estando ya en guerra con los ingleses, obtuvo el mando de la escuadra del Océano; pero su natural modestia, haciéndole reconocer por superior en la táctica naval á otro general de la armada, solicitó con instancia, y logró con satisfaccion, quedarse en clase

de segundo en el mismo destino. En el año siguiente idearon los ingleses un bombardeo contra Cádiz, y al efecto prepararon en Gibraltar una bombardera de extraordinarias dimensiones (conocida despues vulgarmente con el nombre poco culto de *Bombo*) que llevaba en el centro varios morteros, y al rededor 24 cañones de grueso calibre, para barrer á metralla á cuantos intentasen atacarla.

Noticioso D. José Mazarredo de tales preparativos, habilitó las lanchas de fuerza, y poniendo un cañon de á veinte y cuatro en cada una de las de los navios, dió el mando de todas á Gravina. El 3 de Julio por la noche llegó el *Bombo* y aterró con sus tiros, que causaron algunos estragos, á los habitantes de Cádiz; pero salieron las lanchas y trabaron un combate tan reñido y próximo con las enemigas que lo sostenian, mandadas por Nelson, que se mezclaron y confundieron mutuamente, haciendo por último cesar el bombardeo. Repitióse la operacion el 5 y Gravina volvió á embestir denodadamente al enemigo, y le obligó á retirarse á Gibraltar.

Poco despues pasó la escuadra á Cartajena, y desde allí á Brest con la francesa á las órde-

nes de Bruix; y habiendo recaído otra vez en Gravina el mando de la española, contribuyó eficazmente á contrarestar la expedición que proyectaban los ingleses contra aquel puerto.

El 14 de Diciembre de 1801, salió con cuatro navíos para Santo Domingo, de auxiliar de una escuadra francesa; pero el Neptuno, donde llevaba arbolada su insignia, empezó á hacer tanta agua que le obligó á entrar en el arsenal del Ferrol para atajarla. Trabajóse en esta operación dia y noche hasta que á los 14 dias se hizo de nuevo á la mar, y alternando continuamente en el alcázar con el capitán del buque D. Cayetano Valdés, llegó por una derrota desusada, al cabo Zamaña en la isla de Santo Domingo, á los 19 días de su salida del Ferrol, y veinte y cuatro horas antes que los demas buques de la escuadra. Regresó luego á Cádiz con caudales, en Mayo de 1802, y pasó luego á Madrid donde el Rey recompensó su esclarecido mérito con la gran cruz de la orden de Carlos III.

Hecha la paz, obtuvo por primera vez licencia para ir á ver á sus padres, que derramaron lágrimas de placer al estrechar en sus brazos a

un hijo colmado de honores adquiridos á costa de su sangre, y coronado de una gloria que daba nuevo esplendor al lustre de su familia. Permaneció Gravina una larga temporada en Palermo disfrutando los agasajos de sus deudos y conciudadanos, y en Junio de 1804 fué nombrado Embajador en París. Al admitir tan importante puesto interpuso con instancia la condicion, de que si sobrevenia algun armamento se le emplease desde luego en la carrera activa. Dedicóse entre tanto con desvelo á promover los intereses que se ponian á su cargo, hasta que rota de nuevo la guerra con los ingleses, pasó á Cádiz á tomar el mando de la escuadra, y el 15 de Febrero de 1805 arboló su insignia en el navío de 80 cañones, el Argonauta.

En la noche del 9 de Abril inmediato, habiéndose presentado delante de la bahia una escuadra francesa, Gravina, segun las órdenes que tenia, zarpó y se le reunió tan egecutivamente con sus seis navios y una fragata, que el general Villeneuve le envió á decir, que *su salida equivalia á una victoria*. La escuadra combinada se dirigió luego á la Martinica, y habiendo tomado la Roca ó Pun-

ta del diamante, dió la vuelta para Europa.

El 22 de Julio, al llegar al cabo de Finisterre, se avistó á sotavento la escuadra inglesa del Almirante Calder, que se encaminaba á cortar la retaguardia de la combinada. Gravina que mandaba la vanguardia, sin esperar el *momento* ó señal de egecucion del general, viró á favor de una niebla sin ser visto de los enemigos; pero conociendo estos que si seguian de vuelta encontrada, se habian de ir empeñando sucesivamente con toda la combinada, superior en número, viraron tambien al descubrir aquella maniobra. Gravina embistió entonces á Calder, le estrechó mas y mas forzado siempre de vela, y escarmentó á un navio de tres puentes que se adelantó á sostenerle; pero los ingleses se mantuvieron siempre retrayendo su retaguardia de la nuestra, y formando una especie de 7 muy abierto y reforzado en el ángulo, para presentarse muchos contra pocos, segun su costumbre; asi fue que los navios Firme y S. Rafael, que se hallaron en aquel punto, quedaron tan desmantelados, que por estar á varloventó, y por haber dejado en la Martinica con los enfermos á la fragata Magdalena, que pudiera ha-

berlos sacado á remolque, fueron á parar, arrollados por el viento y la oleada, á la línea enemiga.

Los ingleses se separaron á las nueve de la noche del combate, que habia durado desde antes de las cinco, con el Windsor-Castle de tres puentes absolutamente inutilizado, y maltratados otros muchos navíos, en términos que no se atrevieron á renovar la accion en los dias siguientes. La escuadra combinada se reunió en el Ferrol, pasó despues á Cádiz, y el 31 de Agosto arboló Gravina su insignia en el navío Príncipe de Asturias de 112.

El 20 de Octubre volvió á salir en número de treinta y tres navíos, quince españoles y diez y ocho franceses; y habiendo avistado el 21 la escuadra del Nelson sobre el cabo de Trafalgar, hizo el safarrancho y los demas preparativos para entrar en combate. Mandaba Gravina la vanguardia, compuesta de doce navíos interpolados de ambas naciones, y Nelson, que estaba á varlovento, se mantuvo desviado, haciéndose cargo de que adonde quiera que atacase, habian de acudir con ventaja aquellas fuerzas reunidas y espeditas. Mandóse virar por redondo, y desigualándose los na-

víos no pudo quedar bien formada la línea, pero Gravina, cuya division vino á quedar con esta maniobra á retaguardia, procuró conservar en lo posible su varlovento para observar y oponerse á los movimientos del enemigo. Embistió éste luego con direccion oblicua en tres columnas subdivididas despues en otras muchas, y al llegar á tiro rompió el fuego el Monarca, mandado por D. Teodoro Argumosa, contra el navío de Colingot, que mandaba la del centro, y logró derribarle el mastelero de proa ó de *velacho*; el Fogoso, francés, le hizo una gran descarga de fusilería que le obligó á *orzar* ó alejarse algun tanto; pero luego insistió en atravesar la línea por delante del Santa Ana, donde llevaba su insignia el general Alava. Forzó éste de vela, le alcanzó y trabó con él un reñidísimo combate; entretanto Nelson intentó atravesar por la proa del Bucentauro, que era el navío general, y la popa del Trinidad donde iba el general Cisneros; pero éste puso todas sus velas en facha, caminó para atrás, le atajó y le hizo una descarga de sus cuatro baterías. Llegaron luego los dos navíos de tres puentes y apuraron sus fuegos por varlovento en el Trinidad, causándole infinitos destrozos; y al mismo tiempo Nelson,

dando la vuelta por la popa del Bucentauro, y dejando este en manos de otros que le seguian, embistió al Trinidad por el costado opuesto, de modo que Cisneros tuvo que batallar desde el principio á tiro de pistola contra tres navíos poderosos.

A este tiempo, Gravina habia empeñado una accion vivísima con los dos primeros navíos de la tercer columna que venia á cortar por aquella parte. Llegaron luego por sotavento otros dos, que habian doblado la línea por el extremo de retaguardia, y ademas presentó su costado por popa otro que le disparó todos sus fuegos á tiro de metralla, causando varios estragos, é hiriendo gravemente al general en el codo izquierdo, el cual á breve rato, no pudiendo ya sostenerse sobre el alcazar, se creyó muerto y encargó el mando y la continuacion del combate á su mayor general D. Antonio Escaño.

Este esclarecido oficial se hallaba en la toldilla, cuando una descarga de metralla arrolló, excepto á un cabo de artillería, á cuantos con él estaban, hiriéndole gravemente en una pierna; no quiso sin embargo retirarse, hasta que precisado por los oficiales bajó por un momento, y hecha la cura

volvió á desempeñar con igual intrepidez el encargo de Gravina.

No será fuera de propósito hacer aqui honorífica mencion de los ilustres marinos que perecieron en aquel saugriento combate. Habia muerto ya D. Cosme Churruca y su segundo Don Francisco Moyua en el Nepomuceno que peleó al principio contra tres y despues contra cinco navíos; D. Francisco Alcedo y su segundo Don Antonio Castaños, en el Montañés; D. Dionisio Galiano, despues de haber rendido á un navío de tres puentes, en el momento en que estaba en el Bahamá observando con el anteojo los movimientos del enemigo; en solo el Trinidad siete valientes oficiales, y aunque segun se asegura Nelson perdió su vida de una descarga de fusilería de la cofa de mesana de este navío, su muerte fue pobre compensacion á tantas desgracias. Cuatro generales; los capitanes Gardoqui, Uriarte, Pareja, Vargas, Jado, Argumosa, Valdés y otros estaban heridos, y sus navíos desmantelados; este último, que mandaba el Neptuno de 80, intentó socorrer solo á todo trance el Trinidad, como ya lo habia salvado el 14 de Febrero en el combate del Cabo de San

Vicente; pero se lo impidieron un sin número de navios que le salieron al encuentro. Los franceses perdieron entre otros al insigne Capitan Magon, el cual habiéndole quitado una bala entrambas piernas, se hizo meter para estancar la sangre en un barril de harina, y desde allí continuó mandando la maniobra y animando á todos con el mayor heroismo, hasta el momento en que espiró. Sabidos son por desgracia el éxito de aquel sangriento combate, y los efectos del furioso temporal que sobrevino. No es de este lugar el exámen de si debió ó no renovarse la accion con los navios reunidos que se retiraron á Cádiz; pero desde aquella fatal jornada puede sí asegurarse, que quedó enteramente destruida la marina militar española.

La herida de Gravina era tan grave que desde luego se trató de cortarle el brazo; pero ofrecieronle algunos facultativos curarle sin aquella operacion radical, y se determinó á escusarla. Siguió la curacion con variadas alternativas, hasta que por último despues de haber cumplido con los deberes religiosos, espiró el dia 2 de Marzo al medio dia, con la mayor resignacion.

Tal fue el glorioso fin de la brillante y laboriosísima carrera de D. Federico Gravina, Co-



mendador de la órden de Calatrava, Gentil-hombre de Cámara de S. M. con egercicio, gran cruz de la órden de Carlos III, y de resultas del último combate, Capitan General de la Real Armada. Era de regular estatura, y su rostro retrataba al vivo la inalterable apacibilidad de su espíritu. Fue siempre en extremo culto y expresivo en sus modales y palabras, irrepreensible en sus costumbres, y absolutamente desprendido de todo interés mezquino. Espléndido con sus amigos y generoso con los necesitados. Justificado y afable hasta con el último marinero, llano y aun familiar con sus subalternos, cautivaba los corazones de cuantos estaban bajo su mando. Su maestria en la profesion, su actividad vigilante y atinada en todo genero de empresas, su impetuoso denuedo en el avance, su teson inflexible en el empeño, y sobre todo su inalterable serenidad, hacen de él un perfecto reñedo de uno de nuestros mas esclarecidos heroes del siglo XVI, del inmortal Alejandro Fórnesio.

Los enemigos hicieron justicia á su mérito, diciendo en los papeles públicos: «Tenemos que lamentarnos al oír que el valeroso General Gravina ha muerto. Sus amigos han vivido largo

tiempo esperanzados de su restablecimiento, pero por desgracia acaban de quedar frustrados sus anhelos. La España pierde en él el oficial mas experimentado de su Armada, á cuyas órdenes sus escuadras, ya que alguna vez hayan sido vencidas, nunca han dejado de merecer los encarecimientos de los vencedores. » (*) Su funeral se celebró con el correspondiente aparato en medio de un gentio inmenso, pudiéndose repetir aquel dia lo de Tácito, hablando de Germánico; «Que al par de la pompa y el ceremonial de las exequias, reinaba entre los asistentes un entrañable desconsuelo.»

*) El Almirante Colingod escribió el pésame al Marqués de la Solana, en una carta lacónica y expresiva.







D. F. TEODORO DE CALOMARDE.

Personajes célebres del siglo XIX.



D. F. T. CALOMARDE.

«No se muestra acreedor á la victoria
quien del vencido la desgracia insulta

SIMON BOGANEGRA acto 4.º

Difícil tarea á la par que ingrata , toma sobre sí el que escribe la biografía de un hombre impopular , en el país mismo que le mira como causador de sus males, y á presencia del partido vencedor. En tales circunstancias y al concitar sobre sí el ódio de este partido , réstale únicamente el consuelo de exclamar , que basta los dioses mostraron su faz risueña á la causa ven-

cedora, y solo un Catón se atrevió á sostener la de los vencidos. Lejos de nosotros la idea de compararnos al valeroso romano, al referir las acciones de un proscrito, sin ocultar sus defectos ni sus buenas cualidades. Al escribir su biografía, no vamos á trazar su panegírico, ni tenemos motivo para ser sus apologistas.

Por otra parte la historia contemporánea escrita por hombres, que recibieron rudos golpes y quizá persecuciones directas del personaje en cuestion, le ha retratado con los mas negros colores, y apenas se hallará una pincelada que le sea favorable. Con todo, una larga espacion y hasta la victoria misma del partido á quien oprimió, han modificado algun tanto la opinion acerca del ilustre proscrito, á quien cubre ya tierra estrangera. Y ¿quién será capaz de llevar sus resentimientos mas allá de la tumba? No aumentaremos el número de los que se complacen y deleitan en ver la humanidad bajo sus aspectos mas defectuosos, antes bien imitaremos al pintor griego, que hizo el retrato de Antígono, de perfil, para ocultar el defecto de un ojo, concretandó la narracion á los sucesos de la vida de Calomarde y dejando los comentarios sobre su política pa-

ra los que escriban prolijamente la historia.

Una de las cosas que mas han chocado á los estrangeros que han tratado de observar la nuestra en lo que llevamos de este siglo, ha sido la tendencia del pueblo, ó si se quiere la plebe, al absolutismo, y de la aristocracia española al régimen constitucional. Acostumbrados á profundizar harto poco en nuestros asuntos han calificado estas tendencias de anomalías, á pesar de que seria muy fácil hacer ver que tales tendencias son naturales en unos y en otros, mirando con detenimiento su educacion y sus ideas. Si Calomarde hubiera nacido en otro país, quizá hubiera sido un tribuno: en España por el contrario, figura como uno de los tipos del absolutismo, á pesar de ser hijo del pueblo.

Oscuros fueron á la verdad su nacimiento, su familia y hasta su patria, situada en un pueblecito del bajo Aragon, llamado Villel, donde vió la luz primera el dia 10 de Febrero de 1773. Sus padres llamados Juan y Rosa de Ariza, eran unos labradores no muy acomodados.

Otra ocupacion diferente se les ha supuesto, y los Palaciegos que ora se arrastraban á sus pies, ora á sus espaldas daban curso á su sar-

cástica maledicencia, le designaban con el apodo del *alpargatero*. Pero á pesar de su pobre estracion jamás dudó de su futuro engrandecimiento, á la manera que Cromwell, de quien aseguran que siendo jóven una fantasma le predijo su futura elevacion. Chocante era por cierto esta conlianza en el jóven Francisco Tadeo, cuando cursaba jurisprudencia civil en la universidad de Zaragoza. Reducido á servir de page en casa de una señora viuda, solia acompañar por la noche precediendo con el farol á unos comerciantes de Teruel, que vivian en la misma casa. Recordaban estos no ha muchos años con admiracion que al preguntar á Calomarde á qué aspiraba, respondia siempre sin desconcertarse, á Ministro de Gracia y Justicia. Esta respuesta harto orgullosa en boca de un pobre page, unida á su figura no muy elegante, solian hacerle blanco de las bromas de los festivos tertulianos. Y con todo, la providencia tenia escrito ya en sus decretos eternos, que sus conatos serian cumplidos, y que arribaría á la cima á la cual encaminaba sus vacilantes pasos.

Al trasladarse Calomarde á la Côte á fines del siglo XVIII, rico tan solo de esperanzas y

con la cabeza colmada de gr'as ilusiones, seme-
jaba á los viageros, que abandonan su pais
natal y arriban al Nuevo-Mundo, llevando por
única esperanza y base de sus soñadas riquezas
en vez de conocimientos y recursos una carta de
recomendacion. La fortuna le protejió desde sus
primeros pasos. Presentado al médico de Cámara
D. Antonio Beltran , que tambien lo era de Godoy
y aragonés , supo captarse su benevolencia y en-
contrar en él un protector. Calomarde criado en
la dependencia , carecia de aquella fiereza ingenua
característica de su pais , y acostumbrado á ple-
garse á voluntades agenas , no le habia de estor-
bar su firmeza el medrar en una Côte aduladora
y corrompida.

El médico de Godoy tenia una hija poco fa-
vorecida de la naturaleza, pero que con todo era
un partido harto ventajoso para el jóven preten-
diente. Con este objeto , el presunto suegro ob-
tuvo de Godoy para su protegido una plaza de
Oficial en la secretaría de Indias, como regalo de
boda. Pero Calomarde una vez puesto en carrera
despreció la mano benéfica que le habia favorecido,
sacándole de la oscuridad , y solamente una re-
prension harto ágría de Godoy, acompañada (se-

gun dicen) con la amenaza de echarle á presidio, le obligaron á dar la mano á la infortunada jóven, objeto ya de su menosprecio. Nunca se miró como casado, y las personas mas allegadas á él, jamás oyeron salir de sus lábios el nombre de su esposa.

Entretanto su fortuna se aumentaba rápidamente: antes del año 1808, habia sido promovido á Oficial mayor de su secretaria y se hallaba interesado en algunas contratas. Los sucesos de aquella época le arrojaron á Cádiz con la Rejencia y sus oficinas, entonces bastante interesantes por el giro que principiaban á tomar los asuntos de América.

Poco despues pasó á Oficial mayor de Gracia y Justicia por influjo de su amigo el Ministro Sierra, que trató de salir juntamente con él, Diputado por Aragon. Algunos han atribuido al desaire que entonces sufriera el encono que despues mostró contra el gobierno representativo. Viósele en efecto ya desde aquel punto estrechamente ligado con Sierra, Lardizabal y demas corifeos del partido realista. Juntamente con ellos trabajó por el proyecto de confiar el Gobierno á la Princesa Carlota, y desde entonces la casa

de Portugal se le mostró no poco propicia; pero á la caída de aquel partido, Calomarde se vió envuelto en su ruina.

El regreso de Fernando VII, vino á trocar enteramente la escena, y los que habian sido abatidos por las Córtes de Cádiz, pudieron hacer alarde y ostentacion de sus servicios. Uno de los mas favorecidos y de los primeros en escalar el poder fue Lardizabal, que por el decreto de 4 de Mayo de 1814, fue nombrado Secretario de la Gobernacion de Ultramar, nombre que se daba á la antigua secretaría de Indias, y que luego volvió á trocar por este último. Con Lardizabal volvió tambien á la secretaria de Indias su antiguo amigo y oficial, acreditado ya como acérrimo realista por la parte que habia tomado en Cádiz contra las reformas liberales, y la persecucion que habia sufrido. Aumentóse mucho mas su valimiento con motivo de las bodas de los desterrados de Valencay con las Princesas del Brasil, hijas del Regente de Portugal. Era mediador de aquellas bodas el célebre P. Cirilo de Alameda, que durante su emigracion habia logrado introducirse con aquella familia en el Brasil, y á su regreso á España se constituyó en agente de aquel doble casamiento.

Para llevarlo á cabo pasaron á Coimbra Lardizabal y Calomarde, ambos sujetos de confianza para la familia Real de aquel país, con motivo de los servicios prestados en Cádiz por ellos á la infanta Doña Carlota. Los que prestaron en esta ocasion fueron tambien remunerados largamente y entre otros favores obtuvo Calomarde el nombramiento de Caballero de Santiago de Avis. Los contratos quedaron otorgados en 22 de Febrero de 1816, y á principio de Setiembre desembarcaban las Infantas en la bahia de Cádiz. Lardizabal y Calomarde creian del todo afianzada ya su fortuna, cuando un contratiempo inesperado vino á sumirlos en la desgracia. La camarilla que rodeaba al monarca y que disponia de sus favores, veia con ojos aviesos el encumbramiento de estos dos personajes. Ya el año anterior Lardizabal habia sufrido un imprevisto contratiempo, tanto mas sensible para él, cuanto que se le juzgaba árbitro de la voluntad del Rey. El ministerio de Indias habia sido disuelto, y sus empleados repartidos por otras oficinas: Lardizabal habia quedado de simple consejero de Estado, y Calomarde habia pasado á oficial del ministerio de Gracia y Justicia. Al verlos pues recobrar su influencia

despertose la dormida envidia que los empujó contra los mismos escalones por donde pensaban subir.

Hallábanse ya las infantas en Cádiz cuando se recibieron noticias poco satisfactorias acerca de la conducta del gabinete portugués en América, y aun se aseguró, que se disponia para atacar á Montevideo. Al mismo tiempo llegaban noticias confidenciales harto desagradables, acerca de la salud de las princesas. Alarmóse la Corte con tales nuevas, reunióse el Consejo de Estado, y combiéndolas con otras anteriores y con la mala fe y torcidas miras que se suponía al gabinete portugués, principiaron á dictarse medidas de precaucion. No estrañaremos que sea cierto lo que se dijo entonces, de que el infante D. Antonio propuso, que las infantas quedasen como en rehenes, hasta que se recibieran ulteriores noticias. Los agentes del casamiento, sorprendidos con tan estraña catástrofe, fueron las primeras víctimas de ella, y exonerados de sus empleos se vieron en breve lanzados de la Corte. Calomarde, confinado á Pamploña, presenció desde aquel retiro las fiestas á que se entregaban la Corte y la nacion con mo-

tivo de las bodas, en que tan directamente habia intervenido y de las cuales por tan rara pueripencia, en vez de honores y favor, tan solo habia conseguido su desgracia. En vano la amable Isabel interpuso su mediacion á favor de sus desgraciados agentes, y presentó á su esposo los hijos de Lardizabal, que imploraban la libertad de su padre. El Rey, que dominado por ignobles influencias daba muy pequeña parte de su corazon á la virtuosa Isabel, se mostró insensible á los infantiles ruegos, subiendo al coche sin responderles y desairando á la Reina, que habia tenido una gran parte en aquella escena. La prematura muerte de aquella amable Reina, en la que los españoles cifraban grandes esperanzas, concluyó de arrebatar á Calomarde las pocas que le restaban, y se tuvo que resignar á vivir oscuro y olvidado en el rincon de su destierro, mucho mas al ver el tortuoso giro que tomaban los negocios públicos, y la tempestad próxima á estallar.

Nada podia esperar del Gobierno constitucional, que acababa de instalarse en la Península, y por tanto veia con placer sus desaciertos y el descrédito que le amenazaba en el extranjero.

Previendo en lo que vendria á parar, y temeroso por otra parte de que las autoridades de Pamplona, en vista de su conocida desafeccion, tratasen de arrestarle y hacerle servir de represalias, huyó secretamente de Pamplona en 1822, y llegó á Madrid, donde permaneció oculto mas de un año, hasta la evacuacion de la capital por Zayas y la entrada de las tropas francesas.

Los sucesos de aquella época son bien conocidos, como tambien el nombramiento de Regencia, de la cual fue secretario Calomarde. Poco tiempo despues se le vió subir al ministerio de Gracia y Justicia en compañía de Ofalia, que entraba en el de Estado el 17 de Enero de 1824, por fallecimiento del Marqués de Casa-Irujo.

Tambien entró por el mismo tiempo de secretario del Consejo de Ministros y del Consejo de Estado el célebre D. Antonio Ugarte, amigo de Calomarde, con quien convenia en ideas, y que era mirado entonces como el favorito del Rey. La influencia de este Ministro y su preponderancia en el Consejo, eran poco satisfactorias á sus compañeros de Gabinete, á los cuales dominaba. Decíase de él, que estando iniciado en los secretos del Gobierno los comuni-



caba al partido llamado Apostólico, del cual se le suponía acérrimo agente. Conjurados los otros Ministros contra Ugarte, lograron por fin arrancarle del lado del Monarca y darle un honroso destierro, enviándole de ministro plenipotenciario de Cerdeña en Marzo de 1825.

Vióse á poco tiempo crecer rápidamente el valimiento de Calomarde, y alianzarse en él, de tal modo, que pudo mirar como vinculado en su persona el favor de un Rey harto propenso á mudar de Ministros. A la verdad, concurrían muchas circunstancias para esta elevacion no difíciles de explicar si bien se mira, aun prescindiendo de la intriga y de la adulacion. El partido realista se hallaba dividido en dos grandes facciones: el uno de ideas templadas á cuyo frente se hallaba la grandeza y la mayor parte del ministerio: el otro mas exagerado y furibundo en sus ideas, titulado el partido apostólico, á cuyo frente se suponía á D. Carlos Fernando, que tenia supeditado ya al partido liberal, veia tambien con placer dividido al realista, que se hacia de este modo menos compacto y temible. A no haber sido por esta division, que el Rey se guardaba muy bien de atajar, quizá se

hubiera visto él precisado á lanzarse en brazos del partido liberal; como Enrique III de Francia, acosado por la liga, se entregó á discrecion de los Hugonotes, que tan encarnizadamente habia perseguido. Conociendo Calomarde esta situacion se penetró bien de su papel, que en cualquiera de las dos facciones habia de ser harto desairado. Resentidos los ultras de la destitucion de Ugarte miraban con ceño el encumbramiento de Calomarde, que no se presentaba como su predecesor á quemar incienso ante sus aras. Los partidarios del despotismo ilustrado y la grandeza merecian pocas simpatías á Calomarde, y tampoco esta podia profesarlas á un ministro de su estofa. En tal situacion llegó el Ministro de Gracia y Justicia á ser entre sus compañeros de gabinete, lo que el Rey entre los dos partidos realistas que se combatian á la vez. Esta situacion homogénea debió escitar igualmente sus simpatias, y por tanto Calomarde, fiel intérprete de aquella política, al paso que se situaba en su propio terreno, venia á ser el mas útil resorte de ella. Por una parte refrenaba al partido conservador que propendia al liberalismo; por otra intimidaba á los reae-

cionarios que aun clamaban por vengauza. Esta política se hallaba compendiada en aquella frase que llegó por entonces á ser vulgar, *palo al burro blanco, palo al burro negro*, idea que el Rey su amo solia espresar en términos mas groseros, parodiando aquella cautinela *¡ese narizotas!*..

¿En qué consiste, pues, que el partido liberal ha mirado y mira á Calomarde como su Neron, siendo asi que durante su encumbramiento disfrutó mas libertad y tolerancia que en los años anteriores? ¿En qué consiste tambien que el partido realista odió y sigue odiando á Calomarde, y le arrojó de sí como á causador de todos sus males? No será esto á la verdad una anomalía, si se observa que combatiendo sus proyectos y haciendo gastarse al uno con el otro, llegó á verse en una posicion escéptica para ellos, y se hizo odioso á los dos á la vez. Cuantas persecuciones sufrían los liberales de los agentes del Gobierno se miraban por aquellos como influidas directamente por Calomarde, al paso que la grandeza le detestaba igualmente, y el Duque del Infantado renunciaba su cargo por zelos, segun se dijo, de la preponderancia del favorito.

Tales son las causas del engrandecimiento de Calomarde y su larga permanencia en el poder, bajo la férula de un Rey inconstante. Habian nacido el uno para el otro, y se entendian fácilmente, pues convenian en ideas. El Rey solia decir que con ninguno despachaba mas á gusto que con Calomarde, y que le presentaba los negocios con tal claridad y precision, que facilitaba sus resoluciones. A la verdad, aun cuando no concedamos á Calomarde un gran talento, tenia en su favor la espedicion y facilidad que dá la práctica, con bastante conocimiento del corazon humano y sus mas íntimos resortes. Tampoco le faltaba teson para arrostrar los inconvenientes del sistema, que tanto el Rey como él se habian trazado, y confiado en su posicion se mostraba enérgico y aun inflexible, el mismo que en la presencia de su amo se arrastraba humildemente á sus pies.

El uno y el otro tenian indudablemente un fondo de sentimientos religiosos, aun cuando en su vida privada no hayan sido modelos de virtud: con todo, atendiendo mas á sus defectos que á sus buenas cualidades, se les ha lanzado el dictado de hipócritas. No se crea por eso que

los sujetos que tan acerbamente han calificado á Fernando y á su Ministro por su conducta privada, sean algunos varones ejemplares, que con el tiempo hayan de entretener á la Congregacion de ritos. Creemos que la escusarán esta molestia, y nos mueve á ello el pensar, que los hombres verdaderamente virtuosos suelen ser los mas indulgentes con las flaquezas de sus semejantes.

Recordamos con este motivo que en una de las catedrales de España se motejó al Rey por un extremo contrario, calificándole de impio, porque omitió una genuflexion al pasar por frente del altar mayor. Habiendo ido al dia siguiente una diputacion del cabildo á cumplimentar al Rey, y con ella el canónigo que mas mordaz se habia mostrado, recibió de Calomarde y reservadamente, una reprehension bien amarga, manifestándole entre otras cosas que por delicadeza se abstenia de poner en parangon su conducta con la del Monarca.

Respetemos pues al menos la vida privada, absteniéndonos de transmitir á la posteridad por medio de la prensa, lo que la maledicencia no dejará de conservar por tradicion. Con todo, hay

en la vida de Calomarde un suceso de esta clase, imposible de pasar en silencio, pues además de ser muy público, va enlazado con los principios de su elevación. Tal es el fallecimiento de su olvidada esposa Doña Juana Beltran, en Zaragoza. A pesar de los desdenes y el ingrato porte de su esposo, con quien apenas vivió, se contentó con llorar en el silencio y oscuridad de su retiro; y próxima á morir dió un testimonio de resignación cristiana, nombrándole heredero á pesar de su ingratitud. Es falso lo que se ha dicho de que la habia abandonado á la miseria, pues la consignó una pensión de 12,000 reales anuales y una casa para su habitacion en Zaragoza.

Por aquel mismo tiempo llamaban la atención en la Corte unas escenas harto cómicas, en medio de los sangrientos dramas que con frecuencia se representaban. Y bien merecen seguramente el nombre de cómicas, las escenas á que dió lugar la Real orden sobre reunion de matrimonios mal habidos, dada por un Rey que seguramente no era modelo de fidelidad conyugal, por conducto de un Ministro que jamás vivió con su muger, ni aun se le oia nombrarla, y

en medio de unos cortesanos muchos de ellos públicamente embarragados. Seguramente que si se tratara de aumentar párrafos á la crónica escandalosa de la Corte, bastaria referir algunos de los episodios á que dió lugar la tal Real orden, que fue causa de encierros monásticos, arrestos y reclusiones á que se vieron condenados algunos de los mismos grandes y cortesanos.

Pero otros sucesos mas terribles y trascendentales vinieron á llamar la atención pública, apenas la Nacion principiaba á disfrutar una aparente tranquilidad. Tales fueron los sucesos de Cataluña en 1827, que pudieron ser de una trascendencia incalculable, pues aun no se ha descornado enteramente el velo que los cubrió por largo tiempo. Los partidos, como sucede siempre, al ver el mal éxito de los sucesos, no han querido prohijar aquel levantamiento, cansado por opuestos intereses y por elementos contrarios. Esta revolucion, producida á la vez por dos partidos estraños entre sí, dió lugar á varias anomalías de problemática resoluzion. De todos modos, aquel Monarca tan tímido y apático, que al estallar la revolucion en las Cabezas de S. Juan pasó dos meses en una entera iner-

via y apatía, y comunicó á los sublevados el valor y arrojo, que no desplegaba por su parte, le vemos al presente revestido de toda la energía y dignidad de su carácter, lanzarse rápidamente en medio del peligro y conjurar la tempestad con su presencia. ¿Quién ha causado en el Rey tal metamorfosis? Ved á Calomarde que le acompaña en la silla de posta que camina rápidamente hácia Zaragoza. Esto ha obligado á decir á personas muy sensatas, que á no haber sido Calomarde confinado á Pamplona en 1816, probablemente hubiera subido al Ministerio, y quizá hubiera variado también el aspecto de las cosas en 1820.

Respecto á las atrocidades cometidas en Cataluña varían mucho las opiniones, inculpando unos al Rey y otros á su Ministro: pero quizá una mano oculta precipitó en la tumba aquellas víctimas, con el mismo objeto con que había fusilado á Bessieres sin permitirle declarar acerca de su levantamiento. En tal caso, el Conde de España solamente fue un instrumento y Calomarde un testigo.

No entraremos en pormenores acerca del ministerio de Calomarde, en el cual hallamos se-

guramente absurdos insostenibles, y actos por el contrario mal juzgados. Unos y otros los calificará la historia; que quizá en sus fallos respetará poco el de los contemporáneos.

En medio de los negros colores con que se le ha pintado, resaltan algunas buenas cualidades personales. No eran el apego al dinero ni la rapacidad vicios que se hayan inculcado á Calomarde: desempeñaba gratuitamente una porcion de destinos que le hubieran rendido gruesos sueldos; socorria con largueza los establecimientos públicos, y aun se le tachaba de ser descuidado en materia de interés. Quizá esto último ha influido no poco para acelerar su muerte, y algunos periódicos lo han presentado como causa inmediata de ella. Tampoco se le acusó de haber apadrinado á sus parientes, defecto harto comun en hombres de gobierno; pero por otra parte, el pueblo que nunca perdona el nepotismo, se ensangrentó contra Calomarde y le echó en cara su despego, achacándole á desvío de sus parientes, cuyos modales rudos y proseros le recordaban su humilde estraccion. Quizá esto no sea del todo infundado, pero tampoco lo es que al regresar de Cataluña á Zaragoza en

compañía del Rey, visitó á los que le habian favorecido en sus primeros años, y no se mostró ingrato con ellos ni con sus discípulos.

En cambio se le acusó, y no sin fundamento, de su excesivo provincialismo, y de poner en manos de aragoneses los mejores empleos de su ramo. Para ello no hay mas que recorrer las listas de los altos funcionarios civiles y eclesiásticos. En varias ocasiones tuvo que sufrir las zumbas del rey por este motivo, sin que se mostrase por ello mas enmendado. Cuando dió noticia á Fernando de haber vacado la mitra de Segovia, le dijo este en tono burlon. —¿ Tienes por ahí algun aragonés por obispar? —Pocos dias despues Calomarde creyendo, que ya el Rey se habria olvidado, le presentó al aragonés Briz Martinez, general de los Dominicos. Entonces Fernando sonriéndose le dijo: —Eso ya lo sabia yo, que me habias de traer algun aragonés. —A pesar de eso firmó la presentacion sin omitir sus acostumbradas pullas.

Hallábase pues Calomarde en el apogeo de su esplendor colmado de honores y distinciones, y favorecido de todas las Córtes europeas que le honraban con sus cruces y condecoraciones,

siendo quizá de los que mas podian presentar en Europa.—El Toison, la de Carlos III, la de Isabel la Católica, la de Avis de Portugal, la del Aguila negra de Rusia, la de la Vendée la Legion de honor, honraban su pecho con otras muchas, que seria prolijo referir.—Echábase de menos la Jarretierra de Inglaterra, porque á la verdad no fue esta nacion con la que mas simpatías tuvo.

Pero esta misma elevacion era un mal presagio para él, por la dificultad de conservarse estable en el poder, luego que se ha llegado al punto culminante, y cuando casi no hay mas á que aspirar. ¿Pero quién se detuvo en tales consideraciones al verse disfrutando la privanza?

Uno de los primeros golpes para ella fue el casamiento de la Reina Cristina. La presencia de los Reyes de Nápoles, el influjo de su hija, y la elevacion de la Infanta Doña Luisa Carlota esposa de D. Francisco, por tanto tiempo postergada, debilitaron en gran parte el influjo de la Camarilla y del Ministro favorito, que conoció no estar del todo seguras en sus manos las riendas del Gobierno, que tan holgadamente habia manejado.

Poco tiempo despues habiendo logrado el Rey sucesion de este último enlace, trató de dar publicidad á la Pragmática-sancion de 1789, por tanto tiempo arrinconada y cubierta de polvo en los estantes del Consejo.

Se ha disputado con mucho calor acerca del autor del pensamiento de restablecer la Pragmática-sancion. Los liberales no queriendo deber este favor á Calomarde, suponen que fue el Guarda sellos, D. Juan de Grijalva, el instrumento de que se valió el Rey para la publicacion de dicha Pragmática. Los realistas por su parte acusaron á Calomarde de haber sido no solamente quien sugirió la idea, sino tambien el que la llevó á cabo. No será extraño que uno y otro cooperasen á este fin: pero no es cierto como se ha querido suponer que Calomarde se opuso á su ejecución. Hallábase aborrecido por el partido realista turibundo, y por otra parte no dejaba de recelar del ascendiente que la Reina iba adquiriendo sobre el ánimo de su real Esposo. Creyó pues oportuno congraciarse su benevolencia por este medio; pero no deja de ser dudoso el objeto, que para lo sucesivo se proponia, á no ser esta medida únicamente pa-

ra prolongar su permanencia en el Ministerio.

Sus esperanzas eran ilusorias y la última hora de su poder iba á sonar. Sabidas son las célebres ocurrencias de la Granja , y las intrigas palaciegas á que dió lugar la aparente muerte del Rey, y la abnegacion sublime de su Esposa. Los cortesanos semejantes á los salvajes que adoran al sol al tiempo de salir, pero jamás se acuerdan de tributarle culto al tiempo de ponerse, volaron presurosos al cuarto de D. Carlos á tributarle sus primeros respetos , *como á su Rey y Señor*. No se quedó atrás Calomarde, á pesar de que llevaba consigo el presentimiento de su caid que alligia su corazon. La repentina é inesperada mejoría del Rey , y la llegada no menos imprevista de la Infanta Doña Luisa Carlota , acabaron de variar enteramente la escena. Las amargas censuras de la Infanta decidieron á la Augusta Cristina á reparar su momentáneo error, y los cortesanos aterrados con aquel golpe huyeron á su vista desavoridos.

Calomarde por su desgracia tropezó con la fogosa Infanta , y es fama que recibió de su mano un solemne bofetón : poco rato despues le buscaba con mas siniestro objeto , pero el ex-

ministro previendo su destino se habia ocultado ya, y trataba de poner tierra por medio. El dia 2 de Octubre llegó secretamente á Madrid, y dos dias despues salió en la diligencia para Valencia, de donde se trasladó á Olba, en cuyo pueblo tenia su fábrica de papel, famosa por aquel tiempo. Sabiendo que se trataba de prenderle, huyó á esconderse en un convento de frailes franciscos tan oportunamente, que á poco rato llegaron las requisitorias y se dió aviso á la froutera. Disfrazado con el humilde sayal, se dirigió á esta, pasados algunos dias, y ya iba á pisar el territorio francés, cuando por su desgracia fue reconocido por un sargento de carabineros, y solamente á fuerza de oro logró escapar de sus manos. El proceder que observó despues con ellos, es uno de los mas negros borrones de su conducta. Habiéndose descubierto el cohecho, el sargento y los carabineros se vieron en la precision de emigrar á Francia: aquellos intelices se vieron reprochados por él asperamente, y llegó á decirles «que merecian bien ser fusilados por haberse dejado sobornar.» Este rasgo, que parece increíble, únicamente puede espliarse por el humor atrabilario que á veces le dominaba y que tomó incremento con su caída.

Su posición se hizo mas crítica con los encuentros frecuentes que tenía con los emigrados españoles, que volvian ufanos á su patria despues de tan dura y larga proscripción. En varias ocasiones llegó á verse espuesto á perécer entre sus manos, si no le hubiera salvado la generosidad de algunos otros de ellos que le debian favores reservados. En aquella época tan feliz para muchos españoles, cuando las familias llenas de júbilo abrazaban aquellos objetos de su cariño, que no creian volver á estrechar contra su seno, Calomarde solo y despreciado en pais extranjero, apuraba en secreto la copa de la amargura, sin un amigo ni un recuerdo que mitigasen sus penas. Perdidos sus empleos, secuestrados sus bienes, y hecho su nombre un objeto de execración y sinónimo de una época de aciagos padecimientos, que esclusivamente se le imputaban, parecia Calomarde en su destierro, aquella infortunada víctima, que llamaban los hebreos *hostia por el pecado*, á la cual abandonaban en medio del desierto, cargada con todas las iniquidades del pueblo de Israel, despues de haber invocado sobre su cabeza con mil execraciones la cólera celeste.

Sus primeros pasos en Francia se dirigieron

á Orleans, de donde marchó á París. Desde allí como desde un punto culminante, pudo contemplar las escenas que rápidamente se sucedían en la Península; y los densos vapores que sobre su horizonte se aglomeraban, présagos de horrenda tempestad. El Rey falleció, y al punto saltó la chispa eléctrica que puso en combustion los agrupados vapores. Tronó el cañon en los ángulos de la Península, y sus fértiles campiñas se regaron con española sangre. Entouces Calomarde se aproximó al teatro de la guerra, fijando su residencia en Tolosa, y se le vió dispuesto á tomar parte en la contienda; pero sus servicios fueron desechados, y la corte de Oñate le prohibió el pisar territorio español. Aquella orden fue espedita por antiguos amigos y clientes suyos, que olvidando sus numerosos beneficios vengaban sus desdenes: castigábasele tambien no solo por la presentacion de la Pragmática, sino aun mas por las medidas represivas que habia tomado contra el partido ultra-realista, que prevalecia en Oñate. Al verse pues cargado con el anatema de este partido, vilipendiado en su desgracia, y escarnecido por sus mas íntimos amigos, recayó en la hipocondria á que era muy propenso.



Con objeto de distraerse pasó á Roma , morada comun de ilustres proscriptos. Aquella ciudad santa, colmada de religiosos y antiguos recuerdos de todas épocas y de todas edades, objeto por lo comun de ódio para los hombres elevados al poder, debe escitar sin duda las simpatías de los que algun dia se vieron rodeados de esplendor y ahora gimen arrastrándose en el polvo y viviendo de brillantes recuerdos, como la mansion augusta de los Césares. La preusa quiso dar importancia política á este viaje, que probablemente no fue mas que un deseo de distraccion ó de entusiasmo religioso, á la manera que un enfermo en su agitacion febril da vueltas en todas direcciones y en ninguna postura calma su dolor.

Los dos últimos años de su vida en Tolosa, fueron consagrados esclusivamente á obras de beneficencia. Ademas de suministrar gruesas cantidades á los carlistas que imploraban su proteccion para pasar á Navarra, durante la guerra habia socorrido muchas familias que la emigracion habia lanzado en la miseria. Pero al volver de Roma, favoreció indistintamente á las bandas de emigrados que inundaban aquel pais,

sin distincion de colores , y estos agradecidos á sus beneficios llegaron á llamarle el padre de los pobres españoles.

Muchas familias, no solamente francesas, sino aun dentro de España lloraron el dia de su muerte, porque les faltaba el pan de cada dia. Y en medio de este desprendimiento, se trataba á sí mismo con un porte mezquino, lo que hizo creer con mucho fundamento, que preparaba un donativo para los prisioneros de Bourges, como en holocausto por conseguir su favor. Otros lo atribuyeron hasta cierto punto á efecto de alguna aberracion mental, causada por la melancolía, mucho mas al ver los raptos de fervor religioso á que se entregaba públicamente en las iglesias de Tolosa, poniéndose en cruz, besando el suelo, y haciendo otras demostraciones, que daban no poco que reir á los franceses.

Los periódicos franceses y los españoles copiándolo de aquellos, atribuyeron su fallecimiento á noticias poco satisfactorias sobre asuntos peculiares suyos, que recibió de Madrid, las cuales agravando su habitual melancolía, le causaron un accidente apoplético que puso fin á sus dias el 19 de Junio de 1842.

En su última enfermedad le asistió el médico de Cabrera, D. Juan Sevilla.

Pocas horas después de su fallecimiento, se recibió por el telégrafo orden de París, para que se le hiciesen solemnes éxequias como general, por estar condecorado con el gran Cordón. La guarnición de Tolosa cubrió la carrera, la artillería hizo los disparos de ordenanza, y las autoridades civiles y militares de grande uniforme presidieron su entierro, el más suntuoso que hace muchos años se había visto en Tolosa. Enterrósele en una caja de plomo, pues había manifestado deseos de que su cadáver se trasladase á España, y se colocase en la capilla del Cristo de Olba, que á sus espensas había levantado. Pero este deseo no es tan fácil de cumplir como él creía, y solamente alguna que otra familia, que experimentó su beneficencia recordará con el tiempo su tumba olvidada en tierra estrangera. ¡Veinte años han trascurrido antes que se cumpliera el último voto de Napoleón!

Ligeramente ha sido preciso tocar la parte de la vida de Calomarde que se roza con la política, y era seguramente lo menos desfavorable que se podía hacer. La historia es la que juzga acerca de

esta, al paso que se desentiende de las cualidades personales. Pero muchas veces para juzgar de aquella, es preciso estar al corriente de estas, que difícilmente se hallarán á no ser en una biografía. Esta idea ha dominado en la presente, que á la verdad no es un panegírico.

Por desgracia al partido liberal que se creyó triunfante y feliz al ver la caída de Calomarde, le restaban aun largas calamidades y desengaños. Le faltaba aun atravesar el sangriento período de una revolucion, en la que, como en todas, se habian de desconocer los principios tutelares de las sociedades, y de olvidar toda nocion de lo bueno y lo justo. Le faltaba ver encumbrados á hombres que podia poner en parangon con Calomarde, resultando este superior porque no invocaba al menos el sagrado nombre de la libertad, para ejercer la tiranía. ni estaban en contradiccion sus hechos con sus palabras y principios. Por fortuna de nuestra patria, ni el tiempo de Calomarde puede ya volver, ni pueden tampoco ser de larga duracion los males que la aquejan.







Lit. del Artista

G. Sordani

BONAPARTE .

Personages celebres del Siglo XIX .

BONAPARTE.

(PARTE PRIMERA.)

«Si un día desapareciese la civilización de nuestro viejo continente, quedando poesías, crónicas, medallas y ruinas; si al través de las devastaciones del tiempo, leyese el historiador el mismo nombre inscrito en las piedras del Escorial, en los mármoles del Capitolio, en el granito de las pirámides; si volviese a encontrarlo en los escombros de Secklinbrunn, de Potsdam, del Kremlin lo mismo que bajo la arena de los desiertos; ¿daria crédito á los testimonios que hicieran de aquel nombre el de un solo conquistador, de un mismo potentado, de un Monarca grande entre los legisladores, tanto como entre los guerreros?»

SALVANDY. Diccionario de la conversacion, art. BONAPARTE.

Las palabras que acabamos de copiar del ilustre escritor francés, bastarian por sí solas, á no

ser tan conocido el personaje que vamos á biografiar, para manifestar la gran dificultad de reducir á los estrechos límites de nuestra publicación, la vida de un héroe, enlazada con tan grandes acontecimientos, sirviéndole de teatro casi toda la Europa continental y una gran parte del Oriente, y de sepulcro el solitario peñasco de Santa Elena. Sucesos en que hay que hacer mención de todos los grandes personajes que han figurado en el mundo durante su reinado, y cuya sola enumeración ocuparía todo el espacio de nuestra biografía. Conociendo toda la dificultad de la empresa, y presentando el gran personaje de que vamos á ocuparnos, dos figuras distintas, bosquejaremos primero la vida de BONAPARTE, desde su nacimiento hasta el Imperio, en esta primera parte, y desde que ciñó la corona hasta su muerte en la segunda.

¿Cómo enumerar las innumerables victorias, sus conquistas sin término, unidas á todas las creaciones de las artes, á la restauración de los templos, á las instituciones de los códigos y de una legislación entera del héroe de los tiempos modernos, héroe parecido á los personajes épicos, según la expresión del autor antes citado? Todo es ho:

mérico, todo es fatal; todo prodigioso en su grande vida, para quien contempla su curso desde la isla que fue su cuna, hasta la que fue su sepulcro. Sin embargo aquí lo maravilloso está en lo verdadero: ese extraordinario destino se ha realizado entre nosotros; su carrera fue un drama del cual todos hemos sido actores ó espectadores.

Cuando Juan Jacobo Rouseau, escribía en el *Contrato Social* que tenía un secreto presentimiento de que la isla de Córcega admiraría un día al mundo, nació en ella y en su capital Ajaccio Napoleon, el 15 de Agosto de 1769, siendo sus padres Carlos Bonaparte, vástago de una familia noble de Toscana, y Leticia Ramolino. Aquel año era notable por las primeras señales de los sacudimientos que habían de cambiar el aspecto del mundo: en América la insurrección de Massachusetts; en Europa la confederación de Bar, y el despertar de los griegos á la vista del pabellon de Catalina en el Mediterráneo; en Francia la sublevación de los Parlamentos en el asunto de la Chalotais, la oposición á la Corona de todos los Príncipes de la sangre, y sobre todo la grande humillación de esta en el reinado declarado de la Condesa Dubarri. A los diez años, el joven

Bonaparte no sabia hablar francés. Pasó á la escuela militar de Brienne y desde allí á Paris, y en 1785 fue nombrado Subteniente de artillería. Han insistido muchos en que era un alumno comun; pero sin embargo, se hacia notar por la avaricia con que empleaba el tiempo, asi como por la hábil eleccion de sus ocupaciones. Tenia, es verdad, poca aficion al latin, y en esto se parecia á Carlos XII; pero cultivó con avidez todos los ramos de instruccion que forman el arte militar. La historia era una pasion para él, pues siempre estaba pensando en la *guerra* y en la *política*. Dovoraba á Plutarco, no soltaba de la mano á Arriano, y estudiaba á Polibio. La lectura era su única distraccion, y en vez de correr á jugar como los demas niños en las horas de recreo, se encerraba en la biblioteca, ó en un jardin apartado, pensando en el porvenir, y recordando su primera niñez y su primera patria. Todo indicaba en aquel niño una altivez que no sabia doblegarse á la humillacion. Cuéntase que al acabar sus cursos en 1783, fueron á Brienne el Duque de Orleans y Mme. de Montesson, y que este fue el que colocó en la frente de Napoleon las coronas con que habia sido premiado. ¡Su nieto

le ha levantado una estatua! Napoleón pasó á la Escuela Militar de Paris en Octubre de 1784; y en Agosto de 1785, contando apenas 16 años de edad, fue nombrado Subteniente del regimiento de artillería de Lafere, que estaba de guarnición en Valencia del Delfinado. De corta estatura, pero derecho y esbelto, habia en su porte una mezcla de decision, de atropellamiento y de gravedad, que no permitian ver en él á un hombre vulgar. Su color amarillento, sus mejillas hundidas y su estremada flaqueza, tenian cierto atractivo. Sus discursos hacian olvidar la altanería de su acento, pues siempre se perdona el orgullo cuando se vé que está apoyado en lo que es del hombre, y no en lo que está fuera de él. Su cabeza, demasiado grande para su estatura, corregia este defecto con una ancha y noble frente, un ojo de águila, y una boca que tenia un encanto inexplicable en momentos de benevolencia, y una hermosura terrible en los de cólera. La contradicción causaba en él fácilmente esta especie de hermosura, pero su mirada lo mismo que su sonrisa, eran siempre notables por la movilidad trasparente con que brillaban á su turno el desden, la enemistad, el afecto y el entusiasmo. En 1786 la

academia de Leon á instancias del Abate Raynal propuso la cuestion siguiente: *¿Cuáles son los principios, las instituciones que deben inculcarse á los hombres para hacerles lo mas felices posible?* Presentáronse varias memorias, y una entre ellas llamó la atencion por la enorgia salvaje y oriental á un mismo tiempo de su estilo, y la firmeza y estension de los pensamientos. El autor era un oficial de artilleria que apenas contaba 18 años, Fra. Napoleon Bonaparte. Durante aquellos años de inaccion para él, de trabajo y de descomposicion para la Francia, que trascurrieron hasta que se le dió un papel en el drama de sus tempestades, Napoleon continuó pidiendo á las letras las distracciones y el interés que no podia encontrar ni en el placer, ni en el estudio, ni en el polígono. Quedó bosquejado un viaje á los Alpes en el estilo de Seerne; una historia de Córcega ocupó mas particularmente los ócios de su vida de guarnicion. Esta obra se ha perdido.

Bonaparte que estuvo sucesivamente de guarnicion en Douay, en Flandes, (1787), y en Auxonne, en Borgoña (1788), procuró pasar sus semestres en Paris para frecuentar el trato de

los espíritus elevados, cuyo conocimiento le había proporcionado el Abate Raynal. Desarrollábase entre tanto el espíritu revolucionario en Francia, y entre los varios sucesos de aquella época, en la que Napoleon no tomó una parte activa, llegó á Capitan de artillería, el 6 de Febrero de 1792. Con este grado estuvo en el sitio de Leon en 1793, á las órdenes del General Kellermann. Empleado despues en el sitio de Tolon, fue promovido á Gefe de batallon, y mandó la artillería hasta la toma de la plaza. La actividad, el valor y los conocimientos que había desplegado durante la campaña, le hicieron nombrar Ayudante general Gefe de brigada. Allí tambien manifestó la fecundidad de sus recursos, y tal vez en toda su vida no ha brillado tan entera en parte alguna su superioridad como en aquel primer triunfo. En Mayo de 1794 se dirigió la expedicion sobre Córcega, que había sucedido el yugo francés. Dióse el mando de ella á Bonaparte, pero salieron frustradas sus tentativas para tomar á Ajaccio á los insurgentes, y se vió precisado á volver al ejército que se hallaba sobre el Var. Colocado siempre á la cabeza de la artillería, se distinguió en la toma de Saorgio, en el Condado de Nisa, y fue

recompensado con el grado de General de brigada.

Es una cosa singular, que la caída de Robespierre llevó tras sí la de Bonaparte, y la revolución del 9 Thermidor estuvo á punto de comprometer su nascente fortuna, porque se había pronunciado por el partido de la montaña. Pocos dias antes del 9 Thermidor, el 13 de Julio, Ricort, que había quedado el único representante del pueblo en el ejército de Italia por la marcha precipitada de Robespierre el jóven para Paris, había dado la órden por escrito al General, Comandante de la artillería, de pasar á Génova, para desempeñar una mision militar bajo el aspecto de otra política. En el intévalo, la revolucion que se verificó en el seno de la Convencion, dió lugar al reemplazo de Ricort por Albitte y Salicetti; y bien fuese que estos dos hombres, dispuestos á hacer olvidar sus violencias terroristas, quisiesen arrojarse á las violencias thermidorianas, y entregar victimas á diestro y á siniestro, para sobrenadar, permaneciendo en todos los regimenes felices; ó ya estuviesen impulsados á aquella cobardia por el resentimiento de su ignorancia en el sitio de Tolou, ó ya en fin que la mision

confiada á Bonaparte les fuese desconocida y sospechoso su viage á Génova; el 19 Thermidor decretaron su acusacion, le hicieron arrestar y mandaron que fuese llevado á la comision de Salud-Pública. Junot y Sebastiani sus ayudantes de campo le propusieron librarle, pero se opuso á ello diciendo: «Soy inocente y confio en las leyes.» Contentose con escribir una carta á los dos representantes, llena de admirable sencillez, de nobleza y de valor: «Quieren, decia, que vaya á Paris con un decreto que me declara sospechoso, y es de suponer que los representantes no lo han dado sino á consecuencia de un informe. Cualesquiera que sean las medidas que adopte la comision, no podré quejarme de ella. Si tres hombres declarasen que he cometido un delito, no podria quejarme del jurado que me condenara. ¿Deben los patriotas perder inconsideradamente á un General que no ha sido inútil á la República? ¿Deben los representantes poner al Gobierno en la necesidad de ser injusto ó impolítico? Escuchadme, destruid la opresion que me rodea; una hora despues, si los malos quieren mi vida, ¡la estimo tan poco! ¡la he despreciado tantas veces! Si, la sola idea de que aun puede ser útil á la Patria me hace

soportar su peso.» Bien sea por esta carta ó por el exámen de sus papeles, teniendo los representantes en consideracion *lo útiles que podian ser á la República los conocimientos militares de Bonaparte*, mandaron el 3 Fructidor (20 de Agosto de 1794) que quedase *provisionalmente* en libertad, permaneciendo en el cuartel general.

Quedaba al jóven héroe una libertad provisoria, una situacion precaria, y hizo uso de ella para destruir, en el mes de Setiembre, una marcha amenazadora de los Austriacos sobre la Bormida, y de los Ingleses sobre Vado, donde se refugiaban todos los cruceros enemigos. Envió á la comision de Salud-Pública un plan de invasion en Italia, el mismo que un año despues le habia de hacer reconocer como el primer Capitan de los tiempos modernos. La comision mandó que se hiciese alto, en ódio tal vez al oficial de 25 años que hablaba de conquistar reinos. El ejército victorioso de Italia, condenado al reposo durante todo el otoño y todo el invierno siguiente, vió con los brazos cruzados los triunfos de las legiones del Norte.

Bonaparte entregado á la oscuridad en aquellos

momentos , ni aun allí estuvo exento de peligros. Perseguido poco antes por los terroristas repugnantes de los degüellos, fueo ahora bajo otro título. Destruídos en Marsella por los movimientos populares los fuertes de S. Jaime y San Nicolas, los habia él comprendido en sus planes de defensa del litoral francés , é hizo trabajar en ellos. Los patriotas marseleses se creyeron ó supusieron amenazados; se quejaron á la Asamblea, la cual temerosa del disgusto de los jacobinos, aun cuando se separaba de ellos , mandó comparecer en la barra al General, como sospechoso de moderantismo y de traicion: era un decreto de muerte, pero el grito universal del ejército de Italia paró el golpe, y se salvó. Estas locuras y peligros sin embargo , si bien afectaban su alma altiva, no le hacian doblegar. Hallábase en Tolon, donde debia haber tomado el mando de una expedicion naval destinada contra la Santa Sede, y que no se habia llevado á efecto á causa de los desastres experimentados por la escuadra : un día, un corsario francés entró una presa española, y el pueblo sabiendo que habia en ella una veintena de emigrados, queria asesinarlos, desconociendo á los representantes del pueblo, que ofrecian una

muerte jurídica dentro de 24 horas: Bonaparte se presenta, vé entre los sediciosos á artilleros que él habia mandado, les arenga, les impone, y salva á los representantes amenazados tambien por el populacho; hace desaparecer los franceses prisioneros que se embarcaron en cajones y le debieron la vida. Era esto á los ojos de los gobernantes un nuevo crimen, y sin embargo Bonaparte tuvo la dicha de no verse condenado mas que á abandonar el ejército. Voló á Paris y llegó alli poco despues de las convulsiones del 12 Germinal (20 de Mayo), en las que Pichegrú, que habia ido á defender la Convencion a contra los jacobinos, vió amenazada su vida y concibió tal horror á aquella asquerosa anarquía, que regresó inmediatamente á su ejército para venderlo. Previáanse sin embargo nuevos dias de revuelta y de sangre. La Convencion no contenta con haber depuesto á los decemvros, queria entonces sus cabezas para castigarles de todas las bajezas que les habian impuesto. En nombre de la Constitucion de 1793, (20 de Mayo de 1795), los jacobinos sublevaron los arrabales y los arrojaron sobre las Tullerías. Era la gran crisis de la revolucion francesa: tratabase de saber si [el] 9 Thermidor y los 10 meses

que acababan de transcurrir eran solo un acto engañoso como todos los que habian marcado el movimiento ascendente] de la revolucion , ó si estaban acabadas las destrucciones , agotado el desórden , y adoptada al fin la marcha hácia un Gobierno regular , legal y libre. Triunfó el órden , y como en el 9 Thermidor , la victoria quedó á los poderes constituidos , á las leyes , á la Convencion nacional. Hasta el advenimiento de Robespierre , la fortuna de la guerra habia sido siempre favorable á la insurreccion popular ; desde el reinado de Robespierre , el juicio de Dios será siempre contra ella. Treinta y cinco años debian transcurrir hasta que llegasen los dias en que el pueblo fuese mas fuerte que la autoridad. Para esto , era necesario que la reaccion del órden que principiaba , estuviera á su vez agotada , y agotada por sus propios excesos , hasta tal punto que hubiera reaccion en los espíritus contra la misma reaccion : las cosas humanas estan regidas por una ley misteriosa que condena las naciones , á las causas , á los partidos , culpables de haberse dejado arrastrar por un primer exceso , á soportar el exceso contrario , antes de poder gravitar hácia el término de sus trabajos.

En aquellos tiempos de convulsiones, en que caía el Gobierno revolucionario tras el gobierno constitucional y tras el monárquico, cuando había que crear para la Francia un nuevo y definitivo, hallábase Bonaparte sin posición; sin fortuna, apesadumbrado con la pobreza de sus hermanas y de su madre, y con el corazón afligido de los pesares de que el genio no libra á 25 años á los grandes hombres. El Oriente le ocupaba mucho, y llegó hasta presentar á la comisión de Salud-Pública, un proyecto para la restauración de la Milicia en el Imperio turco, que él se encargaba de realizar con algunos oficiales enviados por el Gobierno á la Puerta. Pasaba sus días en doloroso ocio con sus edecanes fieles, su discípulo Bourrienne, su antiguo maestro de matemáticas Patraut, su tío el Abate Fesch y una familia corza. Iba algunas veces al teatro, pero la alegría de los demás oscurecía la suya: gustaba de los parages solitarios, y al saber que su hermano José acababa de casarse con Madame Clary, hija de un comerciante rico y apreciado de Marsella, envidiaba su felicidad. Tal era la existencia vacía y atormentada de Napoleou; triste y curioso espectáculo el de aquel genio cautivo,

y que puede hacer comprender lo que sufrieron el Taso ignorado, Galileo encadenado, el Dante proscrito, Camoens errante, Cristobal Colon desarmado, y cuantos poetas ven ante sí mundos que la fatalidad les impide alcanzar!

Los desastres del ejército de Italia le sacaron por un momento de sus meditaciones. Aunque en un puesto secundario, habia Bonaparte brillado tanto en aquel teatro, que á pesar de estar destituido, acudió á él la Comision de Salud Pública para conocer los medios de hacer frente á aquellos contratiempos: redactó las instrucciones que se enviaron á Kellermann, y en recompensa de aquel servicio fue agregado al depósito de la guerra. Asi permaneció separado de los acontecimientos, hasta que uno grande le arrojó á la escena del mundo. La Convencion desde el 1.^o Prairial, es decir, desde cuatro meses, no tenia mas política para atraerse la opinion pública que la de ir destruyendo mas y mas todas las medidas que ella habia sancionado. Los decretos de Fructidor sublevaron á Paris, y las secciones que pocos meses antes habian defendido la Convencion contra los revolucionarios, se armaron contra la Convencion. Los realistas, y gran núme-

ro de emigrados se habian alistado en las filas de la Guardia Nacional y marchaban á su frente; el 12 Vendimiario á las siete de la noche, el General Menou, Comandante en Gefe del ejército del interior tuvo que ceder á los sublevados, y aquella noticia puso en alarma á la Convencion. Buscaba á un General que se atreviese á salvar con la Asamblea, la revolucion comprometida. Hablábase de Barrás, y entre otros nombres pronunciados por algunos representantes que se acordaban de Tolon, y tal vez por el mismo Barrás, hirió el oido el de un jóven palido, flaco, mal vestido, que escuchaba con atencion los debates desde una tribuna: era Bonaparte. Despues de mucho reflexionar, se presentó sin ser llamado á las comisiones reunidas; allí contó lo que habia visto, habló de los recursos que quedaban, del modo de emplearlos, y acabó dictando la ley. Fijó sus condiciones para salvar la Asamblea, siendo una de ellas que no estaria bajo las órdenes de sus comisarios; pues aquel yugo imbécil habia pesaño demasiado sobre él para que quisiera volverlo á soportar. La Convencion para conciliar ambos estremos decidió que Barrás fuese el Comandante en Gefe de la fuerza armada, teniendo por segundo

á Bonaparte, bajo la promesa de entregar el mando de hecho y sin restriccion, á su hábil segundo. Era la una de la mañana. Al amanecer veíase 40,000 Guardias Nacionales organizados y aguerridos. Bonaparte se informa de los medios de defensa de la Convencion, reducidos á unos 8,000 hombres de todas armas. Al momento envia á Murat, Gefe de escuadron entonces, con 300 caballos á los *Sablons* donde habia 40 piezas de artillería, con órden de llevarlas inmediatamente al jardin de las Tullerías. Todo el dia pasó la Guardia Nacional encerrando la Convencion en las Tullerías y el Louvre, sin atacar; Bonaparte, adoptadas todas sus medidas, esperaba el ataque. Verificóse este al fin, y á las dos horas habia cedido en todos los puntos, destruyéndose durante la noche á cañonazos las barricadas que se habian construido. Al dia siguiente se desarmaron las secciones mas comprometidas. La Convencion habia vencido, y cuando Bonaparte se presentó á ella fue aclamado el salvador de la Asamblea, de la República y de la revolucion. Nombrado General de division en 16 de Octubre, se le confirió poco despues el mando en Gefe del ejército del interior, encargo el mas superior que habia en el Estado.

El 3 Brumario año IV (26 de Octubre de 1795), principiaron su carrera la Constitucion del año III y el régimen directorial. Bonaparte, con su conducta, se habia grangeado del público una opinion muy diversa de la que tenian los gobernantes de aquella época. En la espantosa carestia del invierno de 1796, viósele hacer distribuir alimentos á los pobres con una solicitud agena de un soldado. Habia pensado unirse con una señora corza de poca fortuna, pero el destino le deparaba otros lazos. Mientras el 14 Vendimiario desarmaba las secciones, se le presentó un jóven de 14 años, reclamando la espada de su padre que le habia sido arrebatada; su padre era uno de aquellos generales del antiguo régimen, que en 1792 dieron la victoria á la revolucion, y á quienes la revolucion devoró en los cadalsos en 1793. Bonaparte devolvió la espada con tanta generosidad y delicadeza, que obligó á la viuda á irle á dar las gracias al dia siguiente; era una creolla á quien una vieja negra, ducha en decir la buena-ventura, habia pronosticado muchas veces una corona. Maria Josefina de Tascher, Vizcondesa de Beauharnais, de mas edad que el General Bonaparte, reunia

á la hermosura cuantos eucantos dan el alma y el corazón. Bonaparte la amó, y se casaron el 9 de Marzo de 1796, poniendo en comun mas esperanzas que bienes presentes.

Consultado Bonaparte por el Directorio sobre la campaña de Italia, creyó que era posible vencer, y trazó los medios de penetrar en el corazón del Milanesado. Carnot conocia y admiraba su plan de campaña de 1795. Desde entonces habia pedido la conquista de la Italia, pero como era sospechoso se le habia negado. Despues del 13 Vendimiario, se entregó la Italia al solo hombre que entreveia victorias por aquel lado; esta es toda la intriga y todo el fenómeno.

En aquel teatro iba á desenvolver las grandes concepciones, que hasta entonces solo habia dejado entrever, y á igualar en menos de un año, las reputaciones militares mas elevadas, antiguas y modernas; y lo que es singular, al mismo tiempo, otro capitán ilustre se presentaba en la palestra. (*) Con fuerzas inferiores ganó sucesivamente las batallas de Montenotte, Mi-

(*) Véase la Biografía del Archiduque Carlos.

lesimo, Mondovì, en los días 12, 15 y 22 de Abril de 1796; forzó el paso del puente de Lodi el 10 de Mayo, entró en Milán el 17, triunfó en Castiglione el 5 de Agosto, en Arcole el 17 de Noviembre, despues de tres días de combate, en Rivoli, y bajo los muros de Mántua el 14 y 15 de Enero de 1797, sobre las márgenes del Tagliamento el 16 de Marzo; firmó los preliminares de la paz con el Austria en Leoben el 18 de Abril, y concluyó el tratado definitivo en Campo-Formio el 17 de Octubre.

Bonaparte, en el curso tan rápido de sus triunfos, manifestó que su genio y sus miras no se limitaban á la direccion de las tropas sobre el campo de batalla: organizó y administró los países conquistados, concluyó armisticios y firmó tratados. Su nombre tenia un brillo en Europa que debia alarmar al Directorio ejecutivo; amenazado aquel cuerpo por el partido anti-revolucionario, conoció la necesidad de ganarse el apoyo del vencedor de Italia, por medio de una condescendencia calculada en la preponderancia que este podia dar á la mayoría de los dos Consejos que formaban la oposicion. Asi fue que el golpe de Estado del 18 Fructidor '3 de

Setiembre de 1797) fue dado por el Directorio, de acuerdo con Bonaparte, quien para llevar á cabo la parte militar, destacó al General Augereau del ejército de Italia bajo el pretexto de enviar unas banderas. Cuando la paz de Campo-Formio, el Directorio nombró á Bonaparte General en Jefe del ejército del Occéano, destinado á obrar contra la Inglaterra, y le dió orden de ir antes al Congreso de Rastadt para presidir la legacion francesa. El 5 de Diciembre de 1797, regresó Bonaparte á París despues de veinte meses de ausencia. El entusiasmo público le recibió con trasportes desconocidos entre los antiguos para con los triunfadores, desconocidos entre los modernos para con las testas coronadas. La ciudad de París dió á la calle Clantereine; que habitaba, el nombre de calle de la Victoria. El Instituto le llamó á su seno: el Directorio le recibió con magnífica pompa, en medio del patio del Luxemburgo, con el tratado de Campo-Formio en la mano. Allí Barrás, exclamaba en nombre del Directorio: «Que la naturaleza, avara de sus prodigios, solo de tarde en tarde dá á la tierra grandes hombres; que él el primero de todos ha roto el yugo de

los paralelos, y que con el mismo brazo con que ha destruido á los enemigos de la República, ha separado los rivales que le presentaba la antigüedad.» ¡La adulacion le hacia ya Príncipe! Despues de dos meses de permanencia en la capital, visitó las costas del Occéano y regresó á ella, causando nuevos embarazos al Directorio su presencia y sus pretensiones. A aquella posicion del Directorio y del General se debió la expedicion de Egipto. Bonaparte habia concebido el proyecto con la lectura de una Memoria depositada en tiempo de Luis IV en el Ministerio de negocios estrangeros, y cuya tendencia era formar en aquel pais de Africa una Colonia destinada á servir de depósito al comercio de la India. Habia conferenciado sobre aquel proyecto con Talleyrand, Ministro entonces de relaciones exteriores. El Directorio adoptó el plan de la expedicion y se reunieron los medios para egecutarla. Bonaparte salió de París el 3 de Mayo de 1798, llegó á Tolon el 9, y allí encontró reunidas las tropas destinadas al embarque, los transportes necesarios y las fuerzas marítimas que debian proteger el convoy. Embarcado el ejército, dieron la vela los transportes

y la escuadra el 19, y llegaron delante de Malta el 9 de Junio. La ciudad fue ocupada el 13 en virtud de un convenio, y se organizó un gobierno de la Isla en lugar del de los Caballeros de la orden de S. Juan. En 1.^o de Julio, á los trece dias de haber salido de Malta, se presentó la expedicion en las costas de Egipto. En la noche del 1 al 2 desembarcó el ejército y se apoderó por la mañana de la ciudad y puerto de Alejandria. A los tres dias marchó sobre el Cairo, capital del Egipto, batió por primera vez á los mamelucos en Chebreiss, y los derrotó completamente el 23 de Julio entre Embabeh y Giseh, sobre la orilla izquierda del Nilo, á la vista de las Pirámides. Atravesóse el Nilo el dia siguiente, y Bonaparte hizo su entrada en el Cairo el 25.

Imposible seria dar aqui los detalles de aquella expedicion: baste saber que despues de haber conquistado el Egipto hasta las Cataratas, por sí mismo ó por sus Generales, Bonaparte salió mal de su empresa en Siria contra S. Juan de Acre, residencia del famoso Bajá, Ahmed-Djezar; y que aquel contratiempo no fue compensado por el triunfo obtenido sobre el ejército del Bajá



de Damasco, al pie del monte Thabor. Precisado á regresar á Egipto por las pérdidas que la peste y los diversos combates habian causado en su ejército, el vencedor de los mamelucos, lo fue tambien de las tropas del Sultan de Constantinopla en la batalla de Aboukir, el 15 de Julio de 1799. Un mes despues, el 22 de Agosto, dejando Bonaparte el mando al general Kleber, se embarcó en Alejandria para regresar á Francia, bien fuese llamado por las noticias de los progresos de la coalicion europea, ó bien por insinuaciones que se le hubiesen hecho antes de la espedicion, para colocarle al frente de un complot contra el Directorio. Desembarcó en Frejus el 9 de Octubre, y por una estraña escepcion no sufrió la cuarentena prescrita por las leyes sanitarias; anuncióle el telégrafo y el 16 de Octubre llegó á París.

El Consulado es la era de la restauracion social de la Francia: el complot de que acabamos de hablar se urdió ó enlazó de nuevo: el Directorio sucumbió el 18 Brumario año VIII (9 de Diciembre), no sin viva oposicion por parte del Consejo de los Quinientos, y Bonaparte fue nombrado el primero de los tres Cón-

sules que se instituyeron en reemplazo del Directorio. Desde entonces todo tomó un nuevo aspecto en Francia; á un régimen opresivo, sucedió otro de moderacion. Por desgracia, aquella reaccion, que llevaba tras sí una Constitucion, objeto de tautas esperanzas cinco años antes, se llevó del mismo golpe otro establecimiento, objeto de universal amor en 1789. El sistema representativo, separándose de la Monarquía se habia perdido. Su alianza con la República le hizo responsable á los ojos de los pueblós, de todas las desgracias que llevaba en pos de sí la falta de un poder supremo y tutelar. Asi fue que la Francia respiró al ver cerrarse las asambleas legislativas, que durante diez años habian sido la mansion de las tempestades. Y admírase una prueba del cansancio de los principios constitucionales: Bonaparte en todas sus proclamas, justificó la dispersion de los Consejos, diciendo *que estaban divididos*, como sino estuviera en la esencia de los cuerpos representativos el estar en efecto divididos, el poner frente á frente todas las opiniones, para que salga de él discusion, la justicia, y de esta la tranquilidad: ¡admirable sistema que hermaua de este modo

las disensiones civiles con el público reposo, la igualdad con el orden, la Monarquía con la libertad! Pero entonces Bonaparte tenia razon. Las asambleas que pretendian gobernar, estaban condenadas á la concordia. La Convencion lo consiguió poniendo en hileras en sus propios bancos las cabezas de los disidentes. El régimen directorial quiso contentarse con procripciones, pero sin fruto. La Tribuna sola no puede reinar; necesita un punto de apoyo, y á falta del Trono, los cadalsos: alejándose estos cayó. La representacion nacional por haber abusado hasta la furia y el delirio de sus derechos, fue á sufrir, vergonzosa y abandonada, en SaintCloud el contra golpe de la sesion del Juego de pelota. Todos los poderes perecen por sus excesos y Dios no ha esceptuado de esta gran ley á la libertad.

Bonaparte decia en sus instrucciones: «Sin el orden, la administracion no es mas que una eleccion sin justicia, y no hay mas que partidos, opresores y víctimas. La moderacion imprime un caracter augusto asi á los gobiernos como á las naciones. Es compañera siempre de la fuerza y de la duracion de las iustituciones sociales; en ella estriban la estabilidad de los Gobiernos y la

grandeza de las Naciones.» A su regreso á Paris dictó al Ministro de Policía una proclama notable, en que se manifestaba la política del orden y de la gloria, en vez de la de los intereses y del entusiasmo que se invocaron hasta entonces. (*) Llamó á sí, cualquiera que fuese el partido á que hubiesen pertenecido, á cuantos hubiesen aprendido algo de las lecciones del tiempo, y eran capaces de renunciar á la victoria para disfrutar la tranquilidad. De este modo no dejaba en pos de sí, como miserables restos, mas que á los incorregibles de las fracciones extremas; enlazaba á su suerte á la Nación entera, y con tan medidos pasos conducía de la revolucion al orden, á la Francia agitada, sin que la muchedumbre de los republicanos advirtiera que los conducía á la monarquía, ni la de los realistas que les arrancaba á la legitimidad.

Todas las partes que constituyen el servicio público, sintieron su mano poderosa: fundó el Banco de Francia, creó la Caja de Amortizacion,

(*) Véase para mayores detalles sobre este periodo, el interesante artículo escrito por Mr. Salvandy en el Diccionario de la conversacion.

organizó el sistema de las obligaciones de los receptores generales; abriéronse los puertos de Francia á las potencias neutrales; las tropas fueron reorganizadas y atendidas; constituyó definitivamente la Escuela Politécnica; destruyó la ley de los rehenes; volvió las iglesias á la religion; y 20,000 ancianos, levitas sin altares, se encaminaron desde la tierra del destierro para irse á sentar y orar en el hogar de la patria. Renacieron las antiguas y elegantes costumbres de la sociedad; y al mismo tiempo que mandaba hacer pomposos funerales á los restos de Pio VI, muerto cautivo en Valencia, erigia una estatua á S. Vicente de Paul. Todos estos actos, tan estraños entonces, contribuian mas que victorias á la pacificacion interior de la Francia. Dió un poderoso impulso á los trabajos preparatorios del Código civil, y con sus discursos durante la discusion, admiró á los asistentes.

La revolucion de Brumario habia anunciado un nuevo Código político á los franceses: era último refugio de los designios orgullosos de Sieyes y de sus ambiciosas esperanzas; pero Bonaparte conociendo toda la irregularidad de aquel edificio, procuró destruirle, y en el interior de

un consejo privado se elaboró la Constitución del año VIII, que declaró que el primer Cónsul era Napoleón Bonaparte. Abriéronse registros en todas las municipalidades á fin de que los ciudadanos aprobasen aquella Constitución, resultando entre 3.012,560 votos; solo 1,500 á 1,600 negativos. Antes de hacerse el escrutinio, instaló el 24 de Diciembre á los otros Cónsules Cambaceres y Lebrun, constituyó el Senado, le hizo elegir el Tribunado y el cuerpo legislativo, y organizó por último el Consejo de Estado. Así pues habia principiado el Imperio; desde los primeros días de su poder, él solo firmaba los actos oficiales, y solo con él despachaban los ministros de modo que los otros Cónsules quedaban oscurecidos. Desde su llegada á Luxemburgo, restableció los usos, los procederes del vocabulario de la antigua sociedad francesa. Mma. Bonaparte fue el centro de la nueva sociedad; establecieronse las paradas en que el primer Cónsul, General Bonaparte, se mostraba al pueblo y al ejército con todo el brillo de su sencillez y de su gloria.

El 30 Pluvioso año VIII (19 de Febrero 1800) Bonaparte se dirigió al palacio de los Reyes bajo

el pretesto de instalar en él el Gobierno, y subió con un aire de indiferencia los escalones que Luis XVI había bajado por la última vez ocho años antes. Tomó para sí la Cámara de Luis XVI y el Gabinete de Luis XIV, instaló á Josefina en las habitaciones de la Reina, y envió al cuerpo diplomático y á todos los cuerpos del Estado, á felicitar á aquella nueva Soberana; diciendo á su Secretario Bourrienne que le daba el parabien por verle en aquel sitio: «No basta estar en él, es preciso permanecer.» Desde aquel dia todas sus miradas se dirigieron al exterior; lo que queria conquistar, era la paz; pues si la victoria le habia hecho Dictador, solo la paz podia hacerle Rey.

El fuego de la guerra civil se habia encendido de nuevo en la Vendée. El tratado de Campo-Formio habia sido violado, y los ejércitos de Italia estaban en el mayor desorden. La Inglaterra era el alma de la coaliccion, y Bonaparte dejando á un lado las formas diplomáticas, escribió al Rey de la Gran Bretaña proponiéndole la paz; la denegacion injuriosa hecha por el Ministro Pitt, contribuyó á hacer popular la guerra. Bonaparte se dirigió entonces con 80,000 hombres

sobre Italia, pasó los Alpes, los montes de San Bernardo, Simplon y San Gotardo, atravesó el Tesiuo, entró en Milan el 4 de Junio, pasó el Póo, y destruyó los enemigos apoderándose de sus almacenes y artillería. Bonaparte dió una batalla general y decisiva al General Melás en las llanuras de Montebello, haciéndole 6,000 prisioneros. Repuestos los austriacos volvieron á la carga, pero fueron rechazados por todas partes, y la batalla de Marengo fue una de las jornadas mas célebres en los fastos franceses. Siguióse á aquella victoria una suspension de armas; Bonaparte regresó á Milan para reorganizar la república Cisalpina, y desde allí á París pasando por Lion. Por último, los triunfos del General Moreau en Alemania, dieron lugar á la paz de Luneville.

El 8 de Mayo de 1802, el Senado reeligió á Bonaparte primer Cónsul por diez años, ademas de los otros diez por los cuales le confería este cargo el artículo 59 de la Constitucion. A los pocos dias decretó el Senado que se consultase al pueblo: «si Napoleon Bonaparte seria Cónsul vitalicio», y el 14 de Thermidor, declaró el Senado que de 3.577,259 ciudadanos que habian

votado , había reunido Bonaparte 3.568,185 votos á su favor, y que en consecuencia era declarado primer Cónsul vitalicio. Así se consagró en la nueva Constitución del año X.

Fue reconocido después mediador de la Confederación suiza ; por un decreto del 1.º Brumario año XI declaró propiedad inherente de la República francesa á los estados de Parma y de Guastalla ; el resto del año lo pasó recorriendo los Departamentos.

Roto el tratado de Amiens , volvió á empezar la guerra con la Inglaterra por la invasión del Hannover.

Por aquel tiempo estallaron varias conspiraciones contra el primer Cónsul , siendo la mas notable la de la máquina infernal de que se salvó milagrosamente. Jorge Cadoudal y sus co acusados perecieron casi todos en el patíbulo , y el General Moreau fue desterrado , y se retiró á los Estados-Unidos.

Restanos hablar de un hecho que será siempre sin duda un eterno borron en la vida de Bonaparte. Hablamos del asesinato del Duque de Enghien arrebatado de su residencia de Etteuheim , llevado á la ciudadela de Strasburgo , y

desde allí á Vincennes y el 21 de Marzo juzgado condenado y ajusticiado en menos de tres horas. Se ha dicho que sus subalternos se habian escedido; y que él mismo se sorprendió de aquella muerte tan pronta. La Francia quedó consternada; y Bonaparte acababa de desmentir su obra de cuatro años. Bonaparte aprovechó aquel momento para consumarla. El 27 de Marzo presentó al Senado un cuadro de todos los peligros del pais por la guerra, los complots y las intrigas del extranjero, y el Senado contestó al momento que no habia mas puerto de salvacion que la monarquía hereditaria. El 30 de Abril deliberó el Tribunado sobre la necesidad de elevar al Imperio á Bonaparte y á sus herederos. Solo Carnot opuso su veto; y el 18 de Mayo se proclamó el Imperio, presentándose Napoleon al dia siguiente con su cortejo de Condestables, Mariscales y Grandes Dignatarios. El pueblo y el ejército aplaudieron aquel espectáculo. Era un gran golpe de atrevimiento: enemiga la Inglaterra, amenazadora la Europa, Moreau pronto á comparecer ante un tribunal, y el Duque de Enghien asesinado la víspera; qué momento para subir el último escalon y sentarse en el trono!



Lo que irrita el lugar que debe ocupar en el mundo Napoleón, no es que haya reinado, sino que empezase á reinar el día que lo hizo. La Francia no vio mas que una cosa; la monarquía; un hombre, Napoleón; un principio, el orden; una esperanza, el reposo con el poder. Creyó que la revolución habia acabado; y se engañaba. Además de la monarquía, necesitaba la libertad, y el trono imperial no podia dársela; dióla sí; sin embargo, seguridad, confianza y gloria.

Hemos visto al jóven Bonaparte, entusiasta y reflexivo, dotado de todas las fuerzas del estudio y del génio, poner su espada al servicio de la revolución contra el extranjero, y asegurar el 18 Vendimiario, por una grande resolución civil, su fortuna que habia principiado por un grande hecho de armas en el sitio de Tolon. Despues hemos visto al General Bonaparte; á la edad de 27 años, Comandante en Jefe del ejército de Italia, admirar al mundo así por sus creencias como por sus victorias, tranquilizar á la Europa, mas que por sus tratados por sus máximas; é instruir atrevidamente la revolución con sus actos y su lenguaje, en el culto de los recuerdos, en el respeto de las creencias, y en

el amor á las artes. Hemos visto en fin, al primer Cónsul Bonaparte proclamar como programa del 18 Brumario, *la restauracion del orden social*, y cumplirlo con una admirable mezcla de audacia y de prudencia. Disciplinando la revolucion, la sometió á ver restablecido el orden en la familia, en la sociedad, en el Estado. Todos los partidos fueron destruidos, amalgamados y reconciliados. Un poder grande y fuerte, fuerte con todo el prestigio de la victoria, y ostentando como un trofeo mas glorioso que la misma victoria, despues de doce años de una guerra furiosa y universal, la paz universal y gloriosa, aquel poder se habia hecho el punto de apoyo de todos los intereses y de todas las opiniones. Imparcial y tutelar, habia dado el primero de todos los bienes, la seguridad. Instituciones administrativas admirables, el restablecimiento de la religion, sábias leyes civiles, formaban con la constitucion militar mas poderosa de Europa, un sistema político que no habia podido establecerse, ni podia perpetuarse sino con el Gobierno de uno solo. Todos lo conocian, y el Gobierno de uno solo estaba ya de hecho establecido y apreciado por los franceses, cuando el

primer Cónsul creyó llegado el momento de confesar el Imperio y de inaugurarlo. En la parte siguiente examinaremos, no ya á Bonaparte; sino á Napoleon Emperador, y el gran drama del Imperio.

FIN DE LA PRIMERA PARTE







NAPOLÉON.

Personages célebres du Siècle XIX.

NAPOLEON.

(PARTE SEGUNDA.)

«Lo que pereció entre sus manos, no pereció solo por su hecho, sino tambien por el hecho de su destino. Componiase este de problemas verosimilmente insolubles. Asi pues puede decirse con certeza, que cayó por desconocer la justicia; no podria añadirse, que con ella se hubiese sostenido.

SALVANDY. Diccionario de la conversacion.

Hemos visto antes, que el 18 de Mayo de 1804, pocos dias despues de la muerte del Duque de Enghien, cuando Pichegru acababa de morir en una prision, y Moreau estaba aun en ella, llevó el Senado á Napoleon al palacio de Saint-Cloud el Senado-Consulta que variaba la Constitucion del

Estado y le confería la dignidad imperial hereditaria. La Francia sancionó con su voto aquel cambio, verificado sin contradictores; el clero lo celebró en el santuario, y los magistrados esclamaron: «*Dios crió á Bonaparte y descansó.*» Solo dos protestas hubo, la de Carnot en el Tribunado en nombre de la revolucion, y la de Luis XVIII, desde Varsovia, en nombre de los derechos de su raza y del principio de la legitimidad. Napoleon las desdeñó, y hasta hizo insertar en el Monitor el acta del hermano de Luis XVI.

Los primeros actos del Emperador fueron extraordinarios. Reorganizó las escuelas Politécnica, de Puentes y calzadas, y de Derecho; instituyó un ministerio de negocios eclesiásticos; dió al código civil que acababa de promulgar, y que es uno de sus títulos de gloria para la posteridad, el nombre de Código-Napoleon. Al mismo tiempo, inauguró la institucion de la legion de honor. En seguida, fue á recibir las aclamaciones de sus ejércitos de Boloña, á hacer maniobrar sus flotillas, inspeccionar los grandes trabajos de las plazas de la Bélgica, dispartar en Aix-La-Chapelle los recuerdos de Carlo-Magno, recoger

en Maguncia los homenajes de los Príncipes del Imperio que le habían salido al encuentro, y regresó á Paris para recibir de manos del Cefe de la cristiandad, el óleo santo que Carlo-Magno había ido á buscar á la capital del Mundo cristiano. Fue un espectáculo singular y que daba á conocer el Imperio de las antiguas costumbres, el poder de Bonaparte y de la reaccion, el ver á la Francia conmovirse y arrodillarse en presencia de aquel anciano, que iba á ejercer en el seno de la nueva sociedad y á imponerle una autoridad que el siglo XVIII creía haber destruido con el sofisma, y ahogado en la saugre. Pio VII y Napoleon, eran dos conquistadores que tomaban ambos posesion del Imperio. En Paris y en todas partes, el Papa atraia á la muchedumbre á los templos al ir á consagrarlos. La profanacion había sido grande, grande era la reparacion.

El 2 de Diciembre de 1804, verificóse en la Iglesia de Ntra. Señora de Paris el acto solénnine de la consagracion. Napoleon tomó la corona bendita de manos del Sóberano Pontífice, para colocarla sobre sus sienes y sobre las de Josefina, manifestando asi que la recibia no del sacerdote, sino de Dios y de su espada, y satisfaciendo de

este modo las modestas exigencias del liberalismo de entonces. La mitad de la Europa se negó á reconocer aquella nueva corona , y la otra reconociéndola , conspiró. Pitt había vuelto á tomar *las riendas del Gobierno*, y su primer acto fue unir la Suecia á la alianza de la Inglaterra. El Emperador Alejandro se preparaba á hostilidades abiertas , arrastrando en pos de sí á la Puerta Otomana. La Dieta de Ratisbona estaba bajo la misma influencia , y ya el Austria movía sus ejércitos. Solo la España había seguido la causa del Imperio francés, y reunido sus flotas á las de aquella nacion.

El año de 1805 , la guerra se hacia sentir en todas las costas y sobre todos los mares. La Inglaterra bloqueaba los puertos de Francia , España é Italia , y la Rusia ostentaba sus escuadras en el Báltico , en la Mancha y el Mediterráneo. Napoleon sin embargo ocupaba con sus ejércitos todo el Occidente , estendiéndose los unos desde el Rin al Hannover , y los otros desde la República Cisalpina hasta el reino de Nápoles : suscitaba á la Persia contra la Rusia , y á la India contra la Inglaterra. La marina francesa jamás fue tan poderosa , y si Villeneuve sufría un primer de-

sastre (*), Linois, Verhuel y otros marinos ilustraban el pabellon tricolor, con brillantes hechos de armas.

En medio de esta general conflagracion, Napoleon seguia trasformando los estados. La República de Liguria, la antigua Génova, era incorporada al Imperio; Parma y Plasencia tuvieron igual suerte, y la República italiana fue erigida en reino (28 de Marzo de 1805). Napoleon corrió á Milan con su esposa á ceñirse la vieja corona de hierro, y unió á su título de Emperador el de Rey. Dió á su hijo político, Eugenio de Beauharnais el Virreinato de Italia; y á sus hermanas Elisa y Paulina, los principados de Piombino, de Luca y de Guastalla.

La tercera coalicion fué la respuesta del continente á aquellas estrepitosas subversiones del *statu quo*. Firmóse en San Petersburgo el 11 de Abril de 1805, y el Austria accedió á ella dos meses despues. Napoleon de vuelta á las Tullerías y desde alli al campo de Boloña, se ocupaba de sus preparativos de desembarco en Inglaterra,

(*) Véase la Biografía de Gravina.

cuando supo á un tiempo que una falsa manobra del Almirante Villeneuve había frustrado todos sus planes , y que el Austria, quitándose la máscara, movía sus ejércitos. El Archiduque Fernando al frente de 90,000 hombres, el Archiduque Juan de 40,000 y el Archiduque Carlos (*), marchaban sobre el Inn, el Loch y Adigo; la Baviera estaba ya invadida. Napoleon^o levantó el campo de Bolonia y transportó el ejército á marchas forzadas sobre el Rin y el Pó, el Adigo y el Danubio. El 27 de Setiembre se hallaba en Strasburgo, y el 15 de Noviembre Viena le abría sus puertas, despues de haber destruido y humillado al enemigo en Ulm. En aquel momento los ejércitos rusos aparecian en la Moravia con el Emperador Alejandro á su cabeza; y la Prusia justificando su resolución con la violación de su territorio, reunia sus numerosas fuerzas á las de los dos Emperadores. Napoleon se adelantó á ellas, y el 2 de Diciembre, aniversario de su coronamiento, destruyó en las llanuras de Austerlitz el lazo que unia á los Monarcas coaligados. La Monarquía austriaca, enteramente conquista

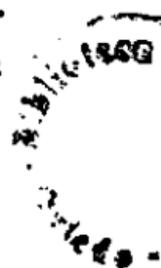
(*) Véase su biografía.

da , quedó sometida por aquel terrible golpe á la mano del vencedor. El Emperador Francisco II , se presentó en el campamento de Napoleon , y la vieja soberanía se inclinó ante el soldado coronado. El Emperador de Austria , merced á la generosidad del vencedor , se apresuró á regresar á sus estados. La Prusia desarmó , entregando en cambio del Electorado de Hannover , de que se despojaba la Inglaterra , los Principados de Berg y de Cleves para Murat , y el de Neuchatel para Berthier. Los soldados de la revolucion hechos Mariscales del Imperio , ascendian á Principes y Soberanos , para pasar luego á ser Reyes.

Asi acabó la campaña de setenta dias , una de las mas gloriosas para el ejército francés. Firmóse la paz en Presburgo , y en memoria de aquel suceso , Napoleon ofreció á sus tropas reunir las en Paris para celebrar las fiestas que debia darles el 1.^o de Mayo. Desde Viena habia anunciado Napoleon á su ejército de Italia la próxima invasion del Reino de Nápoles , y su hermano José , encargado de aquella expedicion obtuvo la corona de aquel reino ; en el mes de Junio de 1806 , Luis , otro hermano del Emperador , fue colocado sobre el trono de Holanda.

El 25 de Setiembre de 1806, se firmó la cuarta coalición entre todas las Potencias del Norte, y la Prusia lanzó al gabinete de las Tullerías la intimación, verdaderamente insensata, de retirar las tropas francesas del lado allá del Rin; antes del 8 de Octubre inmediato. Apenas pueden creerse semejantes locuras, y nada prueba mejor cómo se fascinan los Gobiernos absolutos. La embriaguez de la juventud alemana se había apoderado de la corte de Potsdam. Una Reina joven y hermosa que recorría á caballo los cuarteles al lado de Federico Guillermo, al ver el entusiasmo que excitaba, creyó que su ejército lo podía todo, porque todo lo podía ella sobre aquella juventud numerosa y valiente. Napoleon al recibir tan extraño cartel, se levantó diciendo: «Nos dan una cita de honor para el 8 de Octubre; y como hay una Reina hermosa que quiere presenciar los combates, seamos corteses, marchemos sin descansar á Sajonia.» En efecto, el 28 de Setiembre, Napoleon había pasado el Rin, y el 8 de Octubre, día señalado, maniobraba sobre el Saale. Los prusianos se admiraron de ver delante de sí á Napoleon y á su ejército dividido en ocho cuerpos, mandados por todos los héroes de la

Miliada imperial, Bernadotte, Lannes, Davoust, Ney, Soult, Augereau, Lefebvre, Mortier, y el gran Duque de Berg. Los contingentes de los Reyes y Principes de la Confederacion del Rin, los de la Holanda, de la Suiza y de Italia, estaban unidos á los soldados de ciento veinte departamentos que contaba el Imperio, y animados del mismo ardor. El 9 vieron al enemigo y lo rechazaron; el 10 lo batieron de nuevo, y el 14 la Monarquía prusiana quedó destruida en Jena. La Campaña de Austria habia terminado por un rayo, y un rayo principiaba esta. Cada dia se apoderaba el ejército imperial de alguna plaza, y ya estaban en su poder Stettin, Spandau y Custring, cuando Napoleon llegó á Potsdam para inclinarse ante el sepulcro del gran Federico, y hacer su entrada triunfal en Berlin. El Austria habia costado á Napoleon una campaña de sesenta dias, y empleó catorce en destruir la Monarquía del gran Federico. Los ejércitos rusos se adelantaban para combatir con los prusianos sobre el Saale, y encontraron las columnas francesas sobre el Vístula. La Polonia se agitó al acercarse las banderas amigas, y cuando los franceses entraron en Varsovia (el 28 de Noviembre), toda



aquella Nación exaló un grito de alegría, y tuvo un sueño de libertad. Napoleón, antes de dejar á Berlin, habia dado el famoso decreto del bloqueo continental; y desde Posen firmó el decreto, haciendo de la Iglesia de la Magdalena el templo de la gloria. Pasó el invierno en Varsovia, á quinientas leguas de su capital, y desde allí reinaba sobre todo el continente. Desde allí tambien reunió en Paris un Sanhedrin que reformó el estado civil de los israelitas, reglamentó el clero protestante, autorizó las comunidades católicas, estendió su mano sobre la Península española; derribó y humilló á sus pies á Godoy, confundido con un manifiesto dado por él el dia antes de la batalla de Jena, y retractado al siguiente. Napoleón se contentaba con que la España le diera su ejército, y se lo dió en efecto.

Sin embargo, la guerra se reanimaba en su verdadero teatro, y el grande ejército tenia que combatir ahora á los rusos, en su pais, bajo su cielo, y en medio de su helada atmósfera. El 29 de Febrero alcanzó la famosa victoria de Eylau, el 1.º de Marzo la de Elving, y el 14 de Junio, aniversario de la de Marengo, la de Friedland. Esta última terminó la campaña; y

en Tilsitt, en medio del Niemen, sobre un barco, se presentaron el Emperador de Rusia y el Rey de Prusia ante el soldado coronado que les habia vencido, y que dos años antes habia recibido al Emperador de Alemania en la misma actitud en su campamento de Austerlitz. Napoleon señalaba casi siempre el fin de una campaña con la abolicion de alguna de las instituciones liberales que no se habia atrevido á destruir á su advenimiento al Imperio. Asi fue que suprimió el Tribunado el 19 de Agosto de 1807; el 1.^o de Marzo un Senado-Consulta dió una nobleza á la Monarquía imperial, y restableció los mayorazgos, suprimidos por la Asamblea constituyente en 1799.

La paz de Tilsitt es el punto culminante de la fortuna de Napoleon y de los triunfos del Imperio. Todos los Reyes, menos Gustavo IV, que se obstinaba y perdió en ello la Pomerania, y despues la corona, se habian inclinado ante su presencia. El 9 de Julio, Napoleon se despidió del Emperador de Rusia, del Rey y de la Reina de Prusia, y de su ejército, y entraba en Paris el 27; Paris, que era entonces el punto de reunion de los Reyes y Principes, de los Embaja-

dores de los mas lejanos paises , celebraba suntuosas fiestas con motivo de las bodas de varios Príncipes y Princesas ; y al mismo tiempo que llegaba del Norte la espada del gran Federico, conquistada en Potsdam , llegaba tambien del Mediodia la de Francisco I , restituida por la España. En 1808 , Napoleon cometió la mayor de las iniquidades , invadiendo alevosamente la España , y arrancando la corona á su legítimo poseedor para darla á su hermano José , que cedia la suya de Nápoles á Murat. No nos detendremos en recorrer las diferentes faces de la gloriosa guerra de la independencia , que tan heroicamente sostuvo el pueblo español durante seis años : un ilustre escritor las ha consignado en su inapreciable Historia de aquella época. (*) Mientras Napoleon transportaba á la Península sus ejércitos y desguarnecía la Alemania , se organizaban en aquel país las sociedades secretas , y los armamentos del Austria probaban sus disposiciones hostiles. Entretanto , en Setiembre de 1808 , corria Napoleon á Erfurth para conferenciar con el Em-

(*) Historia del Levantamiento , Guerra y Revolucion de España , por el Conde de Toreno.

perador Alejandro á fin de repartirse el mundo; y despues de tres semanas de íntimas conferencias, se separaron los dos Emperadores el 14 de Octubre, para no volverse a ver sino en el campo de batalla. El 25 anunciaba Napoleon al Cuerpo legislativo que iba á salir para España. Salió el 29 de Octubre; el 4 de Noviembre habia vuelto á tomar la ofensiva: el 10 triunfaba en Búrgos, el 30 en Somosierra, y el 4 de Diciembre se hallaba en Madrid.

Napoleon estaba de vuelta á las Tullerías el 23 de Enero de 1809, y el 12 de Abril supo por el telégrafo la invasion de los austriacos, verificada el 9. El 16 estaba enfrente de las líneas austriacas á la cabeza del grande ejército; y tres dias despues las habia destruido en las cuatro batallas gloriosas de Thann, Abensberg, Eckmuhl, y Landshutt. El 23, delante de Ratisbona, alcanzó el plomo enemigo por primera vez á Napoleon; pero siguió su camino, y el 10 de Mayo se hallaba bajo los muros de Viena, que se rindió despues de tres dias de bombardeo.

En medio de sus triunfos, Napoleon conoció dolorosamente que la guerra habia cambiado de aspecto. El espíritu público era mas patriótico,

estaba mas irritado , y las masas se consideraban mas comprometidas en la lucha. El ejemplo de España era contagioso y el llamamiento de su Junta Central á todos los pueblos , habia sido escuchado. Una insurreccion fanática en el Tirol, multiplicadas sublevaciones en Westphalia, y otros acontecimientos mantuvieron el fuego en Alemania durante muchos meses , á despecho de sus gobiernos, y fatigaron á muchos cuerpos de ejércitos franceses. El Austria abatida se volvió á levantar del lado allá del Danubio , mostrando nuevosejércitos que necesitaban nuevos sacrificios, nuevas victorias y una nueva campaña. En Lobau , para el paso del primer brazo del Danubio y en Esling (22 de Mayo) para el del segundo, fue la lucha , fue tenaz y sangrienta (*); y despues de haberlo verificado , por primera vez vaciló la fortuna de sus armas en Wagram (6 de Julio). El Austria estaba sola ; ¿qué hubiera sucedido si la Prusia que temblaba, y la Rusia que estaba vacilante hubieran seguido la inclinacion de sus afecciones y su política ? Siguióse á aquella batalla un armisticio, y despues de tres me-

(*) Véase la biografía del Archiduque Carlos de Austria.²

ses de negociaciones se firmó la paz en Viena el 3 de Octubre.

Mientras los ejércitos franceses sucumbían en la Península y evacuaban el Portugal, hacia la Inglaterra desembarcos formidables en las Islas Jónicas de que se apoderó, en Nápoles, en el Báltico, y en el corazón mismo del Imperio. Una flota considerable con 50,000 combatientes á las órdenes de Lord Chatham se presentó en las aguas de Zelandia, desembarcó en Waleheren, se apoderó de Medelburgo y Flesinga y amenazó á Amberes. Quedaban aun algunas dificultades por parte de Napoleon para firmar el tratado de paz de Viena, que desaparecieron con el incidente del frío fanatismo del joven Stabs, que se presentó para matar á Napoleon en nombre de la patria alemana, con la sangre fría de un duelo, y que murió con la constancia de la virtud; Napoleon admirado, conoció entonces el entusiasmo con que los pueblos entraban en la lucha, y lo que en adelante podia contar con ellos.

Napoleon al dia siguiente de su entrada en Viena (15 de Mayo) habia consumado la destruccion de una soberanía respetada por las naciones desde hacia mil años. Habia reunido al Imperio

los estados de la Iglesia, apoderándose de posesiones ajenas, destruyendo un estado independiente, cambiando violentamente la situación relativa de las potencias Europeas, haciendo del Cefe espiritual de todos los estados católicos, un pensionado y súbdito de uno solo, y despojando al anciano que le habia coronado. El Papa habia vengado atrevidamente los derechos y la dignidad de la Santa Sede, arrojando los rayos de la Iglesia á la frente que poco antes habia consagrado; ahora usaba el Emperador de represalias, oponiendo la fuerza á el anatema, y el augusto anciano fue llevado prisionero á Grenoble.

A su vuelta á Francia, Napoleon hizo disolver su casamiento con Josefina, con quien estaba enlazado desde 1796, para contraer una nueva union con la Archiduquesa Maria Luisa, hija del Emperador de Austria. El matrimonio se celebró en Saint-Cloud el 1.^o de Abril de 1810. En el mismo año fueron reunidos al Imperio por un decreto la Holanda y el Valais; las ciudades Anseáticas perdieron su independencia en 1811, y el título de Rey de Roma, dado por Napoleon á su hijo, manifestó cuanto habia exaltado su ambicion, su enlace con la hija de Francisco II. Sin

embargo un concilio francés, burló con su resistencia las miras del dominador que le habia convocado para reunir legítimamente en su mano las dos potestades espiritual y temporal.

En Mayo de 1812, salió el Emperador de París con su esposa, y pasó varios dias en Dresde con su suegro el Rey de Prusia y otros Príncipes alemanes; hizo con aquellas dos grandes potencias tratados de alianza, y á los pocos dias se anunció un rompimiento entre la Francia y la Rusia.

En efecto, las tropas francesas pasaron el Niemen el 23 de Junio, y Napoleon se apoderó de Wilna y sucesivamente de cuantas plazas encontraba á su paso. El enemigo huia delante de él despues de haber quemado y destruido cuantos recursos ofrecia el pais. El 10 de Setiembre, dió á los Rusos en las orillas del Moskowa una de las batallas mas sangrientas, y de la que salió victorioso: el 14 entró en Moscow, entregado á las llamas, y en cuya ciudad permaneció imprudentemente hasta principios de Octubre, engañado sin duda por el buen tiempo que duró hasta el 7. Desde el dia 14 al 16 el termómetro señalaba 16.º y 18.º bajo cero. Los caminos quedaron intransitables, y en pocos dias perecie-

ron mas de 30,000 caballos; sabidas son las penalidades y enormes pérdidas que sufrió el ejército francés durante aquella horrible retirada, cuyos pormenores nos es imposible referir.

Napoleon dejó el mando á Murat, despues del terrible paso del Veresina, y metiéndose en un trineo casi solo, desconocido, por entre mil peligros atravesó la Polonia, la Prusia y la Alemania, para ir á pedir á la Francia su obediencia, sus tesoros y su sangre, para reemplazar el grande ejército que habia muerto, y vengarle si era posible. El 19 de Diciembre se presentó de repente Napolcon en las Tullerías, y la Francia le acusó de haber abandonado á sus bijos. Creemos sin embargo que hizo bien en dejar al ejército para conservar su Imperio, pues su deber no era atender á algunos, sino á todos. Necesitaba realzar la fortuna de la Francia, si le era posible, reanimar su valor, formar nuevos ejércitos, reprimir los cobardes descontentos que se encarnizaban contra los poderes amenazados, exaltar las pasiones generosas que salvaron á las naciones cuando peligran. Solo él podia hacerlo. Su primer cuidado fue imputar á las opiniones liberales que llamaba ideologia, la abortada conspira-

cion de Mallet, mientras estaba en Rusia, é hizo que todas las grandes corporaciones le prodigasen las mas monárquicas seguridades. Preveyéndolo todo, arregló por un Senado-Consulto la constitucion de la Regencia. Pasó tres dias en Fontainebleau para calmar al Sumo Pontífice, y terminar todas las diferencias por medio de un concordato. Se ocupó principalmente en organizar un ejército; el Senado le dió 350,000 reclutas, 100,000 hombres de las cohortes de la Guardia Nacional, 100,000 de las conscripciones anteriores, y 150,000 de las venideras; en dos meses se organizaron, se instruyeron y marcharon sobre el Elba, con 150 cuadros compuestos de oficiales experimentados y sargentos aguerridos sacados de los ejércitos de España: 40,000 artilleros de marina, inútiles entonces en el Océano, pasaron á reforzar el ejército de tierra.

La Inglaterra y el continente coaligados multiplican por su parte los sacrificios y los esfuerzos. Alejandro saca soldados del fondo del Asia. La Inglaterra arrastra la Suecia á la alianza, ofreciéndole la Noruega. La Prusia se quita al fin la máscara, y devuelve á la juventud alemana sus gritos de patria y libertad. Una declaracion de



Emperador Alejandro , fechada en Calish invitó á todos los pueblos y á todos los Príncipes de Alemania á sacudir el yugo de la Francia ; la guerra debia continuar en nombre de la libertad, y el porvenir de la Europa estaba en aquel documento.

Napoleon respondió á las hostilidades de la Prusia , pidiendo al Senado 180,000 hombres mas, que le fueron concedidos , agotando lo pasado y devorando el porvenir. Formóse ademas un cuerpo de 10,000 guardias de honor, vestidos , montados y equipados á su costa , y al mes siguiente la flor de la juventud del Imperio, asi de Roma, Turin , Amsterdam y Bruselas, como de París y Lion , iba á colocarse á la vanguardia del grande ejército. El 15 de Abril de 1813 salió Napoleon de París para el ejército , entregando la regencia á la Emperatriz Maria Luisa , y esperando estrechar de este modo la alianza con el Austria ; pero esta aprovechó aquel momento (26 de Abril) para declarar que *el tratado precedente no era aplicable á las circunstancias actuales*. No era aun enemiga , era neutral y se ofreció como mediadora. Napoleon quedaba solo con la Confederacion del Rin , cuyos principios veia vacilar,

dispuesto según la suerte de la guerra á permanecerles fieles, ó á acceder á la declaración de Calish, y no viendo sino la elección entre dos servidumbres, donde los pueblos irritados soñaban en la nacionalidad alemana y la libertad.

La batalla de Lutzen (2 de Mayo) que arrojó á Alejandro y á Federico Guillermo de Dresde, y en la que pereció Bessieres; la de Bautzen (20 de Mayo) donde experimentó la pérdida sensible de Duroc; la de Wurchem, al día siguiente, que volvió á abrir los caminos de la Silesia y del Oder á las águilas francesas, fortalecieron la Alemania y en particular á la Sajonia, algunos cuerpos de la cual estaban ya con el enemigo. La Europa quedó asombrada de aquellas victorias debidas al génio de Napoleon. Hamburgo y Lubeck habian vuelto á su poder, y Berlin estaba amenazado. El Austria propuso un Congreso que fue aceptado, y Napoleon un armisticio que se concluyó el 4 de Junio. ¿Habia traicion y artificio de parte del Austria? Hubo falta por parte de Napoleon en no proseguir sus triunfos, al paso que negociaba en el territorio neutral de Austria? Lo que no puede ponerse en duda, es que cedía en gran parte á una estraña preocupacion, á la

esperanza de salir bien de sus reiteradas tentativas de atraerse al Emperador Alejandro , y *dividir el mundo en dos partes* como lo decia él mismo. De todos modos , si hubiera continuado en marchar adelante , dominando el Oder , dando la mano por un lado á Rapp , que estaba en Dantzik , por el otro á los polacos de Varsovia y de Cracovia , cuyo hermoso ejército acababa de llevarle Poniatowski , no hay duda que hubiera restablecido su situacion en Europa , y podido tratar victoriosamente en Praga.

La lentitud del Congreso , que tardó desde el 5 de Julio hasta el 9 de Agosto para redactar proposiciones formales , 48 horas antes de que espirára el armisticio ; aquellas proposiciones que solo debian dar una tregua armada en el continente , puesto que la Inglaterra no hacia parte del Congreso ; las condiciones de aquella tregua , el brusco rompimiento de las negociaciones , la repentina declaracion de guerra del Austria , porque Napoleon , con la distancia que mediaba desde Dresde á Praga , no habia contestado en el término señalado de veinte y cuatro horas para la espiracion del armisticio , á proposiciones tan considerables y tan lentamente redactadas , todo

autoriza á creer que las negociaciones no fueron jamás una cosa seria, y que aun cuando Napoleon hubiese suscrito á todo al momento, hubiera sido en vano.

El Emperador de Austria se declaró contra su yerno, y sus tropas fueron batidas delante de Dresde. Napoleon se vió precisado muy pronto á abandonar la línea del Elba y á retroceder, á causa de las maniobras de uno de sus antiguos generales, Bernadotte, hecho Príncipe real de Suecia. No fue este el solo rival de Napoleon que se unió á la Europa para destruirle. Moreau se presentó tambien en el cuartel general de los Emperadores y Reyes.

El 15 de Agosto, volvióse á abrir la campaña, y el 26 se vieron obligados los Emperadores á pelear. Como en Austerlitz, los tres estaban en frente unos de otros. Como en Austerlitz el águila francesa triunfó. El enemigo en su huida se llevaba á un herido ilustre á quien una bala de cañon habia quitado los dos muslos. Era Moreau. La Providencia igualaba el castigo á la falta.

● La victoria de Dresde, alcanzada por el génio de Napoleon sobre el plan de campaña de Moreau, sirvió solo para probar cuanto tenia de des-

structor é insuperable aquel plan. Mientras el Príncipe de Skmuhl contenia y batia á los aliados en Hamburgo, el Príncipe Eugenio cubria la Italia, Napoleon sostenia en Sajonia una especie de sitio regular contra todo el continente. Un senado-consulta pedia 280,000 hombres, cuando supo el Emperador que la Baviera acababa de entregarse á la coalicion con su hermoso ejército, que habia peleado con los franceses durante diez años. El Wurtembrg, Baden y los pequeños estados imitaron su ejemplo. El Rin quedaba descubierto y fue preciso acorrer á Leipsick, asegurarse de aquel puesto amenazado por todas partes para apoyar la retirada inevitable ya, y urgente. En efecto, el 16 de Octubre, un encuentro glorioso habia coronado con una última victoria la campaña de Sajonia que la estrategia admirará; pero el dia 18 en medio de la batalla, mas que nunca terrible, el ejército sajón se pasó al enemigo y volvió sus armas contra los franceses. La caballería wurtemberguesa imitaba su ejemplo; el Rey de Nápoles se desertaba, y como un soldado mercenario se pasaba al enemigo para negociar y conservar su ejército y su reino. A estas desgracias se juntaron otras; un puente que se voló

demasiado pronto en la batalla de Leipsik, dejó en la orilla enemiga á 20,000 hombres que fueron asesinados, que se ahogaron y desaparecieron, entre ellos el valiente Poniatowski, última esperanza y último resto de la Polonia. La retirada fue espantosa, y el ejército no se reunió mas que un solo dia para reparar gloriosamente aquella retirada y destruir al ejército bávaro delante de Hanau.

Napoleon de vuelta á Paris, desesperando de conservar la España, devolvió la corona á Fernando VII: y en la situacion crítica en que la Francia se encontraba, procuró atraerse la opinion que se alejaba de él, anunciando al Senado y al Cuerpo legislativo disposiciones pacíficas. Iban á principiar para la Francia nuevos destinos. Los españoles habian pasado los Pirineos; el Mariscal Soult cubria á Bayona y al Bearne; Eugenio cumplia con su deber y defendia la Italia; pero continuaban las defecciones. Napoleon habia pedido al Senado y este le habia dado 300,000 hombres; habia tambien reunido el Cuerpo legislativo, el cual el 19 de Diciembre de 1813, preparaba un mensaje en el que no se limitaba á pedir garantías políticas, á fin de que la guerra fuese nacional, sino que añadía atrevida-

mente consejos de paz y tardias reconvencciones de ambicion , inoportunas , culpables en aquel momento en que los representantes de un gran pueblo , al paso que deseasen la paz , debian limitarse á ofrecerlo todo para la guerra. Napoleon disolvió aquella asamblea, y se preparó á rechazar á los enemigos que habian invadido el territorio francés el 1.^o de Enero de 1814. El 22 salió de París , y el mismo dia el Papa se encamiuaba desde Fontainebleau al Vaticano. Se despidió de la Guardia Nacional de París , confiándole á su muger y á su hijo. En Brienne fue donde por primera vez se batió con el enemigo el 29 de Enero ; ¡ en Brienne donde niño habia soñado toda su gloria , y donde se hallaban entonces los extranjeros , despues de realizados sus ensueños mas allá de lo que podia concebir la imaginacion humana ! La Europa entera marchaba sobre Paris, y cada una de las columnas que se adelantaban por diferentes caminos, llevaban centenares de millares de combatientes, ébrios de patriotismo y de alegria, dirigidos por Príncipes y Emperadores , y contando entre sus filas la nobleza , las universidades , la juventud de todas clases , todas las fuerzas vivas de las naciones. Napoleon para contener

aquellos torrentes de hombres, no tenia mas que un ejército de 40 á 50,000 hombres, y durante setenta dias hizo frente á todo con marchas inauditas, y admirables combates. No nos detendremos en la sorprendente campaña de Francia de 1814, en que desplegó Napoleon el génio que tanta gloria le diera en sus campañas de Italia.

Habíase abierto un Congreso en Chatillon y ya no se trataba en él de reducir el Imperio á los límites, que jamás debió traspasar, sino de imponerle las fronteras de Luis XIV. Rompiéronse aquellas negociaciones, y el 20 de Marzo en un encuentro con Schwartzemberg, en Arcis-sobre-Aube, cayó una granada á los pies de su caballo, y Napoleon esperó inmóvil á que reventara. La granada le respetó como en los tiempos de su prosperidad. El 27, despues del glorioso combate de Saint-Dizier, recibió un correo con la noticia de que París estaba amenazado por los ejércitos de Blucher y de Schwartzemberg, que al fin se habian reunido. El Emperador estaba de pie al rededor de una hoguera con Berthier, el mariscal Ney y otros gefes del Estado Mayor del ejército; acababa de partir un pedazo de pan blanco que comia el Mariscal Ney, cuan-

do se acercó el Principe de Neufchatel para comunicarle los despachos que acababa de recibir. El Emperador al leerlos dió algunos pasos, se llevó la mano á la frente, y volviéndose á los Mariscales: « á caballo, Señores, dijo » y echó á andar despues de haber dado algunas órdenes con voz firme y lacónica. Habia llegado la hora fatal de su ruina: creia tener delante de sí á Blucher y tenia solo á Wintzingerode. Los grandes ejércitos aliados estaban en marcha abierta sobre París, que se hallaba casi sin defensa. El 29 el Rey José que mandaba en Gefe, decide en consejo de regencia que la Emperatriz regente, el Rey de Roma, los Ministros y todo el Gobierno se retiren á Blois. Mr. de Talleyrand fue de contrario parecer; sin embargo, todos se alejaron y no quedaron mas que Marmont y Mortier para pelear, José para capitular, y Mr. Talleyrand para atender al dia siguiente. El 30 de Marzo, José mandó que París capitulase, y Napoleon que habia tomado una silla de posta para ir mas aprisa que su ejército, supo á cinco leguas de distancia, por el General Belliard, que París habia capitulado. Su primer movimiento fue correr allá, pero añadiéndole Belliard que el ejér-

esto lo habia evacuado, que Mortier estaba en Villejuif, y que él solo habia salido de la capital por medio de un convenio, y que ni él ni sus tropas podian volver á entrar, Napoleon se sometió al destino, se arrojó á su coche, y fue á esperar en Fontainebleau el resultado de las negociaciones que prescribió, y tal vez la llegada de su ejército. No consideraba que la toma de París por el estrangero, era para su Imperio lo que para la antigua Monarquía habia sido la toma de la Bastilla: era aquello mas que un contratiempo, era una revolucion.

Mientras llegaba á Fontainebleau, entraban los aliados en París; y una proclama del Emperador Alejandro (31 de Marzo) anunció solemnemente que la Europa no trataria ya mas con el Emperador Napoleon, *ni con ningun otro enemigo de la libertad francesa*. El Senado se reunió el 1.º de Abril é instituyó un gobierno provisional, colocando á su frente á Mr. de Talleyrand. El 2 de Abril el Senado pronunció el destronamiento de Napoleon, y el 6 publicó el proyecto de Carta constitucional, declarando por aquel acto que la Francia llamaba al trono á Luis Estanislao Javier, hermano de Luis XVI. El 11 el Em-

perador que desde el día 4 habia abdicado por sí, lo hizo por su raza. Se cree que á la noche siguiente, hizo uso de un sutil veneno que llevaba siempre consigo, y que no hizo mella en su cuerpo de hierro. La Providencia le trató mejor que él mismo; era acabar como un aventurero, y debia acabar como Rey. El 12 de Abril entró en París el Conde de Artois, lugar-teniente del Reino, despues de 25 años de destierro, menos como el vencedor de la revolucion, que como vencido y conquistado por ella. El 20 se separó Napoleon de su Guardia en Fontainebleau y partió para la isla de Elba. De todas las defecciones, la mas grande fue la de Maria Luisa. Esta princesa no supo ir de Blois á Fontainebleau; llevó á su hijo á Francisco II y no á Napoleon, y se alejó llevando el olvido de los franceses. Josefina, rodeada de los homenajes de la Europa, murió de repente; esta fue hasta el fin la verdadera Emperatriz.

Napoleon se embarcó el 1.^o de Mayo para la isla de Elba, en las playas de Provenza, donde habia desembarcado catorce años antes radiante con sus victorias de Egipto y de Italia. El 4 de Mayo desembarcó en Porto-Ferrayo, capital de

aquella isla, y fue saludado con 100 cañonazos por la artillería de los fuertes, y recibido por las autoridades de la isla con régio aparato. Allí permaneció hasta que el descrédito en que cayó la Familia Real de Francia, y el maquiavelismo del Congreso de Viena que amenazaba á Murat con la pérdida de sus estados, y las intrigas de sus muchos partidarios en Francia, le indujeron á intentar recobrar su corona. Al efecto habia hecho comprar municiones de guerra en Nápoles, armas en Argel, y transportes en Génova. Todo estaba pronto, y el 24 de Febrero de 1815, eligió Napoleon para la tentativa mas atrevida que presenta la historia: el momento de un gran baile que daba él mismo. A las cuatro de la mañana se hallaba á bordo del bergantin *Inconstante*, y en algunos pequeños buques en que flotaba el pabellon blanco, sembrado de abejas, se embarcaron 900 hombres que habian luchado con él en Arcola, en las Piránides, en Moscow y en Montmirail. Aquella flota llevaba á César y á su fortuna. En el camino se enecontró con dos fragatas y un bergantin de guerra francés, y habiendo este último preguntado al paso por el Emperador, contestó él mismo que estaba bueno, des-

pues de haber hecho ocultar á su gente. El 1.º de Marzo desembarcó en el golfo Juan y habiendo enviado á un capitán y 15 hombres á Antives fueron desarmados. A las once de la noche se puso en marcha con lo que él llamaba la diputación de la Guardia, y después de andar veinte leguas seguidas, llegaron el 2 á Serenon, y el 5 á Agap, donde Napoleon hizo imprimir las proclamas que se habían escrito durante la travesía, y que llevan el sello de la elocuencia original de un conquistador lleno de génio. Pasó desde allí á Grenoble, y engrosándose sucesivamente con todas las tropas que se le iban uniendo, llegó á París el 20 de Marzo. En poco tiempo fue reconocido el Gobierno imperial en todos los puntos del reino. Inmediatamente se ocupó con su extraordinaria actividad de la organización del Gobierno y de los medios de hacer frente á todas las fuerzas de la Europa, cuyos representantes estaban aun reunidos en el Congreso de Viena: y considerando las disposiciones manifestadas por los numerosos partidarios del liberalismo, solo vió un peligro inminente en lo que solo una nueva revolución podía sacar fuerza. Se negó á las concesiones que pedía aquel partido

y el 21 de Abril publicó el acta adicional á las constituciones del Imperio, especie de Carta nueva que consagraba el régimen imperial de 1812, y todos los abusos de que se habia acusado á la monarquía de 1778. Aquel acto escitó la indignacion general, y apenas quedó á Napoleon mas que el ejército. Marchó con él para combatir á la coalicion en las fronteras del Norte, y fue vencido en Waterloo, siendo de todos conocidos los grandes resultados de aquel famoso desastre. De regreso á la capital, se vió obligado á abdicar en favor de su hijo, y á reconocer la autoridad de un Gobierno provisional, que le instaba para que abandonase la Francia. Retiróse al palacio de la Malmaison, y el 29 de Junio pidió dos fragatas para que le trasportaran fuera de Francia. Desde aquel retiro de la gloria, salieron los nobles y tiernos adioses al ejército, y el Monitor mismo fue inexorable para el que le habia hecho hablar durante veinte años. Fouché interceptó aquella proclama. Encargóse la custodia de Napoleon al General Becker y al mismo tiempo se dió la órden á Rochefort para armar dos fragatas.

En vano pidió Napoleon al Gobierno provisio-

nal que se le permitiera batir al enemigo: « que me nombren general, decia, mandaré el ejército; no quiero poder, quiero destruir al enemigo, obligarle á tratar mejor á la Francia, y despues seguiré mi camino. » Acosado por la inquietud de la Comision ejecutiva, aconsejaron á Napoleon que se entregara él mismo al Emperador Alejandro. « Esta prueba de afecto, contestó, seria hermosa; pero una nacion de 30.000,000 de almas que lo sufriese, quedaria deshonrada. » Por último, al dia siguiente se decidió irrevocablemente su marcha. A las cinco de la tarde se habia despedido Napoleon de su hija Hortensia, y metido en un coche, acompañado de los Generales Becker, Rovigo y Bertrand. En vez de seguir rápidamente el camino como habia indicado, quiso dormir en Rambouillet y desde allí ofreció nuevamente defender la patria. El 4 de Julio llegó la respuesta á Rochefort. El Ministro de la guerra, Príncipe de Eckmuhl, decia al General Becker: « Las guarniciones de Rochefort y de la Rochela, deben daros auxilio para hacer embarcar á Napoleon. » La Comision decia: « Napoleon debe embarcarse sin demora; pudo haber marchado el 29; emplear la fuerza... hacerle partir... sus servicios no pue-

den ser aceptados. La Comision halla inconvenientes en que Napoleon comunique con la escuadra inglesa, y niega el permiso que se le ha pedido.» Hubiera sido imposible echar del pais mas ignominiosamente á un malhechor, desterrado por sus crímenes; ¡y los que tales órdenes daban se lo debian todo al proscrito de la Santa Alianza! Jamás la ingratitud humana habia llegado á tan alto punto en la historia. No era esto todo; el que mandaba las fragatas tenia orden de no llenar su mision, si los buques del Estado podian correr algun peligro.

Napoleon podia, reuniendo los cuerpos mandados por Lamarke y Clausel, incorporarse á su frente con el ejército del Loira, sublevar toda la Francia, y obligar tal vez á la coalicion á evacuar su territorio. La Córcega podia darle un asilo, y desafiar en sus montañas la proscripcion de la Europa; pero un sentimiento sublime, le hizo esclamar: «No, no se dirá que yo solo he hallado un puerto en medio del naufragio del pueblo francés.» El 8 habiendo bajado Napoleon á la isla de Aix para embarcarse, se le comunicó un despacho del 6 del Ministro de Marina que terminaba así: «Por ningun motivo podrá

desembarear Napoleon en el territorio francés, bajo la pena para el Comandante del buque de alta traicion. » Pocos dias antes , un buque danés se habia ofrecido á llevarlo á América , y á su vista burló los cruceros ingleses. Ahora Napoleon estaba bajo el registro de la nacion inglesa, y á ella se dirigia sin perder tiempo para librarse de sus perseguidores. El 12 supo por los periódicos que el Gobierno Real habia reemplazado en Paris al provisional . en vano tenia aviso que le esperaba en la ria de Burdeos un buque americano, pues siendo peligroso el tránsito hasta allí por tierra, el Emperador se decidió á implorar la hospitalidad británica. El 14, el Capitan Maitland , que mandaba el Belerofonte , declaró: *que esperaba por momentos los salvo-conductos pedidos , pero que si el Emperador queria embarcarse para Inglaterra , estaba autorizado para llevarlo allí y tratarlo con el respeto y consideraciones debidas al puesto que habia ocupado.* Una declaracion semejante decidió á Napoleon ; pero el ofrecimiento de aquella hospitalidad era una traicion, pues el 7 de Julio habia recibido el Capitan la orden de su Almirante *de redoblar su vigilancia para interceptar á*

Bonaparte, el cual demasiado grande para sospechar un lazo infame, se embarcó en el *Belerofonte*, y el 13 de Julio de 1815 dirigió al Príncipe Regente esta noble carta: «Alteza Real; objeto de las facciones que dividen mi país y de la enemistad de las mas grandes Potencias de la Europa, he terminado mi carrera política, y como Temistocles, vengo á sentarme al hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la proteccion de sus leyes, que reclamo de V. A. R., como del mas poderoso, del mas constante, del mas generoso de mis enemigos.» Llegó á la rada de Torbay, y despues á FItmouth, donde el 30 de Julio se le notificó que se le habia señalado por residencia la Isla de Santa Elena. El Príncipe protestó, concluyendo con estas palabras que resonarán para siempre en la posteridad: «La fé británica se perderá en la hospitalidad del *Belerofonte*; apelo á la historia: ella dirá que un enemigo que durante veinte años hizo la guerra al pueblo inglés, en su infortunio, acudió libremente á buscar un asilo en sus leyes. ¿Cómo respondió la Inglaterra á semejante magnanimidad? Fingio tender una mano hospitalaria á aquel enemigo, y cuando se hubo entregado de buena fé, le inmolaron.»

El 6 de Agosto ancló el Belerofonte en la raula de Starpoint, donde apareció el navio Northumberland escoltado por dos fragatas que conducian la guarnicion de Santa Elena. Napoleon fue tratado en el Northumberland con la misma consideracion y respeto que en el Belerofonte, y á su bordo, acompañado de los Generales Bertrand, Montholon, del Ayudante de campo Gourgaud, y del Chambelan Las-Casses llegó á la Isla de Santa Elena, y allí permaneció seis años bajo la custodia de las tropas inglesas, sufriendo las vejaciones y contrariedades, que omitimos por demasiado conocidas, hasta que murió el 5 de Mayo de 1821, de un cáncer en el estómago.

Asi acabó Napoleon. Despues de haber tenido durante doce años en sus manos los destinos de Europa, que consideraba estrecha para moverse en ella, devorado de arrepentimientos, espira sobre una roca. Pero su alma se lanzó al porvenir con la esperanza, tan consoladora para el orgulloso hijo de la tierra, de llenar las páginas mas notables de la historia de su siglo, y de vivir por mucho tiempo en la memoria de los hombres. El limitado espacio de nuestro cuadro no

nos permite mas reflexiones sobre este hombre extraordinario ; ademas fácil será á aquellos cuya curiosidad no satisfaga esta noticia , el encontrar mas detallados documentos. La vida del Emperador fue enteramente política y militar, y el que quisiera escribir su vida privada fuera del gabinete ó del campamento, se hallaria muy embarazado , pues el trabajo y la guerra ocupaban las nueve décimas partes de ella : por lo mismo hemos omitido mil anécdotas , que si pudieran haber hecho mas entretenida la lectura , no hubieran contribuido en nada á la grandiosidad del cuadro.

En 1840 resolvió el Gobierno francés la traslacion á París de los restos mortales del Emperador , y el 8 de Octubre fondeó en la rada de Santa Elena la fragata *La Belle-Poule* que iba á buscarlos ; el 9 el Príncipe de Joinville con los oficiales que le acompañaban , pasó al sepulcro de Napoleon , en la noche del 14 al 15 principiaron los trabajos de la exhumacion , y concluida esta se encontró el cadáver del Emperador casi enteramente conservado. Por una coincidencia singular , el 15 de Octubre de 1815 Napoleon cautivo habia anclado en la rada de Santa Elena

para principiar su larga agonía, y el 15 de Octubre, 25 años despues, volvía á entrar en la rada para ser llevado en triunfo á su patria. El 18 zarpó la escuadra el ancla, y el 30 de Noviembre anclaba en la rada de Cherburgo. Desde allí fue transportado el féretro á París, con una pompa y magnificencia difíciles de describir, y el 15 fue trasladado á la iglesia del hospital de los Invalidos, donde debe erigirse un magnífico sepulcro, que recuerde á la Francia sus glorias, á la Europa los desastres del reinado de tan grande hombre, y á todos los poderosos de la tierra la instabilidad de las humanas grandezas.

Hemos concluido el rápido bosquejo de la vida del hombre extraordinario, cuya grandeza y magnitud, creciendo á la par que se aleje de las generaciones contemporáneas, aparecerá á las venideras bajo una forma difícil de comprender. Hemos resumido en pocas páginas los grandes hechos que ocupan inmensos volúmenes; é indudablemente ha sido para nosotros mas difícil suprimir pormenores sin desfigurar el cuadro, que lo hubiera sido, siendo mas reducidas sus proporciones, el engalanarlo y amenizarlo.







del Artista.

J. M. 1850

D. JUAN MARTÍN.

(El Suplicando.)

Encomendado de la Real Audiencia de Madrid.

EL EMPECINADO.

Peleó por el Rey, por la Independencia y por la Constitución, y murió en un afrentoso patíbulo.

La guerra gloriosa que sostuvo la España durante seis años por defender su independencia y librar su territorio de la alevosa invasión enemiga, puso en evidencia caracteres notables, y uno sin duda entre ellos, es el que vamos á bosquejar. Al leerse la historia moderna de España, ninguno habrá que deje de admirar los brillantes hechos de armas del Empecinado, su patriotismo, su valor, su natural travesura y talento militar y su recomendable desinterés. Los guerrilleros españoles, tipos conocidos desde la más remota antigüedad, adquirieron en aquella época un renombre mayor, y entre ellos, entre los que más



contribuyeron á la gloriosa lucha de la independencia del pueblo español, ninguno tal vez mas digno de ocupar la pluma del biógrafo que el personage, cuya vida vamos á trazar, así por su valor y patriotismo, como por el desastroso fin de su existencia.

D. Juan Martin, nació el dia 2 de Setiembre de 1775 en la villa del Castrillo de Duero, partido de Valladolid. Sus padres Juan Martin y Luisa Diez, honrados labradores, le dedicaron desde su infancia al mismo ejercicio, en el que desarrollándose su naturaleza, adquirió una robustez y fuerza prodigiosa. Apenas entrado en la pubertad, ya dió muestras el jóven Martin con su particular afición á las armas, de lo que habia de ser un dia. En los años de 1791 á 1792, se fugó de la casa paterna y sentó plaza de soldado, compromiso de que le libraron sus padres, bajo el pretexto de su menor edad, pero á despecho suyo. Poco tardó en ver satisfechos sus deseos; declaróse la guerra á la Francia y habiendo fallecido su padre, sentó plaza de soldado en el regimiento de caballería de España, por todo el tiempo que durase la guerra. Su extraordinario valor en las batallas, su buena conducta, y su

respeto á los gefes, le grangearon la estimacion de estos y de sus camaradas. Ajustada la paz tomó su licencia absoluta y se retiró á sus hogares, satisfecho de haber cumplido con su deber y pagado á su patria el debido tributo. Contrajo matrimonio con Doña Catalina de la Fuente, y se avecindó en la villa de Fuentecen, dos leguas distante de la en que nació, dedicándose nuevamente á las tareas del campo.

Pasan por Castrillo, lindando con las casas, pequeños arroyos, que forman un lodo negruzco al que los naturales dan el nombre de *pecina*; y de ahí proviene el que en los pueblos inmediatos den el apodo de *Empecinado* á todos los que desde esta villa pasan á avecindarse en las de la inmediacion: por eso adquirió D. Juan Martin el sobrenombre de *Empecinado*, cuando pasó á vivir desde Castrillo á Fuentecen.

En este último pueblo se hallaba, cuando las huestes de Napoleon invadieron nuestro suelo, y solo su respeto á las leyes pudo contenerle en los límites del orden y evitar que hostilizara desde luego á las tropas francesas. Cuando el Rey corriendo desalentadamente á Bayona pasó por Aranda de Duero, manifestó ya el Empecinado sus recelos

de la perfidia de que iba á ser víctima. Apenas hubo entrado Fernando VII en Francia, desplegando el Empecinado en fines de Abril de 1808 su bandera de guerra, salió á batirse con los franceses, y apostándose en la carretera de Francia á Madrid, cerca del lugar de Onrrubia, se dedicó con dos convecinos suyos á interceptar los correos franceses, apresando en efecto varios, y conservando intactas las balijas para en mejor ocasion entregarlas al Gobierno.

El dia 2 de Mayo rasgaron los franceses en Madrid el velo de su perfidia, y los clamores de las víctimas bárbaramente sacrificadas, hicieron temblar de lástima y furor á nuestro héroe, que conoció que era ya llegado el caso de obrar con toda libertad. Para vengar á su patria, reunió brevemente algunos compañeros y formó una pequeña partida, con la cual principió á hostilizar de muerte á los enemigos. Aquel puñado de valientes (eran doce) mandados por el intrépido Martin, hicieron prodigios de valor en los meses de Mayo, Junio y parte de Julio, eligiendo para campo de sus proezas los términos de los pueblos de Fuentenebro, Gumiel de Izam, Onrrubia, Castrillejo, Caravias y otros inmediatos á Aranda.

En tan corto tiempo, sufrieron los franceses, cuyas columnas molestaba de continuo, la pérdida de mas de 800 hombres; y en un solo dia cayeron en su poder 10 sargentos y mas de 80 soldados enemigos. Durante aquel tiempo, y aumentada su partida con algunos hombres, á quienes ofreció sueldo diario y una parte en las presas, hizo sus correrías contra los franceses con grandes y buenos efectos para la causa de la independencia.

Animado D. Juan Martin con tan felices sucesos, se presentó ya en campaña abierta, sentando sus reales en la provincia de Madrid, donde el Rey intruso habia situado su corte, y en las limítrofes de Guadalajara, Segovia, Avila y Toledo; inundadas siempre estas provincias de tropas francesas, facilitaron á este hombre extraordinario y singular, ocasiones de lucir su valor, su prevision, y si se quiere su sagacidad y tino, no solo para tener á la Corte en la continua alarma de que fueron testigos sus habitantes, sino para dar giro y mantener la constante correspondencia en qué estuvieron los ejércitos españoles y las partidas que pululaban por todos los ángulos de la península contra el enemigo comun, encar-

gándose de la comunicacion de pliegos, de la conduccion de prisioneros de los puntos mas distantes, y de otros servicios del mayor riesgo é interés.

Enlazados ya en el año de 1810 los hechos de armas del Empecinado con los de los demas defensores del honor y libertad de la patria, es imposible numerar el pormenor de mas de cien acciones y encuentros parciales que tuvo con los enemigos, y de los cuales salió siempre victorioso, aun en los pequeños reveses que le preparára la envidia algunas veces, y no pocas la intriga. Sentado en Madrid el cuartel general del Empecinado, segun confesion de los mismos franceses, asustados siempre al oír su nombre, solo referiremos algunos hechos notables de aquella época. Salas, Intendente por el gobierno francés de Guadalajara, dispuso que saliesen de aquella capital el 9 de Marzo de 1810 unos 300 franceses de ambas armas, para saquear á Sigüenza y su partido, en ódio y venganza del buen acogimiento que se hacia allí al Empecinado y á sus tropas, y del desprecio y valentía con que habia contestado á las invitaciones que le habia dirigido por escrito para que abandonase la causa de la patria. Observaba

el Empecinado la marcha de aquella columna enemiga, y en el término de dicha ciudad la cargó é impidió que consiguiera el objeto que se habia propuesto; pero reforzada hasta el número de 500 infantes y 250 caballos, se vió precisado á ceder el paso y á retirarse, para proporcionar medios de atacarla á su regreso; así se verificó el 16, esperándola el Empecinado en las cuevas de Mirabueno con 180 caballos, 150 infantes y 100 escopeteros de la provincia que llegaron al tiempo de la accion, causándoles la pérdida de mas de la mitad de su fuerza, y obligándoles á dejar el botin.

No se ocupaba solo D. Juan Martin en perseguir á los invasores; atendia igualmente al sosten de la tranquilidad pública y destruccion de sus enemigos domésticos. El estado de conmocion en que el pais se hallaba, proporcionaba á los malos el medio de dar libertad á sus pasiones: el presbítero D. Bernardo Mayor, bien conocido por el capellan de Fuente Espina, se aprovechó de aquella coyuntura, y bajo el pretexto de partidario, reunió hasta 20 hombres montados que solo empleaba en afligir á los pueblos con toda clase de exacciones. Noticioso el Empecinado

de la mala conducta que observaba Mayor, é instado por muchos para que les libertase del azote que sufrían con aquella cuadrilla; y no pudiendo consentir que se agravase al labrador sino en lo mas preciso, pasó en busca de Mayor y alcanzándolo en Atienza, desarmó á toda su partida, y mandó al gefe de ella con la correspondiente sumaria á disposicion de la junta superior de Guadalajara.

Estos dos acontecimientos dieron al Empeinado tal nombradía para con los pueblos, el Gobierno, y hasta sus enemigos, que le proporcionaron la ocasion de organizar ya una division formal, con soldados dispersos que por necesidad, ó mas bien por aficion entraron á su servicio, con muchos voluntarios de los pueblos, y hasta con desertores del enemigo: creó un batallon que denominó tiradores de Sigüenza, y otro de jóvenes de la provincia de Guadalajara, al que dió el nombre de Voluntarios de la misma. Con estos dos valientes y disciplinados batallones, y aumentada su caballería hasta el número de 250 hombres, empezó el valiente castellano á obrar mas en grande, y á ser mirado por sus enemigos con las conside-

raciones y respetos que no había merecido hasta entonces.

Ocupado el Gobierno del usurpador de un enemigo que cada día se hacia mas temible , y que le molestaba de continuo hasta en las puertas de la capital y dentro de la Corte, donde llegó á tener confidentes fidelísimos aun en el mismo palacio, no omitia medio para deshacerse de él, ya usando de las numerosas fuerzas de que podia disponer, y ya de sobornos é intrigas manejadas por malos españoles. Perdidos fueron cuantos manejos empleó el Intendente Salas en el espacio de cerca de un año, y mas perdidos aun cuando invocó en su auxilio la cooperacion del Gobernador de Madrid, Belliard, y del tan astuto como valiente y activo General Hugo: es notable y digna de la posteridad, la correspondencia por escrito que durante el año 1810 medió entre el Rey intruso, Salas, Hugo y Belliard, y el incorruptible partidario: nos dilataríamos demasiado si quisiéramos consignar en este escrito el contenido de ella; pero no podemos prescindir de dar una ligera idea de su terminacion, como muestra del acendrado patriotismo del personage que nos ocupa. El General Hugo, decia al Em-

pecinado desde la villa de Humanes, donde se hallaba á la cabeza de mas de 10,000 hombres, lo siguiente:

«V. S. debe creer que tengo de V. S. una opinion bastante buena, para creer que pueda dar asentimiento á las mentiras que se cuentan; especialmente sobre la derrota del Mariscal Mas-sena. Estas cosas pueden hacerse creer á los hombres sin talento y no á los sensatos. Las cosas políticas deben tener término dentro de muy poco tiempo; y algunos hombres que sirven contra nosotros, conocerán que han resistido en valde demasiado tiempo. Los españoles de todas las opiniones, convienen en que no se podrán encontrar mas grandes cualidades que las que adornan al Rey José I. ¿Por qué han de ser en adelante cubiertos de sangre las campos de España? ¿Por qué se han de matar los españoles por españoles? ¿Por qué ha de escitarse la destruccion de los pueblos, y la generacion presente para lograr un Rey, cuando tenemos el mejor en el trono de Madrid? Muchos males pueden evitarse aun, y particularmente en esta parte todo puede acabarse. ¿Qué dificultad puede haber en que V. S. sirviere á la España bajo

el reinado de José I? ¿Y los valientes oficiales y soldados que V. S. tiene á su lado, así de infantería como de caballería, no podian entrar á su servicio y recibir una organizacion verdaderamente militar? Si V. S. quiere conocer mis proposiciones, no solamente relativas á V. S., sino á todos los oficiales y soldados, puede enviarme una persona de confianza para conocerlas. Y si quiere comprender en ellas á la junta de la Huerta-Hernando, puede tambien hacerlo. Espero una contestacion pronta, y le aseguro de mi perfecta consideracion. — El Mariscal de Campo, J. L. de Hugo. — Humanes y Diciembre 7 de 1810.»

El incorruptible y valiente castellano, que apenas podia disponer de 3,000 hombres escasos, le contestó en estos términos:

«Aprecio como debo la opinion que habeis formado de mí: yo la tengo muy mala de vos; pero sin embargo, si arrepentido de vuestras atrocidades y causado de ser esclavo, quisieseis encontrar vuestra libertad sirviendo en una nacion valiente y generosa, el Empecinado os ofrece que encontrareis proteccion. Que Massena se ha rendido con su ejército el 4 de Noviembre, parece

que no admite duda; pero sea enhorabuena falso, lo cierto es que sino ha perecido perecerá, porque su madre, la fortuna, hace dias que le mira rostrituerta. No dudo que las cosas politicas tendrán término dentro de poco tiempo, pues parece que todas las naciones se conjuran contra la Francia; mas sin eso la España ha tenido siempre, y principalmente en el dia, sobradas fuerzas, energía y constancia, para humillar las legiones de vuestro Rey. Estas cualidades que suponeis en José I, Rey de Madrid, solo pueden serlo en el concepto de hombres venales y corrompidos. Si tan bueno es ¿cómo comete y consiente que se cometan tantas iniquidades? Nunca podrá ser bueno un usurpador, pérfido y alevoso. Los españoles que tomen partido por el hermano de Napoleon deben ser muy pocos, y aun que muchos, siempre serán despreciables. La parte sana de la nacion, que es la mayor y en donde está la fuerza, aborrece y detesta el nombre francés. Me admiran ciertamente los sentimientos de humanidad que me manifestais; públicamente Cifuentes, Trillo, Duron, Ita, Lugares del Valle y otros, y todos los pueblos que han tenido la desgracia de que los hayais pisado vos y vuestros soldados:

yo que he visto vuestras obras ¿cómo he de creer vuestras palabras? En vano os fatigais si pretendéis persuadirme, y á mis subalternos y soldados, que desistamos de nuestro honroso empeño. Tened entendido, que si solo quedara un soldado mio, aun no se habia concluido la guerra, porque todos ellos á imitacion de su gefe han jurado guerra eterna á Napoleon y á sus viles esclavos que le siguen. Si quereis podeis decir á vuestro Rey, á todos vuestros hermanos, que el Empecinado y sus tropas, morirán en defensa de su patria, porque jamás pueden unirse á unos hombres envilecidos, sin honor, sin fé y sin religion de ninguna clase. Me hareis el favor de evitar toda correspondencia, y os aseguro con este motivo la mas perfecta consideracion. — J. M., el Empecinado. — Cogolludo y Dieie nbre 8 de 1810.»

Asi terminó aquella correspondencia; y el estilo descompuesto de la última comunicacion del Empecinado, nada extraño si se atiende á la exaltacion y ódio que reinaba entonces en todos los españoles contra los que tan alevosamente habiau invadido su país, ódio que el tiempo y las vicisitudes políticas sobrevenidas despues, han borrado enteramente, dió lugar á que se desataran

contra él todas las furias militares y políticas: enviáronse en su persecucion numerosas columnas; la policia redobló la mas activa é increíble vigilancia contra los que sospechaba sus confidentes, y en la Corte no se hablaba ni trataba de otra cosa que del Empecinado, de sus partidarios y de su total esterminio.

Destruida por el valiente D. Juan Martin, una gruesa columna de franceses que devastaba la provincia de Soria, en el Retortillo, los moradores de aquella tierra reconocidos á tal beneficio, le mandaron á Atienza una comision dándole las gracias, presentándole con liberalidad mil regalos, y ofreciéndole cuantos auxilios necesitase para la tropa; pero no menos liberal que valiente al manifestar su agradecimiento, les contestó: « En cuanto á las gracias he hecho lo que he debido: peleo por la libertad de la patria y esta se compone de todas las provincias: los regalos los admito y se repartirán por VV. mismos á mis tropas; y en cuanto á auxilios, por ahora, gracias á Dios, no necesito mas que los víveres que á los pueblos correspondan por repartimiento que ellos mismos hagan. » Sabedora la Regencia del reino, de la accion de Retortillo,

y de las muchas anteriores, espidió al Empecinado el real despacho de Brigadier de caballería de los ejércitos nacionales, atendiendo á sus servicios y modestia en no haber solicitado premio alguno. Lejos de engrirse con esta nueva dignidad, en nada alteró su conducta fraternal con el soldado; pero le proporcionó prestigio y confianza en los pueblos para aumentar su division hasta 650 caballos y 2,000 infantes, con la cual desesperó al General Hugo y á sus tropas, llegando á tener empleados inútilmente en su persecucion, hasta 14 ó 15,000 hombres de todas armas.

Autorizado por real orden de 12 de Marzo de 1811, para aumentar su division hasta el número de 10,000 hombres, quedaron estos organizados en Mayo, y fue aquella declarada la quinta division del segundo ejército. Con esta nueva consideracion, al paso que escitaba mas la cólera de sus enemigos, se distinguia tambien mas por sus operaciones y actividad, siendo siempre el socorro de las necesidades militares que ocurrían en las provincias de Soria, Guadalajara, Madrid y Aragon. Yendo á auxiliar al general Duran que bloqueaba á la ciudad de Calatayud, ba-

tió y destrozó en el camino á una columna de 1,500 franceses que iba á reforzar la guarnicion, la cual se apresuró á abandonar la ciudad que ocuparon nuestras tropas.

Muchísimas fueron las acciones gloriosas para las armas españolas que sostuvo el infatigable Don Juan Martin, hasta que indicada la retirada del Rey José á Valencia, en 1812, sitió á Guadalupe con su division, y dirigiéndose á Madrid con dos escuadrones, entró el 10 de Agosto, acuchillando con solo 40 caballos hasta la misma Puerta del Sol, á una partida de doble fuerza de la misma arma, causándole bastante pérdida de muertos, heridos y prisioneros. Acudió en seguida con los dos escuadrones al ataque que la vanguardia del ejército inglés sostuvo en las Rosas; y presentándose al generalísimo Duque de Ciudad-Rodrigo, entre los muchos obsequios que le hizo, le dispensó el de que le acompañara en su entrada en Madrid el dia 12. No hay expresiones con que pintar el júbilo de los habitantes de la capital, al ver entre ellos á tan nombrado guerrero; victoreábanle sin cesar de dia y de noche, cantaban canciones patrióticas en su loor; pero él lejos de adormecerse con aquellas mues-

tras del público afecto, se presentó el 14 á su General y le dijo. « Exemo. Sr. : si V. E. me lo permite, tengo que hacer : he dejado puesto sitio con mi division á Guadalajara, y ya seré allí necesario » En efecto ; el 15 se entregó prisionera la guarnicion, y el 16 entró triunfante en aquella ciudad, que por tres años habia sido el punto céntrico de todas las operaciones militares y tramas dirigidas contra él. Continuó el Empecinado dando dias de gloria á la patria, y una constante y no interrumpida serie de acciones, hasta que los avisos de sus confidentes de Madrid y los movimientos del enemigo manifestaron su próxima retirada de la Corte ; y preparándose á tan notable acontecimiento, el 21 de Mayo de 1813, ocupó la ciudad de Alcalá. Noticiosos los franceses de la proximidad de un enemigo tan formidable en aquellas críticas circunstancias, trataron de alejarle á toda costa, y al efecto destacaron contra él y contra la ciudad 2,000 infantes, 300 caballos, y 2 piezas de grueso calibre : minutos antes de que llegasen, tuvo el Empecinado aviso de su marcha ; con su acostumbrada serenidad hizo desfilar sus tropas para tomar posicion sobre el puente, al mismo tiempo

que entraban los franceses batiendo marcha : al amanecer del 22 , se rompió el fuego por ambas líneas ; en vano intentaron los franceses pasar el Henares ; la infantería sufrió durante tres horas el fuego del cañon , y á pesar de ser duplicadas las fuerzas enemigas , defendió el puente y vados con inimitable valor , hasta que arrojándose por último á la bayoneta obligó al enemigo á retirarse precipitadamente hasta S. Fernando.

La ciudad de Alcalá en agradecimiento al ilustre caudillo y á sus bizarras tropas , y deseando perpetuar tan glorioso suceso , acordó que se erigiese una pirámide en el sitio de la batalla , con la siguiente inscripcion. « *D. O. M. La ciudad de Alcalá de Henares , dedica este monumento á la memoria de las valientes tropas de S. M. el Sr. D. Fernando VII , mandadas por D. Juan Martin , el Empecinado , Mariscal de Campo de los reales ejércitos , en reconocimiento de haber salvado á sus moradores del saqueo y de la muerte , arrollando y venciendo á los franceses la mañana del 22 de Mayo de 1813 , que en doble número atacaron por este puente. (*)*

(*) Gaceta de Madrid de 18 de Abril de 1816.

Libre la capital de la monarquía de las tropas invasoras, y publicada y planteada la Constitución promulgada en Cádiz el año de 1812, hallábase acantonada la division del Empecinado en las ventas del Espíritu Santo, y fue invitado por las autoridades y el pueblo á entrar con ella á guarnecer la carrera de la procesion del Corpus. Desde sus acantonamientos hasta su alojamientos, fue acompañado y aclamado sin cesar por un inmenso gentio; y el Ayuntamiento, entre otros obsequios, le regaló una magnífica montura y otras prendas militares de mucho gusto y valor. Incorporado despues con su division al segundo ejército á que pertenecía, continuó distinguiendose en nuevas y repetidas acciones, hasta que terminó la guerra de la independencía.

Restablecido Fernando VII en su trono, y destruida con el decreto de 4 de Mayo de 1814 la Constitución del Estado, olvidando los inmensos sacrificios que por su libertad y por conservarle el trono habia hecho la nacion magnánima, cuyas ruinas acababa de pisar á su paso hasta Valencia, la sumió en todos los horrores de una espantosa reaccion, y restableció un Gobierno absoluto, incompatible ya con las ideas del siglo,

y con los principios que habian propagado en el pueblo español sus mismos invasores. Una de las consecuencias de aquel deplorable trastorno fue la disolucion de la quinta division del segundo ejército, de la cual solo quedó el regimiento de caballería de voluntarios de Guadalajara, del que era Coronel el Empecinado. Disuelta la division se presentó este al Rey, quien le recibió con marcada indiferencia. Concurrió en la Córte á algunos besamanos hasta que se presentó al Rey, no se sabe si conducido por las ideas de libertad con que se habia connaturalizado, ó sugerido de algunos amigos apasionados á ella, con la noble osadia de poner en sus reales manos, en aquellos dias de furor contra los liberales, una representacion pidiéndole el restablecimiento de la Constitucion, como el solo origen de la felicidad de los pueblos, y como el mejor título de gloria que pudiese alcanzar en su reinado. Este rasgo de patriótico arrojo del Empecinado atrajo contra él el desagrado del Rey, y sin embargo no le causó otra desgracia que la de ser confinado de cuartel á Valladolid, donde quedó oscurecido en un estrecho alojamiento, un español cuyo nombre habia llenado de gloria y extraordinario

aprecio por espacio de seis años á toda la Península.

Allí permaneció hasta que restablecida la Constitución en 1820, fue nombrado segundo Cabo de aquella provincia. En Enero de 1821, se le confirió el gobierno de Zamora, y con retencion de este destino se le comisionó en Abril siguiente en la persecucion del rebelde Cura Merino, cuya faccion batió y destruyó por tres veces que tuvo la suerte de alcanzarla. En 9 de Julio de 1822, á consecuencia de los acontecimientos de los dias anteriores, corrió á Madrid á ofrecer sus servicios, y á los pocos dias se le encargó el mando de una columna, destinada á la persecucion de una partida de facciosos que apareció en tierra de Sigüenza, y á la cual destruyó en un solo encuentro. Habiendo regresado á Madrid, y aproximándose á la capital la faccion de Besieres, se le encargó el mando de la caballería destinada á su persecucion, y con ella consiguió enmendar entre Guadalajara y Brihuega la derrota sufrida por el general Odali, recuperando la artillería perdida. En Abril de 1823, fue destinado á la persecucion de las facciones de Castilla, dirigidas por Merino, Cuevillas y otros, y que servian como de van-

guardia al ejército francés; tuvo con ellas repetidas acciones, en circunstancias muy extraordinarias, hasta que el General Plasencia que mandaba en Estremadura le dió la orden de pasar á Cáceres para reponer las autoridades constitucionales, depuestas por el populacho sublevado. Desempeñó aquella comision con valor y prudencia reponiendo las autoridades, dictando las providencias mas oportunas para asegurar la tranquilidad pública, y retirándose despues de orden del General á la villa de S. Vicente de Alcantara. Allí recibió la capitulacion hecha por dicho General con el de los facciosos Laguna, en la cual se le habia comprendido á él y á su tropa.

Habilitado con el correspondiente pasaporte en toda regla, retirábase al pueblo de su naturaleza, Castrillo de Duero, cuando fue sorprendido por una partida de foragidos que se titulaban realistas de la villa de Roa, á cuyo punto le llevaron preso, atormentado de los insultos, algazara y atropellamientos de los mismos, á quienes en la guerra de la independencia habia librado mil veces del saqueo, de la muerte, y del esterminio de sus hogares y familias. Maudósele formar causa y estuvo encargado de ella el corregidor, menospreciando

escandalosamente la cualidad, categoría y fuero militar de que disfrutaba. Era el corregidor Don Domingo Fuentesnebro, que habiendo sido preso en la guerra de la independencia como afrancesado, y puesto á disposicion del Empecinado para fusilarle, no se verificó sin embargo por un efecto de humanidad á que tan mal correspondió despues. Del proceso instruido por aquel juez para sentenciarle indefenso á la pena de horca, nos dá una idea la representacion que dirigió al Rey su esposa Doña Tarcia Díez, el 26 de Junio de 1825, de la cual estractamos lo siguiente:

«El Corregidor le ha formado la causa valiéndose de testigos falsos y ganados, segun notoriedad, con un escribano ignorante, sanguinario y brutal, su encarnizado enemigo, confabulado con el mismo juez y testigos informantes tambien confabulados, de lo que resultan en vez de hechos verdaderos, calumnias atroces, hechos exagerados, falsos y fingidos... Tiene sin comunicacion al Empecinado, sin alimentos, sin auxilios de su familia y amigos, y privado de hablar al que hizo nombrar su defensor, hombre sin instruccion alguna, para hacer creer al vulgo ignorante con este ardid que el Empecinado

se defendía, estando en verdad absolutamente indefenso... El Corregidor hizo pasar al Empeinado el día de su encarcelamiento por debajo de la horea, en señal de que se la preparaba; le tuvo cuatro días sin alimento, hasta que un honrado eclesiástico le permitió le socorriese estando ya moribundo... En su prision le echan perros y gatos muertos y otras inmundicias, y hasta pellejos encendidos con grasa con el objeto de ahogarlo con su pestífero humo... Le han hecho fuego siete veces salvándose como por milagro, y le han sacado á la vergüenza pública otras muchas, apaleándole, conducido como en triunfo de la venganza entre un infatuado populacho, frenético, seducido y atizado por aquellos mismos que debían impedirlo.»

Reclamaba su esposa la piedad y el honor de la Magestad, la vindicta pública, las leyes, los sentimientos y preceptos de la Religion, los derechos de la humanidad y de la justicia, y suplicaba á S. M. que tomando en su real consideracion la pública y solemne capitulacion bajo cuyo sagrado creia á su esposo al abrigo de las leyes, cuando no tuviese á bien dispensarle sus efectos y consecuencias, se dignára mandar

se le proveyese de pasaporte para salir de los dominios de España. A consecuencia de esta súplica, y de otros pasos dados por varios amigos del desgraciado General en las legaciones inglesa y francesa, y con el General Burmond, se comunicó orden al Capitan General de Valladolid para que estragase de Roa al infeliz Empecinado; pero el oficial que pasó allí al efecto con la correspondiente fuerza, se dejó sorprender por una real contraorden desconocida, verdadera ó fingida, que le manifestó el Corregidor, rodeado de un pueblo que él mismo habia amotinado, y tuvo la debilidad de retirarse á Valladolid con copia de aquella contraorden, y con escándalo de todos los amantes de la justicia, y asombro é indignacion de los militares instruidos en las ordenanzas.

Finalmente, sentenciado el Empecinado á la pena ordinaria de horca, sufrió tan injusto como atroz castigo en la villa de Roa, de un modo y con unas circunstancias que no queremos describir, para evitar la publicacion de un borron indeleble en la civilizacion del siglo actual. Solo los que como nosotros han tenido la desgracia de presenciar las repetidas reacciones que se han

verificado en nuestra patria, podrán comprender los actos atroces á que dá lugar el funesto espíritu de partido. Solo así pueden esplicarse actos tan feroces, y que en otras circunstancias serian un padron de infamia para el pueblo que los cometiera y la nacion que los consintiese.

Ya que hemos concluido con la narracion de los hechos y hazañas del Empecinado y con la sensible descripción de su triste fin, no consideramos fuera de propósito consignar aquí algunos de los rasgos que distinguian al hombre que llegó á adquirir, durante la guerra de la independencia, una fama europea, y cuyo nombre ha servido para caracterizar en cierto modo en el extranjero á todos los partidarios y gefes de guerrilla, que tanto en la guerra de la independencia como durante nuestras disensiones civiles se han levantado.

Era el Empecinado el primero á entrar en los combates, entusiasmando con su ejemplo á sus soldados, y á pesar de arrojarse donde conocia que era mas necesaria su presencia y donde estaba el mayor peligro, en medio de tantas acciones y reñidos combates solo recibió tres heridas de gravedad, una en un brazo, otra en el

pecho y otra en la cabeza, y cinco de menor consideracion; tuvo sí muchas contusiones causadas principalmente por caidas del caballo, á pesar de manejarlo con destreza, preciándose de buen jinete.

Era de regular estatura, robusto, lleno de cara, de rostro moreno, y bien compartido, y de negra y poblada barba: tenia los ojos vivos y centelleantes, era ancho de pecho y espalda, y de nervudos brazos. Duro para las fatigas, dormia poco; era muy frugal en las comidas, pero nimio en su aseo y curiosidad; cuidaba poco de la delicadeza y lujo en el vestir, y su alma no era insensible á la belleza: un tanto tardio en sus resoluciones, pero las ejecutaba con tanta rapidez como constancia despues de adoptadas: amigo de sus amigos, no conocia mas enemigos que á los franceses y á los que lo eran de su patria. No tuvo hijos legítimos, pero se asegura haber dejado reconocidos dos naturales: tuvo dos hermanos, compañeros de armas suyos en casi todas sus empresas, y de los cuales el uno perdió tambien la vida en defensa de la libertad.

El sobrenombre de Empecinado, que como llevamos dicho se dió á D. Juan Martin, fue

elevado despues en virtud de una real resolucion á apellido de su familia. Apellido que figurará con distincion en los anales de la gloriosa lucha que sostuvo el pueblo español por defender su independencia.

Ultimamente acaba de abrirse una suscripcion para erigir un monumento en memoria del Empecinado, en la villa de Roa, donde tuvo el triste fin que hemos referido.

Despues de lo que llevamos espuesto acerca del personage que comprende esta biografia, oigamos lo que acerca del mismo ha dicho un historiador español célebre, que como otro Tácito tan bien ha pintado la gloriosa época de la guerra de la independencia (1). Hablando de los guerrilleros españoles y de sus partidas dice así:

« Distinguióse desde los principios la de Don Juan Martin Díez, que llamaron el *Empecinado*, apodo que dan los comarcanos á los vecinos de Castrillo de Duero de donde era natural. Soldado licenciado despues de la guerra de Francia de 1793, pasaba honradamente la vida dedicado á la fa-

(1) El Conde de Toreno. *Historia del levantamiento guerra y revolucion de España*, t. II, p. 318.

branza en la villa de Fuentecen. Mal enojado como todos los españoles con los acontecimientos de Abril y Mayo de 1808, dejó la esteva y empuñó la espada, hallándose ya en las acciones de Cabezon y Rioseco. Persiguiéronle despues envidias y enemistades, y le prendieron en el Burgo de Osma, de donde se escapó al entrar los franceses. Luego que se vió libre reunió gente, ayudado de tres hermanos suyos; y empezando en Diciembre á molestar al enemigo, recurrió en Enero y Febrero con fruto los partidos de Aranda, Segovia, tierra de Sepúlveda y Pedraza. Aunque acosado en seguida por los enemigos, internándose en Santa Maria de Nieva, recojió en sus cercanias muchos caballos y hombres. Con tales hechos se estendió la fama de su nombre, mas tambien el perseguimiento de los franceses, que enviaron en su alcance fuerzas considerables, y prendieron como en rehenes á su madre. Casi rodeado, salvose en la primavera con su partida, y sin abandonar ninguno de los prisioneros que habia hecho, yendo por las sierras de Avila, se guareció en Ciudad Rodrigo, etc. »

Y mas adelante: (*)

(*) Tomo III página 131.



«D. Juan Martín, el Empeinado, guerreaba allende la cordillera carpetana, mas buscado en Setiembre por la Junta de Guadalajara, acudió gustoso al llamamiento. Comenzó aquel caudillo á recorrer la provincia, y no dejando á los franceses un momento de respiro, tuvo ya en los meses de Setiembre y Octubre choques bastante empeñados en Cogolludo, Alvarés y Fuente la Higuera. Los franceses para vencerle recurrieron á ardidés. Tal fue el que pusieron en planta en 12 de Noviembre, aparentando retirarse de la ciudad de Guadalajara, para luego volver sobre ella. Pero el Empeinado, despues de haberse provisto de porcion de paños de aquellas fábricas, rompió por medio de la hueste que le tenia rodeado, y se salvó. Pagó en seguida á los franceses el susto que entonces le dieron, principalmente sorprendiendo el 24 de Diciembre en Mazarrulleque á un grueso trozo de contrarios.»

Así habla el ilustre historiador del personaje cuya vida hemos bosquejado. El esclarecido Conde no tuvo que escribir con su elevado estilo, mas que las glorias y hechos de armas del caudillo; ¡nosotro hemos tenido que referir sus persecuciones y su desastroso fin!





EL GENERAL MORILLO.

Personajes célebres del Siglo XIX.



D. PABLO MORILLO,

CONDE DE CARTAGENA.

«Nam genus et proavos et que non
fecimus ipsi, vix ea nostra pulo.»

OVID. METAMORPH.

«Qui sert bien son pays n' a pas
besoin d' aleux.»

VOLTAIRE -- MEROPE.

El guerrero ilustre cuya vida pública vamos á compendiar, no existe ya sino por la memoria de sus hazañas y el grato recuerdo de sus contemporáneos. Referiremos los hechos consignados en documentos oficiales, sin alterar su verdad, y sin que sirva de guia á nuestra pluma afecion de ninguna especie. El Sr. Conde de Toreno hizo ya

larga y honrosa conmemoracion del valor y pericia de este General, en su inapreciable *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*: nosotros nos proponemos acopiar aqui algunos materiales para la de los acontecimientos ulteriores, y en especial para la de la emancipacion de nuestras colonias del Nuevo Mundo, en la cual ocupará siempre el mas alto lugar el conquistador de Cartagena, cuyas campañas en el Virreynato de Santa Fé, no solo son superiores á todo encarecimiento, sino que pasarán tal vez por fabulosas algun dia.

Los estrechos limites en que debemos encerrarnos no nos permitiran detallarlas menuda y estensamente, ni hacer sobre ellas las muchas y graves reflexiones á que dan márgen, y que haran seguramente mucho mejor que nosotros todos los lectores, que al conocimiento de aquel dilatado pais, reunan el de los principios generales del arte de la guerra.

Nació D. Pablo Morillo en 5 de Mayo de 1778, en el lugar de Fuentes Secas, jurisdiccion de Toro, y á tres leguas de distancia de esta ciudad, siendo sus padres D. Lorenzo y Doña Maria Morillo. No contaba aun trece años, cuando sa-

liendo una noche de música con otros mozos y jóvenes del pueblo , vieron que se dirigia hácia ellos un grupo de gentes; y creyendo que se acercaban para impedirles la diversion ó causarles algun daño , les hicieron frente , disparándoles algunas piedras; mas como del grupo que se iba aproximando , saliese una voz , que dijo: *La justicia* , huyeron aturdidos. El temor del castigo por un hecho que pudiera atribuirse á insulto y resistencia á la autoridad , y el deseo de evitar la justa cólera de sus padres , obligaron al joven Morillo á huir á Toro , y á sentar plaza en 19 de Marzo de 1791 en una bandera del real cuerpo de Marina que alli habia.

Destinado al Departamento del Ferrol, empezó pronto á dar muestras de su valor y á pagar con su sangre el aprendizaje de las armas, pues apenas habia cumplido 15 años, cuando se halló en Mayo de 93 en el desembarco en la Isla de S. Pedro, en Cerdeña, y despues en la toma de Tolon, donde concurrió á siete acciones hasta el acto de su abandono, en el cual salió herido.

Pasando luego á Cataluña, se halló en el desembarco de Lauzada, en la acción del 13 de Agosto de 94, en las alturas de Cullera, y en el

sitio del castillo de la Trinidad en Rosas, durante el cual hizo dos salidas en guerrilla, y se embarcó en una lancha sufriendo varios dias el fuego de los enemigos. Posteriormente fue hecho prisionero á bordo del navio S. Isidro en el combate naval de 14 de Febrero de 97; estuvo en el bombardeo de Cádiz por los ingleses, y asistió á las acciones del 5 y 7 del mismo año.

Estos méritos y servicios, en el ejército de tierra hubieran allanado á Morillo el camino á las clases superiores de la milicia, abierto siempre á las virtudes militares y al talento; pero en la Marina no pudieron tener mas recompensa que la del ascenso á Sargento segundo, que obtuvo en 1.^o de Octubre de 97. Siendo aquel cuerpo científico, excluía de la clase de oficiales á los que no hubiesen entrado á servir de Guardias-Marinas, y hecho sus estudios en los colejos de los departamentos.

Sin salir de la clase de Sargento, concurrió á la accion de 21 de Octubre de 1805, sobre el cabo de Trafalgar, á bordo del navio S. Ildefonso, donde fue herido y prisionero; y se halló despues en el flotante Argonauta, en la rendicion de la escuadra francesa en Cádiz.

Diez y siete años permaneció en este estado de nulidad, oscurecido en las clases inferiores de la milicia, el hombre llamado por sus prendas y cualidades á dar muchos dias de esplendor á su patria. ¡Tan cierto es que los talentos necesitan la reunion de varias y determinadas circunstancias para desarrollarse, cual las semillas de los vegetales para desenvolver el gérmen del fruto que en su seno encierran!

La gloriosa guerra de la independencia que encendió en España la alevosa invasion de Napoleón en 1808, presentó á todos los españoles la ocasion favorable de acreditar su patriotismo, y un teatro apropiado para desplegar sus virtudes. No fue seguramente Morillo de los mas perezosos en acudir al llamamiento de la patria; promovido ya en 2 de Junio á Subteniente del regimiento de infantería, voluntarios de Llerena, que se creaba entonces, concurrió en 19 de Julio inmediato á la memorable batalla y gloriosa victoria de Bailen, que tanto contribuyeron á los grandes y señalados acontecimientos, que tuvieron sucesivamente lugar en Europa.

Pasando Morillo poco tiempo despues á Estremadura, se halló en el sitio y rendicion de

la plaza de Yelves; pasó desde allí al pueblo de Almaráz, donde con 200 hombres batió en 18 de Diciembre á 150 caballos enemigos; y atacado por ellos al dia siguiente, se retiró hasta el puente de el mismo nombre, se hizo fuerte en él, y consiguió rechazarlos. Destinado con la misma fuerza al puente del Conde, y acometido el dia 22 por tropas superiores, las repelió por tres veces, causándoles mucha pérdida. El premio de estos servicios, fue el ascenso inmediato á Teniente en 20 de Diciembre; y habiendo reunido á 25 paisanos, la mayor parte sin armas, en 4 de Enero de 1809, acometió en las inmediaciones de la Calzada de Oropesa á 37 infantes enemigos, matándoles cinco y haciéndoles veinte y nueve prisioneros.

No podian estar ocultas por mucho tiempo las grandes disposiciones y qualides militares de Morillo, y mucho menos á la penetracion del vencedor de Bailen, cuya vista perspicaz nunca perdonaba la menor ocasion de sacar partido, no solo de las disposiciones y talentos, sino hasta de las flaquezas de que ningun hombre se halla exento. Asi fue que habiéndole escrito el Sr. Saavedra, Ministro á la sazón, que la Junta

Central necesitaba una persona á propósito para enviarla á Galicia á propagar la alarma, le designó á Morillo, quien al efecto, promovido á Capitan del regimiento de voluntarios de España en 22 de Enero, y nombrado en 18 de Febrero para llenar aquella mision, pasó á Galicia inmediatamente; y con varios patriotas que allí se le reunieron, consiguió la rendicion de la plaza de Vigo en 17 de Marzo.

Procedió luego á formar un regimiento de infantería con el nombre de la Union, cuyo mando se le confirió en 27 de Abril, despues de haber sufrido el 13 del mismo, con solos 300 hombres para fuego, ochocientos armados de cluzos, y cuatro piezas de artillería, el ataque que le dieron en el puente de S. Payo los enemigos en número de tres mil infantes y seiscientos caballos, á quienes causó la pérdida de quinientos hombres, obligándoles á retirarse; y persiguiéndolos dos dias despues desde Pontevedra al Padron, les mató cuatrocientos hombres y se apoderó del puente de Zesures que defendian con dos piezas de artillería.

Aleccionados los enemigos con aquellos descalabros, se hicieron mas cautos, y reunieron tan

considerable número de fuerzas, que atacando á Morillo en la Salud lograron dispersarle, rehaciéndose sin embargo sus tropas en los baños de Cuntis, donde fue nuevamente atacado y perseguido en su retirada al puente de S. Payo, que ejecutó con el mayor orden. Conociendo Morillo la importancia de aquel punto, fue su primer cuidado ponerle en estado de defensa; al efecto sacó la artillería que los enemigos habían arrojado al agua cuando rompieron por aquella parte, levantó varios atrincheramientos, y por último cortó dos ojos del puente en su primer tercio, y otro á la entrada. Los acontecimientos ulteriores de la guerra justificaron el acierto de aquellas medidas, pues contribuyeron en gran manera á las acciones que allí sostuvo el Conde de Noroña en 7 y 8 de Junio (*), en las que Morillo mandó una columna.

Antes de esta victoria había concurrido ya en 23 de Mayo á la toma de Santiago, siendo el primer jefe que entró en aquella ciudad arrollando á los enemigos en las siete posiciones

(*) TORESO, *historia del levantamiento guerra y revolucion de España*. T. 2 pág. 385.

que tomaron en sus calles, y persiguiéndolos legua y media por el camino de la Coruña. Por último, terminó Morillo la campaña de este año pasando á Castilla á tomar parte en la accion de Tamames de 18 de Octubre, y en las que se dieron en 23 y 28 de Noviembre en Medina del Campo y Alva de Tormes.

Destinado al ejército de la izquierda en la siguiente campaña de 810, mandó una division volante en la sorpresa de Miajadas en 29 de Marzo, concurriendo con ella despues á las acciones del castillo de Feria de 19 y 27 de Mayo y 6 de Junio, y en la que se dió el 28 en Burguillos. El 5 del siguiente Julio fue atacado en Jerez de los Caballeros; despues de pelear durante todo el dia con estraordinario denuedo hubo de retirarse á Salvatierra. En vano cargaron sobre él mas de 6,000 hombres, pues con los 1,200 que mandaba, los rechazó constantemente, causándoles la asombrosa pérdida de 1,500, segun confesion de los mismos contrarios. Esta accion y la sorpresa de Fuente-Ovejuna, que mandó Morillo en 7 de Setiembre, y de la cual salió otra vez herido, forman las mas señaladas á que concurrió en aquel año.

Sitiado Badajoz á principios del de 1811, mandó Morillo una brigada en la salida que se hizo de la plaza para tomar las baterías de S. Miguel en 7 de Febrero, y en las acciones que tuvo dos dias despues en Evora la división á que pertenecía.

Atacada esta el 19 en los campos de Santa Engracia, dispersada casi en su totalidad y hecha la mayor parte prisionera; trató Morillo de restablecer el orden con su regimiento de la Union, formándole en columna y retirándose á las alturas inmediatas de S. Cristóbal, donde se hizo fuerte. Vinieron sobre él los enemigos con tan crecidas fuerzas, que hubo de formar el cuadro y emprender asi su retirada á Yelves. Tres veces le cargaron los enemigos con la mejor caballería que tenían, y recibidos otras tres con serenidad y denuedo, fueron rechazados en todas con gran pérdida.

Por mas que los gobiernos, asi como los pueblos, solo aprecien en lo general los hechos militares por su próspero ó adverso resultado, el que entonces regia la nacion mostró bastante grandeza de alma, para apartar por un momento la vista del desastre que acababan de experi-

mentar nuestras tropas, y fijarla en el arrojo y bizarría con que el regimiento de la Union habia logrado sostener el honor de las armas. Concedióle llevar al lado izquierdo del pecho un escudo bordado de plata, en campo verde, en que se señalaban las cargas de la caballeria, y se figuraba el cuadro de infanteria que la rechazaba, y en cuya orla se leian estas palabras: *Premio á la Union en 19 de Febrero de 1811.* Morillo obtuvo igualmente en 14 de Marzo la confirmacion del grado de Brigadier que le habia sido conferido sobre el campo de batalla.

Pasando despues á mandar una division en el 4.^o ejército, destrozó con ella en la sorpresa de Belalcázar, en la noche del 6 al 7 de Junio la columna móvil del coronel Normand; y no fue menos feliz en la de Esparragosa del Lareo en 1.^o de Junio.

A pocos dias hubo de emprender su retirada de Despeñaperros á D. Benito y Cáceres; en Villanueva del Duque batió el 16 de Julio una columna enemiga, y tuvo otras varias acciones hasta que el 28 del mismo en la de Arroyo-Molinos, en la cual mandaba Morillo la infantería española, se obtuvo un completo triunfo sobre la divi-

sion enemiga á cargo del general Girard, causándole la pérdida de 400 muertos y heridos, entre ellos el general Dombrowsky, y haciendo prisioneros al general Brun, al Príncipe de Aremberg, al gefe de Estado Mayor Idri, un gran número de oficiales y 1,400 soldados.

Señaló Morillo los primeros dias del año de 12, saliendo el 5 de Enero de Montanches, para hacer con su acostumbrada actividad y destreza, una excursion á la Mancha, llegando hasta Almagro, entrando el 14 en Ciudad-Real, y regresando á Estremadura despues de causar pérdidas considerables á los franceses. Permaneció por largo tiempo en esta provincia con el ejército aliado al mando del general Hill, destinado por Lord Wellington á cubrirla, mientras él se adelantaba por Castilla. En Mayo de 1813 arrojó de Alva de Tormes un cuerpo enemigo de infantería y caballería, distinguiéndose en aquella jornada los cazadores de la Union y de Doyle. Continuó sus movimientos el ejército aliado, forzando por fin al enemigo á la memorable batalla de Vitoria. Maudaba aquel dia Morillo la division española del ala derecha, y tuvo la gloria de que le tocase empezar el combate contra la izquierda

enemiga, atacándola con gallardía en las alturas que ocupaba; no abandonó el puesto, á pesar de quedar herido, y obtuvo en 3 de Julio la faja de Mariscal de Campo.

Arrojados ya los enemigos del territorio español y perseguidos por los aliados dentro del suyo, el 10 de Noviembre acometió Morillo con su division los apostaderos de los contrarios en las faldas del Mondarin, se apoderó de algunos de ellos, protegiendo de aquel modo las maniobras de los ingleses. Retiradas al pais las tropas españolas, solo quedó en Francia la division de Morillo; con ella pasó el 9 de Diciembre el Nive, por los vados de la Isleta y Cabarre, y se enseñoreó del cerro de Urcuray y otros inmediatos, desalojando á los franceses que intentaron hacerse fuertes en ellos. Continuó teniendo parte activa en todas las operaciones del ejército aliado, hasta que la suspension de armas concluida en 18 y 19 de Abril de 1814, puso fin á las hostilidades y término á la tenaz y gloriosa guerra de la independencía. No por eso concluyeron las fatigas del general, pues repuesto apenas de las que por espacio de seis años de una lucha tan reñida como desastrosa acababa de sufrir, le es-



peraban ya otras de mayor tamaño y de distinta naturaleza.

Nombrado en 14 de Agosto capitán general de las provincias de Venezuela, y general en jefe del ejército expedicionario de Costa-Firme, con orden expresa de reparar la división con la que tantos triunfos había conseguido y de reforzarla con otras tropas, tuvo que dedicar á esto todos sus cuidados, hasta que en el mes de Noviembre partió para Cádiz á reunirse con la división que se hallaba ya en aquel puerto, compuesta de seis batallones de infantería, dos regimientos de caballería, dos compañías de artillería de á pie, una de obreros y un escuadrón de artillería á caballo. Las fuerzas marítimas que bajo el mando independiente del brigadier D. Pascual Enrile, formaban parte de la expedición, constaban del navío S. Pedro Alcántara de 64, de las fragatas Diana é Ifigenia de 34, de una corbeta de 22, de una goleta de 8, y 13 faluchos cañoneros.

El día 17 de Febrero de 1815 dió la escuadra la vela de Cádiz con un convoy de 70 transportes; el 3 de Abril recaló en la isla de Tabago y el 4 fondeó en Puerto-Santo. Reunido allí al ejército expedicionario el teniente coronel Don

Francisco Tomás Morales, comandante de las fuerzas de barlovento, zarpó toda la escuadra el 7 y se presentó delante de la isla de Margarita, que fue ocupada el 10 á discrecion, sin necesidad de recurrir á las armas, despues de algunas negociaciones. El primer cuidado del general fue restablecer en ella la paz y tranquilidad indultando á los rebeldes, segun el espíritu de las órdenes que llevaba; nombrando autoridades, arreglando la guarnición y todos los ramos de la administracion pública, y adoptando cuantas medidas creyó oportunas para la quietud y bienestar de los habitantes.

El 22 del referido mes salió la escuadra de Margarita á hacer aguada en la isla de Coche, delante de la cual se incendió el 23 el navio San Pedro Alcántara. El mismo dia, y antes de aquella catástrofe, se habia embarcado Morillo de madrugada para Cumaná en la fragata Diana; y la plana mayor y todo el convoy dió la vela para dicho punto el dia siguiente. El 2 de Mayo publicó Morillo en Cumaná un bando para prevenir la indisciplina del ejército, y recogió las banderas de las tropas leales del pais, colocándolas en la Iglesia, y dándoles otras mas españolas.

Fue esto como un preliminar para suavizar la guerra sin cuartel que allí se hacia desde mucho tiempo, y en apoyo de esta medida y entre otras disposiciones relativas al orden y disciplina, mandó que el que diese muerte en el campo de batalla á un enemigo rendido fuese pasado por las armas; lo cual se llevó á efecto.

Organizada en Cumaná la pequeña division que se envió al Perú por el Istmo de Panamá, al mismo tiempo que pasaron seis compañías de infantería á Puerto-Rico; despues de haber tomado varias providencias para el arreglo militar y régimen civil de las provincias de Oriente y sus llanos, marchó con el resto de las fuerzas á la Guaira, partiendo de allí el general Morillo para Caracas, adonde llegó el 11 de Mayo, anunciándose en la proclama que dirigió á sus habitantes como un hermano que iba á llevarles la paz y tranquilidad, ahuyentadas por el génio de la discordia de aquel desgraciado suelo. ¡ « Cuán grato me será en mi vejez les decia, el oír que sois felices! Yo me diré entonces con orgullo: *los puse en el camino de la dicha, sofocando los partidos y conservándolos leales al Rey.* »

Desde su entrada en la capital de Venezuela

no tuvo un momento de descanso. Reducido á cenizas, como hemos dicho, el navío S. Pedro Alcántara, y los caudales, víveres y municiones que encerraba, era preciso examinar detenidamente el estado del país y los recursos con que podia contar para las grandes operaciones que le llamaban á otros puntos distantes. Tocó la desolacion de los pueblos, y compadeció sus desgracias; pisó los funestos lugares que habian sido teatro de las mas bárbaras é inauditas carnicerías; vió por último las señales de las hogueras en que habian espirado entre crueles tormentos centenares de inocentes, sin mas delito que haber nacido en Europa, y las regó con sus lágrimas. (*)

(*) La proposicion segunda del manifiesto de las provincias de Venezuela, firmado por Antonio Nicolás Briceño en Cartagena de Indias á 18 de Enero de 1813, empezaba por estas notables palabras: «Como esta guerra se dirige en su primer y principal fin á destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos, en que van incluidos los isleños (los de Canarias), quedan por consiguiente escludidos de ser admitidos en la expedicion por patriotas y buenos que parezcan, puesto que *no debe quedar ni uno solo vivo.*»

En la noveua se decia: «Se considera ser un mérito suficiente para ser premiado, y obtener grados en el ejército el *presentar un número de cabezas de españoles europeos*, incluidos los isleños: y así el soldado que presen-

Concluidos los preparativos necesarios para la grande expedicion que iba á emprender sobre el nuevo Reino de Granada , marchó inmediatamente á visitar el interior de la provincia en 1.º de Junio. Pasó por los hermosísimos valles de Aragua , llegó á Valencia del Rey y se trasladó en seguida á Puerto-Cabello , donde estaban reunidas las fuerzas de mar y tierra que debian ir al virreinato de Santa Fé, incluidas las tropas del país que se pudieron reunir. Por aquel tiempo obtuvo Morillo el despacho de Teniente General.

Antes de dar la vela de Puerto-Cabello para Cartagena , se despidió en 10 de Julio de los habitantes de Venezuela , y apenas llegó á las costas de aquella provincia, hizo dirigir la voz á los americanos del nuevo reino de Granada por el Intendente D. José Domingo Duarte , anunciándoles las pacíficas intenciones del ejército real. Creia el General que seria escuchada la voz de aquel gefe por ser compatriota de los insurgentes, y haber residido muchos años en aquella capital.

C

tare veinte cabezas de dichos españoles será ascendido á Alferrez vivo y efectivo ; el que prescutare treinta , á Teniente ; el que cincuenta á Capitan , etc.

Desgraciadamente fueron desechadas con altanería, sus ofertas, y no le quedó otro medio que recurrir á las armas.

Desembarcó luego en Santa Marta, y allí dispuso que una division, á las órdenes del Brigadier D. Pedro Ruiz de Porras., marchase á Mompox para sostener aquel punto á todo trance, vigilar los rios Cauca y Magdalena, destruir ó atraer á sí el cuerpo que tenia Bolivar, auxiliar el paso de la vanguardja mandada por el Coronel Morales, proteger el movimiento que debia hacer para amagar un ataque sobre Santa Fé de Bogotá la division del Coronel Calzada, y conyugar al buen éxito del sitio de Cartagena. Dispuso tambien que pasase á la Isla de Jamaica el Intendente, para proporcionar recursos; y despues de adoptar otras disposiciones, partió para Cartagena, quedando investida y bloqueada dicha plaza el dia 12.

Podia el General haberla destruido en poco tiempo, pero prefirió las fatigas y penalidades de un sitio prolongado, á la dolorosa certidumbre de la pronta ruina de Cartagena. En vano dirigió la voz á los pueblos, ofreciéndoles la paz y amenazándoles con que, *si se atreviesen á volver*

sus armas contra S. M. , su país sería en breve un vasto desierto.

Continuó el sitio durante el cual se hicieron varias expediciones para ocupar las provincias inmediatas y allegar víveres en la de Santa Marta, mientras se iban apoderando nuestras armas de las islas que forman la bahía , hasta encerrar las fuerzas marítimas enemigas en la parte interior; dirigiendo todas las operaciones del bloqueo y los ataques de mar , el General D. Pascual Enrique , y habiendo quedado escarmentados los enemigos que se hallaban en Santa Fé , al intentar hacer levantar el sitio de Cartagena. Prolongábase este á pesar de las humanas y templadas amonestaciones del General , desde Torrecilla en 22 , 23 y 24 de Setiembre y 4 de Octubre; crecía la penuria de los sitiados, que tampoco oyeron las generosas ofertas que se les hicieron de nuevo en 4 de Diciembre, hasta que por último el 6 , despues de 116 dias de un sitio en que no hubo clase de calamidad que no sufriesen los sitiados , embarcándose los gefes con la guarnición venezolana , huyeron de la plaza y la abandonaron. Ocupáronla inmediatamente los sitiadores, que presenciaron el espectáculo mas doloroso al

ver el sin número de cadáveres insepultos que existían en las calles y en las casas. Dispuso el General su enterramiento, y que se atendiese al sustento de los pocos habitantes que habían podido resistir á los rigores del hambre.

Arreglado todo lo necesario para la próxima campaña, salió Morillo de Cartagena el 16 de Febrero de 1816, habiendo enviado antes una columna á la provincia de Antioquia, y dirigiendo al mismo tiempo por el rio de la Magdalena una numerosa flotilla con los equipages, víveres y municiones del ejército.

A su llegada á Mompox, principiada ya la campaña, recibió aviso Morillo de haber sido completamente derrotados los enemigos en Cachiri, y que Bolívar habia formado una expedicion con los medios y auxilios sacados de la Jamaica y Cayos de S. Luis, y que se dirigia segun unos a Cartagena, y segun otros á Caracas; todo lo tenia previsto el General, y aquellas noticias en nada alteraron su plan. Adviértase que desde Mompox, habia solicitado de S. M. que le relevase de un cargo tan superior á sus fuerzas.

No nos detendremos en la narracion de varias acciones de guerra que tuvieron lugar hasta el 1.º

de Abril, en que estaba ya Morillo en Ocaña, y á pesar de la seguridad que tenía de que las provincias de Socorro y Tunja, serian envueltas y ocupadas por sus tropas, invitó á sus habitantes á que no aumentasen sus males con una inútil resistencia. Dispuso entre tanto que algunas tropas siguiesen su marcha á Caracas en busca de Bolívar, á quien encontraron en efecto al desembarcar, dispersándole y obligándole á refugiarse en S. Toma.

En 24 de Abril, ntes en que supo el General haber sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica, publicó tambien inútilmente en Ocaña un indulto á los habitantes de aquel reino. Nuestras columnas atacaron entonces á los enemigos, y despues de repetidos combates entraron en la capital, llegando Morillo á ella á mediados de Mayo, mientras el ejército perseguía velozmente al enemigo, quedando en 29 de Junio deshecho el ejército que se habia opuesto á las tropas expedicionarias.

Con anticipacion á estas ocurrencias habia enviado Morillo sus órdenes á Quito, para que el ejército de aquella provincia marchase sobre la de Popayan, y se mantuviese en ella sin empeñar

accion decisiva, esperando la cooperacion de las columnas que debian ir sobre la misma provincia. Hicieron estas los mayores esfuerzos para llegar á tiempo al punto que se les habia designado; mas eran tan inmensas las distancias y tan escasos los recursos, que no pudiendo ejecutar las marchas con la velocidad que convenia, dieron lugar á que el enemigo atacase una division que se habia fortificado en Tambo del Rey, y que batió y derrotó completamente á los enemigos á pesar de su superioridad de fuerzas.

El dia 30 de Mayo, solemnizó Morillo los dias del Rey publicando un indulto en Santa Fé de Bogotá; y desde entonces dedicó toda su atencion á organizar los ramos de la administracion, restablecer la confianza pública y la seguridad interior, y promover la prosperidad comun por cuantos medios estaban á su alcance. Abriéronse nuevos caminos, reparáronse los antiguos, se hicieron puentes y calzadas, se establecieron posadas, y se propagó la vacuna, atendiendo al mismo tiempo á las artes, sin descuidar el socorro de los pobres y desvalidos; disposiciones todas que probabau que el General no era menos

esperto en el manejo de los negocios que en el de las armas.

Mientras el verano ponía término á las inundaciones del Arauca, anunció á los habitantes de los llanos y á los de la nueva Granada el movimiento que iba á emprender sobre Venezuela, amonestándoles á la paz.

No nos detendremos en especificar los males y privaciones sin término, que hubo de sufrir el ejército durante aquel movimiento, en marchas de centenares de leguas, por montañas heladas é inaccesibles, y abrasados desiertos, sin aguas ni subsistencia; nuestros heroicos soldados, lo arrostraron todo con una constancia y sufrimiento que renovaba la memoria de los Fernandez, de los Urreas, de los Garci-Fernandez de Silva, y de los demas esforzados capitanes que agregaron aquel vasto territorio á la corona de Castilla.

A mediados de Enero de 1817, pisó Morillo el suelo de Venezuela. Un cuerpo de 3,000 caballos insurgentes, mandados por Paez, habia atacado al General Latorre, dos dias antes de su incorporacion, al paso del Apure, y catorce cargas consecutivas contra los cansados batallones

de Morillo, le hicieron conocer que los rebeldes no eran ya una gavilla de cobardes; fueron sin embargo rechazados constantemente. Retiróse Paez, y Morillo se adelantó hasta S. Fernando, cierto ya de que la isla de la Margarita estaba ocupada por los enemigos, perdidas en gran parte las provincias de Cumaná y Barcelona, y el alto llano de la de Caracas, dominada casi toda la grande estension que media entre el Apure y el Arauca por el cuerpo que mandaba Paez; y la provincia de Guayana por el sedicioso Piar.

Envió sin embargo socorros á esta última con el General Latorre; pero la fortuna no favoreció aquella operacion, y Morillo tuvo que penetrar hasta Cumaná y Carupano, despues de haber atravesado lo interior de tres provincias. Todos los pueblos marítimos de los enemigos, fueron tomados por nuestras tropas; y poco despues pisó Morillo con parte de su ejército el suelo de la pérfida Margarita. Aunque la sangre de sus compañeros de armas, alevosamente derramado en aquel ingrato suelo por el mas ingrato de todos los hombres, el pérfido Arismendi. (*)

(*) En el manifiesto que las provincias de Venezuela

estaba clamando venganza ; antes de apelar á las armas , dirigió inútilmente palabras de paz á las autoridades y habitantes ; pero cuando iba á tomar la ciudad de la Asuncion , capital de aquella isla , tuvo que abandonar su empresa á causa de los progresos de los enemigos en la provincias de Caracas , y volar con parte de sus tropas á la capital de Venezuela. Permanció allí

hicieron á todas las naciones civilizadas de Europa en principios del año 1815, hablando de este monstruo , *de cuyo nombre los Ayuntamientos , Diputaciones y Cabildos creian necesario apartar inmediatamente su memoria por honor á la humanidad , y en obsequio de unos pueblos que llenó despues de luto y desolacion , se dice ademas:*

«*El traidor feroz , conseguidos algunos auxilios en Santa Fé , se lanzó sobre su patria precedido de la fama de una guerra á muerte que ejecutaba en toda su fuerza.*

Once meses duró la dominacion de aquel bárbaro ; once meses... cuyos días fueron constantemente marcados con asesinatos , violencias , rapiñas é impiedades ; y en los cuales la voluntad , los deseos , una señal no mas del tirano , eran las únicas leyes inviolables de Venezuela. Los Ayuntamientos , Diputaciones y Cabildos se creen dispensados de recordar la órden escandalosa de 8 de Febrero de 1814 , que condenó á muerte á 800 españoles europeos , haciéndoles perocer en los días 11 , 15 y 16 , y declarando el lugar del origen por el único delito.

Este monstruo no solo fue comprendido en la amnistia otorgada por el General Morillo á su primer entrada en la Margarita , sino que le dejó en su patria , en el Ayuntamiento , en su casa y con sus bienes , le dispensó mil atenciones , le sentó á su mesa , etc. , etc.

pocos dias , y en ellos publicó el indulto espedido por el Rey con motivo de su casamiento con Doña Isabel de Braganza.

Marchó despues el General al ejército, y se hallaba ya en Guadarrama sobre las orillas de la Portuguesa , cuando supo que Bolívar , pasando el Orinoco con numerosas fuerzas, marchaba rápidamente á reunirse en el alto de la provincia de Caracas con el cuerpo que mandaba Zaraza , y dar principio á las operaciones atacando á Calabozo. Antes que este pudiera verificar su reunion con Bolívar , fue atacado y destruido en el sitio de la Hogaza. El 8 de Diciembre de 1817, y con motivo de esta victoria , repitió Morillo el indulto de S. M. á los disidentes, quienes lo despreciaron sin embargo.

En este tiempo condecoraba el Gobierno á Morillo con la gran cruz de San Fernando; y en él tambien volvía Bolívar sobre Angostura, y subia con la mayor serenidad por la orilla derecha del Orinoco y lo pasaba por frente de la embocadura del Arauca. Voló Morillo desde San Carlos, donde se hallaba, y en menos de cuarenta horas, llegó á principios de Febrero de 1818, á Calabozo; y no pudiendo hacer frente á las nu-

merosas fuerzas de Bolívar, resolvió el 14 retirarse á las montañas y atraer al enemigo sobre los valles de Aragua. Retirada memorable en la cual acreditaron nuestros valientes guerreros su heroicidad y constancia, atravesando treinta leguas de una llanura cubierta de cenizas, sin agua, á la vista de un enemigo poderoso, y sufriendo el sol abrasador de la zona tórrida. En aquella jornada, dió el General el ejemplo, seguido por los gefes y oficiales, de marchar á pie horas enteras, para que montaran en sus caballerías los soldados mas desmayados. Llegó al Sombrero el 16, y derrotó á los enemigos que le atacaron con ímpetu. Continuó su retirada sobre Valencia del Rey, abriendo á Bolívar el paso á los valles de Aragua, y colocando fuerzas superiores sobre las Cocnisas para cubrir la capital. Atacó á Murucay arrollándolo todo, pero habiendo sido interceptadas las órdenes que enviaba á la division de las Cocnisas mandada por el General Latorre, logró retirarse el enemigo á la villa de Cura, dejando por todas partes gran número de prisioneros, cuyas vidas fueron respetadas. Nuestras tropas persiguieron vivamente á las de Bolívar hasta la Puerta, donde reforzado este, atacó

á la vanguardia que desordenó y puso en dispersion. Llegó Morillo al campo de batalla en tan críticos momentos; vió el peligro y la suerte de Venezuela, é hizo punto de honra el salvarla á costa de su vida. Dió órden al cuerpo de ejército que venia en marcha, para que dejando las mochilas volase al campo; y poniéndose á la cabeza del escuadron de artillería, se arrojó sobre 3,000 enemigos victoriosos, y los puso en vergonzosa fuga. Volaba allí la muerte por todas partes, y en aquella terrible escena fue atravesado Morillo por el vientre de parte á parte de una lanzada. Pero estaba conseguido su intento, y la victoria era casi cierta. Las últimas palabras, las últimas órdenes del General en medio de las crueles agonías de la muerte, que se creyó inevitable, y de que le salvó milagrosamente la circunstancia de no haber probado alimento cuarenta y dos horas antes, fueron las de *salvar á los prisioneros y respetar sus vidas.*

Las consecuencias de aquella victoria, obtenida en 16 de Marzo, fueron el destrozarse al enemigo en el Caiman, Ortiz, el Rincon de los Toros, Cogede, los Patos y Nutrias, haciéndole mas de 1,500 prisioneros. Bolívar debió la vida

en la Puerta á la velocidad de su fuga, y en el Caiman á su fortuna.

Nuevamente exortó á la paz en 16 de Mayo á los habitantes de Barinas y á los de Calabozo, y llegada la estacion de las lluvias en Junio, fue preciso acantonar las tropas á fin de repararlas y disponerlas para la campaña del año 1819.

Inaugurose este, saliendo el primer dia de él el cuartel general de Valencia. Morillo no pudo ir á su cabeza por hallarse en cama de resultas de una caída del caballo que habia dado los dias anteriores en Caracas; mas á pesar de tener aun abierta la herida, tardó poco en volar al ejército. Pasó este el Apure, y el enemigo abandonó á S. Fernando y todos los pueblos del lado acá del Arauca, atravesando este rio y dirigiéndose á Cunaviche y á los inmensos desiertos que hay á la orilla izquierda del Meta. Signióle nuestro ejército, pasó tambien el Arauca, y le tomó las grandes baterías que allí habia construido.

En 4 de Febrero, dirigió otra vez el General palabras de paz á los insurgentes, y una allocucion escrita en su idioma, á los ingleses que entre ellos habia, ofreciéndoles servicio, ó trasladarlos donde gustasen; pero toda fue inútil.

Hubo varias acciones parciales , y mientras el ejército , en razon á aproximarse la estacion de las aguas , repasaba el Apure y se acantonaba , fue Morillo á la capital de Venezuela , á tratar con aquellas autoridades ; y por aquel tiempo le confirió S. M. en 17 de Diciembre el título de Castilla , con la denominacion de *Conde de Cartagena* , Marqués de la Puerta. Al concluir las lluvias se trasladó á Valencia , recorrió algunos de los departamentos del Occidente , y á principios de Febrero de 1820 , se hallaba ya en la villa del Pao.

Habian comenzado á llegar entonces á aquellos provincias las noticias del cambio político ocurrido en Marzo en la Península ; é invitado el Conde por algunos habitantes de Caracas para acelerar el juramento á la Constitucion , voló allá y le prestó solemnemente. Los acontecimientos de la guerra , le hicieron volver á Valencia , y allí solemnizó nuestra regeneracion política mandando volver á sus casas á los desterrados , y poniendo en libertad á los que aun no habian cumplido sus condenas.

Marchando despues el ejército contra Bolivar , recibió el Conde en Caracas orden terminante de

suspender las hostilidades á todo trance; la cual le obligó á firmar en Santa Ana el tratado con Bolívar, « que fue en cuantos golpes habia recibido de la adversa fortuna (son sus mismas palabras) el que una amarga impresion le habia causado. »

En este estado llegó á Tocuito, en los primeros dias de Noviembre, una órden concediendo al Conde la real licencia que habia solicitado para regresar á la Península. Con este motivo, todas las autoridades y corporaciones, así civiles y militares, como religiosas, le suplicaron suspendiese hacer uso de aquella real gracia; pero el estado de su salud y la necesidad absoluta de repararla, no le permitieron condescender con tan lisongeras súplicas.

Hemos procurado encerrar en un breve espacio las campañas que durante cinco años hizo el ejército expedicionario de Costa-firme, y en los cuales, sino hubo grandes batallas, hubo acciones distinguidas, hechos gloriosos, sobra de valor y denuedo por parte de nuestras tropas, y sobre todo hubo entusiasmo, constancia y heroismo, no ya para combatir á enemigos á quienes estaban acostumbradas á vencer, sino para arrostrar el

el hambre, la sed, el cansancio y la privacion absoluta por dias enteros hasta de lo necesario para conservar la existencia. ¿Y qué diremos si paramos la consideracion en los obstáculos que la naturaleza misma oponia á sus movimientos, en la inmensa estension de 64,000 leguas cuadradas y casi totalmente incultas, que tiene el Vireinato de Santa Fé desde Guayaquil á Cartagena N. S., y desde Maracaibo á las costas de Popayan E. O.? ¿Qué si contemplamos la multitud de rios que tenian que atravesar á cada paso nuestros soldados, siendo frecuentemente presa de los caimanes y otros animales dañinos, de que tanto abunda aquel territorio? Apenas podrá concebirse que un puñado de hombres, sin mas recursos que el esfuerzo de su ánimo, hubiesen llevado á cabo en el breve espacio de cuatro meses la reconquista y pacificacion de todo aquel vireinato.

Llegado el Conde á la capital de la Península á fines de Abril de 1821, fue su primer cuidado reimprimir el manifiesto que habia dado á luz en Caracas, en Setiembre del año anterior, con motivo de las calumnias é imputaciones atroces y falsas, publicadas contra su persona y administracion.

Llamaron por aquellos dias la atencion del Gobierno sucesos lamentables , que llenaron de consternacion á todos los vecinos honrados de la Córte: el asesinato de Cura Vinuesa y los desórdenes de aquellos dias, indugerou al Gobierno á nombrar Capitan General de Madrid , al Conde de Cartagena, cuyos principios moderados y firmeza de carácter bien conocida, esperaba lograria desconcertar los planes de los demagogos. En efecto, gracias á la constante actividad del General y del Cefe político D. José Martinez de San Martin , no se atrevian á emprender nada. Hubo de cesar el Conde en sus funciones de Capitan General de Castilla la Nueva, tres meses despues, con motivo de haberse mandado formar sumaria sobre las ocurrencias de la guardia del convento de San Martin, en 20 de Agosto del citado año. El Conde fue declarado absuelto, y en consecuencia mandó S. M. en 16 de Setiembre que se volviese á encargar del mando del distrito Añadió ademas el Monarca á esta pública satisfaccion, la de nombrarle al mes siguiente su Ayudante de Campo, y en el inmediato Noviembre su Gentilhombre de Cámara con ejercicio.

Mantuvo el Conde el orden por algunos meses

á fuerza de fatigas y desvelos; pero el mal era grande para ceder á paliativos. Los esfuerzos del Gobierno retardaron la crisis, mas no pudieron evitarla. A mediados del año 1822, principiaron á circular varios rumores de que los batallones de la Guardia Real iban á ser desarmados; y este fue el pretesto, sino la causa, del movimiento tumultuoso con que alteraron estos cuerpos la tranquilidad pública en aquellos dias. Súpolo el Conde en 30 de Junio, hallándose postrado en cama; pero le llamaba la patria y el deber, y nunca se había mostrado sordo á su voz. Nombrado al dia siguiente Comandante general de dicho cuerpo, voló á los cuarteles, arengó á los soldados, y logró contenerlos por entonces.

Sabidos son los sucesos desagradables del 7 de Julio: el Conde hizo renuncia en 5 de Agosto de la Capitanía general, que no le fue aceptada; repitióla sin embargo al dia siguiente, y al inmediato accedió por fin el Gobierno á sus deseos.

Pasó luego á tomar las aguas del Molar para restablecer su quebrantada salud; y receloso, sino sabedor de que se iba á cometer con él alguna tropelia, abandonó aquel punto y se dirigió á la Zarza de Plasencia. Detenido en este lugar por

no llevar pasaporte, el Gobierno noticioso del hecho, le mandó venir á la Córte; mas habiendo llegado al Escorial en 7 de Noviembre con otra nueva dolencia, hubo de permanecer allí algunos dias antes de cumplir aquel mandato.

Presentóse por aquel tiempo en las Córtes un dictámen de la mayoría de la Comision de medidas, en que se acriminaba la conducta observada por el Conde en los acontecimientos de que acabamos de hacer mencion; y hubo de vindicarse por medio de un impreso, publicado en 10 de Febrero de 1823, en el cual rebatía victoriosamente todos los cargos que se le hacian.

Nombrado pocos dias despues General en Jefe del cuarto ejército, continuó á su frente y desempeñando la Capitanía General de Galicia, hasta que sus heridas le obligaron á solicitar real licencia para pasar á restablecerse á Francia. Otorgósele S. M. en 23 de Noviembre, y en 1.^o de Enero inmediato se embarcó en la Coruña para aquel destino. Allí pasó seis años entregado á los placeres tranquilos de la vida doméstica, en brazos de su esposa, y cuidando de sus tiernos hijos. Con motivo del nacimiento de nuestra augusta reina, obtuvo el Conde en 19 de Noviembre

de 1830, real permiso para regresar á España, con los grados y honores que disfrutaba en 7 de Marzo de 1820; y posteriormente en 5 de Junio de 1831, su cuartel en esta Córte.

No tardó mucho tiempo en presentarse la ocasion de acreditar su fidelidad. Nombrado en 26 de Octubre de 1832, Capitan General del reino de Galicia, pasó inmediatamente á Santiago, capital entonces, trasladándose despues á la Coruña que pasó á serlo, para establecer allí la audiencia y demas dependencias, con la celeridad que convenia al curso espedito de los negocios.

Treinta y dos mil realistas, armados y poseidos generalmente del mismo espíritu que los de las demas provincias del reino, contaba entonces Galicia; fuerza tanto mas temible, quanto no habia la suficiente del ejército para contrarrestarla en caso necesario. En pocos dias logró el Conde recoger mas de 26,000 fusiles, sin la menor alteracion ni disturbio. El Gobierno no tuvo á bien aprobar aquella operacion; cosa que sintió el Conde tan amargamente, que en los primeros momentos estuvo á pique de que le abandonase la serenidad que tanto le distinguía, hasta en lo mas récio de los combates. Sin em-

bargo continuó dicha medida, recogiendo en poco tiempo los 6,000 fusiles restantes, que sirvieron como los anteriores para armar á la Milicia urbana.

Mientras se ocupaba en organizarla, recibió una comunicacion del Gobierno, en la cual despues de enterarle de que S. M. acababa de conceder al Infante D. Cárlos licencia para ir á Italia, con cuyo motivo se debia trasladar á Valencia do Miño, se prevenia al Conde que pasase inmediatamente á Tuy para recibirle y acompañarle á Vigo, en donde se debia embarcar. El Conde pasó en efecto á Tuy, pero en 7 de Setiembre supo por el Ministro de España en Lisboa que D. Cárlos, lejos de pensar en trasladarse á Italia, se habia unido á D. Miguel.

Desvanecido pues el objeto de su permanencia en Tuy, pasó á recorrer varios pueblos de la provincia. De vuelta á Orense, en 27 de Octubre, el estado de los negocios le obligó á marchar hácia la Puebla de Sanabria con dos batallones, dejando orden para que le siguiesen otros dos que se hallaban en Santiago y en la línea del Miño, asi como 600 carabineros de infantería, cuyas tropas se reunieron todas en Benaven-

te á mediados de Noviembre. Envió desde allí dos batallones á Leon, é informado por el General Rodil de los movimientos del Infante hácia Chaves, pasó él mismo con el resto de las fuerzas á Sanabria.

Atacado en Verin de una grave enfermedad tres ó cuatro días despues, hubo de guardar cama por un mes, trasladándose, ya mejorado, en 7 de Enero de 1834 á Ginzo de Limia, en donde á su llegada recayó de la pasada dolencia. Nuevamente restablecido, volvió á recorrer el distrito de su mando, hasta que á fines del año 1835 obtuvo real licencia para venir á la Corte á reparar sus dolencias. La tranquilidad y reposo de la vida doméstica, y los auxilios de la medicina, disminuyeron por algun tiempo los progresos del mal, mas no pudieron detenerlos. Creyó el Conde que con las aguas de Bareges en Francia recobraría la salud, y obtuvo licencia para ir á tomarlas; salió de Madrid en Agosto de 1836, y los cuidados de su amada esposa, las caricias de sus tiernos hijos, y la solicitud atenta y constante de los médicos, solo pudieron prolongar su dolorosa existencia hasta el 27 de Julio de 1837, en que bajó al sepulcro en Bareges á la edad de 59 años cum-

plidos. Sus restos fueron depositados por su desconsolada esposa en un terreno del Común de Lux, que compró al efecto, mientras le preparaba mas digno lugar en su patria.

Tal fue el fin de uno de los caudillos mas señalados que produjo la guerra de la independencia. Sus hechos y proezas en ella, y sus campañas en América, llenarán á su tiempo algunas de las mas brillantes páginas de nuestra historia.

Era de estatura regular y muy corpulento: en su rostro moreno y grave brillaban sus ojos negros, cuyo mirar, atento sin descaro, mostraba la penetracion de su alma. Robusto y ágil no habia fatiga ni privacion superior á su constancia y sufrimiento. Fue honrado, á fuer de castellano; humano y compasivo, á par que valiente y esforzado; amigo fiel y constante; generoso y desprendido; de costumbres sencillas; franco en su trato; esposo tierno, padre amantísimo y buen ciudadano. Ultimamente, en la cumbre de los cargos y honores á que se vió elevado, no se desvaneció un solo instante, dando asi la mayor muestra que puede dar un hombre de ser acreedor á ellos.







D. F. MARTINEZ DE LA ROSA

Personajes célebres del S. de XX.

D. FRANCISCO

MARTINEZ DE LA ROSA.

«Una elocuencia variada y persuasiva, un valor sosegado y tranquilo, una grande presencia de ánimo, principios de orden unidos á un sincero afecto á la libertad, una reputacion honrosa y pura, son cualidades raras y esenciales que no podra disputarle un hombre de buena fé»

M. DE MARTIGNAC. — *Ensayo sobre la Revolucion de España*, pág. 381.

«...Desacreditados los sistemas extremos, solo se ocupa la generacion actual en resolver el problema mas importante para la felicidad del linaje humano: *¿cuáles son los medios de hermanar el orden con la libertad?*»

ESPIRITU DEL SIGLO. — *Introduccion.*

Cuando durante treinta años de trastornos y discordias, de revoluciones y reacciones en di-

versos y opuestos sentidos, consigue un hombre conservar intacta su reputacion de honradez, al paso que desaparecen todas las reputaciones; cuando enemigos y amigos proclaman á una voz las eminentes y nunca desmentidas virtudes que á este hombre adornan; cuando su talento y elocuencia son reconocidos por todos asi nacionales como estrangeros; cuando en fin, ni la proximidad del cadalso, ni los puñales de los asesinos, ni los ódios de los partidos, ni los halagos del poder, han podido haer variar á este hombre de sus convicciones y firmeza de principios, indudablemente es este personaje un tipo digno de veneracion y respeto, y encierra en sí cualidades eminentes, poco comunes en los tiempos de desmoralizacion, de apostasia y de negras ingratitudes que hemos transecurrido y vamos transecurriendo. Noble á la par que agradable es la mision del biografo, cuando tiene que presentar la vida inmaculada, y los grandes servicios, y el ilustrado saber de un personaje que llevado por el huracan de la revolucion mas innoble en su origen y pretesto, y mas estéril en sus resultados de cuantas hemos sufrido, lejos de su patria, ni puede acusarsele de lisonja, ni suponerse en lo que

diga, mira alguna de interés. El personaje ilustre de quien vamos á ocuparnos, y con cuya amistad nos honramos, ha dado ya lugar á varias biografías hechas por nacionales y extranjeros, acuerdes todos en tributarle los elogios que á su saber, á sus virtudes y patriotismo son debidos, y que ni sus mas encarnizados enemigos, porque nunca faltan aun para la virtud, se atreven á negarle.

Corto es seguramente el espacio en que debemos encerrarnos, para bosquejar detenidamente las vicisitudes políticas del ilustre granadino; para analizar las obras de su ingenio, como escritor, su sublime elocuencia como orador, y sus actos políticos como hombre de gobierno; pero estas eminentes cualidades son tan conocidas de todos los españoles, que su misma notoriedad nos evita la difusión, y hace casi innecesaria una minuciosa enumeración de ellas.

D. Francisco Martínez de la Rosa, nació en Granada en el año de 1788, «época ciertamente fecunda en hombres parlamentarios de primera línea, cuando nacia en Inglaterra Sir Roberto Peel, cuando nacia en Francia Mr. Guizot; cuando acababan de nacer en España los Se-

ñores Toreno é Isturiz , y poco antes de que naciese el Sr. Alcalá Galiano , » como ha dicho nuestro apreciado amigo , el Sr. Pacheco , en la biografía del mismo personaje que nos ocupa. Recibió el Sr. Martínez la educacion correspondiente á su clase , y pronto dió muestras de su aficion y gusto por las bellas letras , sobresaliendo entre todos sus condiscípulos , y desempeñando ya una cátedra de moral en la Universidad de Granada.

La alevosa invasion de los franceses en España en 1808 ; y las escenas sangrientas del 2 de Mayo en Madrid , escitaron por todo el ámbito de la Península un sentimiento de indignacion , y toda la juventud llena de patriótico entusiasmo , corria á tomar parte en aquel gran movimiento nacional espontáneo , y no hijó de amañós é intrigas promovidas por los ambiciosos , como otros muchos que hemos presenciado despues , y que por lo mismo han dado resultados nulos ó contrarios al objeto que los servia de pretesto. Formáronse en todas las provincias juntas para atender al armamento y defensa ; y la de Granada confió al jóven Martínez de la Rosa , que no habia sido de los últimos en dar muestras del puro amor pátrio que en

su pecho ardía, el encargo de pasar á Gibraltar, á fin de reclamar del Gobierno inglés y del gobernador de aquella plaza, auxilios con que atender á la guerra que se habia encendido en la Península. No fueron inútiles, no, aquellos esfuerzos, y el 19 de Julio de 1808, vieron los campos de Baylen humillado el orgullo del ejército francés, en el insigne triunfo conseguido allí por el General Castaños, sobre el ejército de Dupont: de cuyas resultas quedó libre Madrid de los invasores, que se retiraron al Ebro, y se instaló la Junta Central en Araujuez.

Concluido así el primer periodo de la insurreccion, que solo pechos jóvenes y ardientes podian sostener, tocó el arreglo y direccion de los negocios á hombres mas experimentados, y Martinez aprovechó aquella circunstancia para pasar á Inglaterra, y observar por sí mismo allí, el sistema representativo que se queria plantear en España. Poco permaneció allí el joven andaluz, y habiéndose retirado á Cádiz el Gobierno, á consecuencia de las vicisitudes de la guerra, y convocadas las Cortes de la nacion en la ciudad de S. Fernando, acudió á aquel punto, ya que no de diputado, por no permitírsele su corta edad,

por estar allí entre sus amigos, y en el sitio que él consideraba como cuna de la independencia y libertad nacional.

Unido allí el Sr. Martínez en estrecha amistad con hombres que, mayores en edad, profesaban sus mismos principios, y estaban animados de iguales sentimientos, pertenecía por lo tanto á la fracción mas inteligente del partido liberal; los Argüelles, los Quintanas, y otros que han observado despues una conducta muy diversa de la suya, y á quienes nada ha enseñado la práctica de los negocios, ni los adelantos que en las teorías del Gobierno representativo se han hecho, eran entonces sus amigos. Todos creían entonces acertar, y no les acusariamos por ello, pues era lo que allí se hacia efecto de una reaccion necesaria, despues del mal Gobierno que la nacion habia tenido, si hubiesen marchado luego todos á la par de las luces del siglo, y no se hubiesen empeñado los mas en sostener su obra de entonces, imitando el ilustrado ejemplo que Martínez les daba, de marchar con el progreso del siglo, en vez de quedarse estacionados y como encantados por la supuesta hermosura de su obra. De obstinado y aferrado en sus opiniones tachan al-

gunos al Sr. Martinez de la Rosa , y si este cargo puede ser cierto en algunos casos , como lo veremos despues , no son los que ni un paso han adelantado en el transcurso de tantos años , los que pueden dirigírsele.

Desempeñó Martinez por aquel tiempo el cargo de Secretario de la comision de libertad de imprenta , y se ocupaba de algunas obras literarias , habiendo escrito ya en 1809 , un canto épico á la heroica defensa de Zaragoza , para el concurso mandado abrir por la Junta Central , y en el que si no obtuvo el premio , fue solo á causa de los desgraciados sucesos de la guerra. Despues , en Cádiz , publicó y obtuvieron muy buen éxito sus obras dramáticas , la comedia *Lo que puede un empleo* , y la tragedia de *la Viuda de Padilla*.

Concluyeron su obra las Córtes constituyentes , y levantado el sitio de Cádiz , eligiéronse las ordinarias , para las cuales fue nombrado diputado por la provincia de Granada , el Sr. Martinez , y si bien conoció ya en aquel Congreso , muchos de los defectos que tenia el Código jurado por él , y las leyes promulgadas , su respeto profundo á sus juramentos , y sus juveniles ilusiones , le hacian atribuir mas bien los males á la ausencia del

Monarca, que á la imposibilidad de la ejecucion de la ley establecida. Mas adelante, la práctica y tristes esperiencias, le han desengañado bien de aquellas añejas teorías.

Trasladadas á Madrid las Córtes, llegó á poco tiempo á Cataluña y Valencia el Rey, á quien Napoleon habia dado libertad; y viéndose estaba por el mal estado del pais, la inminencia de una crisis política. Algunos hombres encargados de la representacion de los pueblos vacilaban ya, y se disponian á seguir la sombra del sol naciente, mientras que otros, y entre ellos Martinez de la Rosa, esperaban impávidos y seguros en la tranquilidad de su conciencia, el desenlace de aquel drama. El decreto de 4 de Mayo dado por el Rey en Valencia, anulando todo lo hecho durante su cautiverio, ofreciendo lo que no pensaba en cumplir, olvidando los inmensos sacrificios de un pueblo que todo lo habia sacrificado por su causa, desconociendo el progreso de las ideas en España; aquel decreto, decimos, terminó las dudas y recelos, y atrajo sobre el pais una reaccion cuyas consecuencias se han hecho sentir fuertemente, y durarán tal vez mucho todavía por desgracia de esta nacion. En medio de los actos

de aquella feroz ingratitud, el Sr. Martinez de la Rosa fue preso y procesado con otros Vocales de aquellas Córtes y de las anteriores, no por hechos criminales, ninguno podia imputársele, sino por las opiniones emitidas. A pesar de su juventud, fue de los tratados con mayor rigor, y en vano se quiso arrancar de él una retractacion de sus opiniones, para que sirviera de escarmiento y ejemplo; el poder conoció bien pronto que tenaz en la virtud, no era fácil arrancar al jóven preso, una flaqueza que le hubiera degradado. Concluidas las causas, no pudo condenar la justicia, pero lo hizo el Monarca á su antojo; y el Sr. Martinez de la Rosa, fue desterrado por diez años al Peñon de la Gomera. ¡Buen pago por cierto, á tanta virtud! En aquel presidio de Africa recibió de sus gobernadores y subalternos atenciones que no mereció á otras personas de superior categoría, y para su distraccion se encargó de formar allí una compañía cómica, que representase algunos dramas.

Allí permaneció hasta que, sublevado el ejército de la Isla que se destinaba á Ultramar, proclamada la Constitucion de 1812, y adoptada por el Rey, que si tuvo ingratitud para condenar seis

años antes á sus autores, careció de valor para resistir como Príncipe á la revolucion, se rompieron sus cadenas y se dirigió á Granada, donde fue recibido con arcos de triunfo, y nombrado diputado en las primeras elecciones. De este modo recompensaba el pais sus padecimientos durante seis años.

No habia abandonado el Sr. Martinez de la Rosa los principios liberales, ni perdido la fé en el sistema representativo; pero habia decaido su entusiasmo por la ley de 1812, y conocia la debilidad en que con ella se hallaba el poder ejecutivo para poder gobernar. Asi fue que estuvo siempre de parte de las ideas de orden, y combatió sin descauso los instintos disolventes. Los ministros pudieron contar con su apoyo en todas las cuestiones esenciales, y en la célebre sesion llamada de las *Páginas* se escucharon las palabras pronunciadas por él de «defendiendo al Gobierno se defiende tambien la libertad» palabras estrañas en aquella época, y que parecian una completa condenacion del sistema vigente, que respiraba por todas partes hostilidad al poder.

Perdia con esto su popularidad el ilustre diputado por Granada; inventóse contra su mode-

racion el apodo de *pastelero*, acusósele de intentos de modificar la Constitucion, y por último el mártir de los seis años fue perseguido en 1821, por las turbas que invocaban la libertad al salir del palacio del Congreso; salvándole su imperturbable valor pasivo y los esfuerzos de las autoridades de la capital.

Las Córtes de 1820, habian terminado su carrera é iban á reunirse sus sucesoras, producto de las mas exacerbadas pasiones, nombradas por las sociedades secretas que invadian ya la situacion política del Estado. No habia ministerio á la sazón; cuantos eran llamados por el Rey se negaban á aceptarle, y entonces se indicó al Sr. Martinez de la Rosa, quien resistió al principio con mucha resolucion, pero cedió al fin aceptando un cargo superior á todas las fuerzas. Era la mision de aquel ministerio, mas que gobernar, luchar diariamente con las Córtes, y así lo hicieron los individuos que lo formaban, en los cuatro meses que duraron ellos y ellas, desde 1.^o de Marzo hasta fin de Junio. Se observó entonces que en el mismo momento tres poetas, Chateaubriand, Canning y Martinez de la Rosa, ocupaban el ministerio de negocios estrangeros

en circunstancias graves ; pero sin duda alguna la situacion mas difícil era la del español. Como era natural se aumentaron contra él las acusaciones de que intentaba reformar la ley política. Ya hemos dicho antes que habia perdido las ilusiones sobre el mérito de aquel Código, pero indudablemente le calumniaban los que le creian capaz de modificarle por otros medios que los que establecia la misma Constitucion. El Sr. Martinez de la Rosa, es en nuestro concepto de aquellos hombres que no conspiran ni aun para el bien, y su inflexible honradez no le hubiera permitido acudir á los medios que se le imputaban. Pero sino conspiraba el ministerio, conspiraba el Monarca contra la ley política y contra su mismo Gobierno. Esto trajo la situacion del 30 de Junio, la sublevacion de la Guardia Real, y por último el 7 de Julio con todas sus consecuencias. No nos detendremos en referir unos sucesos que en lo público fueron vistos de todos, y cuyas causas secretas no son todavia bien conocidas: Los ministros permanecieron libres hasta el dia 6, dictando las medidas que creian oportunas para terminar aquellos acontecimientos, consecuencia sin duda de una vasta conspiracion, promovida por

unos con el intento de modificar la ley vigente, y por otros con el de restablecer el Gobierno absoluto. La conducta del Sr. Martinez de la Rosa, jefe del ministerio en aquella ocasion, y la de todos sus compañeros, ha dado lugar á distintas opiniones acerca de si se obró con la resolucion y enerjia que las circunstancias exigen. Pero todos deberán convenir en la rectitud de intenciones de los Secretarios del despacho; instados por una parte con ofertas revolucionarias, amenazados por otra con hechos de reaccion, prisioneros ahora de los realistas para ser despues perseguidos de los liberales, y que en medio de aquel horrible drama, tenían que temblar casi igualmente de cualquiera de los dos partidos, en cuyo favor se declarase la victoria. Cuando tal era la situacion del Sr. Martinez de la Rosa y de sus colegas, bien podrá encontrarse en su conducta algun paso poco acertado, algun hecho de escasa enerjia ó de corta prevision; pero de seguro no se encontrará intencion alguna que no fuese patriótica y digna de él.

De todos modos aprovechó los primeros momentos de la victoria para hacer dimision de un destino que ya no le era posible desempeñar.

Cuatro veces tuvo que repetir su renuncia, porque ni el Rey queria admitirla, ni el Consejo de Estado consentia en que se le admitiese; pero al cabo triunfó su resolucion, y abandonando los negocios públicos, se retiró al hogar doméstico á considerar desde allí la tristísima solucion á que rápidamente se encaminaban.

Despues de haberse librado de las persecuciones de los vencedores que envolvieron á los ministros en una causa por sus actos públicos, como pudieran haberlo hecho contra el reo militar mas insignificante, escándalo que las mismas Córtes se vieron precisadas á impedir, á pesar de su hostilidad, estaba el Sr. Martinez de la Rosa enteramente separado de los negocios, y profundamente afligido de ver á su pais condenado á pasar siempre del despotismo á la anarquía.

«¡Cuánta materia habia ya de reflexiones en la vida del Sr. Martinez de la Rosa! (*) Ningun hombre público de aquellos tiempos presentaba tantas y tan singulares alternativas. El mismo que,

(*) Copiamos este párrafo de la Biografía publicada por nuestro apreciable amigo D. Joaquin Francisco Pacheco, y que nos ha servido de mucho para nuestro trabajo.

arrancado del Peñon, habia entrado en Granada bajo un arco de triunfo, como personificación del sistema constitucional, era buscado á los dos años en nombre de este mismo sistema, como un enemigo á quien se necesitaba herir de muerte. La corona de la gloria tornábase otra vez en corona de persecucion y de martirio. El poder absoluto le habia hecho su víctima; y ahora estaba en poco que tambien lo hiciese el poder liberal. ¡Cuánta materia, repetimos, para reflexiones, si los partidos políticos que se lanzan en las revueltas fueran capaces de reflexionar alguna vez.»

Entre tanto el sistema constitucional en España concluía su segunda época. El ejército francés invadía el país, y las Cortes y el Gobierno habian marchado á Sevilla. Enfermo entonces el Sr. Martinez de la Rosa, permaneció en Madrid y apenas instalada en la Corte la regencia realista, eligió por primera víctima al mismo que por salvar al Rey se habia atraído el odio de los demagogos. Exigió que reconociese explícitamente su autoridad, y negóse Martinez á ello con la firmeza de carácter de que tantas pruebas habia dado. Diósele orden de salir en el término de

veinte y cuatro horas desterrado á Granada; pero indignado por aquella persecucion, se negó á obedecer y declaró que solo cederia á la fuerza. Iba á prendérsele, cuando el Duque del Infantado interpuso su autoridad para impedir aquella violencia, reiterándole la orden de salir para Granada. Persistió el Sr. Martinez en su negativa á sugetarse á nada que tuviese visos de una condena, y obtuvo por último un pasaporte para viajar por el extranjero, á fin de restablecer su salud.

De este modo abandonó el Sr. Martinez por primera vez su patria, y no queriendo permanecer en Francia mientras durase la guerra entre los dos paises, pasó primero á Italia, visitó á Roma, y despues de la evacuacion del territorio español por las tropas francesas, se estableció definitivamente en Paris, donde fue acogido con el mayor interés por los personajes mas eminentes de la oposición liberal, concurriendo asiduamente á los salones de los Sres. Laffitte y Casimire Perier, y habiendo contraido relaciones con el Conde de Molé, con los Duques de Broglie y de Decazes, y con los Sres Thiers; Guizot, Duveller de Hauranne y otros.

Separado el Sr. Martinez de la Rosa por sus opiniones y circunstancias particulares de muchos de los demas emigrados, su vida durante aquella época fue principalmente literaria. Las bibliotecas de Paris eran su recreo, y en 1829 publicó en cinco volúmenes sus *Obras literarias*, siendo notable entre ellas su arte poética, en la que compite con Horacio y con Boileau acompañándolo de un comentario en prosa de un valor superior tal vez al mismo poema. Este trabajo modestamente calificado de apéndice sobre el Poema didáctico, la Epopeya, la Tragedia y la Comedia; no es nada menos que una verdadera historia crítica de estos cuatro ramos de la literatura española, desde el primer siglo literario de España, hasta fines del último; historia escrita con mano maestra, con un juicio seguro, un gusto delicado, grande elevación de ideas, é inmensa erudición. Comprenden además sus obras literarias el *Poema de Zaragoza*, la tragedia *La Fienda de Podilla*, la comedia *La Hija en casa* y *la Madre en la máscara*, la hermosa y severa tragedia *El Edipo*, en que el autor ha sabido ser original despues de Sóloeles, Séneca, Voltaire y Dryden; la tragedia *La Morayma*, y por último, *La Conjuracion de Teseo*, superior á

mas que al poeta, al emigrado de opiniones templadas y liberales, reflejo de las que por entonces dominaban en la nacion. Por el mismo tiempo se ocupaba en escribir la vida de uno de nuestros mas célebres guerreros, Hernan Perez del Pulgar, que ha visto despues la luz pública.

Vamos á entrar en el periodo mas importante de la carrera política del Sr. Martinez de la Rosa. Muerto el Monarca, era á la sazón gefe del ministerio el Sr. Zea Bermudez, antiguo Ministro en 1824, á quien no podia sufrir el partido realista exaltado, y vuelto otra vez á los negocios por la reaccion moderada que se verificó en la Granja, cuando la grave enfermedad del Rey. El Sr. Zea, hombre de templanza y de gobierno, y que hubiera sido un escelente Ministro de Fernando VII, despues de las convulsiones políticas de nuestro pais, pues hombre ilustrado y conciliador hubiera evitado las funestas reacciones á que otros dieron lugar; pero en la época de que tratamos era en nuestro concepto irrealizable el sistema de absolutismo ilustrado que el Sr. Zea queria establecer, y mucho mas habiéndolo manifestado. Estas variaciones radicales en los sistemas de gobierno, ó no se anuncian y se verifican insen-

siblemente, ó cuando se proclaman se cuenta con la adhesion y la fuerza necesarias para hacerlos triunfar. Con ninguno de estos elementos podia contar el Gobierno, y el sistema del Sr. Zea, que planteado algunos años antes, hubiera podido preparar al pueblo para la libertad sin que tuviera que experimentar la desmoralizacion y los trastornos que despues le ha acarreado, en el estado a que habian llegado las cosas á fines de 1833, se hacia imposible. Con escaso ejército, y participando en su mayor parte de las opiniones que prevalecian en la clase media de la sociedad; teniendo en contra á la Milicia realista decidida por D. Carlos, no podia el Sr. Zea apoyarse en nada, y fue necesario, vista la oposicion de muchos de los primeros dependientes del Gobierno, acudir al partido liberal para dirigir la nacion y combatir al bando carlista. El liberalismo estaba por decirlo asi personificado en el Sr. Martinez de la Rosa, quien apesar de conocer la marcha de los negocios publicos se mantenia retirado, sin mezclarse en las agitaciones del momento; y cuando fueron á llamarle para ponerse al frente del Gobierno, y hacer una revolucion en la monarquía, estaba ocupado en corregir unas pruebas de su historia

de Hernan Perez del Pulgar. La situacion era de las mas graves. La guerra civil acababa de estallar en Navarra, y la España, que en el ascenso al poder del Sr. Martinez de la Rosa habia concebido la esperanza de ver establecerse un gobierno representativo templado, y que al paso que diese al trono la mayor firmeza y prestigio satisficiera las ideas liberales y moderadas que entonces dominaban, reclamaba la convocacion de las Cortes. En vano se pretendió ahora, que no era entonces la opinion dominante en la parte ilustrada de la nacion el establecimiento de un Gobierno representativo. Verdad es que no se habian olvidado los excesos de la pasada época constitucional; pero no lo es menos, que si solo algunos de los emigrados deseaban el restablecimiento del código de 1812, los que no habian tenido aquella suerte y si sufrido la reaccion que á ella se siguió, deseaban el establecimiento de un gobierno fuerte, á la par que limitado por la intervencion popular.

Para vencer tantas dificultades, propuso el Sr. Martinez de la Rosa á la Reina Gobernadora tres importantes medidas. Fue la primera romper con D. Miguel, cuya causa habia adoptado el difun-

to Monarca, y enviar un ejército español para arrojarle de Portugal, lo mismo que á D. Carlos, que allí se habia refugiado; la segunda procurar un apoyo al trono de Isabel, formando una alianza estrecha con la Francia y la Inglaterra, para contrapesar la influencia hostil de las Potencias del Norte; y por último la publicacion del Estatuto Real, que satisfizo cuando su promulgacion á la generalidad de los liberales españoles. Aun entre los hombres mas marcados de la emigracion, consiguió por entonces el Estatuto bastante favor y popularidad; «y si el Sr. Argüelles esclamaba al leerlo poniendo las manos en la cabeza, ¡qué apostasia!, otros amigos íntimos social y políticamente del Sr. Argüelles, publicaban con sus obras y con sus escritos todo lo contrario.» (*)

Si fue cierta la esclamacion que hemos citado del Sr. Argüelles, era seguramente inconcebible el nombre de apostasia dado al proceder del Sr. Martinez de la Rosa, y al progreso verificado en el transcurso de muchos años en los verdaderos principios de los gobiernos representativos. Siete años han

(*) Biografía del Sr. Martinez de la Rosa, por D. Juan Francisco Pacheco.



transcurrido desde entonces, y con mas razon pudie-
ra aplicarse aquel dictado á muchos que con su
tenacidad, su ambicion y sobrado amor propio
han tenido no poca parte en las desgracias que
pesan sobre el pais, y destruido casi del todo
las alhagüenas ilusiones que de la libertad se liabian
formado.

Nos es imposible seguir la marcha del minis-
terio del Sr. Martinez de la Rosa, combatida
por los diferentes partidos; el realista que peleaba
en los campos y á quien debia contener, y el
revolucionario que le atacaba sin cesar en la
tribuna, preparando imprudentemente para mas
adelante la lucha de las calles. Hasta la Providencia
parecia descargar su enojo sobre el pais en 1834.
Los estragos del cólera, tan crueles en aquella
época, sirvieron de pretesto para los execrables
asesinatos de los frailes, verificados en Madrid.
El Sr. Martinez de la Rosa, que se hallaba en-
tonces en la Granja con S. M., no pudo tener
parte en la responsabilidad de unos acontecimientos
que no podian preverse; las autoridades subal-
ternas debian evitarlos, y al Gobierno podrá ser
acusársele en todo caso de no haber hecho castigar
ejemplarmente á los perpetradores de aquellos

horrendos crímenes, y á los que no intentaron contenerlos.

A los pocos dias se abrieron las primeras Córtes, verificándolo en persona, y con varonil arrojo la Princesa augusta que volvía á los españoles su libertad, y que pocos años despues, por efecto de una ingratitude que la historia no sabrá calificar, debia verse precisada á abandonar la gobernacion del reino; á buscar un asilo en una tierra estrangera, á verse separada de los objetos de su maternal cuidado, y privada de los derechos que la naturaleza y las leyes le conceden. Apenas abiertas aquellas Córtes, principiò la lucha entre el ministerio y la revolucion, y se abrió el tempestuoso palenque donde debia brillar la extraordinaria elocuencia del Sr. Martinez de la Rosa, pronunciando discursos admirables por su precision y energía: ; Pero qué servian la razon y la elocuencia contra los principios que se proclamaban y difundian; por los que no contentos con el orden de cosas establecido, aspiraban á los trastornos que despues hemos lamentado! Hemos observado ya que dotado el Sr. Martinez de la Rosa de extraordinaria firmeza pasiva, de una energía de sufrimiento, y de un valor de martirio admirables,

carece del necesario atrevimiento para la acción, y para arrojarse á las grandes empresas. «Se dejará matar sobre su banco», ha dicho el ilustrado biógrafo á quien antes hemos citado, pero no embestirá á su enemigo para matarle. Se resignará á ser mártir, víctima, pero no se lanzará á ser héroe.» Sin que dejemos de convenir en esta opinión, creemos además, que el Sr. Martínez de la Rosa tiene demasiada nobleza de corazón, demasiada hidalgía, demasiada religiosidad en el cumplimiento de sus deberes y en la observancia de sus juramentos, para apreciar en lo que valen en muchos otros estas nobles cualidades, en momentos de revolución, en la ceguedad de los partidos, y cuando se hace gala de la ingratitud, y en nada se repara para obtener un fin. El Sr. Martínez de la Rosa juzga á los demás por sí, y tal vez esa cualidad, apreciable en un particular, pero no la más conveniente para el hombre de Estado en circunstancias azarosas y difíciles, le ha perjudicado más que su supuesta falta de valor de acción.

Hemos dicho antes que los principios que se difundían, eran precursores inevitables de los trastornos que habían de seguir. El 19. de Enero

de 1835, fue la primera esplosion de la mina abierta bajo el edificio de la monarquía. Un batallón sublevado se apoderó de la casa de correos al grito de «abajo el ministerio» asesinando al Capitan General de la provincia, y resistiendo el fuego y los ataques de las tropas leales, hasta las tres de la tarde. El Gobierno en aquella triste circunstancia, transigió con los sublevados, en vez de vencerlos y castigarlos; y aunque se ha asegurado y no lo dudamos, que el Sr. Martinez de la Rosa habia votado en Consejo de ministros contra aquella transacion, le han acusado sin embargo de no haber dejado la presidencia de un Consejo en que no prevalecia su opinion, en un asunto de tanta trascendencia, y haciendo de este modo recaer la responsabilidad sobre los que la habian merecido.

Seguia encarnizada en las provincias del Norte por entonces la guerra civil, sin que adelantaran nada en su terminacion los diversos generales que el Gobierno habia mandado con las fuerzas que creia suficientes, y abundantes recursos. Todas aquellas desgracias recaian sobre el gabinete, como recayó sobre él el tratado de Lord Elliot para regularizar la guerra; cual sino fueran á los ojos

de la Europa un escándalo las carnicerías de aquella lucha, y necesario poner un término á ellas. Hubo sin embargo agitacion en Madrid con motivo de aquel convenio por parte de los revolucionarios; reclamóse en las Cortes con destemplanza acerca de él; y el Sr. Martinez de la Rosa corrió peligro de ser asesinado al salir del salon, á no haberle algunos amigos metido en un coche y llevado precipitadamente á su casa, no sin que le siguieran hasta ella los amotinados.

Este triste acontecimiento, contribuyó tal vez á la conclusion de su ministerio; pero el motivo directo de su dimision fue la solicitud de la cooperación ó intervencion de los gobiernos aliados, que el Gobierno se creyó en el caso de pedir. El Sr. Martinez de la Rosa, ya fuese porque le repugnara el llamar á los estranjeros, ya porque estuviera íntimamente persuadido de que no se habia de acceder á la peticion, habia sido constantemente opuesto, habia resistido sin cesar á la demanda de toda intervencion. Sucedió por entonces el desastre de las Amezcuas, y el General en Jefe, despues de haberlo consultado con los principales caudillos de su ejército, y aprobado por ellos, se presentó en Madrid,

pidiendo á los consejeros de la corona la intervencion. Vergüenza es sin duda que muchos de los gefes que entonces la aprobaron y pidieron, hayan tenido despues valor para achacarlo al mismo que á ello se opuso. Lo cierto es que se dió aquel paso, que el ministerio arrastrado por la autoridad de los generales que reclamaban aquel recurso accedió á él, y el Sr. Martinez de la Rosa se vió vencido en una de las cuestiones á que mas se habia opuesto. Solicitó como ministro de Estado la intervencion de las potencias aliadas, segun se habia convenido; pero al mismo tiempo hizo su dimision de Consejero de la corona, reemplazándole en la presidencia del gabinete el Conde de Toreno.

Asi acabó su ministerio de 18 meses, durante el cual habia cambiado la naturaleza del Gobierno, y en lugar de un estado absoluto, entregaba á sus sucesores una monarquía representativa. Habia realizado la ilusion de toda su vida, estableciendo un órden de cosas en el cual se hermanaban el órden y la libertad, y con el que se hubiera ésta fortalecido, y dado ópimos frutos, sin los embates que sufrió el órden, y que acabaron con la libertad para dejarla solo consignada en un libro.

Sabida es la corta duracion del ministerio Torreno, y harto conocidos los acontecimientos de Agosto de 1835. Vino de Londres el Sr. Mendizabal, y se formó el ministerio de Setiembre, que no solo se negó á disolver las Cortes reunidas un año antes; y las convocó nuevamente, sino que quiso acercarse á los gefes de la opinion moderada; y en especial el Sr. Martinez de la Rosa. Apoderaronse por fin del ministro universal los del opuesto bando, y disuelto el Congreso de 1834, convocóse otro bajo el influjo del gobierno que á la sazón dominaba; y para el cual no fue elegido el Sr. Martinez de la Rosa.

Las elecciones de 1836, volvieron á llamarle á la arena política, y hubicra sido uno de los principales miembros de las Cortes revisoras. Mas los pronunciamientos de aquel verano, y los escándalos de la Granja, destruyeron el Estatuto Real, y restablecieron la olvidada Constitucion de 1812. El testamento del difunto Rey y la obra del Sr. Martinez de la Rosa cayeron á un tiempo; á los golpes de las bayonetas de dos sargentos, y quedando fuera de accion el partido conservador, no aparecieron sus gefes en las Cortes elegidas á consecuencia de aquellos sucesos. Pero aquel par-

tido volvía á elevarse, y las Cortes mismas tuvieron que adoptar algunos de los principios que él profesaba en la nueva Constitucion. Las elecciones sucesivas no dejaron duda alguna sobre este punto, y el primer ministerio del Sr. Bardagi, compuesto aun de hombres de la revolucion, tuvo que ceder su lugar á otro en que dominaban contrarias tendencias.

Una de las grandes causas que en nuestro concepto han contribuido mas á la desorganizacion del partido conservador, ha sido el no presentarse sus gefes reconocidos al frente del Gobierno, cuando el triunfo legal de su partido les llamaba á aquel puesto. De este modo se hubiera indudablemente conservado su unidad, y evitándose el que descendiendo el poder á manos inferiores, é ineptas muchas veces, se encontrase este sin el prestigio que debe darle en los cuerpos legisladores, la dignidad del poder que representan y la superioridad de sus conocimientos y de su palabra. Entonces correspondia sin duda al Conde de Toreno, ó al Sr. Martinez de la Rosa, la presidencia del Consejo; sin que por esto sea nuestro ánimo deprimir en nada el conocido mérito y capacidad de la ilustre persona que le

ocupó; pero no estaba afiliado en el partido militante, no era reconocido como jefe de él, y bastaba solo que le faltase esta condicion para que quedase falsada la indisputable y buena teoría constitucional que acabamos de indicar.

Hubiérase tal vez evitado de este modo la crítica que sobre él ha recaído, con motivo de la conducta observada por el Congreso de diputados á causa de la esposicion dirigida á su presidente por el General Cónde de Luchana, en Marzo de 1838, cuando su primer desavenencia con el ministerio Ofalia. Suya hubiera sido entonces la responsabilidad de no proceder, cual al Gobierno correspondia, contra las marcadas tendencias del General. Se ha asegurado que el motivo de oponerse el Sr. Martinez de la Rosa á que se tratara en el Congreso de aquella materia, fue la seguridad que tenia de que S. M. la Reina Gobernadora, no consentiria en la deposicion de un general en quien tenia depositada toda su confianza; y sobre todo tenemos la íntima seguridad de que la conducta del Sr. Martinez en aquella circunstancia, era hija de la más pura intencion. De todos modos, los sucesos posteriores han manifestado al mundo la gratitud con que se correspondió á la

confianza de la Augusta Princesa; y la suerte del país, las tristes consecuencias de la conducta observada por el Congreso al ser derribado por el influjo de un general un ministerio que merecía su absoluta confianza, sin tratar siquiera de manifestar su desagrado por aquellos sucesos, causa primordial, en nuestro concepto, de los que posteriormente hemos tenido que llorar.

Disueltas las Córtes de 1839 por el ministerio á quien si no apoyaba, no hostilizaba tampoco el Sr. Martinez de la Rosa, no fue elegido para las siguientes, y sin embargo de la decidida oposicion que el ministerio Arrazola hizo á su eleccion, le sostuvo hasta que la segunda disolucion verificada en aquel año, estrechó mas y mas la alianza de aquel Ministro y del Sr. Martinez de la Rosa.

Reuniéronse las Córtes de 1840, las mas notables en nuestro concepto por encerrar en su seno el mayor grado de ilustracion y conocimientos; como lo prueban las discusiones habidas en aquella época, ricas en fuerza de raciocinio, notables por la elevacion y dignidad de los debates. ¡Inútiles discusiones, que ningun resultado habian de dar, confiada la ejecucion de las leyes que de ellas resultasen á las manos incapaces que gober-

naban el Estado. ¡ Llegó por fin el funesto viaje de S. M. á Barcelona , y sabidas son las consecuencias que de él resultaron , para que nos detengamos en referirlas.

El pronunciamiento de Setiembre , afectó en extremo al Sr. Martínez de la Rosa. Habia sufrido los atentados contra su persona en 1835, sin dejar un solo dia de presentarse al público; habia visto pasar el motin de la Granja sin tomar medida alguna de prudencia. Este último trastorno, que calificaba él con la merecida severidad , no le permitia permanecer en Madrid. Por mas que no temiese por su persona ; necesitaba respirar otro ambiente , y alejarse de un pais revuelto y que acababa de dejar la Reina á quien con tanta ingratitud se pagaban sus beneficios. Su lealtad le llamaba lejos de aquel teatro , y en Octubre de 1840 , marchó ocultamente para Paris. Allí vive en una modesta casa de la calle de Provence , ocupado en la continuacion de su obra , *El Espíritu del Siglo*, pensando siempre en su adorada España , lamentando los funestos males que sobre ella pesan ; y anhelando el momento de verla feliz , y de poder volver á ofrecerla sus talentos y servicios con la misma fé.

con igual honradez con que la ha servido, durante toda su tormentosa vida política. Y como si no bastaran al Sr. Martinez de la Rosa los honrosos títulos que le han granjeado una fama europea y el aprecio de cuantos le conocen; allá en la tierra extranjera, en medio del bullicio de la populosa Paris, no deja escapar ocasion de ensalzar las glorias de España, pronunciando en las sociedades y corporaciones científicas de que es miembro, elocuentes discursos en elogio de nuestros antiguos poetas y conquistadores. (*) Allí relacionado con los mas distinguidos personajes, se hace notar por la modestia de su porte; y en una época en que tantas fortunas improvisadas se ostentan sin pudor, se mantiene él con los productos de un escaso patrimonio, mermando sin duda en vez de acrecido, durante su carrera política. Las desgracias personales que ha sufrido, los males que ve pesar sobre su pais, habrán sin duda modificado algunas de sus convicciones pero el fondo de sus doctrinas, permanece el mismo, y su mayor pesar es el descrédito que la revolucion española ha echado sobre las instituciones liberales.

(*) Véase la Revista de Madrid. tercera serie, tomo III.

Hemos bosquejado someramente, y cual lo permiten los límites de nuestras biografías, la vida política del Sr. Martínez de la Rosa, tan enlazada con los sucesos mas notables de nuestra historia moderna. Para descender á mas estensos pormenores, para citar sus elocuentes discursos, para examinar sus obras literarias, hubiéramos necesitado un campo mas estenso. Era imposible seguir paso á paso al hombre que ha personificado en sí el partido mas grande, mas ilustrado de la revolucion española, sin descender á escribir la historia de ella. No era dado analizar cada una de sus obras literarias (*) sin privarnos del espacio necesario para recorrer rápidamente su vida política. Nos hemos limitado á presentar los hechos mas notables de su azarosa carrera, que no consideramos aun terminada, para bien y gloria del país que puede envanecerse de contarlo en el número de sus hijos. Indudablemente el Sr. Martínez de la Rosa es el personaje mas noble que ha figura-

(1) Ademas de las obras del autor que hemos citado, ha publicado dos tomos de la novela histórica *Doña Isabel de Segovia*, el *Libro de los Niños*, cuyo solo título indica el objeto y prueba el corazón del que lo escribiera en medio de una deshecha borrascapolítica; y ademas algunas piezas de teatro entre ellas *El Español en Venecia*, que acaba de ser representada en esta corte con general aplauso.

do en el prolongado y sangriento drama de nuestra revolucion. Grande en la adversidad, se le vé sacrificar su libertad y esponer su vida antes que sucumbir á la retractacion de sus principios y á quebrantar la fé de sus convicciones. En la cumbre del poder inaccesible al orgullo que tan fácilmente prestan las condecoraciones y distinciones de que se vé colmado, baja de él y se confunde en la vida privada, llevando en pos de sí el aprecio de sus amigos, el ódio político de sus contrarios, y el aprecio y respeto de todos por sus indisputables virtudes. Grande en la tribuna, jamás su elocuente voz se ha empleado en defender una mala causa, en sostener un principio destructor; jamás su palabra, fuerte sí y enérgica, ha promovido cuestiones personales, insignificantes siempre, cuando de los grandes intereses del Estado se trata.

Algunos españoles, y mas aun los estrangeros, creen ó afectan creer todavia que el autor del Estatuto Real está pensando en su restauracion; estamos seguros que el Sr. Martinez de la Rosa no ha pensado jamás en que su obra pudiera volver á revivir despues de pasados tantos años. Creerá tal vez como nosotros, que en una monarquía representativa es preciso dar mas estabilidad y pres-

tigio, mas fuerza aristocrática y mas poder de tradicion á la Cámara conservadora, separándola de las conmociones y variaciones políticas á que dá lugar su actual frecuente renovacion. Y cuenta que no por eso achacaremos al Sr. Martinez de la Rosa las ideas aristocráticas de que en sentido de privilegio le han acusado algunos. Cualquiera que conozca la llaneza de su trato, verá fácilmente que si su posicion le coloca entre las clases mas elevadas de la sociedad, no por eso desdeña el trato familiar con cuantas personas se dan á conocer por sus talentos, su aplicacion ó sus servicios.

Hemos oido referir (dice el Sr. Pacheco en la biografía del personaje que nos ocupa) que por los años de 1821 habia reunido el Sr. Martinez una pequeña série de estampas ó pinturas respectivas á su persona. Veíase en una celebrado y encumbrado por sus primeros pasos en la carrera pública, con una exageracion oriental; venia despues otra estampa de su encarcelamiento como traidor, y se designaba el suplicio en que debia morir; el Peñon de la Gomera con su tristeza y sus trabajos, formaba el asunto de otra; seguíase el arco de triunfo que se levantó en Granada á

su vuelta de presidio, en la primavera de 1820; y remataba la galería con una caricatura de las que salieron contra él durante su segunda diputación, acusándole de vendido al Monarca, á la aristocrácia y á las Córtes estrangeras. Por debajo de esta pequeña série de dibujos que en su gabinete tenia colocados, habia escrito el mismo Señor Martinez estas palabras: « *ni lo uno ni lo otro merecia.* »

Los años que han transcurrido desde la época á que esta anécdota se refiere, los sucesos ocurridos durante ella, han colocado indudablemente á mayor altura en el aprecio de la generalidad de los españoles las virtudes como hombre particular y como hombre político del personage de que tratamos. No dudamos que el Sr. Martinez escribiera tal vez las mismas palabras que entonces puso debajo de su coleccion de grabados, al pie de esta biografía; sus enemigos en medio de las detracciones á que dá lugar el espíritu de partido, solo podrian añadir á las denominaciones depreciativas que contra él se han usado desde aquella época, la de llamarle ridículamente *Poeta*, como si estuvieran reñidas las letras con la política y la gobernacion; y la de *un faccioso* mas aludiendo á

estas palabras pronunciadas por el Sr. Martiuez en el Estamento de Procuradores al saberse la llegada á España del Pretendiente. Palabras que indudablemente espresaban , que no por eso ni por la presencia de aquel Príncipe en el campo enemigo aumentaban las probabilidades del triunfo de su causa.

En los momentos en que esto escribimos (marzo de 1848) se halla el pais agitado con motivo de las elecciones generales á que ha dado lugar la última disolucion de las Córtes , consecuencia precisa del gran trastorno que obligó al Sr. Martinez de la Rosa á ausentarse de nuevo de su patria. La ciudad de Barcelona , tan alhagada por la revolucion y tan castigada despues por los revolucionarios , ha incluido en su candidatura al ilustre granadino, que con mengua de la ciudad que le vió nacer , y que deberia enorgullecerse con tal hijo, no le hace figurar en todos tiempos, y cualesquiera que sean los principios que dominen en el número de sus representantes. Barcelona no podia escoger uno mejor para la defensa de sus tan comprometidos intereses , ni confiar á mas elocuente voz la satisfaccion de sus tan conculcados derechos , y la vindicacion de tantos desafueros como

ha sufrido. No sabemos aun el resultado final; pero si el Sr. Martínez fuese elegido, no vacilamos en creer que acudiendo al peligroso puesto á que la confianza de los electores le llamaba, resonaria de nuevo su voz en las bóvedas del Congreso, con la elocuencia que le es natural, con la firmeza que dá el derecho, y con la energía que dá á los grandes caracteres la defensa de los oprimidos. Ningunas Córtes se habrán reunido en España desde el último restablecimiento del Gobierno representativo en circunstancias mas difíciles, y cuya mision sea de mayor interés que la de las que van á juntarse; y la nacion debe desear que á tan solemnes y trascendentales debates, á la resolucion de tan importantes cuestiones para su porvenir, asistan los grandes hombres parlamentarios, entre los cuales no vacilamos en colocar en primera línea al Sr. Martínez de la Rosa.



Indice de las biografías contenidas

EN EL

TOMO SEGUNDO.

MR. GUIZOT.

MAHAMUD II.

SILVIO PELLICO.

LORD PALMERSTON.

EL GENERAL GRAVINA.

EL ARCHIDUQUE CARLOS DE AUSTRIA.

CALOMARDE.

BONAPARTE.

NAPOLEON.

EL EMPECINADO.

EL GENERAL MORILLO.

D. F. MARTINEZ DE LA ROSA.

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL

SIGLO XIX.

2.8616

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL SIGLO XIX.

POR

UNO QUE NO LO ES.

La biografía es el arte de reunir el personal de la historia, de las ciencias, de las letras, de las artes y de la sociedad...

J. NORVINA.

TOMO III.



MADRID,
IMPRESA DE D. FERNANDO SUAREZ,
PLAZUELA DE CELENQUE, 3.

1843.





G. G. G.

FERNANDO VII.

1808-1813

FERNANDO VII,

REY DE ESPAÑA.

«Hombre de ideas rancias y de costumbres del día.

CHATEAUBRIAND; *Congreso de Verona.*

«Por lo que hace al Rey de España basta decir, que el primer Ministro, hombre cuya moderación y exactitud de juicio alaban hasta sus enemigos, aseguró en el Parlamento, que la conducta de este Príncipe ha provocado la revolución.»

Carta de Canning al Vizconde de Chateaubriand.

Una monarquía es una familia, los subditos son los hijos, el Rey su cabeza y su padre; nombre de amor y de reverencia que con justicia han adoptado aquellos reyes benéficos, que por su

equidad y beneficencia han merecido el nombre de tales. ¡Qué espectáculo tan interesante ofrecen aquellos monarcas generosos que sostienen mas bien que empuñan el cetro patriarcal, que rodeados de sus buenos súbditos les prodigan el titulo de hijos en retorno de sus aclamaciones; y seguros de su cariño, procuran su bienestar con el anhelo de un padre!

De esta manera la historia de nuestra patria nos presenta en los Reyes de la dinastía de Borbon, los diferentes caracteres de un padre de familia. Felipe V su fundador, afanado en consolidarla á pesar de su carácter pacífico, es el padre que se vé precisado á litigar la posesion que transmite á sus hijos. Fernando VI, virtuoso y sencillo, que libra sus pueblos de los males de la guerra, es el padre que alejado de los tumultos civiles, labra en secreto la felicidad de sus hijos y con su economía y sábia administracion les prepara un risueño porvenir. Carlos III realiza estas esperanzas, y eleva el pueblo español á un rango distinguido, haciéndolo al mismo tiempo respetar de sus convecinos. Carlos IV es ya un padre bondadoso, pero indolente, que sostiene apenas el lustre de la familia. ¿Qué rango ocupará Fernan-

do VII al lado de sus predecesores? ¿Podremos por algun concepto mirarle como padre, ó mas bien como un mayorazgo que disipa en poco tiempo el patrimonio, que con tantos afanes acumularon sus padres?

Si al nacer Fernando VII, en 14 de Octubre de 1784, se hubiera formado su horóscopo, con mas razon que al sin ventura Boabdil, pudieran haberle llamado el *Zogoibi* (desgraciado), mas bien que por sus infortunios personales, por los que habia de acarrear á España. Los primeros maestros de Fernando, fueron poco afortunados con él: mas afecto le mereció Escoiquiz á quien se culpa de haberle imbuido ideas maquiavélicas y ambiciosas. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que algunas intrigas rastreras, y la aparente misantropía del Príncipe de Asturias, llamaron la atencion de su padre, y el maestro de literatura, pasó á Toledo á residir su arcedianato de Alcaraz. Para entonces ya se habia formado en las provincias, y aun mas en Palacio, un partido á favor del Príncipe, que despreciable al principio, vino por fin á derrocar el trono de Carlos IV, y envolver en sus ruinas al favorito en quien se apoyaba.

Otros asuntos de mas entidad llamaban entonces la atencion de la Córte. Habíase alzado en Francia un soldado hijo predilecto de la fortuna, y cambiado la espada por el cetro. Su hermano Luciano, Embajador en Madrid, habia manifestado la posibilidad de un enlace con la Familia Real de España, y esto era mas que suficiente para alarmar el corazon del virtuoso Carlos IV, poco dispuesto á colocar una hija suya sobre las ruinas del trono de S. Luis. Con este motivo fue preciso precipitar la boda de Fernando con la Princesa María Antonia de Nápoles, verificada en Barcelona á fines de 1802; quizá contra el dictámen de Godoy, que hubiera preferido hacerle viajar, para estender de este modo el círculo de sus conocimientos.

Asaz fugaces y pasajeros fueron aquellos lazos, que vino á romper la muerte cuatro años despues, no sin graves sospechas de veneno. La opinion pública y algunos folletos, designaron al intrigante Sabary como autor de aquel atentado, y hasta la camarista que habia mediado en el complot. Aquella Princesa, si bien afable y hermosa, se entrometia demasiado en la política; pero lo que se ha dicho de su espionage á favor

de los ingleses , sino inesacto , es en gran parte exagerado , y los documentos harto recusables.

Llegó por fin el mes de Octubre de 1807 , en que la España atónita presenció por tercera vez el espectáculo de encausar á un Príncipe , sucesor de la corona , cual lo fueran en otro tiempo los de Viana y Austria , hijos de Juan y Felipe segundos. Los partidarios del Príncipe de Asturias á cuyo frente se hallaba el arcediano Escoiquiz , alma de aquella intriga , habian atraído á su favor al Embajador Beauharnais , halagándole con la esperanza de una boda entre Fernando y una parienta suya. La conspiracion estaba tan mal urdida , que el Príncipe fue sorprendido con la mayor facilidad y ocupada toda su correspondencia. El ridículo fin de la causa del Escorial , es bien notorio , como tambien las célebres cartas llamadas vulgarmente , *de Papá y Mamá* , en que el Príncipe despues de haberse abatido á los pies de Godoy , pedia perdon á sus padres y declaraba en seguida acerca de sus cómplices , aun mas de lo que se le preguntaba. ¡ Conducta indigna de un hombre de educacion , mucho mas de un Príncipe que debe ser modelo de caballeros ! El haberse comprometido el Embajador fran-

cés, salvó entonces á los autores de la trama, y la lenidad con que se les trató, dió mas pábulo á la idea que formó la Nacion, de que todo habia sido una farsa combinada por el favorito.

Entretanto las tropas francesas invadian la Península, y á guisa de bandidos, que no como soldados, se apoderaban de nuestras plazas. La posicion de la Córte era en extremo embarazosa, y en tan crítica situacion, á cualquier parte que mirase veia un abismo. La justicia divina que hiere por los mismos filos, condeñaba á Carlos IV á ver invadido su reino, y á marchar á sus Colonias de America; asi como él habia contribuido á que la Córte de Lisboa emigrase al Brasil, secundando con sus tropas al saqueador Junot.

Esparcida esta noticia, el pueblo de Aranjuez y los de sus inmediaciones, se prepararon á evitarlo, y en la noche del 17 de Marzo de 1808, secundando los proyectos de los partidarios del Principe de Asturias, derrocaron el poderío de Godoy. Preso este en el cuartel de Guardias, Fernando fue enviado por sus padres para salvarle, y cual si fuera Rey le perdonó la vida. En la misma noche del 19 de Marzo, se cumplian sus votos, y subia al trono. ;Bajo tan funestos aus-

picios principió su reinado Fernando VII de Borbon; al resplandor de las teas incendiarias, y entre los algaridos de un populacho ébrio y tumultuado.

La entrada de Fernando en Madrid, fue uno de aquellos arrebatos de entusiasmo difíciles de escribir. Montaba un ligero corcel y le rodeaba pequeña escolta; el pueblo se apiñaba á su tránsito, gritaba, abrazaba sus pies, y hacía locuras. Seis horas largas gastó en atravesar desde la puerta de Atocha hasta su Palacio: difícilmente presentará la historia otro cuadro igual de un entusiasmo, que rayaba en frenesí; y aquella imagen de la verdadera popularidad, afectó el corazón del joven Monarca. Aquel breve periodo de su reinado, fue quizá la mejor época de su vida, y en la que tuvo mas aciertos, levantando el destierro á los célebres proscriptos del reinado anterior, y nombrando para ministros algunas personas beneméritas. Pero Carlos IV protestaba contra la abdicacion que acababa de hacer, y Maria Luisa se degradaba hasta el punto de escribir al tirano Murat en tono suplicante por sí y «por el pobrecito Principe de la Paz; *amigo inocente y afecto al Emperador, al Gran Duque*



y á todos los franceses. » De este modo lisonjeaban aquellos ancianos al hombre feroz , que trajo sobre España un diluvio de calamidades, comprometiendo á Napoleon con sus mentiras , su ambicion y tiranía en una guerra que por entonces no deseaba.

En aquella célebre carta que jamás debiera haber visto la luz , se leia el carácter de Fernando VII , trazado por su madre en términos que honrarian al mismo Tiberio. « Mi hijo tiene muy mal corazon , su carácter es cruel : jamás ha tenido amor á su Padre ni á mí » ; Echemos un velo sobre tanta miseria !

Entretanto la Côte estaba muy persuadida de la venida de Napoleon , y teníase preparado y caliente el baño , que debia tomar luego que llegase á Madrid , segun su costumbre. El maquiavélico Sabary , digno agente de tal tramoya , aceleró la salida de D. Carlos para recibirlo , y logró que Fernando saliese el 10 de Abril , con el mismo objeto , victima de la credulidad de Escoiquiz. Poco tiempo despues se publicó un folleto , que por entonces metió ruido , en el cual se preguntaba « ¿ cuál hubiera sido la suerte de España , si Fernando no hubiera ido á Bayona ? » En él se probaba la utilidad de dicho viaje , apoyándose principalmente

en que la desconfianza hubiera suministrado á los franceses un motivo plausible de principiar la guerra. Se le podia preguntar al autor si con la ida del Rey les faltó á los franceses ese pretesto.

En Vitoria conocieron ya los viajeros su error, y todos los buenos españoles se apresuraron á proponer al Rey medios de fuga, ora artificiosos, ora violentos, que en iguales circunstancias cualquier persona mas decidida no hubiera titubeado en aceptar. Todo fue en vano, y al dia siguiente el alucinado jóven se ponía espontáneamente en manos de su carcelero, pisando el territorio francés, donde ni un solo clarín anunciaba su llegada. No tardó mucho en saber la voluntad irrevocable de Napoleon de que no reinasen mas los Borbones en España, y esto por conducto del mismo Sabary, que le habia dicho dos dias antes en Vitoria: «me dejo cortar la cabeza si al cuarto de hora de llegar S. M. á Bayona, no está reconocido por Rey de España.» ¡He aqui los agentes *del grande hombre!*

· Siguiéronse á esto las escandalosas entrevistas de Bayona en que los padres y el hijo se degradaron igualmente, haciéndose objeto de escarnio

para los improvisados cortesanos del Imperio. Fernando restituyó el trono á sus padres á pesar suyo, y estos que conocian la imposibilidad de volver á España, echaron sobre sí la imperdonable mancha de abdicar en favor de Napoleon, quien endosó la corona á su hermano á manera de letra de cambio. Si tales actos hubiesen sido válidos, los españoles hubieran pasado de una en otra mano, como pasan los rebaños á poder del comprador. ¡A tal degradacion habia llevado una Corte estólida y corrompida el trono de Carlos I.

Fernando fue confinado á Valencey, palacio del Duque de Benevento (Talleyrand) donde llegó el 18 de Mayo. En su viaje no se mostró descontento por tan brusca transicion, y antes biendió motivos para que se encomiase su *resignacion*. Su permanencia en Valencey ha sido pintada con muy diferentes colores, segun las pasiones de los que escribian. En los primeros tiempos de su reclusion, invirtió profusamente los millones que caian en sus manos, en obras de piedad y de beneficencia, fundando una especie de hospital, socorriendo numerosas familias, y adornando la destmantelada iglesia. Seguia metódicamente sus ejercicios relijiosos, y pasaba algunos ratos en la selecta

biblioteca que habia en el edificio. En vano la Princesa de Benevento trató de atraerlo á sus redes, pues Fernando con cierto orgullo, supo dominarla y sospechó de la ilustre intrigante. Pero no fue esta tan infeliz con algun otro personaje de la familia, por cuyo conducto estuvo al corriente de todos los conatos de los augustos cautivos. Mas por otra parte su correspondencia con Napoleon, ofrece el colmo del abatimiento y la bajeza. Hubiera imitado al menos á sus padres, que conocido su error, gemian en silencio haciéndose acreedores al respeto que inspira la desgracia.

Con sentimiento llegamos al punto de tratar acerca de la correspondencia de Fernando con Napoleon. No es propósito nuestra pluma para manchar reputaciones, y sentimos tanto placer en cubrir los defectos de la vida privada, como dolor al no hallar excusas para los públicos errores que por otra parte la imparcialidad no permite omitir. No solamente solicitó la mano de M^{ta}. Tascher de la Pagerie, sobrina de Josefina, que le fue negada, sino que cumplimentó á Napoleon por sus victorias, pidió al intruso la gran banda de la Orden, que habia creado en España para premiar á sus adictos; y pasando mas adelante, tra-

bajó contra sus intereses y los de la Nación que sacrificaba por él sus hijos más queridos en desigual pelea. La Inglaterra conociendo lo que su libertad interesaba á la España y á ella misma, trató de buena fé (por esta vez y sin ejemplar) de romper sus cadenas, si es que aun metafóricamente cuadra tal nombre á su dulce cautividad, El Barón de Kolly famoso aventurero logró penetrar hasta su cámara disfrazado de joyista y le entregó en un estuche de oro, como documento autógrafa de sus credenciales, la carta misma que Carlos IV habia escrito de su puño y en latin, al Rey de Inglaterra, con motivo de su casamiento. Aterrado con aquel compromiso, superior á sus fuerzas, principió á dar gritos y entregó el aventurero á la gendarmeria, que custodiaba el Palacio. Acto continuo escribió á Napoleon todo el suceso, supliéndole se sirviese adoptarle por hijo para dar un completo desengaño á todos sus enemigos.

Otros han asegurado que no fue el Barón de Kolly quien se le presentó, sino otro aventurero buscado por Fouché en reemplazo del Barón preso en Vincennes por la policia. Ello es indudable que el Gobierno francés se deleitaba en amargar su situacion con repetidos desdeños, introduciendo

el espionage en su servidumbre, privándole de esta, y tendiéndole groseros lazos. Muchos de ellos dejó consignados el célebre Ostolaza en un sermón que predicó en Cádiz, y que despues se publicaron en un folleto titulado, *Fernando VII en Valencey*.

Llegó por fin la época en que el coloso combatido por toda Europa, principió á balancear, y convencido de la necesidad de poner fin á la guerra de España tan desastrosa para sus intereses, determinó dar libertad á sus prisioneros de Valencey, no sin haber sacado de su inesperienza todo el partido posible, mediante el tratado que se celebró entre Laforest y el Duque de S. Carlos. Al ver á Fernando restituido á España por el mismo Napoleon, no podemos menos de recordar aquel dicho suyo tan vulgar, «*si yo hubiera querido vengarme de los españoles, no tenia que hacer mas sino devolverles á su Fernando.*» Habiendo sido Napoleon mismo, quien le envió á España, no por venganza, sino por necesidad, este dicho tan ponderado mas bien que una sentencia, es una fanfarronada ridícula.

Por fin el dia 7 de Marzo de 1814 á las diez de la noche se recibian en Valencey los pasaportes;

el 24 por la mañana pasaba Fernando el Fluvia, y aquella misma noche penetraba por entre los gloriosos escombros de la inmortal Gerona.

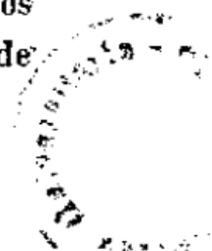
Este periodo es uno de los mas interesantes de la vida de Fernando. Habia leído la Constitucion del año 1812, y durante su viaje traia en el coche un ejemplar de ella, mostrándose conforme en muchos de sus capítulos. Napoleon por conducto de Laforest, le habia pintado la Constitucion de España, como una trama de los ingleses para establecer bajo este pretesto una República, y dominarla á su arbitrio, escitando las pasiones populares y menguando la influencia de la Magestad Real, y del *pacto de familia*, que habia dejado hondas raices y simpatias entre Francia y España.

Por otra parte, al entrar Fernando en esta, vió al pueblo disgustado (por mas que se diga otra cosa), porque los hombres de Cádiz al precipitar las reformas y atacar á mansalva la reputacion de todos los gefes del ejército, habian tratado mas bien de adquirir el renombre de sábios entre los comerciantes de la isla, que no de consolidar las instituciones entre el pueblo y en las tropas. Al pasar el Fluvia y en el curso de su

viaje, apenas oyó Fernando un viva á la Constitución; y en vano para explicar este silencio se recurrirá á los manejos ó intrigas del partido realista y del Duque de S. Carlos. El árbol era débil y sin jugo, el hacha estaba en manos del Rey, y éste descargó el golpe. ¿Por qué bastó uno solo, un simple decreto, para echarle por tierra? ¿Por qué no se opuso el pueblo, á quien tan entusiasmado se supone, y que por el contrario vitoreaba al Rey con frenesí?

Peró de todos modos fue una ingratitude monstruosa castigar tan rudamente á los que en su ausencia habian trabajado por la independencia de la Nacion; y aun mas, el haber santificado con la palma de los confesores muchas nulidades políticas, que á esta persecucion debieron su engrandecimiento posterior, tan funesto para la libertad de España. Cuando en los años venideros se haya de escribir la historia de aquella época, los hombres despreocupados que nos sucedan, probablemente en este sentido comentarán sus hechos.

El día 13 de Mayo entró Fernando en Madrid, y fue recibido con mayor aparato y con no menos entusiasmo que la vez primera; y el día 30 de



aquel mismo mes con motivo de su cumple años en vez de dispensar gracias, fulminaba procripciones contra los adictos al intruso, y condenaba á perpetuo destierro hasta sus inocentes esposas, si con ellos habian emigrado. ¡Rasgo horrible! porque en tales dias sus antepasados, ó enjugaban el llanto de algunas familias, ó al menos guardaban silencio. Fernando escogió aquel momento, para aniquilar la última esperanza de 12,000 familias, cuyo único delito era haber hecho lo que él en Valencey., adular á Napoleon. Y mientras de este modo se cerraban las puertas de la patria á los emigrados, muchos Diputados á Córtes envidiaban su suerte, presos en estrecha cárcel, y víctimas de lo que se llamaba causas de Estado.

De aquella época data *la camarilla*, reunion oscura y detestable, que por desgracia de España tuvo á su disposicion por mucho tiempo los destinos de la Nacion. Sin esto, nada tendria de particular y nos complaceriamos en pasarlo por alto como perteneciente á la vida privada. Dábase el nombre de camarilla á la antesala del cuarto del Rey, donde solian estar los Ugieres y demas personas de la Real servidumbre. La etiqueta del

Palacio español atemperada al carácter sério de la Nación y su proverbial gravedad, se citaba en los reinados anteriores como un modelo de rigidez. Fernando VII desentendiéndose de ella, salía con frecuencia á pasar el rato con esta camarilla, compuesta de hombres de baja estraccion, bufones y chocarreros, y muy pocos Grandes de España. Las conversaciones de aquella reunion entre el humo del cigarro y las mas picantes alusiones, hubieran honrado un cuerpo de guardia: á vueltas de ellas se discutian las mas árduas cuestiones de gobierno *confidencialmente*, á la manera que los antiguos francos dirimian de sobremesa sus controversias políticas. Allí se estrellaban con frecuencia las reputaciones mejor adquiridas y las mas sábias disposiciones de los Ministros: asi es que en la vida de Fernando VII, hay hechos cuya solucion en vano se buscaria en la politica sin poseer la clave de los arcanos de la *camarilla*.

Sucedíase los ministros unos á otros con increíble rapidez: entre tales destituciones merecen particular mencion las que se hicieron el mismo año de 1814 del Duque de S. Carlos *por corto de vista*, y de Macanáz, condenado al Castillo de San Anton por venalidad y por sospechas de ha-

ber tenido parte en la publicacion de las cartas escritas por Fernando á Napoleon desde Valencey, y dadas á luz por los periódicos ingleses. Esta prision fue acompañada de circunstancias notables, por haber sorprendido el Rey al Ministro en su mismo lecho, recogién-dole las llaves de su escritorio, en que halló pruebas de venalidad y copias de sus cartas. Algun tiempo despues, D. Pedro Agustin Echevarri al retirarse á su casa despues del despacho, en que le dió Fernando pruebas seguras de franqueza y amistad, encontró en ella una Real órden suprimiendo su ministerio de seguridad pública, y desterrándole á Daimiel. Casi lo mismo se vieron destituidos Ballesteros, y en 1818 Pizarro, Garay y Figueroa, arrancados á media noche de los brazos de su familia y conducidos á su destierro con fuertes escoltas.

La pintura de esta época podria parecer exagerada á los venideros: por eso preferimos copiarla del memorial interceptado á Lardizabal, en 1816, que pensaba presentarlo á su segunda esposa Doña Maria Isabel de Braganza á su arribo á Cádiz, y que creemos inedito. Dice asi despues del preámbulo: « Por el mal gobierno de la Hacienda, y lo exhausto del Erario, estamos

próximamente amenazados de la disolucion del Estado y de una rebelion general, por el disgusto con que se sufre un gobierno arbitrario , en que se exalta á los hombres malos, y se abate á los buenos : se quita el empleo ó se destierra á uno sin decirle por qué : pide que se le hagan cargos y oiga en justicia , y se le niega ; no se respetan las las leyes, ni las personas ; se castiga por chismes y delaciones secretas, y se deja impunes á los calumniadores. Todo esto es lo que hace desear la Constitucion y lo que escita las conspiraciones. Tres van ya descubiertas : de resultas de la primera se ahorcó en la Coruña al cabeza de ella (*). De las otras dos se trata actualmente para descubrir sus autores, y hay muchos presos (**). El plan de una de ellas era sorprender al Rey en el paseo y obligarle á jurar la Constitucion. El de la segunda era matarle, y cualquiera que conozca el corazon humano conoce bien que tales causas producen infaliblemente tales efectos tarde ó temprano. »

« Todo esto procede de que á poco tiempo de llegado S. M. á Madrid , le hicieron desconfiar

(*) Porlier.

(**) La de Richard y la supuesta de Yandiola.

de sus ministros, y no hace caso de los tribunales ni de ningun hombre de fundamento de los que pueden y deben aconsejarle. Da audiencia diariamente y en ella le habla quien quiere, sin escepcion de personas. Esto es en público; pero lo peor es que por las noches en secreto da entrada y escucha á las gentes de peor nota y mas malignas, que desacreditan y ponen mas negros que la pez en concepto de S. M. á los que le han sido y le son mas leales y á los que mejor le han servido, y de aqui resulta que dando crédito á tales sujetos, S. M. sin mas consejo, pone de su propio puño decretos y toma providencias, no solo sin contar con los ministros, sino contra lo que ellos le informan. Esto me sucedió á mí muchas veces y á los demas ministros de mi tiempo; y asi ha habido tantas mutaciones de ministros, lo cual no se hace sin gran perjuicio de los negocios y del buen gobierno. Ministro ha habido de veinte dias ó poco mas, y dos hubo de cuarenta y ocho horas: ¡pero qué ministros! V. A. no querrá creerlo cuando sepa los que han sido.»

Nada pudo remediar aunque no dejó de contener algo la virtuosa Isabel (*), que falleció el

(*) Véase la biografía de Calomarde.

26 de Diciembre de 1818, víctima, segun se dijo, de un ascinato quirúrgico.

No tardó Fernando en pasar á terceras nupcias, dando la mano á la Princesa Doña María Amalia de Sajonia, que entró en Madrid á 20 de Octubre de 1819, para ser compañera del Rey en su infortunio.

Efectivamente, dos meses despues se próclama la Constitucion en las Cabezas de S. Juan, con tan débiles recursos, que solo un gobierno imbecil, como el que entonces presidia los destinos de España, pudiera ser víctima de tal levantamiento, que por si solo se consumia. En vano Elio ofrecia marchar allá y aniquilar los restos que vagaban por Andalucia, ó permanecian al abrigo de los reparos de la Isla: pero la Côte desechó sus servicios, cual si estuviera sobrada de recursos, y creyó salir del apuro haciendo firmar al Rey el ambiguo decreto de 3 de Marzo. Dos dias despues estallaba la insurreccion en Zaragoza, y de todos los ángulos del reino respondian al grito de libertad. Entre tanto el cuarto del Rey, presentaba un cuadro lastimero de abandono y de pavor. ¿Dónde estaban entonces aquellos nobles castellanos, que al ver á su Rey

en peligro volaban á su socorro, al frente de sus huestes y criados? Fernando se habia rodcado de canalla, y esta le daba el pago merecido, abandonándole en su desgracia.

Para salir de aquel apuro, mandó convocar las Córtes con fecha 6 de Marzo, y al dia siguiente viendo que esto no bastaba juró la Constitucion puramente y sin restriccion alguna. ¡Cuánto mejor le hubiera sido aprovechar el entusiasmo público que se mostraba á su favor en 1814, para haberla modificado en un sentido mas monárquico, que hubiera robustecido su poder y satisfecho ulteriores exigencias! Pero los hombres débiles van siempre de un extremo á otro; al paso que el pueblo una vez roto el primer dique, arrolla cuanto embaraza su impetuosa carrera. Uno y otro se vió en esta ocasion: el pueblo de Madrid no satisfecho con las anteriores concesiones, invadió el Palacio Real, reproduciendo las tétricas escenas de Aranjuez, á las cuales debiera Fernando su elevacion al trono. La guarnicion permaneció pasiva, y el pueblo tumultuado redobló sus exigencias y envió seis comisionados hasta los pies del trono. Fernando se vió precisado á reponer el ayuntamiento de 1814, y este erigido en cuerpo político

se presentó á exigir al Rey el juramento de guardar la Constitucion de Cádiz. « Confiad en vuestro Rey , » decia al dia siguiente 10 de Marzo en un manifiesto que ha llegado á ser vulgar , y poco despues añadia aquellas célebres palabras , que por sí solas forman un proceso, « *marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional.* » Aquel mismo dia en que se publicó este manifiesto , las tropas de la guarnieion juraban el Código del año 1812.

No entraremos en la cuestion de si el ódio de Fernando VII contra lo que acababa de jurar, era precisamente á las instituciones, ó mas bien contra las personas que las representaban. No tiene duda que profesaba poco afecto á las primeras, que menguaban su poderio , lo mismo que á las segundas , por el modo casi violento con que habia tenido que aceptarlas. Pero por otra parte , es indudable tambien que no fue su oposicion el único escollo contra el cual hubo de estrellarse la nave del Gobierno representativo, y quizá fue mas funesto para ella el furor demagógico de la época. Al ver el descrédito en que van cayendo ahora muchas brillantes teorías , por el abuso que de ellas se hace ; al ver el sistema elec-

toral reducido á un escandaloso agiotage, la responsabilidad ministerial convertida en cuestion de palabras, y el recargo de contribuciones mayor que en tiempo del absolutismo, pudiéramos preguntar, ¿desde el año 1834 hasta el presente, ha sido Fernando VII quien ha estorbado las reformas constitucionales?

Llegó por fin la época de principiar estas, en el segundo periodo constitucional á que aludimos. El domingo 9 de Julio de 1820, abrió Fernando en persona las Córtes del reino, congregadas en el salon del ex-convento de Doña María de Aragon, que se habia decorado con la posible magnificencia. El Rey estaba sereno y sonreia, el público le vitoreaba, y algunos Diputados secundaban los aplausos. Entonces al pronunciar el discurso de apertura salieron, de su boca estas notables palabras. «La atencion general de la Europa, se halla dirigida ahora sobre las operaciones del Congreso, que representa á esta Nacion privilegiada. De él aguarda *medidas de indulgencia para lo pasado, y de ilustrada firmeza para lo sucesivo*, que al mismo tiempo que afiancen la dicha de la generacion actual y de las futuras, hagan desaparecer de la

memoria los errores de la época precedente.»

La esperanza que podia concebirse al oír estas palabras, fue harto pasajera: por una parte la obstinacion del Rey impedía las reformas; por otra el desenfreno demagógico crecía por momentos. Este se irritaba mas y mas con la resistencia, aquel se hacia á su vez mas suspicaz, y cada paso que mutuamente daban, alzaba una barrera entre ambos, impidiéndoles avenirse ni entenderse. El que quisiere disculpar al uno y cargar sobre el otro toda la odiosidad, creemos que no pintaria con exactitud la época tumultuosa de los tres años... ; *tres años* de humillacion para el Monarca, que compensaron con creces los seis anteriores de arbitrariedad!

Las sociedades secretas minaban el Reino, fraguaban conspiraciones, y despues de abortadas culpaban de ellas á los enemigos de la libertad y aun al Trono mismo. Esta costumbre ridicula se ha perpetuado hasta nuestros dias, echando siempre al débil y al vencido la culpa de todos los desórdenes; como si pudiera el público alucinarsé acerca de los verdaderos conspiradores.

El primer ministerio constitucional estaba compuesto de hombres naturalmente antipáticos al

Rey, pues solo Amarillas era el único que le merecía algún afecto. La lucha entre el Rey y sus Secretarios, era notoria: para mayor descrédito de aquel, se hizo igualmente pública su conversacion con Riego, al besarle la mano, conversacion que el campeón de la Isla tuvo la debilidad de publicar. Llegó en seguida la ley sobre reforma de monacales, que el Monarca se negaba á sancionar, y á la cual no accedió sino obligado por una de aquellas *farsas ensayadas*, que llamaban motines, en las cuales eran mas culpables las autoridades que las consentian, como argumentos *ad terrorem*, que los infelices que alborotaban por un pequeño salario, ó por las ocultas sugerencias del *gran Oriente*. Huyendo de tales atropellos, marchó Fernando al Escorial, desde donde disolvió las Córtes. Por desgracia parecia que un maligno influjo le sujeria errores con que comprometerse y perder el respeto que sus desventuras inspiraban á todos los buenos liberales. El imprudente nombramiento de Carvajal para la Capitanía general de Castilla, acabó de escitar contra su persona el ódio y los resentimientos. Al regresar á la Corte, aturdido con los trágicas, escarnecido y vilipendiado, hubo de sufrir ignominias,

que no sucedieron á Luis XVI al regresar de Varennes. Lloraba la tierna Amalia; los Infantes se mostraban abatidos de dolor, y Fernando apenas podia contener su cólera. ¿Qué restaba ya sino llevarlos al Temple? Y con todo, en España, en el pais de las anomalías, tampoco salió cierto por esta vez aquel axioma que dice: *corona degradada, y cabeza en el cadalso.*

A la vez el Gobierno que habia aflojado las riendas del orden, iba á ser víctima de los elementos desencadenados. Si habia mostrado algun tanto de connivencia con los que escarnecieran al Rey, aun se vió él mas insultado cuando la Sociedad del café de Malta decia en su representacion á Fernando, acusando á los Ministros; « que sus individuos habian contribuido inocentemente á *la última farsa* del mes de Noviembre. . . .

.
y que con grave perjuicio de la tranquilidad pública se habia sorprendido su fidelidad y patriotismo. » ; Por tales medios se queria hacer de Fernando VII un buen Rey constitucional!

El pueblo que en vez de considerarle como su representante perpétuo, le miraba como primer conspirador, seguia denostándole mas ó menos

directamente, acosándole en el paseo con dieterios, insolentes; y pasando de las palabras á las obras llegó hasta el punto de apedrear su coche. Entonces vió la Europa con escándalo un Rey abatido á mendigar proteccion del Ayuntamiento de la Corte. Indignados los Guardias atropellaron algunos alborotadores, y el Rey tuvo que acceder con despecho á la supresion del Cuerpo.

El día 1.º de Marzo de 1821 abrió Fernando en persona la segunda legislatura, notable por el discurso de apertura, á continuacion del que añadió de su propio caudal una relacion de los ultrajes cometidos contra su decoro, que no solo no habia sido redactada por los Ministros, sino que era mas bien una censura contra su conducta. La mina acababa de reventar; y para que el estrago fuera completo, al regresar el Rey á Palacio destituyó de una plumada á todos sus Ministros, confiando interinamente los negocios á los primeros oficiales de sus respectivas secretarías. Tres dias despues nombraba el segundo Ministerio constitucional, compuesto de personas apreciables por sus garantías de honradez y de patriotismo.

En el mes de Julio se reprodujeron las mismas

escenas de Noviembre del año anterior. A fines de él, Fernando habia cerrado las Córtes desde la Granja , por medio de un decreto ; y para mayor identidad , no escarmentado con las lúgubres escenas , que ya habia provocado su conducta , incurrió en el mismo error , admitiendo la dimision del Ministro de la Guerra , y nombrándole sucesor por sí mismo , sin contar con sus Ministros. Irritados estos , presentaron su dimision , que el Rey no quiso admitir ; y conociendo su yerro , nombró con acuerdo de ellos un sucesor , como debiera haberlo hecho desde el principio. Ya con este motivo se advertian síntomas de conmociones ; y si entonces hubiera regresado á Madrid , quizá se le recibiera con mas desacato que el año anterior. Pero no por eso se sostuvo la tranquilidad por mucho tiempo , pues desencadenadas las sociedades secretas contra el Ministerio , que la mantenía , venieron á echarle por tierra , contribuyendo tambien á esta obra el nuevo Congreso , compuesto en su mayor parte de sugetos de avanzadas ideas.

En tan espinosas circunstancias ¿quién habia de encargarse de regir la nave del Estado ? Recusábanle todos los hombres de orden ; y el Rey,

al verse en tal conflicto, no pudo menos de esclamar: «¿Qué será de mí si los españoles honrados me abandonan en estos momentos?» Entonces los Sres. Martinez de la Rosa (*), Garely y Moscoso, impulsados de un movimiento de generosidad, aceptaron el compromiso de libertar á un Monarca, que parecia trataba él mismo de arruinarse, cual si la anarquía que le acosaba no fuera suficiente para precipitarle en un abismo. Halagaba Fernando á sus nuevos Ministros con aparentes deseos de una reforma templada de la Constitucion; pero al llegar el momento crítico, á despecho de ellos y de las juiciosas observaciones del Embajador francés, se decidió por su mando absoluto, confinado en los insurgentes que acampaban en el Pardo. Entonces el Palacio y la Corte fueron teatros del mas sangriento drama de aquella revolucion: ¡episodio terrible, que hace en ella el mismo papel que el lúgubre 2 de Mayo en la guerra anterior, cuando las calles de la Corte se inundaron con española sangre!

Aterrado el Monarca con el sangriento espectáculo que habia provocado, y abatido con su inesperado desenlace, volvió á las ideas de con-

(*) Véase su Biografía.

ciliacion y prudentes reformas; pero ya era tarde. Los honrados Ministros, de cuya confianza habia abusado, acababan de retirarse; y en tal situacion volvió su vista á Francia, y pidió su intervencion á Luis XVIII, pintando enérgicamente los excesos de la anarquía. Esta carta tuvo su resultado, y los hijos de S. Luis invadieron la Península, conducidos por el Duque de Angulema. No era la idea de este, ni del Rey de Francia, restablecer el absolutismo en toda su latitud, antes bien desterraron á los furibundos realistas, Creus y Mataflorida, individuos de la Junta de Urgel, y representantes del despotismo neto.

El Gobierno de Madrid, trató entonces de trasladar al Rey á parage seguro, pero este irritado, destituyó á sus ministros. Llegó entonces el furor popular á un extremo hasta el cual jamás habia rayado, y la vida del Rey se vió en peligro. He aqui como describe aquella escena un testigo de vista: (Miraflores, t. I) «La pluma se resistió á escribirla: voces de *muerá el Rey* se oyeron por primera vez; se insultó el sagrado asilo y aun á la virtuosa y respetable Reina; y acaso sin la Milicia de Madrid, y sin el Ayuntamiento, se hubiesen manchado las páginas de



nuestra historia con la sangre de ilustres víctimas.»

A pesar de su resistencia á pretesto de enfermedad, se vió precisado á salir de Madrid para Sevilla el 20 de Marzo de 1823, escoltado por gran parte de la Milicia de la Capital; y alguna tropa, á las órdenes del General Villacampa. En Sevilla manifestó de nuevo su resistencia á pasar adelante, lo que dió lugar á la ruidosa sesion de 11 de Junio. La comision, á cuyo frente iba D. Cayetano Valdés, se presentó al Rey á las cinco de la tarde para darle cuenta de su traslacion a Cádiz. — «Mi conciencia y el interés que me ispiran mis súbditos, respondió Fernando, no me permiten salir de Sevilla. Si como individuo particular no hallo inconveniente en la partida, como Rey debo escuchar el grito de mi conciencia.» — A las reiteradas instancias de Valdés, respondió secamente «he dicho» y volvió la espalda. Entouces las Córtes á peticion del Sr. Galiano declararon incapacitado al Rey, y acto continuo se instaló la Regencia provisional. De este modo reducido Fernando á Rey de farsa, salió al dia siguiente para Cádiz, y el 15 recobraba el cetro. Epoca célebre en los fastos de nuestra

historia, pues no se escribió con sangre como quizá hubiera sucedido en otras naciones.

Amaneció por fin el día 1.^o de Octubre de 1823, día de su libertad. Una rica falúa conducía al Rey y su familia al campamento francés. Desde allí lanzaba una mirada furibunda sobre las baterías de Cádiz, y á poco rato los ex-regentes, á pesar de las garantías que les habia dado, eran declarados reos de lesa Magestad. En vano el Duque de Angulema, y el mismo Rey de Francia, trataron despues de hacerle retroceder de la tortuosa senda que emprendía y de las ideas reaccionarias: uno y otro le merecian poca gratitud, y fue preciso que algun tiempo despues un enviado del Autócrata, viniese casi con amenazas, para sujerirle ideas de templanza, y obligarle á mudar el ministerio. Subió al poder á poco tiempo Calomarde (*), fiel intérprete de su política. Entre tanto estallaban con frecuencia movimientos y rebeliones en diferentes sentidos, escitados por los hombres mas virulentos de uno y otro bando. Los pronunciamientos de Valdés en Tarifa, y de los Bazanes en Alicante, alternaban con los de Capapé y de Bessieres, en sentido opues-

(*) Véase su biografía.

to; y en medio de aquella conflagracion general y agitacion de los partidos, D. Pedro daba una Constitucion á Portugal. Alarido Fernando con la idea del fuego que ardía en el vecino reino, decia en un manifiesto á los españoles con fecha 16 de Agosto de 1826: « Sean las que quieran las circunstancias de otros paises; nosotros nos gobernaremos por las nuestras; y yo, como padre de mis pueblos, oiré mejor la voz humilde de una inmensa mayoría de vasallos, fieles y utiles á la patria, que los gritos osados de la pequeña turba insubordinada, deseosa de renovar escenas que no quiero recordar.»

Al año siguiente se notaron en Cataluña síntomas alarmantes, y bien pronto la insurreccion tomó un vuelo rápido y espantoso. Entonces el Rey dió pruebas de energia marchando velozmente á Tarragona. Los fusilamientos que siguieron á la sofocacion de aquel levantamiento, á pesar del indulto, vinieron á manchar aquella paz instantáneamente conseguida.

Desde Cataluña pasó Fernando á Valencia, en donde se reunió con su esposa para visitar juntos las principales ciudades del Norte de la Nacion: volvieron á Cataluña, y desde Barcelona regresó á Ma-

drid por Zaragoza, Pamplona y Vitoria. Una perspectiva mas halagüena principiaba á lisonjear la España. Los ódios políticos, si no estinguidos, parecian amortiguados; reinaba en la hacienda uu órden estricto y económico; la paz y la tranquilidad tanto tiempo apetecidas, hacian renacer la confianza; y hasta las ciencias y la industria principiaban á levantar su abatida frente. No titubearemos en considerar aquel periodo como el mas tranquilo que ha disfrutado la Nacion en todo lo que llevamos de este siglo. Cuando á deshora sobrevino la muerte de la Reina Amalia, turbose momentáneamente aquel reposo, y despertó de su letargo la funesta político-manía.

Los partidos principiaron á bullir con la esperanza de atraer á sus intereses la nueva esposa, pues en vano los que exortaban al Rey á que desistiese de cuartas nupcias, cifraron su esperanza en que faltára la sucesion directa. Fernando aunque algo quebrantado su físico por el abuso de fáciles placeres, y por la continua agitacion de su borrascosa vida, que le hacian víctima de una vejez prematura, aun sintió su pecho accesible á los encantos del amor: aquel mismo año galopaba junto al estribo de la carroza en que entraba en Ma-

Madrid la escelsa Cristina , esperanza de los españoles. La venida de los Reyes de Nápoles , y el amor que la jóven Reina supo inspirarle , juntamente con la esperanza de tener sucesion , modificaron su génio en los últimos años de su vida y le decidieron á dar la ley de sucesion , y publicar la Pragmática de 1789.

El 10 de Octubre de 1830 , cuando en varios ángulos de Europa resonaba acorde el grito de libertad , Fernando lograba el placer de ser padre : al mismo tiempo multitud de emigrados acometian diferentes puntos de la Península , lanzando el mismo grito , presagio sin duda de una borrascosa minoría.

Entre tanto los achaques del Rey se iban agravando , y la gota paralizaba sus miembros. El 13 de Setiembre le acometió al pecho , y el 17 se desesperó de su vida. En medio del abandono en que yacia , acompañado únicamente de su jóven esposa , oyó con dolor la triste pintura de las desgracias , que á su muerte iban á sobrevenir al Reino : aterrado con aquella idea y fascinado por sus consejeros , accedió á la revocacion de la Pragmática , condenando al infortunio á su esposa y á sus inocentes hijas. Pero cuando todos creian que

habia fallecido , viéronle con asombro vuelto á la vida y arrancado casi á viva fuerza de los brazos de la muerte. Disipáronse entonces rápidamente los proyectos de sucesion indirecta , y Fernando enterado de la verdad de los sucesos y de la lealtad de los españoles , conoció las arteras intrigas de que habia sido víctima , desaprobó la conducta de sus ministros, y confió el despacho de los negocios á su Augusta esposa.

El estado del Rey durante el último año de su vida era tal, que el vulgo llegó á dudar de su vida , y llamaba aquella existencia *vivir por máquina*. El 30 de Diciembre ante una reunion respetable anuló el codicilo arrancado á su debilidad en los momentos de su agonía , y cinco dias despues daba gracias á la Reina en un manifiesto, por su esmero y asistencia durante la enfermedad y por el feliz desempeño de los negocios que habia despachado. El 16 de Marzo de aquel año (1833) se vió en la precision de desterrar á su hermano D. Carlos , con motivo de la próxima jura de la Princesa Isabel, que este repugnaba. Verificóse aquel acto el 20 de Junio en la Iglesia de S. Gerónimo, segun los antiguos usos, autorizándolo el Rey con su presencia, como igualmente los espectáculos, que

en celebridad de este suceso tuvieron lugar, dando pruebas el Rey de que sus achaques no habian sido suficientes á destruir su antigua afición á las lides del circo. Por fin aquella existencia minada por las mas opuestas pasiones, despidió el último destello de la vida el 20 de Setiembre de 1833, por la tarde, a impulsos de un ataque fulminante de apoplejía.

Tal fue el triste fin de Fernando VII de Borbon, á quien los aduladores prodigaron el título de *Deseado*, verdadero en algun tiempo. Las desgracias que presidieron á su reinado, han hecho su recuerdo ingrato para los españoles: ¡ved ahí, dicen, al hombre por quien arrostramos una guerra extranjera y otra civil, y que á su muerte nos legó otra aun mas funesta! ¡Cómo si tuviera él la culpa de las desgracias todas con que la Providencia en su furor castiga á los pueblos! porque los hombres recuerdan mas bien sus extravíos, que las cualidades que en época menos tormentuosa hubieran hecho quizá de él un buen Monarca. No le faltaba talento y poseia una memoria feliz y hasta sorprendente: era afable hasta degradar su dignidad, y piadoso como todos los Borbones, aun cuando á veces su conducta no iba conforme con las ideas y máximas de la religion.

Aquí debiéramos quizá presentar el reverso de la medalla, y manifestar igualmente sus defectos; pero estos son demasiado públicos y muchos de ellos hasta exagerados. Por otra parte, como dijimos al principio, no se presta fácilmente nuestra pluma á ensangrentarse en ajenas reputaciones y debilidades humanas. Respetemos tambien su memoria, pues dió existencia á la Augusta Princesa que hoy ocupa el trono, aun cuando no puedan recaer sobre su frente sin mancilla los estravios de su padre. Y en una época en que tan vilipendiada se mira la magestad del trono, ¿qué español será capaz de pintar el último reinado con toda su deformidad, y enagenarle de un modo indirecto la adhesion de los servidores que aun le restan?

Quizá al leer esta biografía se habrán echado de menos numerosos hechos. Pero la historia de un Rey, es la de toda una Monarquía; imposible por lo tanto concretarla á tan angosto espacio, sin reducirla á limitada forma. Quizá tambien los hombres de partido, mirándola con sus diferentes prismas, la considerarán como un panegírico, ó bien la calificarán de libelo. ¡Felices nosotros si al espresar las ideas de la gran mayoría de la Nación, conseguimos desagradar á los partidos extremos!





LORD BYRON.

Byron's Works, 1809.

LORD BYRON.

«La aparición de Lord Byron en la literatura europea, es uno de aquellos sucesos cuya influencia se hace sentir en todos los pueblos y á todas las generaciones: no porque sea Byron, como lo han asegurado algunos críticos, el creador de un nuevo género de poesía; pues no pertenece al hombre el crear nada.»

CARLOS NODIER.

Desde los siglos de renovación que han seguido á los llamados bárbaros, todas las ciencias é ideas eclécticas del hombre, han tenido la tendencia á materializarse; y por un efecto de infalible reciprocidad, cuya causa está en nuestra naturaleza, que aspira siempre á existir en alguna parte fuera de sí misma, las cosas de la vida puramen-

te materiales han experimentado la misma inclinación progresiva al espiritualismo. Testigo Lord Byron de la renovación de una civilización, ha sido el intérprete más poderosamente inspirado de todos los sentimientos, de todas las pasiones, en una palabra, de todo el frenesí que se despierta en el tempestuoso intervalo en que se confunden los ensayos de una sociedad naciente, y las convulsiones de otra que acaba. Lord Byron, no ha hecho más, que revelar la poesía de aquel estado de cosas; y si admira la invasión inmensa y simultánea del género romántico, más que á la influencia accidental de un hombre de genio, debe atribuirse al estado de las necesidades reales de nuestra sociedad.

Sin que nosotros desconozcamos las grandes cualidades poéticas de la persona cuya biografía vamos á trazar, no se nos negará tampoco que á la par que sus obras han contribuido á darle la fama de que disfruta, circunstancias que le eran particulares, su vida azarosa, y hasta, permítasenos la expresión, sus extravagancias.

Jorge Gordon (Lord Byron) nació en Londres el 22 de Enero de 1783. La juventud del Capitán Byron, su padre, había sido muy tempestuosa:

casado en primeras nupcias con Lady-Carmarthen, á quien habia seducido, y que estaba divorciada de su esposo, vivió poco tiempo con ella; murió dejando una hija, y el capitán Byron se casó de nuevo con Miss Gordon, rica heredera cuyo patrimonio disipó en pocos años. Separáronse al fin los dos esposos, y el Capitán murió en Francia, en Valenciennes, pocos años antes del nacimiento del autor de *Childe-Harold*.

Cuando se cuenta la vida de un hombre, de quien se ha dicho con alguna razon: «que tenia mas vanidad en descender de los Byron de Normandia, que acompañaron á Inglaterra á Guillermo el Conquistador, que de haber sido el autor de *Childe-Harold* y de *Manfredo*,» preciso es hablar un poco de sus antepasados; y no parece que estos se titulasen hasta el reinado de Carlos I. Tal era la familia del que en su infancia era llamado por sus camaradas de colejio el *antiguo baron inglés*, para burlarse de su apego á aquel título, y que despues, vuelto liberal y carbonario, decia rechazando la semejanza que queria establecerse entre Rousseau y él: «él era del pueblo, y yo soy de la nobleza.»

Byron nació cojo, y es digno de notarse que los

dos grandes literatos de Inglaterra, del principio de este siglo, Byron y Scott, tenían ambos aquella deformidad. En vano se hicieron varias tentativas para corregir aquel defecto. Recibió las primeras lecciones de gramática, en Abeerdeen, y en 1793, visitó con su madre la parte elevada de la Escocia; gustaba de pasearse por aquellas montañas, y como las impresiones de la infancia son muy duraderas, las montañas de Grecia le recordarían sin duda despues las elevadas de Escocia. En aquella época, apenas contaba ocho años, se enamoró de una niña de su edad con un afecto que tenía todos los caracteres del amor. Fenómeno que no es raro principalmente en los niños que mas adelante han de ser hombres de imaginacion. Dante, Alfieri, Canoba y Rousseau tuvieron amores en su infancia.

Mientras la de Byron pasaba en ensueños, se preparaba un suceso que debía tener una inmensa influencia en su destino. Por la muerte de un jóven que habitaba la Córcega, heredó el título del V Lord Byron, que vivía en la abadia de Newstead. Murió el Lord en 1795, y cuando por primera vez llamaron en la escuela al jóven Jorge Byron, colocando segun costumbre su título antes

que el nombre, le causó grande impresion y prorumpió en llanto. Su nueva posicion exigia un nuevo tutor y este encargo recayó en Lord Carlisle, pasando Byron á Lóndres con su madre. Enviáronle primero á un instituto particular, y por último entró en la escuela pública de Harrow. Su carácter era indomable, y como lo ha dicho él mismo, no era popular entre sus camaradas, pero sabia hacerse querer de algunos. Sus sentimientos eran en efecto tan generosos como arrebatados; y uu dia que uno de los matones de las clases aporreaba brutalmente á un débil escolar, se acercó Byron á él temblando de cólera y le preguntó: « cuántos golpes pensaba dar á su amigo: « y qué te importa contestó el opresor? » « es que si os parece recibiré yo la mitad. » El muchacho á quien se pegaba era Peel, que habia de llegar á ser despues uno de los primeros hombres de Estado de Inglaterra. Byron contrajo en el colejo amistades apasionadas; dominaba en todos sus actos la melancolía, y aquel niño que sobresalia en todos los juegos de fuerza y de agilidad, que era siempre el primero en las conspiraciones infantiles, se complacia en meditar en el cementerio de Harrow, donde se enseña aun el sepulcro sobre el cual solia sentarse.

Estando aun en Harrow se apasionó de Mis Chaworth que habitaba en Annesly , cerca de Newstead. Ella no hizo caso de él y hasta se burló del amor de una persona á quien consideraba solo como un niño ; y aquel amor no correspondido, y que no pudo olvidar enteramente, le hizo caer en culpables extravíos.

Desde el año de 1805 , estando aun en la Universidad de Cambridge , habia principiado á componer versos. Imprimió primero, solo para sus amigos, sus *Juvenilia* que publicó en seguida , viendo lo bien recibidas que habian sido. Aparecieron despues sus *Horas de ocio* (Hours of idleness) dedicadas á su tutor Lord Carlisle. Al recorrer las primeras poesias de Byron , sin estar preocupado por la reputacion que ha adquirido despues , nada se encuentra en ellas de notable. Comunmente hay en los jóvenes poetas fuerza y oscuridad , y el principal defecto de Byron eran el prosaismo y una insípida claridad. La Revista de Edimburgo desconoció el porvenir del joven poeta y le criticó groseramente. Sabido es como se vengó Byron. Poco antes de aparecer la sátira que debia dar vuelo á su talento , estaba en una posicion poco favorable: su primer ensayo poético sufría el cruel desden de

los periodistas y el olvido del público , y habia entrado en la Cámara de los Lores , desapercibido y sin patronos. Su falta de fortuna , la mala reputacion de su padre , y la conducta loca de su madre , habian alejado de él á los hombres de su clase. No hacian caso de él , y su espíritu indomable no podia soportar el desprecio. Esto explica la causticidad de aquella sátira que admiró á la Inglaterra , y que hizo cesar en Byron el sentimiento que atormenta principalmente á los hombres de génio, la duda de lo que valen. Byron atacó en aquel escrito á los que despues debia admirar y contar en el número de sus amigos: W. Scott y Moore , fueron en ella muy mal tratados. La versificacion de la sátira es fuerte y concisa , pero toda la composicion carece de claridad.

Poco despues de publicada aquella sátira , partió Lord Byron para el continente. Pero antes de seguirle , veamos en qué disposicion de espíritu se encontraba el poeta. Despues de lo que le habian hecho sufrir los desdenes de Miss Chaworth , se entregó con toda la violencia de su carácter á las pasiones ; su juventud no tuvo durante algun tiempo freno alguno , y vivia en el antiguo castillo , de Newstead , en medio de la licencia y del ócio.

Con el corazón enchido de pasiones, con el entendimiento fuerte, pero desordenado, salió Lord Byron el 2 de Julio de 1809, para su viaje á Levante. Atravesó el Portugal y el Sur de España; permaneció algun tiempo en Cádiz, ciudad de placeres que ha cantado en sus versos, con sus músicas, sus mugeres hermosas, y su delicioso clima. Visitó la Cerdeña, la Sicilia, Malta, y pasó á Turquía. Abordó en Albania, la antigua Epiró, se adelantó hasta el Monte Tomarit, y fue acogido con benevolencia y distincion por el famoso Alí Bajá. Despues de haber visitado, la Iliria, la Chasnia, etc. atravesó el golfo de Actium con una guardia de 50 albaneses, y pasó el Achelono durante su camino, al través de la Acarnania y la Etolia. Se detuvo en Morea, pasó el golfo de Lepanto y abordó al pié del Parnaso; vió las ruinas de Delfos, pasó á Thebas y á Atenas, y regresó despues á Constantinopla. Desde allí volvió á Atenas y fue en seguida á Corinto y Patras. Recorrió despues la Morea, y era su ánimo pasar á Egipto, pero no lo llevó á cabo, y regresó á Inglaterra en Julio de 1811, despues de dos años de ausencia.

Traia de aquel viaje los dos primeros cantos de la peregrinacion de *Childe-Harold*, y una sátira

bastante mala, imitacion del *Arte-Poética* de Horacio. Lo singular es que creyó que *Childe-Harold* no era digno de imprimirse, y que fundó todas sus esperanzas de buen éxito en su imitacion de Horacio. Persuadiéronle al fin sus amigos de que aquel poema era una obra de génio; pero siempre conservó una predileccion hácia la citada sátira.

A su regreso no pudo Lord Byron volver á ver á su madre, que habia muerto de una enfermedad rápida; y casi al mismo tiempo perdió á su amigo Carlos Skinner Mathews, que pereció en un rio inmediato á Cambridge. Estas dos muertes le afligieron profundamente, y fueron precisas para consolarle, las ocupaciones de la Cámara alta en la que volvió á ingresar, y los cuidados de la publicacion de *Childe-Harold*. Fue bien acogido en la Cámara de los Pares. Antes de su viaje, se habia sentado casi solo en los bancos de la oposicion; á su vuelta encontró apoyo en los que pensaban que podía ser útil á su causa; distinguiéndose entre otros Lord Holland.

El 27 de Febrero de 1812, pocos dias antes de la publicacion de *Childe-Harold*, pronunció Byron el primer discurso que fue muy aplaudido. Tratábase de un bill que imponia penas muy severas contra

los destructores de telares. El jóven orador hizo en su discurso alusion á sus viajes : « He atravesado, dijo , el teatro de la guerra en la Península ; he recorrido las provincias mas oprimidas de la Turquía y jamás , bajo el Gobierno mas despótico entre los infieles , he visto una miseria mas odiosa que la que he presenciado á mi vuelta, al corazon mismo de un pais cristiano. ¿ Y cuáles son vuestros remedios ? Despues de muchos meses de inaccion llega por fin el grande específico, la panacea de todos los médicos de Estado , desde Dracon hasta nuestros dias. Despues de tomar el pulso , de haber meneado la cabeza , se ordena , como de costumbre , el agua caliente y la sangria : el agua caliente de vuestra nauseabunda policia , y las lancetas de vuestros soldados ; y despues acaban las convulsiones con la muerte , que es el fin de todas las curas de nuestros Sangredos políticos. Dejando á un lado la injusticia palpable y la ineficacia cierta del bill , ¿ no hay bastantes penas capitales en nuestras leyes ? ¿ no hay bastante sangre en nuestro código penal, que es preciso verter aun mas para que suba al Cielo á deponer contra vosotros ? » Este estilo vivo , esas imágenes demasiado atrevidas , descubren en Byron el deseo de imitar á Sheridan , á quien consideraba

como el primer orador de la Gran Bretaña, y que habia reunido en tan alto grado la reputacion de literato con la de brillante orador. De todos modos Byron quedó encantado de su buen éxito, y dijo que el mejor prefacio para la *Peregrinacion*, era su discurso.

Cuando aparecieron los dos primeros cantos tuvieron un éxito inmenso. « Me desperté una mañana, dice Lord Byron, y me encontré que tenia fama. » Llegó á ser objeto de general curiosidad; el mismo Príncipe Regente, quiso verle, y hablaron juntos de Walter-Scott, que tenia entonces una gran reputacion como poeta. Parecerá tal vez una paradoja, pero puede decirse que *Waverley* se debe á Byron. En efecto, como el mismo Walter-Scott lo ha declarado, jamás habria abandonado la poesia por la prosa, si no le hubiera escedido como versificador el autor de *Childe-Harold*. Este poema hizo olvidar la *Dama del Lago*; pero sin él, tal vez no hubiéramos tenido á *Ivanhoe*. El hermoso fragmento del *Giaour*, tan apasionado, tan brillante, tan oriental, aumentó todavia mas la reputacion de Lord Byron. Lo que contribuía ademas á la curiosidad del público, era la voz esparcida, no sin algun fundamento, de que Byron habia sido el héroe

de la aventura que contaba. En efecto, hallándose en Atenas, había impedido con su firmeza y su crédito, que se diera muerte á una jóven que se había dejado seducir por un cristiano.

La prometida de Abydos, aumentó mas la popularidad del autor. Vivía entonces entre las disipaciones del mundo y las mas distinguidas sociedades de Lóndres. Los mas ilustres personajes de la oposicion eran amigos suyos, y fue atraido á los salones de M^{ma.} de Stael por el encanto que ella sabia dar á la conversacion, á pesar de que no gustaba de la demasiada personalidad y disertacion que habia en la hija de Necker. Se entregó con delicia á la amistad de Sheridan, cuya admirable conversacion arrebatava á cuantos le escuchaban, y los sufragios del jóven Lord le consolaron de ver su gloria oscurecida por sus vicios. Un dia dijo Byron hablando de él: « Sheridan ha sobresalido en cuanto ha querido hacer. Ha escrito la mejor comedia (*La Escuela de la Maledicencia*) la mejor ópera (*El Mendigo*); la mejor farsa, (*El Crítico*); el mejor prólogo, (*Sobre la Muerte de Garrick*); y para coronarlo todo, ha pronunciado el mejor discurso, (*Sobre la India*) que jamás se ha oido en este pais.» Sheridan echó á llorar cuando le repitieron estas palabras.

Cuando en 1814 apareció el *Corsario*, aumentó la reputacion del autor, pero algunos versos que le acompañaban, sublevaron contra él á los amigos del Gobierno y sus periódicos llenaron al poeta de injurias. Contenian aquellos versos un elogio de la Princesa Carlota y un sarcasmo cruel contra su padre. Los sucesos de 1814 dieron una nueva fuerza á los sentimientos políticos de Lord Byron, quien al paso que censuraba las faltas de Napoleon, admiraba cuanto en él habia grande y poético, y deploraba la suerte de la Francia.

Antes de llegar á un suceso que tuvo una grande influencia sobre la vida entera de Lord Byron, debemos decir que en aquella época, fue cuando encontró en Lóndres á Walter-Scott. Este habia sido muy mal tratado en la sátira de Byron; pero su alma era demasiado elevada para que algunos versos satíricos le alejaran del autor de *Childe-Harold*, quien ademas se habia manifestado avergonzado de haber compuesto los *English bards and scotch reviewers*. Pasaron cerca de dos meses en Lóndres viéndose casi todos los dias.

Lord Byron, á pesar de sus preocupaciones políticas, no habia continuado hablando en la Cámara de los Lores. Su segundo discurso habia sido menos



aplaudido que el primero , y conocia que debilitaría su incontrovertido título de gran poeta, si se obstinaba en llegar á ser un mediano orador. Por lo general los hombres de grande imaginacion , son poco á proposito para la ciencia política , que exige una vista fria del mundo que ellos no pueden tener. Basta el haber pasado una noche bajo las arcadas de un antiguo castillo iluminado por los rayos de la luna, para que disculpen el feudalismo ; y muchas veces nada hay tan prosaico como los intereses sociales. Walter-Scott ha dicho que no creia á Byron convencido de los principios liberales que ostentaba; la muerte de Byron ha dado un solemne mentis á semejante error.

Quando un hombre está entregado á las pasiones, cuando aun no ha gastado su vida, es costumbre proponerle que cese de repente de ser apasionado, y el pasar sin transicion , desde la agitacion á una perfecta calma ; y se le propone con gravedad que se case. Persuádense que algunas palabras pronunciadas sacramentalmente, convertirán á un poeta meditativo en un marido atento; que el cambio de unos anillos, cambiará pasiones fogosas, y secará los impetuosos manantiales de la poesia. Este remedio vulgar le ofrecieron á Lord Byron; y lo singular

es que lo aceptó. Había visto por mucho tiempo con completa indiferencia á Miss Milbanke, no porque careciese de hermosura, pues la tenía notable; no porque le faltase talento, pues hacia versos, sino porque tenía un carácter frío y severo que no podía simpatizar con el suyo. Ignórase porque se decidió á pedir su mano. Negósele ella en un principio, y sin embargo, según la costumbre inglesa que tanto chocaría á las nuestras, siguió en relaciones con él; al cabo de un año volvió á pedir su mano y la obtuvo. Por poca prudencia que hubiera tenido, no se hubiera casado, pues estaba acosado de pleitos y casi arruinado. Verificose el matrimonio el 2 de Enero de 1815, y el 10 de Diciembre del mismo año Lady Byron le dió una hija, su Ada, la única hija de su casa y de su corazón:

Ada! sole daughter of my house and heart!

El 15 de Enero de 1816 Lady Byron, después de haber escrito á su marido una carta llena de afecto, le noticiaba que no volvería á verle jamás. Tomás Moore, según su costumbre, en sus memorias sobre Byron, ha escrito mucha metafísica y gastado mucha erudición para probar que Byron

no podia ser feliz en su casa. Una palabra de Byron, que él mismo refiere, hubiera podido ahorrarle el trabajo de hacer una psicología matrimonial de los poetas; y la lista de los grandes hombres célibes. Esta palabra era la siguiente: « Las causas de nuestra separacion son demasiado sencillas para que se encuentren fácilmente. » En efecto, entre un poeta joven y ardiente, y una muger fria y apegada á sus deberes no debia haber simpatía. Lord Byron era uno de los administradores de Drury-Lane, y sus nuevas ocupaciones podian alarmar á una muger menos susceptible que Lady Byron. Es dudoso que tuviera culpa, pues la noble conducta que observó despues de su separacion parece probar su inocencia; pero su carácter impetuoso, sus costumbres estrañas debieron dar mil motivos de riña y rompimiento.

Poco tiempo despues de una separacion á la cual habia consentido él mismo, publicó Lord Byron dos poesias que no podian atraerle de nuevo al público, decidido altamente en favor de su esposa. *The Skeich*, sátira por el estilo de las de Juvenal, en la que se rebajó hasta perseguir con sangrientos tiros á una criada, cuya influencia le habia sido funesta, le dió un carácter de violencia que perjudicó

á su dignidad. La otra poesía era el famoso *Adios* á su muger, que es todavía un enigma para sus amigos. Parecía confesar en ella culpas que eran imaginarias, y afectar hácia su muger una ternura que no sentia. Pero no debe darse demasiada importancia á aquella hermosa y apasionada producción; es el capricho de un poeta que hace mentir á la vida real, para pintarse con mayor felicidad.

La impopularidad de Byron llegó á su colmo despues de publicados aquellos versos. Los periódicos le atacaron, se multiplicaron las caricaturas contra él, se le cerraron las sociedades, y se consideraba como un acto de valor el recibirle en su casa. El partido aristocrático, del que habia hecho poco caso, los *Santos* á quienes habia ofendido, las mugeres que creian tener queja de él, se unieron para presentarle como un *mónstruo*; y las palabras de vampiro, de turco bárbaro, de asesino, apenas pueden dar una idea de lo que era Lord Byron, en aquella época en Inglaterra, desde las mas altas sociedades hasta los mostradores.

Lord Byron salió de Inglaterra por segunda y última vez, el 25 de Abril de 1816. Desembarcó en Ostende, atravesó la Flandes, y recorrió las márgenes del Rin. Se detuvo algun tiempo en Ginebra y ocu-

pó á orillas del lago la villa Diodati, que domina la vista del Lemán. Apenas llegó á Ginebra, hizo conocimiento con Shelley y su muger, arrojado de su país por la intolerancia. Su conversacion original, su imaginacion, que segun una espresion de Moore, hubiera podido bastar para una generacion entera de poetas, debieron agradar á Lord Byron; y su intimidad con aquel hombre tan extraordinario y desgraciado, fue seguramente muy favorable al desarrollo de su ingenio. Bastará leer los versos compuestos por Byron, despues de su amistad con Shelley para conocer la influencia que el espíritu meditativo y pensador de este último ejerció sobre él. Compárense sino las dos hermosas estancias de *Childe-Harold* (*) con los versos de Shelley, *Una tarde de verano en un cementerio*.

Certa de Ginebra, y durante una semana lluviosa que les impedia salir de casa, fue cuando Shelley, su muger y Byron se entretuvieron en componer novelas en el género de historias alemanas, llenas de escenas diabólicas. Una de ellas, *Frankenstein*, compuesta por Mistres Shelley, ha quedado como una obra de talento y originalidad. Byron trazó en

(*) Estancias 72 y 73 del Canto III.

aquella época el borrador del *Vampiro*, que abandonado por él y recogido por su jóven médico Polidori, apareció bajo el nombre del poeta, y con el cual principió entre nosotros la reputacion de Byron.

Habia este visto en Copet á Mma. de Stael, que le decidió á intentar un acomodamiento con su esposa. No tuvieron éxito los pasos que dió, y poco despues compuso *El Sueño* (*The Dream*) en el cual pinta sus desgracias con exquisita sensibilidad. Pasó Byron de Suiza á Italia, visitó á Milan y Verona, y se fijó en Venecia en 1816. Esta ciudad convenia mucho á un poeta y á un hombre que necesitaba distracciones y placeres. Venecia que es una ruina viviente, tiene encantos para los ingleses, y allí encontró él ademas costumbres sociales que lisongearon, por decirlo así, el renacimiento de sus pasiones. Tuvo primero amores con la jóven esposa de un mercader, llamada Mariana, de estremiada hermosura; y al paso que jugueteaba con la infantil inteligencia de Mariana, y que éra esclavo de sus caprichos y de sus celos, iba todos los dias á un convento de frailes armenios para aprender su idioma. Tampoco estaba ocioso su génio poético; terminó el tercer canto de *Childe-Harold*; publicó *Los Lamentos del Tasso*, y compuso el drama de *Maufre-*

da, en que por primera vez se introducian en el teatro los espíritus de la naturaleza, y se convertian las montañas y los precipicios en seres con quienes se podia conversar, y que obtuvo en Alemania principalmente un grande éxito. Hay en él una imitacion evidente del *Faust*, de Goethe, y aunque Byron no habia podido leer este drama en aleman por no conocer el idioma, se lo habia traducido en inglés Mr. Lewis.

En 1817 pasó Byron á visitar á Roma; vióla en poco tiempo, porque Mariana esperaba con impaciencia su vuelta; regresó á Venecia y compuso el cuarto canto de *Childe-Harold*, considerado generalmente como su inspiracion mas elevada. Ahora va á mostrarse una nueva faz de su vida, vá á principiar un nuevo desarrollo de su talento.

Desde su salida de Inglaterra, los sucesos y los lugares habian preparado maravillosamente los dos primeros cantos de *Childe-Harold*. Solo faltaba á su génio, segun la espresion de Bossuet «aquel no se qué de acabado que dá la desgracia» y sobre este punto nada le quedaba ya que desear. Habiéndose apoderado de él una grave melancolía, todo le inducia á elevarse sobre un mundo que le rechazaba. Las llanuras de Waterloo. Las orillas del la-

go de Ginebra, llenas de recuerdos de Julia, elevaron su pensamiento, que espiritualizaron las conversaciones con Shelley; y por último tranquilo en Venecia, mecido por un amor jugueton, viviendo bajo el cielo inspirador de la Italia acabó su obra magestuosa. Pero la vida se habia vuelto á despertar en él, y la inspiracion, en vez de agotar su génio, solo habia abierto nuevos manantiales; sentiase fertil, y deslumbrado por su fuerza, se arrojó al mundo y á sus errores, abandonó á Mariana, y se dirigió á mugeres ardientes en el placer, para quienes era el amor una necesidad y un furor.

Sus relaciones con Margarita Cogni, forman un episodio bastante interesante en medio de todas aquellas amistades fáciles y efimeras á que estaba acostumbrado. Véamos la descripcion que él mismo ha hecho de aquella persona y del modo como se relacionó con ella. « La fisonomía de Margarita, dice el mismo, es uno de aquellos tipos venecianos antiguos; su cara es tal vez demasiado larga, pero está llena de finura, y el traje nacional le sienta maravillosamente.

« En 1817, durante una noche de verano, nos paseabamos á caballo N^o y yo á lo largo de la Brenta. Entre los grupos de la gente del campo, adver-

timos dos jóvenes las mas hermosas que jamás hubiéramos visto. A la sazón habia carestia en el país, y yo habia socorrido á algunos desgraciados. Con la moneda de Venecia se puede ser generoso á poca costa, y tal vez se habia exagerado lo que yo habia hecho. Si aquellas jóvenes repararon ó no en que las mirábamos con atencion no lo sé, pero una de ellas me gritó en veneciano. «Por qué ya que aliviáis á los demas no os acordais de nosotras?» Acerqueme á ella, y le dije: «*Cara, tu sei troppo bella e giovane per aver bisogna del soccorso mia.*» — Si viérais, contestó ella, mi cabaña, no hablariais de este modo.» Toda esta escena pasó casi riéndose, y en muchos dias no volví á ver aquellas jóvenes. Una noche las volvimos á encontrar, y nos hablaron mas seriamente de su situacion. Eran primas; Margarita estaba casada, la otra no. Como aun dudaba de lo que me decian, adopté otro camino, y les dí cita para el siguiente dia.... y pocos despues estábamos perfectamente de acuerdo.» Margarita Cogni, muger del pueblo, violenta, arrebatada, pero hermosa como una *tigre*, se apoderó de él, y en aquella época convirtiósese su casa en un sitio de escándalo y de dissipacion, en el que gastó su vida. Entonces fue cuando concibió el *D. Juan*, su segunda epopeya; *Don*

Juan que debía ser la sátira de cuanto habia visto, de cuanto le habia hecho padecer, y en la que depositaba la pintura ideal de la hermosura y del amor.

Sin embargo no podia permanecer por mucho tiempo en aquel estado de humillacion moral; la vista de la Condesa Guiccioli le sacó de él. Era una jóven y hermosa romana, casada dos años hacia con un anciano. Viéronse por primera vez sin resultado, y una segunda entrevista entregó enteramente á la jóven Condesa á un amor á que Byron correspondió vivamente. La Condesa tuvo que regresar pronto á Ravena, su residencia habitual; y Byron la siguió allí bajo el pretesto poético de visitar el sepulero del Dante. Desde aquel momento vió continuamente á la Condesa, á pesar de la cólera de su familia y de los tardios celos de su marido. La acompañó á Bolonia; ella fue sola con él á Venecia, y viendo cada vez mas apasionada á aquella jóven muger, le propuso el huir juntos, Proposicion que causó una virtuosa indignacion á la Condesa, que como muchas italianas, consideraba cosa muy sencilla engañar á su marido, pero muy odiosa el abandonarle. Propuso á su amante como una cosa muy facil, el hacerla pasar por muerta, y Byron debió sonreirse con la idea de aquel engaño, tomado del drama de Shaks-

peare. Compuso en Ravena su *Profecía del Dante* y el drama de *Marino Faliero*. De este modo había llegado hasta el año de 1820.

Las prolongadas relaciones de Byron con la Condesa, habían dado lugar á la separacion de esta de su marido. Vivía cerca de Ravena, y reducida á muy cortos medios, consolábase de las riquezas que había perdido con el amor de un gran poeta. En cuanto á él, había abandonado el proyecto de volver á Inglaterra en el momento de realizarlo. El año de 1820 conmovió toda la Europa. La revolucion de Nápoles había dado muchas esperanzas á los patriotas de Romaña, y Byron se había ligado íntimamente con el Conde Gamba, padre de la Condesa Guiccioli y con su hermano. Ambos estaban muy metidos en el carbonarismo, y su amistad comprometió á Byron en cuya casa se guardaron por bastante tiempo las armas de los conjurados. Siguiéronse al año inmediato las persecuciones de la Santa Alianza, y los Gamba y la Condesa, tuvieron que abandonar á Ravena; y aunque la residencia en aquella ciudad era conveniente á Byron, un gobierno suspicaz y la imposibilidad de permanecer lejos de sus amigos le obligaron á abandonarla. La Condesa se decidió á ir á habitar á Pisa. En 1821 murió la suegra de

Byron, Lady Noel; fue una de sus últimas voluntades que su nieta Ada estuviera por muchos años sin ver el retrato de su padre, y esta rencorosa disposición disculpa la aversión que Lord Byron le profesaba.

Un lance con un oficial austriaco le obligó á abandonar á Pisa, donde se hallaba, en 1822, y á pasar á Génova: allí le esperaban dos grandes pesares. Perdió á su hija natural Allegra, que contaba ya mas de cinco años. Quiso que se la enterrase en la iglesia de Harrow, con esta sola inscripción tomadâ de Samuel: « Iré á ella, pero ella no volverá á mí. » El otro suceso que le entristeció profundamente fue la muerte de Shelley que se ahogó en el golfo de la Spezzia. Un pasaje de la carta en que da cuenta de aquella muerte, es demasiado notable, para que dejemos de citarle: « Hemos quemado los cuerpos de Shelley y de Williams en la orilla del mar, para que fuese posible el trasportarles y hacerles los funerales. No podeis figuraros el efecto que causó aquella fúnebre hoguera en una playa desolada, con montañas en el fondo y el mar enfrente, y el aspecto singular que daban á la llama; la sal y el incienso. Todo el cuerpo de Shelley quedó consumido,

escepto el corazón en que la llama no quiso prender, y que se ha conservado en espíritu de vino.» Aquella muerte de Shelley, que tenía una imaginación tan extraña, que se había constituido el enemigo de Dios, que tenía una imaginación poderosa para sustentar su sistema, tiene seguramente algo de misterioso. Así fue que afectó singularmente á Lord Byron, que como todos los grandes hombres, era un poco supersticioso.

Durante estos tres años de 1820, 21 y 22 continuó Byron su *D. Juan*, á pesar de que en 1821 la Condesa le había hecho prometer que no continuaría aquel poema. Además, durante aquel período aparecieron los dramas *Marino Faliero*, *Sardanápalo*, *Los dos Foscari*, *Cain* y *Werner*. En ninguna época de su vida había trabajado más. Su amor por la Condesa había calmado su existencia, y había vuelto á sus buenas inclinaciones. La pasión del amor tenía en Byron el singular efecto de identificarlo con la persona amada. Cuando su indigna pasión con Margarita Cogni se había vuelto sórdidamente avaro; en Génova, bajo el imperio de la Condesa, distribuía entre los pobres las tres cuartas partes de sus rentas.

Mientras Byron componía sus dramas, seguía

una guerra de pluma con el Doctor Bowles que habia ataeado la reputacion de Pope, el Boileau de Inglaterra. Aquella polémica no fue favorable al talento de Byron, segun el juicio del mismo Shelley. Este, que en nuestro concepto habia ejercido una influencia feliz en el espíritu de Byron, le prestó un triste servicio recomendándole á Mr. Leigh Hunt, á quien ya habia conocido en Inglaterra. Lord Byron, á pesar de las súplicas de sus amigos, cooperó con él en la publicacion de una revista titulada *El Liberal*, que no tuvo éxito no obstante el hermoso prefacio que la precede de Byron, y que envolvió á este en las triquiñuelas que agotaron su paciencia. Persuadióse entonces que disminuia su reputacion, y que tardaria poco en desvanecerse la admiracion que habia causado en Inglaterra. Su ánimo habia vuelto á decaer, cuando los partidarios de la revolucion griega pensaron en él, considerándole como el hombre cuya presencia seria mas favorable á la causa de los Helenos. Abrazó con ardor la idea de ir á Grecia, y á despecho de los ruegos de la Condesa y de su profunda melancolía, se embarcó en el mes de Julio de 1823. Al principio el viento le volvió al puerto, pero fue despues favorable, y una vez en alta mar

recobró su valor , su esperanza , y como dice Tomás Moore : « La voz de su juventud parecía que se hacia escuchar aun entre la brisa que le empujaba á las orillas de su querida Grecia. » Diez dias despues de su salida , protegido por un viento favorable , estaba en Cefalonia. En Inglaterra, donde tiene tanto poder el ridículo , se burlaron mucho de él , porque entre las armas que llevaba habia tres cascos ricamente adornados , acusando de puerilidad aquel capricho poético. Se ha sostenido mas de una vez, que hay incompatibilidad verdadera entre el espíritu poético y la inteligencia práctica. Pero la historia que nos ha conservado los nombres de Alejandro , de César , de Napoleon , atestigua lo contrario, y la caballeresca carrera de Byron pudiera aun desmentir aquella teoría. Poco tardó en probar que si el entusiasmo le habia llevado á Grecia , debia conducirse alli con juicio , firmeza y prudencia. Instruido por un viaje precedente , al paso que apreciaba á los griegos , no veia en ellos á los contemporáneos de Miltiades y de Temístocles. Quiso permanecer en las islas Jónicas hasta saber cuál era el estado de los partidos en Grecia , y cuáles las necesidades mas urgentes á

que habia que atender. Durante su permanencia en Cefalonia se hizo amar por su beneficencia, y apreciar por sus sábias miras. Sin embargo, entonces le asaltó de nuevo con fuerza el presentimiento de su próximo fin. El 27 de Diciembre de 1823 escribia á Tomás Moore desde Cefalonia: « Si la calentura, el cansancio, el hambre ó cualquiera otra enfermedad alcanzase en medio de su carrera á vuestro hermano en poesia, como sucedió á Garcilaso de la Vega, á Kleist y Kœrner, acordaos de mí *en medio de las risas y del vino.* »

Pasó al fin á Missolonghi, despues de atravesar la flota turca, que estuvo en poco no cogiera su buque. Allí tomó á su sueldo un cuerpo de suliotas, con el cual contaba atacar á Lepanto. Fue incansable en calmar las disensiones interiores, y para dar á aquella cruel guerra hábitos de humanidad. Muchas veces hizo dar libertad á los prisioneros turcos, y ponía precio, no á la cabeza de los enemigos, sino á los cuidados que se tuvieran por salvarlos. Ningun resultado obtenia sin embargo; tuvo precision de despedir á los suliotas, y el clima húmedo y mal sano de Missolonghi quebrantó fuertemente su salud. El 14 de Febrero salieron los suliotas de la ciudad, y el 15 tuvo

Byron una convulsion horrible, sin que los suliotas amotinados respetaran su estado, entrando en su cuarto blandiendo sus magníficas armas, y reclamando sus derechos. Electrizado Byron con aquel inesperado espectáculo, pareció estar curado por un momento de su enfermedad; y cuanto mayor era la rabia de los suliotas mas calma ostentaba. Pero su enfermedad se agravó, sin duda por el régimen demasiado riguroso que observaba, pues solo se alimentaba de legumbres, y no podia hacer ejercicio á causa del mal tiempo. No tenia mas distracción que su perro, y al asistir algunas veces á ver tirar á los soldados. Un día despues de haber sudado mucho, sufrió la lluvia en un bote descubierto, y se retiró á su casa con calentura. «Por la noche cuando entré en su cuarto, dice el Conde Gamba, estaba tendido en un sofá, y tenia pintadas en su semblante la inquietud y la melancolia.—Padecia mucho dijo, la muerte no me importa, pero no puedo soportar esta agonía.»

Pronto perdieron sus amigos toda esperanza: y el 18 de Abril de 1824, despues de pronunciar estas palabras: «Ahora es preciso que duerma» tendió la cabeza y el 19 espiró en brazos de su

liel criado Fletcher.» He dado, dijo poco antes de espirar, mi tiempo, mi fortuna, mi salud á la Grecia, y ahora le doy mi vida. ¿Qué mas podia hacer? » En sus últimos momentos se confundieron en sus lábios los nombres de su hermana, de su Ada, de la Grecia y de su amigo Hobhouse. Missolonghi celebró con un solemne duelo los funerales de un grande hombre. Sus restos fueron trasladados el 22 á la iglesia en donde reposaba Marco Botzaris y el general Normann. Las tropas del Gobierno y casi toda la poblacion acompañaba el cadáver, encerrado en una caja de madera, toscamente trabajada. Cubriala un paño negro, y sobre el se habian colocado un casco, una espada y una corona de laurel. Ningun fúnebre aparato hubiera podido producir tanta impresion como aquella sencilla ceremonia. El cuerpo de Byron, acompañado de pocos amigos, fue depositado sin pompa en la pequeña iglesia de Hucknall, cerca de Newstead el 16 de Julio de 1824.





LOUIS PHILIPPE I.



LUIS FELIPE I,

REY DE LOS FRANCESES.

«Puede considerarsele como representante de la revolución de 1789, y de la de 1830 á un tiempo: en él se personifican las ideas de libertad y de progreso que han suscitado estas dos crisis políticas.»

DICCIONARIO DE LA CONVERGACION.

La Francia con su espantosa revolución de 1789, rompió los diques que se oponían á su prosperidad y grandeza; el Imperio le dió gloria, y aseguró las conquistas hechas en el país, por las letras y las artes; la Restauracion pudo de este modo establecer el verdadero gobierno representativo; y al gran personage cuya vida vamos á trazar, elevado al trono por la revolución de 1830, es deudora la Fran-

cia de su inmensa prosperidad actual , y á su prevision y saber de que no se hayan repetido las escenas revolucionarias de otros tiempos. La obra de Luis Felipe, de contener el espíritu revolucionario, y asegurar sobre el trono á su nueva dinastía , proporcionando á la Francia todos los gozes y adelantos materiales que tanto distinguen á la generacion y al siglo actual, sino toda la gloria militar y toda la influencia política que tal vez hubiera sido conveniente ; esta obra decimos , inmensa á la par que gloriosa, no podemos nosotros apreciarla debidamente , dominados como estamos por las afecciones y simpatias de los mismos sucesos de que somos testigos ; pero la historia la juzgará , y en ella ocupará Luis Felipe una brillante página: la posteridad le hará la justicia que muchos de los contemporáneos le niegan.

Nació Luis Felipe en 6 de Octubre de 1773 , y conocido en un principio bajo el título de Duque de Valois , tomó al morir su abuelo el de Duque de Chartres. Principió su educacion el caballero Bonnard , hombre cortesano , de agradable y cultivado entendimiento; y por una singularidad, que aun en el dia llamaria la atencion, el Duque de Chartres dió despues por preceptor al Duque de Valois y á sus jó-

venes hermanos los Duques de Montpensier y de Beaujolais, á una muger. Pero aquella muger era Mma. de Genlis, la cual nada descuidó para formar el corazon y adornar el entendimiento de sus discipulos. Como era natural, sus cuidados se dedicaban mas particularmente al primogénito: veamos cómo se explica la misma preceptora. « ¡Cuántas veces despues de sus desgracias me he felicitado por la educacion que le dí; por haberle hecho aprender desde la infancia los principales idiomas modernos; por haberle acostumbrado á servirse á sí mismo, á despreciar toda clase de molície, á dormir habitualmente en un lecho de madera, cubierto sencillamente con una estera de esparto; á desafiar el sol, la lluvia y el frio; á acostumbrarse á la fatiga, haciendo diariamente ejercicios violentos y andando cuatro ó cinco leguas, con suelas de plomo, en sus paseos ordinarios; y finalmente por haberle instruido é inspirado el gusto por los viajes! » En 1787, á la edad de 14 años, acompañó al Duque y á la Duquesa de Orleans en un viaje á Spa, y á su vuelta se detuvo en Givet, para ver el regimiento de infantería de Chartres, del cual era Coronel propietario. Al año siguiente en un viaje que hizo á Normandía, visitó el Monte San Miguel, y mandó destruir la jaula de

hierro en que estuvo encerrado un gacetero holandés durante diez y siete años, por haber escrito contra Luis XIV. Al estallar la revolución, en la que su padre fue arrastrado á representar un papel que le precipitó al fondo del propio abismo que á su desgraciado primo Luis XVI, era natural que el Duque de Chartres adoptara sus principios; hizolo con el entusiasmo de la juventud, pero con sentimientos enteramente rectos, y sin ofuscarse acerca de los sacrificios que el nuevo orden de cosas iba á causar á su dignidad de Príncipe. Desde el 9 de Febrero de 1790 los tres hijos de Orleans, los de Chartres, de Montpensier y de Beaujolais se presentaron con uniforme de la Guardia Nacional en el distrito de San Roque; y al ver el Duque de Chartres, al tomar la pluma para firmar, que habian escrito en los registros todos sus títulos, los rayó y puso en su lugar, *ciudadano de Paris*. Acababa de afiliarse á una sociedad muy respetable de la cual era fundador el virtuoso Duque de Charost; que murió en 1800, siendo *maire* de uno de los distritos de Paris; era la *sociedad* filantrópica, y para el jóven Príncipe la beneficencia y la filantropía no eran palabras vanas. Durante el tiempo de su educación, todos sus dias estaban marcados por actos caritativos y humanos, pues le ha-

bian enseñado , no solo á dar , lo que no es un gran mérito para los Príncipes, sino á dar con discernimiento. El dia 1.^o de Noviembre de 1790 , fue recibido miembro del club de los *amigos de la revolucion* de Paris. Coronel propietario del regimiento de dragones, número 14, no vaciló en ponerse á su frente, en un momento en que otros aprovechaban la menor ocasion de rehuir toda responsabilidad. Fue á Vandome donde estaba de guarnicion su regimiento , y se distinguió allí por un acto lleno de valor y humanidad. El 23 de Junio de 1791 , dia de todos los Santos, dos sacerdotes refractarios á los decretos de la Asamblea , cometieron la imprudencia de insultar al Santísimo Sacramento que llevaban dos eclesiásticos juramentados. El pueblo quiso ahorcarlos ; pero el Duque de Chartres , solo , tomó bajo su proteccion á aquellos dos desdichados, y despues de inauditos esfuerzos , los arrancó de manos de los furiosos. La municipalidad reunida pasó á dar gracias al Príncipe , é hizo constar los hechos en un acta , que se llamó despues la *corona civica de Vandome*. (*) Destinado á Valenciennes en Agosto

(*) Dicha corona cuidadosamente conservada por los habitantes, se entregó á la Duquesa de Orleans cuando regresó á Francia en 1814, y esta Princesa , Reina ahora de los franceses , la guarda con sumo aprecio.

de 1791, pasó allí el invierno, desempeñando las funciones de Comandante de la plaza, como coronel mas antiguo; y habiendo estallado la guerra con el Austria en aquella frontera en 1792, el Duque de Chartres se distinguió bajo las órdenes del General Byron, en los combates de Boussu y de Quaragnon. En la accion de Quiévrain, logró reunir las tropas sobrecogidas por un terror pánico, y el despacho de Mariscal de Campo, en 7 de Mayo del mismo año, fue el premio de aquel brillante y primer hecho militar. Mandando una brigada de caballeria, peleó á las órdenes de Luckner, y concurrió á la toma de Courtrai. Promovido á Teniente General en 11 de Setiembre, se le designó para ir á mandar á Strasburgo, pero pidió continuar en el ejército activo. El 20 del mismo mes se cubrió de gloria en la batalla de Valmy, defendiendo con extraordinario valor durante todo el dia una posicion difícil, y blanco de todos los esfuerzos del enemigo. Propusieronle en recompensa un mando superior, aunque de organización, en el departamento del Norte, pero lo rehusó igualmente, prefiriendo pelear en aquel ejército activo, que al parecer le debia proporcionar una carrera mas brillante; ¿no era natural en un Príncipe de 19 años, que no habia sido educado para

estar ocioso, el preferir la vida del campamento á la vida sedentaria? Entonces en efecto se habia proclamado la República, y el Príncipe no habia podido ni debido dejar de prestarle juramento, pues cualquiera vacilacion de parte suya hubiera apresurado la inminencia de los peligros que ya amagaban la cabeza del Duque de Orleans su padre. El Duque de Orleans no existia ya, habia perdido su estado civil, y era solo, lo mismo que su hijo, el *ciudadano igualdad*, cuyo solo nombre era una prueba de que en la desdichada Francia la igualdad no existia ya para nadie, y menos aun para los Príncipes, que á pesar de su nacimiento habian abrazado la causa nacional. En tal estado, indudablemente el Duque de Chartres solo era dichoso en medio de la actividad de los movimientos militares; y acaso mas de una vez le parecieron un asilo los peligros del campo de batalla. Despues de su renuncia de un mando superior, pasó por algun tiempo al ejército del General Luckner, y luego al de Bélgica mandado por Dumouriez. Allí era donde debia inscribir para siempre su nombre en los anales militares de la Francia. El 6 de Noviembre, en la gloriosa batalla de Jemmapes, mandando el Duque la division del centro, libró al ejército de un gran

desastre, y cambió de repente en un completo triunfo una vergonzosa derrota. Condujo al campo de batalla á numerosos regimientos que huían desordenados; á la cabeza de una columna, conocida por el nombre del *Batallon de Mons*, restableció el combate, y el premio de aquella jornada fue la conquista de la Belgica. Pero la República francesa que, á lo menos en este punto, se parecía á las antiguas repúblicas, solo recompensó al Duque de Chartres con un decreto de proscripción.

Después de la batalla de Jemmapes, habia ido apresuradamente á Paris, en virtud de una carta de su padre, para acompañar hasta la frontera á su hermana, en el día Mlle. Adelaida, que habia recibido la orden del gobierno francés de salir del territorio de la República, por haber hecho un viaje á Inglaterra. Satisfecho aquel fraternal deber, permaneció en Tournai al lado de la princesa por algunos dias, y allí supo el decreto que acababa de dar la Convencion nacional contra todos los individuos de su familia, sin escepcion. La primera resolución del Duque de Chartres fue entonces la de ir á América con los suyos, y con este motivo dirigió á su padre el borrador de una carta para la Convencion; pero el Duque de Orleans que entreveía

la posibilidad de hacer revocar aquel decreto , para sí , para su esposa y sus hijos , se opuso formalmente á aquella determinacion. Respetó el Duque de Chartres su órden , y no se trató mas del particular ; pero no puede negarse que en aquella ocasion el jóven Príncipe dejase de manifestar la previsorasagacidad que , presintiendo el porvenir , consigue muchas veces disipar sus peligros.

Libre , lo mismo que su padre , del decreto de proserpcion , volvió el Príncipe al ejército , y se distinguió en el sitio de Maestricht , bajo las órdenes del General Miranda. El 18 de Mayo de 1793 mandó el centro del ejército francés en la batalla de Nerwinde ; se retiró ordenadamente despues de la derrota , y con su buen sostenimiento en Tirlemont evitó que aquella gran desgracia no fuese mas desastrosa todavia. Trece dias despues , el 31 de Mayo , tuvo lugar la defeccion de Dumouriez. Mucho se ha escrito sobre aquel suceso desfigurado alternativamente por los escritores de diferentes partidos. Dumouriez , sospechoso á la Convencion , batido en Nerwinde , no tenia mas alternativa que dejarse prender al frente de su ejército , ó huir ; y tomó este último camino con los Generales designados como él á los rigores del partido dominante. El 2

de Abril habia interceptado un pliego lleno de órdenes de arresto contra casi todos los Generales de su ejército, MM. de Chartres, de Valence, etc., siendo firmadas aquellas órdenes arbitrarias, enviadas por una simple comision y no por la Convencion, por *Duhem*. Era legítimo sustraerse á aquel indefinible despotismo; y lo que ha complicado la cuestion, son los embustes, las exageraciones que entonces y despues publicó el mismo Dumouriez, que era particularmente un fanfarron intrigante. No vacilaremos en colocar en el número de sus fanfarronadas el proyecto de que se glorió, de destruir el sistema republicano y crear una monarquía constitucional en favor del Duque de Chartres. Muchas gentes han creido que concibió aquel proyecto, y es cierto, que en el ejército, lo mismo que entre los moderados del interior, el Príncipe en cuyo favor se ambicionaba, hubiera encontrado muchos partidarios. Pero solo faltaba una cosa á aquel plan; el asentimiento del principal interesado, demasiado honrado para querer usurpar una corona, que acababa de caer en la sangre; demasiado buen hijo para autorizar gestiones, cuya garantia era la cabeza de su padre; y finalmente demasiado ilustrado, á pesar de su estremada juven-

tud, para ser el instrumento de los proyectos ambiciosos y mal concebidos de Dumouriez. De todos modos, bien conociese ó ignorase los verdaderos proyectos de aquel General, tuvo precision el Duque de Chartres de unir por un momento su suerte á la de Dumouriez, gracias á la especie de mancomunidad que afectaba establecer entre ellos la Convencion, y al disfavor con que miraban los agitadores de entonces el título de Príncipe.

El Duque de Chartres fue al pronto á Mons, donde estaba el cuartel general austriaco, para pedir sus pasaportes. En vano le propuso el Príncipe Carlos que se uniera al servicio del Imperio; el soldado de Jemmapes no quiso pelear contra su patria. Pasó á Suiza, donde le habia precedido la Señorita de Orleans, acompañada de Mine. de Genlis, reuniéndose con ellas en Schaffhouse, de donde salieron el 6 de Mayo. Habiendo llegado á Zurick, donde pensaban establecerse, al darse á conocer los ilustres proscritos á los magistrados, el nombre de Orleans frustró sus proyectos. Por un lado creíase amenazada la aristocrácia helvética con la presencia de un General republicano, cuya elevada cuna no le habia podido guarecer de las ideas democráticas; por otro, los emigrados realistas mostraban el

mas pronunciado desvió al Príncipe y á su interesante hermana. Fuéles preciso partir. En Zug donde los tres desterrados se presentaron como una familia irlandesa, vivieron mediante aquel engaño algunas semanas con la mayor tranquilidad; pero pasaron por allí algunos emigrados, conocieron al Duque de Chartres, por haberlo visto en Versailles, y el mismo dia supo todo el pueblo qué clase de huéspedes tenia sin conocerlos. Los magistrados con la mayor atencion, manifestaron gran deseo de que permaneciesen en su Canton personas que, segun decian ellos mismos, edificaban con su conducta bajo todos aspectos. Pero las gacetas alemanas y suizas no tardaron en dar una publicidad á la permanencia del Duque de Chartres y su hermana en Zug, que principió á poner en cuidado á los magistrados; y el primer magistrado de Zug intimó por último al Príncipe y á su hermana, con toda la atencion posible, que buscasen otro asilo. Desde aquel momento, reconoció el Príncipe la cruel necesidad de separarse de su hermana, para asegurarle un refugio menos efímero. La mediacion de Mr. de Montesquieu, que vivia retirado en Bremgarten, y disfrutaba del mayor crédito en Suiza, solo consiguió que la Princesa y su aya entrasen en el con

vento de Santa Clara, y esto ocultando sus verdaderos nombres. « En cuanto á vos, dijo él al Duque de Chartres, no teneis mas remedio que divagar por los montes, sin permanecer en ningun punto. Si la fortuna os favorece, será para vos una *Odisea*, cuyos detalles se recogerán algun dia con empeño. » Siguió el Duque aquel consejo, y recorrió á pié los varios Cantones de Suiza, examinó la cumbre de los Alpes, y aunque limitado á débiles recursos pecuniarios, hizo que sus viajes sirviesen para su instruccion, al propio tiempo que encontró en ellos el origen de un sin número de gozes que le eran desconocidos. En medio de sus escursiones, recibió una carta del General Montesquieu, por la que le proponia una plaza de catedrático en el colegio de Reichenau, en el pais de los Grisones. Aceptó el ofrecimiento, que honraba á la vez á su carácter y á su educacion, sufrió un exámen preliminar, y por espacio de ocho meses, bajo el nombre de Chabaud-Latour (*) enseñó sin ser conocido, la

(*) Era el nombre de un caballero protestante que en 1815 fue diputado, y uno de los propietarios del *Journal des Debats*. El certificado de buenos y útiles servicios dado al Príncipe al salir del colegio de Reichenau, está bajo el nombre de Chabaud-Latour, y seguramente no es uno de los menos ho-

geografía, la historia, los idiomas francés é inglés, y las matemáticas. No solo quedó airoso como preceptor, sino que inspiró tal aprecio á los habitantes de Reichenau, que le nombraron diputado suyo en la Asamblea de Coire. Entonces fue cuando supo la muerte de su padre. A poco tiempo dejó el nuevo Duque de Orleans á Reichenau, y pasó á Bremgarten á las inmediaciones de M. de Montesquieu, donde permaneció bajo el nombre de Corby, y con el título de Ayudante de Campo hasta fines de 1794. ¿Pero puede estar jamás oculto un Príncipe? A falta de su persona, cuyo asilo se ignora, la intriga y la mentira hacen uso de su nombre y lo explotan. Mientras que en Francia un partido corto en número y poco bullicioso, soñaba siempre en la monarquía constitucional con el Duque de Orleans, las gacetas alemanas decían que vivía con fausto y molición en un palacio, que según suponían había hecho edificar en Bremgarten el General Montesquieu; y sin embargo, el supuesto Corby lo mismo que su General, estaban faltos de dinero, y ambos tenían la mas modesta existencia.

...
 noríficos documentos que puede conservar en sus archivos la casa de Orleans.

Libre del cuidado de velar de cerca por la seguridad de su hermana que acababa de pasar á Hungría á la inmediación de la Princesa de Conti, su tía, resolvió el Duque de Orleans ir á Hamburgo para trasladarse desde allí á América. Al llegar á aquella ciudad, la escasez de recursos le obligó á renunciar á su viaje de Ultramar, y resolvió recorrer los países septentrionales de Europa. Con una simple carta de crédito contra un banquero de Copenhague, era con lo que debia hacer frente á sus gastos el ilustre viajero, puesto ya á prueba por tantas privaciones. En aquella capital, y como á caballero suizo, logró pasaportes para recorrer libremente el país. Despues de haber visitado en Eiseneur el castillo de Cronenburgo, y el jardin de Hamlet, pasó el Sund, recorrió la Suecia meridional hasta el lago de Vener, y se detuvo en Friederiskhall, donde murió Carlos XII. Habiendo llegado hasta Noruega, se apresuró á salir de Drontheim, á pesar de la honrosa y cordial acogida que recibió por todas partes, sin que se sospechara siquiera su clase. Recorriendo la costa hasta el golfo de Salten, visitó el Maelstrom, escollo el mas peligroso de aquellos lugares, y viajó despues á pié con los lapones hasta el cabo del Norte, á

donde llegó el 14 de agosto de 1795. Desde aquel país, situado á 18 grados del polo, regresó por la Laponia á Torneo, en el extremo del golfo de Bothnia. La llegada de aquellos dos viajeros franceses, (pues acompañaba al Duque el Conde Gustavo de Montjoye) sorprendió á los habitantes de los lugares donde la munificencia de Luis XV habia enviado á Manpertuis en 1736, para medir un grado del meridiano, bajo el círculo polar. El Duque de Orleans acababa de aproximarse al polo cinco grados más. Recorrió despues la Finlandia, para estudiar allí el teatro de la última guerra de los rusos y suecos bajo el reinado de Gustavo III; pero no atravesó el rio Kyméne, cuya corriente separaba entonces los dominios suecos de los rusos. La disposicion política de la Emperatriz Catalina, que reinaba á la sazón, no podia inspirar al Duque de Orleans confianza alguna para su seguridad personal; y por lo mismo atravesando las islas de Aland, pasó á Stokolmo. En esta capital, habiendo concurrido á un baile de la Corte, al cual creyó poder asistir de incógnito en una de las mas elevadas tribunas, fue conocido por el enviado de Francia, quien dijo al Conde de Sparre, canciller de Suecia: « Me ocultáis algunos de

vuestros secretos ; no me habiais dicho que estuviese aquí el Duque de Orleans. » El Canciller no podía creerlo. « Es tan cierto, le dijo , que vedle allá arriba. » Comprobado el hecho , el Conde de Sparre aseguró al Príncipe que el Rey y el Duque de Sudermania, (Regente entonces) le verian con satisfacción. Recibido por ellos el Duque de Orleans con las mayores consideraciones, y los mas generosos ofrecimientos, solo aceptó el permiso de visitar en todo el reino cuanto llamase su atencion. Al salir de Stokolmo pasó á las minas de la Dalecarlia , provincia ilustre por los recuerdos de la libertad sueca , y por el nombre de Gustavo-Vasa. Después de haber visto en seguida el hermoso arsenal de la marina en Carlscrona , volvió á pasar el Sund y regresó por Copenhague y Lübeck á Hamburgo, en el año de 1796. Hallábase en el mismo año en el Holstein , cuando recibió de la Duquesa viuda de Orleans su madre, una carta en la que le anunciaba que el Directorio no queria acceder á que cesara el rigor con que se le trataba á ella y á su familia, si su hijo primogénito no se embarcaba para el Nuevo Mundo. El Duque de Orleans se apresuró á contestar. « Cuando reciba mi tierna madre esta carta, se habrán cumplido sus órdenes, y yo habré partido

para América.... Ya no creo que se haya perdido para mí del todo la felicidad, pues me queda aun el medio de endulzar los males de una madre tan querida.....» Habiendo salido de Hamburgo el 24 de Setiembre de 1796, llegó el joven Príncipe á Filadelfia el 21 de Octubre siguiente. Sus dos hermanos los Duques de Montpensier y de Beaujolais que salieron de Marsella en Diciembre de 1796, no se reunieron con él hasta Febrero de 1797. A caballo los tres, visitaron los diversos Estados de la Confederacion americana, y aun algunas tribus salvages. Dirigiéronse despues por el Obio y el Misisipi á Nueva Orleans, donde llegaron á fines de Febrero de 1798. Desde allí quisieron pasar á la Habana, pero el Gobierno español que acababa de dar asilo á su madre en Barcelona, receloso de algunas intrigas políticas, de las cuales estaba enteramente ageno, mandó al Capitan General de la Habana, por una orden fechada en Aranjuez en 21 de Mayo de 1799, que hiciese permanecer en Nueva Orleans á los tres hermanos, sin asegurarles medio alguno para subsistir. El Duque de Orleans y sus hermanos que habian encontrado hasta entonces en el Nuevo Mundo consideraciones y libertad, rehusaron sujetarse á tan despótica exigencia.

Pasaron á la Colonia inglesa de Bahama; desde allí á Halifax, en donde el Duque de Kent, uno de los hijos de Jorge III, les acogió con la distincion debida á su clase; pero no se consideró autorizado á facilitarles pasage para Inglaterra en una fragata de la marina británica. Sin desanimarse los Príncipes con tantas dificultades y estorbos, se embarcaron entonces para Nueva York, desde donde les llevó un paquebot al puerto de Falmouth. Llegados á Lóndres en Febrero de 1800, se aproximaron á los Príncipes de la rama primogénita de Borbon, cuyo destierro partian, apesar de haber seguido una opuesta direccion política. De los diez Borbones que habia acogido y que debia acoger sucesivamente la Inglaterra, solo dos sobreviven en el dia; el Duque de Angulema y Luis Felipe: el uno jamás ciñó corona, y el otro soporta actualmente todo su peso. Luis XVIII tenia entonces en Milan su córte errante y solitaria; y el Príncipe de Condé hacia la guerra siguiéndole. El Duque de Orleans se apresuró á escribir á Luis XVIII, y esta reconciliacion reunió por fin toda la familia de Francia en un mismo interés. Sin embargo, la Duquesa viuda de Orleans estaba refugiada en Figueras, y el Duque su hijo impaciente por verla

despues de tantos años de separacion, se hizo á la vela para Menorca. Al desembarcar en Mahon, recibió una carta del Príncipe de Condé, proponiéndole el pasar á servir la causa de la emigracion en Alemania; pero el Duque de Orleans rehusó. Declarada la guerra entre Inglaterra y España, le fue imposible arribar á Cataluña, y despues de haber hecho un largo viaje para aproximarse á su madre, vióse precisado á volverse á embarcar sin lograrlo. A su regreso á Inglaterra, el Duque y sus hermanos fijaron su residencia en Twickenham. La felicidad de aquel apacible retiro se turbó en 1807 con la prematura muerte del Duque de Montpensier, que falleció de una enfermedad de pecho, en 18 de Mayo. Para colmo de desdicha, vió el Duque de Orleans atacado de la misma dolencia á su jóven hermano el Duque de Boujolais. Siguiendo el parecer de los médicos ingleses, le llevó al clima cálido de Malta (en Mayo de 1808); pero aquella residencia pareció acelerar su muerte. Desde el momento en que espiró su hermano, apresuróse el Duque de Orleans á abandonar aquella isla funesta, y pasó á Palermo, invitado por el Rey Fernando IV. El illustre desterrado encontró en Sicilia mas que hospitalidad, pues halló una segunda fa-

milia. Sus desgracias, su valor, sus elevadas cualidades, conmovieron el alma pura y sublime de la piadosa princesa Amalia, y el Rey de los Dos Sicilias pareció dispuesto á fortalecer por medio de un casamiento, el afecto que el Príncipe había inspirado á toda la familia real. Antes de que tan feliz enlace se realizara, deseó Fernando IV que el Duque de Orleans acompañara á España á uno de sus futuros cuñados, el Príncipe Leopoldo, que iba á reclamar los derechos que su familia creía tener á aquella corona, despues de haberla usurpado Napoleón para su hermano José. Tratábase de defender la independenciam de un pueblo generoso, y el Duque de Orleans aceptó aquel encargo. Los dos Príncipes anclaron en Gibraltar; pero el Gobierno inglés hizo conducir á Lóndres al Duque de Orleans por la misma fragata que le había traído de Palermo, y retuvo durante dos meses en el puerto de Gibraltar al Príncipe Leopoldo, cuyas pretensiones además fueron desechadas por la Junta de Sevilla. A su llegada á Lóndres en Setiembre de 1808, se quejó el Duque de Orleans del proceder del gobernador de Gibraltar; pero se le contestó por el ministerio inglés, que era conforme á sus instrucciones. No sin poco trabajo con-

siguió el Duque salir de Inglaterra á bordo de una fragata , cuyo comandante tenia orden de llevarlo á Malta, sin permitir que se aproximase á las costas de España. Iba el Príncipe á embarcarse en Portsmouth , cuando se les reunió su querida hermana, de la cual tanto tiempo hacia estaba separado. Navegó con ella hácia el Mediterráneo , y llegó á Malta al principiar el año de 1809. Desde allí escribió á su madre , y le envió al Caballero de Broval, que servia á los Duques de Orleans desde su infancia ; estaba encargado de arreglar una entrevista del Duque con su madre, pero durante su viaje á España se multiplicaron en vez de allanarse los obstáculos. Provenian estos siempre de la sospechosa política de la Inglaterra , y fuerza es decirlo , estaban sostenidos por las proposiciones que muchos hombres de Estado españoles hacian al agente del Duque de Orleans, para ponerle al frente del partido nacional. Este asunto , segun el Conde de Toreno en su *Historia del Levantamiento, guerra y revolucion de España* (*) se trató con el mayor sigilo en la seccion

(*) Véase las páginas 116 y siguientes del tomo tercero de dicha obra.

de Estado de la Junta , y D. Mariano Carnerero, oficial de la Secretaria del Consejo , tuvo el encargo de pasar á Cataluña á asegurarse del efecto que produciria allí la presencia del Duque de Orleans. El resultado de estas investigaciones fue que el Príncipe seria recibido con entusiasmo, sobre todo en Cataluña , donde se conservaban monumentos de la gloria de su antepasado el Príncipe Regente, y la reciente memoria de las virtudes de su madre. En vista de estos informes , resolvió la Junta Central que se daría al Duque de Orleans el mando de un cuerpo de tropas que debía operar en la frontera de Cataluña. La invasion de las Andalucías por los franceses despues de la batalla de Ocaña, destruyó este proyecto. El Príncipe que permanecia en Malta se decidió á volver á Palermo, donde se fijó el dia de su matrimonio ; pero por cuanto hay en el mundo no hubiera querido ver á su madre faltar á la celebracion de un himeneo que debia colmar de gozo su corazon. Pasó de Sicilia á Menorca, donde por fin estrechó en sus brazos á la que le habia dado el ser , y de regreso á Palermo se casó solemnemente el 25 de Noviembre de 1809 con la Princesa María Amalia, Reina en el dia de los franceses , y madre feliz de una

numerosa y floreciente familia. Despues de seis meses de este enlace, se vió invitado del modo mas ostensible por la Junta de Sevilla. D. Mariano Carnerero fue á encontrarle con el mayor secreto, y el Duque aceptó el mando que se le ofrecia. Salió de Palermo el 21 de Mayo de 1810, y desembarcó en Tarragona; pero llegaba en momento poco oportuno. Lérida acababa de rendirse, y Odonell y el ejército de Cataluña estaban desvaratados. Ademas el Duque de Orleans al desembarcar no encontró los poderes necesarios para que se le confiriese el mando. Conoció por fin, que el proloagar su permanencia en Cataluña podia llamar á aquella provincia todas las fuerzas enemigas, y se decidió á pasar á Cádiz, donde llegó el 20 de Junio. La Regencia se vió entonces en el mayor compromiso. « Ella habia sido quien habia llamado al Duque, ella quien le habia ofrecido un mando, y por desgracia las circunstancias no permitian cumplir lo antes prometido. Varios Generales españoles, y en especial Odonnell miraban con males ojos la llegada del Duque; los ingleses repugnaban que se le confiriese autoridad ó comandancia alguna, y las Córtes ya convocadas imponian respeto para que se tomase resolucion con-

traria á tan poderosas indicaciones. El de Orleans reclamó de la Regencia el cumplimiento de su oferta, y resultaron contestaciones ágras. Mientras tanto instaláronse las Córtes, y desaprobando el pensamiento de emplear al Duque manifestaron á la Regencia que por medios suaves y atentos indicase á S. A. que evacuase á Cádiz. Informado el de Orleans de esta orden, decidió pasar á las Córtes, y verificólo el 30 de Setiembre. Aquellas no accedieron al deseo del Duque de hablar en la barandilla, mas le contestaron urbanamente y cual correspondia á la alta clase de S. A., y á sus distinguidas prendas. Desempeñaron el mensaje D. Evaristo Perez de Castro y el Marqués de Villafranca, Duque de Medinasidonia. Insistió el de Orleans en que se le recibiese, mas los diputados se mantuyieron firmes: entonces perdiendo S. A. toda esperanza se embarcó el 3 de Octubre, y dirigió su rumbo á Sicilia á bordo de la fragata de guerra Esperanza,

» Dicese que mostró su despecho en una carta escrita á Luis XVIII á la sazón en Inglaterra. Sin embargo las Córtes en nada eran culpables, y causóles pesadumbre tener que desairar á un Príncipe tan esclarecido. Pero creyeron que recibir á S. A. y no acceder á sus ruegos, era tal vez ofenderle

mas gravemente. La Regencia cierto que procedió de ligero y no con sincera fé, en hacer ofrecimientos al Duque, y dar luego por disculpa para no cumplirlos que él era quien habia solicitado obtener mando; efugio indigno de un gobierno noble y de porte desembozado. Amigos de Orleans han atribuido á influjo de los ingleses la determinacion de las Córtes; se engañan. Ignorábase en ellas que el Embajador británico hubiese contrarrestado la pretension de aquel Príncipe. El no escuchar á S. A., nació solo de la íntima convicción de que entonces desplacia á los españoles general que fuese francés, y de que el nombre de Borbon lejos de grangear partidarios en el ejército enemigo, solo serviria para hacerle á este mas desesperado, y dar ocasion á nuevos encarnizamientos » (*).

De vuelta á Palermo en Octubre de 1810, á pocos dias de haber nacido su hijo primogénito, encontró el Duque de Orleans allí á Fernando IV con la parte de su Corte y de su ejército que le habia seguido á Sicilia. Los sucesos de la guerra continental habian precisado á aquel Monarca á aban-

(*) Lo que precede es copiado testualmente de la obra citada del Conde de Tortuo.

donar la parte napolitana de sus Estados á Joaquin Murat. Retirado el Duque de Orleans en el campo, vió realizarse sus tristes vaticinios con respecto á las desavenencias de la Côte, y como se dice en la *Biografía de los vivientes* «la Europa entera admiró en aquella ocasion delicada, la prudencia que S. A. manifestó, colocado entre el apego á los intereses de su nueva patria, y sus deberes con SS. MM. Sicilianas.» Lord Guillermo Bentink llegó con plenos poderes de Inglaterra, y las tropas inglesas ocuparon á Palermo. El Rey dejó el ejercicio de su autoridad al Príncipe heredero. Duraba aun el trastorno y la anarquía en Sicilia, cuando en 23 de Abril de 1814, un navío inglés llevó á Palermo la noticia inesperada de la restauracion de los Borbones en el trono de Francia. El Duque de Orleans deseoso de volver á ver su patria pasó á Paris, y se presentó en Palacio el 17 de Mayo. No podemos decir que le recibiese con cordialidad Luis XVIII: aquel Monarca no manifestó jamás un grande afecto al Duque, quien solo oponia su respeto y su silencio á las poco atentas salidas del Monarca burlesco y rencoroso. No se le negaron sin embargo los honores debidos á la clase elevada que le habia proporcionado tan di-

latado destierro , y se le nombró Coronel general de Húsares. En Julio de 1814 pasó el Duque á Palermo en busca de su familia , y en fines de Agosto tuvo la satisfacción de conducirla al Palacio Real. Allí disfrutaba en paz de la felicidad doméstica y de la consideracion debida á sus personales virtudes , sin importarle nada algunas desavenencias de etiqueta.

Pero el desembarco de Napoleon en Cannes, en Marzo de 1815 , vino á causar al nuevo huésped de las Tullerías mas serios cuidados. Luis XVIII vaciló de pronto acerca de la conducta que debia observar con su primo ; mas por último le envió á llamar para comunicarle sus intentos, y las sospechas injustas de la Corte contra el Príncipe desvaneciéronse entonces. Recibió la orden de pasar á Lyon á la intermediacion del Duque de Angulema , para detener, como se esperaba todavia , la marcha del Emperador. Reunidos los dos Príncipes en aquella ciudad , conocieron la imposibilidad de impedir á Napoleon la entrada en la segunda ciudad del reino. El Duque de Orleans, de vuelta á Paris , hizo salir á su familia para Inglaterra, quedándose solamente su hermana á su lado. Habia ya pasado el tiempo en que Luis XVIII recibia con frialdad á su pri-

mo : el 16 de Marzo el Duque acompañó al Rey en su coche á la sesión régia. Asistió igualmente al consejo que se celebró para decidir por qué lado se retiraría Luis XVIII; y como su parecer fue siempre de evitar la guerra civil , combatió con fuerza el de los que querian que el Rey se dirigiese sobre el Loira. En aquella misma noche salió para encargarse del mando del departamento del Norte. Llegado á Peronne el 17 , encontró allí al Mariscal Mortier, que habia sido su compañero de armas en la memorable campaña de 1792 , y que se apresuró á dar á reconocer al Príncipe como comandante en jefe. Desde allí , visitó el Duque á Cambrai, Douai , Valenciennes y Lila. El 20 de Marzo comunicó á todos los Comandantes la instruccion « de hacer que todas las opiniones cediesen al grito urgente de la patria.» Aquella misma noche el telégrafo de Lila habia transmitido un aviso de Napoleon , anunciando su entrada en París. El Duque de Orleans continuó sin embargo sus operaciones hasta el 23 ; ¿pero qué podian todos sus esfuerzos, todas sus buenas intenciones contra la disposicion del ejército ? Al llegar el Rey á Lila el 22, se apresuró á salir al siguiente dia , sin dejar al abandonar la Francia , instruccion alguna al Du-

que de Orleans. El mismo Príncipe abandonó el 24 la capital del departamento del Norte, para pasar á Inglaterra á unirse con su familia.

Twickenham volvió á ser, despues de tantas vicisitudes, la residencia del Duque de Orleans; pero la intriga y la calumnia turbaron aquel retiro. Hicieronse insertar bajo su nombre, en los papeles ingleses, protestas y profesiones de fé hechas adrede para colocarle en mala situacion con la rama primogénita; pero el Príncipe se apresuró á desmentirlas. La batalla de Waterloo volvió por segunda vez á los Borbones á la Francia; y al regresar el Príncipe á París en 1815, tuvo que hacer levantar el secuestro que durante los cien dias se habia puesto al Palacio Real y sus demas bienes. Luis XVIII siempre prevenido contra el primer Príncipe de la familia, no podia perdonarle las muestras de aprecio y aun los votos de que habia sido objeto el Duque de Orleans en medio de la Cámara de los representantes, despues del desastre de Waterloo. Levantado el secuestro, el Duque de Orleans volvió á pasar el Estrecho en busca de su familia; y á su regreso en el mes de Setiembre, usó del decreto del Rey que llamaba á los Príncipes á tomar asiento en la Cámara de los Pares. Allí tuvo ocasion

de manifestar á la Francia sus opiniones y sentimientos.

Su noble lenguaje, que aplaudieron los Ministros del Rey, no obtuvo la adhesion de la Cámara y sirvió solo para irritar contra el primer príncipe de la familia Real á los gefes del partido reaccionario. No pudiendo dudar el Duque de Orleans de la inutilidad de su presencia en la Cámara de los Pares, se condenó nuevamente á un voluntario destierro, á fin de dejar al tiempo que calmara las pasiones; y por tercera vez volvió á ver á Twickenham. De vuelta á Francia en 1817, cuando parecia que el gobierno tomaba una marcha mas moderada, se dedicó enteramente á la educacion de su numerosa familia, y al cuidado de administrar, con tanto orden como grandeza, su fortuna. Amante de las letras, cuyo cultivo le habia consolado en su destierro, se rodeó de todas las notabilidades independientes, y supo indemnizarlas con nobleza de las persecuciones de la injusticia del poder. Varios literatos distinguidos pueden recordar en el dia, con orgullo, el tiempo en que eran pensionistas del Duque de Orleans. Honraba con su amistad á muchos de los gefes de la oposicion constitucional, á aquellos cuya

prudente y mesurada conducta, nada comprometía de lo que á la sazón existía en Francia, pues distaba mucho de aprobar á los que querían hacer servir su nombre de punto de reunión para hostilizar á la rama primogénita; y bajo este aspecto, tuvieron razón de quejarse muchos escritores, de que el Duque de Orleans *no era de su partido*.

Después del casamiento del Duque de Berri, el Duque se presentaba con mas frecuencia en la Corte; pero Luis XVIII no le recibía jamás con cordialidad, y rehusó con obstinación el dar á los príncipes de Orleans el tratamiento de *Alteza Real*, á pesar de estar conforme por todos estilos con la práctica. Carlos X á su advenimiento al trono se apresuró á reparar aquella injusticia, y consintió en que el Duque de Borbon transmitiese su inmensa herencia al Duque de Aumale, uno de los hijos de Orleans. Una perfecta amistad parecía unir á los gefes de las dos ramas francesas de la casa de Borbon, cuando los fatales decretos de Julio de 1830, transformaron de repente á Paris en un campo de batalla, y estrellaron en el suelo de las barricadas la corona del obcecado Carlos X.

Estábase peleando todavía, cuando se estableció una Comisión provisional en la casa del Ayuntamiento para cuidar de los asuntos más urgentes; se organizaron comisiones municipales y se formó la Guardia Nacional. Desde los primeros momentos, algunos Diputados influyentes se habían puesto en relaciones con el Duque de Orleans: S. A. R. acogió sus indicaciones con el perfecto aplomo que siempre ha arreglado su conducta política; y le imponía además aquel comedimiento, su lealtad hacia Carlos X. Nada sin embargo pudo sustraerle al poder y á la espantosa responsabilidad que se le presentaba. Los Diputados en su sesión de 30 de Julio, acordaron que se invitase al Duque de Orleans á desempeñar las funciones de Lugar Teniente General del Reino. No habiéndole encontrado en París la comisión encargada de llevar aquel mensaje, se le envió por escrito. El Príncipe con toda su familia dejó las frescas sombras de Neuilly; y se puso en camino en uno de esos carruages *Omnibus*; que de aquel suceso conservaron el nombre de *Orleanesas*. Llegó el Duque al Palacio Real á las once de la noche, y al siguiente día por la mañana recibió á la diputación. Aseguró á esta de todo su deseo de preservar á la Francia de los desastres de

la guerra civil y estrangera , y al terminar dijo: « las Cámaras van á reunirse, ellas cuidarán de los medios de asegurar el reinado de las leyes, y el sosten de los derechos de la Nacion: *la carta será de hoy en adelante una verdad.* » El primer decreto dado por el Lugar Teniente General, el 1.º de Agosto, mandaba adoptar la escarapela nacional. El mismo dia convocó las Cámaras para el 3.º de Agosto. La comision municipal de Paris, con el General Lafayette á su cabeza fue á dimitir sus poderes en manos del Principe; pero S. A. R. despues de deliberar con su Consejo, rogó á los miembros que la componian que continuáran provisionalmente en sus funciones en cuanto fuere relativo á la seguridad interior de Paris. El Principe habia encontrado á los Ministros ó mas bien á los comisarios nombrados por la comision municipal, para cada departamento, y tomados de todos los colores constitucionales de ambas Cámaras. El Lugar Teniente General cambió en parte estos destinos. Desde el 4.º de Agosto se vió predominar la influencia de Mr. Guizot en el ministerio del Interior del que se acababa de encargar; y con muy pocas escepciones, los nombramientos de prefectos anunciaron de parte de

dicho Ministro una tendencia monárquica. Ya se habian anulado todas las condenas por delitos de imprenta, y detenido todos los procedimientos; ya no se administraba justicia sino bajo el nombre de *Luis Felipe de Orleans, Duque de Orleans, Lugar Teniente General del Reino*. Formábanse por do quiera sociedades populares, y la autoridad que no las veia con gusto, no atreviéndose á tomar sobre sí el prohibirlas, se contentaba con enviar á ellas hombres que las turbaban con sus murmullos, ó las hacian odiosas con sus exageraciones. Esta combinacion de hombres opuestos y de contradictorias medidas, al paso que calmaba los terrores profundos de los hombres enemigos de la revolucion de Julio, exasperaba á los amigos de una libertad republicana. ¡Cuántos motivos para complicar la situacion del Príncipe, y para crear grandes dificultades! Pero no habia dejado de prever la necesidad de ponerse en aparente contradiccion consigo mismo; y estos obstáculos le espantaban tan poco, como poco le deslumbraba la popularidad de la calle, á la cual era preciso entregarse en los primeros momentos. De ahí provino el origen de ese sistema que con desprecio se ha llamado *justo medio*: el único tal vez practicable en circunstancias y con-

diciones tan extraordinarias. Establecida ya la situación, preciso era defenderla á toda costa contra el pueblo de las barricadas, y contra la Europa alarmada y poco benévola, ¿Y qué hombre de buena fé se atrevería á acusar de haber llenado mal esta doble mision al Príncipe que á despecho de los motivos, de las conspiraciones y de las máquinas infernales, es aun en Francia el único campeón del orden público, y en Europa el mas firme baluarte de la Monarquía constitucional? Sin embargo Carlos X por un decreto fechado en Rambouillet el 1.º de Agosto, habia nombrado al Duque de Orleans Lugar Teniente General del Reino; pero hacia ya dos dias que el Príncipe desempeñaba tan elevadas funciones, y creyó conveniente no usar de aquella tardia disposición. El mismo dia anunció el periódico oficial que el Lugar Teniente General del Reino habia depositado en los Archivos de la Cámara de los Pares el acta de abdicacion de Carlos X y del Delfin, en favor del Duque de Burdeos, bajo el nombre de Enrique V. El 3 de Agosto se verificó la apertura de las Cámaras, y el discurso del Lugar Teniente General en aquella solemnidad, presentaba bajo una forma noble y sencilla á la vez, el resumen de lo que acababa de

sucedier en algunos dias. Por un decreto del mismo dia, llamó el Duque de Orleans á tomar asiento en la Cámara de los Pares, á sus dos hijos mayores los Duques de Chartres y de Nemours, á quienes acababa de conceder el gran cordon de la Legion de honor. Todas las disposiciones del Príncipe, todas sus respuestas á las diversas diputaciones de las ciudades, contribuían á sostener el popular entusiasmo, pudiéndose citar entre sus actos, la pension de 1,500 francos concedida por S. A. R., de su peculio, á Rouget-Delisle, autor del *himno de los marseleses*.

La Cámara de Diputados marchaba apresurada-mente por la nueva carrera que se le habia abierto. El 7 de Agosto, la Cámara electiva declaraba vacante el trono, y llamaba á ocuparle al Duque de Orleans. Pasó reunida al Palacio Real, y su vicepresidente Mr. Laffitte, leyó al Príncipe el acta de Constitucion. Concluida esta, contestó el Duque: « Recibo con grande emocion la declaracion que me presentais, que considero como la expresion de la voluntad nacional, y conforme con los principios políticos que he profesado toda mi vida. Lleno de recuerdos que siempre me habian hecho desear que el destino no me llevase á ocupar el trono, libre

de ambicion, y acostumbrado á la vida tranquila que pasaba con mi familia, no puedo ocultaros todos los sentimientos que agitan mi corazón en esta grande circunstancia; pero hay uno que los domina á todos, el amor de mi país; sé lo que me prescribe, y lo haré.» Al concluir este discurso, el Príncipe abrazó con ternura á Mr. Laffite. Millares de voces pedían en los patios del Palacio Real que se presentase el Príncipe, el cual salió al balcón con a Reina y sus hijos, á quienes presentó al pueblo. Admirado Lafayette de aquel entusiasmo y homenaje universal, dijo tomando la mano al duque de Orleans: «Hemos hecho cosas grandes; sois el Príncipe que nos conviene; *es la mejor de las repúblicas.*» Por la noche, la Cámara de los Pares, llevando á su cabeza á Mr. Pasquier, nombrado Canciller en virtud de la dimision hecha por Mr. Pastoret, presentó al Duque de Orleans su adición á la declaracion de la Cámara de los Diputados. El 9 se celebró la sesión régia, en la que pronunció el Príncipe el juramento que le hacia Rey. El 11 de de Agosto organizó su Ministerio, en que conservaron sus puestos MM. Dupont de l'Eure; Gerard, Guizot y Luis; Mr. de Broglie ocupó el Ministerio de Instruccion Pública, Mr. Molé el de Nego-

cios extranjeros, y Mr. Sebastiani el de Marina.

Entonces principiaba entre los partidos una lucha de palabras, que encubria, con un aspecto casi pacífico, la verdadera lucha de las cosas. Mas adelante habia de principiarse la querrela de *aunque Borbon*, ó de *por ser Borbon*, lucha que dividió no solo á las Cámaras y á los hombres de partido, sino tambien á los Ministros y hombres de Estado. Con todo, la Cámara electiva presentaba en 9 de Octubre un mensaje al Rey, cuya tendencia era á la abolicion de la pena de muerte. Luis Felipe, colocado siempre á la altura de las circunstancias, dió la respuesta mas acertada á aquel mensaje, que, cuando se preparaba el proceso de los ministros, podia ser tan diversamente juzgada por los partidos. «El deseo que manifestais, dijo S. M. estaba en mi corazon desde mucho tiempo. Testigo en mis juveniles años del espantoso abuso que se ha hecho de la pena de muerte en causas políticas, y de todos los males que de ello han resultado á la Francia y á la humanidad, he deseado con constancia y vivamente su abolicion. La memoria de aquellos tiempos desastrosos, y los dolorosos sentimientos que me oprimen cuando los recuerdo, os garantizan cuanto me apresuraré á

hacer que se os presente un proyecto de ley conforme con vuestros deseos. El mio no se hallará completamente satisfecho, hasta que hayamos borrado enteramente de nuestra legislacion todas las penas y todos los rigores que la humanidad y el actual estado de la sociedad rechazan.» Ya en 14 de Setiembre una memoria pasada á la Cámara por Mr. Guizot, de los actos de la administracion, habia probado que el nuevo Rey estaba servido por hombres que habian considerado como una cosa seria la mision de renovar el Gobierno, y se hicieron en consecuencia muchas variaciones en dependientes de todos los ministerios.

Sin embargo amenazaba la Vandea; el motin marchaba con la cabeza erguida durante el proceso de los Ministros, y despues en la revuelta de San Germain-L' Auxerrois, y del Arzobispado. Mostrábase la Europa poco benévola, y hubiera sido amenazadora, si se hubiese atrevido á ello; pero mientras experimentaba en la persona de Luis Felipe el Monarca mas hábil y fuerte de su época, la vida modesta y sencilla del Rey ciudadano, le infundia casi tanto miedo como la imponente apatitud de Bonaparte. Entonces el Rey, aunque entregado á su popularidad, no descuidaba los re-

cursos de la diplomacia ; y no estaba lejano el día en que el hombre de la paz á todo precio , debía obligar á que le reconocieran como hermano y aliado , á esos Reyes y Emperadores, cuya mayor parte habian llevado el yugo de Napoleon. Del mismo modo , el hombre del justo medio pareciendo que hacia siempre concesiones, debía conseguir desarmar y encadenar á todos los partidos, á fin de reducirlos al punto de no tener ya contra él mas que las armas antifrancesas del asesinato. Para desarrollar todos estos resultados, para deducir las causas ostensibles y secretas de él , sería preciso traspasar los límites de una biografía, y escribir una historia. En 13 de Marzo de 1831 , Casimir Perier habia reemplazado á Mr. Laffitte en la presidencia del Consejo , y habia pasado el tiempo de las concesiones republicanas, y de los hombres de Estado de halagüeñas utopías. Casimir Perier llenó su mision , y murió de fatiga en 16 de Mayo de 1832.

Luis Felipe habia recorrido la Francia en 1831, y podido ver tambien que por do quiera se deseaba el órden, por medio de instituciones liberales y verdaderas. Y poco á poco se habia pronunziado la Europa en favor del nuevo gobierno.

Verdad es que el Rey nada habia descuidado

para inspirar á la Europa un saludable temor de las fuerzas de la Francia, y era ya mucho á los ojos de la Europa un Rey creado el 7 de Agosto de 1830, que en 3 de Febrero de 1831 podia rehusar para su hijo la corona de los Belgas. Algunos meses despues, Leopoldo, Duque de Sajonia Coburgo, era Rey de Bélgica, y el casamiento de este Príncipe con la hija mayor de Luis Felipe debia asegurar en 1832 la influencia de la Francia en el nuevo Reino. ¡ Dichoso Luis Felipe si su simpatía enteramente francesa en favor de la Polonia, hubiera podido obtener los mismos resultados! Habíanse renovado ó celebrado tratados de comercio con los Estados Unidos, y con las Repúblicas de Méjico y de Haiti; en las aguas del Tajo habia hecho capitular á D. Miguel, y en el mes de Julio de 1831, los buques de guerra portugueses estaban en poder de la Francia, y flotaba el pabellon tricolor en los muros de Lisboa; todo se preparaba para el establecimiento del gobierno de Doña María. Sin embargo el tratado de 15 de Noviembre de 1831, que debia consumar la separacion de la Bélgica y de la Holanda, no tenia cumplimiento por parte del Rey de Holanda. Luis Felipe, para llenar los empeños contraidos para con la Bélgica, envió una escua-

dra á la embocadura del Escalda, y el valor de las tropas, animado por la presencia de los jóvenes Principes, los Duques de Orleans y de Nemours, hizo que se entregase la ciudadela de Amberes.

Pero la Francia distaba mucho de estar tranquila en lo interior; entonces tuvieron lugar los alborotos de Junio en París, con motivo de las exequias del General Lamarque; nuevos movimientos legitimistas en la Vandea; la presencia de la Duquesa de Berry en aquel pais, su arresto y las diversas circunstancias de su detencion en la fortaleza de Blaye; finalmente la primera tentativa de asesinato contra el Rey el 19 de Noviembre de 1833, al tiempo de ir al cuerpo legislativo. El trono de Julio parecia estar comprometido; pero por fortuna para Luis Felipe, con perder á Casimir Perier, solo habia perdido un brazo fuerte. Colocado por la aclamacion de los pueblos en el timon del Estado, no le espantaron las facciones, ni los personales peligros, ni la medianía ó los falsos intereses de los hombres de Estado, que la fluctuante mayoría de las Cámaras le precisaba á tomar ó dejar. No tardó en renovarse el combate en Lion y en las calles de Paris en el mes de Abril de 1834; aquellos y otros desórdenes fueron reprimidos por la firmeza del Gobierno, y

la lealtad y denuedo de la tropa y de la Guardia Nacional.

Los asuntos de la Península ocupaban la atención de Luis Felipe, y en 1834, concluyó un tratado con el Rey de la Gran Bretaña y las Reinas de España y Portugal, cuyo objeto era sostener el trono constitucional en la Península, sin recurrir sin embargo á la intervencion armada. No seremos seguramente nosotros los que aplaudamos la línea de conducta seguida por el Gobierno del Rey de los franceses, y la falta de la cooperacion activa que podia haber empleado, para poner mas pronto fin á la guerra civil, conservar y aumentar su influencia en la Península, y evitar los siguientes trastornos,

En 28 de Julio de 1835, principi6 una serie de nuevos peligros para Luis Felipe. El asesinato reemplazaba al motin; y el atentado de Fieschi transform6 en un dia de luto uno de los aniversarios de los tres dias. La Providencia protegió al Rey, pero vióse perecer á su lado al ilustre Mariscal Mortier, á quien apreciaba mucho desde que mandaron juntos en el departamento del Norte en 1815. Aquel atentado reunió á muchos en torno de Luis Felipe, y la Cámara se apresuró á facilitar á su gobierno nuevos medios de consolidar el orden público. La

feliz expedicion de Máscara sostenia en Africa la gloria de las armas francesas, y honraba al Duque de Orleans que habia tomado parte en sus fatigas y peligros: ¡Feliz la Francia, si la mala inteligencia que se promovió entre el Comandante superior de Argel y los ministros del Rey, no hubiera comprometido la gloria de sus armas delante de Constantina! En esta ocasion, como en Amberes, como en Máscara, Luis Felipe habia querido ver á sus hijos satisfaciendo su deuda para con la patria, y compartir los peligros de los demás hijos de la Francia. ¿Hablabamos acaso de la ridícula disputa con un canton suizo, que terminó en cuanto por conducto tranquilo pudieron llegar á los honrados y quisquillosos aliados de la Helvecia, las palabras del Rey de los franceses? ¿De la tentativa de Strasburgo, en la que el espíritu de partido comprendió tan mal la elevada clemencia del Rey con el sobrino de Napoleon? ¿Recordaremos las diferencias próximas á estallar entre la Francia y los Estados Unidos, y que terminaron la intervencion de la Inglaterra, y el abandono de algunos millones? ¿Examinaremos por último, bajo el aspecto rentístico, los resultados de una revolucion que habia ofrecido la reórma y la economía, y que á pesar de su bue-

na voluntad no ha podido cumplir sus promesas en medio de circunstancias difíciles? Seméjante trabajo sería superior á nuestras fuerzas. Otras tentativas de asesinato han amenzado depues la vida de Luis Felipe, y la tranquilidad de la Francia, y siempre ha usado el Rey de la prerrogativa constitucional con los delincuentes. La Francia bajo su reinado ve desarrollarse y florecer todos los manantiales de la riqueza pública, y sino ha ejercido toda la influencia que debia en los negocios de Europa, la paz la ha condeido al alto grado de prosperidad en que se encuentra.

Fácil sería recorrer los adelantos hechos en la instrucción pública; las inmenas obras de utilidad y ornato continuadas ó emprendidas; los caminos de hierro y el movimiento comercial que anima á la Francia; pero nos falta espacio, y está además á la vista de cuantos conocen aquel país.

Satisfecho Luis Felipe con su obra, veia consolidarse su monarquía, y el heredero del trono, padre ya, amaestrado con las lecciones del Rey, prometía á la Francia largos años de tranquilidad. De repente la Providencia en sus impenetrables arcanos pareció dejar burladas tantas esperanzas: el Duque de Orleans murió el 13 de Julio de 1842: as-

tantáneamente de resultas de una caída del coche. La familia Real se hallaba en Nuelly, y Luis Felipe exclamó al saber tan infausta nueva, sin perder la serenidad que tanto le distingue, y sin disimular tampoco el inmenso dolor que le oprimia. « ¡Si al menos hubiera sido yo! » Palabras que espresaban á un tiempo su pesar y su amor á la Francia. Pero el Rey con su sabiduría, y la Francia con su sensatez han evitado por el momento los males que aquella desgracia inesperada pudiera ocasionar, haciendo una ley de regencia, y previniendo las contingencias de una minoría; y si la Providencia conserva á Luis Felipe algunos años mas de vida, la Francia grande, rica y poderosa, contará al gefe de la nueva dinastia entre los Monarcas mas grandes de que hace mencion su historia.







150 WILLIAMSBURG ST. N.Y.

Has no other copies of No. 117

D. TOMAS

ZUMALACARREGUI.

« Zumalacárregui era el hombre extraordinario del partido carlista; su valor, su increíble actividad, su voluntad de hierro, y su fortuna, le habían dado una superioridad, de que difícilmente ha gozado jamás otro en semejante posición. »

Hist. polit. del partido Carlista,
por el Coronel LASALA, pág. 10.

Una mañana del mes de Octubre de 1833 se hallaba un grupo numeroso de carlistas en el valle de Araquil, cerca de la carretera de Pamplona: en sus abatidos semblantes se echaba de ver fácilmente el desaliento y confusión que rápidamente cundían en sus filas, efecto de las tristes

noticias que habían recibido. D. Santos Ladrón había sido fusilado en Pamplona el día 15 de Octubre; Lorenzo y Castañón habían arrollado á los insurgentes en Peñacerrada y Hernani, mientras que Sarsfield dispersaba por otro lado la nascente partida de Cuevillas. Por do quiera los voluntarios realistas eran desarmados sin notable resistencia, faltando sus gefes á los compromisos contraídos, y dejando fallidos los calculos, que con ellos se habían formado: y mientras esta conversacion pasaba en un rincon de Navarra, la Corte era teatro de una escena sangrienta y alarmante, en que 60 voluntarios abandonados á sus esfuerzos defendían desesperadamente su cuartel, y precipitaban la agonía del realismo.

En aquel momento los carlistas del valle de Araquil vieron venir hácia ellos un hombre de mediana y fornida estatura, vestido de capa y con boina á estilo del pais. Aquel hombre era Zumalacarregui, bien conocido ya en aquellos paises por los servicios que prestara á la causa realista en 1822. Al darse á conocer en medio de aquellos grupos sintieron estos renacer su moribundo entusiasmo, y empuñaron sus fusiles lanzando gritos de júbilo marcial. Un ocul-

to presentimiento les indicaba, que bajo su direccion las indisciplinadas huestes de Navarra, habian de elevarse á la altura de un ejército formal, que habia de marchar en pos de él á la victoria. Hombres oscuros de menguada reputacion y encontradas pasiones se disputaban entonces aquel poco apetecible mando, y se hallaban divididos con mezquinas rivalidades: al ver pues los insurgentes á Zumalacarregui entre sus filas, le reconocieron al punto por su gefe, merced á su antigua nombradía y á la circunstancia de ser del pais vasco-navarro, sin la cual difícilmente se le hubiera confiado el mando en aquellas circunstancias.

D. Tomás Antonio Zumalacarregui nació en la villa de Ormaistegui, en el centro de Guipúzcoa el día 29 de Diciembre de 1788, de padres nobles llamados D. Francisco Antonio, y Doña María Ana de Imaz y Altolaquirre. Perdió su padre á la edad de cuatro años, pero su madre cuidó con esmero de su educacion. A los diez y seis pasó á Pamplona á instruirse en la Curia Eclesiástica; pero habiendo sobrevenido pocos años despues la invasion del ejército francés, y apoderado éste de Pamplona y su Ciudadela por

un artificio grosero, pasó Zumalacarregui á Zaragoza y se alistó voluntario, hallándose allí en el primer sitio en clase de distinguido. Habiendo salido un dia de descubierta, durante el segundo, cayó prisionero, y con no poco trabajo logró escapar de los franceses, llegando á su patria estenuado de fatiga. Pero así que se vió repuesto, se incorporó á D. Juan de Jáuregui (el Pastor) que formaba entonces su guerrilla. Jáuregui supo hacer aprecio de su mérito y le nombró teniente y secretario suyo, en reemplazo de D. Fermin Iriarte, que habia tomado el mando de un batallon, de los tres que llegó á tener aquella division. Para que se confirmasen los despachos de sus gefes y oficiales, fue preciso nombrar una persona de notoria capacidad, que pasase á Cádiz, y el nombrado fue Zumalacarregui, quien lo desempeñó á satisfaccion, obteniendo para sí los despachos de Capitan efectivo, y regresando de Cádiz por el mes de Julio de 1813. Incorporado otra vez á su division, se halló en el sitio de S. Sebastian, y el dia 31 de Agosto, en la célebre batalla de S. Marcial, en la cual, segun el dicho de Lord Wellington, *se portaron los españoles como las mejores tropas del*

mundo. Luego que S. Sebastian cayó en poder de los aliados, pasó la division guipuzcoana á guarnecerla, y allí Zumalacarregui principió á dedicarse al estudio profundo de la táctica, en que tanto habia de sobresalir. Algun tiempo despues, habiendo el General D. Carlos Aroizaga fijado su capitania general en la villa de Tolosa, se llevó á Zumalacarregui de Capitan Archivero.

Concluida la guerra, obtuvo en 1815 el mando de una compañía del regimiento de infantería de Borbon. Habiendo sido licenciado este regimiento, fue colocado Zumalacarregui con igual graduacion en el de Vitoria, y poco despues en el de las Ordenes Militares 33 de línea.

Cuando se proclamó la Constitucion en 1820, durante los primeros momentos de efervescencia, Zumalacarregui fue acusado de profesar doctrinas anti-constitucionales, y sus mismos gefes y compañeros formularon peticiones, para que se le arrojase del cuerpo: efectivamente, fue destituido del mando de la compañía, pero poco despues se le repuso en el, y continuó por espacio de dos años. Mas no por eso olvidó el insulto, que de sus mismos camaradas habia recibido.

El levantamiento de su país le proporcionó ocasión muy oportuna para tomar la satisfacción que anhelaba.

A fines de 1821 estalló un pronunciamiento realista en Sangüesa, precipitando la conspiración, que desde principios de aquel año se tramaba en Navarra, y que tenía muy vastas y ocultas ramificaciones, aunque carecía de los medios materiales para llevar á cabo el levantamiento. Con este motivo se reunieron precipitadamente en Barasoain, el 10 de Diciembre, los vocales nombrados de antemano para la Junta, Melida, Eraso y Villanueva; y tremolaron la bandera del absolutismo. Dos días después contaba ya Villanueva á sus órdenes 500 hombres, aunque mal armados y sin municiones. Divididas estas fuerzas en diferentes direcciones, para evitar la persecución, se engrosaron con increíble rapidez, pero fueron derrotadas sucesivamente por Cruchaga el 25 de Diciembre en Larrainzar, y el 6 de Enero en Nagore. Con esto quedó el orden restablecido en Navarra, y la generosa conducta de Cruchaga, salvando los prisioneros de manos de Tabuena, acabó de afianzarle; atrayendo á sus casas á los que andaban dispersos.

La insurreccion parecia completamente estinguida, hasta que á principios de Junio de 1822 estalló nuevamente y con mas formalidad, entrando Quesada desde Francia, para ponerse al frente de los insurgentes. Temeroso el Gobierno del incremento que pudieran tomar, habia practicado varias diligencias, gestionanando con el francés para que se embargasen los 4,000 fusiles, que guardaba Eguia en Bayona, y agolpando tropas á las Provincias. Uno de los regimientos enviados allá fue el de las Ordenes militares, que llegó á Pamplona en el intermedio del primero al segundo levantamiento. A pocos dias de su llegada, recibió orden Zumalacarregui de pasar á Vitoria á las órdenes de Lopez Baños con dos oficiales mas, como lo verificó, dejando en Pamplona á su esposa.

En esta ocasion corrió uno de los mayores riesgos de su vida, á manos de unos salteadores que los sorprendieron en una casa de campo. Eran unos facinerosos que habian asesinado y robado á una Señora rica de Tolosa, con circunstancias las mas horribles, y valiéndose de sus doncellas. El capataz era un carnicero del pueblo, hombre feroz y *patriota* de los mas furibundos;

pero habiendo sido descubierto , fue conducido á Pamplona juntamente con sus cómplices, y condenado á morir en un patíbulo. Habiendo estos escalado la cárcel , eludieron el castigo de la ley, que sufrieron las alocinadas doncellas , mientras que sus prometidos novios improvisaban una partida, titulándose defensores del altar y del trono. En tales manos vino á caer Zumalacarre-gui con sus dos compañeros, y en vano trataron de hacer valer sus opiniones realistas bien conocidas. Despues de haberlos despojado de todo cuanto llevaban , golpeáronlos inhumanamente , y los amenazaron con una próxima muerte. Quince dias duró aquel prolongado martirio, en que tuvieron que seguir las correrias de aquellos facinerosos , estenuados de hambre y de fatiga, maltratados á cada paso y con la vida pendiente del capricho de aquellos caribes. Súpolo Quesada á los pocos dias de haber entrado en Navarra, y marchó con su gente en busca de los pretendidos defensores de la fé. Huyeron estos al saber su aproximacion , y Quesada compadecido de sus víctimas, agasajó á los tres oficiales y los envió á Pamplona , para que se repusieran de sus quebrantos.

Mientras que Zumalacarregui conseguia esto en aquella, los realistas de Navarra tomaban un incremento tan rápido, que al cabo de un mes se hallaban ya en estado, no solamente de resistir, sino aun de ofender á las columnas que marchaban en su persecucion. Mientras Lopez Baños atacaba el 1.^o y 2.^o batallon á las órdenes de Quesada, D. Santos Ladron que se habia retirado enfermo al pueblo de Ancivaoa, improvisaba un tercer batallon, con mas de 400 jóvenes de los valles de Erro y Esteribar; y despues de armarlos y equiparlos en diez dias, se presentaba con ellos á las puertas de Pamplona, llamando la atencion de las columnas perseguidoras con aquel movimiento a su retaguardia. Entretanto Salaberri organizaba hácia la ribera el cuarto de Navarra, y un peloton de Roncaleses reunidos en Irati daban principio á otro batallon titulado de Guardias Reales. En tales circunstancias, Zumalacarregui repuesto ya de sus heridas, determinó fugarse de Pamplona en compañía de sus dos amigos. Presentóse á Quesada el dia 22 de Agosto de 1822 en el pueblo de Almandoz, á la entrada del valle de Bastán, donde acababa de penetrar aquel por primera vez y despues de una marcha penosa.

No podia Zumalacarregui haber llegado en mejor ocasion. El segundo batallon se hallaba sin gefe por la ausencia de D. Santos, y en los tres dias que permaneció Quesada en el vallé de Bastán, se ocupó en reorganizar su gente, mermada por la persecucion y el cansancio, y equiparla con los muchos recursos que sacó de aquel valle, al cual por su adhesion á la causa de la libertad miraban como tierra de conquista. Determinó pues Quesada poner dicho segundo batallon á las órdenes de Zumalacarregui, con el grado de teniente coronel.

El dia 25 por la noche, reunidas todas las fuerzas realistas salieron de Elizondo, y poco despues se volvieron á separar, marchando Zumalacarregui con su batallon solamente en compañía de Quesada y del cuartel general. El 30 de aquel mismo mes salió este con toda la division de Navarra para Cataluña, con objeto de comunicarse con el Baron de Eroles, y el 18 de Setiembre dió la funesta accion de Benavarre, en la que fue destrozada y pasada á cuchillo casi toda la division de Tabuena, juntamente con su gefe. Zumalacarregui contribuyó poderosamente al éxito del ataque. Encargado de sostener una altura

contra todas las fuerzas de Tabuena, lo hizo con todo teson; y atacando el flanco derecho á pesar del fuego de dos cañones de á cuatro, situados en unas viñas junto al pueblo, logró envolver las compañías que los custodiaban, y apoderarse de ellos y de un gran repuesto de municiones. Su batallón fue el que mas padeció comparativamente, pues tuvo dos muertos y 14 heridos, si hemos de creer el parte del Baron de Eroles. (*)

Después de un mes de correrías por el alto Aragón y Cataluña, principió á regresar la expedición á Navarra el 15 de Octubre de 1822, y aquel mismo dia hizo Zumalacarregui en Casbas 60 prisioneros de una partida suelta, después de una obstinada resistencia en que murieron otros 30. El 19 volvió á pisar el suelo natal y descansó en Lumbier. Deseoso Quesada de señalar su entrada en Navarra con un golpe de mano atrevido, trató de atravesar rápidamente la provincia y sorprender la ciudad de Vitoria, pero

(*) Las fuerzas de los realistas eran de mas de 2,000 hombres: las de Tabuena unos 1,200 infantes de los regimientos de Jaén, Toledo y Ordenes militares, y 40 dragones de la Reina. Eroles en su parte calculó la pérdida de su gente en 5 muertos, y 16 heridos.

alcanzado por las tropas constitucionales hubo de mudar de dictámen, y tomó posiciones entre los pueblos de Nazar y Asarta, donde algún día Zumalacarregui habia de hacer uno de los primeros ensayos de su pujanza, como veremos mas adelante. Por lo que hace á Quesada, en la accion de 27 de Octubre de 1822 estuvo poco diestro, y fue derrotado por fuerzas inferiores, habiendo dejado abandonada una posicion que luego quiso ganar á fuerza de sangre. Los batallones navarros flanqueados por los constitucionales, se arrojaron por los derrumbaderos; pero el de Zumalacarregui algo mejor situado pudo retirarse mas ordenadamente. Quesada aborrecido de los navarros desde que los habia sacado de su pais para Cataluña, vió entonces enteramente perdido su prestigio, y tres dias despues dejó el mando y se retiró á Francia. Entró desde alli en su lugar D. Carlos O-Donell, y dividiendo sus fuerzas las dispersó en varias direcciones, tomando para su escolta el segundo batallon como mas completo y disciplinado. El mando de los militares solia ser para los navarros tan infausto como ingrato, y O-Donell cansado de doce dias de continua fuga, y viendo el mal sem-

blante de aquellos, volvió á meterse en Francia, dejando la gente á cargo de D. Santos Ladron, como ellos deseaban.

A principios del año 1823 tomó este el mando, y conociendo el espíritu de los navarros mejor que sus predecesores, se penetró de que era preciso resistir á todo trance, ó sufrir una completa dispersion. Volvió caras contra las columnas que iban á sus alcances, y el dia 7 de Enero sostuvo una accion bastante reñida en el puente de Muniain. Zumalacarregui con su batallon defendió una posicion interesante junto al puente, hasta que agotadas las municiones se retiró con las demas fuerzas hácia el valle de Berrueza. Dos dias despues atacó dentro de Estella una columna, que creyó sorprender en aquel punto. Zumalacarregui al frente de su batallon penetró por el portal de Lizarra, hasta la plaza de Santiago, en la que habia formadas tres compañías, que se sostuvieron con mucho valor, dando lugar hasta que huyeron los realistas, por temor de una columna de 2,000 hombres que habia salido de Pamplona. Retirado desde alli á las montañas de Salazar y Aezcoa, recibió órdenes de D. Santos Ladron para cubrir con su batallon aquel

país, y custodiar la Junta, mientras él con las restantes fuerzas marchaba sobre Huesca, á sorprender su guarnicion y recoger municiones.

Estando en Abaurrea la noche del 1.º de Marzo, se vió harto comprometido con su batallón, y aun se esparció la voz de que habia sido sorprendido: para vindicarse de esta imputacion dirijió un comunicado al redactor de *La verdad contra el error*, (periódico de los realistas de Navarra) en que desmentia aquel suceso, según se habia referido. En él hacía ver, que situado en el pueblo llamado *la Abaurrea alta*, habia desplegado todas las precauciones estratégicas que éran del caso; y no satisfecho con esto habia recorrido en persona las avanzadas al tiempo de amanecer, y mandado tocar diana: que formado ya el batallón tuvo noticia de que la columna de Salcedo habia pasado el puente de Aribé, cogiendo los confidentes que en él tenia apostados, en virtud de lo cual hizo retirar á los individuos de la Junta hácia el puerto de Areta, cubriendo él su retirada sin disparar un tiro, y con pérdida tan solo de tres prisioneros. El comunicado concluía con estas palabras notables por su estilo.

«Atacado por tres columnas enemigas que com-

» ponian el número de 1,500 hombres de infan-
» teria con porcion de caballeria, emboscada desde
» la media noche una de aquellas á mi retaguar-
» dia, ocupando el camino de Jaurrieta, y el
» resultado ha sido haberme hecho tres prisio-
» neros. Sin embargo los bandidos presentaron
» á los ojos del pueblo esta ocurrencia como una
» de sus mayores victorias, mas no debieron po-
» nerla en boca si conocieran el honor militar;
» y á fe que puestos los valientes realistas en su
» lugar, ya hubieran sacado mas carne entre las
» uñas.»

Nueve dias despues recibió orden Zumalacarregui de D. Carlos O'Donnell de pasar con su batallon á Francia para recibir alli el armamento y equipo, que tenia preparados para toda la division de Navarra. Despues de doce dias de inaccion dentro del territorio francés, regresó toda ella á Roncesvalles completamente equipada, y marchó hácia la Rasoña á las órdenes de D. Santos Ladrón. Alli se verificó el dia 26 de Marzo una sorpresa de las mas funestas que experimentaron las armas constitucionales en aquella época, pues perdieron cerca de 400 muertos y 700 prisioneros, segun el parte de D. Santos,

y los dispersos fueron perseguidos hasta las murallas mismas de Pamplona. Situado Zumalacarrégui en Villaba, sostuvo con su batallón el fuego por espacio de una hora contra la guarnición de Pamplona y la columna de Chapalangarra, que habían salido en apoyo de los fugitivos, y que hubieron de retirarse á vista de las fuerzas superiores de los realistas.

Las tropas francesas entraron en seguida á dar un paseo militar, y los batallones segundo y tercero de Navarra, mandados por D. Santos Ladron en clase de Brigadier, pasaron á formar la vanguardia del segundo cuerpo del ejército francés á las órdenes de Molitor. Entró este en Zaragoza el 26 de Abril sin resistencia alguna, y los batallones navarros se acuartelaron en el arrabal. Desde allí salieron el primero de Mayo para recorrer el alto de Aragon y D. Santos dejando cinco compañías para sitiarse el castillo de Monzon, pasó con Zumalacarrégui á poner su cuartel general en Tamarite, en el cual se dió la funesta accion del 17 de Junio. Una estrella fatal presidia á las armas constitucionales como á la política de su gobierno. Dos dias antes habia Fernando VII (*) llegado á Cádiz despues de

(*) Véase su biografía.

las ruidosas escenas de Sevilla. Casi al mismo tiempo una fuerte columna de 1,400 infantes con 100 caballos y 2 piezas de artillería, salía de Lérida á destruir la de Tomarite y levantar el sitio de Monzon: pero al llegar cerca de aquel, fue derrotada miserablemente por dos batallones incompletos, y perdió su artillería. De resultas de este descalabro, se entregó el castillo de Monzon el día 22 de Julio de 1823.

Concluida la guerra, y después de haberse rendido la plaza de Pamplona en 16 de Setiembre de 1823, se creyó lo mas oportuno disolver la division de Navarra: los batallones que habian asistido al sitio, resentidos de que no se les hubiera permitido entrar en la ciudad, se desvandarón, regresando á sus casas la mayor parte de su gente. Con la que habia quedado, y alguna de los batallones que habian ido á la toma de Monzon, se trató de formar uno provisional, cuya organizacion encargó el Virey interino al teniente coronel Zumalacarregui. Era ya conocido entonces por su génio disciplinista y organizador, de lo cual habia dado repetidas pruebas mientras habia mandado el segundo de Navarra, que era sin disputa el mas aguerrido y mejor arreglado de toda la division. Posterior-

mente habia observado profundamente la disciplina y táctica de los batallones franceses en cuya compañía habia marchado, haciéndole concebir la idea de muchas reformas militares para lo sucesivo. Ninguno mas á propósito para este fin que Zumalacarregui, dotado de un teson y energia nada comunes, que se enardecian con los obstáculos, en vez de abatirse.

A mediados de Octubre estaba ya completamente organizado y equipado el batallon , que al punto se agregó al ejército, recibiendo el nombre de primero de voluntarios de Aragon , segundo de línea , con arreglo al Real decreto de 23 de Abril de 1824. Los gefes fueron nombrados por el Rey, quedando Zumalacarregui sin colocacion entre ellos , y por tanto se hubo de retirar á Pamplona con licencia ilimitada. Allí en efecto fue nombrado individuo de la Comision Militar, cuyo cargo desempeñó hasta fines de 1825, en que recibió los despachos de Teniente Coronel del regimiento cazadores del Rey , primero de ligeros , que se hallaba de guarnicion en Huesca debiendo tomar su rango de antigüedad , desde el dia 22 de Agosto de 1822 , en cuya época se habia incorporado á las tropas del General Quesada. No tenia á la sazón

aquel regimiento Coronel alguno, por cuya causa Zumalacarregui, estuvo desempeñando sus funciones por espacio de catorce meses. Desde allí pasó con el mismo grado, al regimiento del Príncipe, tercero de línea, en el cual permaneció por largo tiempo. Durante este, puso el regimiento bajo un pié de disciplina admirable, y hemos oido á militares inteligentes que lo conocieron en aquella época, no titubear en calificarlo, como el mejor que tenia entonces la nacion. La rapidez y limpieza en las evoluciones, su brillante equipo y la rígida disciplina de todos los individuos, llamaban la atencion de los paisanos y escitaban el entusiasmo de los inteligentes.

Cuando el Rey Fernando VII estuvo en Zaragoza en el año de 1828 tuvo gusto en ver manobrar aquel regimiento en el campo del Sepulcro, y quedó muy complacido de su porte brillante y marcial. Refiérese con este motivo, aunque no salimos garantes de su exactitud, que admirado el Rey y complacido de la precision con que habia ejecutado el regimiento todas las maniobras, hizo cumplimentar á su Coronel. Pero este, que hacia poco tiempo que estaba al frente de aquel cuerpo, tuvo la modestia de responder: que aquellas venta-

jas eran debidas al celo de su segundo el Teniente Coronel Zumalacarregui. Noticioso el Rey de la respuesta, y de los servicios anteriores de aquel, replicó que no queria que tan brillante oficial esperase por mas tiempo un grado que tan bien habia merecido; y efectivamente, poco tiempo despues fue promovido á Coronel del tercero ligero, voluntarios de Gerona. En aquel cuerpo permaneció hasta el mes de Junio de 1831, en que pasó á mandar el regimiento de Estremadura, catorce de línea.

Llegaron por fin los sucesos de la Granja á cambiar la faz de la nacion, y servir de prelude á la triste década, que aun no hemos concluido de arros-trar. Zumalacarregui se hallaba entonces con su regimiento en el Ferrol de cuya plaza era Gobernador. Los soldados de Estremadura, acérrimos realistas, inspiraban desconfianza, y aun llegó á circular la voz de que trataban de proclamar á D. Carlos. Habiendo tenido aviso de esto el Comandante del apostadero D. Roque Guruzeta, formó en el arsenal la brigada de marina, y reunió todas las personas conocidas por su adhesion á la Regencia provisional de la Reina. La desconfianza que mostraron estas contra Zumalacarregui, le exasperó en

alto grado, y mucho mas cuando supo que se le habia acusado por desafeccion, y de haber intentado proclamar á D. Cárlos. Por este motivo despues de arrestarle el 20 de Octubre por órden del Inspector general de infanteria, se le quitó el mando de gobernador, y se le sujetó á un proceso, en el cual quedó probada su inocencia. Del Ferrol vino á Madrid donde concluyó de exasperarse por el tratamiento que le hizo Quesada, poniéndole á media paga. En virtud de esto, pidió que se le enviase á Pamplona con licencia ilimitada, á reunirse con su familia. Negóse por tres veces su solicitud, pero habiendo insistido y con buenos empeños logró por fin lo que deseaba. Llegó á Pamplona á mediados de Agosto de 1833, y al poco tiempo sobrevino la muerte de Fernando VII en 29 de Setiembre de aquel mismo año, que fue la señal de una nueva guerra, en que habian de luchar todas las pasiones por largo tiempo comprimidas. Enarbolado el pendon de D. Cárlos en los montes de Navarra, acudieron á reunirse bajo aquella enseña todos cuantos habian sido espulsados de sus cuerpos despues de los sucesos de la Granja, ora por sus opiniones realistas, ora por rencillas y venganzas personales. Zumalacarregui víctima de uno y otro,

no podia faltar al llamamiento, y con no poco trabajo, por la vigilancia que se ejercia sobre él, obligándole á presentarse diariamente en la Capitanía General logró al cabo fugarse de Pamplona, abandonando su esposa y sus hijas, que fueron encerradas en el convento de religiosas Recoletas. De esta manera llegó Zumalacarregui al valle de Arakil, el día 27 de Octubre de 1833, á reanimar el espíritu de aquellos abatidos guerrilleros.

Sus antecedentes, que acabamos de referir, su ardiente realismo al cual debia su desgracia, y haber sido privado del mando, sus conocimientos del pais y de su terreno, y hasta la mirada penetrante y severa del génio, que arrastra los inferiores en pos de sí, contribuyeron á que se pusieran aquellos al punto bajo sus órdenes. Pero no obtuvo el mando sin contradiccion. Hallábase Iturralde al frente del primer batallon de Navarra, que se habia armado con cuatrocientos fusiles traídos por Echevarria de Vitoria. Al saber que Zumalacarregui formaba otro batallon sin contar con él, envió dos compañías para prenderle; pero noticioso aquel de este peligro, salió impávido al encuentro de las compañías, y su voz fue bastante para trocar enteramente la escena, haciendo que fueran á prender al mismo Iturralde.

de. Conducido este á su presencia fue tratado por Zumalacarregui generosamente , conociendo lo que importaba evitar un cisma en su naciente division . Reuniendo todas las fuerzas , de Navarra, Guipúzcoa y Alava , con anuencia de sus juntas nombró á Iturralde su segundo ; constituyéndose él mismo en gefe, y declarando que no entregaria el mando sino al mismo Eraso en persona, que habia sido el primero en proclamar á D. Cárlos con el destacamento de carabineros , que tenia á sus órdenes en Roncesvalles. Hallábase Eraso á la sazón en Francia, en donde á duras penas habia logrado refugiarse, huyendo de una partida enviada á Valcárlos con objeto de prenderle. Cuando regresó de Francia burlando á la policia francesa , Zumalacarregui fiel á su palabra lo entregó el mando ; pero Eraso amigo suyo , y que conoia su mérito y superioridad , se negó á tomarlo contentándose con mandar en segunda línea.

Hallóse entonces Zumalacarregui frente á frente de Quesada, contra quien alimentaba una marcada animosidad, la cual se atribuia á las contestaciones que habian mediado entre ambos en Madrid aun antes de haberle destituido del mando de su regimiento de Estremadura. Otros le daban mas

antiguo origen, suponiendo que databa desde la accion de Nazar, en que los gefes navarros reconvinieron ásperamente á Quesada, obligándole á dejar el mando como arriba dijimos. Pero á pesar de la activa é incesante persecucion de aquel, Zumalacarregui habia logrado organizar su gente, enseñarla el manejo del arma y las mas precisas evoluciones, de modo que á fines de Noviembre contaba ya á sus órdenes mas de 4 batallones y 3 escuadrones, entre vascos y navarros. Es verdad que los batallones apenas tenian 600 plazas, lo cual habia hecho para darles mayor movilidad y que fuesen mas rápidos y fáciles sus movimientos; pero ademas contaba numerosas partidas de aduaneros y gente suelta, que proporcionaban recursos, interceptaban comunicaciones, acometian á los rezagados, y hacian un verdadero servicio de guerrillas. Con tales elementos contaba Zumalacarregui, cuando se decidió á dar á sus tropas la primera leccion. Deseando Quesada escarmentarle, determinó obrar sobre el valle de Araquil, á donde dirigió sus fuerzas, y quedó sorprendido al ver á Zumalacarregui en posiciones y esperando el ataque, cual si quisiera dar á sus Voluntarios el bautismo de fuego, en el parage mismo en que ellos le ha-

bian honrrado con su mando. Hallábase situado en una posición tan fuerte como pintoresca, ocupando la colina sobre la cual descansa el pueblo de Alsasua, á la derecha de la carretera de Vitoria á Pamplona. Un riachuelo coronado por un puente de madera serpenteaba por el campo, y á retaguardia un bosque poblado y frondoso servia de abrigo y emboscada á las tropas de Zumalacarregui, proporcionándoles retirada hasta Guipúzcoa, en caso de una derrota. Antes de principiar el ataque remitió Quesada un pliego, exhortando á los insurgentes á deponer las armas. Al recibirlo Zumalacarregui, leyó su sobre dirigido *al jefe de los bandidos*, y volviéndolo á manos del parlamentario le dijo «que como no iba dirigido á ningun jefe del ejército carlista, lo devolvía sin abrirlo.» Quesada que no había creído encontrar aquella resistencia, tomó posición en una altura inmediata, contentándose con observar á su contrario, superior en fuerzas. Al ver este su indecision hizo un movimiento de flanco, y atacó rápidamente aquella posición que en breve se vió envuelta, y abandonada, pronunciándose las tropas liberales en retirada, despues de una tenaz resistencia. Funesto les hubiera sido quizá aquel dia, á no haber llegado oportunamente

la division de Jáuregui, que varió el aspecto de la jornada. En ella sucumbieron no pocos valientes de una y otra parte, y entre ellos los oficiales O-Donell y Clavijo con otros varios oficiales y soldados, que despues de prisioneros fueron pasados por las armas. ¡Tal era el encarnizamiento con que en aquella época se hacia la guerra! Los carlistas disculparon estos fusilamientos, asegurando que Zumalacarregui propuso un eange entre O-Donell y un oficial, que le serÿa de secretario, pero Quesada por única respuesta, mandó fusilar su prisionero á vista del parlamentario. Iguoramos hasta que punto sea cierto este suceso, que se reprodujo despues en el fusilamiento del Conde de Viamanuel.

Satisfecho Zumalacarregui con aquel primer ensayo de sus fuerzas, no quiso dejar que se resfriase el entusiasmo de sus soldados. Aquellos hombres, que pocos dias antes apenas podian sostener el fuego unos pocos minutos, sabian ya defender sus posiciones, y principiaban á usar la bayoneta. Tampoco Quesada se descuidaba por su parte, y deseando abatir á su contrario, se dirijió con el General Lorenzo á ocupar la Borunda. El gefe carlista supo á tiempo este movi-

nimiento por los numerosos confidentes y espías que pagaba, y tomó posiciones á la entrada del valle de Gulinas, sobre las dos eminencias conocidas con el nombre de *las dos Hermanas*, por entre las cuales corre el dicho valle. Formidable era aquella posicion, y mucho mas defendida por un gefe como Zumalacarregui, que sabia sacar partido de la menor ventaja. Pero el retirarse á su vista hubiera sido un triunfo completo para los carlistas, que se hubieran envalentonado al ver que las tropas liberales esquivaban ya su ataque. Decidióse pues Quesada á forzar aquellas posiciones, y lo consiguió al fin con poca sangre y trabajo. El terreno fue disputado palmo á palmo, cada árbol y cada roca era un reducto cuya posesion costaba preciosas gotas de española sangre, y cuando la noche vino á cubrir con su tupido velo aquella escena horrible, en que 600 hermanos habian sucumbido unos á manos de otros, las tropas de la Reina vivaqueaban sobre aquellas rocas regadas con su sangre, para abandonarlas al dia siguiente, á los mismos á quienes con tanta tenacidad habian lanzado de ellas.

La campaña de 1833 concluyó con la accion

del 29 de Diciembre en los campos de Nazar y Asarta, tan funestos en otro tiempo para Quesada. Aquel dia tuvo Zumalacarregui que sostenerse contra las columnas reunidas de Aragon y Navarra, á las órdenes de Oráa y Lorenzo, que contaban con seis batallones y casi otro de carabineros, con dos escuadrones y dos piezas de montaña. Las fuerzas carlistas eran cuatro batallones navarros y tres alaveses, con cerca de 200 caballos: aunque su número era inferior, ocupaban unas posiciones en extremo ventajosas, y estaban escalonados hasta la formidable altura denominada *la Peña dormida*. El ataque fue uno de los mas sangrientos de aquella época, y varios batallones navarros despues de concluir sus escasas municiones, dieron una carga á la bayoneta, contra la columna que atacaba al pueblo de Asarta, donde se habian replegado. A tal punto habian subido en dos meses, y bajo la direccion de Zumalacarregui, el entusiasmo y disciplina de aquellas bandas desarregladas, que encontró en el valle de Araquil próximas á dispersarse.

Los principios del año 1834 fueron poco notables, y apenas señalados con alguna que otra accion parcial. Por otra parte, la mala inteligen-

cia que reinaba entre Quesada y Valdés dificultaba las operaciones, y Zumalacarregui reconcentrando sus fuerzas hácia Lumbier, ó bien invadiendo sucesivamente los valles de Navarra, obtuvo los recursos que necesitaba, y concluyó de organizar su gente del mejor modo posible. Las pequeñas partidas se batian con furor y encarnizamiento, y por una y otra parte se desplegaba un lujo de terror extraordinario. Con fecha 9 de Febrero circulaba Zumalacarregui una orden en que imponia pena de la vida á todo el que condujese partes de las tropas de la Reina, ó diese á estas noticia de sus movimientos, circulase órdenes del Gobierno liberal, ó encubriese algun voluntario desertor de sus batallones. Estas amenazas unidas al gran prestigio de que ya gozaba, concluyeron por atraerle las comunicaciones de todos los pueblos, y facilitarle los recursos necesarios.

He aqui la descripcion del estado de las fuerzas carlistas en aquella primera época de su levantamiento hecha por el Coronel Lasala (*). «Todo carlista era en aquel tiempo un arro-

(*) Historia política del partido carlista.

jado y útil vasallo de su invocado Rey; la juventud con las armas en la mano corría de combate en combate, y sin orden militar adelantada, sin particular instruccion, con escaso armamento, y con unos cuantos cartuchos, batallaba contra fuerzas numerosas, regladas, provistas de cuanto necesita la guerra, y mandadas por generales de reputacion: en aquella época de enardecido entusiasmo, el propietario ofrecia gustoso sus bienes, los hombres útiles volaban á las armas, el padre presentaba voluntariamente sus hijos en reemplazo de otros, tal vez muertos en los campos de batalla, y si alguno no sentia latir en su pecho este ardor bélico y generoso, no osaba presentarse en su pueblo, donde era escarnecido hasta por las mugeres, partícipes tambien de estos ímpetus varoniles, representados por el unánime grito de Religion, Carlos V y Fueros.»

«Los eclesiásticos abandonaban el altar del Dios de paz y predicaban la guerra, ó empuñaban el fusil y la lanza: en los montes, en los bosques, en las peñas y entre los mismos encanigos, se improvisaban talleres y se establecian fábricas de armas y municiones, y hasta

de los mares se sacaban cañones y balas, cuyos recuerdos de existencia transmitía la tradición ó la memoria de borrascas y naufragios ocurridos en las costas. Todo era entonces admirablemente desinteresado; y si ahora no obstante el corto tiempo transcurrido se narrasen con puntualidad los hechos de aquella época, se tendrían por inventos de una imaginación fogosa y fecunda. Zumalacarregui era entonces el hombre extraordinario del partido.

Su figura era imponente, su carácter serio y de pocas palabras, de incansable actividad y de físico robusto y bilioso, de entereza en las medidas de rigor, aunque de buen fondo y apto para vencer los obstáculos de la época. Tenía valor, castigaba de un modo fuerte la cobardía, aventajaba rápidamente á los valientes, y sabía con muy pocas expresiones conmovier y entusiasmar las tropas (*). »

(*) Una filiación suya, que se publicó poco después de su muerte, le describe así: Zumalacarregui tenía poca estatura, pero su complexión era fuerte y robusta. Sus ojos pardos estaban llenos de viveza y animación; su frente ancha anunciaba un hombre capaz de grandes resoluciones; su tez era de buen color, y había mucho ánimo y reflexión en su varonil fisonomía. Lo mismo que

« Los batallones navarros merecieron su particular confianza, y ellos le adoraban y temian. Hiriendo á veces el amor propio de sus soldados con la palabra *falsos* (cobardes), Zumalacarregui les hacia ejecutar las mas árduas empresas. Al mismo tiempo miraba todo lo concerniente á la guerra con el interés de una propiedad suya; repartia el calzado, examinaba los cartuchos, reconocia el armamento, creaba batallones, organizaba las compañías, y lo hacia y veia todo por sí mismo. Las tropas unian á un estremado respeto y obediencia á su general, una confianza ciega y supersticiosa en sus conocimientos.»

« Unico general en el ejército, Zumalacarregui mandaba sin rivales de ninguna especie, y no habia un solo individuo, aun entre los gefes mas ambiciosos y audaces, que se atreviese á imaginar que podia nunca ser mas que el mero y obediente ejecutor de sus órdenes. Reducido el

Federico II tenia un hombro mas alto que otro, y tambien como él inclinaba ligeramente la cabeza á un lado. Esta actitud habitual daba al conjunto de su persona una mezcla de fiereza y de audacia, muy conformes con su carácter. Al verle se adivinaban en él las grandes cualidades que le distinguian, y en todos sus movimientos se columbraba un caracter impetuoso y apasionado, al cual se amoldaban todas las acciones de su vida.

ejército á pocos batallones, eran sus gefes y hasta sus oficiales conocidos particularmente del general: el valor, la actividad y la ejecución en las empresas de arrojo eran el solo camino de los ascensos, que dispensaba él mismo. El soldado no recibia, ni pedia vestuario: la boina y una prenda de uniforme cogida al enemigo eran su vanidad y sus galas.

En aquella época los padecimientos en nada se contaban; el general y el último oficial no tenían divisas, vestían del mismo modo y comían la misma ración; y á la manera que en tiempos remotos el celo religioso condujo á la Tierra Santa á los Cruzados, así para el soldado carlista las penalidades eran su mayor orgullo y un objeto de gala y ostentación las privaciones.»

Hasta aquí el citado testigo de vista, cuya imparcialidad es bien notoria, y á cuya descripción poco pudiéramos añadir de nuestro propio caudal. Por otra parte la descripción estensa de aquella época pertenece mas bien á la historia, que á los límites de una biografía.

Tal era el estado en que se hallaban á la entrada del verano de 1834 aquellas bandas que ocho meses antes había encontrado proximas á

dispersarse. Ya no se contentaba Zumalacarréqui con permanecer á la defensiva, antes bien con tropas numerosas y ligeras, principi6 á desplegar de lleno la táctica de guerrillas en mayor escala. Los destacamentos pequeños, las guarniciones de los cuarteles, las partidas que escoltaban los comboyes, eran víctimas continuas de sus inesperadas sorpresas. Ni aun el mismo cuartel general estaba libre de ellas, y el 26 de Mayo de aquel año, á las dos de la madrugada, saltó poco á Quesada para caer en manos de su mortal enemigo en el pueblo de Muez.

Poco tiempo despues uno y otro partido se robustecieron poderosamente, y la guerra tomó un grande incremento. El partido carlista creció en fuerza moral con la llegada de D. Carlos, pero el ejército cristino se robusteció tambien con el arribo del ejército de Portugal, á cuyo frente se hallaba el General Rodil.

La guerra volvió á encenderse, pues el General cristino con 14,000 hombres disponibles, sin contar las guarniciones, acosaba al gefe carlista, embarazado por otra parte en la custodia del Real. El cansancio de la tropa con las continuas marchas y contramarchas infructuosas, la

crueidad de Rodil exasperando los pueblos, y las sagaces maniobras de su competidor, dieron á este bien pronto la superioridad. Concluyeron por hacerle temible las dos sorpresas de Carandolet, funestas en estremo para las armas liberales. En la primera perecieron una porcion de gefes y oficiales, siendo la mas notable de las víctimas, el desgraciado Condé de Viamanuel, cuya vida en vano trató de salvar el mismo Zumalacarregui. Prendado este de su serenidad, le ofreció salvarle y lo llevó en su compañía, sentándole á su mesa. Pero sus conatos fueron vanos, pues tanto Rodil como D. Carlos, cooperaron á su muerte. Pesaroso de ello Zumalacarregui, no quiso volverle á ver, y marchó secretamente de Lecumberri, dejando á un comandante la órden para fusilarle.

No pasaron muchos dias sin que Zumalacarregui apareciendo sobre Viana con la celeridad del rayo, despues de una marcha de 12 leguas, hiciese nuevamente á Carandolet otra sorpresa de las mas considerables y trascendentales de aquella época, destrozando la columna que mandaba, y acuchillándola dentro de las calles de la poblacion. Al mes siguiente volvió á pasar Zu-

malacarregui el Ebro por Troncónegro (el 27 de Octubre), y sorprendió junto á Cenicero un convoy de fusiles que conducía el Coronel Amor; y repasando el río se halló el 27 en los campos de Alegria á sorprender la division de O-Doyle, pasando á degüello los batallones de Africa y la Reina: al dia siguiente atacaba al General Osma, obligándole á replegarse sobre Vitoria. Desde allí marchó sobre Villafranca, y atacó su iglesia con las dos piezas que habia cogido en la sorpresa de O-Doyle. En vano los nacionales hicieron una heroica resistencia, pues vinieron á ser víctimas de las llamas, y salieron de la torre medio abrasados, para ser poco despues pasados por las armas.

La campaña de aquel año concluyó con la batalla de Sorlada, pues ya merece tal nombre aquella accion, en que Zumalacarregui desplegó doce batallones, y una caballería algo numerosa aunque todavía mal organizada. La fortuna se mostró aquel dia poco propicia á Zumalacarregui, y la temeridad de Iturralde le acabó de comprometer, quedando derrotado á pesar de los esfuerzos del batallon de guias, que difícilmente logró cubrir la retirada. El 15 se renovó

el ataque sobre el puente de Arquijas, defendido vigorosamente por Zumalacarregui: el éxito de la pelea fue problemático, y por ambas partes se cantó la victoria.

Los generales de la Reina se sucedieron unos á otros con rapidez, y el célebre Mina fue el quinto que vino á contrarrestar la influencia de Zumalacarregui. Las esperanzas que en esta venida se pudieron concebir fueron harto efímeras. El célebre guerrillero de la independencia era ya un anciano, que habia de luchar con sus achaques, y con la estrella brillante de otro génio no menos vigoroso, y que poseia en aquel entonces las simpatías del pais, al paso que él inspiraba profunda aversion á sus antiguos camaradas. Adulado en otro tiempo por la quema de Castell-Follit, creyó concluir la guerra llevando á sangre y fuego su mismo pais, y reprodujo aquella escena, borrando el nombre de Lecaroz del mapa español. Al mismo tiempo, y por un contraste harto notable, pasaba á degüello los heridos del hospital carlista del Bastan, mientras que Zumalacarregui visitaba en los Arcos, juntamente con D. Carlos, á los heridos que habia dejado la guarnicion al tiempo de fu-

garse, y mandaba repartirles algun dinero. Unido está con la toma del fuerte de Echarrí-Aranaz, defendido por numerosa guarnición, y no poca artillería, concluyó por hacerle caer en des crédito, viniendo por segunda vez el General Valdés á tomar el mando del ejército cristino.

Entretanto los ministerios y los periódicos miraban como la cosa mas fácil derrotar á Zumalacarregui, y se admiraban de que existiese aun. Con este motivo se formó un plan, á manera de una batida de caza, para encerrar á los carlistas en las Amescuas, y destruirlos allí á todos en un palmo de terreno. Tales eran sobre poco mas ó menos las instrucciones que traía el General Valdés, muy interesantes si hubieran sido practicables. Pero en vano aquel General intentó realizar lo que tan fácil se creía en Madrid, penetrando hácia la Amescua alta con un ejército de 22,000 hombres. Aquella entrada estuvo á pique de ser muy funesta á las armas liberales, si el táctico Valdés hubiera tardado un poco mas en buscar la salida. Aun así no fue pequeña la pérdida.

Esta retirada, debilitando la moral del soldado, tuvo muy funesta influencia en el ejército de la Rei-

na. Principió á cundir el desaliento, y á este se siguió la desercion. Salvatierra, Maestu y Estella, fueron evacuadas sucesivamente, y los almacenes y oficinas del ejército principiaron á trasladarse á esta parte del Ebro, tratando de hacerle servir de antemural contra los rápidos progresos del gefe carlista. Entre tanto, este atacaba rápidamente todos los fuertes; cayendo en su poder uno en pos de otro: Treviño, Villafranca de Guipúzcoa, Vergara y la villa de Eybar capitularon sucesivamente; Tolosa fue evacuada con harta precipitacion, y Oráiz hizo una marcha para salvar las guarniciones de los puntos fortificados del Bastan, Elizondo, Urdax San Estevan, é Irun, replegándose con ellas á Pamplona con no poco trabajo.

El nombre de Zumalacarregui llegó á tomar un grado notable de esplendor. Los que hasta entonces le habian mirado como un talento vulgar, que debia su nombre á la fortuna y á su índole disciplinista, le miraron ya como un génio; los soldados le consideraban como una fantasma ó un espíritu maléfico, que se reproducia á la vez en mil partes, y los que caian en su poder no hacian ya escrúpulo en servir á sus órdenes. El tratado de Elliot, que la necesidad y la naturaleza misma

reclamaban, vino á regularizar la guerra, y robustecer el prestigio y la fuerza moral del caudillo de D. Carlos. Reunía entonces este entre Navarra y Provincias Vascoas, mas de 30 batallones, sin contar las compañías sueltas, 6 escuadrones de lanceros, 8 piezas de artillería y dos morteros. (*)

En medio de aquella perspectiva de gloria, que se desarrollaba á su vista, otros sentimientos harto tristes agitaban su corazón. Había concluido para él la persecucion militar, y dominaba el pais que pocos meses antes recorría fugitivo. Ahora se consideraba víctima de la persecucion cortesana. «Zumalacarregui, dice el ya citado coronel Lasala, sin recursos al frente del enemigo, con no esperados sinsabores, y tropezando á cada paso con los obstáculos que le creaba un ministerio raquítico, se exasperaba, representaba en vano, y marchaba al Real, lle-

(*) La gaceta de Francia, periódico que simpatizaba con los carlistas, ofrecía el siguiente estado, á pesar de eso bastante exacto. En Navarra diez batallones ligeros, uno de guías y tres castellanos, con un regimiento de lanceros. En Vizcaya 9 batallones de infantería y un escuadron de lanceros. En Alava 6 batallones, una compañía de guías y un escuadron. En Guipúzcoa 3 batallones, y 3 compañías de guías.

no de enojo, y resuelto al parecer á golpes fuertes; mas la vista de D. Carlos le desarmaba, y puesto á sus pies, á la mas leve demostracion del real aprecio, y de los padecimientos de su Rey, el intrépido guerrero derramaba lágrimas de amor y de respeto.

Zumalacarregui meditaba atacar á Vittoria y llevar la guerra al otro lado del Ebro. En un arrebató de entusiasmo, despues de la toma de Vergara, prorrumpió en estas palabras: « Llevaré mis Voluntarios á Madrid, y venceremos. » Pero en el Real de D. Carlos se trataba de un empréstito con la Holanda, para el qual se exigia como principal garantia la toma de Bilbao. En vano manifestó Zumalacarregui su oposicion á este proyecto, qual sí presagiase la ruina del partido carlista, en aquel punto funesto para su causa; entretanto que se preparaba el sitio, se dirigió sobre Ochandiano, del qual se apoderó á pesar de la obstinada resistencia de las 4 compañías que lo guarnecian. Al dia siguiente marchaba Zumalacarregui á Bilbao.

Su proyecto era abrir brecha y dar un asalto: mandó sortear las compañías que habian de ir á la cabeza, ofreció una onza de oro á los cien pri-

meros que entraran y seis horas de saqueo, asegurando la subsistencia á las familias de los que sucumbieran. La falta de municiones retrasó el asalto, y dió tiempo á los sitiados para reponer la brecha. A las nueve de la mañana del día 15 de Junio de 1835 subió al palacio contiguo de Begonia, situado á cien varas de las fortificaciones. En aquel sitio, blanco de los disparos de la plaza, se puso á reconocer esta con su antejo; llevado de su prurito de examinarlo todo por sí mismo. En vano sus oficiales de E. M. le advertían el peligro. Al verlo en aquel sitio los que guarnecían la batería de Larrinaga, hicieron una descarga sobre él: una bala inglesa dió en uno de los hierros de la ventana, hiriendo de rechazo á Zumalacáregui en la parte superior del muslo.

La noticia de su herida cundió con rapidez, y llenó de espanto á los sitiadores. Por todas partes acudían ansiosos al camino de Durango, por donde pasaba tendido en una camilla sobre los hombros de doce Voluntarios. Cuando se presentaron algunos cortesanos á informarse de su herida, los recibió algo bruscaimente, y al tiempo de marcharse dijo: « Si me hubieran dejado obrar por mí mismo dos meses mas, poco me importaría

que mi herida fuese grave ó leve. Asistíanle un médico de Cámara, un cirujano, que poco tiempo antes se había pasado, y un extranjero (Mr. Burges). El haber declarado estos que la herida era ligera, juntamente con las circunstancias de ser uno tráfuga y otro extranjero, dió pábulo á la voz de que su herida había sido envenenada. El día que se levantó el vendaje, D. Carlos estuvo á visitarle, y se despidió de él con lágrimas en los ojos. Sin duda un oculto presentimiento le avisaba que su fortuna estaba vinculada á la vida de aquel hombre. Desde Durango fue Zumalacarregui transportado á Cegama, y pasó por Ornaistegui, donde vió por última vez su casa natal; y al undécimo día de su herida falleció, después de recibir los Sacramentos, en medio de un fuerte delirio, en el que se figuraba estar peleando á la cabeza de sus Voluntarios.

Luego que D. Carlos supo su fallecimiento, envió á su general de artillería D. Joaquín Montenegro á presidir el funeral en su nombre, dando el *pésame* á su familia en un oficio muy sentido. Mandaba al mismo tiempo se le enterrase en caja de plomo, remitiéndole una de las llaves, y las otras dos á su familia y al párroco de Cegama.

Al morir Zumalacarrégui se dice que tan solo tenía catorce onzas de oro, que dejó á sus criados; legando tan solo á su familia el agradecimiento del Príncipe. Esto se hizo esperar cerca de un año, gracias á los que habian visto casi con placer el fallecimiento del que los habia tenido supeditados. Por fin en 24 de Mayo de 1836 espidió D. Carlos en Villafranca un Real decreto nombrando á su Capitan General D. Tomás Zumalacarrégui, Grande de España de primera clase, con los títulos de Duque de la Victoria, Conde de Zumalacarrégui, debiendo pasar el título á sus tres hijas por orden de sucesion. Al mismo tiempo concedia á la Duquesa viuda (Doña Pancracia Oño) la banda de Dama noble de Maria Luisa. Tenia además Zumalacarrégui los despachos de Mariscal de Campo y Virey de Navarra, desde Abril de 1834; y al entrar D. Carlos en Navarra, despues de estrecharle públicamente contra su pecho en la villa de Elizondo, le nombró Teniente General y Geñe de S. E. M. El 29 de Octubre de 1834, despues de la batalla de Alegría, le dió la cruz pensionada de S. Fernando, y le puso por su mano la banda de la Orden.

Tal fue la vida de aquel hombre, que hizo

bambolear el Trono de Isabel II y las instituciones liberales. Cuando calmadas ya las pasiones y afianzado sin temor alguno el Gobierno representativo tendemos la vista atrás, bien podemos mirar la persona y prescindir de su bandera, refiriendo con imparcialidad los sucesos, prescindiendo de las diatribas con que durante la efervescencia de la guerra se infamó su memoria. Pero es tambien justo manifestar, que á pesar de la cruda guerra que hizo Zumalacarregui al Gobierno liberal, ha sido quizá el jefe carlista que con mas consideracion fue tratado por él: aun en los momentos de efervescencia hubo hombres que arrojaron la impopularidad de hablar de él, no solamente con respeto, sino hasta con encomios, considerándole como un adalid de las ideas monárquicas, pero templadas. Si en el primer periodo de su mando se vio precisado á cometer actos de crueldad, no pocas veces fue obligado á ellos por funestas represalias; y cuando no, hombres hay que en buena paz y bajo las formas constitucionales santifican en esta parte su memoria.

Al presente, cuando su nombre se repite en el extranjero con aprecio, y por algunos se considera á Zumalacarregui como un héroe, justo es que nos-

otros le concedamos la celebridad que obtuvo, aunque peleando en un campo contrario. No lo fuera deprimir sus hazañas, hasta el punto de ponerlas en parangon con las asechanzas de los bandidos. Era español, españoles eran tambien los que él mandaba, y los que se batieron con él valerosamente. no apreciarán su honra en tan poco; que publiquen haberla ganado batiéndose con un saltador. El memorable convenio de Vergara, al poner término á la sangrienta lucha sostenida por ambas partes con igual teson y valentia; si no con igual razon, debió borrar las contrarias denominaciones; y si acontecimientos posteriores han vuelto á exasperar los ánimos y enconar los partidos, la historia marcará los autores á su tiempo, y fulminará un terrible anatema, sobre los que tantas calamidades nuevas atrajeron á su país.

Nosotros, simples biógrafos, hemos presentado sencillamente la vida del general mas distinguido del bando carlista; en el curso de nuestra obra, aparecerán tambien las de los principales gefes del constitucional, y tal vez en la de alguno de ellos; si tenemos que describir actos de valor como los del personaje que nos ocupa, no podremos hacerlo igualmente con respec-

to á su lealtad á la causa que defendian y por la cual peleaban. Nosotros narraremos los hechos, la historia los juzgará.





MR. LAFFITTE.

Personages célèbres del Siglo XIX.



M. LAFFITTE.

«La vida privada de Mr. Laffitte sería un curso de moral en acción.»

CORMENIN. — *Oradores parlamentarios.*

«El corazón de un hombre de Estado debe estar en su cabeza.»

NAPOLÉON.

Habia una vez un maestro carpintero a quien habia concedido el cielo mucha providad, talento para su oficio, riquísimo dinero, y diez hijos a quienes alimentar. Uno de estos se llamaba Santiago, y una hechicera caprichosa le acogió bajo sus alas. Santiago de pobre que era, se volvió millonario, fue la providencia de su familia, y protegió a sus amigos, a sus enemigos, a todo el mundo. En aquel mismo tiempo habia un trono tan viejo, tan gastado,

tan combatido por las revoluciones, que estaba enteramente dislocado. El Rey se olvidó un día de sentarse en él con precaucion, y el trono se vino abajo. Fue preciso reconstruir uno nuevo, y Santiago que no habia olvidado el oficio de su padre, trabajó con fuerza para volver á ajustar sólidamente *las cuatro tablas* cubiertas de terciopelo que sirven de base á todo el edificio social. Aquella ocupacion le atrajo la desgracia; su génio tutelar le volvió la espalda, su caja se vació como por encantamiento, el círculo de sus amigos se transformó en una legion de acreedores, y si algunos de los que nada le debian no le hubiesen llevado un poco del oro que él tan generosamente habia prodigado, no hubiera tenido un techo donde albergarse. No se desanimó Santiago en tan difícil posicion; anciano ya, principió de nuevo el laborioso trabajo de su juventud, y casi restableció su fortuna. Rico, habia sido modesto, afable y de sencillo corazon; pobre, fue noble, enérgico y digno; rico ó pobre amó el honor de su pais, hizo el bien tanto por instinto como por costumbre; y si muchos le negaron, tal vez con razon, el génio político, la Francia entera dió con unánime voz un título de *hombre honrado* á aquel banquero advenedizo.

Todo esto que parece un cuento es solo sin embargo una sencilla historia : es en resumen la historia de Mr. Laffitte.

Santiago Laffitte, nació en Bayona el 24 de Octubre de 1767. Plebeyo y pobre, sin los pergaminos que daban entonces la riqueza y sin la riqueza que daba tambien los pergaminos , entró el jóven Laffitte en la carrera del comercio, en la que rara vez dejan de prosperar las capacidades laboriosas. A los veinte años llegó á Paris sin más recursos que una aventajada fisonomia, un carácter dócil y lleno de franqueza , un celo y una sagacidad á toda prueba, y el espíritu vivo y alegre de un hijo del Mediodia. Con menos se hace fortuna, y así dotado por la naturaleza entró Mr. Laffitte en calidad de dependiente en casa del banquero Mr. Perregaux. Era el 1787, y la revolucion francesa y Mr. Laffitte anduvieron rápidamente su camino. Cuando la Asamblea de los Notables , no era aun mas que simple empleado; cuando el juramento del juego de pelota ; era ya tenedor de libros ; al principiar la República, era cajero y poseia la confianza de su principal; durante el Consulado, llegó á ser el hombre indispensable de la casa. Hecho Napoleon Emperador , el banquero Perregaux entró en el Sena-

do, confió á su jóven dependiente la dirección de todas sus operaciones comerciales, y algunos años despues, en 1809, la casa Perregaux se llamaba Santiago Laffitte; el hijo del artesano de Bayona estaba al frente de una fortuna colosal, desempeñaba las funciones de Regente del Banco, y era el sucesor del venerable Dupont de Nemours en la presidencia de la Cámara de Comercio. Al fin del Imperio fue nombrado Gobernador del Banco de Francia, cuyo destino tenía el sueldo de 100,000 francos; pero los tiempos eran críticos, el Banco estaba pobre, y Mr. Laffitte renunció á su favor el sueldo. Este acto es bastante raro en nuestros dias para que necesite comentarios.

Los desastres de 1814, tardaron poco en abrir las puertas de Paris al enemigo; impúsose á la ciudad una contribucion de guerra; el tesoro estaba exhausto, y todas las notabilidades del Banco, convocadas al efecto; deliberaron sobre el modo de hacer frente por medio de un empréstito; Mr. Laffitte propuso una suscripcion nacional, y firmó el primero por una suma considerable, pero su noble voz no encontró eco.

Mr. Laffitte fue el banquero de los Borbones; y

cuando el 20 de Marzo, Luis XVIII se vió arrojado de repente desde el trono al destierro, Mr. Laffitte acudió á su caja, y mandó al momento al Rey fugitivo cuatro millones de francos para él, un millon para el Conde de Artois, y setecientos mil francos para la Duquesa de Angulema.

En aquella misma época, un rasgo de desinterés mas honroso todavía, fue el primer móvil de una amistad que tuvo mas adelante graves consecuencias. El Duque de Orleans, Rey en el día de los franceses, acosado por los sucesos, iba á verse obligado á marcharse sin recursos. En vano habia presentado á varias casas de comercio letras por valor de 1.600,000 francos, consintiendo el Príncipe en perder veinte por ciento. El crédito era el precio de la corta de unos bosques, á cuyo pago se habia opuesto el gobierno imperial; era de consiguiente arriesgado y nadie lo queria. En su compromiso, dirigióse el Príncipe á Mr. Laffitte, y el generoso banquero rehusó sin vacilar el enorme beneficio que se le ofrecia, y aceptó á la par valores cuyo reembolso era cuando menos dudoso.

Durante los cien dias, Mr. Laffitte como individuo de la diputacion de comercio, formó parte de la Cámara de los representantes. En ella se alistó

en las filas de aquella animosa minoria que queria antes de todo librar al pais de una segunda invasion, apelando primero á Napoleon, al ejército, á la Francia entera, salvo á estipular despues en favor de la libertad. El miedo, la traicion, inoportunas exigencias paralizaron tan nobles esfuerzos; y cuando el solo hombre que aun podia dar la victoria á las armas francesas, tuvo que dirigirse á Santa Elena, tambien quedó Mr. Lafitte depositario de los débiles restos de su fortuna. Se le confiaron cinco millones, y cuando se presentó para dar al Emperador un recibo de dicha suma, rogóse Napoleon á aceptarlo diciéndole: «Os conozco; se que no gustais de mi gobierno, pero os tengo por un hombre honrado.»

Los estrangeros llegaron de nuevo bajo los muros de Paris, y esta vez el prusiano Blucher, lleno el corazon de odio y venganza, pedia el saqueo de la capital; á cuyo horrible extremo se opuso Wellington por un sentimiento de humanidad, ó por temor á la desesperacion. Hizose un convenio militar segun el cual el ejército francés debia ser disuelto y dirigido á la otra parte del Loira; pero para esto se necesitaba dinero, el tesoro no lo tenia, y la guerra civil amenazaba aerecer con sus des-

gracias las desgracias de la invasion. En tan críticas circunstancias, depositario Mr. Laffitte del crédito del Banco, se negó á comprometerle con un empréstito forzoso; tomó de su propia caja 2.000,000 de francos que entregó al Ministro de Hacienda, y Paris se salvó. Los invasores habian hecho ya al banquero solidario de la obligacion impuesta, y en el caso de no cumplirse la cláusula en las veinte y cuatro horas, se le amenazaba con tomarle por rehenes y llevarlo prisionero á la fortaleza de Graudenz; fue preciso que el Emperador Alejandro, cuyo elevado corazon simpatizaba con todo lo grande, declarase á sus aliados que mandaba colocar una guardia en casa de Mr. Laffitte para defenderle. A esta prueba de benevolencia, añadió el autócrata como testimonio de aprecio la decoracion de San Wladimiro.

Restablecido por fin el orden y constituidas las Cámaras según la Carta, fue nombrado Mr. Laffitte Diputado por Paris, y aunque se sentó en los bancos de la oposicion, su actitud sin embargo no fue precisamente hostil al nuevo Gobierno durante aquella sesion. Hombre de hacienda, al negar su voto á todas las medidas opresivas, impuestas por la Cámara *introuvable* se encerraba en su

especialidad, y solo tomaba la palabra cuando una cuestion de hacienda le daba ocasion de desenvolver sus pensamientos, sobre asuntos que habian sido objeto de sus largos y profundos estudios. Sus informes como gobernador del Banco habian descubierto ya, por su lucidez y lo elevado de sus miras, sus vastos conocimientos en materias de crédito público. Los discursos notables en que entonces y despues desenvolvió en la tribuna su sistema sobre los medios de remediar el estado deplorable de la hacienda, llamaron la atencion pública; eran á un tiempo ideas y un lenguaje nuevos; eran conversacion tan sustancial como lucida; era la elocuencia aplicada al manejo de las cifras.

Nombrado por el Rey en 1816 para la comision de hacienda presidida por el Duque de Richelieu, Mr. Laffitte combatió en ella el sistema de los empréstitos forzosos, las cédulas hipotecarias, en una palabra, la bancarrota. En vano se apelaba á las exigencias de la Cámara contra sus proposiciones liberales: « Señor Duque, contestó al Presidente, me he comprometido á decir todo mi pensamiento; si el plan que propongo es bueno, al Rey toca decidir si quiere sacrificar la Cámara á la Francia ó el pais á la Cámara.»

Luis XVIII comprendió tan noble lenguaje ; su respuesta fue el decreto de disolucion de 5 de Setiembre, y el rentista patriota , recibió al mismo tiempo la cruz de la Legion de Honor.

En las elecciones de 1817, el nombre de M. Laffite fue el primero que salió en los escrutinios de las veinte secciones del colegio electoral de Paris. Durante la nueva legislatura se le vió conservar, entre la fogosidad sistemática de la oposicion, las pretensiones exageradas de los amigos del poder, la actitud tranquila y digna de un juicio imparcial y de un buen ciudadano; rechazó con energía todas las leyes escepcionales, y apoyó con su voto las medidas de interés general; reivindicó en alta voz la libertad de la imprenta , la libertad individual y la sinceridad de las elecciones ; permitió al tesoro los empréstitos que juzgó necesarios , se pronunció contra las modificaciones electorales y el doble voto , y contra la guerra de España.

Al mismo tiempo, separábase Mr. Laffitte abiertamente de sus amigos políticos, sosteniendo la reduccion de los intereses y la creacion del 3 por ciento. No entra en nuestro plan examinar el valor de aquella importante reforma rentística , ni el juzgar la conducta de Mr. Laffitte en aquella

circunstancia. Solo diremos que su espíritu de eclecticismo político, le atrajo de parte de sus correligionarios fuertes reconvenciones é imputaciones injuriosas. Hasta se llegó á suponer que Mr. Laffitte compraba al Ministro su asentimiento con ventajas estipuladas secretamente por su casa de banca. Se mejante acusacion, fue un golpe doloroso á su lealtad, y la rechazó victoriosamente, en un escrito en que manifestó sus miras con claridad, precisión é independencia. Mr. Laffitte, consiguiendo consigo mismo, ha pedido en 1836 el reembolso de la renta del 5 por ciento, y parece que todo su sistema descansa en un mismo pensamiento; disminuir las cargas del pueblo disminuyendo las del Estado; principiar haciendo á la Nacion mas rica, para hacerla mas ilustrada y mas libre.

Dado una vez aquel pasagero asentimiento á una medida que él juzgaba buena, Mr. Laffitte se encuentra de nuevo con toda su energia en la oposicion parlamentaria; y cuando el ministerio Villele colmó su impopularidad con la brusca disolucion de la Guardia Nacional, se vió al patriota Diputado proponer atrevidamente la acusacion de los ministros. Algunos dias despues, en las exequias de Manuel, cuando una lucha fatal amenazaba ensan-

grentar ilustres funerales, puesto Mr. Laffitte de pié sobre el sarcófago de su amigo, contuvo con su elocuente voz las profanaciones de la policía y el entusiasmo agresivo de una ardiente juventud.

Hemos llegado á la época mas hermosa de la vida de Mr. Laffitte: colocado á la vanguardia de los defensores de la carta, popular tanto por sus opiniones, como por sus generosidades régias, el opulento banquero veia agruparse á su rededor todas las notabilidades de la imprenta y de la tribuna. Socorriendo todos los infortunios, protejiendo eficazmente todas las industrias, estimulando con su oro las letras y las artes, dando sumas enormes á las cajas de beneficencia, Mr. Laffitte sabia unir siempre á lo grande del servicio, la noble delicadeza del proceder. Solo citaremos un ejemplo entre otros mil.

El General Foy, que habia tenido grandes pérdidas en su fortuna, intentó imprudentemente restablecerla jugando en la bolsa; ignorando el General las especulaciones de alza y de baja, descansaba ciegamente en su agente de cambios, y creyendo enriquecerse se arruinaba; ó mas bien se enriquecía arruinándose, pues una mano desconocida cuidaba de reparar con largueza las pérdidas, y el General

murió persuadido de su felicidad en el juego; ageno de saber que su ganancia salia de la caja de Mr. Laffitte, que añadia ademas mil francos á la suscripcion abierta á favor de su familia.

Hacia mucho tiempo que Mr. Laffitte principiaba á desconfiar del porvenir de la rama primogénita de los Borbones; y convencido de la inminencia mas ó menos inmediata de una revolucion, buscaba á su alrededor los medios de que los resultados fuesen favorables al pais. Ya hemos visto la circunstancia que dió lugar á las relaciones de Mr. Laffitte con el Duque de Orleans, relaciones que se habian estrechado mas y mas. El General Foy, Benjamin Constant, Casimiro Perier, Alejandro de la Borde, el General Gerard y algunas otras notabilidades liberales, formaban con Mr. Laffitte la sociedad íntima del primer Principe de la sangre. Colocado por sus antecedentes políticos y sus convicciones liberales en una posicion difícil, con una corte que ni le perdonaba el voto de su padre, cuyo recuerdo le afligia, ni sus antecedentes republicanos, ni las Juces adquiridas á costa de veinte años de destierro, el Duque de Orleans se refugiaba en el interior de la vida doméstica (*).

(*) Véase su biografía.

y seguia con una mezcla de pesar, de temores y de esperanza la marcha rápida y fatal del trono, hácia el abismo que se lo iba á tragar.

Si el Príncipe temia tal vez las consecuencias del porvenir, sus amigos al contrario lo deseaban de todo corazón. El trono en que Mr. Laffitte anhelaba tan vivamente ver sentado al Duque de Orleans, debía levantarse mucho antes de lo que él esperaba. Sabido es de qué modo un motin se convirtió en revolucion, y como se rompieron tres coronas en tres dias; hablaremos solo aqui de la parte que tomó Mr. Laffitte en los acontecimientos de Julio.

Desde el dia 28, cuando aun estaba indecisa la victoria del pueblo, despues de haber firmado la protesta de los Diputados residentes en Paris, en el momento en que llegaba de Saint-Cloud la órden de arrestarlo, deseoso Mr. Laffitte de poner término á la efusion de sangre, atravesó por entre los tiros, acompañado de Perier, Mauguin, Gérard y Lobau; pasó al Carrousel, penetró hasta donde estaba el Mariscal Marmont, comandante de Paris, y le instó en nombre de la humanidad y de la patria para que retrocediera ante los horrores de la guerra civil, para que usara de su influencia á fin de que se retiraran los decretos y cambiara al ministe-

rio , amenazando , en caso de negativa , con arrojarse en cuerpo y alma en el movimiento.

« *El honor militar está en la obediencia;* contestó tristemente el General. — *El honor civil,* replicó el animoso diputado, *consiste en no degollar á los ciudadanos para atentar contra la Constitución.* » Convencido al dia siguiente de que nada debía esperar de la ceguedad del Rey , se decidió á correr los riesgos de un combate , y convirtió su casa en un cuartel general , de donde salian las proclamas que animaban la insurreccion ; las órdenes que la regularizaban y el oro que la sostenia. Al mismo tiempo , no olvidaba el banquero al Duque de Orleans , y enviaba repetidos emisarios á Neully; el 28 escribia al Príncipe : « *Guardaos de las redes de Saint-Cloud;* » y el 29 añadia « *No hay ya que vacilar ; elegid entre una corona y un pasaporté.* » Poco despues dos regimlentos, el tercero y el quinto de línea, arrastrados en la plaza Vendome por el Coronel Heymés y el hermano de Mr. Laffitte, dieron la señal de la defeccion y fueron á formarse alrededor de su casa. Desde aquel momento quedó asegurada la victoria : la reunion Laffitte tomó la direccion del movimiento , dió al General Lafayette el mando en gefe de

las tropas, y al Mariscal Gerard la direccion de las operaciones activas. Instalose una comision municipal en la casa de Ayuntamiento; y cuando MM. d' Argout y de Semenville fueron alli á parlamentar en nombre de Carlos X, llevando la revocacion de los decretos, se les contestó: « *Ya es tarde!* » Carlos X habia cesado de reinar.

Sin embargo, Mr. Laffitte se hallaba muy embarazado; los espíritus arrostrados por la exaltacion de la victoria, se entregaban á las mas contrarias inspiraciones: urgia constituir un poder que contuviera la anarquía, consolidando la obra revolucionaria; y sin embargo, el asilo del Duque de Orleans, estaba envuelto aun en el silencio y el misterio: Encerrado el Príncipe en Raincy era invisible para todos; la corona estaba en el suelo; Mr. Laffitte se la tendia y él vacilaba en tomarla. Para poner término á su irresolucion, Mr. Laffitte hizo publicar el 30 en todos los periódicos una proclama en favor del Duque de Orleans; reunió cuarenta y cuatro Diputados en el Palacio Borbon, y allí, bajo su presidencia, se confirió al Príncipe la lugar-tenencia general del Reino. Doce miembros de la reunion pasaron al instante á Neully para comunicarselo; pero el Príncipe no parecia, y

solo por la noche, á su vuelta de Raincy, al leer á la luz de las antorchas en los jardines de Neuilly la proclama que le abria el camino del trono, se decidió el Duque de Orleans á pasar el Rubicon; abrazó á su muger y á sus hijos; se puso un vestido de paisano, y marchó á pié acompañado de un Ayudante de Campo; llegó á las once de la noche al Palacio Real, y envió al momento á Mr. Laffitte una proclama, anunciando su llegada y su aceptacion.

Al dia siguiente, volviéronse á reunir los diputados en número de ochenta y nueve en el Palacio Borbon: Mr. Guizot redactó un mensaje y se dirigieron en masa al Palacio Real, llevando la palabra en nombre de la Cámara Mr. Laffitte. Habíase este herido atravesando una barricada, y cogeban al entrar en la habitacion del Príncipe: «Estais herido Mr. Laffitte?» le dijo aquel. — Monseñor, contestó el Diputado, no attendais á mis pies, sino á mis manos que os traen una corona.»

Sin embargo, era aun necesario un esfuerzo para alcanzarla. Mientras en el Palacio Real se ocupaban en crear un Rey, en la casa de Ayuntamiento una falange de jóvenes se agrupaba al rededor de un anciano cubierto de canas, y queria hacer de

aquel glorioso resto de otro siglo , la piedra angular de una nueva república ; el anciano vacilaba tambien, pues la muerte le amenazaba, y temia para su pais la vuelta de aquellos tiempos de fatal recordacion, en que el poder era el premio de la audacia, y muchas veces el patrimonio del crimen.

Urgia tomar un partido. Mr. Laffitte propuso al Príncipe ir á buscar al momento la sancion popular de la casa de Ayuntamiento. Aceptó este el proyecto que no carecia de peligro , y precedido de Mr. Laffitte en silla de manos, llegó á la casa de Ayuntamiento, abriéndose paso entre el pueblo conmovido y admirado, y atravesando barricadas sobre barricadas. Allí se volvieron á ver por primera vez despues de cuarenta años , el veterano de la libertad y el soldado de Jemmapes , y el abrazo de Lafayette entronizó definitivamente el reinado de Julio.

El 7 de Agosto , la Cámara despues de dos dias de debates y por una mayoria de doscientos diez y nueve votos contra treinta y tres, declaró vacante el trono, é invitó al Lugar-Teniente general á jurar la nueva Carta y á tomar el título de Rey de los franceses. La Cámara dirigida por Mr. Laffitte pasó al Palacio Real á las cinco de la tarde: el Príncipe

recibió la diputacion rodeado de toda su familia. Mr. Laffitte leyó con voz conmovida el acta de Constitucion, el Principe se arrojó á sus brazos, y el abrazo de la casa de Ayuntamiento se repitió en el balcón del Palacio Real en medio de las aclamaciones del pueblo. La Cámara de los Pares se adhirió el mismo dia, y la sesion de la coronacion del 9, consumó la revolucion y colmó los votos del banquero, que pudo decir como Juana de Arc en la consagracion de Carlos VII: *me hallaba en las fatigas, debo hallarme en el triunfo*. Mas tambien para él el momento del triunfo fue casi la señal de la ruina. El periodo en que vamos á entrar lo es de pesares y de luchas. Uncido Mr. Laffitte al carro del Estado, agotó sus fuerzas, perdió su fortuna, fruto de cuarenta años de trabajo, y la popularidad adquirida á costa de gloriosos servicios y de numerosos beneficios.

Ahora veremos cómo aconteció este triple desastre.

El primer ministerio de Julio fue una verdadera mescolanza; chocábanse en el mismo ministerio, con cartera ó sin ella, Mr. Molé y Mr. Dupont de l' Eure, Mr. Laffitte y Mr. Guizot, Mr. de Broglie y Mr. Bignon. Republicanos, imperialis-

tas , monárquicos puros de Julio , dinásticos dudosos , de todo habia , y todo gravitaba penosamente en el caos , tropezando con los motines de las calles , con las tempestades de la Cámara , y tirando sin cesar en contrarios sentidos la máquina del Gobierno. Era en efecto muy difícil aquella época. Hecho pedazos por la irrupcion popular el principio de autoridad , apenas podia reunir sus dispersos restos ; el poder habia descendido á la plaza pública ; el primer guardacanton servia de tribuna al primero que llegaba para formular en ella teorías políticas al uso del pueblo. El partido jóven y ardiente de la nacion , ébrio con su triunfo , permanecia como una potencia armada ; queria romper definitivamente con el pasado , reconstituir la sociedad principiando por la base , arrasar todo lo antiguo en Francia , en los países vecinos y hasta en los antípodas ; y todo esto con un tesoro exhausto , con un ejército casi desorganizado , y con solo la fuerza de la propaganda y de la *Marselesa*. Por otra parte , espíritus austeros y graves , inteligencias elevadas , hombres de ideas fijas y dominadoras , como MM. Molé , de Broglie , ó Guizot , para quienes toda revolucion era un accidente que era preciso regularizar al momento , no tendian nada

menos que á hacer entrar incóntinente en su cauce el torrente desbordado, en vez de abrir un nuevo curso á sus bramadoras olas. Así pues la empresa era difícil y aun imposible según los tiempos y los hombres. La parte moderada, y por lo tanto impopular del Consejo, hubo de retirarse; no había llegado aun su hora.

Mr. Laffitte vaciló mucho antes de aceptar la presidencia del ministerio de 3 de Noviembre. Hombre tranquilo y dulce, poco amigo de las tempestades de la vida pública, pedía á voces que le devolvieran á sus negocios, á su familia y á sus amigos, pero triunfaron el amor del país y augustas solicitudes. Acercábase el proceso de los ministros, y era preciso un nombre querido de la multitud para oponerle á sus terribles exigencias; Mr. Laffitte cedió y fue Presidente del Consejo.

Sería imposible y ageno á nuestro plan analizar aquí todos los actos del ministerio de 3 de Noviembre, desenvolver los motivos y discutir los resultados. Baste bosquejar la fisonomía del Gobierno de la época, con toda verdad. El ministerio de 3 de Noviembre al presentarse ante las Cámaras, formuló su programa y sus disidencias con la administración anterior, por el órgano de su presi-

dente. Resultaba de él que el ministerio Laffitte se proponía marchar dando una mano á los innovadores y otra á los conservadores; era un verdadero justo medio entre el progreso y el *statu quo*, entre la represion y la propaganda.

Mr. Laffitte dispuesto así y de buena fé á contentar á todo el mundo, no satisfizo á nadie y encontró en las Cámaras grandes dificultades. La izquierda le encontraba indeciso y poco progresivo, al paso que la derecha reclamaba de él enérgicamente medidas represivas. Agregábanse á estas dificultades de posicion, disentimientos interiores no menos sensibles. El Comandante general de los Guardias Nacionales, acantonado en la casa de Ayuntamiento, y coronado con una noble aureola de senectud y de gloria, recibia felicitaciones, acogia diputaciones, y trataba con la insurreccion de potencia á potencia. El Prefecto del Sena desconocia la autoridad del Ministro de lo Interior, y calificaba de *inoportuno* un mensaje dirigido al Rey por la Cámara. Un procurador del Rey citaba á un Diputado para que respondiera de ciertos asertos emitidos en la tribuna sobre los periódicos, y una escision no menos sensible entre el Presidente del Consejo y el Ministro de la Guerra, produjo

en el exterior una política indecisa y sin color, provocadora y tímida á la par.

Era todavía mas crítica la situación del ministerio para con el país; la inquietud reinaba por todas partes, y los capitales habían desaparecido ante el motin que circulaba periódicamente por las calles. El ministerio Laffitte á los tres meses de su existencia, estaba ya gastado, y los trastornos de 14 de Febrero acabaron con él. Una cuadrilla de vándalos al salir de las últimas orgías del carnaval, se precipitó sobre el Palacio arzobispal, y lo demolió hasta los cimientos, como hubiera podido hacerlo Omar. La iglesia de S. German L' Auxerrois fue devastada, y robadas otras que nada tenían de comun con la ceremonia legitimista; el Prefecto de policía, prevenido por el Ministro del Interior creyó conveniente esperar para obrar á que todo estuviera concluido, y la Guardia Nacional permaneció con el arma al brazo aguardando órdenes que no llegaban. Levantóse con este motivo un choque escandaloso en la Cámara entre MM. Montalivet y Odilon Barrot; este último hizo su dimision, y Mr. Laffitte tardó poco en seguirle. Suponen algunos que se habian ocultado al Presidente del Consejo notas diplomáticas relativas á la intervencion

del Austria en Italia, y que por este motivo creyó deber retirarse. Añadamos tambien que la vida ministerial incomodaba á Mr. Laffitte; el estado deplorable de sus negocios particulares; reclamaba su cuidado; en vano para conservar á su Ministro le compró el Rey en diez millones el bosque de Breteuil, y dió su garantía al Banco para un préstamo de seis millones; la posicion de fortuna de Mr. Laffitte se empeoró de dia en dia, y al salir del ministerio estaba arruinado.

La revolucion de Julio, habia ya dado un golpe funesto á su crédito, y su entrada en los negocios, obligándole á abandonar la direccion de su casa de banca, acabó su pérdida; depositario de sumas considerables, vióse de repente acometido pidiéndole el reembolso. Desde 1818, habia desguarnecido su caja, y salvado el comercio de París, prestando cinco millones al Banco; despues de los sucesos de Julio, la puso á disposicion del Gobierno provisional; todas las desgracias verdaderas ó simuladas estrageron de ella, y la crisis rentística la agotó completamente. En tan dolorosa situacion se dedicó Mr. Laffitte enteramente á la liquidacion de sus negocios; pagó cincuenta millones despojándose de todos sus bienes, y puso en

venta su magnífica casa para satisfacer las exigencias del Banco. Solo entonces se conmovió la Francia por semejante catástrofe; no quiso que el primer asilo de la revolucion fuese entregado á los picos de los demoledores, y una suscripcion nacional aseguró á Mr. Laffitte la posesion de su Palacio.

Candidato para la presidencia de la Cámara despues del advenimiento del ministerio Perier, Mr. Laffitte no fue elegido y se colocó en la oposicion; rechazó con su palabra y su voto todas las medidas enérgicas de la administracion del 13 de Marzo, y en 5 y 6 de Junio formó parte de la diputacion de la minoría oponente, encargada de formular, al Rey de su eleccion, las quejas de la izquierda. Por último, un dia, exasperado por el infortunio, se presentó en la tribuna á pedir solemnemente perdon á Dios y á los hombres de la parte que habia tomado en la revolucion de Julio.

Despues, separándose Mr. Laffitte mas y mas de sus antiguas afecciones, y alistándose definitivamente en las banderas del radicalismo, ha vuelto á los primeros trabajos de su vida. Despues de haber fundado el Crédito Público durante la Restauracion funda en el dia el Crédito Privado; ha

liquidado sus negocios, reconstituido su casa, y fundado la Caja de Descuento que quedará como una de las creaciones mas útiles de la época.

Al abrir en 1837 la sesion de los accionistas de tan bella empresa, pronunció nobles palabras que cremos de nuestro deber reproducir aqui: «No puedo, dijo, dejar de hallarme conmovido al encontrarme ocupado otra vez de trabajos que deben serme muy queridos, y dispuesto á coronar con una empresa digna de todos mis esfuerzos, una carrera útil, y en la cual he hecho tal vez algun bien; paréceme que entre vosotros olvido en un instante muchas falsas ilusiones pasadas, y las amarguras de las grandezas políticas, que por otra parte nada me habian prometido, y cuyo peso acepté solo por amor á mi pais. El porvenir reservaba indemnizaciones para mí, y el 2 de Octubre de 1837, dia en que vuelvo á dedicarme al comercio, me consuela del 19 de Enero de 1831, dia en que lo dejé.»

Es en efecto una bella inspiracion, enteramente nacional y digna de Mr. Laffitte, al abrir de este modo un crédito permanente á las pequeñas industria; el modesto fabricante, libre del usurero que le estrujaba, descuenta sus valores al mas reducido premio, coloca sus capitales con entera seguridad

y con ventaja, los saca cuando le acomoda y bendice al que creó la Caja de Descuento.

En resúmen, en Mr. Laffitte hay tres personas; el hombre privado, el rentístico y el hombre político; no hablaremos de la perfecta bondad, de la agradable sencillez, de la inagotable beneficencia del hombre privado, por ser conocidas de todos; el mérito del rentístico es igualmente indisputado é indisputable; las miras del hombre político son apreciadas diversamente. Monárquico ardiente al despuntar la revolución de Julio, Mr. Laffitte se halla colocado en el día en el último límite que separa la forma monárquica de la republicana. Durante los años que han transcurrido su persona política ha experimentado extraordinarias vicisitudes; como Ministro los radicales le han encontrado demasiado dinástico, y los dinásticos demasiado radical; y nos parece curioso el citar sobre este punto las páginas de dos libros cuyo principal pensamiento es diametralmente opuesto.

«¿Cómo acontece» se pregunta á sí mismo el órgano del partido democrático (*) «que un hom-

(*) Sarraus joven — *Luis Felipe y la contra-revolucion de 1830.* pág. 82 y 81, t. 2.º

bre semejante haya perdido á la vez sus riquezas , su poder y casi una popularidad adquirida á costa de tantas luchas y sacrificios por la libertad ? Lo diré sin rodeos : el principio de este triple desastre está en las afecciones individuales que desbarataron siempre la conducta pública del respetable Mr. Laffitte. Habiendo nacido para ejercer todas las virtudes civiles , Mr. Laffitte subirá con valor al cadalso de los Sidney y de los Juan de Witt ; pero no se le pida aquella tranquila energía que sacrifica sin vacilar las predilecciones del corazón á los deberes del hombre de Estado. El noble inconveniente de la naturaleza de Mr. Laffitte, es una confianza irreflexiva, y desgraciadamente esta confianza alcanza á todo el género humano. Ella es la que le ha entregado á la influencia de intrigantes que pervirtieron la revolución de Julio..... »

Oigamos ahora al órgano del partido monárquico (*). En Mr. Laffitte hubo siempre dos hombres ; el que quería francamente la monarquía constitucional con una lista civil de diez y ocho millones ; que pronunciaba discursos llenos de moderación contra la guerra y la propaganda ; que

(*) *Dos años de reinado* por Alfonso Pepin , pág. 176.

proclamaba en la tribuna el mantenimiento de los tratados de 1815 , la necesidad de contener la revolucion dentro de ciertas medidas, y el que tenia la desgracia de quererse apoyar en aquellos de entre sus amigos políticos que necesariamente debian llevarle á otros resultados que los que naturalmente provenian de los principios sentados por él... Si Mr. Laffitte ha perdido la popularidad, justamente adquirida en los primeros dias de Julio, débelo principalmente á su carácter vacilante y á su falta de energia. »

Así pues, Mr. Laffitte ha sido juzgado diversamente por los órganos de los partidos, de modo que al parecer de los demócratas, Mr. Laffitte como Ministro ha pecado por sus afecciones monárquicas, y á los ojos de los monárquicos por las democráticas. ¿Qué puede deducirse de esta singular acusacion? Que la máxima de Napoleon es profundamente cierta; que el corazón de un hombre de Estado debe estar en su cabeza, y que Mr. Laffitte tiene demasiado buen corazón para ser hombre de Estado.





DON JOSÉ DE MAZARREDO.

Personajes célebres del Siglo XIX

D. J. DE MAZARREDO.

¡ Cuando la marina española, ha llegado al triste estado en que se halla en nuestros días, es grato recordar sus pasadas glorias, y los hombres eminentes que á ellas contribuyeron! Su ejemplo puede servir de noble estímulo para tiempos mas felices.

Si no ha carecido España muchas veces de hombres ilustres en todas las carreras y profesiones, han faltado sin embargo cronistas y biógrafos que escribiesen y publicasen sus hechos memorables. Negligencia verdaderamente lamentable, que nosotros tratamos de remediar en cuanto esté de nuestra parte, dejando consignados en nuestra obra los hechos principales de la vida de aquellos personajes que mas se hayan distinguido en el siglo actual. Lo que debe la marina española, al de que vamos

á ocuparnos, ya en la parte científica y de instruccion facultativa, ya en la gloria que le dió con sus expediciones militares, ya en los destinos y comisiones que desempeñó con acierto y honradez; sus cualidades personales, en las cuales aparecian reunidas la sinceridad y el candor con la prudencia y penetracion del sábio y del héroe, son cosas ignoradas generalmente, y que solo se conservan en la memoria de los hombres que tuvieron la dicha de tratarle (*). Precisados á reducirnos á un estrecho límite, indicaremos solo los hechos mas propios para dar á conocer su carácter, y para merecer el aprecio de los sábios que se interesan en los adelantamientos de las ciencias, y en sus útiles aplicaciones á la práctica de las artes ó facultades mas necesarias al género humano.

D. José de Mazarredo nació de ilustres padres en la villa de Bilbao, el 8 de Marzo de 1745; y despues de recibir la educacion doméstica y esmerada que á su clase correspondia, apenas llegó á los años

(*) Nos hemos servido para esta biografía de las noticias que ha tenido la bondad de facilitarnos el Excmo. Sr. D. Martin Fernandez de Navarrete, Director de la Academia de la historia; de un artículo publicado en el *Censor*, y otro en la *Gaceta de Madrid* de 6 de Agosto de 1812, y de las obras del mismo Mazarredo, y de las de otros escritores que le aprecian.

de la juventud , llamándole su inclinacion á la carrera naval , entró á servir en ella en clase de guardia marina ; distinguiéndose desde entonces por su constante aplicacion y actividad. Embarcado, estando aun en dicha clase, en el chambequin andaluz que mandaba el Capitan de fragata Don Francisco de Vera, impidió que el bagel se estrelrase en la noche del 13 de Abril de 1761, contra las Salinas de la Mata en que habia dado ; y por sus acertadas disposiciones, por su firmeza en sostenerlas contra el dictámen de hombres mas prácticos en la mar , y por su osadía en embarcarse de noche en medio de un fuerte temporal en un pequeño bote, para recoger la lancha perdida y procurar salvar el buque, logró á lo menos recoger la tripulacion entera , compuesta de trescientos hombres, que hubiera perecido infaliblemente sin tan activas y atinadas diligencias.

Este y otros ensayos semejantes de su génio marinero , le grangearon desde entonces distinguido concepto; y asi es que á los doce años de servicio fue nombrado Ayudante mayor general del departamento de Cartagena. A pesar del aprecio y confianza que merecia á sus gefes , anhelando adelantar en su profesion , solicitó embar-

carse en la fragata Venus que se disponia para hacer viaje á Filipinas en 1772, á las órdenes de D. Juan de Lángara. Durante aquella navegacion, Mazarredo y D. Sebastian de Apodaca acompañaban al Comandante Lángara en el trabajo del Diario de navegacion que se llevaba con toda proligidad; pero estaba reducido al pequeño círculo de la buena cuenta de derrota, á observaciones de latitud fuera de altura meridiana del Sol, y con la Luna á las horas del dia ó la noche de su paso, y con varias estrellas á las diferentes del mismo, para tener aquel elemento con frecuencia, ó mas bien para entretener el tiempo, y principalmente á frecuentes observaciones de la azimuth del Sol, marcándole al propio tiempo con uua escelente aguja azimuthal para tener su variacion con toda exactitud, como medio de saber la longitud con la aproximacion de uno ó de dos grados en todo el espacio, desde el córte del Ecuador hasta mas de doscientas leguas á Oriente de meridianos del canal de Mozambique.

Pero Mazarredo, que estando con licencia en Bilbao en 1767, habia visto anunciadas en una gaceta inglesa de aquel año, unas tablas dispuestas para observar la longitud en la mar, sin que le ha-

masen entonces mucho la atencion, las recordó, cuando trató de navegar á Manila, huyendo de ser Mayor General en Cartagena, y desde Cádiz practicó aunque inútilmente varias diligencias en Gibraltar para procurárselas de algun buque de guerra ó mercante inglés. Dolíase pues Mazarredo de la falta de aquel medio de tener la longitud observada y de emplear el tiempo con utilidad; cuando muy á prima noche del 13 de Febrero, acompañando á Apodaca que estaba de guardia, y mirando en la claridad de la noche la brillantez de las estrellas, la Luna próxima á su cuarto creciente y en cercanias de Aldebarán, le asaltó de repente la idea de que se tenia la longitud por el movimiento de la Luna, midiendo su distancia á la estrella, y tomándose al mismo tiempo las alturas de ambos astros: con cuyos datos resolviendo los triángulos esféricos necesarios, se concluyese la longitud de la Luna en el momento de la observacion; y calculando por las tablas lunares su lugar para una hora antes y otra despues, según la que la estima diese para Paris, á fin de escusar el uso de segundas y terceras diferencias en las desigualdades del movimiento, que el conocimiento de tiempo daba solo para medio

Nota
de
los
señores

dia y media noche, tener la hora verdadera de París en el momento de la observación, y compararla con la que la altura de Aldebarán diese al sitio de la fragata, resultando la longitud por su diferencia. Comunicó Mazarredo su ocurrencia á Apodaca, que le contestó parecerle no haber duda en el juicio de la averiguación de la longitud por aquel medio. Entraron ambos en la cámara á decirse lo al comandante, quien contestó ser cosa infalible: y acordaron que Apodaca tomara con su obtante común la altura de la Luna, el comandante la de Aldebarán con su excelente obtante de Adams, y Mazarredo mediría la distancia con otro obtante suyo bastante bueno, dando el momento á las observaciones de los tres. Hizose así; se tardaron cerca de quarenta y ocho horas en la resolución de los triángulos para la averiguación del lugar de la Luna, y calcular este para París para una hora antes y otra despues de la observación segun estima: se determinó, por la comparación de estas dos longitudes con la de la observación, la hora que debia ser en París: se averiguó por la altura de Aldebarán la que al propio tiempo era en la fragata: y resultó de todo una longitud 2.º al O de la es-

tima, exactamente como la daba la variacion de la aguja.

Júzguese cual seria la satisfacion del resultado: á los cuatro dias se hizo nueva observacion midiendo la distancia á Sirio, y grande fue la sorpresa y el desagrado al hallar que esta observacion, daba una longitud 6.º al E. de la estima, es decir 8.º distante de la tan próxima anterior.

Faltó poco por el pronto para creer que habia sido un acaso el resultado de la primera observacion y que no era tal el método de tenerse la longitud. Pero muy pronto se advirtió que no siendo Sirio zodiacal, y estando la Luna casi en su misma longitud cuando se hizo la observacion, un error muy posible de 3.º en la distancia debia producir el de 30.º y 36.º en el tiempo; y se fijó la idea en que las observaciones debian ser con estrellas zodiacales. Se repitió la medicion de la distancia á Aldebarán en el mes de Marzo, en una posicion casi igual á la del 13 de Febrero. Su resultado fue de $\frac{1}{2}$ º al O de la estima: y la recalada hácia fines del mes en el Cabo de Buena Esperanza conforme con la estima, que era lo mismo que conforme con la llevada desde la última observacion.

Habiendo fondeado en la bahía de Buena-Esperanza, y hallándose en ella unos navios de la compañía oriental inglesa, se adquirieron los almanaques náuticos de 1772 y 1773, obra empezada en 1767, en que se daban las tablas de distancias lunares á las estrellas zodiacales para cada tres horas del meridiano de Greenwich; con cuyo auxilio desde allí á Manila, y desde Manila á Cádiz solo se dejaron de observar longitudes los dias próximos á la conjuncion y en los de temporal ó cerrazon de cielo.

Es verdad que el abate Lacaille en su excelente tratado de navegacion de 1752, habia indicado preferente á los demas de observaciones de la Luna, el método de sus distancias al sol y estrellas zodiacales, y que fue suya la primera idea de las distancias que llevaron á efecto los ingleses desde 1767; pero Mazarredo ni siquiera tenia noticia del tratado de navegacion de Lacaille, ni le vió hasta despues de su regreso de Manila. De lo que resulta para él, el mérito de la invencion de tenerse la longitud en la mar por observaciones del lugar de la Luna en el viaje de la fragata venus á Manila en 1772 (*).

(*) Nos hemos detenido en estas noticias verdaderas por

Con el objeto de hacer usuales en la marina española los nuevos métodos y adelantamientos de la astronomía náutica, se embarcaron Mazarredo y D. José Varela el año 1774 en la fragata Santa Rosalia que mandaba D. Juan de Lángara y se ocuparon en reconocer y situar bien la isla de Trinidad del Sur en los mares del Brasil, y en asegurarse de la supuesta existencia de otra isla llamada de la Ascension, al Oeste de aquella, como 100 leguas mas á la costa.

En el año 1775 era primer ayudante del Mayor general de la escuadra que condujo la expedición de Argel; siendo obra suya los planes para la navegacion, ancladero y feliz desembarco que se consiguió en la playa de todo un ejército de 20,000 hombres; pero malograda la expedición de tierra y urgiendo el reembarco de las tropas, logró Mazarredo salvarlas de noche con una inteligencia y actividad que recordó siempre con gratitud el Conde de O'Reilly, gefe principal de aquella empresa.

El Rey le premió tan importante servicio con haber sido desfigurado el origen que tuvieron las observaciones de longitud en la fragata Venus del mando de Don Juan de Lángara en su viaje á Manila en 1772 y á su vuelta el año siguiente.

el nombramiento de Alferez de la compañía de guardias marinas de Cádiz, y con los sucesivos ascensos á Capitan de fragata, de navío y de una nueva compañía de guardias marinas creada en el departamento de Cartagena. En este destino escribió sus *Lecciones de Navegacion* (*) para la enseñanza de los jóvenes que se dedicaban á la carrera de la mar; siendo tal el celo que manifestaba por sus progresos, que él mismo hacia de maestro explicándoles no solo la náutica, sino tambien la manobra para adiestrarlos en las prácticas navales. Con igual objeto formó entonces una *Coleccion de Tablas* para los usos más necesarios de la navegacion; (**) y habiendo obtenido en 1778

(*) *Lecciones de navegacion para el uso de las compañías de guardias marinas* impreso en la isla de Leon, año 1790; un tomo en 4.º Habiale escrito en 1777 con el titulo de *Resúmen de Navegacion* etc. para los alumnos de la compañía de Cartagena donde le estudiaban manuscrito. Su objeto fue reasumir el *Compendio* publicado por D. Jorge Juan en 1757, añadiendo cuanto se había adelantado de este aquella época, especialmente sobre los instrumentos de reflexion y sobre los métodos de observar la longitud ya por la distancia de los astros, ya por los relojes ó cronómetros.

(**) Imprimiose sin nombre de autor en Madrid en la imprenta Real, año de 1779; un tomo en 4.º mayor. Comprende entre otras las tablas de declinaciones, amplitudes variacion de altura y azimuth de los astros cerca del horizonte etc. con la explicacion del uso de cada tabla arreglada al meridiano de Cartagena.

el mando del navio San Juan Bautista, destinado á perfeccionar con la práctica la instruccion de los guardias marinas, llevó consigo un reló de faltriquera de longitud construido para él en 1776 por Juan Arnold con el núm. 12, á imitacion del que habia construido en 1773 para la espedicion que hizo al polo boreal el capitan Phops. Con este auxilio situó en sus verdaderas longitudes y latitudes muchos puntos importantes de la costa de España y sus correspondientes de Africa en el Mediterráneo; cuyas determinaciones fueron despues de grande utilidad á D. Vicente Tosiño, que corrigió con ellas los errores de sus relojes para situar la costa de Berberia desde 20 leguas al E. de Argel hasta Orán, en las cartas que componen su *Atlas marítimo*.

En 1779 fue nombrado Mazarrédo, Mayor General de la escuadra, mandada por el general Gaston, y en ella puso en práctica los *rudimentos de táctica Naval* que habia escrito, (*) y las *instrucciones y señales* (**) cuyo sistema mejoró con

(*) *Rudimentos de táctica naval para instruccion de los oficiales subalternos de marina* ordenados por D. José de Mazarrédo, Teniente de navio de la Real Armada, impreso en Madrid por D. Joaquín Ibarra, año 1776, un t. en 4.º mayor.

(**) *Instruccion y señales para el régimen y maniobras*

suma diligencia por la importancia que concibió de facilitar en la mar esta comunicacion de ideas y mandatos entre buques separados, que deben obrar con union y sujecion á las órdenes de un gefe superior. La aplicacion de estos y otros conocimientos se hizo mas pública é importante al año siguiente, cuando siendo Mayor General de la escuadra mandada por D. Luis de Córdova, se debió el apresamiento de un gran convoy inglés, el día 9 de Agosto de 1780, á una manio- bra atrevida y que todos graduaban de temeraria, dispuesta por Mazarredo. Debiósele tambien en 1.º de Noviembre de aquel año, la salvacion de las escuadras española (de 28 navios y 4 fraga- tas) y francesa (de 38 navios y 20 fragatas) y de un convoy riquísimo de 130 buques mercantes, espuestos á perderse por la intempestiva salida que dispuso el Conde de Estaing contra el voto y pa-
*de la escuadra del mando del Excmo. Sr. D. Luis de Cór-
 daza, dispuestas por D. José de Mazarredo, Mayor General
 de la escuadra. Impresa en Cádiz, 1780, en folio, reimpresas
 con muchas mejoras y adiciones en la misma ciudad en 1781,
 en 4.º En Cartagena 1790, en 4.º En Madrid Imprenta Real
 1793, en 4.º Las primitivas Instrucciones y señales que dis-
 puso para el general Gaston, fueron las que aplicó después
 al uso de las escuadras que mandó el Sr. Córdova, adició
 nándotas y corrigiéndolas siempre con gran empeño y dil-
 ligencia.*

reccr de Mazarredo, subsanando este el error de aquel general, con la pericia propia de un grande hombre de mar.

El año inmediato de 1781 cruzaba la escuadra combinada de 30 navios españoles y 10 de la francesa, al mando del Señor Córdova en el canal de la Mancha. La escuadra se hallaba cerca de las Sorlingas en la noche del 31 de Agosto con un gran temporal, cuando la Almiranta francesa hizo repetidamente la señal de *riesgo en la derrota*; Mazarredo asegurado por las observaciones astronómicas que frecuentemente hacia, de que la direccion ó rumbo que llevaba era el que convenia y del grandísimo riesgo en variarle, le siguió con teson y firmeza, sin embargo de los anuncios fatales de los mas prácticos en aquellas costas. La esperiencia manifestó despues el acierto de esta resolucion; y el mismo Conde de Guichen, general de la escuadra francesa, decia despues con laudable ingenuidad al Conde de Artois que se hallaba en Algeciras: «Yo iba á perder una armada que Mr. de Mazarredo salvó.»

A principios del año siguiente le debió igual beneficio la escuadra española de 7 navios y 7 fragatas, que despues de haber escoltado una

espedicion de tropas y pertrechos que se enviaba á América; se restituía á Cádiz en el rigor del invierno. Averiguando por observaciones en los dias 26 de Enero y 4 de Febrero el movimiento de su reloj, conoció los grandes efectos de las corrientes para el Estrecho de Gibraltar, y el error consiguiente de la estima; y este conocimiento seguro de su posicion, y el anuncio de un temporal, le facilitaron practicar las maniobras necesarias para poder tomar á Cádiz en tan críticas circunstancias. Esta seguridad y acierto, debidos á su consumada inteligencia en aplicar á la navegacion los conocimientos astronómicos, los acreditó tambien en la campaña que hizo en 1782, dirigiendo la derrota de la escuadra combinada á los mares de Inglaterra y Vizcaya; pues habiendo anunciado próxima la vista del cabo de Finisterre, del cual se creian todos á 120 leguas de distancia, el pronóstico de Mazarredo se vio cumplido puntualmente á las ocho de la mañana del dia 27 de Agosto. Al fin de esta campaña, que terminó con la paz de 1783, fue ascendido Mazarredo á jefe de escuadra en justa recompensa de sus servicios.

Su descanso fue promover con aplicacion cons-

tante los estudios náuticos. (*) Siendo ya capitán comandante de las tres compañías de guardias marinas, formó el plan de un curso de estudios en sus academias, para que un competente número de oficiales de cada departamento, aprovechase el tiempo de paz en adquirir los conocimientos mas sublimes de su profesion. Ningun ramo de la marina militar se ocultó á su inteligencia y á su celo. En 1783 habia ya informado sobre la construccion de buques, dando la preferencia al plan que se siguió en la fábrica del *San Ildefonso*, sobre otros dos que se presentaron. Construido este navio se encargó á Mazarredo que lo probase en el Mediterráneo, con otro navio y dos fragatas nuevas en el verano de 1785, y las pruebas practicadas correspondieron al juicio que desde el principio habia formado. (**) Entonces fue

(*) Apenas hubo en aquella época expedición alguna científica que no fuese á propuesta suya ó dirigida por sus informes. Tal fue la que se envió á las Antillas y Costa Firme en 1791 para levantar las cartas de aquellas costas. Los planes de estudios de los guardias marinas, el arreglo del observatorio astronómico y otros muchos asuntos de construccion naval, de gobierno de la armada, armamento de buques etc., todos se aceptaron ó resolvieron despues de haber oido su dictámen.

(**) *Informe sobre construccion de navios y fragatas* dado por el jefe de escuadra D. José Mazarredo con relacion á las

cuando se le dió la primera comision diplomática encargándole la negociacion de la paz con la Regencia de Argel.

Ascendido á Teniente General en 1789, concluyó las Ordenanzas de marina (*) que se le habian encargado de real órden, y cuyo trabajo le ocupó siete años. Declarada la guerra á la Francia revolucionaria en 1795, pasó á Cádiz á mandar una division que debia unirse á la escuadra del Sr. Mangara en el Mediterráneo, y cuyo mando recayó despues en el mismo Mazarredo; pero mudado el ministerio; viendo desatendidas sus repetidas y enérgicas representaciones, sobre el mal estado de la escuadra y la necesidad de reponerla, hizo dimision del mando; y atribuyéndosele á delito el no querer comprometer su gloria, bajo el Gobierno inepto y negligente de un Privado, se aceptó su dimision y se le destinó al Ferrol con prohibicion de entrar en la Côte: Lágrimas de sangre costó á España esta separacion; pues ter-

pruebas hechas por él de orden del Rey con los navios San Hdefonso y S. Juan Nepomuceno y fragatas Sta. Bríjida y Sta Casilda en el año de 1786.

(*) *Ordenanzas generales de la Armada naval sobre la gobernacion militar y marinera de la armada en general y uso de sus fuerzas en la mar.* Madrid 1793, dos tomos folio.

minada la guerra de Francia, la primera operación de la que se declaró á la Inglaterra poco después; fue el desastroso combate dado sobre el cabo de San Vicente en 14 de Febrero de 1797 entre las escuadras española é inglesa. El éxito desgraciado de aquel combate proporcionó á Mazarredo una solemne reparación de tan injusto desaire. Mandósele volver á Cádiz, reorganizar los restos de la escuadra y libertar á aquella rica población de la ruina que la amenazaba; si los ingleses intentaban un bombardeo. Su actividad lo facilitó todo; en menos de dos meses puso en ejercicio las fuerzas sutiles necesarias para rechazar las tentativas del enemigo, como lo consiguió en las noches de 3 y 5 de Julio; habilitó la escuadra haciéndola respetable á los ingleses; y en Febrero de 1798 salió repentinamente á sorprender una division enemiga de 11 navios que cruzaba delante de Cádiz. Un temporal de S. E. que sobrevino frustró su designio, y previendo que la escuadra del Almirante Jervis, que estaba en Lisboa, vendria contra él con fuerzas superiores, determinó mantenerse cerca de la costa entre Ayamonte y San Lúcar, hasta que abouanzando el tiempo fondeó en la bahía de Cádiz, y poco

tiempo despues aparecieron los enemigos con fuerzas superiores.

Entre tanto habia sido nombrado Capitan General del departamento de Cádiz, y desde luego propuso el Gobierno se trasladasen al Observatorio astronómico de la isla de Leon (erigido antes á propuesta suya) los instrumentos del antiguo de Cádiz y los oficiales destinados á la redaccion de las efemérides; agregándose ademas á dicho establecimiento dos obradores de relojes marinos y uno de instrumentos, á cargo de artistas que á petición suya habian sido enviados á instruirse con los mejores maestros ingleses y franceses.

En 1799 condujo su escuadra desde Cádiz á Brest; y dejándola allí al mando interino de D. Federico Gravina (*) pasó á Paris para concertar con el gobierno directorial las operaciones marítimas, á cuyo efecto se le revistió con el carácter de Embajador Plenipotenciario. La llegada de Bonaparte y la revolución que le colocó en el consulado hicieron que Mazarredo tuviese que entenderse con él. Viéronse entonces luchar diplomáticamente el candor con la astucia, la verdad con la ficción, la franqueza con el disimulo, y los intereses de España sacrificados

(*) Véase su Biografía, t. 2.

á la ambicion de un guerrero que aspiraba al mando universal. La oposicion firme y vigorosa de Mazarredo á los planes que le presentaba Bonaparte para disponer arbitrariamente de las fuerzas marítimas de España, disgustaron á este en términos que la corte de Madrid, ya sometida á la de París, llamó á Mazarredo en 9 de Febrero de 1801 á su departamento de Cádiz. Disgustado allí al ver los apuros y necesidades que no podia remediar, ni con su autoridad ni con sus vigorosas reclamaciones al Gobierno, solicitó su retiro que obtuvo en Setiembre de 1801 para establecerse en Bilbao. En Agosto de 1804 ocurrió en esta villa una de aquellas conmociones que suele causar la rivalidad del poder y de los intereses; y aunque Mazarredo no tuvo mas parte que la de impedir los funestos efectos del furor momentáneo, sin embargo, su conducta fue mal pintada en la Corte y se le mandó salir de las Provincias Vascongadas de un modo poco correspondiente á su edad, á sus servicios y á sus méritos (*). Sufrió con magnanimidad este destierro por espacio de tres años,

(*) Entonces escribió desde Santoña en 8 de Diciembre de 1804 la *Representacion* que dirigió al Rey D. Carlos IV sobre su ostracismo de Bilbao y que imprimió despues en Madrid en 1810.

ya en Santoña, ya en Pamplona, hasta que en 1807 se le permitió volver á su anterior asilo, donde le halló la revolución de 1808 dedicado al ejercicio de las virtudes privadas.

Poco diremos de los últimos años de su vida. Napoleón que conocía su mérito y el justo concepto que gozaba en España, lo atrajo y empeñó en su partido llamándole á Bayona, y Mazarredo creyó como otros que debía ceder á una necesidad inevitable. En esta situación y en medio de su compromiso personal, desplegó su carácter benéfico para aliviar la suerte de algunos pueblos y de muchísimas personas; y en tales circunstancias le sobrevino un ataque de gota que le privó de la vida, en Madrid á 29 de Julio de 1812.

En prueba de su amor á los conocimientos útiles y de su celo en fomentarlos, añadiremos que cuando en sus viajes y destierros atravesaba de un extremo á otro de España, iba observando en todos los lugares de la carretera su respectiva situación geográfica, y en los pueblos de su permanencia cuantos fenómenos celestes ocurrían. En Madrid hizo repetidísimas observaciones para fijar su latitud y longitud: en Santoña, observó en 20 de Marzo de 1805 la ocultación de Anta-

res por la Luna, cuyo fenómeno tuvo correspondiente en Cádiz, y así en otras partes como lo expresa D. Isodoro Antillon en el prólogo á los *Elementos de la Geografía de España y Portugal* que publicó en 1808. «Pero á nadie (dice en la página 31) debe mas la geografía astronómica del interior de España que al Excmo. Sr. D. José de Mazarredo. Con un quintante ó sextante de reflexion y horizonte artificial de azogue, y por alturas meridianas de Sol, Luna, Júpiter, Marte y algunas estrellas, ha determinado la latitud geográfica de Alcalá de Henares, de los pueblos del camino de Murcia al Ferrol, de varios pueblos, del de Madrid á Bilbao por Somosierra, de algunos de la carretera de Andalucía, y de otros muchos de Navarra, Provincias Vascongadas y costa Cantábrica, entre los cuales se cuentan Pamplona, Roncesvalles, Irun, Vergara, los Pasajes, Bilbao, Portugalete y Marron en la ria de Limpias y Colindres. Débesele ademas la longitud de Pamplona deducida del eclipse de sol de 1806, que observó en aquella ciudad. Estos trabajos ejecutados la mayor parte en viajes de tránsito accidental desde 1792 hasta 1806, reunidos con tantos otros como le debe nuestra hidrografía, dan

con justicia al Sr. Mazarredo una gloria eterna en los anales de la ilustracion de la patria.» El Señor Antillon encarece ademas la generosidad y galantería con que aquel sábio general y el Capitan de navio D. Juan Francisco Aguirre, se prestaron á comunicarle cuantas observaciones habian hecho y no se habian publicado, para dar mayor perfeccion á sus *Elementos de Geografia*.

Todo esto demuestra que la historia del General Mazarredo, está íntimamente unida con la marina española durante los últimos 40 años de su vida. Pocos han hecho aplicaciones mas útiles de los conocimientos astronómicos á la náutica y á la direccion de las grandes escuadras en la mar. Débele sin duda la marina española la formacion de los mas escelentes oficiales que tuvo entonces, los cuales le amaban y respetaban como á su padre ó su maestro; la mejora de sus estudios, prácticas é instrumentos; y los progresos de la hidografia, de la construccion naval y de la policia de los buques. Débele su patria la conservacion de un ejército, de tres escuadras, y en parte la superioridad marítima en la guerra de 1779 á 1783; y la habilitacion de las reliquias de su gloria en la de fines del siglo pasado. La humanidad per-

dió en él un corazón dulce, candoroso y benéfico; la marina el génio que mas la ha ilustrado en estos últimos tiempos; y la nacion un hombre veraz, activo y celoso, que sabia decir al Gobierno la verdad *toda entera* sin disimulo ni reticencias.

Puede asegurarse que con la pérdida de tan esclarecido marino, y la de los otros famosos compañeros suyos como Gravina, Churrueta, Galiano y otros muchos que perecieron anteriormente, y en especial en la iufausa jornada de Trafalgar, se concluyó la marina española, y quedó reducida al triste estado en que se halla en el dia. Pero la situacion geográfica de España, la conservacion de las colonias que aun posee, el desarrollo y proteccion de su comercio, todo hace indispensable la reorganizacion y aumento de nuestra marina de guerra, y no dudamos que cuando haya terminado el vértigo revolucionario que por tanto tiempo nos agobia, cuando haya un gobierno capaz y estable, no se dejará en olvido este importante ramo de la prosperidad pública y este sosten de la dignidad nacional, y entonces estamos seguros que no faltarán tampoco émulos y dignos imitadores en el Cuerpo de la Armada, de los grandes capitanes cuyos gloriosos nombres acabamos de

editar, y del personaje ilustre que tanto contribuyó al esplendor y adelantamientos de la marina española, y cuya vida hemos recorrido con velocidad, pero con exactitud.







R.S.

1840

D. VICENTE LÓPEZ.

Personajes célebres del siglo XIX



D. VICENTE LOPEZ,

Y PORTAÑA.

« Si la nobleza de la sangre, que es solo una cosa imaginaria, hace tal distincion entre los hombres, que exalta á los unos sobre los otros. ¿ Quién podrá dudar que la nobleza del ánimo, que consiste en la virtud efectiva, y reside en la parte que trae su origen del cielo, no es capaz de ensalzar al hombre, desde el estado mas infimo hasta los confines de la divinidad ?

VIDA DE LEONARDO DE VINCI, por
Rafael du Fresne.

Este principio de la vida de Leonardo de Vinci, puede apropiarse á todos aquellos génius que, á fuerza de constante aplicacion y saber, y sin auxilio alguno de otra clase, se han conquistado un puesto á que dificilmente hubieran podido lle-

gar marchando por otro camino ; y para gloria de nuestros Reyes, nos presentan la historia constantemente á muchos célebres artistas, cuyo solo talento los ha conducido al mas alto grado de estimacion y favor : esta ultima circunstancia es la que nos ha recordado las lineas que dejamos apuntadas. Desgraciadamente, nuestra actual época, no es la mas apropiada para la creacion de estos gé-nios. Las artes huyen de este suelo en que antes tenian su trono, y quizás para no volver mas á él, á menos que no cambien totalmente las circunstancias en que se ha colocado á la Patria de Velazquez y Murillo. No pensemos en la actualidad, dirijámonos al porvenir, esperemos algun consuelo de la rectificacion de las ideas, trastornadas desde fines del último siglo, si bien en artes este trastorno data de mas antigua época ; y ya que no sea posible dejar grandes obras, como lo hicieron nuestros grandes hombres, consignemos á la posteridad noticias de artistas beneméritos que hubieran podido enriquecer su siglo, como sus antepasados.

No podemos presentar uno que reúna todas las dotes de la celebrada escuela española, porque esta formada en el estudio de las obras ; remon-

tóse rápidamente para desaparecer en seguida tambien en cortísimo tiempo. ; Ya no existe! Carreño la representó al morir ; Jordan y sus secuaces la destruyeron ; desde el reinado de Carlos II, desapareció de la Monarquía el carácter español, enseñoreáronse en las artes las escuelas estrangeras. En el día, aun apesar de haberse hecho algunos esfuerzos por personas muy dignas de aprecio, nada se ha conseguido entre nosotros: la pintura no presenta un carácter que la haga original. Cada cual sigue el impulso que recibió en su educacion artística ; todos es verdad se proponen generalmente modelos que seguir, pero no se ve en ellos que pueda restablecerse aquella escuela, no general por que esto tampoco es exacto, pues no todos nuestros pintores han sido iguales en carácter artístico. Tan distante se halla Murillo de Juanes, como Rivalta de Zurbarán, y Morales de Velazquez, pero si se estudian detenidamente sus obras maestras, se verá sin grande esfuerzo que todos, aun los mas distintos entre sí, tienen un sello particular que los señala. Pero tambien es preciso confesar que nada pueden hacer. Nuestros artistas con pocas escepciones, carecen aun de lo mas preciso para su subsistencia;

no cuentan con trabajo alguno. ¿Qué estudios han de emprender, ni cómo han de trabajar holgadamente? el desaliento ha de presidir á sus obras, las cuales forzosamente deben resentirse de estas causas. Para pintar bien, es preciso pintar mucho, y entre nosotros no se pintan mas que retratos. Si en medio de este horrible cuadro que trazamos con sentimiento, cambiase la época, y fuese capaz de crearse otro elemento de proteccion para las artes, podemos estar seguros de que inmediatamente se sentirian los efectos, pues contamos con jóvenes aplicados á quienes nuestra imaginacion nos presenta marchando rápidamente á colocarse junto á aquellos génius que tanta gloria nos han adquirido en tiempos muy diferentes de los actuales. Mientras tanto, no ahuyentemos la esperanza que nos anima, y ocupemonos de bosquejar la Biografía del primer pintor de Cámara de S. M. Don Vicente Lopez y Portaña, bien digno, no tanto por su rango, como por su mérito, de figurar en nuestra coleccion.

Nació este hábil artista en la ciudad de Valencia el dia 19 de Setiembre de 1772. Hijo y nieto de pintores, por lo que desde sus mas tiernos años, fue destinado á esta profesion, primero en el es-

tudio paterno, y despues bajo la direccion del Padre Villanueva, Religioso de San Francisco, pintor de gran mérito, cuyas lecciones le hubieran sido de suma utilidad, á no haber tenido la desgracia de perderlo á los pocos meses; retirado á casa de sus padres, y habiendo experimentado igual desgracia cuando contaba 15 años de edad, se refugió á la de su abuelo, á cuyo lado continuó con ardor en sus tareas.

Publicado por entouces el concurso general en la Academia de San Cárlos, sobresalió tanto entre sus compañeros, que obtuvo sin disputa el primer premio de pintura á la edad de 16 años habiendo firmado á la de 13 otra oposicion en que pintó un cuadro superior á su tierna edad; y concurriendo despues á una de las pensiones que al mismo tiempo habia ofrecido aquella corporacion, le fue conferida inmediatamente, para que pasase á Madrid a seguir adelantando en su carrera, bajo la direccion de Don Mariano Maela, en cuyo estudio se mantuvo cerca de dos años.

A los 18 de su edad, en 1790, ocurrió la publicacion de premios generales por la Real Academia de San Fernando, y hecha oposicion

á ellos , obtuvo el primero en pintura , habiendo elogiado sobremanera los Profesores , su prueba de repente , superior en dictamen de estos , al cuadro de pensado.

Concluidos los tres años de su pension , regresó á Valencia , en cuya Real Academia fue recibido Académico de mérito , luego Teniente y Director en la primera vacante , y por último Director General de la misma.

Allí se hallaba en 1802 , cuando visitó aquella ciudad el Sr. D. Carlos IV , con toda su Real familia , habiendo merecido á la bondad de este Soberano , que le condecorase con los honores de pintor de Cámara , y le encargase varias obras de que quedó S. M. tan complacido , que mandó se le diesen las mas espresivas gracias en su Real nombre , por el desinterés que mostró y su buen desempeño.

No le honró menos á su vuelta de Francia , el Sr. D. Fernando VII , quien sin mediar solicitud suya , y por solo informes de Personajes entendidos , se dignó conferirle plaza efectiva de pintor de Cámara , con órden espresa de que se trasladase á Madrid , tan luego como concluyese las obras en que estaba ocupado. Hizolo así , y

apenas hubo llegado á la capital, cuando por dimision de su maestro Don Mariano Maella, fue nombrado primer pintor de Cámara del Rey, con encargo de dirigir á diez jóvenes pensionados por S. M.; contándose como la primera de las singulares distinciones que debió á aquel Monarca, la direccion en la enseñanza del dibujo de las dos augustas Reinas Doña Maria Isabel de Braganza y Doña Maria Josefa de Sajonia, segunda y tercera esposas del mismo, con notable adelantamiento de entrambas, y en especial de la primera, á cuya aficion á las artes debe la España el establecimiento del Museo, monumento consagrado á las mismas y á la gloria nacional. La Real Academia de San Fernando, se apresuró á admitirle en su seno, creándole desde luego Académico de mérito, y sucesivamente Director de pintura y Director General, cuyo ejemplo siguieron las de San Luis de Zaragoza y de San Carlos de Valencia, distinguiéndole aquella con este último dictado en calidad de perpétuo, y añadiendo la segunda el título de Académico de honor concedido solo al caballero Mengs.

El esmero y continua aplicacion con que ha ejercido su plaza el Sr. Lopez, le merecieron del

difunto Rey tales demostraciones de aprecio , que mas de una vez le dispensó finezas de su mesa por su propia mano, y honró su casa visitándole en su estudio, concediéndole por fin, la cruz de Caballero de la Real y distinguida Orden española de Carlos III, en prueba de la satisfacción con que vió concluida la pintura al fresco de la gran bóveda del salon de vestir de S. M., que egecutó Lopez con suma intelijencia y maestría.

La Augusta Cristina honró tambien á este artista creándolo, sin pretension alguna suya, caballero Comendador de la Orden de Isabel la Católica con dispensa de todo pago, en prueba del aprecio con que recibió el cuadro bellissimo de la Virgen de los Desamparados, colocado en el altar del oratorio de la casa Palacio de Vista Alegre, del que trataremos despues; y por último nuestra Soberana, la esperanza de los fieles españoles, Isabel II, en los dias en que el Sr. Lopez ha tenido la honra de pasar á retratarla, asi como á su augusta hermana la Infanta Doña Luisa, de cuyos admirables retratos nos ocuparemos tambien, no han permitido regresase á su casa á comer, haciendo se le sirviese en el mismo Palacio, muy cerca de S. M. y A., y de sus mis-

mos manjares; distinciones no recibidas por artista alguno, y que al mismo tiempo que ceden en gloria de las artes, dan á entender la bella índole de estos dos angeles tutelares de España, así como comprueban la exactitud del epígrafe con que encabezamos estos apuntes: pues si las circunstancias imposibilitan el que puedan crearse génios que, como el Sr. Lopez, se eleven á la altura en que se halla colocado, el trono conserva la tradicion histórica de sus mayores, estando pronto á premiar el mérito en donde se halle; circunstancia mas notable cuando la soberana que ejerce estos otros, dignos de Cárlos I y Felipe IV, no cuenta apenas la edad suficiente para obrar impulsada por el ejemplo.

Dificil seria enumerar las muchas obras de este laborioso profesor, en su larga carrera, y haremos solo una reseña de las principales. Entre estas sobresale el citado fresco de la sala de vestir del Rey, en que representó la institucion de la Real y distinguida Orden Española de Cárlos III, siendo notable que se le premiase haciéndole individuo de la misma, cuya célebre composicion fruto del ingenio y estudios de su benémerito autor, puede considerarse dividida en dos partes: la pri-

mera espesa simbólicamente el voto é institucion del augusto fundador de la Orden ; y la segunda, los accesorios emblemáticos correspondientes á semejante acontecimiento : lo primero está significado convenientemente en el testero, que es el sitio principal de la bóveda , mediante un gran grupo de figuras situadas delante y en el zócalo de un grandioso templo del órden dórico , cuyos ornatos corresponden al acto solemne que en él se figura celebrar ; delante de él hay un altar con las insignias de la órden.

El ilustre Monarca de las Españas, el religioso Don Carlos III, vestido de gran gala y con todas las insignias propias de la soberania, se manifiesta en primer término puesto de rodillas con los brazos abiertos y los ojos dirigidos al cielo, ofreciendo acciones de gracias por el singular beneficio que el Altísimo se habia dignado dispensar al trono y reino de España en la anhelada sucesion concedida á los Serenísimos Príncipes de Asturias, causa de esta distinguida institucion. Como esta órden, llamada por antonomasia española, fue fundada bajo la poderosa proteccion de Maria Santísima en el misterio de su Concepcion Purísima, y es tambien Patrona de

estos Reinos, se significa mediante el símbolo de la muger misteriosa del Apocalipsis, colocada á la parte superior de la composicion, constituyendo el objeto principal de ella, y con todas las alegorías con que se pinta este misterio de nuestras coeencias.

Siendo esta órden distinguida un testimonio de la acendrada religión, sólida piedad y profunda gratitud al augusto Monarca que la instituyó, y estas virtudes las que mas influyeron en su fundacion y mas caracterizan el voto, por esto se hallan expresadas sus figuras iconológicas cerca de la del Rey y con los atributos que les son propios: Al lado del altar, presidiendo acto tan sublime, se ven la Religión, la Piedad, y la Gratitude.

Al otro lado del altar y enfrente de la figura del Rey se ve á la Monarquía Española, teniendo en su regazo con la mas afectuosa complacencia al tierno Infante, causa del voto, demostrando las figuras de la Felicidad pública y del Placer, la Prosperidad nacional, y el júbilo de que se hallaron poseídos los ánimos de todos los buenos españoles al ver perpetuada en este bello Infante tan augusta dinastia.

A la derecha del grupo descrito, se representa el fin de la institucion por medio de figuras alegóricas, que simbolizan á la Nobleza, unida al Honor, al Mérito y á la Virtud; y en frente á la izquierda los frutos y beneficios de la Paz, sin cuyo influjo no hay que esperar orden, subordinacion, ni adelantamiento en la sociedad.

Al lado opuesto se ven los génios del Mal y de la Rebelion, huyendo despavoridos al aspecto imponente del Orden público. En el grupo pintado enfrente del principal, la Historia arrebatando un pergamino de las manos del Tiempo, y no lejos sobre una mesa la Fama.

El otro fresco que asimismo forma la reputacion de este distinguido profesor, es el que pintó en la sala de despacho del Rey, en que oportunísimamente representó á la Potestad ó Autoridad, apoyada en la Prudencia, la Justicia y la Fortaleza, espresándose que una de sus principales calidades es la de recompensar á los buenos; presídelo todo la Religion: y para manifestar que ante un poder movido por semejantes principios, desaparecen la detestable Rebelion y le fatal Discordia, se ven estas calamidades representadas por un deforme mónstruo precipitado por el Génio exterminador.

Nos hemos detenido algo , aunque no tanto como á nuestro parecer exigia el asunto , en la descripción de estos dos frescos , pues hubiéramos deseado explicar con mas detenimiento el modo con que el Sr. Lopez ha presentado las figuras alegóricas , en que no solo ha acreditado su saber como pintor , sino lo que es mas , el sublime de la composicion , reuniendo conocimientos muy especiales ; pero los cortos límites de nuestra publicacion no nos permiten la estension que quisiéramos , y asi solo hemos bosquejado dichas composiciones. Una y otra son por cierto muy dignas de aquel lugar donde sostienen sin desventaja , antes con mucho aprecio , la comparacion con los de Mengs , Tiepolo , y Bayeu , que tanto realzan la magnificencia del Real Palacio.

No son de menos mérito , y quizás las aventajan sus obras al temple , como el techo de un salon de 34 pies de largo por 22 de ancho en la posesion titulada *El Casino* que la villa de Madrid , por medio de su Ayuntamiento , puso á disposicion de S. M. la Reina Doña Maria Isabel de Braganza , y en cuyo argumento consiguió sabiamente el Sr. Lopez reunir al elogio de esta Augusta Señora , cuya pérdida lo fue para el pais , el de su feliz en-

lace, y el acto de la donacion, engalanándolo todo con bellísimas figuras alegóricas, que demuestran el profundo estudio del artista: y el de un reträte de la Reina Cristina en su Real Casa ya citada de Vista-Alegre, en que representó á Céfito y Flora perfumando la atmósfera con la fragancia de las flores, y á varias Nereides y Tritones refrescando y purificando el aire con el cristal de sus aguas. La facilidad, empaste, y tono vigoroso con que estan ejecutadas estas obras, que parecen pintadas al óleo, dan idea de lo que el arte puede alcanzar en este género ingrato y desapacible de suyo, y puede servir de modelo á los artistas que en él quieran perfeccionarse.

Del mérito de sus cuadros al óleo, como pintor de historia, no es posible formar concepto en Madrid, donde apenas hay de esta clase, mas que algunos de los llamados de caballete. Los grandes están en Valencia y Cataluña, y son entre otros, el del nacimiento de *S. Vicente Ferrer* en el oratorio de la casa nativa del mismo Santo. El de *S. Antonio Abad* en aquella Iglesia metropolitana, pintado á la edad de 22 años que fue el principio de su reputacion artística, por el entusiasmo que produjo; el del altar mayor de la capilla en la casa

de Misericordia, obra de gran composicion, buenos partidos y multitud de figuras bien distribuidas y agrupadas, el cual representa á la *Santisima Virgen* sentada y asistida de varios Santos, y en primer término á Sto. Tomás de Villanueva implorando la proteccion divina para un sin número de infelices de ambos sexos que abraza aquel piadoso establecimiento; el de *S. Antonio de Padua* en la iglesia oratorio de S. Felipe Neri, cuadro de grande efecto, y en que tuvo que luchar con la poca luz que habia en el sitio en que estaba colocado; y que ahora como muchos, ha perdido gran parte de su mérito por la variacion del lugar para el que fueron pintados; y la *Cena* en S. Felipe de Jativa, composicion en que hizo que Judas estuviese hablando y digna de todo elogio. Por último dejó otras varias obras al fresco y al óleo, que tienen mucha estimacion; en las Iglesias del Grao, Silla, Burjasot, Usiva, Benifayó, Penaguila, Gorga, Alcóy, Requena, Vall de Uxó; y otros pueblos de aquella provincia.

Todas estas últimas obras son anteriores á la venida á Madrid del Sr. Lopez, y á aquella época pertenecen tambien algunas copias, entre ellas la del *San Francisco*, de Ribalta, que exis-

te ahora en Valencia , y cuyo original posee el Museo de Madrid, egecutada con la mayor maestría ; y aunque se admira en dichas obras el colorido vigoroso y grato , el buen dibujo y la facilidad y egecucion que tanto la distinguen , el Sr. Lopez se ha engrandecido después , quizás con la continúa observacion y estudio del natural en los infinitos retratos que ha pintado , ó en la meditacion de las obras de los grandes Maestros ; y así sus dos cuadros posteriores, que son el mas digno ornamento de la Catedral de Tortosa , y representan á *S. Agustin* contemplando el misterio de la Trinidad el uno , y el otro á *S. Rufo* su primer obispo , predicando á sus ovejas , son las obras mas perfectas en este género.

Poco puede decirse de la superioridad del Sr. Lopez en la linea de retratos, cuya semejanza, relieve, animacion y otras éscelencias , está viendo y elogiando , muchos años ha , el público de Madrid , como que este ha sido casi exclusivamente el empleo de sus incansables pinceles ; circunstancia que han de tener todos los que como este hábil artista , reunan á su gran mérito , la estimacion del Monarca y la facilidad de que este vea sus obras , pues entra por mucho en los cor-

tesanos el deseo de recomendarse haciéndose notables á los ojos de S. M.; y esta es sin duda la causa de que el Sr. Lopez, en tiempos en que contaba menos años y mas salud, no se haya podido dedicar á concluir el gran cuadro que yace en su estudio, principiado solamente, y que concluido hubiera aumentado si es posible su gloria.

No han merecido menos encomios los de su mano que han pasado á paises estrangeros, como en París, el del *General Alava*, y el del *Mariscal Suchet* colocado en el salon de los Mariscales. El de la *Generala Murray*, muy celebrado en Lóndres, y sobre todos, el del Rey *Fernando VII* de cuerpo entero, y con el manto de la insigne Orden del Toison de Oro, que S. M. le mandó pintar para la Embajada de Roma, donde tuvo tal aceptacion, que la Academia de S. Lucas envió á su autor el título de Académico de mérito, en una carta llena de honoríficas espresiones y encarecidos elogios.

Ademas del citado retrato de S. M., de los de sus augustas Esposas y Señores Infantes, merecen particular mencion, los de los *Reyes de Nápoles*, padres de la Reina Cristina; el del *Príncipe Maximiliano de Sajonia*; el del *Comi-*

sario General de Cruzada, *Don Manuel Fernandez Varela*, protector en su tiempo de las artes; el de *Don Antonio Ugarte y su esposa*, célebre valido del difunto Rey; el del conocido *Paborde Sala*; el del *Ministro Salmon*; el de *Goya*, colocado en el Museo; el del famoso organista *Don Felix Máximo*; el del *Duque del Infantado*, de cuerpo entero; y el del *Conde de Casa-Sarria*, digno Director General que fue de Artilleria, el cual tiene tal semejanza, que sabemos positivamente que al verlo en la sala un fiel perro del Sr. Conde, se dirigió á él, haciéndole mil caricias, y concluyendo por lamerle las manos; y recientemente los del *General Osma*, *Obispo de Córdoba* en que está pintada hasta la dulzura de carácter de este digno Prelado, *Condesa de Revillagigedo*, *Marqués de Casteldosrius*, *Señor Perez de Castro*, último y fiel Ministro de Estado de la Reina Gobernadora, y sobre todos el de su esposa *Doña Francisca Brito*, tanto por la verdad que reúne en la semejanza, como por la bella entonacion con que estan manejados los accesorios; de modo, que este solo retrato dirá algun dia lo que se ha pintado en España en nuestro siglo.

Habiamos dejado para este lugar, la descripcion del cuadro que pintó el Sr. Lopez para la Reina Cristina, porque era el último de composicion que habia ejecutado; pero mientras se escribian estos apuntes, ha llevado á cabo un argumento, que concibió en la grave enfermedad de que milagrosamente ha sañado, batiendo la circunstancia extraordinaria de que ha adquirido nueva vida y mayores bríos, sin que se hayan resentido en lo mas mínimo sus cualidades físicas. Representa aquel, ejecutado como queda dicho por encargo de la Reina Cristina, á la *Santisima Virgen de los Desamparados* en el acto de aparecer en una casa de Beneficencia, en que se ven los desvalidos, y entre ellos un niño de pecho, presentado por su madre á los pies de la misma Virgen, y amparado por un Angel. Composicion filosófica y que indica bien el pincel que la ejecutó, y el carácter altamente bondadoso de aquella Augusta Señora. El público admiró este cuadro en la esposicion de la Academia de S. Fernando. El que imaginó en su enfermedad, y que realmente es el último que hasta ahora ha pintado, representa á *Santa Filomena* en la carcel, en el acto de ser visitada por la Virgen y el niño

Dios, que la anuncia su fin, estando sostenida en este trance por S. Gabriel y un grupo de angelitos, que endulzaban sus dolencias con la música, y que corren presurosos en su auxilio: el Sr. Lopez ha aumentado su fama con esta sencilla y tierna composicion, en que sobresale un dibujo esmerado y un colorido brillante á la par que verdadero, teniendo que luchar con los inconvenientes que presenta un asunto en que todo es bello, pues no hay personaje alguno que pueda servir de contraposicion. La Santa, el Arcangel, los Angelitos, la Virgen y el Niño Dios; eh ahí los personajes del cuadro, todos divinos: pues aun la santa enferma y moribunda, reúne tal gracia, que encanta, y todo está ejecutado despues de una penosa enfermedad como queda dicho, de que ha convallecido, pintando.

Los retratos que asimismo ha ejecutado del *Ministro de los Estados Unidos americanos, Sr. Aaron Vail y su esposa*, son de un estilo que parece, aquel de la Escuela de Vandik; y este de Pablo Verones; pero sobre todo cuanto ha hecho el Sr. Lopez, sobresalen los dos últimos que ha pintado de la *Reina é Infanta* llenos de verdad, de encanto, de seduccion, y

dignos traslados de las augustas niñas que representan. Inútil sería describirlos: dibujo, colorido, espresion, carácter, todo armoniza y los hace los mas bellos lienzos que puedan presentarse. En el dia se encuentran en Paris, en donde han llenado de placer y amargura el corazon de su augusta madre; y sabemos que en aquella capital, centro de ilustracion, han sido admirados como era de esperar.

La contestacion de la Reina Cristina despues de recibidos, hizo derramar lágrimas á las niñas, y ocasionó un nuevo triunfo á las artes. Ambas se apresuraron á regalar al feliz pintor, la Reina, una sortija y la Infanta un alfiler de brillantes de grande estima, no tanto por su valor, aunque es crecido, como por el origen, y por las espresiones con que fue acompañado el presente real. Estos retratos se han copiado por el mismo Sr. Lopez para ser conservados en Palacio, y tenemos noticia de que se litografiarían con esmero en Paris.

El mérito del Sr. Lopez es generalmente reconocido; sin embargo, muchos le han tachado de excesivo detenimiento y profusion en los accesorios, que querrian sacrificados á la cabeza; pero esto se debe á que cuando le han achacado esta

falta , pensaban en la escuela que ha seguido esta máxima. Si hubieran dirigido su atención á otras diferentes , acaso habrían desechado esta idea , con el ejemplo de los grandes hombres que no han marchado por aquel camino. Olvein, Moro , Alonso Sanchez, Coello , y aun Ticiano y muchísimos otros, sin escluir á Rafael , bien se han detenido y hecho brillar los accesorios con que han enriquecido sus cuadros. El Sr. Lopez no es un pintor de la escuela Sevillana , ni lo es de ninguna , ni de género alguno conocido. El Sr. Lopez es un pintor de género propio. Otros le han juzgado imitador de Mengs , y se han equivocado , lo mismo que los que le han hecho descender de la escuela de Jordan ; suposicion que hasta cierto punto le ofenderia , sin que por esto dejemos de reconocer mérito en aquel artista.

Sobresaliente en el dibujo en que se ven los buenos principios que aprendió de Maella; incansable en el trabajo , maneja el color con admirable facilidad ; cuenta él mismo , que en sus mas tiernos años pintaba cuadros de devocion , que adquirian las gentes del pueblo por costumbre , al casarse , para adorno de sus habitaciones , y era

tal la prisa que se daba , que cree deber á aquel tiempo el gran manejo de paleta , que ha conservado siempre. Jamás se advierten en sus cuadros imitaciones de pensado : el Maniquí , el yeso , y mas que todo el modelo vivo , son los que le sirven para aquellos que varían momentáneamente ; siendo pocos los que acaban mas pronto de primera , y con mas perfeccion , como lo prueba entre otros , el retrato de *Goya* , concluido cual se ve en el Museo , en siete horas ; bien que en su sentir no está acabado , ó por lo menos si pudiera proporcionárselo , aun le daría algunos toques. Puede decirse sin temor de errar , que el Sr. Lopez no piensa en nadie cuando pinta , mas que en su obra ; ni estudia antes á tal ó cual escuela ; sus estudios los tiene ya hechos , y salen de su paleta , ó por mejor decir del pincel ; en fin este artista que ha dado muchas glorias á las artes y al país , vive entre nosotros ; y gracias á la Providencia , podemos esperar que produzca mas obras. Esta es nuestra ilusion , porque estamos persuadidos que aunque con todo el vigor que difícilmente puede hallarse en persona de su edad , ni el Sr. Lopez , ni ningun otro pintor en la actualidad podrá pintar grandes obras. ¿Quién las

ha de encargarse? ¿Quién las ha encargado hasta aquí? La Iglesia. Este ha sido, como hemos dicho, el único elemento de protección de las artes, ayudado del Trono y la Aristocracia. El Escorial, las Catedrales y los Monasterios, teniendo á su disposición grandes sumas, las invertían en la ostentación del culto divino. ¿Quién puede en lo sucesivo alimentar nuestras glorias artísticas? La Iglesia quedó sin poder, y sumida en la miseria; el Trono no puede hacer esfuerzo alguno; la antigua aristocracia está á punto de desaparecer; la nueva es mezquina, calculadora, ignorante. ¿Quién pues ha de ocupar a los artistas? Nadie absolutamente, ya lo hemos dicho. Y lo repetimos; si no cambian de hecho las ideas, si no aparece otro elemento de protección, sin la cual no hay artistas, nuestros pintores lo serán solo de retratos, nuestros escultores no existirán, y lo mismo los grabadores. La desgracia nos ha hecho nacer en la época mas infeliz para España, para esta nación tan adelantada en otros siglos, tan vejada y atrasada en la actualidad; para esta nación en fin, rodeada de escombros, bajo los cuales yacen las antiguas riquezas, que no han podido pasar los mares ó el Píreneo.





BERNARDOTTE.

(Giacca XIV.)

Personajes célebres del siglo XIX



BERNADOTTE.

(CARLOS XIV.)

« Cierta cosa caballeresca en su semblante, cierta nobleza en sus maneras, cierta agudeza en el espíritu, cierta declamación en la conversación, hacen de él un hombre notable. Valiente en los combates, atrevido en las proposiciones, tímido en las acciones que no son militares, irresoluto en sus proyectos... »

Retrato inédito de Bernadotte durante el Consulado, por BENJAMIN CONSTANT.

« Tiene sangre mora en las venas. »

NAPOLÉON.

En una antigua calle de Pau, que serpentea al pie de la montaña, sobre la cual se eleva el famoso castillo gótico donde nació Enrique IV, hay una casa de modesta apariencia que se com-

placen en visitar los extranjeros, despues de haberlo verificado con el palacio. Una mañana del mes de julio de 1780, abrióse furtivamente la puerta de aquella pequeña casa, para dar paso á un jóven de 17 años, cuya talla y desenvoltura anunciaban en él á lo menos cinco años mas: era gallardo, con el cabello negro, espeso y rizado, y el mirar vivo y atrevido; el fuego de su pupila, la pronunciada encorvadura de su nariz y la forma prolongada de sus facciones, daban á su fisonomia una singular semejanza con la de un ave de rapiña. Caminaba con paso redoblado, y como un hombre que se dispone á llevar á cabo una determinacion bien decidida. Era el hijo segundo de un abogado de Pau, que sintiéndose poco inclinado á la profesion de su padre, y sobre todo resentido de la marcada predileccion de su madre para con su hermano mayor, se habia levantado aquel dia resuelto á hacer lo que vulgarmente se llama una *calaverada*. En efecto, pocos momentos despues entraba en casa de un capitan del Regimiento Real Marina, que entouces estaba con licencia en su ciudad natal, suplicándole le hiciese firmar al momento y secretamente un enganche voluntario;

el capitán, complacido con enviar á su regimiento tan gallardo recluta, no se hizo rogar mucho; firmóse el enganche, y para evitar que se supiera, se hizo visar por el alcalde de un pueblo vecino, circunstancia que era necesaria para su validez. Al amanecer del siguiente día, y sin saberlo su familia, tomaba el nuevo soldado el camino de Marsella para embarcarse allí y reunirse á su regimiento que estaba de guarnición en Córcega. En el momento mismo en que llegaba á aquella isla, salía de ella un niño de 11 años (*). El buque que llevaba al jóven y el que traía al niño se cruzaron tal vez en el camino; los dos pasajeros debían cruzarse mas de una vez durante su vida; enemigos á primera vista, enemigos en la misma carrera, enemigos bajo las mismas banderas, ambos republicanos, soldados y reyes, uno de ellos, el Corso, despues de haber revuelto el mundo, debía morir solitario sobre una roca del Occéano: el otro, el Bearnés, cambiando de patria iba á buscar lejos una corona que no dependiese de su rival. Para con-

(*) Bernadotte llegó á Córcega en 1780, y en el mismo año salió de allí Napoleon para la escuela de Brienne. (véase su Biografía, t. 2.º)

servarla durante la tormenta se alistaba, el Rey de un día, en una corte de antiguos Reyes, y en el último momento, apartando la vista, arrojaba en la balanza una espada francesa teñida en sangre francesa; en el día gefe feliz y tranquilo de una naciente dinastía, anciano trasplantado de los Pirineos á las orillas del Báltico, el hijo del abogado de Pau, en los días de ceremonia, revestido con el manto real, con la antigua corona de los Wasa en la cabeza, y el cetro en la mano, se sienta en el trono de plata (*) de los sucesores de Cristina, y la vieja raza del Norte, los hijos de Odin, los cuatro órdenes de los Estados Escandinavos, besan respetuosamente la mano de aquel hijo de la Gascona que lleva aun segun dicen en el brazo la señal indeleble que se hacian los soldados franceses del año II: *La república ó la muerte*;

(*) Tal vez no disgustará á los lectores el saber que el trono de plata colocado en el palacio de Stokolmo en la sala de los *Estados* y en el cual se sienta Bernadotte en la apertura de las Dietas, es un regalo hecho á la Reina Cristina por su amante Lagardle, otro francés de origen, que no podia creer que el regalo ofrecido á su real querida sirviera algun dia á un francés. En cuanto á las señales republicanas del brazo de Carlos Juan, es cosa que afirman muchas personas.

esto es todo lo que queda del hombre de otros tiempos.

Juan-Bautista-Julio Bernadotte pasó dos años en Córcega como simple granadero, y habiéndose alterado su salud en el servicio, obtuvo licencia para pasar á restablecerse á Pau; y á pesar de las instancias de su familia por alejarle de una carrera ingrata entonces y sin porvenir para un plevayo, presintiendo tal vez ya las grandes cosas que iban á realizarse, se obstinó en seguir su vocacion, y á principios de 1785 estaba aun de simple soldado en el mismo regimiento, de guarnicion entonces en Marsella; el 16 de Junio del mismo año fue nombrado cabo, sargento segundo el 31 de Agosto, furriel el 21 de Junio de 1786, sargento primero el 11 de Mayo de 1788, y por último el 7 de Febrero de 1790 fué promovido á ayudante, grado á que jamás hubiera llegado cincuenta años antes: aquel adelanto, rápido para la época, era debido á una escelente conducta, á una capacidad notable, á una educacion esmerada, y rara en un subalterno, y á su gallarda figura. El ayudante Bernadotte era á la vez el mas hermoso y mas intelijente de los oficiales de su regimiento.

Mientras pasaban de aquel modo oscurecidos los primeros dias de esta grande existencia, el volcan revolucionario principiaba á arrojar sus llamas, la voz de Mirabeau hacia sonar la campana fúnebre de la Monarquía, y resonaba de un extremo á otro de la Francia; el populacho de Marsella, el mas exaltado de todos los populachos del mundo, se insurreccionaba en nombre de la libertad, como se insurreccionó despues en el del realismo. El coronel del regimiento de Bernadotte estaba rodeado y á punto de perecer; el jóven ayudante, seguido de algunos soldados se precipita en medio de la muchedumbre, la arenga, la contiene y la arranca á su coronel, á quien deposita en la municipalidad, impidiendo la entrada en ella; un hermoso jóven, secretario entonces de aquella corporacion, acabó de calmar al pueblo, abrazó estrechamente al ayudante y le pronosticó una carrera gloriosa; era el futuro Antinoo de la Gironda, el heróico Barbaroux. Estos dos hombres no habian de volverse á ver: al uno le esperaba un trono y al otro el cadalso.

Tres años despues, cuando Barbaroux cumplia su destino, marchaba Bernadotte á pasos aji-

gantados hácia el suyo ; el enemigo rodeaba la Francia con un círculo de fuego , la emigracion habia llevado tras sí á casi todos los oficiales , y mientras París se despedazaba las entrañas , generales improvisados , soldados el dia antes , conducian á la frontera lejiones desnudas y descalzas , que se vestian y calzaban á costa del enemigo. La comision de Salud Pública llamaba á esto *organizar la victoria* ; la Convencion hablabá con mas exactitud , contentándose con *decretarla*.

Bernadotte ascendido á coronel , y mandando una media brigada en las márgenes del Rin , bajo las órdenes de Custine , se distinguió en los combates de Spira y de Maguncia. Figúrese el lector una reunion de soldados indisciplinados , mal vestidos , mal alimentados , que hacían mociones , declamaban y se insurreccionaban ; un foco de denuncias interesadas y de intrigas , alimentado sin cesar por procónsules viajeros , hombres nulos en su mayor parte , pendencieros por gusto , feroces por miedo , que discutian las maniobras , arengaban á los soldados , mandaban atacar á los gefes y castigaban con la muerte todo revés de que ellos eran con frecuencia los primeros auto-

res. Tal era el ejército del Norte en aquella época, y por ello se podrá conocer también el mérito de los gefes militares de los primeros tiempos de la República. Dos generales en jefe, Custine y Houchard, pagaron con su cabeza su resistencia á voluntades absurdas, y Jourdan se libró á fuerza de talento y de dicha. Bernadotte aunque colocado en un principio, en una posición secundaria; aunque decidido de corazón por el triunfo de la causa republicana, tenia demasiado sentimiento de la dignidad militar para no afectarle aquel desorden; sin embargo, como preferia con razon morir en el campo de batalla que en el cadalso, supo ser peticionario, charlatan y arengador como el primero; al mismo tiempo que rivalizaba en declamaciones vanales con un Isoré, un Chasles, un Laurent, un Duquesnoi y otras capacidades convencionales (*) sabia siempre inclinarlos mañosamente en favor de la disciplina; intrépido y fanfarron, sabia realzar

(*) Para tener una idea de la ineptitud de aquellos hombres, de los cuales solo algunos han merecido su gloria, y cuya mayor parte escede en tontería los límites de lo posible, es preciso leer la correspondencia de los representantes enviados á los ejércitos por la Comision de Salud Pública.

admirablemente el valor de una accion ; su arrojo francés y su facundia gascona le hacian adorar de los soldados ; devorado por la ambicion, pero conociendo la terrible y múltiple responsabilidad que pesaba entonces sobre los gefes del ejército, rehusaba aceptar los ascensos que le ofrecian; y cuando los eternos representantes le fastidiaban, les ofrecia sin vacilar sus charreteras y pedia un fusil ; un dia sin embargo, á pesar de su sagacidad, estuvo cerca de la guillotina. La brigada Gouet se habia sublevado contra su general, y consecuente con las costumbres de la época, le degollaban ; Bernadotte le salvó medio muerto adelantándose con sus tropas, y esto fue bastante para lejitimar una denuncia contra los dos *aristócratas*, y para que la Comision de Salud Pública los mandase llevar á París. Felizmente el mismo dia hubo un combate en que desplegó Bernadotte tanto talento y valor, que el representante creyó de su deber suspender el arresto y dar parte á la Comision, la cual con su lógica acostumbrada reemplazó la órden de arresto con un despacho de general de division. Bernadotte feliz con haberse escapado de la una rehusó el otro ; y mas adelante despues de la bata-

lla de Fleurús, á cuya victoria tanto habia contribuido, fue preciso que su gefe y amigo Kleber le obligase en cierto modo á aceptar sobre el mismo campo de batalla el grado de general de brigada á que era tan acreedor.

Aquel periodo de desorden y delirio pasó sin embargo con el peligro, y los gefes republicanos consiguieron al fin á fuerza de victorias el no tener que luchar sino con el enemigo. Bernadotte elevado á general de division, tomó durante los años 1795 y 96 una parte activa é importante en los mil combates dados al Príncipe Cárlos por el ejército de Zambra y Mossa. Al fin de aquella campaña tuvo el encargo de conducir 20,000 hombres destacados de aquel ejército al de Italia. Bernadotte aceptó gustoso ir á servir bajo las órdenes de Bonaparte, cuyos gloriosos hechos llamaban entonces la atencion de la Europa; atravesó la Francia con su columna, y llegó á Milan al fin del invierno. El gefe del ejército del Norte se encontró allí como en otro mundo; en las orillas del Rin habia visto en un principio un ejército sometido á todas las oscilaciones del poder; del lado allá de los Alpes encontró un ejército intimamente unido á un general, que solo se daba cuenta á sí

mismo de sus determinaciones, y cuya espada republicana tomaba ya el aire de un cetro. Bernadotte receloso se puso sobre sí mismo, y la primer entrevista fue decisiva: « he visto, decia al regresar á su cuartel general, un hombre de 26 á 27 años que quiere aparentar tener 50, y esto nada bueno me presagia para la República. » Por otra parte, segun algunos biógrafos, Bonaparte dijo de él que era una cabeza francesa sobre el corazon de un romano. Las operaciones militares sin embargo no se resintieron de aquella mútua reserva. El general en gefe colocó á su segundo en la vanguardia, y este contribuyó mucho al buen éxito de la brillante y rápida campaña del año V, principiada en el Tagliamento y terminada en Leoben. Comisionado para llevar al Directorio las banderas tomadas al enemigo, llegó á París cinco dias antes del golpe de Estado de Fructidor, con una carta de su gefe que terminaba así: « Veis en el general Bernadotte á uno de los amigos mas sólidos de la República, incapaz tanto por principios como por carácter de capitular con los enemigos de la libertad ni con el honor. »

El movimiento de Fructidor estaba hacia mu-

cho tiempo preparado por el Directorio; Bonaparte se habia asociado á él haciendo firmar á su ejército esposiciones contra los miembros del Cuerpo legislativo, á quienes los soldados llamaban los abogados; entre todos los generales, solo Bernadotte se habia negado á tomar parte en aquella intervencion de la fuerza armada en los negocios del Estado. Augereau que le habia precedido á París, dió el golpe de mano, y durante él permaneció Bernadotte con los brazos cruzados, y regresó á Italia á reunirse con Bonaparte. Preguntado por este acerca de la situacion de los negocios desde el triunfo del Directorio, le manifestó francamente el ódio secreto que el Directorio le profesaba, lo que le decidió á terminar la guerra firmando el tratado de Campo-Formio, y á marchar á París. Sin embargo, desconfiando sin duda de Bernadotte, por una órden fecha en Milan, le quitó la mitad de las tropas del cuerpo de Zambra y Mossa que le era adicto, y le mandó regresar á Francia con el resto. Medida que afectó vivamente á Bernadotte, y le obligó á escribir al Directorio pidiéndole un mando en las islas de Francia, en las Indias, en el ejército de Portugal, ó su retiro.

El Directorio, complacido de saber que Bernadotte no queria servir bajo las órdenes de Bonaparte, le dió precisamente el mando en gefe, durante la paz, del ejército de Italia, que Berthier tenia interinamente. Al llegar á Milan le entregó este un nuevo decreto del Directorio nombrándole bruscamente Embajador en Viena. Algunos biógrafos han supuesto aquel nombramiento efecto de las intrigas de Bonaparte, que no solo queria alejarlo de Italia sino llevarle á Viena, para que con alguna imprudencia volviese á encender la guerra y pudiera él de este modo llevar á cabo sus proyectos. Segun ellos la bandera enarbolada en el palacio del Embajador en Viena por órden del Directorio, que fue la señal de un motin, y que combinada con la brusca invasion de Roma por Berthier, estuvo á punto de romper la paz de Campo-Formio, era todo obra de Bonaparte; pero baste recordar que este, entonces y despues censuró siempre el nombramiento de Bernadotte, y la destruccion del gobierno papal.

En aquella época, mientras se preparaba la expedicion de Egipto, fue cuando Bernadotte, regresando á París de su embajada, se enlazó con

la familia Bonaparte casándose con la cuñada de José Mlle. Deseada Clary hija de un comerciante de Marsella, en el día reina de Suecia y de Noruega, y que hubiera sido Emperatriz de los franceses si su padre no la hubiese negado algunos años antes al general de artillería Napoleon Bonaparte, entonces á medio sueldo y sin empleo, diciendo que *sobraba con un Bonaparte en la familia.*

La expedición de Egipto acababa de quitar á la Francia 40,000 hombres escogidos y un inmenso material; ningun resultado habian tenido las negociaciones de Rastadt, y volvieron á empezar las hostilidades. Funestas discordias despedazaban al gobierno; el ejercito de Italia sin pagas, municiones ni víveres habia tenido que evacuar el territorio mantuano, el cisalpino y el Piamonte; los enemigos ocupaban la cordillera de los Alpes; la Suiza hasta Zurich acababa de caer bajo la dominacion austriaca; el bajo Rin estaba descubierto, la Bélgica se escapaba, y por do quiera se aproximaban las bayonetas enemigas á las fronteras francesas. No era menos alarmante la situacion interior; los sublevados del Oeste volvan á levantar la cabeza, acababan de estallar

desórdenes en Leon, en Amiens y en Burdeos, y parecia inminente la disolucion de la República. En tales circunstancias y despues de las vacilaciones á que da lugar el temor que tienen siempre los gobiernos débiles de los hombres fuertes, se decidió el Directorio á nombrar á Bernadotte Ministro de la Guerra, el 15 Messidor, año VII. La empresa era difícil y se decidió á ella, consiguiendo reorganizar las fuerzas nacionales, dirigir las operaciones de los generales, y preparando las victorias de Brune en Holanda, y de Massena en Zurich, Sieyes, en una conversacion jesuítica le hizo manifestar su deseo de volver á mandar el ejército, luego de haber realizado sus planes de refundicion social. Al dia siguiente recibió Bernadotte un decreto dado en secreto por tres Directores, concebido en estos términos: « La dimision hecha por el ciudadano Bernadotte de sus funciones de ministro de la Guerra es aceptada. » Acompañaba á aquel decreto una carta de Sieyes interpretando mal la conversacion del dia anterior para explicar una destitucion inesperada. Furioso Bernadotte contestó: « Recibo en este momento, ciudadanos Directores, vuestro decreto de ayer, y la *atenta* carta que le acompaña; *acceptais una dimision que no*

he hecho; » y concluía su carta pidiendo su sueldo como reformado, del cual decia necesitaba tanto como de tranquilidad. En efecto, Bernadotte era entonces pobre; éralo tambien cuando Mariscal y Príncipe, al paso que sus compañeros nadaban en oro, y fue á ocupar un trono sin mas riquezas que su espada (*).

A los veinte y cinco dias de la supuesta dimision de Bernadotte desembarcaba en Frejus el general del ejército de Egipto, y un mes despues ya no existia el Directorio y solo habia un Señor. No hay duda que si cuando la revolucion de Brumarío hubiera estado Bernadotte en el ministerio, hubiera encontrado Bonaparte en él una tenaz resistencia; y aun así, no solo le negó positivamente su auxilio, sino que reunió en su casa á algunos republicanos, dispuesto á defender la Constitucion del año III. Sabidos son aquellos sucesos, y Bernadotte cedió á ellos; el primer Cónsul le nombró consejero de Estado, y mas ade-

(*) Al salir para Suecia, le dió el Emperador un millon de francos. Esta generosidad, recordada con acritud en el *Memorial de Santa Elena* la presenta Mr. Touchard Lafosse como el precio de venta del Principado de Ponte-Corvo, cedido por dos millones, de los cuales solo ha recibido Bernadotte la mitad.

lante le envió al Oeste para rechazar las tentativas de los ingleses y pacificar el país; y en ambas comisiones se condujo como un hombre que sabe sacrificar sus antipatías personales al bien de su patria.

Bonaparte caminaba hacia el Imperio, Bernadotte le seguía con la vista, y su actitud distó mucho de ser tan pasiva como quieren hacerlo creer varios historiógrafos. Según ellos, solo Moreau fue el que conspiró durante el Consulado. « Bernadotte, dicen, no se entregó á aquella persistencia sacrílega; republicano burlado, pero patriota decidido, creyó que no teniendo impulso que dar, solo le quedaban funciones que desempeñar. » Documentos importantes que algun día verán la luz pública, según el autor de la *Galerie des contemporains illustres*, prueban que no solamente conspiró Bernadotte para derribar al primer Cónsul, sino tambien que se esforzó repetidas veces, y en vano, para que Moreau se resolviese, pues estaba siempre indeciso, débil y descontento, y de consiguiente comprometido siempre (*). Poco tiem-

(*) Cualesquiera que sean las vicisitudes de la carrera de Moreau, personas bien informadas aseguran que no tuvo parte en la conspiración realista de Pichegru, ni tam-

po antes del arresto de este último, dió Mme. Moreau un gran baile, al que concurrió toda la oposicion republicana. Durante aquella fiesta, reunidos en un salon separado Bernadotte, Moreau y otros, tratóse de nuevo la cuestion de derribar á Bonaparte, y despues de largas y acaloradas declamaciones, Bernadotte dirigiéndose á Moreau, terminó de este modo: « Con un nombre popular, el único entre nosotros que pueda presentarse apoyado por un pueblo entero, ved lo que vos podeis y lo que podemos nosotros dirigidos por vos. » Moreau repitió lo que decia muchas veces: « La libertad está amenazada, es preciso vigilar á Bonaparte, pero evitemos una guerra civil. » Prolongábase y se animaba aquella conversacion, y acalorándose Bernadotte, exclamó: « No os atreveis á decidiros por la causa de la libertad; pues bien,

co en la republicana á que trataba de arrastrarle Bernadotte. Moreau no tenia voluntad, pero en el fondo era adicto de corazon á la causa republicana. Luis XVIII lo sabia mejor quenadie, pues contestó á uno que le decia que en Moreau habia tenido una grande pérdida: « no tan grande; Moreau era republicano. » Cuando decimos que Bernadotte conspiraba, no tratamos de acriminarle ni decir hubiese tomado jamás parte en un complot contra la vida de Bonaparte, como este lo sospechó por un momento. — Hay muchas maneras de conspirar.

Bonaparte se burlará de la libertad y de vos; aquella perecerá á pesar de nuestros esfuerzos, y vos sereis envuelto en su ruina sin haber combatido. »

Bernadotte era un buen profeta : pocos meses despues marchaba Moreau á su destierro ; Bernadotte salia del paso , llegaba á ser Mariscal, Principe sueco , y once años despues los dos se volvian á encontrar bajo las mismas banderas en las conferencias de Trachenberg. El hecho positivo que acabamos de citar , esto es la conspiracion tramada por Bernadotte y esquivada por Moreau, al paso que legitimiza la desconfianza tan vivamente censurada en Napoleon por los panegiristas de su Lugar-Teniente , podria explicar tal vez la injusta severidad y la especie de desden con que es tratado Moreau en la historia de Carlos Juan , su compañero de armas en Francia y en el extranjero. Sin duda alguna la posicion de estos dos hombres no era igual en 1813; el Principe Real de Suecia queda justificado por la política ; Moreau es culpable , como lo era el ejército de Condé marchando bajo los estandartes austriacos , como lo eran los patriotas franceses de 1823 alistados bajo la bandera española de Mina,

como lo son siempre los hombres que tienen la desgracia de pelear unidos á los estrangeros contra su patria; pero si es reprehensible la accion de Moreau, ¿corresponde á Bernadotte ó á sus panegiristas el mostrarse tan severos con él? Si la calidad de Príncipe sueco absuelve á Bernadotte, si le dá derecho de acusar á Moreau en cuanto al hecho, no se lo dá para suponer en él intenciones menos puras y menos desinteresadas que las suyas (*).

No podemos mas que bosquejar rápidamente la carrera de Bernadotte durante el Imperio, y es ademas bastante conocida para que baste un sencillo resúmen.

Bonaparte hecho Emperador le comprendió en la primera promocion de mariscales, y aunque hacia justicia á su mérito, desconfiaba de él y le envió á gobernar el Hannover; allí supo Bernadotte grangearse el amor de los habitantes y de los soldados, y cuando se abrió la campaña de 1805 llevó á Napoleon el brillante cuerpo que formó el primero del grande ejército y á cuyo frente contribuyó al buen éxito de la batalla de Austerlitz.

(*) Debemos añadir que mas adelante el Rey de Suecia dotó á la hija de Moreau.

Creado Bernadotte Príncipe de Ponte-Corvo cogió nuevos laureles en la siguiente campaña; encargado despues de la batalla de Jena de perseguir los restos del ejército prusiano, despues de coger al enemigo 7,000 prisioneros y 36 piezas de artilleria, obligó á Blucher á capitular en Ratkau. Desde Lubeck se dirigió sobre el Vístula, pasó el rio en Thorn, y venció repetidas veces al general ruso Bennigsen. Herido gravemente en la cabeza, tuvo que retirarse antes de concluir aquella campaña, que terminó con el tratado de Tilsitt.

Hecba la paz, fue nombrado Gobernador de las ciudades Anseáticas con encargo de atravesar la Dinamarca y marchar contra Suecia, para concurrir con el ejército ruso que se adelantaba hácia la Finlandia, á hacer entrar en razon á Gustavo IV, enemigo obstinado de la Francia que no queria deponer las armas en medio de la paz general. Bernadotte ocupaba ya la Pomerania cuando los Suecos se desembarazaron de repente de un loco coronado que desconocia sus derechos y comprometia su existencia política. Gustavo IV bajó del trono sin resistencia, y su tio el Duque de Sudermania fue elegido Rey de Suecia, bajo el



nombre de Carlos XIII. El Príncipe de Ponte-Corvo apenas supo aquella revolucion, suspendió las hostilidades; Napoleon que tenia tal vez otros proyectos no lo aprobó; pero la moderacion del Príncipe, el brillo de su gloria militar, y la reputacion que habia adquirido en el Hannover, en Hamburgo y en toda Alemania, le sirvieron mas adelante.

Abriose la campaña de Wagram, y varia mucho la opinion de los escritores acerca de la parte que tomó en ella el Príncipe de Ponte-Corvo. De todos modos esta cuestion estratégica no es de este lugar; lo cierto es que fue en aumento de dia en dia desde Wagram la frialdad que siempre se habia notado entre las relaciones de Napoleon y Bernadotte; este último dejó el ejército y pasó á París. El Consejo de Gobierno, instituido por Napoleon durante su ausencia, sorprendido con el inesperado desembarco de los ingleses en Holanda envió al mariscal á Amberes para rechazarlos; Napoleon, siempre desconfiado, le rodeó de oficiales de su confianza, y á los pocos meses incomodado por algunas frases de una proclama le quitaba el mando y le desterraba á su principado de Ponte-Corvo. Bernadotte regresó á

París , se negó á obedecer la órden de destierro é hizo su dimision. Una entrevista que tuvo en Viena con el Emperador calmó un poco el enojo de este; pero siempre deseoso de alejarle del teatro de los sucesos , insistió en hacerle aceptar el gobierno general de Roma.; Bernadotte aceptó despues de muchas vacilaciones , y se decidia á marchar cuando un inesperado acontecimiento vino á cambiar su destino: la nacion Sueca, por el órgano de sus representantes reunidos en Dieta solemne en Oerebro , el 10 de Agosto de 1810, llamaban al Príncipe de Ponte-Corvo á suceder á Cárlos XIII. Sabido es que el tio de Gustavo-IV habia subido al trono sin sucesion , y á una edad en que no debia ya esperarla. Los sufragios de los Suecos habian sido primero en favor del Príncipe augusto de Holstein-Augustenburg , uno de los miembros de la casa de Holstein que ha dado reyes á la Suecia, á la Dinamarca y á la Rusia. El jóven Príncipe murió súbitamente á los seis meses de su eleccion , y la Suecia volvió á encontrarse en la crisis de que aquella le habia sacado. Cruzábanse las pretensiones ; el hermano del difunto , el Rey de Dinamarca , el Monarca destronado Gustavo IV , intrigaban á porfía con

los miembros de la Dieta; en tal conflicto conoció la Nación la necesidad de un brazo fuerte; recayó su eleccion en un soldado, y dos oficiales suecos fueron comisionados á París para llevar al republicano de Brumario el inesperado ofrecimiento de una corona.

Aunque Napoleon ha dicho en su *Memorial de Santa Elena* que los Suecos le pidieron un Rey, y Bernadotte fue elegido á causa de su parentesco con José, los hechos son contrarios á aquellas aserciones, y Bernadotte fue elegido espontáneamente. Debiólo á su gloria militar y principalmente á las causas que hemos indicado (*).

El Príncipe Real de Suecia partió libre del yugo que por tanto tiempo habia soportado, y sinceramente resuelto á mantener los lazos que unian á su nueva patria con la antigua. La primer manzana de discordia fue el sistema continental, gran pensamiento de Napoleon para con-

(*) Veinte años despues, durante la Dieta de 1828 á 1830 un orador plebeyo, Nillo Manson, reclamando en vano del gobierno de Carlos XIV la libertad de imprenta, decia. « La Suecia debe mucho á los periódicos; por ellos supimos que existia un Mariscal de Francia que reunia á brillantes talentos y valor, una humanidad generosa con los prisioneros suecos: aquel Mariscal ha llegado á ser nuestro Rey. »

vertir en un lazareto á la Inglaterra su rival, pero de difícil, si no imposible, ejecucion, porque no todas las Naciones que lo habian de adoptar se hallaban en igual situacion. Bernadotte repugnando perjudicar á los intereses de la Suecia, pidió un plazo en Octubre de 1810; Napoleon concedió ocho meses, y el 13 de Noviembre envió una nota imperativa concediendo solo cinco dias. Cedió la Suecia, declaró la guerra á la Inglaterra y confiscó todas las mercaderías británicas; pero el contrabando reemplazó al comercio y el gobierno sueco no pudo ni quiso destruirlo. Irritado Napoleon, pegó con el Príncipe Real, tomando cada dia un tono mas imperativo, obligando á este á esplicarse categóricamente pidiendo con altivez ó la libertad marítima para la Suecia, ó dinero. Napoleon ofreció ilusorias ventajas, como por ejemplo la compra por valor de 20 millones de productos suecos, pagaderos *únicamente* despues de descargados los géneros en un puerto de Alemania, precisamente cuando los cruzeros ingleses cubrian el Báltico, y la Suecia no tenia fuerzas marítimas. Hubo notas llenas de acritud y frialdad por ambas partes, y el 27 de Enero de 1812 el Emperador hizo invadir brus-

camente la Pomerania y la isla de Rugen.

Exasperose la Suecia, y Napoleon daba á ello lugar en el momento mismo en que se arrojaba á la expedicion de Rusia, cuando la marcha combinada de un ejército turco hacía Kief y de Bernadotte en Finlandia sobre S. Petersburgo aseguraban el triunfo á las armas francesas. Asi, indisponiéndose Napoleon con el Divan y atacando á la Suecia, se privaba del auxilio de las dos mas útiles potencias. No se descuidó la diplomacia rusa, y al mismo tiempo que firmaba con la Turquía el tratado de Bucharest, lisonjaba á Bernadotte y ofrecia á la Suecia la Noruega; el 24 marzo de 1812 se firmó el tratado de S. Petersburgo y Napoleon se perdió.

Sabida es la gran parte que tuvo el Principe de Suecia en los desastres de 1813, y cómo decidió la suerte de la infausta jornada de Leipsig. Algunos escritores amigos de Bernadotte han supuesto que se habia esforzado para que los Soberanos hicieran excelentes condiciones á Napoleon, y que Metternich desbarató su plan en Praga; esto no es exacto. Obligado Bernadotte á ser enemigo de Napoleon, fué el mas peligroso; y basta comparar el plan escrito que presentó en Trachenberg con el

ultimatum presentado poco despues á Napoleon por Mr. de Metternich en Praga , para convenirse de que las condiciones del diplomático austriaco eran menos duras para el Emperador que el plan de Bernardotte. Pero justo es decir tambien que este despues de la batalla de Leipsig, luchó con todo su poder para impedir la invasion de la Francia y el destronamiento de la dinastía de Napoleon.

Durante los cien dias, vuelto Bernadotte á Stokolmo no tomó parte en el nuevo armamento de la Europa; se ocupaba de consolidar su poder en Noruega, que no habia conquistado impunemente. El 5 de Febrero de 1818 murió Cárlos XIII, y Bernadotte á pesar de las influencias contrarias, hijas de la repugnancia que inspiraba un Soberano elegido, al poco agradecido Congreso de Soberanos de nacimiento, fue proclamado sin obstáculo Rey de Suecia y de Noruega, bajo el nombre de Cárlos XIV; y su reinado será uno de los mas felices en los anales de Suecia, á pesar de las dificultades siempre nacientes con los Noruegos, cuya asamblea nacional está muchas veces en oposicion con las ideas y planes de Cárlos XIV, Bernadotte es en el día el Rey mas po-

pular de Europa, y la Suecia ha visto renacer la agricultura, prosperar y florecer; salir de su abatimiento el comercio, restaurado el crédito, y animada y protegida su aspirante industria; el inmenso canal de Gothie, que une el mar Báltico con el del Norte, empresa gigantesca realizada hoy, quedará como un monumento indestructible de los grandes pensamientos de Carlos XIV.

Bajo el punto de vista intelectual y político, el progreso es mucho menor; un historiógrafo ha dicho que Carlos XIV había conseguido resolver el difícil problema de una *monarquía rodeada de instituciones republicanas*. Biógrafos demócratas, que todo lo encuentran malo, han adoptado también la frase-modelo, sin tomarse el trabajo de estudiar y conocer aquello de que hablaban. Para decir la verdad, hay que rebajar muchos de aquellos elogios. La Constitución de 1809 que rige actualmente en Suecia es casi la misma que la promulgada dos siglos hace por el Regente Oxenstiern. Es una creación de lo pasado, apoyada en una escrupulosa división de clases y de castas, en la que casi nada ha penetrado el espíritu moderno.

Añadamos sin embargo , para ser justos, que Cárlos XIV aunque imbuido en el fondo en materias de gobierno en los principios de la escuela imperial , no es el hombre menos liberal de su reino. Muchas veces ha tomado él mismo la iniciativa de innovaciones generosas , y muchas veces tambien se ha estrellado su buen deseo contra la viciosa organizacion del cuádruple cuerpo legislativo (*). Cárlos XIV á su aficion á arengar , que data del año II, reúne tambien según dicen , desde que es Rey, una aficion marcada á las escaramuzas periodísticas ; no pudiendo hacer uso ya de su espada , toma algunas veces la pluma , y guardando el anónimo lucha con los periódicos de la oposicion, enemigos poco peligrosos, y no sin motivo, pues el Canciller está siempre presente , y por poco que sea vencido S. M. , sostiene que las cosas vuelven á entrar en el caso prevenido por la ley, y quiere absolutamente suprimir el periódico. Cárlos XIV, que es bondadoso , se opone á ello sonriéndose , declara que la Magestad Real nada tiene que ver con el duelo periodístico , y al dia

(*) Los que deseen mas detalles sobre la Constitucion sueca pueden consultar un articulo publicado en la *Revista francesa* del mes de Mayo de 1830.

siguiente se esfuerza por tomar el desquite.

Fresco y robusto todavía, á pesar de contar ya 78 años, este hijo glorioso de los ejércitos republicanos monta á caballo, viaja, pasa revistas y reúne á la actividad del cuerpo otra no menor de imaginacion. Sencillo en sus maneras, austero en sus costumbres y en los hábitos de su vida, afa-ble con todos, solo conserva de francés la agudeza del espíritu y la abundancia de la palabra; todo lo demas es enteramente sueco, excepto la lengua pues su boca gascona jamás ha podido acostumbrarse á los ásperos acentos de los Escandinavos. En los casos muy raros, pues en Suecia casi toda la sociedad habla francés, en que es indispensable el idioma nacional, tiene un excelente intérprete en el Príncipe heredero Oscar, el cual nacido francés, y habiendo recibido en el bautismo este nombre querido de los Escandinavos, de su padrino Napoleon, loco entonces por Ossian, no ha conservado de su primera patria sino un lejano y casi borrado recuerdo; tiene la gravedad, la sencillez, la bondad y la fuerza intelectual de un hombre del Norte, y los Suecos le aman con passion.

En cuanto al viejo soldado rey, á pesar de ha-

berle forzado la política á volver sus armas contra la Francia, se complace en hablar del pais que le dió el ser. Cárlos XIV es demasiado inteligente para desconocer las consecuencias del tratado de S. Petersburgo; vé á su pequeño reino enlazado por fuerza á la Rusia, que le estrecha y le oprime por todas partes; vé la existencia de la dinastía que ha fundado, espuesta tal vez en el porvenir al capricho de un Czar, y esta idea no deja de entristecerle un poco en sus últimos dias. Poco antes de la Revolucion de 1830, hablando con un ilustre viajero francés, y animándose con el recuerdo de su ultima disputa con Napoleon, dirigiéndose á la ventana y estendiendo el brazo hácia las islas de Oehland, ocupadas en el dia por la Rusia, exclamaba conmovido: « Ah! si Napoleon hubiera querido contentarse con ser uno de entre nosotros, esto coloso que amenaza invadirlo todo no estaria tan cerca de aqui. »

Estas palabras podran ser poco diplomáticas pero honran al que las profirió.







Lit. del Artista.

D. RAFAEL ESTRELLA.

Personajes célebres del siglo XIX.



D. RAFAEL ESTEVE.

« Artistas del mérito del Sr. Esteve, y de tanta constancia y amor al arte que emprenden y siguen con teson, y llevan á cabo con tal éxito, en medio de circunstancias tan calamitosas, obras semejantes, son muy raros; y la nacion que los produce, debe estar ufana y segura de figurar entre las más favorecidas del cielo, y entre las más ilustres del globo. »

DUQUE DE RIVAS.— *Gaceta de Madrid del 1.º de Octubre de 1839.*

El grabado, que tantos adelantamientos ha conseguido en otros países, especialmente en Francia é Italia, no ha llegado entre nosotros al grado de perfeccion que era de esperar. No carecemos en verdad de grabadores de mérito reconocido, ni podemos quejarnos de falta de proteccion por parte de nuestro Gobierno en las épo-

eas anteriores; antes al contrario prueban lo primero los nombres ilustres de *Carmona*, *Selma*, *Ameller*, *Esteve* y otros; y atestiguan lo segundo, el establecimiento de la Calcografía en la Imprenta Real, institucion debida al sábio é ilustrado Ministerio del Conde de Florida-Blanca, sin otro objeto que el fomento del grabado conseguido entonces, pues hacen mucho honor al país, las estampas que se emprendieron y llevaron á cabo en él, lográndose el fin propuesto, y para el cual se invirtieron sumas inmensas. Tampoco podemos achacar esta falta á la actual decadencia, ó por mejor decir, desaparicion de las artes de este suelo en otro tiempo privilegiado. Siguiendo la historia de estas en nuestro país, vemos con dolor que en medio de los progresos que rápidamente ha hecho en las artes, jamás ha podido blasonar España de estar tan adelantada en el grabado como otras naciones. Sabido es que el platero de Florencia *Maso Finiguerra* inventó este arte en 1460, á quien siguió desde luego *Baccio Baldini* en la misma ciudad, *Andrea Montegna* en Roma, *Martin de Amberes* en Flandes, *Alberto Durero* en Alemania, *Lucas Cronack* en Sajonia, y *Lucas de Leyden*

en Holanda, no apareciendo por entonces en España, ni distinguiéndose fuera ningun español. Estos fueron los primeros maestros que formaron otros muy aventajados; y siguiendo la nomenclatura, se tarda bastante en encontrar á nuestros compatriotas figurando entre los grandes grabadores. Si examinamos el grabado al agua fuerte, vemos tambien distinguirse *al Parmesanino, Becafumi, Castiglioni, Guido Reni, Anibal Caraci, Rembrant, Wan-Dick, Testa, Callot, Steffano de la Bella, Tempesta, Carlos Marata, Durero, Cronak, Leydem, Jorge Penz Altorffer, Bisk, Hisbel, Beham, Aldegrever, Brign, Berghem, Suanevelt, Both, Miele, Bautista Franco, el Spagnoletto* y otros; y solo en este género encontramos á nuestro *Goya* tan superior en algunas láminas que grabó, que en concepto de los inteligentes merece un lugar muy distinguido; y por último, si estudiamos el grabado en dulce llevado en nuestros dias al mas alto grado, ya en Francia, ya en Italia, ya en Inglaterra, podriamos citar nombres muy ilustres como *Barvic, Morghen, Baron* y otros, sin que sensiblemente pudiéramos añadir uno que tomara un puesto preeminente, no obstante de que se

han hecho entre nosotros adelantos considerables. La averiguacion de las causas que han producido este atraso, en un pais en que tanto campea el génio de las artes, no es de este lugar; sin embargo, aunque no entremos de lleno en la materia, por no ser nuestro objeto, no dejaremos de apuntar que el grabado, así como el comercio, necesita mercados. Fácilmente puede un pintor emprender un cuadro con la esperanza de que sea adquirido por un prócer ó un aficionado; esperanza que, sea dicho de paso, quedará fallida en la actual época tan contraria por todos títulos á las artes; pero una lámina no puede grabarse á la suerte; es necesario mucho valor en el artista que se aventure á producir una obra larga y costosa, no contando con que ha de hallar quien le remunere el tiempo y gastos cuando no sea su trabajo. Quizás nuestro aislamiento haya podido ocasionar este atraso. Nuestra magnífica escuela de pintura tan celebrada ahora, y otras preciosidades artísticas que poseíamos, no han sido apenas conocidas hasta despues de la invasion francesa en 1808. En aquella calamitosa época se removieron del punto en que se custodiaban, y aunque algunas des-

pues volvieron á su sitio, no podian estar tan seguras en él, por los continuos trastornos del pais que dolorosamente concluirán por hacerle desaparecer del mundo civilizado. Nadie visitaba entonces á España; los pocos extranjeros que á ella venian, nos devolvian con insultos la acogida que les dispensábamos. Los insultos han seguido y continúan quizás con mas fuerza; pero al presentarnos envueltos en la barbárie, y piutando nuestras costumbres en forma de novela, no ha podido suceder lo mismo respecto de nuestros tesoros artísticos. Muchos de nuestros cuadros han salido para no volver mas, y han producido un entusiasmo que debió existir, si hubiéramos sido visitados como lo han sido constantemente los Italianos. Acaso por este medio se hubiera hecho una necesidad el grabado, para generalizar en el extranjero las obras que de modo alguno podian removerse del sitio en que las colocó la Iglesia, el Trono ó la Aristocracia, á cuya proteccion es deudora la España del grande adelanto que tuvieron las artes en los siglos pasados, gloriosos en alto grado.

Triste es el cuadro que hemos trazado para el grabado en nuestro pais, y por lo mismo mas

honroso para él el poder presentar en la actual época de decadencia, un artista que no solo se ha hecho admirar de sus conciudadanos, si no que ha fijado la atención general por una obra que no necesita elogio, pues va unido á ella hace mucho tiempo. Basta por lo tanto decir, que tratamos de la estampa del célebre cuadro de Murillo, conocido por las *Aguas de Moisés*, grabado por D. Rafael Esteve y Vilella, de cuya Biografía vamos á ocuparnos como muy digna de figurar en nuestra coleccion. Que no todas las personas que en ella presentemos, han de ser Reyes, guerreros, ú hombres de Estado; que tambien la literatura y las artes tienen su gloria, y gloria muchas veces mas costosamente adquirida, y de seguro mas duradera. Los nombres de los grandes artistas pasan de generacion en generacion, y su fama aumenta con la distancia de los tiempos, porque quedan sus obras, y ganan envejeciéndose; muy al contrario de lo que sucede generalmente á las efímeras hazañas de los guerreros, y á las astutas y no siempre nobles combinaciones de los políticos. Pero tiempo es ya de que pasemos á dar una ligera idea del artista que nos ocupa.

Nació D. Rafael Esteve y Vilella en la ciudad de Valencia, el día 1.^o de Julio de 1772. Siendo su padre D. José Esteve profesor de mérito reconocido en la escultura, y Director de aquella Academia de S. Carlos, le dedicó al dibujo bajo la protección de la misma, en la cual fueron tan rápidos sus progresos, que á los 16 años de edad, obtuvo dos premios generales, uno de tercera clase en pintura, y otro de la misma en escultura, siendo notable que se aventajase en ambas el que despues habia de sobresalir en el grabado; pues al año siguiente, en 12 de Junio de 1789, la misma Real Academia lo pensionó en la clase de grabado para que pasase á la Corte, donde bajo la direccion de su paisano el hábil artista D. Fernando Selma, siguió adelantando en su profesion, en términos que ganó otro premio de grabado en la citada Academia; y al concluir los tres de pension, fue creado Académico de mérito de la misma.

Entre tanto sus obras en Madrid, le habian graugeado una opinion que no podia ocultarse a Rey D. Carlos IV, entendido en bellas artes, quien en 22 de Enero de 1800, le creó su grabador de Cámara, puesto que desempeñó dignamente.

Hemos dicho al principio que el Gobierno, en épocas anteriores, habia dispensado su proteccion al grabado, creando la Calcografía que tanto contribuyó á sus adelantos, y lo prueba ademas la Real orden espedita en 24 de Marzo de 1807, en virtud de la cual se resolvió que este hábil profesor, emprendiese un viaje artístico por Francia é Italia, con el fin de que tratando á los mejores artistas de ambos paises, no solo procurase el adelanto del grabado, hasta el punto en que se hallaba en aquellos reinos, si no que adquiriese algunos útiles de que se carecia entonces y eran necesarios para las mejoras que se premeditaban; comision que el Sr. Esteve hubiera llenado completamente, y que tanto honra al gobierno que la concibió, habiendo acreditado el tiempo que no se equivocó en la eleccion; pero en aquella aciaga época, asomaba ya la revolucion que nos habia de conducir al triste estado en que nos encontramos. La invasion francesa que ya amenazaba de antemano, tuvo lugar en el año siguiente: ella y sus consecuencias, hundieron á la nacion en una guerra obstinada, noble, santa, pero sin límites. Las artes debian desaparecer al estruendo del cañon; el viaje proyectado quedó sin efecto, y

casi borradas las miras previsoras del gobierno.

A ésta época sucedió otra , si bien no todavía de calma , porque esta desapareció de España sin que pueda preverse su vuelta , menos turbulenta , y en que se pensó en hacer algo para el restablecimiento de las artes. La Reina Doña Maria Isabel de Braganza , que daba el impulso , fundó el Museo de que tantas ventajas ha podido sacar el pais , y realmente las ha conseguido. Siempre dispuesta á todo lo bueno , quién sabe hasta donde hubiera podido llegar su influjo , y el poder que ejercia en el ánimo del Rey , si su temprana muerte no la hubiese arrebatado al amor del pais , y privado á las artes de su régia proteccion. La imaginacion nos separa de nuestro objeto ; las desgracias de nuestra patria , á las cuales no vemos término , nos recuerdan la situacion que podia haber creado aquella Augusta Señora. Otra Reina aficionada á las artes , y artista tambien , ocupó despues el trono español , y ha sido lanzada por la tormenta revolucionaria lejos de estos reinos : en medio de la agitacion de su reinado , no olvidó el objeto de su aficion , y si hubiese alcanzado época mas bonancible , es de creer que las artes hubieran tenido en ella tambien una ilustrada pro-

tectora. En aquella época pues, y con fecha 9 de Marzo de 1817 se espidió una Real orden ratificando el Rey la que queda citada de 24 de Marzo de 1807, asignando al mismo Esteve 18,000 rs. y 15,000 para los gastos del viaje que debía verificar inmediatamente, y que emprendió en efecto con el Excmo. Sr. D. Eusebio de Bardaji y Azara, que como embajador de S. M., pasaba á la corte de Turin.

Desde alli se dirigió á Milan, en donde trató al famoso grabador *Longui*, bien conocido por su mérito, y á varios otros; y pasando por Bolonia, despues de admirar algunas obras de pintura, entre ellas, varios techos de Iglesia del célebre *Guido Reni*, se encaminó á Florencia, á donde le llamaban no solo la galeria Médicis, que examinó con todo detenimiento, sino el acreditado grabador *Morghen* y toda su escuela. Visitó pues el estudio de este, y la Academia, recibiendo obsequios muy lisonjeros de hombre tan eminente, y muy de apreciar, por lo mismo que venian de un artista de tal celebridad. Siguió su viage á Roma, en donde creció su admiracion y sorpresa al encontrarse frente de las grandes obras en pintura, escultura y agricultura que encierra

aquella Capital, en la que existe lo mejor y mas florido de las artes, y de los monumentos de la antigüedad. El efecto que debe producir en un artista, y mas del mérito del Sr. Esteve, el contemplar aquellas obras tan celebradas por unos, tan interpretadas por otros, solo puede comprenderlo el mismo que lo experimenta. Como español reconocido y fiel, debia visitar á SS. MM. D. Carlos IV y Doña Maria Luisa, que á la sazón residian en aquella corte, los cuales le recibieron colmándole de obsequios. Como Artista, buscó el trato de los hombres eminentes que se encerraban en aquel emporio de las artes, y bien pronto contrajo amistad, con *Canova, Alvarez, Thorvalsen, Camucini, y Benvenuti.*

Corto hubiera sido el tiempo ocupado en aquella amistad, por mas que quisiese alargarlo; pero Esteve debia realizar su viage cual se habia concebido; y no con poco sentimiento, se puso en camino para Nápoles, á fin de visitar el Herculano y Pompeya, y ver las preciosidades que se van encontrando en bellas artes, así como las obras maestras de los célebres artistas que encierra aquella capital, llena de recuerdos enlazados con nuestra historia. De allí pasó á Venecia,

cuya celebrada escuela de pintura le admiró sobre manera, así como las obras del Paladio y Vitrubio; y atravesando la Suiza por Ginebra, se dirigió á Paris, en donde al momento se relacionó con el famoso grabador *Bervic* y su discípulo *Toschi*, así como con los acreditados *Tardieu*, *Desnoyers*, *Bertaux*, y otros muchos artistas de gran mérito, entre ellos el célebre pintor militar *Horacio Vernet*.

Este viaje debía necesariamente engrandecer los conocimientos de Esteve, á pesar de que ya antes de llevarlo á efecto, los había manifestado muy superiores; pero no era este el solo objeto. Cuando se concibe un buen pensamiento, no pueden enumerarse de antemano las consecuencias que ha de producir; quizás alguna se desliza sin ser conocida ni aun calculada, y solo puede por lo tanto asegurarse un buen resultado, cuando el cálculo está bien hecho. El viaje de Esteve, que emprendido por otro profesor de menos mérito, solo hubiera producido adelantos en el sugeto, y que era cuanto se podia esperar, ha dado lugar á un titulo de gloria para el artista y para el país.

Estimulado por las obras que examinaba, y

ambicionando la celebridad que lograban sus autores, deseó emprender una, que no solo corriera por Europa á par que su nombre, sino que diese á conocer que en España habia tambien artistas que compartiesen con los estrangeros la gloria no disputada hasta entonces. Este pensamiento estaba fijo en Esteve desde su regreso á España; y habiendo tenido ocasion de esponerlo al Rey Fernando VII, fue tal el interés que este tomó por la idea, que en Real órden de 3 de Enero de 1821 dispuso pasase á Sevilla, á fin de que franqueándosele todos los cuadros existentes en aquella ciudad, cuna de las artes en España, eligiese el que tuviera por conveniente para sacar un correcto dibujo que debia grabar; disponiendo el Soberano, como una prueba del interés que le animaba por la empresa, que mientras tanto se ocupaba en este árduo trabajo, se le alojase en el Real Alcázar. Verificóse asi, y despues de haber examinado las mejores obras de la escuela sevillana, eligió el cuadro existente en el Hospital de Caridad, cuyo asunto representa á Moisés en el desierto hiriendo la peña para dar agua al pueblo sediento. La superioridad y belleza de composicion de este célebre cuadro, y la variedad de objetos que lo enriquecen,

fueron parte para que Esteve lo considerase muy á propósito para lucir en él el grabado; empresa sin embargo atrevida, no solo por la multitud de figuras y términos que le dió el gran Murillo su autor, sino tambien, y mas principalmente, porque estando pintado para una altura inmensa, se halla tan desvaratado el color, y puesto con tal degradacion, que al ser trasladado al Alcazar, tuvo Esteve que crearlo casi en el bellissimo y correcto dibujo que emprendió, y que presentado á S. M. obtuvo su real aprobacion, y los sinceros elogios de cuantos artistas lo examinaron entonces; y sea dicho de paso, aunque han transcurrido muchos años, conservamos en la memoria el entusiasmo que nos produjo.

Desde entonces se dedicó nuestro compatriota á la realizacion de sus miras, si bien no con una absoluta preferencia, por tener que desempeñar, como Grabador de Cámara, algunas obras para la Calcografía, otras para el Real Palacio, y diferentes para el depósito Hidrográfico de la Marina; y á los doce años de emprendida y casi acabada, se vió en la precision en 1837, de solicitar Real licencia para pasar á París, á fin de concluir y estampar su obra, cosa imposible de

efectuarse en España, por falta de los útiles necesarios. Allí la terminó por último, y presentada en la exposicion pública celebrada en el Palacio del Louvre en 1839, fue premiada con la primera medalla de oro y un diploma, único premio que se dió al grabado; habiendo la circunstancia favorable á nuestro pais, de que los muy dignos y apreciables jóvenes artistas españoles, D. Federico Madrazo, y D. Carlos Luis de Rivera, alcanzaron gran lucimiento en la misma por sus preciosos cuadros; aquel el que representa la aparicion de dos ángeles que inspiran á *Godofredo de Bouillon* la idea de ponerse al frente de los ejércitos Cruzados, y este al célebre *D. Rodrigo Calderon* en el acto de ser conducido al suplicio en 1675; composiciones ambas bellísimas, y que cada uno respectivamente conserva en su poder, como prueba de la proteccion que el pais dispensa á las artes, y de lo que pueden esperar los que se dedican á ellas en una época tan desgraciada. Tuvo tambien Esteve el honor de presentar su obra á los Reyes, por medio del Embajador Marqués de Miraflores, mereciendo los mayores elogios de toda la Corte, y por último á esta produccion debió en 13 de

Febrero de 1841, el diploma de miembro del Instituto de Francia, y de aquella Academia, por vacante de *Mr. Moreau*; obsequio debido á los artistas de dicho Instituto *Mr. Desnoyers* y *Mr. Richomme*, primeros grabadores franceses. Todos estos títulos de gloria adquiridos por el Sr. Esteve en aquella culta capital, recaen esencialmente en honor del país, y tienen su origen en la primera determinacion de Carlos IV, secundada por su hijo Fernando VII, sin la cual seguramente no existiria este monumento glorioso de las artes.

Mientras tanto, en España al ser presentada la obra de Esteve á S. M. la augusta Reina Gobernadora Doña María Cristina, espontáneamente le premió con la Cruz de Caballero de la Orden de Carlos III, lisongeándole con espresiones altamente honoríficas. La Academia de S. Fernando le espidió el título de Académico de mérito, y la de S. Carlos de Valencia, el de Director del grabado; siéndolo en la actualidad de la de Madrid, sin que uno solo de estos premios haya sido ni aun indirectamente solicitado por él.

La obra del Sr. Esteve está juzgada por el mundo inteligente: figura en el dia en las gran-

des colecciones y en lugar muy distinguido. Entre nosotros existe tambien en los gabinetes de los buenos aficionados , que no son muchos por desgracia , y el público la ha admirado en la exposicion que tuvo lugar en la Academia de San Fernando en 1839. Dificil, cuando no imposible, seria describirla. El Señor Esteve grabándola con todo el arte de que es capaz , y grabando un género de pintura tan desleído y evaporado , si asi puede llamarse , ha conservado puros los colores que el gran Murillo usaba en sus cuadros. Basta separarse un poco , para adivinar , sin ver el original , cuales son los que se emplearon en la obra , y al mismo tiempo el buril marca la espresion de las figuras , peculiar de aquel genio. Citariamos en comprobacion de esto, alguna figura, pero insensiblemente las citariamos todas, y sin utilidad alguna, porque es estampa harto célebre , por el gran mérito que reúne , y que bien se ha reconocido en los paises extranjeros.

Las demas obras de este artista, muchas de ellas existen en la calcografia de la Imprenta Real como son *Jacob echando la bendicion á su nieto*, por un cuadro de Juan Francisco Barbieri, conocido por el Guercino; *Cristobal Colon* de

cuerpo entero, por dibujo italiano; algunos retratos de la coleccion de *Varones ilustres* que se publicó y existen en dicha calcografía; la de la Reina *Doña Maria Isabel de Braganza*, y otras muchas obras que seria cansado designar. La última que hemos descrito será probablemente la mas gloriosa para él; y proporcionando al autor gran celebridad, recaerá la gloria en favor del pais que dió el ser á dos artistas tan distinguidos como Murillo y Esteve, y protegió al último, obteniendo asi las ventajas que siempre se consiguen, cuando hay proteccion y cuando esta recae en personas de verdadero mérito, ó que den al menos esperanzas de que no en vano se les dispensó. No nos causaremos de repetir, que la obra colosal y magnífica del Escorial, que la riqueza de nuestras suntuosas catedrales y célebres monasterios, dieron fomento á las artes, en términos que jamás nacion alguna tuvo un periodo tan rico en artistas de todas clases, como nuestra España en su siglo de oro. ¿Sin aquellos elementos de proteccion y estímulo, hubiera llegado jamás la Nacion al grado de adelanto en las bellas artes que alcanzó? Seguramente no; pues la régia fundacion, la colosal obra del grandioso monumento consa-

grado á la gloriosa jornada de S. Quintín, por el gran Felipe II, no solo atrajo á España cuantos artistas de mérito existian en el resto de Europa, ó por lo menos sus obras, sino que difundiendo entre los españoles los conocimientos y buen gusto de aquellos, y alentados estos con la seguridad de abundante y bien retribuido trabajo, pudieron adelantar, y llegar á igualar, si no esceder, á los que les sirvieron de maestros.

¿Podrá por ventura suceder lo mismo en los tiempos presentes? Trabajada desde muchos años y en especial en todo lo que llevamos del presente siglo, esta nacion desgraciada; viendo destruidas en gran parte por el pico revolucionario, muchas de las obras que atestiguaban su antigua opulencia; pasar á manos ignorantes y para usos profanos los templos que sirvieron en otro tiempo de asilo y gloria á las artes; reducido el clero á la indigencia; trastornadas las fortunas, y careciendo en lo general la nueva aristocracia del dinero, de instinto para el fomento de obras artísticas, ¿qué estímulo podrán hallar los que se dediquen á estas profesiones? La pintura reducida á emplearse solo en retratos, mezquinamente retribuidos en general, es

imposible que produzca jamás obras como las de nuestros antiguos pintores, que admiramos en nuestros Museos, y atraen la atención en los extranjeros. La escultura, además de las causas dichas, ninguna protección encuentra en el gobierno, que es el único que pudiera emplearla algunas veces, y si lo hace es con harto desacierto. ¿A qué se dedicará pues el grabado en época tan calamitosa como la presente?

Inútil fuera buscar en otras causas nuestra actual decadencia; la época que atravesamos es de destrucción, y el materialismo que domina este siglo, no es el más á propósito para grandes obras del ingenio. Nuestros grandes artistas se llevaron la gloria: á nosotros no nos es dado más que la destrucción de sus grandes producciones, ó su venta al extranjero. Si la nación recobra algún día su puesto, si vuelve también la tranquilidad y el sosiego de que por tanto tiempo carecemos, las artes florecerán, no hay que dudarlo. De lo contrario habremos perdido la gloria artística es verdad, pero también habremos perdido y es más, la nacionalidad.





JORGE CANTILLO.

Personajes notables del siglo XIX.



JORGE CANNING.

« Su elocuencia era clásica, florida y cautivadora, y tenía el talento de hablar muchas veces sobre un mismo asunto sin jamás repetirse. La mayor prueba de su integridad es que murió pobre. »

Biografía Universal, dirigida por
MR. WEISS.

Este hombre de Estado, uno de los mas justamente célebres de los tiempos modernos, nació en Lóndres el 11 de Abril de 1770. Su familia no podia vanagloriarse de su nobleza ni de su opulencia, pues su padre casándose contra la voluntad de sus parientes, con una muger hermosa pero pobre, habia sido desheredado. Canning fue el fruto de aquella union desgraciada bajo todos aspectos. Su padre que egerció suce-

cesivamente la profesion de abogado y el oficio de vendedor de vino, falleció poco despues, cuando él contaba apenas dos años, y su madre se vió reducida, para atender á su educacion, á dedicarse al teatro, saliendo por primera vez en Lóndres donde no gustó, y representando despues en las provincias. Sin embargo, el jóven Canning tuvo la dicha de encontrar un tio generoso, que lo mandó primero á una escuela preparatoria, y despues al Colegio de Eton, frecuentado por la nobleza de los tres Reinos, asi como por la juventud plebeya, cuyas buenas disposiciones forman la esperanza de la Inglaterra; jóvenes de ambicioso y elevado corazon, que se prometen alcanzar los honores *á despecho de su nacimiento*, merced al poderoso patronazgo de las amistades contraidas con la dulce intimidad, y la franca igualdad del Colegio. En Eton, dió muestras Canning de asiduidad y grandes disposiciones para los estudios clásicos, y lo que era aun mas raro, de cierta ligera ambicion literaria; pues concurrió en aquella época á fundar y redactar un pequeño periódico titulado, *El Microcosmo*, que no deja de hacer honor á la pluma de un escolar.

Al cumplir 18 años, pasó Canning á la Universidad de Oxford donde recogió una buena parte de los honores académicos. Sin embargo las amistades que formó ó cultivó en Oxford, fueron mas importantes para su porvenir que sus triunfos científicos; pues allí fué donde hizo estrecha amistad con el futuro primer ministro de Inglaterra, Lord Liverpool, y con los demas contemporáneos suyos, que indicaban ¡ya que habian de ocupar algun dia los primeros puestos en la sociedad. Despues de haber pasado en la Universidad los años de costumbre, fué Canning á Lóndres, y se inscribió en el *Lincoln's Inn* para recibirse de abogado. Pero sus relaciones con hombres influyentes, la reputacion que ya disfrutaba de talento y capacidad, le proporcionaron hacer fortuna por un medio mas espedito que el del foro. Hasta entonces sus amigos, y podriamos casi decir toda la juventud de la época, profesaban ideas liberales, y habian adoptado en política los principios del partido whig: el torysmo estaba agonizando. ¿Quién habia de simpatizar aun con las orgullosas é imprudentes doctrinas de un partido, al cual se debia la guerra de América y sus prolongados desastres? Sin embargo, el

momento mismo en que iba á espirar la Revolucion francesa, reanimó aquel cadáver. Quedaba aun la cola del torysmo, que á pesar de ser numerosa, carecia de gefe y de orador; para tenerlo era necesario que Pitt, desertando de los bancos de la oposicion, bajo el pretesto de los escesos que se cometian en Francia, fuese á alistarse en sus filas, adonde le siguieron muy luego Burke y Windham. Acabábase de verificar esta desercion de los whigs moderados á las banderas del torysmo, cuando apareció Canning en la escena política. Estábase entonces en lo mas vivo de una crisis terrible: los dos partidos que se hallaban frente á frente, inciertos de la victoria, atentos á engruesar sus filas con cuantos hombres de porvenir habia entre la juventud, se disputaron mutuamente á Canning, el cual tuvo que elegir entre la proteccion de Pitt y la amistad de Fox.

Sin hacer la injuria á Canning de suponer que su pobreza le indujo á decidirse por el partido en que habia mas que ganar, volvió la espalda á Fox y á Sheridan, aceptó los ofrecimientos de Pitt, y entró en el Parlamento en 1793, como representante del Burgo podrido de Newport. Es-

tuvo silencioso un año entero, midiendo y preparando sus fuerzas, y no habló hasta en 1794, con motivo de la discusion de un bill cuyo objeto era dar subsidios al Rey de Cerdeña contra la Francia. El tema que adoptó y que siguió despues en varias ocasiones, fue la necesidad de hacer una guerra á muerte a la Francia republicana, á pesar de la fortuna y de cuanto pudiese acontecer.

Los triunfos parlamentarios de Canning le hicieron nombrar Subsecretario del ministerio de Negocios estrangeros, empleo que desempeñó hasta el fin de la administracion de Pitt en 1801. Durante este periodo, frecuentemente resonó su voz en el Parlamento, defendiendo los proyectos ministeriales; sin embargo, si se exceptua el discurso que pronunció en la abolicion de la esclavitud, no vemos motivo para aplaudir mucho su elocuencia. Se apoderó de aquel asunto, fecundo en principios generosos, y el discurso que pronunció en aquella ocasion, puede considerarse como una de sus obras maestras oratorias: es al mismo tiempo la esposicion curiosa y pintoresca de las preocupaciones de la época, y sentimos no poder citar algunos pasages de él, que darian una idea de la facundia con que refutaba á algunos de sus

amigos políticos, que sostenian que era preciso respetar el comercio de negros como *una antigua institucion*.

Los trabajos parlamentarios y administrativos de Canning no absorbian todo su tiempo. Sin poder competir con la maravillosa actividad de trabajo de Mr. Brougham, que en medio de sus ocupaciones del foro y del Parlamento, fundaba y redactaba la *Revista de Edimburgo*, dió Canning sin embargo una série de poesias al periódico el *Anti-galicano*, cuyo solo título indica su espíritu. Hay en aquellas efusiones poéticas mas ingenio que generosidad, y ni el mismo espíritu de partido, podria disculpar la malignidad de algunas de las alusiones que contienen. Las mas felices son algunas estancias parodiando á los poetas filantropos de la época, culpables á sus ojos de creer en la regeneracion del género humano, y su perfectibilidad progresiva.

En 1800 se casó Canning con la hija del rico y *excéntrico* general Scott, el cual habia declarado en su testamento que aquella de sus hijas que se casase con un Par, perderia por este solo hecho su parte de la herencia. La hermana de la esposa de Canning lo verificó sin embargo, pero

esta rehusó aprovecharse de la cláusula del testamento paterno. Mme. Canning llevó á su marido un dote de 100,000 libras esterlinas, fortuna que aseguraba para siempre su independencia, pero que lejos de aumentarse durante una carrera tan larga y brillante, la comprometió, apesar de que jamás se le ha podido acusar de prodigalidad. En 1801 dejó Pitt el ministerio, á consecuencia segun se dice de disidencia en opiniones entre el Rey y él, acerca de la emancipacion de los católicos. Canning siguió á su protector, pero no defendió como él la administracion *justo medio* de Mr. Addington; la atacó al contrario por sus discursos en el Parlamento, y con sus epigramas en la imprenta. Canning era en efecto de los que no simpatizaban mas que en una idea, la de una guerra sin tregua contra la Francia. Pitt acabó por hacerse de la opinion de Canning, y atacaron juntos la indecisa administracion de Mr. Addington, quien se retiró en Mayo de 1804. Pitt volvió entonces á desempeñar el empleo de primer ministro, y Canning fue nombrado Tesorero de la marina. Los dos amigos políticos disfrutaron sin embargo poco de su triunfo. Pitt murió en Enero del siguiente año, y Canning depositó sobre

su tumba el tributo solemne de su afecto y admiracion. Pero desde la muerte de Pitt, Canning se declaró independiente como hombre político.

La subida al poder de los whigs, volvió á llevar á Canning á los bancos de la oposicion, donde combatió mas con las armas de la burla y del ridículo, que con las de la elocuencia y la lógica. La muerte de Fox fue causa de la caída de los whigs, como la de Pitt habia causado la de los torys. *La cuestion católica* sirvió otra vez de pretesto al Rey para despedir á su ministerio, y en Agosto de 1807, se formó una administracion guerrera, si es lícito espresarnos así. En aquel ministerio, Lord Liverpool desempeñó el del Interior, Lord Castlereagh el de la Guerra, y Canning el de Negocios estrangeros: era imposible imaginar una concentracion mayor del espíritu tory. El primer acto importante de la nueva administracion, fue una de aquellas medidas que exigen grande audacia en la ejecucion, unida á no menor atrevimiento y candidez para defenderla. Trátase de la presa de la flota danesa y el bombardeo de Copenhague; medida que se atribuye á Canning. Aquel acto es demasiado conocido para que tengamos que apreciarlo aquí, y prueba que no habia

consideracion alguna capaz de contener á este hombre de Estado en la egecucion de los planes hós- tiles que habia formado contra la Francia. Hasta entonces la fortuna y la habilidad habian faltado siempre á los prodigiosos esfuerzos de la Gran Bretaña, y se habia podido notar la falta de co- r- dura y de conjunto en todos sus proyectos de guerra contra Napoleon. Habia escitado contra él á todas las potencias de Europa, pero unas tras de otras y solo para perderlas sucesivamente ; habia disipado sus propias fuerzas y sus tesoros en cien expediciones, sin importancia, diferentes en su objeto y fútiles en sus resultados. La misma po- litica tímida, irresoluta, parecia presidir á cada alianza y á cada expedicion nuevas, aun en el momento en que la inesperada resistencia de la España, ofrecia á la Inglaterra la ocasion mas glo- riosa y favorable de intervenir con todas sus fuer- zas. La mayoria del gabinete pareció que no queria arriesgar todavia mas que un auxilio débil, y por consiguiente ilusorio. Canning fué el que á fuerza de instancias en el Consejo y en el Parlamento decidió á los que tenian en sus manos los des- tinos del país, á echar esta vez en la balanza todos sus recursos y todo su poder. Canning conocia

que la Península era el único punto del continente donde la Inglaterra podía esperar hacer una diversion importante y decisiva, y atacar á Napoleon con probabilidades iguales. Al efecto envió á España á su íntimo amigo Mr. Freere, con encargo de fomentar el espíritu de resistencia de la nacion contra la Francia, y de consumar la alianza de la Inglaterra con los sublevados españoles.

En esta ocasion principiaron la rivalidad y mala inteligencia de Lord Castlereagh y de Canning. El primero que pertenecia á la antigua escuela de política inglesa, y muy inferior al segundo en talento, se inclinaba mas á seguir la rutina y los errores ya adoptados, es decir á multiplicar las pequeñas expediciones y los puntos de resistencia, que á concentrar sobre uno mismo las fuerzas y recursos de la Inglaterra. Como Lord Castlereagh era ministro de la Guerra y Canning de Negocios estrangeros, su divergencia de opinion dió lugar á sérias diferencias, puesto que se estorbaban reciprocamente, llegando á ser intolerables las colisiones que resultaban de ello diariamente.

Lord Castlereagh concibió en aquella época el plan de la expedicion del Escalda, como en

oposición á la de Copenhague; Canning al paso que apoyaba la desgraciada expedición aconsejada por su colega, conoció su inutilidad, y deploró el ver gastados de este modo unos recursos que, empleados en España, hubieran contribuido infaliblemente al triunfo mas rápido de las armas inglesas. En consecuencia hizo presente al Duque de Portland la necesidad de quitar el ministerio de la Guerra á Lord Castlereagh ó de aceptar su propia dimisión. Hubiera deseado que desempeñase el ministerio de la Guerra el Marqués de Wellesley, hombre de espíritu activo y emprendedor, que participaba completamente de sus miras relativas á España. Sin embargo, la dificultad de verificar aquel cambio en el ministerio, y los acontecimientos mismos de la guerra, retardaron aquel arreglo, y fueron causa de que Castlereagh lo ignorase. Canning, cansado de esperar, insistió por una solución inmediata, y su rival supo entonces por primera vez la desconfianza que se tenía de sus talentos y el proyecto formado de reemplazarle. Provocó en consecuencia á Canning, y hubo un desafío, resultando este herido de un balazo en un muslo. Los dos adversarios presentaron inmediatamente

su dimision y se formó un nuevo gabinete presidido por M. Perseval. Esta revolucion de gabinete, aunque fatal para Canning puesto que le alejó durante mucho tiempo de los negocios, no dejó sin embargo de ser favorable á la continuacion de sus ideas y planes políticos; pues por una circunstancia muy singular ocupó su puesto el mismo Marqués de Wellesley, á quien él tanto habia deseado ver ministro. A la entrada de Lord Wellesley en el gabinete debe atribuirse el extraordinario vigor con que fue entonces defendida la causa de los Españoles, y sus consecuencias finales tan importantes para la Europa.

Un nuevo cambio en el gabinete tuvo lugar en 1812. Lord Wellesley se retiró porque no se hacia nada para la emancipacion política de los católicos, y porque la guerra era dirigida con demasiada lentitud; en una palabra por que no prevalecian los principios y los planes de Canning. Hacia el mismo tiempo acaeció el asesinato del primer ministro Perseval, y el Principe Regente encargó á Lord Wellesley y Canning la formacion de un nuevo ministerio. Sus esfuerzos para conseguirlo fueron inútiles á causa del mal

humor de los torys y de la negacion de los whigs á entrar en un ministerio de coalicion; negativa atribuida en aquel tiempo á una reticencia de Sheridan. Este incidente tuvo una importancia inmensa, pues impidió que Canning dirigiese la política de la Inglaterra durante los memorables años de 1813, 14 y 15.

Libre Canning, que no vivia mas que para la política, de todos los trabajos administrativos, se dirigió entonces á estudios positivos y de intereses comerciales. En 1811 le absorbió enteramente la cuestion de la moneda de vellon; en 1812 llamó su atencion la de la renovacion de la carta de la Compañia de las Indias orientales; y en los importantes debates á que dió lugar, emitió opiniones mucho mas favorables en general á los intereses comerciales que al monopolio. Esta circunstancia de su vida política fué en extremo ventajosa á su carrera futura, pues en lugar de continuar siendo simplemente un tory gubernamental; atizando la guerra y defendiéndola en calidad de miembro representante de un Vurgo podrido, Canning se encontró enlazado con inmensos intereses comerciales, y fue enviado al Parlamento el mismo año de 1812, por la importante ciudad de Liver-

pool; recuperando de este modo en el país la influencia que habia perdido en la administracion. Nada sin embargo podia disminuir en el espíritu de Canning la incomodidad de verse alejado del gobierno de su país, en una época en que producía sus resultados el sistema político aconsejado por él. Provino de esto un pasajero disgusto en él por los negocios públicos, que se aumentó todavía mas con el cuidado que le causaba el estado de desfallecimiento de su hijo primogénito, atacado ya de la enfermedad que causó despues su muerte. Pero no por eso dejó de aceptar á fines de 1813 la Embajada de Lisboa, aceptacion que le atrajo mas recriminaciones que cualquier otro acto de su vida política. En efecto como entonces no habia corte en Lisboa, aquel destino no era mas que una *sine-cura* maguíficamente retribuida, que le hacia dependiente de Lord Castlereagh; hubo tambien segun se dijo en la negociacion que al efecto se siguió, circunstancias poco honrosas para su carácter; de todos modos Canning rechazó con su acostumbrada felicidad los ataques y acusaciones de sus adversarios en la Cámara de los Comunes.

En 1816, regresó á Londres pasando por Frau-

cia, y tuvo en París una entrevista con Mme. de Stael, que ha referido los detalles de ella en sus Memorias. A poco tiempo de su regreso à Inglaterra, aceptó Canning el empleo de Presidente de la oficina de intervencion (*Board of controll*) para los negocios de la India, cuyas funciones le constituían de hecho ministro de la India en el gabinete, y para las cuales le habían hecho apto los estudios y trabajos sobre aquel país que había tenido que hacer en 1812. Esta parte de la carrera política de Canning es seguramente la menos honrosa, ó si se quiere la menos liberal. Su torysimo exagerado en el principio de la guerra y durante todo su curso, podia muy bien haber sido resultado de un patriotismo mal entendido, tal vez lo había adoptado y sostenido como el medio mas à propósito para defender à su país contra el génio de Napoleon. Pero cuando aquel terrible enemigo no podia causar ya espanto à la Inglaterra; cuando la victoria había coronado los esfuerzos del partido dominante, convenia al parecer à este partido, à lo menos à cuantos hombres generosos había en él, y seguramente Canning era uno de ellos, el alejarse un poco de sus máximas arbitrarias, de su ódio à la liber-

tad, de su desprecio por cuanto favorecia á los principios populares. Pero desgraciadamente para su gloria, Canning fue arrastrado por las consecuencias de la primera parte de su carrera política, y se vió precisado á seguir los errores, que al principiar su vida le habian hecho encarnizado enemigo y burlon amargo de cuanto podia contribuir al progreso de la libertad. Pudiera disculpársele, si sus principios hubieran sido puramente estacionarios, pero entonces eran esencialmente retrógrados. Las leyes draconianas que presentaron los torys para reprimir el descontento popular, no encontraron un abogado mas celoso é intrépido que Canning. La suspension del acta de *habeas corpus*, el bill para la represion de los *meetings* sediciosos, fueron defendidos por él tan tenazmente, como si el 1817 hubiera sido 1793, y como si hubieran presentado las dos épocas iguales necesidades ó los mismos peligros. Canning apoyando las medidas del Gobierno, traspasó los límites del decoro, que debe observar todo hombre de Estado que se respeta á sí mismo. Ridiculizaba todas las ideas de reforma, y afectaba insolentemente no creer que sus adversarios pensasen en ellas con sinceridad. Viósele tomar

bajo su proteccion los agentes impuros de que se sirven algunas veces los gobiernos, para descubrir secretos que les importa penetrar; hacer públicamente la apologia del espionage, y llegar hasta burlarse en pleno Parlamento de los padecimientos de los infelices presos, víctimas del rigor del Gobierno. Si la insolencia de los torys no ha contribuido menos á impopularizarles que sus máximas y sus actos, Canning por su parte contribuyó eficazmente á ello, pues jamás seide alguno del poder manifiesto mas insolente desprecio de la opinion pública. La mayoría compacta de que eran deudores los torys á sus recientes triunfos, y que creian eterna, animó á los ministros y á Canning para atreverse á todo. Pero la severidad del Parlamento no consiguió sofocar el descontento público. Celebráronse *meetings* para pedir por medio de peticiones la reforma parlamentaria. Una de aquellas reuniones será siempre célebre; la que se verificó en Manchester en 1819, y en la que la multitud fué cargada y acuehillada por la *Yeomanry* (Guardia Nacional á caballo). En aquella ocasion todas las simpatias de Canning estuvieron aun por el poder; y poco tiempo despues aparecieron las *seis actas* célebres, medidas represivas

1850 - BIB

muy rigorosas contra la imprenta y las asociaciones. Puede formarse una idea de la severidad de aquellas leyes por una de sus cláusulas, que condenaba al destierro á cualquier individuo convencido de reincidencia en la publicacion de libelos sediciosos. Canning fue el que promovió y defendió con ardor todas aquellas medidas ; y como era por su talento el mas poderoso orador del ministerio, tal vez fue en aquella época el hombre mas impopular de Inglaterra, y el mas detestado por todos los amigos de la libertad. No puede negarse que mostró valor en aquellas circunstancias ; pero no fue prudente su conducta, puesto que es evidente en el dia, que precisamente el escandaloso abuso que hicieron los torys de su poder fue el que dió lugar á la reaccion que hemos visto realizarse , que ha acabado por aniquilarlos, y que ha llevado la marea creciente del espíritu de libertad é independencia mucho mas allá de los límites á que tal vez jamás hubiera llegado , á no ser por las tentivas hechas para reprimirlo y sofocarlo.

Felizmente para Mr. Canning, sobrevinieron acontecimientos que le alejaron de la administracion ultra-tory , como la muerte de Jorge III, la

subida de su hijo al Trono , la vuelta de la Reina Carolina á Inglaterra , y el bill de enjuiciamiento presentado contra ella por el gabinete. Canning que tenia antiguas relaciones de amistad con la Reina , no podia unirse á sus perseguidores. Dió en consecuencia su dimision , y resolvió pasar uno ó dos años en el continente. Partió para Italia , y se detuvo mucho tiempo en Paris , cuya residencia ejerció una influencia inmensa en sus opiniones políticas. Hasta entonces Canning solo habia vivido en la atmósfera del torismo , y mirado los asuntos continentales segun el punto de vista propio de aquel partido ; entonces pudo ver y juzgar por sí mismo el espíritu y la tendencia del partido que dominaba en Francia , y en el resto de Europa. Contrajo amistad , y tuvo conversaciones con los hombres ilustrados y liberales de aquella capital ; y su torismo , á lo menos en lo relativo á la política estrangera , sufrió un golpe que contribuyó mucho á moderar su absolutismo y á modificar sus futuros principios.

A su vuelta á Inglaterra hizo Canning uso de su elocuencia en dos ocasiones , una en favor de la emancipacion católica , y otra contra la reforma.

Puede decirse que defendió la primera y combatió la segunda segun el mismo principio, el deseo de fortalecer al poder ejecutivo, reuniendo francamente á los católicos al rededor del trono, y dejando al mismo tiempo intacta la cadena de hierro de influencias electorales, con la cual la aristocrácia habia sujetado al pais. Canning se oponia á todo plan de reforma electoral, y se burlaba sin compasion de los defensores de aquella medida, como de unos charlatanes, que presentaban constantemente el mismo específico para curar las innumerables enfermedades de que el pais adolecia.

No creia entonces que tardaria poco en ser llamado á dirigir los negocios de la Inglaterra. Habia doblado la frente ante el astro de su rival mas afortunado, aunque dotado de menos talento, y habia renunciado á toda idea de causar una escision y de tener un partido y una opinion propia. Su deseo era, al parecer, eclipsarse de la escena política, y con este objeto habia aceptado el encargo de Gobernador de la India. El buque que debia llevarle á Calcuta estaba pronto á hacerse á la vela, y solo esperaba á Canning que habia ido á despedirse de sus comitentes de Liverpool, cuando

la repentina noticia del suicidio de Castlereagh (Agosto de 1822) cambió su posición y las esperanzas de sus amigos. La amistad de Lord Liverpool, triunfando de la oposición del resto del gabinete, y hasta de la aversión del Rey, consiguió hacer que se ofreciese á Canning el ministerio de Negocios extranjeros en cambio del Gobierno de la India. Canning aceptó y recibió la cartera á mediados de Setiembre de 1822. Era un momento de gran crisis. La Santa Alianza, que acababa de resolver en sus Congresos de Troppau y de Laibach, la destrucción de los Gobiernos constitucionales de Europa, y de derribar el de Nápoles, iba á reunirse de nuevo para proseguir su política arbitraria. Lord Castlereagh mismo debía figurar en aquel Congreso como Plenipotenciario Inglés, y cabe poca duda que estaría dispuesto á sancionar, ó á mirar con indiferencia á lo menos, las resoluciones que adoptasen los potentados. Canning al contrario, tomó las riendas del poder, libre de los lazos de gratitud y de amistad personal hacía los autócratas, que habían fascinado á su antecesor; Lord Wellington recibió pues instrucciones para pasar á Viena en vez de ir á Verona, á fin de

que su presencia no pareciese sancionar las medidas que iban á tomarse para sugetar la Italia. Sin embargo, el verdadero objeto de aquel Congreso era la España. Los ultra-realistas franceses pedian permiso á la Santa Alianza para invadirla y destruir las Córtes. El Czar por su parte, deseaba enviar sus ejércitos del lado allá de los Alpes; al Piamonte. Eran sin embargo tan extravagantes las pretensiones de los hombres de reaccion, que ocupaban entonces el poder en las diferentes Córtes, que verdaderamente parece increíble que los mismos ultra-torys hubieran podido tolerarlas.

En cuanto á Canning, cuanto ódio anti-francés habia en su corazon, fue removido por la determinacion tomada por los realistas franceses de recurrir á la fuerza de las armas, para obligar á la España á doblegarse de nuevo bajo el despotismo de su antiguo régimen. Dejando aparte toda teoria política, conocia que los intereses ingleses estaban de este modo comprometidos, y atacado el honor de la Inglaterra desde el momento en que se despreciaba su proteccion. No era Canning hombre que disimulase sentimientos semejantes; los manifestó claramente en su hábil

correspondencia con Mr. de Chateaubriand, y sus miras eran demasiado nacionales para no despertar al momento las simpatías y merecer la aprobación del pueblo inglés. Jamás ningún hombre de Estado supo hallar mejor que él esas espresiones que electrizan una nación, ni emplear de un modo mas hábil el tono del orgullo, conservándose en los límites estrictos de la prudencia; ninguno supo mejor que él suplir la falta de calor en la acción, con el calor de las espresiones. Bajo este punto de vista, lo mismo que bajo otros muchos, se parece Canning al célebre Lord Chatham.

Tenia además entonces mucha necesidad del apoyo popular. Atacado violentamente por la Oposición, y en especial por Lord Grey, á causa de no haber declarado la guerra á la Francia; principiaba por aquel tiempo á hacerse sospechoso, á los ultra-torys, en razon de las ideas liberales que se traslucian en sus discursos, y comunicaciones. Cuando dió á entender que solo dependia de la Inglaterra el encender una guerra de opiniones, en la cual los súbditos se sublevarian contra los Soberanos; cuando confesó su resolución de destruir el espíritu *arropaguetico* de la

Santa Alianza, conocieron los amigos de Castlereagh que estaban dirigidos por un jefe con el cual ya no podían simpatizar. De ahí resultaron dimisiones, como la del hermano de Castlereagh, Embajador en Viena, y variaciones en el gabinete, que hicieron sensibles los progresos y el triunfo del torismo liberal. Pero donde se manifestó á descubierto el pensamiento de Canning, fue en el desquite que tomó de la intervencion francesa en España, con el reconocimiento de la independencia de las Colonias de la América meridional.

Observaba Lord Grey, que la Inglaterra siempre habia hecho la guerra para impedir una union demasiado íntima entre Francia y España. Canning contestó, que la España actual no era la misma que en otro tiempo; que no era la que jamás veia ponerse el sol en sus dominios. La España de ahora, añadió, no es aquella España dueña de las Indias, que causaba zelos, y espantaba la imaginacion de nuestros antepasados. Para vengar la afrenta y destruir los resultados de la invasion francesa, no he necesitado declarar la guerra, ni bloquear á Cadiz, no; he dirigido la vista á otra parte, he buscado compensaciones en otro hemisferio. Viendo á la Es-

paña, como la habían conocido nuestros antepasados, he decidido, que si la Francia había de ser dueña de la España, lo sería sin las Indias. He dado existencia al Nuevo Mundo para restablecer el equilibrio del antiguo.» Estas palabras pronunciadas veinte años há por Canning, encierran el espíritu que domina á la política inglesa; cualesquiera que sean los principios de los hombres que gobiernen aquel país, y manifiestan lo que pueden confiar en ella sus amigos.

Los años de 1824, 25 y 26 llamaron toda la atención de Canning sobre las cuestiones comerciales, y en aquel periodo fue cuando Huskisson principió á desenvolver sus sábias teorías comerciales; desgraciadamente tambien fue una época de muchas carestias. Algunos de los discursos pronunciados por Canning en defensa de las teorías de su colega, especialmente el que trata del comercio de la sederia, son muy admirados. En este último se defendió de la acusacion de haber desertado del toryismo en economia política, como lo había hecho en la política estrangera. Nada podría citarse mas ingenioso y hábil que aquella defensa. Según él, los torys habían sido siempre iníuítamente mas liberales

que los whigs, y jamás se habían apartado de los principios de Pitt; si se le citaba una medida, cuyo espíritu político difiriese evidentemente del de Pitt, contestaba que era una excepción.

Canning pasó el verano de 1826 en Paris con su amigo Lord Grenville, Embajador de Inglaterra. A su regreso á aquel país fue requerido por el gobierno portugués para intervenir y defenderle contra una invasion española, á cuya demanda contestó con el envío inmediato de tropas inglesas. En aquella ocasión nada tuvo que criticar la Oposición en su política; al contrario, la admiró y se adhirió á ella. Brougham, haciéndose superior á una baja rivalidad, elogió con calor las miras liberales y la elocuencia del Ministro. Poco despues de este suceso tan importante de la vida política de Canning, que la diferenciaba tan completamente de la de Castlereagh, aconteció otro accidente que le privó para siempre de los votos y simpatías de los torys. Fue este el ataque de apoplejía que alejó á Lord Liverpool de la escena política á principios de 1827.

Canning se hallaba entonces enfermo en Brigh-

ton. Pasóse mucho tiempo antes de que se nombrase un nuevo Ministerio; á causa de la gran dificultad que habia en hacer una eleccion que satisficiese á Canning y á los ultra-torys. El Rey creyó salir del paso encargando á Canning la eleccion de un primer Ministro, contrario á la emancipacion de los católicos; negóse este perentoriamente, y ofreció la alternativa de su dimision. Jorge IV pidió tiempo para deliberar; y al fin, en el mes de Abril se supo que Canning habia aceptado el puesto de primer Lord de la Tesorería, título sinónimo de primer Ministro. Sus siete colegas torys, Lord Wellington, Lord Eldon y Peel, hicieron inmediatamente dimision.

Créese generalmente que durante el interregno ministerial, se le habia prometido el apoyo de uno de los oradores influyentes del partido whig; pero entonces ya no fue el voto de los whigs, sino el acceso personal á su Ministerio, lo que le era indispensable. Hubo por tanto indicaciones que fueron aceptadas por la mayoría; comprendiendo á Brougham, Lord Lansdown, Lord Olland, y hasta el ultra-liberal Bardett. Todos conocieron la exigencia de la crisis, y la necesidad de hacer el sacrificio de sus opiniones y proyectos personales, para es-

eluir del poder á los ultra-torys. Solo Lord Grey se abstuvo, y aun ensayó el reunir la Oposicion é inspirarla desconfianza contra Canning; no le escucharon, y se supo pocos dias despues que los gefes de los whigs, escepto Grey, habian aceptado ministerios, siendo gefe Canning.

Triste cosa es considerar que este grande hombre de Estado llegase solo á la cumbre del poder, para encontrar allí cuidados y mortificaciones, sin encontrar compensaciones en la ejecucion de alguna de las grandes medidas que tan á propósito era para concebir y ejecutar. Pero su nueva posicion era demasiado dificil, demasiado incierta, y su vida fue desgraciadamente demasiado corta, para poder conseguir sus planes. Estuvo condenado á apurar el cáliz, y á no disfrutar ninguna de las dulzuras del puesto de primer Ministro. Tuvo que defenderse de la encarnizada malevolencia de los torys, que repellieron los planes mismos que habian aprobado en tiempo de Lord Liverpool, como por ejemplo, la ley sobre cereales, que adoptada por la Cámara de los Comunes, fue deseñada por la de los Lores, merced á la influencia de Lord Wellington, quien sin embargo habia contribuido á su redaccion. En la Cámara baja tenia

Canning por lo menos la ventaja de poder defenderse él mismo; podian allí fatigarle, pero no vencerle, pues estaba en su terreno y en su elemento. Pero no tenia amigos en la Cámara alta, capaces de defenderle contra los ataques apasionados y casi personales de Lord Grey. Contaba con que tendría este cuidado Lord Plunkett; y en una memorable circunstancia, una filípica terrible de Lord Grey quedó sin contestacion por parte de Lord Plunkett, y de la de los Ministros whigs, quienes si bien consentian en defender la política actual del gefe del gabinete, no así su vida pasada.

Sin embargo, el cuerpo de este hombre era demasiado débil para el alma que le animaba. Canning hacia mucho tiempo que estaba enfermo, y la grande escitacion que debian causarle tantos amargos sinsabores y la multiplicidad de sus trabajos, agravaron su estado, al paso que le impedian apercibirse de los progresos del mal. A fines de Julio de 1827, tres meses despues de su nombramiento como primer Ministro, le fue imposible ocuparse de los negocios, y se retiró á la casa de campo del Duque de Devonshire, en Chiswick, cerca de Londres, donde exaló el úl-

timo suspiro , el 8 de Agosto y en el cuarto mismo en que habia muerto Fóx.

!Seria supérfluo querer pintar el sentimiento general que causó su muerte. No solo se deploró en Inglaterra, sino tambien en Francia y en América, países de los cuales habia sido sin embargo por mucho tiempo encarnizado enemigo. La apreciacion más elocuente, el más ardiente tributo pagado á su memoria salió de la pluma de J. Quincy-Adams, que le proclamó *el mas completamente inglés, y el hombre de Estado mas patriota que hasta entonces habia tenido la Inglaterra*. No podria citarse en favor suyo mas meritorio título de gloria, pues por muy inglesa que fuese la política de Canning, fue no obstante al mismo tiempo favorable á los intereses de la libertad. Aunque pueda criticarse con justicia la primera parte de su vida política, siempre resultará que el mayor, y mas principal mérito de Canning, fue haber sido el primer hombre de Estado en Inglaterra, y tal vez en Europa, que haya sabido conciliar los principios tan frecuentemente hostiles del patriotismo y de la filantropía. Las grandes medidas que distinguen la vida ministerial de Canning son, el re-

conocimiento de los Estados de la América meridional, el sostenimiento de la independencia de Portugal, y el tratado concluido entre la Inglaterra, la Rusia y la Francia en favor de la Grecia. Fue el abogado constante y celoso de la emancipacion de los católicos, pero no tuvo la satisfaccion de ver el triunfo de esta causa. Se conservan de él varias poesias, llenas de verbosidad y agudeza, en especial las que pertenecen al género satírico.







D. JOAQUIN DE LA PEZUELE

Personajes célebres del Siglo XIX.

BIBLIOTECA

Madrid

D. J. DE LA PEZUELA.

« Dió muchos dias de gloria á su patria , y á los militares nobles ejemplos que seguir. »

Suplemento á la Gaceta de Madrid
de 28 de Octubre de 1830.

Hay en la vida política de las naciones sucesos de tal importancia , que bastan por sí solos para hacer célebres , en bien ó en mal , á las personas que en ellos en igual sentido intervinieron. Hombres que sin aquellos acontecimientos habrian pasado desapercibidos , ocupan despues un lugar señalado en la historia , y en ellos se personifica , por decirlo así , el recuerdo de aquellos sucesos. Asi hubiera acontecido con el General ilustre cuya vida vamos á bosquejar , si la insurreccion de

la América Española , en cuya guerra se señaló tanto , y la sublevacion militar que le depuso del mando del Vireinato del Perú, no hubiesen llamado la atencion pública sobre él. Reducidos á un pequeño espacio , recorreremos rápidamente la vida militar de este general , para pararnos con alguna mas detencion en el suceso importante que acabamos de indicar, ya por la influencia que tuvo en la pérdida de nuestra dominacion en aquellos paises , como por las consecuencias que ha tenido despues para la Metrópoli. No desconecemos las dificultades que nos rodean , teniendo que apreciar unos hechos que la conciencia pública condena , y cuyos principales actores han ejercido y ejercen en el dia una poderosa influencia en los destinos del pais ; pero guiados de la imparcialidad que es nuestra divisa , y apoyados en documentos públicos é incontestables , referiremos los hechos acompañándolos solo de las ligeras observaciones que creamos necesarias , para que los contemporáneos puedan juzgarlos , y calificarlos la historia á su tiempo cual se merecen.

D. Joaquín de la Pezuela y Sanchez Muñoz de Velasco , primer Marqués de Viluma , Caballero Gran Cruz de las órdenes de S. Fer-

nando , S. Hermenegildo é Isabel la Católica , y de la laureada de cuarta clase en la de S. Fernando , Teniente General de los Reales Ejércitos, Virey , Gobernador y Capitan General que fue de los reinos del Perú , nació el 22 de Mayo de 1761 en la villa de Naval , reino de Aragon. Fueron sus padres D. Juan Manuel de la Pezuela, Caballero del hábito de Santiago, y Doña Mariana Sanchez. Aunque nació en Aragon , donde accidentalmente se hallaban sus padres , la casa y solar de esta antigua é ilustre familia está en las montañas de Santander, y Merindad de Trasmiera.

Empezó D. Joaquin su carrera militar en el Real Colegio de Artilleria de Segovia, desde donde promovido á Alférez de esta arma , fue destinado al famoso sitio de Gibraltar. Allí concurrió constantemente al servicio de las baterias , y á la colocacion de la artilleria avanzada y fuego de esta contra la plaza , mereciendo por su distinguido comportamiento el grado de Teniente. Trasladado á la plaza del Peñon en Africa , fue hecho Teniente efectivo de su cuerpo , y ascendido á Capitan en 12 de Agosto de 1791. Al principiar la guerra contra la República francesa en 1793 , pasó sucesivamente á los ejércitos de Guipuzcoa y Navarra;

construyó y mandó las baterías llamadas de San Carlos, Paso del Rio, Cabeza del Puente, La Buena-Ventura, y el parque fortificado de artillería, contribuyendo muy eficazmente con el fuego de ellas á que los enemigos fuesen rechazados en las acciones del 23 de Abril, 22 de Junio y 30 de Agosto de aquel año. Mandó la artillería ligera avanzada, en los combates del 21 de Octubre, 29 de Noviembre, 6 y 13 de Diciembre del mismo, cooperando en gran manera con sus acertadas disposiciones á que los enemigos fuesen rechazados en todos ellos; y obteniendo por su señalada conducta en aquellas ocurrencias, el grado de Teniente Coronel de infantería, con que le agració S. M. en 20 de Noviembre de 1793.

En la batalla general de 5 de Febrero de 1794, mandó la brigada de artillería ligera, avanzada en el Punto del Diamante, donde se sostuvo por espacio de 5 horas que duró la acción, hasta que recibida la orden de retirarse, lo verificó salvando la artillería á brazo, sin mas auxilio que el de los artilleros que le habian quedado; y habiendo repetido los enemigos sus ataques el 6 de Abril, 6 y 23 de Junio siguiente, sostuvo valerosamente con la misma artillería avanzada de su

mando , todas las tropas ligeras y de linea que se abrigaron á sus fuegos , obligando á aquellos á replegarse con mucha pérdida ; por cuyo motivo fue recomendado particularmente á S. M. por el General en Gefe. Atacada en 1.º de Agosto por fuerzas muy superiores la linea de Irun hasta Vera, se empeñó principalmente el enemigo en tomar las baterias del centro , mandadas por Pezuela; pero sin embargo de que llegó casi á tocarlas con la mano , y de que las otras armas empleadas á bastante distancia , no pudieron prestar auxilio alguno , le rechazó aquel con el mayor denuedo, hasta que acometido por los flancos y recibida órden de retirarse , lo ejecutó con los oficiales y tropa de su mando , al punto señalado de Tolosa : en esta linea rechazó tambien por tres veces con su artilleria á la caballeria francesa el 9 del mismo Agosto , é impidió la colocacion de la artilleria enemiga por su frente , y sostuvo luego la retirada del ejército hasta Lecumberri. Puede asegurarse que no se disparó un cañonazo en aquel ejército durante toda la guerra , á que no asistiese Pezuela , obteniendo al fin de ella una brillante reputacion , por sus distinguidos servicios , y por premio de ellos el grado de Coronel de infanteria.

En 17 y 25 de Julio de 1802 , fue promovido á Gefe de Brigada y Teniente Coronel de su arma ; y nombrado en 15 de Setiembre de 1803 Coronel efectivo y Subinspector interino del departamento de Lima , pasó á aquellos dominios con el importante cargo de organizar todos los ramos del cuerpo segun el nuevo reglamento. En consecuencia levantó desde los cimientos un parque de artilleria con fundicion de cañones , maestranza y fábrica de pólvora , que surtieron de armas y municiones á toda la América del Sur, agitada despues por una desastrosa guerra civil ; y construyó para defensa del parque una fortificacion , que fué la que principalmente paralizó en Lima los proyectos de independenciam á que en los años posteriores propendia constantemente un numeroso partido. Tales pruebas de instruccion y actividad atrageron al Sr. Pezuela la confianza del Virey , quien en 1806 le nombró para mandar la division destinada al auxilio de Buenos-Aires, atacado por los ingleses ; y la Regencia del reino mandó darle las gracias por su comportamiento , y con el grado de Brigadier le nombró Subinspector en propiedad de aquel Departamento. Elegido en 24 de Abril de 1813 para mandar en

gefe las tropas del alto Perú, despues de una marcha de 380 leguas, y apenas trascurridos dos meses desde que se puso á la cabeza de un ejército reducido á 3,000 hombres, desanimado por recientes desgracias, escaso de armas y de vestuario, con la mayor parte de su poca caballeria desmontada, y al frente de un enemigo con dobles fuerzas, amenazado diariamente por diferentes caudillos sueltos y una numerosa indiada, con el espíritu público de las provincias de retaguardia, conmovido por las ideas de independenciam; el General Pezuela arregló y llevó sus tropas al enemigo, batiéndole completamente en 1.^o de Octubre en Vilcapujio, causándole la pérdida de 1,600 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y tomándole 1,000 fusiles, toda su artilleria, campamentos y equipages. Aquella memorable victoria salvó por entonces al Perú, y hubiera sido mas ventajosa, si la falta de caballeria y la pérdida de mas de 1,500 acémilas, ocasionada por el rigor de la estacion, no le hubiesen imposibilitado la rápida persecucion del enemigo, el cual rehaciéndose con refuerzos de artilleria y nuevas tropas, se presentó todavia con dobles fuerzas en los campos de Ayotuma: el General Pezue-

la, despues de una penosa marcha entre montañas y nieves, le atacó el 14 de Noviembre, destruyendo en una sangrienta batalla el ejército de Buenos-Aires, cuyos restos fueron á esconderse en las provincias del Río de la Plata. En 25 de Agosto anterior habia obtenido el grado de Mariscal de Campo; y por su heroico comportamiento en la batalla de Vilcapujio, se le confirió la Cruz laureada de cuarta clase, de la órden de San Fernando, precediendo el juicio contradictorio, que previenen sus estatutos.

Terminada tan felizmente la campaña de 1813, en los primeros meses del año siguiente se ocupó el General Pezuela en recorrer las provincias recuperadas de Cochabamba, la Paz, Potosí, hasta Jujui y Salta, organizar todos los ramos de su administracion, y en perseguir los numerosos cabecillas que las infestaban. En Agosto del mismo año se perdió la plaza de Montevideo, y la República de Buenos-Aires, orgullosa con este triunfo, trató de hacer un esfuerzo contra el Perú, destinando alli al ejército sitiador considerablemente aumentado, á las órdenes de su mismo Director supremo el General Rondeau: con esta novedad se estendió de nuevo con estraordinaria

rapidez, el espíritu de rebelion por todas las provincias del alto y bajo Perú, y proclamada en muchas partes la independendencia, una conmocion casi general llegó hasta cerca de las puertas de Lima. El ejército del Perú quedó aislado y sin comunicaciones; y en tan apuradas circunstancias, el General Pezuela desplegó una superioridad de génio y grandeza de alma admirables. Se vió sin mas terreno fiel que el que dominaba su pequeño ejército, atacado diariamente por un enjambre de partidarios, con un enemigo al frente muy superior en número, y amenazado de una insurreccion entre sus mismas tropas. En tal conflicto empezó por reprimir esta, enérgica y generosamente, sin mas castigo que el de su gefe (*), se replegó desde Salta á Suipacha, sin perder el menor efecto, destacó á su segundo, el General Ramirez con 1,200 hombres, para someter las provincias sublevadas de su espalda, quedándose con 3,000 escasos para hacer frente á las terribles dificultades que le rodeaban. El Virey del Perú

(*) El Coronel D. Saturnino de Castro natural del pais, habia formado el proyecto de sublevar el ejército y proclamar la independendencia. Confesó su delito, y juzgado por el Consejo de guerra fue fusilado.

en tan tristes circunstancias, autorizó en junta de Generales con parecer uniforme, al General Pezuela para que en un caso extremo se salvase como pudiese, aun entrando en acomodamientos con los insurgentes. Mantúvose este por espacio de siete meses en Cotagaita, conteniendo á los enemigos y batiéndolos en 42 acciones parciales que ocurrieron, hasta que el estado de las cosas le obligó á continuar su retirada, siempre perseguido y siempre victorioso. Tan acertadas y valientes maniobras fueron recompensadas con el ascenso á Teniente General, que se le concedió en Mayo de 1815.

Reunido en Challapata con el General Ramirez, que habia triunfado decisivamente de los enemigos de la espalda, volvió á tomar la ofensiva; y su vanguardia, mandada por el Brigadier Olañeta, fue atacada denodadamente en Ventaimedia, pero rechazó y batió á los insurgentes. Este fue el preludio de la memorable batalla de Viluma, en que el General Pezuela, atravesando los escarpados montes de los Andes, cayó sobre los enemigos por donde estos no le esperaban, y despues de tres dias de combates, inutilizó su fuerte y ventajosa posicion, logrando el 29 de

Noviembre de 1815 destruir con 4,000 hombres de que se componia el ejército real, á los 7,000 de que constaba el insurgente, mandado por el General Rondeau. Los enemigos perdieron en esta sangrienta y disputada batalla 1,200 soldados y 53 oficiales muertos, 1,800 prisioneros, toda su artilleria, equipages y campamentos, y las provincias que ocupaban hasta el Tucuman. Por tan señaladas victorias mandó el Rey cantar un solemne *Te Deum* en accion de gracias, en todas las Iglesias de la Monarquia, y á mas de condecorar al General Pezuela con la Gran Cruz de S. Fernando, se dignó posteriormente concederle la merced de título de Castilla para sí y sus sucesores, con la denominacion de *Marqués de Viluma*.

En Abril de 1816, salió el General Pezuela del alto Perú para tomar el mando del Virreinato, que S. M. le habia confiado: Dos mil hombres de todas armas para guarnecer á Lima y la plaza del Callao con sus dilatadas costas, un solo bergantín de 18 cañones, los almacenes sin repuestos, el Erario con 11.000,000 de duros de deudas atrasadas, inclusa la de 380,000, solo á la guarnicion, de la cual una parte se habia sublevado y fue

contenida por la energia de su antecesor: tal era el estado de fuerzas, haberes y existencias que encontró el General Pezuela en la Capital cuando en 7 de Julio de 1816, tomó posesion del Vireinato.

Seis años de una guerra activa y dispendiosa habian reducido á tales términos los recursos de aquel rico pais; y aunque las armas del Rey dominaban en todas partes, por consecuencia de sus recientes victorias, no era fácil sostener una administracion militar y política tan vasta y cumplida, como peligrosa. Desalentado el Gobierno de Buenos-Aires de la guerra por el alto Perú, tan desastrosa para sus armas, dirigió todos sus esfuerzos contra el reino de Chile, para emprender por el mar Pacífico sus ataques contra el corazon del Vireinato. Batido á principios de 1817 el ejército real de Chile, y mal defendido aquel territorio, cayó casi todo él en poder de los enemigos. El Virey Pezuela habia conocido muy de antemano el objeto de los disidentes, y enmedio de la extraordinaria falta de recursos, formó con la mayor actividad y economia, una espedicion de 3,600 hombres, que unidos á los 2,000 que aun se sostenian en la provincia de la Concepcion, bastaban

para recuperar el reino de Chile. Verificado el desembarco de la espedicion, y reunidas las fuerzas del Rey á las órdenes del General Osorio, batieron el 19 de Marzo de 1818 al ejército enemigo en Cancharayada; pero rehecho este á las inmediaciones de la Capital, derrotó quince dias despues al ejército real en la batalla del Maipú. Esta inesperada desgracia fue de fatales consecuencias; pero ni puede achacarse ni menoscabar el mérito contraído por el Virey en el apresto y direccion de todos los medios para un probable resultado. Los auxilios que se preparaban en la Península salieron de Cadiz despues de perdida la batalla del Maipú, y no podian servir para evitar el desastre de Chile. Tampoco sirvieron para remediarle despues. La fragata de guerra Maria Isabel, y muchos de los buques que coavoyaba, cayeron en poder de los enemigos; y de la espedicion de los navios S. Telmo, Alejandro y fragata Prueba, solo esta arribó á las costas del Perú. Dueños los insurgentes del mar Pacifico, les era fácil invadir cualquier punto de la linea maritima del Vireinato, y escitando en el país el espíritu de independenciam, introducir una guerra temible para la causa española. No

se desmintió en aquellas circunstancias el activo celo del Virey Pezuela: formó en Arequipa un cuerpo de reserva de 2,500 hombres para atender á aquellas costas, reforzó la importante plaza de Guayaquil, y puso en un respetable estado de defensa la del Callao y sus fuertes. En Febrero de 1819 se presentó el célebre aventurero inglés Lord Cochrane, y atacó este puerto en ocasion de hallarse el Virey á bordo de un buque de guerra de la Marina Real, revistando los fuertes y defensas marítimas; pero tuvo que desistir de su empresa y retirarse maltratado, despues de un vivo cañoneo que duró tres horas.

Apercibido de nuevo con mas fuerzas y grandes aparatos incendiarios, volvió en 29 de Setiembre, y despues de hacer arrogantes intimaciones al Virey para que rindiese la plaza y fuertes del Callao, despreciadas estas, emprendió siete ataques consecutivos, en todos las cuales fué felizmente rechazado, teniendo al fin que retirarse con muchas averias, volados sus brulotes, é inutilizados sus famosos cohetes ó la congreve.

Lleno de cuidados de tanta importancia, no desatendió el Virey Pezuela los demas ramos de su vasta administracion: y para conservar el in-

menso territorio de su mando, empleó una laboriosidad incansable, y las continuas fatigas alteraron su salud, y debilitaron la robustez de su temperamento; 23,000 hombres de todas armas bien provistos de todo lo necesario, y una numerosa artillería, servian en fines de 1820 la causa de la España en el Vireinato del Perú, y hubieran podido llevar la guerra á otros puntos á no haberlo impedido la deplorable falta de superioridad marítima. En este estado desembarcó en las costas al Sur de Lima el general insurgente San Martín con fuerzas respetables; y sin embargo de los auxilios que recibió de los parciales que hallaba en el país, no se atrevió á atacar al ejército del Rey que defendía la capital, ni obtuvo, en el término de cinco meses, ninguna de aquellas importantes ventajas que presagian un triunfo definitivo. Disponíase el Virey á buscar al enemigo sin desatender la capital, cuando tuvo lugar la insurrección militar que le depuso del mando, y que forma, como hemos dicho al principio, uno de los sucesos mas importantes de la época, no solo por el influjo que tuvo en la pérdida para la Nación de aquellas posesiones, sino tambien por las consecuencias que para la misma ha tenido la vuelta

á España de los principales agentes y promovedores de tan escandaloso acto de insubordinacion militar.

Preciso será pues detenernos en este periodo, refiriendo los hechos segun aparecen de los documentos que tenemos á la vista, y dejando para la historia su calificacion, ya que á nosotros solo nos sea dado sufrir y llorar sus calamitosos resultados.

Una parte del ejército acababa de hacer un movimiento sobre Chacay á las órdenes del brigadier D. José Canterac, y á su regreso á la posición de Aznapuquio, en un conciliábulo entre varios gefes se forjó una representacion (*) en que manifestaban « que al ver desmoronarse el » edificio político en aquella parte de América; » que al notar un aumento progresivo en el enemigo, y una decadencia rápida en los medios » de defensa; al ver que la falta de recursos dejaba nulos los planes mas bien combinados; » que las providencias del Gobierno que mas profundo silencio exigian eran sabidas del enemigo y del público, antes que de los mismos en-

(*) Véase el Manifiesto publicado por el Ex-Virey del Perú, D. Joaquín de la Pezuela, impreso en Madrid en 1827.

» cargados de su ejecucion; al ver rodeado el
» Gobierno de personas sospechadas de los bue-
» nos, sino declaradas abiertamente por enemi-
» gas de la Nacion; al ver próximo á una com-
» pleta ruina el Vireinato, y con él la América
» toda, y ajado el pundonor nacional; al verse
» dirigidos por un Gobierno que carece de ener-
» gía en sus providencias, insubsistencia en sus
» planes, que no disfruta de ningun concepto en
» el ejército ni en los pueblos, y por lo tanto no
» respetado de nadie; » por todas estas supuestas
razones, y por otras cuya enumeracion seria de-
masiado difusa, y que pueden verse en el mani-
fiesto citado, concluian con estas notables palabras:
» Los que suscriben no ven otro medio para llenar
» estos objetos, para conservar á la Nacion estos
» paises y dejar bien puesto el honor nacional,
» que el de que V. E. deposite en otras manos
» el Gobierno de un pais que en las suyas está
» perdido. Estas son las del Exemo. Sr. D. José de
» la Serna, designado por la opinion del egercito y
» de los pueblos.... Si V. E. accediese á lo
» que llevamos propuesto, y cuya contestacion
» aguardamos en el término de cuatro horas, el
» ejército sale garante del buen trato y respeto

» de todos á V. E., á su familia y allegados , has
 » ta ponerse á bordo de la fragata inglesa An-
 » drómaca, si su Comandante lo admitiese , ó en
 » otro buque español que se destine á conducir
 » á V. E. á Panamá, advirtiendo que uno y otro
 » se debe verificar en el parentorio término de
 » veinte y cuatro horas; en la inteligencia de que
 » los gefes que firman tienen tomadas sus me-
 » didas , para que se verifique cuanto llevan ju-
 » dicado.» Esta representacion ó mas bien man-
 dato imperativo , estaba firmado en Aznapuquio
 el 29 de Enero de 1821 , por *D. José Canterac—D. Geronimo Valdes—El Marqués de Valleumbroso—D. Ignacio Landazuri—D. Ramon Garcia—D. Ramon Gomez de Bedoya—D. Mateo Ramirez—D. Andres Garcia Camba—D. Francisco Narvaez—D. Francisco Ortiz—D. Antonio Tur—D. Agustín Olermin—D. Fulgencio de Toro—D. José Ramon Rodil—D. Pedro Martín—D. Antonio Seoane—D. Manuel Bayona—D. José Garcia—y D. Valentin Ferraz.*

En la mañana del citado dia 29 de Enero pusieron todos los cuerpos sobre las armas , abusando de su posicion y de la obediencia militar; y sin indicar el objeto, adelantaron una compañía de gra-

naderos con dos piezas de artillería hacia el camino de Lima, con orden de hacer fuego sobre cualquier grupo que se presentase. En tal actitud remitieron la citada intimación al Virrey, por mano del secretario de la junta de generales, el Coronel D. Juan Loriga. Sorprendido aquel con la lectura de tan escandaloso como inesperado documento, no desconoció los graves males que podrían resultar de una oposición armada. Hallábase sin más fuerzas que una compañía de granaderos del regimiento del Infante D. Carlos, única que había quedado para la custodia del Palacio, pues las cortas de caballería ó infantería que se hallaban acampadas á las inmediaciones en el pueblo de Lurigancho, se habían reunido la noche anterior al grueso del ejército en Aznapuquio, sin noticia del Virrey, y por disposición de los conspiradores. Verdad es que una población de 70,000 almas, que al parecer no tomaba parte en el movimiento, podía prestar recursos para frustrarlo; pero conoció el Virrey que la resistencia armada por su parte suscitaría una guerra civil, y pondría el país á discreción de las armas invasoras de Chile y Buenos Aires, que se hallaban á pocas leguas de distancia; y sus gefes confiaban más en las

discordias intestinas de los Españoles que en el poder de sus armas.

En tal conflicto, avisó el Virey al Teniente General D. José de la Serna, para que montase al momento á caballo y se presentase en el campamento, avistándose antes con él para recibir instrucciones, pues creia que en el mero hecho de ser proclamado su sucesor, y por sus íntimas relaciones con los gefes del complot, ó podria con su ascendiente calmar el alboroto ó darle una forma menos irregular. Contestó el General la Serna: «Que el lance era muy apurado, y que él no queria comprometerse:» escusa que lleva en sí misma su calificacion, y que hizo perder al Virey toda esperanza de mantener su autoridad. Disimulando sin embargo la violencia de su situacion, mandó reunir la junta de Generales que estaban precisamente citados, incluso la Serna, para tratar en la misma mañana acerca de las medidas de defensa que convendria adoptar contra un plan de ataque combinado, que segun noticias iban á intentar los enemigos contra la Capital; y consultó con ellos la contestacion dada á los gefes del ejército, en que manifestaba acceder á entregar el mando al General la Serna, no

sin graves cargos á los gefes sublevados; pero el silencio y debilidad de los que componian la junta á vista de un hecho tan atroz y escandaloso, le hicieron conocer que si algunos no estaban en el fondo del proyecto, abandonaban la autoridad legítima á la arbitrariedad de la fortuna, sin que ninguno tuviera el valor necesario para manifestar enérgicamente su desaprobacion.

Entretanto llegó del campamento un oficial de Estado Mayor anunciando de parte de los gefes, que trascurrido el término de las cuatro horas, que se le habia fijado para la resignacion del mando, si dentro del perentorio de tres cuartos de hora no recibian la respuesta conforme á sus deseos, marcharian sobre la Capital. Ofició nuevamente el Virey manifestando estar dispuesto á verificarlo en el tiempo necesario para la egecucion, y acompañando la órden relativa al mando del ejército. Pero los gefes sublevados contestaron con el siguiente oficio, que creemos deber consignar aquí como un documento histórico: « Exemo. Señor.—El oficio de V. E., contestacion á otro de los gefes que suscriben, no llena el objeto que se han propuesto. El ejército se halla sobre las armas con todos sus gefes á la cabeza sin escep-

tuar uno , y no las dejará hasta que obtenga la orden de reconocimiento de Virey á favor del Excmo. Sr. D. José de la Serna , y queden asegurados de que otra igual se ha dado á las demas autoridades , cesando V. E. desde aquel instante en todas sus funciones. Y para acordar el tiempo necesario á la entrega que V. E. indica , pasan á esa Capital el Coronel *Marqués de Valleumbroso* , y el Teniente Coronel D. *Antonio Seoane* , diputados por el ejército. Devolvemos la orden general de hoy que V. E. remitió , porque el empleo de General en Jefe ó Capitan General está unido al de Virey , que dejamos solicitado.—Dios etc.—Campamento de Azuapuquio, Enero 29 de 1821.—Siguen las firmas.»

En consecuencia dimitió el General Pezuela el mando en la Serna , y desocupando inmediatamente el Palacio , se retiró con su familia á una casa de campo distante media legua de la Capital , hasta que se presentase ocasion de regresar á la Península , y dejar un pais en el que habia prestado tan grandes servicios durante 16 años. Los mas respetables Magistrados de la Real Audiencia , aunque indignados por el atentado que se cometia con su Presidente , atendiendo á lo

crítico y singular de las circunstancias, le aconsejaron que renunciase la ambicionada autoridad, y elogiaron la moderacion de su conducta.

Una insurreccion puramente militar, en que no tuvo el pueblo la menor parte, faltando á los mas sagrados deberes de la milicia, derrocó el poder de la autoridad legítima, y lejos de conseguir las ventajas que hacian esperar los ambiciosos que á ello contribuyeron, acabaron por destruir completamente el dominio de las armas españolas en aquellos ricos paises. El abandono y pérdida de la Capital fue el primer hecho importante que se siguió á la destitucion del Virey; y aunque las superiores fuerzas del ejército del Rey mantuvieron por algun tiempo la lucha contra los insurgentes, y obtuvieron algunos triunfos, fueron estos ineficaces, porque la autoridad real habia perdido su prestigio, y no era posible al General la Serna reunir y tener en obediencia y respeto á todos los elementos que habia para la dominacion del pais. El General realista Olañeta con parte de las tropas del alto Perú, desconoció posteriormente la autoridad del intruso Virey, y levantada la discordia entre constitucionales y realistas, se encendió una cruda guerra entre los de-

fensores de la causa española. La desastrosa batalla de Ayacucho acabó con nuestra dominacion en el Perú; la capitulacion que se siguió y las demas consecuencias son harto conocidas, y no nos detendremos en referirlas, por no permitirnoslo el estrecho círculo á que debemos reducirnos. Olañeta peleó todavía algunos meses despues por la causa del Rey, y aunque la Serna y sus parciales le acusaron de rebelde y traidor, nunca se sometió á los enemigos de España, y murió batiéndose por ella y por su Rey en la accion de Tumusla, último combate de las armas españolas en el Perú. Los principales gefes de Ayacucho y de la sublevacion de Aznapuquio existen entre nosotros. La conducta de la mayor parte al regresar á la Península, sus servicios durante la época del despotismo, y los hechos posteriores durante la revolucion, han dado lugar á que se crea generalmente que existe una liga formada entre ellos para dominar en su patria bajo cualesquiera principios, á la que la odiosidad pública ha dado el nombre de aquella desastrosa batalla.

La historia los juzgará con la severidad á que se han hecho acreedores. Para contribuir á aquel juicio consignaremos aquí un estraño documento,

dejando á nuestros lectores el cuidado de comentarlo, omitiendo nosotros el hacer reflexion alguna sobre él por estar firmado por un general que pereció víctima de otra escandalosa insurreccion militar. El documento á que nos referimos es una carta escrita al Presidente Bolivar por el general Canterac, despues de la batalla de Ayacucho. Dice así: A. S. E. el Libertador de Colombia—Huamanga, Diciembre 12 de 1824— « Tan ardiente amante como soy de la gloria, aunque vencido, no puedo menos de congratular y felicitar á V. E. en la feliz conclusion y término de su espedicion al Perú, en el sangriento y bien disputado día de Ayacucho. Tomo esta oportunidad para tener el honor de ponerme á la disposicion de V. E, y saludarle en nombre de los *demas generales españoles*.—De V. E. afectísimo y seguro servidor Q. S. M. B.—José Canterac. » (*)

Antes de estos tristes acontecimientos, tres veces habia renunciado el general Pezuela el Virreinato, y otras tantas se le mandó que continuase en él, en los términos mas honoríficos, á pesar de haber ocurrido en España el extraordinario cambio de instituciones, y la variacion consiguien-

(*) *Galignanis Messenger* de 28 de Mayo de 1825.

te en la política del gobierno : tal era el elevado concepto que á este general le habian dado sus servicios.

Para no caer en manos de los insurgentes se vió obligado á embarcarse el 27 de junio de 1821 desde una playa desierta, en una miserable canoa de indios ; y trasbordado con mucho riesgo en alta mar á un buque extranjero , llegó al Janeiro sin mas equipage que el vestido puesto, y habiendo perdido en el Perú casi todo lo que poseia.

En 1824 fue impurificado , á pesar de que era notorio que los decretos vigentes no le sugetaban á purificacion, y de que tanto en España como en América los periódicos de entonces le designaban, á instigacion de sus enemigos , como desafecto á la Constitucion y á las ideas liberales. Conoció el Rey la imparcialidad é injusticia de la junta de purificaciones en aquel caso , y declaró *motu proprio* purificado al general Pezuela , dejando á salvo su derecho para recurrir contra quienes le hubiesen agraviado ; pero el noble carácter del general no se desmintió en aquella ocasion, perdonando y olvidando á sus perseguidores.

En 1825 fue nombrado Capitan General de Castilla la Nueva, y Presidente de la famosa junta

de purificaciones ; encargo que no podia menos de ser un escollo insuperable para un hombre de su moralidad y rectitud de principios. Reclamó contra el modo de proceder en aquellos juicios , pidió al Rey que se abandonase el camino de intolerancia y persecucion que se seguia , y manifestó que por aquellos medios no se calmarian las pasiones ni pacificaría el Reino ; pero el gobierno de aquella época , impulsado por el deseo de venganza del partido extremo que dominaba , oyó aquellas manifestaciones con acerbo disgusto y desconfianza , y trató de deshacerse de un hombre, cuyas máximas de gobierno no estaban en armonia con las suyas. No tardó en presentarse una ocasion oportuna. El coronel Ceberg , secretario de la junta y suizo de nacimiento , acusó al Capitan General de haber manifestado en junta plena la opinion de que todos los militares que no habian tomado parte activa y personal en los actos de las pasadas revueltas , y habian seguido constantemente sus banderas , debian ser purificados sin mas pesquisas ni dilaciones , y colocados en el ejército segun su mérito y servicios anteriores. Esta opinion, contra la que no parecia posible suscitar oposicion racional , fue el fundamento de la acu-

sacion de Ceberg y dió lugar á la inmediata destitucion del general Pezuela. Siguióse de aqui una larga causa sin mas resultas que la mencionada destitucion, conservando al coronel Ceberg en el puesto desde donde habia lanzado á su respetable gefe. (*)

Resignóse el General Pezuela, y se retiró enteramente de los asuntos públicos, persuadido de que su carrera en el mundo político estaba concluida. El Soberano no dejó de darle pruebas de benevolencia, y se dignó declarar por real órden de 26 de Junio de 1825 lo satisfecho que estaba de los brillantes méritos y conocidos sacrificios, que en defensa de su Corona habia prestado en todas épocas, y particularmente en la que con tanto celo, prudencia y pundonor desempeñó el delicado y espinoso cargo de Virey.

(*) El coronel Ceberg al oír al Presidente de la Junta esplicarse de la manera que hemos manifestado, se dirigió á él preguntándole arrogantemente: «¿Y qué haria V. E. con los gefes y oficiales que nos hemos unido á los cuerpos realistas ó al ejército auxiliar del Sr. Duque de Angulema?» El general le respondió con imperturbable calma: «Si proceden de los cuerpos que servian en el ejército constitucional, prenderlos y juzgarlos con arreglo á ordenanza.» Es necesario trasladarse á la época de persecucion de 1825 para conocer el mérito de estas manifestaciones.

El último tercio de su vida fue acibarado por disgustos y contratiempos, que abreviaron el término regular de sus días.

Murió el 16 de Setiembre de 1830, en Madrid, con la resignacion y piedad cristiana que le habia distinguido siempre en el curso de su vida. Fue religioso, humano, de puras costumbres, afable en su trato, y tan generoso, que teniendo una numerosa familia, entregó mas de 35,000 duros para mantener al soldado en los apuros del Erario. No dejó á sus hijos mas bienes de fortuna, que ejemplos de virtud que imitar, circunstancia que atendiendo á los muchos años que egirió elevados empleos en América, hacen en esta parte su mayor elogio.

Hemos bosquejado rápidamente la vida de un General dedicado por espacio de 55 años al servicio de su Rey y de su patria, y en vano hubiera sido exigir de un hombre de sus sentimientos, la participacion de las ideas que, por decirlo así, empezaron á progresar en España en la época en que él entraba ya en la senectud.

Los gefes que contra él se sublevaron, procuraron desacreditarle por cuantos medios podian, para minar y destruir su autoridad. Acusábanle

de no conocer los principios de la táctica moderna, ó si los conocia, de una oposicion sistemática y tenaz á ponerlos en ejecución. Empleado en América desde 1804, no habia hecho la guerra de la Península contra Napoleon, y de aqui pretendian una superioridad de saber y esperiencia sobre su Gefe, porque no habia visto las grandes maniobras estratégicas de los ejércitos del Capitan del Siglo. Pero el General Pezuela habia sido educado en el Real Colegio Militar de Artilleria, que era la mejor escuela de la Península, donde se sabia que la estrategia es tan antigua como el arte militar entre los hombres; pasaba en su cuerpo por un oficial muy instruido y aplicado, y tenia la esperiencia que dan las muchas campañas en que habia estado. Habia mandado en Gefe, y como hemos visto, obtenido señaladas victorias y dado muchos dias gloriosos á su patria, al paso que sus detractores é insubordinados subalternos, perdieron los paises que él habia conservado á la Metrópoli por tanto tiempo.







M. DE LA MENTANES.

Personajes celebres del Siglo XIX.

M. DE LA-MENNAIS.

«No tenemos que negar ninguna de nuestras palabras en cuanto son sinceras ; pero nos hemos equivocado muchas veces, y hasta gravemente. »

LA-MENNAIS.

Es preciso no exigir de los hombres ni de los entendimientos sino lo que pueden dar en cada época.

TUIERS—*Historia de la Revolución Francesa.*

Si la suerte te llevase alguna vez , amado lector , á París , y á la hermosa calle de Rivoli , formada con suntuosas casas tiradas á cordel , y te fuera dado hallarte enfrente de un hombre pequeño , sumido en una estensa bata de cuadros

azules; si vieras á este personaje, débil de cuerpo, de rostro pálido y flaco, marcado con un sello de sufrimiento y resignacion; si le vieras turbarse casi á tu aspecto, levantar de vez en cuando hácia ti sus miradas tímidas; hablando con una voz tan débil que apenas llega á tu oido, recogiendo unas veces sobre sí mismo, como sumido en una profunda meditacion, mirando hácia adentro, calzándose y descalzándose su chinel, ó tomando polvos sin cesar y á puñados de una gran caja; te costaria algún trabajo reconocer bajo aquella mezquina envoltura á uno de los mayores agitadores de nuestra época, un sacerdote que conmueve las masas sin otra palanca que su pluma, sin otro apoyo que su alma ardiente, y cuyas páginas, esparcidas por el mundo, escitan tantas tempestades como en otro tiempo las bulas fulminantes de Gregorio VII, las thesis facciosas de Lutero, ó en nuestros dias las descabelladas arengas de O'Connell.

Jamás nos pareció mas difícil el ser biógrafos que al pronunciar este nombre, en cuyo alrededor luchan admiraciones apasionadas, y fogosas enemistades. ¿Cómo trazar en pocas palabras, sin amor y sin odio, y de consiguiente con la

probabilidad de disgustar á todo el mundo ; las grandes metamorfosis de esta estraña figura de cenobita y de tribuno ? ¿ Con qué lazo unir á Mr. de La-Mennais, el católico ultramontano, con Mr. de La-Mennais, el heresiarca, el neo-cristiano ? ¿ Cómo sondear á Mr. de La-Mennais el absolutista, y á Mr. de La-Mennais el republicano ? al que escribia en 1808 : « La politica que sujeta el Soberano al pueblo y el poder al súbdito, es una política *absurda y criminal* » y el que escribia en 1835 : « En una sociedad libre, el poder, simple egecutor de la voluntad nacional, no manda, *obedecce* ? » ¿ Seria preciso explicar tan radical trasformacion por consideraciones mezquinas de orgullo lastimado, de ambicion burlada, de cólera ó de venganza ? Para los que conocen la austera simplicidad de este hombre, su despego de las cosas terrestres, y la pureza de su vida ; para los que saben que el autor del *Ensayo sobre la indiferencia* rehusó en otro tiempo cambiar su sotana de Cura por la púrpura de Cardenal, una solucion de esta clase pareceria una mentira, y una injuria á un mismo tiempo. Seria pues preciso buscar en regiones mas elevadas la causa de esta revolucion

intelectual, odiosa apostasia para los unos, sublime conversion para los otros, y que para nosotros no es mas que una demostracion grave y profunda de la accion incesante de los grandes hechos exteriores, sobre las ideas preconcebidas.

Bajo el punto de vista psicológico, la personalidad de Mr. de La-Mennais presenta tres distintas faces. Hay en ella el lado filosófico, el religioso, y el político. Ese triple pensamiento principia manifestándose al mundo bajo tres símbolos: en filosofia, el dogma de la razon general, la autoridad del género humano; en religion, la teocracia católica, la infalibilidad de la Iglesia; en política, la realeza de derecho divino, la legitimidad. Entre estos tres símbolos, estrechados primero por un poderoso pensamiento en una reunion forzada, hay lucha, lucha tempestuosa y complicada de influencias externas; la lucha se prolonga diez y siete años, desde el *Ensayo sobre la indiferencia* hasta las *Palabras de un Creyente*. El dogma filosófico vence por fin, absorbe en él sucesivamente á los otros dos, y los trasforma del todo: la realeza de derecho divino desaparece ante la soberania del pueblo; la inmovilidad católica cede el puesto al dato de

progresion cristiana, y se eierne sobre ambos, como una bandera, el gran principio de perfectibilidad indefinida del género humano; ese gigante que, segun las hermosas palabras de Mr. de Chateaubriand, « crece siempre, siempre, y cuya frente, remontándose hasta los cielos, no se detendrá sino á la altura del trono del Eterno. »

Habria materia para grave enseñanza del análisis de esos combates interiores, en el bosquejo de ese choque de ideas, cuyo campo de batalla es una vasta inteligencia, adolorida del gran mal-estar que agita al mundo social; pero un trabajo de esta clase, ademas de espantar nuestra debilidad, nos alejaría completamente del plan que nos hemos propuesto; nos contentaremos pues con aclarar en esta biografía los puntos principales, dejando al cuidado del lector, en cuanto posible sea, el deducir la sentencia moral, y resolver por sí mismo la cuestion de bien ó de mal, de verdad ó de error.

Roberto-Felicidad de La-Mennais, nació en San Maló, en Junio de 1782, de una familia de armadores, ennoblecida por Luis XIV. Perdió su madre muy jóven, y su padre, ocupado en cuidar de su comercio, y arruinado por el emprés-

tito forzoso y las presas de los Españoles , le dejó casi abandonado á si mismo desde su tierna edad. Educado en la soledad , privado de las caricias y cuidados maternales , que refrescan el alma y dulcifican el corazon , el jóven La-Mennais manifestó sin embargo desde un principio un ardor instintivo de saber , una escesiva petulancia de carácter , y un génio indomable. Despues de algunos inútiles ensayos , no pudieron hacerle aceptar otro maestro que una vieja ama de gobierno que le servia de madre , y que á fuerza de paciencia consiguió enseñarle á leer. A los nueve años le dió su hermano mayor Mr. Juan de La-Mennais las primeras nociones de latin; pero pronto , cansado del preceptor , el indómito escolar se empeñó en acabar solo su educacion á fuerza de diccionarios , y este método espeditivo le salió bien , pues á los doce años leia á Plutarco y Tito Livio. Por aquella época quedó al cuidado de un tio que vivia en el campo; y el buen hombre, no sabiendo cómo hacerlo, le encerraba para castigarlo dias enteros en su biblioteca; pronto se aficionó tanto á su prision el revoltoso escolar, que no queria salir de ella. La biblioteca tenia dos divisiones; en la una estaban reunidos

todos los libros peligrosos , heterodoxos , filosóficos etc. , y la llamaban el *infierno*. Habiase prohibido la entrada al jóven Roberto , quien por esta misma razon , se arrojaba de cabeza en el infierno , leyendo cuanto le venia á la mano , devorando con avidez á J. J. Rousseau , á la edad en que se juega al trompo ; y olvidando su almuerzo para seguir en sus escursiones místicas á Mallebranche. En un entendimiento de temple vulgar , semejante lectura indigesta y sin eleccion hubiera podido producir funestos resultados ; en Mr. de La-Mennais , al contrario , este flujo de sistemas contradictorios , sirvió solo para fortalecer la precoz madurez de su juicio , y para desarrollar poderosamente una predisposicion instintiva hácia los fervores religiosos , á las piadosas efusiones. Ciertas inteligencias , concentradas y espansivas á la vez , tienen el privilegio de recorrer desde quince años la escala de deducciones que conduce desde las cosas visibles á las invisibles , de las bellezas de la naturaleza á la grandeza de Dios. Mas adelante , cuando llegó la edad crítica , la de las pasiones , todo hace creer que aquella organizacion impresionable sufrió fuertes sacudimientos.

Después de aquel pasagero entorpecimiento, la fé religiosa de Mr. de La-Mennais se despertó mas viva y exigente; se apartó del mundo, se sumió con nuevo ardor en el estudio, para sacar de él alimentos de creencia; y á los 22 años, cuando hizo su primera comunión, tenia ya una vocacion decidida para el sacerdocio; en vano su padre se esforzó, á pesar de sus desgracias, por inspirarle afición á las operaciones comerciales; el jóven se conformó mientras llegaba el tiempo en que pudiera seguir sus instintos religiosos, y entró en clase de profesor de Matemáticas en el Colegio de San Maló. Por aquella época, en 1807, publicó una traduccion llena de dulzura y de gracia, el *Guia Espiritual*, pequeño libro ascético de Luis de Blois. Al año siguiente, en 1808, aparecieron las *Reflexiones sobre el estado de la Iglesia*. Este libro, primer grito de guerra dado por Mr. de La-Mennais contra la indiferencia religiosa, se distingue por una acritud de palabras, y un vigor de pensamientos llevados hasta la exageracion. Trátase alli al materialismo filosófico del último siglo con notable verbosidad de cólera y desden; y aunque el color político del libro era la glorificacion y apologia del despotismo, la po-

licia imperial se alarmó por algunas ideas atrevidas sobre la renovacion del Clero en Francia, y se apoderó de la obra. Poco despues , el año de 1811, se tonsuró Mr. de La-Mennais y entró en el Seminario de San Maló. La obra titulada *Tradicion de la Iglesia sobre la institucion de los Obispos*, que apareció en 1812, fue principiada alli, por Mr. de La-Mennais, en union con su hermano, Superior del Seminario, y acabada bajo las sombras de La Chenaie, pequeña posesion aislada á la entrada de un bosque entre Dinan y Rennes, donde mas adelante ha ido con frecuencia Mr. de La-Mennais á forjar nuevas armas para combatir lo que entonces defendia. La obra de que se trata, recomendable por su grande erudicion teológica, tenia por objeto refutar la opinion emitida por los Abates de Pradt, Gregorio, y Tabaraud, que sostenian que la eleccion de los Obispos no necesitaba para ser válida la sancion pontifical.

Despues de la publicacion de esta obra, Monsieur de La-Mennais pasó á Paris á principios de 1814. El astro imperial se oscurecia. Encerrado en un mal cuarto de la calle de Santiago, el desconocido y oscuro Diacono parecia adivinar de antemano que iba á agraudarse su papel; prepa-

rábase á saludar á los Borbones con un *viva*, y á Napoleon caido con un anatema. El *Memorial en derecho* que publicó contra el *Hombre sediento de crímenes*, verdadero en el fondo en lo relativo á la organizacion de la Universidad imperial, á la que mas especialmente atacaba, pero injusto en cuanto al Emperador, merece ser colocado entre los rencorosos opúsculos que aparecieron en aquella época de trastorno y de pasiones, en que se cuidaba mas de herir fuertemente que con justicia. Cuando los *Cien Dias*, la llegada repentina de aquel á quien acababa de ultrajar, le inspiró sérios temores, y juzgó prudente pasar á Inglaterra. A su llegada á Londres, el pobre breton se hallaba desprovisto de todo recurso; nacido en la misma calle que Chateaubriand, tal vez en su destierro se refugió en el mismo arrabal, donde se ocultaba diez y seis años antes el autor de los *Mártires*.

Provisto de una carta de recomendacion para Lady Jerningham, hermana de Lord Stafford, el futuro tribuno sacerdotal fue á solicitar humildemente un empleo de preceptor; y la noble dama, despues de haberlo mirado de los pies á la cabeza, lo despidió, por el juicioso motivo de

que tenia *el aire demasiado tonto*. Mr. de La-Mennais se complace en contar esta anécdota; y puede creerse que si Lady Jerningham vive aun, piensa en el dia sin duda que dista mucho el aire de la cancion. Despedido de aquel modo, tuvo Mr. de La-Mennais la felicidad de encontrar un asilo junto al Abate Caron de Rennes, que dirigia entonces un Colegio de jóvenes emigrados, cerca de Lóndres. Allí permaneció siete meses, desempeñando las elevadas funciones de maestro de estudios. A su vuelta á Paris, entró primero en el Convento de monjas Fulenses, que abandonó despues por el Seminario de San Sulpicio. No permaneció allí mucho tiempo, pues incapaz de doblegarse á la rigidez de la regla, se ausentó bruscamente de él, y volvió á las Fulenses. Por último, en 1816, á la edad de 34 años, fue á ordenarse de Sacerdote á Rennes, y regresó á las Fulenses para concluir el primer tomo del *Ensayo sobre la indiferencia*, que apareció en 1817. Hemos llegado al primero y mas luminoso punto de esta carrera tempestuosa; Mr. de La Mennais atravesaba de repente con paso de gigante el abismo de iniciaciones dolorosas, que separa la oscuridad de la gloria. Aquel genio poderoso,

como desparramado hasta entouces, acababa de concentrar todos sus rayos; y en un solo dia, el humilde Sacerdote se encontraba, como ha dicho uno de sus discípulos (*) revestido del poder de Bossuet.

Cuando apareció el *Ensayo sobre la indiferencia*, las deliciosas páginas del *Génio del Cristianismo*, habian contribuido ya poderosamente á depurar el cuerpo social, arrojando á la incredulidad de las regiones del corazon; pero la serpiente se habia refugiado en el cerebro, y desde alli, circuida de un enorme muro de falsa erudicion y de filosofismo, desafiaba á todos los ataques. Mr. de La-Mennais emprendió forzarla en su guarida; y armado de un estilo de gran nervio y de una lógica de hierro, pronto hubo desecho todo aquel aparato de ciencia, y causado al enemigo una herida mortal. Su libro fue como un trueno; el antiguo Vaticano tembló de alegría sobre su base; la Europa se conmovió, y se espantó el *Constitucional*. Sin embargo, aquel primer tomo, esclusivamente polémico, despues de haber taladrado los argumentos de la incredulidad, dejaba aun

(*) Lacordaire. - *Consideraciones sobre el Sistema filosófico de Mr. de La-Mennais.*

sin solucion el gran problema de la Fé ¿Dónde estaba su origen? ¿Cómo lograr discernirlo? Unido ya á las notabilidades monárquicas de la época, y arrastrado tambien á la arena política, Mr de La-Mennais, que defendia entonces en el *Conservador* la alianza del Trono y del Altar, hizo esperar durante dos años la continuacion de su obra; al fin apareció el segundo volumen, y dividió violentamente los espíritus. Mr. de La-Mennais, innovador atrevido, intentaba reconciliar dos potencias hasta entonces enemigas, la filosofía y la religion Rechazando el sistema de Descartes, edificado sobre la evidencia y la razon individual, subia á la corriente de los siglos, seguia paso á paso la trasmision de la verdad al través de ellos, y fundaba la certitud en la autoridad del género humano; despues analizaba la tradicion humana, la aproximaba al dogma católico, establecia su perfecta concordancia, y llegaba á concluir, que la verdad catolica se deduce no solo de la revelacion sino tambien de la autoridad tradicional del género humano

Este nuevo sistema, al que llamaba Mr. de La-Mennais la filosofia del sentido comun, encontró, especialmente en el alto clero, fuertes an-

tipatías. Mezclar de este modo la filosofía con el catolicismo , cuando el catolicismo no gusta de la filosofía, y cuando la filosofía pretende absorber el catolicismo , era una empresa atrevida y llena de peligros ; de temer era que la inflexibilidad del dogma revelado se sublevase contra el sospechoso auxiliar que se le pretendia unir , y que Mr. de La-Mennais se viese precisado á optar entre dos sistemas rivales. La Sorbona, depositaria de las viejas tradiciones , pensó en combatir esta nueva invasion del racionalismo ; mientras disponia sus armas , Mr. de Bonald escribia al autor del *Ensayo : dejad vocear á todas estas ranas* ; y la parte vivaracha de la Iglesia acogia con trasportes de júbilo esta teoria brillante , que le parecia destinada á rejuvenecer un dogma envejecido. Mr. de La-Mennais publicó sucesivamente una defensa de su sistema, y otros dos volúmenes destinados á corroborarlo. En estos dos últimos libros dió muestras Mr. de La-Mennais de una espantosa erudicion ; descubridor infatigable , acumuló los textos , pasó revista á todos los siglos , á todos los pueblos , á todos los lugares , y reuniendo las esparramadas tradiciones de cada fraccion de la humanidad , formó con ellas

la haz colosal de la tradicion humana. Concluida en 1824 aquella grande obra , el sacerdote católico pasó á Roma á deponer su obra á los piés del Santo Padre. Recibido con bastante frialdad por los miembros del Sacro Colegio, encontró Mr. de La-Mennais en el Papa Leon XII un admirador y un apoyo : el Pontífice , que tenia en su oratorio el retrato de aquel á quien llamaba el último Padre de la Iglesia , le ofreció el capelo de Cardenal ; pero Mr. de La-Mennais, presintiendo tal vez ya las futuras tempestades, rehusó aquella elevada dignidad y solo empleó su favor para hacer nombrar á la Nunciatura de Francia al Cardenal Lambruschini , convertido despues en uno de sus mas eucarnizados enemigos.

De vuelta á Francia , despues de haber publicado una traduccion sencilla de la Imitacion de Jesucristo , pronto llegó Mr. de La-Mennais á la primera faz de esta revolucion interior de que ya hemos hablado. El ministerio Villele , á cuyo encumbramiento habia contribuido con todas sus fuerzas , perdia su valor á sus ojos ; repugnaban á su alma, que no puede estar poseida moderadamente de un sistema, las pequenezes y sutilezas del gobierno ; las mezquinas exigencias de las

pandillas políticas iban á chocar contra aquella naturaleza indisciplinable; Mr. de La-Mennais creyó escuchar la voz de Dios, principió por despojarse de la fé monárquica, y se arrojó violentamente en el ultra-montanismo. Su obra de *La Religion considerada en sus relaciones con el órden civil y político*, fue una declaracion de guerra á las libertades de la iglesia galicana. Atacaba en ella fuertemente la declaracion de 1682 que las consagra, y se esforzaba por de pronto, esperando mejor ocasion, en establecer la supremacia absoluta del Papa en el órden espiritual. Acusado por este último libro ante el tribunal de Policia Correccional, fue defendido Mr. de La-Mennais por Mr. Berryer y condenado á 26 francos de multa; con motivo de aquel proceso fue cuando pronunció sus famosas palabras: « Sabreis lo que es un Sacerdote. » En 1829 publicó su obra de los *Progresos de la Revolucion y de la Guerra contra la Iglesia*; y cuando estalló la Revolucion de Julio, la saludó como la aurora de una república universal que soñaba ya, pero con la supremacia del Papa, y por las vías católicas. No contento Mr. de La Mennais con soñar, se esforzó en trabajar para la realizacion de su sueño;

se rodeó de una falange de discípulos jóvenes ardientes y decididos; el abate Gerbit le llevó su pluma mojada en unción evangélica; el abate Lacordaire su elocuencia de grandes imágenes y de colores vivos; Mr. de Montalambert su talento de un gusto elevado y la influencia de su posición; todos emprendieron intrépidamente la obra de reconstrucción social, y en los primeros días de Setiembre de 1830 se fundó *El Porvenir*, para que sirviera de órgano á los intereses católicos unidos á los liberales: « Vuestro poder se pierde, y con él la fé, decía *El Porvenir* al pontificado. ¿Queréis salvar uno y otra? Unidlos ambas á la humanidad, tal cual la han hecho diez y ocho siglos de cristianismo. Nada hay estacionario en este mundo; reinasteis sobre los Reyes, y despues los Reyes os han sugetado. Separaos de los Reyes, tended la mano á los pueblos, que ellos os sostendrán con su robusto brazo, y lo que vale mas aun, con su amor. Abandonad los terrestres restos de vuestra antigua grandeza arruinada, rechazadlos con el pie como indignos de vos. » (*)

Este modo atrevido y nuevo de devolver al catolicismo una popularidad perdida, tuvo comple-

(*) *Asuntos de Roma*, pág. 26.

to éxito entre el bajo clero y las clases inferiores. El pueblo oía por primera vez á jóvenes levitas hablarle de libertad y de progreso social; veíales tomar la iniciativa en las cuestiones mas espinosas, abordarlas sin recelo, proseguirlas hasta sus últimas consecuencias; veía dos Sacerdotes y un Par de Francia constituirse maestros de escuela de su propia autoridad, y reivindicar la libertad de la enseñanza en la barra del tribunal mas elevado del reino. El pueblo veía todo esto; no comprendía la intervencion del Papa en aquel asunto; pero como era cosa muy nueva, la aplaudía.

Por la misma razon, los altos dignatarios de la Iglesia francesa, fulminaban mandamientos contra aquella demócracia de sotana, y solicitaban vivamente de la Santa Sede una bula de censura. En Roma no sabian cómo habian de cerrar la boca á amigos fogosos, que querian absolutamente dotar al Papa de un poder espantoso. Ocho siglos antes, el ambicioso Hildebrando se hubiera arrojado al estello de los redactores del *Porvenir*; pero Gregorio XVI hacia poco caso del agitado papel de dictador republicano; y sin embargo, á pesar de su poca simpatia por aquellas

atrevidas doctrinas, retrocedia ante una condenacion. Para salir de todas sus incertidumbres, anunció Mr. de La-Mennais que suspendia su periódico, y que el mismo iba á buscar á Roma una sancion ó una censura. Aquel viaje no tuvo al principio resultado alguno. Despues de muchas tentativas inútiles para conseguir una decision formal, Mr. de La-Mennais se habia decidido á regresar á Francia, anunciando su resolucion de volver á principiar sus trabajos, cuando al pasar por Munich recibió la famosa carta encíclica de 15 de Agosto de 1832, en la cual el Papa condenaba de la manera mas clara y positiva, aunque sin designarlas, las doctrinas del *Porvenir*. De regreso á Paris, Mr. de La-Mennais se apresuró á someterse, declarando que el periódico no saldria mas, y que quedaba disuelta la Agencia general para la defensa de la libertad religiosa.

Hecho esto, el vigoroso atleta dejó un momento la arena, pero era para volver pronto á ella. El Papa, poco satisfecho con la precedente declaracion, exigia ademas una adhesion absoluta á la encíclica: y como la encíclica llamaba á la libertad de conciencia *una máxima absurda, un delirio*; á la libertad de la imprenta, *una liber-*

tad funesta, de la cual no se podría tener bastante horror; y á la resistencia al Príncipe *un crimen*; Mr. de La-Mennais, poco convencido de la exactitud de aquellas calificaciones pontificias, repugnaba sancionarlas con su firma; por último, después de muchas contestaciones y correspondencias, cuyos detalles serian demasiado largos; después de una primera adhesion juzgada incompleta, y de una segunda considerada perversa por sus reservas, Mr. de La-Mennais se decidió á adherir *pura y simplemente*, « convencido, decia al Arzobispo de Paris, que firmando aquella declaracion firmaba implícitamente que el Papa era Dios, y dispuesto á firmarlo explícitamente con tal de tener paz. » Tan brusca sumision encubria una sublevacion.

Mr. de La-Mennais, vencido en la apariencia, robustecia misteriosamente sus fuerzas en la soledad de La Chenaie, y se preparaba á dar el terrible grito de guerra que resonó de un extremo á otro de Europa. *Las palabras de un Creyente* se publicaron en Mayo de 1834. Al aparecer aquel manifiesto, arrojado bruscamente en nombre de Dios á la cara de los poderes de la tierra, hubo en el mundo una esplosion igual de

entusiasmo y de anatemas. Al mismo tiempo que Gregorio XVI, en una nueva encíclica de 7 de Julio, reprobaba y condenaba aquel libro, *pequeño por su volumen, pero grande por su perversidad*, el partido revolucionario tendia la mano al desertor de la Iglesia, y le proclamaba *animoso, nuevo, grande, sublime, el solo sacerdote de la Europa*. (*) No es de este lugar decir nuestra opinion, ni sobre la exactitud mas ó menos disputable de la crítica y del elogio, ni sobre el valor intrínseco de esta marsellesa bíblica: como obra de estilo y de poesia, es sin disputa un buen libro; como obra de verdad y de razon, ya es otra cosa.

Mr. de La-Mennais, despues de haber sido católico ultra-montano y ultra monárquico, no podia ser domócrata á medias. Si hay hombres que dirigen y dominan su pensamiento, hay otros tambien á quienes él domina y arrastra. Mr. de La-Mennais es de estos últimos: una vez despojado de su trage de Sacerdote, y sumergido en el rio cenagoso de las pasiones políticas, Mr. de La-Mennais ha seguido su corriente. Hombre de

(*) Lerminier, *Revista de los Dos Mundos*, 1834.

meditacion y de soledad, se ha entregado á una vida de agitacion y de combate; hombre de dulzura y de paz, ha exhalado gritos de odio y de guerra; nuevo Pedro el *ermitaño*, ha ido por el mundo predicando en todas partes la gran cruzada de los pueblos contra los Reyes. Sin embargo, á medida que Mr. de La-Mennais adelanta en la difícil carrera que ha elegido, parece que su pensamiento principia á perder un poco de aquel arrebatado furioso y desbocado con que principió. Bajo este punto de vista, la obra titulada *Asuntos de Roma*, y publicada dos años despues de *Las palabras de un Creyente*, merece una seria atencion. Hay mucha acritud en aquel libro; pero hay tambien mucha tristeza, mucha dulzura, mucho sufrimiento, algo que se parece á un pesar. Parece como si cansado de su impetuosa carrera, Mr. de La-Mennais hubiese querido detenerse un instante entre su pasado y su porvenir, para echar una última y melancólica mirada sobre sus creencias de otros tiempos, muertas en el dia, enterradas. En medio de Roma, esa gran ruina, en el fondo del Convento de los Teatinos, el atleta descansando pensó mas de una vez en la felicidad de una vida tranquila, á la

sombra de un claustro , y á la vista de Dios.

El *Libro del Pueblo* , que siguió despues , es una especie de catecismo popular , en el que Mr. de La-Mennais se esfuerza por elevar al pueblo á la altura de la mision que le llama á desempeñar; al lado de algunas páginas rencorosas , hay otras en donde la mas consoladora y pura moral adopta las mas graciosas formas. En su última produccion , titulada *De la Esclavitud moderna* , Mr. de La-Mennais se empeña en establecer , violentando muchas veces la historia , que el proletario del dia está mas sugeto , mas incomodado , y es mas miserable que el esclavo antiguo y el siervo de la edad media. La primera mitad del libro es furibunda : « ¡ Pueblo , pueblo , despierta al fin ! esclavos , levantaos , romped vuestras cadenas ; no sufráis que se degrade por mas tiempo en vosotros el dictado de hombre. » (*) Antes de correr á las armas , vuelva el pueblo la hoja , y encontrará dichosamente en lo que sigue la refutacion absoluta y radical de lo que antes ha leído.

» Sabed primero , y no lo olvideis nunca , dice

(*) *De la Esclavitud moderna*, pág. 62.

Mr. de La-Mennais, (*) que en ninguna época es posible mas que lo que está maduro en los espíritus, lo que preparado poco á poco ha llegado á ser objeto de general deseo; que toda reforma que aparece como *un trastorno radical de las cosas existentes*, la destruccion de lo que aun tiene en las ideas, en los hábitos, en las costumbres, en la opinion verdadera ó falsa de las masas profundas raíces, fracasa siempre; que *por lo mismo nada hay mas pernicioso que los sistemas puramente de imaginacion, en especial si presentan un desagradable carácter de absoluta rigidez*; que las teorías disputadas, aun cuando lo sean sin razon; las teorías que repugnan al mayor número, las especulaciones económicas y filosóficas, son inaplicables, á lo menos por ahora. *Su efecto es espantar y detener en una sensible inercia aun á los hombres mejor dispuestos, cuya cooperacion seria la mas útil, y algunas veces la mas indispensable.* » Recomendamos estas líneas, llenas de juicio práctico y de elevada razon, á todos aquellos cuyo entendimiento pueda haberse perturbado por la frenética poesia de las *Palabras de un Creyente*. El génio es como la lanza de

(*) De la *Esclavitud moderna* pág. 62.

Aquiles, y nadie mejor que él puede curar las heridas que ha hecho. (*)

Los escritos de Mr. de La-Mennais, en especial los de la última parte de su vida, estan llenos de contradicciones de esta clase, y ellas solas bastarian para probar su completa buena fé. Estamos convencidos de que cuando Mr. de La-Mennais toma la pluma para dar la señal general del combate, hay en él una especie de lucha; una organizacion tierna y mística forcegea oprimida por una voluntad fogosa; la cabeza dice sí, y el corazon dice no, pero triunfa la cabeza; vacila el apóstol, y es arrastrado por el tribuno; tiene el alma de S. Agustin y de Bruto, pero domina la de Bruto; y Mr. de La-Mennais, el sacerdote demócrata, se parece mucho al belicoso prelado de la edad media, que en la batalla de Bouvines no queria otra arma que una maza, porque su religion le prohibia derramar sangre, y que en lo mas recio del combate, bendecia con una mano á los numerosos enemigos á quienes golpeaba con la otra.

(*) Compárese sobre todo el pasage citado con la reciente produccion, titulada *El pais y el Gobierno*, y véase si Mr. de La-Mennais no es el mas rudo adversario de si mismo.

Falta ahora señalar cual es hasta aquí la última palabra de Mr. de La-Mennais en religion y en política. Después de haber pedido en un principio la separacion absoluta de la Iglesia y del Estado, luego la dominacion de la Iglesia sobre el Estado, nos parece que Mr. de La-Mennais desea ahora la fusion de la Iglesia en el Estado. Ha roto para siempre con el dogma católico; declara que « el Cristianismo envuelto en el día bajo la capa material que le cubre como un sudario, volverá á aparecer con el esplendor de su vida perpétuamente jóven, y que el Mundo no formará mas que una sola ciudad, que saludará á Cristo como su supremo y último legislador. » (*) Es en otros términos el mismo pensamiento formulado por Mr. de Lamartine bajo el nombre de *Cristianismo legislado*.

En política, Mr. de La-Mennais es tal vez uno de los radicales modernos mas avanzado; pues llama al pueblo con alta é inteligible voz, á ejercer directamente y al momento su soberania, á constituirse, con la igualdad absoluta por dogma, y por forma de gobierno la república.

Fácil es conocer que no pretendemos discutir

(*) *Libro del Pueblo.*

en tan cortas páginas tan grave cuestion; sin- embargo, creemos de nuestro deber reasumir en pocas palabras, con todo el respecto que profesamos á la persona y al talento Mr. de La-Mennais, las impresiones que nos ha causado el concienzudo estudio de su sistema.

Que el movimiento ascendente de las cosas humanas, que el desarrollo siempre en aumento de la industria y de las luces, que las lecciones de lo pasado, que las agitaciones del presente, que todo esto sea el seguro presagio de una grande trasformacion social; que un mayor número de individualidades inteligentes tengan naturalmente por consecuencia un reparto mas igual de derechos políticos; que la clase media, entonces mas especialmente depositaria de los intereses generales, deba un dia abrir sus filas al pueblo y formar con él una grande y hermosa unidad social; que en una palabra, el advenimiento al poder de la democracia pura esté en el porvenir, es un pensamiento lógico y comun á casi todos los hombres eminentes de la época, desde S. Simon, hasta Chateaubriand, desde Beranger á Lamartine.

Pero que el pueblo . tal cual es en el dia, ó

mas bien tal cual lo entiende Mr. de La Mennais, es decir, todo el que no posee y todo el que es ignorante, sea llamado bruscamente á poseer y ejercer al momento una accion en el gobierno; que la soberania del pueblo, que no puede ser mas que una soberania *sabiendo lo que se hace*, llegue á ser la soberania de la fuerza brutal y del número, es un sistema que nos parece tan falso en principio, como fecundo en funestos resultados.

Y no se diga que creamos fantasmas para tener el placer de destruirlos; pues sino es el primer pensamiento de Mr. de La-Mennais, no puede negarse por lo menos que es la consecuencia precisa de su polémica.

Vuélvase á ver los cuadros que Mr. de La-Mennais presenta del mundo exterior, cuadros lúgubres que parecen trazados bajo la influencia de una pesadilla, y se verá siempre en ellos dividida la sociedad en dos clases de hombres: víctimas sin número, y algunos verdugos; por una parte una imperceptible minoria, soberbia, insolente, sanguinaria, viviendo torpemente en la indolencia y el placer; por otra una mayoria inmensa, *pálida, enfermiza, estenuada, tiranizada*

martirizada, y muriéndose de hambre. El infierno del Dante es un paraíso comparado con ciertas páginas de Mr. de La-Mennais. ¿Si hay en esto poesía, hay verdad? Podemos declarar que jamás hemos encontrado un solo proletario dispuesto á dejarse tenacear ó hacer pedazos por el capricho de otro; nos ha parecido, Dios sea loado, que el número de los que se mueren de hambre disminuye todos los días. Sin duda alguna existen todavía debajo del cielo muchas deplorables miserias; sin duda dista mucho todavía el pueblo de la prosperidad que le reserva el porvenir; ¿pero debe buscarla en el prematuro y peligroso ejercicio de los derechos políticos, que apenas comprenden, ó en el tranquilo desarrollo de la industria? ¿en el club ó en la escuela, en el *Contra-Social* ó en la *Ciencia del hombre de bien, Ricardo*? Para nosotros la cuestión no es dudosa; dése al pueblo bienestar, saber y moralidad, y no se le dé pasión, pues no la necesita y tiene de sobra; en cuanto á la iniciativa política, la adquirirá por sí mismo, el día que esté en estado de ejercerla.

Y además, esa clase media á quien Mr. de La-Mennais acusa con tanto furor de monopolizar to-

dos los derechos sociales ¿ no sale sin cesar de las filas del pueblo? ¿ no se vé todos los días al jornalero pasar á ser maestro , y al artesano, hacendado? ¿ se pierde ya acaso en la noche de los tiempos el origen de los grandes varones de las tiendas; y puede jamás llegar á ser otra cosa la igualdad absoluta que tan ardientemente reclama Mr. de La-Mennais , que la libre concurrencia de todos á todo , en la facultad dada á cada uno de ser todo lo que puede ser? No pretendemos decir por esto que esta facultad, reconocida de derecho , existe de hecho en toda su plenitud; no desconocemos los obstáculos de todas clases que detienen todavia el movimiento ascendente de las superioridades; pero al fin está abierta la lucha para todos , y entre las dificultades del día y la imposibilidad de otros tiempos, hay un abismo.

En resumen , nos parece que Mr. de La-Mennais ha faltado á su objeto , traspasándolo; el pueblo no es solo la extrema miseria y la ignorancia extrema; el pueblo, es el agricultor, el artesano, el soldado, el hombre acomodado, el industrial, el abogado, el médico, el artista, es todo el mundo. Llámese el Gobierno *Monarquía ó República*, la soberanía del pueblo jamás

será la soberanía egercida por todos sobre todos, sino la soberanía delegada por una mayoría *competente*, á uno ó á muchos, para ejercerla en el interes de todos. La supremacía social no es asunto de números, no se cuenta; se manifiesta, se experimenta, está en el órden, y la peor de todas las tiranías seria la de una mayoría ininteligente, si fuese posible. Asi pues, cuando Mr. de La-Mennais, arrastrado por un sentimiento laudable en el fondo, grita á los proletarios: «¡ Levantáos, contad vuestros opresores, sois mil contra uno, á vosotros os pertenece el Gobierno!» el ilustre escritor cree ser demócrata, y á nosotros nos parece que es simplemente *demagogo*.

Sin embargo, Mr. de La-Mennais, á pesar de la exageracion de sus deseos, de sus tristezas, y de sus cóleras, no deja de ser una de las inteligencias mas grandes, y uno de los corazones mas nobles de estos tiempos. Cuando la indiferencia domina en todas las almas, cuando las individualidades se aíslan y envuelven en un odioso manto de egoismo, cuando prevalece la innoble máxima de *cada uno para sí*, gusta ver á un hombre que padece, con los padecimientos de los demas, que se embebe en los dolores del pueblo,

que los agranda desmedidamente con el pensamiento, cual si quisiera imponerse un pesar mas vivo; que se esfuerza, aun engañándose, por remediarlos, y que conserva casi solo, en medio de la general apatía, el celo de la caridad, la energia de la voluntad, y los tesoros de la fé. En la penosa y lenta marcha de la humanidad hácia el porvenir, este Sacerdote se ha colocado en la vanguardia. Impetuoso, incansable, fija la vista en el punto luminoso que anhela alcanzar, corre sin descanso, combatiendo los sistemas que le conducen hasta que caen rendidos; y entonces variando de sistema sin variar de ruta, prosigue su rápida carrera. ¡Al jinete que tiene prisa de llegar, qué le importan los caballos que deja muertos detrás de sí!



Indice de las biografias contenidas

EN EL

TOMO TERCERO.

FERNANDO VII

LORD BYRON.

LUIS FELIPE I.

ZUMALACARREGUI.

MR. LAFFITTE.

D. JOSÉ DE MAZARREDO.

D. VICENTE LOPEZ.

BERNADOTTE (CARLOS XIV.)

D. RAFAEL ESTEVE.

MR. CANNING.

D. JOAQUIN DE LA PEZUELA.

MR. DE LA-MENNAIS.

ERRATAS IMPORTANTES.

<i>Biografías.</i>	<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
D. V. LOPEZ.	12	13	sobre una mesa	sobre una nube.
D. R. ESTEVE.	10	25	agricultura	arquitectura.

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL

SIGLO XIX.

2.8610 X IV - 571

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL SIGLO XIX.

POR

UNO QUE NO LO ES.

La biografía es el arte de reunir el personal de la historia, de las ciencias, de las letras, de las artes y de la sociedad...

J. NORVINS.



TOMO IV.

MADRID,

IMPRENTA DE D. FERNANDO SUAREZ,
PLAZUELA DE CELENQUE, 3.

1843.



PIO VIII.

Personajes célebres del Siglo XIX.

EL PAPA PIO VII.

« Independiente la Iglesia en su cabeza de todo poder terrenal, se halla en estado de ejercer con mas libertad y para el bien comun la celestial magistratura de gobernar las almas, manteniendo igual la balanza en medio de tantos imperios muchas veces enemigos, y conservando así la *unidad* en todo el cuerpo social, ya por sus decretos inflexibles, ya tambien por sabias condescendencias. »

BOSSUET.

Las vicisitudes políticas de la Francia, completamente sumerjida en los furores de la anarquía, despues de la muerte de Luis XVI; el espíritu irreligioso de los filósofos del siglo XVIII, que por todas partes habia invadido la Europa, y el lastimoso destierro en que habia muerto

Pío VI, dieron á conocer cuán importante era colocar en la Cátedra pontificia un hombre anticipada y ventajosamente conocido por su capacidad, por su mausedumbre y por la santidad de su vida. Por esta razon estaba sumamente ajitado, é incierto el Cónclave de Cardenales reunido en Venecia, sin acertar á decidir quien podria con mas tino y seguridad dirigir la nave de S. Pedro. Pero despues de una larga deliberacion de tres meses, y gracias á la elocuencia de Monseñor Consalvi, y al crédito de que gozaba como profundo conocedor de los hombres, quedó elegido Papa el Cardenal Gregorio-Luis-Barnaba Chiaramonti, hecho Príncipe de la Santa Iglesia (*) en el año de 1785, por el difunto Pontífice Pío VI, á quien le unian relaciones de parentesco.

Tristisima era por aquel tiempo la situacion de Roma, como que se encontraba sin gefe alguno, devorada por las facciones y amenazaba por todas partes por tropas extranjeras. Manifestábanse contrarios á la tiara algunos partidarios de las reformas francesas; otros mas prudentes y entendidos, querian mantenerla y respetarla

(*) Título que se dá en Roma á los Cardenales.

no tanto por un espíritu religioso, cuanto porque consideraban, no sin razón, que la salvación de la Italia en tan difíciles y lamentables circunstancias, dependía en gran parte de la existencia de un sábio Pontífice, que reasumiendo en sí el poder espiritual y temporal, pudiese crear una autoridad respetable, así para los Monarcas como para los pueblos de la cristiandad. Solo de esta manera juzgaban hacedera la obra de refrenar la ambición de los Príncipes, y proteger la debilidad de los súbditos, como efectivamente sucedió muchas veces en la edad media, cuando apenas existían mas leyes que el capricho y la fuerza. Entonces los soberanos Pontífices levantaban con su poder los cimientos del derecho público de Europa, arreglando por sí mismos las disensiones que nacían entre los pueblos y los Reyes. (*) La elección de Pio VII dió nuevo aliento á esperanzas tan lisonjeras, porque el nuevo Pontífice disfrutaba tan alto concepto por su talento como por su virtud. Nacido en Cesena el año de 1742, vistió en edad muy tierna el hábito de S. Benito, y profesó solemnemente el año de 1758 en el convento de Santa Maria de la

(*) Véase de Maistre en su obra *Del Papa*.

misma ciudad. Comenzó sus estudios teológicos en Pádua, y habiéndolos concluido despues en Roma, en el colejio de S. Anselmo, enseñó en él teología por espacio de nueve años y con gran reputacion, hasta que fue nombrado Abad de su Orden por el Pontífice Pio VI. Entonces fue cuando el nuevo Prelado principió á señalarse muy ventajosamente entre los religiosos, por la caridad y dulzura de sus costumbres, virtudes que resaltaron en él con mas brillantez desde que fue á ocupar el Obispado de Tivoli, y despues cuando pasó á el de Imola al recibir la púrpura cardenalicia. Habiendo sido elegido Papa el 14 de Marzo de 1800, y tomado el nombre de Pio VII, en memoria de la proteccion con que siempre le distinguió su ilustre predecesor, fue consagrado en la Iglesia de S. Jorge en Venecia, y dos meses despues se encaminó á Roma. El 21 de Junio entró en Ancona, y fue recibido con salvas de artillería, haciendo la escuadra rusa, estacionada á la sazón en el puerto, el saludo imperial; porque el Czar Pablo I habia mandado espresamente que se tributasen al Papa los mismos honores que á su persona. Un gran número de habitantes de aquella ciu-

dad desengañaron los caballos del coche del Papa, y atando unas cuerdas guarnecidas de cintas de colores, le condujeron al palacio del Cardenal Rauuzzi, que esperaba con impaciencia al nuevo gefe de la Iglesia. Al dia siguiente celebró misa Pio VII en el altar de la Virgen de San Ciriaco, y marchó á Loreto. Entonces un Comisario austriaco declaró al Pontífice que Su Magestad el Emperador de Austria habia recobrado los Estados del Santo Padre, con el único objeto de restituírselos. Finalmente el Papa apresurando su marcha entró en Roma el dia 3 de Julio, recibiendo las mas señaladas muestras de contento y adhesion. Los Romanos en la *plaza del pueblo* y en el mismo sitio en que presentaron una corona al general francés Berthier, dispusieron un magnifico arco triunfal, bajo del cual paso S. S. antes de entrar en la calle del *Corso*; recibieron con la mayor alegria al nuevo Pastor como que de él aguardaban el remedio de sus males. No les engañó esta esperanza.

Campeaba por la ciudad entonces una desenfadada soldadesca de Napolitanos y Tudescos, que se permitian toda clase de vejaciones y desafueros. Pio VII apoyado en su autoridad y con-

duciéndose con gran tino y prudencia, logró reprimir la militar licencia y restablecer el orden público. No bastándole con esto, promulgó el 30 de Noviembre de 1800 la bula *Post diuturnas*, en la cual establecía sábios reglamentos en beneficio de la industria agrícola y comercial, que libres desde entonces de trabas perjudiciales, comenzaron á progresar como nunca.

Vencedor y heuchido de gloria Napoleon en el campo de Marengo, y calculando ya acaso el gran proyecto de ceñir á su frente una corona, no se le ocultó que podría llegar á tener necesidad del Supremo Pontífice, para llevar á efecto el plan que meditaba. Por lo cual se dirigió á Pio VII por conducto del Cardenal Spina, solicitando un Concórdato con la Francia, del que esperaba felices resultados, no solo porque ya era conocida la moderacion y tolerancia del Sumo Pontífice, sino tambien porque el mismo Napoleon habia recibido pruebas de ellas, cuando por el tratado de Tolentino en 1797, fué incorporada á la república Cisalpina la diócesis de Imola, de que era entonces obispo Pio VII. En aquella ocasion se condujo este, no como un fraile fanático, sino como un verdadero sucesor de los apóstoles. Por

este tiempo dió á luz una famosa Homilía, en la cual á los sentimientos de la religion mas pura, unia los de la mas digna tolerancia; pues claramente decia, que el único objeto de la religion es abrir las puertas del Cielo, sin que tenga nada que ver con el gobierno temporal, cualquiera que sea, monárquico ó democrático. Hé aqui las mismas palabras de la Homilía: *Queridos hermanos, la forma de gobierno democrática adoptada entre nosotros, no se opone á las máximas espuestas arriba, ni repugna al Evangelio; al contrario, exige todas las virtudes sublimes, que únicamente se aprenden en la escuelas de Jesucristo, y que religiosamente practicadas por vosotros formarán vuestra felicidad la gloria y el espíritu de vuestra república. Sea el sólido fundamento de vuestra democracia la virtud sola, y fortificada con los preceptos del Evangelio, esa virtud que perfecciona al hombre y le dirige al supremo fin, el mejor de todos, etc.* (*) Esta Homilía cuya aparicion causó mucho ruido, se tradujo al francés, al alemán, al inglés y al español. Algunos faná-

(*) Vida, reinado, peregrinacion y muerte de Pio VII, por Artaud, traduccion de Justino Mantuano, t. 1, pág. 51.

ticos adadores del despotismo han acusado por ella al obispo de Imola ; otros creyendo favorecerlo , dicen que no salió toda de su pluma ¡ Miserias de unos y de otros ! la Homilía fué enteramente obra del obispo de Imola , no solo porque así lo han asegurado personas de autoridad , sino porque los sentimientos que contiene , dignos de la mayor alabanza , están llenos de aquella santidad y tolerancia que Pio VII no desmintió jamás. Pero volvamos al punto de donde partimos.

Las primeras noticias de un Concordato entre la República francesa y el Pontífice , causaron un vivo sentimiento al Austria , á la Rusia y á la Inglaterra , que interesó á la Côte de Nápoles para impedir que se verificara. Dirigia entouces los destinos de aquella el ministro inglés Acton , que debia el alto puesto que ocupaba á la influencia que ejercia en aquel tiempo la Gran Bretaña en los negocios de Nápoles , y á sus amores con la Archiduquesa de Austria , Maria Carolina , muger de Fernando IV , á la sazón Rey de Nápoles. Pero el ministro Acton , á pesar de sus intrigas , no pudo conseguir nada , y el nuevo Concordato se firmó en el palacio del mismo Napoleon ,

entonces Cónsul, por el Cardenal Consalvi, ministro de Pio VII.

Antes que se conociese exactamente el contenido de aquel Concordato, los Romanos se irritaron sobremanera, porque se habia ya esparcido la voz de que habian sido muchas la concesiones del Pontífice á la Francia; que Napoleon habia conseguido arrancarle un Concordato para la república de Italia; y que finalmente le habia obligado á crear cierto número de Cardenales franceses. Pero se apaciguaron las iras, y no faltó quien alabase al Papa, cuando se supo que en virtud del nuevo Concordato, Benevento, y Pontecorvo volvian á poder de la Iglesia.

Verificado el Concordato con la Francia, para manifestar Napoleon el profundo respeto y aprecio que profesaba al Pontífice, envióle de regalo dos bergantines de guerra. En esta ocasión recibió Pio VII á los oficiales de la marina francesa que se le presentaron, con una distincion y dulzura, que revelaban el fondo de su corazon hasta tal punto, que no creemos será enojoso para nuestros lectores el referir las circunstancias de aquel suceso.

Los dos bergantines llevaban por nombres San

Pedro y S. Pablo, y los condujo á Civita-Vecchia el Comandante Dornaldegny. Su entrega se verificó con las mayores formalidades; iban enteramente armados y pertrechados. El Papa envió algunos coches al puerto para que trajesen á Roma la oficialidad de aquella comision, y mandó que se les obsequiase con la mayor delicadeza. Era natural que los que componian el estado mayor de los barcos, que escoltaban los bergantines regalados y los de estos, pidiesen, como lo hicieron, una audiencia de Su Santidad antes de marchar. Para ello se escribió á Monseñor Odescalqui, *maestro di cámara*, primer gentil-hombre ó sumiller, que hiciese presente al Papa este deseo de los marinos franceses. Aquel Prelado inmediatamente contestó, que evacuado su encargo, el Santo Padre habia señalado el dia siguiente para recibir con el mayor placer á los oficiales. Por la mañana no sólo todo el estado mayor de la marina francesa, sino tambien los que tenian á bordo algun cargo ó empleo, pasaron á Monte-Caballo. Llegados á la antecámara del Sumo Pontífice, hallaron un Monseñor, quien á la vista de tanta gente quedó admirado, y deshaciéndose en demostraciones de amistad y cortesia,

dió á los oficiales el parabien y las gracias por el regalo de los buques; y les manifestó gran complacencia, asegurándoles que S. B. tendria la misma al recibir aquella brillante oficialidad. Dispuso en seguida que todos, menos el comandante Dornaldegny, dejasen las espadas, asi como los sombreros, antes de entrar en la cámara del Papa, conforme establece la etiqueta de la Corte de Roma. Despues abrió el Prelado la puerta de la habitacion de Su Santidad, se hincó de rodillas, y anunció la visita de los oficiales de la marina francesa, los cuales inmediatamente se adelantaron. Entonces el Papa, levantándose de su silla, saludó al comandante y despues mirando á los demas oficiales repitió algunas veces estas espresiones: « ¡bella juventud! Creo que tendrán gusto en aceptar unos rosarios para llevarlos á sus madres ó á sus hermanas.» El Santo Padre entró solo en otra sala, y pasados algunos minutos volvió, trayendo en las manos un papel lleno de rosarios, que iba distribuyendo á los militares, conforme se le iban acercando. En seguida alabó el valor de los franceses en las batallas, y con tono mas tierno é interesante discursió sobre sus viajes científicos, y el servicio que

la marina francesa prestaba en la conduccion de los misioneros de la India; finalmente con una risa angélica, y saludándoles con las dos manos cariñosamente despidió los oficiales, que se quedaron admirados de la mansedumbre y gracia que brillaban en todas las palabras del Santo Padre.

Algun tiempo despues de lo que hemos referido, fiado Pio VII en las muestras de grande respeto y estimacion, que habia recibido de parte de Napoleon, y conociendo que era muy grande á la sazón la influencia del Cónsul en los negocios de la Germania, le pidió ayuda para establecer el culto católico y la gerarquia eclesiástica en aquellos países tudescos, gobernados entonces por Príncipes protestantes, aunque habitados por un gran número de católicos. Con tal objeto escribió el Pontífice á Napoleon una carta que insertamos á continuacion, como un testimonio de su celo por el bien de la Iglesia, y de su piedad para con los fieles.

«Nuestro querido hijo en Jesucristo; salud
» y bendicion apostólica. Tantas pruebas nos te-
» neis dadas de celo y afecto, que no dudamos
» dirijirnos á vos con toda confianza en todas

» las circunstancias en que tenemos necesidad
» de socorro.

» Las Iglesias de Alemania han sufrido en los
» tiempos inmediatos pérdidas inmensas. Han sido
» despojadas, con sentimiento nuestro, de casi
» todos sus bienes temporales, y naturalmente po-
» deis concebir cuán profundo será nuestro dolor,
» cuando las hemos visto momentáneamente priva-
» das de un número tan considerable de sólidos
» apoyos, en que se afianzaba su perpetuidad, y ci-
» fraba su esplendor. Mas nos aflige el sentimiento
» de que á la pérdida de bienes temporales no siga
» la mayor de las espirituales, y no la fundamos
» solo en débiles conjeturas. Si no tomamos pron-
» tamente eficaces medidas para mantener en aque-
» llos países la religion católica, conservar sus igle-
» sias y asegurar la salvacion de los fieles, es de te-
» mer que los grandes desórdenes que han podido
» arruinar los bienes eclesiásticos, consuman y
» anonaden los mas importantes y eternos. Hemos
» resuelto implorar como lo hacemos vuestro so-
» corro en esta empresa, á que nos impele el cum-
» plimiento de nuestro ministerio, para cortar de
» raiz los males designados, é impedir se veri-
» fiquen tanto en el culto como en las cosas mas

» necesarias é inherentes á él. Como nos habeis
 » auxiliado con tanto celo y eficacia para su es-
 » tablecimiento en Francia, asegurando su futu-
 » ra tranquilidad y permanencia, no podemos
 » dudar continuéis lo mismo para otro pais limi-
 » trofe, bien privilegiado y favorecido por nuestra
 » santa religion, cada dia mas perseguida; tam-
 » bien os proporcionamos esta ocasion de acredi-
 » tar vuestra adhesion á ella, y adquirir nuevos
 » títulos de gloria.

» Bien persuadido, segun las continuas prue-
 » bas que nos habeis dado de afecto y estimacion,
 » que no os negareis á nuestra instancia en apoyo
 » de lá verdadera religion, antes bien que em-
 » pleareis para ella todo vuestro poder; os conce-
 » demos afectuosamente nuestra apostólica bendi-
 » cion. Dado en Roma en Santa Maria la Mayor,
 » sellado con el anillo del Pescador, á 4 de Junio de
 » 1803, y el cuarto de nuestro pontificado.—Pro
 » PAPA VII. »

Habiendo el Pontífice conseguido restaurar la religion en Francia, esperaba mas favorable ocasion para volverla á su primitivo lustre; y por lo tanto, sin faltar á su decoro, evitaba todos los motivos que pudiesen disgustar á Napoleon, el cual

guiado por sus particulares intereses, aparentaba buena amistad á la Corte de Roma. Por lo que, cuando fue proclamado Emperador, suplicó al Pontífice fuese á coronarle, dirijiéndole esta famosa carta que inserta nos como un precioso documento histórico. « Santísimo Padre: los felices » resultados que ha producido en las costumbres » y el carácter de mi pueblo el restablecimiento » de la religion cristiana, me induce á rogar » á V. Beatitud, que me dé otra nueva prueba » del interés que toma en mi suerte, y en la de » esta grande nacion, en una de las mas importantes circunstancias, que ofrecen los anales » del mundo. Ruego á V. S. se sirva venir á dar » el carácter eminente de la religion á la ceremonia augusta de la consagracion y coronacion » del primer Emperador de los franceses. Esta » ceremonia adquirirá el mayor brillo posible » cuando se practique personalmente por V. S.; » atraerá hácia mí y en favor de mis pueblos la » bendicion de Dios, cuyos decretos arreglan á » su voluntad la suerte de los Imperios y de las » familias.

» Vuestra Santidad conoce el afecto que hace » mucho tiempo profeso á su augusta persona;

» y de ahí inferirá el placer que esta ocasion me produce, dándole nuevas pruebas de él.

» Rogamos á Dios, Santísimo Padre, conserve su vida muchos años, para el régimen y gobierno de nuestra Santa Madre la Iglesia.

» Vuestro devoto hijo—NAPOLEON—Colonia 15 de Setiembre de 1804. » (*)

Pio VII accedió á los ruegos de Napoleon, juzgando que era esta una buena ocasion para proteger á la Iglesia en Francia, merced al patrocinio que podia esperar del nuevo Emperador, el cual deseando ser consagrado por la cabeza de nuestra santa religion, daba claramente á entender en su carta, el alto respeto en que tenia á la dignidad pontificia, y por esto Pio VII accedió á los deseos de Napoleon, trasladándose á Paris para coronarle.

Muchos criticaron la conducta del Pontífice, y las gacetas inglesas de aquel tiempo le ultrajaron, acusándole de haber prostituido la tiara á las exigencias de un usurpador. No es este el lugar mas á propósito para discutir la legitimidad de los Reyes, ni abatir á los enemigos de Napoleon; pero nos contentaremos solo con hacer observar

(*) Vida de Pio VII por Artaud, ya citada, t. I, pág. 348.

á nuestros lectores, que aquel gran Capitan no arrojó del trono de Francia á los Borbones, ni se conjuró contra ellos, sino que fué debilitando poco á poco el gobierno republicano, hasta que los franceses le proclamaron Emperador. Por lo cual pudo con razon decir en su destierro de Santa Elena: «No usurpé la corona de Francia, sino que la recogí del fango.» (*)

Con motivo de aquella coronacion, llegó Pio VII á entender que tenia pensamiento el Emperador de obligarle á fijar su residencia en Paris, y á esta indicacion respondió con la mayor serenidad: «Ya lo he previsto, y con este objeto he dejado
» en Palermo una renuncia de mi dignidad en
» manos de Monseñor Pignatelli; si el Emperador
» no me deja salir, aquel documento se publicará
» y de esta manera quedará solo en su poder un po-
» bre fraile y no el Papa.» Pero fueron vanos sus temores, Pio VII volvió pacíficamente á Roma.

Algun tiempo despues, corriendo el año de 1805, se disputaba acaloradamente en Londres sobre la emancipacion de los Católicos, que apoyaba el Papa. En esta conyuntura los mas

(*) V. Antómarchi—*Memorie sopra Napoleone in Santa Elena.*

exaltados protestantes no dejaron de vituperarle, tanto que uno de ellos habló así en el Parlamento: « Señores, opino y aun estoy cierto de » que el Papa es un mísero juguete del usurpador » del trono de los Borbones, y que no se atreve » á moverse sin que aquel se lo mande; seria ca- » paz de escitar á los Sacerdotes de Irlanda á » sublevar su propio rebaño, si Napoleon se lo » ordenase, primero que dejar de obedecerle. » (*)

Mas ya se acercaba el tiempo en que Pio VII se debia mostrar al mundo adornado de todas las virtudes cristianas, y como un raro ejemplo de firmeza. Pocos dias habian trascurrido desde aquel en que se calumnió públicamente al Pontífice con las palabras indicadas, cuando se supo en Londres que habia rehusado aliarse con Napoleon en contra de los Ingleses, respondiendo á sus instigaciones: « Como Padre comun de todos los » Cristianos, no reconozco mis enemigos entre » ellos. » desde este momento empezaron las per-

(*) I am certain that the Pope is the miserable puppet of the Usurper of the Throne of the Bourbons, that he dare not move but by Napoleon's command; and should he order him to influence the Irish priests to rouse their flocks to rebellion, he could not refuse to obey the despot.

Parliamentary debates vol. IV. London 1805, in 8°.

secuciones y calamidades contra el Santo Pontífice, el cual supo sufrirlas y triunfar de ellas con una paciencia evangélica.

Irritado Napoleon con la negativa del Papa, despues de haber ocupado á Ancona con el pretesto de que como protector de la Santa Sede queria defenderla contra los ataques de los Ingleses y de los Turcos, arrojando finalmente la máscara, pidió al Pontífice por conducto del Cardenal Fesch, su tío y Embajador en Roma, que fuesen espulsados de los Estados pontificios los Ingleses, Rusos, Suecos y Sardos. Desentendiase Pio VII de estas instancias, mientras que Napoleon cada vez mas encolerizado, destituia á su Embajador Fesch, creyendo que por ser Cardenal no resistia á la voluntad del Papa, y en su lugar encargaba los negocios de Francia á Mr. Alquier. Este pedia de parte del Emperador la dimision del Cardenal Consalvi, ministro de Su Santidad, reclamaba el reconocimiento de José Bonaparte como Rey de Nápoles, y despojaba á la Santa Sede de los Principados de Benevento y Ponte-Corvo, que repartia Napoleon entre Talleyrand y Bernadotte. Hallándose las cosas en esta situacion, y corriendo el mes de Febrero de 1808

fue ocupada Roma por el general Miolly, que se estacionó en ella sin hacer ningun caso de las protestas de Pio VII, que encerrado en *Monte-Cavalló* habia dado á entender claramente, que no saldria hasta que evacuasen su capital las tropas extranjeras. En este mismo tiempo protestó el Pontífice contra la ocupacion de las provincias de Urbino, Ancona y Macerata que, por un decreto imperial, habian sido reincorporadas al reino de Italia. Pero todas estas reclamaciones fueron inútiles, pues no produjeron el menor efecto en el ánimo de Napoleon, ni fueron capaces de detenerle en la ejecucion de sus proyectos. Hacia ya algun tiempo que habia declarado Napoleon que se reputaba verdadero Emperador de Roma; cuando para confirmar plenamente esta declaracion, el 17 de Mayo del 1809, por un decreto dado en Viena reunió los Estados del Papa al Imperio francés. Impotente Pio VII para resistir con las armas, siguió en esta ocasion el ejemplo de sus antecesores, fulminando las censuras eclesiásticas (no nos toca decidir aqui si oportuna ó inconvenientemente) contra el Emperador, porque le habia despojado del poder temporal. Pero en esta misma circunstancia se hizo admirar el Su-

mo Pontífice por su moderacion, pues en la bula de escomunion que se conoce por *quam memoranda*, no se nombra directamente á Napoleon, aunque está comprendido como uno de los promotores de todos los despojos que sufrió la Santa Sede.

La resistencia del Pontífice, su firmeza en no querer abdicar sus dominios, y la aparicion de la bula, escitaron á Miolly á cometer la violencia de hacerle sacar de su cama en la noche del 4 de Julio. Sitiado el palacio del Papa con las tropas francesas, subió el general Radet, y habiendo abierto la puerta del cuarto de Su Santidad se presentó con varios oficiales, la mayor parte de gendarmería, y tres traidores Romanos. Ultimamente el general, con semblante pálido y voz alterada, dijo al Papa que tenia una comision desagradable y dolorosa; pero que no podia esquivar, habiendo hecho juramento de fidelidad y obediencia al Emperador; y que por tanto le notificaba en su nombre renunciase la soberanía temporal de Roma y demas Estados; y que en caso de negarse á ello, tenia orden de conducir á S. B. á casa del gobernador Miolly, quien le anunciaria el destino que le esperaba. El Papa contestó con la ma-

yor serenidad: « que si el general creia de su obli-
» gacion ejecutar semejantes órdenes del Empera-
» dor, porque le habia prestado juramento de fide-
» lidad y obediencia, S. S. estaba mucho mas obli-
» gado á sostener los derechos de la Sta. Sede, á lo
» que se habia ligado por muchos juramentos. Nos
» no podemos, no debemos, ni queremos ceder ni
» abandonar lo que no es nuestro: porque del do-
» minio temporal, propio de la Iglesia, no somos
» mas que un administrador. Podrá el Emperador
» hacernos pedazos, pero nunca logrará esto de
» Nos; y despues de lo que hemos hecho para él,
» otro mejor reconocimiento esperábamos. » El ge-
neral Radet añadió: « Santo Padre, yo sé de cierto
que el Emperador debe á V. B. muchos favores; »
y el Papa esforzando la voz, le dijo: « muchos mas
que vos no sabeis. » Despues de haber pronun-
ciado estas palabras, el Papa se puso á arreglar
algunas cosas en su cuarto, cuando el general le
dijo: « Vuestra Santidad no tenga cuidado, que
nadie tocará á nada. » El Papa contestó: « El que
no hace caso alguno de su vida, menos impor-
tancia dará á las cosas de este mundo. »

Fuera ya Pio VII de su palacio, el general
Miolly le condujo á las cuatro de la mañana fuera

de Roma. Entonces le llevaron á la Cartuja de Florencia, despues á Alejandria en el Piamonte, á Grenoble, á Aviñon, y finalmente á Niza y á Saboya.

Habiendo por este tiempo Napoleon ganado la batalla de Wagram, Mr. Chabrol, prefecto del departamento de Montenotte, el cual veia muchas veces al Papa, le aseguró que despues de aquella vitoria, se esperaba con fundamento por largo tiempo la paz y el reposo de la cristiandad; y añadió que estaba persuadido que con esta ocasion Su Santidad contribuiria por su parte á hacer desaparecer los obstáculos que á ello pudieran oponerse, cediendo por último á los deseos del Emperador, cuya intencion era separar totalmente lo espiritual de lo temporal, y que era imposible que cediese sobre este punto, el cual no alcanzaba á la santidad del catolicismo. El Papa siempre firme en sus resoluciones, y pronto á arrostrar los mas grandes peligros; casi despreciando los nuevos laureles con que Napoleon orlaba su frente, respondió á Mr. Chabrol: « Hemos jurado defender el temporal *usque ad effusionem sanguinis*; y si S. M. el Emperador no puede ceder nada de sus pretensiones, es seguro que las cosas permanecen-

rán por largo tiempo en este estado. Pero largo tiempo, es demasiado decir, porque yo ya soy viejo; quizá nuestro sucesor podrá componerlas, y así le dejaremos este cuidado. Despues pronunció con voz muy alterada estas memorables palabras: « Los Sacerdotes del Paganismo jamás ni en nacion alguna fueron tan dependientes del gobierno civil como los Ministros católicos de nuestro tiempo, y del Papa mismo se quiere hacer *et Papa de los franceses*; mas en medio de estas atrevidas tentativas, solo Dios puede salvar su Iglesia. Clemente VII tuvo que sufrir las persecuciones del Emperador Cárlos V, pero se arreglaron en pocos meses, cuando nuestra persecucion cuenta ya algunos años y todavia dura. Se ha dispersado todo el Sacro Colejio y se nos ha arrebatado de nuestro palacio; estas violencias no son tolerables, y exigen una reparacion á la Santa Sede. »

Las persecuciones injustas contra el Pontífice, y su paciencia, lo hacian cada vez mas digno de veneracion y conmovian la opinion general contra el Emperador de los franceses. Desde el lugar de su destierro dirigia Pio VII con ánimo tranquilo los negocios de la Iglesia, en cuanto se lo per-

mitia la triste situacion en que se hallaba. De este modo la cabeza de la cristiandad imitaba en nuestros tiempos el bello ejemplo de San Atanasio, Patriarca de Alejandria, el cual, perseguido por los Emperadores de Constantinopla y arrojado de su silla, exortaba desde el fondo de su destierro á su grey á la observancia de la religion, y la guiaba por el sendero de la piedad. Pero se acercaba el momento en que Napoleon debia sufrir una grande afrenta, que le diese á entender cómo los hombres religiosos siguen á toda costa los estímulos de su propia conciencia, despreciando las amenazas de los potentados. Aquel Emperador anulaba contra toda ley canónica su matrimonio con su Emperatriz Josefina, y pedia por muger á la Archiduquesa de Austria, Maria Luisa. El Emperador Francisco, cerrando el corazon á las voces de su conciencia, y abriéndolo á las miras ambiciosas, concedia la mano de su hija á Napoleon. Llegó la nueva esposa á Paris: grandes son las fiestas é inmensos los regocijos: derrama Napoleon á manos llenas gracias y honores á sus cortesanos. Aprobar aquella boda podia traer sumas ventajas á Pio VII; librarle de su destierro, y acaso devolverle parte de sus

Estados: pero no, el Pontífice la reprueba altamente; y de 13 Cardenales, que á la sazón estaban en París, ninguno quiere asistir á la ceremonia religiosa del segundo matrimonio del Emperador. Este se irritó con tanto desprecio y desatendió á los Cardenales, destinándolos á puntos separados; pero estos Príncipes de la Santa Iglesia, sujetándose con resignacion al injusto castigo, repusieron que se habian abstenido de presentarse en la ceremonia, porque el Papa no habia intervenido en la disolucion del primer matrimonio. De esta manera aquellos Cardenales declaraban solemnemente su reverencia al Sumo Pontífice.

Entre tanto Napoleon prohíbe á Pio VII que comunique con los Obispos del Imperio; reúne un Sínodo en París, y llega hasta amenazar al Papa con una deposicion; pero el virtuoso Pontífice lo escuchó todo con serenidad; esperó de Dios solo su libertad, y no esperó en vano.

Antes de partir Napoleon para la campaña de Moscou, hizo trasladar al Papa á *Fontainebleau*. Entonces fue cuando Pio VII debilitado su cuerpo, abatido por las penas del destierro, y vencido por las instancias de algunos Cardenales, que desca-

bad volver á ver la Italia , {firmó un nuevo Concordato con la Francia el 25 de Enero de 1813, que lo despojaba de parte de su autoridad espiritual. Pero si se plegó á tanta debilidad, bien pronto lo volvieron en sí los Cardenales Consalvi y Pacca, los cuales le aconsejaron verificase una retractacion, que tuvo efecto, y se comunicó al Emperador el día 24 de Marzo. Irritóle tanto este paso, que al momento prohibió á los Obispos y Cardenales visitasen al Pontífice, tratándolo como un verdadero prisionero de Estado, hasta la derrota de los franceses en Rusia. El mal éxito de aquella batalla aplacó á Napoleon, y le hizo conocer que contra todo derecho y sábia política, tenia prisionero á un anciano venerable por su carácter de Sumo Sacerdote y por la santidad de sus costumbres. Por lo cual cuando menos lo esperaba, fue el Papa puesto en libertad, con facultad de volver á sus Estados, por decreto de 23 de Enero de 1814. Poco tiempo despues se encaminaba el Pontífice hácia Roma, y era su marcha un verdadero triunfo. Por donde quiera que pasaba, postrábanse todos á su vista, contemplándolo, no solamente como á un hombre digno de veneracion y respeto por su alta dig-

nidad, sino tambien como á un verdadero Adalid de la cristiandad, segun la enerjia que habia desplegado en su infortunio. Finalmente, por una de aquellas misteriosas coincidencias que no se pueden explicar, entraba Pio VII en su capital el 24 de Mayo, dia en que Napoleon desembarcaba en la Isla de Elba, mas como cautivo que como monarca.

Pero aun no habian terminado los trabajos del Pontifice; á poco de su vuelta á Roma, habiendo penetrado de nuevo Napoleon en Francia, y avanzado Murat hácia la alta Italia, se vió obligado el Santo Padre á apelar á la fuga y se fue á Génova, donde llegó el 15 de Abril, y de donde tuvo la satisfaccion de salir y dirijirse otra vez á Roma en el mes siguiente, á consecuencia de la derrota de Murat.

Verificada la restauracion borbónica en Francia, fue anulado el Concordato que habia tenido lugar en 1801, y se renovó el habido por la Santa Sede en tiempo de Francisco I. En otras circunstancias no hubiera accedido á tanto Pio VII, pero veíase entonces en la necesidad de usar toda la moderacion posible, y de conceder cuanto decorosamente estuviera de su parte pa-

ra no alterar sus buenas relaciones con la Francia. Pero este mismo Concordato sufrió algunas reformas por las *Cámaras francesas*, que no quisieron enteramente adoptarlo.

Antes de concluir estos apuntes, debemos referir un acontecimiento de gran importancia, acaecido el 7 de Agosto de 1814. Pio VII restableció, por una bula de esta fecha, la Compañía de Jesús, abolida por el Papa Clemente XIV. El Emperador de Rusia y el Rey de Nápoles fueron los que mas empeño mostraron por esta disposición, creyendo que los Jesuitas eran el mas fuerte baluarte de la monarquía absoluta, como que siempre se habian manifestado enemigos de los filósofos del siglo XVIII, á quienes se atribuía la revolucion francesa, que habia conmovido la Europa. Por tanto los Jesuitas, que habian sido espulsados como reos de graves crímenes y hasta de regicidio, volvieron entonces solicitados para apoyar la monarquía absoluta.

En este mismo tiempo fulminó el Papa graves excomuniones contra todas las sectas secretas, y entre ellas contra los fraemasones, cuyos principios se juzgaban impregnados de ideas li-

bres; pero ni los Jesuitas ni las excomuniones podrán jamás enfrenar las revoluciones, cuando en vez de la imparcialidad de la justicia, ejerzan los gobiernos el despotismo y la tiranía.

Agoviado el Pontífice por la edad, y debilitado por sus pasados disgustos, caminaba rápidamente á su fin, cuando en una terrible caída que dió la noche del 6 de Junio de 1823, se rompió el cuello del hueso del muslo, de cuyas resultas murió el día 20 de Agosto á los 18 años de edad, despues de 23 años, 5 meses y 6 dias de Pontificado.

A pesar de las vicisitudes políticas que agitaron su vida, contribuyó Pio VII al embellecimiento de Roma; y protegió las artes, las ciencias y las letras. Esta capital del mundo cristiano, este salon de la Europa, como la llama Madama de Stael, presenta á cada paso los vestigios de la munificencia de este Soberano, y de la elevada inteligencia de su ministro Consalvi. Bajo el reinado de Pio VII fue cuando se emprendieron las escavaciones de Ostia, que hicieron conocer la verdadera situacion de aquella ciudad. Bajo este reinado se allanó el suelo del arco de Constantino, y el del arco de Séptimo Severo. Se sa-

caron los escombros y se limpió el *Forum* romano; se construyó la fuente de *Montecavallo*, despues de haber dado á los dos colosos una posicion muy pintoresca; se levantó el obelisco de *Monte-Pincius*; se destruyeron las paredes antiguas que afeaban la plaza de S. Pedro; se hermoseó la plaza del pueblo; se hizo salir de entre sus ruinas el *Forum* de Trajano, cuyos cimientos habian hallado hábilmente los frauce-ses. Pio VII construyó nuevos salones en el Museo del Vaticano, y edificó la parte llamada *Braccio nuovo*. Finalmente, bajo el reinado de este gran Pontífice vino á Roma el célebre Monseñor Mai, descubridor de los libros de la *Repubblica de Ciceron*, que se consideraban perdidos.

El cenotafio que erigió Towalsend á Pio VII, está adornado con una estatua, emblema de la moderacion, y otra que representa la fuerza, dotes eminentes que resplandecieron en aquel Pontífice, cuyos recuerdos no pueden menos de presentarse á la imaginacion con una aureola plácida y gloriosa.





EL CONDE DE TORREIVA.

Personajes célebres del Siglo XIX.

EL C. DE TORENO.

« El Conde de Toreno, por su historia, será citado en los siglos venideros como uno de los maestros del decir bueno y castizo, en la generacion presente. Y asociado su nombre con el de una época gloriosísima, no será extraño que, si bien no en igual grado, quede en lá alta estima y profundo respeto de nuestros descendientes, depositados juntos los limbres de España en su alzamiento y defensa, y la elocuente obra que dignamente los espone á la consideracion del mundo en todas sus edades. »

ALCALA GALIANO — *Juicio de la Historia de la guerra de la Independencia.*

REVISTA DE MADRID, 2.^a Série, tomo III.

Nada mas comun, en los grandes trastornos que agitan á los Estados, que el ver destruidos

ú olvidados los servicios prestados al país, y los talentos que ostentaran los hombres que, en el torbellino de aquellos acontecimientos, han dado inequívocas y relevantes muestras de su patriotismo y elevado saber. Agitada la España por continuas revoluciones y bárbaras y espantosas reacciones en lo que llevamos de este siglo, imposible seria que el que empezó desde los primeros años á figurar en la escena política, no hubiera experimentado los ódios y los favores, los encomios y persecuciones á que han dado lugar los acontecimientos que, en opuesto sentido y sin intermision, se han sucedido. El personaje de que vamos á ocuparnos ha pasado por todas las vicisitudes, á que condenan á los hombres públicos las revoluciones. Escritor, orador, rentístico, hombre de Estado, el Conde de Torreno ha seguido una carrera tan esclarecida, que bien pudiera contentar á la ambicion mas exigente. En su existencia política se encuentran alternativamente los estremados hazares de la fortuna y de la desgracia; mezcladas las satisfacciones del poder y los disgustos de la proscripcion, las comodidades que dan las riquezas y la satisfaccion de la gloria en el seno de la pa-

fria, con los disgustos del destierro; levantado un cadalso por una mano real, que prodiga despues sus liberalidades, cual si pidiera gracia á su víctima; y por último, los encontrados afectos del entusiasmo y del furor de los partidos. Y en medio de tantas vicisitudes, la ilustre persona de quien nos ocupamos ha sabido conquistar un lugar en Europa, que no perecerá, escribiendo la historia del periodo mas glorioso para su pais, al cual ha consagrado siempre con mas ó menos fortuna, con buen ó mal éxito, todos sus servicios y todo su talento.

No pretendemos seguramente que una carrera política tan dilatada, esté exenta de la crítica; pero á buen seguro que, por muy severa que esta sea, ni aun hecha por sus mayores enemigos, que no dá pocos el saber, quedará ofuscada con las relevantes prendas que no podrán menos de reconocer en el hombre cuya vida vamos á bosquejar rápidamente.

D. José Maria Queipo de Llano, Ruiz de Saravia, nació el 26 de Noviembre de 1786, en la ciudad de Oviedo. Su padre llevaba entonces el título de Vizconde de Matarrosa, como primogénito que era de la casa de Toreno, una de las mas

ricas, antiguas é ilustres del Principado de Asturias; siendo su madre Doña Dominga Ruíz de Saravia, Dávila, Enriquez de Cabrera, de una antigua familia de Cuenca. Señora de cultivado entendimiento, que sin duda contribuyó con su esposo y su suegro el Conde, que pasaba por hombre ilustrado, á inculcar en el ánimo de su hijo los nobles sentimientos que todos poseian.

A la edad de cuatro años pasó sucesivamente el Conde de Toreno con sus padres á Madrid, Toledo y Cuenca, en cuya última ciudad adquirió las primeras nociones de su educacion literaria, principiadas, segun costumbre de entonces, por el estudio de la lengua latina. Aunque siempre se mostró muy aventajado; habiéndose establecido sus padres en Madrid en 1797, se perfeccionó bajo la direccion de su preceptor y paisano D. Juan Valdés, hombre de notable capacidad, y que dado al liberalismo, es probable contribuyese á despertar en el tierno ánimo de su alumno los mismos sentimientos.

Las poco comunes disposiciones del jóven y la circunstancia de ser hijo único (*), fueron sin

(*) El Conde de Toreno solo tuvo cuatro hermanas, que ya han muerto, y una de ellas fué la esposa del desgraciado general D. Juan Diaz Porlier.

duda causa de que se le diese una educacion mas completa, pues despues de instruido en Humanidades, aprendió las Matemáticas y la Física experimental, y siguió con aprovechamiento y distincion los cursos de Química, Mineralogía y Botánica. Aprendió despues con fruto las Letras Griegas y los idiomas Francés, Inglés é Italiano, y algo del Aleman, ejercitándose sin intermision en la lengua pátria, que tan relevantes pruebas ha dado de poseer con correccion y elegancia. De notar es, que á pesar de sus aventajadas disposiciones y su grande capacidad intelectual, jamás tuvo aficion á las obras de mero iugénio, ni se dedicó á la Poesía, como acontece por lo general á las inteligeneias precoces. Asi es que el Conde de Toreno, aunque inteligente en esta clase de literatura, jamás ha compuesto versos; y si hemos de dar crédito á lo que otros biógrafos suyos han escrito, los únicos que de él se conocen son unas hermosas quintillas, escritas para el album de la esposa del Conde de Latour-Maubourg, Embajador que fue de Francia en Madrid.

Habiendo regresado los padres del Conde á Asturias en 1803, volvió este á la Corte, y pa-

só en ella largas temporadas, perfeccionándose en sus estudios, conociendo entonces y tratando mucho á D. Agustin Argüelles, D. José Fernandez Queipo y D. Ramon Gil de la Cuadra, personas que profesaban los principios políticos mas avanzados, y dos de las cuales, la primera y la última, enemigos políticos despues del Conde de Toreno, han permanecido aferrados á sus ideas, y estacionarios en el progresivo adelante que desde aquella época han tenido los principios de gobierno. Por entonces se cree que hizo una traduccion de *Eutropio* (*) que no se ha impreso, y cuya eleccion anunciaba su aficion decidida á los sérios estudios históricos.

Llegó la época de la invasion de España por los Franceses, y con ella el dia 2 de Mayo de 1808. El jóven Toreno se hallaba á la sazón en Madrid, y corrió bastante peligro por su noble resolucion de salvar á su amigo D. Antonio Oviedo de la muerte que le amenazaba. (**) Aquel espantoso dia fue la señal tambien para que la Nacion indignada diese el grito de independenciam,

(*) Escritor latino del siglo IV, autor de un *Compendio de Historia Romana*, en diez libros.

(**) *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, lib. II.

y entre las provincias todas de España, tuvo Asturias la gloria de ser la primera en levantarse contra la dominacion estrangera. Toreno, que llevaba á la sazón el título de Vizconde de Matarrosa, dejó á Madrid pocos dias despues del 2 de Mayo, y llegó á Oviedo en el momento en que el pueblo daba muestras de una próxima sublevacion, á la cual contribuyó no poco, ya con la influencia que su familia disfrutaba, y ya con la enardecida relacion de los atentados y horrores de que acababa de ser testigo. Contribuyó dichosamente á regularizar el noble y generoso movimiento del pueblo, el hallarse congregada la Junta General del Principado, de la que eran individuos natos los Condes de Toreno, por privilegio de familia, como Alféreces mayores hereditarios del Principado. Nombrado el jóven Toreno individuo de la Junta, á pesar de su corta edad, fue elegido para pasar á Inglaterra en compañía de D. Andres Angel de la Vega, para pedir auxilios, y asentar las bases de una alianza. Mucho debió lisongearle el verse nombrado, á la edad de poco mas de 20 años, para representar en Lóndres y en mision tan importante á la Junta Suprema de Asturias. El éxito manifes-

tó lo acertado de la eleccion. El 30 de Mayo salieron de Jijon los comisionados, en un corsario de Jersey, que apareció casualmente sobre el Cabo de Peñas; arribaron el 6 de Junio á Falmouth, y por la mañana del siguiente dia estaban en Lóndres y en el Almirantazgo.

Avistáronse poco despues con Mr. Canning, ministro entonces de relaciones estrangeras (*), quien conoció al momento la grande importancia que podia tener en la suerte de Europa el levantamiento de España. Los enviados asturianos fueron obsequiados en Lóndres por todas las clases, hasta el punto de no poder presentarse en público sin ser acompañados de entusiasmadas aclamaciones.

Los honrosos auspicios con que habia principiado su carrera política, y la feliz situacion en que se hallaba en Lóndres el Vizconde de Matarrosa, le proporcionaron el contraer amistad con muchos personajes ingleses de gran nombradía, como Castlereagh, Wellington, Lord Holland etc., y el insigne literato y orador Scheridan, con cuya irónica é incisiva elocuencia tiene no poca semejanza la del Conde. Tambien estrechó allí su

(*) Véase su biografía.

amistad con D. Agustin Argüelles, comisionado en aquella capital por el Príncipe de la Paz para entablar una negociacion delicada con el gabinete británico.

En Diciembre del mismo año regresó el Vizconde de Matarrosa á Oviedo; y habiendo fallecido su padre, cambió su título por el de Conde de Toreno. Permaneció en aquella ciudad hasta Mayo del siguiente año, ocupado en los negocios de su casa, y sin asistir á las sesiones de la Junta, á causa de leves disensiones con algunos de sus individuos, hasta que llegó á Oviedo el Marqués de la Romana, que acababa de venir del Norte. « Dando este con sobrada facilidad oidos á las quejas y censuras de ciertas personas descontentas con las enérgicas providencias de aquella Junta, (dice *D. Leopoldo Augusto de Cueto*) (*) y acervamente exasperado su ánimo con las respuestas de esta Corporacion que se negaba con altivez á subordinar sus propias atribuciones á la autoridad meramente militar del general, se resolvió á disolver la Junta con la fuerza de las bayonetas, parodiando ridículamente el 18 Bru-

(*) *Galeria de Españoles Célebres Contemporáneos*. Biografía del Conde de Toreno.

mario de Napoleon , y formó otra , de la cual sabiendo su desvío hácia aquella , nombró miembro á Toreno. A pesar de hallarse este , como hemos indicado , algun tanto quejoso de la disuelta Junta , y conocer ademas que habia ella incurrido en merecida censura por unas medidas arbitrarias contra determinadas personas , olvidó agravios , y atendiendo únicamente á lo que era justo y legitimo , no solo no aceptó el nombramiento del Marqués de la Romana , sino que como diputado nato de la Junta General , le echó en cara la ilegalidad y violencia de su proceder , calificándole de arbitrario y de muy pernicioso á la causa pública : firme y generosa resistencia , que hubiera podido acarrearle algun sinsabor de parte del general en gefe , á no haber sido repentinamente invadido el Principado por el Mariscal Ney y el General Kellermann. » El Marqués de la Romana se embarcó , y el Conde continuó en Asturias , ya andando por las breñas , ya unido á las tropas españolas refugiadas en las célebres montañas de Covadonga , mientras duró la ocupacion. Terminada esta , pasó Toreno á Andalucia por mar en Setiembre de 1809 , y llegó á Sevilla , donde se hallaba la Junta Central , de la que eran indivi-

duos el Marqués de Campo Segrado, su tío, y el ilustre Jovellanos, á quien el Conde habia conocido en Madrid, y á quien trató entonces mucho, debiendo á su mediacion que se le habilitase para administrar sus bienes, á pesar de su corta edad.

Invadida la Andalucía por las tropas francesas; se trasladó la Junta Central á la Isla de Leon, y Toreno pasó á Cádiz, donde á poco de haber llegado recibió poderes de la Junta de Leon para que la representase cerca del Gobierno, desempeñado entonces por la Regencia; y poco despues los recibió tambien para el mismo efecto del Principado de Asturias. Hallábanse en Cádiz tambien iguales representantes de otras provincias, y en sus frecuentes reuniones en que se ocupaban de los intereses públicos, convencido el Conde de Toreno de la urgencia de las circunstancias, y con el ardor natural á sus pocos años, exortó á sus compañeros á pedir á la Regencia que congregase sin demora las Córtes. Accedieron aquellos á su propuesta, y le dieron el encargo de redactar la esposicion, que apareció en términos un tanto imperiosos, y de cuya presentacion á la Regencia, en compañía de D. Guillermo Hualde,

Diputado por Cuenca, dignidad de Chantre en su Iglesia catedral, y grande apostólico, estuvo igualmente encargado. Verificáronlo el 16 de Julio de aquel año (1810), leyendo el Conde el citado escrito, que sin duda debió parecer demasiado imperativo al Obispo de Orense, uno de los Regentes, pues contestó á los Diputados con notable destemplanza. Replicaron estos con entereza, y aplacados todos por intervencion del General Castaños, fue tan inmediato y eficaz el resultado, que al dia siguiente se promulgó el decreto convocando á Córtes.

Hechos públicos estos incidentes, atrajeron al Conde fama y popularidad por parte de unos, y alejamientos y aun ódios por la de otros. Fijada la instalacion de las Córtes para el 24 de Setiembre, véíanse tatisfechos los deseos del Conde de Toreno, que consideraba aquel dia como principio de una era de regeneracion y de gloria, sin que preveyeran su juventud y buen deseo, las funestas consecuencias que habia de acarrear al pais la aclimatacion en nuestro suelo, sin estar de antemano preparado el terreno, de una planta exótica y mal cultivada.

La nueva invasion del Principado de Asturias

retardó allí las elecciones, que se verificaron luego que quedó libre, resultando nombrado unánimemente el Conde de Toreno por uno de sus Diputados á Córtes. Faltábale cerca de un año para cumplir los 25 que se requerian; pero no sin acalorados debates, se le dispensó la edad por el Congreso en la sesion del 16 de Marzo de 1811, entrando á jurar y tomar asiento como Diputado propietario, dos dias despues. Prueba inequívoca de las relevantes prendas que le adornaban, y de la gran reputacion y concepto de que disfrutaba ya en aquella época, y en tan corta edad.

Pasó el Conde bastante tiempo sin tomar parte en las discusiones del Congreso, verificándolo por primera vez en la que se suscitó sobre señoríos y derechos jurisdiccionales, en la que habló el Conde con calor, con un desprendimiento que honraba mucho á su carácter y á sus sentimientos patrióticos, siendo como era dueño y poseedor de algunos de los privilegios que se trataba de abolir. No le seguiremos en los varios debates en que tomó parte y en que siempre lució su talento, por no permitirnoslo el espacio á que debemos reducirnos; baste decir que mientras duraron las Córtes generales y extraordinarias, dió constantes

muestras de su capacidad , en especial en las cuestiones de guerra y hacienda.

Llegado el término de las Cortes extraordinarias y constituyentes , y estableciéndose en el Código de 1812 el equivocado principio de que no pudieran ser reelegidos los Diputados , quedó el Conde de simple particular , aunque colocado ya , por la fama que habia adquirido , entre los personajes políticos mas notables. Trasladas las Cortes á Madrid , pasó tambien á la capital el Conde de Toreno , donde permaneció hasta el dia 5 de Mayo de 1814 en que salió para Asturias. No desconocia seguramente la mala situacion de las cosas , pero no podia prever que el dia antes de su salida de Madrid , firmase el Rey en Valencia el odioso decreto , violento y lleno de falacia , en el cual aboliendo el sistema constitucional , declaraba rebeldes y facciosos , á los que , sino exentos de error , dignos eran de alabanza y galardón por su lealtad al mismo que tan cruelmente les trataba , y por su no desmentido patriotismo. Apenas llegado el Conde á Asturias , recibió la noticia de la disolucion de las Cortes , de la prision de los Regentes , de los Ministros y de varios Diputados amigos suyos , y el aviso de que se intenta-

ba prenderle. Resolvió pues abandonar á España, y embarcándose en Rivadeo se dirigió por mar á Lisboa ; pero obligado por los vientos contrarios á recalar en Vivero, continuó su marcha por tierra á aquella capital, adonde llegó á mediados de Junio, no sin algunas dificultades. Pensaba el Conde permanecer algun tiempo en Portugal, pero convencido al fin de que nada bueno podia esperarse de la espantosa reaccion que el Rey y su Gobierno dirigian, y temiendo por otra parte la vigilancia de la policia portuguesa, dió á la vela para Inglaterra en los primeros dias de Julio.

Llegó á Lóndres á los pocos dias, y permaneció alli hasta el mes de Diciembre en que pasó á Paris ; pero el desembarco de Napoleon en Francia le obligó á regresar á Lóndres. Alli recibió la noticia de estar confiscados sus bienes, y de haber sido condenado á muerte por tres de los cinco jueces que componian la comision nombrada por el Rey para este objeto especial. Ningun delito podia achacarse á los Diputados, á quienes solo se perseguia por sus opiniones ; pero á falta de cargos, se inventaron tan groseras y absurdas calumnias, que solo sirvieron para baldon é infamia de los que las empleaban.



Después de la batalla de Waterloo, y restablecido en el trono Luis XVIII, volvió Toreno á Francia, á principios de Agosto de 1815, obligado por las circunstancias críticas de su situación, y confiando en que su calidad de extranjero y su conducta, bastarian á preservarle de todo riesgo. Pero por aquel tiempo su cuñado el General D. Juan Diaz Porlier, preso entonces en la Coruña por su adhesión al gobierno constitucional, se levantó en favor de la restauración del sistema abolido en 1814, apoderándose de aquella plaza. Aquel suceso alarmó á los legitimistas de Francia, y sospechando que Toreno y demás españoles liberales que residían en Francia no ignoraban la conspiración, se les vigiló atentamente, hasta que en Abril de 1816, á pretexto de supuestas inteligencias de algunos liberales españoles que estaban en Bayona, con otros de Navarra, fue preso el Conde de Toreno, junto con el General Mina y otros. Recogieronle sus papeles, y entre las estrañas preguntas del interrogatorio que se le hizo sufrir, era una de ellas, si tenia noticia de un plan concertado para acabar con los Borbones de Francia, Nápoles y España; y otra si era cierto que concurría con

frecuencia á la casa del Duque de Wellington y del General español D. Miguel Ricardo de Alava. Respondió el Conde con dignidad y entereza á todas las preguntas, y no resultando nada contra él ni sus compañeros, fue el término de tan injusto é irregular procedimiento el ponerlos en libertad, despues de dos meses de prision. Permaneció el Conde en Paris todo el tiempo que duró aquella primera emigracion, pobre y oscurecido, pero apreciado cual merecia, contento con el testimonio de su conciencia, y dedicándose el estudio y á la observacion. Por entonces escribió un opúsculo que tuvo gran aceptacion y fue traducido en varios idiomas, titulado *Noticia de los principales sucesos ocurridos en el gobierno de España desde 1808 hasta la disolucion de las Córtes en 1814*. Durante todo aquel largo y penoso periodo, no cometió el Conde ningun acto de humillacion, ni se retrató, ni hizo demanda alguna para mejorar la situacion en que se hallaba, esperando confiado que llegarían mejores dias.

Sabidos son los acontecimientos de la Isla de Leon en 1820, y el restablecimiento del sistema constitucional en España, consecuencia precisa

de la espantosa reaccion que sufriera en 1814, y del desgobierno que á ella habia seguido. Recibió Toreno con júbilo la noticia de aquellas mudanzas, y abiertas á los proscritos las puertas de la patria, se vió el Rey en la necesidad de colmar de mercedes á los mismos á quienes antes habia condenado á muerte; el Conde, restituido al goce de sus bienes y prerrogativas, fue nombrado ademas Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario en la Corte de Berlin; honroso eucargo que se negó á aceptar, esperando sin duda ser elegido Diputado por su provincia para las Córtes que se hallaban convocadas. Fuele en efecto, y se trasladó inmediatamente á Madrid, donde fue recibido con gran entusiasmo del público, y mucha afeccion de sus amigos y compañeros de infortunio.

Nombrado para redactar la contestacion al discurso del Rey, leído en la apertura de las Córtes, práctica propuesta por el Conde y no usada hasta entonces, manifestaba ya aquel escrito la variacion que se habia realizado en sus opiniones, por efecto de sus mayores años, de su mayor instruccion, y de las meditaciones de la desgracia. Amaba todavia ardientemente la li-

bertad, pero no la comprendia ya como en sus primeros años, y conocia que reposando esta en el orden público, no era posible con los principios y concesiones que hasta entonces habian dominado. Pero era difícil que triunfaran en aquellas Córtes y con aquella Constitucion las ideas de gobierno, familiarizadas en el continente desde la restauracion de los Borbones en Francia, y tan contrarias á las que en España dominaban, por buena fé en unos, por miras menos nobles en otros, y por falta de conocimientos en la generalidad. El Conde de Toreno, apoyando siempre el orden, en medio del desorden en que estaba sumida la sociedad por efecto natural de la reaccion, y por los manejos de las sociedades secretas en ellas establecidas, luchaba en vano; y en especial en la célebre sesion del 7 de Setiembre, llamada de *las páginas*, pedia que se hiciese efectiva la responsabilidad del gabinete, del que era individuo su amigo entonces el Señor Argüelles, si pudiendo impedirlo permitia que se alterase las tranquilidad pública.

Al paso que aquellos escesos iban disipando mas y mas las ilusiones del Conde, su oposicion á las doctrinas desorganizadoras le atraian el

ódio de los alborotadores ; pero no por eso manifestaba menos teson , ni mostró menor energia en la interpelacion que dirigió al Gobierno el dia despues del asesinato del Cura Vinuesa , haciéndole cargo de no haber tomado todas las providencias necesarias para impedir aquel atentado. Entonces empezó á darse el dictado de *pasteleros* á los liberales de opiniones templadas, que condenaban los excesos de la exaltacion , y con el cual honraban al Conde los promovedores de los alborotos. Escogieron estos el 4 de Febrero de 1822, en que se discutia la ley adicional sobre la libertad de imprenta , para tomar venganza de los Diputados que se oponian á su desenfreno. Habló el Conde en aquella sesion con notable energia, y al salir del Congreso vió amenazada su vida, lo mismo que su amigo D. Francisco Martinez de la Rosa (*), por una turba de alborotadores , y hubieran sin duda perecido sin la vigilancia de las autoridades y su admirable serenidad. El general Morillo llevó al Conde á su casa , y dirigiéndose las turbas á la del Conde , sin respeto á que en ella habitaba su hermana la Viuda del general Porlier , muerto en un patíbulo por la

(*) Véase su Biografía. T. II.

libertad, la allanaron é hirieron á algunos de sus criados.

Pero se engañaban los anarquistas si creían amedrentar á aquellas dos almas de elevado temple. Presentáronse al día siguiente en el Congreso con impavidez, á denunciar la odiosa tropelía cometida con dos Diputados de la Nación, y pidiendo al mismo tiempo que no se tomase providencia alguna con respecto á los acontecimientos del día anterior; generosidad laudable como hombres particulares, pero que admite poca excusa en quienes no debían mirar en aquel atentado el agravio personal, sino el crimen cometido contra los representantes de la Nación, y contra la libertad que profanaban.

Varios fueron los discursos pronunciados é informes dados por el Conde de Toreno durante aquellas Córtes, y en especial en materias de Hacienda. Los apuros del erario obligaron al Gobierno á hacer uso de su crédito, contratando un empréstito; y no habiéndose podido realizar el llamado nacional, fue preciso acudir al extranjero. Comprendió Toreno que era para ello forzoso asentar antes el crédito con el reconocimiento de la deuda de Holanda, contraída con par-

ticulares y bajo el gobierno legítimo de Carlos IV, y sostuvo por lo tanto el reconocimiento de aquel crédito. Aprobaron las Cortes el empréstito y reconocieron la deuda holandesa, siendo de advertir, que nombrado Toreno Presidente de las Cortes el 9 de Setiembre de 1820, no fué de la comision nombrada para examinarle. Achiacáronse sin embargo al Conde grandes faltas, y el espíritu de faccion acogió las sospechas propagadas por la envidia y la necesidad. El Conde de Toreno fué el primero que proclamó y sostuvo en aquellas Cortes los verdaderos principios del crédito, y no es culpa suya si algunos abusaron despues y se desviaron de ellos.

Terminadas las Cortes extraordinarias á mediados de Febrero de 1822, volvió Toreno á la vida privada, y renunció definitivamente el cargo de Ministro plenipotenciario en Berlin. Temeroso el Rey del espíritu de las Cortes ordinarias que se iban á reunir, y deseando formar un gobierno de resistencia y firmeza, hizo proponer al Conde que nombrase un ministerio, poniéndose él á su frente. Negóse Toreno, considerando lo grave de las circunstancias, y que se preparaba una lucha permanente y á todo trance entre el Gobierno y la

revolucion, en que esta forzosamente habia de triunfar, con los elementos que le daba el Código de 1812 y la mala voluntad del Rey, convertido en conspirador, y falto de la autoridad necesaria. Insistiendo sin embargo, el Rey en su propósito, mandó al Conde que le indicase por lo menos los sujetos que debian formar el nuevo ministerio; y habiéndolo verificado, siendo una de las personas indicadas el Sr. Martinez de la Rosa que fue nombrado despues, salió para Paris apresuradamente la misma noche en que entregó la lista, temeroso de que se le obligase á aceptar el ministerio si permanecia en Madrid.

No sou de este lugar, y sí demasiado sabidos, los acontecimientos del mes de Julio, y los resultados de la invasion francesa, consecuencia de los acuerdos del Congreso de Verona; la destruccion del gobierno constitucional, y la reaccion espantosa á que dió lugar el abuso y los desórdenes que á su sombra se habian cometido.

Entonces principió para el Conde una nueva proscripcion; y aunque no es de creer tuviese el Rey contra él tanto encono como contra otros de sus compañeros de espatriacion, no dió paso alguno para que cesasen sus persecuciones, y se le

permitiese la libre administracion de sus bienes, pues su carácter no es de los que fácilmente se doblegan ni á los caprichos de un déspota, ni á las tumultuosas exigencias del populacho. En los diez años de aquella segunda emigracion, viajó por varios paises de Europa, mereciendo en todas partes señaladas muestras de aprecio. Aunque emigrado y liberal, no tomaba parte activa en las tentativas de conspiracion, ni en los sueños y delirios que alimentaban las esperanzas de otros que sufrían igual suerte. Tachaban algunos de desvío aquella indiferencia, que no era efecto sino de la creencia en que estaba el Conde de que solo por acontecimientos extraordinarios, y una gran modificacion en el espíritu público de la península podria verificarse un cambio en su gobierno. Así pues, se dedicaba á estudios serios cual convenian á su carácter y distinguido talento; sin olvidar en medio de la penuria en que debia tenerle el secuestro de sus bienes, el auxiliar á algunos compañeros de desgracia, aunque discordes en doctrinas y opiniones. Uno de ellos fue D. Agustin Argüelles, segun él mismo lo declaró públicamente en las Córtes con una sinceridad espontánea que le honra, á pesar de que en otras circuns-

tancias ha olvidado las consideraciones á que le ligaban los vínculos de una antigua amistad, y los beneficios recibidos. ¡ Hay hombres cuya divisa parece ser la ingratitud !

Cultivó Toreno durante aquel tiempo la amistad de personajes políticos de diferentes opiniones, como Villele, Manuel, Foy, Benjamin Constant, Lafayette, Guizot, Thiers, el Duque de Broglie y otros insignes liberales de aquel país. Dedicóse á escribir la historia de los grandes acontecimientos de la *Guerra de la Independencia*, principiando á fines de 1827, y despues de haber reunido los infinitos conocimientos y noticias que tan complicada obra hacia necesarias. A veces fue interrumpida la obra comenzado por diferentes ocupaciones, y sin embargo en menos de tres años concluyó el libro décimo, en la noche misma del 28 de Julio de 1830, en medio del levantamiento de Paris. Hasta Setiembre de 1831 solo pudo escribir los libros undécimo y duodécimo, y despues, durante un año que estuvo viajando por Inglaterra, Bélgica, Alemania y Suiza, escribió sin embargo hasta la conclusion de los cuatro primeros tomos de su historia.

La revolucion de Julio en París habia de pro-

ducir necesariamente una variacion notable en el espíritu público de España; y aunque el Gobierno desde 1827 habia dejado de ser tan reaccionario y tiránico como en los años anteriores, los principios de libertad que en el país vecino se proclamaban debian encontrar eco en España, donde se habian olvidado ya en gran parte los desastres de anteriores épocas. Los acontecimientos de Portugal dieron mayor impulso y nuevas esperanzas al partido liberal; los sucesos de la Granja en Setiembre de 1832, variaron la marcha del Gobierno, y con la cuestion dinástica, precipitaron el desenlace de la politica. Los que poco antes eran considerados y perseguidos como enemigos del Trono, se creyeron, y con razon, los mas firmes defensores de la legitimidad, y en ellos creyó debia apoyarse el Gobierno para combatir á la faccion carlista que se ostentaba sin disfraz. La escelsa Reina Gobernadora acogió con júbilo le pensamiento de olvido y generosidad que tanto se hermanaba con los impulsos de su magnánimo corazon, y el 15 de Octubre de 1832 se publicó el decreto de la primera amnistía.

Regresó Toreno á Paris en Diciembre de aquel año, y despues de permanecer algunos meses en

aquella capital , se restituyó á España en Julio de 1833, y á poco de haber llegado á Madrid , le mandó salir sin miramiento alguno el ministerio Zea Bermudez , á pesar de hallarse enfermo, y contra lo dispuesto en el decreto de amnistía.

Pasó el Conde á Asturias, donde permaneció hasta la muerte del Rey , y al suscitarse la cuestion dinástica , proclamó en aquella provincia, segun de derecho le correspondia como Alférez mayor de ella , á la nueva Reina Isabel II, y volvió á Madrid comisionado por la Diputacion General de Asturias para felitar á la Reina Gobernadora. Permaneció en la Córte como particular , hasta que promulgado el Estatuto Real, fue nombrado por S. M. Ministro de Hacienda en el mes de Junio de 1834.

Al encargase de aquella dependencia tuvo que dedicarse sin demora á los trabajos de su ramo, que debian presentase á las Córtes , y los presentó en efecto , ocupándose aquella legislatura casi esclusivamente de discusiones en materias de Hacienda , que sostuvo con saber y elocuencia el ministro del ramo. Verificóse durante su ministerio el empréstito de 400 millones, cuya necesidad era generalmente reconocida, precediendo antes el

arreglo de la deuda estrangera (*), arreglo que hacian indispensable razones de política y de conveniencia propia. El empréstito se realizó á mas de sesenta , é indudablemente se hubiera terminado á setenta , á no ser por la lentitud con que se debatió en el Estamento de Procuradores. De todos modos se realizó con más ventaja que ninguno de los contraidos desde 1820 , y no podemos convenir con otros biógrafos que dicen que erró el Conde de Toreno en hacerlo con la casa de Ardoin de preferencia á la de Rotschild, por la influencia que esta última hubiera podido tener con los gabinetes del Norte para el reconocimiento de la Reina Doña Isabel II ; suponiendo ademas que lo hizo llevado de un rigorismo estremado de principios, por no querer acceder á la preferencia á su favor , que en igualdad de condiciones, reclamaba para cualquier otro empréstito que pudiera negociar el gobierno español, la casa de Rotschild. Indudablemente tan irritante é indecorosa condicion imposibilitaba al ministro para aceptar el contrato, y tenia ademas sobrado conocimiento del estado político de Europa para

(*) Véase el Proyecto de Ley presentado al Estamento de Procuradores en la sesion del 7 de Agosto de 1831.

ignorar, que los compromisos en que pudieran verse los intereses de aquella respetable casa, en nada habian de influir para que los gabinetes del Norte variasen de conducta con respecto al reconocimiento de la Reina. (*)

Dos grandes acontecimientos en extremo escandalosos tuvieron lugar por aquel tiempo en la Corte: el asesinato de los frailes en Julio de 1834, y la sublevacion de la Casa de Correos en Enero de 35. Ambos atentados quedaron impunes, y aunque nos consta que el Presidente del ministerio, el Sr. Martinez de la Rosa, hizo para su castigo esfuerzos que se estrellaron en la inercia ó mala voluntad de autoridades subalternas;

(*) No es cierta la preferencia que se supone, ni pudo en realidad haberla. La casa de Rotschild no hizo proposicion alguna para el empréstito, ni al parecer queria hacerla. Impreso está, y por disposicion del Sr. Mendizabal, el expediente del referido empréstito, y en él no aparece proposicion alguna de la citada casa entre las diversas que en él se mencionan. Lo que sí pretendia por entonces la casa de Rotschild, era obligar al gobierno español por medio de un tratado, á que pasasen á su exámen las proposiciones de empréstito que recibiese, y á que no contratase ninguno sin su intervencion ni anuencia.

El Conde de Toreno ni pasó, ni podia de modo alguno pasar por tratado tan inconducente, y tan impropio del régimen de publicidad y de libre concurrencia, que pensaba adoptar y se adoptó en efecto en el real decreto de 9 de Octubre de 1834; conducta que lejos de

y aunque es sabido tambien que ocupado Toreno principalmente de los asuntos de hacienda tomaba poca parte en los actos generales de la gobernacion, siempre resultará que de allí tomó principio la carrera de impunidades que hemos recorrido, y alguna culpa resultará siempre á los encargados del gobierno que no tuvieron energia bastante para castigar egemplarmente á los subalternos que no cumplan cual era debido sus obligaciones.

La impunidad del motin militar de que acabamos de hablar; el aumento progresivo de los principios anárquicos; el mal estado de la guerra de Norte, y en especial despues de la der-

censura, merecerá mas bien los elogios de cuantos aprecien el decoro nacional y la recta administracion de los intereses del Estado. Tampoco hay exactitud en la preferencia que se supone dada á la casa de Ardoin; pues entre las diez y nueve proposiciones presentadas, la que verdaderamente obtuvo la preferencia como mas ventajosa, fue la hecha con D. Vicente Bertran de Lis; y solo cuando este licitador hizo presente que por las circunstancias que alegaba, *le era imposible realizar su empeño y que retiraba su proposicion*, fue cuando el Conde de Toreno, de acuerdo con lo manifestado por la comision de empréstito y por el Consejo de gobierno, otorgó con la casa de Ardoin el tratado relativo al empréstito, por ser sus proposiciones las mas ventajosas entre las catorce restantes.

rota de las Amezcuas, todo contribuía á hacer impopular aquel ministerio, á quien se achacaban culpas y reveses que no eran seguramente suyas. Sabido es que pidieron entonces los generales del ejército la intervencion francesa, y que el Gobierno se decidió á reclamarla, á pesar de la oposicion de su Presidente el Sr. Martínez de la Rosa que conocia lo inútil de aquel paso, y que renunció su puesto al ver realizados sus pronósticos. No ha faltado quien haya atribuido á Toreno una parte en acelerar aquella separacion, y aun algunos le han censurado por no haberse retirado en aquella ocasion.

Por la salida del S. Martínez de la Rosa del gabinete fue el Conde de Toreno nombrado su Presidente en 7 de Junio de 1835, conservando el ministerio de Hacienda y desempeñando interinamente el de Estado. Indudablemente aquel nombramiento y la organizacion del ministerio que se verificó á los pocos dias, reanimó un tanto el espíritu público. Inconcebible es sin embargo para nosotros cómo pudo el Conde llamar para que le reemplazase en el ministerio de Hacienda á D. Juan Alvarez y Mendizabal, y solo podemos atribuirlo á que creyendo tenerlo bajo

su inmediata dependencia, le serviría solo para ciertas operaciones de arbitraje, sin mezclarse en el arreglo general de la Hacienda, ni mucho menos en la Gobernación del país. Este seguramente no le estará muy agradecido por el regalo que le hizo, pues si ha manifestado travesura y actividad para ciertas operaciones, ha demostrado también que sus ideas revolucionarias y sus desorganizadores principios, no le colocarán jamás entre los hombres de Estado. Otros hombres entraron también en aquel ministerio, que si disfrutaron prestigio de saber en otra época, nadie duda ya en el día de su nulidad. El partido exaltado veía en aquel ministerio á representantes del antiguo partido nacional, y los había también de ideas moderadas y conservadoras; pero el carro de la revolución iba á desbocarse, y á pesar de las concesiones hechas por Toreno á la oposición, y de elegir para cargos de la mayor importancia á personas que han manifestado después de ideas muy contrarias á las suyas, sin embargo, de su inflexibilidad en las cuestiones de orden público, no pudo detenerle.

Durante su ministerio, se ocupó principalmente en terminar la guerra civil por todos me-

dios, y en su tiempo envió ya á las provincias del Norte á Muñagorri, que tan desgraciada muerte tuvo despues. Las atenciones públicas se hallaban cubiertas, y dejó á su salida del ministerio setenta millones para pagar un semestre de la deuda; la suerte de las armas le habia sido tambien favorable, no solo por la muerte del principal caudillo faccioso Zumalacarregui, sino por el levantamiento del sitio de Bilbao, y la victoria alcanzada por el general Cordova en Mendigorria. Nada mas podia pedirsele como ministro de Hacienda en medio de una desastrosa guerra civil, ni ningun motivo plausible habia para el pronunciamiento, que con singular inconsecuencia, estalló en varias Capitales de provincia y en Madrid mismo el dia 15 de Agosto, sublevándose una parte de la Milicia, y haciendose fuerte en la Plaza Mayor. Apaciguado el tumulto en Madrid, aun duró un mes el poder en manos del Conde de Toreno; pero iba cundiendo la sublevacion en las provincias, y el Gobierno sin tropas de que disponer, y no pudiendo tampoco contar con la Milicia, tuvo al fin que sucumbir, no contribuyendo poco á la caida del Conde de Toreno el haberse retraido

de encargarse del ministerio de Hacienda el Sr. Mendizabal, que habia llegado á Madrid, y que de este modo se atrajo las simpatias de los perturbadores.

Rehusaba la Reina Gobernadora el admitir la renuncia que hacia Toreno; pero habiéndola convencido este de la necesidad, y llamado al Pardo en la noche del 14 de Setiembre de 1835, estendió allí los decretos de su dimision y nombramiento de nuevos ministros, siendo de advertir que el que á él se referia está escrito en términos mas severos. (*)

Restituido Toreno á la vida privada, volvió á ocuparse con afán de la conclusion de su *Historia*. Durante su ministerio habia contraido matrimonio con Doña Maria del Pilar Gayoso, Tellez Giron, hija de los Sres. Marqueses de Camarasa.

A pesar de los consejos de muchos amigos, no solo se presentó en las Córtes, abiertas en Noviembre de 1835, sino que tomó parte en las mas árduas discusiones, y especialmente en la

(*) Parece que reparando con estrañeza la Reina Gobernadora en los términos del decreto, preguntó al Conde la causa de tanta sequedad; á lo cual contestó que le bastaba saber que poseía el aprecio de S. M., y que convenia no dar nuevos pretextos para encender mas las pasiones.

del famoso *voto de confianza* con que el Señor Mendizabal logró embaucar á algunos, y que solo contribuyó al aumento de nuestra deuda y á la completa dislocacion de nuestra Hacienda.

Siguió despues la discusion sobre la ley electoral, en la que tomó el Conde una parte muy notable, y que dió lugar á la disolucion de aquellas Córtes. Convocadas otras, que se abrieron el 22 de Marzo bajo el influjo revolucionario, no fue elegido para ellas el Conde de Toreno, ni otros de los principales oradores de su comunion política, al paso que lo era por siete provincias el Señor Mendizabal, lo que dió lugar á agudos chistes en aquella ocasion. Pero ni aquella mentida popularidad pudo sostener en el ministerio al Señor Mendizabal, al cual substituyó el Sr. Isturiz. Sobrevinieron entonces los sabidos acontecimientos de la Granja, cuya escandalosa narracion haremos en otro lugar. Restableciöse la Constitucion de 1812, y creyéndose Toreno poco seguro en España, se trasladó de nuevo á Paris y Lóndres, donde al paso que en Madrid se decretaba el secuestro de sus bienes y la pérdida de sus honores, daba él la última mano á la historia de las glorias de su patria.

Formada la Constitución de 1837, derribado el ministerio Calatrava á consecuencia de los sucesos de Pozuelo de Aravaca, y disuelto el Congreso constituyente, procedióse á nuevas elecciones, en las que triunfó la opinion moderada; y nombrado Toreno Diputado por su provincia, se trasladó desde Paris á Madrid para ejercer su encargo.

Sin duda alguna reunidas las Córtes en 1837, cuando se trató de reemplazar al ministerio de transición que entonces existía, debian ocupar un lugar en el nuevo los gefes del partido vencedor. No se hizo así sin embargo, y aunque se concedió la presidencia del nuevo gabinete al Sr. Conde Ofalia, persona en todos conceptos muy digna, así como los demas individuos que compusieron el gabinete, faltóse no obstante en nuestro concepto ó lo que exigian las circunstancias, y á la práctica observada en otros países. El Conde de Toreno apoyó aquel ministerio, y en aquella legislatura fué cuando con notable valentía pronunció estas palabras. «Las guerras civiles nunca terminan por el esterminio de un partido.... Si con *transaccion y olvido* se concluyese la nuestra, concluyase en buen hora, con tal que triunfen el

trono de Isabel II y la causa de la libertad. » (*) Diez y ocho meses despues el *convenio de Vergara* probaba la exactitud de las nobles espresiones del Conde, oidas antes con escándalo por los revolucionarios.

Terminada la primera legislatura de aquellas Córtes, volvió el Conde á París, donde habia dejado á su esposa, é hizo un viage á Italia. Abierta la segunda legislatura, tachó su ausencia el General Seoane, anunciando en contra de su pasado ministerio una terrible acusacion. Nombrado el Conde en aquel intermedio Grande de España de primera clase, creía que tal vez se le consideraria sugeto á reeleccion y esta era la causa verdadera de su permanencia en el extranjero. Determinado afirmativamente por el Congreso permaneció el Conde en Francia, hasta que en las elecciones verificadas para las Córtes de 1840, elejido nuevamente por su provincia, regresó á Madrid á fines de 1839.

Principiaron aquellas Córtes sus deliberaciones el 19 de Febrero, y sabidos son los escandalosos sucesos del dia 24, en que los representantes de

(*) Sesiones del Congreso de diputados de los dias 8 y 16 de Enero de 1838.

la Nación fueron insultados y amenazada su existencia en el lugar mismo de sus sesiones, y con mengua del Gobierno que lo permitia y no supo castigarlo. El Conde de Toreno dió en aquel día muestras de su valor y serenidad, á pesar de ser uno de los mas insultados por aquellas turbas.

El Conde de Toreno tomó poca parte en las discusiones de aquellas Córtes, á pesar de ser en nuestro concepto las en que con mayor detencion y copia de luces se discutieron varias cuestiones. Resucitada la acusacion del General Scoane, habló el Conde con templanza y cordura, defendiendo la contrata de azogues celebrada durante su ministerio con la casa de Rotschild, en que hizo subir el precio á cincuenta y cuatro pesos y cuartillo el quintal, desde veinte y siete pesos y cuartillo á que se habia contratado en 1830, á pesar de la diferencia en las dos épocas, y de la hazarosa situacion en que ponía al Gobierno, en la última, la guerra civil. Las Córtes casi por unanimidad declararon no habia lugar ni fundamento para la acusacion.

Sabidos son los acontecimientos posteriores, el viaje de las Reinas á Barceloua, y los trastornos á que los sucesos de aquella capital y el levan-

tamiento de Setiembre han dado lugar. El Conde de Toreno se espatrió voluntariamente, y reside desde entonces en Paris, ocupándose, segun tenemos entendido, en reunir materiales para escribir la historia de la dominacion de la Casa de Austria en España.

Hemos bosquejado rápidamente la vida política del Conde de Toreno, y nos falta espacio para hablar cual deseáramos de su grande obra literaria, la *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolucion de España*, que le ha atraído felicitaciones de todos los países y de todos los sábios del Mundo. Nos contentaremos con citar una, trascribiendo la que le dirigió últimamente Mr. Alejandro Humboldt, por cuya mediacion habia regalado su libro á la Biblioteca Real de Berlin: «Vuestro magnífico regalo, Sr. Conde, dice el sábio de ambos Mundos, marchará esta semana y admirará á todos los literatos de mi patria. La edicion hace honor al arte tipográfico en España, que se creia haber desmerecido desde las obras maestras de Ibarra, y el *Salustio* del Infante. Vuestra grande y clásica Historia ha escitado nuevamente mi mas viva curiosidad. Casualmente jamás habia visto el último tomo, y he encontrado

en él el estenso índice de materias, en el cual he podido escoger. Me ha admirado de nuevo la pintura tan animada y llena de talento de los asuntos del Escorial (T. I. pág. 21), el carácter del que en el Palacio del Rey ha recordado á D. Beltran de la Cueva (T. I. pág. 85), los esfuerzos hechos por restablecer la Inquisicion (T. V. pág. 69) etc. etc. He tenido tambien la perspicacia de encontrar en ella mi nombre (T. III. pág. 435), y me ha lisongeadó tan amable recuerdo. He estado leyendo hasta las tres de la mañana sin cansarme.»

Hemos concluido nuestra imperfecta tarea; el recorrer la vida y examinar la obra del personaje que nos ha ocupado, exige mas estension, y seguramente mas capacidad. Esperemos á que calmadas las pasiones y pudiendo los hombres apreciar en su justo valor el mérito del Conde de Torreno, haya quien se ocupe de tan importante trabajo; entonces no dudamos que será del número de aquellos que como dice el festivo Beranger:

On les persecute, on les tue ;
sauf après un lent examen
á leur dresser une statue
pour la gloire du genre humain.





SIR. ROBERTO PEEI.

Personajes célebres del Siglo XIX.

SIR ROBERTO PEEL.

«Puede contarse como uno de los fenómenos de nuestras costumbres aristocráticas, la existencia de un hombre que por su nacimiento y su posición debería ser el jefe del partido popular, y es el defensor del partido oligárquico. Salido del pueblo, se identifica con los patricios.... Unido á una causa que exige pasión en los que la abrazan, es mirado con desconfianza por sus aliados, porque defiende su causa con moderación.»

La Inglaterra y los Ingleses por EDW. BULWER, t. II, pág. 274.

Sir Roberto Peel, es sin disputa uno de los hombres de Estado más consumados que ha tenido la Inglaterra, uno de los más dignos de dirigir los negocios de un gran país.

DUWERGIER DE HAURANNE.—*Revista de los dos Mundos*. Agosto de 1841.

Al principiar el año de 1810, se presentaba por primera vez con cierto brillo, en la Cámara

de los Comunes, un orador de 22 años, y las sesiones se abrían bajo auspicios poco favorables para la Inglaterra, que parecía agotarse al fin con su prolongada lucha contra Napoleón. El astro imperial, que tan aprisa había de palidecer y extinguirse, estaba entonces en su apogeo; la gran victoria de Wagram acababa de destruir la esperanza de una nueva coalición; Massena y Soult tenían á Wellington en jaque en la Península; el desastre de la expedición, dirigida sobre el Escalda por Lord Castlereagh, había cubierto de luto á toda la Inglaterra, y añadido veinte millones de libras esterlinas á su deuda pública; las arenas de Walcheren habían visto diezmada por el contagio y sacrificada inútilmente á la impericia de Lord Chatham, la flor de la población británica; agitábase la Irlanda en su miseria; parecía inminente una guerra con la América; Jorge III acababa de volverse loco; el papel moneda estaba cada día mas desacreditado, y se levantaba á lo lejos el repugnante espectro de la bancarrota.

En tal situación, el partido whig, separado del poder desde mucho tiempo, redoblaba sus esfuerzos para reconquistarle. El partido tory, con la tenacidad que le distingue, luchaba contra la

adversidad ; pero el ministerio era débil y se hallaba desunido : Canning , no pudiendo obtener del Rey la destitucion de Castlereagh , habia dejado el ministerio despues de haber tenido un desafío con su fogoso colega . (*) La discusion del Discurso de la Corona fue tempestuosa ; todos los oradores de la oposicion se sucedian en la tribuna , para reconvenir violentamente al ministerio por la fatal expedicion Walcheren ; Canning , ostentando generosidad , al paso que se mostraba extraño á aquella medida , la defendia débilmente ; los torys , que ya se fiaban poco de él por sus opiniones liberales sobre la Irlanda , vieron con placer que se levantaba del banco ministerial un jóven desconocido todavia , quien sin oponerse precisamente á una averiguacion (*enquête*) sobre la expedicion de Walcheren , hizo una feliz defensa del discurso , y contribuyó no poco á obtenerle la mayoria . La aristocrácia inglesa tiene la buena cualidad , aunque altiva y hasta insolente , de no haber sido dominada jamás por el espíritu mezquinamente envidioso , mohino y esclusivo de las demas aristocrácias : cualquiera aliado que se presente , salga de donde saliere , con tal que

(*) Véase la Biografía de Canning . T. III.

tenga fuerza y talento, es siempre bien recibido y adoptado por ella. Conoció á primera vista el partido que podria sacar del campeón plebeyo, que rompía en su favor su primer lanza; le tendió la mano, y dos años despues, á los 24 de edad, Roberto Peel era llamado ya á ocupar el puesto de Secretario de Estado para la Irlanda. Desde aquel momento su posicion política se ha agrandado sin cesar, lo mismo que su talento; y en el dia, en la tenaz lucha que hay en Inglaterra entre las ideas antiguas y las nuevas, el torismo entero, bastantemente dividido é indisciplinado antes ó despues de la victoria, en los momentos de peligro se apiña alrededor de Roberto Peel, y obedece á su voz.

Este ilustre hombre de Estado es el hijo primogénito de un rico fabricante del Lancashire; nació en 1788, en Tamworth, si no nos equivocamos, en el Staffordshire, donde su padre habia establecido el centro de sus negocios. Este último, procedente de una familia pobre y oscura, supo aprovechar los descubrimientos de la industria moderna para los hilados del algodón; construyó en Tamworth grandes fábricas de hilados donde se ocupaban hasta 15,000 jornaleros, y murió

en 1830, dejando una fortuna valuada en mas de 240 millones de reales. Lejos de negar su origen, Sir Roberto Peel, que conoce el profundo respeto que inspira la riqueza en un pais donde el ser pobre es mas que una desgracia y casi un crimen, se vanagloria de ello en todas circunstancias, con cierta ostentacion que no deja de ser de mal gusto. El digno fabricante de hilados de Tamworth hizo tambien su ensayo en la carrera parlamentaria, que le salió peor que sus empresas industriales. Su pequeño burgo le envió á la Cámara de los Comunes, en la cual manifestó, á falta de grandes talentos, un ardor patriótico excesivo contra la Francia, y un gran celo ministerial, del que le recompensó Pitt, confiriéndole en 1800 el título de Baronet. Era por lo demas un excelente hombre, que ha muerto rodeado del afecto público.

Destinado el jóven Peel desde la infancia á la vida política, recibió una educacion esmerada. Estudió en el Colegio de Harrow, con el petulante Byron, de quien fue el amigo, el protegido y algunas veces el mártir, y el que habla de él en sus memorias como de un muchacho estudioso y dócil, poco digno de atencion en la ciencia

del *boxing*, pero que por otra parte daba las mejores esperanzas.

Roberto Peel al salir del Colegio pasó á la universidad de Oxford, el arca santa donde se conserva intacto el precioso depósito de las tradiciones de intolerancia religiosa y política: donde los edificios, los profesores y doctrinas, todo es viejo; y donde ningun alumno puede recibir el maná de la enseñanza espiritual y temporal, si de antemano no ha hecho profesion de fé protestante, firmando los 39 artículos. La enseñanza de Oxford, mas bien teológica que mundana, es insuficiente para formar un hombre de Estado; pero Peel supo desde luego ensanchar por sí mismo el círculo de sus estudios escolásticos, para llegar á ser lo que es en el dia, uno de los hombres de Europa que mas variados y profundos conocimientos posee. Sus inclinaciones serias y la moderacion de su carácter, le preservaron de los estravios de la juventud á que le esponia su inmensa fortuna, y con los cuales han señalado sus primeros pasos en el mundo muchos de sus contemporáneos, que como él han llegado á ser célebres. La vida privada de Roberto Peel fue siempre grave, pura é intachable,

sin que la crónica escandalosa pudiera herirle jamás. Acostumbrado por su padre á la idea de que estaba llamado á recorrer una grande carrera, no tuvo, por decirlo así, juventud, ó fue solo mas bien una larga preparacion para los trabajos y los combates que han ilustrado su edad madura. A los 21 años, se presentó en la arena parlamentaria, armado de todas armas, con un entendimiento frio y reflexivo, una memoria prodigiosa, una gran cantidad de conocimientos adquiridos, y con opiniones enteramente formadas, recogidas como una herencia de familia, corroboradas por las relaciones aristocráticas de su padre, y la influencia de los rígidos tutores de Oxford, que sin duda contribuyeron á desenvolver en él ese espíritu de conservacion, ese religioso respeto á las antiguas instituciones del país, del cual no se ha apartado jamás. Si mas adelante las circunstancias, la elevacion de su inteligencia, y el conocimiento de los hombres y de las cosas, le han llevado á hacer notables concesiones á las necesidades de su tiempo, es seguro que casi nunca ha aceptado una innovacion cualquiera sino como un mal necesario. Entiéndase esto con respecto á su

país; pues con respecto al extranjero, y en particular al nuestro, ha incurrido en notables contradicciones, si bien no se ha separado nunca del principio que forma la principal base de la política de los hombres de Estado de Inglaterra, la de sacrificarlo todo á los intereses materiales de su país. Así le hemos visto, ministro tory, decir en pleno Parlamento que el ministerio español, producto de la revolución de Setiembre de 1840, que destruyó un trono y trastornó la nación, era el mejor que había existido en España desde la muerte del Rey. Búsquese otra causa á semejante contradicción de principios que la que hemos enunciado.

Cuando en 1812, después de la disolución del ministerio Perseval, tomó parte Roberto Peel por primera vez en los negocios, durante el ministerio de Lord Liverpool, la cuestión de Irlanda había quedado estacionaria, á pesar de los sucesivos esfuerzos de Pitt, de Fox y de Canning; la Irlanda solo disfrutaba de igualdad en los campos de batalla, donde vertía su sangre por la causa de la Inglaterra; lejos de allí no era ya para el partido dominante mas que una raza de ilotas, á la que se podía oprimir á su antojo.

El jóven Secretario de Estado llamado á poner la mano á aquella llaga, siempre abierta, se ocupó mas en impedir su desarrollo que en curarla. Mas tory en este punto que el mismo Pitt, principió por pronunciarse contra toda clase de concesiones, y su administracion, que duró hasta 1818, apenas se señaló mas que por medidas de rigor. Muchos bills de represion á cual mas severos, envios de tropas y de artilleria, y la creacion de un cuerpo especial de gendarmes, á quienes la gente del pueblo irlandesa dá aun en el dia el apodo de *peelers*, tales fueron poco mas ó menos los únicos recuerdos que Roberto Peel dejó á la Irlanda de su primer ministerio.

Cuando por motivos personales, mas bieu que políticos, dejó Peel su puesto en 1818, la Universidad de Oxford, que tiene como la de Cambridge el privilegio de enviar dos Diputados al Parlamento, quiso dar á su antiguo discípulo una muestra de simpatía, por sus esfuerzos contra los papistas de Irlanda, y le concedió espontáneamente el favor solicitado de representarla, uniéndolo así con lazos mas estrechos á los intereses de la aristocracia y de la Iglesia.

Individuo y relator al año siguiente de una

comision creada para remediar el estado rentístico del Reino , tomó Roberto Peel una parte activa en las graves discusiones á que el asunto dió lugar , y unió su nombre á un bill importante. El objeto del *bill-Peel* fue restringir la emision del papel moneda , y atraer á la Inglaterra la vuelta gradual del metálico , revocando el acta que desde 1797 autorizaba al Banco á no hacer pagos en oro.

En los disturbios interiores que hubo el año 1819 , apoyó Peel vivamente todos los bills represivos presentados por el ministerio. Al año siguiente , despues de la muerte de Jorge III, cuando la esposa de Jorge IV, que llegaba repentinamente de Italia para reclamar su título de Reina y el puesto que la correspondia en la ceremonia de la coronacion , dió lugar al famoso proceso que apasionó á toda la Inglaterra , y dividió todos los espíritus , hasta en las clases mas elevadas , Sir Roberto Peel se mantuvo indiferente , y á pesar de las instancias ministeriales, se negó á intervenir personalmente en aquel escandaloso asunto.

Disipada la tempestad , en 1822 , consintió en reemplazar á Lord Sidmouth en el ministerio del

Interior , y fue de este modo el orador principal del gabinete. Como tal, tardó poco en tener que sostener una lucha directa contra Canning. Este último movido siempre por ideas de tolerancia religiosa , habia propuesto que se concediese á los Pares católicos romanos el derecho de tomar asiento y de votar en el Parlamento ; Sir Roberto Peel combatió aquella mocion , como contraria á la seguridad de la Iglesia dominante. A pesar de sus esfuerzos, la proposicion de Canning fue aprobada por la Cámara de los Comunes por una mayoría de cinco votos , pero fue rechazada por la de los Lores. Tres meses despues , un suceso imprevisto , el suicidio de Castlereagh , daba lugar á la dislocacion del ministerio , y á pesar de la repugnancia personal del Rey por un partidario declarado de la Reina, Canning sucedia á Castlereagh en el cargo de Ministro de Negocios estrangeros. Sir Roberto Peel conservó su ministerio. « Entonces pudieron verse en él, dice Mr. Duvergier de Hauranne, dos tendencias muy distintas. En todo lo relativo al sistema político, asi interior como exterior, Sir Roberto Peel se mostró fiel á las antiguas tradiciones torys , y enemigo decidido de toda reforma. En

todo lo relativo á la administracion y á la legislacion criminal, dió pruebas de un espíritu grande, ilustrado y hasta algunas veces atrevido. Asi pues, se le vió sostener vivamente el *alien bill* (ley sobre los extranjeros), combatir la emancipacion católica, elogiar la Santa Alianza, por un lado; y por otro dulcificar las penas, reformar el jurado y limitar la jurisdiccion de los jueces de paz. Merced á este doble carácter tuvo Roberto Peel tambien la doble ventaja de conservar el favor de los viejos torys, y grangearse hasta cierto punto el de los reformadores. »

El nuevo ministerio, tory en el fondo, pero que encerraba en su seno todos los partidos y se hallaba dividido en las cuestiones mas importantes, duró cinco años, por el ascendiente personal de su presidente Lord Liverpool. Se habia convenido en que en la cuestion del dia, la de Irlanda, el Gabinete permaneceria neutral; y sin embargo, mas de una vez obligó la oposicion á Canning y á Peel á subir á la tribuna á hablar sobre el asunto en sentido contrario. Muerto Lord Liverpool en 1822, nombró el Rey á Canning Presidente del Consejo; y Peel y cuatro de sus colegas hicieron dimision; Canning

lo reemplazó con whigs moderados, y tardó poco en encontrarse frente á frente con casi todo el partido tory, y una fraccion del partido whig. Peel vaciló algun tiempo en ponerse en hostilidad directa con su antiguo colega; pero su oposicion, llena en un principio de templanza y limitada á un solo punto, la emancipacion irlandesa, se extendió poco á poco, fue mas ofensiva; y por último, estrechado en sus últimos reductos por Canning, que le acusaba de falta de franqueza, se declaró decididamente el jefe de la oposicion tory. Despues de la muerte de Canning y del aborto del ministerio Goderich, Sir Roberto Peel volvió á los negocios con Lord Wellington, en 1828: el nuevo ministerio principió por un descalabro. Lord John Russell propuso la abolicion del *Test and corporations acts*, dos leyes antiguas que estaban en desuso, y que incapacitaban para ciertos empleos á los miembros de las sectas disidentes. Peel combatió con fuerza la mocion del orador whig, que fue sin embargo aprobada por una mayoria de 44 votos. Los torys puros se admiraron algun tanto de ver á sus dos jefes permanecer en el ministerio, á pesar de aquella derrota. Pero fue mu-

cho mayor la admiracion al ver á los dos campeones mas intrépidos de la supremaeía protestante, á los dos hombres que dos años antes declaraban que toda concesion á la Irlanda era peligrosa al bien del Estado, proponer ellos mismos la famosa ley de *emancipacion*, que llamaba á la Irlanda á la igualdad civil y política. Cuando Sir Roberto Peel, despues de haber devuelto de antemano á la Universidad de Oxford el mandato que de ella recibiera, se presentó en la Cámara de los Comunes á explicar con muchas precauciones oratorias, por qué habia creído deber ceder á la actitud cada dia mas amenazadora de la Irlanda, su declaracion fue recibida en todos los bancos de la aristocracia y del clero, y aun del pueblo, con una esplosion de clamores y de injurias. Los dos ídolos de los torys se convirtieron de repente en objetos de horror, en *mónstruos*, *traidores*, *judas*, *renegados* y *papistas*. Lord Wellington hizo frente á la tempestad con la flemma silenciosa de un viejo soldado. (*) Sir Roberto Peel, menos indiferente que él á simpatías de las cuales sacaba una parte de su fuerza, y que habia vacila-

(*) Véase su Biografía. T. I.

do mucho tiempo antes de desafiar la tormenta, hizo prodigios de elocuencia para justificar aquella honrosa palinodia, aquel grande acto de justicia política, con el argumento de la necesidad. Toda la contestacion de los torys fue redoblar sus invectivas. Peel encontró, hasta en su misma familia, voces que le acusaban; y los bouettes cuadrados de Oxford renegaron de su discípulo querido, y le reemplazaron con un tory rabioso, Sir Roberto Inglis. Algunos torys, mas furiosos todavia, entre otros el Marqués de Blandfort, se volvieron radicales de despecho. Los Irlandeses mismos, poco agradecidos á un acto de justicia obtenido por la fuerza, proclamaron por la voz de O' Connell « que Sir Roberto Peel, traidor á su partido, no podia ser fiel á ninguno. » Ante aquella reprobacion universal, el ilustre tory, en vez de ceder, se mantuvo firme; durante mas de un año luchó con admirable valor contra una formidable coalicion, formada de los opuestos bancos del Parlamento. Iba á sucumbir, cuando la revolucion de Julio en Francia dió de repente mas vivo impulso á los espiritus, y ensanchó el terreno del combate.

El grito de reforma, trasmitido por el pueblo

á los whigs, resonó pronto de uno á otro estruendo de Inglaterra, y los dos ministros torys respondieron á aquel grito con su dimision. Al fin llegaron los whigs al poder, y Sir Roberto Peel vuelto á la oposicion, tardó poco en ver aquella aristocracia y aquel clero que tanto le habian maldecido, acorrer á él suplicándole que les defendiese contra las rugientes oías de la democracia.

Generoso por carácter y por ambicion, olvidando lo pasado, y mas fuerte que nunca, volvió Peel á ocupar su puesto de mando, y entonces principió con motivo del bill de reforma, aquella larga y memorable lucha de los Comunes contra los Lores, que duró diez y ochos meses; lucha encarnizada, en que Roberto Peel defendió una mala causa con un talento magnífico, un valor y una constancia incansables; fue preciso ceder sin embargo al número, á la fuerza, y al derecho. Los burgos podridos fueron tomados por asalto, y desaparecieron las viejas ficciones electorales, y prevaleció el principio de la representacion verdadera y leal; el *reform bill* fue ley del Estado; quedó disuelto el Parlamento, verificáronse nuevas elecciones, en virtud de la nueva ley de 29 de Enero de 1833; y el gefe del partido tory, al vol-

ver á entrar en el Parlamento reformado , advirtió con dolor , pero sin espanto , que dos terceras partes de su ejército habian quedado sobre el campo de batalla.

El partido tory estaba reducido á ciento ochenta miembros. Sir Roberto Peel no desmayó ; firme y moderado á un tiempo , aceptó sin vacilar los hechos consumados, y solo pensó en hacerlos servir para el triunfo de sus opiniones. « Entonces se le vió, dice el autor antes citado , aprovechándose de la reaccion que sigue naturalmente á todo grande esfuerzo político , tender por un lado la mano á aquellos que principiaban á espantarse con el pograma de las ideas reformistas , contener por otro los restos temblorosos del viejo partido tory , y asentar de este modo las bases del gran partido, que bajo un nombre nuevo, le reconoce con razon por su gefe. » No es de este lugar el referir las crisis interiores que espantó el ministerio wilg. Peel supo con gran sagacidad aprovechar las faltas, las alianzas forzadas de sus adversarios, y las exigencias de sus aliados. Merced á él, el partido tory tranquilo , contenido , disciplinado y convertido en partido *conservador*, principiaba á reponerse un poco de su derrota,

cuando á fines de 1834 , un capricho del Rey Guillermo desbarató de repente las pacientes combinaciones de Peel , obligándole á formar antes de tiempo un ministerio tory imposible, y á prolongar de este modo por algunos años todavía la vida del ministerio whig.

Sir Roberto Peel habia ido á pasar el invierno á Roma , cuando recibió , en Noviembre de 1834, un mensaje del Rey , que acababa de despedir bruscamente el ministerio Melbourne , en el que le invitaba á trasladarse inmediatamente á Londres para componer y presidir un nuevo ministerio con el auxilio de Lord Wellington. Llegó Sir Roberto Peel á Londres el 9 de Diciembre, y formó con trabajo una nueva administracion, en la que muchos de sus amigos se negaron á tomar parte , desconfiados de su estabilidad. El Parlamento fue disuelto; el resultado de las nuevas elecciones pareció dudoso al principio, pero no tardó en declararse la victoria. Derrotado por primera vez en la cuestion de la presidencia de la Cámara, vuelto á derrotar en la de la contestacion al Discurso de la Corona, derrotado por tercera vez en la cuestion de la *apropiacion*, es decir en la proposicion hecha por los whigs

de *apropiar* el escedente de las rentas de la Iglesia anglicana en Irlanda á las necesidades de la instrucción pública en aquel pais; derrotado siempre y en todas partes á pesar de notables esfuerzos de elocuencia, Sir Roberto Peel se decidió al fin á retirarse: el gabinete tory fue disuelto á los cuatro meses de formado, y Lord Melbourne volvió á los negocios, un tanto robustecido con la tentativa abortada de los torys.

Desde 1835 á 1839, el ministerio Melboarne, rechazado por la Cámara de los Lores, se sostuvo con una mayoría reducida y movible en la Cámara de los Comunes; mayoría debida tan pronto á los radicales, como á los votos irlandeses de que dispone O' Connell. Sir Roberto Peel no le dejó un momento de descanso; dirigiendo siempre su plan de ataque al flanco débil de su enemigo le combatió, sobre todo en sus aliados. Anunció á las clases medias que el ministerio se dejaba sobrepajar por los radicales, y ponía en peligro sus mas caros intereses; á la Inglaterra entera, en cuyo seno se abrigan siempre, aun entre los hombres mas ilustrados, un ódio y un desprecio inventerados hácia la Irlanda, le señaló á Lord Melbourne como el

protegido, el humilde servidor de O' Connell, y cada concesion hecha á la Irlanda, aun la mas justa, como una aproximacion á la supremacia del papismo. Este hábil manejo le salió muy bien; cada leccion parcial daba un voto mas al partido conservador y uno menos al partido whig; de modo que un dia, á principios de 1839, cuando la presentacion del bill de la Jamaica, faltándole á Lord Melbourne el apoyo de los radicales, sufrió un descalabro que juzgó bastante significativo para dar su dimision, y Sir Roberto Peel, llamado para formar un nuevo gabinete, estaba á punto de principiar de nuevo con mas probabilidades de buen éxito la empresa abortada en 1835, cuando un extraño incidente le obligó á diferir aun su triunfo.

La jóven Reina Victoria, ya sea porque Lord Melbourne es mas amable que Sir Roberto Peel, y ya por que Lord Palmerston es mas apuesto que Lord Wellington, ó bien por cualquier otra causa, la jóven Reina Victoria no gusta de los torys. Sir Roberto Peel, creyendo tal vez que desaparecería aquella repugnancia con la de ciertas personas que la rodeaban, y á las cuales la atribuía, exigió, como verdadero ministro cons-

titucional, que antes de todo despidiese la Reina á dos Damas de su corte, cuyos semblantes no le gustaban sin duda. La Reina, dispuesta á soportar los torys, pero no á sacrificarles las Damas de su corte, se negó abiertamente. Al dia siguiente Sir Roberto Peel devolvía sus poderes, Lord Melbourne volvía á tomar los suyos, y en medio de una polémica de periódicos bastante burlesca y digna del asunto, volvía á principiar mas viva que nunca la lucha entre los dos grandes partidos en que se halla dividida la Inglaterra. Sabido es cómo terminó; sabido es que durante cerca de dos años el ministerio whig ha arrastrado una vida lánguida, señalada por una larga série de derrotas; que la calaverada de Lord Palmerston (*) en Oriente solo sirvió para debilitarle mas, enagenándole á los radicales; que despues de haber agotado todos los medios de existencia y recurrido á la medida extrema, la disolucion de la Cámara, se ha visto obligado á retirarse ante la mayoría mas imponente que ha existido desde el bill de reforma; por último que Sir Roberto Peel, á fuerza de perseverancia y de talento, combinando hábilmente la ener-

(*) Véase su Biografía. T. II.

gía con la moderacion, en ocho años ha sabido realzar y reconstituir su partido, que parecia destruido para siempre, y reconquistar el poder, apoyado por las simpatias evidentes del pais, por la Cámara de los Lores, y por 368 votos de la Cámara de los Comunes.

¿Cómo gobernará ahora estos discordes elementos? ¿Cómo enfrenará á esos viejos torys obstinados, que nada han aprendido ni olvidado? ¿Cómo soportará la proteccion comprometida, las exigencias y los enojos de los *Inglis*, los *Pringle*, los *Plumptree* etc. etc. ¿Cómo se arreglará con la Irlanda el *sanguinario* Peel, valiéndonos de la expresion del *hiperbólico* O' Connell? ¿Cómo saldrá de los embarazos rentísticos, y de los tres delicados problemas de economia política que le legaron sus predecesores? Todo esto combinado con la oposicion whig, la oposicion radical, la confesada antipatia de la Reina, y sin contar las cuestiones exteriores, forma una situacion bastante embarazosa, que dificulta formar un juicio sobre el porvenir. Todo lo que puede decirse es, que si el ilustre jefe del ministerio actual despliega en el ejercicio del poder la habilidad que desplegó para conquistarle, triunfará sin duda

de todos los obstáculos. Ya hemos indicado antes que por los intereses de su país sacrifica Sir Roberto Peel la consecuencia de sus principios en su política exterior; y si esta conducta puede atraerle entre los ingleses el aprecio, la historia y el Mundo, no apreciarán igualmente su probidad política.

Ya hemos dicho, que Sir Roberto Peel, de un espíritu demasiado elevado y un carácter demasiado moderado, que no sabe ceder á tiempo y á necesidades bien probadas, era sin embargo esencialmente *conservador* en toda la estension de la palabra; es decir, que para él la ventaja de innovar jamás equivalía al peligro de destruir. Pero nos parece no haber dicho bastante, que este amor del *statu quo* era exclusivamente sobre las cuestiones política y religiosas. Fuera de esto y en cuanto se refiere á las reformas judiciales y administrativas, se ha mostrado siempre tan progresista, como wigh, y bajo este punto la Inglaterra le debe mucho. El ha sido el primero que ha introducido un poco de claridad y orden en el caos de leyes contradictorias, aglomeradas desde muchos siglos, que se llama el Código penal inglés; él es el que se ha permitido, con grande

escándalo de los *attorneys* de su país, el poner una mano profana en el confuso laberinto de los procedimientos ingleses; se ha calculado que su método de codificación simplificada había reducido por término medio 13,162 líneas á 2,877. Sir Roberto Peel es además quien ha introducido en la organización municipal y en la gerarquía administrativa, cuanta centralización consiente el espíritu inglés: él es en fin el que en 1829 creó un cuerpo especial para la policía de Londres, confiada hasta entonces á una especie de guardia cívica, organizada por las parroquias, y que obraba con una lentitud perjudicial á la seguridad pública.

Los asuntos de Irlanda han tomado últimamente, y tienen en el día un carácter tal de gravedad, que es difícil presagiar cuál será el resultado de la lucha, de aquel pueblo agitado por O'Connell, y que reclama la revocación del acta de unión, reuniéndose en *meetings* á los que concurren centenares de miles de individuos, contenidos hasta ahora por el grande agitador, pero que la menor circunstancia puede convertir en enemigos declarados, y dar principio á una lucha, para la cual se prepara el gobierno inglés enviando

fuerzas y pertrechos á aquel pais. Peel indudablemente tiene que pelear con un enemigo poderoso; y cuando el diablo atormentaba á Lutero en sus sueños, y argüia con él, diciéndole: « Yo tambien soy lógico, » no era menos embarazoso que O'Connell turbando el sueño del primer ministro, y diciéndole: « Tambien yo conozco mi derecho » Nada mas curioso, mas interesante que presenciar la lucha de estos dos hombres, ambos muy experimentados, muy diestros, muy astutos. O'Connell está siempre, si es dado espresarse asi, á caballo sobre la ley. Se ha dicho de él que conduciria un carruaje de cuatro caballos por encima de la Constitucion sin tocarla.

« Declaro, decia pocos dias hace, declaro á Sir Roberto Peel y al Duque de Wellington que observaré la letra de la ley, y su espíritu. Me mantendré en los mas estrictos límites de la legalidad; mientras se me deje un punto en la Constitucion donde pueda colocar mi pie, como sobre el punto de Archimedes, alli sostendré la libertad de mi pais. Estamos prontos á permanecer en el terreno constitucional; pero si se nos obliga á salir de él, entonces *væ victis*. » (*) ¿La

(*) Revista de los dos Mundos de 15 Junio 1843.

independencia de la Irlanda seria para ella un bien ó un mal? ¿podria conservarse y ser feliz con un Parlamento nacional? Dificil es dar solucion cumplida á estas preguntas; pero la Irlanda es un pueblo oprimido, vejado, y despreciado; y poco dispuesto el gobierno inglés á variar de sistema, es posible que dé lugar á un rompimiento, del que si puede tener probabilidad de quedar vencedor, no dejará de sacar nuevos y mayores embarazos.

Quédanos ahora, para completar nuestro trabajo, bosquejar al hombre y al orador. Pero no habiéndole visto ni oído jamás, en vez de hacer un retrato de capricho, lleno de antitesis y de rasgos que gustarian á los lectores, preferimos reproducir aquí diferentes retratos hechos ya, y que se parecen bastante poco unos á otros, para presentar el interés de la variedad.

« Sir Roberto Peel, dice un escritor anónimo (*), es alto y bien formado; tiene el color claro y los cabellos un poco rojos; todo su aspecto es jóven para su edad, y hay en su fisonomía una marcada espresion de talento y agudeza. Sin embargo, en su mirar, en su frente

(*). *Revista de los dos Mundos*, Mayo de 1837.

y en la compresion de sus lábios , se descubre cierta desconfianza , y la inspira desde luego. Sus maneras son elegantes , pero un poco facticias y desprovistas de la gracia indefinible que da una educacion aristocrática ; recibe el homenaje y los aplausos de su partido con cierto aire de forzada cordialidad , y á los que quieren aproximarse mas á él , con una reserva glacial. Sus enemigos le tachan de avaro , sin otro motivo aparente que el orden con que sabe gastar una fortuna de Príncipe. Gusta del lujo , y hasta de la magnificencia en algunos objetos , particularmente en su espléndida Galeria de cuadros , de que se envanece con razon. Es personalmente activo y enérgico ; le gustan los placeres del campo , los ejercicios violentos , y conserva una constitucion robusta en medio de fatigas poco comunes. Entiende la vida doméstica como la entienden los ingleses ; la mayor parte del tiempo que le dejan libre sus funciones públicas , lo pasa en el seno de su familia , ó en el estudio , pues lo que no es general en los hombres que han sentido por mucho tiempo la escitacion de la vida pública , tiene un sincero afecto á los trabajos literarios... Cuando se levanta en la Cámara de los Comunes,

aun antes de que hable, se vé al hombre que atrae con una fuerza irresistible todo el interés de aquella poderosa asamblea; su voz es singularmente imponente, clara y sonora, de modo que no se pierde una palabra, y su entonacion es admirable... Uno de sus movimientos favoritos, cuando se anima, es dar fuertes golpes con el puño sobre una caja de papeles que tiene delante, sobre la mesa del Presidente, y los sonidos de aquel tambor de madera, unidos á las fuertes entonaciones de su voz, producen algunas veces un ruido verdaderamente espantoso. »

Veamos ahora á Sir Roberto Peel, pintado por uno de sus cólegas, el Diputado y escritor radical Bulwer.

« Las buenas cualidades físicas son de la mayor importancia para formar un grande orador. Sir Roberto Peel las posee; tiene un órgano singularmente templado, una estatura elevada y magestuosa, y habla naturalmente bien; y aunque no deja de tener algo de desagradable, impone y persuade. He hablado de una combinacion de efectos teatrales, y Sir Roberto Peel sabe emplearlos con destreza. Con un movimiento de la mano, con un saludo, con una espresion de la

boca con cierto aire de franqueza, sabe dar fuerza y energia, agudeza ó dignidad á la cosa mas insignificante. La elocuencia es un arte, y él es indudablemente un artista consumado; es ademas un hombre muy notable por las cualidades mas elevadas del entendimiento; reúne á muchos conotimientos agradables una inmensa instruccion práctica; y es á un tiempo hombre de letras y hombre de negocios... Reúne á su talento de orador ciertas cualidades raras, como director de partido. Tiene, es verdad, poca osadia, pero un tacto admirable; jamás compromete á su partido con espresiones vertidas imprudentemente, y está libre de la indiscrecion que es comun á los oradores. La exactitud es tambien una señal característica de su talento: y no recuerdo haberle oido jamás citar con inexactitud un hecho, cosa muy frecuente á los demas oradores. Esta calidad de su espíritu es probablemente la que le hace tan apto para los negocios.»

Véase ahora otro retrato de Roberto Peel, trazado en 1835 por un escritor mas radical todavia que Mr. Bulwer, y que se firma O' Donnor.

« Sir Roberto Peel es de mediana estatura, y seria elegante su figura á no ser por la obesidad

que principia á serle pesada ; viste con elegancia y sin exageracion ; no indica estar cerca de los 50 años ; sus facciones regulares tienen cierta expresion de causticidad desdeñosa ; parece que se ocupa demasiado en sus maneras , pues la distincion natural tiene mas soltura y abandono. Además , la afectacion estudiada es tambien el carácter dominante de su talento oratorio. Gestos y lenguaje , todo indica en él estudiadas pretensiones ; tiene mas parte cómica de la que necesita un orador. Fatiga el ver cómo se agita , y no me gusta que un hombre de Estado sepa tantas posturas graciosas. Tal vez cerca de una chimenea , en familia , podrá parecer bien cruzar las piernas y hacer sonar el dinero en el bolsillo del pantalon ; jugar con el forro de la casaca , ó levantar por detrás los faldones de la levita ; pero en público , y sobre todo en el sitio donde se discuten las leyes de una nacion , no sientan bien estas inocentes coqueterias. Sir Roberto Peel abusa demasiado de sus manos y de sus brazos , y casi se pierden sus palabras con el continuo movimiento de su persona. Por otra parte , confieso que su locucion es viva , fácil y espiritual . y dá placer el oírle. Su retórica aplicada á los nego-

cios me gusta mucho , y posee cuanto puede dar el arte del decir ; pero el calor que le anima es facticio , carece de aquel que se comunica , porque no tiene conviccion. »

« Sir Roberto Peel , dice Mr. Duvergier de Hauranne , no es un orador de primer orden , y sus discursos no pasarán probablemente á la posteridad como modelos de elocuencia clásica ; pero tiene un modo de hablar sencillo , claro , metódico , que sin querer produce muchas veces efecto. Tiene ademas un mérito muy precioso para un gefe de gabinete ó de oposicion , el de tratar todos los asuntos con igual facilidad. Política , hacienda , economia política , legislacion civil y criminal , administracion , guerra , de todo trata Sir Roberto Peel , en todo manifiesta los mas sólidos conocimientos , el mejor juicio y la mas notable lucidez. Asi es , que cuando despues de una larga discusion , los oradores , perdiendo de vista el punto principal , se han extraviado por mil diversos caminos , y trasformado el combate en un torneo , causa un placer infinito ver levantarse á Sir Roberto Peel , y con algunas palabras graves y firmes , llamar la atencion sobre el verdadero punto del debate.

Al escucharle, se conoce que está presente no un literato ó un abogado, sino un hombre político; para quien un discurso es una accion, y que prefiere la utilidad á la brillantez.»

Véase por último, un pequeño cuadro, como sabe hacerlos Mr. de Chateaubriand.

« Sir Roberto Peel nos ofreció en su mesa la hospitalidad diplomática; la persona del ministro de lo Interior era agradable, y la armonia de su voz hacia olvidar la costumbre original de uno de sus gestos. Lady Peel, nacida, segun creemos, bajo el cielo de la India, tenia una delicadeza que no hemos visto en muger alguna: podia decirse que era trasparente, y de repente aquella Niobe de alabastro se cubrió del color encarnado pálido de una rosa de Bengala: tenia unos hijos que parecian verdaderos angelitos: Mr. Peel usaba de sus riquezas con cierta dulzura y moderacion, y aquel espíritu de templanza le acompañaba en la tribuna (*).

(*) Chateaubriand—*Congreso de Verona*, T. I. pág. 308.





MR. DE CHATEAUBRIAND.

Personajes célebres nel Siglo XIX.

CHATEAUBRIAND.

« Chateaubriand ha recibido de la naturaleza el fuego sagrado, como lo atestiguan sus obras. Su estilo no es el de Racine, sino el de un profeta. Si alguna vez llega á dirigir los negocios, es posible que Chateaubriand se extravie; pero lo cierto es, que todo lo grande y nacional es á propósito para su génio. »

NAPOLEON.—*Memorias de Mr. de Montholon*. T. IV, pág. 245.

En los tiempos borrascosos, cuando rugen las revoluciones, y cuando los pueblos, valiéndose del lenguaje de Lamartine, *vagan en la pendiente de los abismos como rebaño sin pastor*, la Providencia, que vela sobre los destinos de la humanidad, hace algunas veces que se levantan

ten del suelo dos génios: el uno armado de una poderosa espada, reconquista el derecho por la fuerza, y sobre las ruinas de un monumento derruido echa los cimientos de un nuevo edificio; el otro, nuncio de paz, de fé y de poesia, cuando están disueltos todos los lazos morales, cuando el sentimiento de lo bello se ha empañado con el contacto impuro de la incredulidad y del egoismo, cual la paloma despues del diluvio, trae á la tierra el ramo de oliva, y enlaza nuevamente la cadena de las tradiciones religiosas y literarias. Los pueblos deben al primero la vida política y social, y al segundo la vida del corazon y los delicados goces del alma. En el mismo año nacieron Napoleon y Chateaubriand.

Nunca hemos conocido tan bien como al escribir estas lineas la utilidad real de las biografias; ni lo bueno que es el trazar con grandes rasgos, para el bien de todos, las principales peripecias de una noble y hermosa existencia; ni cuán util era manifestar á todos cuanta sangre pura han introducido las producciones del génio en las debilitadas venas del cuerpo social, cuántos sentimientos generosos han despertado en las

almas, cómo han consolado muchas veces al desdichado, sostenido al débil, contenido al poder en sus extravíos, y vivificado la fé vacilante. Si las épocas y los hombres forman los libros, los libros á su vez forman las épocas y los hombres.

Francisco Augusto de Chateaubriand, hijo de una de las mas antiguas familias de la Bretaña, nació en S. Maló en 1769. Pasó los primeros años de su vida en el castillo de Combourg, antiguo solar paternal de estilo severo, y rodeado de grandes encinas y verdes matorrales. El niño desde la torre en que descansaba, oia á lo lejos rugir el mar al estrellarse en las playas, y ya se deleitaban sus ojos con el centelleante brillo de las estrellas, sus oidos con el ruido de los vientos y con los tristes gritos de las gaviotas, y su alma con todas las armonias de la naturaleza armórica. Si hemos de dar crédito á algunas páginas sustraidas á las *Memorias de despues de la tumba*, legado fúnebre del génio, cuya aparicion desea y teme á un mismo tiempo la Francia, el interior de la familia era triste y frio; no habia en ella franqueza ni amistosas comunicaciones en el hogar. El padre de Mr. de Chateaubriand, impasible y altivo como un antiguo caballero de la

edad media , era una de esas naturalezas de yelo y de hierro, para quienes las emociones suaves son cosas fútiles y desconocidas.

Aquella existencia , principiada en el seno de una naturaleza salvaje , privada de los goces del corazon, y replegada sobre sí misma , imprimió pronto en la imaginacion de Mr. de Chateaubriand, ese sello de grave y profunda meditacion que no se borra jamás , y que influye en el resto de la vida. Asi pues, niño aun , era poeta; una hermana mas jóven , á la que amaba y cuya alma pura y delicada comprendia todas las bellezas de la suya , dió al parecer á la uniformidad de sus dias solitarios, un baño de melancólica dulzura, de gracia y de ternura

Destinado en un principio al estado eclesiástico, por ser el menor de su familia, el jóven Chateaubriand hizo sólidos y profundos estudios , que principiaron en el Colegio de Dol, y terminaron en Rennes, donde tuvo por condiscípulo á Moreau. A los 20 años habia entrado el jóven en el periodo de los pesares íntimos, de los deseos sin nombre y de las agitaciones sin objeto. Era René con ese gérmen de tristeza que le *provenia de Dios ó de su Madre*. Causábanle horror las

trabas de la vida eclesiástica, y por un momento concibió el proyecto de suicidarse; á los pocos dias se preparaba á embarcarse para las Indias orientales, y poco despues tambien llegaba á París con un despacho de Subteniente del regimiento de Navarra. Su hermano primogénito acababa de casarse con la nieta de Mr. de Malesherbes. El jóven oficial breton fue presentado á la corte y admitido á los besamanos, y á las cacerías reales, cosas todas de mediano interés para él.

Habia otra corte pequeña á la cual se dirigian con mas ardor sus miradas; estaba prohibida la entrada en ella al vulgo y solo el talento la tenia. Allí dominaban los últimos discípulos de la escuela enciclopédica: el descriptivo Delille, Laharpe que despues.... *pero entonces no era virtuoso*, el incisivo Champfort, el voluptuoso Parny, el académico Fontanes etc. Estos débiles sucesores de Voltaire componian madrigales, en medio de los gritos del juramento del Juego de Pelota y de la toma de la Bastilla, cuando resonaba la poderosa voz de Mirabeau como la trompeta del arcángel en el dia del juicio. El futuro monarca literario llamó tímidamente á la puerta del temible *Sanhedrin*, que consignaba sus fallos en el Mercurio

de Francia y en el Almanaque de las Musas. A fuerza de pasos y de proteccion consiguió que se insertase en el último de dichos periódicos un idilio bastante insípido, y escrito segun el gusto de entonces, titulado *El amor del campo*, cuya aparicion le causó, segun él dice, mucho temor y esperanza.

Pronto tomarou los sucesos un aspecto mas sombrío, y el trono vaciló sobre sus cimientos. El arroyo revolucionario se convirtió en torrente, y la nobleza, en vez de seguir su corriente ó de oponerse con valor como un dique á las olas populares, abandonó el puesto y se alejó de Francia, para no volverla á ver, sino transformada lo de arriba abajo. Sediento de gloria y de peligros, no pudiendo permanecer en Francia, á menos de recibir la rueca que distribuian los héroes de Coblenza; y siéndole por otra parte repugnante la desercion en masa cuyo principio y objeto no aprobaba en el fondo, se decidió Mr. de Chateaubriand á solicitar una comision peligrosa; á los 20 años de edad iba á intentar el descubrir el paso á las Indias por el Nord-Oeste de la América, dispuesto, como dice él mismo, *á dirigirse en derecha al Polo, como se vá de Paris á Saint-Cloud*

A los dos meses, el intrépido viagero se embarcó en San Maló en la primavera de 1791; llegó á Filadelfia, y entró en la modesta casa de Wasington, el Cincinato americano. El presidente de los Estados-Unidos no estaba rodeado de guardias ni aun de criados; una sirvienta abrió la puerta y puso frente á frente á esta gloria futura y aquella presente gloria. Mr. de Chateaubriand provisto de una carta de recomendacion, espuso su proyecto; Washington le escuchó, se admiró y le habló de las dificultades de la empresa; « pero le contestó el viagero con viveza, es menos difícil descubrir el paso polar, que crear un pùeblo como vos lo habeis hecho.— ¡Bien, jóven, muy bien! » contestó el héroe tendiéndole la mano.

A los pocos dias, penetraba Mr. de Chateaubriand en los desiertos americanos. Su iniciacion á la vida salvage es muy estraña; es preciso leer su encuentro con su compatriota Mr. Violet, antiguo pinche de cocina del general Rochambeau, y convertido en maestro de baile de aquellos *Señores y Damas salvages*. Aquel francés, con un vestido verde y pelo rizado y empolvado, enseñaba el arte de Terpsícore á una tribu de Iroqueses, que le pagaban con pieles de castor y jamones de

oso. « Elogiaba mucho , dice Mr. de Chateaubriand la ligereza de sus discípulos : y en efecto , jamás habia yo visto hacer semejantes cabriolas. »

Pronto ocupó el poeta el lugar del viagero , y se olvidó casi enteramente del paso Nord-Este. Mr. de Chateaubriand , se fue de un bosque á otro , de una á otra tribu , admirando como artista los efectos de la Luna y del Sol , escuchando la armonía de los vientos y de las aguas en la profundidad de los bosques , esponiendo su vida para ver de mas cerca la catarata de Niágara , bogando sobre los grandes lagos , subiendo por el Ohio , reconociendo las gigantescas ruinas que cubren sus riberas , inspirándose con aquella hermosa naturaleza , con aquellas costumbres primitivas , con aquel lenguaje pintoresco , con aquella vida nómada y poética , y deteniéndose en fin en el país de los Natchez para meditar René , escribir la Atala , y aquella primera época de la juventud á que dió el nombre de sus huéspedes.

Habiéndose acercado un dia á los cerrenos que desmontaban los americanos , y pedido la hospitalidad en una granja , fue á parar á sus manos un pedazo de un periódico inglés ; leyolo á la luz de la lumbre , y supo por él la fuga de

Luis XVI, su arresto en Varennes, los progresos de la emigracion, y que todos acudian á alistarse bajo las banderas de los Príncipes franceses. El noble breton creyó escuchar la voz del honor, abandonó sus queridas soledades, atravesó nuevamente el Océano y se reunió al ejército de Condé. Encontraron que llegaba muy tarde, y en vano les advertia que venia adrede desde la catarata de Niágara. « Estuve, dice él mismo, á punto de tener un desafio por conseguir el honor de llevar una mochila. » Admitido al fin como guardia noble, hizo la campaña de 1792, con un fusil viejo sin gatillo, y con el morral al hombro. En él iba Atala felizmente, pues aquella tierna hija del poeta recibió, segun dicen, y amortiguó una bala que iba dirigida á su padre. Herido en un muslo en el sitio de Thionville, atacado á un tiempo por una enfermedad contagiosa y por las viruelas, le dejaron por muerto en un foso. Los soldados del Príncipe de Ligne le echaron en un furgon, donde fue conducido moribundo á Ostende, y le tendieron en la cala de un barquichuelo que dió la vela para Jersey. En una recalada en Guernecey, estando el desdichado próximo á espirar, le bajaron á tierra, y allí, sen-

tado contra una pared , con la cara vuelta al Sol, cubierto de llagas y abandonado de todos, debió Mr. de Chateaubriand la vida á la piedad de una pobre muger de un pescador , que le llevó á su cabaña y le cuidó.

En la primavera de 1793 el infeliz emigrado pasó á Lóndres , y allí principió , con toda su aspereza , una carrera de dolores y de miserias. Encerrado en un granero , en un arrabal estraviado, sin amigos , sin recursos , sentenciado por los médicos , á morir dentro algunos meses, y precisado sin embargo á sostener con el trabajo su débil existencia , Mr. de Chateaubriand traducía para los librerros , enseñaba el francés , y descansaba de noche de la monotonía de sus horas vendidas , componiendo una obra , cuyo vasto cuadro indica una fuerza singular en aquella cabeza de 25 años , surcada ya por tantas desgracias. Hablamos del *Ensayo sobre las revoluciones* , que le costó dos años de estudios , y que se publicó en Lóndres en 1796. El objeto de este libro , enteramente desconocido en Francia en un principio , es establecer que nada hay nuevo bajo el sol , y que en las revoluciones antiguas y modernas se encuentran los personajes y los prin-

cipales caracteres de la revolucion francesa. Este pensamiento dá lugar á muchas comparaciones forzadas algunas veces, ciertas otras, curiosas siempre, y que denotan estudios muy profundos. Respiran aquellas páginas tristeza, misantropía, escepticismo y hasta incredulidad; no tenia aun el jóven la fé que alijera el peso de las desgracias. Oigámosle contar á él mismo por qué súbita transformacion dejó de ser filósofo y se encontró cristiano, y cómo escribió *El Génió del cristianismo* en espaciacion del *Ensayo sobre las revoluciones*.

« Mi madre despues de haber sido encerrada en los calabozos á la edad de 60 años, espiró sobre un mal jergon, donde la tenian sepultada sus desgracias; el recuerdo de mis extravíos amargaba sus últimos instantes; al morir encargó á una de mis hermanas que me volviera á la religion en que habia sido educado; cuando recibí la carta de mi hermana en el lado allá de los mares, ya no existia ella, pues habia muerto de las consecuencias de su prision. Aquellas dos voces salidas de la tumba, aquella muerte que servia de intérprete á la muerte, me conmovieron; me volví cristiano: convengo en que no he ce-

dido á grandes luces sobrenaturales ; mi conviccion salió del corazon : lloré , y creí . »

Bonaparte abria á los emigrados las puertas de la patria , y Mr. de Chateaubriand dejó á Lóndres. La ciudad donde arrastró sus miserias y sus tristezas , no volverá á verle sino 20 años despues cubierto de gloria y de honores ; y el brillante palacio Ponzomby , á cuya puerta tal vez se habia apoyado moribundo el pobre y oscuro desterrado , resonará con el bullicio de las espléndidas funciones dadas á lo mas escogido de la aristoeracia inglesa , por el ilustre embajador de S. M. Cma.

De regreso á Francia , en 1800 , Mr. de Chateaubriand obtuvo el privilegio de el *Mercurio* , en union con su amigo Mr. de Fontanes : se decidió entonces , para sondear el público , á arraucaer de su grande obra , fruto de su destierro , el episodio de Atala. Aquella flor deliciosa del desierto , aquel hijo gracioso de la soledad , encantó á la vieja Europa ; era una especie de lengua nueva , cuya pura melodía heria deliciosamente oidos embotados. A pesar de los sarcasmos de Ginguené y los epigramas de Chenier , el éxito de Atala fue prodigioso. Sigue á la Aurora

el Sol, y despues de Atala apareció el *Génio del Cristianismo*. Si la historia de los hechos es rica en aquella época, tal vez no hay un acontecimiento mas grande para el historiador de las ideas, que la aparicion de este libro.

Dios todo lo hace bien, y el hombre y el libro llegaron á tiempo. La sociedad agitada por muchos años por la tempestad, volvía al orden material. Una mano poderosa reconstruía las clases; pero las inteligencias, cansadas de la duda, espantadas del ateismo y de sus consecuencias, flotaban indecisas, buscando una luz, un puerto, un abrigo; el *Génio del Cristianismo* fue todo esto. Había sed de fé, de poesía y de amor; y se tuvo amor, poesía y fé; y la Francia, viejo Eson rejuvenecido en la caldera revolucionaria, creyó, y lloró sorprendida, como en los bellos dias de su adolescencia. Imposible sería analizar aquí el *Génio del Cristianismo*; para enumerar las bellezas de este libro, se necesitaria escribir otro libro.

¿Qué habíamos de decir tambien de René, el hermano de Werther, de Obermann y de Jacobo Ortiz, el mas hermoso, el mas seductor de todos estos bijos de un siglo grave y pensa-

dor, que presiente por instinto la obra inmensa de reedificacion que se le impone?

Pronto una atraccion natural lleva al restaurador del edificio social hácia el nuevo Orfeo, que con su lira venia tambien á reconstruir el edificio religioso y moral. Chateaubriand habia dedicado su libro al primer Cónsul; el primer Cónsul le tendió la mano, y por un efecto de su esquisito tacto, lo envió á Roma en clase de primer secretario de embajada. Nada mas en el orden que el autor del *Génio del Cristianismo* en el seno de la capital del mundo cristiano. En medio de las ruinas de la Ciudad eterna, bajo los pórticos del Coliseo, sentado sobre algunos restos del Circo, salpicados tal vez con la sangre de los primeros cristianos, alli concibió Chateaubriand su obra maestra *Los Mártires*. Desde aquel momento, sintió un vivo deseo de visitar la Grecia, cuna de Roma pagana, y la Judea, cuna de Roma cristiana, doble teatro donde debe girar la grande epopeya.

Mr. de Chateaubriand, vuelto á París á poco tiempo, fue nombrado ministro plenipotenciario en el Valais. Era la víspera del dia de siniestra recordacion, en que el último de los Condés fue

fusilado en los fosos de Vincennes, á cuatro pasos de la encina bajo la cual S. Luis administraba justicia. (*) Aquella misma noche, cuando todos enmudecian de estupor y de espanto, Mr. de Chateaubriand envió su dimision ; y aquella protesta, tanto mas fuerte quanto era sola, irritó profundamente á Bonaparte. Sin embargo, ya fuese que él mismo sintiese la muerte de la víctima (pues la historia no ha levantado aun completamente el velo que cubre el drama de Vincennes) ó ya que comprendiese la nobleza de aquel solitario reproche, el primer Cónsul se contuvo, y hasta quiso, pero en vano, atraerse al tráfuga, haciéndole nombrar mas adelante miembro del Instituto, como sucesor de José Chenier. Sabida es la historia del discurso que pronunció. Aquel discurso, refutacion viva pero elocuente de los principios políticos de Chenier y de la doctrina del regicidio, escrito en el momento en que acababa de verterse la sangre Real, cuando los jueces de Luis XVI ocupaban los primeros puestos del Estado, separó para siempre á Napolcon y á Chateaubriand.

Antes de este último hecho, que tuvo lugar

(*) Expresiones de Mr. de Chateaubriand.

en 1801, y al cual siguió de cerca la supresion del privilegio del *Mercurio*, se habia decidido el poeta á llevar adelante su proyecto de peregrinacion á los Santos Lugares.

Salió el 14 de Julio de 1806, volvió á ver la Italia, se detuvo un momento en Venecia, se embarcó para la Grecia, corrió á Esparta donde hizo resonar los ecos solitarios con el gran nombre Leónidas, fue á meditar sobre el Agora de Atenas, tocó en Smirna, echó una mirada á Constantinopla, pasó á Chipre, saludó al Carmelo, y se arrodilló ante la ciudad de las desolaciones. Allí siguió paso á paso las huellas del Hombre Dios sobre el camino del dolor, recorrió el Valle de Cedron, rezando las lamentaciones del profeta; y despues de haber saciado su alma con un grande alimento de fê, de recuerdos y tristeza, de haberse calzado la espuela de oro de Godofredo de Buillon, de recibir la acolada con su espada, y el título de Caballero del Santo Sepulcro y de haberse arrodillado sobre la tumba de Cristo, dió el peregrino la vela para Egipto, atravesó la ciudad de los Ptolomeos, subió el Nilo hasta el Cairo, contempló las Pirámides y á Menfis, pasó á Africa, visitó á Tunez, y preguntó á las ruinas de Car-

tago si han conservado recuerdos de las meditaciones de Mário y de las últimas palabras de S. Luis. Embarcose en seguida para España, llegó al monte Padul, y recorriendo con la vista la rica vega de Granada, comprendió los pesares de Boabdil; bajo los pórticos de la Alhambra, en los jardines del Generalife tuvo ensueños de amor, de encantamiento y de infortunio, y nació de una lágrima *El último Abencerrage*, esa perla de tan dulces reflejos. Vuelto á Francia el 5 de Mayo de 1807, despues de diez meses de poéticos viages, se retiró Mr. de Chateaubriand á su graciosa ermita del Valle de los Lobos, cerca de Aulnay; allí reunió sus recuerdos, escribió el *Itinerario*, obra de tan notable importancia histórica y filosófica; y por último, reuniendo toda la riqueza de imágenes y de pensamientos que ha aglomerado en su viage, creó *Los Mártires*.

Digamos una palabra de este libro en que todo es bello, pero con aquella belleza de Platon, *esplendor de lo verdadero*. En el poema de Fenelon, Calipso y sus ninfas son almivaradas Damas de la corte de Luis XIV; la isla de la Diosa, es un jardin de Versailles; Telémaco un

Duque de Borgoña, y Mentor un Arzobispo de Cambrai. En el poema de Mr. de Chateaubriand, los cuadros reflejan fielmente los lugares, el pensamiento y el estilo de la época. Es mas que una hermosa ficcion: es una magnífica evocacion histórica. Parece que bajo la vara del mago, vemos desfilár sucesivamente á nuestra vista con sus vestimentas, su postura, su lenguaje y sus ideas de entonces, á los Emperadores de la decadencia romana, á los Reyes de las hordas francas, á las Profetisas Gaias, las hermosas Virgenes de la Mecenia, los Sofistas griegos, los Sacerdotes del paganismo, y los entusiastas Confesores de la fé. Victor Hugo encuentra que una iglesia gótica es un libro sublime; Goethe llama á la arquitectura una música solidificada; en nuestro concepto puede decirse que *Los Mártires* es un monumento de los tiempos antiguos, exhumado con toda su frescura de los abismos del pasado, como Pompeya ó Herculano.

Mientras el poeta se entregaba de este modo á todos los encantos de su musa, marchaba la historia alrededor de él con pasos agigantados. Los acontecimientos del año de 1814 amenazaban trastornar la Francia, y Mr. de Chateau-

briand dejó su retiro y fue á tomar parte en el conflicto.

Al principiar á tratar ahora de la carrera política de Mr. de Chateaubriand, fuerza será variar de estilo. Las hermosas páginas del poeta son cosas de sentido y de gusto; los pensamientos del hombre de Estado y del publicista lo son de controversia; hemos admirado los unos y referiremos tranquila é imparcialmente los otros.

El primer acto político de Mr. de Chateaubriand, es su demasiado famoso folleto de *Bonaparte y los Borbones*. Luis XVIII decia que aquel opúsculo le habia valido un ejército. Le hemos leído muchas veces antes de escribir estas líneas, y no podemos menos de deplorar que una alma grande, haya podido descender por un instante hasta prestar su elocuencia para encubrir el ódio, y dar colorido á la calumnia; la verdad está mutilada con ultrage, y en cada página completamente desfiguradas las personas y las cosas; es el libelo mas virulento que jamás se ha escrito, una prostitucion del génio. Sin duda está él pesaroso de haberlo escrito; la generacion actual le ha olvidado, y la posteridad, estraña á las pasiones que lo engendraron, rehusará atribuirlo al caballero-

so cortesano de las grandezas caídas, al hombre *compañero siempre de la desgracia*. (*) Tampoco citaremos las amargas palabras del prisionero de Santa Elena contra su ilustre enemigo. En aquel cambio de insultos, aquellos dos sublimes artífices de una misma obra se engañaban á sí mismos. El epígrafe que hemos puesto al principio, y muchas páginas mas recientes y mas bellas de Mr. de Chateaubriand (**), prueban que al fin se hicieron justicia.

Durante los *Cien Dias*, Mr. de Chateaubriand acompañó á Luis XVIII á Gante, donde formó parte de su Consejo, como Ministro de Estado. Allí redactó su informe al Rey sobre el estado de la Francia, demasiado poético para ser verdadero. Despues de la batalla de Waterloo, Mr. de Chateaubriand conservó su título, pero se negó á ser ministro en compañía de Fouché. Desde aquella época principia á manifestarse su poder político como miembro de la Cámara de los Pares, y sobre todo como publicista.

Para comprender la posición perpleja y estra-

(*) Espresiones de Mr. de Chateaubriand.

(**) Principalmente el paralelo de Bonaparte y de Washington y muchos pasages del Congreso de Verona.

ña del autor de *Los Mártires*, es preciso trasladarse con el pensamiento al periodo de irritacion y de lucha que siguió á los *Cien Dias*. Tres partidos se disputaban el terreno. Los ultra-realistas querian al Rey sin la Carta; los liberales la Carta sin el Rey, y los moderados uno y otro. Mr. de Chateaubriand por sus simpatías, sus convicciones y los instintos de su génio, era esencialmente de este último partido; y sin embargo arrastrado por su ódio al régimen imperial, por la violencia misma de sus últimos escritos, ó por no sabemos qué simpatías de personas, se encontró alistado en un principio en las banderas de los mas fogosos partidarios del Altar y del Trono. Con todo, en aquella posicion equívoca, no hizo Mr. de Chateaubriand completa abdicacion de sí mismo. Dos grandes principios han brillado siempre, como dos antorchas, en su vida política, y le han grangeado una popularidad que no perecerá. Mr. de Chateaubriand ha defendido siempre y en todas partes, con su palabra y con su pluma, la integridad del gobierno representativo, y la libertad de la imprenta. Llevado de un pensamiento poético, se le habia puesto entonces en la cabeza el formar la educacion constitucional

de los hombres de la emigracion , y hacerlos adictos á la Carta. La empresa era difícil , los discípulos fingieron estar convencidos , y el porvenir probó que solo el maestro estaba de buena fé.

Desgraciadamente, con la esperanza de arrancar concesiones á espíritus recelosos y poco favorables á las nuevas instituciones , Mr. de Chateaubriand cedió mucho por su parte; de ahí provinieron muchas inconsecuencias que se le han echado en cara; de allí el apoyo que prestó, en nombre de las libertades públicas, á la Cámara reaccionaria de 1815 , enemiga de todas las libertades; de allí, ese singular mosaico de doctrinas constitucionales y de sistemas decrepitos, que se encuentra en su obra de *la Monarquía segun la Carta*. Despues de haber establecido con claridad los principios del gobierno representativo, de haber roto definitivamente con el antiguo régimen , y traslucido milagrosamente la revolucion de Julio en el artículo 14 de la Carta, procede Mr. de Chateaubriand, por via de esclusión absoluta, contra los hombres de la República y del Imperio; se irrita, en el capítulo 42, de que se coloque en la misma línea al soldado muerto por el Rey en los campos de la

Vandéa y al soldado muerto en Waterloo por la patria; en el capítulo 52, acepta como buenas las cosas de la revolucion, y rechaza sin distincion los principios y los hombres que las hicieron; pide á voz en grito una propiedad particular para el clero, una constitucion civil, que lleve los registros del estado civil, y tenga el monopolío de la instruccion pública en todos los grados.

Trabada una vez la lucha, Mr. de Chateaubriand la sostuvo con el estilo fuerte y marcado que le es propio. El periodismo fue en sus manos una arma poderosa, y el ministerio Decazes vaciló á los golpes que le daba el *Conservador*; el asesinato del Duque de Berry determinó su caida. En el momento mismo en que un Diputado acusaba al Ministro de complicidad con el asesino, Mr. de Chateaubriand, llevado de la fogosidad de su política, se olvidó de sí mismo hasta el punto de escribir la famosa frase: *le han resvalado los pies en la sangre*. El real amigo de Mr. Decazes no se la perdonó jamás.

El poder volvió á manos de los reaccionarios, se restableció la censura y suspendió la libertad individual; Mr. de Chateaubriand, vuelto, aun-

que un poco tarde á sus repugnancias instintivas, negó su voto á sus peligrosos amigos. Cuando la formacion del ministerio Villele, Mr. de Chateaubriand, fue nombrado embajador en Berlin, despues en Lóndres, y en Setiembre de 1822 pasó los Alpes para representar en el Congreso de Verona.

En aquella asamblea de Reyes, Mr. de Chateaubriand abogó con calor, pero en vano, por la causa de los Helenos; defendió los intereses de la Francia con motivo de la guerra de España, y volvió luego á reemplazar en el ministerio de Negocios Estrangeros á Mr. de Montmorency. Este es el punto mas brillante de su carrera política. Se ha escrito por todas partes que el Congreso de Verona habia impuesto la guerra de España á Mr. de Villele, y que este lo habia hecho á su colega; pero Mr. de Chateaubriand publicó hace dos años un libro, para probar al contrario, que el Congreso jamás quiso la guerra, que Mr. de Villele se curaba poco de ella, y que solo él la habia deseado y decidido. ¿ Con qué objeto? Oigámosle á él mismo.

« Imagínese cualquiera á Fernando reinando de un modo conveniente en Madrid, bajo la in-

fluencia de la Francia, seguras nuestras fronteras del Mediodía, y á la Iberia no pudiendo ya arrojar sobre nosotros al Austria y á la Inglaterra; figúrense dos ó tres monarquías borbónicas en América, sirviendo, en provecho nuestro, de contrapeso á la influencia del comercio de los Estados-Unidos y de la Gran Bretaña; considérese á nuestro gabinete vuelto poderoso hasta el punto de exigir una modificación en los tratados de Viena; recobrada nuestra antigua frontera, ensanchada, estendida en los Países Bajos y en nuestros antiguos departamentos germánicos, y dígase si para tales resultados no merecía emprenderse la guerra de España.» (*) Tal vez se encontrará mucha poesía en este plan, pero nadie le negará por lo menos patriotismo y grandeza.

Apenas habian trascurrido ocho meses, desde la rendicion de Cádiz y la libertad de Fernando, el hombre á quien la restauracion debia aquel poco de gloria, de repente fue *echado como un criado que hubiera robado un reloj del Rey de encima de la chimenea* (**) Mr. de Villele tenia celos de él, y Luis XVIII no le queria: se habia

(*) Congreso de Verona. T. II, pág. 425.

(**) Expresiones de Mr. de Chateaubriand.

negado á sostener la *conversion de los intereses* que desaprobaba ; no habia querido la *renovacion septenal* sino cambiando la edad ; era popular y Mr. de Villele nó ; los Monarcas extranjeros le enviaban grandes cruces, y Mr. de Villele no las recibia; era tenaz y altivo como un breton, y Mr. de Villele ductil y astuto como un hijo de la Gascuña. Fue despedido descortesmente.

La injuria era grande y la venganza la igualó. Coriolano se pasó á los Volscos ; Mr. de Chateaubriand se armó de su pluma y plantó su real en el *Diario de los Debates*. El jefe de la falange realista de 1818 conoce mejor que nadie el lado débil de sus antiguos soldados. Reduccion de los intereses, censura, ley sobre el sacrilegio, disolucion de la Guardia Nacional, todas las medidas ministeriales son fuertemente combatidas. En vano llama Mr. de Villele en su ayuda todos los recursos de un espíritu sutil, y en vano se aferó á su cartera con la rabia de la desesperacion: despues de tres años de encarnizada lucha, su formidable enemigo le derribó del ministerio. Mr. de Chateaubriand no habia previsto todas las consecuencias del combate ; rompiendo lanzas con un ministro de la restauracion, hacia la guerra

al hombre y no á las cosas ; pero sucedió que la juventud ardiente que le seguia confundió al hombre y á las cosas en un ódio comun. El ministerio Martignac fue para Mr. de Chateaubriand un momento de descanso, del que se aprovechó para ir á Roma á celebrar corte de gentes ilustradas , y meditar sobre la destruccion de los grandezas humanas. Cuando el advenimiento del ministerio Polignac, envió su dimision de Embajador, empezó de nuevo la lucha , y sabido es cómo terminó.

Estando en Dieppe supo Mr. de Chateaubriand los fatales decretos , corrió apresuradamente pero llegaba tarde. Cuando atravesaba las barricadas para ir á la Cámara de los Pares, le conocieron, le rodearon , y los mismos hombres que acababan de arrojar á los Borbones llevaron en triunfo al antiguo servidor , demasiado vengado ya , que iba á hacer en favor de ellos un último é inútil esfuerzo. Desde la revolucion de Julio, Mr. de Chateaubriand se ha dedicado á la defensa de la dinastia caída, y cada uno de sus folletos ha sido un acontecimiento. Ha espiado su oposicion de otro tiempo con los procesos y la cárcel ; y se ha visto al autor de *Los Mártires*, arrancado de su

poético santuario, sentado entre dos gendarmes en los bancos del tribunal de Asises.

Ademas de los escritos de circunstancias ha publicado Mr. de Chateaubriand los *Estudios históricos*, cuyo prefacio es por sí solo una obra maestra de estudio y de erudicion; *Moisés*, hermosa evocacion de la tragedia antigua; el *Ensayo sobre la poesia inglesa* y la *Traduccion de Milton*, empresa difícil, que solo él era capaz de llevar á cabo; y por último *El Congreso de Verona*, obra destinada á rectificar muchos errores relativos á la guerra de España.

Fácil es que los que hayan permanecido algun tiempo en Paris, hayan visto y seguido en el anden Voltaire, á un personaje de poca estatura, que anda con lentitud y absorvido en sí mismo, como René, en medio de la multitud, *vasto desierto de hombres*. Su rostro es prolongado, un poco huesoso y pálido; sus facciones muy pronunciadas, y bajo sus proeminentes cejas, brilla una mirada de singular belleza, mezclada de dulzura, de melancolia, de energia y de grandeza; su frente es ancha, sus sienes salientes; y cubierta la cabeza de espeso pelo, la inclina sobre el hombro, como oprimi-

da por el peso del pensamiento. Pero aquél viejo de corta estatura, viste con elegancia y estrechado aseo.

Seguramente para aquellos que saben la rigurosa soledad en que gusta estar el cantor de los *Mártires*, es una gran fortuna al poderle seguir durante una hora, y sin embargo irrita ver á la multitud estúpida, pasar descuidada y dar empujones á aquel hombre cuyo nombre es grande como el mundo, y ver que gentes que asisten á las grandes sociedades, que deberian por su posicion saber casi de memoria las obras del autor de *Atala*, dominados por el espíritu material del siglo, apenas las conocen, formando chocante contraste con el último de los gondoleros de Venecia que canta los versos del Tasso, y el mas infeliz zapatero de Alemania que recita las baladas de Burger, y descansa de los trabajos del dia, leyendo por la noche arrimado á su estufa, las poesías de Goethe ó de Schiller.

Ya que hemos recorrido la vida pública y política de Mr. de Chateaubriand, diremos ahora que el hombre privado, que la mas elevada personalidad literaria de estos tiempos, posee los atributos inseparables del verdadero génio, la sen-

cillez, la modestia y la benevolencia. *Sinite parvulos venire ad me* decia Jesucristo; el Homero del cristianismo, tan firme, tan imponente, tan digno ante los grandes de la tierra, como el divino maestro, tiene una deliciosa inclinacion á los *pequeñitos*. Seria imposible pintar su esquisita urbanidad, su agradable trato, su sublime humildad, porque no son fingidos. Al oír hablar sencillamente de sí y de sus obras, como hablaría cualquiera de su ínfima persona y de su último folletin; al ver aquella gloria cubierta de canas, aquel Rey de la poesia rodeado algunas veces de doctores imberbes, escuchándoles con atencion y emitiendo casi con timidez un gran pensamiento, diríase, á no ser por la brillantez de este, que él es la ignorancia y la oscuridad, y que el génio, el nombre inmortal, la hermosa reputacion literaria del siglo, es otro cualquiera.

Ahora Mr. de Chateaubriand rodeado de un denso velo de soledad y de silencio, extraño al ruido que suena á sus pies, compone su canto del eisne, acaba las memorias de su vida al borde de su tumba: ha rogado á la muerte que esperase á que concluyera, y la muerte espera por complacerle. *Las Memorias de despues de la tumba*

estau en el dia terminadas, y al parecer si Mr. Thiers publica su *Historia del Consulado*, Mr. de Chateaubriand, cediendo á la impaciencia del público, se resolverá á dar á luz durante su vida, una parte á lo menos de aquella obra maestra, en diez volúmenes.

Parece que Mr. de Chateaubriand, en este supremo y último libro, haya querido reasumirse á sí mismo, y dejar á la posteridad la imágen en relieve de un génio múltiple, adornado de todos sus esplendores, y presentado bajo todos sus aspectos.

Por último, si se desca saber nuestra opinion acerca de la carrera política de Mr. de Chateaubriand, nos parece que puede reasumirse de este modo.

Desde 1814 á 1825, combatió por el pasado contra el porvenir; desde 1825 á 1830, se pasó á las filas del porvenir y rompió lo pasado; despues de 1830 procura soldar á su modo el pasado por el porvenir, un vástago borbónico con tronco democratico. ¿Es posible la soldadura? Nosotros contestaremos como Cujacio *Nihil hoc ad edictum prætoris*, que traducido libremente quiere decir: Esto no pertenece al biógrafo.





J. A. L.

Lib. de los Arzobis.

A. DE HUMBOLDT.

Personajes célebres del Siglo XIX

M. A. DE HUMBOLDT.

« Los siglos en los cuales se revela la vivacidad de un movimiento intelectual, presentan el carácter distintivo de una tendencia invariable hácia un objeto determinado: la activa energía de esta tendencia es la que les dá grandeza y brillo. »

Exámen crítico de la Historia de la Geografía del Nuevo Continente.
Introducción.

Estas palabras que Mr. de Humboldt aplica al siglo XV, pueden aplicarse también al XIX. Entre cuantas tendencias intelectuales se dividen y disputan nuestra época, hay una que domina, y en cierto modo abraza á todas las demás, y por la cual este siglo, inferior tal vez al pasado en algunos puntos, parece llamado á manifestar el

poder del entendimiento humano en proporciones desconocidas de los siglos precedentes.

Esta tendencia, que formará nuestra opinión en el concepto del porvenir, el carácter distintivo de los tiempos presentes, es la que empuja con una energía siempre en aumento al género humano hácia el estudio práctico de las ciencias naturales. Jamás se prosiguieron con tan extraordinario ardor y tan prodigiosos resultados, el conocimiento científico de la naturaleza y de sus productos tan variados, el estudio de sus leyes tan misteriosas, la aplicación de sus fuerzas tan gigantescas.

Aprovechándose nuestro siglo de todos los trabajos y descubrimientos de los anteriores, aspira á hacer marchar con paso igual todas las categorías de la ciencia, á unir las en una síntesis poderosa, de la cual se sirve como de una palanca para remover el mundo. Pues si bien es un objeto determinado, no es precisamente especial el que se propone; no es, como en el siglo XV, por ejemplo, el apresurar y preparar el descubrimiento de regiones desconocidas; es más que esto: es la sujeción completa de la materia, es la exploración, la explotación, la posesión del globo entero; en

cierto modo la destrucción del espacio y del tiempo, el dominio de los aires, de la tierra y de los mares, lo que al parecer es el objeto de sus atrevidos esfuerzos. Jamás pudo aplicarse mejor el gran dicho de Colón á Isabel la Católica: *el mundo es poco*. En vano irritada la naturaleza se agita oprimida por este nuevo Titan; en vano le quema con sus fuegos; en vano le sumerge en sus aguas; en vano le ahoga con sus poderosos brazos; destruye á los hombres, pero el hombre le escapa siempre, y siempre mas ardiente, mas incansable, mas tenaz, sacando de una lucha eterna, una fuerza nueva siempre, el entendimiento humano se encarniza con su gran presa.

Epocas de tan pronunciada actividad científica, y cuyos variados esfuerzos convergen hácia un grande objeto, necesitan entendimientos vastos para abarcar de una sola mirada todo el conjunto del movimiento, coordinar, comparar, fecundizar los resultados obtenidos, y obrar á su vez sobre cada punto con una fuerza propia, aumentada con las de todos. La ciencia contemporánea cuenta muchos de esos hombres universales, de esas cabezas enciclopédicas de la familia de los Cuvier, y Mr. Alejandro de Humboldt es sin disputa una

de las organizaciones mas extraordinarias de esta clase, de que puede gloriarse nuestro siglo. Si no tiene tal vez toda la profundidad y todo el poder del génio de Cuvier, tiene toda su fecundidad, toda su variedad y toda su estension.

Dificil es enumerar todo lo que es Mr. de Humboldt, pero mas dificil todavia explicar lo que no es. Seguramente, no podriamos decir qué parte de los conocimientos humanos es estraña á las investigaciones del ilustre sábio prusiano: geógrafo, geólogo, físico, químico, astrónomo, botánico, filósofo, moralista, economista, hombre de Estado, cuando es preciso, hombre de mundo siempre, y hasta poeta, pues ha escrito dos volúmenes de prosa puramente descriptiva, en la que brillan los sentimientos poéticos mas notables; conociendo literalmente *como su casa* nuestro miserable y pequeño planeta, habiéndolo estudiado y explorado en todos sentidos, por arriba y por abajo, de Levante á Poniente, desde el Ecuador á los Polos, en sus mas profundas cavernas, y sobre sus montañas mas elevadas, en sus mas terribles volcanes, y sobre sus mas tempestuosos mares, en sus innumerables productos del reino mineral, vegetal y animal, en sus habitantes de

todas especies y colores , en la historia , las costumbres , la organizacion social y política de estos mismos habitantes ; poseyendo ademas un conocimiento tan estenso de los fenómenos del cielo , como de los de la tierra ; no teniendo quien le iguale en determinar una longitud y una latitud ; observar , describir una estrella , un eclipse , un cometa , y abarcar en su conjunto el movimiento general de los astros ; capaz de salir del paso , solo en un barquichuelo en medio del Océano , con una vela , un timon , una brújula y un telescopio ; sabiendo , en una palabra , *de memoria* su Zodiaco , su globo terrestre y su humanidad , de la cual habla todas las lenguas , Mr. Alejandro de Humboldt ha tenido aun lugar de hacer entrar en su prodigiosa inteligencia , todas las facultades que constituyen un perfecto Chambelán : el conocimiento del mundo , de las sociedades , de las intrigas , de las *farsas* políticas y diplomáticas.

En cuanto á esto , Mr. de Humboldt podria dar de mano á la cortesana mas verbosa , mas espiritual , mas cáustica y maldiciente. Temen tanto los ausentes su célebre conversacion , como la apreciaban los que le escuchaban. Sin duda al salir de una

conversacion con él, previendo la suerte que le esperaba, encontró un escritor esta hermosa frase: « Mr. de Humboldt acostumbra no perdonar mas que á la persona con quien habla. Al escucharle, se tienen siempre deseos de oirle, y temor de dejarle. » (*)

No teniendo ni tiempo, ni lugar, ni el saber necesario para apreciar aqui dogmática y detalladamente todos los trabajos de nuestro sábio, nos contentaremos con enumerarlos sucintamente, y lo mejor que podamos, segun su orden cronológico.

Federico Enrique Alejandro, Barón de Humboldt, originario de una familia rica y distinguida de Prusia, pertenece tambien á ese año famoso y productivo, que con tanta frecuencia hemos encontrado. Nació en Berlin el 14 de Setiembre de 1769, y es el hermano menor del Barón Carlos Guillermo de Humboldt, muerto en Abril de 1835, despues de haber inserito su nombre en la historia, como Filólogo, con sus sábias investigaciones sobre la lengua y la poesía de los Griegos, su traducción de Píndaro, la del *Agamemnon*, de Eschilo, sus *Investigaciones acerca de los*

(*) Lermnier. *Del lado allá del Rin*. T. II, pag. 26.

habitantes primitivos de la España, por medio de la lengua vascongada; su Carta á Mr. Abel de Remusat, sobre la naturaleza de las formas gramaticales en general, y sobre el génio de la lengua china en particular; pero sobre todo, como hombre de Estado, por su activa cooperacion en todos los grandes negocios de su pais y de su tiempo, ya como Embajador prusiano durante el Imperio, y ya despues de la caida de Napoleon, como Ministro del Interior y de Instruccion pública en Prusia.

Los dos hermanos recibieron una educacion brillante. Confiado el jóven Alejandro por su padre al cuidado del distinguido sabio Mr. Kunth, manifestó una precoz y rara inteligencia. Frequentó sucesivamente las Universidades de Berlin, de Goettingue, de Francfort sobre el Oder; estudió tambien durante algun tiempo en la Escuela especial de comercio de Busching, establecida en Hamburgo. Concluidos sus estudios universitarios, su familia deseaba hacerle seguir la carrera de los empleos públicos, pero tenia él inclinaciones distintas; amaba con pasion las ciencias, especialmente la Física y la Historia Natural; pronto clasificó en su cabeza todas las no-

menclaturas en que se hallaban distribuidos los conocimientos adquiridos , y entonces se apoderó de él un ardiente deseo de estudiar la naturaleza en su gran libro.

« Habia experimentado , dice él mismo , desde mi juventud el ardiente deseo de hacer un viaje á regiones lejanas , y poco frecuentadas por los Europeos. Este deseo caracteriza una época de nuestra existencia , en que la vida se nos presenta como un horizonte sin límites, y en que nada tiene para nosotros atractivos sino las fuertes agitaciones del alma y la imágen de peligros físicos. Criado en un país que ninguna comunicacion directa tiene con las Colonias de las dos Indias; habitando despues montañas distantes de las costas , sentí que se desarrollaba en mí progresivamente una viva pasion por el mar y por largas navegaciones. La aficion á herborizar , el estudio de la Geología , un rápido viaje hecho en Holanda , Inglaterra y Francia , con un hombre célebre, Mr. Jorge Forster , que habia tenido la dicha de acompañar al Capitan Cook en su segunda navegacion al rededor del globo , contribuyeron á dar una direccion determinada á los planes de viaje que habia formado á la edad de 18 años. No era

ya el deseo de agitacion y de una vida errante; era lo sí de ver de cerca una naturaleza salvaje, magestuosa y variada en sus producciones; era la esperanza de investigar algunos hechos útiles á las ciencias, lo que sin cesar atraia mis deseos hácia las hermosas regiones situadas bajo la zona tórrida. No permitiéndome mi posicion individual ejecutar entonces los proyectos que preocupaban tan vivamente mi espíritu, tuve tiempo de prepararme durante seis años para las observaciones que debia hacer en el Nuevo continente, y para recorrer diversas partes de Europa. » (*)

Durante aquellos seis años de preparacion, y despues de un viage emprendido con Forster, fue cuando el jóven Humboldt publicó, á los 21 años, su primera obra, bajo el título de *Observaciones sobre los basaltos del Rin* (1790.) Este libro, notado por el mundo sábio, no hizo mas que escitar en el autor la aficion á estudios mas estensos y profundos. Con este objeto, pasó á la célebre Escuela de minas de Freyberg, que dirigia entonces el sábio mineralogista Werner. Sepultado durante dos años en aque-

(*) *Viaje á las regiones equinoziales del Nuevo Continente.*

llas estensas galerías subterráneas, que el poeta Kœrner ha cantado despues, Mr. de Humboldt, al paso que estudiaba los fósiles, concibió la nueva y feliz idea de someter á la observacion de su entendimiento, á un tiempo analitico y generalizador, la vegetacion que se verifica en las cavidades donde no penetra la luz del dia; y el resultado de aquel estudio fue otra obra publicada en 1793, en latin, con el título de: *Specimen Floræ Subterraneæ Freibergensis* (Flora Subterránea de Freiberg), que causó mucha mayor sensacion que la primera, pues aclaraba una parte curiosa de la Botánica, que no habia fijado aun la atencion de los sábios. A consecuencia de esta obra fue nombrado Mr. de Humboldt sucesivamente Asesor del Consejo de Minas de Berlin, y despues Director general de las de los Principados de Anspach y de Bayreuth. A los dos años, conociendo que su empleo le impedia entregarse á su ardor, siempre en aumento, por el estudio de las ciencias, lo renunció.

Galvani acababa de enriquecer al mundo con su hermoso descubrimiento sobre la electricidad por contacto, y Mr. de Humboldt fue uno de los primeros que se apasionó por el estudio de

aquellos fenómenos, entonces disputados; no contento con repetir los experimentos del inventor, hizo otros nuevos en su persona para mayor seguridad y con tal energía, que se deterioró el sistema nervioso, y adquirió contracciones nerviosas de que se resiente aun en el día. Por entonces publicó en alemán (1796), los experimentos *Sobre el Galvanismo, y en general sobre la Irritacion nerviosa y muscular de los animales*. En aquella misma época seguia Mr. de Humboldt con ardor, en Jena, el curso de anatomía práctica del célebre Loder.

Cuando hubo adquirido bastantes conocimientos teóricos, quiso prepararse para el gran viaje que proyectaba, explorando minuciosamente la Italia, que recorrió dos veces; la Sicilia y la Suiza, cuyos fenómenos geológicos examinó de cerca en 1797; permaneció bastante tiempo en Viena, donde le fueron muy útiles para sus estudios preparatorios hermosas colecciones de plantas exóticas; recorrió con un sábio geólogo, Mr. Leopoldo de Buch, los cantones montañosos y agrestes del país de Salzburgo y de la Stiria, é iba á pasar los Alpes del Tirol, cuando la guerra, que ardía por entonces en Ita-

lia, le obligó á retroceder y á abandonar su proyecto.

Por aquella época, habiéndole propuesto un personage eminente un viaje á el alto Egipto, lo aceptó, y ya habia dado á sus estudios una direccion conforme á este nuevo plan, cuando la expedicion de Bonaparte lo frustró. Mr. de Humboldt pasó entonces á Paris (*), donde mas adelante debian llevarle con tanta frecuencia su aficion y sus relaciones de amistad y de estudios. Sabia que el Gobierno francés preparaba una grande expedicion de circunnavegaciones, á las órdenes del capitan Baudin, é iba á solicitar permiso para ir en ella. Habíalo conseguido, pero la guerra que se encendió de repente en Alemania y en Italia, obligó al Gobierno á diferir aquella expedicion.

Burladas cruelmente sus esperanzas, y deseando mas que nunca realizarlas, Mr. de Humboldt

(*) Mr. de Humboldt habia ya ido á aquella capital en 1799; y segun el biógrafo francés, de quien tomamos estas noticias, le obligaron á trabajar en el Campo de Marte para la ceremonia de la Federacion, á lo que se prestó ademas de buen grado, siendo entonces ardiente constitucional, y enviando á Alemania piedras de la Bastilla á manera de reliquias.

resolvió emprender á sus espensas el viaje al Nuevo Mundo, acompañado de un jóven botánico francés con el cual habia contraído estrecha amistad en Paris. Mr. Aimé Bonpland, tan conocido despues por el largo cautiverio que le hizo sufrir el Dictador del Paraguay, el famoso doctor Francia. Con este objeto pasó á España, solicitó una audiencia del Rey, espuso su proyecto, y obtuvo un pasaporte y cartas de recomendacion para las autoridades del Nuevo Mundo; provisto de buenos instrumentos de Física y de Astronomía, se embarcó con su amigo el 5 de Junio de 1799, y llegó á las Islas Canarias el 19 del mismo mes, despues de haber corrido muchas veces el peligro de ser apresado por los buques ingleses.

Aquí principia la escursion de cinco años y de 9,000 leguas, atravesando la parte menos conocida del Nuevo Mundo; escursion en la que Mr. de Humboldt, en cierto modo, ha principado de nuevo y completado el descubrimiento de Cristoval Colon, trayendo á Europa un cuadro completo de la situacion de la América, en lo relativo á la Topografía, la Física, la Geología, la Botánica, la Astronomía, la Zoológia y el estado moral, social y político de las poblaciones.

Dejando al lector que busque mas detalles en la hermosa coleccion, fruto de este viaje, nos limitaremos á bosquejar la marcha de los dos viajeros. Despues de una corta permanencia en las Canarias, durante la cual escalaron el Pico de Tenerife para reconocer el interior y el exterior del volcan, pasaron Mr. de Humboldt y su compañero á Cumaná, en la América del Sur, empleando muchos meses en recorrer la costa de Pária, las misiones de los Indios Chaymas, las provincias de la Nueva Andalucía, de la Nueva Barcelona, de Venezuela, y la Guayana española. Despues de haber recogido muchos tesoros de Botánica, y determinado gran número de posiciones geográficas y astronómicas, se dirigieron los viajeros, en Febrero de 1800, desde Caracas á los valles de Aragua. Habiendo llegado á las costas del mar de las Antillas, fueron desde Puerto Cabello hasta el Ecuador, atravesando las estensas llanuras de Calabozo, de Apura y de los Llanos; en San Fernando de Apura se embarcaron en una canoa y volvieron por el Orinoco hácia Barcelona y Cumaná, atravesando las Misiones de los Indios Caribes. Permanecieron alli algunos meses, y pasaron despues á la Jamáica; siendo causa de dar aquella direccion á

su viaje, la falsa nueva transmitida por los periódicos americanos, de que la expedición diferida del capitán Baudin había salido del Havre para dar la vuelta al globo desde el Este al Oeste. Con objeto de reunirse á ella, bien fuese en Chile, en Lima, ó en cualquier otro punto de las Colonias españolas, fletaron los viajeros una pequeña embarcación para ir desde Batámano, en la isla de Cuba, á Puerto Bello, y desde allí, atravesando el Istmo de Panamá, á las costas del mar del Sur. Solo en Quito, donde llegaron después de cinco meses de peligros y fatigas de toda especie, supieron por una carta de Mr. Delambre, Secretario perpetuo de la primera clase del Instituto, que el capitán Baudin tomaba la ruta del Cabo de Buena Esperanza, sin tocar en las costas orientales ú occidentales de América. Así pues, una equivocación del periodista, les hizo andar, en la estación de las lluvias, y atravesando espantosas regiones, más de 800 leguas, por un país que no tenían ánimo de recorrer.

Por último, en Enero de 1802 llegaron rendidos á Quito, donde fueron recibidos con la más noble hospitalidad en casa del Marqués de Selva-Alegre. Dedicaron muchos meses á reponerse de

sus fatigas, explorando la provincia de Quito, tan notable por sus colosales montañas, sus volcanes, su vegetación, sus monumentos antiguos y las costumbres de los indígenas. Dos veces bajaron al cráter del volcan de Pichincha, y subieron las nevadas cumbres de la Antisana y del Cotopaxi. Decidieron por fin á intentar subir al pico mas elevado del Nuevo Mundo, del temible y no alcanzado Chimborazo. El hijo del Marqués de Selva-Alegre, animado por su audacia, quiso asociarse á la empresa. Despues de increíbles esfuerzos y de inauditas fatigas, subieron los tres viajeros hasta el punto llamado el Nevado del Chimborazo, desde donde veian delante de sí el famoso pico, el rey de todos aquellos montes gigantes. Aquella vista reanimó su valor; arrecidos de frio, privados de la cantidad de aire necesaria para respirar, rodeados de hielos eternos en los cuales el menor desliz puede hacerlos rodar á espantosos abismos, anduvieron y subieron siempre, hasta que de repente se abrió ante ellos, cual si quisiera tragarlos, una ancha y profunda raja. Pararonse desesperados; pero viendo á su izquierda una enorme mole de pórfiro, que se extiende á lo lejos sobre los montes in-

feriores , y forma el Pico Oriental mas elevado, lo escalaron trabajosamente; el 23 de Junio de 1802 se establecieron allí medio muertos, con sus instrumentos, á diez y nueve mil quinientos pies sobre el nivel del mar, á tres mil cuatrocientos ochenta y cinco pies sobre el punto á que habia llegado en 1745 el célebre La Condamine, en fin, á una altura á que aun no se habia elevado ningun hombre. Dirigieron entonces sus instrumentos hácia la inaccesible cumbre situada al Occidente, y aquel gigantesco Pico, objeto de sus vanos esfuerzos, les dominaba aun con una altura de dos mil ciento cuarenta pies. Sin embargo, el aire habia perdido la mitad de su densidad ordinaria, y los pulmones apenas recibian á cada aspiracion el necesario para retener la vitalidad próxima á escaparse; brotaba sangre de sus ojos, de sus lábios y de sus encías. Despues de haber completado sus cálculos escrupulosamente, viéronse los tres descubridores obligados á abandonar aquellas regiones mortales.

De vuelta á Quito , se dirigieron al rio de las Amazonas , bajaron al Perú por la espalda de los Andes ; y llegaron á Lima; MM. de Humboldt y Bonpland separándose allí del Marqués de Selva-

Alegre , partieron para Méjico , llegaron á dicha capital , esploraron en todos sentidos y bajo todos aspectos la patria de Motezuma , arreglaron sus inmensas colecciones , regresaron á la Habana , pasaron desde allí á Filadellia , recorrieron la América Septentrional , y por último , despues de cinco años de ausencia , llegaron al Havre de Gracia , á fines de 1804 , trayendo á la Europa el fruto precioso de sus magníficos trabajos.

La vasta coleccion que encierra todas aquellas riquezas se compone de siete partes , publicadas sucesivamente por Mr. de Humboldt.

La primera contiene la relacion histórica del mencionado viaje , con un Atlas geográfico , geológico y físico ; la segunda se tituda : *Atlas pintoresco ó vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas del Nuevo Continente* ; la tercera , *Zoológia ó Anatomia comparada* ; la cuarta , *Ensayo político sobre Nueva España*. Esta última ofrece , en seis partes , consideraciones sobre la estension y el aspecto físico de Méjico , sobre la poblacion , las costumbres de los habitantes y su antigua civilizacion ; abraza á un tiempo la agricultura , la riquezas minerales ; las

manufacturas , el comercio , la hacienda y la defensa militar de aquellos países.

La quinta parte de la coleccion , titulada: *Astronomía ó Coleccion de observaciones astronómicas*, comprende todas las hechas por Mr. de Humboldt desde el 12º de latitud austral, hasta el 41º de latitud boreal; y ademas un cuadro de cerca de 700 posiciones geográficas, de las cuales 235 han sido determinadas por primera vez por Mr. de Humboldt.

La sexta parte titulada : *Física general y Geografía de las plantas* , creemos que solo ha sido publicada en parte bajo el título de *Ensayo sobre la geografía de las plantas*. En él ha reunido Mr. de Humboldt los elementos de una nueva ciencia, la *Geografía botánica* : cada region del imperio vegetal está dividida y clasificada por leyes fijas, basadas en la comparacion de los fenómenos que presenta la vegetacion en los dos continentes.

Por último , la séptima, conteniendo muchas subdivisiones, bajo el título general de *Botánica*, y publicada por Mr. de Bonpland , en union con MM. de Humboldt y Kunth , encierra mas de 6,000 especies de plantas nuevas, con que los dos

viageros han enriquecido el campo de la Botánica.

La coordinacion, redaccion y publicacion de todos estos materiales, ha detenido á Mr. de Humboldt en Paris durante gran parte de su vida. Enlazado por amistad con todos los sábios de aquella capital, especialmente con MM. Arago y Gay-Lussac, emprendió con este último un nuevo viaje científico en Italia; hicieron juntos un gran número de experimentos magnéticos, y verificaron la teoría de Mr. Biot sobre la posicion del ecuador magnético. En 1817, presentó Mr. de Humboldt á la Academia de ciencias una preciosa carta sobre el curso del Orinoco; en 1818, pasó á Londres llamado por los plenipotenciarios de las potencias, que querian saber su opinion sobre el estado político de los pueblos de la América del Sur. Por aquel tiempo habia proyectado un viaje á la India Oriental y al Thibet, para el cual le ofreció el Rey de Prusia en Aix-la-Chapelle un subsidio anual de 12,000 thalers pero el proyecto no se realizó. Regresó á Paris, donde publicó en 1822 su *Ensayo Geognóstico sobre la situacion de las Rocas de los dos hemisferios*. En el mismo año, cuando el Congreso de

Verona , el difunto Rey de Prusia , que le amaba con pasion , quiso recorrer la Italia bajo su direccion. En 1826 , cediendo á las repetidas instancias de sus compatriotas , pasó de Paris á Berlin , donde durante el invierno de 1827 dió lecciones sobre la Geografia física del Globo , á las que concurría un inmenso auditorio , y que hubo de repetir despues en otro local , para el Rey , la Familia Real y el cuerpo diplomático. En 1828 hizo numerosos experimentos sobre la temperatura del aire en las minas de Prusia.

Finalmente , á principios de 1829 , y á la edad de 60 años , animado de un nuevo ardor , emprendió bajo los auspicios del Gobierno ruso un gran viaje digno del primero. Acompañado de MM. Rose y Ehrenberg , se dirigió á la Siberia y al mar Cáspio , atravesó el Oural , visitó sucesivamente Tobolsk , el pais de los Mogoles , las Estepas de los Kirghiz , de los Kalmukos y Astrakan ; regresó á Moscou por el territorio de los Cosacos del Don , y desde alli á Petersburgo el 13 de Noviembre de 1829 , despues de haber realizado en menos de un año un viaje de 2,142 leguas , cuyos resultados ha espuesto sumariamente en la obra publicada en Paris en 1831 con el título de:

Fragments de Géologie y de Climatología Asiática. Dícese que debe acompañar á esta obra otra mas considerable, que los viajeros publican en comun, y cuyo primer tomo ha aparecido en Berlin en aleman, bajo el título de *Viaje en el Oural.*

Este inmenso viage ha aclarado mucho la distribucion geográfica del Asia central; y los informes recogidos directamente por Mr. de Humboldt, y que se enlazan con los que sacaron MM. Abel-Remusat y Klaproth de los trabajos estadísticos de los Chinos y de los Manchus, han facilitado el rectificar innumerables errores que habian introducido datos incompletos en la geografia del Asia. En fin Mr. de Humboldt ha podido hacer un mapa que indica la direccion de los cuatro grandes sistemas de montañas que dividen el Asia central, y el terreno volcánico que se estiende desde la bajada meridional de los montes celestes, hasta el lago Darlai.

Sin hablar de un gran número de Memorias dirigidas al Instituto sobre diversas cuestiones, nos detendremos en la última y una de las mas importantes obras de Mr. de Humboldt publicada recientemente con el título de: *Exámen críti-*

co de la Historia de la Geografía del Nuevo Continente, y de los Progresos de la Astronomía náutica en los siglos XV y XVI. En esta obra, compuesta de cuatro volúmenes, y dedicada á Mr. Arago, el autor registrando los archivos españoles, y uniendo al estudio de documentos nuevos la crítica de los muchos publicados hasta el dia, recorre las causas que prepararon el descubrimiento del Nuevo Mundo. Despues de referir todas las tentativas aisladas que precedieron á aquel grande acontecimiento, lo espone en todos sus detalles, lo examina en todos sus resultados con relacion al movimiento general que imprimió al entendimiento humano, y le prosigue hasta en sus mas lejanas consecuencias sobre la civilizacion de los pueblos del Occidente, elevados por él á una universalidad de accion que determina la preponderancia de su poder en el globo. En la sábia obra de Mr. de Humboldt, aparece Colon no solo ya como un génio de inspiracion, un profeta feliz, sino como un hombre tan grande por la razon como por la imaginacion, tan prudente como atrevido, tan diestro en la ejecucion de su obra como poderoso en su concepcion; participando de su siglo por ciertos errores, preocupaciones esco-

lásticas y creencias místicas , pero eminentemente superior á su siglo por la penetracion y la estremada delicadeza con que se apoderaba de los fenómenos del mundo exterior ; tan notable observador de la naturaleza , como intrépido navegante ; y elevándose con frecuencia con un atrevimiento admirable , y único en aquella época , desde el exámen de un hecho aislado al descubrimiento de las leyes generales que rigen el mundo físico. A él pertenece sin duda , segun Mr. de Humboldt , el importante descubrimiento de la declinacion magnética , y el mas difícil todavia de las variaciones que experimenta esta declinacion , cuando se pasa de un lugar á otro ; descubrimientos de los cuales sacó deducciones de grande importancia y de una perfecta exactitud.

Esta obra tan notable de Mr. de Humboldt , lo sería aun mas , en nuestro concepto , si el autor en su composicion no hubiese adoptado una forma que hace un poco penosa su lectura. Hace mucho tiempo que Mma. de Stael dijo con razon de los alemanes que saben pensar y escribir , pero no componer un libro. Descoso Mr. de Humboldt de probarlo todo , y no contento con mezclar en su obra muchos apéndices , apenas escribe una

línea, una palabra algunas veces, sin remitir al lector á una nota mas ó menos detallada al pie de la página, y que distrae la atención; de tal modo que muchas veces cada página está dividida por la mitad entre el texto en un lado, y en el otro una serie de notas explicativas y justificativas. De todos modos, esta hermosa obra es digna, tanto por la facilidad de la forma como por la importancia del fondo, de la buena acogida que ha obtenido, no solo en el mundo especial de los sábios sino tambien entre todos los lectores que gustan de trabajos sustanciales. (*)

Ya hemos hecho notar que la ciencia no ha quitado nada á Mr. de Humboldt, en cuanto á la seducción del lenguaje, gusto del mundo y agudeza del espíritu; añadamos además que no le ha cristalizado el corazón. A pesar de la proverbial causticidad del ilustre sabio, se citan de él mil rasgos de filantropía y de bondad que le hon-

(*) Hemos hablado de una obra de prosa descriptiva, que descubre en el ilustre sabio prusiano todas las cualidades de un poeta. Esta obra publicada en alemán en 1808, con el título de: *Ansichten der Natur* (Cuadros de la Naturaleza) ha sido traducida al francés por Mr. Eyriés, y en la serie de cuadros inspirados por el aspecto grandioso de la Naturaleza, en el Nuevo Mundo, hay páginas dignas de Chateaubriand.

ran. Prusiano por nacimiento y por las afecciones, pero cosmopolita por sus estudios, sus viajes, sus facultades y sus gustos; extraño á los ódios y á las preocupaciones nacionales, se le ha visto en circunstancias graves hacer útil uso de su elevada influencia, tanto en favor de su pais vencido y sometido á Napoleon, como en favor de la Francia oprimida por la coalicion. Si hemos de dar crédito á un escritor (*), á su activa intervencion se debió principalmente la conservacion del Puente de Jena en Paris, amenazado por la brutalidad de Blucher; á él tambien, á sus reiteradas instancias, á su favor con el Rey de Prusia, debió Paris que no se llevase á cabo el proyecto formado por los Reyes coaligados, en 1815, de exigir á aquella ciudad una contribucion de guerra, prendiendo como rehenes á los principales banqueros hasta realizar el pago. Mr. de Humboldt que al parecer debería tener tantos libros, tantas colecciones de minerales y de yerbas, tantos objetos de artes de gran precio, que gastó tantas y tan fuertes cantidades para proporcionárselas, nada tiene en su poder; todo lo ha distribuido á sus amigos, y parece que no po-

(*) Mr. Rabbe.

see sino lo que dá. En desquite, todos los gabinetes, todos los laboratorios, todas las bibliotecas de Europa estan abiertas para él. Cuando está en París, se encierra con frecuencia semanas enteras en casa de sus amigos, que se apresuran á recibirle; allí ha egecutado aquellos trabajos que exigian instrumentos ó aparatos científicos, lo que dió lugar á que se creyera por mucho tiempo que tenia varios domicilios en la misma ciudad. Fácil es imaginarse, conociendo su carácter, los cuidados que tuvo y los pasos que dió para socorrer á su amigo Bonpland, luego que supo su desgracia. Pudo remover todos los gobiernos civilizados del antiguo mundo en favor del naturalista francés, pero no romper sus cadenas. (*)

No hay necesidad de decir que Mr. de Humboldt es miembro de todas las sociedades científicas, y está condecorado con todas las órdenes

(*) Mr. Bonpland despues de haber regresado á Europa con Mr. de Humboldt, emprendió un nuevo viaje en América, y habiendo penetrado en el territorio sagrado del doctor Francia, fue preso por aquel dictador original, quien despues de haberlo tenido prisionero nueve años, apesar de las reclamaciones de todas las potencias europeas, le dejó al fin libre un dia de buen humor, en Noviembre de 1829. Mr. Bonpland murió despues.

de Europa. Mr. de Humboldt es soltero, y habiéndole preguntado un día una hermosa dama de París si habia estado alguna vez enamorado, contestó que jamás habia amado mas que á la ciencia. No jararíamos sin embargo que el ilustre sábio no le haya hecho ninguna infidelidad.

Despues de la ciencia, lo que mas aprecia Mr. de Humboldt es tal vez la vida de París; asi es que va con frecuencia á aquella capital, y él fue quien llevó en 1830 el reconocimiento oficial del Rey de Prusia del Gobierno de Julio.

Hemos hablado de la conservacion de Mr. de Humboldt, y es tan famosa y curiosa que vale la pena de describirla. Entrase en un salon y se ve á un anciano de mediana estatura con la frente calva y rodeada de canas; en su conjunto, su figura venerable presenta el doble carácter de la inteligencia y de bondad. Sin embargo al acercarse á él se descubren sus ojos brillantes, cuya mirada tiene cierta malignidad. El anciano no habla todavía ó lo hace vagamente de lugares comunes, como la lluvia ó el buen tiempo. Pero la dueña de la casa que le conoce y quiere sacar partido de él, toca el registro, promoviendo una cuestion de viajes, de política, de astro-

nomia ú otra cualquiera; el fuego prende al momento; la palabra de Mr. de Humboldt parte como un relámpago, y su luz dura media, una, dos horas segun la disposicion del ilustre hablador. En general dura siempre por lo menos media hora, y lo singular es que cuanto mas se prolonga el monólogo, mas se teme verle acabar; tan increíble es su interés y variedad; y se experimenta un placer que siempre va en aumento, en seguir las inesperadas evoluciones de aquella palabra incansable, que se pasea caprichosamente al través de todas las partes del mundo y de todos los asuntos imaginables; sembrando por el camino la ciencia, las miras políticas, las mas originales observaciones literarias ó artísticas, las descripciones mas curiosas, los mas fantásticos relatos; las anécdotas mas picantes, los sarcasmos mas acerados, las bromas y las agudezas que hacen morir de risa.

Asi es que Mr. de Humboldt despues de haber hablado de los geroglíficos, pasará de repente á las desgracias conyugales de Mr. A***, dejará la cuestion de Oriente para hablar de los tempestuosos amores de Mma. D***, abandonará la Siberia, bajará del Cimborazo, atravesará el Occea-

no ó saldrá de las minas de Freiberg, para arrojarse bruscamente sobre algun asunto ridículo del dia; todo es bueno para él, y nada se le escapa; ni el poeta lleno de importancia, ni el filósofo nebuloso, ni la muger no comprendida, ni el hombre de Estado, ni los periódicos patriotas, ni los periódicos conservadores, ni el público que paga la música, á nadie perdona; y sus agudezas, sin ser precisamente dañosas son sin embargo mortíferas.

Añádase que Mr. de Humboldt hace este potage con un tono paternal, con la cabeza inclinada, los ojos fijos en el suelo y con imperturbable tranquilidad, y un poco de acento alemán que hace mas cómicas sus chanzas, con una palabra rápida, inagotable y variada, que habla siempre sin puntos ni comas, engarzando una frase con la que precede, y cuyo conjunto parece movido por una máquina de vapor.

Cuando se ha oido á Mr. de Humboldt pasar de este modo revista á los hombres y á las cosas, es preciso recordar que el ilustre y malicioso sábio, tiene el natural mas esceleute, el carácter mas desinteresado y generoso; que su vida no ha sido mas que un continuado sacrificio al amor

de la ciencia; que en Berlin, donde disfruta toda la confianza del Rey, de quien es Chambelan, no queriendo ser otra cosa, ha hecho siempre un noble uso de su influencia en favor de las letras, de las ciencias y de las artes; en una palabra, que ha encontrado el secreto de hacer mucho bien y de que le amen mucho, burlándose de todo el mundo.







L. F. DE MORATIN.

Personagens célebres do Século XIX

D. L. F. DE MORATIN.

« Moratin aparece tanto mas grande, cuanto mayores fueron los desaciertos de sus predecesores , puesto que no lograron pervertir su gusto. »

REVILLA.— *Semanario Pintoresco Español* de 15 de Setiembre de 1810.



En todas las épocas de transición, así en el orden político, como en el moral y literario, hay hombres que las distinguen ; nombres á cuyo alrededor se agolpan precipitadamente cuantos sienten su ánimo dispuesto á ensayar aquellos sacudimientos sociales, aquellas reacciones que mas inmediatamente nacen del incansable deseo de dar nueva dirección á nuestras sensaciones, que no de la ausencia de los goees que estas nos proporcionan.

La literatura no está por cierto exenta de sus vaivenes, que son como esenciales á todas las obras humanas; antes al contrario, precede ó sigue muy de cerca á las varias modificaciones sociales, vistiendo sus mismos disfraces, y preconizando sus aciertos ó sus desvarios. Tan exacto es, que la humanidad, colocada entre el error y el acierto, con igual facilidad adopta el uno como el otro, y con la misma los funde, formando de su amalgama un nuevo orden de cosas, un nuevo sistema, no siempre conforme con la razon y la verdad. De aqui el no haber un mismo sistema acreditado en todas sus partes, porque todos participan de esa liga funesta de error, que es la divisa de las obras humanas.

Fácil es inferir por lo dicho, contrayéndonos á la república de las letras, que el nombre de Moratin representa una época de transicion literaria, por lo mismo que se veia muy cercana otra de transicion política, preparada en una nacion vecina hácia la mitad del siglo último, y llevada á cabo en la misma, poco antes de comenzar el presente. No hay pues que considerar solamente ni en Moratin ni en sus obras, al crítico y al poeta que censura y ejecuta, con su-

gecion á principios dados no establecidos por él mismo; sino al hombre de un siglo de reaccion literaria, en pugna con otra literatura desgastada y moribunda, que iba cediendo el campo á nuevas exigencias de una sociedad igualmente nueva.

Si Moratin hubiese nacido en el siglo de Lope y Calderon, Moratin dominado por aquel gusto, por aquella tendencia especial de la poesia, preponderante á la sazón en una nacion belicosa, galante, ardiente, rodeada por todas partes de visibles testimonios de su gloria, aun no amortiguada, precisado á seguir la reaccion literaria que en aquel momento resolvía destruir la parodia del teatro greco-latino, verificada en las piezas dramáticas de Lope de Rueda, Torres Naharro, Castillejo y otros varios, hubiera contribuido como aquellos creadores del teatro nacional á su crecimiento y preponderancia, aun cuando como Lope de Vega hubiera conocido los errores ó sean los extremos á que forzosamente conduce toda reaccion, sea cual fuere el objeto á que se dirija. Entonces hubiera conocido otra sociedad, otras costumbres, otras inclinaciones, otros deseos, en armonia con la vida, el calor y el movimiento que percibimos en nuestro antiguo

teatro: Moratin entonces no hubiera sido el autor de *El Café* y de *El Sí de las Niñas*. Pero nuestro teatro comenzó á degenerar desde mediados del siglo XVII, y degeneraba con la misma rapidez que la nacion en donde vió la luz primera. Las costumbres variaban de índole y de objeto; y verificándose lentamente la reaccion social, comenzaba á realizarse igualmente la literaria: una ocasion faltaba, y esa la proporcionaron los franceses. Su teatro, imperfecto en todos tiempos, hasta aparecer la época memorable de Luis XIV, necesitó acudir á la matriz de todos los teatros europeos, á fin de reproducir bajo sus formas lo que hasta entonces habia vanamente intentado por sus propios medios. Mas ese tipo de la sociedad greco-romana no podia servir sin notables alteraciones para otra sociedad, que, aun cuando presumia alguna vez asemejarse á ella, no por eso evitaba el irse colocando á mayor distancia de la misma. Remedáronse ciertas fórmulas como cosa mas hacedera en lo literario; y nuestra nacion, asociada á la mas vecina por intereses mercantiles y vínculos de familia, sino pudo seguirla por el escabroso camino de la reaccion política, coadyuvó con todas sus escasas

fuerzas á la reaccion literaria. Interpretáronse los preceptos de Aristóteles y de Horacio, sirviendo de comentadores los mismos que propagaban la nueva doctrina, considerada como canónica en la poética de Boileau; y nuestro Luzan, eco fiel de la escuela de Paris, asentó las bases de la nueva fé literaria, en medio del marchito campo de la literatura española.

Desde ese momento fue condenado sin apelacion, no tan solo aquel teatro nutrido de un sentimentalismo monotonó y lloron, que importado de Alemania habia invadido y acabado de desvirtuar y corromper nuestra poesia dramática, sino que igualmente lo fue, con inaudita injusticia, nuestro antiguo teatro, no por otra causa sino por no hallarse ajustado al marco poético, prescrito en los cánones del crítico francés.

Comenzábanse pues á presentar como ofrenda debida á la nueva escuela, los nuevos frutos de los ingenios españoles; y no faltaba quien calificase de verdaderas tragedias los yertos diálogos que con tal nombre publicó Montiano, y de buenas comedias, las que sin ingenio, calor ni movimiento pudo escribir á fuerza de arte y de lima el apreniabilísimo autor de nuestras fábulas litera-

rias; pero la reaccion comenzaba, y sabido es que en sus principios los mayores desaciertos merecen los aplausos del vulgo.

Nuestro teatro en fin cayó de su elevada altura, mas no á impulsos del nuevo, que de modo alguno podia competir con él, ni en situaciones ni en poesia; cayó porque una nueva sociedad reemplazaba á la antigua, porque se habian modificado las costumbres, los hábitos, las inclinaciones, y por consiguiente el gusto; porque á la poesia de imágenes habia sucedido la filosófica y discursiva; porque á las generaciones festivas, galantes, embelesadas con el idealismo de su siglo, habian seguido otras téticas, materiales, especulativas, para las cuales la árida lisonja de lo positivo abuyentaba la idea del pensamiento y de la expresion.

En medio de esta crisis apareció en la palestra literaria el personaje cuya biografia vamos á trazar. (*)

(*) Hemos copiado las consideraciones que preceden de un trabajo biográfico sobre el mismo personaje, hecho por nuestro apreciable amigo y distinguido literato el Sr. Don José de la Revilla, no solo porque convenimos perfectamente con sus ideas, sino porque nos hubiera sido difícil expresarlas mejor.

D. Leandro Fernandez de Moratin, descendiente de una familia noble de Asturias, nació en Madrid á 10 de Marzo de 1760, siendo su padre D. Nicolás, literato tambien, y á quien debió casi toda su educacion, asi moral como literaria. Dotado por la naturaleza de excelentes disposiciones, é inclinado á la poesia, á los seis años de edad componia versos, y á los diez y ocho pudo aspirar al premio y obtener el *accessit* que le concedió la Real Academia Española, en el concurso de 1779, por su romance histórico de *La toma de Granada*. Su padre, que para asegurarse mejor su mantenimiento habia aplicado al hijo al oficio de joyero, apartándole de la carrera de las letras, supo con sorpresa el triunfo de la composicion de su hijo, hecha á hurtadillas y presentada con fingido nombre. Tuvo la desgracia D. Leandro de perder á su padre al año siguiente, y pobre de fortuna aunque rico de entendimiento, por cumplir con la sagrada obligacion de mantener á su madre, continuó trabajando en su oficio, pero sin abandonar el estudio de las letras. Habiendo esta fallecido tambien pocos años despues, pasó á vivir con un tio suyo, que trabajaba en la joyería del Rey, y siempre con-

tinuó en sus ocupaciones literarias, fomentadas con el trato y amistad de los humanistas distinguidos, D. Juan Antonio Melon y los PP. Escolapios Estala y Navarret.

En 1782 volvió á obtener el *accessit* de la Real Academia Española, por la sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana, que presentó con el título de *Leccion Poética*, y bajo el nombre de D. Meliton Fernandez.

Cruel era la situacion de Moratin, al verse precisado á ejercer un arte mecánico que apenas le proporcionaba sustento, y esto le indujo á solicitar un destino que le dejase tiempo suficiente para el comercio de las Musas. Siendo ya conocido su mérito, con la intervencion del Sr. Jovellanos, causiguó que el Conde de Cabarrús le llevase en clase de secretario á Francia, adonde pasó comisionado por el Gobierno en 1787. Pronto adquirió la confianza de su gefe, con el que fue á Paris y regresó á España, conociendo y tratando en aquella capital al famoso poeta cómico italiano Goldoni, y siguiendo correspondencia durante su viaje con los mas célebres literatos que residian en Madrid. Por entonces habia principiado ya sus ensayos en la poesía dramática

y dado dos veces al teatro , y retirado otras tantas , la comedia de *El viejo y la Niña*, en la que se propuso demostrar los inconvenientes de matrimonios entre personas de edad muy desigual. Pero el público no le conocia todavía sino por las composiciones citadas, y por la *Derrota de los Pedantes*, folleto en prosa y anónimo , que publicó en 1789, para ridiculizar á los malos poetas de aquel tiempo, siguiendo un plan bastante conforme al del *Viaje al Parnaso*, del inmortal Cervantes. Habiendo compuesto por aquel tiempo su oda á la proclamacion de Carlos IV, obtuvo en recompensa una prestamera de 300 ducados en el arzobispado de Burgos, á cuyo título se ordenó de tonsura en aquel mismo año.

Con tan poca renta no podia remediar Moratin su mala fortuna ; pero cambió esta de repente porque habiéndole conocido D. Manuel Godoy por medio de su hermano D. Luis , y D. Francisco Bernabeu., le alcanzó aquel un beneficio en Montoro de 3,000 ducados, y una pension de 600 sobre la mitra de Oviedo. Mas tranquilo ya sobre los medios de existencia, principió en 1790 á dar sus comedias al teatro y á la imprenta , siendo la primera *El Viejo y la Niña* , y la segunda,

en 1792 , la *Comedia Nueva* vulgarmente *El Café*, obra no menos ingeniosa que original , y fuerte censura de los grandes defectos que afeaban nuestra escena. Seguramente , atendido el buen éxito de ambas piezas , no hubiera interrumpido entonces su carrera dramática , á no ser por el deseo de observar los teatros estrangeros, que le determinó á pedir licencia para viajar. Hízolo por Francia, Inglaterra, Flandes , Alemania , Suiza é Italia, recorriendo sus principales ciudades , y fijando su residencia en Bolonia , observando y estudiando cuanto notable habia advertido en sus viajes , y escribiendo una relacion de ellos que no sabemos se haya publicado.

En 1796 regresó á España , y despues de una penosa y larga navegacion desembarcó en Algeciras , donde tuvo la agradable noticia de haber sido nombrado Secretario de la Interpretacion de lenguas , cuyo destino desempeñó alternando sus ocupaciones con sus tareas literarias , asistiendo con frecuencia á una tertulia de diversas personas aficionadas á los estudios amenos , y á la que llamaba Moratin por zumba *Sociedad de los Acalófilos* , y pasando algunas temporadas en Pastrana , donde habia comprado una casa. En

1798 imprimió su traducción del *Hamlet* de *Shakspeare*, con notas, en que le juzga según los severos principios de crítica clásica que profesaba. Aquella traducción, débil aunque exacta, no podía proporcionarle un lugar tan distinguido en la república de las letras, como el eminente talento dramático, que manifestó en sus piezas originales.

El Gobierno le nombró individuo de una junta creada para la reforma de los teatros, y después único director de los mismos; destinos que renunció á poco Moratin, no habiendo admitido el segundo acertadamente, pues su índole y su genio eran mas á propósito para corregir las ridiculeces de los hombres en la escena, que para dar providencias que la mejorasen. Continuó escribiendo para el teatro y adquiriendo nueva gloria. En 1803 se representó en el coliseo de la Cruz notablemente corregida, fomentada y reducida á forma mas regular, la comedia de *El Baron*, compuesta á modo de zarzuela en 1787, figurando los embustes y trápalas de los petardistas metidos á grandes Señores. Ofendidos los cómicos de los Caños del Peral de la preferencia que habia dado para la representación en el teatro de la Cruz,



y sabiendo que sobre el mismo argumento se había compuesto otra comedia con el título de *La Lugareña orgullosa*, se apresuraron á representarla y á pagar gente que silvase la de Moratin. Inútiles fueron semejantes arterías; triunfó el verdadero mérito: *La Lugareña* cayó al instante en olvido, y *El Baron* sobrevivió á los esfuerzos con que habian pretendido desacreditarle.

Al año siguiente se representó tambien en la Cruz *La Mogigata*, escrita muchos años antes, y cuyo nombre indica que el autor acometió en ella á la hipócrita gazmoñería. Fue recibida con aplauso, no sin que se publicasen sobre ella algunas críticas moderadas. En 1806 se representó *El Si de las Niñas*, cuyo fin moral es demostrar la influencia de la educacion en la eleccion de estado, y los riesgos que se siguen de no dirigir aquella con suma prudencia. Fue recibida esta comedia con extraordinario aplauso, duraron sus primeras representaciones veinte y seis dias consecutivos, y en un momento se despacharon las cuatro ediciones de la pieza que se hicieron en aquel mismo año.

Los que miraban con envidia su gloria, apelaron para derribarle á otro arbitrio tan bajo co-

mo odioso, que si bien no logró su efecto por el influjo de Godoy, bastó para que Moratin, de genio tímido y receloso, abandonase el teatro, inutilizando los apuntes que habia hecho sobre otras cuatro ó cinco comedias, cuyos planes tenia trazados. Hizo una vida retirada, entreteniendo, ademas de los cuidados de su secretaria, con el cultivo de un pequeño jardín que habia comprado, y recojiendo entretanto materiales para su obra sobre los *Origenes del teatro español*. Colmados estaban entonces los deseos de un hombre sóbrio, frugal, que no tenia ambición ni pretensiones, ni mas inclinación que al ocio de las Musas; pero la suerte le preparaba grandes sinsabores y amarguras.

Llegó el año de 1808, cayó el valido de la cumbre del poder, subió al trono Fernando, alzose la España para vengar el ultrage y defender su independencia, venció al enemigo en Bailen, ante los muros de Zaragoza y de Valencia, y los Franceses huyeron de Madrid al Ebro. Moratin, que como acabamos de decir era de carácter sumamente medroso, creyendose espuesto por el favor que habia debido á Godoy, salió de la Corte luego que los Franceses la evacuaron, y se dirigió

á Vitoria. Volvió con ellos á Madrid á fines de aquel año, y con ellos se retiró á Valencia en 1812, desde donde por último se refugió á Peñíscola. Debe decirse en honor de Moratin que no tuvo entrada en su pecho ningun género de traicion contra su patria: siguió maquinalmente el camino por donde le arrastraba la suerte, y no solo no tomó parte activa contra los que defeudian los derechos de Fernando VII, ni admitió del gobierno intruso otro cargo que el de Bibliotecario mayor que se le confirió sin solicitarlo, sino que favoreció en cuanto pudo á los que por desgracia caian en poder de los Franceses.

En medio de tantas calamidades no era posible que continuase componiendo para el teatro; así es que apesar de las repetidas instancias que para ello le hicieron, solo se pudo conseguir que se representase é imprimiese *La Escuela de los Maridos*, concluida ya en 1808, y traduccion de la que con el mismo título habia escrito el célebre Moliere. Disminuida notablemente su fortuna, y mas quebrantadas aun su salud y su espíritu con tan deshechas borrascas, pensó retirarse á un rincón donde acabára tranquilamente sus dias. Así pues, en lugar de seguir á los Franceses, luego que se

riudió Peñíscola á nuestra armas , huyó de ella; fué á Valencia ocupada ya por las tropas españolas, y no acusándole su conciencia de ningun delito se presentó al general en gefe. No viendo este en Moratin mas que á un partidario de los Franceses, le trató con rigor; y despues de otras providencias, mandó embarcarle en un falucho que le condujo á Barcelona , donde fue favorablemente acogido á su vez por los Capitanes Generales D. Francisco Javier Castaños, y el Marqués de Campo Sagrado, y por todas las personas de distincion y saber.

Restituido al trono Fernando VII, la tranquilidad que de nuevo empezaba á disfrutarse, dió ocasion á Moratin para que agradecido á los favores del actor Felipe Blanco , hiciese para su beneficio á fines de 1814 la traduccion de la comedia de Moliere *El Medico á palos*. Su situacion era sin embargo muy deplorable; y el Rey empezó desde luego á dispensarle su generosa proteccion, mandando que se le admitiese al juicio de purificacion, declarando que no estaba comprendido en el artículo primero del decreto de 30 de Mayo, y disponiendo que se le devolvieran los bienes que se le habian secuestrado. Mas adelante trató de

darle un destino honorífico con buena asignación; pero Moratin, cuyo ánimo habian exasperado los trabajos padecidos, lo rehusó abiertamente, figurándose peligroso por todas partes; y llevado por este sentimiento en 1817, salió de Barcelona donde vivía protegido, estimado y honrado, y no regresó allí hasta 1820, despues de haber pasado algun tiempo en Paris y en Bolonia. Acometida Barcelona por la fiebre amarilla, pasó á Bayona, y fijó su estancia en Burdeos. Desde entonces ocupóse solo en concluir y perfeccionar la obra de los *Orígenes del Teatro Español*, que dejó manuscrita á D. Manuel Silbela, y que compró á este el Rey, deseoso de que bajo sus auspicios viese cuanto antes la luz pública. En 1825 D. Vicente Gonzalez Arnao hizo en Paris una edicion de las obras de Moratin, única reconocida por el autor.

En 1827 se trasladó á Paris, y allí permaneció con bastante quebranto en su salud, hasta que murió en 21 de Junio de 1828, conservando todo su conocimiento hasta poco antes de espirar, habiendo hecho mandas muy piadosas, y entre ellas á la Inclusa de esta Corte, de la casa y huerto de Pastrana.

¡Triste fatalidad la de los escritores españoles! Por efecto de nuestras largas guerras y disensiones civiles muchos de ellos, como los *Istas*, los *Jovellanos*, los *Cienfuegos*, los *Melendez*, los *Moratines* han muerto envueltos en la desgracia, vilipendiados y proscritos, pobres y ancianos los mas de ellos, y lejos de una patria á quien habian ilustrado con su saber. El inmortal *Cervantes*, pobre y cautivo, enjendró en una cárcel el libro sublime que habia de ser el primer título de gloria literaria de su pais. *Quevedo*, *Mariana* y *Luis de Leon* fueron víctimas de mas terribles persecuciones; y gracias á la incuria de su siglo, hoy ignoramos donde reposan los restos mortales de *Lope de Vega*, de *Tirso* y de *Moreto*. El siglo XIX, apellidado de las luces, llevando mas allá su intolerancia política, ha visto inclinar su venerable cabeza en tierra estraña á *Melendez* y *Moratin*.

En el cementerio principal de Paris, llamado del P. Lachaise, existen varios monumentos sepulcrales erigidos á varios Españoles ilustres, en un pequeño recinto que los encargados del cementerio apellidan la *Isla de los Españoles*. Pero otro monumento colocado en distinto sitio del

jardin, entre las sombrías calles que se elevan sobre la derecha de la capilla, llama principalmente la atención del viajero español, por el hombre ilustre á quien está dedicado, y por su oportuna colocacion, inmediata á las dos tumbas de *Moliere* y de *Lafontaine*. Redúcese su sencilla forma á un gran pedestal que sostiene un segundo cuerpo arquitectónico mas proporcionado, sobre el cual se eleva una pequeña urna de forma antigua. En el frente del segundo cuerpo se lee la siguiente inscripeion española.

AQUI YACE

D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,
 INSIGNE POETA CÓMICO Y LIRICO,
 DELICIAS DEL TEATRO ESPAÑOL,
 DE INOCENTES COSTUMBRES
 Y DE AMENISIMO INGENIO.

MURIÓ EL 21 DE JUNIO DE 1828.

Ya que hemos recorrido la vida pública de Moratin, reducida como lo son generalmente las de los hombres que dedicados al estudio de las letras, ni toman parte en las especulaciones de la política, ni intervienen directamente en los negocios del Estado, hablaremos ahora del poeta. Las poesias líricas de Moratin, si bien merecen

bucna acogida en nuestro Parnaso, no son el timbre principal de su reputacion literaria.

Adornado Moratin de los varios conocimientos de su época, estudió y apreció como era justo nuestro antiguo teatro: de otro modo hubiera dejado en duda su criterio y buen juicio. Pero habia oido tan repetidas veces los sarcasmos y diatribas lanzados por los críticos franceses contra aquel mismo teatro, que tanta parte tuvo en la reforma del suyo; repetiase con tanta frecuencia la consabida cantinela sobre el desarreglo de Lope de Vega, los embrollos de Calderon, las metáforas descabelladas, los equívocos, los retruécanos y la afectacion oriental de nuestros dramáticos, que ya le costaba trabajo á Moratin, asi como á los demas críticos de su tiempo, alabar algunas de las muchas bellezas de todas especies de nuestras antiguas comedias; bellezas que hasta tolerables hacian los desaciertos de imaginaçiones lozanas, fomentados por el gusto de una sociedad especial, que gozaba con ellos en igual grado que la italiana con *Arlequin* y *Pantalon*, y la francesa con *Les Diableries* en épocas coetáneas. Y con tanta precaucion se tributaban las debidas alabanzas á aquellas bellezas, que se

procuraban al mismo tiempo hacer resaltar con sumo cuidado los errores en que nuestros poetas incurrieron, para no ponerse en contradicción con el fallo irrecusable de los dictadores de la nueva escuela: fallo que recusaba como blasfemias aquellos elogios, así como en la actualidad será para algunos una heregia literaria el oír ensalzar á Moratin, como uno de nuestros mejores poetas dramáticos.

Moratin, fiel á los principios de la nueva doctrina, y admirador de Moliere y de Racine, aun mas que de Calderon y de Moreto, llegó á persuadirse que la rigurosa observancia de las famosas unidades, piedra de escándalo de la moderna escuela: la sencillez, rayando en pobreza de la intriga dramática, y la espresion prosaica en reemplazo de la abundancia poética de nuestro antiguo teatro, eran las prendas mas recomendables en una buena comedia. Así lo creyó y lo practicó en sus composiciones, llenas por otra parte de bellezas cómicas de un órden superior, á veces inimitables.

La reaccion literaria condujo á Moratin á cometer un error por condenar otro error: si lo fue en los antiguos dramáticos infringir sin motivo

justo los preceptos de la buena crítica, y llevar á veces mas allá de lo conveniente y necesario la intriga, las situaciones y su espresion poética, confundiendo todos los géneros sin tener cuenta con aquellas, no es de menor cuantia limitar las dimensiones de la fábula y la complicacion de la intriga dramática á la reducida estension de tiempo y de lugar determinados, violentando y encojiendo la accion hasta encajonarla en un marco, á despecho de la verosimilitud que se desea conservar intacta, y con notable perjuicio del interés cómico, que no estriba esclusivamente en los caracteres y en la dición. Pero como escuela reaccionaria, la de Moratin llenó completamente su encargo; en contraposicion de la antigua, puesto que tocó en un estremo contrario, que es el término de todas las reacciones.

Ahora estamos presenciando otra nueva, que con obras y doctrinas ha declarado guerra al clasicismo francés, sostenido por Moratin y sus coetáneos. En esa reaccion no hay principios fijos, ni otras guias que la imaginacion entregada á sí misma: el pirronismo literario ha sucedido á la creencia supersticiosa en los preceptos: hemos tocado en un estremo por huir del estremo opues-

to; lo que antes se reducía á los estrechos límites de un corto periodo, se estiende ahora á meses y años; á la unidad de lugar que rigorosamente se obserbaba se ha sustituido la diversidad de sitios y acciones, muy distantes entre sí; y si por acaso se alzase otra bandera literaria, nunca dejaria la exageracion de principios, por que nunca dejaria de ser esclusiva. Este es el orden invariable de las cosas; y nada debe sorprendernos, por ser bien sabido que el sistema de las reacciones es el sistema universal de la naturaleza: asercion comprobada por la historia científica, moral, política y literaria de todos los pueblos. La especie humana sigue el mismo impulso, en lo cual no hace otra cosa que obedecer, sin conocerlo, á una ley superior á su voluntad, cuyos efectos ciertamente no causan sorpresa al hombre observador, acostumbrado á ver á los demas, y aun á veces á sí mismo, no detenerse nunca en la mitad de la carrera á tomar de los sistemas opuestos lo esencialmente bueno de cada uno de ellos, sino que apenas llegan al extremo retroceden por no poder caminar mas adelante, y vuelven á emprender de nuevo su carrera.

Mas apartándonos de estas consideraciones ge-

nerales : ¿podríamos en materia de buen gusto llegar á conocer el delicado y esquisito , sin el auxilio de los contrastes que ofrece la versatilidad del gusto mismo ? Siendo la comparacion el fundamento de nuestros juicios , así como el graduador de nuestras sensaciones ; ¿habria alguno capaz de saborear las bellezas cómicas de Moratin , antes de conocer los desvarios de Comella ?

Tal es el juicio que forma de Moratin , como poeta , el distinguido literato de quien antes hemos hablado. Oigamos ahora el de otro no menos digno de aprecio , el Sr. Martinez de la Rosa. (*)

« Habiéndonos propuesto , por razones fáciles de adivinar , no hablar en ninguno de los ramos de literatura de las obras de autores vivos , dejáremos interrumpido en este lugar el bosquejo de nuestro teatro ; pero nombraremos sin embargo , *El Café* de D. Leandro Fernandez de Moratin , no como drama , sino como documento histórico , que por una parte prueba el desarreglo en que se hallaba la escuela española , á principios del reinado de Carlos IV , y por otra los laudables esfuerzos que desde entonces empezaron á hacerse

(*) *Apéndice sobre la Comedia*. Obras literarias de D. Francisco Martínez de la Rosa , T. II.

para contener la licencia, y someter el teatro español á las reglas de la razon y del buen gusto. En una palabra: ponemos la citada comedia por término en la historia de nuestra dramática, como una de esas piedras que suelen colocarse en los caminos, las cuales señalan á un tiempo la distancia que falta por andar, é indican la senda que debe seguirse.»

No concluiremos esta ligera noticia, sin trasladar aqui tambien lo que dice la Academia Española en el prólogo de las obras de Moratin, publicadas como hemos dicho por orden de el Sr. D. Fernando VII. «Tenia Moratin prendas recomendables, y era uno de los escritores que mas honran el Parnaso español; pero estando su muerte tan reciente (*) no queremos anticipar el juicio de la posteridad, y solo diremos que jamás olvidarán su nombre cuantos amen la bella literatura. Fue igual en ingenio y superior en buen gusto á su padre D. Nicolás, cuya memoria cuidó de perpetuar como buen hijo, en el prólogo y vida, que con las poesias del mismo, publicó en 1821 en Barcelona.»

(*) La edicion se hizo en 1830





EL M^l SOULT.

Personajes célebres del Siglo XIX.

EL MARISCAL SOULT,

DUQUE DE DALMACIA.



« Cuando supe en Dresde la derrota de Vitoria y la pérdida de toda la España, debida á ese pobre José... busqué alguno capaz de reparar tantos desastres, y me fijé en Soult.

NAPOLÉON—*Memorial de Sta. Elena.*

Cuenta el buen Plutarco, que el padre de Temístocles, para alejarle de los negocios públicos le iba enseñando, al recorrer las orillas del mar, los esqueletos de las viejas galeras arrojados en las playas, sin que se hiciera caso de ellas, diciéndole que lo mismo hacia el pueblo con los gobernantes cuando ya no podían servir.

Los Atenienses de Francia son muy prontos en declarar fuera de servicio: si la gloria, por bri-

llante que haya sido en tiempos pasados, no experimenta una continua y siempre ascendente metamorfosis, la echan sin reparo á un lado; de modo que tal vez no será inútil recordar aquí que el Mariscal Soult ocupa uno de los primeros lugares en nuestras biografías, porque nos parece que está bastante reasumida en él la noble personificación de la Francia militar; porque es uno de los mas ilustres representantes de una grande y hermosa época; y por último, porque no somos ya tan ricos en especialidades de esta clase que despreciemos lo que queda.

Nicolás Juan de Dios Soult, hijo de un notario campesino, nació en la pequeña ciudad de Saint Amand (departamento del Tarn), en 29 de Marzo de 1769. El muchacho era turbulento, reacio, poco aficionado á leer, y enteramente fastidiado de los viejos pergaminos de su señor padre. A falta de otra cosa mejor, hicieron de él un soldado, y á los 16 años entró Soult como voluntario en el regimiento real de infantería. Sucesivamente sargento, subteniente, ayudante mayor, capitán, comandante de batallón, coronel, pasó Soult por todos los grados, y sirvió con los generales Luckner, Custine, Hoche, Lefebvre y Jourdan. Agre-

gado al E. M. del ejército de la Mosela , hizo las campañas de los años II y III , y tomó una parte gloriosa en casi todas las batallas dadas en la frontera por sostener la independencia de la Francia.

En la célebre de Fleurus , la division de los Ardennes huia desordenadamente , dejando descubierta la derecha del ejército. El general Marceau perdía el tino y buscaba la muerte ; el coronel Soult se arrojó delante de los fugitivos , los reunió y condujo nuevamente al combate.

Nombrado general de brigada el 11 de Noviembre de 1794 , se distinguió en los diversos pasos del Rin , y en las batallas de Altenkirchen , de la Lahn , de Friedberg , etc. , etc. Destacado un dia con tres batallones y 150 caballos para cubrir y despejar la izquierda en Herbon , de repente se encontró Soult rodeado por 4,000 ginetes enemigos , sostuvo durante cinco horas un encarnizado combate , rechazó victoriosamente siete cargas consecutivas , y prosiguió su camino sin dejar un solo hombre en poder de los enemigos.

La paz de Campo-Formio dió al ejército del Rin algunos instantes de reposo , pero bien pronto el odioso asesinato de los plenipotenciarios franceses rompió las negociaciones de Rastadt , y prin-

cipearon nuevamente las hostilidades. En 22 de Marzo de 1799, en la aldea de Ostrach, el Archiduque Carlos, al frente de 25,000 austriacos, atacó la vanguardia mandada por Soult y compuesta de 6,000 franceses; la acción fue de las más sangrientas; un batallón de infantería principia á cejar; Soult tomó una bandera, se arrojó en medio de los enemigos, y reanimó con su audacia el valor de los soldados.

Nombrado general de división en Abril de 1798, hizo la campaña de Suiza á las órdenes de Massena, sometió á los insurgentes de los pequeños cantones, dió los combates de Altorff, de San Gotardo, de Winterthur, y contribuyó poderosamente al buen éxito de la gran batalla de Zurich, que duró tres días. Encargado de impedir la reunión del ejército Austriaco, con el Ruso que llegaba por la parte de Italia mandado por Souwarow, Soult marchó primero contra los Austriacos. El enemigo estaba acampado sobre el Linth, entre los lagos de Zurich y de Wallens-tadt en una posición formidable. Para abrir paso á su artillería, el general Soult hizo rellenar 150 toesas de marismas, y en seguida, por una de aquellas inspiraciones felices que abundan en

su carrera militar , invento un nuevo proceder estratégico , empleado muchas veces despues con buen éxito ; organizó un batallon de nadadores , que atravesó armado el rio , y el enemigo sorprendido y atacado durante la noche , huyó hasta el Rin , dejando en el campo de batalla á su general en gefe y 4,000 hombres muertos ó heridos.

Conseguida aquella victoria sobre los Austriacos , corre Soutl contra los Rusos , los alcanza en Schwitz , los vence , los dispersa , y limpia de enemigos toda la orilla izquierda del Rin , desde su nacimiento hasta el lago de Costanza.

Por aquella época , regresaba Bonaparte de Ejipto y destruía el Directorio. El ejército de Italia , descuidado por aquel gobierno inhábil , estaba en un completo desorden ; el Primer Cónsul envió á Massena para reorganizarle , y este pidió con instancia que le acompañase Soutl , el cual en 1800 pasó los Alpes con título de Teniente General. Principió por abastecer á Savona , y dió un combate en las alturas de Montenotte , en que mostró el mayor valor ; encerrado y sitiado en Génova por fuerzas muy superiores , hizo una primera salida , el 5 de Abril , con 5,000 hombres , atravesó el ejército



enemigo , se dirigió sobre Sassello , batió y dispersó dos divisiones Austriacas , y volvió á entrar en Génova á los pocos dias con 8,000 prisioneros. El 10 de Mayo hizo otra salida al frente de 3,000 hombres , atravesó tambien el ejército Austriaco, le atacó por la espalda en Monte-Facio , y le hizo prisionera una division de 4,000 hombres.

Soult siempre infatigable , dió al enemigo un tercer combate en Monte-Creto. Una lluvia violenta habia puesto resbaladizo el camino , y el combate fue cuerpo á cuerpo y al arma blanca. El general recibió un balazo que le fracturó la pierna, y sus soldados viéndole caer , le creyeron muerto y le dejaron en poder del enemigo , con su hermano el gefe de Escuadron Soult , que no le abandonó. Hecho prisionero , fue trasportado á Alejandria , y pronto , desde su lecho de dolor, oyó el cañon de Marengo que le anunciaba su libertad.

Despues de esta batalla , presentado y recomendado por Massena á Bonaparte como un oficial general de las mejores esperanzas , fué nombrado Soult Comandante superior en el Piamonte, donde disipó la insurreccion del valle de Aoste ; sometió aquellas hordas de vandidos conocidos por

el nombre de *Barbets*, los organizó en compañías, y los hizo ser útiles para el servicio.

Vuelto á Francia cuando la paz de Amiens, Bonaparte lo conservó á su lado en clase de Coronel General de la Guardia Consular, y le dió el mando del campamento de Saint-Omer; por último, el 21 de Mayo de 1804 despues del advenimiento de Napoleon al trono imperial, fue Soult promovido al grado de Mariscal del Imperio.

Despues del funesto combate de Trafalgar y de la pérdida total de la escuadra franco-española, el ejército destinado primero á invadir la Inglaterra, fué dirigido á Alemania. Soult á la cabeza de un cuerpo de vanguardia, pasó el Rin en Spira el 28 de Octubre de 1805, penetró en la Suabia, pasó el Danubio en Donawerth, marchó sobre Augsburgo apoderándose de aquel punto, y se dirigió sobre Ulm, y desde alli sobre Memmingen.

Pronto llegó el gran día de Austerlitz; 80,000 Rusos y 30,000 Austriacos estaban en linea delante de 60,000 Franceses; la batalla iba á ser decisiva; el Emperador lo había dicho y era preciso vencer á toda costa. Soult mandaba la derecha del ejército, y á los primeros cañonazos se

dirigió rápidamente con dos divisiones sobre las alturas de la aldea de Pratzen coronadas de tropas rusas y de una formidable artillería. Después de tres horas de un encarnizado combate, Soult, por uno de aquellos esfuerzos de tenacidad que le distinguen, acabó por apoderarse de ellas. Sorprendidas las líneas rusas en su huida por una marcha de flanco, se encontraron cortadas, y el Mariscal precipitó dos tercios de ellas sobre el lago de Monitz. El lago estaba helado, Soult hizo adelantar la artillería; y roto el hielo en un instante, toda aquella masa de hombres y caballos desapareció en las olas. Aquel vigoroso movimiento decidió en gran parte la suerte del combate, y en aquella misma tarde, en el campo de batalla dirigiéndose Napoleón á Soult le dijo: « Mariscal sois el primer maniobrero de Europa. »

En Jena, el 14 de Octubre de 1806, Soult se distinguió también por la energía de su ataque sobre el centro del ejército enemigo, apoderándose de un bosque cuya toma contribuyó en gran manera á que se ganara la batalla. En seguida persiguió á los fugitivos hasta Lubeck, y ayudado de Bernadotte, derribó las puertas de la Ciudad, destruyendo así los últimos restos de las

fuerzas Prusianas. En Eylau, Soult contuvo el cuerpo de ejército del General ruso Beningsen, y mas adelante se apoderó de Koenigsberg; despues de haber desplegado durante aquellas tres gloriosas campañas los mayores conocimientos militares, recibió Soult despues de la paz de Tilsit el titulo de Duque de Dalmacia.

Hecha la paz con el Austria, la Prusia y la Rusia, enciéndese de nuevo la guerra en España con mayor furor. El ejército inglés desembarca en la Península; la famosa batalla de Bailen destruye el prestigio de los ejércitos franceses, y el Rey José se vé obligado á dejar á Madrid. Soult llegó á Bayona con el Emperador, recibió el mando del segundo cuerpo, se apoderó de Burgos, ocupó á Santander, desbarató cerca de Reinosa el ejército español de Estremadura, y dirigiéndose despues sobre los ingleses, los persiguió de cerca hasta la Coruña, les obligó á embarcarse precipitadamente dejando un número considerable de muertos y prisioneros.

Obtenido este resultado, el Mariscal recibió la orden de entrar en Portugal. Rodeado de enemigos invisibles, en un pais casi desconocido, con un tiempo y caminos espantosos, llegó Soult de-

lante de Oporto, con tropas rendidas de fatiga. En vano quiso parlamentar, y tuvo precision de dar el asalto; la plaza fue tomada, y cerca de 10,000 portugueses perecieron en la accion. Encerrado en Oporto con 21,000 franceses, esperando refuerzos para internarse mas en el pais, supo el general que el ejército inglés arrojado de España habia desembarcado en Portugal; pero los nacionales se levantaban por todas partes, y pronto iba á verse rodeado por fuerzas superiores; en efecto, la vanguardia de Wellesley (Wellington) llegó hasta Oporto, é intentó un golpe de mano sobre la ciudad. La situacion era crítica, y la estacion de las peores. El Mariscal no vaciló; hizo quemar todos los equipajes del ejército, principiando por los suyos, y mandó que los soldados vaciasen sus mochilas para llenarlas de municiones. Púsose en marcha atravesando las montañas y rechazando los ataques, y volvió á entrar en España con muy poca pérdida. Segun los estratégicos, aquella atrevida retirada es una de las mas bellas operaciones militares de Soult.

Se ha querido suponer, que durante su permanencia en Oporto, el Mariscal, invitado por los principales habitantes, concibió el proyecto de

hacerse proclamar Rey de Portugal bajo el nombre de Nicolás I. Este hecho, que solo se funda en el aserto de un autor inglés (*) nos parece por lo menos dudoso. De todos modos, en una época en que los Príncipes y los Reyes se improvisaban de un dia para otro, nos parece que Soult hubiera hecho tan buena figura sobre el trono, como por ejemplo el glorioso acuchillador Murat, ó el primer llegado de los individuos de la familia Imperial, á quienes Napoleon arrojaba coronas, cuidándose poco de averiguar si su cabeza era bastante fuerte para poder llevarlas.

Despues de la retirada de Oporto fue cuando, para poner un término á las rivalidades de los diversos generales franceses que se disputaban el mando en perjuicio del conjunto de las operaciones, dió el Emperador un decreto nombrando al Mariscal Soult mayor general de los ejércitos franceses en España, con autorizacion formal de tomar el mando en gefe en cualquier parte donde se encontrase. Téngase en cuenta que los concurrentes eran hombres como Ney, Suchet, Victor y Mortier, y se verá que aquel decreto es por sí solo una respuesta categórica á lo que han

(*) Rob. Southey. *Historia de la guerra de la Peninsula.*

dicho ciertos biógrafos, que han querido presentar á Soult como un general inferior á ellos, ejecutando maquinalmente las órdenes que recibia, é incapaz de elevadas concepciones personales.

La brillante victoria de Ocaña, 10 de Noviembre de 1809, justificó pronto la eleccion del Emperador, y abrió á los frauceses las puertas de Andalucía. Al tiempo que el Mariscal permaneció en aquellas provincias, se refieren las acusaciones que se le han hecho de exacciones, de concusion y de pillaje, renovadas con mayor fuerza desde que principió su vida política. No nos toca á nosotros discutir sobre imputaciones desnudas de pruebas positivas; solo diremos que cuando Napoleon en Sta. Elena pasa revista á los depredadores de su E. M. jamás pronuncia el nombre de Soult en este sentido.

Principiaba ya á establecer una administracion sábia y previsorá en Andalucía, cuando la derrota de Marmont en los Arapiles abrió á los ingleses el camino de Madrid. Soult evacuó la Andalucía, se dirigió por los reinos de Granada y Murcia al de Valencia, allí reunió el ejército del centro, marchó al encuentro de los ingleses, los alcanzó en Salamanca, los dispersó y rechazó á

Portugal. Estas marchas del Mariscal en España, son consideradas por muchos como modelos de táctica.

En el año 1813 la desgraciada campaña de Rusia acababa de devorar á cerca de 600,000 franceses; el Emperador llamó á Soult á su lado; le dió el mando en jefe de su guardia, y el Mariscal se distinguió en las sangrientas batallas de Lutzen y de Bautzen. Ausente Soult, los acontecimientos variaron de aspecto en España; Wellington ganó la batalla de Vitoria y se aproximó á las fronteras de Francia. Napoleon estaba en Dresde; espantado de los progresos que los Ingleses hacian, mandó á Soult que partiera al instante para España. En ocho dias, llegó á Bayona desde el fondo de la Alemania; allí, aunque no pudo reunir mas que 50,000 hombres, fortificó aquella Ciudad y tuvo en jaque á los 120,000 de Wellington. Combatió noblemente en Saint-Palays, en Gauveterre, en Orthez, en Aire, en Tarbes, y fué á meterse en Tolosa. Quedábanle 26,000 hombres con los cuales debia hacer frente á 86,000 Ingleses. Era en 10 de Abril de 1814, la Francia estaba invadida por todas partes, Paris habia capitulado hacia ya 10 dias, el Empe-

rador habia abdicado, y los Borbones habian vuelto á subir al trono. En medio de tantas calamidades, el Mariscal Soult fué el que disparó el último cañonazo, el último que dejó el campo de batalla, el que bajo los muros de Tolosa consiguió la última victoria. Los movimientos militares de Soult en aquella época han sido juzgados diversamente: no pretendemos apreciarlos; permítansenos solamente que nos apoyemos en la opinion de un hombre, que era seguramente un poco conocedor, el mismo Napoleon que decia en Sta. Helena, que la campaña de Soult en el medio dia de la Francia era muy hermosa (*). Se ha discutido tambien mucho en estos últimos tiempos si el Mariscal habia ganado ó perdido la batalla de Tolosa. Los unos han dicho que siempre es vencido el que abandona sus posiciones; los otros que Soult de ningun modo hubiera podido permanecer en Tolosa; que los Ingleses con fuerzas dos veces superiores sufrieron enormes pérdidas, que el Mariscal conservó el campo de batalla, que hasta durmió en él, que el enemigo no se atrevió á penetrar en la Ciudad sino despues de haber él renunciado á ocuparla.

(*) *Memorial de Santa Helena*. T. III, pág. 280.

Hemos llegado casi al término de la carrera militar de Soult, y para describirla tal cual es, es decir gloriosa y bella, nos ha bastado recorrer el *Monitor*. Su vida política nos presenta bajo todos aspectos el mismo caracter de tersura; entreramos en ella con igual franqueza.

Despues de la restauracion, Soult se unió al gobierno, y recibió en Junio de 1814 el mando de la 13.^a division militar.

Nombrado Ministro de la Guerra el 3 de Diciembre, provocó el secuestro de los bienes de la familia Bonaparte; hizo acusar ante un consejo de guerra á uno de sus compañeros de armas, al General Excelmans, cuyo delito era haber escrito á Murat, Rey de Nápoles, una carta de adhesion demasiado ardiente.

El consejo de guerra le absolvió. Napoleon tardó poco en escaparse de la Isla de Elba; á la primer noticia del desembarco, publicó Soult su famosa orden del dia de 8 Marzo de 1815 contra el *aventurero que voicia á apoderarse de un poder usurpado*; y sia embargo, Luis XVIII desconfiando del Mariscal le quitó el Ministerio. A los pocos dias, los Borbones salian para Gante, y Napoleon entraba en Paris. Soult se le pre-

sentó el 25 Marzo; un biógrafo hostil, dice que se ignora lo que pasó en aquella entrevista; pero Napoleon mismo se ha encargado de manifestarnoslo: « Soult está inocente de toda traicion, dice él en Sta. Helena; él mismo me ha confesado que habia tomado una verdadera inclinacion por el Rey. La autoridad de que disfrutaba con él, decia, tan diferente de la de mis Ministros, era una cosa muy dulce, y le habia subyugado de repente. » (*)

Pronto volvió á parecer el enemigo en el territorio francés: nombrado Soult Mayor General despues de haber publicado una nueva orden del dia, en la que el *aventurero* era aun el *grande hombre*, marchó donde le llamaba su deber de Frances, superior á todas las simpatias de personas, es decir, á la frontera, á Waterloo. Allí, se batió como un valiente; desesperado Napoleon queria arrojarse en medio de las bayonetas enemigas; Soult cojió la brida de su caballo, y le arrastró al camino de Charleroy.

Algun tiempo despues, el Emperador iba á buscar la odiosa hospitalidad del Belerofonte, y Soult retirado á sus hogares, y amenazado de ser

(*) *Memorial de Santa Elena*. T. II pág. 416.

puesto en juicio, publicaba una memoria justificativa en la que hay algunas líneas empapadas de una especie de odio y de desden contra *aquel hombre*; y aquel hombre es el grande hombre de poco antes, es su heroe, su Dios de otro tiempo; es Napoleon vencido, separado de cuanto ama, y condenado á morir sobre una roca abrasadora á 2,000 leguas de Europa. El biógrafo no necesita censurar semejantes palabras, llevan en si mismas su propia condenacion.

Comprendido en el decreto de 24 de Julio, Soult es condenado á destierro, y se retira con su familia á Dusseldorf, en Alemania. En 1819 se le permite volver á Francia; el 9 de Enero de 1820 Luis XVIII le devuelve el bastón de Mariscal. El 5 de Noviembre de 1829 Carlos X le confiere el collar de la orden del Espiritu Santo, y le nombra Par de Francia. Mucho se ha satirizado su fervor religioso en aquella época; no nos detendremos en ello, ignoramos hasta que punto estaba ó no el Mariscal de buena fé, y ademas semejantes puerilidades no nos parecen del dominio de la historia.

Despues de la revolucion de Julio, la Francia no tenia mas fuerza que el entusiasmo de sus

hijos; el ejército era numéricamente débil, y una nueva invasión podía volver á imponer á los Franceses las humillaciones de 1814 y 1815. El Ministerio Laffitte conoció la necesidad de poner una fuerte cabeza de organizacion en el departamento militar, y en Noviembre de 1830 el Mariscal Soult fué llamado al Ministerio de la Guerra. Aquel Ministerio de concesion era poco conveniente para la naturaleza enérgica del Mariscal, nutrido de tradiciones imperiales; así fué que se limitó en lo posible al círculo de sus funciones, absorviéndose en sus trabajos de reorganizacion militar; pronto 410,000 hombres armados, equipados, instruidos y dispuestos á rechazar á los estrangeros, prepararon á la Europa que el viejo soldado nada habia perdido de su actividad.

El advenimiento del Ministerio Casimiro Perrier, Ministerio de represion si lo hubo, tuvo por consecuencia crear al Mariscal una autoridad poderosa, y abrirle el camino de la presidencia. No tenemos que dar aqui nuestra opinion sobre la aplicacion del sistema militar, sobre los estados de sitio, los consejos de guerra permanentes, etc. etc. Durante todo aquel periodo hubo

lucha, lucha fatal entre el poder y los partidos; corrió la sangre por las calles de Paris, y en los dias 5 y 6 de Junio la guerra civil se levantó sobre la tumba del pacificador de la Vandé.

Muerto Perier sin haber terminado la crisis, el Duque de Dalmacia quedaba el hombre de la situacion, y en 11 de Octubre de 1832 pasó á la presidencia del Consejo. El arresto de la Duquesa de Berry, la expedicion de Amberes, el proyecto de ley acerca de los fuertes destacados, la ley sobre las asociaciones, el sangriento y decisivo combate dado al partido republicano en Abril de 1834, en Lion y en Paris, son actos colectivos en que el Duque de Dalmacia no desempeñó siempre el principal papel. (*)

Despues de los sucesos de Abril, no siendo ya una necesidad el sistema represivo y militar representado por el Mariscal, precisamente debia modificarse. En el momento del peligro, la Cámara le habia sostenido casi por unanimidad, pero despues de la victoria ya no gustaba de él. Asi fué que al acabar la legislatura de 1834, principió á manifestarse una fraccion indecisa hasta

(*) Véase la biografía de Mr. Thiers.

entonces, conocida mas adelante con el nombre de tercer partido. Ante aquella nueva oposicion, compuesta de hombres monárquicos, pero enemigos de los medios extremos, Mr. de Broglie sucumbe primero en la cuestion importante del crédito de los Estados Unidos; despues llega el turno del Duque de Dalmacia: creando un ejército, peleando contra las facciones, el Mariscal habia usado con largueza del presupuesto de su departamento; el tercer partido, representado por Mr. Dupin, el Abogado mas tenaz de la Cámara, le pidió imperiosamente cuenta de su administracion.

Al orador que iba rebuscando minuciosamente los francos y los céntimos, gustoso le hubiera respondido el Mariscal, imitando á Escipion: «he levantado 400,000 hombres, vamos al Capitolio á dar gracias á los Dioses» pero como el argumento hubiera tenido poco valor para nuestros modernos Senadores, se prefirió apelar á una disolucion. Aquella medida no llenó su objeto: el tercer partido volvió mas poderoso que nunca, la mayoria se pronunció fuertemente contra el Mariscal, y Mr. Thiers se deshizo hábilmente de su colega, que volvió á la vida pri-

vada, hasta el 12 de Mayo de 1839 en que fué nuevamente llamado á la presidencia.

Al término de su carrera, el Duque de Dalmacia debia experimentar una de aquellas satisfacciones que consuelan de muchos errores; llegaba la hora de su popularidad, y cosa singular, inaudita en los anales de Francia, una nacion estrangera y por mucho tiempo enemiga, es la que se levanta toda entera para mostrarle cuánto se aprecian alli sus viejos monumentos de gloria que ella parece casi desdeñar.

Entonces la Francia se conmueve á su vez; la imprenta de la oposicion tan hostil en otro tiempo al Mariscal Ministro, le cubre con su ejida. Ya no es el renegado de todos los partidos, el hombre sanguinario del 13 de Marzo y del 11 de Octubre, el gefe militar incapaz, el vencido en Tolosa, etc.; es el noble símbolo de la democracia, es el soldado salido del pueblo, dominando con todo el brillo de su gloria sobre hijos de Reyes, de Príncipes, y sobre los vástagos mas ilustres de las familias mas antiguas de Europa, es el viejo Mayor General, es el brazo derecho de Napoleon; ¡oprobio al que sostuviese que no fue vencedor en Tolosa! Desgraciadamente du-

ró poco el entusiasmo en Francia , y al paso que la Inglaterra recuerda aun con placer la marcha triunfal del ilustre extranjero por sus Condados , por entre casas empavesadas como para una fiesta nacional , en medio de aquellas mugeres agitando sus pañuelos desde las ventanas , de aquellos hombres precipitándose en la calle sobre su caballo para verlo de mas cerca , de aquel ejército cuya mitad peleó tal vez en España y en Waterloo , que le acoge con estrepitosos vivas , con alegría , con admiracion , con un entusiasmo que raya en delirio ; mientras la Inglaterra recuerda todo esto , la Francia , á lo menos en cuanto la representa la mayoria de la imprenta periódica , lo ha olvidado ya ; y el dia en que el glorioso triunfador de Londres quiso poner la mano en la cartera de los negocios extranjeros , volvió á ser lo que era el 13 de Marzo y el 11 de Octubre , esto es un pesado y grosero soldado , una faustuosa nulidad , etc. , etc. En medio de tan mezquinas contradicciones , ¿ qué debe hacer el biógrafo ? ¿ Quemará cada seis meses , como el periodismo y el Rey Clodoveo lo que ha adorado y adorará lo que ha quemado ? en nuestra opinion no debe quemar ni adorar ; creemos por ejemplo que en manera al-

guna debe afirmar , que el Mariscal maneja tan bien la pluma como la espada , que sabe de memoria á Grotio , Burlamaqui , y Puffendorf , que tiene tanta capacidad como Mr. Thiers para agrupar cifras ó redactar una nota diplomática ; por último que está perfectamente en su lugar , al frente de un departamento que exige mucha sutileza , mucha suavidad , no poca locuacidad , un tanto de tunicería (permitásenos la palabra) , y en donde jamás debe olvidarse aquel divino precepto del maestro: « la palabra ha sido concedida al hombre para disfrazar su pensamiento. »

Pero creemos también que en medio de todos esos cambios , que tan rápidamente se han verificado en la escena política desde 1789 , el hombre ha podido tener sus vacilaciones , sus errores y aun sus debilidades , sin que por eso sea permitido al biógrafo , desde lo alto de su grandeza , borrar de una plumada cincuenta años de gloria.

Creemos que en ciertas épocas la vida pública es un mar tempestuoso en el que es preciso bordear , para no estrellarse contra los escollos , y que se puede servir bien á su país bajo todos los gobiernos ; que los poderes que caen se suicidan

siempre, que el que intenta en vano detenerlos en una pendiente peligrosa no tiene obligación de precipitarse con ellos en el abismo; que cuando se ha derramado su sangre por la patria en todos los campos de batalla de la Europa, cuando se han dedicado exclusivamente al servicio de esa misma patria facultades eminentes, cuando se ha tenido siempre en el corazón y en los labios el sentimiento del honor nacional, se es digno de poseer una hermosa parte de las simpatías del pueblo Francés. En el fondo no le faltan al Mariscal Soult; el porvenir será para él mas generoso aun que el presente, y será justo.







J. ROSSINI

Personajes célebres del Siglo XIX.



JOAQUIN ROSSINI.

«Una cosa muy triste, y tal vez una verdad, es que el BELLO IDEAL en la música cambia cada treinta años.

VIDA DE ROSSINI, por Mr. Stendhal, T. I. pág. 12.

El libro, del cual tomamos la idea que nos sirve de epígrafe, es él mismo una prueba de la exactitud de esta idea. Esta obra, que á pesar de tener dos volúmenes, está enteramente dedicada á Rossini, es ya antigua, pues se publicó en 1823. Para manifestar cómo se escribía en aquel tiempo sobre Rossini, copiamos el exórdio de Mr. de Stendhal: «Desde la muerte de Napoleon ha habido otro hombre, del cual se habla siempre así en Moscov como en Nápoles, lo mismo en Lóndres que en Viena, así en Paris como en

Calcuta; la gloria de este hombre no conoce otros limites que los de la civilizacion, y apenas cuenta 32 años.»

En el dia Rossini ha pasado de los 50. Es un gran compositor que ya no compone, y si hubiéramos dado como de propia cosecha las líneas que acabamos de citar, es probable que el lector se hubiera admirado un poco; y que este paralelo con Napolcon, que en 1823 y en medio de los mayores triunfos del maestro no carecia de verosimilitud, hubiera parecido por lo menos muy exagerado en 1843. ¿Diremos por eso que el génio de Rossini ha declinado desde 1823? No seguramente, pues su obra maestra, *Guillermo Tell* es de 1829; sino que desde aquella composicion Rossini se retiró. Al dia siguiente de la primera representacion de *Guillermo Tell*, el cisne de Pésaro se dijo á si mismo: «mi fama solo puede disminuir ya, y no cantaré mas.» Y ha cumplido su palabra; en vano ha llamado la Francia al artista ingrato, que en el momento en que su gloria, desconocida siempre en el norte de la Alemania, principiaba á decaer en Italia, le habia acogido en su seno para reanimarle con el contacto de su admiracion. En vano mas ade-

lante, la voz de Duprez, digno intérprete de los pensamientos de Rossini, circuea su nombre con una aureola mas que nunca brillante, y arrancaba al público gritos de entusiasmo, que debieron resonar del lado allá de los Alpes; nada pudo despertar al dormido cisne, nada conmovió aquel génio saciado y debilitado por un largo reposo.

Nos equivocamos: Rossini acaba de hacer un rebusco entre sus papeles, y ha sacado de ellos un *Stabat* á grande orquesta, anunciado dos años antes y compuesto muy anteriormente (*); y mientras sus amigos se esfuerzan en elogiar aquella composicion, el maestro vuelto á su apatía, se ocupa en buscar un nuevo modo de matar el tiempo que le mata; lleva su fastidio de su casa de campo á su palacio de Bolonia; siembra, planta, edifica, acumula, especula y hasta pretenden muchos (*horresco referens*) que el autor de *Guillermo Tell* para distraerse se ha vuelto merceder de pescados en grande (**). ¡ Vanos es-

(*) Este *Stabat*, que ha dado lugar á un pleito entre dos editores que se decian propietarios de la obra, fue compuesto en 1832 por encargo, si no nos equivocamos, del Comisario general de Cruzada, el Sr. Varela.

(**) Para ser justos diremos aquí, que la reputacion de

fuerzos! Detrás de su libro de caja *sedet ultra cura*; en medio del lujo que le rodea, echa de menos el tiempo en que rico, con un grande porvenir que ya no es mas que pasado, el pequeño Joaquín llevaba alegre á su padre algunos *paoli*, ganados cantando en las iglesias de la Romaña. Privado de los goces de familia, que ayudan á bajar dulcemente la pendiente de la vida, y corroído por un escepticismo universal, dícese que el gran maestro se muere de fastidio. Cuántas ilustraciones de este siglo conocemos que se hallan en el mismo caso! ¿Y qué hombre tiene mayor derecho para fastidiarse que Rossini? ¿Cuál ha tenido una vida mas alegre, mas loca, mas descuidada, mas tumultuosa? ¿Quién ha abusado mas que él de las admirables facultades con que la naturaleza le habia dotado? ¿Qué hombre ha mirado con menos seriedad que él, al arte y al artista? ¿Qué hombre ha buscado menos la gloria que iba siempre en pos de él? ¿Quién se ha cuidado menos de la posteridad que Rossini? Y en resúmen ¿qué es

rapacidad que se ha dado á Rossini, confirmada por muchos escritores, especialmente por Mr. Fetis en su *Biografía Universal de los músicos*, acaba de ser rebatida por el mismo Mr. Fetis, en una carta escrita desde Florencia al Director de la *Gaceta Musical*.

la postedarid para un compositor? ¿Dónde principia? ¿Dónde acaba? ¿Hasta qué punto el bello *absoluto* en la música, se puede separar del bello *relativo*, que depende de los gustos particulares de cada generacion, y que desaparece con ella? ¿Qué compositor puede lisongearse de vivir, no diremos entre los eruditos sino entre las masas, cien años mas que el cantor cuya voz popularizó sus inspiraciones? Muerto Talma, aun se lee á Racine, y es todavia bello aunque despojado de una parte de su prestigio; el gondolero que canta los versos del Tasso sabe que son los versos del Tasso; ¿quién lee en ei dia á Tancredo, que hace 20 años electrizaba á todo el mundo? Cuantas gentes van tarareando el famoso *Di tanti palpiti* sin acordarse que salió un dia fresco y puro de la imaginacion de Rossini, en cinco minutos, en el tiempo de cocer el arroz (*). De las cuarenta y ocho obras de Rossini, entre ellas treinta y siete óperas, ¿cuán-

(*) En Venecia llamaban á aquella aria *L' Aria dei rizi* *Aria del arroz*. Rossini, precisado á sufrir los caprichos de una cantatriz que no gustaba del ária compuesta primero para la entrada de Tancredo, se habia visto precisado á improvisar otra, pocas horas antes de la representacion, al tiempo de comer, y mientras se preparaba un plato de arroz á medio cocer, con que principian siempre todas las comidas en Lombardia.

tas quedan en el dia en la escena y cuántas quedarán dentro de cincuenta años? Y sin embargo, ningun hombre ha conmovido mas á sus contemporáneos; ninguno ha obtenido mayores y mas legítimos triunfos; pero el tiempo, que tantas glorias devora, es insaciable de glorias musicales; en ellas la fragilidad está en proporción del brillo. Limitándonos á hablar solo de Italia, de esa tierra donde florece el arte con el amor y el narajo, donde se comprende tan bien esa cosa tan conmovedora y fugitiva que se llama el canto, véase cuantos antecesores hay de Rossini, de quienes solo queda el nombre en el dia, y que hace un siglo á los ojos de sus contemporáneos pasaron por haber llegado á los últimos limites de lo bello. ¿Qué se han hecho Pórpora, Durante, Leo, Galuppi, Pergolesi, Vinci, Hasse, Jommelli, Legroscino, Guglielmi, Piccini, Sacchini, Sarti, Paisiello, Anfossi, Traetta, Zingarelli, Mayer, Mosca, Paer, Pavesi, Generali? ¿Y el mismo Cimarosa, cuyo canto era tan dulce como su nombre, no ha sufrido tambien la inevitable ley del tiempo?

Véase, pues, porqué el autor de *Guillermo Tell* no es tal vez censurable por haberse cuidado

poco de su gloria ; ha descontado mucho del porvenir, y vive en el dia de lo pasado. Acabar á tiempo es de un hombre de talento, y vale mas dejar al público, que verse abandonado por él ; ¿quién sabe si el maestro volveria á encontrar en el dia la frescura de las melodías de su juventud, y el vigor de las inspiraciones de su edad madura ? Entiéndase esto sin que pretendamos decidir entre los que sostienen que el *Stabat* tan carareado constituye una nueva transformacion en el talento del autor, un *tercer método* ; y los que afirman, al contrario, que marchando por las huellas del ferviente Palestrina, el Voltaire de la música, se ha descarriado. Que Rossini tenga ó no razon en dormir sobre sus laureles, ó en acabar como el diablo cuando se vuelve viejo, con música religiosa, no es de este lugar ; dejemos estas graves cuestiones para otros mas entendidos, y contentémonos con recorrer rápidamente el curso de la existencia mas brillante que jamás ha tenido artista alguno.

A fines del siglo último habia en Pésaro, hermosa y pequeña ciudad del Estado del Papa, edificada en anfiteatro sobre el Golfo de Venecia, un pobre y honrado tocador de trompa de tercer órden, llamado José Rossini, casado con la jóven



Ana Guidarini, que no tenia mas bienes de fortuna que una voz mediana y una hermosa figura. Cuando llegaba el tiempo de las ferias, la pareja abandonaba á Pésaro, y recorría las ciudades de la Romaña, tocando el marido en las orquestas improvisadas, de óperas foráneas improvisadas tambien, y la muger cantaba medianamente en la escena los papeles de *seconda donna*; en el Otoño, marido y muger regresaban agarrados del brazo á Pésaro, donde subsistian lo restante del año con el escaso producto de su industria nómada. Aunque pobres eran felices, y se cuidaban poco del porvenir, cuando el 29 de Febrero de 1792 les nació un hermoso niño, á quien llamaron Joaquín Rossini, sin pensar en el ruido que este nombre debía hacer algun dia en el mundo.

Segun Mr. de Stendhal, Joaquín no principió á estudiar la música hasta los 12 años, y segun Mr. Fetis acompañaba ya á los 10 años á sus padres en sus escursiones, y tocaba de cualquier modo acompañando á su padre. A los 12 años notaron sus padres que tenia una hermosa voz, le llevaron á Bolonia y le presentaron al profesor Angelo Tesei, que se aficionó á él, le enseñó el

canto y el piano , y en muy poco tiempo le puso en situacion de ganar algun dinero, cantando solos de soprano en las iglesias de Bolonia. A los dos años estaba ya muy adelantada su educacion musical , leia y cantaba de repente las composiciones mas difíciles ; y como era bien formado y hermoso , el hourado José Rossini principiaba á creer que su hijo seria algun dia un tenor bastante distinguido ; entre tanto , hizo que se uniera , en calidad de director de los coristas , á una compañía ambulante , con la cual recorrió el jóven Joaquin Lugo , Ferrara , Forli , Sinigaglia y otras pequeñas ciudades de la Romana ; volvió á Bolonia , fue admitido en el Liceo de aquella ciudad el 20 de Marzo de 1807 , y el P. Estauislao Mattei , sábio profesor de contrapunto , se encargó de iniciarle en los misterios de la composicion musical. Rossini no queria saber mas que lo que necesitaba para ser un gran génio , y apenas habia transcurrido un año de estudios, ya habia dejado al P. Mattei, quien despues de haber inculcado á su petulante alumno el conocimiento del contrapunto simple, y cuando iba á introducirle en el mas complicado laberinto del contrapunto doble , tuvo la ocurrencia de confesarle que sabia ya bastante para com-

poner música libre , pero que la música religiosa exigia muchos mas conocimientos. « ¡Por vida! maestro , esclamó Rossini que no pensaba entonces que acabaria algun dia componiendo un *Stabat*, precisamente lo que quiero componer son óperas, y me permitireis que no siga adelante. » A los pocos dias , y á la edad de 16 años , principiaba Rossini á darse al público con una sinfonía á grande orquesta , y una cantata intitulada: *Il pianto d' armonia* , que fue ejecutada en Bolonia el 11 de Agosto de 1808 , y dió lugar á que le eligieran director de la Academia de los *Concordi*, reunion musical formada en el seno mismo del Liceo de Bolonia.

Desde la edad de 16 á 18 años , compensó Rossini lo que habia de superficial en sus estudios teóricos, con otros prácticos que se avenian mejor con su naturaleza , y que consistian en poner en partituras , cuartetos y sinfonias de Haydn y de Mozart , cuya ejecucion dirigia en Bolonia. A los 18 años hizo un viaje á Pésaro , y la familia Perticari , una de las mas distinguidas del pais , se interesó por él y le ayudó para que se admitiese en el teatro San Mosé , en Venecia , una opereta intitulada *La Cambiale di Matrimonio*. Esta obra,

tuvo un mediano éxito, y á ella se siguió inmediatamente *L' Equivoco stravagante*, ópera bufa, representada en Bolonia en el Otoño de 1811, que no gustó; realzóse en 1812, haciendo representar en Roma con buen éxito la ópera de *Demetrio é Polibio*, que segun Mr. de Stendhal compuso en 1809, y que de consiguiente era su primera ópera, retocada sin embargo para el teatro *Valle* de Roma. En el mismo año de 1812, compuso Rossini, una tras de otra, *L' Inganno felice*, representada durante el carnaval en Venecia; *Ciro in Babilonia*, ejecutada en Ferrara durante la Cuaresma; en la Primavera, *La Scala di seta*, ópera bufa representada en Venecia en el teatro San Mosé; en el Otoño, *La Pietra del Paragone*, representada en la *Scala* de Milan; y durante la misma estacion en Venecia *L' Ocasione fa il ladro*. Estas tres ultimas óperas bufas, escritas *calamo corrente*, distaban mucho de ser perfectas; pero ciertas partes notables llamaron la atencion del público hácia el jóven compositor, que debia tardar poco en concentrar sobre sí todas las miradas.

Segun Mr. de Stendhal á la *Scala di Seta*, y segun Mr. Fetis á una ópera olvidada y mala,

titulada *Sigismondo*, se refiere una anécdota bastante conocida, y que dá ya una idea del carácter original de Rossini. Seguimos la version de Mr. Fetis como mas reciente y verosímil. Un empresario de Venecia llevó á Rossini un *libretto* absurdo, para ponerlo en música; hecho el *spartito* y en el momento de representarse, el empresario se disculpó con el jóven maestro por haberle dado un *libretto* tan malo. « Tranquilizaos, contestó Rossini riéndose, lo he advertido y he compuesto la música mas mala todavia. » El empresario creyó que era una chanza y olvidó el dicho. Al acercarse la representacion, Rossini que realmente habia formado empeño en componer una música detestable, principió á temer, no por la obra, sino por su reputacion, é imaginó como un medio ingenioso, para que no fuera oida su música, el mandar á los violines de la orquesta que se interrumpiesen á cada compás, para dar con el arco en la pantalla de hoja de lata que cubria la luz de las lámparas que los alumbraban. Tan singular acompañamiento admiró al principio al público, y se contentó con silvar ligeramente; pero luego viendo que continuaba aquel desorden, y que evidentemente se

burlaban de él, se levantó furioso, rompió los bancos, destruyó las arañas, y estuvo en poco que no apalease á Rossini, que se escapó riendo como un leco de su picaresca invencion.

Despues de otra ópera bufa, *Il Figlio per azzardo*, representada en Venecia durante el Carnaval de 1813, Rossini que apenas contaba 21 años, reveló de repente su génio en una obra que hizo tal furor en Italia, que en un instante, en los salones, en las calles, en las iglesias, en el mismo recinto de los tribunales y á las barbas de los jueces, el público italiano, cual si le hubiera picado la tarántula, en vez de bailar no tuvo mas que una voz para cantar en todas partes y á todas horas *Ti rivedró, mi rivedrai; ó Tu che accendi*, y las otras melodias deliciosas de la obra mágica que acababa de encantarle. *Tancredi*, representado por primera vez en el teatro *Della Fenice* en Venecia, tuvo uno de esos éxitos prodigiosos que elevan de un solo golpe á un hombre á la cumbre de la gloria; y no se olvide que Rossini era hermoso, jóven, ardiente, impetuoso, que vivia en un pais donde todas las pasiones estan prohibidas, menos una que reemplaza á todas las demas, para juzgar de los

triumfos, de los honores y de las mil locuras del autor de *Tancredo*. Las grandes Señoras se lo disputaban, la Ma... cantatriz bufa, entonces en la flor de su juventud, de su talento y de su hermosura, se lo quitó á las grandes Señoras, y en compensacion, segun se dice, le sacrificó estóicamente al Príncipe Luciano Bonaparte, hasta que la mas hermosa, y hasta entonces la mas virtuosa muger de la Lombardia, le arrebató á su vez á la Ma... hasta que.... No acabariamos si quisiéramos recorrer la larga série de triunfos que se subsiguieron hasta el casamiento. Hasta la conscripcion, la implacable conscripcion, arrió bandera ante Rossini. El Príncipe Eugenio, Virey entonces, tuvo escrúpulo de esponer tan hermoso talento á una bala rusa ó prusiana.

El buen exito del *Tancredo* convirtió á Rossini en el compositor mas querido de la Italia, y todas las ciudades se disputaron su presencia. Despues de haber compuesto en el mismo año de 1813, para la deliciosa voz de la Marcolini, y hecho representar en Venecia *L' Italiana in Algieri*, su obra maestra en el génio bufo, y dado el año siguiente en Milan *L' Aureliano in Palmira* y *Il Turco in Italia*, volvió á Pésaro

á ver á su familia, á la cual la gloria jamás le ha hecho olvidar. « No ha escrito, decia Mr. de Stendhal en 1823 mas que á una sola persona en toda su vida, á su madre; y sin reparo le dirigia sus cartas *All' ornatisima Signora Rossini, madre del célebre maestro, in Bologna.*»

El buen éxito en Italia dá mucha celebridad pero poco dinero; Rossini estaba entonces por la primera, y mas adelante le ha llegado la aficion al segundo, despues de sus viages á Inglaterra y á Francia. Mr. de Stendhal nos lo pinta en aquella hermosa época de su vida, yendo alegremente de ciudad en ciudad, sin pensar en mañana, dichoso con algunos *cequines* arrancados á los empresarios. Aquel cuadro de la juventud de Rossini nos recuerda que veinte años despues, Paris le vió millonario, y ya fastidiado alojándose en una miserable boardilla del teatro Favart, por no tener que pagar alquiler, y recibir alli a todas las ilustraciones de Europa, disculpándose con lo malo de los tiempos y la necesidad de economia; lo que prueba que comiendo se abre el apetito. El Rossini de 1814, el de Mr. de Stendhal, es mas divertido; dejemos hablar al pintor.

« Desde 1810 á 1814, Rossini recorrió sucesivamente todas las ciudades de Italia, pasando dos ó tres meses en cada una. En todas era recibido, festejado y encomiado por los *dilettanti* del lugar, pasándose los quince ó veinte primeros días en admitir convites y en encogerse de hombros sobre la tontería del *libretto*. Rossini, además de tener mucho fuego de imaginación, ha sido educado por su primera querida (la Condesa P... de Pésaro) con la lectura del Ariosto, con las comedias de Maquiavelo, y los poemas de Burati (excelente educación!) y comprende muy bien las tonterías de un *libretto*. *Tu mi hai dato versi, ma non situazioni*, le he oído decir muchas veces al poeta mugriento que se deshacía en excusas, y dos horas después le llevaba un soneto *Humiliato alla gloria del piu grand maestro d' Italia e del mondo*. Después de quince días de tan disipada vida, principia Rossini á no aceptar las comidas y las reuniones musicales, y supone ocuparse con seriedad en estudiar la voz de sus autores. »

« Por último, veinte días antes de la representación, conociendo bien la voz de sus cantores se pone á escribir. Se levanta tarde y compone en medio de la conversacion de sus amigos, que no le

dejan un instante en todo el dia. Va á comer con ellos á la *hostería*, y muchas veces á cenar; se retira muy tarde, y sus amigos le acompañan hasta la puerta, cantando la música que él improvisa, un *Miserere* algunas veces, con grande escándalo de los devotos del barrio. Entra en su casa, y en aquella hora del dia, á las tres de la mañana, es cuando ha tenido las mas brillantes inspiraciones. Las escribe apresuradamente sin piano, en pedacitos de papel, y al dia siguiente las arregla, las instrumenta, como dice él mismo, hablando con sus amigos. Figúrese el lector una imaginacion viva, ardiente, en la que todo causa impresion, que saca partido de todo y nada le embaraza. Asi es, que estando componiendo su *Moisés*, le dijo uno: haceis cantar á los Hebreos; ¿hareis que gangueen como en la Sinagoga? Chocóle aquella idea, y al momento compuso un magnífico coro que principia en efecto con ciertas combinaciones de sonidos, que recuerdan un poco la Sinagoga judia....

« Un dia muy frio en el invierno de 1813, estaba como acampado en un miserable cuarto de una posada de Venecia, y componia en la cama por no encender fuego. Concluido el duo (componia entonces la partitura de *Il Figlio per azzardo*)

se le cayó el papel y fue á parar debajo de la cama. No pudiendo alcanzarlo con el brazo y sintiendo frio, se envolvió en su manta diciendo: « Lo volveré á escribir ; nada mas fácil , pues me acordaré de él : » pero no recordaba ningun pensamiento , y despues de impacientarse mas de un cuarto de hora , exclamó riendo : « Qué necio soy , lo volveré á hacer de nuevo : tengan los compositores ricos lumbré ea sus cuartos ; yo no me tomo el trabajo de recoger los duos que caen : es ademas de mal agüero. » Al acabar el segundo duo llegó uno de sus amigos : « Podeis alcanzarme , le dijo , un duo que se ha caido debajo de la cama ? El amigo lo alcanzó con el baston y se lo dió. » « Ahora , dijo Rossini , voy á cantaros los dos duos ; decidme cual os gusta mas. » El amigo dió la preferencia al primero , y Rossini sin perder tiempo hizo con el otro un terzeto para la misma ópera. El sugeto que me lo ha contado asegura que ninguna semejanza habia entre los dos duos.

Tal era Rossini desde 20 á 30 años , vivo , espiritual , perezoso en su actividad , burlándose de sí y de los demas , verdadero italiano , cantando de instinto y sin cuidarse de lo mejor.

Hasta 1814 llevó Rossini esta vida nómada , tra-

bajando para el día, muchas veces en los teatros de tercer orden; sometiendo su talento á las exigencias de los empresarios, de los cantores y del público; silvado algunas veces sin misericordia; aplaudido casi siempre con furor; sentado en el piano de la orquesta durante las tres primeras representaciones, haciendo los tres saludos de rigurosa costumbre; recibiendo despues sus treinta *sequines* (3,200 rs.) cuyos dos tercios enviaba casi siempre á sus ancianos padres; asistiendo á un gran convite de despedida que le daban los *dilettanti* del lugar, y saliendo en un calesin con una maleta mas llena de papeles de música que de fopa, para ir á principiar de nuevo el mismo oficio en otra ciudad inmediata.

Sin embargo, Rossini no habia escrito aun para Nápoles, y no hay gloria musical en Italia que, para ser consagrada, no necesite tomar posesion del teatro de *S. Carlos*. El famoso Barbaja, mozo de café que á fuerza de tallar en la banca habia adquirido una fortuna de muchos millones y dirigia los teatros de Nápoles, de Milan, el de la ópera italiana de Viena, creyó hacer un buen negocio explotando á Rossini. Tomó la posta, corrió á Bolonia á buscar al jóven maestro,



le ofreció 12,000 francos al año, y un interés en los juegos que tenia arrendados, con la condición de componerle dos óperas nuevas al año, y de arreglar la música de todas las óperas antiguas que él quisiese hacer representar. Rossini deslumbrado y poco acostumbrado á tales beneficios, se apresuró á aceptar aquel contrato, que se estendió despues á muchos años, y cuya primera parte le impuso muchas veces un trabajo capaz de agotar un talento menos ductil y vivaz que el suyo.

Cuando Rossini llegó á Nápoles, Mlle. Colbrand, cuya voz se gastó tan pronto, estaba entonces en todo su brillo. Rossini principió brillantemente en Nápoles, á fines de 1815, con la ópera de *Elisabetta Regina d' Inghiltera*; en la que Mlle. Colbrand estuvo admirable.

Desde 1815 á 1822 escribió sucesivamente para Mlle. Colbrand, *Othello* (1816), *Armida* (1817), *Mosé in Egitto* (1818), *Ricciardo ó Zoraide* (1818), *Ermione* (1819), *La Donna del Lago* (1819), *Mahometto secondo* (1820), *Zelmira* (1822). No todas estas obras tuvieron igual éxito, y algunas se debieron resentir de la voz yá vacilante de Mlle. Colbrand.

La fecundidad increíble de Rossini se aumen-

taba con su fama. Sin privarse de ninguna distraccion, de ningun placer, al paso que componia en Nápoles estas ocho óperas, escribia para la misma ciudad una ópera bufa, titulada: *La Gazzetta*. Corria despues á Roma donde hacia representar en el carnaval de 1816 una ópera semi-séria, titulada: *Torbaldo é Dorlisca*. En el mismo año y en la misma ciudad, el empresario del teatro Argentina le llevó el *libretto* de *Il Barbiere di Siviglia*, puesto ya anteriormente en música por Paisiello, pidiéndole un *spartito*; Rossini aceptó la difícil tarea de hacer olvidar al antiguo maestro napolitano. Los Romanos tomaron á mal aquel atrevimiento, y deliberadamente silvaron en la primera representacion; al dia siguiente advirtieron que habian silvado una obra maestra de alegría, de sutileza y verbosidad cómica, en una palabra, una de las mas bellas composiciones de Rossini; se sublevaron contra su propia injusticia, la obra silvada fué exaltada hasta las estrellas (*alle stelle*), y Rossini fué llevado en triunfo. El *Barbero de Sevilla* se paseó brillantemente por la Italia, y ha dado la vuelta al Mundo.

Aquel triunfo lisongeó á Rossini, quien recom-

pensó de él á los Romanos dándoles en 1817 *La Cenerentola*, que fue ejecutada en Roma por artistas de segundo orden, y muy mal apreciada. En el mismo año de 1817 escribió para el teatro de la Scala de Milan *La Gazza Ladra*; en 1818 escribió además *Adelaide di Borgogna*, representada en Roma; *Il Califo di Bagdad*, enviada á Lisboa en 1819; *Eduardo é Cristina*, representada en Venecia en 1820; *Bianca é Faliero*, en Milan en 1821; *Matilde di Sabran*, en Roma; estas cinco partituras se consideran las mas medianas de Rossini.

Asi pues, Rossini en siete años, además de muchas cantatas de circunstancias, produjo él solo lo que era bastante para doce compositores ordinarios. Los anales de la música no presentan ejemplo de una facilidad tan prodigiosa. Sin embargo, este don tan raro, y que tanto ha contribuido á hacer popular á Rossini, no ha dejado de tener desagradables resultados sobre el conjunto y el porvenir de sus obras. Además de que el indolente maestro, al paso que adornaba *librettos* hasta el infinito, no ha reparado en servir al público el mismo plato tres ó cuatro veces, y algunas sin tomarse siquiera el trabajo de variar la salsa; es cierto que una gran parte de las producciones del

célebre compositor , sin hablar ahora del cuidado , muchas veces excesivo del efecto material por medio de una orquesta exagerada , presentan en la trabazon , el encadenamiento , la concepcion y el engendro de las ideas musicales , algo de otrepeñado , confuso , superficial é inacabado , que indican la precipitacion con que se han hecho. Esto no se percibe á primera vista , merced á la inagotable fecundidad que domina el todo ; pero á la segunda representacion , cuando llega el momento de analizar con frialdad y reflexion , aparecen aquellos defectos y causan una desagradable impresion. La perfeccion completa y absoluta no fue jamás el objeto que se propuso Rossini ; y si mas feliz que todos los músicos de su tiempo lo ha alcanzado casi en *Guillermo Tell* , ha sido seguramente sin pensarlo.

El compromiso contraido con Barbaja acabó en 1822 , y el empresario habia usado ámpliamente de sus derechos , obligando al compositor , ademas de las obras originales que le daba , á trasportar y ajustar segun la voz de los cantores , una enorme cantidad de música antigua. Rossini tuvo tiempo , paciencia y buen humor para llevar á cabo tan fastidioso trabajo , burlándose ademas de Barbaja , y

vengándose completamente de él haciéndose amar, en sus barbas, por Mlle. Colbrand, con quien se casó en el mismo año de 1822. Esta célebre cantatriz le llevó una soberbia dote.

A principios de 1823 pasó Rossini de Nápoles á Venecia para hacer representar *Semiramide*. El éxito de esta hermosa obra fue en un principio inferior á su mérito. A medida que Rossini iba entrando en edad, perdía un tanto de la sencillez, de la frescura, de la gracia descuidada y fácil del autor de *Tancredo*; por otro lado ganaba mas y mas en elevacion de estilo, en profundidad de pensamientos; se *germanizaba* un poco, y llegaba á lo que llamaria pedanteria un *Rossinista* de 1813, y que uno del *segundo método* llama *sublime*. Los venecianos, embriagados aun con las suaves melodías de *Tancredo*, gustaron poco de la orquesta y estilo algo complicado y estrepitoso de la *Semiramide*; el gusto italiano no habia experimentado aun la trasformacion que le han impuesto despues los exagerados imitadores del *segundo* Rossini; en Venecia se decia que la orquesta era *insolente*, si cubria la voz, y se exigia del acompañamiento que se mantuviese con el canto en los límites de una conversacion respetuosa (*fanno col canto con-*

versazione rispetosa). En el dia gustan en Venecia casi tanto como en Berlin los trompones y timbales. De todos modos, resentido Rossini de aquella frialdad , que le pareció con razon una injusticia , dió oídos á los brillantes ofrecimientos que le hacia la Inglaterra. Abandonó la Italia , pasó por Paris , permaneció cinco meses en Lóndres, ocupado en conciertos y en lecciones , que le valieron la friolera de un millon de reales , y volvió en Octubre del mismo año de 1823 á establecerse en Paris , donde Mr. de Larochefoucauld , que le amaba con pasion , le esperaba para ofrecerle la direccion del teatro italiano , con proposiciones muy ventajosas , y con la condicion de escribir cierto número de *spartitos*.

Rossini en los primeros tiempos de sus triunfos en Italia solo habia gustado medianamente en Francia , merced á la mala disposicion en que estaban contra él las diversas administraciones del teatro italiano , y en consecuencia la mala egeucion de sus obras. Mas adelante la voz de Mlle. Mainvielle Fodor , en el papel de Rosina en el *Barbero de Sevilla* , habia escitado un entusiasmo general , que se aumentó mas y mas con el triunfo de Mme. Pasta en *Tancredo* ; y cuando Rossini



llegó á París disfrutaba ya una inmensa popularidad.

El artista fecundo, y perezoso como siempre, no aguijoneado ya por la necesidad, y encontrando en Mr. de Larochefoucauld un acreedor mas compasivo que Barbaja, se hizo mucho de rogar para componer algo bueno. Su primera obra, *Il Viaggio á Rheims* fue una opereta de circunstancias, compuesta en 1826 para la consagracion de Carlos X; al año siguiente volvió á emprender su *Mahometto secondo*, arreglándola y enriqueciéndola con la admirable escena de la *Bendicion de las banderas*, y representada bajo el título de *L'asedio di Corinto*. Hizo una refundicion parecida y mas completa de su *Mosé*, representada con magnífico éxito en 1827. El año siguiente escribió *Il Conte Ory*, spartito gracioso y ligero, en el cual mezcló algunos pedazos ya conocidos, pero compuesto en general de música nueva.

Sin embargo, estas pocas gotas de armonía servian solo para quitar la sed de los *dilettanti* y del público; se murmuraba de la pereza del maestro, y se le pedia á grandes voces una produccion mas lata, mas completa, mas digna de su hermoso génio. Rossini acosado se puso en contribucion en

el mes de Agosto de 1829, é hizo bien , pues por poco que ame la gloria póstuma , de todos sus cantos , el último es seguramente el que resonará por mas tiempo en la posteridad. *Guillermo Tell* es considerado por muchos intelgantes , no solo como la mejor obra de Rossini , sino como la mejor de la música contempóranea. « El génio del grande artista , dice Mr. Fetis , habia experimentado en ella una última y completa trasformacion. Vuelto compositor francés por la inteligencia fina y profunda de la accion dramática , por el sentimiento de las conveniencias , y por una escelente declamacion en los recitados , habia conservado todo su fuego , toda su elegancia , toda su abundancia italiana de motivos felices , y habia adquirido mas acabado en los detalles , mas habilidad en la factura , mas de esas cualidades en fin cuyo conjunto forma lo que se llama el *estilo*. »

Desgraciadamente el *libretto* de esta hermosa ópera era uno de los mas absurdos de todos los de Mr. Scribe , que no es poco decir ; el público francés , que aun no sabe hacer abstraccion del sentido literario de una ópera , para ocuparse del musical , hizo reponsable á aquel de las tonterias del *libretto*, y no manifestó en un principio todo,

el entusiasmo que era debido por *Guillermo Tell*; Rossini se incomodó con razon, y segun se dice, debe atribuirse á esta circunstancia la fatal resolucion del maestro de no escribir mas para la escena francesa.

Llegó en esto la Revolucion de Julio. Rossini habia dirigido dos años el teatro italiano; pero tan á propósito para la administracion como para ser Papa, habia administrado en consecuencia, y el pobre teatro exalaba el último suspiro, cuando se lo arrancaron de las manos, creando para indemnizarle la faustuosa sine cura de *Intendente general de la música del Rey* y de *Inspector general del canto en Francia*, que obligaba á Rossini á recibir 20,000 francos anuales, convertibles en 6,000 francos de pension, si, como decia el acta, por circunstancias *imprevistas* llegaban á cesar sus *funciones*. Cuando sobrevino la circunstancia *imprevista* de la marcha forzada de Carlos X; los liquidadores de la lista civil se imaginaron que el opulento Rossini se resignaria fácilmente á ver su suerte corriendo pareja con la de tantos infelices, á quienes dejaba reducidos á la miseria la privacion de sus empleos. No fue asi por cierto: Rossini se insurrec-

cionó, se declaró frustrado, robado, asesinado, se lamentó de sus desgracias y de la pérdida de sus rentas, y presentó su contrato, el cual por un refinamiento de prevision y bajo pretesto de honor, habia hecho firmar por el mismo Carlos X; de modo que por esta circunstancia el acta quedó asimilada á las obligaciones personales del ex-Rey. Los liquidadores resistieron con firmeza, y la disputa duró cerca de seis años: Rossini se mantuvo firme, movió todos los resortes, se alojó en un granero, se empobreció durante este intervalo con dos ó tres excelentes especulaciones, hechas bajo los auspicios de MM. Rothschild y Aguado; hizo con este último un viaje á Madrid, adonde llegó el 12 de Febrero de 1831, asistiendo al día siguiente al teatro de la Cruz, en el que cantaba la Tossi *La Straniera*, de Bellini, y siendo muy obsequiado durante su permanencia en la capital; obtuvo por fin su pension de 6,000 francos, y abandonó á Paris en Febrero de 1837, adonde ha vuelto en Junio de 1843, no para componer como lo creian muchos de sus admiradores, pensando que el cantor melodioso se habia cansado de hacer el mudo, sino para curarse de una gastritis.

Veamos ahora algunos fragmentos de la carta en que Mr. Fetis cuenta una visita hecha al ilustre compositor, pocos meses antes:

«Me afectó dolorosamente cuando al entrar en su casa vi su cuerpo enflaquecido, envejecidas sus facciones, y no sé qué debilidad en sus movimientos. Una enfermedad de las vías urinarias, cuyo origen data de los últimos tiempos de la residencia de Rossini en París, es la principal causa de su desfallecimiento. La muerte de su padre ha agravado mucho su mal, sumergiéndole en vivo pesar, pues el amor filial es una de las principales señales del carácter de Rossini. Este hombre, cuyo egoísmo afectado y aparente indiferencia por todo, han llegado á ser proverbiales, fue siempre un hijo afectuoso. A la primer noticia de la enfermedad de su padre, corrió de Milan á Bolonia, y cuando el anciano cesó de vivir, su hijo no quiso volver á entrar en el palacio en que habia muerto, y lo vendió á pesar de los grandes gastos hechos para su embellecimiento. La consecuencia de aquella desgracia fue para Rossini una larga y dolorosa enfermedad, que puso en peligro sus días, y cuyos resultados se notan todavía....»

« No sé si la inconstancia del gusto del público con respecto á la música dramática, que él no habia previsto ó que le habia hecho olvidar su costumbre de una dominacion universal, ha transformado en aversion la indiferencia que siempre habia manifestado por el arte, y por los triunfos de que le era deudor...

» De vez en cuando se escapan todavia á Rossini espresiones de mal humor, que darian una falsa idea de su carácter, á otros que no fuesen sus amigos. Dice, por ejemplo, con seriedad, que su perro es el único ser á quien quiere en el mundo; pero sus amigos y la adhesion que le profesan, desmienten completamente sus palabras.

» Ya lo he dicho en otras partes: este grande artista está acometido del mal mas grave que puede afectar una elevada inteligencia, pues carece de fe en la realidad de todo. El temor de que se le tenga por engañado, le preocupa sin cesar. Su filosofía no es solo la de la duda, sino la de la negacion: filosofía tanto mas deplorable, que ni siquiera le dá una forma seria, y que convirtiéndola en ligera y burlona, la sustrae á los ataques del raciocinio. Creo sin embargo que está mas inmediato de lo que piensa, del momento en

que su espíritu se libertará del yugo fatal de esta desastrosa filosofía. A despecho de él mismo se vuelve sério y se manifiesta su bondad. Cuando llegue el momento en que se atreva á mostrarse tal cual es en realidad , no dejará de admirar al mundo que un hombre ilustre se haya tomado tanto trabajo para rebajarse. »







J. A. L.

Est. de los Artistas

FERNANDO II.

Rey de las Dos Sicilias.

Personajes célebres del Siglo XIX.



FERNANDO I,

REY DE NAPOLES.

« La vida de los Reyes forma parte de la historia del derecho público universal, que nace de las relaciones del gobierno con los gobernados. »

CARLOS BOTTA.

La vida de un Rey, como sábiamente dice Plutarco, forma parte de la historia de una nación, puesto que las mas tristes calamidades ó afortunados sucesos que han tenido lugar en ella, no dejan de referirse mas ó menos á la persona, que como cabeza ha dirijido sus destinos. Asi será tanto mas difícil bosquejar la vida de un Monarca, cuanto mayores hayan sido las vicisitudes por que ha pasado en sus tiempos el

pueblo que gobernó. Esta gran verdad, muy clara de por sí, se revela mejor en la biografía que vamos á escribir.

Llamado Carlos III, Rey de Nápoles, al trono de las Españas, transfirió aquella corona á su hijo Fernando, que apenas contaba á la sazón ocho años de edad. El día 6 de Octubre del año de 1759, hallándose Carlos rodeado de su mujer é hijos, y estando presentes todos los Embajadores de las Potencias extranjeras, los Ministros destinados á la rejencia de Nápoles durante la menor edad del nuevo Rey, los gefes de la municipalidad y las personas mas notables del reino, declaró solemnemente, que debiendo segun los tratados de las Potencias europeas, permanecer siempre divididos los Reinos de Nápoles y España, renunciaba la corona del primero en beneficio de su tercer hijo Fernando, destinando al trono de España á su hijo segundo D. Carlos Antonio, pues la enfermedad de cuerpo y alma del Infante D. Felipe, heredero presuntivo de la corona, le hacia inhábil para el gobiérno.

Hecha esta solemne renuncia, se volvió Carlos al nuevo Monarca, le bendijo, y le exhortó á amar á sus súbditos, á conservar la fé de la religion,

y á practicar la justicia y la mansedumbre. Después, desenvainando la espada que Luis XIV entregó á Felipe V cuando salió para ocupar el trono de España, la puso en manos de Fernando, y dándole por primera vez el tratamiento de *Majestad*, le dijo: «tómala para la defensa de tu religion y de tus súbditos.»

En el mismo dia 6 de Octubre se embarcaba Carlos para España, bendecido y llorado por todos. Los grandes edificios públicos que se habian levantado, las sábias leyes promulgadas durante su gobierno, la buena administracion de las rentas del Estado, y los honores y empleos concedidos al mérito, todo dejaba una grata memoria de Carlos, y hacia temblar por el nuevo reinado, porque donde domina un Rey niño, campean casi siempre la arbitrariedad, la violencia, la intriga, la concusion y otros mil vicios, compañeros inseparables de una rejenia.

El nuevo Rey tuvo por título Fernando IV (*),

(*) Este Monarca cuando subió al trono llevó el título de Fernando IV, Rey de las Dos-Sicilias. Después en el Congreso de Viena de 1815 se estableció que se le diese el nombre de I, bajo el cual ha sido desde entonces generalmente conocido. Añadiremos tambien que aunque su verdadero título es Rey de las Dos-Sicilias, muchas veces se le dá el de Fernando I de Nápoles.

Rey de las Dos-Sicilias y de Jerusalem , Infante de España , Duque de Parma , de Plasencia y de Castro, Gran Príncipe heredero de Toscana. Fueron nombrados para la rejeñcia, durante la minoria del Monarca , establecida por Cárlos hasta los 16 años, *Domenico Cataneo* , Príncipe de San Nicandro, *Giuseppe Pappacoda* , Príncipe de Centola , *Pietro Bologna* , Príncipe de Campo Real, *Michele Reggio* , Bailío de Malta y General de la Armada , *Domenico Sangro*, Capitan General del ejército, *Jacobo Milano*, Príncipe de Ardore, *Lelio Carraffa*, Capitan de las Guardias, y *Bernardo Tanucci* , Abogado de Pisa.

Entre todos estos ministros de la rejeñcia , solo Tanucci era notable por su talento y por sus vastos conocimientos en los negocios del Estado. A este se sometian todos, no solo por su superioridad, sino porque sabian que gozaba de la confianza de Cárlos III , con quien mantenía una correspondencia directa , dándole continuamente noticias de su hijo y de los negocios del Estado ; pues Cárlos III , aunque habia renunciado plenamente á la corona de las Dos-Sicilias, teniendo en consideracion la minoria de Fernando , no dejaba secretamente de tener parte en los negocios de aquel reino

Asi es que la historia de la minoria de Fernando no es otra cosa que la historia de la rejeñcia de Tanucci , el cual es digno de alabauzas por muchos de sus hechos, y por otros de severas críticas, como vamos á demostrar.

Sabido es de todos los que han leído la historia, que los Sumos Pontífices , desde los tiempos mas remotos hasta fines del siglo pasado , han hecho siempre alarde de una especie de señorío sobre el Reino de las Dos-Sicilias ; dando formalmente la investidura á todos los Monarcas que subian á aquel trono. Tanucci, no queriendo al principio de su rejeñcia promover una disputa entre su propio Soberano y la Santa Sede , hizo que Fernando , siguiendo el ejemplo de sus antecesores , pidiese al Sumo Pontífice la investidura del reino de las Dos-Sicilias . prestando el nuevo Soberano el dia 4 de Febrero de 1760, por escrito y de viva voz, juramento de vasallaje , ante el Cardenal Orsini , legado apostólico. Pero estas apariencias de sumision no duraron mucho , porque conociendo Tanucci que los abusos de la corte de Roma y de su influencia pesaban estraordinariamente sobre el reino , empleó todo su saber en libertar al Monarca de aquella servidumbre , devolviéndole todas las regalías pro-

pias de la corona. Asi, no permitiendo Tanucci que la curia romana tuviese parte en las herencias y bienes de los Obispos, abades y beneficiados, dispuso libremente, á pesar de las reclamaciones de Roma, de la rentas de las sedes vacantes, y las destinó religiosamente á obras de utilidad pública; despues abolió un gran número de conventos, entre los que se contaban dos de la Calabria que servian de abrigo á los ladrones, é incorporó sus bienes á las rentas del Estado. No contento Tanucci con estas providencias, comenzó por disminuir los diezmos eclesiásticos, luego los disputó á la Corte de Roma, y concluyó por anularlos. Prohibió el derecho de nuevas adquisiciones á manos muertas, comprendiendo en este número las Iglesias, conventos, obras pias, hermandades y colejos; y prohibiendo espresamente á los escribanos que autorizasen testamentos en favor de manos muertas, abolidas completamente por las nuevas leyes.

Estas disposiciones, superiores á la civilizacion de los tiempos en que se promulgaron, valieron un crédito inmenso al ministro Tanucci, le dieron á conocer como uno de los hombres mas adelantados en la política europea, é hicieron concebir fundadas esperanzas de que el reinado de

Fernando señalaría una nueva era de regeneración para las Dos-Sicilias.

Después de haber disminuido considerablemente con las leyes enunciadas los bienes de la Iglesia, trató Tanucci de ensanchar la jurisdicción secular y restringir la eclesiástica; para esto abolió los tribunales llamados mistos, y que se componían de seglares y sacerdotes, disminuyó el número de estos últimos, que habiéndose hecho excesivo no producía ninguna utilidad al culto, y gravaba á la nación, y aun deshonoraba al mismo sacerdocio; porque muchos sacerdotes sin destino ó sin patrimonio, ó se mantenían de limosna, ó llevaban una vida escandalosa, empleando los medios mas viles para subsistir. Se dió tambien una ley declarando nula en el reino de las Dos-Sicilias toda carta ó bula pontificia, que no fuese acompañada del consentimiento real, llamado comunmente *exequatur regio*.

Tanucci introdujo tambien útiles reformas en las leyes civiles y administrativas, refrenó muchos abusos jurisdiccionales que habian prevalecido en el foro, y mostró empeño en proteger las letras y los sábios. Así pues aquel ministro, que era el alma de la regencia, el confidente íntimo

de Carlos III, el mas amado del jóven Monarca, y el mas respetado de sus cólegas y ministros, gozaba de gran crédito en la Corte de Nápoles.

Pero mientras Tanucci levantaba tan importante edificio con la promulgacion de buenas leyes y la ejecucion de útiles reformas, en seguida lo minaba por su misma base de tal manera, que mas pronto ó mas tarde era inevitable su ruina. La educacion que daba al nuevo Rey estaba muy lejos de dirigirse á penetrarle de que su principal interes consistia en no descuidar los negocios del Estado, y cultivar su propio talento con la adquisicion de suficientes conocimientos, de modo que llegase un dia en que por si solo y sin ayuda agena pudiese conocer, juzgar y resolver en los altos negocios del pais. Muy al contrario; proporcionaba Tanucci á su Real pupilo todos los medios posibles de disipaciones, hacíale perder dias enteros sin mas ocupacion que la caza, la pesca, partidas de campo y toda clase de fútiles pasatiempos: y no hacia esto el ministro Tanucci por incuria ó abandono, sino muy de intento, porque creia sin género alguno de duda que convenia mejor al Monarca de un Estado reducido,

pasar la vida entre las suaves delicias que le facilitaba su clase, que aspirar á grandes hechos para los cuales se necesitan gran talento, muchos conocimientos, y especial aptitud para los negocios públicos. Asi pues, abandonado el Rey Fernando, segun el plan de su ministro, esclusivamente al placer y al ocio, concluida su minoria á los diez y seis años, se encontró tan incapaz de manejar el timon del Estado, como cuando subió al trono en su niñez. No obstante, los primeros años de su mando transeurrieron mas bonancibles que tristes, puesto que el grande impulso dado por Tanucci á la prosperidad pública, su influencia todavia preponderante, y la utilidad de las nuevas reformas, aumentaban cada vez mas las luces y el progreso de las Dos-Sicilias. Fue el primer acto importante de Fernando la espulsion de los Jesuitas, verificada el 3 de Noviembre del 1767. Creemos inútil reproducir aqui las causas de aquel gran acontecimiento, hoy conocidas por todo el mundo: pero observaremos que aquella soberana disposicion, tan rápidamente y con tanto acierto llevada á efecto, no fue obra ni de Fernando ni de Tanucci, sino de la Corte de Madrid, rejida á la sazón por Car-



los III, cuyas instrucciones decidieron en Nápoles aquel gran golpe de Estado. Sin embargo, en este punto merece algun elogio el Rey Fernando, no por haber concebido y ejecutado por sí la espulsion de los Jesuitas, sino por haber seguido el parecer de sus ministros, cumpliendo relijiosamente la palabra que dió á sus vasallos, de que el producto de los bienes de la abolida Compañia habia de emplearse todo entero en obras de utilidad pública. Cumple ahora á la buena fé de escritores imparciales, insertar las siguientes palabras de un edicto promulgado en aquella ocasion y que honra mucho al gobierno de Nápoles.

« Despues de la justa y necesaria espulsion
« de la Compañia llamada de Jesus, fuera de nues-
« tros dominios, interpretando y combinando con
« el poder soberano, que directamente hemos re-
« cibido de Dios, la voluntad de aquellos que al-
« legar sus bienes á la susodicha Compañia tu-
« vieron por objeto destinarlos á la utilidad es-
« piritual de sus conciudadanos por medio de aque-
« llas obras, que la misma segun su instituto
« practicaba, hemos establecido ya escuelas pú-
« blicas y colegios gratuitos para educar á la ju-
« ventud pobre, piadosa é instructivamente; con-

» servatorios para alimentar y enseñar toda clase
» de oficios á los huérfanos y huérfanas de los
» pobres; y casas de reclusion y refugio para los
» desvalidos y vagabundos, arraucando á estos
» últimos de la sociedad en que tan perjudiciales
» eran al Estado, y enseñándoles las artes neces-
» rias para que sean útiles á la sociedad. Hemos
» aliviado tambien á las comunidades con la abo-
» licion de las prestaciones anuales que hacian á
» los Jesuitas para sostener la enseñanza. Hemos
» favorecido á los labradores con la division de las
» vastas posesiones de los Jesuitas, dándoselas á
» pequeños censos: hemos socorrido á personas
» honradas y necesitadas con limosnas fijas y dia-
» rias; y hemos acordado varias obras públicas, de
» las cuales unas estan ya hechas y otras se van
» á hacer: Por lo cual habiéndose proveido abun-
» dantemente á la piedad pública con los bienes
» de la espulsada Compañía; y siendo indudable
» por lo que toca á la Iglesia, que nunca ha sido
» mas aplicable que ahora, la advertencia que
» hizo inspirado por Dios Moisés cuando guiaba
» al pueblo hebreo, de que no hiciese mas dona-
» tivos al arca de la Alianza; por esta razon aten-
» diendo Nos al bien de las familias de nuestros

» súbditos y á la tranquila posesion de sus bienes, hemos venido con el presente edicto en resolver y declarar nulas todas las sustituciones, aun no verificadas á favor de los espulsados Jesuitas, siendo nuestra Real voluntad que los bienes comprendidos en aquellas sustituciones, queden á la libre disposicion del último poseedor seglar, despues del cual hubieran sido llamados á heredar los Jesuitas.—Nápoles 28 de Julio de 1769.

FERNANDO REY. »

Habiendo salido el Rey de la menor edad se trataba de darle esposa, y muchos Soberanos de Europa alimentaron el deseo de contraer un nuevo parentesco, colocando una de sus hijas en el trono de Nápoles; pero el Austria consiguió que se ajustase el matrimonio del Rey Fernando con la Archiduquesa Maria Josefa, hija del Emperador Francisco I. Ajustada ya la boda, cambiados los presentes, prefijada la partida de la jóven esposa, y preparadas las fiestas del viaje, enfermó esta y murió. Entonces se cambiaron en luto todas las demostraciones de alegría del reino de Nápoles, y de la corte Imperial. Pero á poco tiempo empezaron de nuevo las negociaciones de matrimo-

nio, casándose Fernando con la Princesa María Carolina, hermana de la difunta. La nueva esposa se vió honrada en el viaje por los Príncipes de Italia, particularmente en Florencia donde reinaba su hermano Pedro Leopoldo. Habiendo llegado el 12 de Mayo á Portella de Nápoles, fue recibida por su esposo bajo un pabellon magnífico, donde se dieron recíprocas muestras de afeccion y respeto. Acogió primeramente á los nuevos esposos el palacio de Caserta; pasaron despues á Nápoles privadamente; hasta que se mostraron con pompa real al público el 22 del mismo mes. Numerosas fueron las gracias que concedió el Rey á sus súbditos en esta ocasion, durando muchos meses las fiestas á que Fernando se inclinaba por índole, y la Reina por amor al fausto. Pero describamos ahora el carácter de aquella Soberana, puesto que el matrimonio de Fernando causó grandes cambios en el gobierno de las Dos Sicilias.

Era la nueva Reina una muger de gran talento, mas que medianamente instruida, dominada por un grande orgullo, ambiciosa de mando, celosa del trono, cruel en el fondo de su corazon, pero guiada mas por un espíritu de cálculo que de capricho. Al subir al trono de Nápoles se halló

con un marido que era Monarca mas bien de nombre que de hecho , porque estando desmedidamente entregado á la caza , á la pesca , á las mugeres, y á toda especie de disipaciones, confiaba el cuidado de su reino al primer advenedizo. Maria Carolina , conociendo bien el carácter de su marido , dió pávulo á sus inclinaciones á los placeres, por hacerse de esta manera dueña de los negocios del Estado. Apenas llevaba algunos meses en la corte de Nápoles , cuando impetró de su esposo ser admitida en los consejos de Estado, alegando que como Soberana tenia un interés en todos los negocios que pertenecian á su reino. Fernando , aunque deseaba complacerla , antes de resolverse preguntó á Tanucci si juzgaba oportuno acceder á los deseos de la nueva Reina. Este, conociendo su carácter ambicioso , y que si llegaba á conseguir sus intentos le arrebataria toda su preponderancia , y no queriendo que la política del Austria prevaleciese en Nápoles sobre la política del gabinete de Madrid , dijo á Fernando que la nueva Reina no tenia ningun derecho para intervenir en los consejos de Estado, hasta dar un heredero al trono.

Informada Maria Carolina de cuanto habia

respondido Tanucci, y habiéndole negado su marido cuanto pedía, se irritó sobremanera y juró desde entonces eterna enemistad á aquel ministro. Entretanto habiendo llegado á ser madre, consiguió cuanto habia pedido con humildes instancias. Los sucesos posteriores probaron con demasiada evidencia que las sospechas de Tanucci habian sido fundadas. Admitida la Reina en el Consejo, tuvo gran preponderancia en los negocios de Nápoles el gabinete austriaco; la voluntad de Maria Carolina era una orden, y su opinion era mas respetada que la del mismo Monarca. Sin embargo, el reino de las Dos-Sicilias adelantaba cada dia en prosperidad, porque la Reina, siguiendo el ejemplo de sus hermanos José II, Emperador de Austria, y Leopoldo I, Gran Duque de Toscana, favorecia las reformas útiles, protegía á los literatos, animaba la industria y afectaba sentimientos llenos de benevolencia para con sus súbditos. Este estado de felicidad pública hubiera durado quizás mucho tiempo, si no hubiese sobrevénido la revolucion francesa de 1789, la cual hizo creer á los Soberanos de Europa; y principalmente á los Borbones de Nápoles; que el único medio de que no penetrase en sus pro-

pios Estados ó de sofocarla , era el rigor y la tiranía.

Ocupado Nápoles en 1799 por las armas francesas, y proclamada la República Partenopea, el Rey Fernando con su mujer y toda la familia Real se vió obligado á huir de sus dominios de tierra firme, y acojerse á la Isla de Sicilia.

Llegados los Monarcas á Palermo, apenas desembarcaron, se vieron rodeados de una multitud inmensa del pueblo, que hacia resonar el aire con sus repetidos *vivas*. Entonces fue cuando la Reina, con un ademan lleno de modestia, y afectando mausedumbre, dirigió al pueblo estas palabras: «Sicilianos; el Rey Fernando y yo, arrojados del trono por la invasion extranjera, venimos á refugiarnos entre vosotros si nos quereis.» Estas breves palabras llenas de fingido afecto y de aparente modestia, entusiasmaron tanto al pueblo, que redoblando todos sus *vivas* á los Soberanos, juraron defenderlos y verter su sangre y la de sus hijos, primero que abandonarlos á sus enemigos los franceses, si trataban estos de llevar su persecucion hasta la Sicilia. Desenganchando despues los caballos del coche que debia conducir á palacio las personas reales,

una gran multitud se puso á tirar, haciendo resonar continuamente el aire con los gritos de *vivan nuestros Soberanos*. Pero tan sinceros como eran estos aplausos, habian sido engañosas las palabras de Maria Carolina á los Sicilianos; palabras proferidas con el único objeto de probar si podia sondear los votos de aquel pueblo, y saber si los Sicilianos estaban mas inclinados á seguir las novedades francesas ó á conservarse fieles á sus antiguos Señores. En efecto, aquella Soberana, á poco tiempo de su llegado á Palermo, dejando de mostrarse afable, humana, protectora de su pueblo, empezó á obrar como Señora cruel y suspicaz, esparciendo un gran número de espías asalariados por toda la Isla, con el objeto de descubrir entre los habitantes quienes eran jacobinos (bajo este título se designaban en Sicilia los partidarios de la revolucion francesa); y despues segun las delaciones de esta gente vil y asalariada, sin averiguar si era verdadero ó falso cuanto la decian, se dedicaba á perseguir los mas honrados ciudadanos. Fernando de ánimo débil y entregado á la delicias de la caza y de la pesca, dejaba rienda suelta al poder de la Reina, juzgando que esta conducta no disgustaria á la corte de Viena,

con cuya proteccion contaba para reconquistar sus perdidos dominios.

Sin embargo, por esta vez no duraron mucho las calamidades de los Sicilianos, porque á los nueve meses de haber ocupado los franceses á Nápoles, no pudiendo resistir á las armas napolitanas é inglesas, se vieron obligados á partir, disipándose como niebla impelida por el viento la república Partenopea.

En esta coyuntura, considerando los franceses que muchos Napolitanos se habian declarado abiertamente por el nuevo orden de cosas, y que serian perseguidos de muerte á la caída de la república, en la capitulacion que hicieron con el Almirante Nelson para evacuar á Nápoles, incluyeron un artículo, en que el inglés prometia espresamente á todos los Napolitanos que se creyesen comprometidos contra sus antiguos Monarcas, facilitarles los medios para emigrar á Francia, antes de que volviesen los Borbones á Nápoles. Apenas se habia firmado este tratado, y comunicado á Fernando y María Carolina, que residian á la sazón en Palermo, cuando estos, ansiosos de venganza, enviaron á Nápoles á Milady Amilton, llamada Emma Leona, favorita de Nel-

son, para hacer anular contra el derecho de gentes el artículo del tratado ajustado con los republicanos franceses en favor de los emigrados Napolitanos, haciendo prender á todos aquellos que no habian tenido tiempo de salir para Francia.

Al recibir Nelson las órdenes de los Borbones, se negó enérgicamente á darles cumplimiento; pero vencido despues por las ardientes caricias é infernales seducciones de Emma Leona, se decidió á complacerla, é hizo prender gran número de napolitanos, que en virtud del tratado establecido se habian refugiado á las naves francesas, que se hallaban todavia detenidas en el puerto de Nápoles, por tener el viento contrario.

Habiéndose participado en Sicilia á los Borbones, que ya estaban satisfechos sus malvados designios, y que podian disponer de las vidas de millares de víctimas, la Reina, de acuerdo con Fernando, mandó establecer en Nápoles una comision llamada de Estado, compuesta de tres individuos, á quienes se previno que cerrasen el corazon á las voces de la humanidad, y procediesen tiránicamente contra todos aquellos que se habian declarado partidarios de la nueva república, ya destruida.

Seria fuera de propósito referir aqui todos los estragos que en esta ocasion se cometieron en la infeliz Nápoles ; pero quien quiera leerlos podrá hojear la historia de aquel reino, escrita por *Pietro Colletta*, autor verídico, imparcial y lleno de energia. Nosotros nos contentaremos con referir, como cosa digna de notarse, que de los tres jueces que compusieron aquella horrible comision, ninguno, terminado su encargo, gozó las delicias de una vida tranquila, sino que todos acabaron tristemente su carrera, como heridos de rayos invisibles, lanzados por una divinidad vengadora. Uno de ellos, no pudiendo resistir á los remordimientos que le agitaban; se ahorcó; otro murió casi mendigando el pan; y el tercero llamado *Nicolas Speciale* (cuyo nombre es inútil callar, pues se ha hecho célebre por su atroz infamia) se volvió loco, y murió mostrándose hasta el último estremo de su vida como agitado por mil furias.

Tantas crueldades, aunque ejecutadas á nombre de Fernando de Borbon, eran mas bien obra de su muger, cruel por naturaleza, que de Fernando, que aunque acostumbrado á condescender con las depravadas inclinaciones de la Reina,

no habia cerrado enteramente el corazon á los sentimientos de humanidad , como puede demostrarlo el suceso que vamos á referir.

Destruida la República francesa , y pocos dias antes de salir Fernando de Palermo para volver á sentarse en el trono de Nápoles , el Almirante Nelson hizo colgar de la entena de un navio al célebre Almirante napolitano , Príncipe de Caraccioli , bajo el pretesto de que habia servido á los republicanos franceses. No contento con esto el bárbaro inglés , privando de sepultura al cadáver de Caraccioli , le hizo arrojar al mar con una gruesa piedra atada al cuello ; pero aunque al pronto aquel cuerpo muerto se sumergió y desapareció , al cabo de algunos dias , vomitado por las olas y sobrenadando á flor de agua , fue á chocar con el bajel que llevaba de Sicilia á Nápoles á Fernando , quien habiéndole visto preguntó á su capellan , que se hallaba á su lado , qué significaba aquel terrible espectáculo ; á lo que el capellan respondió : « Señor , es el cuerpo del Príncipe Caraccioli. » Fernando á esta respuesta , extraordinariamente conmovido , respondió : « ¿ Y qué quiere de mí Caraccioli ? » como queriendo sincerarse de que no habia tenido parte en aquel

asesinato , digno solamente de un pirata inglés.

Espulsados los republicanos, Fernando de Borbon quedó Señor de Nápoles por algunos años hasta que el Emperador Napoleon dispuso de aquel reino en favor de su familia , dándolo primero á José y despues á Murat.

Durante la ocupacion francesa, la familia Real de Borbon se retiró nuevamente á Sicilia, y estableció su corte en Palermo ; pero aqui debemos detenernos un poco , porque en aquella época fue la Sicilia teatro de grandes sucesos.

Habiendo establecido Fernando el centro de su gobierno en Palermo, concibió sérios temores de que avanzando las armas victoriosas de los franceses llegasen á arrojarlo de la Isla de Sicilia; por lo que se alió con la Inglaterra acérrima enemiga de Napoleon. Entonces fue cuando , corriendo el año de 1811 , se vieron llegar á la Isla algunos miles de soldados ingleses , á quienes fueron confiadas todas las fortalezas. En aquella época la Gran Bretaña consideraba como sumamente ventajoso á sus intereses tener influencia en las cosas de Sicilia , y poseer todos los puertos de aquella Isla , donde podia encontrar mercados para su estenso comercio, que se le habia

prohibido en casi todos los demas paises de Europa, en virtud del famoso sistema continental establecido por Napoleon, y cuyo primer objeto era cerrar la salida en el Mediterráneo á las mercancías inglesas.

En los principios de la alianza con la Inglaterra, esta potencia fingió convenir con los deseos de los Borbones; pero de alli á poco cambiaron las cosas de aspecto, hasta que apercibiéndose la Gran Bretaña por una parte de que el Rey Fernando por debilidad, y su muger por malignidad y ambicion, procuraban ocultamente emanciparse de la Inglaterra, y aun si era posible coligarse con el Emperador de los franceses, emparentado ya con la casa de Austria; y viendo por otra parte el descontento de los sicilianos tiranizados por sus Monarcas; viendo todo esto el gobierno de Lóndres, dejando de tratar como aliado al Rey Fernando, se mostró cual nuevo Señor de la Isla de Sicilia, y dando á los sicilianos la constitucion inglesa, estableciendo un Parlamento, introduciendo varias reformas en las leyes, llegó hasta el punto de desterrar fuera de la Isla á la Reina, porque intolerante con el dominio inglés, maquinaba secretamente en contra suya.

En esta época, viendo Fernando que solo era Rey en el nombre, se retiró á una casa de campo llamada *la Favorita*, donde pasaba el tiempo dedicado á la caza y á las mugeres ; placeres que no supo abandonar jamás ni aun en las mas críticas circunstancias. Los ingleses promulgando entonces que Fernando se habia alejado de los negocios por hallarse atacado de una enfermedad, eligieron por Vicario General del reino á Francisco, Duque de Calabria, hijo de Fernando y heredero presuntivo de la corona, el cual con suma perfidia se mostraba adieto al partido inglés, porque conocia muy bien que solo por este medio podia conseguir el trono.

Espulsada la Reina de la Isla, no se puede negar que en Sicilia, bajo el régimen inglés, se gozaron todas las ventajas que lleva consigo un gobierno representativo ; las cuestiones políticas se discutian libremente, habia libertad de imprenta, los abusos se habian disminuido en gran parte, y todo marchaba mejor ; pero este estado duró muy poco, porque habiendo caido el Emperador de los franceses en 1814, evacuaron los ingleses la Sicilia y olvidaron cuanto habian prometido á los sicilianos, pues lejos de mantener-

los en los goces de un gobierno representativo, los abandonaron al poder absoluto del Rey Fernando, quien destruyó la Constitución establecida por los ingleses, y abolió la anterior Constitución que había regido en la Isla, desde los remotos tiempos de los Normandos.

Conquistados también por Fernando en esta época sus dominios de Tierra Firme, se transfirió á Nápoles, donde estableció la capital de su gobierno, tomando el nombre de Fernando I, Rey de las Dos-Sicilias, y dejando el título de IV que había tenido en Nápoles, y el de III que tenía en Sicilia. Este cambio de nombre se estableció en el Congreso de Monarcas, celebrado en Viena el año de 1815, inmediatamente después de la caída de Napoleón.

En esta época fue cuando Fernando de Borbon cometió el hecho, si no injusto al menos poco generoso y aun cruel, de hacer fusilar á Joaquín Murat, que había sido Rey de los Napolitanos bajo el imperio francés. Fue una imprudencia de aquel desventurado Monarca desembarcar en la Calabria, sentado ya el Rey Fernando en el trono; fue una loca temeridad querer promover una revolución en todo el reino, para

volver á ponerse la corona en la cabeza; pero una vez caido Murat en las manos de Fernando ¿ no podia este obtener por medio de los Reyes sus aliados que se custodiase al antiguo Monarca, de modo que le fuese imposible dañarle, en lugar de sacrificarle á su ira? La noticia de la muerte de Murat, indignó á sus partidarios y aun á sus mismos enemigos.

Vuelto Fernando al trono de Nápoles, lleno de sospechas por los pasados sucesos, y de desconfianza contra sus antiguos súbditos, creyó consolidar su poder alejando á algunos individuos de los empleos públicos, persiguiendo á otros, y estableciendo un yugo de hierro á que hacia mucho tiempo no estaban acostumbrados los Napolitanos; pues aunque el gobierno de Murat habia sido absoluto, no era ni abusivo, ni perseguidor, sino lleno de amor para con sus súbditos.

El espíritu de descontento en Nápoles y en la vecina Isla de Sicilia, bajo el nuevo régimen de Fernando, aumentaba de dia en dia, y la secta de los Carbonarios, muy conocida en toda Europa y que tenia su centro principal en Nápoles, no trataba ya sino de destruir el despotismo, y establecer un gobierno representativo, promoviendo una

gran revolucion que tuvo lugar en Julio de 1820. Estaban al frente de los revoltosos el general Guillermo Pepé, el abate Minichini, el abogado Pue-rio , y muchos otros personajes de gran categoria. Hecha la revolucion , y no teniendo por el momento Fernando otro remedio , se decidió á jurar sobre los Evangelios la observancia de aquella nueva forma de gobierno , y fingió con inaudita perfidia , que queria interceder cerca del Emperador de Austria y los demas Monarcas del Norte, que estaban á la sazón reunidos en Troppau , para que no enviasen sus tropas á Nápoles con el fin de destruir la revolucion. Los Napolitanos , á pesar de los reiterados ejemplos de falta de fé de este Rey, consintieron en su partida, creyendo que trataba sinceramente de influir por consolidar un gobierno que estaba contra sus intereses. Pero Fernando , apenas llegó al Congreso de los Monarcas, les rogó á todos, y particularmente al Emperador, que se diesen prisa á acudir con sus tropas á sofocar la revolucion de Nápoles, volviendo las cosas al ser que tenian. Efectivamente, adelantaron las tropas tudescas, y viéndose Fernando en su poder absoluto, mandó como déspota irritado prender, desterrar ó fusilar á to-

dos los principales partidarios de la reforma. Al mismo tiempo que estaba él arreglando sus negocios fuera de Nápoles, habia quedado á la cabeza del gobierno su hijo Francisco, el cual finjiéndose con hipocresía gefe de los Carbonarios, se entendia secretamente con su padre, le informaba del estado de las cosas, y proporcionaba los medios de entrar á las tropas tudescas, sembrando la discordia entre los miembros del nuevo Parlamento napolitano.

Fernando, ya viejo, empezaba á sentir el peso de sus pasadas culpas, y no sabiendo cómo calmar mejor los remordimientos de su conciencia, dirigió su ánimo á actos de piedad exterior. Se dedicó con este objeto á fundar un nuevo convento llamado de S. Francisco de Paula, adornándolo con una iglesia de noble y linda arquitectura, y dotándolo con buenas rentas. Deseaba tan ardientemente ver concluida esta nueva fábrica, que casi todos los dias preguntaba por ella, y dos ó tres veces en la semana iba á visitarla, no dejando de instigar á los maestros y darles prisa. Viendo despues que la obra duraba mucho, dijo mas de una vez «me parece que estando cargado de años, no veré concluido este conven-

to. » Sus temores se vieron efectivamente realizados, porque Fernando murió antes de que la fábrica estuviese concluida. Este acto de peregrina devoción del Rey Fernando de fundar conventos y establecer nuevos monjes para aliviar su conciencia de remordimientos, ni lo aprobamos, ni lo criticamos, porque realmente es una cosa, si no útil, al menos poco perjudicial á la sociedad; pero lo que debemos desaprobamos altamente es lo que sigue.

Fernando I en los últimos años de su vida formó un nuevo Concordato entre la Santa Sede y la corte de Nápoles, que por ventajoso que se haya creído para el Papa, todavía era mas pernicioso para los súbditos del reino de las Dos-Sicilias. Seria fuera de propósito referir aqui todos los artículos de este nuevo Concordato; pero para dar una idea de ellos á nuestros lectores, basta decir, que en virtud de dicho tratado fueron derogadas todas las útiles reformas introducidas por Tanucci en las cosas eclesiásticas, y llegaron á renovarse gran parte de los abusos abolidos. Asi fue establecido por parte del Cardenal Corsale, Encargado de la Corte de Roma, y del ministro Médicis que representada los intereses del Rey de

Nápoles, « que las manos muertas, como cofradías, conventos, monasterios, pudiesen hacer nuevas adquisiciones, » lo que habia estado prohibido hacia mucho tiempo. Se estableció que los particulares pudiesen testar en favor de los establecimientos pios y casas conventuales; que en el nombramiento de los Obispos fuese enteramente devuelto á la Santa Sede el derecho de aprobar la eleccion, y otras cosas, todas en favor de la Córte de Roma. Asi estaba mal gobernado, parte por tirania, parte por debilidad del Rey Fernando, el reino de las Dos-Sicilias, cuando á fines del año de 1824 enfermó, pero tan levemente que no le impidió volver á los teatros y á la caza. En la noche del 3 de Enero de 1825, despues de haber jugado, hecha su última oracion, se acostó. Acostumbraba á llamar todas las mañanas á las ocho á un criado, pero el dia 4 llegó esta hora sin que lo hiciese. Esperaron; y el que velaba en su custodia en la estancia vecina, dijo que le parecia haber oido toser dos veces al Rey á las seis de la mañana. El tiempo se pasaba, y por mas que aplicaban todos el oido á la puerta de la alcoba del Rey nada se oia; tuvieron una consulta los amiliares y médicos (presentes al acto de desper-

tar el Rey, segun costumbre de aquella corte) y decidieron entrar por ser ya las diez sin que hubiese llamado. Se aumentaron sobremanera las sospechas de su triste fin, cuando abierta la puerta de la alcoba se vieron las sábanas desordenadas y envuelto en ellas el cuerpo del Rey, de un modo tan extraordinario, que parecia habia luchado largo rato; pues estaba con la cabeza envuelta en una sábana, debajo de la almohada, con las piernas y brazos dislocados; tenia la boca abierta como para pedir auxilio ó para recoger el aliento vital; el rostro se hallaba negro y lívido, los ojos abiertos y terribles. Se esparce esta noticia por el Palacio, se apresura á verlo la familia: llegan nuevos médicos; y no queda duda de que el Rey habia muerto de apoplejía, como se vió despues mas claramente al abrir el cadáver. Asi perdió la vida Fernando, á los 76 años de edad y 65 de reinado, el 4 de Enero de 1825. Desapareció de la escena del mundo el mismo dia en que cuatro años antes, cumpliendo el perjurio de combatir la Constitucion que habia jurado en Nápoles, preparó la guerra á su pueblo. Tal fue el desastroso fin de este personaje.

Fernando I fue creado Rey bajo el titulo de

IV por Nápoles y III por Sicilia, siendo todavía niño; pero su minoría, lejos de ser perniciosa á los pueblos les proporcionó la felicidad, pues fueron dirigidos los negocios del Estado por Tanucci, hombre de gran talento y de buena índole. Era este Monarca agudo de ingenio, lleno de viveza, y algo inclinado á la virtud; pero todas estas bellas cualidades quedaron sin germinar y se cambiaron en otros tantos vicios con el transcurso de los años. El nuevo Rey, sea por la mañadad ó incapacidad de sus ministros ó por falsas preocupaciones, no viéndose nunca estimulado á cultivar su espíritu, se abandonó cada dia mas á sus diversiones de la caza, de la pesca, de las mugeres y á todo género de placeres plebeyos y groseros. Casado con Maria Carolina, Archiduchesa de Austria, fue cruel con sus súbditos en 1799, por acceder á sus depravados deseos. Cometi6 despues un perjurio en 1820 anulando una Constitucion que habia jurado sobre los Santos Evangelios; y finalmente, envejecido y ajitado de mil remordimientos, creyó aplacar la divinidad fundando iglesias y conventos. Concluyó su reinado odiado por los pueblos, y despreciado por los sábios.





D. P. A. CIRÓN

Duque de Abasco.

Personajes célebres del Siglo XIX.

D. PEDRO A. GIRON,

DUQUE DE AHUMADA.

« No le hemos contemplado solícito y bondadoso en el hogar doméstico, urbano y cortés en la sociedad, como un dechado de caballeros, y en el trato con sus amigos á la par ameno y afable: hemos procurado meramente presentarle al público, sirviendo realmente á su patria con la espada y con el consejo, y terminando una carrera tan larga y azarosa sin mancilla y sin remordimientos. »

MARTINEZ DE LA ROSA.—*Revista de Madrid*, tercera sèrie, t. III.

Entre los Generales que mas se han distinguido durante la gloriosa lucha que la Nacion sostuvo para defender su independencia, tendrá siempre un lugar preferente aquel de cuya bio-

grafia vamos á ocuparnos. Sus conocimientos y el justo prestigio de que disfrutaba, le han hecho figurar tambien como hombre político, durante los tempestuosos periodos que el pais ha atravesado ; y en ellos ha manifestado siempre la elevacion de sus sentimientos, la profundidad de su instruccion , y el ardiente patriotismo de que se hallaba animado. Tan relevantes prendas, unidas á su afable y caballeroso trato, á la rigidez de su carácter, le hicieron siempre apreciar de cuantos le conocian, y hasta de los que hallándose ó sus órdenes tenian que sufrir mas de la estrieta y rígida observancia de sus obligaciones, sobre cuyo cumplimiento era inexorable.

La guerra de la Independencia fue el principal teatro de sus glorias, y en ella tardó poco en proporcionársele la ocasion de manifestar su grande amor á la libertad y á la independencia de la patria, y de dar á conocer las aventajadas cualidades que habian de proporcionarle mas adelante el merecido y doble concepto de militar esclarecido y de hombre de gobierno ; y si durante su carrera no se ha hecho la justicia que era debida á su eminente mérito, ha tenido sin embargo la dicha de terminarla salvando ilasa su

reputacion, entre las acusaciones que respectivamente se dirigen los partidos, en medio de las revueltas y civiles discordias.

D. Pedro Agustin Giron nació en la ciudad de San Sebastian, provincia de Guipúzcoa, el dia 2 de Enero de 1778. Fueron sus padres el Teniente General D. Gerónimo Giron y Motezuma, Marqués de las Amarillas, natural de Ronda, y Doña Isabel de Las Casas y Aragorri, natural de San Sebastian. Dedicáronse estos con empeño á dar libre curso y acertado rumbo á sus nobles inclinaciones y enérgicas facultades, cuyo producto fue la agilidad, la intrepidez, la delicadeza y generosidad de sentimientos, el amor á la pátria, el apego al estudio, la variedad y estension de conocimientos, la honrosa ambicion de gloria; prendas todas que le colocaron en lo sucesivo en los puestos y circunstancias que referiremos.

A la edad de 16 años, por los de 1793 y 1794, militaba ya en clase de simple aventurero á las órdenes de su veterano padre, en las campañas del Rosellon y de Cataluña. Concluidas estas fue propuesto por tres veces distintas para Coronel de un regimiento de provinciales; pero él limitó su deseo á la gracia de Capitan, la obtuvo en

13 de Mayo de 1798, confiriéndosele el mando de la sexta compañía del Regimiento Provincial de Sevilla, con agregacion al de Soria que guarnecía á Pamplona, por no estar aquel sobre las armas. En Agosto de 1800, solicitó y obtuvo ser destinado al cuerpo expedicionario que se reunia en Mallorca, al parecer contra Mahon. Desde alli pasó con su tio el ilustre general D. Francisco Javier Castaños, y en clase de Ayudante de campo, al ejército que se formaba en Galicia, y al cual cupo la gloria de rechazar a los Ingleses cuando desembarcaron cerca del Ferrol. Rompiéronse en 1801 las hostilidades contra el Portugal, y deseoso Girou de participar de los peligros de la guerra, obtuvo á su ruego el mando de la compañía de cazadores de Avila, que formaba parte de la columna ó division de granaderos provinciales de Castilla la Vieja, con la cual se encontró en las operaciones militares del Alentejo, asi sobre la plaza de Campo Mayor como en la accion de Arronches, y los demas acontecimientos de aquella campaña; por la cual se le confirió en Agosto de 1802 el empleo de Teniente coronel, con destino á la division de granaderos provinciales de Andalucía.

Bloqueada por los Ingleses la plaza de Cádiz, en Junio de 1805, entró con su batallon en ella, donde á la sazón se padecia la fiebre amarilla; aprovechándose con este motivo de los campos de instruceion que dirigia por los años de 1805 y 1806, el malogrado general Marqués del Socorro, testigo de los progresos hechos en la teoría y la práctica de la guerra, en las recientes y brillantes campañas del centro de Europa.

Cuando en 1807 principió la Península á servir de teatro de operaciones militares, precursoras de la sangrienta lid que las habia de seguir, Giron á las órdenes del mismo Marqués del Socorro, entró al frente de su batallon en Portugal, en union con otro ejército francés: estuvo encargado de apoderarse de los puntos fortificados de la izquierda del Tajo, enfrente de Lisboa, quedando nombrado Comandante general de aquella línea. Desempeñó otras comisiones delicadas, y entre ellas la trascendental de negociar con Junot, General en jefe del ejército francés, el regreso á España de nuestras tropas, en las difíciles circunstancias de los primeros meses de 1808.

Hallábase Giron en Badajoz con el grado de Coronel, que se le habia conferido en Diciembre

de 1807, cuando el 4 de Mayo de 1808 se supieron en aquella plaza los memorables acontecimientos de Madrid del 2; y en tan crítico momento contribuyó eficazmente á la resolucion de las tropas y del pais en favor de la causa nacional. Giron se hallaba entonces en el vigor y lozanía de la edad viril, y quien como él abrigaba en su pecho sentimientos hidalgos y generosos, y ceñía una espada, no podia dejar de desnudarla cuando la Nacion en masa se levantaba contra la usurpacion estrangera. Destinado con su batallon á Andalucía, y encontrándose en Ronda el 2 de Junio, bastó una ligera escitacion de la Junta de Sevilla para que volase á Córdoba, y guardase el 6 el pueblo de Alcolea, el cual defendió valerosamente al dia siguiente con solos sus granaderos y 300 hombres de Campo Mayor. La resistencia denodada que hicieron en Alcolea aquellas visonás tropas, si no fue bastante para contener el impulso de las mas aguerridas del siglo, produjo por lo menos el que Dupont se detuviese en Córdoba, y diese lugar á Castaños para reunir y organizar con la ayuda, entre otros gefes, de Giron, que ejercia las funciones de Inspector general de infanteria y Milicias, las fuerzas

con las cuales tomando á poco tiempo la iniciativa, marchó sobre el general francés, de europea reputacion, y obtuvo la memorable victoria de Bailen: gloriosa jornada que señaló el primer grado de declinacion del vencedor de cien pueblos, quien se vió obligado en consecuencia á acudir personalmente al socorro de sus tropas en España.

Allí hizo frente con tropas visoñas á las agueridas que mandaba Dupont, quien lo elogió en su parte oficial, siendo aquel suceso clásico el primer hecho de armas de tan célebre guerra. Como Mayor General de infanteria contribuyó, como hemos dicho, en gran manera á la organizacion del ejército vencedor en Bailen, y enviado desde el campo de batalla á llevar la noticia de tan memorable acontecimiento á la Junta de Sevilla, negóse á admitir el empleo de General que esta le concediera, aceptando solo el de Brigadier. Precedió al ejército de Andalucía en su llegada á Madrid, encargado de misiones importantes; marchó con el mismo ejército al Ebro, ejerciendo las funciones de Mayor General, y se distinguió en la batalla de Tudela el 23 de Noviembre, y en la hábil retirada que á ella se siguió.

Colocado de nuevo á peticion suya al frente de su batallon de granaderos provinciales, y mandando una de las columnas de vanguardia del ejército del centro, tuvo parte en la gloriosa accion de Tarancon, en la noche del 24 de Diciembre. Túvola tambien en la del 13 de Enero siguiente sobre Uclés, donde á la cabeza de las tropas de su mando se abrió paso á la bayoneta por medio de los enemigos, despues de haber perdido su caballo. Mandando una division de infanteria en el ejército reunido sobre Sierra Morena, ocurrieron las acciones de Mora, de Consuegra y Ciudad-Real, sobresaliendo de tal modo en la última, el 26 de Marzo de 1809, que se grangeó los aplausos del ejército, los del General en Gefe, y una carta de gracias muy lisongera del Gobierno.

Confiósele despues el mando de la vanguardia, y posteriormente el de la tercera division, reuniendo á sus órdenes 8,000 infantes, 1,000 caballos y 8 piezas de artilleria. Con estas fuerzas y las divisiones de los Brigadieres Vigodet y Lacy, ganó la batalla de Aranjuez, en 5 de Agosto de 1809, por la cual fue promovido á Mariscal de Campo. En 11 del mismo mes sostuvo con

su division los puntos mas empeñados de la de Almonacid. En la de Ocaña, ocurrida el 19 de Noviembre del mismo año, perdió un caballo de bala de cañon, estuvo al frente de dos divisiones, atacó á los enemigos, y consiguió salvar parte de sus fuerzas y artillería.

Al invadir los franceses las Andalucias, el 20 de Enero de 1810, le tocó defender contra fuerzas escesivamente superiores los principales puntos de la línea de Sierra Morena, verificándolo con habilidad y bizarría. Deshecho nuestro ejército por el impulso de la invasion enemiga, se dirigió velozmente á Cádiz, donde el Gobierno le nombró primer Vocal de la Junta Superior Militar, y en 7 de Marzo siguiente General en Gefe interino de las tropas reunidas en aquella Isla. Desde allí pasó en clase de segundo General en gefe al quinto ejército de operaciones, mandando nuestras fuerzas en el segundo sitio de Badajoz.

Su notorio mérito militar le llevó, en clase de Gefe del Estado Mayor general, del quinto al sexto ejército, y de este al sétimo, y le proporcionó la gloria de acaudillar las tropas españolas el 28 de Octubre 1811, en la feliz y brillante accion de Arroyo-Molinos. Desde allí pasó á Cas-



tilla y Galicia, y rendida la plaza de Astorga, en Agosto de 1812, á lo que contribuyó eficazmente, siguió al enemigo, y uniéndose el 14, de Setiembre con el ejército aliado á las órdenes de Wellington, continuó con él hasta Burgos, encontrándose en el sitio de aquel fuerte, en su levantamiento, y en la penosa retirada del ejército aliado á la frontera de Portugal, terminada el 15 de Noviembre del propio año.

Resuelta la reunion en un ejército, bajo el título de cuarto de operaciones, de los que habian llevado los nombres de quinto, sexto y sétimo, se le confió tan delicado encargo, que desempeñó dignamente, pues su mérito no se limitaba á dirigir hábilmente las operaciones de la campaña, ni á manejar las tropas en los combates, sino que se estendia á la difícil tarea de organizar y constituir los ejércitos, para lo cual le ayudaban grandemente sus principios y aspecto caballerescos, su saber y esperiencia, su vigor para el sosten de la disciplina, y el espíritu marcial y los sentimientos de pundonor y deseo de gloria que le distinguian. Puesto al frente de una parte de las fuerzas del citado cuarto ejército, emprendió en 1813, en combinacion con el ejército aliado,

llevando su izquierda y venciendo mil dificultades, la gran campaña del Duero y del Ebro, que llevó á los Franceses desde las fronteras de Portugal hasta su propio país. Tocóle por tanto flanquear todas las posiciones que hubieron de tomar estos sucesivamente, hasta la que ocuparon en los campos de Vitoria el 21 de Junio de 1813, donde el movimiento del cuarto ejército sobre el camino real, que por Guipúzcoa conduce á Francia, contribuyó á convertir la batalla perdida en completa derrota, obligando al enemigo á retirarse á Navarra.

Adelantándose luego el mismo ejército sobre el Vidasoa, tomó parte en los peligros y progresos de la campaña, y arrojando á los enemigos de las posiciones que sucesivamente ocupaban, concurrió con los Ingleses á desalojarlos de Tolosa; y continuando en su seguimiento tuvo la suerte y la gloria de espeler á los Franceses del territorio español, al día 29 del mismo mes.

Destinado posteriormente por el Gobierno al primer ejército de operaciones, fue nombrado por Lord Wellington, Generalísimo de las fuerzas aliadas, para el mando interino del ejército de reserva, por enfermedad de su General en Jefe el

Conde del Abisbal; y puesto á su cabeza el 18 de Agosto, le condujo á la victoria en las reñidas batallas de 7, 8 y 13 de Octubre sobre la márgen derecha del Vidasoa, y posteriormente en la de 10 de Noviembre sobre los Pirineos, en cuyos puntos mas importantes le tocó maniobrar bajo la inmediata direccion del mismo Wellington. Forzados así los Franceses á internarse en su pais, y acantonado en territorio español el ejército de reserva, entregó Giron el mando de él, en 5 de Diciembre, al General en Jefe propietario, restablecido ya de sus dolencias.

Ascendido Giron á Teniente General en Marzo de 1814, fue comisionado por el Gobierno el 28 del mismo mes, en calidad de Inspector general, para revistar en todos sus ramos los ejércitos de operaciones, con cuyo motivo le alcanzó la paz en Tolosa de Francia. Pasó en seguida de cuartel á Andalucia; pero con la vuelta de Napoleon á Francia, marchó en Marzo de 1815 al ejército formado en Aragon, con el carácter de segundo General en Jefe, desde donde regresó á su antiguo cuartel á fines del propio año, habiéndose utilizado su laboriosidad al pasar por Madrid en varios trabajos relativos á la ordenan-

za de Milicias y á la orden militar de S. Fernando, como miembro de las juntas que entendian en estos negocios.

Apoderado desgraciadamente de la voluntad del Monarca un partido, que hacia gala de fanatismo y de ignorancia, no pudo menos de contar en el número de sus enemigos al ilustre general Giron, sobradamente pundonoroso y entendido para alistarse en las banderas de la faccion predominante. Su ilustre cuna, su esmerada educacion, y hasta su noble porte y caballerosos modales, parecian alejarle de una Corte, en que por lo comun solo hallaban cabida la oscura mediania y la servil lisonja; no ostentando siquiera el despotismo de aquella época cierta elevacion y grandeza que le diese brillo y realce, sino mostrándose bajo todos conceptos ruin y villano. Vióse pues el general Giron, ya que no crudamente perseguido, sujeto á una especie de ostracismo político, como otros muchos Españoles de valía. Libre del mando, se dedicó al estudio por via de solaz y esparcimiento, cultivando con especial esmero las ciencias naturales y las letras humanas, á que era muy aficionado.

Hallábase en aquel retiro cuando sobrevino la

revolucion de 1820, siendo una relevante prueba del general concepto que merecia, el designarle la opinion pública para desempeñar el Ministerio de la Guerra, en unos momentos en que en medio de la alegria del triunfo, y con la falta de esperiencia, solo se aspiraba de buena fe á conciliar las libertades de la Nacion, con los derechos y prerrogativas del Trono. Fue en efecto nombrado Ministro de la Guerra, el 16 de Marzo de 1820, el general Giron, Marqués ya de las Amarillas, por fallecimiento de su padre. Pero poco tardaron en desvanecerse las lisongeras esperanzas que se habian concebido: ni era posible que el Monarca se sometiese gustoso á las trabas que le imponia una ley proscrita poco antes, y que se le habia presentado para que la jurase clavada en la punta de una espada; ni era tampoco probable que la revolucion conservase por mucho tiempo su primitiva inocencia. « Para colmo de desventura (*), el impulso lo habia dado el ejército; si bien la nacion toda lo siguió con buena voluntad, cansada de opresion y mal gobierno, y esperando

(*) Asi se expresa el Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa en un artículo biográfico sobre el general Giron, publicado en el t. III de la tercera série de la Revista de Madrid.

mejorar de suerte bajo unas instituciones que apenas conocia , pero que se le presentaban como las mas adecuadas para labrar su futura dicha. »

« Fue pues aquella revolucion de la peor especie posible ; manifestando desde luego en su índole y tendencia el origen de que procedia : y si esta circunstancia agravaba la situacion en que se veia el Gobierno , con escasa defensa en leyes importantes, aun mayor hubo de ser el conflicto y apuro del que estaba especialmente encargado del ramo de la guerra. Acababa de triunfar la revolucion , y tenia en la mano las armas : si se le quitaban , se creia amenazada ; si se le dejaban , amenazaba ella : no podia desatarse el nudo ; y fue necesario cortarlo. El ejército de la Isla , tal como á la sazón se encontraba , emblema á la par y bandera de revolucion , fuerza escéntrica y perturbadora , era incompatible con todo gobierno : habia que disolverlo ó declarar permanente á la rebelion , y dejar desmantelado el trono. El peso mismo de las cosas , mas fuerte y poderoso que la voluntad de los hombres , produjo desde luego aquella crisis , anuncio ya y presagio de las que habian de sucederse ; por entonces no se entabló

LIBRARY

la lucha; pero ya se amagaron de cerca la revolución y la monarquía. »

« La entereza que habia demostrado el general Giron, al dictar la orden para la disolucion de aquel ejército, concitó contra él gran número de enemigos: resentidos unos, quejosos otros, desconfiados aquellos; no faltando quien creyese de buena fé que se habia destruido el postrer baluarte de la libertad á que pudiera acogerse en el dia del peligro; ¡como si en tan flaco y mal seguro apoyo pudiera descansar la suerte de un Estado! » De todos modos el 18 de Agosto del mismo año de 1820 fue admitida la renuncia que del Ministerio hizo el Marqués de las Amarillas, conservando los honores del Cousejo de Estado. El 25 del mismo mes fue nombrado Ingeniero general, y luego Presidente de la Junta de Inspectores, en cuyo destino cesó á solicitud suya en 9 de Julio de 1822. Despues de los célebres sucesos de aquellos dias, fue el General Giron una de las victimas perseguidas entonces con mas furia y encarnizamiento, sin que sin embargo se atrevieran á imputarle que estuviese de acuerdo con los que intentaron en aquel trance restablecer el Gobierno absoluto; sino que le achacaron, sin mas prue-

bas que un rumor vago (*), « que habia aconsejado al Monarca que se prevaliese del esperado triunfo para reformar la Constitucion, robusteciendo la potestad régia, y estableciendo cierto contrapeso y equilibrio con la formacion de dos Cámaras. Desde entonces acá han trascurrido años; se han amontonado sucesos; hánse atropellado los hombres á impulsos de la revolucion; su curso mismo ha aclarado hechos inciertos al principio ó dudosos; y de cuantas acusaciones y calumnias se forjaron en aquella época, apenas habrá una que no se halle desvanecida. Ni los tiempos ni las circunstancias consentian por entonces un partido conciliador, que se interpusiese como tal entre los dos partidos estremos, tan enconados y tan ciegos, que le hubieran oprimido hasta ahogarle. Es natural que ya hubiese quien estuviera íntimamente convencido de que aquella Constitucion era impracticable; pero no apareció la menor prueba ni indicio de que un partido político, digno de este nombre, abrigase el pensamiento de reformarla, y se mezclase en la trama con este designio. Y cuenta que, si lo hubiera intentado y

(*) El mismo Sr. Martínez de la Rosa en el artículo antes citado.

conseguido, habria hecho un servicio señalado á su patria, evitando al Monarca muchos peligros y zozobras, y á la revolucion muchos sustos y mengua. »

El general Giron experimentó en aquella época mil vejaciones por medios distintos, y ninguno de ellos noble; ya se le trasladaba de una provincia á otra, y ya se le mandaba ir á residir á una de las Islas adyacentes; de modo que señalado como sospechoso por la mano misma del Gobierno, y despues de verse mas de una vez amenazado en los inquietos pueblos, tuvo que refugiarse á Gibraltar, buscando un asilo mientras pasaba lo mas recio de la tormenta.

A poco tiempo espiraba la revolucion en la Isla gaditana, despues de haber desafiado á la Europa. El partido que entonces triunfó con el apoyo poco honroso de armas estrangeras, se mostró desde luego mas intolerante y perseguidor que el que acababa de ser vencido; persiguió á los mismos á quienes habia perseguido la revolucion como afectos al Monarca y á un régimen templado.

Al general Giron se le obligó á salir de Sevilla, al propio tiempo que entraba en ella Fernando VII, de modo que se halló proscrito á nombre del Rey,

cuando se apellidaba ya libre, así como lo había estado pocos meses antes cuando aquel Príncipe se suponía cautivo. Habiendo regresado á Sevilla pudo dedicarse nuevamente al estudio, y en Diciembre de 1826 fue declarado protector de la Compañía del Guadalquivir, y del camino que de Sanlúcar debia conducir al Puerto de Santa Maria.

Así pásaba tranquilamente sus dias, aumentando el aprecio del público hácia él, en proporcion al extraño desvio que la Corte le mostraba, hasta que en Octubre de 1832 fue nombrado Capitan General de Grauada, y de Andalucía en 6 de Diciembre siguiente. Habia ya en aquella época lucido para la Nacion una nueva era, desde el momento en que apareció en el suelo español la augusta Esposa del Rey, Doña Cristina de Borbon. El nacimiento de la heredera de la Corona, la grave enfermedad del Rey, y el benéfico influjo de su escelsa Esposa desde el momento en que empuñó interinamente el timon del Estado, cambiaron como por encanto la faz política de la monarquia. No fue Giron de los que menos contribuyeron á aquel saludable cambio, y es cosa digna de notarse, que el mismo Fernando VII, que mantenia á un súbdito tan fiel separado de

la Corte y en una especie de honroso destierro, al ver aproximarse el fin de sus dias, vió iluminada su mente como Rey, por los afectos de su corazon como padre, y dispuso en su testamento que fuese uno de los que debian componer el Consejo de Gobierno, durante la menor edad de su Hija, y la crisis que preveía, el mismo general Giron, el cual en Octubre de 1833, con motivo de la muerte del Monarca, fue llamado á Madrid para ocupar el puesto por él designado en el Consejo de Gobierno. En sus árduas tareas mostró el General Giron suma lealtad y celo, y dió solemnes testimonios de su instruccion en materias políticas y administrativas.

Publicado el Estatuto Real, fue elegido Giron Prócer del Reino, y Presidente despues de aquel Estamento, mereciendo en 6 de Junio de 1835 ser elevado á la dignidad de Grande de España de primera clase, con el titulo de *Duque de Ahumada*. Durante la primera época de la guerra civil prestó el Duque señalados servicios, asi en el Consejo como en el Estamento de Próceres; y en Junio de 1835 volvió á desempeñar por un momento el ministerio de la Guerra, menos como quien sabe por ambicion á una dignidad encum-

brada, que como aquel que acepta por pundonor un puesto de peligro. La revolucion habia tomado ya tal empuje, que era cada día mas difícil contenerla, y en uno de sus agitados vaivenes dió en tierra con aquel ministerio, principiando entonces la no interrumpida cadena de rebeliones y atentados, que tantos y tan graves males han causado á la Nación.

Destruída despues en una noche, y por una soldadesca sublevada, en la Granja,* la ley política vigente, y con ella el Consejo de Gobierno y uno y otro Estamento, volvió el Duque á la vida privada; y deseoso de alejarse del bullicio de la revolucion, aprovechó aquella tregua para pasar al reino de Francia, con intento no solo de espaciar su ánimo, tan afectado por los males en que veia envuelta su patria, sino tambien para acrecentar el caudal de sus conocimientos. Permaneció allí poco tiempo, procurando restablecer su salud ya quebrantada, mas por los pesares del alma que por los padecimientos del cuerpo; de tal modo, que al restituirse á su patria, á duras penas llegó á avistar los muros de Cadiz poco ménos que muerto.

Terminada por decirlo así la vida pública del

Duque de Ahumada, anhelaba permanecer en Cadiz el resto de su vida, y el Gobierno le otorgó en efecto ámplio permiso para que pudiese satisfacer tan modesto deseo. Pero tardó poco en predominar en España un poder suspicaz y receloso, que no consentia émulos ni rivales, y se intimó al Duque la órden de trasladarse inmediatamente á la Corte. Ni su gerarquía, ni su edad, ni sus prendas y dilatados servicios, ni el triste estado de su salud, fueron bastantes para mitigar el acerbo mandato, ó retardar por lo menos su cumplimiento; y repetido una vez y otra con riguroso apremio, hubo al fin de ponerse en camino el venerable anciano, en medio del invierno, y afligido por una tenacísima dolencia.

Entregado á la vida privada, y como si no fuesen bastantes para perpetuar su memoria sus eminentes cualidades de soldado, general y hombre de Estado; como sino bastáran á la ilustracion de su nombre los titulos de Duque de Ahumada, Grande de España de primera clase, Teniente General de los ejércitos, Gran Cruz de la Real y distinguida órden española de Carlos III, y de las militares de S. Fernando y S. Hermenegildo, y condecorado con varias de distincion

Consejero de Estado, individuo de la Maestranza de caballeria de Ronda, de la Academia de Nobles Artes de S. Fernando, de la de Buenas Letras de Sevilla, y de varias Sociedades de Amigos del Pais; cual si no bastaran, repetimos, al lustre de su nombre tantos titulos distinguidos, añadia á ellos las inestimables cualidades de su vida interior, y su constante anhelo y amor al saber.

Aprovechase de los conocimientos clásicos que podian adquirirse en España con solidez, y al propio tiempo de los progresos que fuera de ella hacian la mayor parte de los conocimientos humanos, y señaladamente los de mas inmediata aplicacion. Asi fue que cultivó el latin y el griego, y poseyó el francés y el inglés; siendo tal su aficion á la literatura que con ella gozó algunos placeres en medio de sus contratiempos y de los últimos años de su penosa existencia. Fue tambien muy aplicado á las ciencias naturales, asistiendo con la puntualidad de un alumno á las cátedras de Mineralógia, Zoológia, Botánica, Agricultura etc., asi en España como en el extranjero. Los varios manuscritos que sobre estas ciencias ha dejado, á la par de otros mas graves relativos, á las ciencias de la guerra, á la

1840

historia de la de nuestra independencia, y á la economía pública, prueban claramente lo vasto de su instruccion, y el partido que supo sacar tanto de la ociosidad á que le condenó en varias ocasiones el influjo de la política, como de la esperiencia costosamente adquirida en la agitacion de los negocios.

El último periodo de su vida fue solo un continuo padecimiento. Si tendia la vista sobre su pais no veia mas que males públicos y privados, esperanzas desvanecidas, desengaños amargos, perjurios, alevosías, traiciones y escándalos; y si se limitaba á su propia persona, veia corroida su vida por el agudísimo tormento de un cáncer voraz en la lengua. Solo la Religion podia inspirarle serenidad y firmeza para sobrellevar la terrible operacion á que se sujetó, y de la cual salió aliviado por algun tiempo. Pero reproduciendo despues aquel mal devorador, y siendo ya inútiles todos los recursos del arte, terminó su carrera el 17 de Mayo de 1842, á los 64 años cumplidos de edad, dejando un profundo dolor en el corazon de cuantos conocian sus virtudes, y apreciaban en él las nobles cualidades de caballero que tanto le distinguian.





CARLOS X.

Rey de Francia.

Personajes célebres del Siglo XIX.



CARLOS X,

REY DE FRANCIA.

« Si no condeno su vida como Rey, cargo con el enojo de todos los adversarios de los Reyes; si encuentro la causa de su caída en los extravíos de sus consejeros, soy el blanco de la enemistad de sus partidarios; si el abismo se abrió al rededor del Trono por manos enemigas, los hombres no me perdonarán el revelar el mal que hicieron; y si todos precipitaron su ruina, todos serán mis contrarios.»

P. J. PACÈS (*de l'Arriège*) Diccionario de la Conversacion.

« Fácil es juzgar á Carlos X. como Príncipe ó como ciudadano; pero presenta mas graves dificultades Carlos Rey, por que es el hombre del trono y del destierro, y con él se han de juzgar la púrpura y las miserias de los Reyes. Encamínase hácia la primera proserpcion, cuando los Borbones suben al cadalso; y vuelve á la segunda,

cuando otros Borbones suben al trono. Con él es preciso juzgar tambien á las revoluciones de 1789 y 1830; y el fallo se ha de pronunciar en presencia de todos los amigos de la libertad, poco dispuestos á tomar en cuenta los embarazos del poder : y se ha de pronunciar el fallo en presencia de los amigos del poder coronado , que por una funesta prevision parece que exigen la injusticia contra el Rey cuya corona rompieron : y debe pronunciarse el fallo en presencia de una familia real que bebe en la amarga copa del destierro » Asi se expresa el ilustrado escritor que firma el epígrafe que hemos adoptado; sus mismas palabras manifiestan cuan difícil es al biógrafo, reducido á la sencilla narracion de los hechos , el formar y manifestar un juicio sobre ellos ; juicio que pertenece mas bien á la historia, y que cualquiera que fuese, no podria circunscribirse á los estrechos límites en que debemos encerrarnos.

Cárlos Felipe nació en Versailles , el 9 de Octubre de 1757. Casose en 16 de Noviembre de 1773 con Maria Teresa de Sajonia , que murió en Inglaterra en 2 de Junio de 1805 , y tuvo de ella al Duque de Angulema y al de Berri. Entró en el mundo cuando subió al trono Luis XVI; educa-

do este segun los principios religiosos de la santidad de Luis XIV, el Conde de Provenza (Luis XVIII) se habia dejado seducir por la filosofia innovadora del siglo XVIII; y el Conde de Artois, mas desgraciado, habia sido avezado por sus maestros á las brillantes orgias de la regencia, y al oscuro libertinage de la vejez de Luis XV. Sus nobles modales, su porte de Príncipe, su galanteria con todas las mugeres, hacian revivir en él al anciano Rey; y el jóven Príncipe, esclavo de la educacion primera, que pesa como una fatalidad sobre toda la vida del hombre, presentaba el espectáculo de una corrupcion que contrastaba con la regularidad religiosa del Rey, el filosófico retiro de *Monsieur*, y la hipocresia de una parte de la Côte. Su ligereza, embellecida con sus gracias, su amenidad, sus triunfos sobre los rompidos despojos de la Côte de Luis XV, ejercieron una influencia funesta en el espíritu de la jóven Reina, cuya crédula bondad consideraba sin peligro la ligereza, y para quien era una necesidad esclusiva el deseo de agradar.

El Príncipe que representaba una época añeja, no halló simpatias en la nacion; ni disculpaba su juventud el perpetuar una corrupcion vergonzosa

140-215

para la Francia , que perjudicaba á la dignidad del trono, y servia de pretesto para las declamaciones que los agitadores del pueblo fulminaban contra la Corte. Pero aquellos escándalos duraron poco: sobrevino la revolucion , sonó la señal de alarma para el pueblo , se asombró el trono ; y preciso es decirlo , aunque la vida privada del Conde de Artois le hacia poco á propósito para la pública , hubo sin embargo valor en el jóven Príncipe en declararse enemigo de toda innovacion , en medio de una conflagracion general. Elegido presidente de la Comision de la Asamblea de los Notables , que se atrevió á llamarse *Comision de los Francos* , se encontró frente á frente desde el principio de la lucha , con Lafayette, que era era uno de sus individuos , y ambos los dos hombres que habian de defender con mas constancia y honor los dos principios opuestos de la revolucion. ¡Estraño misterio de la providencia! Cuarenta años despues , Cárlos X salió para su destierro, sin que se desenvainase una espada aristocrática para proteger al mas antiguo y augusto defensor de la aristocracia ; y Lafayette murió en el retiro , sin que el ilustre protector del pueblo escítase una honrosa simpatia en

los plebeyos á quienes acababa de entregar al poder. La religiosa estabilidad de principios , tan poco comun en las revoluciones , habia inspirado á estos dos hombres un recíproco aprecio. Lafayette hablaba con suma moderacion de Carlos X , y este decia de él « Es preciso respetarle ; solo conozeo á dos hombres de bien políticos, el Marqués de Lafayette y yo. Siempre opuestos el uno al otro , hemos sido siempre fieles á nuestra conciencia y á nuestros principios. » Por desgracia el Príncipe habia dado prendas á la impopularidad , que se aumentó cuando tuvo el imprudente valor de defender la administracion de Calonne , se convirtió en conmocion cuando hizo registrar el edicto del timbre y del impuesto territorial, y amenazó su existencia cuando salió del tribunal *des Aides*. Solo se presentó en la Asamblea de los Estados Generales el 14 de Julio, y su aire de tristeza y alliecion promovió los clamores de los agitadores del pueblo.

El Conde de Artois y los Príncipes de la casa de Condé , irritados por el peligro , y seducidos por la caballescica idea de restituir todo su poder al trono , resolvieron abandonar á su patria. Ilicieronse los preparativos para su partida , y la

familia de los Borbones se reunió en la noche del 16 de Julio, para no volverse á ver Creia el Conde de Artois que la emigracion reuniria en la frontera la nobleza francesa, la cual iria pronto á apaciguar con mano armada los tumultos y revueltas de la Francia; no preveyendo que lo que ellos llamaban una conmocion, era una revolucion. Desde aquel momento se proclamó la necesidad caballeresca de la emigracion. El Conde de Artois pasó á Mántua á implorar el auxilio del Emperador Leopoldo; á Worms para promover la desercion de los oficiales franceses; á Bruselas para unir á su causa la de la Archiduquesa María Cristina; y despues de un viage á Viena, se reunió con el Emperador y el Rey de Prusia en Pílnitz, donde se convino en la primera coalicion. La Asamblea nacional mandó, y el Rey ordenó despues de aceptada la Constitucion, que el Conde de Artois regresase á Francia; pero este contestó: «Fiel á mi deber y á las leyes del honor, no obedeceré á órdenes arrancadas evidentemente por la violencia. He manifestado á V. M. los sentimientos y los principios, de los cuales jamás me apartaré, y ratifico ahora mi juramento.» Semejantes resoluciones pueden desaprobarse por anti-populares; pero

cuando las inspira la conciencia , cuando se manifiestan con tal lealtad , aun la misma crítica no puede menos de admirarlas.

Aumentábanse la emigracion , y los preparativos de guerra , y la Asamblea legislativa decretó la acusacion del Principe y la confiscacion de sus bienes. Cuando la invasion en la Champagne , tuvo el Principe la desgracia de mandar una parte de los emigrados contra los Franceses. Despues del triste fin de Luis XVI, el Conde de Provenza se atribuyó la regencia , y nombró á su hermano el Conde de Artois , Lugar Teniente General del reino. Marchó entonces el Principe á Petersburgo: Catalina II le ofreció tropas ; pero el Ministerio inglés incierto de la mayoría , y temiendo los tempestuosos debates del Parlamento , se negó á trasportarlas á la Vandea. Insurreccionado completamente aquel pais , el Príncipe , protegido por una escuadra inglesa , arribó á la isla Dieu : reanimó el ardor de los Vandeanos , y el Comodoro inglés no le comunicó la órden que habia recibido de retirarse con su escuadra , sino para dejarle que fuese espectador del desastre de Quiberon.

Proclamado el Imperio , apagada la guerra civil , restablecido el órden , y habiendo sucumbido

la Vandea, fue aquella la época de reconciliación del Conde de Artois con el Duque de Orleans (*). Parecía que la desgracia estrechaba los vínculos de familia que había debilitado la Regencia, y que la revolución había roto. Presentáronse juntos en la Corte de San James, y el Príncipe permaneció hasta 1813 con el Conde de Provenza en el retiro de Hartwell, dejándolo solo para hacer un viaje á Suecia, desde donde publicó su protesta contra el establecimiento del Imperio; desmintiendo la legitimidad, la conquista confesada por la gloria y por la Europa.

Llegaron al fin la guerra y los desastres de Moscou: llegó la hora fatal del Imperio, amaneció el día de los Borbones, día que ellos consideraron feliz sin duda. Llegó el Conde de Artois á Basilea y siguió hasta Vasoul; pero en vista de las representaciones de Francisco II, los Soberanos aliados detuvieron su marcha. Solo cuando la política del Emperador de Austria creyó deber abandonar el Rey de Roma á los aliados, como había abandonado á los verdugos á María Antonia, solo entonces fue sino evidente, á lo menos posible y

(*) Véase la biografía de Luis Felipe t. III.

probable, el restablecimiento de los Borbones. Entonces penetró en Francia el Conde de Artois, y llegó á París, donde fue acogido con aclamaciones que nada prueban, ya fuese por el cansancio de un gobierno militar, ó ya por la esperanza de un porvenir mas dichoso. El Príncipe en medio de aquel entusiasmo exclamó: «¡No haya mas disensiones, la paz y la Francia: nada se ha mudado, *solo hay un francés mas!*» El Senado confirió el gobierno provisional á *Monsieur*, mientras Luis XVIII aceptaba la Constitucion. *Monsieur* eludió la imposicion de una Carta que le presentaba un Senado envilecido por su larga servilidad, y se limitó á contestar: «El Rey reconoce el Gobierno representativo; la concesion de los impuestos será libre, la libertad política é individual quedarán aseguradas, se respetará la de la imprenta, se garantizará la libertad de cultos, las propiedades serán inviolables, los ministros responsables, los jueces inamovibles, la deuda pública garantida, las pensiones, grados y honores militares serán conservados, así como la antigua y la nueva nobleza; subsistirá la Legion de Honor, y todos los Franceses podran aspirar á todos los empleos: » prometió por último: «el

olvido de los votos y opiniones , y la irrevocabilidad de la venta de los bienes nacionales. » Después de dar gracias á la Cámara de los Diputados por su valor en protestar contra la opresion que pesaba sobre la Francia , creyó que debía ceder á consejos siniestros , y nombrar comisarios que fueran á los Departamentos para recordar la existencia de los Borbones , y reanimar el celo realista. En vano les habia dicho estas notables palabras : « Llevad al pueblo la esperanza y traed al Rey la verdad. » Aquellos ministros de paz se convirtieron en campeones de todas las pasiones rencorosas é interesadas , y tuvo que mandarlos retirar.

Por una desgracia , hija de la conquista y anteriores compromisos , firmó el tratado que encerraba la Francia en sus límites de 1792 ; redujo el número de buques de guerra ; licenció el ejército , é hizo enarbolar la escarapela blanca del realismo , sin pensar que los tres colores adoptados por la nacion francesa , habian sido la bandera de su gloria , y podian llegar á ser la enseña de la rebellion.

El Conde de Artois no era ya entonces el hombre de una juventud tempestuosa y de voluptuosas

pasiones ; tenia ya los hábitos de la vejez , y su razon , poco ejercitada , se habia dejado conducir por algunos sacerdotes , á una supersticion sin luces , pero sin hipocresía tambien ; creia con toda la sinceridad de su alma ; creia cuanto le decian que debia creer ; y su vida , que principió como la juventud de Luis XV , debia concluir como la vejez de Luis XIV.

Presentose entonces Luis XVIII ; tomaron las cosas un carácter político , y principió la restauracion , sin que hubiera concluido la revolucion. Despues de la restauracion de la dinastía , se ensayaba ya el restablecimiento del antiguo régimen , y solo se vacilaba en el camino que se debia seguir. Pero Napoleon desde la Isla de Elba vió el disgusto que causaba en muchos el reinado de los Borbones , y realizó la atrevida empresa de desembarcar en Cannes con algunos centenares de soldados , para destruir á un Rey de treinta millones de almas. ¡ Lo que la Europa entera no pudo conseguir contra él , sino despues de quince años de lucha , lo ejecutó él contra los Borbones en diez y nueve dias , sin que se presentase un solo regimiento para rechazarle ! *Monsieur* partió apresuradamente para Lion , pero se vió precisado á regresar á París ,

acompañado de un solo *gendarme*, á quien Napoleón, que sabia que su oficio de Rey le comprometia á remunerar los servicios hechos á los Reyes, hizo dar la cruz de la Legion de Honor.

Impotentes los Borbones para resistir, salieron de París para Gante, la noche del 20 de Marzo, y siendo el Conde de Artois el último en verificarlo á la cabeza de la servidumbre militar del Rey, tuvo el pesar de ser testigo de las muchas defecciones que hubo durante el camino. Despues de la batalla de Waterloo volvió el Príncipe á París, presidió el Colegio Electoral del Departamento del Sena, y la primera comision de la Cámara de los Pares. Habiéndose propuesto en dicha Cámara por el Duque de Fitz-James un voto de gracias al Duque de Angulema, por su conducta en el Mediodia, se opuso el Conde de Artois al honor que queria hacerse á su hijo, diciendo: « ¡Príncipe francés, el Duque de Angulema puede acaso olvidar que tuvo que combatir contra franceses! ¡Cuán sensible ha sido para su corazon esta cruel necesidad! Permitidme, Señores, que rehuse para mi hijo una accion de gracias adquirida por este título. » Leccion sublime que deberian tener muy presente cuantos en las guerras civiles hacen servir para su particular pro-

vechó, los triunfos adquiridos á costa de la sangre de sus hermanos.

Desde aquel momento abandonó el Conde de Artois la escena política, y hasta la muerte de Luis XVIII, vivió en medio de su córte solitaria del pavellon Marsan. Allí renovó, bajo muchos aspectos, la *cábala* de Jacobo II, que perturbó el reinado de su hermano, y acabó por perderle á el mismo. Era un sistema religioso que separándose de las libertades de la iglesia galicana, parecia querer restablecer la autocracia papal; era un sistema político, que separándose de las libertades del reino, parecia querer restablecer el absolutismo monárquico. Los Jesuitas espantaban la conciencia del Príncipe, y turbaban el reino con misiones políticas bajo un disfraz religioso. El poder sacerdotal amenazaba el órden social. Era un sistema monárquico, compuesto de añejas tradiciones, soñado por aquellos cortesanos viejos, que desdeñados por todos los partidos, se vanagloriaban de una fidelidad que nadie habia intentado corromper. Luis XVIII, espantado de aquella tendencia, decia á sus amigos; « Mi hermano no morirá en el trono.» Sin embargo, al advenimiento de Carlos X parecia que el Rey habia olvidado al pretendiente; parecia

que lo había olvidado todo, desde el cadalso de su hermano , hasta el asesinato de su hijo el Duque de Berri : « No mas bayonetas , » decia al entregarse á las oleadas del pueblo que se agolpaba en la Barrera de la Estrella : « No mas censura , » decia al romper las trabas de la imprenta ; cual si estuviera sediento de la popularidad real , que se apresura á conocer las quejas y los deseos del pais. Pero al momento apareció al lado del Rey popular el cristiano timorato. Así fue, que desde entonces se formaron en la córte dos partidos ; el uno queria dominar al Rey por la conciencia , y al Estado por el Rey ; y el otro queria al Rey por la Carta, y á las Cámaras por la corrupcion. Igual division se manifestó en el sacerdocio y la nobleza. Estableciose una oposicion donde no debia estar , y los hombres que de este modo hostilizaban , se veian colmados de caricias, de condecoraciones, de empleos y con mil millones de indemnizacion. Iguales disensiones estallaron entre el clero , y todo fue entonces oposicion.

Los partidos que atacan no firman un contrato de union ; auxiliares unos de otros, combaten juntos durante el peligro, y luchan entre si despues de la victoria. Aquella liga obligó á Carlos X á cometer cuantas faltas cometió ; y si sin duda por

su propia voluntad hubiera cometido otras , no hubieran sido aquellas. Cuando Carlos X fue consagrado , habia jurado la Carta á pesar de las continuas , sordas y violentas intrigas de que se veia acosado. Por desgracia , no tardó el Rey en verse entre dos escollos ; los unos que querian destruir la libertad en provecho de la monarquía , y los otros que intentaban derribar á esta en beneficio de la libertad. El mal empeoraba cada dia , y la corte precisada á faltar á sus principios , buscaba un ministerio nuevo. Si el Rey hubiera tomado á sus ministros de la verdadera oposicion parlamentaria , se salvaba ; pero faltaban las miras elevadas y el valor , y se tomó un ministerio de transicion. Aquella dudosa medida nada aprovechó al Rey de quien se desconfiaba , y así fue que el ministerio Martignac , al caer , dejó al trono mas debilitado y mas receloso de la libertad. Pero subsistia la Carta , y contra aquel escollo debian estrellarse las tentativas ministeriales , y todas las intrigas y ambiciones. Allí debian naufragar igualmente los excesos de la opinion absolutista , y la violencia de la opinion radical. El Rey debió haber visto , que el horror á la contra-revolucion daba mas amigos á la libertad , que adversarios le habian suscitado los horrores de

la revolucion. La Carta era inatacable , y solo el Rey , abusando del artículo 14 , por una temeraria obcecacion , podia romper con sus propias manos la única tabla de su salvacion.

Preciso es hacer justicia al ministerio Polignac; él mismo retrocedió ante el abismo que estaba abriendo á la libertad , y en el que fue á perderse la monarquía. No prescindió de las ideas parlamentarias , sino cuando no podia contar ya con la corrupcion del Parlamento. Solo entonces fue cuando ensayó el matar la Carta con la Carta ; espantábase de los doscientos veinte y uno , pero á quien debia temer era al sistema representativo en sí mismo. Las elecciones volvieron á la Cámara á los hombres que el ministerio queria alejar. Entonces hubo riesgo para el ministerio , pero no para el trono ; pues si bien deseaban el mando los doscientos veinte y uno , respetaban á la corona. Mr. de Polignac , que temia á las Cámaras , habia querido colocar el poder fuera de ellas ; quiso rodear de gloria al trono , y resolvió la toma de Argél. La conquista era difícil , pero el mariscal Bourmont se apoderó de aquella capital y de los dominios de la Regencia. La empresa no se limitaba á un acto de orgullosa justicia , en cuyo caso los Berberiscos estaban humi-

llados , y la Francia no soportaba los gastos de la guerra, cubiertos con los tesoros de la Casamba; pero Carlos X tenia mas estensas miras, y su pensamiento fue conservar la conquista. Ya no era suficiente en el actual estado de la civilizacion, el pedir cuenta á unos piratas de un robo ó de una insolencia ; era preciso para la seguridad del comercio , arruinar la mas antigua y temible guarida de la pirateria. Apenas se traslució el intento de conservar la Regencia , apresurose la Inglaterra á pedir esplicaciones por medio de una nota altanera , que encubria mal su temor y su embarazo: Carlos X escribió al márgen de aquella nota . « La Francia ha tomado á Argél, no consultando mas que su dignidad ; para conservarlo ó devolverlo , no consultaré mas que su interés. »

El golpe que derribó al Bey de Argel debia perder tambien al Rey de Francia. El vencedor iba á seguir al vencido. El orgullo de la victoria engrió de tal modo al ministerio , que creyó vencida la libertad en las playas africanas , y desde entonces pareció posible y aun fácil el éxito de los decretos. La tentativa contra-revolucionaria tenia á su favor á todas las potencias de Europa. El continente entero , menos los wighs de Inglaterra , los

liberales de Francia, y los patriotas diseminados en los diversos imperios, aplaudió la medida de rigor que debía acabar con la libertad, y dar á todas las aristocracias la seguridad de la servidumbre. Los partidos no acabarán nunca de comprender, que jamás se hace sino lo que quieren los pueblos, pues nadie puede hacer lo que todos rehusan. Así fue que el ejército con el que se contaba, se negó á servir al poder contra la libertad; los Reyes rehusaron servir al trono contra la revolucion, y Carlos X se encontró solo y desapercibido. Nada diremos del sofisma que se servia del artículo 14 para destruir toda la Carta. El golpe de Estado del 26 de Julio debía perderlo todo, porque era un atentado del trono contra la Francia. El suceso sin embargo sorprendió á todos, pues no habia una sola cabeza que concibiese aquella audacia y semejante peligro. Los fatales decretos fueron como un rayo, y el pueblo resonó tambien como el trueno en las plazas públicas. El descontento promovió una sublevacion, la sublevacion un motin, y el motin una revolucion. Pesaba la fatalidad sobre los Borbones. Polignac no tenia cabeza para golpes de Estado, y Marmont no era un brazo para la guerra civil; con el retumbar

del cañon de Argel, creian hacer lo que eran incapaces de hacer por si mismos. Y mientras el estampido del cañon anunciaba aquel triunfo á la tierra, y el *Te Deum* al cielo, el pueblo tuvo valor para batirse, habilidad para vencer, y generosidad para ceder la victoria á los que no habian combatido. ¡ Todos victoreaban la Carta! ¡ Todos sentian igual necesidad de las garantias que dá una Constitucion! y cuando los hombres que nada tienen que perder sienten la universal necesidad de aquellas leyes, por las cuales todo se conserva, puede asegurarse que el pais ha llegado á un alto grado de civilizacion.

¿ Habian rehusado en efecto los ministros el firmar los decretos? ¿ Qué importa! Un ministro ó aprueba ó se retira, y á los que se atreven á comprometer á su Rey y á su pais por conservar su cartera, no encontramos epitetos con que calificarlos. No faltan por desgracia entre nosotros ejemplos de tan criminal proceder.

Los miembros de la Real Familia ignoraban completamente el golpe de Estado, y Carlos X, fascinado hacia mucho tiempo por los absolutistas, creia fácil el golpe y seguro el éxito. Nada se alteró en Saint Cloud, y siguieron invariables durante

la batalla que decidia de un reino, las reglas de la etiqueta y la distribucion de horas. Preciso es añadir, para no faltar á la verdad, que Mr. de Polignac, al dar cuenta al Rey de la entrevista que acababa de tener el Mariscal Marmont con MM. Mauguin, Laffitte, (*) y Berard, insistia en la necesidad, pero no en la urgencia de entrar en tratos con la insurreccion. Indicaba como base preliminar el retirar los decretos, la deposicion del ministerio, y la cesacion de las hostilidades. El Mariscal aprobó las medidas propuestas por el Ministro; pero tuvo la imprudencia de añadir que no corrian prisa, que ocupaba puntos inespugnables, que confiaba en la victoria, y que respondia de la resistencia. Aquella esperanza decidió de la suerte de los Borbones, pues se adormecieron con tan funesta seguridad.

Al dia siguiente todo habia empeorado, todo se habia perdido para ellos, y cuando quisieron volver á entablar las proposiciones de la noche anterior, se les contestó: «Ya es tarde.» Los Borbones no se presentaron al frente del ejército. Carlos se retiró á Rambouillet con su servidum-

(*) Véase su biografía, t. II.

bre militar y los soldadòs que le quedaban. Los cortesanos no acudieron á aquel palacio , á cuyas puertas habia llamado la desgracia , y cuyos umbrales habian ellos abandonado. Allí podia el Rey defenderse aun , reunir sus parciales , espantar á sus enemigos públicos , é imponer á los ocultos. El pueblo de Paris , exaltado con la victoria , le persiguió en su retirada con tal precipitacion y desórden , que hubiera bastado la artilleria y la caballeria para esterminar aquellas masas informes. El Príncipe podia tal vez vencer , y no supo ó no quiso pelear ; si lo último , tuvo sin duda la virtuosa mira de no envolver á su reino en una guerra civil ; ejemplo seguido despues con notable dignidad por la Reina Gobernadora de España ; ejemplos sublimes que solo pueden dejar de imitar los que habiendo usurpado el poder , por medio de la traicion , á su conservacion y á su orgullo sacrifican los intereses del pueblo y la tranquilidad de las Naciones. Nosotros acabamos de ver una manifiesta prueba del diferente proceder y sentimientos que existen entre la legitimidad y la usurpacion. Aquella lo sacrifica todo por no causar disturbios y nuevas desgracias á sus pueblos , y esta los destruye por conservar un poder que la Nacion rechaza.

De todos modos, el ejército abandonó á Carlos X, el cual habiéndose quedado solo, apareció con aquella virtud que ha distinguido siempre á los Borbones, y con una resignacion realzada y embellecida por la religion. El Rey abdicó; abdicó el Delfin, y el Duque de Burdeos tomó el título de Enrique V. Las Cámaras ni leyeron siquiera aquellas tardias abdicaciones, y declararon vacante el trono. Carlos fue acompañado hasta la frontera por los comisionados al efecto, y por do quiera se le guardaron las mayores consideraciones: pero el desdichado no halló simpatias en parte alguna. Napoleon en su viaje á la Isla de Elba vió á lo menos de vez en cuando, brillar una lágrima de despedida en los ojos de un soldado.

Asi principió la tercer vida de destierro de Carlos X: retiróse á Inglaterra, y habitó el palacio de Holyrood, célebre tambien por las desgracias de otra testa coronada. Olvidó el cetro sin olvidar la Francia, y reconcentró sus afectos en su familia. ¡La supersticion le habia estraviado cuando reinaba, la Religion le consoló en su desgracia!

Desde Inglaterra se trasladó Carlos X á Praga, acompañado del Duque y de la Duquesa de An-

gulema, del Duque de Burdeos y su Hermana, donde permanecieron hasta fines del mes de Octubre de 1836, que se trasladaron á Goritz, en Estiria, sin que la salud del ex-Rey hubiese sufrido el menor quebranto, á pesar de lo avanzado de su edad y de todas las vicisitudes de su fortuna. Allí recorría Cárlos X casi diariamente la ciudad y sus cercanias, solo, á pie, y á distancias considerables. Pero repentinamente cambió la temperatura, el invierno hizo sentir todos sus rigores, y Cárlos experimentó el 1.º de Noviembre un desarreglo en los intestinos, ligero en la apariencia, y que disimuló sin cambiar en nada sus hábitos.

El día 4 eran sus días, y á pesar de haber progresado el mal, recibió á los Franceses que se hallaban en Goritz, y á varias personas de la ciudad. Despues de aquella audiencia sintió mayores dolores, y sorprendió á todos por la noche el repentino cambio que en él se habia verificado: su voz apagada parecia salir de una caverna, y su fisonomia y facciones cual si estuvieran acometidas de una súbita caducidad. Reconociéronse entonces los síntomas del cólera, á pesar de no haber sufrido aquel azote la ciudad de Goritz, y el Real Enfermo padeció mucho, sucediéndose activamen-

te los accidentes, y renovándose á cada momento los calambres. No pudiendo recibir el Viático por el estado en que le tenia la enfermedad, administrósele la Santa Uncion, exhortándole con dulce y conmovedora elocuencia el Obispo de Hermópolis. Calmáronse sin embargo los accidentes, y se manifestó la reaccion ordinaria en los casos del cólera; pero no pudo resistirla la edad del paciente, y á la una y media de la mañana del dia 6 de Noviembre de 1836, espiró Cárlos X, en presencia de su Hijo el Duque de Angulema, y de su Esposa, con calma y resignacion, sin ternura, sin angustias ni murmullos. Contaba al tiempo de morir 84 años, edad á que no habia alcanzado ninguno de los Reyes sus predecesores.

Reconociéronse por sus compañeros de destierro los papeles del difunto Rey, para ver si se hallaba entre ellos alguna disposicion relativa á sus funerales; pero solo se encontraron cartas de diversas épocas, notas y documentos de poca importancia, y un testamento otorgado en Inglaterra en 1804, que con los demas papeles se encerró en una caja, cuya llave fue entregada al Duque de Angulema. El cuerpo de Cárlos X, despues de los honores fúnebres á que asistieron la guar-

nicion y las autoridades de Goritz , se depositó en una bóveda del convento de franciscanos , situado á corta distancia de la ciudad.

La muerte de Cárlos X acabó de desconcertar á los legitimistas franceses que se hallaban divididos en dos fracciones , una de las cuales daba el título de Rey al Duque de Burdeos, al paso que la otra lo conservaba á Cárlos X. Sabido son los esfuerzos que hicieron los legitimistas para que se celebrasen públicamente los oficios divinos en sufragio del difunto Rey , y las resoluciones del Gobierno francés sobre el particular. Tampoco se llevó luto en la Córte de Francia , á pesar de haberlo usado con mayor ó menor presteza todas las familias reinantes de Europa ; siendo una de las razones que para ello se alegaron , la de que los Soberanos no usan el luto , sino á consecuencia de la notificacion de la muerte, hecha por uno de los miembros de la familia ; notificacion que no hicieron ni el Duque de Angulema ni el de Burdeos , y que en caso afirmativo solo hubieran enviado á Luis Felipe como Duque de Orleans , el cual reconocido como Rey de Francia por su nacion y por la Europa entera , ni siquiera hubiera abierto una comunicacion dirigida de aquel modo.

Así terminó su carrera Carlos X. Los Reyes están mas dispuestos á reconocer las faltas que pervertieron ó retardaron la marcha progresiva del género humano, que á enmendarlas, pues son los esclavos necesarios del reinado, tal cual lo han hecho el tiempo y los hombres. Es imposible concebir á los Borbones, separados del sacerdocio y de la nobleza, que crearon en otro tiempo su reinado, y le dieron todo su brillo; como lo es concebir á Napoleon separado de sus soldados hechos Príncipes, que fundaron su imperio, y el gran monumento de gloria que su génio concibió. ¿Dominado Carlos X por las ideas del feudalismo y del sacerdocio, cómo era posible impedir que el señor y el sacerdote se encontrasen frente á frente con la Francia, con esa Francia que sufría impaciente todo privilegio, celosa de toda superioridad, que lo hizo todo y exigía que todo fuese para ella; de esa Francia dividida en partidos, que oponían Reyes á Reyes, y la república al reinado?

Hay un punto en que el poder, degenerando en tiranía toca en la libertad, y en que la libertad convertida en licencia toca en la monarquía; entonces es la hora prefijada para las revoluciones. El atreverse á adelantarla hace infructuosa la ca-

tástrofe , porque es prematura ; y el dejarla prescribir , es amontonar las enemistades , amasar las venganzas y enceuder los ódios. Hay para semejantes renovaciones una época precisa de madurez, que pueden prevær los entendimientos claros , y que los grandes ciudadanos saben aprovechar. Los hombres de cortos alcances , se figuran que unos cuantos intrigantes y algunos libros trastornan á los pueblos : si así fuera, seria muy estúpido el poder que no reprimiera tan mezquinas hostilidades. Pero para apreciar una época histórica se la personifica , y cada revolucion está representada por un hombre : la reforma es Lutero ; la primera revolucion inglesa Cromwel ; la segunda Guillermo ; el reinado del terror Robespierre ; el imperio Napoleon ; y el espíritu constitucional de la época , algunos diputados y escritores de la oposicion.

Hemos indicado someramente las causas que dieron lugar al destronamiento de Carlos X, y á la espulsion de Francia de la rama primogénita de los Borbones ; á la historia toca juzgar aquellos sucesos, y decidir de parte de quien estuvo la razon.

Eucuéntrese mas fácil apreciar á los hombres

que á las cosas , y cuando se ha insultado á aquellos, se cree haber juzgado de estas. Los entendimientos que tienen algunas nociones de los hechos, se remontan del efecto á la causa.

La Francia en medio de sus revoluciones ha tenido la singular proteccion de la Providencia, de encontrar hombres dotados de eminentes cualidades , que acudiesen con tiempo á su salvacion. La Revolucion halló un término á sus desórdenes, en el hombre del siglo , en Napoleon, que reorganizó el Estado , acabó la anarquía , y llenó de gloria á la Francia. El Imperio tuvo por sucesor á Luis XVIII , que con su ilustracion supo conciliar los deseos de libertad de los franceses , con el orden y la grandeza ; y cuando la revolucion de 1330 arrojó del trono á Carlos X, se encontró para colocar en él con Luis Felipe, cuyo glorioso reinado aprecia la Francia con justicia y gratitud, y cuyas relevantes cualidades ocuparán un lugar muy distinguido en las páginas de su historia contemporánea.







NI. CRISTINA DE BORBON.

Personajes celebres del Siglo XIX.



MARIA CRISTINA

DE BORBON.

«La caduta d' un regnante
Tutto un regno opprimerá.»

METASTASIO. *Didone*. Act. III esc. II.

«He llevado mi infortunio de ciudad
en ciudad, recogiendo la befa y el bal-
don por el camino, porque Dios por
uno de sus decretos, que son para los
hombres un arcano, habia permitido
que la iniquidad y la ingrátitud pre-
valecieran.»

MANIFIESTO DE LA REINA CRISTINA,
dado en Marsella el 8 de Noviembre
de 1840.

Al bosquejar la vida de la persona augusta de
la Reina Cristina, emprendemos tal vez la obra
mas difícil, en tiempos en que agitadas las pa-
siones y ofuscados los entendimientos, con difi-

cultad dan tregua al vértigo que les domina , para entregarse tranquila y desapasionadamente al exámen de los sucesos. Pero sin desconocer la dificultad de nuestra empresa , nos alienta en ella la seguridad de que en la sencilla relacion de los sucesos, sino agradamos á todos los partidos, ninguno de ellos por lo menos podrá contradecirlos con exactitud. Examinaremos hechos que existen en la memoria de todos , sin temor de que se nos acuse de lisonja hácia una persona , que arrojó la revolucion del puesto eminente que ocupaba , y que en su desgracia ha llevado en pos de sí el afecto de todos los Españoles leales, de cuyos pechos no han desaparecido todavia los nobles sentimientos de gratitud. Diremos de la Reina de España en su destierro , lo que no hubiéramos dicho cuando ocupaba el trono. Las almas generosas sabrán apreciarlo.

Calmada un tanto la espantosa reaccion á que dió lugar la caída del sistema constitucional , iba estableciéndose en España, por los años de 1828 y 29, un gobierno, si bien absoluto y poco conforme con las ideas que dominan en el siglo , mas templado y tolerante que el que le habia precedido. A fines del año de 1829 se dirigia á Espa-

ña una jóven Princesa , acompañada de los Reyes de Nápoles sus Padres , y de numeroso séquito, destinada para Esposa de Fernando VII , viudo por tercera vez. Atravesando por Roma , Turin , Grenoble , Nimes , Montpellier y Perpiñan , entró en España , y llegó á Barcelona la real comitiva, en medio de las aclamaciones de un pueblo entusiasmado. Aquella Princesa era Maria Cristina de Borbon , nacida en Palermo el 27 de Abril de 1807 , é hija de Francisco I Rey de las Dos Sicilias , y de Maria Isabel su Esposa , hermana de Fernando VII. Nosotros tuvimos la dicha de ver muy de cerca durante su permanencia en Barcelona á la Augusta Princesa , y su amabilidad y gentileza despertaron en nuestro corazon , como en el de todos los Españoles , la lisonjera esperanza de un porvenir mas dichoso.

El viage de Maria Cristina desde Barcelona á Aranjuez , por Valencia , fue una verdadera marcha triunfal , acogiéndola por do quiera los pueblos con el entusiasmo y respeto que siempre han manifestado por sus Reyes , y con la alegría que les inspiraban las esperanzas concebidas. En 9 de Diciembre de 1829 llegó Maria Cristina á Aranjuez , y contrajo esponsales , por poderes del Rey

con el Infante D. Carlos su hermano , que pronto se habia de convertir en su mortal enemigo. Dos dias despues hacia su solemne entrada en Madrid , en medio de los públicos regocijos y aclamaciones ; y en aquella misma noche se celebraron en Palacio las últimas ceremonias del matrimonio.

Contaba entonces Maria Cristina 23 años de edad ; bella , graciosa y llena de talento , colmó los deseos de su Esposo , y el año de 1830 principió para España en medio de danzas y de fiestas, y la corte, muda por mucho tiempo, tomó cierta animacion y alegría , que por desgracia debia ser poco duradera.

La Esposa del Infante D. Carlos y su Hermana la Princesa de Beira , muger altiva y ambiciosa, que despues ha sido Esposa de aquel Príncipe, vieron con mortal disgusto el ascendiente que adquiria la jóven Reina en el ánimo del Rey. Aquellas dos Princesas estaban al frente del partido apostólico , cuya bandera era D. Carlos ; pues aunque el Rey Fernando gustaba del absolutismo era todavia demasiado liberal para los apostólicos. Confiaban pues en la sucesion al trono de Don Carlos , pero pronto se desvanecieron sus esperan-

zas con la preñez de la Reina, y el restablecimiento de la ley llamando á la sucesion al trono á las hembras á falta de descendientes varones de la línea directa, publicada el 29 de Marzo de 1830, y que derogaba la dada por Felipe V. ¡Singular pues, y nacional ley la de Felipe V (*) pues solo era conocida de los hombres de estudio, y permaneció siempre ignorada de la nacion hasta los acontecimientos de 1830! ¡Notable y apreciable circunstancia en una ley de sucesion, que debe ser la mas vulgar, la mas popular de la monarquía! Indudablemente nadie creia en España que pudiese haber duda en la sucesion de las hembras al trono á falta de varon, y si el temor de ver entregado el gobierno del Estado á las débiles manos de una muger podia inspirar recelos, quedaba disipado completamente con el recuerdo de la grande Isabel de Castilla, y de otras Reinas españolas, aun sin recurrir á los egemplos de Isabel de Inglaterra, de Maria Teresa de Austria, de Cristina de Suecia, y de Catalina II de Rusia, cuyos reinados no fueron menos gloriosos que los de otros ilustres Reyes.

(*) Historia de la Regencia de la Reina Cristina, por D. Joaquin Francisco Pacheco: tom. I.º pág. 176.



Pero D. Carlos y el partido apostólico, desconociendo el derecho, y animados por su pasión, se declararon contra aquella ley, y principiaron á maquinar desde entonces. El 10 de Octubre de 1830 dió á luz la Reina Cristina á una Princesa, que tres años despues habia de ser declarada Reina de España, bajo el nombre de Isabel II. No nos detendremos en referir, porque es conocido de todos, el entusiasmo y la ansiedad con que en Madrid y en todo el Reino era esperado el real alumbramiento, que podia poner un término á los males que se presajaban. La Providencia lo dispuso de otro modo, y justo es acatar sus decretos.

El 20 de Enero de 1832 dió a luz la Reina Cristina á la Infanta Doña Maria Luisa, y este suceso contribuyó tambien á fortalecer las esperanzas qua inspiraba la Reina.

En Setiembre del mismo año, atacado el Rey fuertemente de la gota, en el palacio de la Granja donde se hallaba, puestos de acuerdo el Conde de Alcudia, Ministro de Estado, y el Plenipotenciario de la corte de Nápoles, para obtener del Rey enfermo la revocacion de la ley de 29 de Marzo, era su principal objeto lograr que la jó-

ven Reina no se opusiera á sus designios. Al efecto se atrajeron á su confesor D. Francisco Gonzalez, quien nada descuidó por persuadir á María Cristina que el interés bien entendido de sus hijas y aun de la monarquía hacian precisa la revocacion de la pragmática de 29 de Marzo. «Va en ello, Señora, le decia, no solo una sangrienta guerra civil, sino tambien la vida de las dos Princesas, Hijas de V. M.» Sin duda logró dominar el espíritu de la Reina, puesto que nada hizo cuando se propuso al Rey firmar el decreto de revocacion. Ocupada ademas aquella Augusta Princesa en el cuidado de su Esposo con sublime resignacion cristiana, y con una humildad que no describiremos, porque el buril lo ha transmitido á la posteridad, no es extraño que el dolor presente, y el temor que la habian inspirado por sus tiernas Hijas, prevalecieran en su corazon.

Pero apenas se habia arrancado aquel acto al real moribundo, y esparcióse la voz de su muerte, no sin gran alegria del partido apostólico, contra toda esperanza volvió Fernando á la vida, y todo varió de aspecto. Cambióse el ministerio y se confirió la Regencia del Reino á la Reina,

durante todo el tiempo de la enfermedad del Rey. No tuvo poca parte en aquella mudanza , su Hermana Doña Luisa Carlota , que con extraordinaria velocidad se trasladó desde Andalucía , donde se hallaba , al real Sitio de San Ildefonso.

El partido apostólico quedaba nuevamente vencido , y la Reina triunfante. No se descuidó esta y supo aprovechar hábilmente la victoria. Convencida de que para asegurar la sucesion al trono de sus Hijas debia apoyarse en un partido interesado en frustrar las intrigas de los carlistas , publicó el 15 de Octubre un decreto de amnistía para todos los delitos políticos , esceptuando solo á las personas que habian votado la incapacidad del Rey en Sevilla , y á las que habian mandado fuerzas armadas contra su Soberano ; siendo de notar que al dia siguiente se hizo reimprimir el decreto para añadir despues de las palabras « *esceptuando solo* » las de « *con gran pesar nuestro.* » Al paso que abria aquel decreto las puertas de la patria á gran número de sus hijos , principiábanse en España las reformas , abriánse de nuevo las Universidades , que el recelo del Gobierno anterior habia mandado cerrar ; arreglabáse la Hacienda , y se creaba el nuevo Ministerio de Fomento. Por de-

creto de 31 de Octubre se devolvieron sus bienes y títulos á cuantos regresaban á España , y se mandó sobreseer en las causas políticas.

Encargado de la direccion de los negocios el Sr. Zea Bermudez á su vuelta de Lóndres, donde estaba de Embajador; poco amigo del régimen constitucional, y partidario de lo que él llamaba el despotismo ilustrado , cometió en nuestro concepto el grave error de publicarlo , manifestando que se seguiria el mismo sistema anteriormente observado, enagenándose de este modo las simpatias del partido absolutista, que le acusaba de demasiada lenidad, y el apoyo del partido liberal, cuyas esperanzas quedaban burladas: así fue que dispuesto á resistir con igual firmeza á las exigencias de los absolutistas y á las de los liberales, se encontró solo en el momento de la lucha. Tales sistemas cuando quieren plantearse se establecen paulatinamente y sin decirlo, sin escitar ódios ni burlar esperanzas, cuando no se cuenta con medios suficientes para tener á raya á todos. Repetimos que, en nuestros concepto, pudo haber buena intencion en aquella declaracion, pero hubo poco tacto y oportunidad.

Restablecida la salud del Rey á principios de

1833, aprobó el Monarca lo hecho durante su enfermedad, y continuó la Reina asistiendo al Consejo. Convocáronse algunos meses despues las Córtes para jurar como Princesa de Asturias á la heredera del trono, verificándose aquel solemne acto el 20 de Junio de 1833, en la Iglesia de San Geronimo, en presencia de los Reyes y de todo el cuerpo diplomático; los Infantes de España, (escepto D. Carlos que se habia retirado ya á Portugal, desde donde protestó de todo lo que se habia hecho en contra de lo que él llamaba su derecho), los Grandes y Prelados del reino, y los Procuradores de las ciudades y provincias reunidos en Córtes, prestaron juramento de fidelidad á la Princesa de Asturias, observándose las mismas formalidades y ceremonias que en la *jura* del Príncipe D. Baltasar Carlos, Hijo de Felipe IV, que se celebró en la misma Iglesia en 1632. Celebrose en Madrid y en otra capitales del reino aquella solemnidad con fiestas reales y públicos regocijos; pero no fue acogida con entusiasmo ni por los absolutistas, que no perdonaban la ausencia de un Príncipe á quien creian legitimo heredero del trono, ni por los liberales, que no veian aun realizadas sus ilusiones de libertad. ;Se habian olvidado

os males pasados , y no podian preverse los que en pos de ella habian de venir!

Tres meses despues murió el Rey Fernando VII; saludose á su hija como Reina de España , y su madre la Reina Cristina fue proclamada , en virtud del testamento del Rey , tutora de sus dos Hijas , y Regente del reino durante la menor edad de la jóven Reina.

Levantado en Navarra el estandarte de la rebelion en favor de D. Cárlos , obligada la Reina por manifestaciones de algunos generales á variar de sistema , y precisada á buscar un apoyo en el partido liberal , dándole algunas prendas ; naturalmente inclinada á satisfacer los deseos de sus pueblos y á guiarlos por la senda del ilustrado progreso del siglo , despidió al ministerio Zea , y llamó para reemplazarle al Sr. Martinez de la Rosa (*) persona que reunia á sus eminentes virtudes el general aprecio del partido liberal.

Publicose por aquel tiempo el Estatuto Real, y convocadas las Córtes con arreglo á él , en medio del terror y espanto que reinaba en la capital á causa del cólera que la afligia , el pueblo de

(*) Véase su Biografía tom. II.

Madrid vió, trasportado de alegría, á la Augusta Princesa, que desafiando á los riesgos, llena de magestad y rebosando satisfaccion, se trasladó desde el Real Sitio á Madrid, para la solemne apertura de las Córtes. Dia de júbilo y de esperanza fue aquel para los españoles, que al paso que veian establecido un gobierno-representativo, veian tambien afianzado el triunfo de la causa de su Reina con el tratado de la cuádruple alianza, celebrado en aquellos dias (Abril de 1834). Pero el edificio levantado con el Estatuto Real habia de ser pronto combatido; y arrojado de Portugal el Pretendiente por nuestras tropas, debia volver pronto, burlando, no sin estrañeza, la vigilancia de los Ingleses y de los Franceses, á dar pávulo y nueva actividad á la guerra de la Península.

Apenas abiertas aquellas primeras Córtes del Estatuto, manifestose ya una viva oposicion al ministerio, con peticiones que mostraban el deseo de que se diera mas estension á las libertades públicas, de parte de los que creian que el Estatuto no llenaba los deseos y necesidades de la época; sin advertir que con aquel sistema de gobierno pudiera haberse preparado el terreno, para conseguir despues con mejor éxito y sin trastornos lo

que se apetecía. El ministerio logró con su calma y firmeza una mayoría en aquellas Cortes, y hubiera indudablemente triunfado de la oposicion, si los progresos de la guerra civil no hubieran complicado mas y mas la situacion. A mediados de 1835, y segun el parecer de los generales del Ejército, se resolvió el Gobierno á pedir la intervencion francesa; y opuesto á aquella medida el presidente del Gabinete Sr. Martinez de la Rosa, cedió su puesto al Conde de Toreno (1). Derribado el ministerio que presidia el Conde por la insurreccion que estalló en las provincias y en la capital en los meses de Agosto y Setiembre de 1835, confió S. M. el encargo de formar un nuevo gabinete al Sr. D. Juan Alvarez y Mendizabal, que nombrado para Ministro de Hacienda por el ministerio anterior, habia rehusado encargarse de él.

De este modo seguia la Reina Cristina atemperándose á las necesidades de la época, y segun las circunstancias lo exígian. El ministerio Mendizabal, que dió al principio muestras de conocer el verdadero estado del pais, y procuró conciliar los ánimos, dominado poco despues por el par-

(*) Véanse las Biografías de estos dos Señores.

tido mas exaltado , ni consiguió lo que se habia propuesto , ni hizo mas que agravar el mal estado de la Nacion , y sobre todo el de la Hacienda.

Los desengaños del pais , que no habia visto realizadas las pomposas promesas que se le habian hecho , á pesar de los inmensos sacrificios de todas clases que se le exigieran ; el mal estado de los negocios de la guerra , todo contribuyó á la reaccion que se manifestó en la opinion pública, y que dió lugar á la caida del ministerio Mendizabal , sustituyendole el Sr. Isturiz , el cual despues de disueltas las Córtes que le eran hostiles, y satisfaciendo á las exigencias de la situacion, mandó formar un proyecto de Constitucion que debia presentarse á las Córtes nuevamente convocadas, y que segun el resultado de las elecciones hubieran sostenido el Gobierno, y contribuido con él á mantener el órden y á reprimir con mano fuerte á los alborotadores. Pero no contenta la revolucion con aquellos ofrecimientos, acudió á sus acostumbrados medios de subvertir el órden, proclamando en varios pantos el restablecimiento de la Constitucion de 1812 , asesinando en Málaga á las autoridades política y militar ; proclamando en Zaragoza aquel código el Capitan general Don

Evaristo San Miguel , por sí solo y sin escitacion alguna de parte del pueblo , como manifestó él mismo despues en una sesion de las Córtes , y á pesar de haber sido ascendido á Mariscal de Campo por el ministerio á quien pretendia derribar, y de haber publicado poco antes un folleto, cuyos principios estaban en opuesta contradiccion con los que entonces proclamaba. Cadiz , Córdoba, Badajoz y otros puntos se sublevaban igualmente, al paso que en la Capital contenia á los revoltosos el ilustre general Quesada , su víctima poco despues ; y que los facciosos , validos de nuestras discordias intestinas , progresaban y se aproximaban á la Capital por la parte de Castilla.

En medio de tan dificiles circunstancias , permanecia la Reina Cristina en el Real Sitio de la Granja con sus Augustas Hijas , sitio que habia de ser poco despues teatro de las escandalosas escenas y vergonzosa insurrección militar que vamos á describir. Seguramente si algun cargo puede hacerse al ministerio Isturiz , es el de haber consentido en la permanencia de S. M. á catorce leguas de la Capital en momentos tan críticos, y despues de la alarma causada en el Real Sitio por la aproximacion de Zariategui. Si la Reina

hubiera estado en Madrid , es muy posible que el trono no se hubiera visto ajado y vilipendiado por una soldadesca desenfrenada y ébria , como lo fue en San Ildefonso.

Frustrados los proyectos de los revolucionarios en Madrid , el dia 12 de Agosto de 1836 , como á cosa de las ocho y media de la noche , despues de darse descompuestas voces de vivas á la Constitucion y á la libertad , en el cuartel de granaderos de la Guardia Provincial , situado fuera de la puerta llamada de Segovia , se agolparon algunos soldados armados á dicha puerta , exigiendo que se les abriese para entrar en la poblacion y llegar hasta el Real Palacio. Indudablemente si los gefes militares hubiesen acudido de pronto , hubieran podido cortar en su origen aquel grave desacato; pero no fue así por desgracia , y á las nueve y media de aquella noche era ya un horroroso volcan , lo que poco antes una ligera chispa. Habiendo conseguido que les abriesen la puerta , los soldados del 4^o Regimiento de la Guardia Real de infanteria , cuyo cuartel estaba dentro de la poblacion , penetraron todos en medio de alarmantes voces , con ademanes descompuestos y disparando tiros en todas direcciones hasta las puertas del Real Pala-

cio, que se hallaban cerradas. Alternaba aquella confusa griteria con las músicas de ambos cuerpos, tocando himnos patrióticos, y solo cesaba aquel espantoso ruido, para dejar oír las voces de los amotinados, que pedían cien cosas distintas á la vez, como calzado, vestuario, licencias absolutas, y la Constitución del año 12; exigiendo con amenazas que en aquella misma hora se colocase la lápida en la plaza, y acompañando aquellas peticiones con gritos de *muera* contra varias personas residentes en el Sitio, ó que estaban en la Capital. Hallábanse desde las nueve de la noche reunidos en Palacio, y al lado de S. M. la Reina Gobernadora, su Ministro de Gracia y Justicia D. Manuel Barrio Ayuso, el Conde de San Roman, el Caballerizo mayor Marqués de Cerralvo, algunos de los gefes y oficiales de las tropas sublevadas, el Capitan de Guardias, el Comandante de armas de Segovia, y otros varios, los cuales en junta presidida por S. M. trataron de adoptar las medidas necesarias para calmar la irritacion de los soldados. En vano bajaron varios oficiales á ofrecerles en nombre de S. M. el indulto por todo lo acaecido si se retiraban á sus cuarteles, y la concesion de algunas de sus demandas; en vano tam-

bien, y no sin grave riesgo de su vida, se introdujo entre los amotinados el Conde de San Roman, exhortándoles y ofreciendo atender á sus quejas; iban en aumento sus amenazas, dirigidas ya hasta la sagrada persona de S. M. la Reina Gobernadora. Fijaban los amotinados el término de una hora para que se les otorgase cuanto pedian, amenazando escalar el Palacio, operacion que empezaron á ensayar, y que les hubiera sido fácil estando confabulados con la guardia interior del mismo. En tal conflicto, de órden de S. M. se trató de entrar en conferencias con algunos de los sublevados, y al efecto, y para satisfaccion de los mismos, se mandó comparecer á la presencia de S. M. una comision de los que entre ellos hicieran cabeza. Negáronse ellos diciendo que todos eran iguales, y que subirian un sargento, un cabo y un soldado por compañia: otorgóseles así, y se presentaron á poco rato veinte ó treinta hombres, que entraron armados en el Palacio, y que no con poco trabajo consintieron el dejar los fusiles, y en entrar desarmados en el régio salon. Imposible seria, y repugna ademas el consignarlo aquí, describir lo degradante de aquella escena, y las sandeces é impertinencias de los sublevados; pero des-

collaban dos sargentos, uno de granaderos Provinciales y otro de la Guardia, pidiendo á S. M. con imprudente altanería que se publicara la Constitución, la colocacion de la lápida en aquella noche, y el otorgamiento de la mas completa libertad, segun ellos la entendian, sobre lo cual les hizo la Reina, con admirable serenidad, reflexiones y bien oportunos cargos, despues de los que les dirigió el Ministro de Gracia y Justicia, al oírles pedir con ahínco la Constitución del año 12, y no la del año 20, diciendo con notable ignorancia, que esta última contenia algunos artículos que no debian pasar, ni á ellos les ácomodaba. Bastaria este solo hecho, á falta de otros, para probar que aquellos soldados, ébrios en gran parte, pues se vió subir á la plaza en aquella noche fatal, y sin saber de donde, gran cantidad de vino y aguardiente que se les distribuia, eran solo instrumentos ciegos de los que los manejaban. Crecia la sedicion y se aumentaba el peligro; se propuso á los sargentos y á los que los acompañaban se les comunicaria inmediatamente la órden de S. M. para publicar y jurar la Constitución; y aunque de mala gana manifestaron aquietarse con aquella resolucion de S. M., indicando que

probablemente no se conformarian los compañeros de la plaza Bajaron efectivamente á ella , y lejos de quietarse los sublevados , llegó al colmo el desórden , intentaron nuevamente escalar las rejas y balcones del Palacio , repitióse un horroroso fuego por toda la plaza y poblacion , haciendo los disparos con bala , como se acreditó con los dirigidos á la casa en que se hallaba gravemente enfermo el Embajador de Francia , Conde de Rayneval , que murió á los dos dias , y aun al Palacio mismo ; habiendo sido preciso trasladar á la inocente Reina Isabel , desde la cama en que dormia , á otra habitacion donde no corriera peligro su interesante vida. Ya no podia resistir mas el conmovido corazon y el ánimo sereno de S. M. , quien para evitar mayores desgracias , mandó al Conde de San Roman , que bajando acompañado de los oficiales existentes de los cuerpos sublevados , publicase é hiciese jurar de cualquier modo la Constitucion ; pero no fue aquello bastante ; la desenfrenada soldadesca , y el populacho que á ella se habia unido , vieron que la órden iba solo rubricada de S. M. , y principiaron á decir , con descompuestos gritos , que la órden habia de ir firmada con todo el nombre de S. M. , que ellos mismo habian

de verla firmar, y que ademas debia darles la Reina un testimonio de su puño para que se pudiese la lápida en la Granja y en todas partes. Subió de nuevo la comision á Palacio, y á presencia de los sublevados, que descaradamente insultaban á S. M., se dictó por el Ministro de Gracia y Justicia en alta voz, y de orden y en presencia de S. M., un decreto que, en medio de la sala y á la vista de la referida comision, firmó S. M., poniendo la firma entera « *Yo la Reina Gobernadora.* » Mandábase en él la publicacion de la Constitucion del año 12, y el juramento á la misma, *interin* las Córtes reunidas dispusiesen lo conveniente, segun las necesidades de la nacion. El decreto referido lleva en si mismo defectos ú omisiones bien visibles, que marcan lo violento y vicioso de su origen y otorgamiento, tales como el no hacerse en él mencion de que la Reina Gobernadora mandaba en nombre de su Augusta Hija, y el no estar autorizado por su Ministro allí presente. Bajó en seguida la comision con el referido Real Decreto, que leyó en alta voz á los sediciosos, y aunque repararon en el *interin* que contiene dicho documento, y pretendian néciamente que debia llevar la estampilla ademas de la real firma,

se aquietaron por fin y principiaron á celebrar su triunfo con nuevo tiroteo y alboroto , á pesar de lo intempestivo de la hora de las dos de la mañana, continuando en él hasta despues de pasadas las tres , que se retiraron á sus cuarteles.

Amaneció el dia 13 , y los sediciosos , conociendo ya el horrible atentado que habian cometido , amenazaban con nuevos trastornos , que se calmaron sin embargo con la colocacion solemne, de la Lápida á las tres de la tarde , con toda la guarnicion del Sitio ; sin embargo , hubo por la noche grandes grupos á la puerta de Palacio , con nuevos gritos , peticiones y exigencias , que se calmaron con mayor facilidad , porque se les otorgaba cuanto exigian. Mandose ir al Sitio al Ministro de la Guerra D. Santiago Mendez Vigo, y habiendo llegado por la tarde del 14 , quiso reprender á los sublevados , pero tuvo que desistir al ver el estado en que la soldadesca se encontraba. En el mismo dia 14 mandaron los sublevados alguna fuerza á Segovia para hacer publicar allí la Constitucion , y regresando despues con tres pequeñas piezas de artilleria pertenecientes al Colegio , las pasearon en triunfo y á manera de insulto por delante del Real Palacio , para

intimidar mas y mas el ánimo sereno de S. M. En la tarde de aquel mismo dia, de orden de S. M., se convocó una junta, á la que asistieron el Embajador de Inglaterra Mr. Williers, y el Enviado extraordinario de Francia Mr Boix Le-Conte, los Ministros de Gracia y Justicia y de Guerra, y otras varias pesonas notables que se hallaban en el Sitio. Espúsose en aquella reunion, presidida por S. M., lo crítico de las circunstancias, las concesiones á que habian obligado, haciendo á los Ministros estraangeros las oportunas reflexiones sobre la absoluta inculpabilidad de parte de S. M. y de su Gobierno, y de los desacatos cometidos para arrancar aquellas concesiones. Aprobaron ambos Enviados estraangeros lo hecho, no sin notable placer del de Inglaterra, aconsejando se otorgase á las tropas sublevadas cuanto pidiesen, á fin de que las mismas permitiesen regresar á SS. MM. á Madrid.

En aquella misma tarde se presentó á S. M. por la comision de los sublevados, un papel que en cinco artículos contenia una porcion de peticiones, todas de la mayor entidad; papel que por su regular redaccion manifestaba no haber sido estendido por ignorantes sargentos, y miserables músicos y sol-

dados sublevados. Exigíase que quedase todo hecho y firmado para las doce de la noche; al efecto se estableció en Palacio mismo una oficina, donde se estendieron multitud de decretos y órdenes, en presencia del sargento Garcia y sus compañeros, que hicieron salir á S. M. para verla rubricar y firmar las mencionadas órdenes y decretos; siendo de notar, que desde la primer entrada de los sediciosos en la noche del 12 al 13, soldados, músicos y sargentos subian, bajaban, entraban, salian y hollaban sin decoro ni permiso el augusto recinto y la habitacion misma de S. M. Firmados todos aquellos decretos á las dos de la mañana, trató de salir para Madrid el Ministro de la Guerra, obtenido el permiso de los sublevados que no dejaban salir á nadie, y con la condicion espresa de ir acompañado de dos ó tres de ellos; pero los demas amotinados que se hallaban en la puerta, obligáronle á volver á Palacio á satisfacer nuevas exigencias. Con aquel pretesto, y á la hora de las dos de la mañana, se introdujeron de nuevo en Palacio los amotinados, insultaron con indecentes ademanes á S. M., la amenazaron, y no con poco trabajo, y despues de satisfechas en lo posible sus nuevas demandas, se consiguió lanzarlos del régio Alcazar; volvió el Mi-

nistro de la Guerra á intentar su salida y la consiguió al fin, trasladándose á Madrid con los sargentos que le acompañaban , para poner en egecucion las órdenes espedidas , pues no de otro modo se permitia la salida de SS. MM. para la Corte. Grande fue la ansiedad durante la noche del 14 al 15, aumentada con el recelo de que si se mandaban tropas de Madrid, que el dia 13 hubieran podido sofocar la rebelion , el 15 solo tal vez hubieran podido servir como una sentencia de muerte para SS. MM. y cuantos las acompañaban. Sabidos son los acontecimientos de Madrid en aquellos dias. En la mañana del 16 se presentaron en el Sitio el general Rodil y D. José Maria Calatrava, nombrado Presidente del Consejo de Ministros en aquella crisis, y vieron por si mismos, no sin asombro, á pesar de la parte que la opinion les imputaba en aquellos sucesos , el impudente descaro y la osada insubordinacion de los sublevados, quienes, apenas se habian apeado en la posada, acudieron con nuevas y estrepitosas demandas. No con poca dificultad se logró librar del furor de los amotinados al general Conde de San Roman, á quien querian dar muerte como habian asesinado en Madrid al general Quesada. Para contentar á los sublevados se les hicie-

ron grandes ofrecimientos ; ¡ qué escenas tan degradantes se presenciaron en aquellos momentos, al ver á militares de elevada posicion rogar , prometer , suplicar y adular á una soldadesca insubordinada y sediciosa ! Pero apartemos la vista de tan horrible cuadro , y demos pronto cima á la penosa tarea de bosquejarlo.

El dia 16 se pasó en acordar algunas medidas para la traslacion de SS. MM. á Madrid , la que verificaron el 17 al mediodia , encontrándose en el camino con los batallones que habian salido el anterior , lo que puso en peligro á algunos de los de la comitiva ; caminaba la tropa en el mayor desorden, que hacia ya temer las funestas ocurrencias que tuvieron lugar en Madrid á los pocos dias; de este modo llegaron SS. MM. á Madrid. Tales fueron los horribles acontecimientos que despues de haber hollado la magestad del trono y destruido la Constitucion del Estado , abrieron la ancha sima de males que á ellos siguieron.

Publicada la Constitucion del año 1812, y convocadas Cortes constituyentes para revisarla , iban entretanto en aumento las fuerzas carlistas , aprovechándose del efecto que aquellos sucesos habian causado en nuestros ejércitos , cuyo mando prin-

cipal habia recaído, en el general Espartero, por haberlo dejado el general Córdova. Reunidas las Cortes constituyentes, y formada la Constitución de 1837, el 18 de Junio del mismo año pasó la Reina Cristina, acompañada de su Augusta Hija, á prestar el juramento ante las Cortes. El pueblo de Madrid acogió á las dos Reinas con el mas vivo entusiasmo, y la nacion entera creyó por un momento que, satisfaciendo la nueva Constitución á todas las exigencias, iba á principiar con ella una era de mas tranquilidad y bonanza. ¡Quien habia de decir entonces que tres años despues aquella misma Reina porsostener la Constitución que acababa de jurar, habia de abdicar la Regencia y abandonar el suelo español!! Pero no adelantemos la narracion de los sucesos.

Hemos dicho que habian tomado incremento las facciones, al paso que nuestros ejércitos, resintiéndose de los acontecimientos políticos, obraban sin conjunto y las tropas seguian desatendidas.

Habiánse reunido los dos ejércitos carlistas, y despues de haber sufrido un descalabro en Chiva, se adelantó Zariategui hasta Segovia y San Ildefonso, al paso que el Pretendiente se presentaba delante de Madrid. La capital vió en aquellos dias á

la Reina Cristina acompañada de su Augusta Hija, recorrer los puestos avanzados , llenando con su presencia de entusiasmo á las tropas , á la milicia y al vecindario, animados todos del mayor ardor para la comun defensa. Aquellos acontecimientos dieron sin embargo lugar á la caída del ministerio Calatrava. El general Espartero vino con su ejército al socorro de la capital : entonces no habia contraído aun la fatal alianza que celebró despues con el partido revolucionario. La mala disposicion del general trascendia á los oficiales de su ejército , y sabidos son los sucesos de Pozuelo de Aravaca, que obligaron al ministerio á presentar su dimision, que fue aceptada por la Reina Gobernadora. Así cayó por una demostracion militar el Gabinete á quien otra sublevacion militar habia hecho subir al poder. Pero lo que no es sabido y que algun dia revelará la historia , son los ofrecimientos hechos para destruir la Constitucion, sin que se le pidiera tal cosa , por el general Espartero á quien se ofrecia la presidencia del ministerio que no quiso aceptar. Siguió el general al alcance de los enemigos , y durante este tiempo tuvieron lugar los horribles asesinatos de los generales Cevallos Escalera, y Sarsfield, castigados luego de una manera egemplar por el

General en Jefe, que prestó entonces un gran servicio, con el restablecimiento de la disciplina militar.

Los carlistas no supieron aprovechar aquellos momentos de desorden ; Cabrera perseguido por el general Oráa, volvió á refugiarse á sus guaridas del Bajo Aragon , y D. Carlos volvió á pasar el Ebro, y se acantonó en Estella y Peñacerrada.

Vuelta la influencia al partido moderado , abatido desde los sucesos de la Granja , nombró la Reina Gobernadora un ministerio presidido por el Conde de Ofalia , en armonia con la mayoría del nuevo Congreso de Diputados. Desde aquel momento trató la revolucion de apoderarse del general Espartero , y no le fue difícil , escitando su ambicion y despertando sus zelos, con motivo del ejército de reserva mandado formar con tanta prevision en la Mancha á las órdenes del general Narvaez. Desde entonces principiaron las quejas del general Espartero contra aquel ministerio , sus infundadas exigencias , su desobediencia á las órdenes que se le comunicaban, y por último su escandalosa orden del dia y su representacion al Congreso , de la que por una fatalidad no se dió cuenta. El gobierno podia fácilmente pulverizar las falsas acusaciones del Ge-

neral en Gefe , y estaba dispuesto á ello. No se hizo sin embargo, y algunos lo han atribuido á oposicion de parte de la Reina Gobernadora á que se quitase al general Espartero , que al paso que hacia imposible todo Gobierno , le aseguraba con fingida seguridad de su decision y respeto. Indudablemente la ciega confianza de la Reina Cristina en el general Espartero, ha dado lugar á los trastornos sucesivos de que ella fue la primer víctima. Tanta ceguedad no tiene mas que una disculpa , pero solemne, honrosa ; ningun corazon noble puede concebir siquiera tanta ingratitude , tanta villania y maldad.

La lucha del General en Gefe contra el ministerio Ofalia , y la retirada del general Oráa de frente de Morella , á quien no habia querido reforzar Espartero , á pesar de las órdenes terminantes del Gobierno, y de su notable inaccion, determinaron la caida de aquél gabinete. Siguióle otro presidido por el Sr. Duque de Frias, al cual siguió pocos meses despues otro presidido por el Sr. Perez de Castro, que se hallaba de Embajador en Lisboa , formado de un modo singular ; y que si bien recibió el apoyo de las Cortes, que en nuestro concepto , no obraron bien no manifestando su sentimiento por la caida

de un ministerio que merecia toda su confianza, y sacrificado solo á las exigencias del cuartel general, se vieron precisadas á prestarle apoyo, á pesar de la marcada influencia que tenia en aquel gabinete el poder militar, desempeñando el Ministerio de la Guerra el general Alaix, hechura de Espartero.

Preciso es confesar que con la negacion á aceptar el ministerio varios personajes influyentes del partido moderado, tuvo la corona que apelar al nombramiento de insignificantes medianias, que no podian estar á la altura de las circunstancias. Una de las primeras medidas del nuevo gabinete fue la intempestiva disolucion de las Cortes; los acontecimientos de Sevilla que causaron el destierro de los generales Córdova y Narvaez, y cuya historia no es de este lugar, acabaron de complicar la situacion. Llegó por fin el grande acontecimiento del convenio de Vergara, que parecia que al paso que terminaba la guerra civil, debia poner fin tambien á la revolucion. Pero no fue asi por desgracia; antes al contrario, parece que solo sirvió para despertar mas y mas la ambicion de quien desde mucho tiempo acechada á su presa, y tenia marcada su víctima.

En el momento en que se verificaba aquel

suceso, abria la Reina Gobernadora las Córtes nuevamente convocadas, y que compuestas en su mayoría de la opinion exaltada, se mostraron poco favorables al ministerio Perez de Castro. Vióse este obligado á disolver aquellas Córtes, y la Reina Gobernadora aceptó la dimision hecha por el general Alaix del Ministerio de la Guerra, reemplazándole el general D. Francisco Narvaez, y entrando en el Gabinete como Ministro de Marina, el Sr. Montes de Oca, que tan triste fin habia de tener despues. Reunieronse las Córtes nuevamente convocadas, y la mayoría del Congreso pertenecia á la opinion moderada. A aquellas Córtes presentó el Gobierno varios proyectos de ley, entre otras la de Ayuntamientos, que fue discutida ámplia y solemnemente. Pero ya entonces eran mas descubiertas la tendencia de la revolucion, y la alianza con ella del gefe de la fuerza armada. El general Espartero se dirigió al fin hácia el Aragon, y despues de la toma de Castellote, entre los innumerables premios que pedia para el ejército, proponia para Mariscal de Campo á su Secretario el Brigadier Linage, autor de los diversos papeles publicados en contra del Gobierno. Algunos Ministros se opusieron á la con-

cesion de aquella gracia, pero no habiendo coincidido los demas, se retiraron del Ministerio los Sres. Montes de Oca y Narvaez, reemplazándoles los Sres Conde de Clonard y Sotelo. Indudablemente si todo el Ministerio se hubiese opuesto á las exigencias del General en Gefe, la Reina Gobernadora no hubiera accedido á ellas. Pero el sistema fatal de tira y afloja, adoptado por el ministerio Arrazola, habia de dar pronto lugar á los tristes acontecimientos que siguieron.

Asi las cosas, los asuntos de la guerra tomaban un favorable aspecto en Aragon; el desgraciado general Leon ocupaba á Mora de Ebro, O' Donnell tomaba los fuertes de Alcalá de la Selva y Cantavieja, y el general Aspiroz el castillo de Alpuente. Mientras tanto el general Espartero asediaba á Morella, que cayó luego en su poder, llevando la guerra á Cataluña donde debia terminar.

En esta situacion comenzó á susurrarse el viaje de la Real Familia á Barcelona, verificado sin duda con el obgeto de destruir la funesta y ya no disimulada alianza del Gefe de la fuerza armada con la revolucion. Salieron SS. MM. y A. para Barcelona, dirigiéndose por Zaragoza, y habiendo,

segun se dijo , variado su ruta señalada antes por Valencia , por exigirlo asi el general Espartero, que sin duda queria alejar á la Reina Gobernadora de la influencia del general O' Donnell que mandaba en aquella provincia. En Zaragoza , y despues en Lérída , pudo conocer ya la Reina Gobernadora el lazo que se le habia tendido , y los funestos resultados que para el pais y para ella habia de tener su viage á Barcelona. Sabidos son los acontecimientos de aquella ciudad en los meses de Junio y Julio de 1840 , para que los reproduzcamos aqui. Sabidos son los insultos que alli recibió la Magestad Real , los motines promovidos por los mismos que debian contenerlos , y la oposicion del General en Gefe á que S. M. sancionara la ley de Ayuntamientos. Sabido es que llamado el general Espartero para contener aquellos desórdenes , hizo su dimision ; y sabidos son por último todos los escandalosos sucesos que dieron lugar á la caida del Ministerio Perez de Castro , y al nombramiento de los que le subsiguieron hasta el viage de la Reina Gobernadora y sus Augustas Hijas á la ciudad de Valencia , á donde llegó el 26 de Agosto , sufriendo desde el momento de su llegada marcadas faltas de atencion por

parte de la Municipalidad , desacatos que hubieran sido mayores sin la actitud firme del general O' Donnell.

Al dia siguiente de su llegada á Valencia , se encontró la Reina nuevamente sin Ministerio, por no haber condescendido con las exigencias del que pretendia una autorizacion para declarar que no se llevaria á egecucion la ley de Ayuntamientos , antes de ser revisada por otras Córtes. Nombró entonces para presidente del nuevo Ministerio al Sr. Cortazar ; pero en medio de estas circunstancias , estalló el movimiento de 1.^o de Setiembre en Madrid , y cuando la noticia de él llegó á Valencia , no se hallaban al lado de la Regente los Ministros nuevamente nombrados , desempeñando los ministerios interinamente algunos oficiales de las respectivas Secretarias. La Reina Gobernadora , por medio de sus Ministros reprobó en los términos mas explícitos y terminantes la insurreccion contra los poderes constitucionales ; pero para reprimir los alzamientos era preciso acudir á la fuerza pública, y la Reina Gobernadora no dudó en dirigirse al general Espartero , reclamando de él , en una carta confidencial y autógrafa, su franca cooperacion y auxilio.

A aquella comunicacion confidencial, no tuvo reparo el general Espartero, en dar y publicar con escándalo, una contestacion fechada en Barcelona en 7 de Setiembre, que la historia calificará á su tiempo cual merece, y que nosotros sentimos no poder reproducir. Aquella manifestacion circuló con sorprendente rapidez por toda la Nacion, y estendió el movimiento insurreccional en casi todas las provincias, siendo de notar que segun el mismo general dice en ella, solo sabia la sublevacion verificada en Madrid y algun otro punto.

En vista de tales sucesos, nombró la Reina Gobernadora un Ministerio presidido por el Señor Sancho, que debió satisfacer las exigencias de la junta de Madrid; pero entonces se aspiraba ya á mas, y la Augusta Princesa, decidida á agotar todos los medios de concordia compatibles con la justicia y la dignidad del trono, nombró Presidente del Ministerio al general Espartero, eucargándole que eligiese las demas personas que debieran componerle. Aceptó Espartero aquel encargo, y pidió permiso para pasar antes á Madrid á conferenciar con los que habia de proponer para ministros. Asi se presentaba tan sencillo y natura!

el paso mas grave y trascendental de la revolucion. El general *Espartero yendo de Madrid á Valencia*, aparecia como investido con los poderes de la insurreccion, al paso que si hubiera tomado un camino inverso, todo hubiera parecido emanar de la legítima autoridad de la Corona. La Reina Gobernadora, á pesar de que no podian ocultarse ya las consecuencias de semejante conducta, concedió el permiso pedido, y Espartero pasó á Madrid, donde fue festejado por el partido á quien acababa de dar el triunfo. Desde su llegada se principió á pedir nueva Regencia, cosa en que la misma junta de Madrid no habia pensado antes, y que procuró castigar á los que publicaron semejante idea. Nombró para Ministros á los Sres. Becerra, Gamboa, Cortina, Frias y Chacon, y aprobados por S. M., pasaron á Valencia. En aquel conflicto manifestó la Reina Cristina un carácter tan noble, tan firme, tan desprendido y elevado, que con dificultad se podrá hallar otro igual en la historia de las mas ilustres y distinguidas Princesas. No queriendo hacer al trono instrumento de lo que en su ilustrada conciencia creia ser la ruina y la calamidad de la patria; no queriendo infringir la Constitucion del Estado y el juramento

que había hecho de guardarla; y no adhiriéndose tampoco á degradar el esplendor de la diadema, renunció á ella antes que consentir en lo que sus Ministros exigian. (*) ; Ejemplo sublime de magnánimo desprendimiento! Véanse los documentos publicados en la Gaceta extraordinaria de 15 de Octubre de 1840, donde se halla consignada la conducta de la ilustre Cristina como Reina, en aquellos aciagos momentos, en que á trueque de ahorrar la sangre de sus súbditos, no aceptó los generosos ofrecimientos que le hiciera la lealtad; y no solo renunció al brillo de la corona, tan pesado para ella, sino á los afectos mas tiernos de su corazón, separándose de las prendas de su cariño que dejaba encomendadas, si con confianza á la lealtad de la Nación, no sin recelos á los que con tanta ingratitud habían pagado sus beneficios. La historia juzgará los hechos, y ella de-

(*) Instábale, según se dice, uno de los Ministros para que suscribiese el manifiesto en que se condenaba la conducta de anteriores gabinetes, haciendo recaer sobre ellos las inculpaciones de la época, y le esponía al efecto los peligros que había en no ceder, citándole el lastimoso ejemplo de los Reyes de Inglaterra y Francia. « No hay que hablarme de eso, contestó la Reina, á aquellos Reyes se les hizo víctimas, pero de mi se exige más, se me quiere hacer verdugo.»

cídirá si mas conveniente que aquel desprendimiento, hubiera sido apelar á la hidalguia y lealtad de los Españoles desde otro punto, á donde fácilmente pudiera haberse trasladado acompañada de sus Augustas Hijas.

Decidida á abandonar el Reino, y terminados sus deberes como Reina, tristes eran los que le quedaban que llenar, y grande el dolor que debia experimentar como Madre el separarse de sus tiernas Hijas. En la noche del 16 de Octubre, las llamó a sí antes de acostarse, y les dijo que se marchaba al dia siguiente, y que no las volveria á ver en algun tiempo; cogió entre sus brazos á la tierna Isabel, y la aconsejó que fuese justa y generosa con los Españoles, pues nunca podria pagarles los sacrificios que habian hecho por sostener su causa. En vano seria describir aquella tierna escena que comprenderán fácilmente cuantos sientan alguna ternura en su corazon. Diólas por fin el último adios, y abrazada á ellas cayó aletargada en el suelo, hasta que vuelta en sí pasó llorando toda la noche. Al dia siguiente, antes de marcharse, las contempló, sin atreverse á tocarlas, entregadas al sueño de la inocencia, y abandonó las playas españolas, donde dejaba en

el corazón de los leales tantos recuerdos de gratitud y de bondad.

Dirigióse á Marsella, y desde aquí punto dió un manifiesto á la Nacion, del cual hemos estractado las palabras que nos sirven de epígrafe, y que como documento histórico, harto conocido y célebre, nos abstenemos de reproducir. Documento que conmovió hondamente el corazón de todos los Españoles, que no habian olvidado los sentimientos de lealtad que les fueron en otro tiempo proverbiales.

Desde Marsella se trasladó la Reina Cristina á Roma, y desde allí pasó á Paris, donde reside actualmente. Recibida allí por el Rey de los Franceses y toda su real familia, con las muestras de afecto y distincion, á que la hacen acreedora, los lazos del parentesco, la elevada consideracion de su clase, sus desgracias, y su magnánima conducta en los últimos momentos de su Regencia, ha sido admirada por cuantos han tenido lugar de observar su constante afecto á los Españoles, y su amabilidad con cuantos llevados allí por la tormenta revolucionaria, hallaban un consuelo en las marcadas señales de aprecio de una Princesa, que como ellos se veia privada de su pa-

tria, y alejada de los tiernos objetos de su amor.

Faltábale en su destierro otra amargura que sufrir, y la revolucion le arrancó la tutela de sus Augustas Hijas, que le correspondia por el testamento de su Esposo, y por todas las leyes civiles y políticas, confiando tan sagrado depósito al cuidado de un enemigo personal del difunto Rey su padre. Muchos españoles leales, valientes é ilustres generales, quisieron volver á la Madre sus Hijas, y librar á la patria del usurpador que la dominaba, previendo ya las tendencias de un poder tan ambicioso como inepto. Sabidos son los acotecimientos de las Provincias Vascongadas y Navarra, los sucesos del 7 de Octubre en Madrid, y el lazo que en Paris quiso tenderse á la Augusta Princesa, haciéndola aparecer como instigadora de aquellos sucesos. La prensa publicó en aquel tiempo las contestaciones que mediaron con el Sr. Olozaga, y los españoles saben ya de parte de quien estaba la razon. El valiente y cumplido caballero el General Leon, Montes de Oca, Borso y otros leales, sellaron con su sangre aquella época que hemos descrito ya en la Biografía del ilustre Conde de Belascoain.

Los sucesos ocurridos últimamente, la destrucción del poder que le usurpara sus derechos, y la próxima declaración de la mayor edad de la Reina Doña Isabel II, todo hace esperar que realizado aquel fausto y anhelado suceso, tendrá la Madre el placer de estrechar en sus brazos á sus queridas Hijas, y los Españoles la satisfacción de ver entre ellos á la que les dió la libertad, y les sirvió de bandera y consuelo en el largo periodo de una guerra civil y dinástica, durante la cual supo, con mas talento que fortuna, conservar el posible equilibrio entre las diversas vicisitudes de las opiniones y los partidos. Si la revolución se mostró ingrata y la obligó á abandonar el suelo español, la severa é imparcial historia reivindicará algun dia, cuando esten aplacadas las pasiones, los fueros y el honor de la Nación.



Indice de las biografías contenidas

EN EL

TOMO CUARTO.

PIO VII.

EL CONDE DE TORENO.

MR. PEEL.

MR. DE CHATEAUBRIAND.

MR. DE HUMBOLD.

D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

EL MARISCAL SOULT.

ROSSINI.

FERNANDO I, REY DE NAPOLES.

D. P. A. GIRON, DUQUE DE ANHADA.

CARLOS X, REY DE FRANCIA.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON.

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL

SIGLO XIX.

7616

117-200

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL SIGLO XIX.

POR

UNO QUE NO LO ES.

La biografía es el arte de reunir el personal de la historia, de las ciencias, de las letras, de las artes y de la sociedad...

J. NORVINS.

TOMO V.



MADRID,

IMPRENTA DE D. FERNANDO SÁENZ.

PLAZUELA DE CHLENQUE, 3.

1843.



M. NOTHOMB.

lar , sino tambien los grandes sucesos ocurridos en el mundo durante este periodo , y que estan intimamente enlazados con aquellas personas eminentes. De este modo reúne nuestra publicacion al interés biográfico el histórico , y las personas ilustradas podrán conocer y apreciar toda la importancia de nuestro trabajo.

Hay acontecimientos políticos , y personajes que en ellos han figurado , que apenas son conocidos; y no creemos ofender á la mayoría de nuestros lectores diciendo que el estado político y social de la Bélgica , y los hombres que á él han contribuido en los últimos tiempos , se hallan en este caso. Asi pues, no será inoportuno advertir, que Mr. Nothomb cuya vida vamos á bosquejar, es un Ministro belga, cuyo eminente talento de hombre de Estado , de orador y de publicista ha contribuido á dar á la Europa el espectáculo singular de una revolucion, que no solo ha dado por producto una Constitucion y una dinastia nueva , sino tambien un pueblo nuevo ; y todo esto sin guerra civil ni estrangera.

La creacion en las fronteras de Francia de una nacionalidad belga , creacion dos veces intentada y abortada otras tantas, de tres siglos á esta parte, es



M. NOTHOMB.

«El pueblo belga ha alcanzado su estado normal, y nada tiene ya que pedir á las teorías políticas. Constituir la Bélgica para la Europa, tal ha sido durante mucho tiempo el encargo de nuestros hombres de Estado; constituir un gobierno para la Bélgica misma, tal es en el día su tarea, tarea mas modesta y menos difícil, tarea que tiene poco eco en el exterior, y que solo crea reputaciones en cierta manera domésticas. Hemos trabajado para la historia durante tres años; en el día trabajamos para la administración.»

NOTHOMB.—*Ensayo histórico y político sobre la revolución belga*, página 430.

Uno de los principales objetos que nos hemos propuesto al publicar la colección de Personages Célebres del siglo XIX, ha sido no solo el dar á conocer los hechos y vicisitudes de su vida particu-

un suceso bastante importante por si mismo y por las consecuencias que puede tener en el porvenir, para que nos ocupemos y estemos al corriente de la situacion interior del nuevo reino. Preciso es no olvidar que en 1830, si la Bélgica pedia un Príncipe francés , lejos de dar con esto una prueba de desear su incorporacion á la Francia , era precisamente al contrario para evitar una union antipática á la gran mayoría del pueblo ; y que los 197 votos del Congreso proclamaron unánimemente la independencia del pueblo belga. No debe olvidarse tampoco que los belgas , antes de ser *afrancesados* por la Convencion , habian sido austriacos , y no habian querido permanecer tales ; que antes de ser austriacos habian sido españoles , y no habian querido permanecer españoles ; que en 1814 se alegraron de no ser ya mas franceses ; que convertidos en holandeses no han querido serlo ; y por último , que desde la disolucion del Ducado de Borgoña , aquellos tres ó cuatro millones de Flamencos y de Walones han sobrevivido á todas las conquistas, y atravesado, con su fisonomia y carácter especial, todas las combinaciones de la política europea.

Si se olvidasen estos antecedentes históricos , y se admitiera como cierta la hipótesis de *no vitali-*

dad, el nuevo Estado solo apareceria como una agregacion confusa, en cuyo seno luchan diferentes influencias estrangeras. De aqui resulta el que digan algunos que hay en Bélgica un partido inglés, otro francés, y otro holandés; otros mas sagaces añaden a la lista un partido aleman; pero se da siempre por supuesto, que el francés es el mas fuerte. Esta division hecha *á priori* carece de verdad, pues en Bélgica no existe ninguno de estos partidos, y el orangista, el único que durante algunos años ha tenido una existencia formal, debida á intereses industriales lastimados por la disolucion del reino de los Países Bajos, está en el dia casi del todo anulado; la union comercial con la Francia, ó á lo menos una rebaja en los aranceles bastaria para hacerlo desaparecer del todo. En suma, sobre la cuestion de nacionalidad no hay mas que un solo partido en Bélgica, el *partido belga*. No se tiene una idea del receloso ardor con que aquel pueblo, nacido ayer, aprecia su existencia. «Vuestras doctrinas nos conducirán á la *destruccion del nombre belga*;» tal es la acusacion que se dirigen unos á otros, los periódicos de diferentes opiniones.

La Bélgica actual es de consiguiente belga an-

tes de todo. No es nuestro ánimo discurrir aquí geográfica y políticamente, acerca del porvenir de ese reino de cuatro millones de almas, en el caso eventual de un conflicto europeo; cualquiera que sea este porvenir, no creemos que deba la Francia sofocar á los pueblos que quieren vivir absolutamente de vida propia, sino mas bien libertarles, suscitar las diversas nacionalidades sofocadas ú oprimidas por otros, y formarse con ellas una especie de haz de simpatias, de interes y de fuerzas, que le ayudarán á llenar noble y seguramente su destino. Si pues es posible la íntima union con la Bélgica, no vemos por qué haya necesidad de la reunion.

Para conocer bien el estado de las opiniones y de los partidos en Bélgica, es preciso recordar lo que se llamaba en Francia durante la Restauracion, la lucha del *partido eclesiástico* y del *partido liberal*. Hay en Bélgica una especie de partido eclesiástico, pero que difiere esencialmente del antiguo partido francés de este nombre, en cuanto tiene la inmensa ventaja de ser nacional, popular, y en muchos puntos liberal. La Bélgica es uno de los paises de Europa en que menos se ha debilitado el espíritu religioso; hay provincias

Unidad

enteras, especialmente las dos Flandes, en las que la fé es tan viva como en la edad media, y donde egeree el clero una influencia preponderante sobre todos los actos de la vida civil y política. La penúltima insurreccion de las provincias belgas contra las reformas filosóficas de José II, fue esencialmente religiosa.

Sin embargo, por muy católica que sea la nacion belga, ha estado demasiado mezclada en el movimiento del mundo, de 50 años á esta parte, para que no hayan penetrado en ella las ideas elaboradas por el siglo XVIII, y puestas en evidencia en 1789, principiando por las clases ilustradas de las grandes ciudades. Su larga reunion á la Francia, desde 1795 hasta 1814, favoreció aquel desarrollo, y ya en tiempo de Guillermo de Nassau principiaba el antagonismo entre los principios político-religiosos del catolicismo aplicados al gobierno, y las ideas puramente políticas de la filosofia moderna

Asi pues, entre los Belgas sometidos á la dominacion holandesa, los unos, los católicos, rechazaban la Constitucion del nuevo reino de los Países Bajos, á causa de su origen protestante, y como que consagraba en principio la libertad de

cultos y de la imprenta, en virtud de cuya libertad, el poder cometia ó toleraba actos antipáticos á los sentimientos religiosos de la gran mayoría del pueblo belga; al paso que los liberales, al contrario, solo pedian la egecucion estricta de la ley fundamental, y acusaban á Guillermo de violarla ó falsearla para establecer la supremacia civil y política de los dos millones de Holandeses, sobre cuatro millones de Belgas. Asi pues, católicos y liberales combatian con el mismo objeto con opuestos argumentos, y haciéndose fuego unos á otros, cuando conociendo que estaban todos oprimidos por un dueño comun, odioso á los unos como anti-católico, y á los otros como anti-liberal, resolvieron aplazar sus mútuos dissentimientos, y formaron en 1828, la célebre asociacion conocida por el nombre de Union de los Católicos y de los Liberales, que preparó la ruina de la dominacion holandesa; ruina de que no fue causa la revolucion de Julio, como se cree generalmente, sino solo la ocasion y la señal.

Una vez conseguida la victoria, cuando llegó el momento de constituir el nuevo Estado, el clero y los católicos cambiaron diestramente de sistema. Despues de haber combatido, antes de la *union*, en

nombre del principio católico de la autoridad, todos los principios de libertad que empleaba contra ellos un gobierno extranjero y protestante, conocieron, que puesto que tenían la mayoría, el mejor medio de asegurar su influencia sobre un gobierno indígena, era apoyarse contra él, en caso necesario, en el principio absoluto de libertad. Por lo mismo, la Constitución actual del reino belga, que es principalmente obra del partido católico, es sin disputa la mas libre de todas las conocidas en Europa. Separación absoluta de la Iglesia y del Estado, colocados enfrente uno de otro con completa independencia, si bien la Iglesia es asalariada por el Estado; libertad de cultos, libertad de enseñanza, libertad de la imprenta; privilegios importantes sobre el poder ejecutivo reservados al legislativo, representado por dos Cámaras igualmente electivas, de las cuales la una se compone de representantes asalariados y elegidos sin condicion alguna; numerosas restricciones puestas al ejercicio del poder ejecutivo, con los derechos concedidos á los consejos provinciales y comunales; tales son, en resumen, los principios que consagra la Constitución belga, en la que el poder hereditario y central está limitado por todas partes, en su acción política y administra-

tiva, por poderes electivos y locales. En cuanto á la eleccion, este manantial precioso del poder, el partido católico ha sabido apropiárselo por medio de una ley electoral, única en su clase; partiendo del principio, igualmente muy liberal, de una combinacion mas equitativa de las garantías del censo y de los derechos del número, la ley electoral belga ha establecido un censo variable, mucho mas elevado para las poblaciones de las ciudades, donde es menor la influencia del clero; y mucho mas bajo para las poblaciones del campo, donde aquella influencia es completa; de modo, que los electores campesinos componen mas de las dos terceras partes de la masa electoral. Cuando llega la época de las elecciones, los Obispos publican mandatos, los curas de las aldeas flamencas suben al púlpito y predicán contra el candidato liberal; despues, formando por batallones sus campesinos electores, marchan á su cabeza, como en los tiempos de la Liga, hácia el punto de la eleccion, y no lo sueltan hasta que han depositado en la urna la cédula que ellos les han entregado, y que contiene el nombre del candidato católico. Véase pues, como se ha podido decir que el clero belga, haciendo las leyes, esto es, haciendo á los que hacen las le-

yes, « gobierna realmente la Bélgica, y la gobierna por una aplicacion lata y completa del principio de libertad. » Sin embargo, esta frase, escrita por Mr. de Carné en la *Revista de los Dos-Mundos* en 1836, no es del todo exacta en el día, en cuanto no da una idea de la lucha que es ahora flagrante entre los dos partidos, cuyas fuerzas principian á igualarse. No hay necesidad de decir, que como verdadero Rey constitucional que sabe bien su oficio, el protestante Leopoldo se ha puesto hasta ahora de parte de la mayoría, es decir, de parte de los católicos, sin perjuicio de cambiar con la mayoría. Durante los primeros años que siguieron á la revolucion de Setiembre, mientras la cuestion para la Bélgica era de existir ó no existir, la cuestion exterior absorvió todas las demas, y no hubo propiamente hablando ni católicos ni liberales; reemplazó aquella division la de los bellicosos y de los pacíficos, de los hombres que querian resistir á la diplomácia europea, y de los que querian transigir con ella. Ambos partidos se reclutaban igualmente entre los católicos y los liberales, y la mayoría moderada, que se pronunció por la solucion pacífica, la componian hombres moderados de ambas opiniones. Pero cuando que-

dó definitivamente resuelta la cuestion exterior, no tardó en reproducirse sobre diversos puntos de organizacion interior, la antigua lucha que precedió á la *Union católico-liberal*. Asi pues, la Constitucion partia del principio de separacion é igualdad absolutas, entre los dos poderes civiles y religiosos; pero siendo la Iglesia mas fuerte que el Estado, debió tender, no solo á conservar su libertad de accion en su esfera, sino tambien á invadir la del Estado, monopolizando, con el objeto de una dominacion esclusiva, las libertades garantidas por la Constitucion. Asi pues, el culto será libre, pero con la condicion de que todos los privilegios quedarán reservados al culto católico; la enseñanza será libre, es decir que el clero podrá formar establecimientos particulares de educacion sin especie alguna de fiscalizacion del poder civil; pero que la autoridad civil, ya sea, el Gobierno, ya el Consejo Provincial ó Comunal, no podra nombrar un solo profesor ó institutor, en sus propios establecimientos, sin que de antemano haya obtenido el beneplácito del clero. De la ortodoxia exigida en materia de enseñanza pública, á la ortodoxia en materias de imprenta, esto es, á la censura eclesiástica, no hay mas que un paso.

¿Querrá darlo el partido católico? Es dudoso, si bien de ello se le acusa. Si hay en este partido nombres muy fogosos y muy retrógados, los hay también muy inteligentes y moderados; los hay también entre los católicos, ultra-liberales que casi siempre se han unido á la fraccion mas exagerada del partido contrario, para hacer una oposicion sistemática á todos los ministerios, aun los mas católicos. De todos modos resulta que el partido liberal, que ha debido á la accion de la imprenta un acrecentamiento continuo de diez años á esta parte, aun cuando en el fondo y por su misma naturaleza esté dividido en mas matices y mas indisciplinado que el partido contrario, principia á unirse para clamar contra las pretensiones no disfrazadas del clero, y apoderarse de la direccion de la sociedad entera, haciendo que las leyes consagren la subordinacion del poder civil al religioso.

Esta cuestion es en el dia la capital en Bélgica, el punto central á cuyo alrededor se clasifican y combaten los partidos. Si se busca en aquel país, como en Francia, la lucha entre la monarquía constitucional y la república, no se encontrará; si se busca, como en Inglaterra, la lucha

entre dos aristocracias, tampoco se encontrará. La aristocracia no existe en Bélgica como poder organizado; hay nobles diseminados en los dos campos; pero son sin embargo en mayor número en el partido católico. Este partido tiene una gran mayoría en el Senado; pero el Senado, como hemos dicho, es un cuerpo electivo, del cual puede formar parte cualquier ciudadano belga que tenga cuarenta años de edad, y pague 2,000 florines de contribucion, inclusa la patente.

Sin embargo se comprende perfectamente que esta division de los partidos en *católicos y liberales*, que se manifiesta en todos los puntos de organizacion interior, que se rozan mas ó menos directamente con la cuestion religiosa, no podia aplicarse con exactitud á todos los casos. Asi pues, sin hablar de la cuestion exterior, hay otras interiores de naturaleza esclusivamente política ó material, en las que las Cámaras presentan esa division banal, que se reproduce en todos los paises constitucionales, entre las opiniones moderadas y las estremadas. Bajo este punto de vista, la gran mayoría parlamentaria, que ha subsistido diez años en Bélgica sin alteracion esencial, representa una especie de partido justomedio, mo-

nárquico y moderado, amigo del orden, de la tranquilidad interior y exterior, y defendiendo uno y otro contra los hombres exaltados ó sistemáticos de los dos partidos. Esta mayoría mista, compuesta de católicos y liberales moderados, ha vivido tranquilamente unida por mucho tiempo con el auxilio de un sistema de mútuas concesiones, y de aplazamientos de las cuestiones político-religiosas; formaba ministerios mistos como ella, que se modificaban mas ó menos en uno ú otro sentido, segun las circunstancias; pero en los cuales dominaba con mayor frecuencia el color católico. Sin embargo, la fraccion liberal de aquella mayoría, inferior hasta entonces á la católica, se aumentaba á cada eleccion. Al fin del largo ministerio católico de Mr. de Theux, en 1840, estaban casi equilibradas ambas opiniones, y era por consiguiente mas y mas difícil el conciliarlas. La parte liberal principiaba á mostrarse reacia á las concesiones político-religiosas; cuando se formó el último ministerio Lebeau-Rogier, casi todos de liberales moderados, obtuvo durante algun tiempo una mayoría muy reducida en la Cámara de los Representantes; pero el Senado, donde dominaba el color católico, ha-

biéndole negado formalmente su apoyo, pidió al Rey la disolucion de las dos Cámaras, ó por lo menos la del Senado; no habiéndola podido obtener se retiró.

En medio de una crisis violenta causada por aquel inesperado arranque del Senado, en el momento en que inflamaba todos los espíritus la cuestion político-religiosa, fue cuando un antiguo amigo político de los ministros despedidos, uno de los hombres de Estado y de los oradores más brillantes de la mayoría moderada, se presentó, en Abril de 1841, para intentar la difícil obra de reformar aquella mayoría próxima á disolverse, y volverla á llevar al terreno de la *union*, sustituyendo, según él se espresa, *las cuestiones de negocios á las cuestiones de partidos*.

Esto nos conduce al fin, despues de un preámbulo un poco largo, pero que la naturaleza del asunto hacia necesario, á bosquejar rápidamente la vida de Mr. Nothomb, actualmente Ministro del Interior; los periódicos de la oposicion le llaman *el sestuplo ministro*; y es en efecto el único hombre del actual gabinete belga que tiene un valor político.

Juan Bautista Nothomb nació el 3 de Julio de

1805 , de padres oscuros, en un pequeño lugar del Ducado de Luxemburgo, llamado Messancy, el cual formando parte del distrito de Arlon, está comprendido en la parte del Luxemburgo dejado á la Bélgica por el tratado de 15 de Noviembre de 1831. Principiados sus estudios en el Ateneo de Luxemburgo, los terminó del modo mas brillante en la Universidad de Lieja, donde recibió el grado de Doctor en derecho, en 1826. La thesis latina del jóven Doctor de 21 años, consagrada á la historia del derecho enfitéutico entre los Romanos, fue tan notable, que un sabio profesor de la Universidad de Tubinguen, Mr. Zimmern, la creyó digna de un informe especial, y la insertó en una coleccion célebre en Alemania bajo el título de *Kritische Zeitschrift fur Rechtswissenschaft* (Rev. crítica de la ciencia del Derecho).

Mr. Nothomb establecido en un principio como abogado en Luxemburgo, conoció pronto que estaba llamado á representar un papel en la gran batalla que presentaba la imprenta belga al gobierno holandés. Se ha hablado muchas veces de la imposibilidad radical de la reunion de dos pueblos heterogéneos, á los cuales adornó el Congreso de Viena con el título de Reino Unido de

los Países Bajos ; pero ningun escritor la ha caracterizado con tanta energia como Mr. Nothomb.

« La naturaleza, dice, nos admira algunas veces creando seres dobles, que viven de la misma vida en cuerpos diferentes ; el arte y la política no han conseguido todavia imitar aquellos prodigios. Véase á los dos pueblos Belga y Holandés, pegados el uno al otro, mirando el uno al Mediodia y el otro al Norte. Cada uno de ellos tiene su civilizacion, su idioma, su religion, sus costumbres, en una palabra, una existencia propia ; el uno adopta la legislacion francesa, el otro la rechaza ; el uno reclama el jurado, el otro lo repele ; el uno quiere medidas prohibitivas en favor de su industria y de su agricultura, el otro pide la libertad para su comercio ; el uno recarga los géneros que el otro deja libres. Su actitud no es jamás la misma ; cuando el uno se mantiene derecho, es seguro que el otro se inclina. » (*)

De consiguiente, habiendo sido dada la Bélgica á la Holanda á *título de aumento de territorio*, cuatro millones de Belgas debian humillarse perpetuamente ante dos millones de Holandeses. Habia en esto un germen de revolucion, y la cuestion era ya solo de tiempo. Aproximábase el término, cuando el jóven abogado luxemburgués llegó á Bruselas, en 1828, para consagrar su pluma á la defensa de la causa belga. Unido á la redaccion del

(*) Ensayo histórico sobre la revolucion belga pág. 27.

Correo de los Países Bajos, Mr. Nothomb tomo una parte activa y hábil en la polémica de aquel periódico, que ejerció en Bélgica una influencia decisiva.

La Francia hizo su revolucion en tres dias, la Bélgica verificó la suya con mayor lentitud. Como es sabido, estalló la primera insurreccion en la noche del 25 de Agosto de 1830, despues de una representacion de la *Muda de Portici*; despues transcurrió un mes en conferencias y negociaciones entre Bruselas y el Haya. El Príncipe Federico, hijo segundo de Guillermo, quiso zanjar la cuestion, y marchó sobre la ciudad rebelde. Tres dias de sangrienta batalla en las calles de Bruselas, aseguraron el triunfo de la causa belga, y el 27 de Setiembre la revolucion estaba consumada de hecho.

Mr. Nothomb, que se hallaba á la sazón en su provincia natal, partió á la primer noticia del combate, llegó á Bruselas el 28, y fue al momento nombrado por el Gobierno provisional, individuo de la comision de Constitucion, que le eligió su Secretario. Despues de haber redactado, en union con Mr. de Vaux el proyecto que debía someter al Congreso nacional, tuvo igualmente parte en

la redaccion de los articulos electorales para la convocacion de aquel mismo Congreso , y consiguió hacer rebajar á la edad de 25 años la capacidad electoral , lo que le abrió la carrera legislativa.

Elegido miembro del Congreso por tres distritos de la provincia de Luxemburgo, hizo su entrada en la vida política el 10 de Noviembre ; y desde los primeros dias, aquel hombre de Estado casi imberbe, el individuo mas j6ven de la Asamblea, admir6 á los hombres que peinaban canas , con la sagacidad de su esp3ritu , la firmeza de su palabra , y la precoz madurez de su razon.

La situacion era en estremo grave ; trat6base para la B3lgica de saber si esta tercer tentativa de independenciam se llevaria á cabo , 6 si abortaria como las otras dos. Cuatro millones de hombres acababan de rasgar la Carta, trazada en Viena por cinco grandes potencias ; su situacion geogr6fica y su debilidad num3rica les obligaba á tener en cuenta en sus determinaciones , no solo á ellos mismos , sino á la Europa que esperaba , 6 mas bien que no esperaba ; pues desde el 7 de Noviembre , antes de la apertura del Congreso , la Conferencia de L6ndres , reunida por invitacion

del Rey Guillermo , había enviado á Bruselas dos comisionados, MM. Cartwright y Bresson, para interponerse entre la Bélgica y la Holanda , para proponer una suspension de armas , señalando á los dos pueblos, como línea del armisticio, los límites que cada uno de ellos tenia antes de la reunion, y atribuyéndose á sí misma *el derecho de facilitar la solucion de las cuestiones políticas*. Esta proposicion de la Conferencia , acogida á un tiempo por el Rey Guillermo y por el Gobierno provisional de Bélgica , fue el primer eslabon de la cadena de ochenta protocolos , que segun la expresion de Mr. Nothomb , debian estenderse en torno de la revolucion belga, y envolverla. En efecto , el segundo protocolo, arguyendo con la aceptacion del primero , declaró que aquella aceptacion constituia un compromiso con las cinco potencias , y desde aquel dia la *mediacion* tomó el carácter de un arbitraje.

Sin embargo , si la Europa pesaba sobre la Bélgica , esta pesaba á su vez sobre la Europa. La revolucion de Julio acababa de conmover al mundo ; la paz estaba pendiente de un hilo , y este hilo estaba en manos de un pequeño pueblo de cuatro millares de almas , que podia rom-

perlo y causar un conflicto general , que tal vez hubiera trastornado el viejo sistema europeo.

Esta perspectiva habia exaltado la cabeza de cierta parte del Congreso belga. Algunos, en corto número , convencidos de que la guerra era inevitable, é imposible la independendia belga , querían que se decretase desde el momento la reunion á la Francia. Estos por lo menos eran lógicos ; pero rechazaban su opinion todos los demas partidarios del sistema belicoso. Proponian éstos rechazar la intervencion de la Conferencia , continuar el duelo á muerte con la Holanda , y por último constituir la República Belga , á la vista y en medio de la Europa monárquica ; es decir que buscando la independendia , provocaban la reunion á la Francia , el repartimiento , ó la restauracion de los Nassau.

El entendimiento juicioso y claro de Mr. Notomb comprendió perfectamente cuanta insensatez y quimera habia en aquellas pretensiones. Comprendió que la Bélgica no podia existir á pesar de la Francia y de la Europa ; que si su existencia era posible , merced á la posicion crítica en que la Francia y la Europa se encontraban , era preciso aprovechar sin demora aquella situacion accidental

1848 - 1849

para transigir con todo el mundo ; que esta transaccion solo era posible con las condiciones siguientes : prohibicion de toda hostilidad que pudiese turbar la paz general ; sostenimiento del objeto de los tratados de 1815 , esto es , del principio de la independencia belga ; renuncia á toda conquista sobre la Holanda , y por último la adopcion del sistema monárquico constitucional.

Este orden de ideas , fuera del cual solo existia la guerra , cuyo primer resultado hubiera sido la destruccion de la Nacion Belga , encontró diestros y elocuentes campeones en MM. Nothomb , Devaux , Leveau , Rogier , Van de Weyer , y algunos otros jóvenes , casi desconocidos la víspera , y llamados poco despues por su talento á dirigir los negocios. Su sistema , sostenido con tanta energia como perseverancia , prevaleció en el Congreso , á pesar de los clamores de una minoria numericamente débil , pero fogosa y temible por el apoyo que encontraba en la fermentacion interior del pais. No es justo seguramente desdeñar á los hombres de Estado belgas. Por pequeño que fuese el teatro en que representaban , no por eso era menos difícil y complicada su situacion ; no se trataba solo de cambiar una dinastia y reformar

una Constitucion ; habian de crear á un tiempo mismo una dinastia , una Constitucion y un pueblo , hacer aceptar ó la Europa aquella triple creacion , y llevarla á cabo con una agresion permanente de parte del mas tenaz de los Reyes, sostenido en un principio, no solo por la Rusia, el Austria y la Prusia , sino tambien por la Inglaterra que luchó hasta el último momento por sostener á un Nassau en el trono belga. Quedaba el apoyo de la Francia , y esta lo dió. Bien fuese ó no sincero su desinteres , su apoyo fue real y eficaz. Los hombres de Estado belgas y el mismo Mr. Nothomb han olvidado despues algunas veces . que si la Bélgica existe, lo debe principalmente á la Francia.

Sin embargo, aquel apoyo tenia tambien sus riesgos ; pues una de dos cosas , ó la Francia entraria francamente en un sistema de patronazgo exclusivo , y entonces , en caso de guerra , era la reunion , y en el de paz un encaminamiento hacia ella ; ó la Francia se negaria , con ó sin razon á separarse de la Conferencia , y en este caso , su patronazgo , útil como preservativo , se volvía insuficiente para fundar alguna cosa definitiva y duradera.

Quisiéramos poder seguir paso á paso á la di-

plomacia belga entre todas aquellas dificultades; pero necesitaríamos un tomo, y además este trabajo está ya hecho de un modo superior por el mismo Mr. Nothomb en su obra, *Ensayo histórico y político sobre la revolución belga*, una de las más notables de nuestra época. Reasumiremos pues sucintamente la parte que tuvo Mr. Nothomb en la Constitución interior de su país, y en las grandes transacciones diplomáticas, en cuya virtud la Nación Belga ha entrado en el derecho público europeo.

Desde el 16 de Noviembre de 1830, el joven diputado propuso al Congreso el siguiente plan: primero, proclamación de la independencia del país; segundo, destronamiento del Rey Guillermo; tercero, adopción de una forma de Gobierno; cuarto, examen de la propuesta de exclusión de la casa de Orange-Nassau. Siguióse en efecto aquel plan. Sobre la cuestión de la forma del Gobierno, Mr. Nothomb sostuvo con elocuencia la monarquía representativa, porque asociaba las ideas de estabilidad con las de movimiento. El 23 de Noviembre, votó por la exclusión de la casa de Orange de todo poder en Bélgica; el 17 de Diciembre defendió la institución de las dos Cáma-

ras electivas é igualmente disolubles ; el 22 del mismo mes, sobre la cuestion capital, en Bélgica, de las relaciones del poder civil con el religioso, Mr. Nothomb, aunque perteneciendo al partido liberal de la *Union*, se apresuró á satisfacer al católico, sosteniendo el principio de la separacion absoluta de la sociedad civil y de la sociedad religiosa, del cual hace derivar la libertad de conciencia, la de la enseñanza, la de la predicacion, la abolicion de las bulas papales, de las investiduras reales, de los concordatos, en fin, la independenciam completa de los dos poderes, sin que ninguno de ellos pudiese hacer presa sobre el otro. Este principio es muy bueno en teoria; pero por mas que diga Mr. Nothomb, tienen ambos poderes demasiados puntos de contacto para que su aplicacion deje de ser muy difícil: el resultado lo ha probado. Hemos manifestado antes la polémica de los partidos establecida en el dia sobre las consecuencias de aquel principio: á los liberales acusando á los católicos de abusar de su posicion, para establecer la *supremacia religiosa*; á los católicos acusando á los liberales de tender á la *supremacia civil*, y Mr. Nothomb, actualmente gefe de un ministerio soste-

nido por el partido católico, es llamado renegado por sus antiguos amigos los liberales, aun cuando no haga mas que persistir en el principio adoptado por todo el mundo, doce años hace.

El 26 de Diciembre, apareció de nuevo en la tribuna Mr. Nothomb, para esponer y defender el principio de la libertad de la imprenta.

El 31 de Enero de 1831, cuando fue preciso optar entre dos candidaturas reales que se sabia de antemano eran imposibles, Mr. Nothomb, conociendo bien que la política francesa era todavia en aquel momento la mejor áncora de salvacion, se esforzó en demostrar que la eleccion no debia hacerse en sentido anti-francés; y separándose en este punto de muchos de sus amigos, votó por el Duque de Nemours contra el Duque de Leuchtenberg; obtenido el triunfo del primer candidato por un voto de mayoría, tuvo al menos el resultado de asegurar á la Bélgica, la simpatía del Gobierno francés.

Sin embargo, la situacion se empeoraba mas y más; la nueva nacion no conseguia constituirse; la anarquía la amenazaba, y la mataba el estado provisional, haciendo cada dia mas críticas sus relaciones con la Conferencia de Lóndres. Disuelto el Gobier-

no provisional el 23 de Febrero , y reemplazado por una Regencia confiada al auciano Baron Surllet de Chokier , Mr. Nothomb entró en el primer ministerio del Regente , en calidad de Secretario General del departamento de Negocios Estrangeros. Aquel ministerio duró solo un mes, y le reemplazó otro presidido por Mr. Leveau , en el cual conservó su puesto Mr. Nothomb. Estos dos hombres en el dia enemigos, amigos entonces , é iguales en talento, dirijieron la diplomácia belga durante aquel crítico periodo, que terminó con la eleccion del Rey Leopoldo y la primera transaccion con la Conferencia, conocida bajo el nombre de Tratado de los diez y ocho artículos.

Diremos en pocas palabras el estado de la cuestion diplomática en aquella época. La Conferencia de Lóndres , por su protocolo de 20 de Diciembre de 1830 , y á pesar de las protestas del Rey Guillermo, habia reconocido por principio la independencia de la Bélgica. Tratábase de estipular las condiciones de separacion de los dos Estados, y habia dos cuestiones : 1.^o la de los límites territoriales ; 2.^o la del repartimiento de la deuda comun á los dos pueblos. Sobre ambas cuestiones las partes contendientes tenian pretensiones muy difíciles de concii-

liar. La Holanda pedia la division del territorio sobre las bases de posesion de 1790, y la de la deuda bajo el pie de 1830. La Bélgica al contrario queria dividir la deuda, sobre el pie de 1790, y el territorio partiendo de 1830. La Holanda decia : « quiero tener todas mis antiguas fronteras de 1790, pero no quiero cargar con toda mi antigua deuda. » La Bélgica contestaba : « quiero apropiarme una parte del antiguo territorio holandés, pero no quiero soportar ninguna de las antiguas obligaciones de la Holanda. »

La Conferencia principi6 zanjando la diferencia en perjuicio de la Bélgica, con ventaja de la Holanda. No contenta con negar á aquella la orilla izquierda del Escalda, que reclamaba, á la verdad sin motivo plausible de derecho, y ademas la parte del Limburgo holandesa en 1790, y por la cual invocaba la Bélgica la voluntad de los habitantes y su cooperacion á la revolucion, le negó ademas el Luxemburgo, que la Bélgica decia ser belga y querer permanecer tal, al paso que la Holanda y la Conferencia sostenian que sí, en 1790, el Luxemburgo habia hecho parte de la Bélgica, desde el tratado de 1815, formaba un dominio separado, que poseian los Príncipes de la casa de Nassau, con

título diferente que las demas provincias belgas , y que como tal formaba parte de la Confederacion Germánica.

En cuanto al reparto de la deuda no se mostró la Conferencia menos injusta, pues pretendió cargar *a priori* á la Bélgica con $\frac{16}{31}$ del interés de la deuda general , sin consideracion á la parte de esta deuda contraida antes de la union de los dos paises , en cuya época la deuda holandesa y la belga estaban en la proporcion de 43 á 2. Semejante arreglo era tan favorable á la Holanda, que el Rey Guillermo, olvidando su protesta anterior, se apresuró á adherirse á aquellas bases de separacion. La Bélgica al contrario reclamó vigorosamente sobre ambas cuestiones , y aun cuando en un protocolo posterior declaró la Conferencia que aquellos arreglos eran *irrevocables*, el Congreso belga decidió hacer una protesta contra aquellos protocolos, la cual fue redactada y sostenida por Mr. Nothomb, como relator de la comision.

Tal era el estado de las cosas cuando MM. Leveau , Devaux y Nothomb se encargaron del poder. La Bélgica tenia en contra de sí las cinco cortes y la Holanda , entonces unidas, y su único apoyo en la crisis revolucionaria de la Europa,

crisis que se debilitaba de día en día, y que no podía tardar en dejarla en un aislamiento anárquico, espuesta á la triple contingencia de una sumision absoluta á las decisiones de la Conferencia, de un reparto, ó de una vuelta á la Holanda. Los tres hombres de Estado belgas, conocieron perfectamente que el solo medio de salir de aquella situacion era resolver cuanto antes la cuestion dinástica, y encontrar una solucion á aquella cuestion que dejando satisfecha la Conferencia, la llevase á hacer concesiones á una monarquía confesada por ella, que negaba á un Gobierno provisional. La consecuencia de aquel pensamiento fue la eleccion del Príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo, sostenida vivamente por Mr. Nothomb, como preliminar indispensable para entablar cualquiera otra negociacion con la Conferencia. Verificóse aquella eleccion el 4 de Junio de 1831, por una mayoria de 152 votos contra 43, con la condicion expresa: «de que el nuevo Rey aceptaria la Constitucion y juraria sostener la independenciam y *la integridad del territorio*:» lo que dejaba intacta la cuestion diplomática. Aquella misma noche MM. Nothomb y Devaux salieron para Lóndres en clase de comisionados, y fortalecidos con la

eleccion del Príncipe Leopoldo , supieron diestramente arrancar á la Conferencia la *revocacion* de lo que ella misma habia declarado *irrevocable*.

Consiguieron con respecto á la cuestion de territorio : 1.^o que habiendose declarado distinto el negocio luxemburgués del belga-holandés , debia aplazarse el resolver esta primera cuestion, hasta despues del advenimiento del Rey de los Belgas, con facultad en este de obtener del de Holanda la posesion entera del Luxemburgo, por medio de *compensaciones*: 2.^o que en cuanto al Limburgo la Bélgica podria conservarlo por entero por medio del cambio de territorios enclavados en el holandés, pero que no pertenecian á la Holanda en 1790. Finalmente, sobre la cuestion pecuniaria consiguieron los comisionados belgas hacer substituir, á la combinacion poco equitativa de la confusion y reparto preporcional de la deuda, la de un reparto segun el origen de las diversas partes de ella , es decir, que cada uno de los dos Estados debia volver á hacerse cargo de su deuda antigua , y repartirse solo por partes iguales la contraida durante la *Union*.

Tales fueron las bases del nuevo acto diplomá-

tico , conocido por el nombre de tratado de los 18 *artículos* , y destinado por la Conferencia á servir de preliminar á un tratado de paz definitiva entre ambas partes. Mr. Nothomb se apresuró á dar cuenta al Congreso de esta nueva decision de la Conferencia , mucho mas favorable que la primera. Habiendo declarado el Rey Leopoldo que no podia aceptar la corona sino despues de adoptados por el Congreso los 18 *artículos* , los adoptó aquella Asamblea el 9 de Julio , despues de una discusion tempestuosa. Notificose á la Conferencia la aceptacion , el Príncipe Leopoldo pasó á Bruselas , y fue inaugurado Rey.

Sin embargo , asi como antes habia protestado la Bélgica , protestó á su vez el Rey de Holanda contra los 18 *artículos* ; y no contento con protestar , resolvió llamar en su ayuda la lógica tan poderosa de los *hechos consumados* , que le salió perfectamente. Los belgas , exaltados con sus triunfos de Setiembre , se creian tan superiores á los holandeses , que ningun cuidado habian tenido de su organizacion militar. Las *blusas belgas* , sorprendidas por un ataque imprevisto del ejército holandés , fueron completamente derrotadas. El Príncipe de Orange vencedor en Lovaina , se adelantaba rápidamente

sobre Bruselas , cuando le obligó á retroceder la llegada del ejército francés, mandado por el Mariscal Gerard. Pero aquel contratiempo militar fue un golpe terrible para la diplomacia belga. Desvaneciéronse la mayor parte de las esperanzas contenidas en las disposiciones preliminares de los 18 artículos ; una agresion desleal (*) pero feliz, hizo inclinar de nuevo la balanza en favor de la Holanda. Abriéronse nuevas negociaciones, y Mr. Notomb, enviado á Lóndres con mision especial, se esforzó, aunque en vano, en luchar contra tan desagradable precedente. No dejando á la Conferencia ninguna esperanza de conciliacion las pretensiones de los dos partidos , resolvió atrevidamente cortar las dificultades, y redactó el famoso tratado de 15 de Noviembre de 1831 , llamado de los 24 artículos , que estipulaba arreglos definitivos. Esta tercer decision de la Conferencia, era una especie de término medio entre la primera y la segunda.

Sin embargo, Guillermo no estaba aun contento con los 24 artículos, rehusaba ratificar el tratado,

(1) Habia tenido lugar sin aviso anticipado de la suspension de armas, y con desprecio de la garantia de las cinco córtes, de las cuales, á la verdad, tres eran territorialmente hostiles á la causa belga.

y persistía en ocupar una porción del territorio señalado á la Bélgica. No entraremos ahora en el pormenor de los hechos que obligaron á la Francia y á la Inglaterra á adoptar medidas coercitivas, contra el mas testarudo de los Nassau pasados, presentes y futuros, y hacerle desalojar por fuerza la ciudadela de Amberes; medidas que tuvieron por resultado un convenio provisional, en cuya virtud, Guillermo, sin renunciar á sus pretensiones, consintió en un *statu quo* que dejó durante cinco años á la Bélgica en completa posesion de los territorios divididos, hasta que al fin cediendo á las quejas á que daban lugar entre sus súbditos el aumento de impuestos y la incertidumbre del porvenir, el obstinado Monarca se decidió á adherirse al tratado de 15 de Noviembre.

Durante estos cinco años, Mr. Nothomb añadió nuevos títulos como administrador á los que ya habia adquirido como diplomático, hombre de Estado y orador. Encargado durante tres años y medio del ministerio de obras públicas, desplegó en aquel ramo un gran talento de egecucion y una actividad prodijiosa. Cuando se recuerda la estensa y magnífica red de caminos de hierro que ha cubierto tan en poco tiempo el pe-

queño reino de Bélgica , todos los caminos, canales , edificios , toda la masa de trabajos de utilidad pública de toda especie, que este pueblo recién nacido ha logrado egecutar con tanta rapidéz y tan reducido presupuesto , hay que confesar que al menos en este punto la Bélgica eclipsa á otros países , y que muchos grandes hombres de Estado tal vez no harian mal en ir á tomar algunas lecciones de economía política de aquellos *pequeños Ministros* , que con muy poco dinero , saben llevar á cabo tan grandes cosas. Mr. Nothomb puede ser considerado en esta parte como uno de los representantes mas eminentes del Gobierno belga .

Ahora deberiamos referir de qué modo formando Mr. Nothomb parte del ministerio de 1889 , reducido á tres individuos , y en la peor posición que puede tocar á un hombre de Estado ; precisado á luchar contra las pasiones patrióticas en favor de *necesidades* que deplora , consiguió todavia engrandecerse en medio del violento combate de tribuna que precedió á la solución definitiva de la cuestión belga holandesa. Tendriamos que manifestar despues , de qué modo , separado de sus antiguos amigos políticos ha consegui-

do formar en el día un ministerio combatido por MM. Leveau , Devaux y Rogier , vueltos gefes de la oposicion , y que acusan á Mr. Nothomb de haber cambiado de bandera , mientras él sostiene que al contrario ellos son los que han abandonado el antiguo estandarte católico-liberal , para adoptar un liberalismo esclusivo. El hecho es que Mr. Nothomb , tiene mucha dificultad en sostenerse en el terreno de la union , del cual los dos partidos parecen dispuestos en el día á alejarse mas y mas. Los liberales reniegan de él porque los católicos le sostienen , y los católicos le sostienen por la razon opuesta. En cuanto á él , repite sin cesar que no es católico ni liberal , ni quiere mas apoyo que el de los hombres moderados de los dos partidos. Mucho tendriamos que decir acerca de esta situacion , pero nos falta el espacio , y volveremos á hablar de ella en la biografia de Mr. Leveau.





J.A.L.

F. de la Haye del.

LORD BROUGHAM.

Personages célèbres del Siglo XIX.



LORD BROUGHAM.

«To whom dispute and strife are
bliss and bread.»

CABBE.

Aquellos á quienes sirven de comi-
dilla y placer la disputa y el ruido.

Pro rege, lege, grege.

Divisa de Lord Brougham.



Ya hemos visto en Inglaterra al hijo de un fabricante colocado por su talento á la cabeza del partido tory ; ahora veremos otro ejemplo de la sagacidad con que la aristocracia inglesa, bien sea tory ó whig , sabe abrir oportunamente sus filas á los nombres eminentes de las clases inferiores. Los dos oradores principales de los dos partidos en la Cámara de los Lores , los dos per-

sonages, que desde 1827 han ocupado sucesivamente la primera dignidad judicial del reino, son dos advenedizos hijos de sus obras. El gran canciller actual, Mr. John Copley, en seguida Sir John Copley, y por ultimo Lord Lyndhurst, hijo, no de un artesano oscuro de la ciudad, como lo dijo sin razon Mr. Duvergier de Hauranne en uno de sus artículos de la *Revista de los Dos mundos*, sino de un pintor bastante distinguido, no por eso deja de ser en el dia uno de los hombres mas considerables del partido tory.

En cuanto al Lord Baron Enrique Brougham y Vaux de Brougham, en otro tiempo Mr. Brougham simplemente, pertenece es verdad á una familia muy antigua del Westmoreland, pues segun un libro geneológico se remonta nada menos que al tiempo de Eduardo el Confesor; pero su título de nobleza es mucho mas reciente, pues data de la revolucion de Julio de 1830, cuyo choque, derribando el ministerio tory, llevó súbitamente á la patria y á sentarse sobre el saco de lana, á un simple abogado miembro de la Cámara de los Comunes, quien declaró francamente que no queria aceptar ningun destino, sino el mas elevado.

Lord Brougham reune ademas al mérito de ser el primer patricio de su familia, el de haber nacido pobre, lo que es un obstáculo en todas partes, y en Inglaterra principalmente. Nació en Edimburgo el 19 de Setiembre de 1779, de un padre inglés y de una madre escocesa, siendo esta sobrina de Robertson, el célebre autor de la historia de Carlos V. Enrique Brougham hizo sus primeros estudios bajo la direccion del tio de su madre, y los continuó despues en la Universidad de Edimburgo, de la cual, si no nos equivocamos, era Robertson Rector. Manifestó desde luego suma aficion á las ciencias físicas y matematicas; y apenas contaba 18 años, publicó en una coleccion científica muy estimada, y conocida bajo el título de *Philosophical Transactions*, un *Ensayo sobre la flexion y la reflexion de la luz*, que llamó la atencion de los hombres competentes. Al mismo tiempo que cultivaba con ardor este ramo de los conocimientos humanos, siguiendo ya una correspondencia en latin con muchos sabios de Europa, empleaba igual ardor en sus estudios clásicos, leia á Demóstenes, Ciceron, Milton y Dante, se internaba en el laberinto de la jurisprudencia inglesa, y se prepa-

raba para la vida pública, ejercitándose en hablar en el *Speculative Club*, célebre sociedad donde la juventud universitaria de Edimburgo, preludiaba las luchas del foro y de la tribuna.

Al concluir sus estudios, uno de sus discípulos, el joven Lord Stuart de Rothsay, con el cual había contraído amistad, le propuso llevarle consigo en un viaje al continente. Recorrieron juntos la Suecia y la Noruega, única parte de Europa accesible entonces á los viajeros ingleses. Mas adelante, durante el Consulado, y la corta tregua que siguió á la paz de Amiens, hizo Brougham un viaje á París, y fue presentado á Carnot como un joven matemático de las mejores esperanzas. En efecto, acababa de publicar un nuevo trabajo sobre las propiedades de la *hipérbola cónica, las relaciones de la línea armónica en las curvas de diferentes órdenes*, que poco despues le abrió las puertas de la Sociedad Real de Lóndres.

Sin embargo, la tranquila carrera de las ciencias no podia ser suficiente para absorber la ardiente energía del joven inglés; un impulso irresistible le arrastraba hácia la vida activa, y en el momento mismo en que principiaba con bien

éxito en las matemáticas sublimes, preparaba dos volúmenes de Economía política, que se publicaron en 1803 (tenia entonces 24 años), bajo el título de *An Inquiry into the colonial policy of the European powers* (Investigaciones sobre la política colonial de las potencias europeas). Se ha dicho sin razon que los principios profesados en aquel libro sobre la esclavitud, estaban en contradiccion con las doctrinas posteriores de Lord Brougham, *abolicionista* celoso, compañero de armas de Wilberforce en su cruzada en favor de la libertad de los negros.

Un año antes de la publicacion de aquel libro, en 1802, un jóven condiscipulo de Brougham, Francis Jeffrey, que habia de ser poco despues uno de los críticos mas distinguidos de la Gran Bretaña, fundó la *Revista de Edimburgo*, y entre todos sus redactores, Brougham se colocó bien pronto en primera línea. Colaborador asiduo de aquella Revista hasta 1828, la ha enriquecido, sobre toda clase de asuntos, con una cantidad de artículos, que formarian reunidos de doce á quince volúmenes. Desde que tiene una participacion mas directa en los negocios de su pais, su colaboracion en la Revista es menos frecuen-

te, pero aun se la considera como la espresion de su pensamiento político.

Después de haber principiado favorablemente, como abogado, en los tribunales de Edimburgo, llamó Mr. Brougham en 1804 para defender un pleito en la Cámara alta, formó el proyecto de establecerse en Londres. El foro inglés estaba entonces representado por tres hombres eminentes, Erskine, Mackintosh y Samuel Romilly. El recién venido tardó poco en hacerse notable por su actividad, su elocuencia vehemente, la originalidad de su acento escocés, y la soltura de sus modales.

En 1808, Mr. Brougham, que ya se había distinguido en el foro, aprovechó la ocasion de un asunto relativo á los *Decretos del Consejo*, para abrirse paso á la tribuna, atacando viva y elocuentemente aquellos decretos en el foro y en la Revista de Edimburgo. Sabido es que el Gobierno inglés, en contestacion al famoso decreto del bloqueo continental, dado por Napoleon en Berlin, había dado otro declarando igualmente en estado de bloqueo las costas de Francia. De aquellos dos decretos igualmente opresivos, resultó una perturbacion universal en el comercio de los Estados neutros. Brougham se hizo el

órgano de las reclamaciones de los buques apresados, y pronto fué bastante su reputacion de abogado y de escritor político para que el partido whig le abriese la entrada del Parlamento. Segun creemos, el Duque de Bedford, fue el que en 1810 le hizo elegir diputado por el Burgo podrido de Camelford. En los dos primeros años de su permanencia en la Cámara, solo se distinguió por dos discursos contra aquellos mismos decretos del Consejo.

Despues de la disolucion del Parlamento, en 1813, el diputado whig se presentó como candidato á los electores de Liverpool, en competencia con Canning, entonces tory decidido; no triunfó en aquella candidatura, y no pudo volver á entrar en Westminster sino dos años despues, elegido por el Burgo podrido de Winchelsea. En el periodo que siguió á la caida de Napoleon, en el momento en que la antigua lucha entre los torys y los whigs, amortiguada por la guerra exterior, se habia vuelto á reanimar, fue cuando Brougham adquirió en el partido whig, y hasta en el radical, su grande reputacion de orador y de hombre de Estado. Adversario directo, fogoso, é injurioso muchas veces de Canning; combatiendo la

British Museum

elocuencia clásica y florida del poeta-ministro, con la elocuencia brusca é impetuosa de un Escita provisto de un vasto saber y de fuertes pulmones; oponiendo al porte elegante de su rival, el de un *boxador* inglés, Mr. Brougham llegó á ser en poco tiempo uno de los mas poderosos atletas de la oposicion, y el enemigo mas encarnizado del gabinete de Lord Liverpool. Las ideas de este sobre la Irlanda, la repugnancia de Canning á toda reforma parlamentaria, el apoyo dado por Lord Castelreagh á los proyectos de la Santa Alianza, la oposicion del Canciller Lord Eldon á toda mejora en la administracion de justicia, los errores rentísticos de Mr. Van Sittart, por último todas las medidas y cada uno de los miembros del gabinete, tuvieron que sufrir á su vez el fuego de la elocuencia amarga y sarcástica de Mr. Brougham. Veinte años despues, habiendo llegado á ser Gran Dignatario, el boxador oratorio de 1815 á 1823, se muestra en su última obra (*)

(*) *Historical Sketches of the Statesmen who flourished in the time of George III.*—Bosquejos históricos de los hombres de Estado del tiempo de Jorge III. —Esta galería de retratos, publicada primero en la Revista de Edimburgo y cuya segunda parte ha aparecido en 1839, es muy interesante. Todos los personajes que han representado un papel

apreciador mucho mas indulgente de las dificultades generales de la situacion en aquella época, y juez mas blando de los hombres y de las cosas tan maltratadas en otro tiempo. Hasta la Santa Alianza recibe atenciones en la persona de Mr. de Talleyrand, por quien el Lord Canceiller Brougham profesa una grande simpatia y una viva admiracion.

El famoso proceso de la Reina facilitó pronto á Brougham la ocasion de desarrollar en el mayor grado su talento y su popularidad.

La mala inteligencia entre Jorge IV y su muger databan de lejos; desde los primeros tiempos de su casamiento, Carolina de Brunswick, cuyo carácter por otra parte tenia pocos atractivos, *había experimentado la frialdad, las infidelidades*, y por consecuencia la aversion de su marido. Para justificar sus culpas, habia buscado motivos para acusarla. En 1806, á peticion de la misma Princesa, se habia hecho una averiguacion en presencia de los mandatarios de ambas partes, y se habian declarado mal fundadas las

importante en Europa á fines del siglo último y principio del actual, estan pintados frecuentemente en esta obra con una finura y delicadeza de tintas, que no eran de esperar de la rudeza oratoria de Lord Brougham.

inculpaciones; el Regente no dejó por eso de echarla de la corte como culpable, y poco despues le quitó á su única hija la Princesa Carlota. Por último, en 1814, por consejo de Mr. Canning, y por librarse de persecuciones que iban siempre en aumento, se decidió á marchar al continente, con una pension de 35,000 libras esterlinas. Pronto dejaron de ocuparse de ella en Inglaterra, y solo de cuando en cuando corrian voces poco favorables sobre su conducta. Mr. Brougham, que la habia encontrado en Italia en 1816, y á quien ella habia encargado el cuidar de sus intereses, propuso en 1819 á Lord Liverpool asegurarle por toda su vida la pension anual que se le habia concedido, con la condicion de que ella se obligaria á no volver jamás á Inglaterra; el ministro eludió la proposicion, alegando que era preciso hablar al Regente. Pero apenas con la muerte de Jorge III hubo subido el Regente al trono, Lord Liverpool quiso volver á entablar la negociacion con Mr. Brougham, y hasta propuso aumentar la renta á 50,000 libras; Mr. Brougham, que al parecer habia hecho la primera proposicion de motu proprio, declaró á su vez que debia conferenciar con la Princesa, vuelta Reina. Entretanto

to, Carolina que estaba en Italia, supo al mismo tiempo la muerte de su suegro, y la injuria que le acababa de hacer el nuevo Rey su Esposo, mandando borrar su nombre de la liturgia inglesa. Semejante noticia irritó su carácter ardiente, publicó al momento una especie de manifiesto, previniendo al ministerio que hiciese restablecer su nombre en la liturgia, y reconocer en todas partes su cualidad de Reina; anunciaba al mismo tiempo su intento de trasladarse á Lóndres, para ocupar su puesto en la ceremonia de la coronacion; y escribió á su abogado Mr. Brougham, quien le dió cita para Calais, para entenderse con ella y negociar un arreglo.

Dirigíase á aquel punto, cuando entre Dijon y Paris, halló al alderman Wood que iba á su encuentro. Era este alderman un radical pronunciado, que tenia una grande influencia con los jornaleros, y que previendo la fermentacion que produciria la llegada de la Reina, le anunció que el pueblo deseaba vivamente su regreso, y la ipstó para que pasase á Lóndres sin demora. Mr. Brougham, que se reunió con la Reina poco tiempo despues en Saint-Omer, se esforzó en vano para hacerla diferir su proyecto; partió de

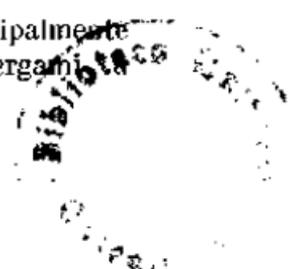
Saint-Omer sin advertirle, se embarcó en Calais, llegó á Douvres el 6 de Junio de 1820, é hizo su entrada en Lóndres, en medio de las aclamaciones de mas de 200,000 personas, yendo á alojarse en la casa del alderman Wood.

Jorge IV estaba furioso ; sus ministros, deseando evitar un escándalo, intentaron conseguir de la Reina que consintiese en regresar al continente, bajo las condiciones ofrecidas á Mr. Brougham. Celebráronse conferencias entre el Duque de Wellington y Lord Castelreagh en nombre del Rey, y MM. Brougham y Denman en el de la Reina. Esta última ofrecia marcharse, pero con la condicion *sine qua non*, de que se reconocieran su titulo y sus derechos de Reina. El Rey se opuso de un modo absoluto, y Lord Liverpool, cediendo al fin á la pasion del Monarca, presentó al Parlamento, el 6 de Julio, un mensaje oficial, relativo á hacer declarar la Reina culpable de trato adúltero, privada de su rango, y hacer pronunciar la disolucion de su casamiento con el Rey. Despues de la primera lectura del bill propuesto, se aplazó la segunda para el 27 de Agosto. Abriéronse los debates en la Cámara de los Lores. MM. Gifford, Copley,

Robinson, y Adams tenían el encargo del Rey de sostener la acusacion, y defendian á la Reina MM. Brougham, Denman y Lushington. Desde los primeros dias de la segunda lectura, Mr. Brougham pronunció contra el principio del bill uno de sus mas bellos alegatos. La audiencia de los testigos duró hasta el 6 de Setiembre, con todo el acompañamiento de escandalosos detalles que llevaba en pos de sí un negocio de esta clase. (*) Abrióronse en seguida los debates sobre el fondo, y los abogados de ambas partes rivalizaron en elocuencia. El segundo alegato de Mr. Brougham, cuyo objeto era destruir la multitud de testimonios invocados contra su defendida, produjo una viva impresion, y su perorata, sobre todo, hizo grande efecto. Dícese que Mr. Brougham, que comunmente improvisa, se cree obligado, y no sin gran trabajo, á escribir sus discursos en las ocasiones solemnes. Parece que escribió hasta catorce veces el que principiaba con estas palabras:

• «Ved, Milores, el asunto que vais á juzgar;

(1) Sabido es que la Reina era acusada principalmente de adulterio con un correo italiano llamado Bergami, quien habia hecho Intendente de su casa.



tales son los hechos que apoyan la acusacion ; no hay pruebas reales , ni nada bastante concluyente para privar de un derecho civil al último de los súbditos del reino ; no hay una falta probada ; por todas partes hay impotencia , ridiculidad , escándalo , monstruosidad. Y de este modo se sostiene la mas grave acusacion , de este modo se quiere destruir el honor de la Reina!...»

La tercera lectura de bill , que equivale á la declaracion de culpabilidad , solo se obtuvo por una débil mayoría. No se admitió la demanda de divorcio , y el ministerio , no queriendo esponerse á una derrota , llevando el negocio á la Cámara de los Comunes , se decidió á retirar su propio bill , haciendo aplazar la cuestion para dentro de seis meses ; pretesto decente para una suspension indefinida.

La Oposicion , sobre todo el partido radical y el pueblo , se asociaron á la victoria de la Reina , que fue celebrada con procesiones , iluminaciones y felicitaciones de todos los condados de Inglaterra. Pero aquel triunfo fue de corta duracion ; la popularidad de Carolina entre la clase ínfima del pueblo le perjudicaba en el ánimo de los whigs , y cuando un año despues , el dia

señalado para la ceremonia de la coronacion , se presentó en las puertas de Westminster en un coche tirado por seis caballos blancos , y rodeado de un inmenso y bullicioso populacho , la Oposicion vió sin disgusto que el Gobierno le negaba la entrada de la Abadia, y la obligaba á volverse con su escolta por el mismo camino que habia llevado. Poco tiempo despues , rendida Carolina por tantos sacudimientos , murió , y por orden suya se gravó sobre su tumba este epitafio *Here lies the injured Queen of England ;* aqui descansa la Reina ultrajada de Inglaterra.

Este famoso proceso tuvo de comun con tantos otros , que perjudicó á entrambas partes , y solo fue provechoso á los abogados. Mr. Broughan , distraido por él de la lucha parlamentaria , volvió á ella con su ardor acostumbrado.

Despues de la muerte de Castlereagh , Canning , que habia dejado los negocios en 1817 , á consecuencia de su disentiimiento con Lord Liverpool sobre la cuestion de la imancipacion catolica (*), y de sus simpatias confesadas por la Reina , fue llamado á reemplazar al ministro difunto; y con Canning , cuyas opiniones anteriores se habian ya

(*) Véase su biografia t. . III

modificado un poco, se introdujo en el Gabinete cierta mezcla de liberalismo. Ya hemos analizado este periodo del largo ministerio Liverpool (*). Sin embargo, fue la época en que Mr. Brougham se mostró mas violento en sus ataques contra él. Habíase convenido entre los miembros del Gabinete, que puesto que estaban divididos sobre la cuestion de Irlanda, se diferiria. Este arreglo fue al principio el testo fecundo de las recriminaciones de Mr. Brougham; lo indicó como una monstruosa apostasia de parte de Canning, y hasta llegó á acusar personalmente al ministro de *bajeza*; Canning, exasperado, le replicó desmintiéndole. El Presidente intervino, Canning, se negó á retractar su apóstrofe, y por último la cosa se arregló de cualquier modo, con la mediacion de Sir Roberto Wilson, y ambos declararon que sus palabras eran solo en *sentido político*.

La guerra emprendida por el ministerio Villele contra España, á pesar de los esfuerzos de Canning para impedirla, dió pronto un nuevo alimento á la incandescente elocuencia de Brougham. El que hace pocos años encontraba tan ri-

(*) Véase la Biografía de Sir Roberto Peel t. IV.

dicula la pretension de la Francia, de quererse ingerir en los actos de Lord Palmerston, no perdonaba á Canning que permitiese al Gobierno francés una medida que él desaprobaba; y no contento de combatir la neutralidad de Canning como una cobardia, se habia constituido el insultador obligado de todos los miembros del Gobierno francés: Mr. de Chateaubriand fue sobre todo el objeto favorito de las injurias del orador inglés. Dichosamente para su reputacion, no se limitaba el orador inglés á cultivar esta especialidad de su talento, sabia hacer de él un uso mas elevado, al tiempo mismo que defendia con todas sus fuerzas y en todas las ocasiones los dos principales puntos del programa político de los whigs: la emancipacion católica y la reforma parlamentaria. Al paso que abogaba con grande elocuencia por la abolicion de la esclavitud y la represion del comercio de negros, se entregaba con toda la sagacidad de su espíritu, y la incansable energia de su carácter al exámen y solucion de otras dos cuestiones mas descuidadas entonces, y sin embargo no menos importantes que las primeras; hablamos de la educacion popular, por la cual ha hecho mucho Lord Brougham,

y de las formas solicitadas ú obtenidas por él en diversos ramos de la legislacion inglesa.

En Inglaterra no existe, como es sabido, un sistema general de educacion popular por medio de establecimientos públicos, fundados y regidos por el Gobierno; en este punto todo está abandonado á la voluntad y arbitrio de los particulares, de los Ayuntamientos, ó de las corporaciones; y no presiden á la enseñanza, ninguna direccion; apoyo ninguno de la autoridad superior. Es precisamente lo contrario al sistema adoptado en el dia en la mayor parte de los Estados del Continente.

Bien se comprende, que si resultan algunas ventajas de este sistema absoluto de *dejar hacer* en materia de educacion, resultan tambien muchos inconvenientes, entre otros, el de una grande ignorancia entre las clases pobres, en un pais donde la instruccion del pueblo es considerada generalmente por las clases elevadas, y sobre todo por el clero, como una cosa inútil y hasta peligrosa. Convencido Lord Brougham que la instruccion, á lo menos elemental, de las masas, es en último resultado para una nacion la mas segura garantia de moralidad y bien-estar,

ha dedicado, con un ardor ridiculizado y tratado de charlatanismo muchas veces por sus adversarios, su tiempo, su talento y sus cuidados á estender un sistema general de educacion popular. Miembro, desde 1816, de una comision de informe sobre este asunto, instituida á peticion suya por la Cámara de los Comunes, ha llamado sin cesar la atencion del poder sobre este asunto; y si no ha podido hacer adoptar todas sus ideas, por lo menos ha contribuido poderosamente como particular al desarrollo de la educacion. Una primera escuela de niños, fundada en Lóndres en 1819, y á la que siguieron poco despues mucho establecimientos de la misma clase; numerosas escuelas de adultos para los operarios, conocidas por el nombre de *Mechanic's institutions*; la Universidad libre de Lóndres, la primera que se haya fundado en Inglaterra con la igual admision de todas las comuniones; establecimiento de una Sociedad para la propagacion de los conocimientos útiles, por medio de una série de publicaciones baratas y para el uso de las clases pobres: tales son los principales frutos de la generosa y patriótica solicitud de Lord Brougham. El mismo publicó en 1825, bajo el título de

Practical observations upon the education of the people, (Observaciones practicas sobre la educacion del pueblo), un libro pequeño pero muy notable, que repartido en un número de mas de 50,000 ejemplares, no ha sido poco útil á la causa de la cual se habia declarado campeón. Con este motivo, y en una viva réplica contra el ministerio Wellington, fue cuando Mr. Brougham, constantemente penetrado de la importancia de la educacion popular, y considerándola como el mas seguro baluarte de el porvenir, contra toda tirania clerical, aristocrática ó militar, pronunció su famoso dicho tan repetido despues. « *El maestro de escuela lo arregla bien.* »

No han sido menos perseverantes sus tentativas para reformar los vicios de la legislacion inglesa. Su trabajo mas importante sobre esta materia, es un inmenso discurso pronunciado por él en la Cámara de los Comunes, el 7 de Febrero de 1828, que duró siete horas, y en el que pasó revista á todas las partes del sistema judicial inglés. Recorriendo aquel tenebroso caos con la antorcha de una inteligencia superior, indicando los abusos acumulados durante siglos, y las mejoras que se debian efectuar, notó que hay en Lóndres tres

Tribunales Supremos, cuyas atribuciones son casi idénticas, pero que difieren considerablemente en cuanto á las formas que observan, y á los gastos de las instancias. Así pues, mientras que el Tribunal del *Banco del Rey* está sobrecargado de negocios, los de *Plaid's Communs* y del *Eschiquier* están casi ociosos, porque un pequeño número de abogados, que solo ellos tienen el derecho de abogar en aquellos tribunales, ejercen un monopolio perjudicial sobre los procedimientos. Desacertadamente se pasan todos los negocios concernientes á las Colonias al Consejo privado del Rey; los gastos de esta apelacion son enormes, y los consejeros ningun conocimiento tienen de las numerosas y diversas legislaciones que rigen en las Colonias. La tan elogiada institucion de los jueces de paz, cuyo nombramiento depende exclusivamente de los Lordes lugartenientes de los condados, y cuyo excesivo poder no está sugeto á ninguna fiscalizacion; las leyes sobre los bienes raíces y las sucesiones que difieren esencialmente, y sin suficiente motivo, entre unas y otras provincias; el excesivo rigor de la ley con respecto á la persona de los comerciantes quebrados, combinada con un favor concedido á la propiedad

inmueble, tal que se escapa casi siempre al acreedor aunque esté provisto de una sentencia; la falta de un régimen hipotecario regular y uniforme; todos estos puntos y otros muchos los ha analizado y discutido Lord Broughan, con tanta lucidez como saber.

No satisfecho con apreciar dogmáticamente la legislación de su país, se esforzó Lord Broughan, especialmente mientras fue Canciller, en ejecutar muchas de las reformas indicadas. Después de haber introducido grandes variaciones en la legislación sobre las quiebras, proyectaba una mejora de la más alta importancia, el establecimiento de un sistema regular de Tribunales locales, de que la Inglaterra carece completamente. Así es, que al paso que la administración política tiene por base la más completa descentralización, en Inglaterra la administración de justicia, es objeto de la centralización más enorme que jamás ha existido en país alguno. Los Jueces superiores, que residen en la Capital, recorren la Inglaterra dos veces al año; en algunos días deciden una innumerable cantidad de negocios; lo que no obsta para que una multitud de pequeñas jurisdicciones, de origen feudal ó municipal, juz-

guen arbitrariamente los pequeños negocios, sin convenir entre sí en los principios que sirven de base á sus juicios. Resulta de todo esto, que en ningun pais es mas viciosa y lenta la administracion de justicia, ni tan ruinosos los gastos de los procedimientos, como en Inglaterra. El plan de Lord Brougham para corregir tales abusos, como que atacaba los intereses de una corporacion codiciosa, crecida y poderosa, la de los hombres de ley, jueces, abogados, procuradores etc., no podia menos de encontrar una formidable oposicion; la Cámara de los Lores, guardadora feroz de las antiguas tradiciones y de los viejos abusos, adoptó la causa de los interesados, y rechazó el proyecto del ex-Canciller.

Volvamos á la vida política de Mr. Brougham. Sabido es cómo tuvo que entregar los negocios al partido whig el ministerio Wellington, despues de haberse visto arrancar la emancipacion católica. Formose el ministerio de Lord Grey; y Brougham, que habia contribuido poderosamente al triunfo del partido, fue creado Baron y Par de Inglaterra, y elevado á la dignidad de Canciller. Esta dignidad no es en Inglaterra un título honorífico, unido á la cualidad de Presiden-

te de la Cámara de los Pares como en Francia. El Canciller es á un tiempo miembro del Gabinete, Presidente de la Cámara de los Lores, y primer Juez de apelacion. Lord Brougham tenia el proyecto de dividir las atribuciones de la Cancilleria entre dos funcionarios distintos, el uno politico y el otro judicial. Esta reforma era sensata, pero heria la vanidad del cuerpo de lejis-tas, y de consiguiente no se ha podido hacer.

En la biografia de Lord John Russell, hablaremos detenidamente de la tenaz resistencia de la Cámara de los Lores al bill de reforma. En Octubre de 1831 pronunció el nuevo Canciller sobre este asunto uno de sus mas famosos discursos; despues de pintar en él Lord Brougham el estado espantoso de la Inglaterra, las conmociones, los incendios, los furtores del pueblo, *aquellos zumbidos de millares de hombres*, el orador escitaba á los Lores á no exasperar á la nacion con mas obstinada resistencia, y acceder á la reforma.

Una vez obtenido aquel triunfo capital, el ardor de Lord Brougham por las reformas politicas principi6 á calmarse un poco; le sucedió lo que sucede y sucederá á tantos otros espíritus fo-

gosos , mas ó menos templados por el ejercicio del poder , y cuyo punto de mira se limita á medida que se eleva su posicion. Durante el ministerio de Lord Grey y el primero de Lord Melbourne , fue uno de los miembros mas conservadores de aquellos dos gabinetes whigs , y de los mas dispuestos á poner término á las concesiones. Aquella voz , que en 1811 y despues se habia mostrado algunas veces tan ruda y estrepitosa contra Wellington , se elevó otras tantas hasta el dithyrambo , para celebrar las *maravillosas hazañas del primero de los héroes modernos* ; y aquella misma voz daba á O' Connell ; en medio de la Cámara de los Lores , la calificacion aristocrática de *gran mendigo*.

Cuando en Noviembre de 1834 , el ministerio Melbourne tuvo que ceder los negocios por un momento al partido tory , los periódicos whigs sostuvieron que el Lord Canciller estaba dispuesto á conservar los sellos en un gabinete tory , bajo la presidencia de Lord Wellington. Lord Brougham rechazó aquel aserto como injurioso , y se apresuró á dar su dimision. Pero cuando sus antiguos cólegas volvieron al poder en 1835 , él no volvió con ellos , y desde aquella época hasta la última disolucion

del gabinete Melbourne, Lord Brougham, sin pasarse al enemigo, no ha escaseado sus tiros á los que insistia en llamar *sus amigos*, es decir, á los miembros del gabinete whig, acusados por él á menudo de indecision, de debilidad y de culpable complacencia con O' Connell y los radicales. Esta actitud aislada de Lord Brougham le ha hecho comparar con el diputado francés Mr. Dupin. Pero séase lo que se quiera de esta comparacion, Su Señoría está mas fuera de lugar en la Cámara de los Lores de lo que lo estaria Mr. Dupin en la de los Pares. Además de que la gran peluca de Canciller, de que se ve libre en el dia, embellecia muy poco su rostro tan ricamente feo, Lord Brougham, al entrar en la Cámara alta, ha perdido una gran parte de las ventajas de su organizacion, á propósito para las tempestades y el combate. El poder de su sarcasmo é invectiva, la áspera violencia de su palabra, puede ejercitarse raras veces en medio de aristócratas desdeñosos y frios, saciados de todas las sensaciones, y que gustan mas de saber vivir que de la elocuencia *demostentiana*.

Lord Brougham, casado en 1819, no tiene mas que una hija, y un hermano, que es ó ha

sido miembro de la Cámara de los Comunes. Tiene relaciones de amistad con muchos personajes distinguidos de Europa. Despues de haber luchado en otro tiempo con Mr. Arago, en la *Revista de Edimburgo*, sobre algunos puntos de la ciencia, ha llegado á ser el íntimo amigo de este ilustre sabio, y le ha dedicado su obra sobre la *Teologia natural*, cuyo valor metafísico es muy disputado. Es miembro adicto del Instituto de Francia, y desde 1830 ha hecho dos viages á París, donde ha sido muy bien acogido.

En resumen, Lord Brougham, matemático, físico, metafísico, legista, abogado, publicista, economista, literato, hombre de Estado, orador; Lord Brougham, verdadera enciclopedia viviente, escribiendo y hablando sobre todo con igual facilidad, y ocupado sin cesar en agrandar por medio del trabajo la inmensa esfera de sus ideas; debe evidentemente ser colocado entre los personajes de la Inglaterra, aun cuando los hombres especiales le consideren débil en tal ó cual parte de la ciencia. Pero la vida política de Lord Brougham, no habiendo sido, de treinta años á esta parte, mas que un perpétuo combate, en el cual si cambiaba alguna vez de ter-

reno se ha colocado siempre como un atleta impetuoso é implacable, resulta, que el noble Lord tiene muchos enemigos, y que de consiguiente es preciso dejar á la posteridad el cuidado de clasificarlo definitivamente.







J.A.L.

Lit. de los Artistas.

M. MOLES.

Personajes célebres del Siglo XIX



EL CONDE MOLÉ.

« Molé, este bello nombre de la magistratura, carácter destinado probablemente á representar un papel en los ministerios futuros. »

NAPOLÉON.—*Memorial de Santa Helena.*

« Al lado de la ventaja de innovar, hay el peligro de destruir. »

MOLÉ.

En materia de dogma político, lo mismo que en materia de fé religiosa, pueden dividirse los hombres en tres clases; hay creyentes sinceros y desinteresados, cuyo número es muy reducido; hay indiferentes, cuyo número es grande; y por último, hay devotos falsos, cuyo número es inmenso. En cuanto á los ateos, si bien existen en política, no lo confiesan, y se alistan necesariamente en la segunda ó tercera categoría.

Nada diremos de los dogmáticos sinceros; cualquiera que sea el dogma que profesen, sus creencias son respetables, por la sola razon de que son creencias. En cuanto á aquellos, que por un mezquino interés cualquiera, se constituyen fogosos apóstoles de una religion que no sienten en su corazon, tampoco hablaremos de ellos, tanto mas al ir á tratar de un hombre enemigo del dogmatismo de los sistemas, de un hombre, cuyo total símbolo político puede reducirse con corta diferencia á estas palabras: «Lo que existe, tiene suficiente razon para existir, puesto que existe; y el Gobierno que mas dura, es el mejor de los gobiernos.»

El Conde Molé es el representante mas racional, mas moderado, mas elevado de esa asociacion de hombres políticos, de los cuales Mr. de Talleyrand ha sido por mucho tiempo el mas diestro y atrevido gefe. No os apresureis demasiado, los que creeis, ó fingis creer, no os apresureis á arrojar la primer piedra á esos hombres, que han servido sucesivamente á todos los gobiernos, porque lo eran. No olvideis que no son ellos los que crearon las situaciones, sino estas á ellos. Mr. Royer-Collard ha dicho sobre este asunto una expresion

profundamente triste, pero profundamente cierta. « Existe, esclamaba un dia el viejo doctrinario en la tribuna (*), existe una grande escuela de inmoralidad, abierta de cincuenta años á esta parte, cuya enseñaanza, mucho mas poderosa que los periódicos, resuena en el dia por todo el mundo. Esta escuela, son los *acontecimientos*, que se han realizado casi sin interrupcion á nuestra vista. Recorredlos: el 6 de Octubre, el 10 de Agosto, el 21 de Enero, el 31 de Mayo, el 18 Fructidor, el 18 Brumario; deténgome aqui. ¿Qué vemos en esta série de revoluciones? El triunfo de la fuerza sobre el órden establecido, y apoyándose en las doctrinas para legitimarlo; hemos obedecido á las dominaciones impuestas por la fuerza, hemos recibido, celebrado sucesivamente las doctrinas contrarias que las ensalzaban. »

Este cuadro es sombrío, pero verdadero; si una revolucion supone siempre un progreso en la marcha de la humanidad, las infinitas convulsiones que van en pos de ella, tienen de desagradable, que desnaturalizan los sentimientos de lo justo y de lo injusto, y hacen mas y mas confusa la nocion del derecho en política. Durante

(*) Sesion de 25 de Agosto de 1835.

muchos siglos, la Francia, despues de salir de la oligarquía feudal, vivió, sufrió, peleó, y venció á nombre de un principio claramente enunciado, y unánimemente aceptado. En la época en que el Rey no moria nunca en Francia, el Rey era el Estado, el Rey era el derecho, ya estuviese en Burges, Orleans ó París, ó ya cautivo en tierra estraña, como San Luis, Juan II ó Francisco I. Cualquiera que atacaba al Rey, atacaba al Estado, atacaba al derecho, y su nombre pasaba á la posteridad con la mancha de felonía, ya se llamase Marsell, preboste de los mercaderes, Condestable de Borbon, ó Byron. En aquellos tiempos, se asesinaba á los Reyes, pero no se les juzgaba, no se les deponia, no se reneaba de ellos. Aquel dogma de la legitimidad, despues de haber gloriosamente transcurrido su tiempo, murió en el cadalso con Luis XVI; en vano se ha intentado despues galvanizarlo, la esperiencia ha probado que estaba bien muerto. Pero como las naciones no pueden permanecer mucho tiempo sin fé política, no tardó en establecerse un nuevo dogma sobre las ruinas del primero. El dia en que el trono quedó despojado del carácter sagrado que le hacia emanar de Dios y de sí

mismo, la soberanía hubo de pasar á manos del pueblo, y allí principió la confusion. Siendo el pueblo un ser colectivo, compuesto de individualidades, cuya gran parte son incapaces de concebir en política una voluntad propia y motivada, surgieron por todas partes las ambiciones y las interpretaciones individuales; cada cual ha hecho hablar al pueblo á su modo, y durante un tempestuoso período, al mismo tiempo que aque pueblo era grande por su generosidad, y heróico bajo las banderas, se cometian en su nombre los actos mas contradictorios, mas tiránicos, mas estúpidos y atroces que imaginarse puedan; entonces la sociedad no era mas que una inmensa y sangrienta arena, donde, segun la espresion de Danton, era preciso ser *guillotinator ó guillotinado*; entonces, lo que el dia antes era virtud se convertia en crimen, y el que triunfaba la víspera, era proscrito el dia siguiente; entonces por fin, segun el dicho enérgico de Mr. de Lamartine, el Panteon servia de conducto á la cloaca.

¶No debe, pues, admirar, que en medio de aquellas victorias rápidas y efímeras de la fuerza, legitimadas todas por el dogma elástico de la soberanía del pueblo, haya habido hombres adic-

tos á lo pasado por el nacimiento, pero bastante inteligentes para comprender que los siglos no retroceden hácia su origen; hombres enemigos por carácter de sangre y de violencia, que no encontrando en cuanto veían nada parecido á un principio, han roto con los principios mismos por dedicarse solo á normalizar los hechos, dándoles los caracteres regulares y tranquilos de un derecho. Durante todo el curso de aquellas conmociones políticas, por dó quiera que surge una idea de estabilidad y de orden, se ve á estos hombres correr á ella y abrazarla. Mientras esta idea permanece en las condiciones lógicas de acrecentamiento y poder, estos hombres le pertenecen en cuerpo y alma; el día en que abusa de sí misma, se alejan de ella poco á poco, y su retirada es la primera señal de su ruina. ¿A quien se ha de echar la culpa? Nos parece que mas bien á la idea que á los hombres.

No hay duda que es desagradable para la moral de un pueblo, que por carencia de una fé política universalmente aceptada, haya obligación de gobernarle, mas bien que con principios, con intereses: pero este estado transitorio de indiferencia ó de conflicto en materia de dogma, no

es mas que el resultado de cincuenta años de disensiones. ¡Las revoluciones engrandecen á los pueblos, pero acaban por gastarlos; y desgraciadas las naciones donde se reproducen con demasiada frecuencia tales periodos de violentas sacudidas! Pero entremos ya en la vida histórica de Mr. Molé.

En 1794, en los dias mas tristes del terror, existia una familia noble y desgraciada, que se ocultaba en una pobre guardilla de la calle del *Bac*. Componian aquella familia una muger muy anciana, su hija, su nieta, y un niño de 14 años. Aquel niño, con la precocidad de entendimiento que dá el infortunio, era la providencia de su familia; él era el que salia misteriosamente al anochecer, librándose, por su poca edad, de las sospechas y persecuciones; él, el que se ingeniaba de mil maneras para dulcificar las crueles privaciones que experimentaban los suyos; en fin, el que jamás volvía á su casa sin llevarles socorros, consuelos y esperanzas. Aquel niño precoz y piadoso era el Conde Molé.

Nacido en 1780, Luis Mateo Molé habia emigrado en un principio con su padre, el Presidente Molé de Champlatreux; habiendo vuelto

imprudentemente á Francia , ambos tardaron poco en ser descubiertos , y encarcelados ; el Presidente murió en el cadalso , y su hijo no debió la vida sino á su estremada juventud. En vano le hicieron horribles amenazas para que descubriese el asilo de su abuela la Marquesa de Lamoignon , su madre y su hermana ; pusieronle en libertad despues de una muy larga detencion , y entonces , olvidando el esplendor en que habia nacido , entró con valor en el mundo , y con la confianza que da á un alma generosa el cumplimiento del mas sagrado de los deberes.

Sin embargo , pronto tuvo que abandonar de nuevo la Francia ; el jóven Molé habia sido observado , y ya no estaba seguro el asilo donde se ocultaban sus parientes ; uno de sus antiguos criados , convertido en una potencia revolucionaria , les dió aviso de lo que contra ellos se intentaba. Huyeron ; pero la Marquesa de Lamoignon , no pudiendo conformarse con el destierro , se refugió en Vaunes , donde estableció despues una comunidad , de la cual Napoleon la nombó Superiora. El jóven Molé pasó á Suiza , y desde allí á Inglaterra con su madre , y despues de mil tribulaciones regresó á Francia , cuando la caída de

Robespierre. Mme. Molé fue á unirse con su madre á Vannes ; y poco tiempo despues se vió en París al último descendiente de los Molé , entregado al estudio en una guardilla , preparándose á reconquistar por si mismo la brillante existencia que la revolucion le habia quitado ; siguiendo libremente los cursos de la Escuela Politécnica, entonces Escuela Central de obras públicas, y confundido en medio de aquella juventud codiciosa de saber , que se agolpaba á las lecciones de Lagrange, Laplace , Monge , Fourcroy y Berthollet.

Despues de establecido el Consulado , pidió el jóven Molé una audiencia á Bonaparte , para reclamar la restitucion de sus bienes no vendidos ; y hallándose en este caso la hermosa hacienda de Champlatreux , le fue devuelta.

Algunos años despues , en 1806 , apareció un libro titulado : *Ensayos de Moral y de Política*, el cual elojó mucho Mr. de Fontanes en el *Diario de los Debates*. El Emperador leyó el artículo , pidió el libro , y se hizo presentar al autor , que era el jóven Molé ; el Emperador le nombró al momento Oidor del Consejo de Estado. Poco tenemos que decir de este libro , tantas veces echa-

do en cara al Ministro de una monarquía constitucional. Está escrito con facilidad, las observaciones son mas brillantes que sólidas, y es en suma una completa apologia del despotismo; pero no hay que espantarse, piénsese en aquellos tiempos, en el cansancio general, en la postracion que sigue á las convulsiones violentas. Se estaba disgustado de la inestabilidad de los poderes públicos, se salia de la anarquía, y esta ha sido en todas épocas un camino para la tiranía. A fin de disculpar, ya que no de justificar al autor de los *Ensayos de Moral y de Política*, recordaremos solo que en aquella misma época, un jóven diácono escribia en el fondo de la Bretaña su primer libro, y esta obra de Mr. de Lamennais (*), es tambien la glorificacion del despotismo.

Desde el momento en que Mr. Molé entró en el Consejo de Estado, su fortuna marchó rápidamente; Napoleon era apasionado de los apellidos ilustres, cuando los que los llevaban eran dignos de ellos; y le gustaba en Mr. Molé la urbanidad de sus formas, la sagacidad de su entendimiento, y su aficion al trabajo. Sucesivamente le nombró *Maitre des requetes*, Prefecto de Di-

(*) Véase su Biografía tom. III.

jon , en 1807 , Consejero de Estado en 1809 , Director General de Puentes y Calzadas , Conde del Imperio , y Comendador de la Orden de la Reunion . Como Director de Puentes y Calzadas fue enviado á Amberes en 1811 , en la época en que el General Bernard dirigia en aquella ciudad las obras de fortificacion . Allí se conocieron aquellos dos hombres , se apreciaron , y Mr. Molé pagó noblemente su deuda de amistad , en el elocuente elogio fúnebre que hizo de aquel General .

Iba siempre en aumento el favor de Mr. Molé con el Emperador , y apenas contaba treinta años , fue agregado á los trabajos de su propio Gabinete . Allí en continuo contacto con el hombre que aun tenia en su mano á la Europa entera , fue donde Mr. Molé se inició en esa ciencia de los detalles , en ese despacho de los negocios , que ningun hombre de Estado de Francia posee mejor que él . Aquellos jóvenes consejeros de Estado del Imperio , eran grandes trabajadores ; hablábase poco entonces , pero se obraba mucho . Habia que abarcar con la vista el inmenso círculo de una administracion gigantesca y complicada , y era preciso estar dispuesto á todo y sobre todo ; un encargo no daba lugar á otro , y con

una palabra era preciso viajar como una flecha del Este al Oeste, del Norte á Mediodia. Napoleon se separaba poco de Mr. Molé. «Molé, decia con frecuencia hablando de él, es un entendimiento sólido, un Ministro monárquico, que se ocupa mas del fondo que de las formas.»

Despues de haberse retirado Mr. Regnier, Duque de Massa, fue nombrado Mr. Molé Gran Juez Ministro de Justicia, en 1813. Se le han echado en cara, con razon, algunos discursos de una lisonja, por lo menos intempestiva en aquella época. Asi es, que despues de la desastrosa campaña de Rusia, se presentaba en la tribuna del cuerpo legislativo á desenvolver en hermosos periodos las glorias de la Francia, y esclamaba: «Si un hombre del siglo de Médicis ó de Luis XIV resucitara, y preguntase, al ver tantas maravillas, cuantos reinados gloriosos, cuantos siglos de paz se han necesitado para producirlas, le responderiais que han bastado doce años de guerra, y un solo hombre.» Despues, cuando Napoleon quiso despojar al Cuerpo legislativo del último derecho que le quedaba, el de proponer los candidatos para su presidencia, Mr. Molé sostuvo y defendió aquella arbitraria medida, con razones

de forma y de etiqueta. Convenimos en que todo esto no era una maravilla de independencia; ¿pero dónde estaban entonces los independientes? Cuatro ó cinco pudiéramos citar; fuera de ellos, todos daban incienso, sin escluir los tribunos del día.

En los días de desgracia, variaron las cosas de aspecto; por do quiera salieron Demóstenes y Catones, todos quisieron dar un puntapié al ídolo que adoraban el día antes. La conducta de Mr. Molé fue digna; despues de acompañar á Blois á Maria Luisa, como Ministro de Justicia, no figuró durante la primera restauracion. Sin embargo, debemos decir que firmó, como miembro del Consejo municipal del Sena, una esposicion muy virulenta contra el Emperador, presentada á Luis XVIII algun tiempo antes del 20 de Marzo. Durante los cien días en vano intentó Napoleon hacer aceptar un ministerio á Mr. Molé; volvióse á encargar sencillamente de la Direccion de Puentes y Calzadas, y se negó á firmar la declaracion del Consejo de Estado del 25 de Mayo, que separaba la Francia de los Borbones. Un biógrafo (*) ha dicho, sin acompañar este aserto, cuan-

(*) Rabbe et Boisjolin.

do menos extraño, con prueba de ninguna clase, que habiéndole Napoleon hecho fuertes cargos por aquella negativa, se disculpó diciendo: « Que no habia podido consentir en firmar un mensaje, en el cual se decia que Napoleon debia su corona al voto y á la eleccion de los franceses, lo que era una blasfemia política, de la cual no habia creido deberse hacer culpable. » Pero nótese que el mismo Napoleon, al regresar de la Isla de Elba, proferia en alta voz esta blasfemia política; de consiguiente, este grande absurdo atribuido á Mr. Molé nos parece muy apócrifo. Mr. Molé se hallaba en las aguas de Plombieres, cuando Napoleon, á pesar de su negativa, le nombró individuo de la Cámara de los Pares; esousose de presentarse pretestando enfermedad, y despues de la batalla de Waterloo, Luis XVIII le conservó en su puesto de Director de Puentes y Calzadas, volvió á llamarle al Consejo de Estado, y le nombró á su vez Miembro de la Cámara de los Pares.

Hasta aqui hemos visto á Mr. Molé, cortesano algunas veces, ¿quién no lo era entonces? pero constantemente extraño á los actos violentos á que inclinaban algunas veces al Emperador, que era bastante propenso á ellos por su carácter,

consejeros rencorosos. Mr. Molé habia sufrido mucho durante la República, y hubiera podido tener tambien ódios que sastifacer. Pero es propio de hombres de su temple mirar los hechos bajo cierto punto de vista práctico, que escluye así el ardor de las creencias, como el ardor de los resentimientos. La moderacion es como una condicion de su naturaleza. Asi es que se esplica con dificultad la parte que tomó Mr. Molé en el deplorable proceso del Mariscal Ney. ¿Cómo pudo juzgar digno de muerte, el noble Par que sabia por esperiencia el irresistible ascendiente de Napoleon sobre cuantos le rodeaban, á un soldado valiente, que ni siquiera era hombre político, y que en resumen no habia hecho mas que ceder á una fuerza de atraccion mas fuerte que él?

Las crueles palabras del Duque de Richelieu, pidiendo la cabeza de Ney en nombre de la Europa, han hecho creer á muchos, que la influencia estrangera era la principal causa de la muerte del Mariscal; se ha acusado á Wellington, á los Ministros, al Rey, á los Pares, y se ha olvidado completamente á la Cámara de Diputados de 1815. Basta leer el *Monitor* para ver la gran parte de responsabilidad que debe pesar sobre la

mayoría realista , en las reacciones de aquella triste época. No puede formarse idea de la violencia en el lenguaje de todas aquellas aves de rapiña , salidas de sus guaridas de las provincias con el ódio y la venganza en el corazón , furiosos unos por las miserias de un largo destierro, otros por las humillaciones de una prolongada oscuridad , embriagados con su triunfo , y dispuestos siempre á acusar á los Ministros de complicidad con los jacobinos y Bonaparte , que eran para ellos una cosa misma. Despues de haberse escapado Lavalette , hubo uno de aquellos Diputados que se levantó y pidió que se acusara al Guarda-Sellos , culpable , segun decia , de haber favorecido las *esperanzas* de Mme. de Lavalette , de conseguir del Rey el perdón de su marido.

¡Que cosa tan horrible es la pena de muerte en materias políticas! Resucitense con la imaginacion cuantos han muerto durante este medio siglo á nombre y en virtud de principios contrarios ; de todos estos hombres que han sufrido la suerte de los criminales , dejando aparte algunos asesinos inmundos y cubiertos de sangre , y que no han hecho mas que sufrir la pena del talion , no hay uno que en el dia no viviera apreciado y hon-

rado. ¡Tal es la justicia humana! Dos años han transcurrido apenas desde que sufrieron en un patíbulo la última pena Leon (*), Montes de Oca, Borso, Quiroga y otros, y ya ha triunfado la noble causa que ellos defendieron. Con este motivo y aun cuando no sea en nuestro tiempo moneda corriente el alabar á los Reyes, aunque lo merezcan, diremos sin embargo de paso, que Luis Felipe no ha firmado nunca una sentencia de muerte por delitos políticos. La posteridad lo recordará, y ella calificará también la opuesta conducta del poder temporal que sacrificó sin piedad á las ilustres víctimas que acabamos de mencionar, y á algunas de las cuales era deudor de gran parte de su gloria militar.

Seríamos injustos sino dijéramos que Mr. Molé, después de haber votado la muerte de Ney con toda la Cámara, menos doce votos que estuvieron por la deportación, intercedió eficazmente con Mr. de Richelieu para obtener la gracia del condenado. Las memorias de Lavalette atestiguan sus laudables esfuerzos por salvar á las otras víctimas de la reacción.

En Agosto de 1817 reemplazó en el Moniste-

(*) Véase su biografía t. I.

rio de Marina al Mariscal Gouvion Saint-Cyr, y durante aquel ministerio espuso los motivos de una ley contra el comercio de negros, presentó un proyecto de ley contra la imprenta, y fue reemplazado al concluirse la sesion; en 1820 se separó del todo de los ultra-realistas. La Cámara de los Pares acababa de constituirse en tribunal de justicia, para juzgar el atentado de Louvel, asesino del Duque de Berry, y Mr. Molé se opuso al proyecto de mensaje al Rey.

En 1822, Mr. Molé se colocó en la oposicion contra el Ministerio Villele, y se pronunció con MM. de Talleyrand y Decazes contra el nuevo proyecto de ley sobre los delitos de la imprenta, que substraia á los acusados de la jurisdiccion del Jurado.

Desde aquel momento, conservó Mr. Molé con todos los ministerios que se sucedieron durante la restauracion, una especie de reserva fria é impasible. El ministerio Polignac, sobre todo, encontró al hombre de Estado en una actitud espectante, y previendo con Talleyrand *el principio del fin*.

Despues de establecida la monarquía del 7 de Agosto, encontrábase frente á frente dos

sistemas, la guerra y la paz. Los partidarios de la primera sostenían que era preciso que la Francia aprovechara el impulso de Julio y las simpatías de los pueblos, para rasgar los tratados de 1815, y recuperar con la fuerza lo que la fuerza le había arrebatado. Todos los hombres de Estado prácticos, juzgaron la situación de otro modo. No sabemos cual de ambos sistemas era mejor. De todos modos, eran terribles las eventualidades de la guerra con el corto número de soldados, con el desquiciamiento de la organización militar, con las fuerzas que la Francia necesitaba para su reciente conquista de Argel. Prevalció el sistema de paz; y al mismo tiempo que Mr. Mole daba seguridades á los gabinetes de Europa, aceptando el Ministerio de Negocios Estrangeros, y establecía claramente el principio de no intervención, Mr. de Talleyrand sentaba en Lóndres las bases del tratado de la Cuadruple Alianza. Aquel primer ministerio de Julio hubo de ceder á los motines de las calles á los tres meses de su existencia; Mr. Molé dejó su ministerio á Mr. Sebastiani, y volvió á las filas de la oposición durante todo el tiempo del ministerio Laffitte; defendió la pairia hereditaria durante el ministerio de Ca-

simiro Perier, y mas adelante, cuando el proceso de Abril, se negó á asistir como juez, y formó parte de aquella minoria que queria dejar á los acusados la mayor latitud en la defensa.

Despues de la disolucion del ministerio de 22 de Febrero, con motivo de la cuestion de España, Mr. Molé, en union con Mr. Guizot, estuvo encargado de formar un gabinete, y se fundó el ministerio de 6 de Setiembre. El ser desechado el proyecto de ley de disyuncion, dió pronto lugar á su caida, y despues de inútiles tentativas de parte de Mr. Guizot para reconstituir el gabinete de 11 de Octubre con Mr. Thiers, y del Mariscal Soult para formar un gabinete del tercer partido, Mr. Molé compuso el ministerio de 15 de Abril de 1837, que duró cerca de dos años, y que experimentó duros ataques Sabido es el famoso *jamais* pronunciado por aquel Ministro con referencia á la cuestion de cooperacion en España, y de que nos ocuparemos en otro lugar. Admirará tal vez el diluvio de recriminaciones hechas al Ministerio Molé; pero cuando se examinen los actos de aquel gabinete, cuando se le vea dar la amnistía, sostener el principio de no intervencion en España, retirar las leyes de deportacion y de

no-revelacion, conmutar la pena de Meunier, concluir el tratado de la Tafna, tomar á Constantina, evacuar á Ancona, apoderarse de San Juan de Ulua, presentar los primeros proyectos de ley sobre los caminos de hierro, admitir el derecho de conversion de los intereses de la deuda, reservando la cuestion de oportunidad etc. etc; cuando se vea todo esto, tal vez en aquella mezcla de bien y de mal, y en que el bien domina, se encontrará motivo suficiente de simpatia, y se sacará en consecuencia, que aquel ministerio no valia mas ni menos que los que le habian precedido; ¿pero entonces, á que tanto ódio y tanto ruido? ¿Para qué aquella masa de filípicas parlamentarias, para qué la coalicion? Quizá el público se lo ha preguntado á si mismo, al notar que lo que se le dá se diferencia poco de lo que tenia. No toca al biógrafo el descubrir el enigma. Desde Juan Bautista Rousseau se ha comparado con frecuencia la vida á un teatro, en el cual cada uno desempeña diferente papel. Los gobiernos constitucionales son tambien grandes teatros, y como los otros tienen igualmente sus bastidores; el espectáculo mas curioso y notable, no siempre ocurre sobre la escena. Cuando se ha bajado

el telon , los actores se despojan de sus oropeles y se descalzan el coturno, cae la máscara, y queda el hombre con sus pequeñas vanidades , celos, resentimientos y pasiones de toda especie. Entonces marchan á la par la historia pública y la privada. Singular historia esta última , complicada , poco edificante , que influye poderosamente sobre su grave hermana. Los actores que quieren que se les considere con seriedad , aun entre bastidores , careciendo de hechos , inventan palabras , grandes palabras , *sexquipedalia verba*; la logomachia política ostenta todo su lujo; donde no hay en el fondo mas que cuestiones personales , se suponen cuestiones de principios , se encubre un despique con el manto de un sistema, se va , se viene , se remueven , se agitan , se anuncia que todo se va á cambiar , á reformar , á mejorarse , el público aplaude , el actor triunfa y

Parturient montes , nascetur ridiculus mus.

Para referir la historia completa de la vicisitudes del ministerio de 15 de Abril , seria preciso principiar bosquejando el cuadro de las pequeñas disensiones intestinas , que agitaron al ministerio de 6 de Setiembre ; allí está el origen de la coalicion.

Entre Mr. Guizot y Mr. Molé no hay punto alguno de contacto, ninguna simpatía; el uno severo, firme, siempre en guardia contra los ataques de los partidos; el otro moderado, olvidando lo pasado, y deseoso de entrar en un camino de conciliación; el primero esforzándose por arrancar el cetro de la presidencia á manos tachadas de indecision y molición; el segundo negándose á sopor-tar una influencia que cree perjudicial y poco acorde con la situación. Por último, despues de muchos pasos, agriados por la polémica de los periódicos, los que se trataban recíprocamente con poca cortesía, despues que Mr. Guizot hubo llamado á todas las puertas inútilmente para formar un gabinete, despues de la famosa é inutil entrevista con Mr. Thiers, quedó la victoria por Mr. Molé.

En las circunstancias en que se formó el ministerio de 15 de Abril, no era posible otra combinación; Mr. Guizot habia fracasado en todas sus gestiones, la mayoría no gustaba de Mr. Thiers con la intervencion: sin embargo, ningun ministerio ha sido tratado con mas desden. Mr. Thiers que se reservaba, le daba el nombre de *pequeño ministerio*. Los doctrinarios y Mr. Guizot, cuyo



amor propio se habla resentido de no haber podido formar él mismo el gabinete, le tachaban de insuficiente é incapaz. Lo cierto es que habia en él hombres laboriosos, capaces, llenos de celo, como MM. de Salvandy, Bernard, Rosamel, Laplagne, pero no habia un solo hombre de tribuna; el mismo Mr. Molé, que sabe como el primero dirigir los negocios, no tiene el don de la palabra, tan necesario á un ministro constitucional. Sin embargo, el programa del nuevo ministerio merecia el asentimiento universal.

Despues de la primera disolucion, en las legislatura de 1838, Mr. Molé confi6 por un momento encontrar un punto de reunion entre los dos centros; pero pronto se desengañ6. La mayoría le hubiera conservado con gusto personalmente, pero deseaba que se agregasen algunos nombres de entre las influencias parlamentarias. Mr. Molé hizo varias tentativas con Mr. Guizot y Mr. Thiers; fueron rechazadas, y entonces se decidi6 á luchar. No se han olvidado las tempestuosas sesiones de la discusion sobre la contestacion al discurso del trono, en que Mr. Berryer, Mr. Garnier-Pagés, Mr. Guizot se sucedian en la tribuna, no concediendo un momento de tregua

ni descansó al enemigo. Mr. Molé tuvo momentos brillantes. La lucha produce en él una especie de irritación febril, que dobla su energía y la eleva algunas veces hasta la verdadera elocuencia. Sus réplicas fueron siempre exactas, y á propósito. No se habrá olvidado la famosa cita de Tácito que Mr. Guizot le echó en cara: *Omnia serviliter pro dominatione*. «Acepto las palabras del orador, contestó Mr. Molé; solo le recordaré que Tácito las aplicaba, no á los cortesanos, sino á los ambiciosos.» En vista de aquella lucha encarnizada y desigual, fue cuando Mr. de Lamartine, por un sentimiento de caballerosa generosidad, de socialista que era se constituyó de pronto y accidentalmente conservador. Al fin sucumbió Mr. Molé; ¿qué había de hacer contra todos?

Mr. Molé ha vuelto después á la Cámara de los Pares, donde su palabra ejerce una grande influencia.

Examinemos ahora el conjunto de esta fisonomía política. Mr. Molé no tiene precisamente lo que se llama un sistema, y este es uno de los principales cargos que le hacen los doctrinarios. Es bastante inclinado al método experimental.

Cree que en una época en que las creencias no ofrecen base alguna sólida para asentar sobre ella un sistema, es bueno ocuparse antes de todo de los intereses presentes; es un hombre de moderación, de orden, y sobre todo de conservación. Pero la conservación no es una doctrina, es un sentimiento, que llevado demasiado lejos conduce al egoísmo, el vicio mas feo y mas comun de esta época. No se parecen todos los conservadores; los hay que han echado á perder la palabra y la cosa, uniendo á ella una idea de retroceso ó de estabilidad, que con razon irrita y causa desden. Defienden de tal manera el órden, que disgustarian de él. Todos sus argumentos estan á la altura de su persona, es decir, que son pequeños, estrechos y mezquinos. Hábleseles de los instintos generosos que deben satisfacerse, de las fuerzas inactivas, y sin embargo, hostiles, que deben emplearse útilmente, de las mejoras materiales y morales que se han de efectuar, su invariable respuesta es: «lo que existe es bueno, es decir, todo está bien entre nosotros y á nuestro alrededor, lo demas poco nos importa.» No es asi Mr. Molé; enemigo de las innovaciones, nadie ha mirado su época con un

ojo mas diestro y seguro , y nadie mejor que él ha sabido en la ocasion hacerle las concesiones compatibles con un progreso racional. Era esto tanto mas fácil á Mr. Molé , á quien una larga práctica de los negocios le ha hecho conocer los resortes que quedan á la máquina social , y los que ha perdido ; añádase á esto una grande aversion á las fórmulas y á las ideas fijadas , un gran conocimiento de los hombres , una política vi- viendo al dia , como el tiempo presente , no teniendo simpatías demasiado ardientes , y por lo tanto tampoco antipatias demasiado pronunciadas , sobre todo sin ódios , y se comprenderá porqué Napoleon , que gustaba antes de todo de los hombres de gobierno , de práctica y de trabajo , apreciaba tanto á Mr. Molé.

Hemos dicho que Mr. Molé no tenia , lo que se llama propiamente hablando , una idea fija en política , y nos equivocamos ; tiene una , tal vez la única en que conviene con Mr. de Broglie , otro hombre de Estado no muy su amigo. Ambos sueñan en la reconstitucion de una aristocracia en Francia. En los tiempos que corren de frenética igualdad , equivale á buscar la cuadratura del círculo.

Para los que crean demasiado lisonjero este retrato de Mr. Molé, añadiremos que no tiene la maravillosa facultad de explicar los negocios, ni la prontitud de resolución que tanto distinguen á Mr. Thiers; que cuando se trata de teorías sociales, de grandes miras para el porvenir, y de grandes enseñanzas, no cautiva la atención como Mr. Guizot; que no es ni rentista consumado, ni orador elocuente, ni publicista profundo: que su espíritu práctico, conciliador, pero tal vez un poco escéptico, quizás podría no estar á la altura de una grande crisis. Añadiremos también para ser justos, que en tiempos ordinarios nadie le aventaja en dirigir los negocios, y nadie menos que él merece la especie de impopularidad que la coalición consiguió por un momento unir á su nombre.

Como particular, Mr. Molé, ejerce, según dicen, una gran seducción sobre cuantos le rodean. En resumen, y dejando aparte lo que de él se dice con respecto á galanterías de salón durante el Imperio, el mejor elogio que puede hacerse de Mr. Molé es decir, que es tal vez el espíritu más moderado, y al mismo tiempo el más adelantado, del *Partido conservador*, del que es jefe.





J.A.L.

Del. de ion. Arrière.

C. PÉRIER.

Personages célèbres de. Sièc XIX.

CASIMIRO PERIER.

«Tenia estension en sus miras ; y en su carácter, en sus hábitos, en toda su persona, esa fuerza y resolucion que necesita tal vez un Ministro del Interior, para vencer las dudas y las vacilaciones de sus prefectos y sus dependientes etc. etc.

g. TIMON.—Libro de los Oradores.



La revolucion francesa ha creado un gran número de hombres, cuya memoria irá unida en todos tiempos á su recuerdo. La revolucion fue servida por grandes corazones y elevadas inteligencias, debiendo unas veces su salvacion, otras su brillo, al valor heroico, á la elocuente palabra de los que á su frente se colocaron: fecunda fue tambien en grandes oradores, cual en es-

forzados guerreros, si bien no tanto en hombres de gobierno.

No hablamos aqui de Napoleon: Napoleon era un hombre diferente de todos los demas; era uno de esos seres que no pueden gobernar sino bajo dos condiciones; la una sublime cual es la gloria; la otra miserable como el poder absoluto. No le comparemos por lo tanto á nadie, y osemos decir que hasta 1830 la causa de la revolucion francesa no ha tenido hombres de gobierno que fueran sus representantes, hombres ligados con sus intereses, apóstotes de su pensamiento, y que sabiendo resistirla sin abogarla, se hayan manifestado dignos de ponerse á su frente para dirigirla. Tal fue *Casimiro Perier*. El último año de su vida le ha bastado para ocupar en la historia el lugar que cuarenta años de grandes acontecimientos dejáran vacío.

Casimiro Perier representó dignamente en el poder á la revolucion; á la revolucion moderada despues del triunfo, á la revolucion gobernando por la paz y por las leyes. Si fuere cierto, como parece indudable, que el fin definitivo de la revolucion fuera la introduccion en el órden social de la igualdad civil, y del sistema representativo en

el orden político, este fin no se alcanzó hasta 1830. Entonces, y por la vez primera, estas dos cosas, ó estos dos principios, fueron aceptados y francamente proclamados, llegando á ser principios de gobierno. Concertarlos, perpetuarlos es lo que la Francia deseaba, y esto fue lo que Casimiro Perier intentó. Las circunstancias de su vida, y los rasgos de su carácter, lo designaban, digámoslo así, para esta mision.

Casimiro Perier nació en Grenoble el día 12 de Octubre del año 1777. Su familia, originaria de Mens, pequeña poblacion de las cercanías, se habia enriquecido á favor del comercio y de la industria, y gozaba hacia mucho tiempo una consideracion superior á su fortuna. Su padre, Claudio Perier, habia elevado y fijado definitivamente la posicion de esta familia, colocándola en las primeras filas de esa clase media que en todas las provincias de la Francia, á fines del último siglo, cimentaba por sus trabajos, sus riquezas y sus luces, su candidatura al gobierno del país. Al aproximarse la revolucion, la clase media no abrigaba tal vez aun el sentimiento de su alto porvenir; pero se aprestaba á hacerse digna de él. Ella habia recogido todo el fruto de lo sembrado ha-

cia dos siglos. Para ella habian sido los progresos del orden, del bienestar, de las ideas; en favor suyo habíase debilitado la influencia de las clases privilegiadas, creciendo á sus espensas el poder de la autoridad real. Asi habia llegado poco á poco á un punto de fuerza y de madurez, desde donde podia decir que ella era *la nacion*, aun cuando esta palabra en vez de ser la señal de una revolucion, no fuera mas que la de un advenimiento. En su seno, ó mejor dicho, á su frente, distinguiáanse algunas familias que unian á las opiniones modernas las costumbres de los tiempos pasados. Una de estas familias era la de Casimiro Perier. Rica por su trabajo y economía, habia permanecido sencilla, moderada, participando de las ideas independientes que germiaban entonces en todos los corazones, conservando en su interior los lazos de subordinacion y de respecto que se aflojaban cada dia. Su gefe era un hábil negociante, de carácter imperioso, acostumbrado á exigir mucho de sí mismo y de los demas. Su esposa, Maria Pascal, dotada de un espíritu singular y de viva imaginacion, unia á toda la capacidad de una ama de casa, una preocupacion religiosa que la impelia al misticismo. La

independencia natural de sus ideas y su agradable carácter, templaban el aspecto un tanto austero del interior del hogar doméstico. Agrupábase en torno suyo una numerosa familia, compuesta de diez hijos, notables por sus facciones pronunciadas, por una mezcla de principios nuevos y antiguas costumbres, y que unian la severidad al cariño, la imaginación á la prudencia, el tacto para los negocios, la viveza de las impresiones, el juicio recto, y el sentimiento un tanto altivo de su dignidad personal. El mayor de los hijos de Claudio Perier, Agustín, estaba destinado á ser el heredero de la mayor parte de los bienes de su padre, y á alcanzar con ellos un puesto en la magistratura, única senda abierta entonces para consagrarse al servicio público; pero en aquellos momentos sobrevino un acontecimiento que debía arrojar á toda la familia en el sendero de la política, y hacer del tercer hermano de Agustín un primer ministro. Este acontecimiento fue la revolución francesa.

Todos sabemos perfectamente hoy día, que fue precedida, y digámoslo así, que la anunciaron tumultos en los Parlamentos y resistencias en las provincias. Desde la paz de América

hasta la reunion de los Estados generales , el pais estuvo agitado por trastornos que eran los precursores de una crisis ignorada. El *Delfinado* no fue la provincia menos conmovida por estas escaramuzas, que anunciaban una batalla general; y cuando en 1788 tuvieron que reunirse los Estados de la provincia, y empezaron aquellas luchas donde dominaba Mounier, donde Barnave se anunciaba ya, el gefe de la familia Perier tuvo el honor de ofrecerle un asilo. Claudio Perier habia comprado á la casa de Villeroy el palacio de Vizille, edificado á cuatro leguas de Grenoble, en un valle profundo á orillas del Romanche, por el Condestable de Lesdiguières. En aquellos vastos salones del último resto del feudalismo, en aquel palacio destinado hoy á los pacíficos trabajos de la industria, fue donde contrariando el veto real, se reunió aquella Asamblea que reclamó tan vivamente la doble representacion del estado llano, preludiando asi la asamblea constituyente. En Vizille empezó la revolucion francesa. Insistimos sobre estos acontecimientos, que si bien pertenecen á la historia, fueron tambien acontecimientos de la familia de Casimiro Perier, y debieron por lo mismo ejercer una verdadera

influencia en la direccion de sus ideas y de su conducta. En el Delfinado no fue el móvil de estos movimientos precursores de una revolucion, ni el espíritu de innovacion, ni el deseo aventurero de cambios y trastornos; esta provincia se habia reunido á la corona por un contrato, cuyas estipulaciones creia reclamar. Su resistencia, que en otra parte solo hubiera podido justificarse por máximas abstractas, se apoyaba aqui en testos y recuerdos; y lo que en Versailles se llamaba una rebelion, era en Grenoble un hecho legal. Los ejemplos de su patria y de su familia, que rodearon los primeros años de la juventud de Casimiro Perier, contribuyeron indudablemente á inspirarle ese respeto á la ley que le dominó, ya en la oposicion, ya en el poder, y á marcar su carácter político con un sello eterno de independenciam, de firmeza y de moderacion.

En los dias que estos acontecimientos pasaban, Casimiro estaba en el colegio del Oratorio de Lion, donde sus tres hermanos Agustin, Alejandro, Scipion y sus amigos Camilo Jordán y Mr. Degérando habian estudiado. Aquel colegio, cual todos los de su clase, estaba animado de ese espíritu austero y libre que distinguia entónces á una gran

escuela religiosa. Los jóvenes Perier habian recibido en él una educacion acomodada á sus disposiciones naturales y á sus tradiciones de familia. Casimiro , el mas joven de los cuatro , no pudo terminar sus estudios , que se resintieron de su enérgica movilidad y de la agitacion de los tiempos en que se hicieron. Ademas , él era mas activo que laborioso ; si la ociosidad era para él una carga , tampoco le agradaba un trabajo periódico y regular ; su imaginacion comprendia al vuelo ; se detenia muy poco á pensar , y sin embargo no descansaba nunca : observaba mas de lo que aprendia. Su ardiente juventud no tenia mas freno que sus hábitos de orden y de dignidad , á que se habia acostumbrado bajo la disciplina paternal. A los diez y seis años , la belleza de sus facciones , su alta estatura , una marcada expresion , finas y agradables maneras , cariñosas cuando su orgullo no se veia lastimado , ni escitada su desconfianza , ni contrariada su voluntad , interesaban en favor suyo y le ganaban el afecto de los mismos que solo conocian su ligereza aparente , y su falta de aplicacion. Casimiro Perier era entonces un joven amable , mas alegre por espíritu que por carácter , ardiente y fino , reflexivo é impetuoso

al mismo tiempo; y que no parecia destinado á sacar gran partido de sí mismo.

Durante los dias azarosos de la revolucion, Claudio Perier se habia fijado en París con algunos de sus hijos, dejando encomendado el cuidado de los restos preciosos de una gran fortuna, sumergida en el naufragio universal, á su esposa y á sus hijos mayores residentes en Grenoble. Bien pronto la conscripcion llamó á Casimiro á las armas: en 1798 partió en clase de soldado distinguido del cuerpo de ingenieros, y con esta calidad hizo la campaña de 1799 á 1800. El jóven conscripto se señaló al frente de los muros de Mántua en el combate de Santo Giulio. En 1801, despues de la muerte de su padre, abandonó la carrera militar para entrar en la del comercio. Su padre habia dejado á él y á sus hermanos, al mismo tiempo que una herencia considerable, la proteccion de su nombre y de su crédito. Habia sido un hombre de una capacidad poco comun, que habia formado escelentes establecimientos, y tomado parte en todas las empresas destinadas á levantar en Francia, despues de su revolucion, el comercio y la industria. Fue uno de los fundadores del banco francés. Al repartirse sus hijos

la herencia en partes iguales , pues las leyes de la revolucion habian abolido hasta los vestigios del derecho de primogenitura , estrecharon los lazos de una union que siempre ha subsistido , y que ha sostenido á la familia en duros trances. Sus gefes entonces eran tres hijos que ya no existen : Agustin Perier unia á su elevada inteligencia sólidas virtudes y un corazon generoso : su ambicion era modesta , su alma afectuosa , no temiendo el retiro que animaba su actividad y embellecia su beneficencia ; se acordaba siempre de que su padre lo habia destinado á sostener , á dar mas brillo aun al nombre que se habia adquirido en el Delfinado. En esta provincia se fijó al cabo , y alli con el comercio de Grenoble y la fábrica de Vizille creóse una de esas posiciones influyentes y protectoras , tan raras en Francia. Su hermano Scipion , llevando su instruccion hasta la sabiduria , su espíritu religioso hasta la devocion , sereno en medio de esta familia animada , ocultaba su alma apasionada bajo las formas de la ciencia , y parecia que consumia todas sus fuerzas en dominar sus pasiones. Casimiro , dotado de un carácter menos igual y de imaginacion menos rica de conocimientos , pero dueño de ese golpe de vista

decisivo que distingue y alcanza lo que hay de verdadero y falso, que mide lo posible y logra el éxito, se asoció con Scipion y fundaron juntos en París la casa de comercio tan conocida luego en Europa. En su direccion se notó ya que Casimiro Perier mostraba entonces las mismas cualidades que desplegó despues en un teatro mas vasto. La penetracion, la prudencia y el acierto en los juicios, suplían en él á la asiduidad de un trabajo minucioso. Decíase con verdad que Casimiro y su hermano eran su mútuo complemento: el primero, dotado de un talento claro, amigo de detalles, de una continua aplicacion, vacilaba alguna vez dudoso de la rectitud de sus juicios; entonces el segundo le prestaba su decision, y con un tacto nada comun determinaba todas las grandes operaciones, cuyo éxito fundó el renombre de su casa. En ella, cual en la escena política, manifestábase mas apto para gobernar que para administrar.

La restauracion dando la paz á la Francia fue la que abrió las puertas al gobierno constitucional. La paz y una razonable libertad, fueron suficientes para que la industria y el comercio tomasen un rápido vuelo. La consideracion pública se

fijó con preferencia sobre aquellos que por su crédito y habilidad, dando la señal ó prestando su apoyo al desenvolvimiento de la riqueza comun, contribuian á los progresos del bienestar general, la mas verdadera de las pasiones de nuestra época. Y no obstante estos elementos, era tal la desgracia de la restauracion, estaba tan fatalmente condenada á desconocer sus mas caros intereses, que consiguió alejar de si precisamente á los hombres, que á despecho suyo habia ella puesto al frente de la nacion trabajadora. Ella naturalmente los lanzaba en la oposicion, y su desgraciada inclinacion á frívolas distinciones, á servicios inútiles, su vago y secreto sueño de una recomposicion social sin progreso, daba un color de hostilidad al favor que el público manifestaba á los promovedores de la industria y del bienestar general. El pueblo los estimaba mas á medida que sospechaba eran desdeñados por la restauracion. Cosa singular! la restauracion ha sido una época altamente favorable al desenvolvimiento del trabajo y á los vuelos del talento, y á pesar de esto, se hizo enemiga del trabajo y del talento.

Casimiro Perier, como todos los hombres ilus-

trados , no deseaba para la restauracion otra cosa que dicha y cordura. Su familia enlazada con los intereses , pero no con los excesos de la revolucion , no abrigaba resentimientos ni odio contra una dinastía , que observaba la Carta ; y jamás hubiera hecho otra oposicion , si tal nombre puede darse á esta conducta , que la de recordar á esta dinastía sus juramentos y sus intereses. Al mismo tiempo él alcanzaba una parte del favor público que entonces gozaban los hombres de su útil é independiente profesion. Presentóse empero una circunstancia que le permitió lograr mas directamente esa popularidad , hasta entonces fácil y espontánea , abriéndole tambien el campo de la política.

En los primeros años la restauracion reinó en una Francia prisionera : para rescatarla fue preciso pagar el precio de su rescate : tal fue el objeto de los célebres empréstitos de 1817. Treccientos millones de recursos extraordinarios , parecian efectivamente necesarios para cubrir el presupuesto de aquel año. Arreglóse por lo tanto un tratado con capitalistas estrangeros que se obligaban á adelantar las dos terceras partes de ésta suma, en cambio de valores en rentas casi dobles al ca-

pital, y mediante algunas otras ventajas inmediatas poco razonables. Este convenio, ajustado sin publicidad, sin concurrencia, daba á los extranjeros el poder de libertar la Francia de los mismos extranjeros, y parecia testificar á la vez el descrédito, y la posibilidad de la solvencia.

Sin embargo, esta operacion que en el dia seria inconcebible, esplicábase entonces perfectamente por el estado aun precario del gobierno y del órden rentístico que apenas nacia. Tal vez era indispensable hacerla asi, pero podiase haberla verificado de un modo mas ventajoso, y que no se prestase tanto á graves y severas censuras. Casimiro Perier la atacó en un escrito notable por la claridad, la energía y la moderacion. Segun su opinion no era necesario un empréstito tan considerable; pues un sistema mas vigoroso de economía, hubiera podido disminuir las cargas que pesaban sobre el presupuesto. En todo caso no debia nunca haberse ajustado sino públicamente, en concurrencia ó por medio de ventas parciales y sucesivas, hechas en la bolsa por el tesoro, y á medida que las necesidades apremiasen. Finalmente, el libertamiento de la Francia de manos del extranjero, no debia pedirse mas

que á los recursos nacionales. Este escrito produjo mucho efecto, y contribuyó sin duda alguna á la determinacion tomada por el gobierno de modificar la ejecucion del tratado. Esta polémica rentística que Perier sostuvo en tres diferentes escritos, le atrajeron la atencion pública; y cuando á fines de 1817 se puso á prueba por vez primera la célebre ley de elecciones del 5 de Febrero, el departamento del Sena eligió á Casimiro Perier el 25 de Setiembre, cuando aun no tenia la edad que la Carta pedía á los diputados. Al reunirse, empero, las Cámaras (5 de Noviembre) acababa de cumplir los 40 años, y por una escepcion, que prohibió para lo sucesivo una ley especial, fue admitido en el cuerpo colegislador. Desde el momento en que Casimiro Perier puso el pie en la Cámara, no volvió á salir de ella: la Francia pagó su fidelidad con la suya. Para referir su vida política bajo la restauracion, seria preciso escribir la historia parlamentaria de la misma restauracion. Es sin embargo importante caracterizar esta oposicion de 15 años, que representaba Casimiro Perier. Siempre ha considerado como una gloria el papel que entonces hiciera; siempre ha pensado, y con razon, que

su oposicion habia sido el antecedente legítimo de su administracion , y que representaba en el poder el mismo papel que quiso representase el poder cuando lo combatia. Efectivamente, es preciso hacer ver, que si su situacion cambió, nunca cambiaron sus principios. Comprendió , empero, perfectamente que entre el tiempo que le siguió, mediaba una revolucion. Al entrar Perier en la Cámara, sabía muy bien que pertenecia al partido constitucional, ignorando si formaba parte de la oposicion. El gobierno podia dudarlo tambien, porque despues del decreto de 5 de Setiembre, y de la ley electoral de 1817, el gobierno tenia el derecho de llamarse constitucional ; éralo, empero, con trabajo y zozobra, temeroso mas de una vez de que aquello mismo que le grangeaba gran honor, fuese solo una imprudencia. Los consejos un tanto vivos de aquellos á quienes sus actos llevaban á la direccion de los negocios, que tendian á alentarlos, servian acaso tan solo para intimidarlos. Al fin lo lograron. Viose á Perier, al principiar su carrera, mostrar á la vez una generosa adhesion á la monarquía, y una independencia querellosa mas bien que hostil respecto al poder. Aun cuando el espíritu de la

época, su natural viveza y su inclinacion á la desconfianza lo arrastrasen hácia la oposicion; sus mas profundas convicciones, las tradiciones de su familia, las costumbres de su vida entera le hacian detestar el desórden y temer los trastornos. Por eso su severidad al juzgar los actos y alguna vez las personas, en nada disminuyó su respeto á los derechos del poder.

Su don de gobierno se dejó percibir siempre, aun en los mas violentos ataques de sus dias de declarada oposicion. La audacia solo es fácil poseerla á las facciones, pero casi siempre falta, aun cuando á veces es necesaria, á los buenos gobiernos. Los ilustrados partidarios de la restauracion casi nunca se han atrevido á salvarla. Verdad es que no era posible su salvacion sino esponiéndolo todo, y no se atrevió á tanto el ministerio de 1817. Al ver renacer el espíritu de la nacion y tomar nuevo aliento la vida constitucional, él mismo se asustó de su obra y se dividió. Los mas osados quedaron en el poder, y desde fines de 1818 á 1819 se mostraron decididos á dar nuevos pasos en la senda que el decreto de 5 de Setiembre abriera. Inútil seria entonces buscar á Casimiro Perier en las filas de



una oposicion sistemática no desconocida en esta clase de gobierno.

En 1820 el poder cambió de máximas, y queriendo detenerse, retrogradó, porque no puede existir un gobierno estacionario. En los años que mediaron desde 1820 á 23 fue cuando estallaron las grandes luchas, que llegaron á ser luchas de sistemas. La oposicion por haber exigido mucho, el poder por haber negado demasiado, fueron arrastrados á una profunda disidencia, que bajo formas constitucionales encubria una guerra civil. En tanto que la monarquía se replegaba mas y mas hácia la contra-revolucion, la libertad volvia á los senderos revolucionarios. La Carta que para los unos no era mas que la máscara con que se cubrian, iba á ser para los otros tan solo una arma. El absolutismo que se ocultaba bajo la legalidad, se desenmascaró con motivo de la guerra de España; pues afirmando y fortificando en el interior el imperio del partido real, lo mostraba con orgullo, restaurando en el estrangero el despotismo y la inquisicion.

En esta lucha el partido constitucional se dividió; segun su arrojo, ó su paciencia, los unos resistieron débilmente, otros llevaron la resisten-

cia hasta la conspiracion. No nos tocá ser severos con nadie : sabemos cuanto amor patriótico abrigaban los unos, cuanta previsora sabiduría tenian los otros ; diremos solo que la Francia no fué partícipe ni de la resignacion de los primeros ni de la temeridad de los últimos. Siempre abrigó mas cólera que ódio contra la restauracion : sin cuidarse de la duracion de su imperio , no trabajó en abatirlo, y aun en los momentos en que llegó á desear su caida , aun entonces no quiso ser responsable de ella , dejando á la monarquía el triste honor de precipitarse en el abismo.

Perier participó tambien de estos sentimientos de la Francia. Quería á todo riesgo la conservacion de la Carta , pero no quería , no comprendió nunca que la reforma de las leyes fuese llevada á otro tribunal que al de la ley misma. Sin embargo , abrigando intenciones conservadoras y principios moderados , su language fue amargo y apasionado , vehemente y burlesco á la vez : no echó en olvido ninguna falta , no perdonó ningun error , y atacó siempre al poder sin descanso y sin piedad , tanto mas irritado cuanto veia que se desconocian sus intenciones , y deseo de vencer , porque veia detrás de cada triunfo

de la contra-revolucion asomar una reaccion terrible. Esta mezcla de hostilidad en la forma, y de moderacion en las intenciones, esta voluntad constante de combatir sin destruir, el uso atrevido que hacia de la libertad legal, sin abrigar ningun oculto pensamiento contra la monarquía, este desprecio declarado de la conducta del poder unido al respecto de la institucion, agradaba á la Francia que no deseaba mas. La Francia ha sido constantemente sincera, y las ficciones constitucionales han sido siempre para ella una verdad. No queria ni aun dejar insultar á la revolucion que ya habia pasado, ni volverla á empezar; pero la dinastía reinante no le prestaba seguridad alguna sobre estos dos puntos: de aquí nacia una desconfianza profunda, y la desconfianza es siempre recíproca.

Vencedor en España, el sistema del absolutismo constitucional dominó las elecciones de 1824. Perier fue del corto número de aquellos que no fue posible separar de la Cámara: se presentó con un puñado de amigos de la libertad, y entonces comenzó para él aquella série de conflictos sin fin, que le dieron á conocer y acrecentaron su fama. Sabido es que un ministro hábil, el único con

quien puede envanecerse el partido de la contrarrevolucion , dirigia entonces los negocios. Era un hombre , que sin estar libre de las preocupaciones de su partido , sospechaba los peligros y comprendia la utilidad de contener la invasion y aplazar el triunfo , prestaba su prudencia personal á una política imprudente, y hacia sábiamente cosas insensatas. Dificil era la lucha con aquel espíritu recto y flexible, fértil en recursos , indiferente á las seducciones de la imaginacion , inaccesible á las de la pasion , siempre presente , siempre sereno , dando al error apariencia de buen juicio, al engaño tono de sinceridad ; y que sin el prestigio de un talento brillante y de un gran carácter , ejercia toda la autoridad que infunden la razon y la sangre fria. Contra este hábil atleta combatió Casimiro Perier por espacio de tres años, con general aplauso de la Francia. Mas débil , pero mas libre, en una Cámara donde apenas se percibia su partido , supo arreglar su oposicion á las circunstancias , y hacer la guerra en el terreno que le quedaba , porque no era ya tiempo de batallas campales. Transcurrieron tres años, y las elecciones de 1827 hubieron de cambiar el sistema del gobierno. Al acercarse la nueva Ca-

mara nació un ministerio moderado y tímidamente reformador. Era una victoria grande é inesperada de la opinion , una consagracion manifiesta de los principios de la oposicion , cuyo jefe era Perier , porque en el matiz político que representaba , nadie podia disputarle este título. La Francia respiró y cobró esperanzas : Perier no era insensible á esta victoria nacional , en que tan notable parte tuviera. Sin embargo , desde este momento el recelo del porvenir empezó á inquietar á aquel espíritu previsor , que huia de la ilusion y tenia por sospechosa la fortuna : desde entonces columbró una crisis inevitable , una lucha formal , una responsabilidad temible. Tan difícil le parecia sostener la dinastía con toda la Carta , como con parte de ella ; haciendo justicia á las intenciones conciliadoras , á los modestos esfuerzos del ministerio , dudaba de su fuerza y duracion ; se guardaba muy bien de combatirle , aguardando los sucesos en silencio , pensando á veces con ansiedad en que se pronunciaba muy amenudo su nombre , que se le miraba mucho y comenzaba á subir hasta él la ola de los negocios. No era Casimiro Perier hombre que esquivase una necesidad : sabia que llegado el momento no retrocede-

ria; pero este momento, que quizá hubiera sentido no ver llegar, deseaba retardarle largo tiempo, porque apetecía el triunfo. Calculaba sus fuerzas; pero no desconocía la magnitud de las dificultades: las temía precisamente por lo mismo que estaba seguro de abordarlas de frente: recibía el peligro, porque se veía determinado á arrostrarle. Justificada salió su prevision; al cabo de dos años se cansó la restauracion de sacrificar sus inclinaciones, sus creencias y su orgullo á necesidades que no creía; entonces se formó el ministerio de 8 de Agosto. Era tirar el guante al país, y solo faltó aplazar el dia del combate: la representacion de los 221 contestó á esta provocacion, y el golpe de Estado de Julio dió la señal.

Los decretos de Julio sorprendieron muy poco á Casimiro Perier: ¿pero qué haría la Francia? Esta era la cuestion. Desde la mañana del dia en que aparecieron los tales decretos, era legítima la resistencia por la fuerza. Decidido á no comprometer, pero tambien á no abandonar á su patria, no titubeaba Perier en un punto la resistencia legal. En resolverla y concertarla se pasó el primer dia; pero esto bastó para alterar

el carácter de la del segundo. Este segundo día amaneció cargado de nubes, y desde muy temprano dió París mil señales amenazadoras. Los diputados deliberaron en casa de Perier. Por la tarde le buscaban varios jóvenes pidiendo una orden del día, una señal, una bandera. «Qué quereis, contestaba, pensais que un gobierno que intenta una cosa semejante, no tenga dispuestas las fuerzas? ¿disponemos nosotros del rayo para herirle?» Entretanto y á la hora misma, algunos nobles hijos resolvian la cuestion, y se hacian matar sin saber de quien seria la victoria, ó cual el premio. Su sangre pidió venganza, la noche fue una continúa alarma, y por la mañana decia Casimiro: «Está visto: despues de lo que acaba de comenzar la poblacion de París, aunque arriesgásemos mil veces nuestras cabezas, estamos deshonrados si no nos ponemos á su lado.» Y su voz conmovida y poderosa tomaba aquel imperioso acento que despues jamas dejó. Sabido es como pasó aquel día, el dudoso combate de la plaza pública, las impotentes deliberaciones de los diputados presentes en París; cinco de ellos, enviados al cuartel general, se esforzaron en vano por desarmar un poder rebelado

contra las leyes. Uno de estos cinco era Casimiro; aventuró algunos consejos, y aun por la noche escuchó á algunos servidores de la dinastía que no desesperaban de verla ceder. La dinastía fue mas orgullosa y quizá mas prudente: porque en tal estado, lo que en quince años hubiera sido razonable, habia pasado á ser locura: una retractacion de mala fé no haria mas que deshonar su caida; porque un reinado absoluto no se convierte en nacional con el puñal al pecho. La tercera noche decidió la victoria. El 29 por la mañana salian las tropas reales de la ciudad; nadie sabia lo que se haria, pero lo cierto era que no reinaria Carlos X. Perier estaba entonces en el centro del movimiento, y si su actitud enérgica agradaba á los mas ardientes, el renombre de su prudencia tranquilizaba y seducia á los mas tímidos. Tan pronto hacia abandonar las armas á algunos batallones diseminados, como tomaba asiento en aquella comision municipal, á la que se queria delegar todo el gobierno. Se sentó en el *Hotel de Ville*, pero fue de los que desde el primer dia declinaron la estension de los poderes con que se pretendia investir á una autoridad del momento. Se esforzó por conser-

varla lo posible en los intereses del orden y de la defensa pública; por mantenerla en fin el carácter municipal.

Solamente en las Cámaras reconocia el derecho de hablar por la nacion, de acordar la forma de gobierno y eleccion de dinastía. Aun no habia salido del recinto de París el último peloton de la guardia real, cuando ya pensaba en la anarquía inminente; y la dificultad y necesidad de restablecer el poder se hizo su mas dominante deseo. Desde aquel instante no se apartó de su imaginacion este pensamiento.

Perier fue uno de los primeros en reconocer el hecho y el derecho de una dinastía nueva. Admitido inmediatamente en el consejo del Lugar Teniente general y despues del Rey, tomó parte en los actos mas decisivos de aquella época. Como Presidente de la Cámara electiva, tuvo el honor de presentar la Carta constitucional al Príncipe, quien la juró ante Dios y su patria. Sin embargo la situacion era grave: era precisa otra cosa mas difícil: gobernar la revolucion.

Era, pues, forzoso escoger. Había que hacer una division entre los principios y los medios, las causas y los pretestos: entre lo que era acci-

dental y lo permanente en aquella nueva situación. O se debía mirar la revolución como hecha, y dirigirse solamente á la duración de un resultado, ó considerarla como un principio y perpetuar el estado revolucionario: en una palabra, establecerse en las conquistas, ó conquistar lo desconocido. Esta cuestión estaba agravada por la política estrangera, y no era locura dudar de la paz.

Esta política era por tanto la única que convenia á la monarquía de 7 de Agosto. El primer día era pensamiento Real, pero ¡cuántos obstáculos por vencer! ¡cuántas preocupaciones que contemplar! difícil era practicarle y mas aun proclamarle; muchos le rechazaban sin comprenderle, muchos le deseaban sin esperarle. Aunque era el único razonable y el mas francés, no osaba declararse como espresion de la razon pública. Existía, no lo dudamos, en el fondo de la opinion nacional, pero no aparecia en la superficie. El humo de las barricadas envolvía aun á la Francia, y los rumores de una opinion pasagera se asemejaban al estruendo del cañon del Hotel de Ville. Esta política, fundada en el primer consejo del Rey, prevaleció con frecuencia: inspiró

sábias medidas y escelentes discursos: pero en la incertidumbre de un poder débil todavia, de una situacion oscura aun, debió recibir mas de un mentís, sufrir mas de un desengaño, hacer mas de una concesion. Llegó á no poder resistir los ataques exteriores, y sobre todo las disidencias de la coalicion necesaria, que habia compuesto de elementos tan diversos el Ministerio de 7 de Agosto: este gabinete se retiró. Casimiro Perier que tenia parte en él, aunque sin despacho, se habia portado con gran reserva: su opinion estaba conocida: pero juzgando que no era tiempo, que le faltaba poder para desarrollarla enteramente, y hacerla triunfar, opinó por la disolucion del Consejo, y aun rehusó en un nuevo gabinete un papel mas influyente y mas activo. Bien conocia que aun no era tiempo para gobernar enteramente. Sin embargo le rodeaban, le acosaban; su sabiduría le invitaba á buscar sabios; su popularidad obligaba á los mas ardientes á clamar por él. «Aun no es tiempo, repitia él: es demasiado pronto, no sabeis aguardar» Hubiórase creido que poseyendo las postreras esperanzas de la salud pública, no queria aventurarlas antes de tiempo. Formóse el ministerio de 2 de No-

viembre, y Perier llegó á ser Presidente de la Cámara de diputados, nobles funciones que, por una previsora habilidad, habia cedido á Mr. Laffitte poco despues de la revolucion; porque no queria aparentar afan ni conseguir nada sino por el imperio de la necesidad. El nuevo gabinete era débil, queria monarquía y paz, pero no sabia mantener las condiciones de la paz y de la monarquía. Algunas discusiones graves habian patentizado los dos sistemas entre los que vacilaba el ministerio. Presidia Perier estos debates con severa inmovilidad: pero en su frente pálida y triste se reflejaban todas las sensaciones de la lucha, y pasaban como la sombra de la tempestad que retumbaba debajo de él. Entre tanto, el mal crecia; testigo inquieto de todos sus progresos, dudaba Perier que fuese tiempo de correr el velo para combatirle. Por espacio de cuatro meses fue esta cruel cuestion el pensamiento incesante de sus dias y sus noches.

El motin de 13 de Febrero reveló por fin á todo hombre sensato la debilidad del gobierno. Algunos diputados resolvieron arrancar á la Cámara su aparente seguridad. Mr. Guizot atacó al ministerio en la tribuna: el ministerio contestó ando

ciando una próxima disolucion; en este último esfuerzo, se agotó y cayó. Perier no habia escitado ni detenido á los que dieran el golpe. Bien conocia la proximidad de aquella necesidad tan aplazada; pero temia que se hubiesen acelerado demasiado, decidido como estaba á no aceptar la tarea de gobernar, sino con probabilidades razonables y suficientes medios de buen éxito. No deseaba el poder por las apariencias: tenia mas ambicion que todo esto. Naturalmente enemigo del desórden, ligado profundamente á todas las ideas de autoridad, de subordinacion, de respeto; inaccesible á las ilusiones especulativas, lleno de desprecio é ironía hácia la política romántica, veia con alguna severidad las agitaciones de la sociedad moderna, y sobre todo, aquel precario estado de irritaciones y exigencia devuelto por la revolucion de 1830. Asi, pues, sin afan, sin regocijo, vió amanecer para él, el dia del poder; pero clavando en su pais una mirada firme y triste, aceptó su mision, con el sentimiento de un deber cumplido, con la desconfianza propia de un hombre melancólico y el valor de un alma grande.

Su ministerio no se improvisó: antes de formarle, quiso conocer el fondo de los negocios,

la policía , hacienda y diplomacia. Vió , oyó al antiguo consejo ; deliberó largo tiempo antes de declarar su resolución : dudó realmente mas de una vez , y no se decidió con su persona hasta haber sondeado todas las cuestiones , resuelto las dificultades , profundizado todas las repugnancias y todas las objeciones. Quería que al dia siguiente de su formación no tuviese el ministerio mas que obrar.

Aun puede verse en sus discursos cual fue la política del 13 de Marzo. Era la política natural de la monarquía de 1830 ; pero que no fue reconocida y proclamada hasta entonces. El verdadero mérito de Casimiro Perier no consiste en haberla descubierto : el dia que siguiera al de la revolución se veía ya en el trono ; y todo lo bueno y sábio que se hizo , fue á nombre de esta política. La gloria del gabinete de 13 de Marzo estaba en haberla abrazado cual su bandera , y haber desplegado este estandarte á los ojos de la Francia y á los ojos del mundo ; estriba en haber hecho del sistema de resistencia , no una política negativa , sino una política de acción ; estriba en haberse dado el brillo de la autoridad que corresponde al gobierno y que hace nacer la

confianza; estriba en haber reunido en torno suyo, no solamente los intereses, sino tambien las aficiones, y apoyado la fria razon de Estado en la base de la conviccion y del entusiasmo. Perier renunciando á las dulzuras de una posicion brillante y de una popularidad intacta, se entregó sin ilusion y sin temor á las perfidias y á las amenazas de las facciones, dispuesto á defender su causa contra su partido, no ocultandose ningun obstáculo, ningun engaño, ningun peligro; recargando por el contrario los negros colores de su horizonte; superior, pero no insensible á la calumnia y á la injusticia; sabiendo bien, que gobernar era renunciar al reposo, á la seguridad, á la libertad; atormentado por los sufrimientos de una salud por largo tiempo alterada; escéptico con relacion al éxito del grande experimento que iba á hacer la Francia, aunque firmemente persuadido de que esta no podia lograr su objeto, sino adoptando la conducta que el ministro adoptaba, y poco seguro de la fidelidad de los hombres y de la verdad de las teorías, conservando, empero en medio de todas las dudas y de todos los obstáculos, cierta invencible confianza en sí mismo y en su fortuna. Tal era el hombre.

para todos los que han podido penetrar en su alma, en los momentos en que arrojó la tentativa que recomendará su nombre á la historia. Cuando Casimiro Perier subió al poder, la disolución de la Cámara, irrevocablemente anunciada, imprimió el sello de la incertidumbre en el porvenir del ministerio. El Oeste estaba agitado; la cuestión de Bélgica, aun indecisa en todos sus puntos, dejaba en suspenso la paz ó la guerra. La Polonia sosteniendo valientemente una lucha noble, dividía y entusiasmaba á la Europa.

A mas de esto el crédito estaba destruído; el órden público sin garantías; la autoridad sin ascendiente. La prensa casi en su totalidad, atizaba el fuego de las pasiones subversivas y helicosas; y los partidos que en París, desde Julio, descansaban sobre las armas, estendian poco á poco al resto de la Francia la red del espíritu revolucionario. Era preciso contenerlo todo, dar confianza á la Europa, sin ceder ante ella, satisfacer los deseos de la Francia, sin exaltarla; hacer que la una se resignase á admitir la revolución de 1830, y que la otra se contentase con ella. Creyendo ante todo en la necesidad del órden, era preciso proseguir la obra de la reforma liberal prescrita por la Carta.

Contando con la paz general , era preciso velar por la seguridad nacional, y poner á la Francia al abrigo de un golpe de mano de la Santa Alianza. Y para colmo de dificultades , la desconfianza , la incertidumbre , el escepticismo , se habian apoderado de todos los corazones. Casimiro Perier no oponía á todo esto mas que una idea sencilla : « Quiero la paz , decia él , y no quiero mas que la Carta. » En otros términos : « La monarquía de 1830 , es un gobierno definitivo y regular. » Hé aqui lo único que respondia á los desprecios destructores de las facciones , á las sombrías enemistades de las Cortes. Asi la misma política servia para combatir la anarquía y quitar el poder al absolutismo, y debia dar juntamente á la revolucion dos cosas que es preciso no sacrificar la una á la otra , la cordura y la firmeza.

Bajo los ministerios que le precedieron , la Francia habia tenido mas de una vez que preguntarse si poseia un gobierno : con Perier no tuvo que dudarlo. No contaremos la historia de su administracion : toda ella fue concebida y dirigida bajo el mismo pensamiento que hemos indicado. Perier estaba resuelto á no conservar el poder , si la Cámara no se adheria manifiestamente

á su sistema y á su persona. Nadie ha profesado mas formalmente que él la necesidad constitucional de una asociacion entre la Cámara y el ministerio; ninguno ha despreciado mas esa política ambigua y pobre, que quiere establecer entre el uno y la otra una independencia absoluta, y que supone que cada medida y cada ley deben ser juzgadas aislaamente, sin que de ello se resienta la existencia del poder y la conservacion de la mayoría. Asi, cuando á consecuencia de su primera deliberacion la Cámara de diputados se mostró dispuesta á escoger por su representante de la mayoría al gefe del último gabinete, Perier no se detuvo, á pesar de la gravedad de las circunstancias, en dar su dimision. En efecto, hubiera dejado el poder si el inesperado ataque del Rey de los Países-Bajos contra la Belgica, no le hubiera obligado á continuar en él. En efecto la mayoría mejor advertida y mas decidida, se pronunció francamente á su favor y no le abandonó. A pesar de esto, la alianza no fue tan pronta ni tan sólida que no se viese contestada mas de una vez. Una minoría fuerte y fogosa, sostenida de fuera por una opinion mas ardiente y mas fuerte, renovaba á cada instante los asaltos, cuyo

resultado aparecia siempre dudoso , y que siempre terminaban por su derrota. A esta pesada carga que se aumentaba eada dia , consagró Perier con entusiasmo , con pasion , todos los dias de una sesion laboriosa , y en esta senda le acompañaron gloriosamente con tanto desinteres como elocuencia Mr. Guizot , Mr. Thiers , y durante mucho tiempo Mr. Dupin.

Varsovia acababa de sucumbir , y su caída llenaba á la Francia de dolor y de alarma. Hábiles para apoderarse de las mas loables emociones de la generosidad nacional , los facciosos esperaban convertirlas en instrumentos de venganza , de revolucion y guerra. París tomó un aspecto silencioso , siniestro , y bien pronto amenazador ; reuniéronse grandés grupos , y uno de estos cercó y quiso insultar al Presidente del Consejo de ministros , en aquella misma plaza , en la que en Julio de 1830 arengaba , y arengaba á los soldados de la dinastía destronada. Hablábbase de marchar á las Tullerías , de marchar contra las Cámaras , y al mismo tiempo la cuestion de la Polonia , es decir , la cuestion de la guerra ó de la paz se agitaba de nuevo en la tribuna: ¡Cuán grande era este debate! ¡Nunca habia habido uno mas solem-

ne! ¡Encerraba el porvenir de la sociedad, los destinos de la Europa! Perier triunfó, y la paz del mundo fué conseguida por 116 votos de mayoría. (Sesion del 21 de Setiembre). El ministerio llegó sin revés alguno al aniversario del 13 de Marzo. A esta época nada estaba determinado; pero para todas las cosas parecia asegurado un éxito feliz, con la sola condicion de la perseverancia. Existia ya una mayoría fuertemente unida en todas las cuestiones politicas; el ejército experimentado ya en Lyon y Bélgica, merecia la confianza nacional; el crédito público se habia levantado; París estaba consagrado á la defensa de las ideas de orden y de conservacion; la conferencia de Lóndres, lenta en su marcha, no dejaba ya duda alguna sobre las voluntades pacificas de la Europa; y la entrada en Bélgica, igualmente que la expedicion de Ancona, habia atestiguado que la Francia conservando la libertad de accion, no compraba la paz, merced á una humillacion. Perier empezaba á gozar de sus progresos; veia el porvenir mas sereno, cuando una plaga mortal cayó sobre la Francia, y vino á someter á nuevas pruebas esta sociedad tan probada ya. Perier no concibió al principio fuerte alarma sobre los

efectos de esta invasión de un mal desconocido. El domingo 1.º de Abril acompañó al Duque de Orleans al hospital, y visitó con él á las primeras víctimas del cólera. Los días sucesivos fueron señalados por escenas odiosas, que ultrajaron y sorprendieron á la vez el orgullo de nuestra civilización. Estas escenas afligieron cruelmente á Perier, no pudiendo menos de sospechar en ellas alguna cábala de los enemigos del sosiego público, é irritábase viendo continuamente desgarrada la tela que tegia tan laboriosamente, á precio de su reposo. El 6 de Abril fue atacado del cólera, la enfermedad fue terrible: pareció un instante alejarse el peligro; pero el enfermo estaba consumido largo tiempo hacia, por la vida devoradora de la tribuna y del poder, y así despues de una larga y dolorosa lucha, sucumbió el 16 de Mayo de 1832.

Casimiro Perier tenia entonces 55 años; fue enterrado en el cementerio del Este, no lejos de su hermano y de su amigo Scipion Perier y Camilo Jordan. Una inmensa multitud asistió á estos últimos y dolorosos actos. Los Sres. Royer-Collard, Bignon, Dupin, Berenger, Davillier y el Duque de Chosieul pronunciaron algunos

acentos sobre su tumba. El reconocimiento de un gran número de buenos ciudadanos ha levantado un monumento á su memoria. Casimiro Perier era de alta estatura, su fisonomía varonil y regular ofrecia una espresion de penetracion y de viveza, que contrastaba con la energía imponente que le animaba cada instante. Su andar, su aire, sus miradas tenian algo de imperioso, y él mismo muchas veces decia riendo: «¿cómo quieren que yo ceda con la talla que tengo?»

Una vez tomada su resoluciou era invariable, porque era al mismo tiempo circunspecto é intrépido. Si alguna vez Perier se entregaba á la confianza, esto no le era habitual. Generalmente juzgaba rigurosamente á los hombres, y su language era poco indulgente, aun cuando su corazon no encerrara ni ódios ni envidias. Abrigaba la pasion de vencer, no el deseo de dañar, concibiendo dificilmente, y no apercibiéndose sino con sorpresa, de las enemistades que le suscitaban sus desdenes y sus triunfos. A pesar de todas las malas pasiones conjuradas contra él, Casimiro Perier tuvo verdaderos y tiernos amigos. Reservado y frio para el mundo, en familia su conversacion era alegre y burlona, y alguna vez

reia con esa risa de los jóvenes de otra época, divirtiéndose con mil puerilidades de la vida privada, desdeñadas hoy que la afectada seriedad está á la moda. Acaso nos hemos estendido demasiado en los detalles de su carácter. Un país libre debe conocer, digámoslo así, personalmente los ciudadanos que notablemente le han servido, los hombres de Estado que le han dignamente gobernado. Porque es preciso saberlo: donde dominan las instituciones nacionales cada uno puede decir: *el Estado soy yo*, porque el Estado es la patria.







L. A. L.

Bar de los Artistas.

ISIDORO MAIQUEZ.

Personages célebres del Siglo XIX.



ISIDORO MAIQUEZ.

« Tú solo el arte adivinar supiste
Que los afectos acalora y calma:
Tú la virtud robustecer del alma,
Que al oro, al hierro á la opresion resiste.

Inimitable actor, que mereciste
Entre los tuyos la primera palma,
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,
La admiracion del mundo dividiste. »

L. F. DE MORATIN.



Si la vida pública de los grandes personajes es patrimonio de la sociedad, lo será tambien con razon la vida del que supo representar en la escena teatral los afectos y pasiones, que tanta parte pueden haber tenido en las acciones de los grandes hombres. El arte de la representacion teatral le consideraremos siempre como bello é imitativo, pues ha conseguido presentar á la vista de todos

los pueblos civilizados, un espectáculo útil y agradable, que forma ya una parte muy esencial de sus costumbres, de sus necesidades y de sus goces. Siendo pues las artes patrimonio de la sociedad, lo es igualmente el renombre de aquellos artistas que mas vigorosamente han luchado con las enormes dificultades que presentan al ingenio humano. La memoria de consiguiente de los hombres superiores en cualquier género, interesa á la sociedad, porque es un título de gloria que la lisongea y ennoblece; y el arte de la representacion teatral, que tantas vicisitudes ha experimentado entre nosotros, que con tanta incertidumbre ha llevado sus pasos por un sendero escabroso y desconocido, al cual ha negado constantemente sus luces la filosofia, no contribuye menos que las demas al lustre de las naciones. La nuestra, sin duda alguna, puede jactarse de contar entre los títulos de su antigua fama los anales de su teatro; porque en ellos se encuentran innumerables ejemplos de lo que puede hacer el génio, siguiendo sencillamente á la naturaleza.

No hay duda en que esta señala á aquel el camino que debe seguir, y le asegura el éxito cuando no se aparta de la sencillez de sus má-

ximás ; pero no es menos indudable que semejante asercion no parecería acaso tan exacta para nosotros, si el inmortal Maiquez no hubiese demostrado su evidencia en la escena. Su génio eminentemente grande, se elevó sobre la naturaleza y el arte, sin que debiese mas que á la primera el éxito asombroso de sus empresas.

El nombre de este célebre actor, tantas veces repetido con aplauso: el testimonio de su mérito, fijado como piedra de toque en todas las discusiones escénicas: el halagueño recuerdo del entusiasmo pítico que inflamaba á los espectadores apenas desplegaba sus labios; todo cuanto tiene relacion con este hombre verdaderamente extraordinario, interesa al honor nacional, y nos impele á incluir en nuestra coleccion á tan distinguido artista, para perpetuar su nombre, y reverdecer los laureles que tantas veces supo arrancár de la sien de Melpomene para adornar su frente.

Para este trabajo, nos sirve el hecho é inédito sobre la vida de nuestro primér trágico, por un apreciable literato, (*) amigo nuestro, y cuyas

(*) D. José de la Revilla.

palabras, en la mayor parte, vamos á transcribir.

Isidoro Patricio Maiquez nació en la ciudad de Cartagena, en 17 de Marzo de 1768, de una familia que perteneció antiguamente á la clase media de la sociedad, en la que se sostuvo con mucha decencia, ocupando sus individuos algunos empleos y dignidades, particularmente en la carrera eclesiástica, á la que tuvieron inclinacion decidida. Pero los acontecimientos de las famosas guerras de sucesion, arrebatando en el torrente de los partidos el bienestar de innumerables personas, redujeron á la nada aquella desgraciada familia, obligándola á ocuparse en diferentes artes, y con particularidad en el de la seda, para atender á su subsistencia. Mas estos recursos de la necesidad debieron sin duda experimentar notable decadencia, puesto que Isidoro Maiquez, padre de nuestro célebre actor, abandonó su oficio de cordonero de seda, despues de haberle ejercido por muchos años, y se introdujo en los teatros de varias capitales de España, en donde desempeñó con bastante aceptacion los papeles de Galan y Barba.

Hé aqui el origen de casi todos los actores

que pueblan nuestros teatros: hijos de padres humildes ó de familias desgraciadas, han encontrado en un arte, injustamente degradado y envilecido, un ásilo contra las privaciones ó la mendicidad; y juzgando del teatro como juzga la muchedumbre, han contado solamente con sus fuerzas naturales, y no con los conocimientos previos que exige el número asombroso de sus dificultades; circunstancia que nos priva de actores sobresalientes, y de la esperanza de que este arte toque al último grado de su perfeccion.

El jóven Isidoro, que desde su nacimiento siguió á su padre en los diversos puntos en que habia de trabajar, fue adquiriendo aquella aficion, hija casi siempre del deseo de imitar á nuestros mayores, ó á las personas encargadas en nuestra infancia; si á esto se agrega la educacion descuidada que tuvo, como todos los hijos de actores ambulantes, y que la única instruccion que adquirió en su niñez fue la que podia proporcionarle la lectura de cuantas comedias llegaban á sus manos, no estrañarémos que sus votos se dirigiesen á ocupar algun dia la escena, y merecer los aplausos públicos, que tan repetidas veces alcanzó en ella su padre. Llegó á ser estremada su aficion

cómica, á pesar de la manifiesta oposicion de su padre, quien le tenia prohibida la entrada en el teatro; prohibicion que halló un medio ingenioso de burlar, introduciéndose en él bajo pretesto de llevar sillas á los palcos; operacion que suele hacerse en algunos teatros de provincia. Nada habia mas lisonjero para el jóven Isidoro que presenciar una representacion y mezclarse en las conversaciones sobre asuntos cómicos, haciéndose cada vez mas invencible su inclinacion al teatro.

Firme pues en su propósito, y resuelto á arrostrar las dificultades de la profesion, se decidió por fin á tentar el favor de la fortuna. Hizo sus primeros ensayos en el teatro de Cartagena. Allí guiado tan solo de su aficion y de algunas lecciones de su padre, se presentó por primera vez á recibir desaires de sus paisanos, el que con el tiempo habia de ser el embeleso de la Corte, y objeto de admiracion para nacionales y extranjeros.

Pasó poco despues al teatro de Málaga, donde igualmente tuvieron mal éxito sus tentativas. Maiquez no tenia en su primera juventud ninguna cualidad artística que le hiciese recomendable, á escepcion de su figura que era interesante

y bella; por lo demás carecia de accion, su voz era oscura, y como no tenia modelo que imitar, falto su juicio del tacto fino y delicado que proporciona una educacion esmerada, no podia descubrir el verdadero camino de la perfeccion (*). Sin embargo de sus desventajas, dotado de una imaginacion viva, penetrante, tenaz y vigorosa, se afanó incesantemente en buscar los medios de agradar á un público, que tantas veces habia herido su amor propio, y se dedicó con el mayor ahinco á descubrir los fundamentos de un arte que, con serle familiar desde la cuna, le era no obstante muy desconocido.

Asi prosiguió por algunos años, ocupando al lado de su padre la parte de segundo y tercer Galan en los teatros de Cartagena, Málaga, Va-

(*) Haciendo memoria de sus primeros ensayos cómicos, referia Maiquez á sus amigos, que en cierta ocasion representó en Toledo la comedia intitulada: *El Triunfo del Ave Maria*; y que sufrió tan estrepitosa bufa, que indignado por tan mal tratamiento salió del teatro y de la ciudad sin concluir la funcion, y emprendió su viage á Madrid vestido de moro, porque desempeñaba la parte de Tarsé. Anduvo á pie toda la noche con la mayor precipitacion; de suerte que al rayar el alba se halló de la parte acá de Hlescas, y continuando su marcha entró á deshora en Madrid, tan risiblemente equipado como salió de Toledo.

lencia, Granada y otras varias capitales de la Península, desmintiendo insensiblemente el mal concepto artístico que al principio se formó de él; hasta que por último resolvió su padre trasladarse á Madrid con toda su familia.

Verificada la traslación en 1791, fue recibido el jóven Maíquez en la compañía de que era autor Manuel Martínez, que á la sazón trabajaba en el teatro del Príncipe (*). Su colocacion fue de un *Parte por medio* ó sea noveno Galán, con partido de 17 rs.; y con el mismo siguió trabajando en el año siguiente en clase de sétimo Galán, hasta que por fin, en el año 93 subió al puesto de sobresaliente, con partido de 20 rs.

La postergacion en que se halló durante estos tres años, parece debia haberle conducido á seguir las huellas de aquellos que mas gozaban del aura popular, como hacen casi todos los que siguen esta profesion; pues este es el medio mas sencillo de eludir las dificultades, aunque no el mas seguro para labrarse aquel concepto sólido que trasmite la fama del artista á la mas remo-

(*) Es de advertir que hasta el año 1800, poco mas ó menos, no tenían las compañías teatro fijo, y alternaban en ambos por temporadas.

ta posteridad , presentándole como un modelo perfecto del arte. Pero Maiquez á ninguno imitó : su fuerza de alma le hacia mirar con desprecio los efimeros triunfos de sus compañeros, juzgándolos como ex-abruptos del mal gusto de su tiempo , segun la idea que él habia llegado á formar del arte ; y sobre todo , debió á la naturaleza un carácter indomable , y una tenacidad en sus ideas , que no le permitia prestarse fácilmente á otro dictamen que el suyo , con particularidad en materia de declamacion. Si esta tenacidad de ideas podia juzgarse como un defecto en contradiccion con su trato agradable y franco en sociedad , fue al mismo tiempo una ventaja para él , que tenia que luchar contra el mal gusto de sus contemporáneos , y obligarlos con una admirable constancia á abandonar el camino de lo falso para dirigirse al de lo verdadero , y convertir el desprecio con que antes lo miraban , en una profunda admiracion y un entusiasmo de que no hay ejemplo en la escena española.

Sin embargo , celoso Maiquez de su reputacion , aunque aparentaba desdeñarla por su constancia en seguir el plan que se habia propuesto,

se ausentó de Madrid el año 94, y pasó al teatro de Granada en calidad de parte principal. Sabido es que estas emigraciones de los actores á las provincias les producen ventajas considerables para sus ajustes en los años siguientes, si son recibidos con aplauso en aquellas. Isidoro contó con esta circunstancia para asegurarse mejor en la escena; calculando que esta corta ausencia debilitaría algun tanto la prevencion con que le oia el público madrileño.

Regresó el año siguiente á Madrid, y disfrutó dos años el partido de 20 rs. y el tercero el de 24. En esta época, ya fuese porque Maiquez desarrollase mas sus talentos cómicos ó porque la costumbre de verle y oírle hiciese tolerables sus defectos, lo cierto es que comenzó á arrancar los aplausos que le habian sido negados hasta entonces. (*)

El mal gusto dominante entonces en la escena, y el amanerado y ridículo sistema de de-

(*) Maiquez se dió á conocer en la representacion *El Pastelero de Madrid*, comedia que desempeñó siempre con soberana maestría. Así pues, decíase en el pueblo cuando se hablaba de esta funcion, *solamente sabe desempeñarla bien el marido de la Prudo*, sobrenombre con el cual era entonces solamente conocido.

clamacion adoptado por nuestros antiguos actores para agradar al pueblo , contribuyó no poco á que Maiquez fuese mirado con disgusto por su estilo totalmente desconocido en la escena. Pero persuadido este actor de que el teatro debe ser una imagen exacta de la sociedad , y que los personajes en él introducidos han de hablar, moverse y gesticular como los demas hombres, sometiendo el estilo y los ademanes , á las leyes de la conveniencia y buen gusto , no podia admitir jamás en su sistema aquella accion artificiosa , complicada y pintoresca de sus compañeros : aquel tono declamador , enfático y cadencioso , que ahora ya seria intolerable á nuestros oidos ; y aquellos juguetes de escena tan triviales y ridículos , tan agradables entonces á los espectadores , y que en realidad trasformaban en farsas las obras dramáticas mas recomendables. No accionar, no gesticular como un demente , era ser frio: no declamar con énfasis y casi cantando , era ser insulso. Contra estas dos grandes máximas de naturalidad y buen gusto pecó Maiquez , y á ello debió los dictados de *Galan de invierno*, *agua de nieve* , *voz de cántaro*, y otros varios sumamente satisfactorios , con que le agasajaron

sus contemporáneos. Verdaderamente no debió á la naturaleza voz limpia, sonora y armoniosa, cual era de desear en un actor de su clase; pero en recompensa le dió sobrado talento para conocer la necesidad de hacer de ella un estudio muy detenido, á fin de modularla y hacerla, no solo tolerable y profundamente trágica, sino tambien sumamente apta para la expresion mas delicada. Dulce, tierna y patética, al par que noble, magestuosa y terrible, en su boea se oyeron los acentos mas sublimes del dolor, y los ecos mas espantosos del furor y la desesperacion. La mas notable es que no se sabe hiciese estudio alguno declamatorio, sino en el acto de ensayar con sus compañeros.

La parcialidad de sus contemporáneos llegó hasta el extremo de negarle expresion en la fisonomia, cuando es poco menos que imposible se presente quien reúna ventajas tan excesivas en esta parte.

Era pues un espectáculo sumamente interesante, el contraste singular que ofrecia, por una parte la opinion general conjurada en contra de un actor abandonado á sí mismo, y por otra la impavidez y constancia con que este atleta

imperturbable caminaba tranquilamente al término de sus afanes , cual si descubriese en lontananza el premio que les reservaban la imparcialidad y la justicia. Así pues sostuvo con heroica constancia una lucha desigual y tenaz con el público.

El año 1798 se formaron tres compañías iguales , con el objeto de que una de ellas pasase á trabajar á los Sitios Reales ; y en la destinada á este fin le cupo á Maiquez la parte de primer Galan , con los mismos derechos y obvenciones que disfrutaban los actores de Madrid. Esto fue ya dar un paso muy agigantado hácia su engrandecimiento , y su amor propio se lisongeaba viendo casi patentizado su principio favorito ; á saber , que *la constancia y el tiempo todo lo vencen , y que los obstáculos opuestos á una innovacion en sus principios, no impiden sea por fin admitida con aplauso , si tiene por apoyo la razon.*

En el año 99 llegaron al colmo sus deseos y esperanzas , ocupando en Madrid la parte de primer actor. Colocado ya en el puesto único á que podia aspirar , se propuso presentar á los ojos de los espectadores el tesoro de sus conociemien-

tos, por tanto tiempo despreciados, y adquiridos en la oscuridad de su anterior clase, á fuerza de observaciones y meditacion. *La real jura de Artaxerxes*, *el Severo Dictador* y la tragedia de *Radamisto y Zenobia* se pusieron en escena con una ostentacion y magnificencia desconocidas hasta entonces. el concurso al teatro fue inmenso, y el nombre de Maiquez corria con élogio de boca en boca.

Parecia que nada quedaba que hacer á Maiquez despues del triunfo conseguido; pero era actor sublime y no cómico adocenado. Lo que para otros hubiera sido un motivo de indolencia y ridicula presuncion, fue para él un nuevo estímulo. Los nombres de Talma, Kemble, Lafond y otros actores estrangeros llegaron á sus oidos, y su talento perspicaz conoció bien pronto, que asi como el teatro moderno francés habia hecho progresos rápidos en la poesia dramática, era consiguiente los hubiese hecho tambien el gusto en el arte escénico. Convencido de esta verdad, impulsado por el deseo de saber, considerándose capaz de hacer cuantos esfuerzos son necesarios para sobreponerse á las dificultades de un arte tan escabroso, y animado por el noble orgullo de

rivalizar algun dia con aquellos hombres célebres y acaso superarlos, resolvió en el Otoño del mismo año pasar á Paris; resolución que sorprendió generalmente á todos, y dió lugar á la crítica de algunos. Conseguido el permiso del Gobierno y de las compañías cómicas, faltábale solamente reunir los ausilios pecuniarios indispensables para tan largo viaje. Contaba solo con la asignacion de 400 reales mensuales que le señaló Godoy; pero no siendo esto suficiente, vendió todas las alhajas de su uso y sus ropas teatrales, y ademas sacó del fondo que cada teatro tenia destinado para las jubilaciones, la parte que le correspondia, sacrificando asi el derecho á la jubilacion. Rasgo que manifiesta con cuanta seguridad calculaba el éxito de sus tentativas, y cuanta osadia presta á las almas fuertes el deseo insaciable de conseguir los que le animan. Con estos recursos y algunas cartas de recomendacion, llegó á Paris, dirigiendo su conato desde el momento á entablar relaciones con el coloso de la escena francesa, á quien Maiquez respetó siempre, aun antes de pisar las márgenes del Sena. Sus relaciones con Talma, durante su permanencia en Paris, fueron solo las que permitia la preponderancia en que se ha-

llaba el actor francés, y el ningún prestigio que acompañaba al español. Así fue que le costó bastante trabajo conseguir que se le permitiera estar entre bastidores, única fineza que debió por entonces á los actores franceses.

Sin embargo, Maizeux sin desalentarse, se dedicó obstinadamente á conocer las obras maestras de la poesía dramática, y el verdadero fundamento del arte de la representación. La grandiosidad y sublime expresión de Talma; la fuerza y vehemencia de Lafond; la delicadeza de Mlle. Mars; la dignidad Mlle. George; la energía de Mlle. Duchesnois; la naturalidad de Clauzel, todo llamó y fijó su atención; y de todo lo bueno que encontró en estos actores se propuso formar un modelo ideal, un tipo constante de su ejecución escénica. Así lo escribía á sus amigos refiriendo á uno de ellos, al contarle el efecto maravilloso que habían producido en su alma las primeras representaciones que vió en París, que al ver ejecutar á Talma el papel de Hamlet, exclamó: «Y soy yo primer actor en Madrid, estando este hombre en el mundo!»

Talma en lo trágico y Clauzel en lo cómico, fueron sus principales modelos, sin copiarlos ser-

vilmente como algunos han creído ; pues Maiquez tenía demasiado talento , para engañarse hasta el punto de creer que todos los medios de espression son aplicables á todos los paises, y mucho orgullo natural para contentarse con el mezquino título de copiante. Su estudio fue el que puede hacer el génio , abandonado á si mismo, no el de un escolar que sigue ciegamente la rutina de su maestro.

Permaneció Maiquez en París el resto del año 1799 y la mayor parte del 1800 , regresando á Madrid con la mayor premura ; y despues de zanjar en pocos dias algunos negocios que reclamaban su presencia , volvió á París donde le llamaba el objeto primario de sus constantes desvelos. Habiendo cesado al tercer ó cuarto mes la asignacion concedida por Godoy , quedó atenido á un escaso socorro que alguna vez le enviaba su mujer ; al corto remanente que le quedaba del dinero tomado en Madrid , y al poco dinero que le dieron por sus libros ; y como al mismo tiempo desease recoger los aplausos lisongeros que le reservaba la Corte , resolvió regresar á su patria á principios de 1801.

Llegó á Madrid reducido á la mayor miseria

pues como él referia muchas veces, los cabellos se le salian por las roturas del sombrero ; púsose á la cabeza de una compañía cómica , compuesta en la mayor parte de principiantes ó aficionados, y con la confianza que su mérito le inspiraba, abrió el teatro de los Caños del Peral ; y dió principio á sus representaciones en Junio del mismo año , con la comedia *El Zeloso confundido*, que fue muy bien ejecutada y extraordinariamente aplaudida, lo mismo que las demas que le siguieron. El nombre de Maiquez resonaba con aplauso, pero este mismo estado de preponderancia debido á su mérito , era precisamente lo que con mas fuerza despertaba la envidia de sus émulos, quienes no cesaban de rebajar por todos los medios posibles la grande opinion que habia sabido labrarse desde su vuelta de Francia. Acusábanle unas veces de simple copiante de Talma, y otras de que si era escelente en la tragedia no asi en la comedia Maiquez, cuyo amor propio era tan colosal como su mérito , no pudiendo permanecer por mucho tiempo indiferente á detecciones tan gratuitas como injustas, creyó llegado el momento de confundir á la ignorancia , é invadió instantáneamente todos los géneros de

la poesía dramática, así antigua como moderna, nacional como extranjera, sin que en ninguno dejase de ser siempre el mismo, siempre superior á las dificultades, siempre en fin inimitable. *García del Castañar*, *Fenelon*, *El Vano humillado*, *Otelo*, *Orestes*, *El Pastelero de Madrid*, *La Casa en venta*, *El mejor Alcalde el Rey*, *La Zaira*, *El Rico Hombre de Alcalá*, *El Distraído*, *El Diablo Predicador*, *Pelayo*, *el Convidado de Piedra*, *Numancia destruida*, y hasta la opereta de *El Catifa de Bagdad*, hallaron en Isidoro un actor digno de desentrañar profundamente las pasiones, los caracteres y situaciones que encierran, dando á muchas de estas composiciones una celebridad no merecida. Los mismos Franceses que por los años de 10 y 11 le vieron en una ocasión pintar con la mayor vehemencia los *Furores de Cain*, y al día siguiente revestirse de la piedad y mansedumbre del *Arzobispo de Cambray*, confesaron unánimemente que su célebre Talma no era capaz de sostener un tránsito tan asombroso entre caracteres tan opuestos. El célebre trágico inglés Kemble, con quien Maiquez entabló también relaciones de amistad en Madrid, tuvo

la modesta y franca ingenuidad de confesar que el trágico español aventajaba á cuantos la opinion designaba como sus rivales.

Nos seria imposible seguir la serie de triunfos que obtuvo Maiquez hasta el año de 1805, en que algunas intrigas de bastidores irritaron su génio poco sufrido, y le decidieron á dejar el teatro y la capital, y marchó aquel mismo año á Zaragoza, donde recibió pruebas del alto aprecio que de él se hacia. Su ausencia (convertida en destierro por orden de Godoy que juzgó ofendida su autoridad por haber mediado en el asunto), influyó sobremanera en la suerte de los teatros de la capital; y fueron tantas las reclamaciones y tan grandes los murmullos del público, que en 1806 obtuvo Maiquez permiso para regresar á Madrid, con motivo de hallarse su padre gravemente enfermo; y apenas llegó, consiguió tambien el de representar en el teatro del Príncipe, recientemente reedificado.

Llegó el año 1808, y la ocupacion de la capital por las tropas francesas. El carácter espartano de Maiquez no podia doblegarse fácilmente al yugo de una dominacion estrangera, contra la cual se declaró abiertamente; por cuyo moti-

vo tuvo que huir á Granada, desde donde se trasladó á Málaga (*) Su emigracion duró poco tiempo : volvió á Madrid en 1809, y aunque por su profesion nada hubiese de temer bajo la dinastia intrusa, lo intolerable que se le hacia la dominacion francesa acaloraba su imaginacion poco precavida, y dió lugar á que se le delatara al Gobierno como enemigo. En consecuencia se decretó su traslacion á Francia, en calidad de reo de Estado ; pero sus amigos lograron que se revocase tan arbitraria sentencia, y desde Bayona donde habia llegado, regresó á Madrid.

Los franceses tardaron poco en reconocer el mérito de Maiquez, y el mismo José Bonaparte asignó al teatro del Príncipe la cantidad de 20,000 reales mensuales, como ayuda de costa; gracia debida en gran parte al relevante mérito del Director y primer Galan del teatro, no siendo esta la única prueba de aprecio que le dió José Bo-

(4) En Málaga corrió gran riesgo la vida de Maiquez por la ligereza con que se juzgaba en aquella época de las opiniones políticas. Habiendo acudido á sacar una carta del correo, le tuvieron por sospechoso, y esto bastó para que la muchedumbre se apoderase de su persona, gritando muera ese traidor, y le condujeron á la cárcel pública. Milagrosamente salió ileso de aquel alboroto, pero no sin grande riesgo.

naparte durante su permanencia en Madrid.

Bastó esto para que el pueblo que juzga siempre con ligereza, calificase de adicto al sistema político del Conquistador de Europa, al que pocos años antes fue perseguido por patriota. A consecuencia de tan injusta prevencion, cuando las tropas enemigas evacuaron la capital, el público se retiró del teatro del Príncipe, y no volvió a él hasta que el tiempo y los esfuerzos de la compañía consiguieron debilitar su animosidad é injusticia. Puede decirse que aquella época fue el principio de las desgracias que, en medio de aplausos y de gloria, persiguieron á Maiquez hasta el sepulcro.

Anulado en Mayo de 1814 el sistema constitucional, fue acusado Maiquez de adicto á él, y puesto en la cárcel pública. Su delito consistió solamente en la representacion de algunos dramas que respiraban ideas de libertad. Los buenos officios de la amistad consiguieron conjurar la tormenta que le amenazaba, y trasladarle desde el calabozo á la escena. Resfriada con el trascurso del tiempo la animosidad de aquellos partidos, continuó Maiquez recogiendo aplausos hasta el año 1817, en que habiéndose indispuerto con sus compañeros, abandonó el teatro y se fue

á Córdoba, en donde permaneció algunos meses en compañía del Marqués de Vega Armijo, á quien debía un aprecio particular. (*) En 1818 dejó la ciudad de Córdoba con intento de volver

(*) La causa de las desavenencias de Maiquez con sus compañeros, era el estado de insubordinacion é indisciplinada en que encontró á las compañías cómicas al ponerse a su cabeza. Maiquez no podia tolerar la indiferencia y el poco orden que se observaba en los ensayos. Para corregirlo ordenó en una ocasion que todo el que no estuviese á las diez en punto en el escénario para dar principio al ensayo, pagaria una multa. Al dia siguiente todos asistieron con puntualidad, menos él que habia dejado pasar la hora de intento, para dar por si mismo el ejemplo de sumision; acusado por sus compañeros, depositó tranquilamente la multa y principió el ensayo.

Usaba con sus compañeros un lenguaje casi siempre acre, y las siguientes anécdotas pintan muy al vivo el verdadero carácter de Maiquez, y el estado de violencia en que se hallarian él y sus compañeros.

Una actriz que ya no existe, se hallaba en su camarín consumiendo un cigarro puro, olvidada de que su presencia era necesaria en el ensayo. Maiquez se acercó á la puerta, y sin pasar adelante, con un tono muy sosegado la dijo: «Señor cabo de escuadra, cuando V. haya chupado ese habano tendrá la bondad de bajar al ensayo.» La actriz mudó de color, arrojó el cigarro, y sin responder una sola palabra fue inmediatamente adonde su obligacion la llamaba.

En otro ensayo, y despues de haber advertido inutilmente á uno de los actores su falta de accion, le asió los brazos por detras, y agijándoselos fuertemente le dijo lleno de cólera: «Para que quiere V. esos miembros? ¿No tenemos las piernas para andar? ¿Pues por ventura cree V. que los brazos penden inutilmente de los hombros?»

union con los directores de escena , hubiera hecho un servicio importantísimo á los espectáculos escénicos , á los progresos de la poesia dramática, y al honor y decoro que merecen sus autores, tantas veces ajados por la necia presuncion é ignorancia de los directores de las compañías cómicas , quienes jamás debieran juzgar de otra cosa que del efecto teatral de las composiciones. (*)

Maiquez , á pesar de su extraordinario mérito y de los inmensos gastos que le ocasionaban sus representaciones trágicas , no consiguió jamas que su partido excediese de 60 reales, á escepcion los años 811 y 12 , en que disfrutó 70: y mientras que Talma recorria las capitales de Francia y volvía á París cargado de riquezas, Maiquez yacia casi en la miseria absteniéndose muchas veces de ejecutar algunas funciones por falta de medios. Así por esta causa, como por poder pagar algunas deudas contraidas en el año 17, se vió obligado á trabajar por su cuenta todo el mes de Julio del 18; y el público de Madrid debió á tan inesperado incidente el ver en pocos dias las obras favo-

(6) No es España el único pais en que ha dominado semejante abuso. ¿Quién creería que los inmortales Corneille y Racine tuvieron que mendigar el favor de los actores de su tiempo, y sufrir pacientemente sus repulsas?

ritas con que le habia tenido admirado por espacio de muchos años. Pero este esfuerzo extraordinario, que se puede llamar su despedida del teatro, en una estacion tan poco á propósito para trabajar en el género tragico-, acabó de arruinar su quebrantada salud.

A pesar de su notable deterioro, Maiquez continuó trabajando algunos meses, y en el de Setiembre del mismo año recibió la prueba mas lisonjera del extraordinario aprecio que le dispensaba el público. Representó á Garcia del Castañar, y apenas se presentó en la escena, soltaron desde la tribuna dos palomas, llavando pendientes del cuello unas targetas en alabanza de Isidoro: obsequio que ya habia recibido anteriormente en los Caños del Peral, despues de su regreso de Francia. Si bien pudo lisongearle este nuevo triunfo, no desconoció tampoco á cuantos riesgos le esponia, en medio de una Corte suspicaz, que con recelo y aun envidia, miraba los muchos laureles con que el pueblo entusiasmado adornaba su cabeza. Así pues, al entrar dentro de bastidores, dijo sumamente conmovido á sus compañeros: «¡Amigos míos me han perdido!» Vaticinio confirmado despues por una triste experiencia.

Sin embargo de encontrarse Maiquez cada vez mas débil , dió una prueba de los esfuerzos de que era capaz. Hácia los meses de Octubre ó Noviembre del mismo año., pidió el Rey la tragedia de *Pelayo* con baile en los entre actos. Conociendo Maiquez que semejantes intermedios son los mas contrarios al efecto trágico , se presentó al Corregidor , y despues al Ministro de Gracia y Justicia , á fin de ver si conseguia que S. M. variase de idea ; ofreciendo en vez de los bailes , comedias en un acto para los intermedios. Accedió á ello S. M. la vispera de la egecucion ; y entonces Maiquez dispuso para primer intermedio *El Español y la Francesa* ; para segundo *La prueba feliz* ; y para tercero *El Cuadro*. En todas estas piezas trabajó él , pero estas desusadas y frecuentes tareas de aquel año, redugeron su naturaleza al último extremo de decaimiento.

En tal situacion . se empeñó en egecutar la *Numancia* , sin que bastáran á disuadirle las reflexiones de sus amigos ; verificóse la representacion en las noches del 24 y 25 de Noviembre de 1818 ; y en la última se declaró la penosa enfermedad , que los facultativos calificaron de

mortal. Restablecióse sin embargo á fuerza de cuidados de sus amigos y de los recursos del arte, y él mismo se complacia en anunciar que pronto pondria en escena *El Jugador* y la tragedia titulada, *Macbet*, cuando una de las consecuencias de sumalhadado reglamento de teatros vino á consumir el sacrificio de su vida.

La dependencia absoluta en que Maiquez se hallaba respecto de la autoridad inmediata de los teatros, cual era entonces la del juez protector, debió haberle hecho mas prudente y menos obstinado de carácter; pero lejos de hacerlo así, una pugna sostenida sin objeto contra el juez protector, y las continuas reclamaciones del actor Prieto para que Maiquez desempeñase su parte, dieron ocasion á que la conducta de este se tuviese por sospechosa. Alegaba él la gravedad de sus padecimientos físicos, que fueron calificados de especiosos pretextos. Reiteráronse las órdenes de la autoridad conminándole sino se presentaba en la escena; y aunque con solo presentarse una noche hubiera justificado su negativa, se obstinó absolutamente en no hacerlo. Este rasgo de tenacidad acreditó el hecho aparente de desobediencia á la autoridad; elevado todo á conoci

miento del Rey , sin mas trámites ni formalidades, se decretó la jubilacion de Maiquez y su destierro á Ciudad-Real.

El dia 18 de Junio de 1819 le comunicaron la Real Orden, y en el mismo presentaron las dos compañías cómicas una representacion al Rey , en nombre de Maiquez, en la que como prueba de que su ánimo no habia sido desobedecer á la autoridad, pedía se le concediesen algunos dias de termino para ensayar las funciones que habia de egecutar, no obstante el peligroso estado de su salud. La esposicion llegó tarde, y ni la amistad ni el favor bastaron á contener los efectos de una sentencia sin apelecion. Con una escolta de caballeria y en un carruage que se le hizo pagar , salió Maiquez para su destierro en la madrugada del siguiente dia.

Al principio esperimentó alguna mejoría ; pero tardó poco en recaer peligrosamente , y se cercioró de que el clima de Ciudad Real no le convenia. Solicitó y obtuvo permiso en 30 de Agosto de 1819 para dedicarse á su profesion en Andalucía , privandole de pasar mas alla de Sevilla. Trasládose á Granada , á donde llegó el 29 de Noviembre , habiendose visto precisado á vender en

un pueblo varios cubiertos de plata para poder continuar su marcha. Llegó enfermo y poseído de una estremada hipocondria, pero apesar del mal estado de su salud, ya sea que su espíritu le engañase, ó acaso, y es lo mas cierto, le forzase á ello la necesidad, distribuyó los papeles para representar las tragedias de *Nino II*, y *Orestes*, destinando el producto de ambas representaciones á establecimientos de beneficencia, apesar del mal estado de sus intereses. Negose á aceptar sumas cuantiosas que se le ofrecieron para tomar la empresa por un año, decidido á sostener en ella con las entradas á un amigo suyo, comerciante de aquella ciudad, que se habla arruinado en los años anteriores con la misma negociacion. Hizose ilusorio su generoso proceder, pues dominado de un mal interior desconocido, pero harto eficaz para producir suspensiones tan largas en la respiración que parecia imposible pudiese vivir tanto tiempo sin ella, y mantenido ademas con agua sola, adquirió tan escesiva pesadez que no le permitia moverse. De aqui resultó hincharsele los pies, lo que le impedia moverse, alarmando el progreso de la hinchazon á cuantos le rodeaban, y un dia perdió Marquez los

sentidos que recobró con los socorros de la medicina; pero advertido del riesgo en que se había hallado, pidió le suministrasen los auxilios espirituales. Veinte y cinco días transcurrieron hasta que espiró con la mayor tranquilidad el 18 de Marzo de 1820 á los 52 años de edad.

Ocioso será decir que no obstante la total decadencia de sus intereses nada faltó á Maiquez desde el momento en que llegó á Granada. La amistad suplió á la fortuna: todo fue prestado; y todo hasta el honorario del facultativo, se satisfizo escasamente con sus ropas teatrales, único caudal que poseia por premio de su relevante mérito. La compañía del teatro del Príncipe deseosa de aliviar la desgraciada suerte de su ilustre compañero á poco tiempo de haber sido desterrado, le asignó 12,000 reales anuales ademas de su jubilacion; pero la muerte no le permitió disfrutar de este beneficio. Pobre y desvalido debió á la amistad todo cuanto puede exigirse de ella y á la piedad cristiana la humilde fosa que guarda sus cenizas.

Posteriormente el distinguido actor D. Julian Romea mandó exigir en la ciudad de Granada un monumento á la memoria de su ilustre antecesor.





J. A. G.

MI. BE BE BE BE Y BE BE.

Personajes célebres del Siglo XIX.



M. BERRYER.

«Desde Mirabeau nadie ha igualado
á Mr. Berryer.»

CORMENIN. — Oradores parlamentarios.

«He consagrado mi vida á defender
la antigua alianza del trono con la
libertad.»

BERRYER.

En 1792, algun tiempo despues de los atroces dias de Setiembre, un abogado distinguido del foro de París, sin tener el certificado de civismo, y huyendo de la persecucion, se hallaba en Blois defendiendo no se que pleito, contra un *defensor officioso*; sabido es que la Asamblea constituyente, al trastornar la gerarquía judicial habia principiado por crear los defensores officio-

sos, es decir, habia dado á cualquiera el derecho de abogar por cualquiera otro. El lejista improvisado fastidiaba á los jueces y al auditorio con su malhadado discurso. El hijo del abogado, niño de dos años y medio, asistia á la audiencia, y mas que otro alguno se impacientaba con la pesada facundia del defensor oficioso; de repente, no pudiendo contenerse mas, se levantó con viveza, y dijo á su madre: «Mamá basta ya, esto me fastidia, vámonos.»—«Visto, dijo el Presidente, encantado del dicho del pequeño interruptor, entregad los documentos y el tribunal juzgará.»

Cuarenta años mas adelante, en la misma ciudad, en el mismo recinto, aquel mismo niño, gefe de partido, orador poderoso, iba á defender su libertad y su vida; auditorio, abogados y jurados se levantaban respetuosamente ante aquel ilustre acusado; todos los corazones palpitaban á los acentos de su retumbante y sonora voz; bastábanle algunas palabras para triunfar, habia ya cesado de hablar y aun le escuchaban, sin que nadie se acordase seguramente de gritar: ¡basta!

· Fácil es conocer que el niño de quien habla-

mos antes , el grande abogado , y Mr. Berryer son una misma persona.

Decir que Mr. Berryer es á un tiempo la gloria del foro , el águila de la tribuna francesa , y el porta-estandarte de la legitimidad , es decir una cosa sabida por las cinco partes del mundo. Falta saber cómo se ha formado esta poderosa trinidad , cómo ha pasado Mr. Berryer de los bancos de la escuela á los tribunales , de los tribunales á la tribuna , y cómo allí este plebeyo , campeón glorioso de los descendientes de San Luis , ha conseguido hacerse hoy escuchar y aplaudir ; él , símbolo de una causa vencida , arrojado sin mas armas que su palabra en medio de las falanges enemigas , y parecido , como ha dicho un escritor , á uno de aquellos paladines generosos y heróicos que desafiaban ellos solos á un ejército entero.

Pedro Antonio Berryer nació en París el 4 de Enero de 1790 ; su padre ocupaba ya antes de la revolucion una posicion importante en el forq. Prudente é instruido , veia en las veleidades de independenciam de los señores del Parlamento , el paladium de la libertad ; elocuente y hábil , hubiera podido , como tantos otros abogados

de aquella época, perorar en el seno de la Asamblea constituyente, de la legislativa, ó de la Convencion; como tantos otros tambien hubiera podido hacerse decapitar por la comision de salud pública; prefirió permanecer apartado, deplorando la ruina de los antiguos privilegios de la órden, y educando á su hijo en el amor de las instituciones, á cuya sombra la Francia se habia engrandecido durante tantos siglos.

Cuando hubo pasado lo mas recio de la tormenta revolucionaria, Mr. Berryer confió su hijo á los padres del Oratorio de Juilly, que entonces como ahora se distinguia por los fuertes estudios, y sobre todo por el cuidado que se tenia en la educacion religiosa. El jóven Berryer dió pronto muestras de una inteligencia y de una pereza que corrian parejas; fue un escolar mediano, que trabajaba por intervalos, muy débil en la version griega, pero soberbio algunas veces en la amplificacion ó en el discurso francés. Por contra tenia notable piedad y fervor, hasta tal punto, que despues de haber estudiado filosofia queria absolutamente ser sacerdote, y costó mucho trabajo el impedir que entrase en un Seminario.

¿Quién podria calcular el papel que tal vez

hubiera representado este nuevo Bossuet, de quien ha hecho el destino un Mirabeau monárquico? Figúrese cualquiera á este hombre tan elocuente en la tribuna, subido en un púlpito, ante un pueblo entero, muerto para la creencia, y sediento sin embargo de creencia; figúresele, animado por el entusiasmo de la fé, llamando á las naciones á Dios, con esa voz que derriba ministerios (es cuanto puede demoler en el dia la voz de un orador), y luchando cuerpo á cuerpo con el egoismo y la indiferencia, este doble y monstruoso cáncer que corroe las sociedades modernas. ¿Quién conoce los misterios de lo posible? ¿Quién puede decir, si lo que no pudo conseguir un La-Mennais hace veinte años con un hermoso libro, no lo hubiera hecho Berryer con su palabra?

De todos modos, aquella primera educacion religiosa dejó en el corazon del jóven una impresion indestructible. De tal modo, que Mr. Berryer, ha pasado su vida examinando millares de procesos, metido hasta el cuello en el materialismo de los negocios y las disipaciones del mundo, y saboreando los placeres de todas clases que se le presentaban; y sin embargo, siempre ha sido católico ferviente. La fé religiosa de Mr. Berryer,

según sus amigos, es verdadera y sincera en el fondo, pero muy maleable, muy dúctil, muy poco austera, muy poco canónica en la forma.

Mr. Berryer no tuvo que vencer todos los obstáculos que han embarazado á la mayor parte de los hombres eminentes al entrar en el mundo. Su padre, que tenia entonces una de las mas grandes clientelas de aquella época, vió desde el momento que adelantaria mucho y aprisa en la carrera del foro; no se equivocó, pues el joven debia á la naturaleza las cualidades que constituyen un orador: voz clara y fuerte, un semblante hermoso y espresivo, grandes pulmones, organizacion apasionada de tribuno, nada le faltaba. Despues de pasar algunos años entre el estudio teórico del derecho y el experimental de la vida, despues de haberse casado contra viento y marea cuando apenas contaba 21 años de edad, hizo Mr. Berryer su primera entrada en el foro en los últimos tiempos del Imperio. Sus primeros pleitos fueron otros tantos triunfos; el joven abogado adivinaba mas bien las causas que las estudiaba; *hombre apasionado y de números, ponía pasión en los números y números en la pasión*; su padre le habia en cierto mo-

do inoculado su singular aptitud para los asuntos comerciales, su rara habilidad en arreglar las piezas de un proceso, y Mr. Berryer lo realizaba todo con una locución ardiente, y un vigor de argumentos irresistible.

Por aquella época, en 1814, eran nulas las opiniones políticas de Mr. Berryer; no gustaba de la guerra ni del despotismo, y participaba sin embargo hasta cierto punto del entusiasmo napoleónico de la juventud de aquella época; además, su padre era deudor del restablecimiento de su fortuna al sistema imperial, y él mismo, como lo ha dicho después: « principiaba su carrera en medio del estruendo de las armas, y entraba en el mundo á los gritos de la gloria del Imperio, entonces que estaban sofocadas las antiguas disputas.»

Sin embargo, cuando llegó la primera restauración, encontró á Mr. Berryer realista decidido, y desde entonces no ha variado su línea política, tomada en globo.

Algunos han querido atribuir la gloria de aquella conversión á un proscrito milanés que manifestó al joven abogado que *existían aun del lado allá de los mares, algunos vástagos de*

la familia de los Borbones, y le dió las primeras lecciones de legitimismo; si es cierto el hecho, es un capricho singular de la suerte, el haber elegido por defensor á todo trance de la dinastía caída, al que veinticinco años antes ignoraba hasta su existencia.

Cuando Napoleón volvió de la Isla de Elba, fiel á sus nuevas convicciones, se colocó Mr. Berryer en las filas de los voluntarios realistas. Después de los cien días, convencido: «que el oficio de un Rey no es levantar los heridos del campo de batalla para llevarlos al cadalso» se dedicó á defender las víctimas de la reacción; estuvo con su padre y Mr. Dupin en el proceso del Mariscal Ney; defendió ante un consejo de guerra al General Debelle, y después de haber intentado en vano librarle de una sentencia, consiguió del Rey una conmutación de pena. Pocos días después, el 26 de Abril de 1815, consiguió un completo triunfo; el joven voluntario realista cubrió con la égida de su elocuencia á uno de los veteranos más gloriosos de los ejércitos imperiales; no hizo caso del entredicho; fue casi tratado de faccioso, pero salvó al General Cambronne. En la causa de los Generales Canuel y

Donnadieu, acusados de complot contra la vida del Rey, Mr. Berryer se hizo notable por sus violentos ataques contra el ministerio Decazes, á quien acusaba de ser instigador de las insurrecciones de Leon y de Grenoble. Un folleto que publicó al efecto hizo mucho ruido, y Mr. Berryer se encontró desde aquel momento unido á los realistas puros, agrupados en rededor de MM. Chateaubriand, de Bonald, Lamennais, Corbiere; de Villele, y dando el grito de alarma en la columna del *Conservador*. Los procesos políticos no alejaban á Mr. Berryer de las causas civiles; con la ayuda de la prodiogiosa sagacidad que le hace ver con claridad en cinco minutos el mas complicado litigio, tenia tiempo para todo. Varios pleitos civiles, negocios de liquidacion, y mas adelante los famosos contratos Ouvrard para los suministros del ejército de España, le ocuparon sucesivamente, le ilustraron y enriquecieron.

Despues del advenimiento del ministerio Villele, Mr. Berryer se vió bien pronto obligado á combatir á sus amigos políticos en sus tendencias restrictivas de las libertades de la imprenta, y prestó el apoyo de su palabra al *Diario de los*

Debates, á la *Bandera blanca* y á la *Cotidiana*. Por la misma época tuvo parte Mr. Berryer en la fundacion de la *Sociedad de Bellas Letras*, y de la *Sociedad de Buenos Estudios*; por la primera vez trató en una série de lecciones orales cuestiones de alta política; el auditorio era numeroso, el orador obtuvo un completo éxito, y tal vez aquel preliminar de los triunfos parlamentarios aumentó su inclinacion á la vida política. Mr. de Villele al subir al poder habia intentado ya atraerse aquel talento jóven y fuerte, que daba tan grandes esperanzas; pero Mr. Berryer conoció que perderia en cambiar por un título de Procurador General, su existencia en el foro, independiente, suntuosa, rica de emociones; rehusó el empleo y permaneció abogado, tomando sin embargo en las diversas transformaciones ministeriales de la época una parte bastante á perjudicar sus intereses personales, y detener el desarrollo de su fortuna. Por último, cuando Mr. Berryer tuvo la edad necesaria para presentarse en la tribuna, el ministerio Polignac, que acababa de formarse, hizo los mayores esfuerzos para alistarle en su bandera. Para establecer de antemano sus derechos de elejibilidad, Mr.

Berryer acababa de comprar la hacienda de Augerville, cuya adquisicion habia disminuido mucho su fortuna. Entre augustas solicitudes, y el embarazo de sus negocios particulares, al principio vaciló Mr. Berryer, y acabó por sacrificar su gran posicion en los tribunales, y los inmensos recursos que su talento le ofrecia, á las incertidumbres de la vida política.

Elegido Diputado por el colegio electoral de Puy (alta Loyra) se presentó por primera vez en la tribuna el 9 de Marzo de 1830, en la discusion del famoso mensaje de los 221, que rechazó enérgicamente como inconstitucional y faccioso: «¿Qué me importa, decia, cuando estan lastimados los derechos del Rey, cuando se ultraja á la corona, que vuestro mensaje esté lleno de protestas de adhesion, de respeto y de amor? ¿Qué me importa que digais las prerogativas del Rey son sagradas, si al mismo tiempo intentais restringirle en el uso que de ellas debe hacer?»

Colocado desde un principio, por el poder de su talento, á la cabeza de la falange ministerial, Mr. Berryer debió creer, como todos, en una próxima elevacion; ofreciósele en efecto un

ministerio , pero , tenia que soportar el yugo de las ideas de Mr. de Polignae ; repugnandole un papel secundario , aplazó Mr. Berryer sus legítimas esperanzas , que la revolucion de Julio destruyó de repente.

Mr. Berryer acudió á su puesto , y desde el 7 de Agosto protestó contra las atribuciones del poder constituyente que se abrogaba la Cámara, declarando que no se creia con derecho para deliberar sobre la vacante del trono y la eleccion de un Rey. Sin embargo , no por eso dejó de proclamarse el trono de Julio. La mayor parte de los legitimistas abandonaron el Parlamento, y pronto Mr. Berryer se encontró casi solo ante un juramento que repugnaba á su conciencia. Grande era su embarazo ; por una parte, sus correigionarios políticos , cuya áncora de salvacion era su palabra , se esforzaban para conservarle en su asiento con consideraciones de decision y de honor ; por otra , numerosos amigos, que se interesaban por su bienestar y su porvenir , le exhortaban á no sacrificar su vida por una causa perdida , y á volver á emprender su hermosa y lucrativa carrera de abogado.

Mr. Berryer eligió entre los dos partidos el

mas penoso, el mas infructuoso, pero el mas noble. Prestó juramento con todas las reservas, permaneció Diputado, y desde entonces se encontró comprometido en la carrera de oposicion permanente que no ha abandonado nunca.

En una época en que todo se mide por el interes material, en que el egoismo se oculta muchas veces en el fondo de las resoluciones mas grandes en la apariencia, es un hermoso y raro espectáculo para todo entendimiento imparcial, el de un hombre que se decide á bajar á la arena para sostener solo, contra todos, una lucha sin descanso, sin resultados y hasta tal vez sin esperanza, bien sea por decision, ó bien por sed de estériles triunfos de tribuna, ó de ovaciones no menos estériles en las plazas ó en los salones; siempre resulta que aquella posicion tiene algo de poético, de caballeresco que no es de nuestro siglo, y que reasume perfectamente la personalidad de Mr. Berryer.

No se espere que analicemos aquí sus numerosos discursos; á Mr. Berryer debe oírsele, y no leerle ni analizarle. Nos contentaremos pues con recorrer rápidamente las diversas fases de su vida parlamentaria.

En los primeros dias que siguieron á la revolucion , cuando el sentimiento repulsivo , cuya explosion acababa de destruir una dinastia , conservaba aun toda su fuerza , era pesada y difícil tarea levantar la voz en favor de lo pasado , ante los mismos que lo habian destruido. Pesares ó deseos, formulados con la mayor elocuencia , indudablemente no hubieran encontrado sino ironia , indignacion ó desden. Mr. Berryer no era hombre que se descarriase por aquel camino ; su táctica parlamentaria fue mas diestra ; dejando á un lado las elegias impotentes , y los hechos consumados , se dedicó á combatir la administracion con sus propias armas , á detenerla en sus esfuerzos de organizacion , á nombre y en virtud de su principio revolucionario , á hablarle mucho de sus deberes y muy poco de sus derechos , á empujarla de concesion en concesion hácia su ruina , y á estrecharla dentro del dogma de la soberania del pueblo , como en un callejon sin salida. Mr. Berryer mas realista que el Rey , se mostró algunas veces mas liberal que la libertad. En vez de tirar el carro hacia atras , se esforzó por empujarle fuertemente hacia adelante , sin perjuicio de enredarle al mismo tiempo en un guardacau-

ton, ó de hacerle pedazos contra un obstáculo.

Desde el principio tomó la iniciativa de todas las proposiciones que estaban en favor entre las masas ; así fue que reclamó enérgicamente la aplicación del jurado á los delitos de la imprenta (4 Octubre), la disminucion del derecho del timbre (17 Noviembre), la estension de la ley municipal, y el nombramiento de los alcaldes conferido á las comunes (2 Febrero 1831), el ensanche de los derechos electorales, y la abolicion del censo (25 de Febrero 1831).

Obrando así, Mr. Berryer llegó á ser bien pronto no ya solo el hombre del partido vencido, sino el de todos los partidos hostiles al gobierno de Julio ; despues de algunos instantes de desconfianza, despues de algunos murmullos dirigidos á la bandera blanca, toda la izquierda concluyó por tomar parte en los triunfos del orador, y sufrió al irresistible ascendiente de su elocuencia.

En la legislatura siguiente, encontrándose Mr. Berryer mas á sus anchas para defender sus simpatias monárquicas, se apresuró á combatir elocuentemente la proposicion Bricqueville, relativa al destierro de los Borbones. El 3 de Octubre de

1831
1831
1831

1831, tuvo el primer encuentro con Mr. Thiers en un brillante discurso sobre la conservacion del derecho hereditario de los pares. Habiendo subido algunos dias despues á la tribuna para defender el aniversario del 21 de Enero, habiendo hecho el elogio de Luis XVI, y sido interrumpido por murmullos, Mr. Berryer se volvió hacia la izquierda y le dirigió uno de esos admirables apóstrofes que nunca le faltan: « El dia del juicio, fue permitido hablar de las virtudes de Luis XVI; no veo en parte alguna que la convencion interrumpiese á los defensores del Rey.»

Mientras Mr. Berryer proseguia de este modo su camino hácia una tercera restauracion, una muger mas impaciente apelaba á las peligrosas vicisitudes de las armas; la Duquesa de Berry atravesaba la Francia, y la Vandea recobraba á su voz algunos restos de su antigua energia. Dirigió la Duquesa una carta á los legitimistas de Paris para instruirles de su llegada, acompañando á aquella carta una larga nota en cifra, cuya clave habia olvidado dar la Princesa; el entendimiento penetrante de Mr. Berryer la encontró pronto.

Aquel llamamiento á las armas, hecho á cien

leguas de Paris, cuando Paris es toda Francia, aquel levantamiento en un tiempo de lasitud moral, pareció un anacronismo á los hombres influyentes del partido legitimista. En una reunion celebrada en Paris, se decidió que Mr. Berryer, aprovechando el pretesto de un pleito que tenia en Vannes, procuraria reunirse á la Princesa, y la induciria á desistir de sus proyectos. Mr. Berryer salió el 20 de Mayo; el 22 estaba en Nantes, y aquella misma noche principió una escursion nocturna y romántica, cercada de misterios y de precauciones. Su nombre, popular ya entre los Vandeanos, le sirvió de pasaporte; y de guia en guia, de estacion en estacion, llegó por fin á una pequeña alqueria rodeada de árboles. Allí estaba la Princesa en un cuarto miserable, con un gergon por trono, y por cetro un par de pistolas. Fue una escena extraordinaria aquella conferencia de noche, en la que el mas grande orador de nuestro siglo tuvo que luchar en elocuencia con una muger de cuerpo débil, con corazon de fuego, verdadera hija de Enrique IV, tan apasionada al baile como al tiroteo, sacando de su mismo abandono un valor desesperado, y creyendo que estaba aun en los

tiempos en que se reinaba por *derecho de conquista* y por *derecho de nacimiento*. La discusión duró hasta la mañana; en vano Mr. Berryer con la magia de su talento espuso todos los peligros de la expedición; en vano abogó por los intereses mismos del partido, comprometidos por una insurrección intempestiva é inútil. La Princesa defendió el terreno palmo á palmo; y al ser de día estaba cansada pero no convencida, y Mr. Berryer tuvo que retirarse con el corazón despedazado, pues preveía la catástrofe. Al llegar á Nantes, recibió una carta anunciándole que se había fijado definitivamente para el levantamiento la noche del 3 al 4 de Junio. El 3 de Junio Mr. Berryer se dirigía á Suiza, pero á su paso por Angulema fue detenido y conducido á Nantes, por la sospecha de complot y de escitación á la guerra civil.

Las circunstancias eran graves; el estar declaradas en estado de sitio las provincias del Oeste, había concentrado toda la autoridad en manos de los tribunales militares, y sabida es la justicia expeditiva de esta clase de jurisdicciones. En una visita domiciliaria hecha en Paris, se habían encontrado á Mr. Berryer documentos que se decía ser de la mayor importancia; en vano

habia recusado Mr. Berryer con una protesta enérgica la competencia de los jueces que se le imponian; el 4 de Julio debia comparecer ante un consejo de guerra, en una ciudad donde era extraordinaria la irritacion contra la insurreccion vandeana. El que habia salvado á Cambronne iba á tener que defenderse de una acusacion capital.

Tal era el estado de las cosas cuando el tribunal de Cassation dió el 30 de Junio la famosa decision por la cual las comisiones militares volvian á entrar en el círculo de sus atribuciones, y los ciudadanos quedaban de nuevo sujetos á la jurisdiccion civil. Despues de cuatro meses de detencion, al fin compareció Mr. Berryer ante el tribunal de Assises de Blois, el 16 de Octubre de 1833; allí fue completo su triunfo; el ministerio público abandonó la acusacion, y Mr. Berryer fue absuelto por unanimidad.

Despues de haber pasado algunos meses en Suiza para retablecer su salud, Mr. Berryer apareció de nuevo en la tribuna, en la legislatura de 1833, para apoyar con su palabra las peticiones que reclamaban la libertad de la Duquesa de Berry.

Al mismo tiempo tomaba asiento en los bna-

cos del tribunal de Assises, y defendia á Mr. de Chateaubriand. Mr. Berryer fué en aquella causa lo que habia sido en 1826 cuando abogaba por Mr. de Lamennais; su palabra fue grande como su cliente. En los meses siguientes defendió sucesivamente á la *Gaceta de Francia*, *La Cotidiana*, *El Renovador* y *El Duende*.

En la legislatura de 1834 Mr. Berryer tomó la defensa de MM. Voyer d' Argenson y Audry de Puyraveau, acusados de participacion en la Sociedad de los Derechos del Hombre. Sus argumentos fueron de un radicalismo perfecto; reclamó como una consecuencia absoluta de la revolucion de Julio el derecho ilimitado de discusion y asociacion, aun cuando el ejercicio de este derecho tendiese abiertamente á la destruccion del sistema establecido. Cuando Mr. Guizot le hacia la objecion de que con tales principios no habia gobierno posible: «¡Y quien os dice lo contrario! respondió Mr. Berryer. Sí, sin duda, con semejantes formas no hay gobierno posible. Mas que vosotros estoy convencido de la realidad de vuestros embarazos; lo repito, comprendo vuestros esfuerzos, los he previsto, y por lo mismo protestaba contra lo que haciais y

contra el principio que adoptábais. Pero aquel principio se adoptó, y está adoptado como la ley del país. Vivo bajo la ley que vosotros habeis hecho, y sería extraño que vinierais vosotros á disputarme las consecuencias mas naturales é inmediatas de las leyes que me habeis impuesto.»

Durante toda aquella legislatura, Mr. Berryer se mostró encarnizado é incansable enemigo de todas las medidas ministeriales; su gloria parlamentaria estaba entonces en su apogeo; elegido por cuatro colegios electorales, habia optado por Marsella, y acababa de hacer un viaje triunfal por el mediodia, cuando el célebre asunto de los veinte y cinco millones reclamados por los Estados-Unidos de América, le dió ocasion de adquirir su mas hermosa palma oratoria. Por primera vez llamó Mr. Berryer en su ayuda un trabajo sério; se apartó de las distracciones del mundo, se encerró en su casa como Demóstenes en su caverna, y cuando llegó el dia del combate salió de ella con la mas elocuente de sus *filípicas*. Los periódicos de todos los partidos, aun los del Gobierno, se deshicieron en elogios y entonaron un *oh sanna* universal.

Mientras Mr. Berryer se embriagaba con aque-

inciensio de todos los colores, su fortuna privada se empeoraba de dia en dia. «La hacienda d' Augerville, perteneciente á Mr. Berryer, *nuestro* diputado, decia la *Gaceta de Francia* de 6 de Agosto de 1836, está en venta.» Seguia á este anuncio una carta de MM. Latour-Maubourg, de Fitz-James y otros, proponiendo una suscripcion para la compra de aquella hacienda, cuya venta iba á privar al partido legitimista de su bandera parlamentaria. Abrióse la suscripcion, pero segun se dice era mayor el número de las admiraciones que el de los suscritores; de todos modos se conservó la propiedad. Mientras que de este modo se escitaban en su favor generosidades parsimoniosas, Mr. Berryer atravesaba la Alemania para ir á prestar homenaje á los desterrados de Goritz. El Duque de Angulema le entregó un documento para establecer sus derechos al título de Luis XIX, hasta la tercera restauracion exclusivamente. Aquel documento dió lugar á una visita domiciliaria y á un principio de proceso contra Mr. Berryer, que no tuvieron consecuencia.

Cuando se formó la coalicion para derribar el ministerio Molé, (*) Mr. Berryer fue uno de sus

(*) Véase su biografía, tom. V.

mas ardientes promovedores. El famoso discurso que pronunció sobre los negocios estrangeros, en la sesion de 13 de Enero, cuando la discusion de la contestacion al discurso del trono, colmó su popularidad, al paso que sublevó en el seno de su partido disensiones que datan de lejos, y sobre las cuales es preciso decir alguna cosa.

Mr. Berryer ademas de ser el hombre mas elocuente, es tambien el mas festejado, alabado, adulado, amado, idolatrado de Francia y de Navarra. Todo el mundo quiere á Mr. Berryer: los radicales le aman por sus salidas democráticas; los dinásticos de Julio le aman cada cual á su vez, por la parte que toma en sus guerras intestinas entre sus matices; asi es que el matiz Thiers le ama por los golpes que da alguna vez al matiz Molé; y este á su vez por los tiros parlamentarios que dirige al matiz Thiers; una carga contra los doctrinarios le vale un apretón de mano de Mr. Dupin; un apóstrofe al centro izquierdo, una sonrisa de Mr. Guizot. Si el que se encarga de los negocios tiene siempre á Mr. Berryer por enemigo, el que los deja le tiene siempre por auxiliar en sus tentativas para volver á ellos. Sabido es ademas que Mr. Berryer

pertenece al partido legitimista, que nada espera de los medios violentos, y no quiere llegar al triunfo de sus ideas sino por los medios constitucionales. De consiguiente, se cree aquel triunfo del todo imposible, y nadie ódia á Mr. Berryer por aquel viejo proverbio: *Oderunt quem metuunt*.

Con sus amigos políticos, es menos fácil la posicion de Mr. Berryer; ellos mas que ningun otro le admiran, le inciensan y le levantan hasta las nubes; pero como el partido legitimista tiene tantos colores como el prisma solar, cada fraccion quiere darle su color y dirigirlo por su camino; es un diamante de muy bellas aguas que se lo arrancan de las manos, y cada uno quiere tallarlo á su modo, para darle el reflejo que mas le gusta. Entre los muchos combates de pluma que se libran hace muchos años los legitimistas del siglo XVIII y los del año 89, los puros y los parlamentarios, los torys de la escuela inglesa y los publicistas de los Estados Generales, los hombres de Luis XIX y los hombres de Enrique V, es preciso que de buena ó mala gana figure siempre en ellos Mr. Berryer. Mr. Berryer está con nosotros, dicen unos;

no , está con nosotros , contestan otros. Que se explique Mr. Berryer , dicen los unos ; si , que se explique , repiten los otros ; y Mr. Berryer , el mas grande orador y el mejor hombre del mundo , se explica por la centésima vez de modo que no deja á nadie descontento , declara que quiere la antigua alianza de la monarquía y de la libertad , y que en consecuencia se asocia á los nobles trabajos de sus amigos de un lado , y que aplaude los generosos esfuerzos de sus amigos del otro.

En la famosa discusion de contestacion al discurso del trono , se le escaparon á Mr. Berryer , en el fuego de la improvisacion , un cierto número de heregias que pronto fueron recogidas. Asi pues en un magnífico apóstrofe , ensalzaba á la Convencion por haber salvado á toda costa la independencia del pais. Luego decia á Mr. Thiers: «Habeis querido conservar á Ancona á pesar del Papa y de los Austriacos ; habeis querido , para ser consecuente con vos mismo , espulsar á Dón Carlos de España ; habeis hecho dos actos honorosos , y os doy gracias por ello , porque al fin he nacido en Francia y quiero permanecer francés.» En consecuencia , gran triunfo en la Cá-

La...
1848

mara, pero grande algazara en el campo de Agramante. ¿Habeis oido á Mr. Berryer que ensalza á la Convencion, decian indignados los legitimistas puros? ¿pero no veis, contestaban los parlamentarios, que es un ¿ardid oratorio sin consecuencia? ¡Y Mr. Thiers, no le ha elogiado y dado gracias porque ha querido echar de España á Carlos V, al Rey legítimo! Esto es horrible, abominable! ¡Mr. Berryer se ha pasado al enemigo; que se explique Mr. Berryer! y Mr. Berryer se explicaba de nuevo, aplaudiendo á sus animosos amigos de una parte, y asociándose á sus nobles amigos de otra.

¡Pobre águila de tribuna que no puede levantar su vuelo sino con un cordel atado á la pata! ¡Pobre gigante de elocuencia envuelto como un niño en los pañales de un viejo sistema! ¡Pobre leon aprisionado en una ratonera! ¡Personage vaciado en el molde de Mirabeau en una época en que Mirabeau no es ya posible; organizacion apasionada, poderosa en la invectiva, cuando ya no existen en el mundo mas que intereses, y cuando aun los partidos ni fuerza tienen para aborrecer!

¡Qué magnífico convencional hubiera hecho

Mr. Berryer! ¡Colocadle en los bancos de la montaña, con su hermosa cabeza de tribuno, con su mirar ardiente, con esa voz que resuena como un clarín, con ese gesto imperioso, dominador, y ese pecho ancho que parece desafiar los puñales. Hacedle pronunciar en alta voz su famoso *jamás*; y tal vez habrá alboroto, correrá la sangre, rodarán cabezas, (lo que para nosotros no es mejor por eso) ¿que sucede en el día? El Parlamento queda impasible, la ardiente trase llega en derechura al ministro, la recoge con flema y la devuelve al orador con estas palabras: «Sabemos muy bien que no podemos contar con vuestro voto jamás»

Mr. Berryer abogado, está algunas veces menos á sus anchas en el foro que en la tribuna; allí es sobre todo frecuente su desigualdad; y hay persona que corriendo apresurada y curiosa á escuchar al nieto de Demóstones, se vuelve burlada porque llegó en uno de aquellos momentos en que Mr. Berryer, fastidiado de su causa, de su auditorio, de sus jueces y de si mismo, da vueltas á la cuestion, la olfatea con disgusto, y repugna llegar á ella como si se tratase de un vomitivo.

Por contra, que talento, que belleza, que poder cuando tiene que desenvolver uno de esos grandes dramas judiciales en cuyo término se hallan la deshonra ó el cadalso! ¿Quién no recuerda el proceso Laronciere con sus escenas dignas del pincel de Shakspeare? ¿Quién no recuerda aquel pretorio abierto en medio de la noche y lleno de una multitud compacta, conmovida y silenciosa, sobre la cual esparcen lúgubres reflejos algunas escasas luces? ¿Quién no recuerda aquella nueva Ophelia, ultrajada, infamada que se presenta á la solemne hora de media noche, cuando le ha sido devuelto el sentimiento de su deshonra, á deslizarse como una pálida fantasma al través de aquel aparato que la turba y admira, y va á colocarse ante aquel jóven descolorido, rodeado de guardias y sentado sobre el banquillo de los criminales; allí á vista de la multitud, al pálido resplandor de aquellas antorchas, ante aquellos jueces á quienes ha de persuadir, ante un temible adversario á quien debe vencer, ante aquel culpable á quien ha de acusar, ante aquella joven á quien debe vengar, se levanta un hombre de cien pies de altura; su cabeza domina la Asamblea, sus ojos despiden fuego,

resuena su voz como un trueno, y su palabra convulsiva y penetrante difunde el temblor por todo el auditorio; pide venganza y el auditorio tiene sed de ella; se enternece, y se enternece el auditorio; llora por la víctima, y el auditorio llora con él; en vano se levanta un rival para disputarle la victoria, le acosa, le estrecha, le anonada, y el fallo que su boca profiere es recogido por los jueces, como lo eran en otro tiempo los de la Phitonisa sobre el tripode.

Cuando se reflexiona acerca del irresistible ascendiente de estos príncipes de la palabra, cuando se piensa en el error posible de los juicios humanos, no puede uno menos de estremecerse por aquellos á quienes el destino entrega á tan temibles eremigos.

En la causa Dehors, la mision de Mr. Berryer era de otra especie. En vano habia intentado por dos veces librar de una sentencia capital á un desgraciado que creia inocente, y dos fallos del tribunal de Cassation habian dado lugar á un tercer litigio sobre la vida de un hombre. En este último esfuerzo venció Mr. Berryer, y Dehors declarado inocente, corrió presuroso á casa de su libertador con su hijo y su hija, y le ofre-

ció un paquete de villetes de Banco, fruto de suseconomías. Es sabido también que Mr. Berryer, por uno de esos instintos generosos que le caracterizan, dividió el paquete en dos partes, presentó la una á la hija para su dote, y la otra al jóven para que pudiese completar su educacion.

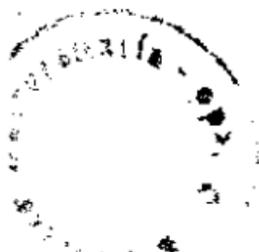
La cuestion de Oriente, el advenimiento del ministerio de 1.º de Marzo, su caída, la formacion del gabinete de 29 de Octubre, han complicado mas y mas la situacion normal de Mr. Berryer en la Cámara y en el seno de su partido. La táctica parlamentaria que antes hemos indicado, le ha llevado á dar treguas por un instante á su oposicion de diez años, para alistarse en las banderas del 1.º de Marzo; y mas adelante, despues de la caída de Mr. Thiers, se constituyó su compañero de armas y su defensor: lo defendió no solo con su palabra en la discusion de contestacion al discurso del trono, sino lo que es mas, con su silencio y con grande escándalo del partido. Así pues en la discusion del proyecto de ley de las fortificaciones, cuando Mr. Molé y de Lamartine daban la mano á MM. de Noailles, de Brezé y otros para rechazar enérgicamente el proyecto; cuando todos los periódicos

legitimistas, grandes y pequeños, tronaban unisonos contra la ley *nefasta*, *tiránica*, *odiosa*, se vió con asombro, á la gloria y la esperanza del partido, á Mr. Berryer, permanecer impassible y silencioso en su banco; se le vió no contestar una palabra á la desdeñosa frase de su aliado Mr. Thiers. «Si el Duque de Burdeos renuncia el apoyo del extranjero, es una gran generosidad de su parte, pues es la sola contingencia que reconozco en él» Y cuando el pequeño batallon legitimista se levantaba entero para protestar contra aquella descortés verdad, Mr. Berryer solo callaba; y cuando despues en la otra Cámara, Mr. de Brezé, contestando á las insinuaciones de Mr. Persil, provocaba la estrepitosa protesta de los periódicos legitimistas, la pluma de Mr. Berryer no se dignaba reparar el olvido de su palabra. Mas adelante es verdad, en una cuestion enteramente personal, en el famoso proceso de las cartas atribuidas al Rey, Mr. Berryer, libre de las necesidades de sus alianzas revolucionarias, ha tomado el desquite bien ó mal, se ha reconciliado con lo principal del partido.

Pero no creemos que dure mucho el acuerdo, el camino que ha emprendido Mr. Berryer le

permite difícilmente retroceder ; sus instintos democráticos le arrastran , la decision de Mr. Thiers le subyuga , y la elocuencia revolucionaria tiene para él un poderoso encanto ; la popularidad que ha adquirido constituyendose el mas avanzado de todos los legitimistas pasados , presentes y futuros le agrada , y quiere conservarla , y aun agrandarla si es posible. Semejante modo de servir á la legitimidad no gusta á todo el mundo ; un paso mas , y Mr. Berryer que ya no está en olor de santidad para con todos aquellos que se empeñan en conservar intactas las viejas tradiciones monárquicas , acabará por reñir hasta con la *Gaceta de Francia*.

Segun cuantos le conocen , Mr. Berryer como hombre privado es dulce , alegre , expansivo ; artista de los pies á la cabeza , apasionado por la música italiana , epicureo en sus gustos , poco cuidadoso del porvenir , gastando largamente , y disfrutando á sus anchas del derecho que la naturaleza le ha concedido de no necesitar de estudio ni de trabajo.







I AL.

de la Alhaja

D. DION.º ALCALÁ SALDANO.

Encomendado de la Alhaja

D. DIONISIO

ALCALÁ GALIANO.

Vosotros dos también, honor eterno
De Bética y Guipúzcoa. (*) ¡ Ah ! si el destino
Supiese perdonar ! ¿ Cómo á aplacarle
La oliva no bastó que unió Minerva
A los lauros de Marte en vuestra frente ?

QUINTANA. — *Oda al Combate de Trafalgar.*

El famoso combate de Trafalgar fue, por decirlo así, el sepulcro de la marina española, como lo fue también de distinguidos oficiales, entre quienes ocupaba un distinguido lugar el Brigadier de la Real Armada, que encontró allí una gloriosa muerte, y cuya laboriosa y estudiosa vi-

(*) Alude á la muerte de D. Dionisio Alcalá Galiano, y D. Cosme Churruca, que perecieron en Trafalgar.

da vamos á bosquejar. Los oradores y poetas contemporáneos á la batalla naval en que perdió la vida , hicieron particular mencion de su nombre, dándole singulares elogios ; y las Córtes mismas reunidas en 1813 , á pesar de tener embebida su atencion otros cuidados , otras hazañas y otras glorias , resolvieron que un navio, que entonces se estaba construyendo , se llamase en adelante *el Galiano*. Los sucesos posteriores estorvaron que se llevase á efecto aquella resolucion : y si ha podido quedar olvidado el nombre del célebre marino , por el estado de sucesiva decadencia en que ha caido nuestra armada ; la tribuna parlamentaria lo ha hecho célebre por los combates que en ella ha sostenido con admirable elocuencia su hijo D. Antonio Alcalá Galiano, de cuya vida nos ocuparemos mas adelante.

D. Dionisio Alcalá Galiano nació en la villa de Cabra , en la provincia de Córdoba , en 1760, y fueron sus padres D. Antonio Alcalá Galiano y Pareja , y Doña Antonia Alcalá Galiano y Pineda, que eran primos hermanos. Era antigua su familia, establecida en la villa de Doña Mencía, donde tenia su casa solar , y el D. Antonio, ademas de gozar de algunos bienes de fortuna,

era Coronel del regimiento provincial de Ecija, con el cual se distinguió en la guerra del Rosellon en 1793 y 94, y especialmente en la defensa de Bellegarde; habiendo llegado posteriormente y al fin de su vida á ser Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, y Comendador de la Orden de Alcántara por premio de sus servicios. Era D. Dionisio el tercero entre sus hermanos, ninguno de los cuales vivió oscuramente, habiendo muerto el primogénito heroicamente en el campo de batalla al abrirse la campaña de 94, cuando acababa de ganar el grado de Coronel: el segundo falleció de la fiebre amarilla en Cádiz en 1810, desempeñando el empleo de Tesorero General; fue hombre eruditísimo, buen escritor, rentista de primer orden, economista sábio para su tiempo, y empleado en suma de gran crédito; y por fin el cuarto, Magistrado, Diputado á Córtes en 1812, y muerto Consejero de Hacienda en 1826, tambien gozó de buen concepto como hombre de bien é ilustrado, habiendo publicado una obra con el título de *Máximas de Política y Legislacion*, atribuida, equivocadamente por algunos, á su sobrino, que lleva el mismo nombre de Antonio.

Habiendo elegido D. Dionisio la carrera naval, sentó plaza de guardia marina en 1777, dando desde luego muestras de sus aventajadas disposiciones. Empezaba á navegar cuando rompieron las hostilidades con la Gran Bretaña en 1779, pero no se halló en ningún combate durante aquella guerra. Casi al mismo tiempo se emprendió la grande obra de las cartas marítimas de nuestras costas y mares adyacentes, hecha por una comision de oficiales, á cuyo frente estaba Don Vicente Tofiño. Empresa sumamente honrosa á España y á su armada, pues no contaba nacion alguna en aquella época una coleccion de cartas comparable con la que mandó hacer y llevó á cabo el Gobierno español, bien servido por los oficiales de su marina, los cuales se distinguian ya entonces por lo muy instruidos en la parte científica de su profesion. Galiano fue uno de los destinados á aquella comision, y á nadie mejor que á él aprovecho tan útil escuela, pues se dedicó lo restante de su vida al ramo de las observaciones, sin olvidar por eso la parte marinera del servicio; pues de otro modo no hubiera pasado de ser un mero astrónomo ó hidrógrafo, y no un escelente oficial como llegó á ser.

No concluida aun la comision de Tosiño, fue Galiano al departamento de Cádiz; y habiendo pasado á Medina Sidonia, contrajo allí matrimonio con Doña Maria de la Consolacion Villavicencio, su parienta, señora de mucho mérito y virtud, de bastante instruccion, y que pertenecia tambien á una familia muy distinguida en la marina española, pues de sus dos hermanos, el mayor (*D. Rafael*) llegó á ser gefe de escuadra; y el segundo (*D. Juan Maria*) se elevó á la mas alta esfera de su profesion, ascendiendo hasta las dignidades de Capitan General y Director de la Real Armada, despues de haber sido uno de los cinco Regentes del Reino nombrados por las Córtes, recien hecha la Constitucion de 1812.

Tuvo D. Dionisio cuatro hijos, tres de ellos varones, de los cuales dos murieron en tierna edad; y el primogénito, de quien ya hemos hablado, andando el tiempo, y muy empeñado en los grandes sucesos ocurridos en España, sin ser marino, y siendo Procurador á Córtes, por las combinaciones que son comunes en los gobiernos llamados representativos, fue por corto tiempo Ministro de Marina, á cuyo puesto no llevaba otro título de recomendacion que los servicios, mé-

ritos y buen nombre de sus parientes mas cercanos, ademas de su vasta ilustracion y admirable elocuencia.

Recien casado Galiano, pensó el Gobierno español en una espedicion de reconocimientos, de cuyo mando fue encargado el Capitan de navio D. Antonio de Córdoba, y cuyo objeto era reconocer el estrecho de Magallanes. Pidió aquel para cumplir bien con el objeto de su comision, que fuesen destinados á sus órdenes dos oficiales de los que servian con Tofiño, y de los mas inteligentes en la parte científica de su profesion; D. Dionisio Alcalá Galiano y D. Alejandro Belmonte fueron los dos nombrados al efecto. Impresa anda la relacion de aquel viaje casi infructuoso, pero de gran trabajo y crédito para quienes en él tomaron parte.

Vuelto Galiano á Cádiz, hubo de salir pronto á otra empresa mucho mas trabajosa y larga. Formóse una espedicion, cuyo mando obtuvo D. Alejandro Malaspina, italiano de nacimiento, y oficial de la marina española, muy acreditado por sus vastos y variados conocimientos, cuyo encargo fue dar vuelta al mundo con los mismos fines con que la habia dado poco antes,

mas de una vez, el inglés *Kook*, y la estaba dando á la sazón el francés *La Peyrouse*, cuyo fin fue tan desgraciado. Galiano, entonces Teniente de navio, se embarcó con Malaspina, saliendo de Cádiz en 30 de Julio de 1789, abandonando por mucho tiempo á su esposa y á su hijo primogénito que solo contaba ocho dias.

Durante este nuevo viaje se dedicó Galiano con mas ahinco al estudio. Discurrió entonces un modo de hallar la latitud de un lugar por dos alturas de Sol, sobre cuyo punto escribió una memoria que remitió á la Corte, y que no fue tan bien acogida como su autor deseaba y creia justo. Casi por el mismo tiempo hizo un trabajo sobre el particular el célebre D. José de Mendoza y Rios; hombre sábio, que de oficial español pasó despues, abandonando el servicio y suelo de su patria, á naturalizarse en Inglaterra; donde vivió muy estimado hasta su muerte. Pretenden los apasionados á Galiano, que el trabajo de este fue comunicado á Mendoza, quien le aprovechó como entendido que era en la materia. Niéganlo los amigos de Mendoza, alegando que hombre de tanta ciencia no necesitaba agenos descubrimientos; y que Galiano, menos instrui-

do, ignoraba que hubiesen otros dado en lo que él acertó por su parte y á su modo. No resolveremos esta cuestion, pero de todos modos toca por lo menos á D. Dionisio una gran parte en la gloria del descubrimiento, pues sino le hizo él solo, le hizo por sus propias fuerzas, ignorando que otros le hacian al mismo tiempo.

Siguiendo Galiano en la expedicion de Malaspina, llegó á Lima, donde hubo de separarse de sus compañeros para pasar á descubrir el paso del Atlántico al Pacífico por la parte septentrional del continente americano, por el canal ó estrecho á que dió nombre Juan de Fuca, descubridor poco conocido. Destináronse al efecto dos goletas, *La Sutil* y *La Megicana*, mandando la primera y la expedicion Galiano. Hizose el trabajo sin fruto, como puede verse en la relacion del viaje, impresa despues por órden del Gobierno.

Terminado este servicio, pasó Galiano á San Blas de California y á Acapulco, y desde el último punto fue por tierra á Méjico, de allí á Veracruz, y se trasladó á España, donde llegó en el último tercio de 1794, hallándose ya de Capitan de navio. Desembarcó en Cadiz y pasó á Madrid, donde fue muy bien recibido, en espe-

cial por los ministros Gardoqui y el Bailio Valdés , que lo era de Marina. Pensábase en aquel tiempo en hacer mapas topográficos de España, y Galiano fue elegido para tan útil y necesaria obra , la cual quiso el Gobierno que se hiciese con el esmero y lujo dignos de la grandeza de la monarquía española. No se realizó esta sin embargo por diversas causas, y principalmente por haberse descubierto una trama de D. Alejandro Malaspina para derribar del poder al Príncipe de la Paz , entonces Ministro de Estado ; y en su castigo fueron envueltos sus amigos , y Galiano como tal tuvo que irse al departamento de Cádiz.

Recien llegado á aquella ciudad, rompió otra vez la guerra con la Gran Bretaña , y dióse á Galiano el mando del navio *Vencedor* perteneciente á la escuadra surta en aquella bahía. Tuvo la fortuna de no hallarse en la batalla naval dada el día 14 de Febrero de 1797 , á la vista del cabo de San Vicente, batalla poco honrosa á nuestra marina , sobre la cual el vulgo ignorante , culpó á nuestros oficiales mas de lo que era debido. Despues de aquel desgraciado combate, tomó el mando de la escuadra el célebre Don

José de Mazarredo ; (*) deseoso de volver por el honor de nuestras armas , y acostumbrar sus navios á navegar en union y buen orden , se hizo á la mar , pero solo para dar un paso , como cantaban en coplillas soeces de aquellos dias. Vuelta á Cádiz la escuadra , fue esta ciudad bombardeada por los Ingleses mandados por Nelson ; el bombardeo no tuvo feliz éxito , pero fue muy glorioso á nuestras fuerzas sutiles , en las cuales sirvió Galiano. Pero juntándose muchas fuerzas enemigas delante de la bahia gaditana , quedó esta estrechamente bloqueada , siendo entre otros de los males que con el bloqueo de sus puertos padecía España , uno de los mayores la incomunicacion en sus provincias de América. Era preciso enviar á ellas buques que recogiesen y tragesen á España caudales , y se confirió el encargo á Galiano , adquiriendo en su desempeño su principal gloria como práctico marineró. Zarpó de Cadiz en una noche lóbrega de Diciembre de 1798 , con viento recio del E ; atravesó sin novedad por la escuadra inglesa , aportó felizmente á Veracruz , cargó la plata , y pasó con ella á la isla de Cuba.

(*) Véase su biografía , tom. III.

Seguianle ya los Ingleses, codiciosos de la rica presa que en su buque llevaba. En la Habana recibió Galiano órdenes para pasar á la Península con su precioso cargamento, y segun costumbre se le dió un derrotero, siguiendo el cual quedaba exento de responsabilidad en cualquier trance. Pero el hombre de quien tratamos tenia una noble ambicion, y un bien entendido deseo de cumplir con su deber; cargó pues sobre sí una responsabilidad grande, esponiéndose al mas severo castigo si era apresado; no hizo caso del derrotero; tomó latitud mucho mas alta que la que solia tomarse entonces; buscó los recios NO. del golfo de San Lorenzo; tuvo la fortuna ó mejor dicho el acierto de encontrarlos; navegó con vientos largos y duros felizmente; imitando á Colon, llevó en secreto una cuenta de lo que adelantaba, observando la longitud con el relóx, cuando otros la calculaban solo por la estima, método falaz como es notorio; y en vez de aportar á Cadiz, como le estaba mandado y creian todos, apareció en las costas del Norte de la Península, descubriendo tierra á la boca de la rada de Santoña. Habiendo anclado en aquel puerto, se supo en toda España su

viage y feliz arribo con admiracion y aplauso. La Corte pensó en premiarle , pero el Ministro que era de Marina D. Juan de Lángara rehusó darle el grado de Brigadier , porque , segun es fama , dijo que *bien premiado quedaba con lo que habria ganado en su expedicion*. Razon ruin y aun en parte infundada , pues si el Comandante de la expedicion habia ganado , como lícitamente se ganaba en aquellos viages , su genio espléndido , hasta rayar en derrochador , y su pundonor hasta quisquilloso , ó le habian impedido hacer las ganancias que eran de suponer , ó con gastos crecidos habian menguado las verdaderamente hechas.

Pero si Galiano se quedó sin un premio dado comunmente á servicios muy inferiores , los suyos y su mérito fueron reconocidos , confiándole otra comision de igual naturaleza. Mandósele pasar al Ferrol , y de allí á América en busca de mas caudales. Para esta empresa , siendo solo Capitan de navio , tuvo á sus órdenes una escuadrilla compuesta de dos navios , tres fragatas y algunos buques menores , con lo que acreditó que era buen General de mar , antes de serlo efectivo. Volvió á Veracruz sin accidente , cargó de

nuevo la plata , pasó á Cuba , siempre perseguido con empeño por el enemigo , y de allí salió para España ; pero hubo de volver de arribada á la Habana , ya por serle contrario el viento , y ya por tenerle cerrado el camino los Ingleses con fuerzas muy considerables. Quedó Galiano bloqueado en la bahia , y allí le cogió la paz de Amiens , siendo tal su desgracia , que ni siquiera tuvo el gusto de traer á España las primeras remesas de plata despues de concluida la guerra , pues fue despachado al efecto el Brigadier Don Justo Salcedo. No dejó de ofender un tanto esta circunstancia á Galiano ; pero hubo de resignarse , y fue el segundo que llegó á Cádiz con caudales en Abril de 1802. Recien llegado se le destinó á la escuadra que iba á Nápoles , en busca de la Princesa que debia desposarse con el Príncipe de Asturias , despues el Rey Fernando VII. Montó entonces el navio *Bahama* , buque de fea figura pero de soberbio maderage , muy velero , y predestinado á servir de ataud á su capitan , antes de caer en manos de un enemigo victorioso.

Salió la escuadra de Cádiz , y al atravesar el estrecho de Gibraltar , saltó el viento al E ; y

procurando seguir de vuelta y vuelta, ocurrió un abordage entre los navios Bahama y Príncipe, nacido de las ideas de subordinación de Galiano quien al ver que iba su buque á pasar por la proa del navio general, cuando estaba este tomando rizos, mandó arribar, y de un increíble descuido del timonel, que sin órden dió de orza, cuando casi iban á tocarse los dos buques. Aunque este abordage estuvo á pique de causar la pérdida del uno ó del otro navio, y quizá de ambos, causó solo levísimo daño; pero abandonando la escuadra la idea de pasar el estrecho con viento contrario, arribó al abrigo del cabo Espartel. Mudose pronto el viento soplando del O, con lo que se navegó hasta el cabo de Gata; y llegados allí, el general, con sorpresa de todos, arboló la señal de hacer rumbo al E. S. E. viéndose por ello que no iba la escuadra á Cartagena, sino á un punto ignorado. Habiendo la division llegado á avistar la ciudad de Argel, recibió Galiano órden para pasar á Tunez, con el navio de su mando y la fragata Sabina, á arreglar ciertas desavenencias con aquel Gobierno. Galiano despachó su comision con acierto y felicidad, y en su tránsito desde el mar de Argel

al golfo de Tunez, descubrió que habia bastante equivocacion en una de las cartas que acababa de publicar el Depósito Hidrográfico, con respecto á la situacion de la Isla Galita; observacion que puso en conocimiento del Gobierno á su llegada á Cartagena. Antes de recibir contestacion, salió la escuadra de aquel puerto con direccion á Nápoles, mandada por el Marqués del Socorro, y compuesta de los navios Príncipe, Bahama y Guerrero, de las fragatas Atocha y Soledad, y de un bergantin. Ocurrió en este viage una pequeña circunstancia, que dió á conocer un poco la vanidad, y mucho la escrupulosidad y pericia de Galiano. El general habia dado orden para que se navegase, yendo su navio en medio, algo adelantado, y los otros dos á las aletas, de manera que la proa de estos viniese casi á formar linea con el palo de mesana de aquel. Navegó el Bahama casi clavado en esta posicion, no sin gran trabajo de la oficialidad y Comandante, pero el Guerrero no pudo hacer otro tanto; circunstancia que puso un tanto ufano al personaje de cuya vida nos ocupamos.

Llegada la escuadra á Nápoles, se embarcó la Prince sa en el navio General, y en el Baha-

ma algunas personas de nota de la comitiva, lo que dió margen á Galiano para satisfacer sus inclinaciones, tratando á los pasajeros en su navio con la mayor suntuosidad y esplendidez.

Llegó la expedicion á Barceloua donde estaba la Corte , y en la que fue muy bien recibido Galiano, en especial por el Príncipe de la Paz, Generalísimo entonces de mar y tierra. Hubo una promocion, en la que fue Galiano ascendido á Brigadier con otros varios; ofendiendose su orgullo de recibir el premio de servicios hechos en expediciones peligrosas, como una gracia obtenida por haber acompañado á las personas Reales. Así lo declaró al Príncipe de la Paz, comiendo con él; pues habiéndole este dicho: «*Galiano, no doy á V. enhorabuena por su grado: le contestó: no la recibo, y quien me la diese me ofenderia.*» Pero el Generalísimo le aseguró delante de todos que conocia lo justo de su queja, prometiendole que pronto se remediaria su postergacion, y anunciandole que le tenia preparado un servicio de importancia.

La escuadra iba á regresar á Nápoles, llevando en retorno á una Infanta de España, que

iba á enlazarse igualmente con el Príncipe heredero de aquel reino. ¡Feliz union, de la cual habia de salir para España la Augusta madre de nuestra querida Reina Doña Isabel II, que llegó á ser la bienhechora y el ídolo de los Españoles leales! Galiano iba á volver tambien á Nápoles, pero con órden de que al llegar á la capital de las Dos Sicilias, se traspasase á la fragata Soledad, y pasase con ella el mar de Grecia, y de allí á Constantinopla, para formar la carta del Mediterráneo, yéndose despues por Tunez y las costas vecinas para enmendar los errores que él habia descubierto y señalado.

Desempeñó Galiano este encargo con el acierto que era de esperar, y ocurrió durante el viage un lance, que aunque frívolo, es característico y por lo tanto propio de la biografia. Yendo la Soledad por los mares vecinos á Constantínopla, tropezó con una escuadra turca mandada por el Capitan Bajá. Aficionado Galiano á actos de cortesía, quiso hacerle un saludo; pero celoso del honor de su pabellon, quiso saber antes de hacerlo si se le contestaria con igual número de cañonazos. Hecha la pregunta, se le contestó que se haria lo practicado con la bandera de otras

naciones. Equívoco era esto, pero creyó Galiano que bastaba, y en consecuencia saludó con 21 cañonazos, quedándose admirado al verse correspondido con algunos menos. Irritado de un desaire, que mas lo era á la nacion que al buque, ó á la persona de su Capitan, tomó el partido violento de enviar un guardia marina en un bote á declarar al turco: « que la fragata española no le habia saludado, pues solo habia disparado para limpiar sus cañones, y que por tanto los cañonazos tirados como en respuesta eran un honor á la bandera española, hecho por quien ninguno habia recibido á la suya. » Dióse este recado, pero el Capitan Bajá recibió el insulto con la flemática indiferencia que distingue á su nacion.

Cerca de un año gastó Galiano en su comision y vuelto á España desembarcó en Cartagena y pasó á Madrid, donde pensaba quedarse para entender en la publicacion de las cartas; pero tuvo sérias desavenencias con el Ministro Grandallana, y agregandose á esto el retirarle su favor el Príncipe de la Paz, escogió Galiano á Cádiz para llevar allí á cabo su trabajo, y quiso tambien escribir él mismo la relacion del viage.

Hallábase en aquel departamento , cuando el atroz atentado cometido por el Gobierno inglés de atacar en plena paz á cuatro fragatas españolas , apresando tres de ellas y volándose la otra , volvió á encender la guerra con la Gran Bretaña. No era Galiano muy parcial de la alianza francesa , ni tenia por justas ú oportunas las hostilidades con Inglaterra ; pero la infame accion á que aludimos , encendió su ira como la de todo buen español , y aun la de todo hombre honrado.

Diose á Galiano el mando de un navío , el cual dejó pronto para tomar el del Bahama donde , como hemos ya dicho , habia navegado. Pronto empezaron grandes acontecimientos. Habia salido á la mar una division de nuestra escuadra , y juntándose con otra francesa habia hecho rumbo á las Islas de Berlovento , desde donde despues de haber dado vueltas por los vecinos mares , venia en demanda de los puertos del Norte de la Península ; cuando tropezando con una escuadra inglesa poco numerosa , empezó un combate , durante el cual , haciendose á un largo los franceses , fueron apresados , no sin defenderse con heroicidad , dos navios espa-

ñoles , uno de ellos mandado por D. Rafael de Villavicencio , hermano político de Galiano , que se habia quedado en Cádiz con la parte mas numerosa de nuestra escuadra.

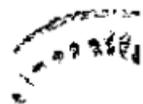
Allí vino tambien el resto de la malograda expedicion. Tomó entonces el mando de una numerosa escuadra inglesa el insigne Lord Nelson, quien recordando sus glorias del Nilo y Copenhague habia formado , segun cuentan , el proyecto de entrar á viva fuerza en la bahia de Cádiz, á combatir y destruir los buques fondeados en ella. Preparábanse los nuestros á la defensa , y segun la opinion de Galiano , *era sumamente probable que si el inglés acometia la empresa de forzar el puerto , saliese vencido y muy maltratado ; cuando al revés , si iba en su busca la escuadra combinada , habia poca esperanza de que fuese nuestra la victoria.*

Pero el carácter impetuoso de Napoleon , poco entendido en cosas de la mar , no llevaba á bien que sus navios o los de sus aliados se mantuviesen quietos en el puerto , teniendo al frente y provocándolas el enemigo ; escociéndole por otra parte no ser tan bien obedecido , ni llevar felizmente á cabo sus proyectos marítimos , como

le sucedia siempre cuando daba órdenes á los generales de sus ejércitos.

Mandaba la escuadra aliada, el Almirante francés Villeneuve, valeroso y hábil, y estaba inclinado á esperar dentro del puerto la batallas si allí la empeñaba la osadía de su contrario. Pero temia la ira de su Emperador, y queria quedar á cubierto de los cargos que pudiese hacerle. Convocó pues junta de generales, á la cual fueron llamados los Brigadieres Galiano y Churruca á pesar de no asistir los de su grado, y dando lugar á la escepcion el alto concepto que ambos oficiales disfrutaban. Ventilosé en la junta si convendria ó no salir á la mar; estuvieron encontrados los pareceres; señalose Galiano sustentando el opuesto á la salida; esforzó la opinion contraria, entre otros y mas que nadie, el Contra-Almirante francés Magon; ensarzose la disputa á punto de temerse un duelo entre el marino español y el francés, por culpar este á aquel de falta de arrojo; y al cabo, tomados los votos, se acordó esperar en el puerto la acometida de los ingleses.

Por aquel tiempo fue nombrado Galiano Comandante General de Pilotos, destino que no s



conferia á Brigadieres , sino á Gefes de escuadra cuando menos ; por lo mismo le anunciaron desde Madrid que pronto le llegaria la faja de general que tan merecida tenia. No gustaba Galiano de tener empleos á modo de beneficios simples ; y como ademas habia dedicado su atencion al ramo de Pilotos , apenas obtuvo la comandancia del cuerpo , escribió una memoria para mejorarle , que envió al Gobierno ; pero mediaron tan pocos dias entre su nombramiento y su muerte , que ni siquiera recibir pudo respuesta á su escrito.

Resuelto ya que no saliese la escuadra de la bahia de Cádiz , recibió Villeneuve la noticia de haber sido nombrado sucesor suyo el Vice-Almirante Rossilli , quien podia tardar poco en llegar. Vióse culpado por el Emperador de sobra de cautela y hasta de timidez , y no pudiendo tolerar semejante afrenta el Almirante depuesto , antes que le alcanzase el sucesor , arboló la señal de dar la vela. Zarpó la escuadra de Cádiz con infaustos auspicios , en malisima estacion , amenazando próxima una borrasca , y teniendo en frente un enemigo casi igual en fuerzas y muy superior en calidad. Galiano preveia lo que iba á

acontecer, y salió por demas descontento y desabrido.

Ni aun le fué posible despedirse de su familia que se hallaba en Chiclana, y hasta tuvo el disgusto de que maniobrase mal su navio al tiempo y poco despues de hacerse á la vela. Entonces se le oyó decir que si volvía á Cádiz abandonaría su carrera; sentida espresion que probablemente se habría quedado en ser un desahogo de un pesar muy fundado.

Pronto estuvieron á la vista y próximas á la pelea las dos escuadras contrarias. El Bahama formaba parte de una division llamada de reserva, sobre la cual, trocado el órden de batalla, vino á caer lo mas recio del combate. Por la formacion de las lineas quedaron en la escuadra combinada la reserva á la cabeza, la retaguardia en seguida, el centro en su lugar, y la vanguardia á la cola. Los Ingleses anunciaban hacer una atrevida maniobra, mejora y rectificacion de la hecha en la guerra de 1778, en la victoria conseguida sobre el francés Conde de Grasse por el Almirante Rodney. Lord Nelson, que ya en el Nilo habia dividido por medio á su contrario, y cogido entre dos fuegos sucesivamente

á sus buques, formó esta vez su batalla haciendo tres puntas ó ángulos salientes con sus navios, y por tres partes se lanzó á peuetrar entre sus enemigos y doblarlos.

Eutretanto Galiano, con mas valor y firmeza de ánimo que esperanza, se preparaba al combate. Hizo su testamento militar, y hablando en seguida con su pariente el guardia marina D. Alonso Butron, encargado de la bandera, *cuida*, le dijo con arrogancia, *de defenderla. ningun Galiano se rinde, y tampoco un Brutron debe hacerlo.* Prometióle el jóven portarse como le encargaba, y es de notar que si no murió salió herido, y yendo á curarse no tuvo que arriar la bandera.

Trabose al fin la pelea, y tocó al Bahama ser combatido por dos, y luego por tres navios enemigos. Recibió Galiano una contusion en una pierna, y despues fue mal herido en la cara de un astillazo, sin que quisiera ir á curarse, como se lo aconsejaban, por la mucha sangrê que corria de su herida, y por razones fáciles de comprender. En esto se habia situado un navio inglés por la aleta de sotavento del Bahama, y le acribillaba á balazos sin ser casi ofendido. Por

lo mismo mandó Galiano arribar un poco, á fin de dar un tanto el costado á su ofensor, y devolverle el daño que de él recibia; pero con la arribada declinaba el navio de la linea, á punto de llevar traza de separarse ó huir, y esto no pudo tolerarlo el puñodor de su Comandante. Ordenó pues orzar para entrar bien en la linea, sugeriéndose al inconveniente de esta maniobra en aquellas circunstancias. Menudeaban tanto las balas, que el aire de una de ellas arrebató el anteojo de las manos del esforzado marino, á quien bien puede darse el nombre de héroe en aquella ocasion. Cubierto de sangre propia y agena, entre esta la del querido Patron de su bote, caido á su lado á impulso de una bala que le partió por medio del cuerpo, seguia Galiano impávido, encendido, alentando á quienes le rodeaban, cuando una bala de mediano calibre le acertó en el medio de la cabeza, llevándose la parte superior de esta y dejándole muerto en el sitio. El cadáver fue recojido al instante, procurando encubrir la desgracia á la tripulacion que no estaba á las inmediaciones. Poco despues arrió bandera el Bahama, destrozado horrorosamente, muertos algunos de sus oficiales, y los

demás con rara escepcion heridos. Al cuerpo del Comandante se dió por sepultura el mar, digno lugar de reposo en la muerte, para quien tanto en él se habia señalado durante su vida.

Asi acabó con una muerte ilustre una vida bien empleada. En el mismo dia, cosa singular, perdieron la vida Churruca, igual en celebridad, en méritos y en grado á Galiano, y el francés Magon, de quien antes hemos hablado. Aquel famoso combate causó la muerte tambien de los tres Almirantes que en él mandaban (*), y la nueva de tan lastimosas pérdidas causó el mas vivo dolor en la Córte y en toda España; pero iba el dolor mezclado con el orgullo, pues si la derrota en Trafalgar fue completa, no humilló á la nacion, porque el honor de nuestras armas quedó ileso.

Era D. Dionisio Alcalá Galiano de corta estatura, de complexion récia y robusta, de color blanco y ojos azules, de gesto desapacible, y como de hombre distraido. Era de condicion muy irascible, aunque pronto en deponer la ira; rígido en la observancia de la disciplina, sumamente activo, generoso por demás, fácil en ofen-

(*) Véase la biografía de Gravina T. II.

derse aun por frioleras , y algo vano de las prendas que tenia. Su instruccion no pasaba de mediana. Aun en las ciencias sabia perfectamente lo que sabia , pero era corta su erudicion. Entendia medianamente el latin , traducia y hablaba regularmente el francés y un poco el inglés , y de este poco hacia grande alarde , y estaba muy ufano por ser en su tiempo muy poco conocida en España la lengua inglesa. Era muy amado de sus subalternos , como lo prueba que al dejar en 1805 el mando de un navio para tomar el del Bahama , quisieron traspordarse con él y se traspordaron toda la oficialidad y tripulacion; circunstancia notable y demostracion muy honrosa.

El nombre de D. Donisio Alcalá Galiano ocupará siempre un distinguido lugar en los fastos de la marina española , y por lo tanto no hemos vacilado en incluirlo en nuestra coleccion.







J.A.L.

Esc. de las Artes y Of.

MI . ODILON-BARROT.

Personajes célebres del Siglo XIX.

M. ODILON BARROT.

Si el peligro de nuestra primera revolución, atacada por todas partes, ha estado en la exaltacion de las pasiones; en el día, despues de la victoria, el peligro está en el egoismo, la indiferencia política, y esa corrupcion lenta que disuelve y enerva á las sociedades que descansan.

Discurso de Mr. Odilon Barrot á los electores de Coucy.

Mr. Odilon Barrot, abogado ilustre, orador notable y gefe de la oposicion dinástica, merece por muchos títulos ocupar un lugar en nuestra coleccion. No ha pasado aun por la terrible prueba de ser ministro; pero puede llegarlo á ser, y

por lo mismo conviene biografiarlo antes de que llegado aquel caso, se despierten contra él las antipatías ó afecciones que lleva en pos de sí en estos tiempos en que tan gran consumo se hace de hombres de Estado. El gobierno representativo ó *parlamentario*, según ahora se dice, es seguramente una hermosa conquista; ¿pero está bien asegurada, y no presenta algo de espantoso el verla devorar, mas insaciable que Saturno, parlamentos, ministerios y ministros sin cuento? ¿Qué dirían los Sully, Richelieu ó Colbert si resucitaran? En nuestro concepto se admirarían al ver el locomotor constitucional, servido por tres poderes que procuran recíprocamente reducirse á la nada para equilibrarse, de los cuales el uno está ya reducido á la inacción, y los otros dos se disputan la maniobra; al paso que una fuerza motriz llamada la imprenta, fuerza inmensa, útil como el vapor pero peligrosa como él, ruga al rededor del aparato, le saca de los carriles, le empuja hácia adelante, le tira hácia atrás, le inmoviliza algunas veces, y otras le precipita hácia regiones desconocidas.

Sin embargo el mecanismo tiene la mejor apariencia, es complicado y sencillo al mismo tiem-

po, sus resortes son nuevos y sus ruedas engranan perfectamente unas con otras, y en resumen seria el mecanismo mas maravilloso, si al mismo tiempo no fuese el mas pérfido que puede verse. Por fuerte y hábil que sea el hombre que se atreva á poner en él la mano, le coge esta primero, luego el brazo, luego todo el cuerpo, lo arrastra, lo lleva por entre sus cilindros, lo adelgaza, y lo aplasta bajo sus muelas; y da lástima en verdad verle salir del aparato representativo, débil, vacilante, estenuado, aspirando á las dulzuras de la convalecencia, buscando el reposo, la oscuridad, el silencio, y temiendo sobre todo la recaída, pues en verdad, en los tiempos que corren, es mas difícil restablecerse de haber sido ministro, que de la fiebre amarilla.

No nos toca á nosotros examinar en este lugar las causas numerosas que dificultan el movimiento del sistema representativo. Mr. Odilon Barrot cree que los hombres son los que faltan á las instituciones; seguramente no será por la cantidad. ¿Será la calidad? Mr. Villemain esclamaba en la tribuna: «vengan los grandes y los fuertes, pero sobre todo que puedan entenderse;

tomen el poder y conservenlo : les bendeciremos en nombre del país : ¡venga Mr. Odilon Barrot!» Mr. Odilon Barrot no ha ido todavía : no sabemos si es peor para él , pero si seguramente para nosotros , que vamos á contar sin pasion alguna una carrera política diversamente apreciada.

Mr. Odilon Barrot nació en Villefort , departamento del Lozera , el 19 de Julio de 1790. Su padre , miembro de la Convencion , despues del Consejo de los Quinientos , y mas adelante del Cuerpo Legislativo , atravesó sin mancha los malos dias de 93 (*) y debió á la oscuridad de su vida el no espíar en un cadalso la moderacion de sus principios. El jóven Odilon Barrot encontró en el seno de su familia tradiciones de respeto y amor hácia el primer periodo revolucionario , brillante con las nobles luchas oratorias , y no manchado aun con las sangrientas orgias del terror. Educado en París en el Colegio de Luis el Grande , entonces Liceo-Napoleon , sino brilló por sus estudios se distinguió sin embargo por sus inclinaciones

(*) Cuando el Juicio de Luis XVI , el padre de Mr. Barrot fue uno de los que votaron por la apelacion al pueblo y el encierro durante la guerra. Los que hayan estudiado un poco aquella época conocerán fácilmente que aquel voto fue uno de los mas atrevidos.

sérias , su entendimiento precoz , y una tendencia instintiva hácia las cosas elevadas. Sabido es con qué cuidado fomentaba Napoleon el entusiasmo guerrero entre la juventud de los liceos, que eran para él un vivero de soldados. Allí se dejaba á Ciceron para egercitarse en el manejo del fusil, y en los dias infaustos se vió á muchos de aquellos jóvenes revestir el uniforme, é ir á buscar la muerte en los combates.

En medio de aquel embriagamiento , de aquella fiebre de gloria militar , un jóven de grave continente y un aspecto meditativo , permanecia casi solo, impasible y frío; no porque el jóven Barrot dejase de amar su pais ; pero sus pensamientos , sus deseos estaban en otra parte , y su razon ya madura , impulsada por una atracciou natural hácia el estudio de los principios, se alejaba con voluntaria repugnancia de la tumultuosa region de los hechos. La multitud personificaba á la patria en un hombre : el austero liceista pedia ya cuenta interiormente á aquel hombre de las necesidades presentes y de los males futuros de la patria.

Al salir del colegio , Mr. Odilon Barrot estudió tranquilamente el derecho ; siendo de notar

que no contaba aun 23 años , cuando solicitó y obtuvo dispensa para ser admitido como abogado en el tribunal de Cassation.

El edificio imperial se desplomaba entonces por todas partes ; la primera restauracion encontró en Mr. Odilon Barrot, sino una efervescencia de entusiasmo que no está en su naturaleza, por lo menos una simpatia sincera y verdadera. Fue de los que vieron en los sucesos de 1814 la aurora de dias mas serenos. Le pareció que la civilizacion estaba al fin llamada á salir del campo de batalla, para entrar en un nuevo camino, desenvolverse y engrandecerse con el benéfico contacto de la tribuna y de la imprenta. Llegaron los cien dias como un huracan , y pasaron como él. Se ha dicho en alguna parte que el Comisario de Cherburgo habia ido á Gante ; es un error : Mr. Odilon Barrot permanció en Paris, y como guardia nacional estaba de guardia en el palacio de las Tullerias el dia que Napoleon volvió á entrar triunfante en él, para no volverle á ver. La restauracion volvió poco despues con un programa , destinado á reparar sus primeras faltas. Mr. Odilon Barrot volvió á sus ilusiones, que debemos creer que tardaron poco

en desvanecerse, pues se le vió muy luego entrar de lleno en la lucha que entonces sostenia casi todo el foro, contra el sistema reaccionario de la monarquía restaurada.

Una causa en apariencia de las mas pequeñas, pero que en realidad promovia grandes cuestiones, tardó poco en dar á conocer el oculto talento del jóven abogado. Era en el tiempo de la mas fuerte propaganda religiosa; en una ciudad pequeña del mediodia, algunos protestantes se habian negado á adornar sus casas al pasar la procesion del Córpus: condenados por el juez de paz á ün franco de multa, habian apelado y sido condenados sucesivamente en los dos grados de jurisdiccion. La causa fue llevada al tribunal de Cassation, y Mr. Odilon Barrot estuvo encargado de defender ante todos los tribunales reunidos bajo la presidencia del Guarda sellos, una de las conquistas mas preciosas de la revolucion, el principio de la libertad de cultos, garantida por el artículo 5º de la carta de 1814, y atacada en virtud del artículo 6º que declaraba que la Religion Católica era la religion del Estado. La causa se vió dos veces, y desde el primer dia, los argumentos del abogado, á pesar de su mode-

ración, habían levantado gran ruido en la imprenta realista. ¡*Es acaso atea la ley!* Esclamó con indignación Mr. de Lamennais entonces fogoso católico, (*) que predicaba en el *Conservador* la alianza indisoluble del Trono y del Altar. «Sí, debe serlo, contestó Mr. Odilon Barrot, si por esto se entiende que la ley, que solo existe para obligar, debe ser estraña á la creencia religiosa de los hombres, que está fuera de toda obligacion etc. etc.»

En el dia no se comprenderia tan pueril discusion de palabras; evidentemente la cuestión no estaba allí sino entre los artículos 5º y 6º. Mr. de Lamennais entendia entonces el ateismo como Santo Domingo: comparar la impasibilidad de la ley, en medio de las formas esteriores de tal ó cual culto, á la negacion de Dios, que es el principio de todos ellos, cualesquiera que sean, era en nuestro concepto chocar á un tiempo con el buen sentido y el diccionario.

Aquella defensa valió á Mr. Barrot una ræprimenda pública, pero sin embargo de ella triunfó, y se anuló la sentencia con aplauso del partido liberal. Aquella causa y otros triunfos ju-

(*) Véase su biografía T. III.

diciales, que no podemos enumerar, colocaron pronto á M. Barrot entre las notabilidades del partido liberal. En 1827 formó parte con Mr. Guizot de la famosa sociedad *ayúdate y el cielo te ayudará*, cuyo objeto patente, confesado, legal, era defender la sinceridad de las elecciones contra el sistema corruptor del ministerio Villele. Añadamos sin embargo, que ya la parte jóven y ardiente de los iniciados tendia á dar á la sociedad una direccion profundamente hostil al poder. Mr. Odilon Barrot, Presidente de la Sociedad, se negó á aventurarse á actos que creia contrarios á sus principios de moderacion y de órden. Despues del establecimiento del ministerio Polignac, encargado en un banquete dado á los 221 de llevar la palabra en nombre de los electores de Paris, declaró tambien que las vias legales le parecian suficientes para el triunfo de la libertad: aparecieron luego los decretos, estalló la revolucion, y Mr. Odilon Barrot se encontró de repente arrojado por la fuerza de las cosas mucho mas allá de su punto de partida.

Durante los tres dias, Mr. Odilon Barrot, que no pertenecia á la Cámara, no tuvo parte en las deliberaciones oficiales de los Diputados,

pero sí activa en todas las reuniones particulares para sostener y dirigir el movimiento. El 30 de Julio por la mañana, despues de instalada la comision municipal, por recomendacion de Mr. Laffitte, fue agregado á los secretarios de ella, y adicto principalmente á su antiguo amigo el General Lafayette, que acababa de encargarse del mando de la Guardia Nacional. No repetiremos aqui lo que hemos dicho en otra parte sobre las disidencias de la casa de Ayuntamiento, y de la reunion Laffitte; algunos han pretendido que el pensamiento monárquico fue, inmediatamente despues de la victoria, el pensamiento primero, instantáneo, dominante, universal, el grito de todos y de cada uno; no comprendemos de qué puede servir al trono el sostener una thesis tan disputada: siempre resulta, que examinando con atencion las diversas peripecias del drama de Julio, no puede menos de reconocerse que hubo en las cabezas, y sobre todo en las masas, un momento de vacilacion, felizmente muy corto, pues eran aquellós dias de los en que, como dice Mr. Mauguin, *las horas abrasan*. En nuestro concepto la division exacta de las transformaciones sucesivas del pensamiento público

durante y despues del combate , es la siguiente. El 27 y 28 de Julio se queria la conservacion de la Carta y la caida de los ministros ; el 29 no se queria ya á la rama primogénita ; el 30 no se sabia lo que se queria , y este fue el dia crítico, el dia peligroso de Julio ; por último , el 31 , la proclama del Duque de Orleans á los habitantes de París, acostumbrió á la poblacion á la idea de un nuevo trono , y luego aquella misma noche , el paso tan atrevido como hábil del Lugar teniente General en la casa de Ayuntamiento, terminó la indecision ; y desde aquel instante quedó asegurado el triunfo de la causa monárquica.

En aquella crisis tan corta , pero tan llena de acontecimientos , Mr. Odilon Barrot representó un papel bastante importante , ó mas bien dos distintos , producidos ambos por un pensamiento que es en sí mismo único y doble á un tiempo ; apresurémonos á esplicar esta logomoquia diciendo , que hablamos de ese sistema monárquico-republicano , que tuvo origen en la casa de Ayuntamiento , dió el ser al famoso programa que nadie ha visto ni entendido , y adoptó por fórmula las palabras del General Lafayette: *una*

monarquía rodeada de instituciones republicanas. Este sistema de equilibrio entre la monarquía y la república, ha experimentado muchas vicisitudes desde su nacimiento; hasta la época del *conte-rendu* fue aun la expresión y el símbolo de la fracción mas avanzada de la Cámara; desde aquel momento, se manifestó una división entre sus adictos; y de todos los hombres distinguidos del sistema, solo Mr. Odilon Barrot le permanece fiel, no sin haberle hecho sufrir muchas modificaciones.

Hemos dicho poco antes que la conducta de Mr. Odilon Barrot durante los tres dias fue republicana y monárquica como su sistema. En efecto, por una parte el 30 de Julio se presentó en la Cámara á protestar en nombre del General Lafayette y en el suyo, contra la precipitación con que al parecer podia disponerse de la corona en favor del Duque de Orleans, y á pedir que se estipulasen antes de todo en una asamblea general, las condiciones del pueblo; por otra parte, el mismo dia, y cuando llegaba tal vez el momento en que accediese Mr. de Lafayette á los ofrecimientos de presidencia republicana que le hacian algunas diputaciones de

jóvenes, «Mr. Odilon Barrot, dice Mr. Berard en sus *Recuerdos* (*) consiguió que no tomase niaguna resolucion hasta la mañana siguiente; despues se apoderó del General al tiempo de despertarse, le habló el lenguaje de una razon severa, y le manifestó el abismo en que podia sumergirles su aceptacion. El General Lafayette prometió, no sin algun pesar tal vez, no aceptar.»

Despues de la entrevista de la casa de Ayuntamiento, Mr. Odilon Barrot marchó á Rambouillet con el Mariscal Maison y Mr. de Schonen, asociando su nombre en aquella circunstancia á uno de los actos mas solemnes, y sin disputa los mas bellos de la revolucion de Julio. Pocos años antes una nacion corria tras de su Rey que huía de ella, le cogia en la frontera, le conducia por fuerza prodigándole insultos y ultrajes, escoltaba su coche dando gritos de muerte, le presentaba en la portezuela cabezas puestas en la punta de una pica, y tenia por fin el placer horrible de cortar la suya, cabeza augusta, protegida en vano por una doble corona de magestad y de desgracia. Cuarenta años despues, esta misma nacion atacada por su Rey y victoriosa, dejaba al ene-

(*) *Recuerdos de la Revolucion de 1830*, pág. 130.

migo vencido dirigirse lenta y sosegadamente al destierro. Los pueblos atónitos salían al camino para ver pasar á aquel Rey caído, y confiado él, sus banderas, sus armas, sus equipajes, sus criados, sus soldados fieles, á la custodia de tres hombres representantes y depositarios de la generosidad nacional. Aquellos tres hombres rodearon de atenciones á un grande infortunio; á su voz se calmaron los resentimientos, la piedad sucedió al ódio, y el respeto á la violencia; el fúnebre acompañamiento de los descendientes de San Luis continuó en medio de un religioso silencio; y la Francia, condenada por la historia en Varennes se rehabilitó en Cherburgo. Mr. Odilon Barrot solicitó y obtuvo de Carlos X, antes de separarse de aquella desgraciada familia, un escrito concebido en estos términos: «Me complace en hacer á los Señores Comisarios la justicia que les es debida, segun el deseo que me han manifestado. He quedado sumamente satisfecho de sus atenciones y respeto á mi persona y familia. Firmado: CARLOS X.» Se ha dicho que el caso de Mr. Odilon Barrot en aquellas circunstancias habia sido censurado por sus cólegas; pero él mismo lo ha desmentido, y ha rechazado como una

calumnia la insinuacion de que habia pedido aquel documento para obtener una amnistia personal en caso de volver los Borbones.

Mr. Odilon Barrot fue nombrado á su vuelta Prefecto del Sena, y despues Diputado por Strasburgo. Durante los seis meses de sus funciones de Prefecto, hubo de atravesar el periodo mas tempestuoso del gobierno de Julio; su posicion de primer magistrado municipal de la ciudad, tuvo por las circunstancias y tal vez un poco tambien por el valor personal del hombre, una importancia que no tendria ahora. En tiempos ordinarios un Prefecto es un subordinado que ejecuta las órdenes que recibe, y está por lo tanto libre de toda responsabilidad directa. No sucedia así entonces; Mr. Odilon Barrot era mas que un funcionario; era un hombre político que representaba un sistema, y tomaba una parte activa en las disensiones interiores de los dos primeros ministerios de Julio; por esta misma importancia accidental y anormal, ha sido censurada, con mas ó menos exageracion por los partidos, la conducta administrativa del Prefecto del Sena.

— Cuando se examina sin pasion y de lejos, se

reconoce que el carácter de indecision y blandura que la distingue, es á un tiempo la consecuencia del carácter general de aquella difícil época, y el resultado necesario del pensamiento de fusion completa entre dos elementos heterogéneos, cuya realizacion buscaba entonces, busca en el dia, y buscará aun por mucho tiempo Mr. Odilon Barrot.

Preciso es decirlo, la revolucion de Julio no fue solo un cambio de dinastia, fue un nuevo y terrible golpe dado al elemento monárquico, tantas veces conmovido de cincuenta años á esta parte. Los que creen que en el actual estado de su civilizacion y de sus costumbres, con su posicion topográfica, sus necesidades, sus recursos, sus relaciones internacionales, la sociedad francesa no podria separarse de la monarquia sin peligro de muerte, debieron tener grandes temores al ver la explosion de anarquia moral que siguió por un instante á la revolucion de Julio, y aquella ardiente batallá de ideas que sucedia á la de las calles y amenazaba con su repeticion. El antagonismo estaba en todas partes. En la plaza pública donde se fraguaban las mociones y las diputaciones; en el seno de la

Cámara hereditaria, que repugnaba prestarse á su propia decapitacion; en el seno de la Cámara electiva, desgarrada en todos sentidos por inspiraciones contrarias, sin sistema general y fijo, sin objeto marcado, sin mayoría y sin color. La anarquía se habia introducido en el seno mismo del gobierno, los dos primeros ministerios de Julio, compuestos de individualidades eminentes, figurarán en los anales del gobierno representativo entre los peores, en cuanto pretendieron vivir libres de la ley imperiosa, absoluta para cualquiera administracion, la unidad, la homogeneidad. Habia en aquel tiempo ministros, que aceptando una medida adoptada á su pesar por la mayoría del consejo, se reservaban el derecho de combatirla altamente en la tribuna como diputados, sin dejar por eso de ser ministros; entonces se juzgaba esto como un hermoso acto de independencia, en el dia se tendria por muy ridículo.

Mr. Odilon Barrot, hombre del movimiento, se encontró desde el principio en disenso personal y marcado con el jefe del primer gabinete Mr. Guizot, hombre que queria detenerle; la administracion, con el objeto de salvar á los

ministros de Carlos X; apoyaba un mensaje de la Cámara pidiendo la abolición de la pena de muerte. El Prefecto del Sena publicó una proclama, en que calificaba de *importuno* aquel pensamiento, y una administración de la cual era delegado. Había en esto conflicto de atribuciones ó mas bien usurpación del poder; Mr. Odilon Barrot dió su dimisión y era lógico. Mr. Dupont de l'Eure y Lafayette declararon que le seguirían; pero era preciso atravesar la crisis del proceso, y los hombres del programa eran los hombres de la situación. El Prefecto pudo mas que el Ministro, Mr. Guizot se retiró; formose el ministerio Laffitte, y pronto volvió á empezar de nuevo la lucha con mayor fuerza entre el Prefecto del Sena y el nuevo Ministro del Interior, Mr. de Montalivet. En medio de las tempestades populares que precedieron y siguieron á la sentencia de la Cámara de los Pares, preciso es confesar que todos cumplieron con su deber. Sin embargo, aun entonces faltaba una dirección y un pensamiento común; cada cual esponía su persona, pero cada cual seguía las inspiraciones aisladas de su carácter y conciencia. Se ha acusado á Mr. Odilon Barrot de falta de vigor, de habertemi-

do perder su popularidad, y contemporizado con la sedicion. Cuando se recuerdan los tiempos, esta acusacion se disminuye mucho; el vigor, tal cual se entiende en el dia, era entonces bastante impracticable, los resortes del Gobierno habian sido rotos por el abuso, y el uso de la fuerza no dejaba de ser peligroso.

Pronto la discusion de la ley sobre la Guardia Nacional, la decision de la Cámara, que al paso que abolia para en adelante una dignidad militar, peligrosa por su estension é importancia, conservaba al general Lafayette la posicion que ocupaba noblemente, parecieron una ofensa á este último, quien á pesar de las instancias de Mr. Odilon Barrot presentó su dimision. Mr. Dupont de l'Eure tardó poco en seguirle, y no quedó desde entonces en el Consejo mas representante de la opinion de Mr. Odilon Barrot que Mr. Laffitte; su posicion como Prefecto era insostenible, y se obstinó en conservarla. Fue una falta, que ha querido justificar diciendo, que el poder es una palanca inmensa que no debe abandonarse á sus adversarios: lo que es cierto cuando se es bastante fuerte para apoderarse de él y conservarle; pero en aquella circunstancia, una re-

sistencia mas bien de detalles que de principios, un conflicto aislado y personal, apenas podia servir sino para embarazar muy mezquinamente la marcha del ministerio , sin provecho para una opinion, y con perjuicio del pais : pronto en efecto fue una especie de guerra abierta entre Mr. Odilon Barrot y Mr. de Montalivet. El prefecto del Sena con su talento de orador , su nombre ya glorioso , y su influencia política , no era precisamente un modelo de insubordinacion administrativa para con el *jóven ministro* , como él le llamaba ; pero el jóven ministro tenia tambien su mérito , mérito indisputable de energía y resolucion. El motin del 14 de Febrero y la discusion pública habida acerca de él, el 18, hicieron públicas las acrimoniosas disputas de aquellos dos hombres. Mr. Odilon Barrot , contestando á las acusaciones de debilidad é inaccion , declaró que no habia recibido órdenes ; que las instrucciones á los *Maires* que debian ir por su conducto, habian sido enviadas directamente y sin que el lo supiera. M. de Montalivet contestó que el Prefecto del Sena no esperaba en otro tiempo órdenes para dirigirse , de su propia autoridad , al Luxemburgo ó al Palacio Real ; que si las circu-

lares dirigidas á los *Maires* no habian ido por su conducto, habia sido para que llegasen antes á su destino; por último, que la susceptibilidad de etiqueta se concebía mas bien *de arriba abajo* que *de abajo á arriba*. Aquel discurso un poco altanero, determinó á Mr. Odilon Barrot á dar su dimision, que fue aceptada, recibiendo en cambio la plaza de Consejero de Estado en servicio ordinario (*).

Despues de la caída del ministerio presidido por Mr. Laffitte, Mr. Odilon Barrot se declaró abiertamente contra el sistema del 13 de Marzo, separandose ya sin embargo de la parte extrema de la izquierda, particularmente en la discusion sobre la insurreccion leonesa (el 26 de Noviembre de 1831). Se opuso á la pairia hereditaria, proponiendo la eleccion directa de los Pares por los consejeros municipales; tomó la palabra sobre la mayor parte de las cuestiones á que dio lugar la revision del Código penal; estuvo encargado del informe acerca del restablecimiento del divorcio; protestó contra la denominacion de *súbdito*, que declaró insultante é inconstitucional.

(*) La abandonó despues de la caída del ministerio Laffitte.

Generalmente votó contra todas las medidas ministeriales.

Después de la muerte de Casimiro Perier creyó la oposición que debía formular públicamente su programa, y publicó el Informe (*compte-rendu*). Mr. Odilon Barrot fue uno de los principales redactores firmantes de aquel documento, del cual es preciso decir alguna cosa. El informe discutido y publicado, mientras no estaban reunidas las Cámaras, por una reunión de diputados que obraban como tales, ha sido considerado por muchos como un acto ilegal é inconstitucional. Mr. Odilon Barrot lo cree un acto de oposición legal y razonable, pero al mismo tiempo confiesa que fue una falta de táctica (*). En efecto, desde aquel momento el partido del programa de la casa de Ayuntamiento se dislocó. La parte moderada de la izquierda, asustada de ciertas frases atrevidas del informe, especialmente de un ataque directo y personal contra el trono de Julio, rehusó firmarlo y después de los días 5 y 6 de Junio desanimada por el motin, se arrojó bruscamente en las filas ministeriales, y contribuyó á dar al

(*) Véase la carta de Mr. Odilon Barrot, publicada en la obra de Mr. Sarrans, cuyo título es: *Luis Felipe y la contra-revolucion de 1830.*

gabinete de 11 de Octubre aquella mayoría compacta, á la cual ha llamado el mismo Mr. Odilon Barrot una *falange indestructible*.

Por otra parte, pronto hubo escision entre los firmantes; los unos, los mas adelantados, abandonaron el programa, dejando á un lado la monarquía republicana como una utopia, y entraron atrevidamente en la via del radicalismo. Mr. Odilon Barrot resistió á aquel movimiento, y se separó al principio insensiblemente de sus antiguos amigos políticos; no tardaron en presentarse ocasiones para un completo rompimiento, y él entró en ellas con franqueza; se formó al rededor suyo un nuevo núcleo de adeptos, que se llama la izquierda moderada, la izquierda dinástica.

La historia de la izquierda dinástica y la de Mr. Odilon Barrot son naturalmente una misma; su partido y él han crecido juntos y poco á poco, aprovechándose diestramente de las circunstancias y de las faltas de sus adversarios. Despues de los dias de Junio, cuando la oposicion volvió á aparecer en el Parlamento, dividida en dos fracciones, encontró delante de sí un gran partido homogéneo, compacto, dis-

ciplinado por la pesada mano de Perier, y engrosado con gran número de desertores del informe, á quienes el ruido del cañon habia convertido en ministeriales. Durante el ministerio de 11 de Octubre, mientras duró la union de MM. Guizot y Thiers, la izquierda y Mr. Barrot fueron casi nulos; pero cuando los dos herederos de las tradiciones de Perier se hubieron separado con motivo de la cuestion de España; cuando Mr. Guizot, despues de haber triunfado de Mr. Thiers, se vió á su vez obligado á ceder el puesto á Mr. Molé; cuando en fin se organizó la gran comedia parlamentaria, conocida por el nombre de *coalicion*, Mr. Odilon Barrot se resforzó con todo el poder de los que por satisfacer mas bien pasiones que principios, iban á representar sobre su terreno un papel secundario. Segun los hombres que la formaron, la coalicion fue tambien una enorme falta de táctica, provechosa sobre todo á la oposicion; como tardaron poco en probarlo las elecciones que siguieron á la disolucion de la Cámara.

Durante el ministerio de 12 de Mayo, Mr. Odilon Barrot era ya bastante fuerte para que se contára con él; presentó su programa; el mi-

nisterio le contestó *que se podía hacer algo*, y el día en que, sobre una cuestión especial, (la dotación del Duque de Nemurs), la oposición de la izquierda pudo apoyarse en el centro izquierdo, derribó el gabinete. El ministerio de 1.º de Marzo fue un poco creación de la izquierda; Mr. Odilon Barrot, demasiado débil todavía para poder componer y presidir él mismo el gabinete, tuvo el placer de protegerle, y se hizo el brazo derecho de Mr. Thiers. La crisis de Oriente estrechó la unión; cuando llegó el momento decisivo, cuando se agitó la gran cuestión de paz ó de guerra, el temor volvió de repente al partido conservador su antigua homogeneidad. Mr. Thiers cayó. Mr. Odilon Barrot le recibió en sus brazos, le estrechó contra su corazón (*), y aun permanecería en ellos, si Mr. Thiers no participase un poco de la naturaleza de la anguila.

Desde el advenimiento de Mr. Guizot, disipado el temor de la guerra, la antigua mayoría ha vuelto á caer en ese fraccionamiento, en esas divisiones intestinas que constituyen su debilidad y son muy parecidas á la caducidad; no sabe

(*) Esto no es una metáfora, es histórico. El hecho pasó en los corredores de la Cámara.

donde va ni lo que quiere; tropieza á cada paso; un dia aparece unida y fuerte, al siguiente vuelve á ser centro puro, centro derecho, centro izquierdo, y dá al ministerio triunfos de cuatro votos; y entretanto la izquierda maniobra, cede á tiempo de sus pretensiones, alhaga las vanidades heridas, y tiende la mano á los tránsfugas. Llegan otras elecciones, y bien puede apostarse, que si Mr. Odilon Barrot no es ministro, será aun, esperando otra cosa mejor, patrono de un ministerio centro izquierdo, al cual podrá presentar con una mano su voto y con la otra su programa. Este parece estar definitivamente reducido á lo siguiente: revocacion de las leyes de Setiembre, juicio de todos los atentados ante el jurado, y por último, la reforma electoral; pero limitada á una rebaja gradual en el censo, y á la admision de cierta clase de capacidades. Si este es el programa de la casa de Ayuntamiento, no hay duda que ha perdido de su primitiva anchura, que no tiene ya las grandes proporciones que espantaban á los tímidos, y que se inclina visiblemente á la miniatura.

Aqui viene bien el concluir haciendo algunas observaciones sobre el conjunto de la

carrera política de Mr. Odilon Barrot.

En medio de las diversas fases de su vida pública, el ilustre diputado nos ha parecido siempre penetrado del convencimiento profundo de su *invariabilidad absoluta*. Mr. Odilon Barrot proclama sin cesar, y no hace mucho aun que lo repetía, que su pensamiento político no ha cambiado *un ápice* desde 1830. Sostiene que dice y pide aun en el día, todo lo que decía y pedía el siguiente á la revolucion de Julio. No podemos convenir en ello, y nos parece que Mr. Odilon Barrot ha cambiado bastante, que cambiará todavía, y que en esto se parece á todos los demas. Cuando, en la madurez de la vida, un pensamiento se transforma de repente de alto á bajo, es una cosa estraña y que admite diversas esplicaciones; unos ven en ello una repentina revelacion del genio; otros un motivo de interes personal de ambicion ó de rencor; algunos una aberracion del entendimiento; pero nada mas lógico y natural que un pensamiento político ú otro cualquiera, se estienda ó comprima, en una palabra, que se modifique por la irresistible influencia de los hechos.

Cuando Mr. Odilon Barrot esclamaba en la

tribuna el año 1841: « ¡devolvednos el entusiasmo de 1830! » espresaba, tal vez sin pensar en ello, cuanto habia perdido él mismo de aquella primera animacion, de aquel temerario atrevimiento, de aquella fogosidad aventurera de deseos y de esperanzas, que hizo estallar de repente una explosion tan violenta como imprevista. ¿Por qué por otra parte hay ya una revolucion entera entre Mr. Odilon Barrot y casi todos sus amigos políticos, que componen en el dia la extrema izquierda, y por qué al contrario los adversarios mas violentos del ex-Prefecto del Sena, del firmante del informe, solo se hallan separados de él por una ligera diferencia? ¿Se dirá que todos han cambiado y que solo Mr. Odilon Barrot ha permanecido inmovil, imperturbable en el terreno del *programa*? No seguramente, pues si se dá crédito á Mr. Laffitte ó á Mr. Dupont de l'Eure, dirán que (dejando aparte el pensamiento monárquico) entienden aun en el dia *las consecuencias de Julio* como las entendian en 1830; y evidentemente, aunque no fuese mas que sobre la cuestion electoral solamente, las consecuencias actuales de Mr. Laffitte se parecen poco á las de Mr. Odilon Barrot. Re-

sulta de todo esto que unos y otros han marchado, hácia la derecha unos, y otros hácia la izquierda; y como en diez años se ha andado mucho, no es de admirar que se encuentren separados por una distancia bastante regular.

El punto de perfecto equilibrio que todos buscan, así en política como en moral, como en literatura, como en todo; este punto preciso, este centro matemático, que cada cual cree haber descubierto, lo será cuando lo sea la piedra filosofal. La ley eterna, la ley de progreso, la ley de la humanidad exige que un objeto que se cree alcanzado, se transforme siempre en otro nuevo, que hay que alcanzar. Concebir, desear, buscar lo imposible, es el mas bello privilegio del hombre; y en virtud de este privilegio, prosigue Mr. Odilon Barrot en la solución de su problema de equilibrio completo, entre los dos elementos republicano y monárquico que se dividen el mundo. Después de haber principiado por preocuparse demasiado exclusivamente con el primero, ha advertido que debilitaba demasiado el segundo: entonces ha dado un paso hácia él, y no será el último; cuanto mas se acerque al poder Mr. Odilon Barrot, se penetrará mas de

las necesidades y dificultades inherentes á su ejercicio; y si algun dia llega Mr. Odilon Barrot á ser ministro, se parecerá á todos los ministros pasados, presentes y futuros, á lo menos en cuanto despues de haber prometido mas de lo que podrá cumplir, no cumplirá todo lo que haya prometido.

Mr. Odilon Barrot, abogado y orador, brilla por una clase de elocuencia austera, que sienta muy bien á su hermosa y tranquila figura; refleja, por decirlo así, la elevada moralidad de su vida. A él pudiera aplicarse mejor que á otro alguno; modificándolo, el axioma de Buffon: «La elocuencia es el hombre mismo». En sus palabras magestuosas y graves que llevan el sello del convencimiento, de la probidad y del poder, pero algunas veces un poco vagas, acompasadas y frias, se reconoce un entendimiento mas á propósito para la meditacion que á la inspiracion; á la teoria que á la aplicacion; mas á propósito para abarcar el conjunto que para distinguir con perspicacia los detalles; mas lógico que ardiente; pero estenso, elevado, profundo, rico de ideas, y digno bajo todos aspectos de la influencia que ejerce en el foro, en la Cámara y en el pais.

Mr. Odilon Barrot tiene una fisonomia hermosa y meditativa, su frente espaciosa anuncia la fuerza de su pensamiento. Su voz es llena y sonora, y sus palabras singularmente graves. Se viste con alguna afectacion, pero sin chocar. Sus maneras son dignas sin ser teatrales, y hay en sus gestos una noble sencillez.

Cuando habla, anima, acentua, da calor y color á su expresion, que es fria y pálida cuando escribe. Su discusion es sólida y entendida, y en una causa, atiende mas al punto de hecho que al de derecho.

Es mas razonador que ingenioso, mas desdenoso que acre, mas templado que vehemente. Sus miradas puede decirse que no arrojan bastante fuego. Dueño de sus pasiones y de su palabra, calma en si mismo y en su alrededor la cólera de los centros, y los tempestuosos arranques de la izquierda. « Pero por desgracia, esta táctica de la contemporizacion, como dice Mr. Cormenin (*) cuando se repite con demasiada frecuencia, debilita el valor de los parlamentarios que no son por cierto muy atrevidos. El papel de la Oposicion no es el de ocultarse entre los

(*) Libro de los Oradores pág. 413.

bagajes del hospital, sino presentarse en el campo de batalla. Cuando el pueblo no ve á sus defensores subir á la brecha y hacer fuego, se enfria, bosteza, se fastidia y se vá á otros espectáculos.»







J.A.

Lt. de los Andes

ESPARTERO.

Personajes célebres del Siglo XIX.

D. BALDOMERO

ESPARTERO.

«Tel brille au second rang qui s' eclipse au premier.»

« Al héroe de la Mancha , cuyo nombre llenará al mundo entero , como lo hizo de otro modo un héroe fabuloso. »

Brindis dato por D. Fermin Caballero en el banquete presidido por Espartero, el 13 de Octubre del 840.

Si fuéramos historiadores y filósofos, el nombre que acabamos de estampar nos suministraría materia suficiente para narrar con estension los grandes sucesos á que ha dado lugar, los extraordinarios males que ha causado á su país,

la desmedida ambicion de un hombre , que en su corta carrera política , en nada reparó para encumbrarse ; y que llegado al supremo poder , no mostró ninguno de los grandes medios que legitiman la usurpacion , y hacen olvidar el origen del poder usurpado. Podriamos examinar tambien los medios que adopta la Providencia para castigar á los pueblos por su ingratitude. Si fuéramos escritores satíricos, nos ofreceria vasto campo el personaje de quien vamos á ocuparnos , el cual inauguró su poder con una miserable traduccion de un discurso de un grande hombre , pasó tres años en él siendo juguete de un partido , y acabó su carrera huyendo como un foragido. Pero reducidos al simple trabajo de biógrafos, nos limitaremos á referir los principales hechos de la vida del soldado tan afortunado como ingrato , tan ambicioso como incapaz , si con la indignacion que no pueden menos de producir en todos los nobles pechos algunos de los actos de su vida pública , con la imparcialidad que exige esta clase de trabajo. Dejaremos consignados los principales acontecimientos de su extraordinaria fortuna y desmedida elevacion ; y nuestros lectores , sino lo han hecho ya tratándose de cosas

que han pasado á nuestra vista, podrán juzgar de la moralidad de algunos de ellos, y del modo como ha llenado su destino el hombre á quien la suerte favoreció siempre con prodigalidad, sin duda para que siendo su caída desde mayor elevacion, fuese mayor tambien su castigo.

Difícilmente podremos agradar á todos en el ligero juicio que formemos al narrar los hechos. Acaba de desaparecer de la escena política el hombre de quien vamos á ocuparnos, y seguramente los que á su elevacion contribuyeron, los que con él partieron el poder y fueron los eselusivamente protegidos, no podrán convenir con nosotros, ni mostrarse tal vez ingratos, aventajando aun en esto al mas ingrato de los hombres. Pero la nacion no es un partido, y para ella escribimos.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quisiera sin duda acordarse tampoco, si ahora escribiese, el inmortal autor del Quijote; en la villa de Granátula, poblacion de 650 á 700 vecinos, situada á dos leguas al Sur de la ciudad de Almagro, vivia un honrado artesano, llamado Antonio Fernandez Espartero, y su esposa Josefa Alvarez, vecinos de dicha villa, y dedicado el pri-

mero al oficio de carretero, que en un pueblo de tan corto vecindario apenas le suministraba con que atender á su subsistencia. Eran personas honradas y apreciadas en el pueblo, si bien la tia Josefa, por la costumbre casi general en la Mancha de ser conocidas ciertas gentes por el apodo, lo era por el de la tia *Gallinica*, aludiendo sin duda á lo pomposito y aseado de su traje. Estos honrados artesanos tuvieron siete hijos. El primero fue fraile dominico, y el segundo gilito; lo que prueba los cortos medios que para darles educacion tendrian sus padres, cuando les destinaban al claustro. Ambos han muerto en esta Córte, si bien de Rectores del hospital del Buen Suceso, muy poco atendidos por su hermano menor, de quien nos ocuparemos despues largamente, que no dió la menor muestra de sentimiento por la muerte del primero, y solo se acordó de este deber con el segundo, cuyas honras dispuso.

El dia 27 de Febrero de 1793 nació en el citado lugar de Granátula, y fue bautizado al dia siguiente en la iglesia parroquial de Santa Ana de dicha villa, Joaquin Baldomero Fernandez Espartero, hijo legítimo de Antonio, y de Josefa

Alvarez, siendo su madrina Antonia Molina. (*) Este fue el último vástago, y el sétimo hijo de aquellos honrados artesanos, quienes le educaron cristianamente, y no pudieron darle una educación esmerada por carecer de medios, teniendo que alimentar una dilatada familia, habiendo dedicado al claustro á cuatro de sus hijos, tres varones y una hembra.

No es necesario discurrir mucho para figurarse cual sería la educación infantil del niño Baldomero, reducida á tirar piedras y jugar al toro con otros muchachos, en la plazuela que hay al frente de la pobre casa en que se criaba; y es muy probable que sin los grandes acontecimientos de 1808, hubiera seguido la misma carrera que sus dos hermanos mayores. Perdió en aquella sazón á sus padres, y á beneficio del pro-

(*) Nos hemos detenido en estos pormenores, para rectificar algunas equivocaciones padecidas en las diversas noticias biográficas publicadas sobre Espartero, atribuyéndose en unas el apellido que ha usado al de su madre, y suponiendo otras que no existía el primero de Fernandez; sin que nos haya sido posible averiguar la causa porque el personaje de quien nos ocupamos suprimió el primer nombre y apellido, ni tampoco porque lo había hecho su padre, que solo fue conocido siempre por el tío Antonio Espartero. Para ello hemos tenido á la vista una copia literal de la partida de bautismo.

tectorado de su hermano Fr. Manuel Fernandez Espartero, religioso dominico, en el convento de dicha orden en la inmediata ciudad de Almagro, adquirió alguna educacion y pasó á Toledo á estudiar, para seguir la misma carrera que sus dos hermanos. Allí permaneció hasta el año 1809, en que se alistó en el batallon de estudiantes que se formó en Toledo, y cuyo movimiento siguió hasta Sevilla, donde fue destinado aquel cuerpo á dar la guardia á la Junta Central, sirviendo despues de base para la creacion del Colegio Militar de la Isla de Leon, cuando la traslacion del Gobierno á Cadiz por haber penetrado los Franceses en Andalucia en Enero de 1810. Espartero estuvo en aquel Colegio, é hizo tan pocos adelantos que cuando se verificaron exámenes para destinar algunos de aquellos jóvenes al arma de ingenieros, no se le incluyó en la propuesta, teniendo que contentarse con pasar á la de infanteria en clase de Subteniente, en la cual concluyó la guerra de 1814, sin que nada hayamos podido averiguar de sus servicios durante ella; seria sin duda uno de tantos oficiales desconocidos como figuran en todos los ejércitos. Concluida

la guerra , obtuvo licencia para pasar á su pais, ocurriéndole en el tránsito una anédocta casual y ¡poco sabida , que es en realidad el fundamento de su extraordinaria fortuna.

A su paso por la Carolina, se hallaba de Cura en aquel pueblo un fraile secularizado, llamado D. Ramon Loreto de Prado , que conocia toda su familia por ser natural de la Aldea del Rey , dos leguas distante de Granátula, y haber sido allí condiscípulo del segundo de sus hermanos en el estudio de latinidad : preguntóle el Cura que donde iba, y le contestó Espartero que á pedir su licencia absoluta: «¿y como , le replicó el Cura admirado? que vas á conseguir con eso ? tener que hacer trompos en tu pueblo? Anda no seas tonto; tu no tienes mas bienes que tu espada , vete á Madrid, preséntate al General Morillo que está formando una espedicion de tropas para América , y deja correr tu suerte.» Espartero no despreció la idea y la llevó á efecto despues. Entretanto estuvo en la Mancha, y principalmente en el Campo de Criptana donde conocia una familia distinguida, cuya señora principal le protegía y trataba como dependiente suyo: esta

señora es sin duda la Condesa que en algunas de las notas biográficas publicadas fue su protectora : lo cierto es que entonces dió lecciones de baile á las hijas de la casa, el que despues habia de llegar á ser Regente de la monarquía española.

Admitido como Subteniente en uno de los cuerpos de la division del General Morillo, pasó á Ultramar en 1815, y , segun un biógrafo frances , dió muestras de valor en la accion de Cochabamba, donde fue herido tres veces , y ascendido á Comandante de batallon ; despues en la de Sapachui , donde ganó el grado de Teniente Coronel ; en 1818 obtuvo con su rejimiento señaladas ventajas sobre los insurgentes de Rueto, en las llanuras de Mayocayo , pero su nombre no figura en ninguno de los partes oficiales publicados en la Gaceta de aquella época , y de consiguiente carecemos de datos exactos sobre sus hechos militares en América , y dudamos de la certeza de los que llevamos apuntados , y que hemos tomado de una biografía publicada en Francia. Lo que sí es indudable es que se entregó allí á la pasión del juego , ganando en él sumas considerables , pasión que ha conser-

vado siempre aun cuando la fortuna lo ha elevado á la mayor dignidad.

Brigadier ya en 1823, obtuvo del Rey una comision que debia desempeñar en América, donde llegó despues de la pérdida del Perú á consecuencia de la desgraciada batalla de Ayacucho (*) y regresó á la Península á principios de 1826. Aunque Espartero no estuvo en aquella vergonzosa batalla, ha tenido siempre sin embargo particular predileccion por los gefes y oficiales que á ella concurren, y que han sido conocidos despues con la denominacion de Ayacuchos. En 1831 se hallaba en Barcelona mandando el regimiento de Soria, con el cual pasó despues á Mallorca, donde tuvo un desafio con el Teniente Coronel del cuerpo, á quien ha perseguido despues constantemente con poca nobleza y caballeridad. En 1833 pasó con su regimiento á Logroño, y allí casó con la hija de un rico comerciante, cuya influencia en la provincia le proporcionó relaciones que contribuyeron á su elevacion.

Encendida la guerra civil en las Provincias

(*) Véase la biografía del General Pezuela tom. III.

Vaseongadas, obtuvo la comandancia general de Bilbao; [su primer hecho de armas fue un choque de poca importancia con algunos paisanos sublevados, y al dar parte al Gobierno, ponderando los peligros, recomendaba al Brigadier Benedicto, pidiendo para él la faja de Mariscal de Campo, y empezando desde entonces esa aparente moderacion de no solicitar nada para sí, pero haciendolo de modo que fuesen para él solo los beneficios, como sucedió en el caso que referimos, en que obtuvo la faja, pues el recomendar á su segundo para este empleo era pedirlo para sí. De este modo y en menos de un año consiguió, hallándose á las órdenes del General en Jefe Córdoba, la banda de Maria Luisa para su esposa, para él las grandes cruces de S. Hermenegildo, de Isabel la Católica, de San Fernando, de Carlos III, el empleo de Teniente General, y poco despues la llave de Gentil-hombre. Aunque entonces mandaba una division del ejército, no habia tenido tiempo ni ocasiones con que justificar tantos premios. Si habia vencido en Unzá, podria atribuirsele la pérdida de Balmaseda y Plencia, y hacersele cargo de no haber batido á Gomez; y era responsable del mal éxito de las acciones de

Arrigorriaga y Descarga , especialmente de esta por haber huido en el mas vergonzoso desorden de un solo batallon carlista. Pero aun podia hacersele mayor cargo por la insubordinacion que reinaba en sus tropas , y que toleraba para adquirir su adhesion. Tal vez parecerá esta conducta estraña , comparada con la que observó en 1837 para restablecer la disciplina del ejército ; pero entonces era Espartero General en Gefe , y mas que otro alguno necesitaba de la disciplina ; antes solo General de division , y trabajando como rival y para sustituir al General en Gefe Córdoba , le convenia ahagar á los soldados y hacerles instrumento de su ambicion. Llegó á tal punto el desorden, que temiendo el mismo por su seguridad , mandó diezmar un batallon de chapelgorris , medida que escitó la mayor indignacion por las circunstancias que la acompañaron. El clamor llegó hasta las Córtes , y en ellas el diputado Don Joaquín María Ferrer , el mismo que le coronó en 1840 en nombre de los Ayuntamientos pronunciados , y que llegó á ser Ministro y Corregente, pidió con energia su cabeza. El Gobierno habia mandado formarle causa , pero la proteccion del General Córdoba terminó aquel negocio.

Cuando los escandalosos sucesos de la Granja, en Agosto de 1836, dejó el mando del ejército al Mariscal de Campo D. Pedro Mendez Vigo, á quien correspondia por antigüedad, habiéndose encargado despues de él por disposicion del Gobierno, el General Oráa. Espartero se hallaba en persecucion de Gomez, que se le escapaba por todas partes, y acusado por ello por la prensa periódica, pretestando la enfermedad crónica que padece, dejó el mando de la division al General Alaix, y se quedó en un pueblo de Castilla. En él supo la retirada de Córdoba, y el mando accidental de Oráa: conociendo cuanto le interesaba presentarse en el ejército, se trasladó á Logroño donde se hallaba el cuartel general, y llegó cuando las tropas acantonadas en aquel punto acababan de proclamar la Constitucion de 1812. Su llegada fue aplaudida por la tropa, que la interpretaba como adhesion á los principios políticos que habia proclamado; y olvidando que habia servido bajo las órdenes, y merecido particular aprecio del sanguinario Conde de España, fue saludado como el amigo y compañero de los soldados, colocándole tan inesperado suceso en

una posicion tal , que el Gobierno creyó peligroso conceder á otro el mando del ejército, y le nombró General en Jefe. Súpose el nombramiento de Espartero en Logroño cuando el benemérito General Oráa acababa de llegar triunfante despues de la gloriosa accion de Monte-Jurra; pero difirió encargarse del mando por el mal estado de su salud, hasta que supo que habiendo llegado á Madrid la noticia de la victoria alcanzada por Oráa, trataba el Gobierno de dejar sin efecto su nombramiento: entonces de repente se puso bueno, cual otro Sixto V, y se encargó del mando del ejército, tres dias despues de haber asegurado que no podria verificarlo en mucho tiempo.

Su mando en Jefe principió en 25 de Setiembre de 1836, y en su nueva posicion siguió la misma conducta equívoca que anteriormente, asi en política como en las operaciones militares. Su divisa ha sido siempre esquivar las dificultades hasta poderse aprovechar con seguridad de las ventajas, haciendo recaer en otros la responsabilidad de los malos resultados. Lejos de procurar, como sus antecesores, el inaugurar su mando con algun suceso brillante, na-

da hizo en dos meses; desperdió el mejor tiempo para las operaciones, y dió lugar á que el enemigo se presentase formidable delante de Bilbao. Ordenes terminantes y reiteradas del Gobierno, escitaciones repetidas de los sitiados, y el clamor de la opinion pública le llevaron á Portugalete, para socorrer la plaza, cuya salvacion era de la mayor importancia, por destruir la que hubiera dado á la causa carlista sú ocupacion.

Adelantó sobre Bilbao, persuadido de que bastaria su movimiento para hacer levantar el sitio, pero lo hizo sin precauciones, sin haber asegurado antes los recursos necesarios para el caso de encontrar resistencia, como se verificó, permaneciendo tres semanas en Portugalete. La lentitud é inseguridad de sus tentativas sobre ambas orillas de la ria de Bilbao, debió esponerle á experimentar reveses bajo los muros de aquella plaza, á no haber sido por el auxilio eficaz de las fuerzas navales inglesas, la discordia que reinaba entre los sitiadores, y el noble heroísmo de los sitiados. Contribuyó ademas al buen éxito la casualidad de haberse empeñado, contra las reglas de la guerra y de la disciplina, una lucha parcial y reñida en

las noches del 24 y 25 de Diciembre, que llegó á hacerse general.

Obtuvo por aquella accion el título de Conde de Luchana, nombre del puente en que se verificó el ataque decisivo. Volvió despues á una inaccion inesplicable, contentándose con ensayar planes de campaña mas inesplicables todavia, y cuyo resultado fue el llegar D. Cárlos hasta las puertas de Madrid.

Mandaba á la sazón en San Sebastian el General inglés Evans, Gefe de la legion británica; y deseoso de reparar el reves sufrido en Fuenterrabia, habia formado un plan de operaciones, que consistia en marchar con su division y las tropas españolas agregadas á ella sobre Hernani y Tolosa, mientras un cuerpo que debia salir de Pamplona maniobrase por el camino de Lecumberri, y Espartero marchase desde Bilbao á Durango; mas para realizar aquel plan era preciso, que el grueso de las fuerzas carlistas no se moviese. Apoyó el Embajador inglés, y el Ministro entonces Mendizabal, tan condescendiente siempre con los deseos de la Inglaterra, lisongeándose ambos de proporcionar á Evans una ocasion que le condujese al mando en gefe del ejército. El plan ado-

lecia de graves defectos , pues dejaba á descubierto el interior de la monarquía , y daba lugar á que el enemigo intentase alguna operacion atrevida , como lo realizó en efecto derrotando á Evans , retirándose Sarsfield , y quedando Espartero paralizado en Durango ; operaciones que proporcionaron al enemigo el encontrarse á los pocos meses á las puertas de Madrid. El General Espartero , en lugar de dirigir sus fuerzas de modo que estrechasen á D. Carlos sobre el Tajo , se encaminó á Madrid cuando D. Carlos habia cesado ya de amenazar á la Capital. Sabia que el Consejo de Ministros estaba decidido á separarle del mando ; y resolvió acabar con el Gabinete antes que este adquiriese fuerza para acabar con él. Salió á su encuentro el General Seoane , Diputado y compañero de armas suyo en el ejército del Perú , para escitarle á que marchase contra el enemigo ; pero lejos de verificarlo se dirigió á Madrid , para llevar á cabo sus proyectos contra el Ministerio. Sabidos son los sucesos de Pozuelo de Aravaca , y la caída á consecuencia de ellos del Ministerio Calatrava. En vano se quiso que Espartero formase parte del nuevo Gabinete ; negose á ello , sin que por eso renunciase á

su proyecto de mandar sobre el Gobierno, y no sin haber manifestado opiniones muy contrarias sobre la existencia del gobierno representativo, á las que ha propalado despues para encubrir su desmedida y criminal ambicion.

Nombrado el Ministerio Ofalia y reunidas las Córtes nuevamente convocadas, á pesar de haberle conferido el empleo de Capitan General, fue poco duradera la alianza con él, por exigir Espartero la separacion del General Narvaez que mandaba el ejército de reserva; mandado formar en la Mancha con tanta prevision, y que tan buenos resultados habia dado con la pacificacion de aquel pais, y la destruccion de la division facciosa capitaneada por Gomez, á la que alcanzó Narvaez, que tantas pruebas habia dado despues y muy recientemente de su valor y pericia militar.

Era pública la poca armonia que reinaba entre el General Espartero y el Gobierno, á pesar de las deferencias de este; y lo llegó á ser todavia mas por una orden general del ejército, en que acusaba al Gobierno de las privaciones que sufrían las tropas, y renunciaba el mando de ellas. Negábanse los individuos del Gabinete.

te á retirarse ante las insolentes é infundadas acusaciones de un general , al paso que la Reina Gobernadora rehusaba admitir la dimision de Espartero ; resultando de aquí una larga y trabajosa crisis , en la que indudablemente hubiera salido victorioso el Ministerio , sin el desacuerdo de no darse cuenta en las Cortes de las exigencias y acusaciones del General , que hubieran quedado completamente desvanecidas , pero sobrevino el incidente de la retirada del General Orúa del sitio de Morella. Cayó en consecuencia aquel Ministerio , y se formó el presidido por el Sr. Duque de Frias , de acuerdo con el General Espartero , quien se reservó indicar la persona que habia de ocupar el departamento de la Guerra , en el que colocó despues al General Alaix que merecia toda su confianza , y que tan mal se habia conducido en la persecucion de Gomez.

Desembarazado Espartero de los Generales Sarsfield y Ceballos Escalera , infamemente asesinados , y cuya muerte vengó el General en Jefe para restablecer la disciplina en el ejército ; oscurecido el General Orúa por su retirada de Morella , quedaba solo el General Narvaez que

podiera inspirarle recelos como Comandante del ejército de reserva. Pidió Espartero que pasase este á las órdenes del Capitan General de Castilla la Vieja á hacer frente á Balmaseda y Merino, que se habian estendido por la orilla derecha del Ebro; y conociendo el Gobierno la necesidad de no desmembrarle, nombró Capitan General de aquella provincia á Narvaez, con el fin de que pudiese regresar con el ejército á la Mancha, despues de pasado el peligro. Espartero obligó entonces al Gobierno á que aceptase como Ministro de la guerra al General Alaix, sabiendo que era una consecuencia de ello el que el General Narvaez dimitiese su mando; lo que verificó en efecto, desistiendo sin embargo á ruegos de los Ministros, y mas que todo por mediar una alta influencia. Presentó Narvaez un plan para la organizacion de un ejército, cuyo proyecto fue aprobado, espidiendose en consecuencia los decretos convenientes, confiriendole la Gran Cruz de San Fernando, y autorizándole para aumentar hasta 40,000 hombres el ejército de reserva.

Bien conocía Espartero el obstáculo que aquel ejército podia oponer á sus ambiciosos proyectos, y lleno de indignacion publicó uno de esos ma-

rifiestos, que han sido siempre su recurso en tales ocasiones; quejábase de que no se le hubiese consultado para la formación del ejército de reserva, y rebajaba el mérito de los generales que habían aprobado el proyecto. Trataba con el mayor desprecio á Narvaez, pedía la disolución del ejército de reserva, y la salida del gabinete de todos los Ministros. Este documento era ya público antes de que llegara el oficial portador de él; Narvaez hizo dimision y marchó á Andalucía, donde ocurrieron despues los sucesos de Sevilla, en que tomaron parte los generales Córdoba y Narvaez; sucesos no bien esclarecidos todavía, si bien algunos hechos posteriores pueden dar alguna luz sobre su verdadero carácter y tendencia. Desembarazado Espartero de cuantos podian oponerse á su ambicion, suprimió la junta consultiva de guerra, reasumió el mando de la guardia real, licenció el ejército de reserva, poniendo bajo sus órdenes los del centro y Cataluña, siendo por último nombrado generalísimo de todos los ejércitos de operaciones. Disueltas poco despues las Córtes, quedó Espartero ejerciendo una verdadera dictadura sin responsabilidad.

Todas estas circunstancias parecia que debian

ser provechosas para las operaciones militares. No fue así sin embargo, y sin los notables acontecimientos de Vergara, indudablemente se hubiera prolongado aun por mucho tiempo la guerra civil. Después de ellos marchó Espartero contra las tropas de Cabrera, dejando en las provincias del Norte todo el material del ejército, lo que le sirvió después de pretexto para suspender sus operaciones; pidiendo lo mismo que había abandonado, y desperdiciando el desaliento que infundía entre los facciosos la grave enfermedad de su candillo Cabrera. Es de temer que desde entonces bullían ya en su cabeza los ambiciosos proyectos que realizó después, y que empezaron á manifestarse con su absoluta inacción en el cuartel general de Aiguaviva y del Mas de las Matas. Desde este último punto apareció el famoso comunicado de su Secretario el Brigadier Linage, circulado á los Comandantes de la Milicia Nacional y á muchos Ayuntamientos, censurando la resolución de las Cortes y los proyectos de ley presentados al Congreso. No quedaba duda de que Espartero era el que hablaba por medio de su Secretario, el cual se mandó pasase á la Coruña, si bien paralizó aquella resolución

una persona augusta que se lisongeaba conseguir de Espartero que separase de su lado á Linage, desmintiéndole de este modo. Su contestacion confirmó cuanto su Secretario habia dicho; y viendo Espartero que el Ministerio no abandonaba su puesto, le acosó con nuevos y extraordinarios pedidos, que fueron satisfechos con prodigiosa actividad.

A pesar de los criminales manejos del General en Jefe, reuniéronse las Córtes y el triunfo en las elecciones perteneció á la opinion monárquico-constitucional. Despues de cinco meses de inacciou, principió Espartero las operaciones, ocupando sucesivamente los fuertes de Segura y Castellote, por cuyos hechos de armas pidió extraordinarias recompensas, figurando entre ellas el empleo de Mariscal de Campo para su Secretario Linage. Opusieronse algunos Ministros á aquella concesion, y dimitieron sus puestos. Siguió despues la toma de Morella; interin en las Córtes se aprobaba la ley de Ayuntamientos, tan necesaria é indispensable para la buena administracion del Estado, y que sirvió despues de pretesto para la lucha del poder constitucional del trono apoyado en la mayoría parlamentaria, y otro poder ile-

gal sostenido por la fuerza de las bayonetas.

Ocurrió entonces el viage de SS. MM. á Barcelona (*) y señalada la ruta por Zaragoza por el General en Gefe, corrieron SS. MM. grave riesgo por la interposicion de las fuerzas facciosas de Balmaseda, á no ser por la actividad y denuedo del General Concha y su division, que cayendo sobre el enemigo alcanzaron un glorioso triunfo.

Sabidos son los insultos que sufrió S. M. la Reina Gobernadora en Zaragoza, y en todo el tránsito hasta Barcelona, y los acontecimientos de aquella capital, que escusamos repetir por haberlos referido ya al bosquejar la vida de la Augusta Princesa, que con tanta dignidad supo sostener los derechos de la corona, y las obligaciones que la observancia de la Constitucion le imponia, contra las escandalosas exigencias de la revolucion, fomentada y sostenida por un General desleal y dechado de la mas negra ingratitud.

Tampoco referiremos, por haberlo hecho ya como hemos dicho, la série de escandalosos sucesos que llevaron á Espartero á la cumbre del po-

(*) Véase la biografía de la Reina Cristina tom IV.

der, obligaron á la Reina Gobernadora á abandonar el reino, y sumieron á la nacion en un nuevo piélago de desgracias.

Trastornado el Estado, separados de los destinos públicos cuantos se habian mantenido fieles al gobierno destruido por la revolucion, y convocadas unas Córtes esclusivo producto de esta, tratóse la cuestion de Regencia; y si bien los revolucionarios inclinaban á la regencia trina, no pensaba de este modo el General que todo lo atropelló, no seguramente para compartir el poder con otros, sino para usurparlo en esclusivo provecho suyo. Entonces apareció el famoso comunicado del General Linage, en que aseguraba estar autorizado por Espartero para declarar que « se hallaba dispuesto á obedecer y hacer que se obedezca la resolucion de las Cortes sobre el número de personas de que haya de componerse la Regencia; pero no á tomar en ella la parte que le indiquen las mismas, si lo que determinen no fuese conforme á su opinion.» Lo que queria decir en términos explícitos, *ó yo solo ó vosotros solos.*

Nombrado al fin Regente único el 8 de Mayo de 1841, parecia que llenado ya el objeto de

su ambicion, tendria preparados los medios para gobernar, y para dar estabilidad á la nueva situacion creada por él; pero con admiracion de todos, despues de una larga y angustiosa crisis que revelaba la impotencia de la situacion; despues de pasar sucesivamente el encargo de formar un ministerio del Sr. Gonzalez al Sr. Olózaga, de este al Sr. Sancho, de este al Sr. Cortina, y de este a otros, todavia se pasaron trece dias, hasta que al fin quedó constituido el Ministerio Gonzalez, digno producto de aquella situacion anómala é insostenible. Espartero inauguró su poder con una ridícula traduccion del discurso pronnciado por Bonaparte en el Senado, cuyo documento puso de manifiesto la alta capacidad del que iba á regir los destinos del Estado. No es de este lugar el referir las humillaciones que sufrió el Gobierno que tanto proclamaba la independencia nacional, de parte del gobierno inglés; ni nos queda tampoco espacio para referir los atropellos que toleró á su gobierno contra el clero, y contra cuantas personas pertenecian al partido que él habia derribado del poder. Sabidos son tambien los sucesos ocurridos en el escandaloso despojo de la tutela de sus Au-

gustas Hijas á la Reina viuda Doña Maria Cristina de Borbon. Lo que cumple á nuestro propósito es manifestar, que el hombre de quien nos ocupamos, despues de haber faltado á todos los mas sagrados deberes como militar y como caballero para apoderarse del Estado, falto de capacidad, con el sentimiento de que su leal proceder no podria encontrar nunca apoyo en los Españoles leales, lejos de hacerse superior á todos los partidos, se entregó y se declaró jefe de una paudilla aborrecida, y en vez de gobernar se contentó con ser débil instrumento de ella. Entregado á la molicie en el palacio de Buenavista, y rodeado de la baja lisonja de sus favoritos, iba perdiendo en el ejército el prestigio que antes disfrutara; el pueblo no conocia mejora en su mal estar, y los mismos que habian contribuido á su elevacion á la Regencia única, conocian que lejos de haber creado de este modo un poder fuerte que pusiera coto á los excesos de la revolucion, solo habian contribuido á dejar mas espedito el camino, al que valiendose de ella no habia llegado aun al límite de su ambicion.

Esta reunion de circunstancias, ese mal es-

tar general , produjeron los acontecimientos del mes de Octubre de 1841 , cuyos pormenores hemos referido en la biografia del desgraciado General Leon (*). Mientras los sublevados en Madrid se defendian en Palacio , permaneció Espartero encerrado en su casa , rodeado de numerosas fuerzas , y mas dispuesto á ausentarse de la Capital en caso necesario , que á acudir personalmente , como era su deber , al socorro de su Reina. Pero no por eso dejó de acusar á los autores de aquel movimiento de atentar á la vida de las Augustas Huérfanas , por cuya libertad esponian las suyas los que nunca se habian prestado á reconocer la usurpacion.

Sabido es el triste fin del General Leon y de algunos de sus compañeros , y que nada fue bastante á que el Regente ejerciera una de sus prerrogativas , salvando la vida á españoles tan dignos , y á algunos de los cuales era él deudor de gran parte de sus glorias. Pasó el General Espartero despues á las provincias del Norte , y sofocada alli la rebelion , se dirigió á Zaragoza , con ánimo de ir á castigar á los que en opuesto sen-

(*) Véase tom. I.

tido se habian sublevado en Barcelona. El gobierno del Regente habia consentido y aun fomentado la formacion de juntas en varios puntos cuando se creyó amenazado; pero la de Barcelona se distinguia despues por sus excesos y atropellos, y el manifiesto dado por Espartero en Zaragoza, el 9 de Noviembre de 1841 hacia creer que se emplearia la misma actividad y rigor para castigar aquella sublevacion, que la empleada en el mes anterior en las provincias del Norte. No sucedió así sin embargo, y el Regente perdió de nuevo la ocasion de sobreponerse á todos los partidos, y de dar á la sociedad el gobierno de que carecia. Regresó Espartero á Madrid, y volvió á entregarse á su acostumbrada incuria; si bien desde entonces empezó á susurrarse ya sobre ocultos proyectos de prorogar la menor edad de S. M. la Reina. Reuniéronse las Córtes, y se pasó aquella legislatura en reeriminaciones al poder sobre su conducta en los sucesos anteriores y en los acontecimientos de Madrid y Barcelona, continuando el pais en un estado de agitacion que hacia preveer nuevos trastornos y conmociones. Esta situacion, la alarma de todos los partidos al ver la tendencia, el exclusivismo de la pandilla que protegida por el Regente disponia

de los destinos del país, todo dió lugar á la coalicion de la imprenta de todos los matices de 31 de Octubre de 1842, que sirvió para la coalicion verificada despues en el Congreso, y fue la primera palanca que se aplicó para derribar el gobierno de Espartero.

Entre tanto seguia en Cataluña el feroz Zurbauo ejerciendo bárbaros actos de crueldad, y recibiendo por ellos, á la par de la execracion de los pueblos, pruebas de aprecio de Espartero y recompensas del Gobierno. En la populosa Barcelona se iban haciendo desde mucho tiempo combustibles que debian arder al primer soplo. Allí habia permitido Espartero, si no fomentado, que una turba sediciosa impusiese su voluntad á la Reina Gobernadora; allí habian quedado triunfantes los que en Octubre del año anterior derribaron las fortificaciones á vista de las autoridades; allí en fin era unánime el convencimiento de que se trataba de sacrificar nuestra industria á las exigencias estrangeras, y al mezquino interés de un partido. Todas estas circunstancias dieron lugar á las ocurrencias de los dias 13 y siguientes de Noviembre de 1842 en aquella capital, que fueron comunicadas á las Cortes

por el Gobierno , anunciando que el Regente había resuelto salir para Cataluña , para hacer entrar en el orden á los revoltosos.

No faltó quien atribuyese al poder el principio de aquella sublevacion , con el objeto de que le sirviera de pretexto para plantear la nueva situacion escepcional que intentaba crear. El Congreso á pesar de conocer que saliendo el encargo del poder ejecutivo , no podia el ministerio desacreditado continuar con las Córtes abiertas , sin que antes se nombrase un Gabinete que contase con el apoyo de la mayoría , acordó enviar un mensaje al Regente , ofreciéndole su cooperacion siempre que se obrase en el circulo legal ; declaracion ridicula , tanto mas cuanto la coalicion parlamentaria desperdiçió la oportuna ocasion de hacer entrar al poder en las prácticas constitucionales , de que se había separado abiertamente con el nombramiento del Ministerio Rodil , que acababa de suspender sus sesiones. Espartero recibió el mensaje con conocido desden , y no se produjo con la mesura que un poder debe guardar con el otro. ¡Triste leccion para los revolucionarios , que se veian humillados por el soldado que elevaron al poder!

No referiremos los tristes acontecimientos de Barcelona, ni como abandonó la plaza y los fuertes el General Van-Halen, que con ridicula fanfarronada habia dicho poco antes en un festin que iria hasta Moscon. Espartero despues de detenerse algunos dias en Zaragoza, siguió á Cataluña con numerosas fuerzas, y se situó en el pueblo de Sarriá inmediato á Barcelona, desde donde no quiso admitir las proposiciones de personas respetables de aquella ciudad para que acabase su terrible situacion, y en cuyo punto tambien presenció desde el balcon de su casa el horrible bombardeo de la ciudad, que era preciso destruir para acabar con su industria, y complacer de este modo á sus eternos enemigos. Sucumbió Barcelona, fue tratada como una ciudad vencida, se impuso al vecindario una contribucion de doce millones de reales, y todos estos actos aumentaron el disgusto contra el poder que los perpetraba.

Espartero despues de haber dado el mando de Cataluña al General Seoane, que ninguna simpatia podia tener en aquel país, regresó á la Corte por Valencia, recibiendo en el tránsito felicitaciones y festejos, que nunca deja de tributar la

vil lisonja, pero que en ningun modo era la espression del sentimiento general, como lo probó la triste acogida que tuvo al entrar en la Capital de la monarquía. No hay pueblo alguno que pueda alegrarse sinceramente de la ruina de una ciudad industriosa, del atropello de todas las leyes, de la conculcacion de todos los derechos, del menosprecio de todas las garantias.

Tomó en aquel tiempo mas consistencia la voz de que se iba á firmar el ruinoso tratado de comercio con Inglaterra, y esto dió lugar á una nueva protesta de la imprenta independiente, publicada el 2 de Enero de 1843, contra todo tratado que se celebrase sin la ratificacion de las Córtes. Estas por decretos del dia siguiente quedaron disueltas, convocándose otras para el 3 de Abril. Presentáronse en el campo electoral todos los partidos, porque todos eran hostiles al gobierno de Espartero, éxcepto la pequeña fraccion que le apoyaba, desacreditada como él mismo; y si la coalicion, trasladada de la imprenta á los colegios electorales, no fue tan eficaz como era de esperar, culpa fue sin duda de los manejos del Gobierno y de infundados recelos de los que á la elevacion de Espartero habian contribuido en

en otro tiempo ; en manera alguna del partido que oprimido , vejado y calumniado desde el pronunciamiento de Setiembre , se lanzó á la lucha con sinceridad y buena fé.

La situacion de Barcelona era cada dia mas crítica ; la resistencia pasiva opuesta allí al pago de la contribucion que queria exigirse , y las medidas ilegales de la autoridad , comprometian mas y mas el estado de aquella capital. En tan crítica situacion , en medio de la lucha electoral, apareció el manifiesto de Espartero de 6 de Febrero en el que se rebajaba á sostener una polémica con los periódicos. Documento célebre que no produjo mas efecto que el famoso comunicado del *Mas de las Matas*.

Verificóse el dia 3 de Abril la apertura de las Cortes , asistiendo á tan solemne acto S. M. la Reina, acompañada del Regente, á quien se vió sentado al lado de S. M. en su misma carroza, no sin disgusto del inmenso concurso que allí se hallaba reunido. El discurso de apertura en aquella ocasion , fue en extremo insignificante. Constituidas las Cortes, hablose ya de nueva crisis ministerial, y despues de haber sido llamados por Espartero los Sres. Olózaga y Cortina para formar

perentoriamente un ministerio, y no habiendose podido convenir, lo fue últimamente el Sr. Lopez, que lo aceptó despues de haber convenido el General Espartero en el programa de gobierno que le fue presentado por él. Dificil era la mision del nuevo Ministerio, pero indudablemente conoció que el único medio de salvar al pais era oponer principios y actos de reconciliacion y olvido, á los de exclusivismo é intolerancia que hasta entonces habian dominado. Asi lo manifestó el Señor Lopez en los cuerpos colegisladores, en medio del general aplauso que en todos los oyentes y en la nacion entera produgeron aquellas palabras pronunciadas por el antiguo tribuno, con toda la efusion de su alma. Solo puede explicarse por la extraordinaria incapacidad de Espartero, como permitió que se dieran al pais esperanzas de reconciliacion, y que su Gobierno presentase á las Córtes un proyecto de amnistía, que habia de ser el vínculo que uniese en adelante á dos fracciones del partido liberal, antes desunidas, y que habian de contribuir de consuno á su destruccion.

Poco duraron las ilusiones que se habian formado. El ministerio Lopez se ocupaba en plantear sus sistema, y en remover algunos empleados célebres

por sus ilegalidades y tropelías. Había propuesto á Espartero la separacion de los Generales Linage Zurbano, y algunos otros, y se decia de público que se negaba Espartero á firmar los decretos, cuando en la sesion del Congreso de 19 de Mayo, al tiempo de discutirse una proposicion para que se enviase un mensaje al Duque de la Victoria, manifestando su satisfaccion por el proyecto de amnistía, hizo presente el Señor Olózaga que ya no existia el Gobierno últimamente nombrado. Aquel fatídico anuncio fue la señal de un grito general de indignacion y asombro; el Congreso aprobó el envio del mensaje, y mientras la comision era recibida con sequedad por Espartero, leíase en el Congreso una comunicacion del Ministro de Marina, participando que habia sido admitida la dimision del Ministerio, y el nombramiento de otro nuevo presidido por el Sr. Becerra, y del que formaba parte el Sr. Mendizabal; nombramiento que por sí solo hubiera sido bastante para hundir el vacilante poder de Espartero. A la conservacion de su favorito el General Linage sacrificó aquel al parecer su mando y la tranquilidad de la nacion; pero en realidad, porque Linage y sus allegados eran el

instrumento con que habia de realizar sus ambiciosos planes, que quedaban destruidos con la marcha y el sistema adoptado por el ministerio Lopez.

El dia 20 fueron suspendidas las Córtes hasta el 27, habiendo corrido algun riesgo los ministros que se presentaron en el Congreso. Disueltas despues las Córtes fueron convocadas otras para el 26 de Agosto; y el Ministerio, incapaz de la hidalguía de su antecesor, quiso parodiar su programa, publicando una ridicula amnistía. ¡ Cuando han evocado los asesinos á sus víctimas! Al mismo tiempo publicó el Gobierno varios decretos obra de Mendizabal, siendo uno de ellos el eximir á los pueblos del pago de las contribuciones no votadas por las Córtes; y otros varios dirigidos á engañar á los pueblos, y ganar las próximas elecciones. Tales escándalos y tan graves acontecimientos produjeron el levantamiento de Málaga, inmediatamente el de Granada y de varios puntos del Reino, á la voz de DIOS SALVE A LA PATRIA Y A LA REINA, pronunciada en aquellos dias por un periódico, y repetida despues en el Congreso por el Sr. Olózaga.

Imposible nos seria el recorrer paso á paso los simultáneos alzamientos de aquellos dias en

Cataluña, Valencia y en otras capitales del Reino; sabidos son y recientes; lo que á nosotros cumple es decir que el General Espartero permanecía tranquilo en el palacio de Buenavista, cual si una mano invisible le tuviera encadenado al sitio que no habia de volver á ver mas en el momento que lo abandonase. Resolviose al fin á salir para Albacete con la guarnicion de la capital, permaneciendo alli en una ridícula inaccion, que solo podia esplicarse por la habitual de Espartero, de no obrar sino con grandes fuerzas de que entonces carecia. Entretanto iba tomando cuerpo el levantamiento; los generales que mandaban en Cataluña, acosados y perseguidos se retiraban á Zaragoza; el General Narvaez tomaba el mando de las tropas de Valencia, levantaba el sitio de Teruel, y se dirigia sobre la Capital, como lo hacian tambien otras tropas de Castilla mandadas por el General Aspiroz; al paso que el General Van-Halen se dirigia sobre Sevilla. Entretanto fumando y tendido en la cama Espartero en Albacete, ni adelantaba sobre Valencia, ni socorria al General Seoane que estaba en Zaragoza, ni cubria la Capital, ni protegía como era su deber á la Reina y al Gobierno.

Resolviose al fin Espartero á emprender su fuga

hacia Andalucía, disfrazándola con el nombre de un movimiento estratégico, dejando en total abandono á la Reina, al Gobierno y á la Capital. Siguió precipitadamente su marcha hasta llegar á Sevilla, cuyo pueblo se defendió gloriosamente, y al cual bombardeó con escándalo del mundo civilizado el general Espartero, aun despues de haber entrado las tropas en la córte, de hallarse libre la Reina de sus opresores, de haberse instalado el Gobierno provisional, y de haber sido declarado traidor, mas que por las disposiciones del Gobierno, por el grito unánime y general de la nacion. Pero la heroica defensa de Sevilla y la aproximacion del valiente General Concha que mandaba las tropas leales de Andalucía, obligaron á Espartero á levantar el sitio el 28 de Julio, para salvarse á toda costa; y abandonado por las tropas que hasta entonces le habian sido fieles, acompañado solo de su escolta, llegó precipitadamente el 30 al Puerto de Santa Maria, donde logró embarcarse en el navío inglés Malabar, con algunos de los que componian su séquito, llevándose consigo los caudales de la division que eran propiedad del Estado. Asi acabó su carrera política el hombre fatal, que ni siquiera tuvo presente en los últimos momentos,

para imitarla, la noble conducta de una Reina, que al ausentarse del pais y abandonar el Gobierno de él, le dejó libre de la anarquía, en que él le dejaba entregado. ¡Oh! el uno era un poder legitimo que miraba por el pais; el otro era un usurpador que solo á su ambicion atendia.

Permaneció Espartero algunos dias á bordo del Malabar en la bahia de Cádiz, y salió al fin para Lisboa, donde no fue recibido en calidad de Regente como pretendia. Pasó desde allí á Bayona y al Havre, y se dirigió á Inglaterra, donde si bien ha sido recibido con muestras de aprecio, debidas sin duda á los mismos sentimientos de gratitud que tiene un amo con un humilde y decidido criado, pasados los primeros momentos de curiosidad, caerá en el completo olvido que merecen sus cualidades como hombre politico, y su incapacidad intelectual como particular.

Hemos recorrido la vida del hombre que llegó por medios que la providad reprobará siempre al puesto mas eminente del Estado. Sin conocimientos militares, aunque dotado de valor personal, obtuvo algunas victorias, decididas las mas veces por la escolta que le acompañaba, que bien podia llamarse una division escogida, y capaz de incli-

nar á un lado la balanza. Sin ninguna capacidad intelectual, poco acostumbrado á las buenas maneras de la alta sociedad, en la elevada posición á que habia subido dió lugar á curiosas anécdotas, que entretuvieron al público. Pero la cualidad que mas resalta en él es la ingratitud. Ingrato con sus compañeros de *glorias y fatigas* los dejó desatendidos cuando mas podia protegerlos; ingrato con los que habian contribuido á sus triunfos, los sacrificó á su ambicion en un patíbulo; ingrato con los revolucionarios que le habian elevado, los humilló á ellos y al pais á una pandilla despreciable, ingrato, mas que con todos, con su Reina, cuya *regencia* proclamaba hasta la saciedad, despues de recibir de su Gobierno los mas elevados títulos y honores, de admitir de ella magnificos dones particulares, y de asegurarla de su lealtad y decision, le quitó la regencia del Reino y hasta la tutela de sus Augustas y tiernas Hijas. Que extraño es, pues que aquella escelsa Señora le digera al despedirse de él (*) «Espantero, te he hecho Conde de Luchana, Duque de la Victoria y de Morella, Grande de España; pero no he podido hacerte Caballero.»

(*) Si el dicho no es cierto es exacto por lo menos.





J. A. L.

1820

MURAT.

Personages célèbres du Siècle XIX.

JOAQUIN MURAT.

«Lo cierto es, que si hemos de hacer el juicio que se debe de este Principe, habremos de confesar que sus virtudes las debió á la naturaleza, y que sus vicios le procedieron del trono y de la fortuna La muerte, que tan horrorosa es á los demas hombres, la miró sin ningun temor.»

QUINTO CURCIO *de la vida de Alejandro el Grande.*

Las grandes revoluciones, como dice Chateaubriand, trastornan totalmente la forma de un gobierno ya constituido. En Grecia, despues de espulsados los Reyes, se establecieron en toda ella pequeñas repúblicas; lo mismo aconteció en

Roma desde la espulsion de los Tarquinos: y por el contrario, aniquiladas todas las pequeñas repúblicas de Italia, desde que Cárlos V apareció, principiaron á nacer en Europa las modernas monarquías, que duraron hasta la revolucion francesa de 1789. Entonces pareció que un nuevo espíritu republicano tendia á democratizar todos los pueblos; pero aquello fué un delirio momentáneo, que espiró tan pronto como nació, por que fué fomentado por hombres sobradamente ambiciosos, y republicanos solo por moda. Sentado Napoleon en el trono, comenzó á sofocar los principios de la revolucion francesa, con el prestigio de sus altas empresas, con el auxilio de sus talentos, y de aquella fortuna que no le abandonó por espacio de muchos años. Entonces fué cuando quiso restablecer las monarquias absolutas en Europa, pero colocando en el trono dinastías nuevas y oriundas de su familia. Entonces fué cuando se vieron tantos soldados elevados en recompensa de su valor á altísimos puestos, y honrados con el baston de Mariscal. Entonces fue cuando creando Napoleon nuevos reinos, promulgando nuevas leyes, y dando á la diplomacia forma diversa de la antigua, se vió nacer un nuevo ór-

den de cosas , se vieron destronados los antiguos reyes, y desterrados ó fugitivos.

La vida de los ilustres personajes que tanto figuraron bajo el imperio francés, sean capitanes, diplomáticos ó monarcas nuevos, está tan ligada á los sucesos que entonces conmovieron á la Europa, que la biografía de cada uno de ellos debe considerarse como una parte de la historia política y militar de aquella época memorable. En efecto, ¿cuánto no contribuyeron á cambiar el aspecto de los Estados de Europa, las grandes victorias de Massena, de Ney, de Lannes, de Junot, de Bessieres? ¿Cómo pueden separarse de la historia de la diplomacia de Europa de aquellos tiempos, las intrigas y maquinaciones de Fouché y Tayllerand? ¿Cómo pues el corto reinado de José Bonaparte en España puede separarse de la historia de nuestras desventuras no terminadas aun? ¿Cómo las empresas y el reinado de Murat, que sucedió en Nápoles al hermano de Napoleon, pueden considerarse separadamente de las victorias que tanto ilustraron al imperio francés, y de las últimas revoluciones de Italia, cuando el poder napoleónico agonizaba?

Habiendo nosotros escrito la biografía de muchos personajes ilustres, que florecieron en aquella

época, vamos ahora á recopilar la vida de Joaquin Murat, el cual nacido de padres oscuros, supo elevarse por hazañas maravillosas á los primeros empleos militares, emparentó con el Emperador de los franceses, y llegó a ceñirse una espléndida corona, que perdió mas por su imprudencia que por mala suerte.

Nacido Murat en 1771 de un posadero en Cahors. despues de haber hecho en este pais sus primeros estudios, pasó al Colegio de Tolosa, en donde vistió la ropa talar, y llegó á ser subdiácono; pero á poco tiempo fue echado del colegio por su mala conducta. Entonces se vió obligado á volver á su casa, pero su padre le acogió de mala gana, y el jóven Murat, de un talento desarrollado, de carácter vivo, de indole poco docil, no pudiendo tolerar tranquilamente el verse en una posada mezclado entre una infinidad de estúpidos criados, abandonó la casa paterna, y se alistó en el regimiento de cazadores número 12, que pasaba por Tolosa. Al poco tiempo ascendió á Sargento, pero con motivo de su carácter siempre fogoso, habiendo cometido una falta de disciplina, no leve, fue licenciado de su regimiento. Este nuevo infortunio, que le obligaba

otra vez á volver á su casa paterna , puso á Murat casi al borde de la desesperacion , pero no le envileció; y de vez en cuando , arrebatado por su imaginacion , le pareció descubrir al traves de las densas tinieblas que envolvian su porvenir los altos destinos que le esperaban. Decretada por los revolucionarios una guardia constitucional á Luis XVI , fue admitido en ella el jóven Murat , que pasó á París con Bessieres. Con semejante coyuntura , no disimulando en ocasion alguna sus opiniones políticas , exageradamente democráticas , y que estaban de moda en aquel tiempo , sostuvo Murat fuertes contiendas en favor de la libertad. Antes que la guardia fuese disuelta , dejó su destino y se agregó otra vez á un regimiento de cazadores , principiando á servir de Alférez. Su valor y su atrevimiento en las empresas le habian hecho bastante conocido ; por lo cual en poco tiempo recorrió todos los grados subalternos , y llegó al de Teniente coronel. En este tiempo fue cuando Murat escribió en Abdoville , donde estaba de guarnicion , á la Sociedad de jacobinos de París , manifestándola su ardiente deseo de cambiar su nombre en el de Marat. Esta pequeña anédocta , que podrá parecer á los mas de

poca consideracion, creemos sea uno de los pocos hechos que pueden descubrir la sinceridad de las ideas republicanas de Murat hasta aquella época. Murat, que nunca fue de indole cruel, no podia querer el nombre del compañero Robespierre por su fria barbárie, sino por el odio inestinguible que este mostraba contra la antigua aristocracia, y contra los partidarios de la abatida monarquia. Denunciado Murat por lo que habia escrito á la Sociedad de jacobinos, estaba ya para ser destituido de su grado de coronel, despues del 9 Thermidor año II de la república, cuando Mr. Cavañac, antiguo Presidente del Directorio en el departamento de el Lot, y diputado entonces de la Convencion, hizo borrar el acta de denuncia, conociendo la grave pérdida que ocasionaría á las armas francesas la destitucion de un capitan tan valeroso.

Cuanto hemos indicado hasta ahora concierne solo á los primeros años de la vida de Murat, y los principios de su carrera militar; ahora vamos á hablar de las grandes victorias que tanto le distinguieron, y le mostraremos con toda aquella pompa y grandeza que le acompañaron hasta el trono.

En el año IV de la república francesa, Murat sirvió por la primera vez bajo las órdenes de Na-

poleon, el cual promovido poco despues á General en Gefe del ejército de Italia, le hizo su Ayudante de campo, y le concedió una proteccion decidida. En esta época hizo Murat prodigios de valor, y se distinguió tanto, que Napoleon colmándole de alabanzas, le proclamó ante el ejército valiente entre los valientes. Despues de esta época contribuyó mucho á engrandecer su fama la parte activa que tomó en las batallas de Roveredo, de Riboli, y de la Favorita, y en el terrible paso del *Tagliamento*, del cual Napoleon se acordaba siempre como una de las mas arduas empresas de su vida.

Resuelta la espedicion de Egipto, Murat quiso correr la suerte de su general en aquella arriesgada empresa. Capitaneando las tropas francesas en San Juan de Acre, fue el primero en lanzarse al asalto; pero no habiendo podido tomar la plaza, y levantado el sitio, Murat cooperó poderosamente á la victoria que obtuvieron los franceses en la batalla del monte Tabor. El fué quien tuvo la gloria de rechazar á Mustafá Bajá, y su numeroso ejército y Murat en fin recibió en aquella campaña muy graves y gloriosas heridas, por querer hacer prisionero al hijo del Bajá de Egipto. Tantas acciones bizarras merecian ciertamente una justa recompen-

sa; así fué que Murat consiguió el grado de General de division, y poco despues, el 15 de Octubre de 1799, se dirigió á Francia con Bonaparte.

De regreso á Europa le esperaban mas altos destinos y relevantes honores. Decidido Napoleon á disolver el Consejo de los quinientos, Murat fue quien á la cabeza de sesenta granaderos le acometió y dispersó. Despues de semejante suceso, se le dió el mando de la guardia consular, y Napoleon ligado ya con él en intima amistad, quiso tambien hacerle pariente suyo, dándole por esposa á su hermana Carolina, la cual á su gran hermosura unia mucho talento y una particular predileccion del hermano.

En la segunda campaña de Italia mandaba Murat la caballeria en Marengo, y por sus grandes victorias mereció un sable de honor. Despues fue encargado del Gobierno de la república cisalpina, que renunció al poco tiempo para presidir el colegio electoral del departamento de el Lot, que le nombró diputado del cuerpo legislador. Al advenimiento de Napoleon al trono, Murat fue gobernador de Paris, con el distintivo de General en jefe, Mariscal del imperio, Principe francés, gran almirante, y grande águila de la legion de honor.

En 1805, despues de haber vencido á los austriacos y entrado el primero en Viena, se batió valerosamente en Austerlitz, y contribuyó no poco con sus maniobras militares á la completa victoria con la que los franceses terminaron aquella gloriosa campaña, humillando el poder del Austria.

Napoleon, en recompensa de tan señalados servicios nombró á Murat, Gran Duque de Berg, y le hizo reconocer como tal en todas las potencias de Europa. En esta época consiguió de lleno la estimacion de sus nuevos súbditos, gobernándolos con prudencia y dulzura. En 1808 obtuvo Murat el mando del ejército destinado á España, y un mes despues entró en Madrid á la cabeza de sus tropas.

Finalmente cuando se determinó Napoleon á hacer á Murat Rey de Nápoles, un decreto del Emperador, bajo el nombre de Estatuto de Bayona, fecha 15 de Julio de 1808, decia asi «Concedemos á Joaquin Murat, nuestro amadisimo cuñado, Gran Duque de Berg y de Cleves, el trono de Nápoles y Sicilia (*) vacante por la sucesion de

(*) El Reino de Nápoles desde el tiempo de Alfonso el Magnánimo, se ha reputado como unido á la Sicilia bajo el título de Reino de las Dos-Sicillas, ó Nápoles y Sicilia. Bonaparte cedió Nápoles á Murat, cuando todavia reina-

José Napoleon al de España é Indias.» Algunos capitulos comprendidos en el decreto, ordenaban la sucesion del modo siguiente. Estaba prescrito que si Carolina Bonaparte, muger de Murat, sobrevivia al marido, debia subir al trono antes que el hijo, legitimo heredero de la corona, y que el Rey de las Dos Sicilias uniria á su título la dignidad de Gran Almirante del Imperio francés, hasta tanto que durase la establecida descendencia; que concluida la estirpe de Murat, la corona siciliana volviese al imperio francés; que el nuevo Rey gobernase el estado desde el dia 6 del próximo Agosto, segun las reglas del Estatuto de Bayona del 20 de Junio de aquel año: un edicto contemporáneo de Murat prometia á los pueblos de las Dos Sicilias felicidad y grandeza, juraba ademas el Estatuto de Bayona, é indicaba su próxima llegada. Despues escitaba á los Ministros y magistrados á que velasen por el buen órden del Estado durante su ausencia, y en un decreto especial nombraba su Lugar teniente, mientras estuviese fuera del Reino, al Mariscal del imperio Mr. Perignon. han los Borbones en Sicilia: tituló á su cuñado Rey de Nápoles y Sicilia, para manifestar que aquella Isla pertenecia al Monarca reinante en Nápoles, quien efectivamente tenia el proyecto de invadirla.

Esta gran novedad conmovió sobremanera el ánimo de los napolitanos , entre los cuales hubo muchos que se prometían grandes felicidades del nuevo Monarca , á quien suponían dotado de gran actividad en el manejo de las cosas públicas , que bajo el corto reinado de José Napoleon habían estado sumamente descuidadas. Otros por el contrario creían que Murat, mas acostumbrado á las empresas guerreras que á los negocios políticos , debería ser fatal á la prosperidad del reino , usando de aquella aspereza aneja á un gobierno militar. De otra parte corría fama , muy fundada , pero comunmente creída , que Joaquin Murat era de corazón duro , inflexible y obstinado en sus resoluciones , ocupado siempre de pensamientos ambiciosos y proyectos de conquistas , y finalmente que en nuestra España había sido cruel para reprimir la rebelión de Madrid. Pero á despecho de voces tan alarmantes , y de las relaciones de que su nacimiento era oscuro , y desconocidos los hechos de su vida privada , solo el conocimiento de su alto valor y de sus victorias militares bastaron á prevenir en favor del nuevo Monarca á la mayor parte de los napolitanos.

El día 6 de Setiembre del año de 1808 , el

nuevo Rey entró á caballo en la ciudad de Nápoles , perfectamente vestido , pero sin el manto real , ni ninguna otra insignia soberana : llevaba únicamente los vestidos militares que solia usar para la guerra. Recibió á la puerta los homenajes de los magistrados , las llaves de la ciudad , y todas las correspondientes muestras de reverencia y respeto.

Era Murat de hermosa figura , noble en su porte , risueño y alegre con los demas ; y con el renombre que le daban sus victorias y el afecto que Napoleon le profesaba , poseia todo lo que podia agrandar á los pueblos é inspirarles temor y respeto.

El nuevo Rey recibió en la iglesia del Santo Espiritu la sagrada bendicion del cardenal Firao. La recibió con religiosa devocion , pero permaneciendo siempre en pie sobre el trono. Despues pasó al palacio , y llenó todas las ceremonias reales con desenvoltura , como si estuviese desde largo tiempo acostumbrado á aquellas grandezas. Por la noche fue magnificamente iluminada la ciudad , y el pueblo rebosaba en el mayor júbilo.

Los primeros actos del Gobierno estaban lleuos de clemencia en favor de los huérfanos , de las

viudas y de los militares inválidos pertenecientes á la antigua milicia napolitana. El Rey se mostró mas benigno y afable con el pueblo napolitano, y con todos los magnates del Reino, que con los franceses que formaban gran parte de su córte.

No habian concluido aun las fiestas celebradas con este motivo, cuando llegó á Nápoles la muger de Murat, Carolina Bonaparte. Si en esta ocasion las magnificencias y fiestas fueron menos pomposas que las pasadas, no por esto inspiraron menos alegría ni menos admiracion al pueblo. Agradó mucho á las damas napolitanas la belleza y gracia de la nueva Reina, la cual tenia el gran prestigio de ser hermana de Napoleón, y la verdadera dueña de la corona de Nápoles.

No hacia mucho tiempo que Murat habia ocupado el trono, cuando dirigió sus miras á la isla de Capri, ocupada todavia por la guarnicion perteneciente á los Borbones. La resistencia de la isla, defendida por los soldados anglo-napolitanos, fue ostinada contra los franceses, pero por fin se vió obligada á rendirse al poder de Murat, y quedó bajo su dominio.

Las risueñas esperanzas concebidas por los napolitanos en favor del nuevo Monarca, se rea-

pizaron casi del todo. Murat reformó los abusos del poder administrativo y judicial, dió nueva organizacion al ejército, y procuró animar la industria y proteger las artes. Cualquiera de sus súbditos obtenia, con solo pedirla, una audiencia privada del Rey, el cual recibia con igual afabilidad y cortesia á los magnates del Reino y á los mas infimos del pueblo: casi todos los dias se dejaba ver por las calles de Nápoles, paseandose solo ó del brazo de cualquiera de sus gentiles hombres, sin llevar insignia alguna, ni decoracion soberana. Entretanto, si alguno se aproximaba á él como indicando que queria hablarle, se paraba, acogia con jovialidad su solicitud, recibia cualquiera memorial, y si le parecia urgente el negocio de que se trataba, sacaba el lapiz de la cartera y escribia su resolucion al márgen de la instancia misma.

Apenas subió al trono, revocó el decreto de José Napoleon que habia declarado las Calabrias en estado de guerra, porque durante su reinado estaban llenas de facciosos. Declaró pues Murat que aquellas provincias, despojadas ya de los malhechores, volviesen bajo el pacífico imperio de las leyes. Despues puso en libertad á todos aque-

llos que yacian en la cárcel , porque habian sido partidarios de la dinastía borbónica ; llamó á gran parte de los emigrados políticos , refrenó las vejaciones de la policía , y creó finalmente un gran número de empleados para aumentar los partidarios y defensores de la corona.

El nuevo Monarca, promovió con especial cuidado la prosperidad de los principales establecimientos de beneficencia pública, y fundó una magnífica casa de educacion para las doncellas nobles; llamada *de los Milagros* , porque asi se llamaba el sitio donde se estableció. Esta existe todavia en Nápoles , y conserva grande y merecida fama, recibiendo alli las jóvenes una educacion esmerada bajo todos conceptos.

El real palacio de Nápoles , el de Pórtici y Caserta fueron hermoseados y adornados con buenas pinturas por Joaquin Murat. Tantas y tan útiles novedades , le atrajeron el afecto de sus súbditos, que le miraban como á un ángel bajado del cielo para hacer la felicidad de la desventurada Nápoles.

Dèspues de haber atendido Joaquin á los negocios de su Reino, pareciéndole gravoso depender todavia del Emperador Napoleon , dió á conocer que á toda costa queria separar las cosas de Ná-

poles de las de Francia. Por lo tanto, la bandera francesa que ondeaba entonces en todo el Reino, tanto en paz como en guerra, se vió repentinamente arriada, y el nuevo estandarte napolitano fue blanco y amaranto sobre un fondo azul turquí. Despues licenció el Rey las tropas francesas, y mandó que toda la fuerza del Reino se compusiera de tropas napolitanas, é igualmente que los empleos desempeñados por franceses fuesen conferidos á súbditos napolitanos. Semejantes resoluciones desagradaron mucho á Napoleón, y ocasionaron graves disgustos á los dos cuñados; pero reconciliados los ánimos, el Emperador concedió á Murat licenciar las tropas francesas, pero no le permitió exhonerar de su cargo á los franceses empleados en Nápoles. En este tiempo, algunos pocos napolitanos, partidarios de los Borbones, unidos á algunos sicilianos, conspiraban contra el nuevo Monarca, con intencion de matarle en una cazería. El delito no se efectuó porque la conspiracion fue descubierta á tiempo, y arrestados los reos á quienes se formó causa; y quando estaban para ser condenados á muerte, Joaquin, llevado de su ánimo generoso y clemente, les concedió la vida; rasgo que entusiasmó sobremanera

á los napolitanos en favor de su Monarca.

Mientras los negocios de Nápoles corrían de esta manera, el Emperador de los franceses declaró la guerra á la Rusia. En tal ocasion dirigió inmediatamente todos sus pensamientos á Joaquin Murat, cuyo experimentado valor le daba la esperanza de una completa victoria. El mando de la poderosa caballeria que Napoleon habia espresamente formado con aquel objeto, fue confiado á Murat, el cual yendo á la vanguardia del ejército francés, pasó el Niemen el 22 de Junio de 1812, y fue el primero que entró en Rusia. A los pocos dias se apoderó el Rey de Nápoles de la ciudad de Vilna, y viendo que los Rusos se retiraban á fin de evitar la batalla, les persiguió hasta alcanzarlos y obligarlos al combate; y en dos jornadas, haciendo prodigios de valor, introdujo con arte y audacia las armas francesas en Viteps. La consecuencia de esta victoria fue la toma de Smolensko. Conociendo Joaquin que los Rusos no desistian del proyecto de retirarse á sus desiertos, aconsejó á Napoleon que restableciese el Reino de Polonia para debilitar el poder del Austria, de la Prusia y de la Rusia, y que invernase en Smolensko, esperando tiempo mas oportuno para continuar la guerra.

El Emperador no acogió con mal semblante el consejo de Murat, y en un principio pareció querer abrazarle; pero últimamente ansioso de pelear, y confiando siempre en su fortuna, se resolvió á continuar la marcha. Murat y muchos generales franceses siguieron de mala gana las órdenes de Napoleon, pero por esto no dejaron de dar pruebas de gran valor, y el Rey de Nápoles venció gloriosamente en Viazma. Despues continuó batallando y persiguiendo siempre la retaguardia de los Rusos, y llegó á la orilla de la Moskowa, donde se reunió todo el ejército francés. El 7 de Setiembre principió un sangriento ataque, y Murat hizo prodigios de valor, venció á los Rusos, de los cuales murieron un gran número, retirándose los restantes; pero el Rey de Nápoles continuó siempre siguiendo al enemigo hasta veinte leguas mas acá de Moscou. Entonces se esparcieron voces de paz, y se suspendieron las hostilidades por trece dias, esperando Napoleon arreglar sus cuestiones con la Rusia y el Czar, aguardando que llegase el invierno, porque estaba srguro de que los franceses no podrian resistir los frios de la Rusia.

Por esta época, el Baron de Rostpochin, gobernador de Moscou, hizo incendiar aquella ciu-

dad magnífica, y venerada como cosa sagrada por los Rusos. Incendiada Moscou, los franceses se vieron privados de todas las provisiones que esperaban coger en ella, y acosados por los frios de aquellas rudas regiones.

No hallando Bonaparte medio de continuar la guerra, y viendo perdido el fruto de tantas victorias, ordenó la retirada del ejército francés hacia Smolensko. En aquella ocasion Joaquin Murat supo disponer la retirada con gran pericia y valor, batiendo siempre á los Rusos y Cosacos que se le oponian.

Replegado el ejército sobre el Niemen, Napoleon partió para Paris, y dejó como Lugar teniente á Murat. Este continuando su retirada, y reunido el cuerpo del ejército en el Oder, donde podia ser socorrido con inmensas provisiones, sin que le molestasen los Rusos, concluyó la guerra de 1812, llamada campaña de Rusia. Entonces Joaquin Murat, dejando el mando del ejército en manos del Principe Eugenio, Virey de Italia, partió aceleradamente para Nápoles. Fuertemente irritado Napoleon al saber esta noticia, la hizo publicar en el Monitor francés con palabras amargas, haciendo grandes alabanzas del Principe Eugenio. Este

hecho hirió mucho el amor propio del Rey de Nápoles, el cual no sabiendo con su carácter impetuoso é irreflexivo moderar la ira, escribió al Emperador de los franceses una famosa carta que trascribimos como documento histórico. Decía así:

«La ofensa que ha recibido mi honor no está en manos de V. M. remediarla. V. M. ha injuriado á un antiguo compañero de armas, que le ha sido fiel en los peligros, y que ha contribuido no poco, á sus victorias, sosteniendo su grandeza, y reanimando su desmayado valor el 18 Brumario.

«Cuando se tiene el honor, dice V. M. de pertenecer á su ilustre familia, deben evitarse todos los medios de perjudicar sus intereses y oscurecer su esplendor. Y yo, Señor, le digo en contestacion, que su familia ha recibido de mi tanto honor como pueda haberme concedido dándome á Carolina por esposa. »

«Mil veces, aunque Rey, suspiro por los tiempos en los qué simple oficial tenia jefes, pero no un dueño. Siendo ahora Rey, pero tiranizado en alto grado por V. M., siento mas que nunca la necesidad de independenciam, la sed de libertad. Asi aflije V. M, asi sacrifica á su sospecha á los hom-

bres que le han sido mas fieles, y que mejor le han servido en el asombroso camino de su fortuna: asi fue inmolado Fouché por Savary, Talleyrand por Champagny, Champagny mismo por Bassano, y Murat por Beauharnais, que unido á V. M. tiene el mérito de una ciega obediencia, y el de haber alegremente anunciado al Senado de Francia el repudio de su madre.»

«No puedo negar por mas tiempo á mi pueblo una recompensa comercial por los daños gravísimos que la guerra marítima le acarrea. Cuanto he dicho de V. M. y de mi, procede de que la mútua y antigua amistad está alterada: V. M. hará lo que mas le plazca, en la inteligencia de que cualquiera que sean los últimos agravios, todavia soy su hermano y fiel cuñado.—JOAQUIN.

Fue ciertamente bastante impolítico el proceder de Napoleon con Murat, pero esto no puede de ninguna manera disculpar al Rey Joaquin de haber abandonado el campo de batalla para volver á Nápoles: por lo tanto nosotros no podemos menos de condenar su conducta. Además, en aquel momento los asuntos de Nápoles estaban bien seguros en manos de la Regente Carolina Murat, y por lo mismo no sabemos si debemos calificar la deser-

cion del Rey de Nápoles como acto de cobardía, de temor ó de traicion.

Rotos los vínculos de amistad entre el Emperador y Murat, algunos napolitanos propusieron á este la conquista de Italia, para formar de toda ella un solo reino. Para reanimarle despues á la empresa, le aseguraban ser favorables todas las circunstancias, hallándose ya abatido el poder de Napoleon, los italianos deseosos de independendia, y todas las potencias dispuestas siempre á debilitar el imperio francés, sustrayendo de su dominio la Italia. Por lo tanto exhortaban á Murat á formar alianza con la Inglaterra, y que marchase inmediatamente á principiar aquella guerra, que sola ella podia salvar la Italia y engrandecer su corona.

Tales proposiciones lisongearon muchisimo la ambicion y el orgullo de Murat, el cual aceptó, de todo corazon, la peligrosa empresa, y despachó mensageros á Sicilia á Lord Bentink: aquel plenipotenciario inglés y el rey de Nápoles, unidos en la isla de Ponza, establecieron condiciones de la nueva alianza, entre las cuales era una de las esenciales la independendia italiana, debiendo formar un solo reino bajo el gobierno del Rey de Nápoles.

Firmados los capítulos del tratado, Bentink es-

pidió mensajeros á Londres , para obtener la aprobacion de su gobierno.

Habiendo escrito en este tiempo la esposa del Rey á su hermano Napoleon para dirimir los disgustos que existian entre los dos cuñados, el Emperador de los franceses conociendo que era peligrosa para él la enemistad del Rey de Nápoles, escribió afectuosamente á Murat, echando un velo sobre lo pasado, y suplicándole con las mas agasajadoras palabras que se reuniese inmediatamente al ejército francés, que se hallaba entonces en los campos de Dresde. Joaquin en un principio resistió á las invitaciones del Emperador, pero últimamente , movido por los ruegos de su esposa y las cartas de Fouché y de Ney, se determinó á marchar, dejando encargada á la Reina la finalizacion de los tratados con la Inglaterra; pero Lord Bentink, apenas supo la marcha del Rey de Nápoles, se hizo mas enemigo que antes, y considerando á Murat como un Rey ligero y desleal, no quiso oír hablar mas de alianza.

Llegado Joaquin al ejército, fue bien acogido por Napoleon, y se distinguió en varios hechos de armas en la campaña de Dresde; pero estos nuevos trofeos fueron para él infructuosos.

Concluida la campaña de Dresde y perdida por los franceses la célebre batalla de Lipsia, Murat volvió á Nápoles asustado y lleno de confusion, porque conocia muy bien que trastornados los destinos de la Francia, podia aproximarse el momento fatal de perder la corona. En este tiempo fue cuando el Austria mandó al conde de Neypperg á Nápoles, ofreciendo su alianza al Rey Joaquin ; bajo pretexto de establecer el equilibrio en Europa, le ofrecia tambien asegurarle la posesion del reino, y el aumento de sus estados, agregando á ellos parte de las provincias romanas. Murat titubeó al principio, pero despues aceptó las proposiciones, y se declaró abiertamente enemigo de Napoleon. Al mismo tiempo concluyó otro tratado con la Inglaterra , bajo el nombre de armisticio. Asi era como el Rey de Nápoles creia asegurar su corona. Y entre tanto no dejaba de protestar secretamente á Napoleon su lealtad, y se escusaba de la nueva alianza con el Austria, diciendo que la habia hecho solo en apariencia , porque las circunstancias del tiempo le obligaban á ello. Una conducta tan torpe y desacertada sirvió solo para causar desconfianzas en el Gabinete de Viena, que no ignoraba aquellas secretas correspondencias entre Murat y

Napoleon, mientras por otra parte el Emperador de los franceses rehusaba dar oídos á las protestas del cuñado, y le llamaba justamente traidor.

Principió la guerra en Italia ; pero como debia necesariamente suceder por las circunstancias del tiempo, Joaquin Murat estaba considerado como un personaje secundario, y por lo tanto obligado á ceder á las proposiciones de los generales del Austria. Referir todos los varios sucesos de aquella guerra, todos los pequeños ataques que se dieron, son mas bien objeto de la historia, que de una biografía: y con este motivo nos limitaremos á decir que mientras la guerra en Italia estaba todavia indecisa, y Murat ideaba los medios mas fáciles de conseguir nuevas victorias, llegó un mensajero de la Francia, el cual refirió el mal estado en que se hallaba aquel imperio, y la abdicacion de Napoleon. Leyendo el Rey las cartas que contenian aquella noticia perdió el color; y al considerar que él era un príncipe francés, que estaba emparentado con Bonaparte, y la ruina de aquel vasto imperio á que tal vez habia el contribuido en gran manera, no pudo menos de derramar algunas lágrimas de dolor.

Despues de algunos instantes de silencio par-

napolitano que le entregase todos los buques de guerra y las municiones, y que en caso de repulsa bombardearia á Nápoles: la Reina convocó el Consejo, y el Gobierno acordó con el Comodoro que este tuviese en su poder solos los buques de guerra napolitanos: entretanto el Rey Murat ya derrotado volvió á Nápoles, arregló sus negocios domésticos, y dejó encargado al general Carascosa de tratar con el enemigo. El general preguntó de que manera debia conducirse, y Joaquin respondió: «ceded todo á mis enemigos, con tal que conserveis el honor de mis soldados y la paz de mis súbditos.» El tratado con los mensajeros austriacos se hizo en una pequeña casa de campo de un tal Lanza, vecino de Nápoles, y por esta razon aquel famoso tratado se llama el tratado de casa Lanza. Entretanto Murat se dirigió de incógnito al palacio donde estaba su esposa, la abrazó y la dijo. «Carolina mia, todo lo he perdido;» pero ella con un valor varonil respondió; «no todo, si no se ha perdido el honor y la constancia;» poco despues se embarcó la Reina en un buque ingles, y Joaquin se encaminó á Marsella y despues á Tolon, desde donde escribió á su amigo Fonché, diciéndole que siendo él siempre francés en el fondo, y pariente

del Emperador, queria servir bajo sus órdenes; pero Napoleón acordándose de la traicion de Murat en 1814, rehusó sus servicios. Entretanto perdida la batalla de Waterloó, no creyéndose Murat seguro en Francia, se trasladó á Córcega y se dedicó á preparar una espedicion para Nápoles, prometiéndose ser bien acogido por sus antiguos súbditos, y ayudado para reconquistar el perdido reino: un dia antes de embarcarse recibió una carta de un tal Maceroni de Calvi, el cual al saber la marcha del Rey, le escribió que la suspendiese, porque debia comunicarle buenas é interesantes noticias. En efecto, Calvi llegó y le entregó un pliego á nombre del Emperador austriaco, con la firma del príncipe de Metternich, cuyo contenido insertamos á continuación. «El Emperador de Austria ofrece hospitalidad al Rey Joaquin bajo las condiciones siguientes: el Rey de Nápoles llevará un nombre particular, y habiendo tomado la Reina el de Lípano, se propone al Rey el mismo. El Rey podrá residir en una ciudad de Bohemia, de Moravia ó del Austria superior, ó en una aldea de las mismas provincias. Garantizará con su honor no abandonar los Estados austriacos sin espreso consentimiento del Emperador, y vivir

como un particular sometido á las leyes de la monarquía austriaca. Dado en Paris el 10 de Setiembre de 1815.—Por orden de S. M. I. R. A.—**EL PRINCIPE DE METTERNICH.**»

Murat al leer aquel papel exclamó «¡Con que debo ser tratado como prisionero! esto no puede ser.» Por lo tanto no desistiendo de su loco intento, en la noche del 28 de Setiembre de 1815 se hizo á la vela de Ajaccio con su pequeña armada. Despues de algunos dias de navegacion abordó al Pizzo, pequeño pais de las Calabrias, donde desembarcó con cerca de 28 hombres, que gritaban *viva el rey Murat*. A aquella voz quedaron mudos los espectadores, que preveian un fin desgraciado á la temeraria empresa. Viendo Murat que habia sido acogido con frialdad, quiso marchar á Monteleon que la consideraba como ciudad amiga; pero un cierto Trentacapilli y un agente del Duque del Infantado con otros cuantos, tiraron a Joaquin. Aumentada entretanto la turba, Murat no tenia mas salida que por la parte del mar llena de peñascos; trepa por ellos, y finalmente llegó á la orilla, pero vió su barco navegar á lo lejos: entonces llamó á voces á Barbará, que era el nombre del capitan de aquel; pero

Barbará desoyó infamemente los gritos , porque se creia bastante afortunado con poderse apoderar de las innumerables alhajas del Rey que tenia consigo. Preso el infeliz Joaquin , le insultaron , le arrancaron algunos brillantes que llevaba en el sombrero y en el pecho , y le hirieron en la cara. En este deplorable estado le llevaron al pequeño castillo de Pizzo , y por medio de la autoridad local dieron parte á Fernando de Borbon , quien ordenó que al instante fuese juzgado por un tribunal militar. Joaquin al oír esta noticia exclamó , ¡es una sentencia de muerte! Pero despues de haber cobrado ánimo dijo , «el tribunal que debe juzgarme es incompetente , porque los reyes no tienen mas juez que Dios ; ademas estoy considerado como mariscal francés , y solo un consejo de mariscales puede juzgarme ;» y volviéndose á un cierto Starace , que le habian destinado por defensor , «os prohibo , le dijo , que me defendais porque vos no podeis salvarme la vida.» Finalmente dijo que queria escribir á su esposa , lo cual se le concedió ; verificolo en una sentida y tierna carta en la que se despedia de su esposa y de sus hijos , y arrancándose despues algunos rizos de sus cabellos , los puso en la carta que cerró y recomen-

dó al General Nunciante, á quien habia sido confiada la custodia del ilustre prisionero. Pocos instantes despues se le leyó la sentencia, que oyó el Rey con frialdad y desden. Conducido á un pequeño recinto del castillo, halló formado en dos filas un batallon de soldados; y no queriendo vendarse los ojos, vió con serenidad el aparato de las armas, y poniéndose en acto de encomendarse á Dios, dijo á los soldados. «No apunteis á la cara, sino al corazon.» Despues de estas palabras se oyeron los tiros, y el Rey de las dos Sicilias al dejar de existir, estrechaba entre las manos los retratos de su familia, que fueron enterrados con él.

Este fin tuvo Joaquin Murat á los 48 años de edad y 7 de reinado. Era piadoso con los vencidos y liberal con los prisioneros; y llamaban el Aquiles de la Francia por valiente é invulnerable: obtuvo la diadema en dote de la hermana de Bonaparte, y la perdió por ignorancia en las cosas de estado. Ambicioso é indomable, trataba lo mismo la politica, que los asuntos de la guerra. Grande en la adversidad, supo sufrir sus incomodidades. Tuvo la magnificencia de Rey, los talentos de un soldado, y un corazon leal: era de muy buena presencia y afable en sus modales. Murió miserablemente, pero con valor. Sus ilustres victorias llevarán su memoria con alabanzas á la mas remota posteridad.





WALTER-SCOTT.

Personagens célebres do Século XIX

WALTER-SCOTT.

«Es uno de los nombres mas populares de la literatura. Las obras del novelista escocés encantan á todas las clases de la sociedad ; sus arrebatadoras páginas penetran en las tiendas y en los salones, en los tocadores y en las guardillas.»

PHILARÈTE CHASLES. — Diccionario de la Conversacion.

El mayor y mas acreditado novelista del siglo XIX , no podia dejar de ocupar un lugar en nuestra coleccion. La sencillez que caracteriza las narraciones de Walter-Scott, las pone al alcance de todas las inteligencias ; y la forma atrayente bajo la cual se producen , insinua fácilmente en los corazones la dulce y sana moral que en ellas se encierra ; pues el grande escritor , con-

tribuyendo á los placeres de sus lectores, ha trabajado para mejorarlos. No haciendo caso de la triste celebridad de esos génius que pasan como unos metéoros, sin esclarecer al mundo al cual deslumbran, ha buscado una gloria, menos brillante tal vez, pero mas sólida y mas pura. Además, sus timbres literarios no cederian á ningunos otros; pues si bien por una parte há imitado á Shakspeare, en cuanto á la observacion de los hombres, por otra, en cuanto al estudio de las antigüedades, su método se ha desenvuelto con una rica originalidad. El fue el primero que anunció la resurreccion de la edad media; su mano fué la primera que volvió á construir los antiguos castillos feudales, sacó de entre el polvo las genealogias de los Clanes, y resucitó á los pueblos que habian desaparecido. A la voz del encantador, al aparecer el genio que él habia evocado, los *lairds* vistieron su enmohecida armadura y recobraron su severa fisonomia; y sus pasos retumbaron, como en los tiempos pasados, en los salones de sus abuelos. Les hizo renacer con sus supersticiones, sus preocupaciones y sus idólatras costumbres de lo pasado; se trasporta entre ellos con amor, y parece que solo se considera dichoso

en medio de los clanes de Escocia, según existían trescientos años hace.

Esta tendencia de Walter-Scott se explica fácilmente, con haber nacido en el país más rico en recuerdos feudales. Cada piedra recuerda allí un hecho famoso, y en torno de las ruinas susurran sin cesar los antiguos cantares y las tradiciones. Añadase á estas circunstancias su educación solitaria, y se concebirá fácilmente, que dotado Walter-Scott de una imaginación romántica, se entregase desde su temprana edad al encanto de los recuerdos.

Walter-Scott nació en Edimburgo, el 15 de Agosto de 1771. Su gran placer en la escuela era componer á sus camaradas cuentos de hechiceras, y ya había encontrado el secreto de encantar á su pequeño auditorio. No mostraba es verdad, brillantes disposiciones todavía para el estudio, pues cuando en 1783 dejó la escuela, ocupaba el onceno lugar en su clase. Por aquella época entró en la Universidad de Edimburgo; pero cuando se preparaba para el estudio de la jurisprudencia, una enfermedad le tuvo sepultado por mucho tiempo en la cama. Los médicos que le asistían le prohibieron el uso de la palabra, hasta que estuviese

completamente restablecido; y para burlar el fastidio de semejante prohibicion, acudió á la biblioteca de su padre; devoraba cuantas obras le venian á las manos, y no contaban seguramente en este número las de derecho; antiguas leyendas, novelas y baladas desarrollaban su jóven y poética imaginacion. Sin embargo, despues de restablecido, se aplicó sériamente al estudio del derecho; y terminada su carrera, siguiendo el ejemplo de su padre se dedicó al foro, y fue recibido abogado en 192 desempeñando con celo los deberes de su profesion. Dotado de una elocucion fácil y elegante, no hubiera dejado de distinguirse en el foro, si las exigencias de la controversia no hubieran contrariado sus inclinaciones naturales. Disimulábalo sin embargo con cuidado, y parecia enteramente entregado el ejercicio de su profesion.

El momento era favorable para entrar en la carrera de las letras. Durante los diez últimos años del siglo XVIII, la poesia habia tenido poco brillo en Inglaterra. Hayley habia perdido su exagerada boga; Cowper, poeta de una imaginacion brillante y de profunda sensibilidad, acababa de morir; Samuel Rogers, dormia sobre sus laureles; Revins, se habia limitado á componer canciones.

Principiaban apenas á citarse nombres famosos en el dia, como los de Southey, de Wordsworth, de Claridge. Estas circunstancias indugeron á Walter-Scott á presentarse en la arena literaria, y fueron sus primeros ensayos un poema intitulado *La Caza*, y algunas baladas traducidas del aleman.

Sus relaciones con Lewis, el autor de *El Fraile* contribuyeron á fortalecerle en su vocacion; y despues de haber traducido *Goetz de Berlichingen* en 1793, publicó la obra que echó los cimientos de su reputacion, los cantos de los *Bardos escoceses*, enriquecidos con notas mas preciosas y entretenidas que las baladas. «En aquella época, dice él mismo en sus *Memorias*, mi aficion á la literatura disminuia mucho mi ardor por el estudio de las leyes, y los clientes se alejaban naturalmente de un jóven, á quien se señalaba como un rebuscon de cantares nacionales y germánicos.»

En 1799 se casó con Miss. Carpenter, hija natural del Duque de Devonshire. Dichosamente, por la influencia de su familia habia obtenido en 1800 el empleo de Sheriff del Condado de Selkirk, con el sueldo de trescientas libras esterlinas. La muerte de su padre aumentó considerablemente

sus comodidades, de modo que nada impedía que se entregase á sus gustos naturales. El poeta no se había equivocado acerca de su verdadera vocación; las letras lo reclamaban á la jurisprudencia. Entró dignamente en su nueva carrera publicando *El canto del último Menestral*. El público acogió favorablemente este poema, lleno del encanto y frescura, que caracterizan las primeras producciones de una jóven musa. Siguióle inmediatamente despues *Marmion*, que siendo el menor de sus poemas, bajo el aspecto histórico, se distingue en cambio por grandes y enérgicas descripciones. La de la batalla de Fladden es una de las mas admirables que ha trazado Walter-Scott.

La fama del poeta principiaba á estenderse; y al entregar este un ejemplar de su primera obra á Pitt, le pidió un empleo que se hallaba vacante en el Tribunal de sesiones en Escocia. Estaba pronto el acto de su nombramiento, cuando salió del ministerio Pitt que debía firmarle. Su sucesor Fox lo firmó, y haciéndole observaciones sobre lo peligroso que podía ser aquel precedente: «No hay precedente peligroso, contestó, en favor del talento.»

Después de seis años de un trabajo gratuito, obtuvo Walter-Scott los honorarios de su cargo, y con ellos una brillante posición. Sin embargo, había publicado en 1809 una edición de las *Obras de Dryden*. Esta edición precedida de la *Vida de Dryden*, y enriquecida con juiciosas notas, fue acabada en un año; y en 1810 publicó el más brillante de sus poemas, *La Dama del Lago*. Habían transcurrido tres años desde esta última publicación, cuando apareció *Rocheby*, poema que no fué tan bien acogido como los anteriores, y lo fué menos todavía *El Lord de las Islas* que le sucedió.

Por aquel tiempo fué cuando resolvió Walter-Scott abandonar la poesía por la prosa. El mismo manifiesta en sus Memorias las causas que le determinaron, y el modo como se verificó aquella transición. « La rima de mi poema de *Rocheby*, que por su novedad había llamado en un principio la atención del público, perdió una parte de su encanto cuando hice una cuarta corrección. La armonía de las combinaciones de mi rima pareció monótona; y probablemente el inventor y sus invenciones hubieran caído en desprecio, sino hubiera encontrado un nuevo medio de recomendarse al favor público. » Sin duda alguna Walter-Scott se

juzga con demasiada severidad; aquellos motivos no eran ademas los mas poderosos, y nos parece mas posible el que alega despues. «No es esto todo; cuando apareció Rockeby hubiera necesitado reunir todas mis fuerzas, pues se habia presentado sobre la escena un temible é inesperado rival; rival poderoso, no solo por su abundancia poética, sino tambien por la popularidad que habia yo obtenido, hasta un grado al cual no habian podido alcanzar otros que valian mucho mas.» Facil es conocer que se trata de Lord Byron (*) el cual despues de haber publicado algunos opúsculos que infundian pocas esperanzas, acababa de publicar el primer canto de *Childe-Harold*.

Walter-Scott no podia luchar con ventaja con semejante antagonista. A pesar de su mérito, de la facilidad de versificacion que caracteriza la poesia del primero, y las animadas descripciones de que abunda, el éxito que ha obtenido hubiera alcanzado poca consistencia, aun cuando el autor de las novelas en prosa no hubiera contribuido con sus admirables obras á sepultarla en el olvido. Aquella musa elegante, amable, tan fecunda, que

(*) Véase su biografia tom. III.

producia en dos años seis volúmenes en cuarto; merecia bajo ciertos aspectos la popularidad que ha gozado; pero era una popularidad de moda, una boga pasajera. Aquellas novelas rimadas tenian algo de facticio, de falso y frivolo, que se percibia al traves de su mismo mérito, y de la gracia de la egecucion; caràcteres indicados apenas; epitetos convencionales, adornos elegidos con gusto, pero que descubrian el arte; una facilidad brillante y un tanto difusa, que daba á aquellas poesias un caracter de ligereza agradable y efimera, que no podia asegurarles una larga existencia.

Puede ponerse en duda que el génio de Walter-Scott sea esencial y realmente poético. Hay en la verdadera poesia un poder eléctrico, una fuerza de trasmutacion, que funde por decirlo así, materiales dispersos, elementos vulgares, rodeándolos de una hermosura y una sublimidad nuevas, haciendo de ellas una creacion nueva tambien. Los Griegos llamaban poeta al que creaba (*poietes*); el poeta no se contenta con dar cuenta de sus impresiones, obra sobre ellas, y la energia de su inteligencia suple lo que puede faltar á la minuciosa exactitud de sus cuadros. Walter-Scott no nos parece dotado de este poder, del cual ha

hecho tan elevado uso, y del cual hasta ha abusado muchas veces su ilustre rival Lord Byron. Vive en las tradiciones, se constituye eco de los siglos, copia siguiendo la historia y la naturaleza; no inventa ni modifica. No impregna su asunto de una fuerza de pensamiento propia suya. Escucha y repite; observa y describe. Poeta novador, habla con elegancia, y recita versos armoniosos sobre las costumbres de los tiempos antiguos; es una conversacion superficial que gusta al entendimiento, cuya cadencia encanta el oido, y que se olvida pronto. Un trozo de *El Cielo y la Tierra* de Lord Byron, una Balada de Burns, encierra mas poesia que todas las poesias de Walter-Scott.

En las novelas que se le atribuyen es enteramente distinto. Libre de toda dependencia, desembarazado de las trabas poéticas, el autor de *Waverley* no tiene que escoger epitetos, ni buscar rimas, ni disponer cantos; los acontecimientos marchan, se adivinan los personajes, todo adquiere una fisonomia sencilla y desembarazada. En las narraciones en prosa no se ve ya al autor, y esta es la causa principal de su buen éxito. Como el personaje de Swift, que quita el ridícu-

lo galon con que habia encubierto su vestido, Walter-Scott en su prosa, rechaza todos los adornos facticios, y se enriquece con lo que pierde. Sus poemas eran artificiales y frívolos; su prosa es natural y verdadera; está adornada con su misma candidez, como la ninfa del bosque, que sin vestidos ni adornos se admira ella misma de su salvaje hermosura, cuando le descubre el arroyo los atractivos que ella ignoraba.

Eligiendo para lugar de la escena una region aislada, agreste, y por época de su accion uno ó dos siglos anteriores á nuestra época, ha encontrado el medio de dar á sus narraciones antiguas el mas notable carácter de frescura y originalidad. Todo parece nuevo en las novelas escocesas; el paisage, los trages, los caracteres, el dialecto, las costumbres, todo nos encanta por su salvaje singularidad, y el refinamiento de la moderna civilizacion hace para nosotros mas curiosos aquellos cuadros de la vida nómada, agrícola y guerrera de una civilizacion imperfecta.

Con tales cualidades es como han adquirido las novelas de Walter-Scott su inmensa boga. Difícilmente podria formarse una idea del entusias-

mo que escitó en el público la apatición de *Waverley*. El autor habia ocultado su nombre, y el misterio en que al parecer se envolvía, picó mas vivamente la curiosidad. La admiración no disminuyó con la publicación de *Guy-Mannering*, que siguió á *Waverley*, del *Anticuario* de *Rob. Roy*, de *Los Puritanos de Escocia*, etc, etc; y aunque el autor de tan hermosas ficciones hubiese comunicado su secreto á mas de veinte personas, fué religiosamente guardado. Para burlar mejor todas las suposiciones, Walter-Scott continuó escribiendo en verso, y publicó un poema sobre la *Batalla de Waterloo*, que fue vivamente criticado. Decididamente tenia razon en abandonar la poesia por la prosa, pues al paso que sus poemas eran acogidos con frialdad, sus novelas se veian coronadas con el éxito mas brillante, á pesar de que el autor persistia en ocultarse con el velo del anónimo. Aquellas obras fueron todavia mas admiradas en Inglaterra que en Escocia, y era natural, pues para los escoceses la transición es menos brusca, y menos sorprendente el contraste. La pintura de la cumbre elevada de Ben-Lomond y de los horizontes vaporosos de Abbotsford, tienen menos encanto para los que han vivido desde sus

tiernos años en medio de aquellos sitios descritos por el novelista. Los Ingleses, por otra parte, no podían menos de acoger como una revelacion el cuadro de una natureleza grandiosa, de una vida poética y animada. En Inglaterra todo es conocido, trivial, vulgar: cada uno de los movimientos de la máquina social está sometido á un cálculo cierto; no hay allí nada de mágico, nada de misterioso, nada que escite la imaginacion y conmueva el corazon; todo está allí previsto, todo está á descubierto. Los gitanos duermen á la sombra de un matorral, espuestos al fatal alcance del oficial de policia. Las comunas estan cubiertas de trigo ó de piedras, sin que ninguna tradicion terrible las rodee con una sombra supersticiosa. Los fanáticos Ingleses solo son ya ridículos; los caracteres se borran, y su fisionomia se vuelve vulgar. Walter-Scott hubiera intentado en vano llevar á cabo la grande obra que resistirá á todos los esfuerzos, y el dar á esas trivialidades de las costumbres inglesas un color enérgico ú original.

En medio de las tranquilas y poéticas escenas del paisage escocés, era donde encontraba Walter-Scott sus inspiraciones. Dueño de una brillante fortuna, adquirió en 1813, en Abbotsford, sobre

las márgenes del Tweed, una hermosa posesion, en la que hizo construir una casa y formar jardines segun sus propias ideas. La casa de Abbotsford es una especie de castillo gótico, engarzado como un diamante entre esmeraldas, en los espesos bosques plantados por las manos del grande hombre. Allí plantaba, dibujaba los jardines, dirigia las obras, y al mismo tiempo su rápida pluma creaba un volumen tras otro: llenaba, en todos sus detalles con mucha actividad, sus deberes como padre, como amigo y como propietario. Desempeñaba con celo su empleo de Sheriff, y tenia tiempo para publicar la *Vida y las obras de Swift*, las *Antigüedades de Escocia*, y muchas otras obras. Sin embargo, nadie parecia menos ocupado que él: siempre estaba visible para las muchas visitas que recibia en Abbotsford, y en general mostraba la mayor atencion con los estrangeros, y tenia una adhesion sin límites á sus amigos.

Walter-Scott tenia, como Goethe, un alma bastante indiferente, pero buena y leal. Formaba el fondo de su carácter una delicadeza á toda prueba, y estaba dotado de una energia, de una fuerza de voluntad poco comunes. El valor que desplegó en su lucha contra la adversidad es admirable.

Habia principiado la *Vida de Napoleon* á instancias de su librero, cuando en 1826, una quiebra terrible, sufrida por el mismo librero, oprimió á la casa de Abbotsford. Un alma menos fuerte se hubiera entregado á la desesperacion. Walter-Scott soportó aquella desgracia resignadamente. Pesaba sobre él una deuda enorme, pues sus acreedores no le reclamaban menos de 70,000 libras esterlinas. Uno de los banqueros mas ricos de Inglaterra le envió su firma en blanco, pero rehusó y le dió las gracias por su generosidad, y se comprometió á pagar en el término de diez años, lo que debia á sus acreedores, con los intereses. Desde entonces consagró toda su vida á satisfacer aquella deuda. Le pagaron por su historia de Napoleon 1.200,000 reales y el manuscrito de las novelas publicadas ya fue vendido en 840,000; el comprador publicó una nueva edicion, corregida y aumentada con notas del autor. Se vendieron de ella 23,000 ejemplares, y se ocuparon en aquella empresa mas de 1,000 personas.

No pueden negarse los grandes servicios, positivos y materiales, que Walter-Scott ha hecho á la sociedad de nuestro tiempo, de un modo directo ó indirecto. Si fuese necesario demostrarlo por

números, aparecería primero, como influencia directa, el valor comercial puesto en circulación por las novelas de Walter-Scott; valor doblado por el lujo de las ediciones, y los embellecimientos progresivos con que se han adornado, acrecido, por las traducciones hechas en todas las lenguas de Europa, y aumentado además por el sin número de imitaciones á que aquellas novelas han dado lugar, por las comedias y dramas sacadas de aquellas obras, y por el nuevo gusto que han difundido en las modas, en los cuadros y en los muebles. El mayor movimiento que ha habido en el comercio de librería desde la época de Voltaire, es debido seguramente á Walter-Scott.

No es menos evidente la influencia que ha ejercido en la dirección literaria de la época actual. El es el primero que, descubriendo y trabajando la belleza poética de nuestros primeros tiempos, de los siglos heroicos de la Europa, se lanzó á esa carrera de investigaciones y de estudios. No exageraríamos seguramente si atribuyesemos á Walter-Scott, y á solo él, el gran movimiento de las artes hacia el estudio mas profundo de la Edad media. Las formas griegas, que ninguna relación tienen con nuestras costumbres occidentales y

nuestras ideas cristianas, habian usurpado insensiblemente, desde el siglo XVII, un lugar que no les pertenecia. Dada la señal por Walter-Scott, se verificó en todos los ramos del arte una renovacion inesperada: no solo hicieron sudar las prensas numerosos imitadores, sino que los trages, el adorno interior de las habitaciones, el estilo de la arquitectura, la construccion de los muebles y la fabricacion de tapices y porcelanas, se alejaron de los tipos griegos para volver al estilo gotico, ó á su imitacion mas ó menos feliz. No serian bastantes para dar el total de la riqueza industrial puesta en movimiento por un solo espíritu, columnas de números compuestas de millares. Y sin embargo, Walter-Scott, uno de los mas grandes bienhechores de su siglo, murió bajo el peso de los trabajos que se había impuesto para reparar la ruina de su fortuna. Sus compatriotas dejaron que el anciano reedificase por sí mismo con sus trémulas y débiles manos el edificio de su patrimonio. Cuando se levantó el astro de la adversidad sobre las almenas de Abbotsford, muy pocos se ofrecieron para garantirlas y protegerlas.

Sin murmurar por aquella indiferencia, trabajaba el grande hombre con mas ardor que nun-

ca. *La historia de Escocia*, *las Cartas sobre la demonología*, y *los Hechiceros*, *La Hermosa hija de Perth*, esta magnífica epopeya, etc. aparecieron sucesivamente en pocos años; y el producto de su venta permitió al autor pagar, á fines de 1830, la mitad de su deuda. Entonces sus acreedores, llevados de un bello impulso de humanidad, que era sin embargo tardío, resolvieron ofrecerle todos los libros, los manuscritos, las antigüedades que le habían pertenecido, como testimonio de los sentimientos que les inspiraba su hermoso proceder. ¡Pobre hombre! Solo entonces principiaban á conocer su resignacion y su heroica constancia. Pero el gran génio de la Escocia iba á extinguirse pronto. Estenuado por las vigiliass, y el esceso de trabajo que se habia impuesto para cumplir aquella honrosa obligacion, veia desaparecer de dia en dia su salud. A principios de 1831 fue acometido de un ataque de parálisis, que se fijó en la lengua, y en la mano, hasta el punto de impedirle casi el escribir.

Sin duda alguna, si el ilustre escritor hubiera acudido á sus conciudadanos, no le hubieran faltado socorros. Contaba en el número de sus mas

ardientes admiradores al Rey Jorge IV, y mas de una vez le habia dado este Principe particulares muestras de aprecio y benovolencia. Pero tenia el alma demasiado altiva para bajarse á pedir, y la generosidad inglesa no era bastante ingeniosa para salirle por si misma al encuentro.

Cuando se supo el deterioro de su salud, se manifestó en todas las clases una estremada solicitud. Acudian de lejanos paises muchos extranjeros para manifestarle su admiracion; y una multitud de individuos de todas clases acudia sin cesar al rededor de su mansion para saber noticias suyas. Los médicos le ordenaron que hiciera un viage á Italia; apenas se supo esta nueva, el Gobierno le ofreció un buque para trasportarlo. Alejose tristemente de Abbotsford, pues no creia volverle á ver, y partió para Londres, donde fue recibido con entusiasmo; y despues de haber escrito un *Adios al Mundo*, que publicó con su última novela, se embarcó para Italia. Su salud deteriorada pareció restablecersê allí por un momento, pero aquella mejora fue de corta duracion. Bajo el cielo puro y hermoso de Italia, en medio de los imponentes ruinas de la antigüedad, se apoderó de su corazon el es-

trañamiento; echaba de menos las nieblas de su patria, y las antiguas almenas feudales, donde se oculta el genio pensador de las baladas y de las leyendas. Quiso volver á ver todavía su tranquila habitacion de Abbotsford, escuchar los melancólicos gemidos de los árboles que él habia plantado; quiso morir en sus hogares, como habia vivido, rodeado de una atmósfera de paz y de inocencia. Efectuó su regreso á Inglaterra con una fatal precipitacion, y cuando llegó á Lóndres estaba del todo aniquilado. Apenas se hubo restablecido un poco, se apresuró á continuar su anhelado viage y se embarcó para Escocia. En Abbotsford pareció que revivia; pero era el último reflejo de la lámpara que va á apagarse. Sucumbió el 20 de Setiembre de 1832, en medio de su familia, sin dar muestra alguna de dolor, y sin que la muerte alterase su noble y tranquila fisonomia.

Tal fue el fin del gran genio de la Escocia. Un prolongado grito de dolor resonó en las montañas, cuando los ecos repitieron la fúnebre nueva. Durante los funerales, multitud de pueblo se reunió sobre las colinas, para saludar una vez todavía á los restos del que le habia encantado, y darle el último adios. En muchos parages las muestras de

las tiendas estaban cubiertas de negro; una bandera de igual color ondeaba en el antiguo fuerte de Dernick; veíase pintada la tristeza en todos los semblantes, y muchas gentes vestían luto, sencillo y tierno homenaje tributado á la memoria del grande hombre: de aquel mismo hombre ante quien el pueblo se quitaba el sombrero en Lóndres; gritando: «Dios os bendiga, Sir Walter!» Homenaje que indica mas que todos los elogios, espresion cándida y encantadora que dá á conocer, mejor que los mas bellos comentarios, la inmensa popularidad del nombre de Walter-Scott.

Walter-Scott era cojo, y en esto tenía alguna semejanza con Lord Byron. Sus costumbres fueron siempre puras y patriarcales. La política le ocupó poco, y toda su vida fué adicto al partido aristocrático. Aunque protestante, sabía hacer justicia á la Religion Católica, de la cual hizo el elogio, particularmente en *El Abad*. Algunas veces ha tenido que sacrificar como sus compatriotas á las preocupaciones de su nacion; y su parcialidad en la *Historia de Napoleón*, en que ha desfigurado y trastornado los hechos, le atrajo no pocos enemigos. Naturalmente reservado y poco comunicativo, Walter-Scott parecia al pronto frio.

Su conversacion se animaba por grados, sobre todo cuando describia los diferentes detalles de su hermosa habitacion de Abbotsford. Cuando llegaba á la biblioteca era entonces interminable; complaciase en enumerar todas las riquezas de sus colecciones, libros, armaduras y antiguedades de todas clases. Cada una de sus habitaciones estaba amueblada con la fisonomia de una época particular. Pocas veces sucedia que los convidados que asistian á su mesa, no tuvieran cada uno de ellos una copa de forma diferente, y á la cual iba unido algun recuerdo: la una habia pertenecido á alguno de sus antepasados, á aquel Scott, por ejemplo, que se habia dejado crecer la barba, desde la muerte de Carlos I hasta la restauracion de Carlos II; otra provenia de un árbol llamado el Tejo de Maria Stuarda; otra habia sido hecha con la madera de una de las vigas del techo de Allovai-Kirk. Aunque entendia el frances, Walter-Scott hablaba muy poco dicha lengua. Cuando murió dejó cuatro hijos, dos varones y dos hembras.

Ya que hemos concluido de refetir la vida del escritor, no será fuera de propósito enumerar las obras con que ha enriquecido á la literatura. Desde

1805 á 1814 publicó *El canto del último Menestrel*, *Marmion*; *La Dama del Lago*; *La Vision de D. Rodrigo*; *Matilde de Rokeoy*; *El Lord de las Islas*; *Los Desposorios de Triermain*; *Harold el intrépido*; *Guy Mannering*, *El Anticuario*, *Rob-Roy*, *Las Cárceles de Edimburgo*, *Quintin-Durward* y *Kenilworth*, que forman los mas bellos florones de su corona literaria. Su predileccion por *El Anticuario*, dependia de recuerdos de infancia y de juventud. En *Jonatás Oldbuck de Monk-Barns* quiso pintar á un amigo de su juventud. Esta circunstancia sirvió para descubrir el verdadero autor, cuyo nombre, como hemos dicho, era aun un misterio, al paso que sus obras andaban en manos de todos. Al leer *El Anticuario*, James Chalmers, abogado, que sabia sus relaciones con la persona, tipo de *El Anticuario*, exclamó: «Es preciso que sea Walter-Scott el que ha escrito esta obra.»

Pero sigamos la enumeracion de sus obras: *Waverley*, ó *La Escocia sesenta años há*, apareció en 1814; *Guy Mannering*; *El Anticuario*; *Los Puritanos de Escocia*; *El Enano misterioso*; *Rob-Roy*; *Las Cárceles de Edimburgo*, de 1815 á 1818; *El Oficial aventurero*, en 1819; *Episodio*

de las Guerras de Montrose, en 1819; *La Prometida de Lammermoor*, en 1820; *Ivanhoe*, ó *La vuelta del Cruzado*, en 1820; *El Monasterio*, en 1820; *El Abad*, en 1820; *Kenilvor*, en 1821; *Quintin-Durwar*; *Las Aventuras de Niguel*; *Cartas de Pablo ó su familia*, en 1822; *Las Aguas de San Roman*, en 1823, *Pevenil del Pie*; *Sormones*, y *La Historia de Napoleon*, en 1827; *Historia general del Arte Dramático*; *Ensayos literarios sobre la Novela*; *Vida de John Dryden*; *Memorias sobre la vida de Jonatas Swift*; *Biografía de los novelistas célebres*; *Memorias históricas sobre muchos escritores y personajes célebres*, como *Jorge IV*, *Lord Byron*, *Lord Buelclengh*; *Historia de la Demonología y de los Hechiceros*; *El Castillo peligroso*; *Roberto de Paris*.

Resulta pues que en el intervalo de treinta años, han salido de la misma pluma 15 tomos de poesía y 90 de prosa, sin contar sus cartas que formarían mas de otros 15. Walter-Scott escribió además en muchas Revistas, y publicó como editor las obras de Swift y de Dryden, y las poesías de Miss. Seward etc. etc. Véase, pues, si con razon merece la gran fama de que disfruta.





J. K. J.

Un de los grandes

D. A. ARGÜELLES.

Personajes celebres del Siglo XIX

D. A. DE ARGUELLES.

«*Sereis Dioses* : esta expresion dicha á los primeros hombres, hizo en el mundo la primera revolucion. *Sereis Reyes* : esta expresion dicha á los pueblos ha hecho las demas. ; Siempre el orgullo!»

BONALD.

«No hay peor orgullo que el que se oculta bajo el disfraz de la modestia ; ni espectáculo mas desconsolador que el ver defendida una mala causa por el talento.»



Con dificultad podrá presentarse en nuestro pais un personaje que haya obtenido un aplauso mas general, de cuantos participaban en mayor ó menor grado de sus ideas políticas, que el personaje de quien vamos á ocuparnos ; pero difícilmente tambien habrá otro que mas haya decaido de aquel elevado concepto. Dotado de grandes calidades intelectuales, nutrido en los

estudios y principios políticos de los enciclopedistas, poseyendo suma facilidad en el decir, y no falta de elocuencia en sus discursos, suya es la culpa, si el haber despreciado los conocimientos que en la ciencia política se han hecho después; si el haber desconocido la tendencia del siglo actual, si el haber abusado con frecuencia y por defender malas causas del uso de la palabra, le han hecho perder su antigua nombradía, y arrojar cierta especie de ridículo en el dictado de *divino*, con que antes se le honraba.

Al recorrer la larga vida política del Sr. Argüelles no ocultaremos, ni los servicios que ha prestado á su patria y á la causa de la libertad, ni tampoco los errores y contradicciones en que ha incurrido. Lástima es por cierto, que en vez de quedarse parado en las ideas del final del siglo anterior, no haya progresado á la par que lo han hecho aquellas en el presente. Hombre de talento, no podía desconocer ni dejar de apreciar las nuevas doctrinas políticas; no lo ha hecho sin embargo. ¿Será por un exceso de amor propio? Los que conozcan al Sr. Argüelles, y le hayan seguido en sus discusiones, podrán decirlo.

D. Agustin de Argüelles Alvarez, nació en Rivadesella, en el principado de Asturias, en 28 de Agosto de 1776. De familia noble, aunque escasa de bienes de fortuna, adquirió en el hogar doméstico su primera educacion, debida al apoyo y amor paterno, del cual disfrutó por largo tiempo, á pesar de ser ya su padre de edad bastante avanzada cuando él vino al mundo. Desde sus primeros años mostró D. Agustin aventajadas disposiciones, y como tantos españoles distinguidos, tuvo la suerte de poderlas cultivar provechosamente, con uno de los desgraciados eclesiásticos franceses, que se hospedó en la casa de sus padres, huyendo como sus compañeros del furor revolucionario, y de la persecucion que sufrían en su patria. Con aquel eclesiástico aprendió D. Agustin la lengua francesa, adquirió por otra parte el conocimiento de la inglesa é italiana. Adelantó considerablemente en las letras latinas, y bastante en las griegas; estudió en la Universidad de Oviedo, y aunque se recibió otra vez de Abogado, no egereció su profesion, habiendo fijado sus miras en la carrera diplomática, para la cual le hacian apto sus conocimientos. Nombrado en aquellos dias Embajador de

España en Rusia el célebre D. Gaspar Melchor de Jove-Llanos, se prometia Argüelles acompañarle en clase de agregado; pero no habiéndose realizado aquella mision, por encargarse Jove-Llanos, por breve periodo y con infeliz fortuna, del Ministerio de Gracia y Justicia, no se realizaron sus deseos (*). Tuvo Argüelles que resignarse á pasar en calidad de page al lado de un Obispo de Barcelona, con quien tenia estrechas relaciones: colocacion inferior á su mérito, como lo era tambien un empleo en las oficinas de la Caja de Amortizacion, que desempeñó despues cuando se trasladó á Madrid.

Hizo en la Córte buenas amistades, y en su roce con los sugetos distinguidos que frecuentaba, adquirió la cortesia que le distingue, aunque un tanto llevada al extremo. Una comision que se le encargó le sacó de su oscuridad, y fue origen de sus progresos posteriores y de su elevacion. En 1806 amenazaba romper la guerra entre la Francia y la Prusia, y el Príncipe de la Paz creyó llegado el momento de ajustar paces con la Gran Bretaña, y acaso volverse de amigo

(*) Véase su biografia tom. I.

en contrario de la Francia. Ocurrió hacer ciertas negociaciones en que debia tener parte la Caja de Amortizacion, y se pensó que el comisionado que con este objeto se enviase á Inglaterra, si bien no pudiese infundir recelos por su empleo, fuese á propósito por su talento para desempeñar tan delicados é importantes encargos. Fue nombrado D. Agustín Argüelles para tan delicada comision; si bien el Príncipe de la Paz lo ha negado en sus *Memorias*, el Conde de Toreno ha probado en su *Historia de la guerra de la Independencia*, que Argüelles fue nombrado para la negociacion que hemos mencionado. De todos modos pasó Argüelles á Inglaterra, y si bien pudo hacer poco para facilitar la paz entre España y aquel gobierno, alcanzó contraer amistad con algunos personajes ingleses, entre ellos Lord Holland, Carlos Fox y Enrique Brougham.

Cuando Argüelles, despues de una enfermedad que demoró su regreso á España, iba á verificarlo en 1808, ocurrió la invasion de las tropas francesas, y á consecuencia de ella, el envio á Inglaterra por la provincia de Asturias de comisionados en demanda de auxilio, siendo uno de ellos el Conde de Toreno, que entonces

llevaba el título de Vizconde de Matarrosa. (*). Argüelles se unió estrechamente con los comisionados sus amigos, sirviéndoles de mucho su práctica y relaciones en el país, y viniendo á ser un tercer enviado de Asturias.

Seguia España entretanto su gloriosa lucha; y retirada á Sevilla la Junta Central, acudió allí Argüelles, y fue nombrado Secretario de una junta de que era Presidente el Sr. Jove-Llanos, encargada de averiguar los actos de las antiguas Cortes de los Reinos de España, y de señalar la forma que habian de tener las que se habia prometido convocar. No se llevó á efecto en Sevilla resolucion alguna acerca de las Cortes; nuestras armas experimentaron nuevos reveses, penetraron los enemigos en Andalucia, y refugiose la Junta Central á Cádiz. Pidióse con instancia á la Regencia, la reunion de las Cortes, y

(*) Véase su biografía tom. IV. Publicada la biografía del Sr. Conde de Toreno, aprovechamos esta ocasion de cumplir con el triste deber de anunciar su muerte, acaecida en Paris el 16 de Setiembre de 1843, despues de una corta enfermedad, y que ha privado á la España de uno de sus mas esclarecidos hijos, á las letras de uno de sus mas bellos ornamentos, al país de un grande hombre de Estado, y á la Reina y á la libertad de uno de sus más leales y constantes defensores.

verificadas las elecciones en Cádiz por las provincias que se hallaban ocupadas, concurriendo á ellas los naturales de las respectivas, resultó elegido suplente por los asturianos Don Agustín Argüelles. Abiertas poco despues las Córtes, empezó en ellas á representar uno de los principales papeles, y aun puede decirse el primero, el personaje de quien nos ocupamos, principiando á brillar en el debate del proyecto de ley de libertad de imprenta, ó mas bien abolicion de la prévia censura. Las doctrinas políticas de Argüelles eran en gran parte las francesas de 1789, pero con buena mezcla de máximas de la escuela inglesa. « Como es mas erudito que pensador, dice el biógrafo del Sr. Argüelles, de quien extractamos estas noticias (*), desde luego se le vió profundizar poco en las cuestiones, no cuidándose ademas de principios generales para deducir de ellos consecuencias. Influian en él, como acontece á los hombres todos, las pasiones; é influian como en pocos, por ser estremadamente apasionado, aumentando lo violento de su condicion, los esfuerzos que hacia para repri-

(*) Galeria de Españoles célebres contemporáneos. 29

miras; de donde se originaba, que afectos de odio y de amor á hombres y á clases, le llevaban, sin él conocerlo, á pensar de este ú estotro modo sobre leyes, y sobre el giro que debía darse ó se daba á los debates y negocios.» Apenas reunidas las Córtes, se resolvió dar una Constitucion, y Argüelles fue nombrado individuo de la comision encargada de redactar la ley constitucional. «El amor ciego y tenaz que despues ha mostrado constantemente á la obra en que tomó parte (dice el biógrafo antes citado) dá á creer que allí depositó cuanto sabia, y estimaba justo y conveniente; pero la verdad es que en la Constitucion, posteriormente defendida por él con entusiasmo rencoroso, no pocas cosas salieron contra su parecer y su gusto. Se le ha oído confesar que insistió con empeño en hacer compatibles los cargos de Ministro y Diputado, viéndose obligado sobre ello á ceder á tercas preocupaciones, hijas de erróneas doctrinas y escaso saber, y declaradas por la incompatibilidad del uno con el otro carácter; y aun despues de caída por segunda vez la Constitucion de Cádiz, y cuando con afectos paternales de acervo dolor no veia ya en ella D. Agustín mas

que perfecciones, todavía señalaba aquella declaración, como la única ó la mas grave falta del código difunto, de donde le vino la muerte. Ni fue este el único punto en que disintió el orador asturiano de sus compañeros. Pero de otros yerros de aquella imperfectísima obra es Argüelles responsable, y lo es singularmente de que estuviesen compuestas las Córtes de un cuerpo solo, oponiéndose á que hubiese mas que uno, por no tener un brazo ó estamento compuesto de la alta y rica aristocrécia. Y su acalorada tenacidad en volver aun por lo que antes condenó justamente; con su incapacidad de ver yerros donde creyó haber acertado, no deben pasmar á quien conozca lo obstinado de sus opiniones, y lo vivo y profundo de sus resentimientos.»

Presentado por la comision el proyecto de Constitucion, tomó gran parte en los debates D. Agustin Argüelles, asi como en las varias leyes que durante ellos se dictaron, algunas de suma trascendencia, como la de Señorios y otras. En aquel tiempo principió á darse por algunos al Sr. Argüelles el título de *divino*, calificación que ha servido no poco mas adelante para ridiculizarle. De todos modos, nada perdió el dipu-

tado por Asturias de su fama como orador, habiendo merecido de su provincia el ser nombrado Diputado en propiedad.

Publicada la Constitucion de 1812, y elegidos los Diputados para las Córtes ordinarias de 1813 y 14, Argüelles se preparó á volver á la vida privada, no pudiendo ser reelegido segun lo dispuesto en la Constitucion. Apareció por entonces en Cádiz la fiebre amarilla, y resuelta la traslacion del Gobierno, de Cádiz á la Isla de Leon primero, y luego á Madrid, se dirigió á la Capital D. Agustin Argüelles, despues de haber pasado á Chiclana á solazarse, y donde fué acometido, aunque benignamente de la epidemia. Aunque el ex-Diputado por Asturias no tenia empleo alguno, dáble notable valía su vida pasada, y era considerado como un personaje de nota. Así fue fácil á sus enemigos envolverle en la ridícula farsa del supuesto general Audinot.

Restituido á España el Rey Fernando VII en 1814, y espedido en Valencia el decreto de 4 de Mayo, hicieronse en Madrid varias prisiones, entre ellas de los Regentes y de algunos Diputados de las Córtes, que entonces se hallaban reunidas, como tambien de las que acababan de ser disueltas,

y de otras varias personas, entre las cuales no quedó olvidado el Sr. Argüelles, quien indudablemente hubiera podido evitar huyendo el peligro que le amenazaba ; pero seguro de su recto proceder y con la conciencia tranquila, prefirió quedarse, no pudiendo tal vez presumir que á tanto y á tan inicuo proceder llegase el encono de sus enemigos. Indudablemente la época de la vida del Sr. Argüelles en que nos hallamos, es la mas honrosa para su carácter, pues dió durante ella muestras de la mayor grandeza de alma para soportar la adversa fortuna.

A falta de justos motivos, era preciso que los enemigos del Sr. Argüelles y de sus compañeros buscasen imaginarios delitos con que justificar el tratamiento de que les hacian víctimas. Seria difícil, y mas enojoso todavía, el referir las extravagantes invenciones de los perseguidores, á fin de encontrar algun aparente pretesto para condenar á sus víctimas. Acusose á D. Agustin de tener en su poder una cifra para escribir y llevar á cabo negras traiciones, siendo asi que era solo un papel escrito en caracteres árabes, en que puso algunos versos del Alcoran, en muestra de gratitud, un moro que á consecuencia de

un naufragio se habia hospedado en la casa de D. Agustin cuando él era mozo todavia. Este incidente no tuvo mas consecuencia en el proceso, pero sí la continuacion de la causa del supuesto Audinot, habiendo el impostor designado á Argüelles como la persona principal con quien habia tenido tratos. Verificose un careo ó rueda de presos, á fin de ver si era conocido D. Agustin Argüelles por su delator. Formaban la rueda los mozos del cuartel de Guardias de Corps, donde se hallaban presos los mas distinguidos de los constitucionales, y Argüelles fue colocado entre aquellos con su traje enteramente distinto al de los demas sirvientes, con la barba crecida y el cabello descompuesto, como un hombre que está metido en un encierro; circunstancias todas que le diferenciaban de los demas, y que eran bastantes para darle á conocer, aun dado caso que no hubiera bastado lo notable de su persona, tan conocida en aquella época. Protestó enérgicamente D. Agustin contra aquel atropellamiento de la justicia, pero insistió en que se llevase adelante el acto el Conde del Pinar, que dirigia el procedimiento judicial; y habiéndose presentado el supuesto Audinot, como era

de suponer, señaló al momento á D. Agustín, quien enardecido de justa indignacion logró confundir á sus opresores, y al mismo juez que dió muestras de turbacion y pesar por la conducta observada. Fue aquella escena tan alborotada, que llegó á los calabozos inmediatos, desde los cuales las víctimas en ellos encerradas, y sobresaliendo entre ellas el Sr. Martínez de la Rosa, llamaban á voz en grito *tirano* al magistrado que con tanto encono les perseguía.

A pesar de que nada se probase á los enjuiciados, no por eso dejaron de sufrir castigo; pues si bien no fueron sentenciados judicialmente, el mismo Real Decreto que mandaba sobreseer en sus causas, les condenó á diferentes penas graves. No fue la que tocó á Argüelles de las mas rigorosas, pues cuando otros compañeros suyos eran enviados á los horribles presidios del Peñon, Melilla y Alhucemas, fue él destinado á Ceuta, como soldado del regimiento fijo de aquella plaza. Llegado Argüelles á ella, y declarado inútil para el servicio, pasó de soldado á presidario, en lo que variaba poco su condena, pues ni sufría los trabajos anejos á su condicion, y el castigo que se le hacia sufrir, lejos de mancillar su honor,

cubria de eterna infamia á los que se lo impusieron. Como disfrutaba allí de alguna consideracion, el encono del Gobierno, mal avenido con semejante dulcificacion de la pena que sufría, le impuso otra, y de repente fue nuevamente preso D. Agustin, embarcado sin saber donde se le llevaba, y conducido por último á Alcudia, pequeño pueblo en la parte oriental de la isla de Mallorca, y lugar muy conocido por lo mal sano de su clima; lo que hace sospechar que en la traslacion hubo de parte de los enemigos del Sr. Argüelles y sus compañeros, intento de quitarles lentamente la vida.

Allí permaneció el Señor Argüelles cautivo con sus compañeros, viendo morir á algunos de ellos víctimas de lo dañino de aquel clima, y resintiéndose tambien notablemente su salud. Despues de tres años de tan penoso vivir, lucieron por fin dias mas bonancibles para los desterrados, con el levantamiento y proclamacion en Marzo de 1820 de la Constitucion del año 12. Apenas supieron aquella nueva Argüelles y sus compañeros, partieron para Palma, y desde allí para Barcelona, donde fueron recibidos con señalados festejos y marcadas distinciones. El Se-

ñor Argüelles vió pronto desvanecidas las esperanzas que podia haber concebido de vivir descausadamente, pues se encontró con la novedad de que el Rey, por cuya orden se le habian causado tantos daños, le habia nombrado Ministro de la Gobernacion de la Península; indicando bastante este solo nombramiento la fuerza que impulsaba á obrar asi al que le elegia, y la imposibilidad de que existiese la necesaria confianza entre el Monarca y su Ministro. No desconoció Argüelles lo crítico de su situacion, pero sin embargo creemos que hizo un gran servicio á su patria, encargándose de la direccion del Gobierno; pues si bien en aquella época no existia el cargo de Presidente del Consejo, era el Sr. Argüelles la verdadera cabeza del Ministerio que se creó, por la mayor importancia que le daban su fama de famoso orador en las Cortes de 1810. No desconociendo el Sr. Argüelles la mala voluntad del Rey por la Constitucion, y las limitaciones estremadas que aquel código ponía á la autoridad real; y persuadido de que en aquellas circunstancias era necesario dar fuerza al Gobierno de la monarquía, se dedicó á dicho objeto, mostrando sin embargo suma

* 201 212 *

parcialidad con las gentes que con él habian figurado y tenido influencia en los años que trascurrieron desde el 1810 al 14; y sobrado encono y desprecio con los que habian contribuido al restablecimiento de la Constitucion y abierto para él las puertas de la patria, contribuyendo asi colocarle en el elevado puesto en que se hallaba. No ha olvidado el Sr. Argüelles esta predileccion por los hombres [de la primera época constitucional, considerándose á sí mismo y á ellos, como superiores á los demas, y causando con tan indisculpable conducta los embarazos que experimentó entonces para gobernar, y los males que se han seguido despues de semejante division y antipatía.

El Sr. Argüelles y sus compañeros principiaron á llevar al Gobierno por las vías regulares, considerando terminada la revolucion, cuando por desgracia se estaba en medio de ella; pues si bien iban á juntarse las Córtes, y no habia oposicion violenta, ni en la imprenta, ni en las turbulentas sociedades patrióticas; ni aun el mismo Rey podia tener recelos, si de buena fé se hubiese acomodado á la situacion; sin embargo, se descubrió en aquellos dias una tra-

ma para arrebatár al Rey y á su familia de Madrid, y llevarle donde pudiese alzar una bandera contra la ley que acababa de jurar. En tan críticas circunstancias se abrieron las Córtes, principiaron los trabajos del cuerpo legislativo, y el Gobierno á poner órden en los negocios, y trató de disolver el ejército que se hallaba reunido en Andalucía, con objeto de disminuir las cargas públicas. Era aquel ejército el núcleo del que fue el primero en proclamar la Constitución, y no fue mirada con agrado su disolución, por los que no creían asegurado todavía en España el restablecimiento de la libertad. Mandaba aquel ejército el General D. Rafael del Riego, y sabidas son las ocurrencias á que dió lugar su llamamiento á Madrid, y las tristes y degradantes escenas del teatro del Príncipe, en que se vió á un General entonar con sus ayudantes unas coplas soeces y llenas de insultos, que con el nombre de *Trágala* sirvieron despues de señal de discordia y alboroto, y han causado desórdenes y males sin cuento. Irritado el Sr. Argüelles con la conducta observada por el General Riego, su paisano, fue admitida la dimision que hizo el General del mando, des-

finándole de cuartel á Asturias, y mandando salir al mismo tiempo de Madrid á varios militares, amigos del General inobediente. Esto dió lugar á un motin en las calles de Madrid, en que el Gobierno se portó como debia; sucesos que motivaron el discurso que pronunció el Señor Argüelles en las Córtes, en que lució la famosa alusion seguida de reticencia sobre las *páginas* de una historia que no convenia abrir, por estar en ellas encerrado un secreto importante y de peligrosa divulgacion. De todos modos, la conducta del Gobierno en aquellos dias fue conforme á la razon y á la justicia, y quedó triunfante la causa de las leyes.

Siguió por algun breve plazo el Sr. Argüelles el camino que se había trazado; pero tuvo que abandonarle en parte por los obstáculos que hallaba en el Rey, y en parte porque el Sr. Argüelles no podia avenirse sino con los de su antigua pandilla. Asi pues, fue sustituido el Ministro de la Guerra, Marqués de las Amarillas, (*) por el valiente marino, buen patricio y excelente caballero el General D. Cayetano Valdés, que si era de todos apreciado por tan relevantes prem-

(*) Véase su biografía tom. IV.

das, no poseia las necesarias para el puesto en que se le colocaba. El Sr. Argüelles puso en el Ministerio de la Gobernacion de Ultramar, entonces vacante, á D. Ramon Gil de la Cuadra, con quien ha vivido siempre en compañía y con estrecha amistad ; hombre de nombradia entre los suyos muy superior á su mérito , y que ha dado muestras de muy poca capacidad para gobernar, de extraordinaria incuria y de refinado egoismo en las diversas épocas que ha subido al poder, si bien entre las gentes de su partido es considerado como hombre de grande influjo en los manejos ocultos y de pandillas.

El Ministerio seguia en armonía con las Córtes si bien desazonado con el Rey que repugnaba sancionar la ley sobre regulares , lo que hizo por último movido por el temor. Hallándose despues el Rey en el Escorial nombró desde alli sin conocimiento de sus Ministros un Capitan general para la provincia en que estaba inclusa la Capital, conocido por desafecto á las instituciones vigentes. Esto dió lugar á alborotos en Madrid que se terminaron con la vuelta del Monarca á la Capital y la anulacion del nombramiento ilegalmente hecho.

A los pocos días llamó el Ministerio á Madrid y colocó en buenos destinos, á Riego y á otros de los que habia desterrado en Setiembre; lo que si contribuyó á rehabilitar á Argüelles y sus colegas en el concepto de los liberales mas estremados, les atrajo tambien la enemistad de los que pensaban con mayor cordura. Dícese ademas que por aquellos dias entró D. Agustin Argüelles en una sociedad secreta tal vez con objeto de darle direccion, segun se creyó por entonces, si bien su conducta posterior ha probado que se identificó completamente con los principios revolucionarios que en ella dominaban.

Desde entonces hasta el mes de Marzo en que habian de abrirse de nuevo las sesiones de las Cortes, siguió Argüelles en el Ministerio con sus colegas trabajosamente, aborrecidos del Rey á quien servian. En Febrero de 1821 hubo otra ~~escena~~ *escena* en que tuvieron parte algunos guardias de la Real Persona, siendo su resultado quedar disuelto y suprimido aquel cuerpo. Despechado el Rey al leer en las Cortes el discurso de apertura, obra de sus consejeros responsables, el dia 1.^o de Marzo de 1821 (*), terminó la lectura con

(*) Véase su biografía tom. III.

un párrafo añadido por él mismo, en el cual acusaba á los Ministros de graves culpas. Siguióse á aquella irregularidad, una orden seca exonerando á sus Ministros de sus cargos. Así terminó por entonces la vida política de D. Agustín Argüelles, y las Cortes le señalaron una crecida pensión lo mismo que á sus colegas, mas bien como una muestra de desaprobacion del acto del Rey, que como galardón de sus servicios.

El Sr. Argüelles fue juzgado diversamente como Ministro por los diferentes partidos, segun la mayor ó menor conformidad que hallaba entre sus actos y sus opiniones respectivas; pero en cuanto á administracion puede asegurarse que si llevó adelante los negocios por mera rutina, ninguna resolucion dió, ninguna obra útil emprendió en el importantísimo ramo de que estuvo especialmente encargado.

Libre el Sr. Argüelles, pasó á visitar su provincia, donde fue recibido con sumo afecto y admiracion. La Universidad de Oviedo le confirió el título y grado de Doctor, y despues de algunos meses de descanso, nombrado D. Agustín Diputado por Asturias para la legislatura próxima de 1822 y 23, tuvo que regresar á la capital.

Antes de la apertura de aquellas nuevas Cortes, amedrentado el Rey nombró un Ministerio del cual formaba parte el Sr. Martínez de la Rosa (*), y al cual sostuvo el Sr. Argüelles con brio, defendiendo al mismo tiempo la causa del orden y del Gobierno, cosa de no corto mérito en aquellas circunstancias, y contribuyendo con sus esfuerzos y los de sus amigos á que cuando iba á cerrarse la legislatura ordinaria de 1822, la mayoría fuese poco menos que favorable al Ministerio del Sr. Martínez de la Rosa. La corte, sin embargo, seguía en sus maquinaciones, y ocurrió la sublevación de la Guardia de infantería y los acontecimientos del 7 de Julio de 1822, en cuya consecuencia cayó el Ministerio, reemplazándole otro compuesto del partido que entonces se denominaba exaltado, y contrario al en que militaba el Sr. Argüelles.

Abriéronse á poco las Cortes, y en ellas el Sr. Argüelles en vez de ponerse de parte de la oposición como parecía regular, contentose con permanecer medio neutral, si bien desaprobaba varias medidas violentas propuestas por los mi-

(*) Véase su biografía tom. II.

nistros y sus parciales, pero evitando entrar en lucha abierta con el Gobierno y los que le sostenian.

Entre tanto los excesos que se habian cometido, la guerra civil que empezaba á arder con furia, las tramas del Monarca para destruir la ley que habia jurado observar, todo indicaba la suerte que estaba reservada al pais, y dió lugar á las notas pasadas al Ministerio por los agentes de las potencias estrangeras, y cuya contestacion es bien sabida, y aunque justa, harto imprudentemente dada por quien no contaba con los medios necesarios para sostener la provocacion que hacia. D. Agustin Argüelles aprobó una proposicion hecha en las Córtes por el Sr. Galiano para que declarasen que aprobaban la conducta del Gobierno, y fue nombrado individuo de la comision encargada de redactar el mensaje que debia llevarse á S. M. con aquel motivo. Argüelles se señaló en la discusion con discursos que sino carecian de mérito por la justa defensa de la causa nacional, estaban llenos de estravagancias, de invectivas contra los Gobiernos estrangeros, y de ilusiones que tardaron poco en desvanecerse.

Siguióse á pocos dias la invasion del ejército

francés, y Argüelles votó que el Gobierno saliese de Madrid para Andalucía, como también para que se obligase respetuosamente al Rey á emprender una jornada, á la que se negaba pretestando enfermedad y previendo los disgustos y peligros que le esperaban. Traslados el Rey y las Cortes á Sevilla, sostuvo en estas el Sr. Argüelles las causas que habían dado lugar á la guerra, y la necesidad de pelear con tesón para salvar el honor nacional. Pero los pueblos de España, que tan pocos beneficios había alcanzado con el sistema constitucional, no correspondían á los deseos de las Cortes; y lejos de recibir á los franceses como enemigos, lo hacían como á amigos que iban á libertarlos de un pesado yugo. Así fue como penetraron los franceses sin disparar un tiro hasta las Andalucías.

El Rey, su Gobierno y las Cortes permanecían en Sevilla, desamparados y sin saber casi los sucesos de la guerra, y hubieron de pensar en refugiarse en la Isla Gaditana. Resistióse el Rey, y el Sr. Galiano propuso en las Cortes: «que se declarase á S. M. en estado de incapacidad moral, interin se ponian en salvo la Real Persona y Familia, el Ministerio, las Cortes, en suma

cuanto componia el Gobierno supremo del Estado. » Aprobada una proposicion preliminar de que se estrechase respetuosamente á S. M. á que consintiese en hacer el viaje, y dada por el Rey una respuesta negativa y desabrida, se hizo al fin la fatal proposicion que antes hemos mencionado; rebatió el Sr. Argüelles las razones de los que la impugnaban, y quedó aprobado lo propuesto por casi todos los Diputados presentes (*). Nada importante hizo ni pudo hacer en Cádiz el Sr. Argüelles. Sabidos son las circunstancias que mediaron en el triste desenlace y fin del Gobierno constitucional en aquella época, siendo de notar sin embargo que los Ministros que lo eran á la sazón, y algunos de los cuales lo han vuelto á ser despues, si bien sacaron del Monarca promesas y ofrecimientos que les eran personales, nada estipularon en provecho de la nacion, ni en beneficio de los Diputados á Córtes y de mas personas comprometidas. Llegado el Rey al Puerto de Santa Maria, anuló todo lo hecho, dió

(*) Fueron muy pocos los Diputados que se salieron del salon y los que quedándose desaprobaron. Sin embargo pocos mas de sesenta fueron condenados á muerte por aquel voto, consistiendo esto en que muchos alegaron despues no haber votado ó haberlo hecho en contra.

por vanas sus promesas, y ratificó la proscricion fulminada por la Regencia de Madrid, y la pena de muerte contra los que habian votado su deposicion en Sevilla, en cuyo número se hallaba el Sr. Argüelles. Acogióse este á Gibraltar, y desde allí pasó á Inglaterra, á donde llegó en Noviembre de 1823, permaneciendo en aquel reino once años casi cabales, pues al cumplirse el décimo, la Reina Gobernadora le concedió que volviese libre á España. En Inglaterra fue recibido el Sr. Argüelles con notables muestras de aprecio, vivió de sus propios escasos recursos, y hasta los últimos años de su destierro no recibió el socorro que daba el Gobierno británico á sus compañeros de infortunio. Ocupábase en la lectura de los autores clásicos y algunos libros modernos, pero sin aceptar nuevas doctrinas, permaneciendo firme en las ideas de la primera época de su vida.

Verificada en Francia la revolucion de Julio de 1830, no quiso Argüelles pasar á aquel reino, como lo hicieron muchos de sus compañeros; continuó residiendo en Lóndres. Muerto el Rey Fernando VII, la Reina Doña Maria Cristina, Regente y Gobernadora del reino, espidió un de-

creto de olvido en favor de Argüelles y treinta mas de sus colegas en las Córtes de 1822 y 23 , quedando solo de estos veinte y cinco ó veinte y seis sujetos á la condena de muerte. La conducta del Sr. Argüelles en aquella ocasion fue altamente noble: mostróse agradecido al favor que se le dispensaba , pero resuelto á no aceptarle , ínterin no comprendiese á todos sus colegas todavia proscritos, de cuyos hechos y pensamientos se declaraba partícipe.

Entretanto derribado en España el Ministerio Zea Bermudez, le substituyó el Sr. Martínez de la Rosa , y se dió una nueva amnistia, que no dejaba á un solo constitucional español proscrito. Publicóse el Estatuto Real en Abril de 1834, no sin grave escándalo y asombro del Señor Argüelles , que acusaba , segun dicen , de apostasía al Sr. Martínez de la Rosa, pues nada eran para él las reformas que se hacian, con tal que no se restableciera el sistema destruido en 1823. Indudablemente el Sr. Martínez de la Rosa estaba dispuesto á hacer en obsequio de Argüelles, su amigo y compañero, cuanto de él hubiera dependido, como lo hizo con otros de los que venian de la emigracion: pero Argüelles no

aceptó ninguna clase de merced ú honra. La provincia de Asturias se apresuró á elegirle Procurador á las Córtes que iban á abrirse; y careciendo de la reuta que para desempeñar aquel encargo se necesitaba, varios paisanos suyos se la señalaron hipotecando sus bienes, y siendo de notar que los que lo hicieron, pertenecian casi esclusivamente al partido del cual se ha mostrado despues tan cruel enemigo el Sr. Argüelles.

No se apresuró en venir á desempeñar su encargo, pues llegó tres meses despues de abiertas las Córtes, en las que fue admitido no sin discusion, por carecer de la aptitud legal. Tardó poco en hablar el orador asturiano, y sorprendió á muchos que antes no le habian oido el que tuviese fama de *divino*, el que parecia muy inferior á otros oradores. Desde entonces manifestó la excesiva estension de sus discursos, en los cuales si brilla alguna vez algun destello de elocuencia, se encuentran siempre digresiones ridículas, y alusiones á su eterna pesadilla de ver siempre amenazada la independendencia nacional. Pronto se conoció tambien que sus doctrinas en política eran las mismas que profesaba en las Córtes extraordinarias, sin que en él hu-

biesen hecho mella las verdaderas teorías constitucionales, que regian en el continente desde la restauracion de los Borbones en Francia en 1814.

Al volver á España habia publicado el Señor Argüelles dos obras, la una reducida á examinar la sentencia fulminada contra los Diputados que votaron en Sevilla la suspension del Rey, y la otra que lleva el título de *Examen de la reforma constitucional de España*, que aunque aspira á ser una historia de las Cortes extraordinarias de 1810, es tan cierto su mérito que ni siquiera han pensado en él, para criticarle, los mayores enemigos del escritor.

Habiendo renunciado el Ministerio en Junio de 1835 el Sr. Martinez de la Rosa, entró á sucederle en la presidencia del Consejo el Conde de Toreno, y formaron parte del Ministerio que compuso varios amigos íntimos del Sr. Argüelles, por lo cual es de inferir que no le disgustó aquella combinacion. Sabido son los sucesos de 1835 que derribaron aquel Ministerio, y llevaron á la presidencia de otro nuevo al célebre D. Juan Alvarez y Mendizabal, y del cual formó parte D. Martin de los Heros, ami-

go íntimo, y compañero de casa del Sr. Argüelles. Abiertas las Córtes en Noviembre, defendió en ellas Argüelles con calor el célebre *voto de confianza*, pedido por Mendizabal, para hacer un imposible, y que solo sirvió para cargar á la nacion con una cantidad de deuda enorme. Tratóse en aquellas Córtes de dar una ley electoral, y para el efecto, renunciando el Ministerio á egercer á nombre del trono la iniciativa de las leyes, que de derecho y obligacion le corresponde, mandó á las Córtes dos proyectos para que eligiesen. Fue el Sr. Argüelles de la comision nombrada por el Estamento y se declaró favorable á la eleccion directa; pero creyéndola tan difícil en la egecucion, que se dejó ir poco á poco al método electoral de su nunca olvidada Constitucion de 1812. Sabido es que aquella cuestion dió lugar á la disolucion de las Córtes del Estatuto Real.

Viendo Argüelles la oposicion que se hacia al Ministerio Mendizabal, soltó la rienda á sus antiguos ódios, unióse estrechamente con los de su antigua pandilla, y suponiendo siempre que se urdian tramas para destruir la libertad, achacando gran parte de ellas al Gobierno francés,

que tiene siempre delante de sí como un fantasma amenazador.

Sucedió al Ministerio Mendizabal el del Sr. Isturiz, y disueltas las Cortes fue Argüelles candidato por Madrid para las nuevamente convocadas, en oposicion al Ministerio, y salió elegido. La eleccion general fue sin embargo favorable al Gobierno, pero los vencidos en la contienda legal apelaron del fallo de los electores al de una rebellion, que terminó con el escandaloso atentado de la Granja, en el cual sino tuvo parte el Sr. Argüelles, como no dejan de suponerlo algunos, no disimuló su alegria por él.

A consecuencia de aquel atentado, se nombró un nuevo Ministerio presidido por el Sr. Calatrava, se convocaron y juntaron Cortes con arreglo á la Constitucion de 1812 que se habia proclamado, y Argüelles á favor de la revolucion y no seguramente por la voluntad de sus paisanos, fue elegido Diputado por Asturias.

Abiertas las Cortes constituyentes en Octubre de 1836, volvió Argüelles á estar al frente de la mayoria, mostrándose como siempre violentisimo en defender á sus amigos, fomentando y aprobando cuanto se hacia contra el partido caido,

mostrando ojeriza al Palacio y aun á la misma Angusta Regente, y llegando hasta ser nécia su furia en vituperar al Gobierno Francés. Contribuyó á hacer la Constitución de 1837, siguió como orador decayendo y haciendo mas intolerables sus eternos discursos, y hasta en algunas ocasiones llegó á olvidar su afectada cortesania, soltando algunas palabras que manifestaban no podia enfrenar los ímpetus de su ira.

Durante aquel Ministerio se presentaron los facciosos ante las tapias de Madrid; estendióse el armamento para la comun defensa hasta los diputados á Cortes, y D. Agustín, al tomar el fasil, se dejó decir que lo tomaba mas bien contra los moderados que contra los carlistas, manifestando de este modo que su odio contra un partido no cedía ni aun á la vista del enemigo comun. Alejados los enemigos de la capital, vino á ella el General Espartero (*), y con su venida cayó el Ministerio Calatrava, causando este acontecimiento furioso despecho al Sr. Argüelles, quien desde entonces cobró rencoroso aborrecimiento al guerrero que lo había

(*) Véase su biografía, tom. V.

causado, y de quien, como veremos despues, habia de hacer mas adelante ridiculos elogios.

Habiendo terminado sus trabajos las Córtes constituyentes, se procedió á nuevas elecciones, y en ellas no fue nombrado Diputado por su provincia el Sr. Argüelles, si bien fue propuesto candidato para Senador por la provincia de Madrid. Nombróle el Gobierno, pero declaradas nulas aquellas elecciones, resultó elegido Diputado por la misma provincia.

Presentóse en el Congreso, don de habló con frecuencia, pronunciando largos y acervos discursos, irritándose sobremanera al verse contradecido por diputados jóvenes, y llegando en su ira á soltar las espresiones de *¡vive Dios!* y otras mas impropias todavia de aquel sitio. Asi continuó durante la primera y segunda legislatura de aquellas Córtes, hasta que suspendidas estas fueron poco despues disueltas. En las nuevas elecciones procedieron los electores lógicamente, enviando Diputados de opinion opuesta á la moderada que habia prevalecido en las anteriores, tan intempestivamente disueltas.

Verificáronse por entonces los memorables acontecimientos de Vergara, cuya noticia llegó á

Madrid á los pocos dias de abiertas las nuevas Córtes , y no causó la mayor satisfaccion á Argüelles y á sus parciales, que veian con disgusto, sino la terminacion de la guerra civil , la precision de tener que confirmar los fueros de las Provincias Vascongadas. Aquellas Córtes fueron disueltas despues de una penosa vida de dos meses , y en Febrero de 1840 se abrieron las nuevamente convocadas , y [para las cuales fue elegido por Madrid el Sr. Argüelles. Sabido es el atentado de 24 de Febrero , en que una turba sediciosa insultó á la representacion nacional á las puertas mismas de su palacio; salió el Sr. Argüelles de él , y atravesó la plaza donde reinaba el desorden , abriéndole paso y victoreándole los sublevados ; sin que él les dirigiera una sola palabra para afearles tan criminal conducta; habiéndoselo despues echado en cara el Ministro Arrazola , protestó con candor que no habia reparado en el motin , y solo sí que se habia juntado mucha gente. ¡ Y esto decia el mismo hombre que con mucho menos motivo habia llenado la Puerta del Sol de tropas y cañones en Setiembre de 1820!

En aquella legislatura como en todas conti-

nuó Argüelles con la misma pesádez y virulencia en sus discursos. Verificose el viaje de S. M. la Reina Gobernadora con sus Augustas Hijas á Barcelona, y al saberse los acontecimientos de aquella capital (*) y la mudanza de ministerio, suspendieron las Córtes sus sesiones. No volveremos á referir los sucesos que hemos narrado en las dos biografías que acabamos de citar. Vino Espartero á Madrid con la Regencia provisional, hiciéronse festejos, y entre ellos un espléndido banquete á veinte y cinco duros por cubierto, insultando de este modo los demócratas á la general miseria. Asistió Argüelles á aquel convite, y tocándole la vez de brindar lo hizo al insigne General Espartero, comparando su conducta con la de *Pompeyo y Washington*, mostrando en eso lo trabucado de sus ideas y lo poco filosófico de sus estudios: pues sabido es por cualquiera que haya hojeado la historia, que Pompeyo sostenía la causa de la aristocrácia y del gobierno establecido, contra un contrario demócrata é innovador, que acaudillaba la antigua parcialidad de Mario ó de la plebe. Hubiéralo comparado con

(*) Véanse las biografías de la Reina Cristina y Espartero, tom. IV y V.

César y hubiera andado mas acertado, aun cuando siempre hubiera parecido una sátira, comparada la desigualdad de talento entre el guerrero romano y el ambicioso General.

Argüelles celebró todos los actos de la revolucion victoriosa, fue nombrado por Asturias y elegido Presidente por el Congreso. Indudablemente aspiraba á formar parte de la Regencia, pero quedó burlado su deseo, pues el guerrero que habia faltado á todos los deberes para saciar su ambicion, no consintió que nadie dividiese con él el poder. A pesar de su encargo de Presidente, no por eso quiso privar al Congreso de su fecunda palabra, dejando la silla de la presidencia muchas veces para pronunciar largos y violentos discursos, llegando hasta el extremo de declararse en uno de ellos católico y no romano, haciendo de este modo pública renuncia de la Religion que España profesa.

El Sr. Argüelles obtuvo una compensacion de la Regencia que no habia alcanzado, siendo nombrado Tutor de S. M. la Reina y su Augusta Hermana, cuando se privó á la Reina madre de la tutela de sus Hijas, que egercia como tal con arreglo á las leyes civiles, y como Reina viuda

segun la Constitucion vigente y disposicion testamentaria de su Esposo. « Asi entró (dice el biografo antes citado) el orador de Asturias, viejo ya, en el Palacio de los Reyes de España, como amo, á hacer veces de padre á su Reina Hija del Rey de quien habia sido enemigo. Fácil es conocer que durante su encargo se habrá mostrado fiel á las amistades personales y políticas en la provision de los empleos de la Real Casa.»

En la biografia del ilustre y malogrado General Leon (*) hemos referido detalladamente los sucesos del 7 de Octubre de 1841. Preso en aquella noche por los sublevados D. Agustin Argüelles que se hallaba en Palacio, á pesar del grave riesgo que podia haber corrido, fue dejado en libertad ; y seguramente en las declaraciones que en la causa que se les formó se le tomaron, no obró con la generosa caballerosidad que era de esperar con el infeliz Fulgoso, uno de los gefes sublevados condenados á muerte.

D. Agustin Argüelles, á pesar de su encargo de Tutor de S. M. y como tal gefe de los gefes

(*) Véase tom. I.

de] Palacio, siguió presidiendo] al Congreso, con notable infraccion, en nuestro concepto, de las leyes vigentes.

No referiremos por demasiados sabido los últimos sucesos que han derrocado el poder de Espartero, defendido hasta el último momento por el Sr. Argüelles y sus parciales. Instalado en Madrid el Gobierno provisional hizo formal renuncia de su encargo de Tutor de S. M. y A., sustituyéndole en el por nombramiento del Gobierno el Sr. Duque de Bailen. D. Agustín Argüelles no ha sido elegido para las Cortes actuales, y vive retirado en su casa, ocupándose en formar una colección de pinturas, á las que es muy aficionado, y aun le suponen algunos inteligente, y deseando sin duda que se presente ocasion de salir nuevamente á la vida política, en la cual, no lo dudamos, aparecerá siempre con sus añejos y disolventes principios, y con el acrecentamiento de rencor que en él habran engendrado los últimos sucesos.



Indice de las biografías contenidas

EN EL

TOMO QUINTO.

MR. NOTHOMB.

LORD BROUGHAM.

CONDE DE MOLÉ.

C. PERRIER.

ISIDORO MAIQUEZ.

MR. BERRYER.

D. DIONISIO ALCALA GALIANO.

MR. ODILON BARROT.

D. BALDOMERO ESPARTERO.

JOAQUIN MURAT.

WALTER-SCOTT.

D. AGUSTIN DE ARGUELLES.

•

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL

SIGLO XIX.



28616

XIV-381

PERSONAJES CÉLEBRES

DEL SIGLO XIX.

POR

UNO QUE NO LO ES.

La biografía es el arte de reunir el personal de la historia, de las ciencias, de las letras, de las artes y de la sociedad...

J. NORVINS.

TOMO VI.

MADRID,
IMPRENTA DE D. FERNANDO SUAREZ,
PLAZUELA DE CELENQUE, 3.

1843.



28616







D. F. ESPOL Y RIVERA.

D. F. ESPOZ Y MINA.

«El destino de Mina tiene particular interés, porque debió su gloria á sí mismo, y fue hijo de sus obras. Semejantes hombres, son queridos de las Naciones, y merecen serlo.»

Uno de los hombres mas notables que produjo en España la gloriosa guerra de la independencia, es sin duda alguna el personage de cuya vida vamos á ocuparnos. De humilde origen, sin fortuna, sin educacion, se elevó desde el seno del pueblo, en el que habia nacido, á los primeros puestos de la gerarquía social; y esta elevacion extraordinaria no la debió á la intriga ni al favor, y sí solo á la energia y á la consecuencia de su carácter. Lo que queria en su mocedad, lo queria

tambien en sus últimos dias , y digna es de aprecio sin duda tan inalterable constancia en un siglo versatil y fecundo en defecciones ; y á ella ha debido sin duda, asi como á su probada honradez, su renombre y popularidad. No ocultaremos sin embargo que en los últimos tiempos, dominado por el vértigo que se apoderó de todos los Españoles en las recientes contiendas civiles , ha desmentido tal vez algunas de las bellas cualidades que se le atribuian , y ha probado cuan fácil es errar en las cuestiones políticas , cuando los hombres llamados á decidir las no se hallan dotados de la capacidad para ello necesaria.

Don Francisco Espoz y Mina nació en Idozin, pueblo de Navarra , el 17 de Junio de 1781 , siendo sus padres Juan Esteban Espoz y Mina, y Maria Teresa Ilundain y Ardaiz, honrados labradores de quienes recibió su unica educacion, segun él mismo ha referido en la historia de su vida , publicada en Londres en 1824. Pasada su primera infancia y despues de saber leer y escribir , única cosa á que se limitó su educacion doméstica , se dedicó á las labores del campo, adquiriendo en ellas sin duda la actividad y fuerza que despues le han distinguido. A la muerte de su padre



quedó encargado de la reducida hacienda que formaba su patrimonio , y así vivió hasta la edad de 26 años, en que nuevos y grandes acontecimientos debían abrirle el camino que le había de conducir á los altos empleos y distinciones, debidos á su valor y á sus grandes servicios.

Verificada la invasión de los franceses en 1808, y arrebatado Mina del noble ardor pátrio que inflamaba á todos los corazones españoles, abandonó el arado y empuñó el fusil, sentando plaza como soldado voluntario , en el batallón titulado de Doyle , el 8 de Febrero de 1809. Poco tiempo despues pasó á la guerrilla que mandaba su sobrino Javier Mina , el cual abandonando la carrera eclesiástica á que le dedicaban sus padres, y deseoso de vengar los agravios y perjuicios causados á su familia por los franceses, formó, reuniéndose con otros doce, una partida con la cual principió sus correrías contra el enemigo , ostigándole constantemente en las provincias limítrofes de Aragon y Rioja. Hecho prisionero en una emboscada, fué D. Javier Mina conducido á Francia y encerrado en el castillo de Vincennes, donde permaneció prisionero hasta que regresó á España en 1814; pero habiendo tomado parte con

su tío en la expedición contra Pamplona de que hablaremos después, tuvo precisión de emigrar á Francia. En 1816 se embarcó para Méjico, con el intento de proclamar allí la independencia; pero hecho prisionero con algunos de sus compañeros, juzgado por una comisión militar y condenado á muerte, sufrió aquella pena el 13 de Noviembre de 1817. Volvamos, después de esta pequeña, pero precisa digresión, á referir los sucesos de la vida del personage que nos ocupa.

Derrotado y hecho prisionero su sobrino, Mina reunió los restos de su disuelta guerrilla, y contuvo de este modo el robo y otros excesos á que se habian entregado: con ellos principió á obrar por sí solo, y su firmeza y teson acompañados de una conducta moderada, le conciliaron el reconocimiento de los pueblos, y la obediencia de sus partidarios que iban aumentando diariamente, engruesando sus filas, impulsados unos por puro patriotismo, y tal vez por motivos menos nobles otros. Apenas habia reunido 800 hombres, sus hechos militares llamaron la atención de la junta superior de Aragon y parte de Castilla, la cual le nombró Comandante General de todas las guerrillas de Navarra en 23 de Abril de 1810, entre

las cuales eran las mas famosas las que se llamaban de Curuchaga y Gorriz, si bien estos gefes conociendo la superioridad de talento de Mina le habian reconocido ya mucho antes por su cabeza. Algun tiempo antes Miguel Sadaba, que dependia del guerrillero Echevarria, habia reunido 400 hombres de la guerrilla de Mina, y desarmado á Gorriz sin otra causa que la de estar en relaciones con Espoz y Mina. Hallábase este en el pueblo de Lacunza cuando llegó á el Sadaba, quien fue á visitarle echándole en cara Mina su mal comportamiento con Gorriz, dejándole finalmente arrestado en su casa, bajo la custodia de su pequeña partida. Acercábanse al pueblo los soldados de Sadaba; pero Mina les salió al encuentro, y lleno de firmeza y carácter les dijo. «Señores, la defensa de la patria nos llama, es ya tiempo que tengan fin los desórdenes, y asi exhorto á Vds, á reunirse, especialmente los que quieren hacer la guerra.» Oido este corto, pero eficaz discurso, unieronse todos á Mina, excepto 20 que con el abanderado se resistieron á hacerlo: «Señores, dijo entonces Mina, Vds. no quieren servir de buena gana, venga la bandera y acudan Vds. á mi posada por los pasaportes.» Reunié-

ronse á él todos, menos el abanderado que desertó: Sadaba fue nombrado al día siguiente por Mina Ayudante mayor, obtuvo despues en su division el grado de Capitan, y sirvió en ella hasta que habiendo sido hecho prisionero por una columna francesa que salió de Pamplona, en época en que recíprocamente no se daba cuartel, fue ahorcado en aquella plaza.

En Abril de 1810, habian entrado en Navarra por la parte de Bayona 25,000 franceses al mando del Conde Dorcene, que debia pasar á Portugal á reforzar á Massena. Detúvose aquel ejército á perseguir á Mina á fin de acabar con un enemigo tan temible, saliendo al efecto varias divisiones y columnas volantes en diferentes direcciones, sin que se escaparan á sus pesquisas en su horrorosa persecucion, los bosques ni los montes. Reducido Mina á los mayores apuros, falta de víveres y de recursos pecuniarios, y sin lugar seguro, dividió su tropa en compañías, destinándoles los diferentes puntos por donde podian salvarse; no bastó esto aun, y Mina hubo de adoptar un espediente, que aunque arriesgado, le produjo por entonces todo el efecto que podia prometerse. Dió orden á sus diseminadas tropas de reunírsele en Alfaro, al otro

lado del río Ebro , el cual vadearon por estar tomados por los franceses todos los puentes, y retiradas las barcas. Reunidas las tropas, una parte de las del enemigo se puso en su seguimiento para Castilla ; hubo varios encuentros, y en el de Tarazona fue herido Mina en un brazo, y Curuchaga en la cabeza ; precisados los dos Comandantes á retirarse á lugares seguros para curarse de sus heridas , quedaron las tropas al mando de Gorriz.

Hallábase en Castilla Hernandez , con una partida de 70 caballos ; avistose con él Mina en Calahorra, y le mandó que le siguiese; obedeció aquel, pero fue para intrigar con los franceses, pues habiendo sido atacado Gorriz por la division de caballería Roquet, entre Cuzcurreta y Belorado, Hernandez contribuyó mas bien á envolver á Gorriz que á sostenerlo; el campo quedó por los franceses, y las tropas de Navarra tuvieron una pérdida considerable. Hernandez volvió á Navarra, y fue fusilado de orden del Comandante general.

Mina organizó despues sus tropas en Castilla, nombró oficiales, y formó con ellas tres batallones, reservándose el mando del primero para i, dando el de el segundo á Curuchaga y el del

tercero á Gorriz. Las tropas francesas que habian quedado en Navarra principiaron á marchar para Portugal á mediados de Noviembre, quedando las que parecieron suficientes para hacer frente á Mina. Indudablemente la detencion de aquel ejército contribuyó mucho á que Massena tuviera que retirarse de Portugal, y á que el ejército inglés obtuviese las ventajas que consiguió.

Todo el año de 1811 se pasó en escaramuzas y acciones de guerra, cuya enumeracion seria demasiado prolija y pesada. En aquel mismo año reconoció el Gobierno español, como tropas de línea del ejército, las de Navarra; aprobó los nombramientos de gefes y oficiales hechos por Mina, y elevó á este al grado de Brigadier en 19 de Noviembre, y al de Mariscal de campo en 17 de Abril del siguiente año.

7 A principios de 1812 emprendió Mina el bloqueo mas rigoroso de la plaza de Pamplona, el cual continuó hasta que los ejércitos aliados avanzaron sobre la frontera, reforzándose con este motivo los franceses con tropas venidas de todas partes. En Octubre adelantaron los ejércitos aliados sobre Búrgos, y principiaron el sitio de su castillo. El General Mina recibió ór-

denes de Wellington para incomodar diariamente al enemigo por la parte de Logroño y Vitoria, lo que ejecutó puntualmente. Hallábase en la primera de dichas ciudades el General francés Caffarelli con un ejército respetable, pero muy inferior al de los aliados. Los franceses debían avanzar sobre Búrgos, pero para ello era indispensable separar á las tropas que mandaba Mina de los puntos que ocupaban: hicieronlo así con refuerzos recibidos de Aragon, y Mina, no pudiendo resistir á tan numerosas fuerzas, replegó las suyas á otros puntos; entonces el ejército de Vitoria se movió para Búrgos, y los aliados emprendieron su retirada con notable pérdida hasta la frontera de Portugal y Ciudad-Rodrigo.

En 7 de Setiembre de este mismo año fue nombrado Mina Comandante general del alto Aragon, izquierda del Ebro, donde siguió el mismo sistema político y militar que tenía establecido en Navarra. Varias partidas armadas eran también el terror de los pueblos, y en general la propia utilidad era el único móvil que dirigía la mayor parte de los que las mandaban. Mina formó allí tres batallones de Aragoneses, que contribuyeron poderosamente á la espulsion

de los enemigos con conocidas utilidades del país.

En Marzo de 1813 entró en Navarra con 16,000 hombres el General Clausel, con intento de fortificar varios puntos de aquel reino, para proteger la retirada general de los invasores. Mina se puso en el caso de impedirlo, y aunque no contaba á la sazón más que con 4,000 hombres, por cubrir las restantes fuerzas el alto Aragón, tuvo varios encuentros con Clausel, y le disminuyó considerablemente su ejército. A fines de Mayo del mismo año avanzaron por segunda vez los ejércitos aliados sobre Búrgos, y Mina recibió nuevas órdenes de Wellington de distraer la atención de los enemigos, mientras él operaba. Reforzado Clausel con una parte de las tropas que existían en Pamplona, y después de dejar bien guarnecida dicha plaza, pasó á Logroño, en ocasión que el ejército del Rey José se acercaba á Vitoria. Temeroso Wellington que este fuese reforzado con el de Clausel, trató de impedirlo, y Mina se encargó de verificarlo, interceptándole toda comunicacion y fatigándolo con continuas alarmas. El ejército mandado por José fue atacado y batido á los pocos días, y Clausel no tuvo noticia alguna de su derrota hasta el terce-

ro en que salió para Calaborra, desde donde se dirigió á Zaragoza, acosado en su retirada por Mina, segun habia convenido este con Wellington, mientras una division inglesa debia cortarle su frente por Tudela, en cuyo caso Clausel podia quedar prisionero con su ejército; pero esta division avanzó hasta Caparroso, á seis leguas de Tudela, adonde pudiera haber llegado antes que Clausel, y contramarchó hácia Casada, replegándose sobre Pamplona, y dejando espedito el paso al francés que llegó á Zaragoza, aunque perseguido por Mina.

El castillo de esta ciudad llamado de la Aljameria, y guarnecido por 500 hombres, fue tomado por Mina despues de algunos dias de resistencia. El General París que mandaba en Zaragoza, fue atacado entre Lecinena y Alcuibierre por una parte de las tropas de Navarra, perdió toda su artilleria, mucha gente, y el convoy de efectos que conducia. El Mariscal Suchet ocupaba varios puntos de la derecha del Ebro en Aragon, y trataba de reunirse á Clausel que se acercaba á Zaragoza, cuando la llegada rápida del General Mina le obligó á cambiar de plan y á dirigirse hácia Lérica: siendo evidente que de haber verificado

aquellos generales su reunion , impedida por las operaciones de Mina , el éxito favorable de parte de los aliados en Vitoria, hubiera sido, sino imposible, dudoso. En seguida evacuaron los franceses todo el Aragon, esceptuando las plazas de Benasque y Jaca que cayeron despues en manos de Mina.

Wellington habia fijado su cuartel general en Vera , despues de haber dejado el cuidado del sitio de Pamplona al General España con 6,000 hombres ; ignorándose las causas que decidieron á Wellington á privar á Mina de una gloria que tan bien merecida tenia , pues aquella plaza habia sido siempre objeto de sus desvelos , y la habia bloqueado contra toda esperanza , hasta que vinieron sobre ella los ejércitos aliados. El Conde del Abisbal , á quien cupo la suerte de estar todo el mes de Julio sobre la misma plaza , se retiró clavando su artillería , y abandonando los puntos que cubria , el dia 30 de dicho mes , en que se dió la batalla de Sorauren entre las tropas de Sault y Wellington. Tampoco hubiera podido sostenerse el General España si Mina no le hubiese guardado las espaldas, situado en Sangüesa por disposicion del General inglés , con órden de se-

cundar las operaciones de los sitiadores de Pamplona, en caso necesario, y tambien las del ejército inglés, que á las órdenes del General Hill ocupaban varios puntos sobre el Roncesvalles. Capituló Pamplona á los pocos dias, teniendo en ello gran parte el General Mina, por lo apurados que tenia de recursos á los defensores y á los habitantes de la poblacion.

El General Hill llamó poco despues en su socorro á Mina, quien subió á Roncesvalles, y con solo 3,000 hombres se encargó de la defensa de los mismos puntos que sostenian los ingleses con 18,000. Hill se dirigió á San Juan de Luz, y Wellington mandó á Mina que penetrase por Baygorri á San Juan de Pie del Puerto, fortaleza francesa, cuyo bloqueo debia hacer. Los Baygorrianos se resistieron; pero fueron batidos. Se principió el bloqueo de San Juan, reducido despues á sitio formal, siendo tan felices las primeras operaciones de Mina sobre aqueila plaza, que se li-songeaba de haberla tomado en pocos dias, á no haberse verificado la paz general cuando menos se esperaba. Entretanto Mina dejó el cuidado de las tropas de San Juan al Coronel Gorritz, y se dirigió velozmente á la plaza de Jaca, sitiada

pitau general del ejército y provincia de Navarra, confirmandole el empleo de Mariscal de campo que antes se le habia conferido. Desde allí fue trasladado á Galicia, á peticion suya, y con igual encargo, en Enero de 1821. Apenas llegado á su nuevo destino recorrió el distrito de su mando, mejoró el estado de las plazas y de las tropas, reanimó el espíritu público, y consiguió desbaratar las partidas que alarmaban y destruian la provincia, adoptando sin embargo algunas medidas en extremo rigurosas, y solo disculpables por lo difícil de las circunstancias.

Pero el disgusto continuaba, é iba en aumento en muchos puntos de la nacion, que no veia los buenos resultados que con el restablecimiento de la libertad se le habian hecho esperar. A los nueve meses de estar Mina mandando en Galicia, fue reemplazado, no sin disgusto suyo, por el General Latre, y destinado de cuartel á Leon, á donde llegó en Enero de 1822. En aquella ciudad aumentó su partido entre los que querian mas ensanche todavia en las reformas políticas, y haciéndose notar por varios actos de popularidad, siendo entre otros el de hacer el servicio como simple soldado en las filas de los Nacionales.

Con los excesos por una parte y el desconcierto por otra, habia tomado ya mucho cuerpo la insurrección absolutista; en Cataluña principalmente se había hecho tan alarmante, que habia sido preciso declarar aquel distrito en estado de guerra. Mina fue nombrado General en jefe de aquel ejército, y antes de pasar á él se trasladó á Madrid para concertar con el Gobierno sus planes de operaciones; pero no tardó en conocer la poca exactitud de las noticias que acerca del estado del país se tenían, la insuficiencia de las fuerzas que se ponian á su disposición para combatir á los rebeldes. Aceptó sin embargo tan difícil misión, por la razón misma de que era peligrosa. Entró en Cataluña el 9 de Setiembre con 800 infantes y 275 caballos, y el 10 se encargó en Lérida del mando del ejército, ó por decirlo mejor, formó uno allí. Cataluña estaba entonces ocupada por 30,000 facciosos, dueños de muchas plazas fuertes, dominando casi todo el país, protegidos por gran parte de los pueblos, y obedeciendo á una Regencia establecida en la Seu de Urgel, compuesta del Marqués de Mata Florida, del Arzobispo preconizado de Tarragona D. Jaime Creus, y del General Baron

de Eroles. Aunque Mina entró en campaña con fuerzas muy inferiores, consiguió desde el momento notables ventajas, y en pocas semanas organizó un ejército. Hizo levantar el sitio de Cervera, que se hallaba en el último extremo; pasó desde allí á Calaf, donde estableció su cuartel general, distribuyendo el ejército en cuatro divisiones, quedando la primera bajo su inmediato mando, la segunda al del General Don Francisco Milans, la tercera al del Brigadier D. José Manso, y la cuarta al de igual clase D. Antonio Rotten. Situado Mina en Calaf, protegía la entrada de víveres en Cardona, cuya plaza estaba constantemente bloqueada por los realistas. Entre tanto iban llegando las fuerzas destinadas por el Gobierno á Cataluña, y se reanimaba el espíritu de los liberales. El ejército emprendió sus operaciones, y Mina se dirigió sobre Castellfullit, de cuyo fuerte se apoderó despues de una obstinada resistencia, y de haberse abierto paso la guarnicion por medio de la línea enemiga, matando algunos centinelas, y sin ser casi sentidos por los sitiadores. Mina dió un bando fechado *donde fue Castellfullit*, y despues de haber mandado saquear y destruir

el pueblo, dando muerte á personas inofensivas é incapaces de llevar las armas, mandó destruir el pueblo, y colocar sobre sus ruinas la siguiente inscripcion: *Aquí existió Castellfullit: pueblos, tomad ejemplo. No abrigueis á los enemigos de la patria.* Esta medida de rigor no dejó de ser criticada por cuantos saben, que en las contiendas civiles no es el mejor medio para apagar los odios y restablecer la paz.

Desembarazado Mina de Castellfullit, se dirigió con sus tropas y tomó á Balaguer, batió á los absolutistas en todos los encuentros, hizo huir á la Regencia de Urgel, se apoderó de todos sus papeles, arrojó al territorio francés á los dispersos restos de la rebelion, y á poco mas de seis meses de marchas forzadas y continuas victorias, pudo escribir al Gobierno que la faccion quedaba destruida, y terminadas las operaciones. Tan relevantes servicios obtuvieron por premio que el Gobierno le nombrára en 26 de Diciembre de 1822 Teniente General, y le concediera la gran cruz de San Fernando; confiriéndole en seguida en 20 de Enero de 1823, la Comandancia general del distrito de Cataluña, del cual hasta entonces solo habia mandado las armas.

Los sucesos de la guerra continuaban poco favorables á los realistas , pero continuaban tambien con mas crudeza las disensiones entre el partido liberal , y eran mayores todavia los atropellos y crueldades que se cometian contra ciudadanos indefensos , y en especial contra los sacerdotes. Entretanto , las tropas francesas , concentradas en la frontera con el nombre de cordon sanitario , amenazaban con una próxima invasion á las provincias que Mina habia pacificado. No entraremos en los detalles de los varios encuentros que tuvieron lugar ; Mina , con fuerzas demasiado inferiores para dar batallas campales, se lisongeaba de poder batir al enemigo en detall, como en la guerra de la Independencia ; pero al mismo tiempo que de hombres , estaba exhausto de recursos , y el ejército francés habia pasado bruscamente la frontera el 13 y 14 de Abril de 1823. Sorprendido Mina , le fue imposible recoger los subsidios que se le habian prometido en una junta de las autoridades políticas y administrativas de las cuatro provincias que componia el distrito, reunida por él anteriormente en la ciudad de Vich, ni reunir un ejército bastante para la resistencia. No se desanimó sin embar-

go; provisionó en lo posible las plazas fuertes, y con las pocas fuerzas con que contaba, tuvo durante dos meses en jaque al Mariscal Monecy, cuyo ejército invasor se componia de 20,000 infantes y 2,500 caballos, apoyados además por más de 7,000 facciosos organizados militarmente, que invadian todo el Principado. En aquella lucha desigual hizo Mina cuanto estaba en su mano, y recorrió con algunas fuerzas la parte de la Serdania, confiado, según por entonces se decia, en que por manejos de las sociedades masónicas, las tropas francesas darian el grito de libertad. No sucedió así; los invasores iban adelantando, y Mina tuvo que retirarse después de haber sufrido una caída, de la que quedó lastimado del pecho y estropeado de una pierna, en la que habia recibido una herida en la Guerra de la Independencia. Desde la Seu de Urgel pasó á Barcelona, y antes de entrar en ella se detuvo algunos dias en el inmediato pueblo de San Feliu de Llobregat, verificándolo al fin el 5 de Julio con la salud muy quebrantada. El 8 se presentó el ejército francés delante de Barcelona, y aquel mes y el siguiente se pasaron en escaramuzas y choques de poca importancia. La anarquía principiaba á reinar en la ciudad; casi to-

do el resto de la nacion habia ya sucumbido, y solo él sostenia en Barcelona la causa constitucional. El 1.^o de Noviembre de 1823 entró en comunicaciones con el Mariscal Monecy, que acababa de ser reforzado con la division del General Lauriston. Firmóse una capitulacion honrosa, y el 4 entraron las tropas francesas en Barcelona, y ocuparon en consecuencia de aquella capitulacion las demas plazas que aun se sostenian en Cataluña. Mina, que habia permanecido siempre en la cama por efecto del mal estado de su salud, se embarcó en un bergantin francés con direccion á Inglaterra, desembarcó en Plymouth el 30 del mismo mes, y desde alli se trasladó á Lóndres, donde en un honroso retiro se dedicó al restablecimiento de su salud; y conseguido, á la lectura, publicando en 1825 el breve extracto de su vida, de que hemos hecho referencia.

Asi pasó los siete años que mediaron, hasta que la revolucion acaecida en Francia en Julio de 1830 volvió á arrojar al ilustre emigrado á la vida azarosa de su juventud. Trasládóse á Francia, y despues de dos meses de una inaccion forzosa, pudo organizarse una espedicion

que debía internarse en la península por Navarra, y ser mandada por Mina, que no desconocía los inconvenientes de tan arriesgada empresa. Realizóla sin embargo, pero derrotado al llegar á Vera por las tropas del Virey de Navarra Don Ramon Rodil, quedó completamente desecha su columna, siendo fusilados despues los que fueron hechos prisioneros, y debiendo él mismo su salvacion y la de otros tres compañeros á la fuga; librándole el conocimiento que tenia del terreno, de la batida general que para prenderle se verificó, y consiguiendo en fin entrar nuevamente en Francia.

Su nuevo destierro duró aun cuatro años. Muerto Fernando VII y proclamada Reina de España su Augusta Hija, se publicaron varias amnistias, ninguna de las cuales comprendia á Mina. Crecia la insurreccion en las Provincias Vascongadas, y se aumentaba su fuerza con la llegada del Pretendiente y el genio organizador de Zumalacárregui. Creyó el Gobierno que el sistema de lenidad seguido hasta entonces con los facciosos era la causa de su engrandecimiento; recordóse el nombre de Mina, y un decreto especial de 22 de Setiembre de 1834 le colocó

desde el destierro al frente del ejército de Navarra. Su salud estaba entonces muy quebrantada, pues ya se resentía de la terrible dolencia de un cáncer en el estómago, que le ha causado la muerte. Sin alegar ninguna excusa aceptó su nombramiento, entró en Pamplona el 30 de Octubre en medio de la alegría y de la confianza que inspiraba á sus moradores, y el 3 de Noviembre se encargó del mando, dirigiendo palabras de paz á los carlistas, antes de principiar las medidas de rigor.

El 9 del mismo mes fue nombrado Virey de Navarra, y General en Jefe del ejército de operaciones del Norte. Aumentábanse las facciones, y Mina no por eso perdió de su prestigio, no atreviéndose los facciosos á presentarle nunca la batalla. Aunque eran indispensables las medidas de rigor para contrarestar las crueldades de las facciones, Mina trató sin embargo algunas veces de templar el encono de los partidos: y si es cierto que destinó al pueblo de Lecaroz en el Valle del Bastan á la misma suerte que el pueblo de Castellfullit, y mandó diezmar á sus vecinos, lo es tambien que solo murieron tres de ellos, suspendiéndose la ejecucion de los demas

despues de encontrar la artilleria que tenian oculta.

Mina principi6 sus operaciones , pero estaban trocados los papeles ; tenia que luchar contra antiguos amigos y compaÑeros de armas. á quienes 6l mismo habia ensenado á hacer la guerra en otros tiempos ; sus propias lecciones se volvian ahora contra 6l. Asi fue que no pudo luchar ventajosamente contra su rival, navarro como 6l, y algunos triunfos parciales nada aÑadieron á sus glorias; por otra parte su enfermedad iba progresando de dia en dia, y tuvo que dejar el mando del ej6rcito para pasar á la ciudad de Montpellier , á fin de que alli le curase el célebre Doctor Lallemand su amigo.

En Montpellier se hallaba Mina , cuando el levantamiento que se verific6 en Agosto de 1835 contra el Ministerio del Sr. Conde de Toreno (*) di6 lugar á la formacion de Juntas. La que se estableci6 en Barcelona, recordando los hechos de armas del General en la 6poca de 1822 y 1823, le nombr6 en Setiembre Capitan General del Principado; nombramiento que fue aprobado

(*) Véase su biografia tomo IV.

despues por el Ministerio Mendizabal. Pasó Mina á Barcelona, aunque no restablecido, llevando en sus entrañas la causa de su muerte, y llegó á dicha ciudad de incógnito á fines del mes de Octubre; pero no dejó de saberlo el pueblo, que le acompañó á su alojamiento en medio de estrepitosos vivas. Encargóse del mando el 25, y dió principio á las operaciones con su natural actividad, arrojando á los facciosos, que eran ya en gran número en Cataluña, á las montañas. En el mes de Diciembre y á pesar de lo riguroso del invierno, emprendió su expedicion contra el Santuario de Nuestra Señora del Hort, posicion casi inespugnable, y que servia de guarida á las facciones; el 23 de Diciembre se apoderó del pueblo, obligando á los carlistas á encerrarse en el último refugio, que era el santuario. El 25 principió el fuego de artilleria, y sin duda se hubiera rendido el fuerte muy pronto, si el horrible suceso que vamos á referir, no hubiera llamado en aquellos momentos al General á Barcelona.

Súpose el 4 de Enero en aquella ciudad, que los facciosos habian fusilado treinta y tres prisioneros de los que se hallaban en su poder, y

los revolucionarios de Barcelona corrieron amotinados á la Ciudadela, á Atarazanas, á Canaletas y al hospital militar, y tomaron sangrientas represalias con los facciosos que allí habia; siendo entre otros víctima de su furor, el oficial carlista O' Donell, que fue arrastrado inhumanamente por las calles de aquella ciudad, con escándalo y horror de sus habitantes.

Al trasladarse Mina á la capital, dispuso suspender el sitio de Nuestra Señora del Hort, y su presencia en Barcelona desbarató el proyecto que entonces tenian algunos de publicar la Constitucion de 1812, adoptando medidas severas, entre ellas la de deportacion de algunos individuos, que tan criticada ha sido despues por los hombres de su partido, cuando otros han tenido precision de adoptarla. Tomóse despues el santuario que antes hemos citado, y Mina, para procurarse recursos en el Principado, creó una junta de armamento y defensa. Pero iban complicándose los acontecimientos políticos, y Mina hizo renuncia de su mando, que no fue admitida por el Gobierno. Sobrevinieron los acontecimientos escandalosos de la Granja, y la publicacion de la Constitucion del año 12. Pero las dolencias del

General se iban agravando , y á pesar del desvelo de acreditados facultativos, y del incesante cuidado de su esposa Doña Juana Vega , con quien se habia casado en Galicia , espiró el 24 de Diciembre de 1836 , á la edad de 55 años.

Tal fue la vida de este hombre de reconocida providad y notable valor. Afiliado por sus opiniones en el partido del progreso , cometió muchas faltas y corrió graves riesgos , por sostener sus exageradas ideas de libertad. Indudablemente los castigos atroces que en los varios periodos de su carrera ha impuesto , si pueden ser para unos disculpados por las circunstancias, le han merecido en concepto de muchos el dictado de cruel: y si fuese cierto, como se ha asegurado, que él fue el que dió la órden para el bárbaro asesinato de la anciana madre de Cabrera en el año de 1836 , este solo borron bastaria para oscurecer en gran manera sus indisputables glorias y servicios.

Por decreto de las Córtes de 1837 se mandó inscribir su nombre en el salon de sus sesiones. Dióse á su viuda el título de Condesa de Espoz y Mina, y elevada posteriormente á la Grandeza de España, obtuvo durante la Regencia del Ge-

neral Espartero, el alto encargo de Aya de S. M. y A., el cual ha desempeñado hasta el establecimiento del Gobierno provisional en Julio de 1843. Dicha Señora ha usado constantemente rigoroso luto desde la muerte de su esposo; y si esto podia ser en ella una prueba de laudable afecto, no era seguramente el traje mas á propósito para acompañar constantemente á las Régias Huérfanas, aun en las ocasiones mas solemnes, ni para inspirarles la alegría que debe reinar en sus infantiles corazones.







FRANCESCO SERRAVALLO

BENJAMIN CONSTANT.

«Benjamin Constant no tenia ni las facilidad de Mantel, ni la profundidad de Royer-Collard, ni la vehemencia de Casimiro Perier, ni el brillo de Foy, ni la armonia de Lainé, ni las gracias de Martignac, ni el poder de Serre: pero fue de todos los oradores de la izquierda, el mas espiritual, mas ingenioso y fecundo.»

TIMON—Libro de los oradores.

Uno de los escritores que mas han contribuido á generalizar los buenos principios sobre el derecho político constitucional, y sobre la teoría de los gobiernos representativos, es sin duda el publicista y orador, de cuya biografía vamos á ocuparnos. Si despues han sido combatidas algu-

nas de sus doctrinas, y considerados como peligrosos algunos de sus principios, es indudable, por lo menos, que entre nosotros es el que mas ha contribuido á estender el conocimiento de los principios constitucionales. Con sus discursos, con sus escritos se formó la educacion de la España liberal ilustrada, y á él se debe indudablemente en gran parte que no hayan prevalecido los principios que dominaron en la formacion del código de 1812.

Enrique Benjamin Constant de Rebeque, nació en Lausana en 25 de Octubre de 1767, siendo su padre Justo Constant de Rebeque, originario de una antigua familia francesa, refugiado en el pais de Vaud, en Suiza, por causa de Religion, y Coronel de un regimiento suizo al servicio de Holanda. Fue su madre Enriqueta de Chaudieu, hija tambien de franceses refugiados, que perdió la vida al dársela á su hijo Benjamin. Tenia su padre ciertas preocupaciones contra los colegios públicos, y quiso ensayar la educacion doméstica, tomando al efecto y despidiendo sucesivamente á varios preceptores. Uno de ellos tuvo un pensamiento bastante ingenioso: « consistia, dice Benjamin Constant, en unos fragmentos

de Memorias , en hacer que yo mismo inventára el griego para aprenderlo. Propúsome el formar para nosotros dos una lengua, que solo nosotros comprendiésemos. Gustóme mucho la idea, y formamos por de pronto un alfabeto, en el cual cada palabra francesa estaba traducida por otra griega. De modo que todas ellas quedaban admirablemente grabadas en mi entendimiento, creyéndome su inventor. Sabia ya un sin número de palabras griegas, y me ocupaba en dar á aquellos términos de creacion mia leyes generales ; es decir , que sin saberlo , aprendia la gramática griega.»

Precisado su padre á despedir á varios preceptores , resolvió colocar á su hijo en una Universidad de Inglaterra , y llevó al jóven Benjamin Constant al Colegio de Oxford ; pero un jóven de 12 años podia progresar poco en una Universidad , á la cual hasta los mismos ingleses no van á terminar sus estudios sino á los 20 años. Aprendió alli el idioma inglés , y precisado su padre á dejar la Inglaterra para ir á Alemania , le colocó en la Universidad de Erlang. Fue admitido en la pequeña corte de la Mangravesa de Bareith , con la afeccion que

tienen los Príncipes que se fastidian , con los extranjeros que los entretienen.

En 1783, y precisamente en lo mas acalorado de la querella del pais de Vaud contra las pretensiones de la ciudad de Berna , le llamó á sí su padre; y lo que oyó contra las exigencias aristocráticas de los Berneses , contribuyó á grabar en su corazon impresiones indestructibles de libertad. En el mismo año pasó Benjamin Constant á Edimburgo , donde era moda entre los jóvenes el trabajar , y se entregó al estudio con tal ardor que llegó á hacerse en él una costumbre. Causóle agradable sorpresa á un tiempo la dulce y sencilla hospitalidad que distingue á la nacion escocesa , y la tierna amistad que le profesaron los Lores Machintosh, de Laing, Wilde, Graham y Erskine. Terminados sus estudios en Escocia, pasó Benjamin á París , y se hospedó en casa de Mr. Suard , cuya sociedad, compuesta de Morellet, Marmontel, Lacrosette, La Harpe , y de casi todos los académicos filósofos , ejerció sobre su espíritu una influencia , á la cual no pudo superponerse en mucho tiempo.

Algunos estravios de la juventud le obligaron á ir á Bruselas , á donde llegó con el amor de

la libertad que habia adquirido en la Universidad de Edimburgo , compuesta de wighs. La escuela escocesa comprendia la libertad menos como derivada de un principio divino , natural ó filosófico , que como una série de libertades establecidas por las leyes , ó conquistadas por el uso. Aquellas primeras nociones influyeron mas adelante en la conducta entera , y en todos los escritos de Benjamin Constant. La escuela francesa comprendia menos la filosofía como ciencia de las facultades y deberes del hombre , que como un arsenal , donde el derecho de exámen podia acudir á buscar armas contra lo que queria destruir. En tal situacion de espíritu , y á la edad de 19 años , concibió Benjamin Constant el proyecto de escribir la Historia del Politeismo. Ya antes de pasar á Escocia , y cuando solo tenia 13 años , habia escrito y dedicado á su padre un Romance histórico , cuyos cinco primeros cantos existen todavia , y cuyo título era *Los Caballeros*. Esta produccion , en que la candidez y la exageracion de la infancia forman un bello contraste con las reminiscencias de una memoria feliz , y las tentativas escébricas de una imaginacion jóven , anunciaba un espíritu inclinado al

trabajo , y un gran deseo de gloria. Estas dos cualidades le inspiraron la prematura idea del Politeísmo. « No tenia , dice él mismo , ninguno de los conocimientos necesarios para escribir regularmente cuatro renglones sobre este asunto. Nutrido con los principios de la filosofía del siglo XVIII , era mi único pensamiento el contribuir por mi parte á la destruccion de las que yo llamaba preocupaciones. Me habia apoderado de un aserto de Helvécio , que pretende que la religion pagana era en mucho preferible al cristianismo ; y con algunos hechos tomados al aeaso , y con muchos epigramas y declamaciones que creia nuevas , pensaba apoyar un dicho que no habia examinado ni profundizado. Si me hubiese entregado menos á todas las impresiones que agitaban mi juventud , tal vez habria concluido en dos años un libro muy malo , que me hubiera proporcionado una reducida y efímera reputacion , y complacido mucho. Una vez ya comprometido , por amor propio no hubiera podido mudar de opinion , y adoptada así la primer paradoja , me hubiera sugetado por toda la vida.»

Su viaje á Alemania decidió su aficion al trabajo , y Gibbon , John de Muller , Kant , le

acostumbraron á una vida tranquila y estudiosa. Quiso contraer algunas relaciones en la sociedad; pero inesperto y tímido fracasaba á menudo con la sutileza que dá la coqueteria á las mugeres, que no tienen ninguna otra. Pedia amor y le ofrecian amistad; y se enfurecia contra todas las mugeres que no disputaban con él sino sobre un sinónimo.

Regresó á París en 1787, y apenas conocia en aquella populosa ciudad mas que los hombres y las cosas que la casualidad le habia proporcionado. «Tengo, dice, tal pereza y tal falta de curiosidad, que jamás he ido de *motu proprio* á ver un monumento, ni un pais, ni un hombre célebre; me quedo donde la suerte me coloca.»

Su padre le llamó para enviarle á Brunswick donde le habia conseguido un empleo. Si la política escocesa le habia hecho admirar el sistema wigh; si el ódio de su padre contra la oligarquia de Berna le habia inspirado una desconfianza, que no se borró jamás, contra todas las aristocracias; una oculta inclinacion le hacia amar los pequeños Estados de Alemania. Las clases estan allí muy marcadas, pero la comunicacion de las personas borra en parte, lo que chocea en semejante

desigualdad ; si la aristocr cia de nacimiento infunde mas respeto , parece que la aristocr cia del talento obtiene mas consideracion. El poder oprime all  además con peso mas ligero ; y solo   cierta distancia se percibe su arbitrariedad. Los gobiernos antiguos son suaves , porque son viejos , y los nuevos son por esta misma causa insolentes y duros.

Benjamin Constant se casó en Brunswik , y regresó   Francia en 1797 . Reclamó y obtuvo el título de ciudadano francés , como hijo de correigionario , y publicó un folleto titulado : *De la fuerza del Gobierno actual de Francia , y de la necesidad de unirse   él*. Aquel escrito le enlazó con los republicanos mas puros , los amigos mas nobles de la libertad , Chenier , Daunou y Louvet ; publicó despues dos folletos , el *de las reacciones politicas* y el *de los efectos del terror* , cuyo objeto es el mismo , puesto que el uno prueba que las persecuciones sirven solo para suscitar y perpetuar los ódios ; y el otro , que el terror , inútil para la libertad , habia aunado todas las pasiones contra la república.

El club establecido en Clichy dió lugar   que se crease otro en el palacio de Salm. Aquella

reaccion constitucional facilitó á Benjamin Constant el medio de que se conociera cuanta buena fe habia en su corazon, cuanta adhesion en su carácter, cuanta sutileza en su espíritu. Si sus escritos de polémica le habian colocado en el primer lugar entre los escritores políticos, sus discursos animados, convincentes, llenos de agudeza, de elegancia y de ironia, le señalaron ya como un orador especial. Las amistades, cuando son largas, se hacen sagradas, y de aquella época datan las relaciones, tempestuosas alguna vez pero jamás interrumpidas, de Benjamin Constant con Mme. de Stael. Esta muger célebre se habia declarado adversaria de los Clichyanos, y su tertulia, de mucho atractivo por la sorprendente conversacion de Benjamin Constant, era dirigida por Mr. de Talleyrand, impaciente por los obstáculos que se oponian á la naciente república, y los estorbos que encontraba en el camino del ministerio. El club de Clichy luchaba contra la revolucion entera. El club constitucional de Salm, luchaba á la vez contra los hombres del terror y contra los realistas. Agriáronse los odios; Constant publicó en los periódicos algunos artículos contra el terror; quisiéronse servir

de sus doctrinas contra la república, y él mismo se refutó con tanta buena fé como talento. El Directorio quiso terminar unas querellas que su debilidad habia promovido, y no supo hacerlo sino por medio de un golpe de estado; el 18 Fructidor le dió por adversarios á todos los espíritus altivos, y á todos los corazones generosos; de allí provino la oposicion, á la cual sucumbió él mismo el 18 Brumario.

El primer Cónsul Bonaparte llamó al Tribunado á Benjamin Constant, el cual, á pesar de su admiracion por el héroe de Italia, llevado de su amor á la libertad, se colocó en la oposicion, que entreveia ya un futuro imperio en aquel consulado, y el poder del sable en las formas representativas. Irritábase Bonaparte de aquella oposicion pública, y decia á Benjamin Constant: «venid á hablar conmigo en mi gabinete; hay discusiones que solo se deben tener en familia.» Pero mas colérico contra el Tribunado: «Si les dejara hacer, decia, dentro de tres meses no existiria autoridad en Francia.» Fue creciendo la oposicion tribunicia; se resolvió la eliminacion; y el Tribunado quedó reducido á cincuenta miembros, siendo separados

de él cuantos hombres independientes habia , y casi cuantos eran hombres de talento , contándose entre ellos á Benjamin Constant.

Arrojada la oposicion del Tribunado , se refugió en los salones de Mme. de Stael. Benjamin Constant publicó las *Continuaciones de la contra revolucion de 1660 en Inglaterra*; y aquella reunion , en la que se hallaban varias personas distinguidas , disgustó al Emperador. Tanta franqueza de opinion, aquel valor de publicidad, dieron lugar á que se notificase á Mme. de Stael y á Benjamin Constant la orden de salir de Francia. Refugiaronse en Alemania , y este se estableció en Weymar, donde Goethe, Schiller y Wieland le inspiraron el pensamiento de trasladar al idioma francés el genio del teatro alemán; y si Wallenstein no consiguió este objeto, difícil é imposible tal vez , á causa de la diferencia entre las lenguas y los pueblos , no podrá negarse que el admirable prefacio que precede á dicha obra no haya introducido en Francia el gusto por la literatura alemana , cuya imitacion llegó á ser escesiva.

Hacia frecuentes viages á Copet, donde se hallaba Mme. de Stael, y las discusiones á que ellos

daban lugar produjeron la novela de *Adolfo*, estudio ingenioso del corazón humano, en que la delicadeza de las observaciones y las gracias del estilo, hacen olvidar la falta del drama y de la acción. La dulce y prolongada paz que le proporcionó su casamiento con Mme. de Hardenberg le inspiró la novela de *Cecilia*, episodio de la de *Adolfo*, y que la concluía, como la calma después de la tempestad; pero la separó sin embargo, cediendo á pesar suyo, á los consejos de Lady Holland, por no dividir el interés.

Benjamin Constant consiguió permiso para volver á Paris, pero no lo obtuvo para permanecer en dicha capital; regresó á Alemania, y se estableció en Goettinga. Allí concluyó su obra de *La Religión considerada en su origen, sus formas y sus desarrollos*. Mas adelante separó de ella la historia del *Politeísmo romano*, obra póstuma que el autor no pudo revisar ni concluir. Pero para descansar de sus estudios serios, y como por vengarse del largo destierro que pesaba sobre él, se dedicó á una composición mas frívola, y su poema *Florestan ó El Sitio de Soissons*, en nueve cantos, es una sátira.

ra ingeniosa, en la que la cortesania del lenguaje y la mas sutil ironía, esparcen el ridículo sobre la fama de sus enemigos, de sus adversarios y envidiosos; pero donde la cólera hiere alguna vez demasiado alto y con sobrada fuerza.

Los desastres de la guerra de Rusia sorprendieron á la Francia, que habia mandado á la Europa como señora; y por una reaccion necesaria, la Europa á su vez se desplomaba contra la Francia. Benjamin Constant, de vuelta á Paris, creyó que al fin podria realizar el deseo de toda su vida, viendo establecido de buena fé y sobre bases estables el gobierno representativo. Luchó primero contra las usurpaciones del poder real, pero en cuanto á la necesidad de unirse al poder monárquico, fue esta una idea que no abandonó en toda su vida. Era esencialmente hombre de transaccion, luchando siempre por la libertad, y jamás contra el gobierno establecido. Estuvo siempre animoso en la brecha; publicó varios artículos, y al dia siguiente de publicar el del 19 de Mayo, impregnado de cólera contra el hombre que dos veces le habia proscrito, *aquel mismo hombre habia*

reconquistado el imperio con una velocidad que parece fabulosa. (*)

Benjamin Constant se refugió á casa del Cónsul americano, y creyó que debía abandonar á París. Asegurado por sus amigos, volvió á la Capital, y llamado por el Emperador, despues de tener una larga confereucia con él, entró en el Consejo de Estado. Este proceder contradictorio ha sido apreciado de diversos modos, y nosotros nos limitaremos á dar cuenta de las impresiones que él mismo experimentaba, y depositaba en el seno de la mas intima y tierna amistad. En 1.^o de Abril de 1815 escribia: «Hace algunos dias que te escribí para decirte, cuan tranquila era mi posicion, y para asegurarte completamente en cuanto á mi y al porvenir de la Francia. No puede sospecharse que sea parcial con el Emperador, al tributar á su génio el homenaje que no se le puede negar. Me alejé de su imperio, porque me parecia que no daba bastante libertad á la Francia. He procurado sostener, en cuanto era dado á los esfuerzos de un simple ciudadano, á los Borbones en el Trono; creia que su debilidad era mas favorable para la libertad. Estaba

(*) Véase la biografía de Napoleon tomo II.

decidido á alejarme despues de su caida, cuando un cambio completo de sistema en el gobierno imperial, me ha hecho concebir esperanzas inesperadas. La mágia de la vuelta del Emperador, el universal asentimiento del ejército, la adhesion no menos general de la nacion, los principios liberales que ha proclamado, el modo como han permanecido á su vista sus mas animados adversarios, sin experimentar ninguna proscripcion, todo esto ha producido en los espíritus una revolucion decisiva en favor suyo. Es pues preciso que me persuada, que la Francia está en el dia indisolublemente unida á él; atacarle es atacar á la Francia, y el estrangero sabe cuanto cuesta. Asi pues, prepárate á venir por Suiza, si no puedes pasar por Francfort; pues haya guerra ó haya paz, no abandono mas la Francia.» Tal era la opinion de Benjamin Constant, este el sentimiento íntimo que dirigió su conducta, y que si abre campo á la discusion, debe por lo menos imponer silencio á la calumnia. Benjamin Constant estuvo encargado de redactar la famosa *acta adicional*; y las *Cartas sobre los Cien Dias* manifestaron la conducta del publicista durante aquel reinado, que principiaron 600 hombres en las arenas de

Cannes, y que destruyó un ejército en las memorables llanuras de Waterloo.

Verificóse en consecuencia la segunda restauracion, y Benjamin Constant abandonó de nuevo la Francia, no regresando á Paris hasta cerrada la lista de las proscripciones. Publicó su *Tratado de la doctrina política*, se consagró enteramente á la polémica, escribió en *El Mercurio*, *La Minerva*, *La Fama*, *El Correo* y *El Tiempo*; y en tan larga carrera periodística, siempre al frente de la oposicion, lleno siempre de valor, siempre en la brecha, teniendo siempre fé en la libertad y esperanza en el porvenir; sin alegría por el triunfo, y lleno de tristeza por los disgustos, las invectivas, las calumnias con que se le amargaba diariamente, veia agotarse su vida, ajarse y acabarse en una lucha tan continuada. Bajo el título de *Curso de política constitucional*, reunió algunos escritos de circunstancias que ya habia publicado antes; y en sus comentarios sobre Filangieri acometió á algunas cuestiones nuevas.

En 1819, á pesar de los esfuerzos del Ministerio, Benjamin Constant fue elegido Diputado per el departamento del Sarthe, y se colocó en-

tre los primeros gefes de la oposicion liberal. Infatigable en la tribuna, como lo habia sido en la imprenta, desplegó esa especie de lógica que brilla en sus escritos, y que consiste sobre todo en envolver á sus adversarios en una red de argumentos irónicos y sutiles. Fue, sino el mas elocuente, el mas ingenioso por lo menos, el mas constante y hábil defensor de la libertad. Su ironia escitaba una cólera, que se apaciguaba bien pronto con sus corteses modales. Si la derecha se sentia ofendida de alguna palabra, sin cortar el hilo de su discurso, buscaba un equivalente á aquella palabra, y si aun esta ofendia, la reemplazaba con otra. Esta presencia de espíritu, este profundo conocimiento de los recursos de la lengua, esta maravillosa degradacion de sinónimos dulcificados, sorprendia agradablemente aun á sus mismos adversarios. Benjamin Constant era mucho mas cáustico que Manuel, pero antes de picar mojaba en la miel su aguijon. Decialo todo, porque todo sabia decirlo.

Cuando Benjamin Constant se veia acosado por los que interrumpian, hacia fuego por todos lados, y se le escapaban una multitud de

dichos naturales y agudos. Sacaba partido de todo, de una carta, de una letra, de un hecho, de la menor circunstancia, de una comparacion histórica, de una confesion, de una esclamacion, de una palabra. Como un gabilan que acecha su presa con las garras abiertas, no tenia mas que cerrarlas para cogerla. Recostado en el extremo de su banco, con el oido atento y la pluma en la mano, devoraba el debate, á la tribuna y al orador. Tenia una atencion tan absorbente y tal facilidad en componer, que al escuchar el discurso de un adversario, escribia de corrido la refutacion, que leia inmediatamente en la tribuna. Pero preciso es decirlo, sus sustilezas en el estilo, aquella elegancia esquisita, aquel arte de sinónimos llevado al último extremo, quitan á los discursos parlamentarios su vigor, su natural flexibilidad, y hasta su misma gracia. Es preciso que la tribuna no se resienta demasiado de la academia, y que un orador no sea solo un artista. Cada lugar tiene su género, cada personaje su carácter.

Hay dos especies de dialéctica; una insinuante y aguda, y otra nerviosa y compacta. Una que resiste por el peso de los razonamientos, y otra

que se abre paso con las agudas puntas de sus dardos. Una que va derecha á la cuestion, y otra que da vueltas alrededor y que penetra en ella por las junturas. Benjamin Constant tenia esta especie de dialéctica.

Hay dos clases de elocuencia: una que sale del fondo del alma como de un manantial, y que con la abundancia de sus olas empuja delante de sí, destruye y sumerge á sus adversarios; y otra que multiplica sus redes alrededor de ellos, los atrae á sus lazos, los fascina con la vista, los entretiene, y los mata mordiéndoles de mil maneras. Benjamin Constant tenia esta última clase de elocuencia. Deslumbraba mas que inundaba calor; era mas diestro que vehemente, mas persuasivo que convincente, mas sutil que fuerte. Benjamin Constant era no solo un discuti-
dor de tribuna, sino tambien un gran publicista, y por este título se habia dedicado mas particularmente á la mision de proteger á los escritores. Benjamin Constant recordó siempre que antes de ser Diputado habia sido periodista, y esta era la parte mas bella de su gloria.

Sabiase que sin embargo de su fuerte oposicion en la tribuna, Benjamin Constant separa-

do de los agitadores , era enteramente extraño á cuanto pudiera amenazar la existencia de la Restauracion; que su oposicion era constitucional, firme y constante, pero leal y sin segunda intencion; y sin embargo , á él era á quien el ódio absolutista señalaba mas particularmente á los perturbadores que pagaba; á él á quien se amenazaba en Strasburgo, su casa la que se cercaba en Saumur, á él á quien pedian los procuradores generales que se persiguiese. Una felicidad completa para él , la única que disfrutó sin amargura, fue la de haber probado la inocencia de Wilfrid-Regnault , y salvado á este inocente del cadalso que le esperaba.

Conservaba el valor, pero las fuerzas estaban ya agotadas, y el contraste de una inteligencia elevada, entera todavia, en un cuerpo destruido, causaba á sus amigos y á la Francia un doloroso presentimiento. Obligado á soportar una operacion cruel , se retiró al campo. Hacia muchos años que indicaba diáriamente el único abismo en donde podia perderse la Restauracion , y la Restauracion no quiso dejar desairados sus vaticinios; aparecieron los decretos y estalló la revolucion de Julio de 1830. Benjamin Constant

salia apenas de manos del cirujano , cuando recibió un billete del General Lafayette , en que le decia : «Se juega aqui un juego terrible: nuestras cabezas son la apuesta ; venid á traer la vuestra.» Benjamin Constant no faltó ni á la libertad ni á sus amigos.

Sabidos son los grandes acontecimientos de aquellos memorables dias , y los hemos referido en otro lugar. Despues del 7 de Agosto , hablando Benjamin Constant en el Palacio Real con Mr. Laffitte , se le aproximó el Rey y le dijo: «Teneis hechos sacrificios superiores á vuestras fuerzas por la libertad ; esta causa nos es comun , y con placer mio vengo á ayudaros.»— «Señor , contestó Benjamin Constant , aceptaré este beneficio , pero la libertad es antes que el agradecimiento ; quiero permanecer independiente , y si vuestro Gobierno comete faltas , yo seré el primero en reunir la oposicion.»—«Asi es como lo entiendo , contestó el Rey. »

Grave error fue en Benjamin Constant el creer que podia ser impunemente funcionario é independiente. Habia bastado en otro tiempo para fascinarle el poder de Napoleon , y acababa de sucumbir al encanto de otro , y en sus mo-

mentos de transporte hacia mil elogios de la situacion , diciendo que tenian el ideal de un Rey ciudadano. Pocos dias despues , es verdad , salió de aquel encanto , é iba á romper las doradas cadenas que le aprisionaban. Hay siempre en el alma de los literatos un pequeño rincon donde se alberga el sentimiento democrático , que se ostenta por un lado ó por otro , por mas que esté desvirtuado por la corrupcion de los favores , de las dignidades y del oro. Entre todas las clases de una nacion , la de los literatos es la mas independiente , porque es la que tiene mas talento , y el talento es lo que hay mas independiente en el mundo. Benjamin Constant era literato , y tenia ademas una sed inmensa de popularidad , y preferia con razon la cualidad de periodista y Diputado á cualquiera otro encargo público. La imprenta y la tribuna le habian dado su fuerza y su gloria.

Pronto hubiera abandonado el botin para mezclarse en la refriega , y dimisionario ó destituido , no hubiera tardado en dar el grito de alarma en la oposicion. Pero estaban ya gastados los resortes de su vida. Su noble cabeza se inclinaba , y algunas veces la sugetaba con ambas

manos , cual si meditára sobre la vanidad de las revoluciones. Aquellos sueños de porvenir , aquellas hermosas ilusiones que durante quince años habian pasado por delante de sus ojos , se desvanecian una en pos de otra. Dominábanle negras tristezas é invencibles melancolias. Cadáver vuelto á echar en la oposicion , se arrastraba con trabajo desde su banco á la tribuna , y sus labios , que no podian ya sonreirse , dieron un adios á la libertad , y bajó con ella al sepúlcro. Benjamin Constant murió el 8 de Diciembre de 1830; habia creido morir en el triunfo, y se estinguió en medio de la desesperacion.

Tal fue la carrera política de Benjamin Constant, y para completar nuestro cuadro transcribiremos la descripcion que de sus cualidades fisicas y morales hace el autor de quien hemos tomado el epígrafe. «Era débil de cuerpo , un poco encorvado , con los brazos y piernas largos y delgados. Sus rubios y ensortijados cabellos caian sobre sus espaldas, y adornaban agradablemente su espresivo semblante. Cuando recitaba , lo hacia con tono monotonos; y cuando improvisaba, se apoyaba con las dos manos en el mármol de la tribuna , y precipitaba el flujo de sus palabras.

La naturaleza le habia negado todas las ventajas exteriores del porte, del gesto, y del órgano, de que ha sido tan pródiga con Berryer; pero suplía aquella falta á fuerza de talento y de trabajo. Entonces, un Diputado sumido en la meditacion de las leyes, examinando detenidamente los presupuestos, consagraba sus dias y sus noches á los trabajos parlamentarios. En el dia esto no es mas que un accidente, un pasatiempo, una distraccion, sino es ya una corbea.»







D. CARLOS DE BORBÓN.

D. CARLOS

DE BORBON.

« D. Cárlos ha sido el que ha suicidado su causa, y con ella á cuantos de buena fé se le alistaron.»

MEMORIA MILITAR Y POLITICA SOBRE
LA GUERRA DE NAVARRA: por D. José
Manuel de Arizaga.

Si hace seis años se hubiera tratado de escribir la biografía de D. Cárlos, con dificultad se pudiera decir acerca de él cosa ninguna que sirviera para el estudio imparcial y filosófico de la historia contemporánea. Los dos partidos que se disputaban entonces con encarnizamiento la

posesion del trono , y regaban los campos españoles con sangre vertida en fratricida lucha , hubieran querido ver en aquella biografia los estremos de una amarga sátira, ó los honores de un apoteosis. La menor alabanza arrancada á la imparcialidad , se hubiera mirado por los primeros como una defeccion ; los cargos mas fundados y las verdades mas palpables acerca de la debilidad del personaje por quien derramaban su sangre , hubieran sido mirados por los segundos como otras tantas diatribas.

En el dia la cuestion se ha fijado de tal modo, y es tan evidente para todos los partidos, que podemos escribir con entera seguridad de no escitar el menor resentimiento; y presentar á D. Carlos bajo el mismo aspecto que le dará la historia, cuando se hallen estinguidas las pasiones que ahora nos dividen , y roto enteramente el velo que las preocupaciones han puesto sobre nuestros ojos.

Vamos pues á decir cuanto sepamos bueno del prisionero de Bourges, sin omitir los cargos harto graves que contra él se han formulado por el mismo partido que vertiera por él su sangre, dándole la funesta celebridad de que disfru-

ta, como protagonista de la guerra civil mas sangrienta que ha visto la Europa del siglo XIX.

D. Carlos Maria Isidro de Borbon nació en 29 de Marzo de 1788, año de tristes recuerdos para la Real Familia, por el fallecimiento del Infante D. Gabriel, al cual siguió el bondadoso Carlos III que bajó al sepulcro en Diciembre de aquel mismo año; y dos dias despues de su nacimiento fue condecorado con el toison de oro y la Gran Cruz de Carlos III. La infancia de Carlos corrió unida á la del Príncipe de Asturias su hermano, y ambos se ligaron desde entonces con los vínculos de un estrecho cariño, que se profesaron toda su vida, fortificándose mas y mas con los padecimientos que les fueron comunes, y con la armonia que reinaba en sus ideas.

Luego que principió la discordia á ejercer su maligna influencia en el alcázar de nuestros Reyes, D. Carlos, resentido igualmente que su hermano de los desmedidos favores prodigados al favorito, se unió mas y mas con aquel, haciendo causa comun y fomentando el ódio que mutuamente le profesaban. Cuando Godoy fue creado Almirante, insultando á nuestra mori-

bunda marina , reuniéronse en Palacio todos los músicos de Madrid para dar una serenata al agraciado. El Príncipe de Asturias y su hermano , obligados á presenciar la fiesta, veían con adusto ceño aquel obsequio adulator , como un insulto que se les dirigia. En un arrebato de cólera dirigió el de Asturias á su hermano en voz baja , estas palabras llenas de profundo despecho; « Ve ahí como me usurpa un vasallo el amor de los pueblos : yo nada figuro en el Estado , y él lo puede todo. »—« No te apures por eso , le replicó D. Cárlos ; cuanto mas le den, mas tendrás que quitarle luego. »

No tardó mucho en llegar este caso , y los terribles sucesos de Aranjuez vinieron á realizar el profético *luego* de D. Cárlos. Este , como era de suponer , aplaudió el triunfo de su hermano; y al entrar con él en Madrid recibió igualmente no pequeña parte del entusiasmo popular, que tan altamente se pronunciaba á favor del nuevo Monarca.

Pero no fue muy larga su permanencia en la Corte , pues el 5 de Abril salió presurosamente para Búrgos , acompañado del Duque de Híjar, D. Pedro Macanáz y D. Pascual Vallejo , espe-

rando encontrar allí á Napoleon , segun aseguraba el ambicioso Murat, cuyas miras se dirigian á que se alejasen todas las personas de la Familia Real, para poder ocupar el trono español , al que se creia destinado por el Emperador. Al llegar D. Carlos á Búrgos, viendo frustradas sus esperanzas, avanzó hasta Tolosa , donde se detuvo al fin temeroso de algun engaño.

El dia 14 llegó Napoleon á Bayona , donde habia determinado llevar á cabo su maquiavélico plan ; y D. Carlos corrió al punto á encontrarle en aquella poblacion, y cumplimentarle de parte del Rey su hermano, que con aquella fecha arribara á Vitoria. Napoleon no le recibió bajo frívolos pretextos , y no tardó el Infante en saber los conatos del Emperador, que ya se iban haciendo públicos : para colmo de infortunio , llegó Fernando al mismo pueblo cuatro dias despues, alucinado por las sugeriones de sus imbéciles consejeros. No tardaron en verse realizados los planes de Napoleon , y el dia 30 de Abril los Reyes Padres entraron en Bayona, poniéndose en sus manos. En esta ocasion , al ver Carlos IV á sus hijos al pié de la escalera del Palacio , no pudo menos de manifestar señales de indignacion;

pero reponiéndose algun tanto , saludó á D. Cárlos, á quien su Madre estrechaba en sus brazos, y principió á subir la escalera sin dirigir la palabra al hijo mayor.

Bien sabidas son las ruidosas escenas de Bayona, en que la Familia Real de España , harto abatida , se arrastró por el polvo á los pies del soldado venturoso. Durante ellas , se dice que D. Cárlos mostró bastante energía , exhortando continuamente á su hermano á llevar con valor su desgracia, y responder con dignidad á los insultos de sus astutos opresores. Si esto es cierto, preciso será tambien confesar , que sus consejos debieron hacer muy poca mella en el ánimo de su hermano , si examinamos con detencion su conducta en Bayona. Tanto uno como otro se avinieron al tratado de 12 de Mayo, estipulado entre Duroc y Escoiquiz, por el cual renunciaban todos sus derechos, y en cambio les dejaba Napoleon una renta, la cual para D. Cárlos era de 400,000 francos , y el título de Infante. Pero pocos dias despues pasaron de huéspedes á prisioneros , con poco trabajo y menos honra del *hombre grande*, cuyas hazañas, á juzgar por las de nuestra patria , seria preciso rebajar uo

poco , á despecho del fanatismo francés.

No entraremos aquí á calificar las célebres cartas de Fernando VII á Napoleon , cuya autenticidad es tan controvertida : en todas ellas se ve un párrafo final , en que Fernando cumplimenta al Emperador , á nombre de su tío y de su hermano. Napoleon añadió en Santa Elena , que Fernando le habia ofrecido á su hermano Don Carlos para mandar los regimientos españoles que iban á Rusia ; y aunque las *lamentaciones de Santa Elena* no merezcan la mayor fé , tenemos motivo para pensar , que la mayor parte de los españoles prisioneros , á quienes se hizo tomar las armas para aquella espedicion , fueron alucinados con la idea de que el hermano de su Monarca se pondria á la cabeza de ellos. Durante la estancia en Valencey , concluyó de estrecharse entre los dos hermanos aquella simpatia y tierno cariño , con que se amaron hasta los últimos años de la vida del Monarca , en que el pleito sobre la sucesion á la corona vino á dividir sus voluntades. Naturalmente la desgracia tiende á unir los ánimos , y aun cuando su residencia en Valencey no fuese realmente una prision , como tal la debian considerar los que acababan de

cambiar el trono por un húmedo y desmantelado palacio, en donde se veían espiados por una servidumbre en gran parte sobornada, y acosados por los pérfidos halagos del astuto diplomático Talleyrand, dueño de aquel sitio. Durante toda aquella época no se dismintió el carácter religioso de D. Carlos, antes bien supo hallar en su piedad recursos y consuelos para su hermano y para si, dando al mismo tiempo muestras de generosidad y beneficencia.

Llegó por fin el momento apetecido de regresar á España, como lo verificaron á fines de Marzo de 1814, cuando iban á cumplirse los seis años de emigracion. En virtud del tratado que se otorgó entre el Duque de San Carlos y Laforest, pasó Fernando VII el Fluvíá, el dia 24 de dicho mes quedando en rehenes el Infante D. Carlos en Perpiñan, y en poder de Suchet, hasta que se cumpliera lo pactado. Pero no duró mucho su retencion, pues dos dias despues pasó igualmente el Fluvíá y corrió á Gerona para reunirse con su hermano. Díjose que Suchet habia consentido en la devolucion de D. Carlos, á pesar de no haberse cumplido lo pactado, por congraciarse la voluntad del Monarca, y obtener la posesion de la Albufera

de Valencia, que codiciaba. Juntos los dos hermanos, recorrieron las capitales de Aragon y Valencia, dando tiempo á que se realizasen los planes de reaccion, que durante el viaje habian meditado; hasta que llevados á cabo en toda su estension, entraron en Madrid el dia 13 de Mayo.

Poco ofrece de notable el periodo de los seis años siguientes para la biografia de D. Carlos: viósele durante él acompañar de continuo á su hermano en sus frecuentes visitas religiosas, y actos exteriores de devocion, los cuales á la verdad eran en D. Carlos mas espontáneos que en su hermano. Guiábale en estas prácticas de Religion el célebre Ostolaza, que tan malas pruebas dió de su piedad con su conducta posterior. Llegó entretanto la época del doble casamiento de ambos hermanos con las Infantas de Portugal, habiendo correspondido á D. Carlos la Infanta Doña Maria Francisca de Asis, la cual habia nacido en Lisboa el dia 22 de Abril de 1800. Harto chocante seria el paralelo que pudiéramos hacer entre los dos matrimonios, y los opuestos caracteres de los cuatro esposos: por una parte, el Rey dotado de un génio asaz burlon y desenfadado, contaba con una esposa amable y bella, pero mal correspon-

dida. D. Cárlos por el contrario, dotado de un carácter grave y austero, se hallaba ligado á una Princesa un tanto altiva y no escasa de ambicion, pero fielmente correspondida de su esposo. Bajo este concepto no podia D. Cárlos menos de mirar con desagrado las nocturnas escapatorias y las galantes aventuras de su hermano. Algunos que se creen bien informados en las crónicas del Real Palacio, aseguran, que D. Cárlos, creyendo comprometida su conciencia con un dilatado silencio sobre el particular, hubo de revelar á su augusta cuñada alguna parte de estas aventuras, lo cual produjo una sorpresa, dispuesta por la agraviada, pero que hubiera sido de muy malos resultados para D. Cárlos, á no haber cortado la disputa la Infanta Doña Francisca, que principiaba ya desde entonces á ejercer no poco ascendiente sobre el ánimo de su cuñado. No tardó en restablecerse la buena armonía entre los dos hermanos, y en virtud de ella fue nombrado D. Cárlos, Generalísimo del ejército español, mientras que al Infante D. Antonio se le adjudicaba el cargo de Almirante, sarcasmo el mas sangriento de nuestra marina. Antes de este cargo, habia ejercido D. Cárlos el de Coronel de la Briga-

da de Carabineros reales de caballeria, que era el cuerpo mas brillante que tenia entonces el ejército español.

Llegaron en fin los borrascosos dias de Marzo del año 1820, en que el pueblo de Madrid, rompiendo el freno que hasta entonces le habia sujetado, proclamó tumultuosamente la Constitucion, y llevó las amenazas y el asombro hasta dentro del régio Alcázar. El Monarca desprevenido para tal conflicto, abandonado por uuos y malamente vendido por otros, conoció la necesidad de mudar de sistema, y firmó el decreto de 3 de Marzo en el que decia: «Que deseando llevar á cabo sus paternas deseos, y conformándose con el parecer de su Augusto Hermano el Infante Don Carlos, y de la Junta que este presidia, mandaba que el Consejo propusiese los medios que creyese oportunos para llenar en lo futuro sus altas funciones.» El objeto era formar un Consejo de Estado numeroso, que supliese las veces de unas Córtes: pero este remedio era ya tardio, y creciendo de hora en hora el movimiento popular, obligó al Rey á jurar la Constitucion que seis años antes derrocara.

Con este motivo, D. Carlos daba el dia 14 de

aquel mes la siguiente proclama á las tropas, como Generalísimo de ellas. «Soldados: al prestar en vuestras banderas este juramento á la Constituciou de la Monarquía, habeis contraido obligaciones inmensas: carrera esclarecida de gloria se os está preparando. Amar y defender la patria, sostener el sόlio y la persona del Rey, y enlazaros con el pueblo para consolidar el sistema constitucional, estas son vuestras obligaciones sagradas, y esto es cuanto el Rey espera de vosotros, y lo mismo cuyo ejemplo os prometo de mi parte. Vuestro compañoero —CARLOS.» En efecto aquel mismo dia habian jurado la Constitucion en manos del Rey los Infantes D. Cárlos y D. Francisco, y el Cardenal Borbon, Arzobispo de Toledo.

Cuando posteriormente se ha echado en cara estos hechos públicos á los que pretendian aclamar á D. Cárlos por Rey absoluto, estrañando tal perjurio en hombre tan religioso, han tenido que apelar á la coaccion moral, que dicen experimentó la Real Familia para prestar aquel juramento. Lo cierto es que el partido liberal consideró siempre á D. Cárlos, como enemigo del nuevo régimen, y sus sospechas se confirmaron

al ver que se contaba con él para llevar á cabo el descabellado plan del desgraciado Vinuesa, y al hallarlo comprometido en los ruidosos acontecimientos del 7 de Julio, por las revelaciones de los prisioneros. Amargos ratos debió experimentar y sufrió en efecto el Infante, durante los motines y tumultos que estallaban entonces con frecuencia á las puertas del régio Alcázar; y no menos al atravesar la mitad de España, seguido por las Córtes, y escoltado por la Milicia, hasta verse encerrado en los muros de Cádiz, en compañía de su Augusto Hermano y toda la Real Familia.

Pero libre de su cautiverio, merced á los hijos de San Luis, D. Carlos pudo desquitarse á su sabor de las pasadas humillaciones, y lo hizo en efecto, exhortando á su hermano, harto irritable, á llevar á cabo la reaccion principiada á que se hallaba tan inclinado. Con todo, llegó un dia en que el Rey creyó de su deber el refrenar aquella democrácia anómala, que principiaba á entregarse á sus instintos, escudándose con el nombre mismo del Monarca. Entontes los realistas exaltados (ó como ellos dicen *netos*), no viendo ya en el Rey, el hombre que necesi-

taban para llevar adelante sus proyectos, principiaron á fijar sus miradas en D. Cárlos, que por otra parte se presentaba como heredero presunto de la corona. Entonces el cuarto de Don Cárlos vino á ser en España lo que el pabellon *Marsán* en las Tullerías, el foco de la reaccion mas exagerada; y como tal le denunciaron varios folletos impresos en el extranjero, á los cuales hubo de contestar el Sr. Hermosilla, de Real órden. Algunos han disculpado á D. Cárlos de estas intrigas, cargando su odiosidad sobre la Infanta Doña Maria Francisca, Princesa de un temple de alma asaz fuerte, y que por tanto avasallaba fácilmente el ánimo de D. Cárlos, ignorante muchas veces de los sucesos, para los cuales se hacia servir su nombre. No tardaron estas intrigas en dar funestos resultados, tales como la conspiracion del Royo Capapé en Zaragoza, y el levantamiento de Bessieres en Brihuega, que descubrieron la fragua donde se forjaban aquellos tumultos. Las dos cartas que presentó el primero para su defensa, y que segun se dijo eran originales de D. Cárlos, fueron presentadas al Rey, el cual no debió darles mucha importancia, (caso que sea cierta la presentacion

de dichas cartas), pues no alteraron la cordial amistad, que reinaba entre ambos. Pero cuando llegó la hora del rompimiento, el Rey echó en cara á su hermano, tanto estos sucesos como los de Cataluña. En la de 20 de Mayo de 1833, alegándole los motivos que tenia para alejar su persona de la península, le decia. «No es mi ánimo acusar tu conducta por lo pasado, ni recelar de ella en adelante: sobradas pruebas te he dado de mi confianza en tu fidelidad, á pesar de las inquietudes que de tiempo en tiempo se han suscitado, y en que tal vez se ha tomado tu nombre por divisa. A fines del año pasado se fijaron y esparcieron proclamas, escitando á un levantamiento para proclamarte por Rey, aun viviendo yo; y aunque estoy cierto que estos movimientos y provocaciones sediciosas se han hecho sin anuencia tuya, *por mas que no hayas manifestado públicamente tu desaprobacion*, no puede negarse de que tu presencia ó tu cercanía seria un incentivo para los díscolos, *acostumbrados á abusar de tu nombre.*»

Antes de llegar Fernando al extremo de hacer tales recriminaciones á su hermano, habian mediado entre ellos graves motivos de disgusto. La

muerte de la Reina Amalia habia privado á la Infanta Doña María Francisca del grande apoyo que aquella por diferentes aspectos prestaba á sus miras; y el casamiento del Rey con Doña Maria Cristina vino á dar la influencia que perdia la esposa de D. Carlos, á su eterna rival la Infanta Doña Luisa Carlota, esposa de D. Francisco. Parecia que la Providencia se habia propuesto destruir las esperanzas de D. Carlos, desde el momento en que su nombre habia sido invocado para derribar la corona de la cabeza de su hermano; y la sucesion que tuvo este de su último matrimonio, vino á colocarle en una posicion harto embarazosa. Los sucesos de la Granja y la enfermedad del Rey, vinieron á producir una crisis, en la que D. Carlos principió á declarar su carácter. Consultado Calomarde sobre las providencias que deberian tomarse, manifestó que los voluntarios realistas del Reino y gran parte del ejército proclamarían á D. Carlos al punto que el Rey falleciese; y que solo podia evitarlo el mismo D. Carlos, si diese su palabra de sostener la Regencia: pero este se negó, no solamente á entrar de Consejero de la Reina para el despacho de los negocios, sino tambien á en-

trar de co-Regente, y contestó al Conde de la Alcudia que le habia hecho estas propuestas «que su conciencia y su honor no le permitian dejar de sostener unos derechos tan legítimos, que Dios le concedió cuando fue su santa voluntad que naciese.»

A pesar de esta firmeza aparente de D. Carlos, y del dictado de *Magestad* que principiaban a prodigarle los cortesanos, se hallaba indeciso y fluctuante en sus operaciones. Los hombres exagerados del partido realista han echado constantemente en cara á D. Carlos, el haberse negado en aquella ocasion á tomar medida alguna, y no han hecho un misterio de los nombres de las personas, que tal disposicion le aconsejaron. Pero D. Carlos se negó constantemente á tomar ninguna, interin respirase su hermano; y este rasgo de pundonor y delicadeza ha sido continuamente el objeto de censura de los realistas exaltados ¿Cuál hubiera sido entonces la suerte del Trono y de España, si D. Carlos se hubiera dejado llevar por un momento de un arrebato de ambicion? A una voz suya 200,000 voluntarios hubiesen aclamado su nombre; la mayor parte de las autoridades militares y civiles, de grado ó por fuerza,

hubieran alzado en su nombre los pendones, y cuando el Monarca hubiera vuelto á la vida, se viera precisado, cual otro Wamba, á ocultar su despecho y llorar sus pasados estravios en la soledad de un claustro.

La inesperada mejoría del Rey, y la llegada de la Infanta Doña Luisa Carlota, destruyeron en un momento todos los proyectos de los carlistas; y los que se habian adelantado á tomar algunas disposiciones para inaugurar el nuevo reinado, tuvieron que sufrir las consecuencias de su precipitacion. D. Cárlos continuó, á pesar de las instancias de su partido, en el empeño de que no se tomase disposicion ninguna, y vió con sentimiento levantarse varias partidas en su nombre, y en especial la del Coronel Campos que cayó en breve prisionero, y comprometió con sus revelaciones á la Junta carlista. Exasperado D. Cárlos, se negó á oir los consejos de los que se proponian dirigir su causa; y su inflexibilidad en esta parte, les obligó á trasladar sus reuniones á la habitacion de la Princesa de Beira.

El gobierno para cortar estas tramas, ordenó á D. Luis Fernandez de Córdova, Plenipo-

tenciario á la sazón en Portugal, obtener á toda costa de D. Miguel, que llamase á su lado á la Princesa de Beira. Cuando iba á verificarse, Don Carlos, conociendo el objeto que en esto se llevaba, pidió licencia para pasar con su esposa á Portugal por una temporada, la cual le concedió el Gobierno con mucho gusto. Dícese que el Infante hubo de tomar esta medida, para evitar el verse desterrado por su hermano si se negaba á reconocer y jurar á la Princesa de Asturias; ó arrestado, si el Rey llegaba á fallecer. En virtud de esta licencia, salió D. Carlos de la Corte, para no volverla á ver, el día 16 de Marzo de 1833, acompañado de su familia, de la Princesa de Beira, D. Sebastian y su esposa. El gobierno comisionó al Coronel de Coraceros, D. Vicente Minio, para escoltarlos hasta la raya, advirtiéndole en las instrucciones reservadas, «que Don Carlos no llevaba en su viaje á Portugal investidura alguna de mando, siendo solo el referido Minio el único responsable al Rey de la menor falta, prohibiéndole espresamente el dictar, ni consentir ninguna clase de disposiciones que alterasen la ruta prescrita, y las órdenes especiales con que iba autorizado.»

Acercábase el día señalado para jurar á la Princesa Isabel , y con este motivo escribió el Rey á D. Carlos , con fecha 21 de Abril , diciéndole que manifestase francamente si pensaba prestar el juramento ó no. Esta carta le fue entregada por Córdoba en Ramalao, donde residia el Infante , á las inmediaciones de Lisboa. Este contestó negativamente con fecha 29 del mismo. « Lo que deseas saber es , (decia en su carta) si tengo ó no tengo intencion de jurar á tu hija por Princesa de Asturias. ; Cuanto desearia el poderlo hacer ! Debes crecme , pues me conoces, y hablo con el corazon , que el mayor gusto , que hubiera podido tener seria , el de jurar el primero , y no darte este disgusto y los que de el resulten ; pero mi conciencia y mi honor no me lo permiten ; tengo unos derechos tan legítimos á la corona , siempre que te sobreviva y no dejes varon , que no puedo prescindir de ellos ; derechos que Dios me ha dado cuando fue su voluntad que yo naciese , y solo Dios me los puede quitar concediéndote un hijo varon , que tanto deseo yo , puede ser que aun mas que tu. » La carta concluia de esta manera. « A Dios , mi muy querido hermano de mi corazon : siempre

lo será tuyo , siempre te querrá , siempre te tendrá presente en sus oraciones, tu mas amante hermano—M. CARLOS.»

A esta carta acompañó D. Carlos una protesta , que dirigió igualmente por el correo á los Obispos, Grandes, y altos funcionarios del reino, á cuyas manos no llegaron , pues el Gobierno estrajo los pliegos del correo. Igual copia dirigió á todos los gabinetes Europeos , y en especial á los de Francia é Inglaterra, á donde partió á entregarlos el titulado Baron de los Valles , de quien mas adelante habrá ocasion de tratar.

Siguióse á esta , una série de cartas y respuestas entre ambos hermanos , harto conocidas del público , por haber sido reproducidas por la prensa , poco tiempo despues de concluida la guerra civil. Por ellas se infiere que el Rey mandó á Don Carlos pasar á los Estados Pontificios , con cuyo objeto puso á su disposicion una fragata. Este no llevó muy á bien la órden , y despues de lamentarse de su destierro , esclama : *sin embargo de todas estas reflexiones, estoy dispuesto á hacer tu voluntad.* Contestando el Rey á sus quejas, dirige á su hermano el párrafo que se copió arriba , sobre conspiraciones fraguadas en su nombre;

y para evitar el contagió de Lisboa, le permite embarcarse en cualquier punto que le ofrezca comodidad en la bahia, ó á sus inmediaciones. Resentido algun tanto D. Cárlos del párrafo citado sobre conspiraciones, responde á su hermano estas palabras: «Solo tengo un sentimiento, que penetra mi coracion; y es, que estaba yo tranquilo de que tu me conocias, y estabas tan seguro de mi y de mi constante amor, y ahora veo que no; mucho lo siento. En cuanto á las proclamas no he desaprobado en público estos papeles, porque no venia al caso, y creo haber hecho mucho favor á sus autores, tan enemigos tuyos como míos, y cuyo objeto era como he dicho arriba, romper ó cuando menos aflojar los vínculos de amor, que nos han unido desde nuestros primeros años.» En seguida ofrece embarcarse para los Estados Pontificios, asi que hubiese pasado la fiesta del Corpus en Mafra. Efectivamente pensaba D. Cárlos realizarlo asi; pero cediendo á las sugeriones de cierta persona de su comitiva, que influia mucho por entonces en su ánimo y su conciencia, tuvo la debilidad de faltar á su palabra, y en vez de embarcarse tomó el camino de Coimbra, con el pretexto de

ver á D. Miguel antes de embarcarse, pero en realidad por alargar su permanencia en Portugal. El Rey que habia aprobado la detencion de Don Carlos en Mafra, hasta pasar el Corpus, quedó muy sorprendido con el repentino viaje á Coimbra, y asi lo manifestó á su hermano con marcada desaprobacion y disgusto, por lo mucho que comprometia sus relaciones con Portugal: ademas le echaba en cara el no haber cedido á las razones de Córdoba, que se opuso abiertamente al viaje á Coimbra.

Terminado este, D. Carlos tomó por pretesto para no embarcarse, al cólera que devastaba á Portugal y que interceptaba el camino, lo cual dió motivo al Rey para echarle en cara su imprudencia en haber faltado á sus órdenes, internándose en un pais contagiado, cuando lo que dictaba la razon era huir de él cuanto antes; y para quitar toda escusa que pudiera oponer al embarque, le permitia hacerlo en cualquier punto de la costa hasta Vigo. En esta carta se leian cláusulas llenas de la mayor acrimonia. « Si te hubieras embarcado, le decia el Rey, cuando yo lo determiné, y me decias *te daré gusto y te obedeceré en todo*, hubieras prevenido el contagio

de Cascaes ; si aun despues de tus primeras demoras no hubieses emprendido la jornada de Coimbra contra mi espresa prohibicion , hubieras podido estar á bordo el 10 ó 12 , cuyo plazo te fijé ; si hallando en ese funesto viaje infestada la villa de Caldas , hubieras retrocedido como dictaba tu seguridad , ya que nada valgan para ti mis mandatos, no ballarias ahora tomado el camino de tu vuelta por una linea de pueblos contagiados.» La carta concluia con estas terminantes palabras: «Esta será mi última carta si no obedeces ; y pues nada han podido mis persuasiones fraternales en casi dos meses de contestaciones, procederé segun las leyes si al punto no dispones tu embarque para los Estados Pontificios, y obraré entonces como Soberano.» Cumplió el Rey su palabra , pues desentendiéndose de otras dos cartas que le dirigió alegando varias excusas para diferir el embarque , le contestó de oficio y en tono de mando , con una orden fecha 30 de Agosto , mandándole embarcarse al punto y sin excusa alguna. En ella, prescindiendo del tono familiar y cariñoso que hasta entonces habia usado , hablaba como Rey, y concluia diciéndole : «Yo miraré cualquiera es-

cusa ó dificultad con que demoreis vuestro viaje, como una pertinacia en resistir á mi voluntad, y mostraré como lo juzgue conveniente, que un Infante de España no es libre para desobedecer á su Rey.»

De este modo concluyó aquella célebre correspondencia que ya pertenece á la historia, y que por cierto hace muy poco honor á D. Carlos, rebelde á los mandatos de su Rey, cuando debiera ser el primero en acatarlos. Si hubiera obedecido, la desgracia misma que sublima á sus víctimas, le hubiera creado mayor número de admiradores: la rebelion por el contrario le enagenó muchos ánimos. El cielo mismo hubo de castigar su desobediencia, pues lejos de servir á sus miras la estancia en Portugal, no produjo resultado alguno favorable á su causa, y antes le colocó en una posicion que pudo serle muy funesta, como bien pronto veremos.

Apenas falleció Fernando VII, un mes despues de su última carta á D. Carlos, cuando al punto principiaron á pulular numerosas partidas que le proclamaban por Rey. Entonces principió á usar este título, y como tal procedió á nombrar personas para su gobierno; siendo notable

que á pesar de tener á su lado en aquella época cinco Generales, un Intendente y varios empleados de alta categoria, nombró Ministro universal al Obispo de Leon. Este nombramiento retrata completamente las ideas, carácter y tendencias de D. Cárlos. Acto continuo publicó una proclama que decia: «Cárlos V Rey de España á sus amados vasallos.—Bien conocidos son mis derechos á la corona de España en toda la Europa, y los sentimientos en esta parte de los Españoles, que son harto notorios para que me detenga en justificarlos.

Ahora soy vuestro Rey, y al presentarme por primera vez á vosotros bajo este título, no puedo dudar un solo momento que imitareis mi ejemplo sobre la obediencia que se debe á los Príncipes que ocupan legitimamente el trono.» Efectivamente los Españoles le obedecieron á él lo mismo que él habia obedecido la orden de su hermano para salir de la Península. El estilo de esta proclama era tan ramplon, que la prensa hizo á D. Cárlos la burla de reproducirlo, y mas adelante sirvió de testo al sarcástico Fígaro para ponerlo en ridículo.

El Gobierno por su parte tomó algunas providencias contra D. Carlos, y entre ellas fue la principal confiscarle los bienes por una Real orden fecha 13 de Octubre. El 23 se le presentó el Embajador Córdova, y le entregó una Real orden en que se le declaraba por conspirador, en atencion á su conducta rebelde y contumaz. D. Carlos la leyó y respondió « quedo enterado: veremos quien tiene mas derechos: yo tambien usare de los mios. » En efecto, dos dias despues publicó un manifiesto desde su palacio de *Castello-Branco*, en el que manifestaba á la nacion los pasos que habia dado para ser reconocido por Rey, y las contestaciones que sobre este particular habia tenido con el Rey su hermano, y despues con la Reina Viuda. El Gobierno en vista de esto, mandó al General Rodil, Comandante de la raya de Portugal, que se apoderase de D. Carlos por medio de un golpe de mano, que hubiera llevado á cabo otro general mas atrevido. Parecia la empresa tan fácil al Gobierno, que hasta se designaba á Badajoz para punto de prision; pero el General Rodil reclamó mas tropas, y otros varios objetos que creia de absoluta necesidad. En efec-

to, equipó una columna de portugueses pasados que habia en Ciudad-Rodrigo, la envió á reforzar la villa de Marvan sitiada por los Miguelistas, y tomó algunas medidas para sorprender á D. Carlos; pero habiendo tenido este algunas noticias, mudó de lugar y evitó el golpe. Noticioso el Coronel del regimiento de Castilla de que D. Carlos se hallaba en Miranda, sorprendió infructuosamente aquel punto, y al dia siguiente el de Braganza, que habia abandonado ya D. Carlos, aunque perdiendo parte de su equipaje.

Por fin logró D. Carlos reunir en Villareal unos 300 carlistas, que habian pasado á Portugal de varios puntos de la Península: pero entre ellos habia una partida de liberales y contrabandistas Ceclavineros, que se habian propuesto apoderarse de D. Carlos por medio de una estratagema. Hallábase al frente de ellos un aventurero que habia dirigido en Aragon la trama para prender al Baron de Hervés, y habiendo pasado á Portugal con unos cuantos matones, fingiendo ser un cabecilla derrotado, habia conseguido ya captarse la benevolencia de D. Carlos, aparentando un realismo furibundo.

Salvóse milagrosamente de este lazo, pues temeroso de la persecucion, se reunió D. Carlos con D. Miguel, cuya causa se hallaba aun en peor estado. Entonces el General Rodil invadió á Portugal con una division de 3,000 hombres, en combinacion con el Duque de Terceira, y acorralando á los realistas les obligaron á dispersarse. D. Carlos pretendia ponerse al frente de las tropas de D. Miguel, y que este se retirase á Yelves con una numerosa guarnicion, mientras que él sublevaba las Andalucias, y al frente de un numeroso ejército hispano-portugues pasaba á Madrid, de donde regresaria al punto para hacer levantar el sitio de Yelves y reconquistar á Portugal. Este grandioso plan que hace mucho honor á los conocimientos estratégicos del Generalísimo español y su Ministro universal, no debió gustar mucho al bueno de D. Miguel, que prefirió aceptar el tratado de *Evora-Monte* en 26 de Mayo de 1834. Hallábase á la sazón el Infante igualmente en *Evora*, y hubo de someterse á una estipulacion que obtuvo *Mr. Grant*, Secretario de la Legacion inglesa, de los Mariscales Terceira y Saldanha, por la cual D. Carlos debia embarcarse para

Inglaterra , como lo verificó en *Aldea Gallega*, puerto á tres leguas de Lisboa , y á bordo del *Donegal*, navío de guerra inglés

Llegó D. Cárlos con su familia y comitiva á Porstmouth el dia 12 de Junio, de donde al punto se trasladó á Lóndres , meditando ya los medios de su fuga , y regreso á España Valióse para ello , como es sabido , del célebre aventurero *Auget de St. Silvain*, á quien D. Cárlos dió despues en agradecimiento el título de Baron de los Valles. Este no solamente dispuso el viaje , sino que posteriormente se tomó la molestia de publicarlo, juntamente con otros varios sucesos de la vida de D. Cárlos, hasta el fallecimiento de su esposa. Para verificar la fuga obtuvo dos pasaportes con los nombres de *Tomás Saez y Alfonso Saubot*, negociante el primero y el otro propietario de la isla de la Trinidad. Conociendo las grandes dificultades de hacer el viaje por mar, prefirieron ir por tierra ; y despues de tomar varias providencias para burlar la policia , se embarcó D. Cárlos con Saint-Silvain en Brighton el dia 2 de Julio, y á las ocho de la noche entraron en el puerto de Dieppe. Pocas personas, aun de la familia, estaban en el

secreto, y para mayor seguridad se aparentó que D. Cárlos se hallaba enfermo en su cuarto, donde solo entraban la Infanta y la de Beira, el Obispo de Leon, el médico y ayuda de cámara, personas iniciadas tan solo en el secreto.

Después de haber descansado aquella noche en Dieppe, ínterin que la policia les entregaba nuevos pasaportes para Bagneres, arribaron á Paris al dia siguiente, y practicadas varias diligencias sobre sus negocios en el poco tiempo que se detuvieron en Paris, salieron de allí á las ocho de la noche. Al atravesar la plaza de Luis XV, donde una multitud de parisienses tomaba el fresco paseando, fue detenida la silla de los viajeros por un elegante carruage que le salió al paso: al mismo tiempo Saint-Silvain reconoció á Luis Felipe que se dirigia con su familia á Neully, y haciendoselo observar á D. Cárlos, le dijo: «Señor, ahí teneis á vuestro augusto primo el Rey de los franceses, que viene á desearos un feliz viaje.» Notando Luis Felipe la curiosidad con que le miraba uno de los viajeros, se quitó su sombrero blanco, y le hizo á D. Cárlos una cortesía que fue repetida por to-

da la familia. Concluida esta escena, dijo el ilustre viajero á Saint Silvain: « Mi primo Orleans no sospecha que estoy pasando por delante de él para romper en España su tratado de la cuádruple alianza.» El dia 6 de Julio llegaron los viajeros á Burdeos, y de alli salieron al dia siguiente para Bayona, favorecidos por el Baron Alberto Pichon de Longueville, acérrimo carlista, en cuya casa se habia hospedado. Durante el viaje no sufrieron ningun contratiempo; pero su zozobra era continúa al ver á cada paso el telégrafo, que quizá trasmitiese la noticia de su fuga y una órden de prision. Pero no fue asi, pues su aparente enfermedad habia engañado no solamente á nuestro Embajador en Lóndres, sino tambien al astuto Talleyrand.

Al dia siguiente á las diez de la mañana atravesaron por Bayona, y poco despues se reunieron con los guias que los habian de introducir en España. En el camino se les incorporó el Comandante de los gendarmes, que era conocido de uno de los guias, y que bien ageno de lo que pasaba trabó conversacion con D. Cárlos, y acompañó á los viajeros hasta *Sarre*. Aquella misma tarde á las seis entró en España D. Cárlos, y se

presentó á Zumalacarrégui en Elizondo, donde esperaba aquel al frente de su división: su conducta por entonces fue cual correspondía á la situación enteramente militar, limitándose á seguir la correspondencia exterior en compañía de su Secretario Cruz: su servidumbre era escasa, y su guardia tan solo 100 hombres y 20 caballos. «En el primer mes que habitó D. Carlos en el reino de Navarra (dice Arizaga en su memoria militar y política), sufrió una singular persecución que tuvo por objeto el plan de operaciones ostensibles de Rodil, el cual hizo tan enojosa su posición á este Príncipe, que una noche es indudable habría conseguido capturarlo, sin el auxilio de un pastor, que tomando la Real Persona sobre sus hombros y despeñándose por infinitos precipicios, que solo á él le eran conocidos, no hubiese logrado salvarlo, burlando la combinación de columnas que en todas direcciones le rodeaban.» A pesar de esto tardó mas de un año en premiar la lealtad de aquel hombre, á quien llamaban los carlistas por este servicio *el burro del Rey* (*).

(*) El pastor se llamaba Juan Bautista Esain y había nacido en el lugar de Larrainzar en Navarra. Apenas se proclamó á D. Carlos se presentó al General Eraso quien

No es aquí nuestro objeto trazar el lúgubre cuadro de la guerra civil, ni referir por menor las intrigas de la Corte de Oñate, á que dió lugar el carácter débil de D. Carlos, á pesar de lo mucho que se habia preconizado su energia. Retirado del ejército, al cual habia entusiasmado por algun tiempo con su presencia, se dedicó esclusivamente á obras de piedad y devocion exterior. Una turba de hombres osados y corrompidos, que despues del tratado Elliot se habian trasladado del interior de la monarquia á las Provincias Vascongadas, asediaron al Príncipe, y la empleomania transformó en Corte lo que nunca debiera haber despues de asegurado de su fidelidad, le empleó en el peligroso e importante servicio de confidente, y Zumalacarrégui le confió tambien misiones importantes en la noche del 24 á 25 de Setiembre de 1834. Esain sacó á D. Carlos de la cabaña de un pastor en que habia estado oculto algunas horas y acosado despues por las tropas de la Reina lo llevó en hombros por espacio de mas de tres cuartos de hora.

D. Carlos para premiar tan insigne beneficio concedió á Esain las gracias siguientes. Título de nobleza para él y sus descendientes, una pension para él y su familia de veinte reales diarios. Sus hijos varones debían ser educados por cuenta del tesoro en un colegio militar para salir de él en clases de Subtenientes. Por último él y sus hijos llevarían pendiente del cuello una medalla representando en un lado el retrato del Príncipe y en el otro las armas de la nobleza de Esain, compuestas de un geroglífico alusivo á la causa de todas estas mercedes.

pasado de un cuartel general. D. Carlos, si hemos de creer á los mismos que pelearon por su causa, tuvo poquísimos acierto en la eleccion de personas. Hombres de ideas exageradas, de un rigorismo furibundo, y nada sobrados de talento, merecieron su aceptacion: aun entre los eclesiásticos se le vió poco afecto siempre á los mas afables é instruidos, habiendo merecido su confianza algunos de ellos, cuyo recuerdo es un sarcasmo. En vano S. Santidad, conociendo el precipicio á donde le conducian, trató de separarlos de su lado, con amonestaciones y por otros medios indirectos y reservados; pero todo fue inútil, y aquellos hombres funestos para su causa, continuaron disfrutando de su privanza.

Cruzábanse entretanto las intrigas, caian unos tras otros los Generales y los Ministros, y con ellos los planes que cada uno habia introducido. Llegó á predominar por fin el de las expediciones, y á pesar de los mas amargos desengaños se decidió una gran expedicion al interior del reino, con D. Carlos mismo á su cabeza. Pero en vez de marchar á la ligera, como la razon y la táctica aconsejaban, arrastró consigo una inmensa falange de empleados y *ojalateros*, que entorpecian

las marchas , ocupaban los mejores alojamientos , y consumian un número inmenso de raciones.

Al llegar á Huesca halláronse los expedicionarios á la division Iribarren, que los atacó con mas brio que fortuna : entonces D. Carlos retrocedió á Quicena con la mitad de la division. ¿Por qué no condujo á la pelea aquellas huestes, que clamaban por socorrer á sus compañeros? ¿No se avergonzaba de permanecer escondido entre los bagajes , cuando su sobrino se batia con desesperado arrojo al pie del cerro de San Jorge, donde un antiguo Rey de Sobrarve tomara por blason las cabezas de cinco Reyes moros , que pasara á cuchillo en aquel mismo campo? Los panegiristas de D. Carlos no se verán por cierto apurados , para vindicar el valor del último Generalísimo Español, de la nota de temeridad.

D. Carlos se negó á seguir la victoria , á pesar del despecho de sus jóvenes Generales , que bramaban de corage ; y en seguida , desestimando el consejo de los militares , prefirió el de un eclesiástico , y condujo su ejército á las áridas montañas de Cataluña , despues de pasar el Cinca con no poca pérdida. Al ver fallidos sus planes, hambrienta y desmoralizada su gente, hubo de

repasar el Ebro, gracias al caudillo Tortosino: pero la sorpresa de Chiva le lanzó nuevamente á los ásperos puertos de Beceite y Fortanete, donde hubiera perecido de hambre la espedicion, si la victoria de Herrera no le hubiese abierto el camino para la capital. D. Cárlos llegó hasta Arganda, y perdió allí tres dias, ínterin que Espartero pasaba á sus inmediaciones á marchas forzadas para cubrir la Capital. Los consejeros de D. Cárlos habian soñado que á su aproximacion se les abririan las puertas, y contaban ademas con la cooperacion de los barrios bajos, cuyos individuos, convertidos algun dia en patriotas, habian de apalear á los que entonces defendian la metrópoli. Pronto pudieron conocer su error; y al ver salir de ella una division de 16,000 hombres, principiaron su retirada desde los cerros de Alcalá, no sin perder 600 al atravesar los llanos de Aranzueque.

La espedicion mermada, abatida y desmoralizada repasó el Ebro confusamente: principiaron entonces las recriminaciones y las intrigas: los gefes mas beneméritos fueron sepultados en castillos y calabozos, y se pidió contra ellos la pena capital. El mismo D. Sebastian, el vencedor de

Hernani, se vió desterrado, perdida la gracia de su tío , y envuelto en asquerosos procesos. El perjuro Arias Tejeiro, que tratando de borrar la memoria de su pasado liberalismo aparentaba profesar las opiniones absolutistas mas exageradas, dirigia aquella trama infernal, y nombró al estúpido Guergué para el mando del ejército. A pesar del mal éxito de todas las expediciones, enviáronse otras nuevas, compuestas de batallones castellanos que se deseaba aniquilar. Los nombres de Negri y de D. Basilio dicen el triste fin de aquellos infelices.

Horrible, pero exacta , es la descripción que hace de aquella época el Auditor general de D. Carlos, D. José Arizaga, al pintar el estado de desmoralización á que habia llegado el ejército vasco-navarro , durante el cual los motines se sucedian unos á otros con increíble rapidez llegando el caso de ser atropellado en Estella el mismo D. Carlos, golpeado su Ayuda de Cámara Sacanell , y asesinados impunemente los castellanos por aquellos hombres furibundos , instigados por otros menos valientes, pero mas frenéticos en sus opiniones.

Aquel estado no podia ser duradero , y á poco

mas que hubiese continuado, la causa carlista se hubiera desplomado por su propio peso. D. Carlos se vió precisado, á despecho suyo, á llamar á Maroto, desterrado en Francia, el cual en breves dias restableció la disciplina, y pagó á las tropas con siete millones recibidos por aquellos dias de las Potencias del Norte.

Entretanto D. Carlos se ocupaba de otro proyecto personal, que contribuyó no poco á desacreditarle en el concepto de sus partidarios. Despues de su salida de Lóndres habia fallecido su primera esposa Doña Maria Francisca, de cuyo matrimonio tuvo tres hijos (*), los cuales quedaron á cargo de la Princesa de Beira, que poco tiempo despues se trasladó á Saltzburgo. D. Carlos habia prohibido á sus partidarios casarse durante la guerra; á pesar de eso no tuvo á bien sancionar la Real órden con su ejemplo, y se desposó con la Princesa de Beira, Doña Maria Teresa de Braganza. Los sencillos vascongados vieron con poca satisfaccion á un hombre de cincuenta años pasar á segundas nupcias, con una sobrina y cuñada de cuarenta y cinco, y recor-

(*) Sus nombres son: Carlos Luis Maria que nació en 31 de Enero de 1818, Juan Carlos Maria en 1822, y Fernando Maria en 1824.

daron que los cánones solo permiten tales dispensas entre Príncipes en caso de necesidad ó grande utilidad del Estado. ¿Era aquella boda necesaria? ¿Fue útil á D. Cárlos? Díganlo las murmuraciones de los pueblos sobre los que gravitaba la guerra, á pesar de la estrechez con que que vivia este matrimonio.

Poco despues de la segunda elevacion de Maroto, principiaron nuevamente las intrigas y reyertas entre el cuartel real y el general; y los hombres maléficos nacidos para perder á D. Cárlos, volvieron á apoderarse de su confianza: las disensiones entre progresistas y moderados apenas son una sombra de las que agitaron entonces los dos bandos en que se hallaba dividido el campo realista. El funesto drama de Estella vino á poner fin á la disputa: siguióse á él la ridícula carta de Maroto con el parrafito *es el caso Señor*, que ha llegado á ser vulgar, y la no menos ridicula conducta de D. Cárlos que declaró á Maroto *traidor*, y treinta y seis horas despues *leal y fiel*, mandando quemar su mismo decreto anterior. ¿Es aquesta conducta digna de un Rey? ¿Serán suficiente disculpa las amenazas de Maroto? Jamás..... y asi lo pensaron cuantos rea-

listas seguian su causa de buena fé, y que pasados á la vista de tal conducta preveyeron con fundamento la próxima ruina de su partido, y se redujeron á una especie de neutralidad que han observado hasta el dia, en la que les ha obligado á continuar la poco lisongera conducta del partido liberal.

La causa de D. Cárlos principi6 desde aquel momento á declinar rápidamente, tanto mas que desacreditada en el estrangero, no podia esperar de alli ningun socorro pecuniario. Entonces principiaron las negociaciones con los ingleses para un tratado de comercio, á trueque del cual se le ofrecian á D. Cárlos recursos para llevar adelante la guerra. (*) Ya se habia hecho á D. Cárlos tal propuesta cuando se hallaba en Portugal, pero siguiendo la política de su hermano la rechazó con horror, y apenas se dignó contestar. En vista de esto se procedió por la Inglaterra al tratado de la cuádruple alianza, no por amor al gobierno liberal, sino por una especulacion mercantil. Rechazada tal idea por la Reina Cristina, la Inglaterra trató de aprove-

(*) Véanse los números 168 y 69 del Heraldo correspondientes á los dias 30 y 31 de Enero de 1843.

charse del abatimiento de D. Carlos, y para ello se fijaron tres bases, que contenian el triunfo de la causa carlista, con unas Cortes por estamentos, amnistia con unas pocas excepciones nominales, y tratado de comercio con Inglaterra. Llamados por el Ministro de Hacienda Marcó del Pont dos célebres financieros que entendian en el asunto, acudieron á Durango. D. Carlos al pronto aparentó aceptar aquellas bases; despues se suscitaron algunas dilaciones, y últimamente el proyecto fue desechado, lo cual hace mas honor al patriotismo de D. Carlos que no al de otros que trataron despues de vender el tratado de comercio por 600 millones. Es probable que ni aun aquellas pocas esperanzas hubiera dado D. Carlos, si las acciones sobre Guardamino y Ramales no hubieran patentizado la inteligencia entre Espartero y Maroto, lo cual obligó á pensar en dar á éste sucesor. Pero la falta absoluta de recursos impidió que ningun General de confianza se pusiese al frente. Por otra parte, las escitaciones continuas al desórden, que desde Aragon y Francia hacian Arias Tejeiro y su pandilla, pusieron á los Generales leales de D. Carlos en el caso de optar entre unos

furibundos que habian deseado sacrificarlos, y Maroto que dejaba avanzar al ejército liberal, para introducir la desmoralizacion en el realista. La entrada de Echevarria y sublevacion del 5.^o de Navarra, vinieron á complicar aun mas la situacion.

El dia 25 de Agosto se presentó D. Carlos por última vez á pasar revista á sus tropas, que en número de catorce batallones habian formado en Elgueta. La frialdad con que fue recibida y los ademanes que observó en Maroto, le obligaron á huir precipitadamente en compañía de su hijo, del Infante D. Sebastian, su escolta y cuatro Generales. Cinco dias despues tuvo lugar cerca de aquel sitio el célebre convenio de Vergara.

Abandonado D. Carlos de la mayor parte de sus tropas, se retiró hácia Urdás, y el dia 15 de Setiembre se vió precisado á pisar el territorio francés, seguido de su familia y de una porcion de Generales pundonorosos, que quisieron acompañarle en su emigracion, á pesar de los repetidos desaires, que de él habian sufrido. Confinado en seguida á Bourges, ha visto caer uno tras otro sus dorados ensueños: ; cuantas veces en

aquella soledad habrá recordado las rastreras adulaciones de los hiprócratas, que abusaban de su confianza diciéndole: «Señor, vuestra causa es la del cielo..... sin un soldado puede colocarnos en el trono á que os ha predestinado.»

D. Carlos no ha cedido todavía un ápice en cuanto á sus pretensiones, y los manifiestos que ha hecho han sido todos en este sentido. Los diarios legitimistas han hablado acerca de algunas gestiones de avenencia, intentadas por una persona augusta lanzada igualmente del suelo español: ignoramos hasta que punto haya exactitud en esta aserciones, como igualmente en las inculpaciones lanzadas por los mismos contra el gobierno, por los frecuentes desacatos de la policia contra los prisioneros de Bourges. Si estos fuesen ciertos, serian harto estraños en una Nación, que ha clamado tan alto por los desacatos cometidos con el prisionero de Santa Elena. La desgracia tiene sus privilegios, que debe guardar todo corazon sensible: este sentimiento ha guiado nuestra pluma para tratar á D. Carlos con el posible miramiento, aunque sin faltar á la verdad. Por desgracia esta siempre es amarga.





LORD JOHN RUSSELL.

retrato del Siglo XIX

LORD JOHN RUSSELL.

Che sarà sara.

DIVISA DE LOS RUSSELL.

—•••—

La raza de los Russell es muy noble; y sin remontarse á los tiempos de la conquista normanda, no cede por lo ilustre á ninguno de los nombres distinguidos de Inglaterra. A principios del siglo XVI encontramos por primera vez en la historia un John Russell, originario del Condado de Dorcet, que fue Gentil-Hombre de la Cámara en el reinado de Enrique VII, Intendente del Palacio del Rey en el de Enrique VIII, creado por este Baron Russell y Caballero de la órden de la Charretiere, poseedor

de considerables feudos en el Condado de Bedford, llamado en seguida á formar parte del Consejo de administracion durante la minoria de Eduardo VI, y nombrado por último en 1550 Conde de Bedford.

Desde aquella época la familia de los Russell se coloca y se eleva de dia en dia en el seno de la aristocracia inglesa, hasta el momento en que adquirió una gloria indestructible en la persona del gran William Russell, el mártir de la libertad política y religiosa, «cuyo nombre, ha dicho Cárlos Fox, quedará eternamente grabado en el corazon de todos los ingleses, junto al de Alguernon-Sidney.»

Los dos ilustres campeones de la misma causa fueron inmolados con cuatro meses de intervalo; y los sucesos que los condujeron al cadalso son harto conocidos, para que sea suficiente el indicarlo solo aqui. Era en tiempo de la monarquía restaurada de los Estuardos. El sangriento drama de Whitehall, y las duras lecciones del destierro habian sido infructuosas para el hijo de Cárlos I: tampoco él habia olvidado ni aprendido nada. Entregado á los placeres, abandonaba su reino al Ministerio de favoritos, tan

tristemente conocido por el nombre de *Cábala*. Necesitando siempre dinero para pagar á sus queridas, vendia Dunkerque á Luis XIV, se encadenaba servilmente á la politica de Versalles, se obstinaba en una guerra desastrosa contra la Holanda, á pesar de las reconvencciones del Parlamento; y mientras pisoteaba de este modo los intereses y las libertades de la Inglaterra, el fervor católico de su heredero presuntivo el Duque de York, ponía en peligro el porvenir de la iglesia protestante. Organizóse en el seno de la Cámara de los Comunes una oposicion animosa, y colocó á su cabeza al hijo primogénito del Conde de Bedford, William Russell, á quien sus conocimientos, sus virtudes, su talento y la elevada consideracion de que disfrutaba, hacian el mas digno de aquel peligroso honor. El Ministerio de la *Cábala* fue disuelto, la oposicion triunfó, pero Russell debia pagar caro su triunfo. Se habia atrevido, con aplauso de la Inglaterra, á proclamar á la faz de Carlos II el derecho de resistencia: resolvióse su pérdida. Complicado en una acusacion absurda de complot contra la vida del Rey, no quiso huir, compareció ante el jurado vendido al poder, y

confundió á sus acusadores. Condenado contra la evidencia y con desprecio de todas las formas judiciales, como culpable de alta traicion, murió el 21 de Julio de 1683, con la energia de un héroe y la tranquilidad de un santo. Cinco años despues Jacobo II sufría el castigo del crimen de su hermano. Bajaba del trono para que se sentára en él Guillermo de Nassau. El Parlamento anulaba con un bill la sentencia de Russell, calificado de *asesinato*, y el nuevo Rey al conferir al Conde de Bedford, padre de la victima, el título de Duque, proclamaba á su hijo el *ornamento del siglo, el modelo de la posteridad*.

No se vertió en el cadalso toda la noble sangre del mártir. De su casamiento con la hija del Conde de Southampton, esa Raquel Wriosthesley, cuyas virtudes, valor y adhesion conyugal ha consagrado la historia; dejó William Russell un hijo que heredó, despues de la muerte de su abuelo, el título de Duque de Bedford. Este título pasó sucesivamente á sus dos hijos, de los cuales el último John Russell tuvo por heredero al primogénito de sus nietos, Francis, quinto Duque de Bedford. Este Russell desem-

peñó durante el Ministerio de Pitt un distinguido papel político. Fiel á las tradiciones de su familia, combatió brillantemente al lado de Fox, en las filas del partido whig. Fue además grande agrónomo, y los eminentes servicios que prestó á la agricultura, fundando numerosas granjas experimentales, han unido á su nombre una popularidad duradera. Su efigie se ve grabada aun en el dia en las medallas que distribuye la sociedad agrícola de Lough. Murió en 1802 sin posteridad. Sus bienes, su título y su pairia pasaron á su hermano menor, el cual ha muerto recientemente dejandò tres hijos, de los cuales el mayor ha heredado el título de Duque de Bedford, y el tercero es precisamente el hombre de Estado, de cuya vida vamos á ocuparnos, el gefe actual del partido whig, el rival de Sir Roberto Peel, el mas ilustre de los Russell despues del gran William.

Lord John Russell nació el 19 de Agosto de 1792. Siendo el hijo menor de su familia, y familiarizado de consiguiente desde muy jóven con la idea de que debía crearse por sí mismo una grande existencia, para sostener el honor de su nombre, tuvo una juventud grave y laboriosa;

siguió sus estudios en la Universidad de Cambridge, y apenas llegó á la edad de 21 años, en 1814, entró en la Cámara de los Comunes.

Se ha dicho muchas veces que la aristocr cia inglesa, parecia que estaba muerta. Aserto mucho mas fácil de emitir que de justificar. Hay en verdad algunos peligros que amenazan al parecer para el porvenir   dicha aristocr cia, y tal vez acabará por ser arrastrada por el gran movimiento democrático que parece apoderarse de todas las Naciones; pero por ahora no hay en el mundo institucion alguna que presente con mas recuerdos de gloria, mas vida, mas brillo, mas poder y grandeza. Al paso que todas las demas aristocr cias, batidas en brecha ya por los Reyes, ó ya por los pueblos, se borran lentamente   se destruyen; cuando la grandeza española no tiene representacion alguna; cuando los antiguos barones del Santo Imperio han trocado su coraza por un uniforme bordado de Consejero áulico,   los cordones de Chambelan; cuando los boyardos rusos se inclinan humildemente bajo el Knut de un Czar; cuando los hijos de los *nuncios* polacos que deliberaban á caballo, con el sable ceñido, se hallan reducidos, para ganar el pan

del destierro, á hacerse maestros de escribir ó dependientes viajeros; cuando la nobleza francesa se divide en dos partes, de las cuales la una no se ocupa mas que en aumentar y acrecer las riquezas que ha podido salvar del naufragio, y la otra aislada, pobre y confundida en la masa popular, vejeta oscuramente en los escritorios, en los ejércitos, en los tribunales y en las calles; cuando en una palabra, se verifica en toda Europa una gran descomposicion aristocrática, existe un pais en donde el viejo cuerpo feudal, rejuvenecido sin cesar con la inyeccion de la sangre democrática, se conserva firme, compacto, en pie, al frente de los negocios, entre el trono y el pueblo, incorporándose toda individualidad que se eleva bastante para llegar á ser *peligrosa, y apoyando el derecho caduco del nacimiento, sobre los dos derechos mas indisputables de nuestro tiempo, el de la riqueza y el del talento.*

A este triple elemento de fuerza, es preciso añadir en favor de la aristocrácia inglesa, la ventaja mas grande todavia de ser la expresion viva, el gran resultado histórico de las tradiciones y de las costumbres del pais. Cuando

la aristocracia francesa luchaba contra la alianza de los Reyes y del pueblo , á la cual ha sucumbido , la aristocracia inglesa se ligaba con el pueblo contra el depotismo de los Reyes , y á ella principalmente era provechosa la victoria. Durante su larga y gloriosa dominacion , ha tenido tiempo y poder para construir la Inglaterra á su imagen. Ha vaciado en el mismo molde gerárquico las instituciones civiles , religiosas y políticas , ha impregnado esta mezcla de su entendimiento , de una argamasa indestructible ; no se ha contentado con ser dueña del gobierno y del territorio , se ha apoderado de las costumbres , y en el dia la lógica de las nuevas ideas parece impotente para conmover el antiguo edificio , cuyos cimientos estan en las entrañas mismas de la sociedad.

La generalidad de los lectores , que estudia la Inglaterra por los periódicos , engañada por la semejanza exterior de la organizacion política de ambos paises , desconoce completamente las diferencias enormes que los distinguen. Sabemos que hay en Inglaterra un trono , una Cámara de Comunes , otra de Lores , un partido tory ó conservador , un partido whig ó liberal , un partido

radical , un partido cartista , y no tratamos de averiguar nada mas. Creemos que la Cámara de los Comunes es la nuestra de Diputados ; la de Lores nuestro Senado con la pairia heritaria ademas , y que las luchas entre los partidos y los hombres que se hallan á su frente , son iguales á las que entre nosotros se verifican.

Partiendo de este dato , atribuimos á la Inglaterra ideas , gustos , pasiones é intereses análogos á los nuestros ; y cuando observamos el movimiento tumultuario y desordenado de los partidos en aquel pais ; cuando leemos el relato de todas aquellas furiosas batallas electorales , de aquellos motines , de aquellas procesiones , de aquellas peticiones que tienen 2,322 pies de largo y llevan dos millones de firmas ; cuando sabemos que 40 ó 50,000 cartistas se han paseado triunfal é impunemente por las calles , con banderas desplegadas, gritando : « El pueblo se levanta para destruir la tirania » , nos parece que la Inglaterra está en vísperas de una gran revolucion , y que la aristocrácia toca á su último dia.

Pero la Inglaterra ha presentado eternamente este espectáculo. El Gobierno , la Constitucion , la Aristocracia , todo esto se aviene muy bien con

el motin. Los ingleses no conocen la policia preventiva. Todo ciudadano tiene el derecho individual de pasearse por las calles gritando cuanto le acomoda, hasta que rendido se va á acostar; si en vez de un ciudadano hay cincuenta mil, son otros tantos los que gritan, y nada mas; pues estos cincuenta mil gritos ni siquiera dan lugar á que se cierre una tienda. Aquellas procesiones, aquellos motines y peticiones son otras tantas válvulas destinadas á la evaporacion de la caldera constitucional, demasiado llena. El antiguo mecanismo de *Church-and-State* (la Iglesia y el Estado), no por eso funciona mejor ni peor. Si en España, donde las instituciones cuentan pocos años y han sido destruidas varias veces, y donde no han podido echar raices las costumbres; donde el poder no puede vivir sino con la condicion de obrar y vigilar sin descanso; si en España no hay mas que un paso entre un motin y una revolucion; en Inglaterra, pais aristocrático, donde la libertad individual ha ganado todo lo que la igualdad perdia, donde la diversidad de existencias ha creado entre cada clase de ciudadanos una especie de muro que separa y contiene el desarrollo del contagio revolucio-

nario; el Gobierno vive y marcha tranquilo en medio de la agitacion exterior de todos los partidos; vive y marcha apoyado no en un pedazo de papel hecho mil veces trizas por la tormenta popular, sino en un haz de tradiciones políticas, civiles y religiosas, que se llama la Constitucion, y que está arraigada en lo mas profundo de las costumbres. De consiguiente, el sentimiento aristocrático forma la base de las costumbres inglesas: es la señal de la union de los partidos. Torys, whigs, radicales y hasta los cartistas, todos son aristócratas mas ó menos pronunciados.

¿Qué quieren los torys? Mantener lo que existe ¿Qué quieren los whigs? Poner la Constitucion en armonia con el progreso del tiempo, introduciendo en ella ciertas reformas parciales de que se tratará despues. ¿Qué quieren los radicales? ¿Tratan acaso de destruir completamente el *Estado y la Iglesia*, de reemplazar todos los poderes hereditarios por otros electivos, en una palabra de ingerir en Inglaterra la república? De ningun modo: el pensamiento republicano ninguna acogida tiene en la gran masa del pueblo inglés. La antigua trinidad gubernamental del

Rey, de los Lores y de los Comunes, casi nada ha perdido de su prestigio; la mayor parte de los radicales limita sus pretensiones á dos reformas capitales, pero no revolucionarias; el establecimiento del escrutinio secreto en las elecciones, y el de los parlamentos anuales. Algunos atacan directamente la pairia hereditaria, pero todos respetan los tres poderes en sí mismos; los mas adelantados, los *Benthamistas*, reclaman, es verdad, como los radicales franceses, el sufragio universal; pero esta pretension dista mucho de tener en Inglaterra la significacion revolucionaria que en Francia. ¿Quién no concibe en efecto, que la aristocracia inglesa, dueña del territorio y con mil medios de influencia, puede soportar sin peligro de muerte, un aumento considerable en el cuerpo electoral? Cuantos mas electores ignorantes y pobres haya, mas probabilidades tendrá la aristocracia de dominar las elecciones. El modo como se ha acrecido el partido tory despues del bill de reforma, prueba bastante que no es este el peligro mayor para la aristocracia inglesa; (*) parlamentos

(*) Por el bill de reforma se ha aumentado en mas de la mitad el número de electores.

anuales, escrutinio secreto, sufragio universal, todo lo cederia, antes que modificar las leyes civiles del pais, antes que introducir por ejemplo, la igualdad en la particion de los bienes, antes que abolir o restringir las sustituciones. Esta es la piedra de toque del espiritu inglés, el arca santa que todos respetan, hasta los cartistas en medio de sus mayores estravagancias. (*) Si la igualdad debe ser la base de la democracia moderna, no hay todavia democracia posible en Inglaterra, donde la igualdad es una pasion desconocida, de la cual el pueblo no tiene idea, ni á ella aficion.

Sin embargo, apresurémonos á decirlo; los grandes sucesos que han agitado á la Europa de 50 años á esta parte, no han dejado de tener influencia sobre el estado político y social de Inglaterra. Si la forma exterior de las instituciones no se ha alterado sensiblemente; si al parecer la aristocracia nada ha perdido de su poder; si aun en el día, como en el siglo XVI,

(*) Los cartistas no representan una idea política, pero si un hecho grave, peligroso, y que podria acabar, si la aristocracia no tiene cuidado, por absorver algun dia todas las cuestiones políticas; representan la miseria siempre en aumento de las clases trabajadoras.

la propiedad territorial está concentrada en manos de 32,000 gefes de familia ; si el partido tory aterrado un instante por el bill de reforma, aparece ahora mas vigoroso que nunca, no es sin embargo menos cierto que el principio aristocrático ha sufrido rudos golpes, y que el partido tory ha tenido que hacer notables concesiones.

Entre las dos grandes fracciones de un mismo cuerpo político, de las cuales la una quiere resistir al espíritu del siglo, y la otra contemperizar con él, ha habido de 30 años á esta parte obstinados combates. Los torys victoriosos ahora en la apariencia, son vencidos en realidad ; pues sus adversarios los han arrastrado al camino de las reformas, y no pueden conservar el poder sino marchando por él.

Entre cuantos se han distinguido en estos combates, brilla en primera fila Lord John Russell, hombre de moderacion y de progreso, enemigo de las revoluciones, pero defensor tenaz de la libertad religiosa y política ; dotado en grado superior de esa constancia, de esa firmeza, de esa dignidad, de esa consecuencia que designan los Ingleses con la palabra general de *consis-*

tancy, el ilustre descendiente de los Bedford debe solo á su mérito personal el eminente puesto que ocupa en el dia en el partido wihg, del cual es gefe. Ha llegado á él paso á paso, y agrandándose en medio de numerosas pruebas, en una carrera difícil que vamos á bosquejar rápidamente.

Cuando la escuela filosófica del siglo XVIII hubo creado la Revolucion de 89, el partido tory vió amenazado su porvenir, y para parar el golpe se arrojó á una guerra encarnizada contra la Francia. Reanimando antiguos odios históricos, ahogó la cuestion de principios con una cuestion nacional; durante 20 años tomó nuevas fuerzas de la guerra, contuvo la revolucion del lado allá del Estrecho, y el misionero coronado de la democracia cayó á sus golpes. Pero cuando despues de la victoria fue preciso contar los muertos, todas las llagas de la Inglaterra aparecieron á la vez. La Francia estaba vencida, pero la Inglaterra estaba arruinada, y habia contraido una deuda de mas de 80 mil millones de reales. La miseria devoraba las clases inferiores; la nacion entera estaba oprimida por el peso de los impuestos; el pan valia á un

precio exorbitante, y los arriendos aumentaban en proporcion ; los mercados, á causa del bloqueo continental, estaban llenos de mercaderias, y al otro lado del Canal de San Jorge, una nacion de mendigos, la Irlanda, vuelta furiosa por el hambre, buscaba en la violencia un recurso contra la tirania de las leyes.

El gran debate de principios, comenzado ya antes de 89 entre los wihgs y los torys, y suspendido durante la guerra, volvió á tomar su curso en medio de la agitacion popular, y trabóse la batalla sobre dos puntos capitales: 1.º la admision de la Irlanda católica y de las sectas disidentes á los derechos politicos y municipales, con la abolicion del juramento de alivio á la supremacia de la Iglesia Anglicana: 2.º la reforma del antiguo sistema electoral. Lord John Russell ha consagrado 15 años de su vida á conseguir estas dos conquistas. Mientras los otros getes de la oposicion, los Grey, los Burdett, los Brougham, los Althorp, los Hobhouse, combatian al ministerio en las diversas cuestiones accidentales de política interior y exterior ; Russell al paso que las apoyaba con su palabra y su voto, se dedicaba mas especialmente al triunfo de los dos grandes

principios de libertad religiosa y política, de los cuales se habia constituido campeón.

En la sesion de 1819 principió á proponer claramente la reforma general del Parlamento, como el remedio mas eficaz para los males del pais; rechazado, se atrincheró en una série de modificaciones y de detalles en la ley electoral; asi pues en Diciembre de 1819 pidió la supresion de los *burgos podridos*; en la misma sesion apoyó una propuesta sobre la abolicion del *test* (juramento) y de las otras incapacidades que afectaban á los católicos y á los disidentes; en Mayo de 1820 propuso quitar el derecho electoral al burgo Grampond, acusado de corrupcion; proposicion que pasó en la sesion siguiente, y fue el primer paso en el camino que condujo á la reforma parlamentaria; en Abril de 1821 pidió con Sir Lambton, mas adelante Lord Durham, el aumento del número de electores. En la sesion siguiente, el 27 de Abril de 1822, pronunció un largo y bello discurso para inducir al Parlamento á que reflexionase sériamente sobre el estado de la representacion nacional. Concluia pidiendo como siempre la reforma del Parlamento; pero aque-

lla mocion , vivamente combatida por Canning, fue tambien como siempre rechazada.

Cuando se verificó la invasion del ejército francés en España, Canning, despues de inútiles esfuerzos para impedir aquella guerra , se pronunció por una estricta neutralidad. Russell, sin entregarse á las furiosas filípicas de Brougham contra el ministerio francés, se declaró con la oposicion contra la neutralidad. Pidió que se revocase el bill que prohibia á los súbditos ingleses el entrar al servicio de los estrangeros ; indicó la intervencion francesa como un ataque de despotismo contra las libertades de la Europa. La mayoría se pronunció contra su proposicion.

Al año siguiente el infatigable Diputado desenvolvió de nuevo , tambien con poco éxito, su mocion sobre la reforma parlamentaria ; reprodujola en 1824 ; en 1826 la sostuvo de nuevo bajo otra forma , presentando un bill para prevenir la corrupcion en las elecciones.

En aquel mismo año debió á su celo perseverante por la causa de la Irlanda, el verse privado , despues de la disolucion del Parlamento, de su mandato de Diputado por el Condado

de Huntingdon; un burgo irlandés reparó aquella injusticia, y envió á la Cámara al intrépido defensor de la libertad de cultos.

Sin embargo, el estado de Irlanda, cada dia mas amenazador, principiaba á influir en el Parlamento; un proyecto de emancipacion sostenido por Canning (*) solo habia sido desechado por cuatro votos. Despues de muerto Canning, y cuando llegó al poder el torismo puro, Russell presentó de nuevo y sostuvo, como un paso para resolver la cuestion católica, un bill para relevar de toda incapacidad política á los protestantes disidentes. El bill vivamente combatido por Sir Roberto Peel (**) fue aprobado sin embargo por una mayoria de 44 votos. Aquel triunfo fue preludio de otro mayor; á los pocos meses el Ministerio, espantado de los gritos de la Irlanda, proponia él mismo la emancipacion. El Gabinete tory, atacado vivamente por sus mas fogosos amigos, encontró en Russell un adversario leal, que le defendió en aquella circunstancia, y que al paso que reclamaba en vano una emancipacion mas

(*) Véase su biografia tom. III.

(**) Véase su biografia, tom. IV.

completa, defendió con valor el proyecto contra los ataques de los ultra-torys. El bill fue al fin aprobado.

Así, pues, de los dos grandes principios á cuyo triunfo habia consagrado Russell toda su vida, el primero acababa de ser solemnemente consagrado; quedaba la gran cuestion de la reforma parlamentaria, tantas veces abordada por él sin éxito, y la volvió á tomar con nuevo ardor. Como táctico hábil, echó de nuevo por delante, per via de ensayo, una proposicion especial reducida á conceder el derecho de representacion á las populosas ciudades de Manchester, Birmingham y Leeds, que carecian de él; esto acontecia el 23 de Febrero de 1830; el orador whig fracasó tambien entonces, pero ante una mayoria de solo 44 votos.

Cinco meses despues estalló la revolucion en Francia; el sacudimiento conmovió la Inglaterra, derribó á los torys del poder que ocupaban tanto tiempo hacia, llevó á él á los whigs, y el 1.º de Marzo de 1831 Lord John Russell se presentó en nombre del nuevo Gabinete, en medio de una formidable agitacion popular, á proponer, ó imponer mas bien á la Cámara de

los Comunes, no ya concesiones de detall, paliativos, modificaciones parciales, sino un extenso plan de reforma parlamentaria. Estrechado en sus últimos atrincheramientos, el torysimo furioso recogió todas sus fuerzas, y sobre el proyecto de Lord John Russell se dió una de las mas grandes batallas de tribuna de que conserva recuerdo la Inglaterra. La batalla se prolongó durante mas de un año. En la biografia de Sir Roberto Peel no hicimos mas que indicar los graves debates sobre el bill de reforma; pero como Russell desempeñó en ellos el principal papel; como la materia en sí misma es poco conocida, procuraremos reasumir, lo mas sucintamente posible, aquella gran cuestion, bosquejando el sistema electoral inglés antes y despues del bill de reforma.

Las libertades inglesas datan de larga fecha; y por no estar reunidas en un código político, no estan por eso menos presentes en todas partes, incrustadas en las tradiciones, fundidas en las costumbres y garantidas por usos mas poderosos que las leyes. Su origen se remonta hasta la *magna carta*, conquistada durante el reinado de Juan sin tierra en los campos de Runnimede, por la coalicion

de los barones, del clero y de los habitantes de las ciudades.

Aquella carta sin embargo consagra mas bien derechos civiles que políticos; pero poco tiempo despues de su conquista, hácia fines del siglo XIII, vemos ya á los ciudadanos llamados á deliberar en el Parlamento en union con los Lores espirituales y temporales; los dos primeros órdenes, ó *estados* se hallan reunidos desde tiempo inmemorial en una sola Cámara llamada Cámara alta, y el tercero forma la Cámara baja, llamada de los Comunes. El número y las atribuciones de los Diputados de la Cámara de los Comunes fueron en un principio muy restringidos, y el método de su convocacion bastante mal definido; los Reyes añadieron por mucho tiempo al privilegio de crear los Pares hereditarios, el de aumentar ó reducir el número de los Diputados, dando ó quitando á las diversas localidades la *franquicia* electoral, esto es, el derecho de *representacion*, segun la importancia adquirida ó perdida por aquellas mismas localidades, y segun la necesidad que tenian los Reyes de aumentar su influencia en la Cámara baja para contener á los Lores.

Pero las dos Cámaras tardaron poco en hacer causa comun contra el trono; durante muchos siglos lucharon , vencieron ó sucumbieron juntas ; juntas atacaron , destronaron y juzgaron á los Reyes ; juntas se sometieron al yugo de los Reyes , hasta que la última revolucion de 1688 asentó definitivamente la constitucion inglesa sobre la doble base de la soberania parlamentaria y de la supremacia protestante. Durante aquella larga série de triunfos y reveses, los Lores y los Comunes habian estrechado mas y mas su union. La Cámara alta , identificando con destreza los intereses aristocráticos con los intereses protestantes, acabó por absorver completamente la Cámara baja. Comprando los burgos que poseian franquicia, ingiriendo á precio de oro su influencia en los condados y en las corporaciones de las ciudades , consiguió la aristocrácia infeudar la diputacion en sus familias; hizo de ella el patrimonio de los hijos menores de los Pares, y el Gobierno de la Inglaterra se convirtió en lo que es en el dia , aun despues del bill de reforma , una monarquia dominada por una aristocrácia, dividida en dos Cámaras.

La aristocrácia una vez dueña y propietaria

en cierto modo de las elecciones, debió esforzarse naturalmente por inmovilizar en sus manos aquella propiedad, quitando al trono la prerrogativa que hasta entonces disfrutara, de conceder ó quitar á las localidades el derecho de representacion. Durante el reinado de Carlos II, se negó por primera vez la Cámara de los Comunes á admitir en su seno á dos Diputados elegidos por un burgo, al cual el Rey habia concedido recientemente la *franquicia* electoral.

Desde aquel momento el número total de los Diputados, de los burgos, condados y ciudades con derecho de elegir, el número de votos concedido á cada localidad, todo quedó fijo é invariable; y despues de la admision de los Diputados escoceses en 1706, y de los irlandeses en 1804, la Cámara de los Comunes se compuso definitivamente de 658 miembros, de los cuales 80 eran nombrados por los condados de Inglaterra, 25 por las grandes ciudades, 172 por los burgos; 8 por los puertos de mar, 4 por las dos Universidades de Cambridge y de Oxford, 24 por los condados y ciudades del pais de Gales, 30 por los condados, 65 por las ciudades y burgos de Escocia, y finalmente 100 por Irlanda.

La misma inmovilidad se aplicó á la legislación electoral, es decir, á las condiciones impuestas á cada ciudadano para ejercer el derecho electoral. Aquellas condiciones variaban mucho segun las localidades; así pues, en los condados de Inglaterra y del país de Gales, para ser elector era necesario poseer en entera propiedad ó usufructo un bien alodial (*free hold*) que diese por lo menos 40 chelines de renta; el *copy-hold* que era una especie de posesion de segunda clase, que constituia una propiedad de hecho, no de derecho, y particular á la Inglaterra, no daba el derecho electoral; lo mismo sucedia con otra clase de bienes, *lease hold*, término medio entre la propiedad y la simple locacion. En las ciudades y los burgos, el derecho de votar estaba fijado con menos uniformidad. Cada localidad tenia usos particulares; por ejemplo en Abington, en Arundel todos los que pagaban impuestos directos tenian voto; en Bath nombraban el Diputado el *Maire*, los *Aldermen* y el Consejo municipal; en Bristol los libres terratenientes de 40 chelines, etc. etc. En las diversas partes de una misma ciudad podian ser diferentes los sistemas electorales. Así pues, en Lóndres, en la

Ciudad, las condiciones del derecho de votar eran distintas de las de Westminster y de Southwark. En Escocia y en muchas ciudades de Inglaterra aquel derecho pertenecía esclusivamente á los miembros de las corporaciones municipales, y se trasmitia por herencia.

A medida que pasó el tiempo sobre un sistema electoral organizado é inmobilizado de aquel modo, resultaron de él absurdos é inmoralidades increíbles, de las cuales solo señalaremos las mas notables. Durante dos siglos, ciudades de poca importancia hasta entonces, y que no poseian la franquicia, se habian engrandecido; otras que la poseian habian disminuido; burgos que la poseian habian llegado á ser aldeas; algunas no tenian mas que una casa, y otras un pedazo de pared; muchas habian desaparecido completamente; y sin embargo, el derecho electoral quedaba unido á los sitios, y se trasmitia y vendia con ellos. Así pues, un Par que poseia siete ú ocho lugares privilegiados de esta especie, daba uno de ellos en dote á su hija, uno por viudedad á su muger, etc. etc. Se vendia y compraba un asiento en el Parlamento como se vende y compra una casa ó un pedazo de tier-

ra ; un gran número de burgos estaban reducidos á siete ú ocho habitantes, que disfrutaban del derecho electoral á título de locatarios de casas pertenecientes á un Par, patrono ó señor del burgo, el cual no le daba habitacion sino con la condicion de votar por su candidato. Aquellos burgos eran conocidos por el nombre de *burgos podridos*; en los que no eran de propiedad privada, los votos se compraban con dinero contante; cosa que se practica aun en el dia. Contábanse en Inglaterra 25 burgos que enviaban uno ó mas diputados al Parlamento, y que no tenian cien electores; habia 47 que no pasaban de cincuenta , y entre ellos 2 tenian tres electores, 2 once, 2 ocho, y por último los 2 burgos de Gatton y de Old-Sarum no tenian en realidad mas que uno. En las ciudades en que el derecho electoral pertenecia á las corporaciones cerradas, sucedia con frecuencia que media docena de *Burgueses* nombraban á puerta cerrada el representante de 50,000 almas. Edimburgo, por egeemplo, ciudad de mas de 100,000 almas, tenia un solo Diputado nombrado por treinta y tres electores. Lord Grey , sumando estos diversos casos particulares , habia sacado por resultado general que la mayoria de la Cámara de

los Comunes (330 miembros) era nombrada por menos de 15,000 electores, sobre los cuales ejercian los grandes propietarios una influencia tan patente, que Lord John Russell, al presentar su bill pudo afirmar, sin que nadie le contradigera, que siete Pares hacian nombrar 63 Diputados.

Por viejo que fuese, ó mas bien por lo mismo, el sistema electoral tuvo numerosos y ardientes defensores; y cuando el orador wigh desenvolvió su plan, lo acogieron los torys con gritos de indignacion.

Proponia que se quitase la franquicia á todos los burgos que tuviesen menos de 2,000 habitantes; no concedia mas que un representante en vez de dos á todos los burgos, cuya poblacion no escediese de 4,000 almas; por este medio quedaban disponibles 150 asientos en el Parlamento, que podian repartirse entre las grandes ciudades no representadas hasta entonces, y los principales condados, cuya representacion se doblaba. La de Lóndres debia ascender de 8 á 16 miembros, y se conservaban los terratenientes de 40 chelines. Las corporaciones cerradas de las ciudades esperimentaban la misma suerte que los burgos podridos; su privi-

legio esclusivo era reemplazado por una disposicion, que concedia el derecho electoral á todo propietario ó locatario de una casa que producía 10 libras esterlinas de renta al año. El número de miembros de la Cámara sufría una reduccion.

Lord John Russell necesitó un infatigable vigor para resistir á los multiplicados ataques de los torys ; defendió su proyecto artículo por artículo con tenaz perseverancia , refutando todas las objeciones , y oponiendo á los furores de sus adversarios, unas veces una tranquila y elevada razon, y otras una fria y penetrante ironia. El bill fracasó en la Cámara de los Comunes ; el Gabinete wigh presentó al Rey su dimision, el cual prefirió disolver el Parlamento y apelar al pais. Las elecciones verificadas en medio de la mas viva agitacion, dieron por resultado una mayoria favorable al bill, el cual fue adoptado el 21 de Setiembre de 1831, por 345 votos contra 236.

Sin embargo, no estaba ganada la victoria, pues faltaba que pasara el bill en la Cámara de los Pares. Presentólo á ella Russell el 7 de Octubre, y fue desechado sin enmienda. Tres dias

despues , la Cámara de los Comunes hizo una declaracion en que deploraba la resolucion de la Cámara alta , persistiendo en su adhesion á los principios del bill , y proclamando que los Ministros habian merecido bien de la patria.

El Parlamento fue prorogado : la Inglaterra estaba conmovida ; multiplicábanse las peticiones , las asociaciones y los levantamientos ; se pedia á voz en grito la conservacion de los Ministros , y la creacion de un número de Pares suficiente para asegurar el triunfo del bill. El Parlamento se volvió á reunir el 6 de Diciembre , y Lord John Russell apareció otra vez en la Cámara de los Comunes con un nuevo bill que contenia algunas modificaciones ; fue aceptado como la vez primera , y vuelto á llevar á la Cámara alta , sufrió la prueba de las dos primeras lecturas en medio de los mas tempestuosos debates ; la tercera fue desechada despues de Navidad. Cansado el Ministerio wihg de la encarnizada resistencia de la Cámara alta , pidió al Rey una nueva creacion de Pares ; el Rey lo rehusó ; el Ministerio hizo dimision y fue aceptada ; la nacion entera se su-

blevó; la Cámara de los Comunes votó un nuevo mensaje al Rey, manifestando su pesar por el cambio de administracion; los torys hicieron vanos esfuerzos para componer un gabinete; no pudieron conseguirlo, y el Rey tuvo que volver á llamar el 16 de Mayo á los Ministros que habia despedido el 9. La Cámara alta, impotente para luchar por mas tiempo, y amenazada por el Ministerio con una *hornada*, cedió al fin; Lord Wellington, despues de una protesta solemne, abandonó su banco; siguiéronle cien torys, y en su ausencia pasó el bill el 4 de Junio de 1832, por una mayoría de 106 votos contra 22. El 7 del mismo mes recibió la sancion real, en medio de los trasportes de la pública alegría. Era el bill primitivo de Lord John Russell, salvo algunas modificaciones del pormenor. Asi, pues, no se variaba el número total de Diputados, que quedaba en 658. Cincuenta y seis burgos perdian su franquicia; treinta nombraban solo un Diputado en vez de dos; treinta y dos ciudades ó condados, privados hasta entonces de representacion, obtenian el derecho de elegir cada una dos Diputados, y veinte otras nombraban cada

una uno. En suma, la Inglaterra, comprendido el país de Gales, nombraba 500 Diputados, la Irlanda 105, la Escocia 53. Buscando la relación de estos números con la de la población en los tres países, resulta que la Inglaterra tiene 1 representante por 28,000 almas, la Escocia 1 por 38,000, y la Irlanda 1 por 76,000.

Tal es en sustancia este famoso bill de reforma, que si dejó subsistir, como puede verse por los números que acabamos de asentar, una chocante desproporción en la representación de cada uno de los tres países que constituyen el Reino Unido, no por eso dejó de elevar el número total de los electores de 400,000 á 1.000,000; destruyendo los *burgos podridos* y el privilegio de las corporaciones, desembarazó el principio de la elección libre de las ficciones inmorales que le ahogaban; el partido tory se creyó, ó lo fingió mas bien, herido de muerte; no era sin embargo así, pues por hostil que fuese el bill á la elevada aristocracia, le dejaba todavía numerosos medios de influencia, de los cuales se ha sabido aprovechar con maravillosa sagacidad.

Los *wihgs*, aristócratas moderados, pero

territorialmente aristócratas , al paso que aplicaban el escalpelo á la parte mas gangrenada del antiguo sistema , no se atrevieron por respeto á las tradiciones feudales , á tocar á la institucion de los francos terratenientes (*freeholders*) electores de 40 chelines de renta. Fácil es conocer qué garantia de independencia pueden dar semejantes electores ; ademas los torys arrancaron a los autores del bill la concesion de derecho electoral, á los que solo pagasen por arriendo de una quinta 50 libras esterlinas (*tenants of will*), disposicion que unida á la del voto público, tiene aquellos arrendadores dependientes de los grandes propietarios. Asi pues, el partido tory diezmado en dos terceras partes en la primera eleccion general que siguió al bill de reforma, no tardó en reforzarse mas y mas en las elecciones de 1835 , 37 y 41. En el dia es dueño del poder por una imponente mayoria ; pero solo con la condicion , por decirlo asi , de continuar el sistema de sus adversarios. El bill de reforma fue el primer paso de los wibgs en el camino de las innovaciones; no se detuvieron ya en él, y durante diez años, á pesar de los ataques de una oposicion cada

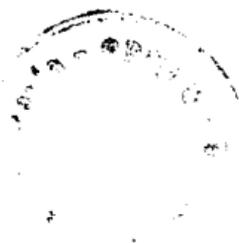
dia mas temible , no han dejado de aplicar la poda á las ramas del viejo árbol. Solo podemos enumerar aqui sucintamente todas las reformas que han intentado ó llevado á cabo ; pero esta enumeracion bastará para que el lector pueda apreciar los títulos que tiene Lord John Russell para el aprecio de los contemporáneos y de la posteridad ; pues el ilustre descendiente de los Bedford es el que durante estos diez últimos años ha mandado, disciplinado, contenido, guiado el grande ejército de los reformistas; con el auxilio de su talento de orador, mas severo que brillante, pero lleno de fuerza y de lógica, y con su influencia de gefe de partido, fue como el primer ministerio whig, el de Lord Grey, consiguió desde 1832 á 1834 luchar por primera vez con ventaja contra los abusos de la organizacion aristocrática del pais; él fue el que hirió á la iglesia protestante de Irlanda con la supresion de diez obispados, y una multitud de sinécuras eclesiásticas; él fue el que por primera vez promovió la importante cuestion del cambio del diezmo por una renta territorial; y mas adelante cuando quedó dislocado el Ministerio Grey, cuando Lord John Russell llegó

á ser en el de Melbourne el verdadero jefe del Gabinete, á él, á sus perseverantes esfuerzos corresponde el honor de la reforma de las corporaciones municipales que componian una especie de estado dentro del Estado, de la conversion definitiva de los diezmos en una renta territorial, de la refundicion de la antigua ley sobre los pobres, que en vez de poner remedio á una de las mas crueles llagas de la Inglaterra, tendia solo á agrandarla; Russell es ademas el que ha presidido á las innovaciones llevadas á cabo en el estado civil y la instruccion pública, á la modificacion de las leyes criminales, al reparto mas igual de las rentas eclesiásticas, y á la completa libertad de los esclavos. Si sobre las dos importantes cuestiones de los impuestos de la naturaleza de las propiedades de la iglesia, no ha podido hacer triunfar las ideas modernas, por lo menos ha preparado la opinion pública para una solucion que se efectuará mas pronto ó mas tarde en este sentido. Por último Lord John Rousell es el que despues de una lucha gloriosa, cayendo del poder y vencido por el número, ha lanzado, como un Parta á sus enemigos victoriosos, la formidable cuestion de la libertad comercial y del precio del pan.

Tal es un resumen la existencia política de Lord John Russell ; pura , noble y bella, le ha grangeado con razon la confianza y el afecto de sus amigos y el aprecio de sus enemigos, ¡ Cosa rara ! despues de diez años de Ministro, no solo no ha perdido con el egercicio del poder , sino que ha salido de él mas grande que habia entrado. Su vida privada tiene toda la austera y sencilla dignidad que caracteriza su vida pública.

Hombre de Estado de primer orden , Lord John Russell es ademas un escritor distinguido. Ha publicado varias obras sérias del mayor interés: la primera titulada: *Ensayo de la historia del Gobierno y de la Constitucion inglesa*, la segunda : *Memorias sobre las negocios de Europa desde la paz de Utrecht hasta nuestros dias* : la tercera : *El establecimiento de los Turcos en Europa* ; y por último la cuarta titulada : *Causas de la revolucion Francesa*. Lord John Russell compuso ademas en 1823 una tragedia con el titulo de *D. Carlos, ó la persecucion*, que no fue bien acogida en el teatro.







VICTOR HUGO.

Personajes célebres del Siglo XIX

VICTOR HUGO.

Tous les genres sont bons , moins
le genre ennuyeux.»

BOILEAU.—Arte Poética.

Como el mundo político , tiene el mundo literario ó poético sus inevitables transformaciones. Las mismas causas que cambian la faz de una sociedad , no pueden menos de cambiar tambien la de la literatura ; y en este concepto es perfectamente exacto el axioma de Mr. de Bonald , muy disputable en nuestro concepto , si se deduce de él una simultaneidad de revolucion que casi jamás existe ; pero no cuando solo implica una relacion necesaria entre la causa y el

efecto, entre el principio y la consecuencia. No es rigurosamente exacto el decir, que la literatura es siempre la espresion de la sociedad; véase sino á la literatura acompasada, hinchada y pomposa de la escuela enciclopédica, atravesar el grande y tempestuoso periodo de la Asamblea Constituyente y del Consulado, y aun perpetuarse, salvas algunas raras escepciones, hasta los últimos tiempos del Imperio. Mientras dura la obra negativa de la destruccion, la poesia, que vive de afirmacion, permanece en el estado de crisálida; cuando todo se ha consumado, cuando las ruinas yacen amontonadas por el suelo, y cuando la paleta va á reemplazar el hacha ó el sable, entonces rompe la poesia su capullo, y sale mas ó menos hermosa, si se quiere, pero renovada, transformada, diferente.

Tómense á todos los grandes poetas, desde Homero hasta Chateaubriand, y siempre se les verá salir en pos de un sacudimiento, y cada revolucion social engendrará otra literaria. Amotinarse contra hechos de esta naturaleza, hechos absolutos, necesarios, eternos; arrojar la piedra á toda gloria nueva en nombre de las

antiguas glorias, sería pueril; describir alrededor del entendimiento humano el círculo inflexible de Popilio; tomar tal ó cual siglo de los pasados, colocarle ante el porvenir, á manera de las columnas de Hércules, y decir á este porvenir: « no irás mas allá » sería querer principiar de nuevo el milagro de Josué.

Si en el año de 1843 se encontrase un jóven oscuro, que se llamase Juan Racine, que se presentase tímidamente, con vestidos ruidos, al comité de lectura del teatro francés, llevando debajo del brazo una tragedia intitulada *Berenise ó Británico*, nos parece que el comité se negaría á aceptarla; y que si por casualidad la aceptaba, á lo mas sería acogida por el público con aprecio. Algunos espíritus escogidos admirarían sin duda una versificación incomparable, bellos arrebatos de ódio y de amor, y un profundo conocimiento de los misterios del corazón humano; pero la multitud, que vé con los ojos y juzga con el espíritu de su tiempo, permanecería impassible y fria al ver un adorno dramático, y un desarrollo de pasiones estrañas á sus instintos, á sus ideas y á sus costumbres.

A los que para destruir nuestra hipótesis

nos objetasen el prodigioso triunfo de Mlle. Rachel, contestaríamos sencillamente: no se trata aquí de una gloria por hacer, sino de otra justamente consagrada por los siglos; ¿y además no es patente, que si para algunos la tragedia del siglo de Luis XIV presenta un doble atractivo de emoción y de estudios, para el vulgo no hay en ellas otro prodigio que una actriz de 19 años? Tan cierto es esto, que ya la multitud que admiraba con entusiasmo, principia á cansarse de dar siempre vueltas en el mismo círculo de sensaciones facticias y previstas; que los mismos que más contribuyeron á producir la reacción, piden á voz en grito por interés de la misma actriz, un papel nuevo, y para el público un nuevo pasto; que en una palabra, para servirnos de la expresión de un agudo aristarco, entusiasta de Racine, la masa de los *honrados ignorantes*, de los *cándidos fastidiados*, levanta los ojos á la crítica, y le pregunta como aquel discípulo á su maestro. «¿Es cierto que me divierte?» Pero si se infriese por esto que somos uno de aquellos *inoclastas* feroces que destruimos á Racine, protestaríamos con todas nuestras fuerzas: no se destruye ya á Racine como no se

vuelva á hacer; el autor de *Fedra* y de *Athalie* será siempre uno de esos tipos eternos de la belleza humana, que brillan de trecho en trecho al frente de los siglos; pero al lado de aquella belleza, que es de todos los tiempos y de todos los lugares, hay en el arte otro género de belleza relativa, mudable, transitoria y susceptible de transformaciones radicales, como la época de que es el reflejo; esta belleza de segundo orden, que se encuentra mas bien en la forma que en el fondo, la poseia de lleno Racine en el siglo XVII, y la ha perdido en el dia. ¿Por que? Dígase porque la Francia actual no se parece ya á la Francia de Luis XIV.

¿Estas reflexiones preliminares, demasiado largas ya, tendrían acaso por objeto establecer que nuestra época ha encontrado la espresion de su pensamiento dramático llevada á su mas alto, á su mas completo poder en la persona de Mr. Hugo; que en el dia lo bello es lo feo, y que despues de *Hernani* ó *Marion Deorme* ya no hay nada que hacer? ¡Líbrenos Dios de semejante tésis! La parte dramática jamás nos ha parecido lo bello de Mr. Hugo; únicamente, para bosquejar con mas libertad el cuadro de

una carrera tempestuosa de innovador, hemos querido desembarazarnos de antemano de estas mezquinas disputas de palabras, que no han servido por mucho tiempo mas que para embrollar las cuestiones, en vez de esclarecerlas. Por lo demas, en el dia esas denominaciones arbitrarias y absolutas de *clásico* y de *romántico*, están en gran descrédito; en el dia, y vale mas, para distinguir los géneros, se tiene presente el principio de Boileau, que no dejaba de tener su mérito. Quitando del *género fastidioso* su acepcion estrecha y vulgar, admitiendo que lo *fastidioso* en el arte no es solo lo monotono, desabrido ó glacial, sino tambien lo que es hinchado, ilógico y falso; lo que está en contradiccion con los movimientos del alma, las pasiones del corazon y los instintos mas imperiosos de la naturaleza humana; fácil es entonces á cualquiera dar á Mr. Hugo una buena parte, en razon de sus impresiones individuales, sin ninguna especie de prevenacion; y se pueden admirar profundamente *Nuestra Señora de Paris* y las *Hojas de Otoño* sin ser *romántico*, y silvar *Ruy-Blas* sin ser *clásico*.

Victor Maria Hugo nació en Besanzon el 26

de Febrero de 1802. Su padre Segismundo Hugo, Coronel entonces, era uno de los primeros voluntarios de la República; su madre, hija de un naviero de Nantes, vandeana de nacimiento y de corazón, había sido, como él mismo lo dice, una facciosa, huyendo quince años por entre el Bocage, como Mme. Bouchamp y Mme. de Larochejaquelein. Este doble origen, ensanchando el círculo de las simpatías del poeta, ha agrandado en igual proporción el manantial de sus inspiraciones; su corazón ha latido sucesivamente por las grandes cosas del tiempo pasado, y los grandes pensamientos del porvenir.

Nacido casi bajo la tienda, en los días más brillantes del Imperio, Mr. Victor Hugo tuvo una de esas infancias nómadas, aventureras y fecundas en emociones de todas clases, que explican la singular precocidad lírica de su *alma de cristal*. Verdadero hijo de tropa, siguió del Norte al Mediodía los pasos de gigante de Napoleón. «He recorrido la Europa antes de vivir» ha dicho él mismo; y en efecto, á la edad de cinco años había pasado ya de Besanzon á la Isla de Elba, de allí á Paris, de Paris á Roma; había atravesado la Italia, permanecido en Nápoles,

alegrado su vista con el *aspecto de aquellas orillas embalsamadas, donde se detiene la Primavera*, jugando al pié del Vesubio, y temblado tal vez al oír los tiros de *Fra-Diávolo*, el poético bandido á quien su padre, nombrado Gobernador de la provincia de Avellino, perseguía por entre las montañas de la Calabria.

En 1809, el jóven Victor volvía á Francia con su madre y sus dos hermanos Abel y Eugenio, y solo entonces continuó con el auxilio de los libros su educacion, tan fuertemente trazada por una vida aventurera: dos años de serenidad doméstica y de tranquilos goces, pasaron por él en el antiguo convento de las Fulenses, cuyo recuerdo ha celebrado despues. Crecia el niño, como todos los niños felices de este mundo, bajo el cuidado de su madre; y para que nada faltase á su dicha, al dar su primer paso en la vida, tuvo el amor de una graciosa niña, que con el tiempo habia de ser su esposa; triscaba aquella pareja de cinco años por el jardin, y cuando estaban cansados de sus juegos, el jóven Victor entraba misteriosamente en un pabellon solitario, á aprender á leer en Tácito sobre las rodillas de un proscrito. El General Lahorie, comprometi-

do en el proceso de Moreau , y perseguido por la policia imperial , habia pedido un asilo á Mme. Hugo , la cual le ocultó en su casa durante dos años. El General distrajo el fastidio de su encierro con la educacion del jóven Victor , y este recibió desde entonces el primer gérmen del realismo que debia manifestar despues , y cuyo ardor se aumentó todavia en 1811 ; por una odiosa traicion vió á su amigo descubierto en su asilo , arrancado de sus brazos , sepultado en un calabozo , y por último fusilado despues en la llanura de Grenelle , en compañía de Mallet.

Algunos meses despues del arresto de Lahorie, el padre de Mr. Hugo , entonces General y empleado en el palacio del Rey José en Madrid, le llamó á dicha capital , junto con su madre y sus hermanos. Bajo el ardiente cielo de España , en este suelo pintoresco , rico en recuerdos , y conmovido entonces por la guerra, recogió el jóven Victor impresiones indestructibles. Tal vez debió en parte á su permanencia en la Península el tono atrevido y orgulloso de su pensamiento , y la exuberancia enteramente meridional de su imaginacion. De todos modos , el demonio de la poesia se apoderaba ya á los diez años de aquella

organizacion impresionable ; y á la edad en que apenas se habla en prosa , murmuraba ya vagas y confusas melodias.

Despues de pasar un año en el Seminario de Nobles de Madrid , volvió Victor á las Fulenses, á fines de 1812. Allí le encontró la primera restauracion , que fue acogida por él con el entusiasmo vandeano de su madre.

Antiguas disenciones , agriadas por una oposicion de creencias políticas , estallaron pronto con mayor fuerza entre Mme. Hugo y el General ; siguióse una separacion juridica , y durante los Cien Dias el padre del jóven Victor , usando de sus derechos , lo quitó á su madre para colocarlo con su hermano Abel en un instituto preparatorio de la Escuela politécnica. Allí el jóven Victor , aunque estudiando con fruto , si bien á su pesar , las matemáticas para obedecer á los deseos paternas , se intregaba mas y mas á la poesia. En 1816 , á los 14 años habia compuesto ya una tragedia segun todos los preceptos de Aristóteles ; tenia por título *Irtamene* , y estaba destinada para celebrar , bajo una forma simbólica , la vuelta de Luis XVIII ; este trabajo no se ha publicado. Solo dos piezas han quedado de aquella

época. *La Parábola del Rico y del Pobre*, y la tierna elegía de *La Canadeana*, que no desmerecen de las poesías posteriores de Mr. Hugo.

Al año siguiente, en 1817, propuso la Academia un premio á un poema sobre las *ventajas del estudio*; concurrió el escolar; su obra se consideró digna del premio, y solo obtuvo sin embargo una mención honorífica, por una circunstancia bastante singular que refieren algunos biógrafos. Su obra terminaba con estos versos:

Moi qui, toujours fuyant les cités et les cours,
De trois lustres á peine ai vu finir le cours.

Y el tono grave y sério de la composición anunciaba á lo menos *cinco lustros*; la Academia se ofendió de los supuestos *quinze años* del autor, cual si fuera una mistificación poco respetuosa, y creyó conveniente castigarle privándole del premio. En vano el jóven Victor, advertido por un amigo, se apresuró á presentar su fé de bautismo; era ya tarde y el premio estaba adjudicado.

Dos años despues, concluidos ya sus estudios y obtenido con trabajo de su padre el permiso

de seguir su vocacion literaria , envió Mr. Hugo á la *Academia de los Juegos Florales* de Tolosa dos odas : *Las Vírgenes de Verdun* y el *Restablecimiento de la Estatua de Enrique IV*, que fueron ambas premiadas ; al año siguiente una nueva poesia , *Moises abandonado en el Nilo*, que es tal vez aun en el dia una de las creaciones líricas mas bellas de Mr. Hugo , le valió el tercer premio , y el grado de *Maestro en los juegos florales*. Desde aquel momento el poeta de 16 años principió á ser conocido de la Francia , admirada de tan inaudita precocidad ; desde 1820 á 1822 , atravesó Mr. Hugo dos años llenos de luchas , de trabajos , de felicidad , de gloria y de brillo.

Entonces ademas principiaba á despuntar la época literaria mas brillante de la restauracion. El pais habia salido al fin de los furores de la anarquia y del ruido de las conquistas. Reinaba por todas partes la aficion á lo sólido y á lo verdadero ; la educacion , apenas bosquejada durante el Imperio , se levantaba fuerte y seria como la época ; era mas completo que nunca el conocimiento de los antiguos , la aficion á la edad media , que principiaba á manifestarse y

que distaba aun mucho del periodo de monomania que la desacreditó despues; el estudio de las lenguas extranjeras se hacia mas general, y se reforzaba el espíritu de propaganda intelectual. De toda aquella literatura imperial, henchida de palabras y vacia de ideas, especie de bagage de la Enciclopedia que va descomponiendose de dia en dia, solo han quedado en pie dos glorias venidas antes de tiempo, dos Mesias poéticos, dos genios revolucionarios, *René* y *Corina*. Estos dos génius, hijos de una generacion anterior, preceden aun, dirigen é iluminan la generacion nueva. Desde los cuatro ángulos de Europa, voces de poétas se llaman y responden cual ecos paternas, y son Goethe, Walter Scott, Byron y Manzoni. Casimiro de Lavigne escribió *Las Messenianas* uno de sus mas bellos títulos de gloria; Laménais publicó el primer volumen del *Ensayo*; Vigny preludió su hermosa novela de *Cinq-Mars*, dando vuelo a las revelaciones de su casta musa; por último Lamartine hizo escuchar por primera vez su voz de cisne.

A aquel grito melodioso de un desconocido, contestó Victor Hugo con un grito simpático;

inflamábale una noble rivalidad , y su ardor creció desde entonces en proporción á las dificultades que le rodeaban. Puesto á prueba por el dolor , pues habia perdido á su madre ; por la pobreza, porque un sentimiento de altiva dignidad le impedia recurrir á su padre; por el amor, pues el jóven amaba con pasion á la compañera de sus juegos de infancia, á la cual alejaban de él porque era pobre ; ante tantos obstáculos, el tribuno futuro del arte dramático se fortaleció é irritó; su alma se desahogaba con manantiales de poesia vigorosos y regulares , pero ardientes como una lava. Publicóse en 1822 el primer volumen de odas y baladas , poesia llena de hermosos versos de circunstancias , que llevaban el sello del mas elevado entusiasmo religioso y realista ; poesia perfectamente clásica en la forma, pero poco cuidadosa ya de las tradiciones antiguas, casi esclusivamente dirigida hácia las grandes cosas feudales , resonando con el choque de los escudos y de las armaduras, y con el antiguo grito de guerra , Montjoye Saint Denis ; poesia impregnada de un delicioso perfume de caballeria y de fé , que se complace en bajarse á las torres de los antiguos castillos , rodeada de

hombres de armas, de pajes, de escuderos, de melancólicas castellanas, de grandes varones cubiertos de hierro.

Al mismo tiempo escribió Mr. Hugo sus dos primeras novelas *Han de Islandia y Bug-Jargal*, que no se publicaron hasta algunos años despues. Estas dos producciones estravagantes y enfermizas, de una imaginacion volcanizada, presentan igual mezcla de monstruosidad y de gracia.

Principiaba ya á descubrirse en Mr. Hugo esa tendencia a la antithesis perpétua entre el bien y el mal, lo deforme y lo bello, ó mejor dicho esa predileccion por lo feo, sobre la cual ha apoyado mas tarde todo un sistema dramático.

En 1822 se casó al fin Mr. Hugo con Mademoiselle Fouchel, su querida desde la infancia. Durante este tiempo el jóven Hugo habia adquirido en la sociedad una brillante posicion; el partido realista le dió la mano, y él habia fundado y redactaba auxiliado de su hermano y de algunos amigos, *El Conservador Literario*: hubiera podido dirigir sus miras hácia la política y abrirse una carrera ventajosa; prefirió

permanecer fiel al culto de la poesia, y su penosa situacion solo mejoró con una pension del Rey, tan noblemente obtenida como concedida; uno de sus antiguos amigos de la niñez, el jóven Delon, condenado á muerte á consecuencia de la conspiracion de Saumur, estaba prófugo; Mr. Hugo escribió á su madre ofreciéndole un asilo para su hijo, en su modesto albergue, añadiendo: «Soy demasiado realista para que se acuerden de venirlo á buscar en mi cuarto.» La carta fue abierta en el correo y presentada á Luis XVIII, el cual castigó la adhesion del amigo concediéndole una pension. Sin embargo, á medida que Mr. Hugo estaba mas en contacto con los hombres y las cosas, sus convicciones experimentaban irresistibles modificaciones; disminuia poco á poco el fervor de su realismo, y sus inspiraciones de poeta experimentaban una trasformacion análoga: la forma clásica cedia el terreno al espíritu innovador que invadia. Entre el primero y tercer volumen de las *odas* y *baladas* publicadas con cuatro años de intervalo; entre el *Restablecimiento de la Estatua de Enrique IV* y la *Fiesta de Neron* hay ya en el alma del realista una entera trasformacion política, y en las producciones del poeta una pro-

gresion mas y mas marcada hácia la heregia literaria.

Solo un año despues , en Diciembre de 1827, fue cuando Victor Hugo se decidió formalmente á declarar la guerra á Aristóteles y á Racine, publicando su drama de *Cromwell* y el largo prefacio que le antecedia.

Despues de este primer ensayo dramático, volvió Mr. Hugo á la poesia lírica y publicó *Las Orientales*, en Diciembre de 1828. En este libro acogido con entusiasmo, llegó Mr. Hugo á los últimos limites de la poesia puramente artística, de lo bello en la forma. Jamas habia tenido la lengua francesa tanta ductilidad y blandura; jamas poeta alguno fue mas encantador, por la armonia, la delicadeza, la limpieza del ritmo, la riqueza del colorido y la abundancia de las imágenes. Pero no se busque en *Las Orientales* la sombra de un pensamiento; por esto nos gustan mas las *Hojas de Otoño*. En Enero de 1829 publicó Mr. Hugo *Los últimos dias de un reo de muerte*, ese libro bello por la cruel verdad con que analiza, minuto por minuto todos los tormentos de un hombre á quien espera el cadalso. Hay en él páginas que se creerian escritas con

la pluma de hierro del Dante. Aquella *agenda júnibre* tuvo un éxito prodigioso.

Pocos meses despues se representó en el teatro francés, el 26 de Febrero de 1830, *Hernani*, el día mismo del cumple años de Mr. Hugo; las dos escuelas dramáticas estaban en aquella época en el mayor grado de exaltacion. La escuela clásica defendia con ridículo encarnizamiento la entrada del santuario, contra la invasion de los bárbaros, y en el último apuro hubiera casi llamado en su auxilio la lógica de las bayonetas. Carlos X. habia respondido á las quejas de la Academia, llevadas hasta el pie del trono, con toda la agudeza del Conde de Artois: *En materia de arte, no tengo mas derecho que el que me da mi asiento en el patio.* La poblacion de París se agolpó al teatro francés, y la primera representacion de *Hernani* fue de las mas tempestuosas.

El drama de *Marion Delorme* compuesto antes que *Hernani*, prohibido por la censura de la Restauracion, fue representado poco despues de la revolucion de Julio. En ambos hay rasgos admirables; sin embargo, los apasionados de Mr. Hugo principiaban á espantarse de la ligereza con

que desfiguraba la historia; hicieronse algunas advertencias, pero Mr. Hugo contestó á la crítica internándose mas en su camino. En Enero de 1832 dió al teatro francés su drama *Le Roy s'amuse* (El Rey se divierte), bastante mal acogido del público, y que solo se representó una vez, habiendo sido prohibido al dia siguiente é impreso luego por Mr. Hugo.

Despues de *El Rey se divierte* Mr. Hugo se ha lanzado mas y mas en la adoracion de lo feo; *Lucrecia Borgia*, *Maria Tudor*, *Angelo* y sobre todo *Ruy-Blas* presentan siempre la misma mezcla heterogénea de inspiraciones con frecuencia sublimes, y de pueriles monstruosidades; á fuerza de apasionarse por esa antítesis perpetua de dos elementos contrarios, Mr. Hugo ha llegado á componer dramas no solo estrambóticos é ilógicos, sino imposibles; ha presentado héroes que hablan como valientes y obran como cobardes; grandes hombres que se conducen como mentecatos; furiosos, mansos como corderos; cortesanas, cándidas como virgenes; reinas fáciles y vulgares, como costureras; montones de catástrofes producidas por una llave, una flor ó un pedazo de encage; relaciones medio grandiosas

y medio ridículas : versos sumamente bellos por el lado del emistiquio , y sumamente feos por otro lado : de manera que el espectador, sometido de este modo , sucesivamente y á un tiempo mismo , á dos impresiones diametralmente opuestas y de igual intensidad , se encuentra moralmente en la posición de un hombre que tuviera la mitad del cuerpo sumergido en agua hirviendo , y la otra mitad en agua helada.

No somos seguramente acérrimos partidarios de las unidades , pero nos parece que cierta unidad fundamental es indispensable en el arte como en todas las cosas. La naturaleza humana puede ser , y es en efecto , inconsecuente , pero no incoherente ; dos sentimientos opuestos no pueden existir á un mismo tiempo en el mismo corazón ; no puede llorarse con un ojo y reírse con el otro. Esta es la razón porque la mezcla *igual* ó mas bien el antagonismo *permanente* de lo cómico y de lo trágico nos parece contrario á la naturaleza y á la verdad ; por eso no somos apasionados de los dramas de Mr. Hugo.

En *Nuestra Señora de París* , que es en muchos puntos una obra maestra , existe también enteramente este fatal sistema ; el poeta es-

tá tan poseido de este pensamiento, que dedica su última pincelada á pintarnos á Esmeralda, el tipo mas puro de la belleza, unido por la muerte en el osario de Montfaucon, á Cuasimodo, la suprema fealdad; y el lector cierra el libro con una impresion de horror y de disgusto; pero alli, siendo el cuadro de la novela mucho mayor que el del drama, la obsesion de la antitesis es menos constante: de la multiplicidad de los capitulos resulta para cada uno de ellos cierta unidad especial, que suple, hasta cierto punto, la falta de unidad general; hay ademas en este libro tanta energia y gracia en el estilo, tanta pasion, tanta ciencia, tanto genio, que el lector conmovido en lo mas profundo de su alma, no tiene lugar para darse cuenta de la infinita variedad de sus sensaciones; se ve como dominado por un vértigo, y él mismo experimenta el ascediente de ese poder misterioso, al cual ha llamado Mr. Hugo necesidad, y que no es otra cosa que la varilla con que este poderoso mágico hace mover á su antojo todas las piezas de su formidable poema.

¿Qué diremos ahora de las *Hojas de Otoño*, esa rica flor poética de la edad madura, que en-

cerraba en germen los cantos del *jóven sublime*? Todo es allí grande, todo completo, todo armonioso y bello; el delicioso ritmo de las *Orientales* vuelve á aparecer, embellecido con todo el encanto de un pensamiento meditativo, á un tiempo con el recuerdo abierto á la esperanza, debilitado por la duda y reanimado por la fe. ¿Quién no ha leído, y vuelto á leer llorando, la *Plegaria para todos*, ese poema de 300 versos que sobrevivirá á la lengua francesa, y por lo cual cederíamos todos los dramas de Mr. Hugo? En los *Cantos del crepúsculo* y en las *Voces interiores*, publicadas mas adelante, el poeta sale alguna vez del círculo de las alegrías y de los dolores íntimos; su mirada recorre el mundo exterior, y resuena su voz para reasumir, las mil voces, los mil gritos, los mil dolores de una sociedad que ha perdido el camino, va á tientas, sufre, llora y se lamenta en la oscuridad; y despues de cansado el poeta, vuelve á su hogar y canta las gracias de los niños, la dicha del padre y del esposo, la pureza, la ternura de la madre y de la esposa.

En medio de su vida activa, agitada y militante de innovador, el poeta se ha proporciona-

do una vida íntima, llena de serenidad y de encanto. En uno de los barrios mas retirados de Paris, en uno de los angulos de esa Plaza real, vivo recuerdo de los primeros dias del gran siglo, habita una suntuosa morada, amuebiada con el lujo de un Gran Señor y el capricho de un artista. Allí, en el seno de un interior tranquilo y puro, rodeado de su muger y de sus hijos, Mr. Hugo cual si quisiera realizar en su pensamiento su sistema de antitesis dramática, ha conseguido evocar todas esas apariciones satánicas, todos esos asesinatos, adulterios, incestos y todos los horrores que son conocidos. Pero allí ha creado tambien la deliciosa Esmeralda; allí resucitó al antiguo Paris con toda su ruda energia; allí ha escrito toda la hermosa poesia lírica que colocará su nombre en puesto tan elevado en la historia literaria de este siglo. Allí tambien, segun dicen, se muestra sucesivamente benévolo, protector de las glorias nacies, arqueólogo, erudito y apasionado, hombre sensato y de juicio, ocupándose muy bien cuando es necesario de las cosas prosaicas de la tierra, y atendiendo á un tiempo á los deberes de padre y á las inspiraciones de poeta.

En aquel santuario por último se consolaba Mr. Hugo de la espantosa desgracia que causaba la desesperacion de Piron. El 3 de Junio de 1841 fue recibido por fin en la Academia, donde se presentó con inusitada elegancia. Mr. Hugo, como Mr. Lamartine, quiere dejar su traje de poeta, y descender á la arena donde se agitan tantas y tan mezquinas pasiones. Aspira á entrar en la Cámara de los Pares, y tal vez á ser Ministro. Dicese que para facilitar este proyecto compone una obra en prosa titulado *El Rin*. Falta saber si todo esto aumentará mucho la gloria, tan grande y tan legítima, del autor de las *Hojas de Otoño*, y de *Nuestra Señora de Paris*.







EL PRINCIPE DE LA PAZ.

personajes célebres del Siglo XIX.

D. MANUEL GODOY,

PRINCIPE DE LA PAZ.

« El Rey Cárlos le mantuvo su estimacion hasta el fin de su vida , con todas las señales de un amor entrañable , y le llamó de palabra y por escrito siendo su Soberano *su amigo verdadero.*»

MEMORIAS DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ,
tomo I cap. 3.º

Al oír el nombre que sirve de asunto á este escrito , no es posible acompañarle de otra idea que la de la inestabilidad de la grandeza humana. La imaginacion se abate á la vista de aquellos sujetos que representan las grandes calamidades políticas , que en ellos se ven personificadas , y al

comparar lo pasado con lo presente , retrocede faltar de ánimo , considerando lo deleznable de aquellos objetos en pos de los que tanto se afana.

Por otra parte la desgracia misma no ha sido suficiente para aplacar la opinion pública altamente pronunciada en contra del valido de Cárlos IV: y el nombre de Godoy despierta todavía en España ideas de odio é indignacion , porque no es dado á todos oír la defensa de la víctima , al paso que han escuchado por largos años la acusacion de su conducta. En efecto, las Memorias del Príncipe de Paz han aclarado muchas dudas , y vindicado en gran parte su reputacion: otros varios puntos quedan aun oscuros, y en ellos , á fuer de imparciales , quizá no convendremos con el ilustre proscrito , con cuyas revelaciones procuraremos ser complacientes , no solo por el respeto y compasion que merece tan prolongada desgracia, sino tambien porque asi lo exige la verdad , que cada dia arroja nueva luz sobre el reinado del bondadoso, pero indolente Cárlos IV.

En sus Memorias se ha quejado Godoy agriamente , pero no sin fundamento , de lo mal parado que ha salido de manos de los folletinistas, y aun mas de los biógrafos franceses , que han errado has-

ta la fecha de su nacimiento. Oigamos al mismo explicarse sobre este particular.

« Yo nací en Badajoz , capital de Estremadura , el 12 de Mayo de 1767 y no 64 , como dicen los mas de los biógrafos. Fueron mis padres Don José de Godoy y Doña María Antonia Alvarez de Faria, su clase la de nobles, su hacienda mediana, la mayor parte herencia antigua y patrimonio de familia.... Mi casa solariega , de puro vieja la tiene el tiempo arruinada en Castuera, donde poblaron mis mayores por línea paterna.» Detiéndose con placer en probar lo ilustre de su alcurnia, (lo cual estamos muy lejos de reprobamos), y que habia recibido una educacion esmerada , de los maestros cuyos nombres cita , insistiendo sobre todo en que ignoraba la música. Convenimos gustosos en esta última asercion ; porque á la verdad , el espectáculo de un Guardia de corps elevándose al poder con solo tocar seguidillas á la guitarra en el alcázar régio , es tan ridículo é inverosímil , que solo puede tener cabida en las cabezas del vulgo , y en los escritos estranjeros, siempre mal informados y llenos de ridiculaceos acerca de nuestros usos y costumbres.

Mas no por eso parecen muy satisfatorias las

explicaciones que dá acerca de su elevacion al favor, pasando sobre este punto como sobre carbones encendidos. Para ello hace una pintura apasionada y poco exacta de Floridablanca y Aranda, calificando al primero de apocado é irresoluto, y al segundo de confiado y temerario; dando á entender, que Cárlos IV, deseando encontrar un justo medio entre los opuestos caracteres de aquellos dos ancianos, se vio precisado á echar mano de Godoy, en quien hallára el bello ideal que anhelaba. Pero siempre queda oscuro el punto principal, y los medios por los cuales llegó el Rey á conocer y distinguir los talentos de su favorito, entre la numerosa y brillante turba de los Guardias de la real persona. Un sentimiento de respeto y delicadeza nos obliga igualmente á no profundizar mas en este punto, y á aceptar como buenas cualesquiera esplicaciones que se presenten, en contra de la que comunmente suele dar el vulgo, sin consentir por eso la descripcion que hace de los ministros de Cárlos IV y en especial de Floridablanca. En efecto, personas bien informadas han datado la privanza de Godoy con el Monarca, desde antes que este subiera al trono. Admitido en 1784 por Cárlos III en el cuerpo de

Guardias de la real persona, se vió elevado á la privanza de Cárlos IV, entonces Príncipe de Asturias: pero su padre que ni habia tenido favoritos ni gustaba de ellos, desterró de la córte al de su hijo. No se entibió por eso la amistad del Príncipe, y asi que subió al trono le alzó su destierro, y le hizo en aquel mismo año Exento de Guardias, y en 1791 Ayudante general del mismo cuerpo, y le condecoró con la Gran Cruz de Cárlos III.

A principios de 1792 cayó Floridablanca, y fué reemplazado por su antagonista el Conde de Aranda, pero la posicion de este no era seguramente muy lisonjera. Imbuido en las doctrinas de los enciclopedistas franceses, simpatizaba con la revolucion que habian promovido, y trataba de robustecerla dejándola en paz; pero Cárlos IV, que apreciaba cordialmente á sus parientes, y seguia en esta parte las máximas de Floridablanca contrarias á la revolucion, estaba muy lejos de aceptar los consejos de Aranda. Este por su parte, resentido de la oposicion del Monarca á sus planes, principió á considerar su papel como vergonzoso, y concluyó de dar rienda suelta á su mal humor, al ver á Godoy rápidamente elevado

á Grande de España , con el título de Duque de la Alcu^{di}a, y al mismo tiempo condecorado con el toison de oro , y con el empleo de Mayor de Guardias de Corps. Iguoramos á la verdad que méritos pudiera tener entonces Godoy , para obtener tan escelsos honores , á que apenas parecian acreedores hombres encanecidos en los servicios mas penosos de la patria. Deseoso de serlo el favorito , se lanzó en la arena política , y obtuvo el ministerio de Estado , quedando exonerado Aranda.

Felices fueron los primeros pasos del novel ministro en la espinosa carrera que emprendia ; el sistema de neutralidad y las gestiones del encargado Ocariz para salvar al desgraciado Luis XVI, son harto honrosos á la política del ministro, y á la *piEDAD del Rey en cuyo nombre se ejecutaban*. Por desgracia el éxito no correspondió á sus buenos deseos, y la cabeza del Monarca francés rodó en un patíbulo. Mengua hubiera sido de la pundonorosa nacion española haber dejado impune aquel atentado , cometido contra el gefe de la familia reinante, y los insultos y desprecios con que respondieran los asesinos á los que trataban de arrancarles la ilustre víctima. La Europa

toda lanzó un grito de horror, y España lo repitió con indignación. La que poco antes brindaba con su neutralidad, armó rápidamente sus guerreros para la pelea, y en cuatros meses equipó un ejército formidable, que se lanzó con fortuna en el territorio enemigo. No fue culpa de la España que la perfidia de una potencia y la mala dirección de las otras, impidieran llevar á cabo una empresa bajo tan buenos auspicios principiada; pero nadie podrá negar que en la primer campaña tan solo, radió pura y luciente la estrella española. Si en las batallas de Truillas y el Boló se mostraba nuestra infantería digna sucesora de los célebres tercios de Castilla, la marina al evacuar á Tolon, daba una muestra del pundonor español, que contrastaba con la bajeza y cobardía de los aliados. A principios de 1794, Barrere dirigia á la Convencion estas palabras «Ciudadanos: habeis oido con entusiasmo la reconquista de Tolon, las victorias del Rhin y la destruccion del mónstruo siempre renaciente de la Vendée: escuchad ahora con valor los reveses y pérdidas que la traicion os ha hecho padecer por el lado de Perpiñan, que amenazan los españoles, hechos dueños del castillo de S. Telmo de

Bañols, Port-vendres y Coliuvre. Los castillos se abandonaron, y nuestro ejército está deshecho y derrotado.»

Mientras la España se cubria de gloria, los soldados de las grandes Potencias huian ante las falanges republicanas: los austriacos, vencidos en Wutines, abandonaban la Bélgica, y los prusianos desistian de invadir la Alsacia, batidos en los llanos de Geisberg.

Al principiar la segunda campaña, el Conde Aranda, firme en su antiguo propósito, insistió en el Consejo de Estado por el sistema de neutralidad, pero en términos tan aeres (segun su costumbre) que Carlos IV hubo de mostrarle por ello su desagrado. Pocas horas despues salia desterrado el Conde, y el Consejo de Estado decidia que se abriese la segunda campaña. Poco favorable fue esta para nuestras armas, á pesar del valor de los soldados y sus gefes, en muchos de los cuales preponderaba el corazon á la cabeza. Nuestras tropas fueron lanzadas del territorio francés, pues antes habian sido batidos todos los ejércitos aliados, que por diferentes puntos lo habian invadido. No fue mas feliz la tercera campaña, durante la cual los ejércitos franceses, invadiendo

las Provincias Vascongadas , llegaron á fijar sus estandartes á orillas del Ebro. Dificil es calcular el resultado que hubiera tenido aquella campaña , mucho mas si se atiende á las ideas que fermentaban en ciertas cabezas , á no haber sido por el tratado celebrado en Basilea en 22 de Julio de 1795 , en el que se devolvió á España todo el terreno conquistado , dando esta en cambio la parte española de la Isla de Sto. Domingo. Este tratado , que no se puede negar fue ventajoso , si se atiende al estado de las cosas , fue debido á los talentos diplomáticos de D. Domingo Iriarte. A pesar de eso , el lauro principal se lo llevó el ministro de Estado , á quien condecoró Carlos IV con el título de *Príncipe de la Paz* , de que aun usa , honor que el mismo interesado reconoce casi como desmedido , y que dió pábulo á la envidia y maledicencia , que se ensañaban contra él. Ademas , le dió en 27 de Setiembre del mismo año el *Soto de Roma* , asi como años antes le habia dado el Valle de Alcudia , comprado espresamente para regalárselo con el título de Duque. No contento Carlos IV con tantos favores , formó empeño en hacerle emparentar con la real familia , haciéndole casar con la Condesa de Chin-

chon , Doña Maria Teresa Vallabriga , hija del desgraciado Infante D. Luis hermano de Carlos III. Esto dió márgen á que se le acusára de bigamo por sus émulos, suponiendole casado en primeras nupcias con otra dama de bastante nombradía ; idea en la cual todavía persevera el vulgo. Este matrimonio estuvo muy lejos de ser feliz. Sus desavenencias eran públicas , y daban no poco pábulo á la maledicencia, que se cebaba con avidez en la vida privada del favorito. Llegó esto á tal punto que al caer aquel en Aranjuez , mientras que una parte del populacho saqueaba su casa , y le buscaba frenético para asesinarle, otra no menos considerable tiraba de la carroza en que su esposa é hijo eran conducidos al real palacio.

Despues de la paz de Basilea , Godoy trató de retirarse ; lo cual repugnaba constantemente Carlos IV. Deseoso aquel de formar un ministerio compacto , llamó al célebre Jovellanos , y á D. Francisco Saavedra. Al mismo tiempo fueron colocadas varias personas de sobresaliente mérito, entre las que merece especial mencion el distinguido literato D. Juan Melendez Valdés , á quien se dió el empleo de Fiscal de la Sala de

alcaldes de casa y Corte. Habiendo vuelto Godoy á insistir en su dimision, le dió por fin el Rey un decreto con la fecha en blanco, en la que puso aquel la de 28 de Marzo de 1798. En el ministerio de Estado le reemplazó interinamente Saavedra, y en el cargo de Sargento Mayor de Guardias el Marqués de Ruchena.

No perdió por eso nada Godoy de la amistad del Rey, ni de la influencia que en su ánimo ejercia; pues aunque separado algunas cortas temporadas de la Corte, seguia con él una correspondencia bastante animada.

Los padecimientos físicos de Saavedra hicieron pensar en darle sucesor, y fue designado para ello D. Mariano Luis de Urquijo. Poco despues fue lanzado igualmente de su silla el célebre Jovellanos, confinado al castillo de Bellver en Mallorca, y envuelto en un proceso por la Inquisicion. Atribuyose generalmente esta caida al favorito, á quien se imputaba cuanto malo sucedia en España. Este por su parte la atribuye, quizá con bastante fundamento, á Caballero (que reemplazó en el ministerio á Jovellanos), á lo cual da no poca probabilidad el ascendiente que ejerció aquel Ministro en el

ánimo del Rey, con no pocos celos del antiguo favorito.

No tardó este en volver á tomar una parte activa en los negocios públicos, con motivo de la conducta de Portugal. Deseaba Napoleon cerrar sus puertos á los ingleses, y pedia para ello que diese la España paso á sus tropas. Para evitar este conflicto, medió la España con el Regente de Portugal, concediéndole varios plazos, que no fueron admitidos. Decidiose pues la guerra contra aquel pais, y para ello se aproximaron nuestras tropas á la frontera. Temerosos del éxito, Urrutia y otros generales se negaron á tomar el mando, por la escasez de recursos, lo cual obligó á Godoy á ponerse al frente de las tropas, para salir airoso de la guerra, que habia aconsejado. Escitose al clero á contribuir para aquella empresa; abrió este sus arcas, y á imitacion suya el comercio y los particulares aprontaron los recursos, que se exigian. Napoleon habia enviado á Saint Cyr, con objeto de que se le confiase el mando de las tropas: esto hubiera sido poco decoroso para nuestras armas, y comprendiendolo así Cárlos IV, siempre anhelante por aumentar los honores

de su favorito , le nombró Generalísimo de las tropas de mar y tierra.

Al frente de estas últimas invadió la frontera de Portugal , el día 20 de Mayo de 2801, antes que los portugueses concluyeran de fortificarse, y que se reunieran las columnas francesas que habian de obrar en combinacion con nuestras armas. El ejército español se apoderó rápidamente de Campomayor y Olivenza, derrotó á los portugueses en varios encuentros, y estrechó la plaza de Yelves. Temerosos los portugueses al ver tan rápidos progresos, pidieron la paz, que obtuvieron por el tratado de Badajoz , en 29 de Setiembre , en el cual adquirió España la plaza de Olivenza, con un buen trecho de frontera. Deseaba Napoleon hacer pagar á los portugueses mucho mas cara su resistencia, pero no siendo oportuno á las miras de España humillar tanto á sus vecinos , se apresuró la conclusion del tratado, para frustrar los conatos del francés. Al ver este defraudadas sus miras , no pudo menos de impacientarse ; pero arrastrado de las circunstancias , firmó otro tratado aparte con Portugal , y sus tropas salieron de España sin haber pisado casi aquel territorio.

La amistad de España con Bonaparte fue vengada por los ingleses con pérdidas de nuestra marina y comercio. La paz que se siguió no fue bastante para templar su vengativa saña, y contra todo derecho y razon continuó atropellando nuestras embarcaciones. Cuatro fragatas que venian de América fueron atacadas a la altura del cabo de Sta. Maria por otras inglesas: defendiéronse las nuestras valerosa, pero inútilmente; una fue á pique, y las otras tres cayeron en poder de los ingleses, con un millon de libras esterlinas. Al mismo tiempo llegó la noticia de haber cabido igual suerte á la fragata *Estremeña*, junto á Copiapo. Tantos insultos eran insufribles, y la España, aunque exhausta por las pasadas guerras, hubo de comprometerse en otra nueva. La victoria no estuvo entonces por parte de la justicia, y nuestra escuadra abandonada de la francesa, vino á sucumbir sin fruto pero con gloria, en el cabo de Trafalgár. (1) A pesar de sus enormes sacrificios, la España no obtuvo del Emperador francés la consideracion

§ (1) Véanse las Biografías de Gravina y Galiano tomos II y V.

debida, y para baldon suyo trató á nuestra patria con injusticia y con despego. Quería mandarla como una colonia, y la oposicion justa que encontraba en el gobierno para varios de sus proyectos, en vez de miramiento provocaba su enojo.

Entretanto Carlos IV, no satisfecho con los honores que hasta entonces habia prodigado á su favorito, le concedió la dignidad de Almirante de España é Indias, con el tratamiento de *Alteza*, á tiempo que la España acababa de quedarse sin marina. La adulacion se arrastró entonces cual nunca á los pies del favorito. La Corte corrió presurosa á besarle la mano; todos los músicos de Madrid concurren á darle una brillante serenata; el teatro consagró su apoteosis con una loa, y el Ayuntamiento, segun su añeja costumbre, (que aun dura) se apresuró á bautizar un rincon de la Corte con el titulo de *Plazuela del Almirante*.

Godoy se veia elevado á una altura cual jamás tocó ningun valido de los que nos muestra la historia: colocado al par del trono, tenia al rededor de sí una corte brillante y numerosa, un cuerpo de Guardias tan espléndido ó mas que ei

del Monarca. Solo le faltaba un trono , y aun este último favor estuvo para dispensársele la fortuna.

Napoleon despues de la paz de Tilsit , ansiaba por llevar á cabo el bloqueo continental contra los ingleses. Portugal siempre sumiso á estos contrariaba las miras del soldado venturoso , el cual decidió por este motivo atropellar por todos los respetos , y esclavizar á los que faltaban á sus mandatos. A pesar de los reparos del concienzudo Carlos IV se trató de la desmembracion de Portugal : debianse erigir alli tres feudos para la España , uno con objeto de indemnizar al Príncipe de Etruria , y el otro para el Príncipe de la Paz, que llevaria el título de Príncipe de los Algarves. En virtud de este tratado , que se firmó en Fontainebleau el 27 de Octubre , las tropas francesas pisaron el territorio español , y unidas con las nuestras se apoderaron rápidamente de Portugal : (1) pero bien pronto nuevos destacamentos, a pretexto de apoyar á los primeros, principiaron á ocupar el Norte de la Península. A vista de esto, no pueden menos de chocar á todo hombre im-

(1) Véase la Biografía de Fernando VII.

parcial estas hinchadas palabras con que empieza el Príncipe de la Paz el prólogo de sus Memorias. «*Cuando en Mayo de 1808, víctima lamentable de la faccion inicua que llamó á Napoleon á entrometerse en los negocios de España...*» ; Ah! no tuvo la culpa de los desastres de España quien hizo á Napoleon *entrometerse* en sus negocios, sino quien le autorizó á *meter* en ella sus regimientos.

Dificil es en esta parte disculpar la conducta del Príncipe de la Paz, y las esplicaciones que dá en sus Memorias satisfacen harto poco. Autorizando la conquista de Portugal por el derecho *del mas fuerte*, y apoyándola con nuestras tropas, debia temer verse algun dia herido por los mismos filos; y la Providencia que castiga la injusticia de los hombres, con sus errores mismos, hizo que las tropas francesas, despues de subyugar á Portugal quisieran hacer lo mismo con España. En vano el Príncipe de la Paz tratará jamás de dar un brillante colorido á los actos de su política con la Francia. Nuestra patria habia llegado á ser no una aliada sino una tributaria de aquella. Nuestros caudales estaban á su disposicion, la marina á sus órdenes, y los ejércitos marchaban mezclados con los suyos á

la victoria. Por el tratado de Campo Formio se habian cedido á la Francia la Luisiana, y diez navíos de línea de los que habia en Brest , á trueque de la Etruria, que se habia adjudicado al Duque de Parma , con el título de reino: para desembarazar á las tropas francesas , una division española al mando de D. Gonzalo Ofaril pasaba á custodiar á Florencia. Poco despues, unida esta division con otras hasta en número de 14,000 hombres , iban á guarnecer las islas del Báltico , al paso que Izquierdo aprontaba al Emperador 24 millones, pertenecientes á la Caja de consolidacion, prescindiendo de otros muchos, que anteriormente se le habian entregado. No basta por cierto citar algun hecho de energia, porque esto probará cuando mas que el abatimiento no habia llegado á lo sumo , y que la nacion poco antes tan vigorosa , podia sacar aun fuerzas en medio de la flaqueza, á que las circunstancias aciagas y los errores del Gobierno la habian conducido.

Pero aunque no se puede menos de acusar al Príncipe de la Paz por su errada política, no por eso parece creible, que su conducta tortuosa tuviera por objeto trocar la dinastía, como mu-

thas veces, y no sin razones, le han echado en cara sus contrarios, y que ha sido la causa entre otras, de que el pueblo abrigue todavia contra el ese ódio injusto en parte, pero al mismo tiempo general, inveterado y profundo. Aumentóse este mas y mas con la ruidosa causa del Escorial, (*) en la cual se consultó á Napoleon, sin duda por no ser menos que los que le hacian *entrometerse* en los negocios de España.

Entre tanto, los franceses faltando escandalosamente al tratado de Fontainebleau, seguian invadiendo la Península, y apoderándose de las plazas fuertes á guisa de salteadores. Los Reyes y su favorito, conociendo su error, se decidieron por fin á enmendarlo, concentrando las fuerzas españolas al otro lado del Tajo, y poniendo á salvo la Corte en Sevilla. Pero la hora de la espiacion habia sonado, y estaba previsto que esta seria acerba y terrible. Era una noche lóbrega del mes de Marzo de 1808, en que se juntaba al rumor de las aguas del Tajo, y al desapacible soplo del cierzo, el murmullo del populacho que sitiaba las avenidas del alcázar de Aranjuez, donde á

(*) Véase la Biografía de Fernando VII tom. III.

la sazón residía la Corte. Preparábase para acostarse el Príncipe de la Paz, cuando llegó á sus oídos el estruendo de las armas y el clamoreo del pueblo que atacaba su casa. Eran los partidarios del Príncipe de Asturias, que al ver la comitiva de Doña Josefa Tudó, compuesta de Guardias de Godoy, había tratado de reconocerla. Un tiro disparado por un Guardia dió principio á la refriega; la turba arrolló todos los obstáculos, invadió los salones del favorito, y condenó al fuego sus preciosos muebles. Aquella casa desmantelada, ruínosa, sin balcones ni ventanas, permanece aun silenciosa y triste, cual mudo testigo de los horrores de aquella noche tormentosa. En vano los conjurados habían recorrido todos sus rincones en busca de la apetecida víctima, que muerta de sed y cansancio permanecía oculta entre las esteras de un desvan. Creíanle todos á Godoy escondido en palacio, ó huyendo hácia Andalucía, cuando circuló el rumor de que había sido preso por los Guardias que custodiaban su casa, á quienes se había entregado por necesidad. Acudió al punto un piquete de Guardias de Corps que se ofreció á escoltarle hasta su cuartel á fin de ponerle en salvo. Entonces se vió un espectáculo

terrible de las venganzas populares. El Príncipe de la Paz, aquel ante quien numerosas turbas inclinaban sus erguidas frentes, marchaba ahora entre dos caballos, apoyados los pies en los estribos, las manos en los arzones, siguiendo penosamente el trote de los caballos. En vano los Guardias se apiñaban al rededor; una multitud ebria de venganza, le disparaba certeros golpes, y se dejaba pisotear de los caballos á trueque de descalabrar al aborrecido favorito, sin que su abatimiento escitase muestra alguna de sensibilidad en aquellos empedernidos corazones. Hacia pocas horas que el Monarca traspasado de dolor habia firmado aquel mismo dia (18 de Marzo) la exoneracion de Godoy de los empleos de Generalísimo y Almirante, lo cual habia sido acogido por la muchedumbre con trasportes de entusiasmo. Al oir el nuevo griterío, y noticioso de la causa que lo promovía, envió á su hijo á salvar la vida de su infortunado amigo. A su vista calmó el tumulto, y dirigiéndose al preso á quien rodeaban los Guardias en el átrio del cuartel, le dijo con gravedad, *te perdono la vida.*—¿Es ya V. A. Rey? le preguntó Godoy con admirable serenidad en tan críticas circunstancias. —No, respondió el

Príncipe, *pero lo seré muy luego*. Al día siguiente se hallaban cumplidos sus votos; pero la corona que acababa de alzar del suelo, empañada con el lodo de un motin, no radiaba ya en sus sienas con el esplendor antiguo.

Antes de la abdicacion, Cárlos IV deseoso de salvar á su amigo habia mandado conducirle prisionero al alcázar de Sevilla, y nombrado para esta comision al pundonoroso D. Martin de la Carrera á quien se miraba como afecto á Godoy, por haber pertenecido á su cuerpo de Guardias. Hallábase á la puerta del cuartel el carruaje que habia de conducirle, y Carrera manifestaba al piquete de Guardias el objeto con que habian formado, cuando algunos se negaron á seguirle. Irritado Carrera á vista de aquella insubordinacion, gritó «la órden está dada y se ha de cumplir; si no hay quien venga conmigo, le escoltaré yo y moriremos juntos.» (*) No bien lo

(*) Nos hemos detenido en este incidente, porque se ha considerado la detencion del carruaje á la puerta del cuartel como una estratagema para principiar los amotinados el segundo alboroto: pero esto no es exacto, y lo que hemos referido nos consta por algunos Guardias de aquella época.

Uno de los primeros actos de Fernando VII fue quitar á Carrera el mando que tenia en el cuerpo de Guardias,

habia dicho , cuando se oyó fuera un confuso griterio del pueblo, que noticioso de la fuga, trataba de embarazarla inutilizando el carruaje, por lo cual los Guardias temerosos del populacho, que amenazaba el cuartel, se vieron precisados á esconder su prisionero entre la paja. Al sacarle de ella pasado el peligro, no pudieron los Guardias menos de horrorizarse, viéndole pálido, estenuado de fatiga, el rostro lleno de sangre coagulada, á la cual se habian adherido algunas pajas; y en medio de aquel espectáculo desolador, oyeron respetuosamente de su boca palabras de energia, que no pudieran esperar.

Entretanto los Reyes padres, mas alarmados con el peligro de su amigo, que con el suyo propio, hacian las mas vivas diligencias para salvarle á toda costa. Resentidos del poco decoro con que los miraba su hijo, se vieron en la precision

nombrándole Coronel del regimiento de Algarbe, que estaba en el Norte. Mandose hacer el uniforme precipitadamente, y al otro dia se presentó con él á besar la mano al Rey y despedirse, dejando confusos á sus émulos. Este bravo oficial murió de un pistoletazo en las calles de Murcia, batiéndose con seis dragones franceses, de los cuales habia muerto dos á sablazos. Aprovechamos esta ocasion de hacer mencion honorífica de uno de nuestros mas valerosos militares.

de acudir á Murat , que envió desde Madrid para protegerlos al General Monthion , con algunas fuerzas. En la entrevista que tuvo con ellos aseguro Cárlos IV al General francés , «que la muerte del Príncipe de la Paz causaria la suya , pues le era imposible sobrevivirle.»

Curiosa por demas es la correspondencia, que siguieron con este motivo los Reyes padres y la Reina de Etruria , su hija , con el Emperador y Generales franceses , si bien quisiéramos que jamás se hubieran publicado las cartas de la Reina Maria Luisa. Ideas exageradas , pinturas horribles de su hijo , y súplicas las mas apasionadas y humillantes por el Príncipe de la Paz , forman el fondo de aquellos escritos. A pesar de algunas buenas cualidades que adornaban á aquella Reina, los españoles le han profesado y le conservan aun profunda aversion , y han infamado su memoria con los cuentos mas absurdos : por desgracia las cartas que nos arrancan estas tristes reflexiones, contribuyen harto poco para levantar su buena memoria.

Por el contrario en las de Cárlos IV se observa mayor decoro , si bien no son menos apasionadas al hablar de su amigo.

Principiábase á formarle causa con aparente actividad para satisfacer al pueblo , y seguia preso todavía en el castillo de Villaviciosa y medianamente asistido , cuando recibió el Rey una carta fecha 16 de Abril desde Bayona , en que manifestaba Bonaparte su desaprobacion por la causa que contra el Príncipe de la Paz se habia incohado. Al mismo tiempo el Duque de Róvigo solicitaba su libertad , á la cual no accedió el nuevo gobierno. Pero poco despues de la salida del Rey para Bayona volvió el mismo Murat á reclamarla , para cumplir la palabra que habia dado á los Reyes padres de sacar á Godoy de la prision á todo trance ; y la junta de gobierno , intimidada al oír el tono enérgico del Duque de Berg , accedió , aunque con repugnancia , á que se entregara á los franceses , dando para ello las órdenes oportunas al Marqués de Castelar encargado de su custodia. Obedeció tambien este con no poca repugnancia , y verificó la entrega á las once de la noche del dia 20 de Abril , poniéndole en manos del Coronel francés Martel. Poco despues salió escoltado por tropas francesas para Bayona , donde llegó el 26 , y tuvo una larga entrevista con el Emperador á poco de haber llegado.

Cuatro días después llegaron á Bayona los destronados Monarcas , cuyo placer fue inesplicable al estrechar entre sus brazos al amigo que no creían volver á ver. Napoleon los convidó á comer al día siguiente , y al sentarse á la mesa , oyó con estrañeza decir á Cárlos IV « ¡ Y Manuel ! ¿ Dónde está Manuel ? » Esta inoportuna exigencia hubo de chocar al Emperador , que no obstante accedió á que Godoy se sentara á la mesa , por no disgustar al viejo Monarca , á quien tan profundo desengaño pensaba hacer sufrir dentro de poco tiempo.

Las conferencias de Bayona tuvieron un fin harto triste. Cárlos IV conociendo la imposibilidad de volver á ocupar el trono de España , y á instancia de Napoleon , abdicó en él , por segunda vez , con fecha 5 de Mayo. Aquel tratado ignominioso fue autorizado por parte de Cárlos IV , con la firma de D. Manuel Godoy , que usa en él su tratamiento de Alteza Srma, Príncipe de la Paz , y Conde de Evora-Monte. Cinco días después salieron los Reyes padres para Fontainebleau de órden del Emperador , acompañándoles en su triste retiro , la Reina de Etruria , su hija , (víctima también de la ambicion del hombre grande) , el Infante Don Francisco y el Príncipe de la Paz ; y

de allí trasladaron su residencia á Compiègne. Triste y olvidado de todos pasaba allí su vida el bondadoso Carlos IV, rodeado del estrecho círculo de su familia, y sujeto á penosas privaciones, harto duras para quien abdicara un sòlio. Víctima de las circunstancias, y de errores y males, que en su mayor parte no pudo evitar, lloraba en secreto las desgracias de España, pero sin abatir su grandeza, ni adular al causante de tantos daños, como hacian sus hijos desde Valencey. Sus achaques le obligaron á buscar un cielo mas benigno, para lo que trasladó su residencia á Marsella, y desde allí á Roma, luego que cayó Napoleou. Aquella ciudad con sus ruinosos monumentos y sus recuerdos de pasada gloria, parece destinada á cobijar en su seno todas las notabilidades contemporáneas, que las contiendas políticas van lanzando de su puesto. Allá marchó tambien el Príncipe de la Paz, cuya desgracia íntimamente ligada con la de aquella destronada familia, le unia mas y mas á ella, con la simpatía que naturalmente escitan los comunes padecimientos.

Tampoco allá le dejó sosegar la venganza de sus enemigos; y á pesar de la nulidad á que se

hallaba reducido, vióse acusado como en otro tiempo de los estorbos que sufrían en sus proyectos. Luis XVIII habia escrito confidencialmente á Carlos IV sobre las miras del Congreso de Viena respecto de su persona, y los recelos que le inspiraba la errada política del Rey de España. Al mismo tiempo le suplicaba renovase su abdicacion, pues la protesta que habia hecho contra ella en Aranjuez, ponía á las Cortes en el conflicto de considerarla como nula. Carlos IV contestó, que no tenia inconveniente alguno en abdicar, pero que por ningun concepto se hiciese mencion de los escandalosos sucesos de Aranjuez. Noticiosa la corte española de esta contestacion, se alarmó contra ella, y movió todos los resortes contra el que creia autor de tal respuesta.

Una noche se presentó de improviso en la cámara de Carlos IV el virtuoso Pontífice Pio VII, y notificó á sus augustos huéspedes el compromiso en que le ponía el Rey de España, de arrancar de su compañía al Principe de la Paz. — « ¡ Pues qué, replicó Carlos IV ; ¿ somos algunos prisioneros ? — Sí, respondió el Pontífice ; prisioneros de la paz. » — Y logrando calmar su emocion, procuró convencerle de la necesidad de

aquella medida. Accedió Cárlos IV con no poco dolor á separar de su lado á su *único amigo* y último consuelo , y despues de una tristísima despedida Godoy fue trasladado á Péssaro. Posteriormente marchó á París , donde actualmente reside.

En 1836 , y por consiguiente despues de la muerte de Fernando VII, se decidió por fin Godoy á publicar sus Memorias , largo tiempo anheladas por los hombres imparciales. Habia ofrecido á Cárlos IV abstenerse de hacerlo durante la vida de su hijo , y cumplió su promesa. La publicacion de estas Memorias causó honda sensacion en el público , rectificáronse no pocas opiniones equivocadas , y quedó abierto el camino para una parte de la historia contemporánea. Pero aunque levantado en parte del fango en que la maledicencia le habia sumergido , no por eso la opinion pública le ha elevado á la altura , que en sus Memorias parece anhelar. Hay en ellas razones y descargos que no satisfacen enteramente: hay en ellas tambien algunos puntos, que el autor no quiere tocar , y á fé que en esto alabamos su prudencia , porque vale mas callar que hacer alarde procaz de una locuacidad inso-

jente, cuando las contestaciones solo han de satisfacer á medias. Hallamos tambien asaz reprehensible el furor con que se ceba en sus enemigos, sin respetar ni la vida privada de Escobiquiz, ni los defectos personales de Caballero. Quien implora la misericordia de sus conciudadanos, debiera principiar por respetar á sus enemigos. Por lo que hace al estilo y al lenguaje, sentimos decir, que cuesta trabajo leer una obra llena de galicismos, disculpables por cierto si se atiende á la emigracion tan larga del autor.

La situacion actual del antiguo valido de Carlos IV es muy poco lisonjera; y la fortuna, que « semejante á las damas, segun el célebre dicho del Emperador Carlos V, se muestra solo galante con los jóvenes » ha hecho sentir sus desfavores al desgraciado anciano.

Sobre este particular nos permitiremos reproducir las palabras del célebre orador D. Antonio Alcalá Galiano, en su lindo artículo titulado *dos visitas al Príncipe de la Paz* (*). Despues de referir la que hubo de hacerle, siendo niño, en compañía de sus tios, cuando el nombramiento de Almirante, pasa á la segunda verificada en

(*) En el núm. 20 del tomo 1. del Iris, año 1844.

1.º de Enero de 1837. « Acerté al cabo , dice con su mansión , que era en el cuarto piso de una casa decente , pero distante así como de lo pobre de lo suntuoso. Llamé á la puerta , salió á abrirme la un criado de modesto porte ; le pregunté por su amo , le dije mi nombre , entro se él adentro volvió á poco rato , y me convidó á pasar adelante hasta un aposento chico , y de escaso adorno , donde vino á recibirme un anciano vestido casi con pobreza ; y el anciano era el que treinta años antes caminaba igual ó superior á su Rey ; al Rey de España , entonces Señor todavía de dos mundos. »

.....

« El Príncipe de la Paz me habló de su triste situación , de sus justas pretensiones , que con tanta injusticia no le concedía y le sigue negando el Gobierno de España .. Apenas le oía yo , porque en mi breve visita hubo de encogerseme el corazón y los ojos se me arrasaron en lágrimas , y se me escandecieron las mejillas , viendo aquel ejemplo de lo breve y falaz de la grandeza humana , considerando aquel lastimoso espectáculo de un hombre sobreviviendo hasta á su memoria , y considerando el inhumano rencor

con que trataba mi patria á un ente tan desventurado.»

«Y un pensamiento me ocupó la mente, doloroso pero exácto, el cual hoy mismo en ella subsiste. Todo se muda en España, y sin embargo el odio persevera. Si no es culpable el Príncipe de la Paz ¿cómo es que aun está padeciendo el mas severo castigo, sin que en su favor haya quien invoque la justicia? Si fue culpado, ¿cómo no se le aplican las amnistías dadas á cuantos lo fueron de delitos políticos, en las cuales ciertamente está comprendido, pues que ninguna razon ni escepcion nominal de ellas le escluye?»

«De pedernal debe tener el pecho, quien si vá á visitar al pobre anciano, un tiempo tan poderoso, no se enternece y pide, que se le dé un pedazo de pan para vivir, y un pedazo de tierra para ser enterrado en España, al que solo aspira á poesentar allí donde mandó una muestra mas de la fortuna y del rigor de la desgracia.»





LAFAYETTE.

M. DE LAFAYETTE.

«Declaro que aunque quiero mas la República que la Monarquía, quiero mas la Libertad que la República..... Asegúrese esta á todos los ciudadanos y estoy contento.»

LAFAYETTE.

Ha sido dado á un mismo hombre, en el espacio de medio siglo, el tomar una parte activa en los cuatro mayores sucesos que han agitado al mundo moderno: la revolucion de América, la revolucion francesa de 1789, la caída de Napoleon, y la revolucion de Julio de 1830. Basta este solo hecho para explicar por sí mis-

mo el significado revolucionario, unido en todas partes al nombre de Lafayette. ¿Y cuál es el valor histórico de este nombre, el mas popular de todos los nombres contemporáneos despues del de Napoleon? ¿Qué elementos componen la gloria de Lafayette? Esto es lo que vamos á esclarecer, examinando los hechos con tanta mas fácil imparcialidad, que el hombre y sus obras pertenecen ya en el dia completamente á la historia.

Durante la guerra de siete años que tan fatal fue á las armas francesas, en la batalla de Minden, un jóven Coronel de granaderos, herido de una bala de cañon, moria á la edad de 25 años, dejando una viuda en cinta, en un viejo castillo de la Overnia. En este castillo de Chavaniac, cerca de Brioude, nació el 6 de Setiembre de 1757 María Pablo José Gilberto de Motier, Marqués de Lafayette. Desde muy niño perdió á su madre, y á la edad de 16 años se casó con Mlle. de Noailles, hija del Duque de Ayen. Aquel enlace ofreció á Lafayette el mas bello porvenir, pues pudo presentarse en la Corte de Luis XVI, y de María Antonieta, y llegar á ser uno de los brillantes favoritos de la

época; pero no quiso seguir aquel camino, pues tenia la mision y presentimiento de adquirir la fama de que estaba sediento.

Estalló la insurreccion de América; Lafayette simpatizó al momento con tan noble causa, y contrajo amistad con el sabio Fraeucklin, que se hallaba entonces en la Corte de Francia, abogando por un pueblo sublevado contra la opresion. Llegó sin embargo á Francia la noticia de los desastres de los insurreccionados, y se supo que su ejército vencido por 30.000 ingleses, quedaba reducido á 2,000 hombres: negóseles desde entonces toda clase de crédito, y sus comisionados en Europa no pudieron siquiera conseguir el aprontar un buque para llevar sus despachos. Lafayette habia resuelto ir á pelear con Washignton; los comisionados intentaron en vano distraerle de tan arriesgada empresa, cuyos peligros servian solo para inflamar con nuevo ardor al generoso defensor de tan hermosa causa. Sordo á cuantas observaciones se le hacian, y sin atender á los obstáculos que le oponian la Francia y la Inglaterra, tripuló á sus espensas una fragata, y partió para Georges-Town, donde desembarcó en Abril de 1777. Pasó desde allí á

Filadelfia, y solicitó servir en clase de voluntario y sin sueldo. El Congreso no tardó en concederle el grado de General Mayor; peleando sin embargo como voluntario en la batalla de Brandywine, en 11 de Setiembre de 1777, donde fue herido de gravedad, y recibió lo que llaman los militares el bautismo de sangre. No bien cicatrizada aun su herida, se le vió correr á nuevos peligros. Gefe de un destacamento de milicias, batió á un cuerpo de Ingleses y Hesseses, que tenian la ventaja del número y de la esperiencia sobre sus bisoñas tropas. A poco tiempo, votó el Congreso una accion de gracias en favor suyo, por no haberse dejado seducir por el brillo de una victoria inútil, y se le confirió entonces el mando de una division. Mas adelante fue promovido al grado de Général en Gefe del Norte; pero no quiso aceptar aquel nuevo honor, sino con la condicion de seguir bajo las órdenes de Washington, dando en ello pruebas de que solo ambicionaba el bien general.

Despues de haber defendido con un puñado de gente un pais estenso, salvó á 2,000 sublevados cercados por el ejército inglés; se distin-

guió en la batalla de Monmouth, ganada por los americanos el 27 de Junio de 1778, y marchó en seguida con su division á cubrir la retirada de Sullivan, que se veia precisado á abandonar á Rhode-Island, valiéndole la importancia de semejante servicio las gracias del Congreso, y una espada adornada con figuras alegóricas, que le envió Francklin á París, adonde habia ido en 1779, despues de reconocida por la Francia la independendencia de América. Lafayette solo permaneció en su patria el tiempo necesario para proporcionarse socorros de hombres y dinero, y se apresuró á hacerse á la vela luego de obtenidos. Fue recibido en Boston con entusiasmo; anunció la llegada del General Rochambeau, y marchó al ejército. En 1780 mandó la vanguardia de Washington, y se libró de las consecuencias de la defeccion del General Arnold. En 1781 estuvo encargado de la defensa de la Virginia, con solo 5,000 hombres faltos de todo recurso; y sin embargo resistió durante cinco meses á todas las fuerzas de Cornwallis, quien habia dicho con imprudente burla que *el muchacho no se le podia escapar*; pero los sucesos desmintieron pronto aquel pro-

nóstico, y de repente se encontró el mismo General bloqueado por mar y tierra. Lafayette acababa de contribuir á aquella operacion con un refuerzo de 5,000 hombres, estaba seguro de que el enemigo no podia escaparse, y á pesar de las instancias del Almirante francés, Conde de Grasse, prefirió el ahorrar sangre á una victoria cierta. Esperó la llegada del ejército de Washington y de Rosembau, y desplegó en el ataque una rara intrepidez, tomando á la bayoneta, él el primero, un reducto erizado de cañones. El resultado de la victoria fue la capitulacion de Cornwallis en York-Town. Lafayette no se dejaba arrastrar por el valor y la impetuosidad de sus pocos años, antes al contrario se parecia en algo al contemporizador Washington.

Lafayette regresó entonces á Francia para apresurar el envio de nuevos refuerzos. Iba á dar la vela con el Conde de Staing, á quien se habia unido en Cádiz con 9,000 hombres, cuando llegó la noticia de la paz. La guerra de América habia popularizado extraordinariamente á Lafayette en Francia y aun en la Corte, y se dice que la misma Reina le aplicó en una representacion pública los dos siguientes ver-

sos de la tragedia de *Bayardo* de Dubelloy :

Comme un jeune lion, il cherche les batailles.

Comme un vieux general, il sait les eviter.

No seria fácil adivinar las causas que enagenaron á Lafayette el corazon de aquella Princesa; pero es constante que le habia dispensado mucho aprecio y confianza, y que estos dos sentimientos se habian enfriado en ella muy antes de los primeros síntomas de la revolucion.

Intimamente enlazado Lafayette con Washington, y conservando siempre el mas tierno interes por su América querida, emprendió un nuevo viaje al pais, á cuya libertad habia contribuido. Fueron recibidos él y su hijo con transportes de agradecimiento; adquirieron ambos el derecho de ciudadanos por una especie de adopcion, tan rara como honrosa, y por último el nombre de Lafayette era en todas partes un título de recomendacion. El anciano Federico de Prusia, y el Emperador de Alemania José II, le manifestaron el mayor aprecio, y hasta aprobaron muchos de sus principios, pero no su entusiasmo por la nueva república. Sabido es que

José II decía: — « mi oficio es ser realista. » Y el filósofo Federico tenía sin duda en el corazón la misma máxima; poseía además un amor fijo y razonado al despotismo, que nada hubiera podido alterar; una voluntad de hierro, un poder sin límites, y un gobierno bastante ilustrado para hacer todo el bien posible, y administrar justicia á todos; pero sin conceder ni reconocer á nadie derecho alguno; tal era Federico II. Estas doctrinas no podían agradar á Lafayette. La libertad de los negros era uno de sus pensamientos favoritos, pero quería que fuese gradual, á fin de evitar los peligros de un cambio repentino. Animado de estos sentimientos, abrazó con ardor la causa de los patriotas Batavos, y hubiera querido poderles prestar el apoyo de su espada, como á los Americanos.

Nombrado Lafayette miembro de la Asamblea de Notables, en 1787, pidió la supresion de los mandatos de encierro (*lettres de cachet*) y de las prisiones de Estado; obtuvo una disposicion favorable á la condicion civil de los protestantes, y fue el primero en hablar de la necesidad de consultar á la nacion. Admirado el Conde de Artois de semejante proposicion, le dijo:

«lo que pedís son los Estados generales. — Es mas, contestó el General, una Asamblea general.» No tardó en realizarse este deseo, y siendo Lafayette miembro de la Asamblea constituyente, propuso la primera declaracion de los derechos del hombre, y apoyó la peticion de Mirabeau para que se alejáran las tropas que el Gobierno habia aproximado á la capital. En las sesiones del 13 y 14 de Julio de 1789, presidia la Asamblea constituyente; y enviado el 15 á Paris, despues del triunfo del pueblo, y nombrado Comandante de la Guardia Nacional, hizo en aquel importante y difícil destino servicios inmensos á la pública tranquilidad, en medio de la efervescencia de toda clase de pasiones, y de los movimientos de un pueblo siempre dispuesto al tumulto. Las imprudencias de la Corte y el banquete de los Guardias de Corps, ocasionaron los sucesos del 5 y 6 de Octubre, en cuyos dias, la Guardia Nacional, precedida de una turba de mugeres insurreccionadas, dirigidas por el faccioso Maillard, arrastraron á Lafayette á Versailles. Habíase resistido por mucho tiempo, pero cedió al fin, dando el mal ejemplo de un gefe de la fuerza armada que se

deja violentar por sus soldados. Al presentarse ante el Rey con los comisarios, sus primeras palabras fueron: «Señor: no sé como me atrevo á presentarme ante V. M.— Qué quereis? contestó Luis XVI; ya sé que habeis hecho cuanto podiais.» Asegurado con estas palabras, libre de un peso que le oprimia, se apresuró á dar una esplicacion, cuyo feliz efecto preveia. «Señor: he hecho prestar juramento al ejército parisiense de ser fiel á la nacion, á la ley y al Rey; V. M. puede tranquilizarse, pues será respetado.» Lafayette creia entonces lo que estaba diciendo. Despues de esta conferencia, no habiendo podido obtener que se le permitiese cubrir la guardia del Palaeio, arengó en la plaza de Armas á las tropas; todo anunciaba la mejor disposicion, y principalmente la Guardia Nacional de Versailles y París le aseguraron de tal modo, que se retiró tranquilo, no sin haber querido dar cuenta al Rey de cuantas medidas habia tomado, lo que no pudo verificar por habersele dicho que acababa de acostarse; por cuya razon, rendido él mismo de cansancio, se retiró á descansar un poco. Acúsasele por esto con furor, y sin embargo ¿cuál es su

crimen? El Rey, su Hermano y toda la Real Familia se recogieron, y lo mismo hicieron los Ministros, los Generales, y los mas celosos defensores. El Conde de Estaing, encargado entonces del mando de la Guardia Nacional de Versailles y su guarnicion, cesó de vigilar; el Duque de Guiche, gefe superior de los Guardias de Corps, cuyo deber era proteger de dia y de noche la vida del Monarca, dejó su puesto y se retiró tranquilamente á Trianon, sin mandar establecer patrullas y reconocer el parque. ¿Como puede ser responsable Lafayette por haber cedido á la necesidad de descansar, de las desgracias que sobrevinieron despues á la Familia Real? Ademas, si se creyese que Lafayette no hizo en aquellas circunstancias cuanto debia esperarse de el, se convendrá en que fue sublime al dia siguiente. El Rey, la Reina, su Familia y sus Guardias le debieron su salvacion. En el tránsito de Versailles á Paris hizo tambien los mayores esfuerzos por librar al Rey de los ultrajes que á cada instante le amenazaban. Sin embargo, la Corte, víctima de sus enormes faltas, se apresuró á acusar al Duque de Orleans como autor de los sucesos de aque-

llos días, y el mismo Lafayette pareció adoptar aquella acusacion, y se encargó muy imprudentemente de invitar en nombre del Rey al Duque de Orleans á pasar á Inglaterra, con una mision que no era mas que un engaño. Seguramente hubiera sido muy difícil á Lafayette el refutar los cargos que el de Orleans podia dirigirle. Este no habia promovido los sucesos del 5 y 6 de Octubre, y Lafayette, que vencido hubiera sido condenado á muerte por un Consejo de guerra, como rebelde; era solo un hombre débil, que habia cedido á una prueba mas fuerte que su carácter, y un súbdito fiel dispuesto á sacrificar su vida por su Rey; como lo probó el dia 6. En aquella época, lo mismo que en otras circunstancias, Lafayette queria conservar á todo precio á Luis XVI y á la Reina, y afectaba ignorar ó disculpar las tramas contra la libertad, que por otra parte se consideraba bastante hábil y fuerte para prevenir y contener. Esto explica por qué tardó tan poco en ser sospechoso, acusado y calumniado por los ardientes y sinceros amigos de la revolucion. Su posicion fue entonces cruel. Luis y la Reina, mirándole como su carcelero y el instrumento de

su ruina, meditaban diariamente dentro de su corazon, inflamado por el ódio, su castigo; y una parte de los patriotas le creia traidor á la causa del pueblo. Sin embargo, como hacia los mayores servicios en favor del órden, protegiendo la vida de los ciudadanos á costa de la suya; como la Guardia Nacional, compuesta de propietarios y gente interesada en el sosten de la tranquilidad, habia depositado en él la mayor confianza, parecia efectivamente que París obedecia á su suprema influencia.

No puede negarse, que á consecuencia de una conviccion de su entendimiento, mas dispuesto entonces á temer á los revolucionarios que á los conspiradores realistas, no hubiese entrado en un sistema de reaccion, que escitaba alguna vez justos descontentos, y que no marchase, sin preveerlo, á una situacion de las mas dificiles entre la Corte y el pueblo. Sin embargo, Lafayette obtuvo un admirable triunfo en la federacion de 14 de Julio 1790, que será considerado como unos de los mas bellos dias de su vida y de la revolucion. Entonces le dominaba un pensamiento casi único, el restablecimiento del órden, y la creacion de un go-

bierno fuerte y de accion. Entonces Mirabeau, animado del mismo pensamiento, habia entrado en tratos con la Corte á peso de oro; y Lafayette, que no se habia vendido, participaba de los sentimientos del tribuno. Asi es como se verifican inesperadas alianzas en el movimiento continuo y violento de una revolucion. El mismo Mirabeau con todo su genio, no era capaz de resolver el problema de la union de la dinastía con los derechos del pueblo, y del restablecimiento de la autoridad real con la existencia de la libertad. Murió Mirabeau, y Lafayette continuó ensayando la resolucion del problema; pero antes de todo hubiera debido desconfiar de la Corte, y asegurarse de ella con la autoridad de un gran carácter y la promesa de un gran servicio.

Incapaz Lafayette de llenar tales condiciones, se dejó sorprender por la evasion de Varennes. Aun en el día no se concibe como pudo conjurar la tempestad que contra él se levantó en los Jacobinos, donde Danton le dirigió un terrible apóstrofe. Despues de haber corrido el riesgo de ser inmolado como traïdor por los enemigos de la revolucion, que anunciaban dia-

riamente la fuga de Luis XVI, se vió reducido á la triste necesidad de hacer volver al Rey como un prisionero, en medio de la Francia armada.

El decreto de la Asamblea constituyente que sostenia la inviolabilidad en favor de Luis XVI, y le eximia por lo tanto de toda investigacion sobre su fuga, causó grande agitacion entre los Jacobinos, y dió lugar á las escenas del Campo de Marte, el 17 de Julio, en las que Lafayette tuvo necesidad de emplear la fuerza pública contra los amotinados, y de presentar un singular contraste entre el entusiasmo y las aclamaciones con que le habian saludado el dia de la Federacion, y las maldiciones de que le cubria el pueblo por aquella sangrienta escena.

Aceptada la Constitucion por Luis XVI, dejó Lafayette el mando, y se retiró á su pais. Permaneció poco tiempo en él, pues habiendo hecho los emigrados demostraciones en las fronteras, que anunciaban sérias hostilidades, y la aproximacion de los estrangeros, fue encargado de un mando superior: y rechazó á los enemigos en varios puntos. Entre tanto amenazaba estallar la insurreccion en París, y Lafayette

escribió desde su campamento de Maubeuge una carta á la Asamblea nacional, cuya lectura causó en ella una violenta tempestad, y principalmente en París, que presenció el movimiento del 20 de Junio, en el cual invadió el pueblo el Palacio del Rey. Apenas tuvo Lafayette conocimiento de los sucesos de aquel dia, quiso probar un nuevo esfuerzo en favor del Rey y de la Constitucion. El 28 se presentó en la barra de la Asamblea legislativa, pidió el castigo de las violencias cometidas el 20 en las Tuilleries, la destruccion de las sociedades de los Jacobinos, y medidas para la seguridad del Rey, y para impedir todo atentado contra la Constitucion. Aquel paso no tuvo resultado alguno, y tampoco la tentativa de que se reuniera la Guardia Nacional para cerrar el club de los Jacobinos; ni otra carta dirigida por el General á la Asamblea, por lo cual se vió precisado á regresar á la frontera, con el sentimiento de su impotencia y la conviccion de que habia pasado ya su reinado. La Guardia Nacional al verle abandonar la empresa, manifestó solo estériles pesares; la Corte se complació al ver decaer la popularidad de aquel cuyos

servicios no queria aceptar, á pesar de la inmensa necesidad que de ellos tenia ; los Jacobinos triunfantes, quemaron aquella misma noche, en el Real Palacio un maniquí representando el héroe de la Federacion, y si hubiese permanecido en París le esperaba una horrible catástrofe.

Lafayette, aunque cierto de las disposiciones poco favorables de la Corte y del Rey, se obstinaba en querer salvar á aquel desgraciado Príncipe. Seguro del anciano Luckner, á quien habia sabido atraerse, queria que Luis le mandase llamar, junto con el Mariscal, para presentarse en la Federacion, diciendo que la presencia de los dos Generales en Gefe impondria al pueblo. Al dia siguiente debia salir el Rey de París, bajo pretexto de ir á Compiègne, para probar á la Europa que estaba en libertad. En caso de resistencia, Lafayette se obligaba á arrebatar con cincuenta ginetes á la Familia Real. Desde Compiègne, algunos escuadrones dispuestos al efecto debian conducir al Rey en medio de los ejércitos, el cual hubiera manifestado desde allí sus verdaderas intenciones de modificar la Constitucion. En el caso de no

surtir efecto ninguno de los medios propuestos por Lafayette, estaba resuelto á marchar sobre París. El Rey se manifestaba inclinado á seguir los planes de Lafayette, pero le detuvo sin embargo un temor mezclado de repugnancia hácia el General, y principalmente la Reina que desechaba el auxilio de aquel amigo fiel al trono; «Confiad en Lafayette, decian, id á uniros á él en su campo, os espera y os salvará. — Sí, lo creo, contestó la Reina, salvará al Rey pero no salvará á la monarquía.» Jamás Lafayette, con las mejores intenciones manifestó menos juicio, ni corrió mayores peligros para su reputacion futura que en aquella circunstancia. Lo que queria era imposible, y el éxito lo mismo que la derrota le hubiera perdido. Sobrevinieron los acontecimientos del 10 de Agosto, que llegaron á noticia de Lafayette en su campamento junto á Sedan. Contaba con su Estado Mayor, con el afecto de los soldados, con su juramento de obediencia, y con la adhesion de algunos departamentos cuyos consejos generales habian aprobado su carta de 16 de Junio, en que pedia se cerrasen los clubs de los Jacobinos. Atrevióse á levantar la bandera contra la Asamblea legisla-

tiva, dominada por los facciosos; hizo prender á los tres comisarios que ella le enviaba, se puso en relaciones con las autoridades municipales de Sedan, y se preparó abiertamente á organizar la resistencia en nombre de la Constitucion. Pero habia pasado el reinado de la ley; los constitucionales habian dejado que la revolucion traspasase el punto hácia donde podia dirigirse, y la Francia entraba en la era de los hechos consumados.

De los 75 departamentos que se habian adherido, ni uno solo se movió, excepto el de los Ardenes que se asoció á la empresa del General; los soldados mismos, seducidos por los emisarios de la insurreccion parisiense, tardaron poco en manifestarles su frialdad. Los Generales de los otros cuerpos de ejército, considerando intempestiva la resistencia, se sometieron igualmente; y Lafayette demasiado comprometido para retroceder, no tuvo mas alternativa que la huida ó la muerte. Despues de tomar todas las disposiciones necesarias para que su ausencia no perjudicase á la seguridad del ejército, y de procurar salvar en lo posible á las autoridades de Sedan, cargando por escrito con toda la res-

ponsabilidad de la resistencia, salió en la noche del 19 al 20 de Agosto, acompañado de MM. Bureaux de Puzy, Latour-Maubourg y algunos oficiales de E. M. Durante el camino se le reunió el ex-constituyente Alejandro de Lameth, á quien perseguía un decreto de arresto; pasaron juntos la frontera y se preparaban á entrar secretamente en Holanda, para ir en seguida á los Estados Unidos; pero reconocidos en las avanzadas austriacas, fueron detenidos á pesar de sus protestas, y el 21 fue conducido á Namur, donde tuvo Lafayette una entrevista con el Príncipe Carlos (*) desconocido todavía á la gloria pero adornado de un corazón generoso. Conducidos después á Nivelles, tuvieron que sufrir los prisioneros un interrogatorio ante un Mayor austriaco, encargado de recibir el tesoro del ejército, que creían sin duda que Lafayette se había llevado consigo. «Lo único que comprendo de tan estraña comision, contestó Lafayette, es que el Duque de Sajonia-Teichen, puesto en mi lugar, habría robado el tesoro del ejército.» Llevados á Luxemburgo, permanecieron allí durante tres semanas los cuatro miembros

(1) Véase su Biografía tom. II.

de la Asamblea constituyente, y furiosos los emigrados contra unos nobles que habian abrazado la causa del pueblo, intentaron inmolar á su venganza al autor de la proclamacion de los derechos del hombre. Lleváronles finalmente á Olmuth, donde los esperaban horribles calabozos. Todo el genio inquisitorial, toda la fria barbarie de la politica austriaca, agotó su funesta ciencia para desesperar y dar tortura á Lafayette; con solo retractar alguna de sus opiniones hubiera visto romperse sus cadenas, pero jamás quiso renegar ni ligeramente de sus principios. Estuvo durante mucho tiempo encerrado solo en un calabozo, sin comunicar con nadie, y sin que tantas desgracias y privaciones pudieran abatir su ánimo, ni turbar un solo instante la serenidad de su alma. Por último, el ángel de la ternura conyugal bajo al calabozo á darle sus celestiales consueños, bajo la forma de Mme. de Lafayette. Todos los verdaderos amigos de la libertad reclamaron en vano en favor del ilustre prisionero; en vano intervinieron los Estados Unidos; fueron menester para conseguir la libertad de Lafayette y sus compañeros, las victorias de Italia y la voluntad de Bonaparte, que

la estableció como condicion particular é imperativa, cuando las negociaciones que terminaron una guerra de prodigios.

Libre el prisionero de Olmuth, ninguna parte quiso tomar en la revolucion del 18 Fructidor, y se vió por lo mismo precisado á detenerse en Hamburgo ; pero adoptó la escarapela tricolor, y entró en Francia cuando la revolucion del 18 Brumario. Lafayette, aunque animado de una viva gratitud hácia Bonaparte, rehusó mezclarse en la menor cosa de su gobierno ; no quiso aceptar una plaza en el Senado conservador, y votó contra el Consulado por vida ; accion extraña cuando menos en un hombre que todo lo habia arriesgado, hasta su reputacion de amigo de la libertad, por salvar el principio monárquico ; pero luchaba entonces entre sus antiguas opiniones y sus inclinaciones republicanas. Consecuente con una de sus doctrinas favoritas, pedía á Bonaparte el restablecimiento de la libertad de imprenta, y el Cónsul le contestó : « Si concediese á Mr. de Lafayette lo que con tanta instancia solicita, ni él ni yo estaríamos aqui dentro de tres meses : » Bonaparte conocia bien que en aquella época, no era todavía posible

un gobierno, con veinte ó treinta periódicos que le hubieran batido en brecha todas las mañanas. El papel que representó Lafayette durante el Imperio no dejó de ser honroso, pues probaba la sinceridad de sus sentimientos, prefiriendo el retiro y la oscuridad, á las situaciones mas brillantes ofrecidas por el dueño de la Europa.

Volvieron los Borbones en 1814, y Lafayette se presentó de nuevo en la escena política, con la imperturbable constancia de sus principios. Era esta tan conocida, que el Conde de Artois que habia permanecido fiel al espíritu de la contrarrevolucion, decia : «Solo Lafayette y yo no hemos cambiado.» (*)

Durante los Cien Dias, apareció Lafayette de nuevo en la Cámara de los representantes, y dirigido por la fijeza de sus principios, apreciando mal la situacion y las cosas, confundiendo la época de 1815, en la cual ante todo era preciso salvar el territorio, con la de 1789 en que se habia de conquistar la libertad, dió un golpe mortal al Emperador, vencido en Watterlloo, con una proposicion muy bella y saludable en la apariencia, pero en el fondo im-

(*) Véase la biografía de Carlos X tomo IV.

política y peligrosa. En lugar de desarmar al Emperador, era preciso volverle á colocar con todo su génio al frente de los ejércitos, y ayudarle á esterminar á los enemigos; pero Lafayette no tenia las luces de un hombre de Estado, y su entendimiento no era tan bueno como su corazon: de aquí proviene, que á pesar de *la influencia que ha egercido en muchas épocas de su vida*, siempre ha sido inferior á las situaciones en que se habia colocado, ó que le indicaba la opinion: las cosas grandes siempre abortaron en sus manos.

Causó tambien un perjuicio á la Francia, apresurando la abdicacion de Napoleon; pero sobre todo manifestó cuan poco conocia su propia posicion con respecto á los estrangeros, haciéndose nombrar uno de los comisionados para negociar una suspension de armas. Como era de esperar, nada pudo conseguir; y á su regreso tuvo el sentimiento de saber la capitulacion de París, y la retirada del ejército sobre el Loira. Entonces salió por lo menos de su boca un dicho noble y feliz: habiendo tenido el Embajador inglés la villanía de pedirle que Napoleon fuese entregado á los aliados: «Me admira, respondió,

que para proponer tal vileza, os dirijais al prisionero de Olmuth.» El 6 de Julio dió cuenta á la Asamblea de las conferencias de Haque-nau, asegurando que los departamentos que habia recorrido participaban de los sentimientos expresados en el manifiesto del dia anterior. El 8 encontraron los Diputados las puertas del Cuerpo lejislativo cerradas, y guardadas por un piquete prusiano. Lafayette los condujo á su casa, desde alli pasaron á la de Lanjunais, Presidente de la Cámara, redactando los miembros presentes el acta que atestigua la violencia hecha á los derechos de los Representantes de un gran pueblo.

Despues de la segunda ocupacion y vuelta de los Borbones, Lafayette pasó á la Grange, donde vivió retirado, hasta las elecciones de 1817. El Gobierno consiguió entonces impedir su eleccion; pero en 1818 triunfó de todos los obstáculos. Durante el curso de su nueva carrera lejislativa, se mostró coustantemente al frente de la oposicion, manifestando sin cesar sus principios de 1789, cual si representára él solo la Asamblea constituyente, de la que era un glorioso resto. Lafayette tomó parte en varias

conspiraciones contra los Borbones; pero la siguiente espresion proferida por él, prueba que en caso de necesidad hubiera arrostrado como en 1790 los peligros de la Familia Real. «Lo que me atormenta, decia, es saber cómo hemos de salvar á estos desdichados que corren á su perdicion; porque al fin será preciso salvarlos.»

Sospechoso al poder, y con imprudencias extrañas en un hombre político, hubiera podido ser juzgado y condenado; pero este peligro no alteraba su serenidad, y tal vez no hubiera sentido mucho la desgracia de perecer en un cadalso, como Sidney. Da lugar á creerlo la siguiente anécdota: «Sois, le decia un dia su colega Laffitte, una estatua que busca su pedestal, y poco os importaria que este fuese un cadalso.—Es verdad, contestó Lafayette.» En un momento crítico estuvo muy tentado Luis XVIII de hacerle arrestar; instruido Lafayette de aquella ligereza del Rey, subió á la tribuna, y dijo sustancialmente: «Háblase de ponerme en juicio; no pido mas que presentarme ante un tribunal, pues cuando esté allí diré ciertas cosas que guardamos en el corazon un personage y

yo.» Aquellas palabras impusieron á Luis XVIII, que no quiso correr el riesgo de sufrir frente á frente las revelaciones de un hombre incapaz de reservar nada; y Lafayette no tuvo ya que temer á su real enemigo, pero sí el sentimiento de perder á varios hombres que le habian tomado por bandera. Como él hubiera muerto sin titubear, creia igual firmeza en los demas, y al parecer no le conmovian mucho sus desgracias. A pesar de ser bueno y adorado de su familia, jamás se vió asomar una lágrima á sus ojos; jamás se manifestó la menor señal de alteracion en su semblante, en medio de los mayores peligros.

El carbonarismo, que se habia ido debilitando, se estinguió del todo hácia 1823; y Lafayette, eliminado de la Cámara por la influencia siempre en aumento del Ministerio, en las elecciones que se verificaron despues de la guerra de España, aprovechó aquel descanso para pasar á los Estados-Unidos, segun lo solicitaba desde mucho tiempo. Embarcose en el Havre el 13 de Julio de 1824, y desembarcó el 16 de Agosto en Nueva-York, donde le esperaba uno de los triunfos mas brillantes que jamás ha conseguido

hombre alguno. Constantemente rodeado de un pueblo inmenso, entre el ruido de las campanas, el estampido del cañon y los *vicas* de la muchedumbre, el último de los Generales del ejército de la independencia recorrió, durante catorce meses, los veinte y cuatro estados de la Union. Deseoso al Congreso de darle una muestra de munificencia nacional, decretó que se le pagase una cantidad de 200,000 duros, como indemnizacion por sus servicios y sacrificios durante la guerra de la revolucion.

Lafayette volvió á Francia en Octubre de 1825, fue enviado á la Cámara por los electores de Meaux, el 24 Junio de 1827, y entró de nuevo con ardor en la lucha parlamentaria; hasta que una nueva revolucion, llevándole tambien al frente de los negocios, probó otra vez que en él el hombre debia ser siempre inferior á su destino.

No referiremos aqui detalladamente los acontecimientos de las jornadas de Julio, por haberlo hecho ya en las biografías de varios de los personajes que en ella figuraron. Lafayette, el 29 despues de la toma del Luvre, anunció á la reunion de Laffite que aceptaba el

mando de la Guardia Nacional; pasó á la casa de Ayuntamiento, y dirigió al pueblo victorioso su primera proclama, que terminaba con estas palabras. «No haré profesion de fé: mis sentimientos son conocidos.... la libertad triunfará, ó pereceremos juntos.»

Al dia siguiente, como el que siguió al 14 de Julio de 1789, era Lafayette el hombre de mas poder en París. La libertad habia triunfado, quedaba la cuestion de gobierno. Dós caminos podian seguirse: preguntar á la nacion por quien y cómo queria ser gobernada; ó bien, con el mismo derecho con que se habia destruido el antiguo gobierno, interin la nacion se adheria, lo mismo con igual derecho y por la misma causa dar á la nacion un nuevo gobierno, esperando igualmente su adhesion. Lafayette estuvo en un principio por el primer partido, pero se apresuró á desecharlo por la imposibilidad de realizarlo. Faltaba elegir entre Enrique V, Napoleon II, el Duque de Orleans y la República. Lafayette no queria ni á Enrique V, ni á Napoleon II; se inclinó al principio como siempre, con cierta complacencia, hácia la República, pero pronto renunció á ella igual.

mente, entre otros muchos motivos por el de la imposibilidad. Sabidos son los sucesos que dieron lugar al famoso programa de la casa de Ayuntamiento, redactado por el General Lafayette y que no tuvo lugar. De todos modos, mientras el gobierno y Lafayette caminaron de acuerdo, naturalmente no se trató por parte del General de los compromisos violados del programa. Había entre *el Rey Ciudadano* y *el Ciudadano Rey* una continua correspondencia amistosa; y Lafayette, conservando el orden en las calles, se felicitaba siempre, y en todas partes públicamente, de la que había tenido en el establecimiento de la Monarquía de Julio. Sin embargo, aquel acuerdo no podía ser duradero; además de que Lafayette tenía que resistir á las instancias del partido republicano, puede decirse también de él que en ideas de gobierno *nada había olvidado ni aprendido*.

Lafayette había declarado muchas veces, que siendo incompatible el mando general de toda la Guardia Nacional del reino con un orden de cosas constitucional, no podía considerarse más que como provisorio, y había anunciado su intento de dejarlo luego que las circunstancias lo

permitieran. Después del proceso de los Ministros, al discutirse el proyecto de ley sobre la Guardia Nacional, la Cámara creyó conveniente establecer el principio de que nunca hubiese Comandante General, haciendo una escepcion en favor de Lafayette, por los eminentes servicios prestados al órden público. Hubo varias contestaciones; Lafayette consideró aquel artículo como injurioso para él, é hizo su dimision, á pesar de las instancias de los Ministros y del mismo Rey. Declaróse partidario acérrimo del sistema de no intervencion que adoptó el Ministerio Laffitte.

El advenimiento al poder de Casimiro Perier, amigo personal y pariente de Lafayette, pero adversario de las ideas del General, contribuyó á alejarle mas y mas de la Monarquía de Julio. Propagandista incansable, y libre con su vuelta á la vida privada de la necesidad que habia tenido mientras era funcionario público, de contener su palabra, no ceso de denunciar á la Francia todas las violencias egercidas en el extranjero; y los Italianos, Alemanes, Polacos, Españoles, todos los revolucionarios de Europa, encontraron en él un celoso y ardiente procura-

dor. Desde entonces no escaseó los apóstrofes desde la tribuna ; y sin embargo , no encontró en las simpatías del partido republicano una indemnizacion del alejamiento que inspiraba á los constitucionales , alarmados de sus imprudencias.

En medio de esta lucha , entre la Monarquía constitucional y la República, llegó para Lafayette el momento supremo. Murió el 20 de Mayo de 1834 , despues de haber visto perecer antes su popularidad. Murió tranquilo y cargado de años, como un Patriarca ; jóven de corazon y de espíritu, rodeado de una numerosa familia que le adoraba , murió con sentimiento de cuantos habian podido apreciar en él las mas nobles cualidades de esposo , de padre y de amigo. Y sin embargo , tal vez la historia se verá precisada á colocarle entre aquellos hombres , cuya intervencion en los negocios humanos es en último resultado mas perjudicial que útil ; porque las buenas intenciones de un espíritu débil , revestido de un gran poder , no son suficientes para impedir el mal , ni para producir el bien.





JOSE BOSCHIO.

Personajes celebres del siglo XIX

UGO FÓSCOLO.

«Las letras y las armas ennoblecen al hombre, cuando todo lo emplea en ventaja de su patria.»

JUAN BAUTISTA NANI, en su historia, hablando de los ilustres venecianos.



Los hados inexorables han dispuesto, que todo mude sobre la faz de la tierra, y que la grandeza de las naciones se pierda, como el polvo en el espacio, dejando solo de sí una triste y desconsoladora memoria. Venecia es, en tiempos cercanos de nosotros, un ejemplo de tan doloroso espectáculo. Un dia señora magestuosa del

Adriático, terror del poder otomano, y formidable para los Emperadores y Papas, ha caído de la cumbre de tanta grandeza, en el más estremado envilecimiento, viéndose convertida de dueña en esclava, y siendo tales las cadenas que la oprimen, que ha llegado á hacerse un objeto de lástima para el mundo. Pero si la grandeza material de las naciones se disipa, la gloria que deben á las obras que fueron noble parto de los ingenios de algunos hombres sublimes, no fenece nunca, y es siempre, en la inmensidad de los siglos, un monumento vivo de la pasada grandeza, ó del esplendor presente de las naciones que les dieron el ser. Venecia buscará en vano en sus arsenales aquel número crecido de naves que conducian á los primeros cruzados á la Tierra Santa, ó que se armaban para combatir al estúpido musulman y domeñar su orgullo. En valde el anciano y trémulo veneciano, recordando la antigua república, dirigirá sus pasos al palacio ducal, para invocar la sombra de los venerandos Duxes, ó de los miembros del antiguo Senado. A los ecos de sus acentos responderá con la espada algún ébrio soldado tudesco, cortando las voces del dolor en su garganta. Pero ni este

soldado ni todos los del mundo podrán borrar con sus armas la gloria de la antigua Venecia. ¿Cuan grande y poderosa no aparecerá Venecia cuando recorramos con nuestra mente la grandeza de los ingenios que la honraron; cuando leamos las obras de Fra Paolo Sarpi, teólogo de aquella república, que solo con las armas de su pluma hizo temblar al Vaticano; cuando leamos en la historia de Juan Bautista Nani, toda aquella larga série de ilustres capitanes y patricios, que por sus hechos en la guerra, y por la sabiduría de sus consejos en la paz, o por las obras que escribieron, pueden compararse á los antiguos hombres de Plutarco? Con cuanta razon no debe enorgullecerse Venecia por haber producido á Pedro Bembo, Secretario de Leon X, y despues Cardenal, que fue el primer filósofo que enseñó las reglas del bello estilo toscano, uno de sus mas elegantes escritores, y político profundo, como todos los ilustres venecianos de aquella época.

Cuanto hemos dicho basta aqui sobre la grandeza veneciana, y algunos de los hombres que la ilustraron, lo hemos creido una introduccion indispensable á la vida de Ugo Fósco-

de los poetas griegos y latinos, no solo era siempre el mas recto, sino que iba acompañado de reflexiones tan profundas y de tan variada erudicion, que daba á conocer lo vasto y penetrante de su espíritu; dotes de que hizo mayor gala cuando ejecutó su traducción de *La cabellera de Berenice*, pequeño poema griego, escrito por Calimaco, y del cual hablaremos en su lugar, pues no queremos abandonar el orden cronológico en que fueron publicadas sus varias obras, empezando por la tragedia titulada *Tieste* que vió la luz en *El teatro aplaudido*, poco tiempo despues de haber sido representada en Venecia por los años de 1796. Esta composicion del Fóscolo carece ciertamente de interés en la accion trágica, conducida secamente segun las reglas de Aristóteles, pero no deja por esto de descubrirse el ingenio del autor, en la fuerza de los pensamientos, en la magestad del estilo y del diálogo, y por la sublimidad de la poesía. Pero mientras Fóscolo se hallaba enteramente consagrado á sus deliciosos estudios, y vivia en el silencio y en la soledad de las letras, la batalla de Lodi y de Arcola, haciendo á los franceses dueños de gran parte de la Italia, conmovieron

los espíritus italianos, que quedaron por entonces en suspenso y como ansiosos de guerra, aun despues del tratado de Campoformio. Entonces fue cuando Fóscolo dejando á Venecia, pasó á Milan, y poco despues entró á servir en el ejército de la República cisalpina; porque valiente y lleno de amor patrio, queria contribuir á mejorar la suerte de Italia, no solo con la pluma sino tambien con la espada. Generoso pensamiento, seguido en tiempos mas antiguos por Cervantes, Herrera y otros ilustres españoles que tanto honraron nuestra Península. En medio de los tumultos de la guerra, y de los honores de la gloria militar, publicó Fóscolo otras dos tragedias *Ajax* y *Ricardo*. El diálogo de entrambas está lleno de bellezas, los caractéres bien sostenidos, y el lenguaje y la versificacion robustos á par que elegantes; pero el efecto dramático es algo frio. Estas dos tragedias fueron representadas, la una en Milan y la otra en Bolonia, en el año de 1798. El *Ajax* suscitó al autor una corta pero durísima persecucion, porque al verla en la escena, el público creyó descubrir en ella, bajo el velo de la alegoría y de la fábula, una crítita terrible de la religion, y de las institu-

ciones mas antiguas y respetadas en Europa. Prohibióse por consiguiente la tragedia de Fóscolo, y su autor fue amenazado con el destierro: pero este jamás tuvo efecto, y de alli á poco se hablaba del Ajax, no como de una produccion dirigida á atacar la política y la religion, sino como de una obra maestra llena de gran mérito literario.

Despues que Napoleon hubo arrebatado en Marengo á los Austriacos el dominio de la Lombardia, destinó para profesor de elocuencia y bellas letras en la Universidad de Pisa, á Ugo Fóscolo, quien pronunció en la apertura de su nueva cátedra, aquel tan famoso y aplaudido discurso que se titula *sobre el origen y el oficio de las letras*. El estilo de esta obra maestra del genio y del arte, es robusto; el lenguaje elegante, los pensamientos sublimes, la erudicion rica y oportuna. Sostiene Fóscolo y prueba hasta la evidencia, que las necesidades de los hombres considerados en sociedad son el origen de las letras, las cuales por consiguiente no puede concebirse como existirian fuera de ellas. Dedúcese de aqui, que el oficio de las letras no es otro que el de dar á los hombres el propio

ejercicio de sus derechos y la independencia política, aunque por desgracia sirvan las mas veces de instrumento para corromper la buena moral, y adular á la tiranía de los gobernantes. Este sublime discurso, lleno de una profunda filosofia y digno de haber sido pronunciado por Pericles ó Demóstenes en los bellos tiempos de la Grecia antigua, hizo grande impresion en los espíritus italianos, hasta el punto de llamar la atencion del gobierno, quien alarmado por el carácter independiente y fogoso de Ugo Fóscolo, tuvo por oportuna providencia suspender las lecciones del nuevo profesor y cerró su cátedra.

Hallóse Fóscolo en el sitio de Génova con el famoso Massena, y sufrió todas las angustias del hambre, sin haber dado la menor prueba de abatimiento ó de cobardía. Entregada Génova á los Ingleses, Fóscolo emprendió un viaje por la Toscana, y se encerró en Pisa, en donde se enamoró perdidamente de una linda muchacha; pero no habiendo podido conseguir la realizacion de sus deseos en aquella pasion desgraciada, se entregó á una profunda melancolia, concibiendo el mayor desprecio por los hombres y por la

sociedad. Es fama que en esta ocasion empezó á escribir la novela titulada *Ultimas cartas de Jacobo Ortiz*, la cual se dió á luz en Milan el año de 1802. El personaje de Teresa, que figura en esta novela en primer término, no se tiene generalmente por fantástico, sino por una figura alegórica, vivo retrato de la amada de Fóscolo. Pretenden algunos tambien que Lorenzo es otro personaje alegórico, bajo cuyo nombre habia querido el autor presentar al célebre Juan Bautista Nicolini, literato toscano que vive aun, íntimo amigo de Fóscolo, y compañero de colegio en sus primeros años. Por último, debemos advertir que el nombre de Ortiz dado al protagonista de la novela, era el nombre de un jóven desgraciado, que se suicidó en Padua por efecto de una pasion amorosa.

Las cartas de Jacobo Ortiz causaron grande sensacion la primera vez que se publicaron, y aun todavia se leen con avides, por la mayor parte de los jóvenes, que suelen preferir á cualquiera otro libro los que están escritos con exaltacion y entusiasmo. No obstante, nosotros que pensamos que las producciones literarias deben juzgarse con la mayor calma, prescindi-

remos del entusiasmo apasionado y violento á que dan lugar las cartas de Jacobo Ortiz, y procuraremos examinarlas desapasionada y filosóficamente.

Estas cartas que rebosan en sublimes y exaltados pensamientos, encierran no obstante los desvaríos de un amor culpable, porque siempre lo será el que se conciba por una muger casada, aunque se presente bajo las formas de un afecto sincero y desinteresado. Las ideas sembradas en esta obra, exaltan la cabeza, é inspiran sentimientos amorosos, casi siempre llenos de desesperacion, y ofrecen el suicidio como el remedio á los males de un corazon lacerado; pero aunque abundan en ella bellezas de un estilo fogoso, rico en atrevidas metáforas, de sublimes comparaciones, y de todas las galas de la elocuencia, de ninguna manera participa de aquel fondo de esquisita ternura, que tan grata hace la lectura de las cartas de Carlota y Werther, escritas por Goethe: tampoco al tratar Fóscolo del suicidio hace alarde de aquella profundidad de filosofia y racionio, de que tan copiosa muestra dió Rousseau al tratar el mismo asunto en su *Nueva Eloisa*.

Recorramos ahora otras obras del mismo autor, que tan solo merecen alabanzas.

Habiendo Napoleon convocado en 1802 el Consejo de la república cisalpina en Leon, el gobierno italiano encargó á Fóscolo que escribiese un discurso dirigido al primer Cónsul, sobre el objeto de aquella asamblea. Este gran monumento de elocuencia italiana y de profundísima política, que lleva por título *Discurso á los concilios de Leon* hubiera sido digno de ver la luz pública en mejores tiempos; es decir, cuando el corazon de los hombres abrigaba mas sincera decision por el bien público, y menos ambicion y falsía. Elogia Fóscolo en él extraordinariamente el mérito de Napoleon y la grandeza de sus empresas; pero le dice atrevidamente que para un gran capitán y para un héroe no hay corona mas digna que aquella que sepa conquistarse afirmando la libertad de los pueblos.

Ei 1803 publicó Fóscolo una traduccion de *La cabellera de Berenice*, pequeño poema griego escrito por Calimaco, segun hemos dicho al principio de esta biografía. La traduccion de este poema está hecha con mucha soltura y ele-

gancia , pero lo que mas revela al erudito y al helenista , no es la traduccion del testo griego, sino los comentarios que la acompañan. Asombroso y casi imposible parece como en una traduccion de tan pocos medios , pudo Fóscolo ostentar tamaña erudicion. Sumamente bella es la crítica que en estos comentarios hace el autor de aquellos pedantes que se ocupan en compilar y anotar trabajos ajenos, sin dar á conocer el menor destello de aquel juicio delicado que llama Horacio : *recte sapere*.

En medio de los trabajos de la guerra, sin olvidar jamás los literarios, y teniendo siempre á la vista el bien de su patria, comenzó Fóscolo á publicar en 1808 el primer tomo de las obras militares del famosísimo *Condottiero* italiano Montecuculli, y enriqueció el testo con numerosas notas. Antes que Fóscolo hubiese acometido tan bella empresa, la única edicion que existia de las producciones del digno rival de Turena y de Condé era tan defectuosa , que los mismos italianos dejando el testo original, leian con mas gusto la traduccion hecha en idioma extranjero. El trabajo de Fóscolo sobre Montecuculli no se redujo únicamente á ilustrar el

testo, sino tambien á enriquecerlo con varias adiciones. Despues de analizar los métodos estratégicos empleados por Federico y Napoleon , demuestra cuanto mayor fue el talento de Bonaparte que el de Federico.

Poco despues de esta obra , se publicó en Milan un poemita de Fóscolo titulado *Los Sepulcros* , el cual justamente causó mucho efecto. Las sublimes verdades anunciadas en esta obra maestra , las imágenes brillantes aunque envueltas en un estilo severo que el autor emplea , la solemne melancolia que baña todo el poema , y la robustez de la versificacion , son tan notables que cada dia han ido aumentando mas el crédito de *Los sepulcros* de Fóscolo. Hipolito Pindemonti , gran poeta italiano y contemporáneo de Fóscolo , escribió tambien un poema titulado *Los sepulcros* , y dedicado á Fóscolo mismo ; pero ¡qué diferencia entre ambas producciones ! *Los sepulcros* de Pindemonti son la obra de un gran poeta , los de Fóscolo son la obra del genio.

En 1812 publicó en Toscana bajo el nombre de Dimino Chierico el viaje sentimental de Sterne , á cuya cabeza figura un prefacio que rebosa en originalidad é ingenio. Hace poco tiempo

hemos visto algunas páginas de esta obra, traducidas en castellano, con una ligera introducción, en la cual después de prodigar muchos elogios á Fóscolo, se dice que el viaje de Sterne puede equipararse en los chistes y agudezas á la inmortal obra de Cervantes. No es esta verdaderamente nuestra opinión, y nos parece que basta pasar ligeramente la vista por ambos libros, para conocer cuanto se diferencian en el asunto, en el estilo y en el desempeño.

Pocos meses después de haber publicado el viaje de Sterne, abandonó Fóscolo desdeñosamente la Toscana y se retiró á Suiza, movido de causas honrosas que debemos mencionar. Al comenzar la catástrofe que debia acabar con el poder de Napoleon, el Austria habia redoblado su vigilancia y sus movimientos cerca de Italia, con la esperanza de reconquistarla de los franceses. Con tal objeto habia diseminado en toda la península italiana un gran número de espías, por cuyo medio pudiera el gabinete de Viena enterarse de cuanto se pensaba, se decia, ó se proyectaba en Italia. En semejantes complicaciones y disturbios políticos, no faltó quien se atreviera á señalar á Fóscolo como emisario del

Austria. Habiendo llegado él á saber esta noticia, que ya habia circulado bastante, marchó inmediatamente á Suiza, donde publicó una amarguísima sátira contra los primeros dignatarios de Italia. Este opúsculo de Fóscolo está escrito en un estilo bastante oscuro, y no es ciertamente una de sus mejores producciones: lleva el título de *Dydime clerici prophetæ minime hypercalipseos*, pero no es ciertamente tan recomendable como éste dictado promete. Sea de ello lo que se fuere, es cosa averiguada que el mismo Fóscolo, conociendo cuan oscura y casi ininteligible era su obra, dió de ella una esplicacion manuscrita.

Destruído enteramente el imperio francés, pero no estando todavía decidida la suerte de la Italia, Fóscolo aunque hombre privado, cooperó en cuanto pudo por medio de manejos secretos y de sus poderosos amigos, para que la Italia fué reconocida como un solo reino independiente de la Francia y del Austria, bajo el gobierno del príncipe Eugenio hijo adoptivo de Napoleon. Dejó en estas circunstancias la Suiza y permaneció en Milan por algunos meses; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, porque

ya los destinos habian decidido que la Italia permaneciese bajo el férreo yugo del despotismo austriaco. Fóscolo viendo asi burladas sus esperanzas, pensó emigrar para siempre de la Italia, y dejando á Milan se detuvo algun corto tiempo en el continente, y fue por último á establecerse en Lóndres, á donde le llamaba el amor de una vida libre é independiente, y donde encontró un asilo satisfactorio para su corazon, porque entre los ingleses reina aquella especie de dureza de carácter y de orgullo nacional, que eran las dotes naturales de Fóscolo.

Llegado á Inglaterra, á donde le habia precedido la fama de su gran mérito literario, los mas célebres periódicos ingleses, pidieron ansiosamente artículos á Fóscolo, y principalmente en la Revista de Edimburgo insertó algunos en extremo profundos sobre Dante, Petrarca y Boccacio, padres de la moderna literatura italiana. Tambien publicó otros sobre Venecia y sobre la antigua forma democrática de aquel gobierno, en cuyos trabajos dió á conocer Fóscolo cuan profundas eran sus ideas en materias de política y de historia.

En Inglaterra fue tambien donde empezó á comentar la Divina Comedia del Dante , obra llena de doctrina y de una erudion inmensa. A decir verdad, muchos han sido los comentadores de Dante , pero son muy pocos los que han sabido ilustrarlo con profunda filosofia : algunos se distinguen por un indigesto fárrago de erudicion , otros por sus conocimientos filológicos, ó por la estension de sus estudios históricos; pero ninguno , ni antes ni despues de Fóscolo, ha sabido unir la erudicion con la sensatez de doctrinas , y la profundidad de la filosofia al comentar al fiero gibelino.

La mayor parte de los comentadores de Dante, por hacer alarde de su erudicion, ponen á veces en boca del arrogante gibelino , sus propios pensamientos, y llenando de este modo largas páginas de citas, creen satisfacer la curiosidad de sus lectores. Fóscolo con mucho tino emplea sus conocimientos únicamente en aclarar la Divina comedia, y toda su erudicion se dirige á este objeto. Nosotros pensamos que el carácter de Fóscolo , conforme, bajo algunos puntos de vista, con el de Dante, contribuyó no poco á que saliese airosamente de esta di-

fácil tarea. Profunda y pensativa era la mente del Dante como la de Fóscolo, su índole desdeñosa y despreciadora de la malignidad de los hombres, como la del sublime poeta, la vida de entrambos fue miserable á veces, y agitada siempre por circunstancias políticas. Uno y otro alimentaban en sus pechos ardentísimo amor á su patria, por lo cual no es de extrañar que siendo entrambos simpáticos en tantos puntos, le fuese dable á Fóscolo profundizar las grandes ideas del divino poeta.

Erán Ugo Fóscolo y el celebrado poeta Monti dos íntimos amigos; pero habiéndose ágríamente disgustado, se propusieron traducir por una rivalidad literaria la Iliada de Homero. Fóscolo, antes de marchar á Lóndres, habia traducido solo los dos primeros libros del poeta griego, y los publicó como un ensayo de su trabajo. Llegado á Inglaterra volvió á emprender su suspendida traduccion, y es probable la concluyese, aunque no vió toda ella la luz pública.

Si queremos juzgar la parte conocida de los literatos, nos es forzoso confesar que tiene gran sabor del original, y que dió á conocer á su

autor como muy docto helenista. La versificación de Fóscolo, siempre elegante y robusta, se acerca bastante á menudo á la magestad del verso homérico; mas si se compara su traducción con la de Monti no podrá menos de parecernos lánguida y destituida de vigor y de nervio. Aunque sea cierto, como se dice, que Monti hizo su traducción por varios textos latinos de Homero, y ayudado de una versión estrictamente literal que escribió en lengua italiana el célebre Mustoxidi de Corfú, Monti supo penetrar tan dichosamente el espíritu del original griego, que aun hoy dia se habla en Italia de esta versión como de la obra de un grande génio que no ha sido superada por ninguno. Esta traducción italiana es tan excelente y famosa como la inglesa de Pope. Cuando Fóscolo leyó el trabajo de Monti, conoció perfectamente cuan superior era á la suya, y no sabiendo como mejor criticarlo y oscurecer la gloria de su autor, exclamó «Obra hermosa es la de Monti, traductor de los traductores de Homero!»

Escribió Fóscolo un gran número de poesías líricas, pero sea que su génio lo alejase de tratar asuntos poco importantes, ó que escribiese

sin grande interés toda obra que no fuese grave, ello es, que si se exceptúan algunas pocas odas, en las cuales campea el gran númen poético del cantor de *Los sepulcros*, el resto de sus trabajos líricos es de un mérito muy mediano. Entre ellas son sin embargo recomendables las que escribió con el título de *Alceo y las Gracias*, en las cuales nada falta de cuanto puede deleitar el alma y embriagarla de ternura.

El que esté acostumbrado á meditar sobre las producciones de los grandes autores, al leer las escritas por Fóscolo, no puede menos de observar que entre las obras en que aparece este autor grande y sublime, ya como poeta, ya como prosista, se advierte mucha mas profundidad y originalidad en las que escribió en Inglaterra, que en las que escribió en Italia, esceptuando no obstante *Los sepulcros*. Asi es, que basta leer los artículos de Fóscolo insertos en la *Revista de Edimburgo* y en otros periódicos ingleses, ó los comentarios del Dante, escritos tambien en Inglaterra, para conocer la superioridad que hay en ellos sobre sus obras anteriores. En nuestra opinion, proviene esto de la atmósfera mas ó me-

nos libre en que un autor suspira, puesto que bajo la proteccion de las benéficas leyes de la Gran Bretaña, que jamás encadenan el pensamiento, Fóscolo podia dar á su talento un desahogo que no le era permitido en Italia; aunque Fóscolo llevado de su génio indepediente y entusiasta, no pocas veces arrostró graves peligros por dar á luz sus verdaderos sentimientos. Prueba suficiente de lo que vamos diciendo ofrecen, no solamente sus obras, sino tambien varios artículos suyos insertos en los *Anales de las ciencias y las letras*, periódico que se publicaba en Milan. Cada uno de estos artículos encerraba siempre alguna verdad importantísima, siempre espresada con energía, y con aquellos términos francos y precisos que demuestran la sinceridad y buena fé de quien escribe.

La última produccion de Fóscolo fue un opúsculo sobre el Dante. En 1825 mientras que en Inglaterra se debatia empeñadamente la cuestion de emancipacion de los católicos, publicó este opúsculo profundísimo, en el cual se dedicó á demostrar que Dante en su Divina comedia, al poner en claro todos los abusos del clero, todos los vicios de la corte romana, to-

das las intrigas, oscuros manejos, y astuta política del Papa, fue el precursor de la reforma, y el primero que dió manos á la obra del moderno protestantismo. Explicacion tan importante á la sazón en Lóndres, hizo que todo el mundo buscase y leyese esta obrita. Por lo que toca á nosotros, no nos atrevemos á abrazar completamente la opinion del autor, porque examinando la Divina comedia de Dante y su tratado *de la Monarquía*, en el cual habla como fiero gibelino contra el Papa, advertimos que siempre respeta altamente no solo el dogma, sino tambien la disciplina de la Iglesia, y que únicamente ataca las malas costumbres del clero y las maldades políticas de los Papas: de manera que todo lo mas que puede decirse del Dante, es que fue el primero que en sus obras atacó enérgica, filosófica y razonablemente el poder temporal de los Papas, llamando la atencion de los italianos sobre la mala conducta del clero; pero de modo alguno que fuese precursor de Lutero, Calvino y otros hereges, que han atacado abiertamente á la religion en sus mismas bases.

Pero dejando á un lado si Fóscolo tiene ó

no tiene razon en esta parte, hablemos del mérito literario de su opúsculo. Nótase en él una vasta eruducion y un grande conocimiento, no solo de las obras de Dante, sino de los mas sábios y acreditados autores que pueden venir en apoyo de su opinion. Campea tambien por todo el opúsculo una gran fuerza de discusion filosófica, en la que al menos en la apariencia no tienen parte alguna la prevencion y la parcialidad. Esta última produccion de Fóscolo escrita oportunamente, como hemos dicho, en inglés, cuando se trataba de la emancipacion de los católicos, fue leida con avidéz, y logró tanta voga, que produjo no poco provecho á su autor, y aun todavía hablan los Ingleses de ella con gran aprecio, y como de un libro en que hablándose del Papa, supo tratar ciertos puntos con mejor criterio que lo hizo en estos últimos años en el mismo Lóndres, Gabriel Rossetti, italiano establecido en aquella capital, el cual publicó una obrita titulada *Roma y el Papa en el siglo XIX*.

Despues de haber recorrido Fóscolo una brillante carrera literaria; despues de haber blandido las armas por la libertad de Italia, murió

el año de 1828 en Lóndres, llorado por los ingleses que lo estimaban en gran manera. Seguramente debió dejar á su muerte preciosos manuscritos, de los cuales no podemos dar segura noticia por no haberse publicado; y únicamente sabemos, que algunos años antes de morir, dijo que queria escribir un tratado sobre Parga, infamemente cedida por los ingleses á Ali-Baja de Janina; mas á pesar de las indagaciones que hemos hecho, no hemos podido averiguar si llevó á cabo su proyecto, ó si dejó al menos escrita alguna parte de su proyectada obra, aunque segun parece indudable no dió á luz escrito alguno sobre Parga.

No nos parece enteramente inútil, despues de haber hecho una ligera reseña de sus obras, el presentar algunos rasgos del carácter de Ugo Fóscolo.

Fue su fortuna siempre menos que mediana, pero conservó constantemente en medio de sus apuros un grande espíritu de independenciam y de increíble orgullo. Amaba poco á los hombres porque los juzgaba viles y corrompidos, y procuraba vivir solo é ignorado de casi todo el mundo, entregado á profundas meditaciones, y

empleando en escribir la mayor parte del tiempo. Profesaba un grande amor á su patria, porque abrigaba un corazon puramente italiano, como Alfieri, con quien puede compararse bajo muchos aspectos. No obstante que si Alfieri se mantuvo siempre firme en sus principios liberales, merece Fóscolo mas alabanza que el trágico astigiano, porque este último bastante rico podia despreciar la tiranía y la adulacion servil, mientras que Fóscolo necesitaba ayuda y proteccion para procurarse la subsistencia. A pesar de circunstancias tan tristes, jamás, ni hablando ni escribiendo, renunció Fóscolo á las ideas liberales que profesaba desde la infancia, apoyándose para subsistir en su propio mérito, y no en la beneficencia de los hombres, que vuelven casi siempre las espaldas á la desgracia.

En medio de tantas prendas que hacian respetable á Fóscolo á los ojos de los hombres honrados y entendidos, notábanse en él algunos defectos que lo hacian poco á propósito para la sociedad. Su natural orgullo, y su carácter triste y casi misantrópico, le conducian hasta el extremo de hablar de todos con sumo desprecio. Si se trataba alguna cuestion literaria ó cientí-

fica, encontrábase siempre su parecer en oposicion al de los demas , á costa muchas veces de sostener lo contrario de lo que en otras habia defendido: asi es que su índole parecia dura y contradictoria, y acaso nunca tuvo un verdadero amigo , aunque hubiese muchos admiradores de su gran mérito literario , y de sus principios de libertad é independiencia. Seria un trabajo digno de pluma diestra y filosófica , el trazar un paralelo entre las vidas de Rousseau, de Alfieri y de Fóscolò , los tres mas ardientes defensores de la humanidad, y los que menos afecto y simpatias inspiraron durante su vida. Amaba Fóscolo con delirio á las mugeres, aunque tuvo muy poco partido con ellas , á causa de su carácter fantástico, de su poco agradable figura, y sobre todo á causa de su pobreza, que era lo que mas daño le hacia cerca del bello sexo. Hablaba con gran entusiasmo y mucha elocuencia, y cuando trataba de materias graves, se inflamaba y le centelleaban los ojos con un fuego lleno de sentimiento , que le producia la conviccion de lo que afirmaba. En estos momentos, Fóscolo parecia superior á si mismo , y se le podia aplicar aquel verso de Virgilio :

Deus est in nobis, et agitante callescimus illo.

La escuela llamada romántica estaba en gran voga en los tiempos de Fóscolo, y se empezaba entonces á discutir, como debia seguirse en los trabajos históricos. En esta cuestion calló siempre Fóscolo sin mostrar parecer alguno, y solo manifestaba una especie de veneracion á las reglas y á la doctrina sancionadas por el elasicismo. Sin embargo, si pasáramos revista una por una á las producciones mas notables de Fóscolo, no podriamos menos de conocer un gran talento, que mas que ningun otro supo apreciar y combinar el elasicismo juntamente con el romanticismo; y en sus *Sepulcros*, en las *Cartas de Jacobo Ortiz*, y en sus poesias líricas, que no estriban en argumentos antiguos, se vé siempre al poeta inspirando sentimientos graves, que rebosan de amor patrio, bajo las formas de la sociedad moderna. En esto, aun mas que en otra cosa, es acreedor Fóscolo á mayor elogio que los demas poetas italianos contemporáneos suyos, incluyendo á Vicente Monti, los cuales por espíritu de oposicion á la escuela moderna, mezcla-

ron en sus composiciones las fábulas de la antigua mitología, con argumentos de tiempos recientes. Monti además, no contentándose con seguir las reglas del mas puro elasicismo en sus composiciones poéticas, lo defendió tambien valerosa y doctrinariamente en varios periódicos de Italia.

Amaba tanto Fóscolo á la juventud, como odiaba en general á los viejos; porque juzgaba que estos, por aficion á las cosas de su tiempo, eran los mayores obstáculos á los progresos del siglo, y á l-s ideas liberales de la época. Leía frecuentemente y con entusiasmo la Biblia, y las obras de San Gerónimo y de San Juan Crisóstomo, y entre los poetas antiguos eran sus favoritos Homero, Dante y Shackespeare. Decía de estos que eran eminentísimos y superiores á todos los demas en toda clase de méritos, no porque fuesen de calidad superior á los poetas modernos, sino porque aquellos autores antiguos escribieron con conciencia, y los modernos solo han escrito por interés.

Por un carácter muy semejante al de Lord Byron, al leer la Biblia, hacia Fóscolo las mismas reflexiones que el bardo inglés. Decía tam-

bien que en ningun libro podian encontrarse sentimientos mas sublimes y puros, imágenes mas brillantes, doctrinas mas severas, ni preceptos mas altamente fundados en la experiencia; y finalmente terminaba su elogio afirmando, que un libro como la Biblia, no podia ser menos que divino.

El autor de *Ortiz*, de *Ajax*, de los *Sepulcros*, y de *Alceo*, el profundo pensador y admirable crítico, no habia nacido para su siglo. Su alma antigua sobrepujaba en mucho al alcance moderno; y su vida no fue mas que un continuado y largo combate. Estuvo dotado de facultades demasiado grandes, y de una sensibilidad demasiado ardiente para ser feliz: tenia escesiva rigidez, originalidad, inconstancia y suceptibilidad para alcanzar el elevado puesto que merecia entre los hombres; su carácter altivo é independiente, y aficion al retiro, le alejaron muchas veces de aquellos que hubieran podido ayudarle.

Basta en nuestra opinion lo que hemos dicho, para dar una idea completa de la vida política y literaria de Ugo Fóscolo; pero á mayor abundamiento y por complemento de ella, inserta-

remos el retrato que Fóscolo dejó escrito de sí mismo en elegantes versos italianos, cuya version es la siguiente :

Rubios cabellos y arrugada frente,
Flacas mejillas y ademan osado,
Ojos hundidos y mirar ardiente,
Pecho veloso y cuello torneado.

Cabeza baja, labio pronunciado,
De bellas formas y vestir decente,
Pronto en la ejecucion como en la mente,
Lijero en el andar, sóbrio, obstinado.

Pródigo, humano, ingenuo, miro al mundo
Como la suerte á mí, contraria, insana;
Aliento da á mi corazon la ira,
Y vil ante el pudor se arrastra inmundo;
Que aunque á la voz de la razon se afana.
De vicios rico y de virtud deliro.

Siempre pensando, y solo y pesaroso
A la esperanza y al temor ajeno
Tú, ó muerte, me darás fama y reposo.







P. F. CIRILO ALAMEDA.

muerto en 1680. del Siglo XVII.

EL P. CIRILO.

«Al verse despues envuelto por los negocios mundanos ¿cuantas veces debió echar de menos la soledad de su cláustro?»

ALVAR GOMEZ, en la vida del Cardenal Cisneros.



La biografía de un fraile, entre la multitud de notabilidades políticas, literarias y militares que forman esta colección, parecerá chocante á primera vista á varios de nuestros lectores. Nada mas comun en otra época, cuando la España encerraba en su seno numerosos institutos monásticos. Entonces, una juventud grave y aus-

tera, llevada de un sentimiento poderoso de religiosidad, corria presurosa á encerrarse en los cláustros, huyendo de un mundo, que apenas habia conocido. No era por cierto la aristocrácia la que poblaba aquellos asilos; pero tampoco la clase proletaria, que cotidianamente visitaba sus puertas en busca del necesario alimento: mas bien era la clase media de la sociedad la que enviaba allá sus hijos, y dejaba á cargo de la Religion su crianza, su educacion y suerte futura. Aunque muertos al mundo aquellos hombres, segun el language figurado, no lo eran de tal modo, que las atenciones públicas no los arrancasen con frecuencia de sus silenciosos albergues. Entre aquella multitud de hombres dotados de instintos pacíficos, y voluntariamente condenados á una vida monotoná, en la que contaban con un alimento grosero, pero seguro, y un asilo para todo evento, descollaban á veces por su génio y sabiduría hombres eminentes é instruidos para bien de su patria, y que ocuparon elevados puestos en la Monarquía.

Llenas están de ellos nuestras crónicas y diccionarios biográficos, y difícil seria por cierto formar una coleccion de ningun genero literario

ni político, sin que fuera preciso intercalar la de algun célebre religioso. Tampoco logrará el historiador correr las cortinas que cubren el sólio, sin que allá junto á él tropiecen las miradas del espectador, con la austera figura de algun cenobita, cubierto de tosco sayal, entre los elegantes ropages de los cortesanos que circundan el trono. Ora es un Regente del Reino, que asomado á un balcon á la vista de un tercio de infanteria, dice con torvo ceño á la Grandeza de Castilla: *, con estos poderes gobernaré la España!* Ora un jesuita, que dirige desde el confesonario la conciencia de una Reina Madre, y los negocios públicos, durante una minoría borrascosa. Unas veces representa un Rey inflexible y enérgico, que consulta los negocios mas árdulos con la célebre reformadora de un instituto religioso; otras un Monarca indolente, reprendido en medio de su Corte, por un predicador austero, ó bien un Rey débil y enfermizo, ante el cual profiere su confesor con ademan inspirado los exorcismos de la Iglesia.

La familia de Borbon, notable siempre por su religiosidad, vió con frecuencia aquellos hombres aproximarse á su trono. La corte de Fer-

nando VII contaba muchos de ellos ; la de Don Carlos , representante de las antiguas tradiciones , no podia serles hostil.

Si la causa de este hubiera triunfado , el monaquismo volviera bien pronto al estado de que le despojara la revolucion , por aquel instinto reaccionario que siente naturalmente todo gobierno , para reponer lo que deshicieron sus contrarios , como una garantia de propia conservacion. En tal caso , el sujeto cuya biografia nos arranca estas reflexiones , elevado á una encumbrada posicion inmediata al trono , mas bien que biografias hubiera obtenido panegíricos , y sus encomiadores no hubieran titubeado en colocarle al lado de Cisneros , encontrándole con él mil puntos de contacto. Oriundo de un mismo pais y provincia , profesando el mismo instituto , elevado á la Grandeza y al Consejo de Estado , y General de su Orden , parecia destinado á ser la copia de aquel gran original , tan brillante en nuestra historia.

La suerte lo dispuso de otro modo ; y en el dia , triste y olvidado , arrastra su existencia en un pais estrangero , víctima de las vicisitudes humanas , y de las convulsiones políticas que agi-

tan á nuestra patria, llevándose en su rápida corriente aun á los caracteres mas pacíficos, y á los que por su profesion parecian destinados á vivir tranquilamente en la soledad del claustro. Por esto nos decidimos á presentar en nuestra coleccion esta biografia, en gracia de la variedad, y porque quizá sea la primera y última de este género, que se haya escrito en toda esta época.

Nació el P. Cirilo el año 1781 en Torrejon de Velasco, pueblo distante cuatro leguas de la Córte, siendo sus padres unos labradores hacendados del dicho pueblo. Su natural despejo y aplicacion estimularon á sus Padres á enviarlo á Madrid á estudiar latinidad, base en aquel tiempo de toda enseñanza. Hizo aquel estudio en casa de un profesor de gramática, de donde pasó á la de un tio suyo, para cursar filosofia en los estudios de S. Isidro de esta Córte.

A la edad de 15 años tomó el hábito en el convento de S. Francisco, y habiendo profesado al año siguiente fue destinado á los conventos de Pastrana, y en seguida al de Guadalajara, á continuar su carrera de Teologia, habiendo hecho en ella grandes adelantos, por los cuales

mereció algunos años despues, cuando ya era General de su Orden, los honores del Doctorado por la Universidad de Zaragoza.

Nada hubiera ofrecido de notable la vida del P. Cirilo si la revolucion de 1808, sacando todas las cosas de su centro, no hubiera venido á colocarle en una esfera harto diferente de la que entonces buscaba. Huyendo de las tropas francesas se refugió en Cádiz, donde se dedicó á la carrera de la oratoria sagrada, en la cual obtenia no pocos aplausos, habiendo llamado la atencion de la Regencia, que se componia entonces de personas notables la mayor parte por su religiosidad.

Preparábase en Cádiz una mision, que debia salir para la Moguega, compuesta de varios religiosos franciscanos, y habiéndose alistado en ella el jóven predicador fue nombrado su Presidente. Al frente de ella se embarcó para su destino, y arribó á Montevideo segun las instrucciones que llevaba, en circunstancias harto críticas, pues los insurgentes de Buenos Aires acababan de sitiar por tierra aquella plaza, último baluarte de los Españoles. La situacion de aquellos paises no podia entonces ser mas crítica. En 1806, una

expedicion inglesa á las órdenes del General Guillermo Card Beresford , con 1,700 hombres de desembarco , habia invadido aquellas colonias , apoderándose de Buenos Aires , cuya poblacion habia sido abandonada por las autoridades. Pero atacado por el Capitan de navío , D. Santiago Liniers , con los cuerpos voluntarios reunidos en Montevideo , apenas pudo conservar cuarenta dias su conquista , rindiéndose en seguida á discrecion. Para sostener el espíritu público y atender á la conservacion de aquellos paises , repartió Liniers armas á los habitantes , y formó varios cuerpos ; reuniendo hasta 10,000 hombres , que al año siguiente batieron á 14,000 ingleses , que volvieron con objeto de vengar su pasada derrota. Entretanto , sobrevinieron en la Península los ruidosos acontecimientos del Escorial , y en seguida los de Aranjuez y Bayona , que causaron honda sensacion en aquellos paises. Napoleon , deseoso de traerlos á su dominio , envió allá un comisionado en un buque de guerra con 3,000 fusiles , y varias proclamas é instrucciones clandestinas , para el éxito favorable y completo de su empresa.

Sospechando el General Elio , que mandaba á la

sazon en Montevideo, del General Liniers, por ser oriundo de Francia y haber recibido al emisario, se indispuso con este, y para contrarrestarle formó una Junta popular en Montevideo. De este modo, el realista Elío contribuía impensadamente al desarrollo de la democracia en aquellos países, así como Liniers, repartiendo armas á los criollos, les sugeria ideas de fuerza y rebelion.

La mala semilla que habian arrojado produjo harto pronto desabridos frutos. Liniers fue separado, y le reemplazó D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, que tuvo la debilidad de crear otra Junta en Buenos - Aires, quedando él de Presidente. Cuatro dias despues, metido en una miserable balandra, era espulsado de aquel territorio por los junteros, convertidos en rebeldes insurjentes; y no contentos con esto atacaron la plaza de Montevideo, reduciéndola á la mayor estrechez, hasta que Elío envió una escuadrilla á bombardear á Buenos-Aires, obligándoles á capitular y levantar el sitio de Montevideo, el cual volvieron á emprender poco tiempo despues faltando á las estipulaciones. Al mismo tiempo Elío recibió órden de regresar á España, entre-

gando el mando á Vigodét, como lo ejecutó.

Tal era la situacion de Montevideo, cuando llegó allá el P. Cirilo, con la mision que llevaba á su cargo. Su despejo natural y su cortesanía, le merecieron la confianza del General Vigodét; y viendose precisado por la situacion del pais á permanecer en Montevideo, se encargó de la redaccion de la Gaceta ó Boletin de aquella plaza, cuyo objeto era sostener el espíritu público á favor de la metrópoli, y probar la existencia del legítimo gobierno de Fernando VII, mientras hubiese en la Península una torre en que tremolara la bandera española, y un Español que la apoyara con las armas en la mano: rebatía al mismo tiempo las sofisticas razones en que se fundaban los insurjentes para cohonestar su rebelion, alegando que desde la abdicacion del Rey en Bayona y la intrusion de Bonaparte, quedaban rotos enteramente los lazos, que unian las colonias con su metrópoli.

A pesar de sus esfuerzos, Vigodet se vió en el mayor apuro á fines de 1812, encerrado dentro de la plaza, siempre fiel, de Montevideo, debiendo únicamente su precaria conservacion á la superioridad de la marina Española. Pero derro-

tada esta por la Argentina, (*) se halló bien pronto sitiado por mar y tierra, sin esperanza alguna de socorro. Hallábase ya á punto de capitular, cuando deseoso de salvar la correspondencia oficial con el Gobierno, y algunos otros objetos interesantes, los confió al cuidado del P. Cirilo. Entró con ellos en un barco, y aprovechando la oscuridad de la noche, logró al pronto burlar la vigilancia del crucero enemigo; pero descubierto por él, fue vivamente perseguido, aunque sin fruto, logrando llegar con su depósito á Rio Janeiro, donde á poco, arribó igualmente Vigodet, despues de haber capitulado con los insurjentes, y de dejar con harto dolor en sus manos el baluarte mas poderoso, que tenían los Españoles en la América meridional.

Reinaba á la sazón en Rio Janeiro la familia de Braganza, lanzada de Portugal por la invasion francesa, haciendo de Regente, á nombre de la Reina Viuda, el Príncipe D. Juan, casado con la Infanta de España Doña Carlota Joa-

(*) La escuadrilla Española, compuesta de varias corbetas, bergantines y goletas, al mando de D. Miguel Sierra, fue derrotada en 1814 por la Argentina, en cuya persecucion iba.

quina de Borbon. Era esta Señora de un génio vivo y penetrante, y profesaba un cariño entrañable á su hermano Fernando VII, y no poco afecto á los Españoles. Al llegar allá los emigrados de Montevideo, le merecieron benévola acogida, y en especial el P. Cirilo obtuvo señales muy positivas de aprecio de la Córte del Brasil. Llegó al mismo tiempo la noticia de haber regresado á España los ilustres prisioneros de Valencey, y los pormenores de los ruidosos sucesos, que habian causado la ruina del Imperio de Bonaparte. Tratose al punto, como era muy natural, acerca de los enlaces de los augustos personajes, que acababan de ser restituidos al trono y á su patria. La Princesa Doña Carlota reunia una numerosa familia, en la cual se contaban seis hijas, de las que tan solo la mayor (la Princesa de Beira) habia casado cuatro años antes con el Infante D. Pedro Cárlos Antonio. Trató pues de proponer á sus hermanos el enlace con dos de sus hijas, como se verificó. El encargado de esta negociacion fue el P. Cirilo, el cual regresó á España trayendo consigo los retratos de las dos Princesas, Doña Maria Isabel Francisca, y Doña Maria Francisca de Asis.

Hallábase entonces al frente del Ministerio Universal de Indias, Lardizabal, que habia trabajado en Cádiz porque se pusiese al frente de la Regencia la Infanta Doña Carlota, y por tanto merecia la confianza de esta, y contaba con su apoyo. Agradó el proyecto á Lardizabal, y habiendolo admitido los augustos novios á su propuesta, consiguió que se le comisionase para llevarlo á cabo, con toda celeridad y sigilo, por razones tanto económicas como políticas, que para ello habia espuesto aquel Ministro.

El dia 15 de Julio de 1815 salieron de Cádiz Vigodet y el P. Cirilo en direccion á Rio Janeiro, y á bordo de la fragata Soledad; pero al llegar allá en 31 de Agosto, quedaron no poco sorprendidos, viendo que el asunto de su mision era ya público en aquellos paises, y objeto de todas las conversaciones; lo cual les obligó á dar publicidad á las solicitudes, que necesitaban practicar para llevar á efecto su comision. Arregláronse pronto y fácilmente las capitulaciones matrimoniales, pero no fue tan fácil allanar los obstáculos, que se oponian á la venida de la Infanta Doña Carlota en compañía de sus hijas, que era el gran objeto de Lardizabal, y lo que

esperaba conseguir mediante la poderosa influencia y las persuasiones del P. Cirilo. Deseaba aquel Ministro aprovechar el ascendiente, que ejercia la Infanta en el ánimo de su hermano, para echar á pique la camarilla que le estraviaba.

Cediendo la Infanta á las instancias del Padre Cirilo, se decidió por fin á venir á España, y así lo avisó Vigodet á Lardizabal con fecha primero de Octubre. La comunicacion, que dirigió á este principia así: «Tengo la satisfaccion de anunciar á V. E., que S. A. R. el Serenísimo Señor Príncipe de Portugal, ha accedido en todas sus partes á los deseos del Rey Nuestro Señor, y que está evacuada completamente la honorosísima comision que S. M. tuvo á bien confiarme. El P. Cirilo Alameda me ha ayudado como S. M. esperaba, y ambos hemos removido obstáculos, que exigian una resolucion terminante.» A pesar de eso, la repentina enfermedad de la Reina Viuda de Portugal, y su muerte ocurrida al poco tiempo, impidieron la venida de la Infanta, elevada ya al trono.

Para mayor desgracia llegó á España el número 18 del Boletín de los insurgentes de Cartagena, fecha 4 de Octubre, en el que venia

copiada una carta del General Abadía, dirigida á su hermano residente en Lima, la cual fue interceptada por ellos, en la fragata Neptuno. Copiaba allí la carta que le habia dirigido Lardizabal, manifestándole el objeto del viaje de Vigodét y el P. Cirilo, y haciéndole una tristísima pintura de la Corte. Alarmóse esta al ver el poco sigilo que se habia guardado en estas negociaciones, y se procedió á pener arrestado á Lardizabal, lo cual se ejecutó en la noche del 2 de Agosto de 1815. Para mayor dolor se le ocupó en el acto un paquete de cartas, que acababa de escribir, las cuales iban dirigidas á la Infanta Doña Carlota (cuya venida se esperaba todavía), á Vigodét y al P. Cirilo. Para entregarlas á los indicados sujetos, pensaba echar mano del Duque del Infantado, que llevaba la comision de recibir á las Princesas, luego que arribasen á Cádiz. Avisaba Lardizabal en las cartas que se ocuparon, los planes que se trazaban en la Corte bajo los auspicios de Ceballos, y que se trataba de remover del lado del Rey y de la Infanta, todas las personas que pudieran aconsejarles bien. Una de las que se trataba de alejar era el P. Cirilo, y para de-

tener el golpe, proponia Lardizabal que la Infanta le nombrase su confesor. « Lo creo muy conveniente, decia, aun prescindiendo de esto, porque el P. Cirilo tiene mucho talento, es buen Religioso y muy amante del Rey y de la Real familia, que es lo que se necesita; y es necesario mirarse mucho en la eleccion de confesor. » Con todo no llegó el caso de que se verificasen, ni la separacion premeditada, ni la elevacion del P. Cirilo al cargo de confesor de la Reina; y aunque al pronto fue mirado con alguna prevencion por sus relaciones con Lardizabal, logró sostenerse en la Corte, mediante el favor que le dispensaban la Reina y su augusta hermana, habiendo recibido entre otros el de ser nombrado Predicador de S. M.

Como una muestra de este aprecio, se interesó la Corte á su favor para que le confriese Su Santidad el Pontífice Pio VII, el cargo de Ministro General de la Orden de S. Francisco, el cual obtuvo en efecto el dia 27 de Noviembre de 1817, á la edad de 36 años. (*) Al dia siguiente de tomar posesion de su nueva digni-

(*) Segun las crónicas de la Orden solo S. Buenaventura habia sido General á esta edad.

dad, se cubrió de Grande de España, según la antigua costumbre, habiendo sido padrino suyo en la ceremonia el Duque de Híjar, Conde de Salvatierra.

Poco felices fueron los tiempos en que correspondió al nuevo General cenobítico ejercer su cargo. Las revoluciones políticas, habían lanzado á los medicantes de varios países de Europa, y la que agitaba á la sazón nuestras antiguas colonias americanas, afectaba no poco á los institutos de aquende, privándoles de los cuantiosos recursos que de allá recibían. Por otra parte durante la guerra, habían sido destruidos varios conventos, muchos religiosos habían abandonado el báculo y el cordón, por el tahalí y la espada, y finalmente la supresión decretada por las Cortes, había abierto una herida, que aun cuando al pronto apareciera cicatrizada, hacia temer por su existencia futura. Largos trabajos y desvelos se necesitaban para volver á su esplendor pasado, una Orden tan numerosa, estendida y fraccionada como la de S. Francisco, la mas célebre de todas las mendicantes. Pero cuando las medidas tomadas para ello principiaban á prestar algun fruto, sonó nuevamente

el grito de libertad, aprestaronse los partidos á la pelea, cual lo hicieran poco antes contra los extranjeros, y los regulares principiaron á temblar por su suerte futura, recordando su pasada proscripcion. Pronto se realizaron sus tristes presentimientos; y lanzados de sus albergues hubieron de buscar un rincon para cobijarse, y mendigar un pedazo de pan para conservar su existencia. El P. Cirilo, á quien su posicion impedia ocultarse entre la multitud, se vió entonces precisado á marchar al extranjero; porque en épocas de revolucion, las personas que descuellan algun tanto, son las que menos á cubierto se hallan de los tiros de la malevolencia.

Pero luego que las cosas volvieron al estado en que se hallaban tres años antes, merced á la intervencion de los hijos de S. Luis, el P. Cirilo regresó á España, y fue poco despues nombrado por el Rey Consejero de Estado, habiendo sido uno de los primeros y de los que mas constantemente trabajaron para la instalacion de aquel Consejo. Sucedió al P. Cirilo, en el cargo de Ministro General de la Orden, el P. Fr. Juan Capistrano, por bula de Leon XII, quedando

el P. Cirilo, con el cargo de Vicario General. Durante su generalato visitó varias provincias, celebró 36 capítulos provinciales, y dió algunas disposiciones respectivas á la reforma en la Orden ; especialmente en la parte relativa á los estudios, haciendo que fuesen estos en armonia con el plan general, que se habia dado en 1824 á todas las Universidades del Reino. Al mismo tiempo revalidó las gracias que algunos años antes, se habian concedido á varios individuos de la Religion, que se habian señalado durante la guerra de la Independencia.

Una de las cosas que mas llamaron en aquella época su atencion, fue el reparo y engrandecimiento del convento de S. Diego de Alcalá, en el cual invirtió cuantiosas sumas, en especial de lo que obtenia por su cargo de Consejero de Estado : para ello regularizó la fábrica, que se componia de un agregado de edificios diferentes, que sucesivamente se habian ido uniendo al convento - y ademas adornó la Iglesia y tambien el interior del convento, con hermosos cuadros, algunos de los cuales se hallan espuestos al público en el Museo nacional de

esta Corte, sito en el ex-convento de la Trinidad. Además consiguió del Comisario de Cruzada, el Sr. Varela, el ornato de la hermosa capilla de S. Diego, construyendo un lindo retablo y un sepulcro de mármoles de mezcla. (*)

Para dar mayor autoridad á su convento favorito, trató el P. Cirilo de que se celebrase en él un capítulo general de toda la Orden, lo cual no se habia ejecutado desde el año de 1768, en que tuvo lugar uno celebrado en Valencia. Desde aquella época, los Generales habian obtenido su dignidad por medio de bulas pontificias. Vencidas no pocas dificultades, y habiendo logrado de Su Santidad, que el Nuncio, Monseñor Tiberi, presidiese en su nombre, consiguió reunir en Alcalá los provinciales de los diferentes distritos, en que estaba dividida la Orden, tanto en España, como en América, y demas colonias españolas. El 29 de Abril de

(*) En el día este convento sirve de cuartel de caballería, y la capilla de S. Diego de cuerpo de guardia. Para la conservación del sepulcro se ha construido (segun tenemos entendido) una tapia, dejándole incomunicado con el resto del cuartel.

830, se verificó por fin la sesión principal del capítulo, en la que el P. Cirilo hizo dimisión de su cargo de Vicario General, y dió cuenta de sus acciones durante los trece años de su gobierno, recibiendo por ello en el acto mismo un voto general de gracias.

Principiaba ya entonces á sentirse un cambio visible en la política de la Corte, debido en gran parte al casamiento de Fernando VII con su última esposa, verificado á fines del año 1829, y el cual decían haber sido combatido por el P. Cirilo en el Consejo de Estado. Segun las voces que corrieron entonces, el P. Cirilo se opuso á que el Consejo invitase al Rey á contraer nuevas nupcias, segun la antigua usanza, deseado favorecer el advenimiento de D. Carlos al trono. Apoyábase el P. Cirilo en la edad y achaques del Monarca, los caales hacian conjeturar, que su vida no se prolongaria mucho, y por consiguiente que en el caso de tener descendencia de este cuarto matrimonio, la nacion tendria que sufrir las desgracias anexas siempre á las minorias. El Duque de Bailén combatió este proyecto, segun se dijo, manifestando que el Consejo debía procurar siempre, que la sucesion al trono fuera

por línea directa. Con este motivo estuvo entonces muy en voga una anécdotilla sobre un dicho festivo, que se suponía haber salido de boca del general Castaños, cuyo genio franco ha dado motivo á que los inventores de cuentos le atribuyan con frecuencia dichos, que en tal caso hubieran ellos proferido.

Fuese por esto, ó por algun otro motivo particular, el Rey tuvo á bien presentarle poco tiempo despues para el Arzobispado de Cuba, medida que por entonces fue mirada como un destierro político. Recibidas las bulas, marchó á Sevilla, donde fue consagrado, habiendo sido su padrino en aquel acto el Infante D. Carlos, por medio de poderes que dió á D. Juan Bautista de Erro; y poco despues salió para Cuba, donde llegó á fines de Junio de 1832, habiendo sido recibido allí con grande aparato, por los muchos honores de que se hallaba revestido.

Su conducta en aquella época fue enteramente reservada y agena de la política, dedicándose con esmero á la visita de su vasta Diócesis, ea la cual se hallaba ocupado, cuando llegó allá la noticia del fallecimiento de Fernan-

do VII, al tiempo de marchar á continuarla en Puerto-Príncipe.

La tranquilidad de aquellos países, principiaba bien pronto á verse gravemente amenazada. Por una parte, hombres de ideas avanzadas trataban de plantear allá con poca prudencia las medidas y reformas, que se precipitaban en la Península. Temíase también, que los realistas tratasen de atraer aquellos países á su devoción; finalmente algunos géneos discolos, cediendo quizá sin conocerlo á estrañas influencias, trabajaban por emanciparse de la Metrópoli. Deseoso el Gobierno de robustecer su autoridad en aquellos dominios, envió allá de Capitan General á D. Miguel Tacón, que acababa de dar en Sevilla pruebas de cordura y energía contra los perturbadores del orden. Las calumnias y miserables hablillas con que se trató de indisponer al Capitan General, así que arribó á la Isla, con el Arzobispo de Cuba, se estrellaron en la sensatez de aquel, reinando bien pronto entre ambos completa armonía.

Poco despues, el gobierno de Madrid, por un error que pudo ser funesto para nuestras Antillas, creyó oportuno enviar al General Don

Manuel Lorenzo, de Comandante General de Cuba. Las ideas avanzadas de este, que sobrepujaban á su instruccion, contrastaban con la templanza y mesura del Capitan General, que penetrando las tendencias del General Lorenzo, y sus funestos resultados, necesitó reunir todos los elementos conservadores de que pudiera echar mano, y en especial del Arzobispo, cuyas ideas de orden le ponian entonces en el caso de que contribuyese por su parte á evitar todo trastorno. Por desgracia el motin de la Granja halló eco en la Isla de Cuba: un Diario de Sevilla, que llegó á manos del Comandante General, en Setiembre de 36, le avisó que la Reina habia jurado la Constitucion del año 12; y al punto, cediendo á sus instintos democráticos, azuzado por los revolucionarios, y sin esperar las comunicaciones del Capitan General, proclamó la Constitucion, reunió una junta formada del Ayuntamiento, con sus amigos y parciales, repuso las cosas al estado que tenian en 1823, decretó la libertad de imprenta, esparció proclamas incendiarias, y formó dos batallones de Milicia, repartiendo las armas pródigamente, medida que pudo dar los mas tristes resultados. Noti-

ciosos de esto los eternos enemigos de la prosperidad española, se llenaron de júbilo, y aprestaron al punto una escuadrilla, la cual apoyada por el gobierno de Haiti, debía hacer una invasión de negros en las costas de la Habana. Alarmado justamente el General Tacon, se decidió á obrar con firmeza, y bloqueó por mar y tierra á los pronunciados de Cuba, tomando otras acertadas medidas para atajar los progresos de la revolucion.

Ofreció entonces el P. Cirilo su mediacion con el Capitan General, para que se suspendiesen las hostilidades contra Cuba, caso de que estas se hubiesen de emplear. Negóse el General Lorenzo á darle poderes para ello, alegando por razon el ser sus ideas políticas diametralmente opuestas á las del Arzobispo. Pero luego que se formalizó el bloqueo, causando la paralización consiguiente al comercio, lejos de secundar los pueblos el grito lanzado por él, se le mostraron hostiles: entonces se le insinuó por tercera persona al Arzobispo, que marchase, pero sin poderes, á interceder con el General Tacon. Negóse á su vez el P. Cirilo, no queriendo esponerse á otro desaire, y que se

mirasen como una oficiosidad intempestiva sus gestiones de paz, por aquellos mismos que debieran haberle autorizado para conseguirla.

Las acertadas disposiciones del Capitan General tuvieron por fin el éxito apetecido, y á pesar de los esfuerzos de los pronunciados de Cuba, el General Lorenzo tuvo que embarcarse la noche del 22 de Diciembre á bordo de una corbeta inglesa, con direccion á la Península. Despechados aquellos, trataron de vengarse en la parte débil, como en tales casos sucede siempre, y no pudiendo volverse contra la autoridad militar, que los habia enfrenado, se desencadenaron contra el Arzobispo, haciéndole el blanco de sus tiros, y suscitándole tropiezos en su mismo Cabildo.

El 25 de Diciembre celebró por última vez de Pontifical, y practicó las visitas de costumbre, tomando algunas disposiciones sobre jurisdiccion, para despues de su marcha, que consideraba inevitable temiendo justamente las iras revolucionarias, tanto de algunos de sus diocesanos, como del gabinete de Madrid, que á la sazón se complacia en perseguir y encausar á casi todos los prelados españoles, para volver á

la Iglesia *el esplendor de sus primeros tiempos*. En efecto, el día 2 de Enero llegó de Batabanó la fragata Isabel II, con pliegos de la Capitanía General; y habiendo circulado el rumor de que se iba á prender al Arzobispo, (ó bien por aviso confidencial del General Tacon, como le echaron á este en cara sus detractores) se vió en la precision de salir de su palacio, y tomar asilo á bordo de la fragata Nemrod de S. M. Británica, que se hallaba surta en aquel puerto desde el día anterior, y en la cual fue trasladado á Jamaica.

Tres días despues, su Secretario el Doctor D. Francisco Delgado, notificó al Cabildo las disposiciones que habia tomado el Arzobispo para el gobierno de su Diócesis, durante su ausencia: estas fueron objeto de ágrrias contestaciones, las cuales pasáramos de buena gana en silencio, si no lo impidiera la publicidad, que se les dió por medio de la prensa. (*) Apoyados tres capitulares del Cabildo catedral en varias razones políticas mas bien que canónicas, dirigieron al Gobierno una esposicion contra los Goberna-

(*) Se publicaron en un folleto titulado *La fuga del P. Cirilo*.

dores nombrados por el Prelado. En ella le presentaban como un maquinador, que trabajaba porque cundiesen por la isla ideas de realismo. « Al auspicio de ciertos accidentes (decían en ella), la política cortesana del Prelado, sus modales estudiadamente esquisitos, y sus conversaciones alhagüeñas y seductoras añadidas al prestigio de su dignidad, empezaron á ganar terreno sobre algunos espíritus idolatras del poder. »

Pero en la segunda y siguientes, resentidos contra el General Tacon, por haberles mandado obedecer á los Gobernadores, como era justo, le dirigen abiertamente acres invectivas, y le acusan sin rebozo de haber promovido y encubierto la fuga del P. Cirilo, viniendo al fin á poner en duda hasta las opiniones políticas de tan pundonoroso General, ensalzando hasta las nubes á Lorenzo. Prescindiendo de la idea repugnante y poco favorable, que dan de sí unos eclesiásticos, al representar contra su prelado, acusándole por opiniones políticas, mucho mas al verle caído, errante en países extranjeros, y lanzado de su silla por una revolucion, cuyo primer acto habia sido el insultar á una Reina,

no pueden menos de causar indignacion á todo hombre imparcial el estilo acre y virulento con que estan redactadas aquellas esposiciones, y la fraseología patrioterica, que tanto desdice de la pluma de un eclesiástico, manifestando bien á las claras el movíl que las causaba, y el despecho que la caída del General Lorenzo habia infundido á ciertas personas.

Entretanto el P. Cirilo se habia trasladado de Jamaica á Inglaterra, en donde permaneció algun tiempo, y lo tuvo de enterarse á fondo del tortuoso giro, que seguian los Consejeros de Don Carlos. Verificado el casamiento de este con la Princesa de Beira, se decidió el P. Cirilo a presentarse en las provincias, donde los asuntos parecian tomar otro sesgo menos tortuoso, mediante el cambio de gobierno que acababa de obrarse. Hallábanse á la sazón fuertemente enconados los dos bandos, que aspiraban á regir la causa de D. Carlos. Intolerante el uno y haciendo alarde de su ignorancia, desmentia con sus hechos la religiosidad que preconizaba: el otro mas humano y despreocupado trataba de conservar lo antiguo, pero dando cabida á las modificaciones y reformas, que el tiempo y la es-

perencia habian enseñado. Contaba aquel con el apoyo y las simpatias de D. Carlos y de algunos antiguos generales y guerrilleros del año 23. Este otro ostentaba en sus filas casi todos los jóvenes generales, oficiales de instruccion, y eclesiásticos virtuosos, que la revolucion habia lanzado de sus lugares, pero que no olvidaban su carácter de ministros de un Dios de paz.

Al regresar á España el P. Cirilo, acababan de obtener estos el mando por la influencia de la Princesa de Beira, saliendo del calabozo para ponerse al frente de las tropas los generales Elio, Villareal, Zariatégui, Gomez y otros varios gefes, algunos de ellos próximos á ser fusilados. No era difícil conocer á cual de estos partidos se inclinaria el P. Cirilo. Sus modales finos, y su genio conciliador, le hicieron señalar por los ultra-realistas, como un enemigo suyo formidable, quizá sin que el mismo pretendiera afiliarse en ningun bando. Por otra parte la envidia, que así se desarrollaba en la corte de Oñate, como en las antecelas del régio alcázar, no podia mirar con indiferencia el ascendiente que ejercia sobre D. Carlos aquel recién llegado, y la confianza que se le dispensaba en premio de antiguos

servicios , hasta el punto de ofrecerle el Arzobispado de Toledo.

Apoyado Maroto en el partido realista moderado , al cual tambien se llamaba en Oñate *jove-llanista* , logró reorganizar el ejército voscongado , levantándolo de la postracion en que yacia desde la expedicion de 1837. Pero despechado aquel general carlista al ver la oposicion que sufrían sus planes en el cuartel real por algunas de las personas que rodeaban á D. Carlos , se arrojó á ejecutar el sangriento drama de Estella , desde cuya época pudo considerarse en disolucion la causa de D. Carlos. En las luchas políticas no es á veces difícil la avenencia entre los partidos extremos , á menos que se haya derramado la sangre de alguna ilustre víctima. Entonces aquella sangre es la linea divisoria , que separa los dos campos , linea que los amigos de la víctima no pasan jamás sin considerarse mancillados.

La posicion del P. Cirilo y de las personas sensatas del partido carlista , principiό á ser entonces embarazosa. Por una parte se veían precisados á sostener ostensiblemente á Maroto , único que podia enfrenar á sus contrarios , contando

con una buena parte del ejército. por otra se hallaban en desacuerdo con la marcha de este gefe, mucho mas desde que las últimas operaciones militares, y en especial el abandono de Ramales, habian puesto en claro sus tratos con el General Espartero, pues aunque deseaban una transaccion, no podian aprobar aquel modo de hacerla. A pesar de las reconvenciones que el Padre Cirilo dirigió á Maroto, y que llegaron á ser entre ambos bastante acaloradas, el partido furibundo le acusó de complicidad con Maroto para vender la causa de D. Carlos. En una carta de Londres, fecha 29 de Mayo de 1839, que publicó Mitchell (*) órgano pagado de aquel partido, despues de referir que Espartero habia ofrecido á Maroto cierta cantidad y la Capitanía general de la Habana, decia asi: «Solo Dios puede salvarnos, pero es preciso un milagro para desbaratar los planes del *Arzobispo de Toledo*, del

(*) En su folleto titulado *la Corte y el campo de Don Carlos* » Mitchell aparentando un realismo exagerado se captó la benovolencia del Obispo de Leon y avisaba á las autoridades francesas de todas las comunicaciones que este le dirigia. Habiendo tenido la desvergüenza de insultar al partido moderado liberal, en 1842, publicó el Heraldo una curiosa relacion de los tratos dobles de este personaje, digno compañero del P. Casares.

Capitan general de la Habana y demas asociados marotistas, que bien merecian tener la misma suerte que Quesada.

«El P. Cirilo ha hecho ir á *Tastetal* cuartel real á fin de contraer un empréstito, pero no creo que pueda conseguir nada de el.

«El decreto dado para la devolucion de los bienes de los Cristinos, es obra del P. Cirilo: le habia redactado aqui, y es una de las primeras medidas que debian ponerse en planta, luego que se hallase en el poder.

«Su amigo Chacon, ministro de marina por el gobierno de Madrid, ha caido, y esto es una felicidad para nosotros.»

Por el contrario Arizaga, defensor en parte de Marotó, dice que en una entrevista, que tuvo con el Arzobispo de Cuba, en Azcoitia, se habia manifestado este tan descontento, que le aseguró tenia pedida licencia para irse á Oñate, y desde allí á Francia, desconfiando ya de todo remedio para la causa de D. Carlos. A pesar de eso da la esplicacion siguiente á las desavenencias entre el P. Cirilo y Maroto. (*) «Para entender las variaciones borrascosas, que en las

(*) Historia mil tar y politica del partido carlista.

personas y partidos, se notaban por aquellos dias azarosos en el campo de D. Cárlos, será preciso tener presente, que si bien el Arzobispo de Cuba, Ramirez de la Piscina y toda su parcialidad, habian estado unidos con Maroto y demas militares, para hundir el partido del Obispo de Leon y Arias Tejeiro, desde que vieron que Maroto no era hombre para ser dominado en manera alguna, volvieron contra él sus tiros y asechanzas, valiéndose para ello sobre todo del flanco que prestaba á la reputacion del Gefé de E. M. su débil resistencia en Ramales y Guardamino.»

Tal es siempre el modo de juzgar de los partidos; jamás se paran en un medio, ni atribuyen sino á miras mezquinas las intenciones de sus contrarios. Mitchell acusa al P. Cirilo de vender la causa de D. Cárlos juntamente con Maroto, y Arizaga de haber reeriminado á Maroto indisponiéndose con él, porque no le podia dominar. Entre ambos dictámenes está la verdad; á saber, que ni el P. Cirilo, ni sus amigos, ni tampoco los pundonorosos Generales, que han acompañado á D. Cárlos en su destierro, (á pesar de lo mal que habia correspondido

á sus servicios) podían secundar los planes de los ultra-realistas, ni tampoco aprobar una transacción misteriosa, y que Maroto trataba de hacerles aceptar, perdiendo fortificaciones y batallas.

Realizáronse los temores del P. Cirilo, y el ejército carlista llegó á verse en tal desmoralización á mediados de Agosto, que ya le era imposible aceptar otro pacto que la voluntad de Espartero. Despues de la revista de Elgueta (*) el 25 de aquel mes, D. Carlos se trasladó á Villafrauca, en donde reunió al dia siguiente el Consejo de Estado, en el cual se halló el P. Cirilo, y se acordó trasladar la corte á Lecumberri, como se verificó. Al llegar allá propuso D. Carlos al Consejo su pensamiento de trasladarse al bajo Aragon, para reunir los restos del ejército vascongado con las fuerzas de Cabrera. Uno de los que mas fuertemente se opusieron á tan descabellado plan fue el P. Cirilo, lo cual escitó la bilis de un furibundo, hasta el punto de insultarle, diciéndole segun Mitchell, estas palabras: *¡demasiado sabe V. el recibimiento, que le haria el valiente y leal Cabrera!*

(*) Véase la Biografía de D. Carlos.

Añade el mismo que tantó el P. Cirilo, como Erro, Ramirez de la Piscina, Otal, Valdespina, Montenegro y otros, se retiraron groseramente á Francia, sin pedir permiso á Don Cárlos. Esto es enteramente falso, y asi lo demostraron los acusados, contestando á Mitchell por medio de la prensa francesa. Tanto el P. Cirilo, como los demas, acompañaron á Don Cárlos en su infortunio hasta el dia 7 de Setiembre. Entonces supieron que el dia anterior los sublevados de Vera, escitados por los furibundos que se hallaban á su frente, habian asesinado brutalmente á Moreno, y que pensaban atacar al cuartel real, contando con el apoyo de la guardia de D. Cárlos, para asesinar al P. Cirilo y sus amigos. En tal conflicto, despues de haber avisado á D. Cárlos, y obtenido su permiso y una escolta, se retiraron á Francia.

De alli pasó el P. Cirilo poco despues á Italia, marchando á buscar un asilo en la capital del Orbe cristiano. En la actualidad permanece retirado en un pueblecito á las inmediaciones de Génova, y lejos del bullicio; habiendo obtenido de Su Santidad varias muestras de aprecio, en especial el cargo de *Legado á latere*

con que le honró en el año pasado de 1843.

Tal es el bosquejo de la biografía de este personage, cuyo actual estado nos pone á cubierto de la nota de aduladores, al paso que nos escita á la indulgencia, que siempre hemos usado con los caidos. Nuestros lectores que esperarían al principio encontrar una biografía de un género particular, estrañarán quizá hallar la de un *hombre público* en vez de un *fraile*: en este caso les recordaremos lo que dijimos al principio, que el vértigo de la política arrastra en su rápida corriente hasta los génios mas pacíficos, que parecían destinados á vegetar en la oscuridad del claustro.







EL BARON LARREY.

Personajes célebres del Siglo XIX

EL BARON LARREY.

«¡ Qué hombre , qué excelente y digno, hombre es Larrey ! Cómo ha cuidado del ejército en Egipto , al atravesar el desierto , despues de San Juan de Acre, y en Europa. Me ha merecido un aprecio que no se ha desmentido jamás. Si el ejército erige una columna al agradecimiento, debe erigirla á Larrey.»

NAPOLEON.—*Relacion de Mr. Marchand.*

«Dejó 100,000 francos á Larrey; es el hombre mas virtuoso que he conocido.»

Testamento de Napoleon.

«¿Si se os contara, dice La Bruyere, que todos los gatos de un gran pais se han juntado á millares en una llanura, y que despues de haber mayado á su sabor, se han arrojado furiosos unos contra otros repartiendo mordiscos y arañazos;

que de aquella refriega quedaron de una parte y otra nueve ó diez mil gatos tendidos en el campo, que infestaron el aire á diez leguas al rededor con su podredumbre, no diriais: es la algarabía mas abominable de que jamas se ha hablado? Y si los lobos hicieran otro tanto, ¿qué abullidos, qué carnicería! Y si unos y otros digieran que aman la gloria, ¿deduciriais de su discurso que la hacen consistir en encontrarse en aquella refriega, en destruir de aquel modo su propia especie? ¿No os reiriais de la ingenuidad de aquellas pobres bestias? (*) Si os digieran, continuando la metáfora de La Bruyere y adaptándola á nuestro asunto, que entre todos aquellos animales que se despedazaban con furor, se ha visto á algunos ir tranquilos en medio de la refriega, espuestos á recibir de ambos lados, sin devolverlos, mordiscos y arañazos, y ocupados únicamente en calmar las últimas convulsiones de los moribundos, en restañar la sangre de los heridos, en curar las llagas, componer las patas quebradas y los ojos arrancados, en fin remediando lo mejor posible aquella carnicería, no diriais: «Entre todos estos ani-

(*) La Bruyere, *Caracteres*, cap. XII de los juicios.

males los hay muy apreciables; y seguramente si alguna gloria ha de resultar de esta reunion de animales furiosos, á ellos pertenece.»

Los hombres, animales que raciocinan, para diferenciarse de los que solo se sirven de sus dientes y de sus uñas, imaginaron primero las picas, los dardos y los sables, y despues los fusiles, los cañones, las bombas, las granadas, medios todos de esterminarse con mas seguridad, mas pronto y con mayor ruido. Cuando se baten, no se trata entre ellos de arrancarse los ojos ó de arañarse la cara, sino de pasarse recíprocamente de parte á parte, de hacerse pedazos, de romperse los miembros, de aplastarse la cabeza ó el pecho; y mientras de este modo se matan á millares en una llanura, al son de las trompetas, al ruido de los tambores, al estampido del cañon, bajo una lluvia de hierro y fuego, algunos recorren las filas en lo mas fuerte de la pelea, sin mas armas que bisturís, medicamentos é hilas; levantando á los que caen, socorriéndolos, curándolos, operándolos en el mismo sitio, en medio de balas y proyectiles, y conduciéndolos despues detras de la línea de batalla, para llevarlos en seguida al hospital

mas inmediato, donde continúan asistiéndolos hasta su curacion.

A primera vista, parece que despues de la victoria, cuando se trata de distribuir la gloria, puesto que gloria hay, los que mas parte tuviesen en ella, deberian ser los que mas gente han salvado; pero sucede lo contrario: los que mas gloria tienen, son los que mas han hecho matar; primero, el General en Jefe que ha conducido toda la masa á la carniceria; en seguida, los Generales que han perdido la mitad de su division, los Coroneles cuyos regimientos han sido mas maltratados, los Capitanes que han llevado su compañía al asalto de un reducto, y han vuelto con una docena de hombres; y luego los oficiales, sargentos ó cabos, segun han tenido mayor ó menor pérdida en su peloton ó escuadra. Por último, despues se piensa, si es que llega este caso, en esa masa oscura de cirujanos y empleados de sanidad, que todos espusieron su vida en la batalla, pero que desgraciadamente para ellos no tuvieron la ventaja de matar ni de hacer matar á nadie.

En este desigual é injusto repartimiento de la gloria, hay sin embargo algunas escepciones.

Hay hombres que encargados de las ingratas funciones de *salvador del soldado*, han probado tal talento, tal decision é intrepidez, durante tanto tiempo y en medio de tan terribles acontecimientos; han prestado tan brillantes servicios á la humanidad, que han obligado á la historia á ocuparse de ellos, y á inscribir en sus mas bellas páginas su nombre bienhechor, al lado de los nombres de los mas ilustres *matadores* de los tiempos antiguos y modernos.

El Baron Larrey es uno de estos hombres, y el primero de todos. Mientras se conserve memoria de las grandes cosas de la República y del Imperio, su nombre no perecerá. ¡Y, en efecto, qué existencia tan noble, tan admirable, la de este hombre unido por la Providencia á Napoleon, para disputar á la muerte el abundante festin que el incansable conquistador disponia y renovaba sin cesar! Desde el Mediodia al Norte, de Occidente á Oriente, del Danubio al Ebro, desde las arenas de Egipto hasta las nieves de Rusia, Napoleon, impelido como Attila por una fuerza desconocida, va sembrando su largo camino de sangrientos despojos; tras él marcha Larrey, otro instrumento

de Dios: en pos del instrumento de cólera el de misericordia, Larrey siguiendo á Napoleon; Larrey palpando los cadáveres , para buscar en ellos y reanimar, si la encuentra, una última chispa de vida, se arrodilla junto á los heridos, en medio de la carniceria , entre torrentes de lluvia, en el barro , sobre la nieve; y mientras que dos ayudantes tienen tendida una capa sobre aquel grupo , silvan las balas , rebienta una granada á veinte pasos , y Larrey impasible sonda espantosas heridas , con un hierro hábil y salvador. Algunas veces, solo , junto á un herido, Larrey interrumpido por una carga de caballería enemiga , se lleva en hombros á su herido, se esconde á corta distancia en un foso ó bosque, donde acaba tranquilamente la operacion. En los desiertos del Egipto , los hombres caian rendidos por la inanicion y la fatiga; Larrey llegaba, los levantaba, les distribuia los cordiales que llevaba siempre consigo, y les devolvía el valor y la vida. Cuando un terrible contagio diezaba el ejército , Larrey se prodigaba y multiplicaba para combatirlo; cuando el hambre hacia estragos en medio de una carencia absoluta de todo , inventaba

procedimientos saludables, y servia á sus amados heridos un caldo reparador, hecho con carne de caballo sazónada con pólvora, cocida en el peto de una coraza, y con el fuego de un monton de yerbas ó de huesos. Larrey lo desafiaba todo, la metralla, el hambre, el contagio, la fatiga; jamás dominó á aquella alma privilegiada mas que un solo temor, el de dejar perecer á un hombre por falta de ausilios.

Juan Domingo Larrey, nació en 1766, en un pueblo llamado Beaudean en el Departamento de los Altos Pirineos, un cuarto de legua distante de Bagneres-de-Bigorre. Muy jóven perdió á su padre, y fue educado con gran ternura por su madre, que tuvo la dicha de conservar hasta la Restauracion. Un digno sacerdote, Cura de Beaudean, encantado de la gentileza y vivacidad del niño, se encargó de su primera instruccion; y el hombre que habia de pasar sus dias en medio de las mas terribles escenas, y acostumar su oido, sus ojos y su alma al espectáculo horrible y sin cesar renovado de una poblacion de moribundos, entró en la vida con las funciones mas tranquilas. Educado, como el niño Joas, á la sombra del santuario, pre-

sentaba al Cura de Beaudean el incensario, adornaba con flores el modesto altar de la aldea, y mezclaba su voz pura con los cantos religiosos de los campesinos bearneses: era monacillo. Después de muchos años, en 1834 el buen Cura que contaba ya mas de 90 años, tuvo el placer de estrechar en sus brazos antes de morir al ilustre cirujano en jefe del grande ejército; encontró á su discípulo cano, cubierto de gloria, cargado de condecoraciones, pero conservando aun bajo un exterior ennegrecido por el hierro y por el fuego, aquella alma bondadosa, aquel espíritu jóven, aquella sensibilidad delicada, aquella inalterable frescura de impresiones, que caracterizaban al monacillo en aquella edad feliz, en que sacaba de las lecciones del pastor, los primeros conocimientos de lo bueno y de lo bello.

A los 13 años de edad pasó el jóven Larrey á Tolosa, á estudiar el arte de curar bajo los auspicios y la direccion de su tio Mr. Alejo Larrey, cirujano mayor y profesor en el hospital general de dicha ciudad. Después de ocho años de estudios clásicos en el colegio L'Esquile, y de estudios en la escuela de cirujia y medicina de Tolosa, formó el proyecto de pasar

á completar su educacion en París, á donde llegó en Agosto de 1787. Acabábase entonces de abrir un concurso para un determinado número de cirujanos auxiliares de marina; el jóven Larrey gustaba de viages, y con la idea de recorrer el mundo hizo oposicion, obtuvo una de las plazas propuestas, y salió al momento para Brest, á pie, visitando las ruinas, estasiándose á la vista de los paisages, y deteniéndose dos dias en la Trapa, para llorar sobre los románticos infortunios del Conde de Comminges y de Adelaida. Llegó al fin á su destino, sufrió un segundo exámen, y á los 21 años fue nombrado cirujano mayor de la Marina Real, y como tal se embarcó en Abril de 1788 en la fragata *La Vigilante*, que daba á la vela para la América Septentrional, con encargo de permanecer particularmente en la Isla de Terranova, para proteger la pesca del bacalao.

Despues de seis meses de una navegacion muchas veces penosa, y mezclada con peligros y aventuras; despues de haber sufrido tempestades, soportado el hambre y la sed, curado á la tripulacion acometida por el escorbuto, recogido á náufragos sobre los bancos de yelo, estudiado

los procedimientos curativos de los Esquimales, cuya aplicacion habia de hacer mas adelante con felicidad en un ilustre Mariscal, volvió el jóven cirujano al puerto de Brest, en Octubre de 1788, sin haber perdido un solo hombre de enfermedad.

Apenas desembarcó, solicitó su licencia para continuar sus estudios en Paris, la cual obtuvo no sin dificultad, pues deseaban que permaneciese en la marina. Vuelto á Paris á principios de 1789, siguió en el hospital los cursós de cirugía clínica de Desault, los de Sabatier en el Hospital de los Inválidos, como cirujano interno, y se preparó para la larga y gloriosa carrera que iba á recorrer, curando á los heridos de La Bastille y del Campo de Marte, primeras víctimas de las discordias civiles de Francia.

Cuando esta hubo declarado la guerra al Austria, despues de la formacion de tres ejércitos sobre las fronteras del Norte, Larrey, agregado como cirujano mayor de los hospitales, al ejercito del Rin, mandado por el viejo Mariscal Luckner, llegó al cuartel general de Strasburgo el 1º de Abril de 1792.

Encargado de la direccion quirúrgica de una division mandada por Custines, Larrey conoció desde los primeros encuentros la organizacion viciosa de los hospitales de campaña. Segun los reglamentos militares debian estos estar constantemente á una legua del ejército. Se dejaban los heridos en el campo de batalla durante toda la accion; despues los llevaban en brazos ó sobre fusiles á un local favorable, donde se trasladaban los hospitales lo mas pronto posible; pero el gran número de equipages interpuestos entre ellos y el ejército, retardaba muchas horas su llegada, de modo que la mayor parte de los heridos perecian por falta de socorros suministrados á tiempo.

Larrey concibió desde entonces el plan de unos hospitales, que pudieran seguir todos los movimientos de la vanguardia, como la artilleria volante; al principio habia ideado hacer llevar los heridos en caballos con una especie de angarillas; pero la esperiencia le hizo conocer pronto lo insuficiente de aquel medio, y protegido por el general Custines, y con la celosa cooperacion del Comisario General Villemanzy, organizó pronto un sistema de carruages sus-

pendidos, que reunian á la comodidad la ligereza y solidez, que podian seguir todas las evoluciones del ejército, y contener tendidos á lo largo, sobre un colchon, á dos y á cuatro heridos. Estos carruages, acompañado cada uno de un facultativo y de enfermeros á caballo, se dirigian á todos los puntos del campo de batalla, facilitaban la curacion inmediata, y el rápido transporte de los heridos á los hospitales de primera linea. Este sistema, conocido por el nombre de *hospitales volantes*, establecido primero en el ejército del Norte, se estendió sucesivamente á los demas, y adoptado en el dia por la mayor parte de las potencias de Europa, ha llegado á ser uno de los mas bellos títulos de gloria de su ilustre fundador.

En un combate oscuro, dado á los Austriacos por la vanguardia de Custines, en un desfiladero de las montañas de Oberuchel, fue donde Larrey ensayó su sistema, y donde se vió por primera vez á un cirujano curando heridos en medio del fuego. « Este combate, dice Larrey, me habia causado al principio una viva impresion; pero el placer interior que sentí con la idea del eminente servicio que acababa de prestar á

los heridos mi nueva institucion , consiguió borrar pronto los sentimientos que me afectaban , y desde aquel momento he visto tranquilo los combates y batallas á que he asistido. » (*) ; Que diferencia , sin embargo , entre el valor fácil de un combatiente exaltado por el ardor de la lucha , y la fria intrepidez de un cirujano militar obligado á desafiar la muerte sin darla!

La mortífera batalla dada el 22 de Julio de 1793 delante de Maguncia , valió á Larrey una primera mencion honorífica en el *Monitor*. El General Beauharnais que le recomendaba á la Convencion , siguió pronto á Custines en el caldoso. El ejército del Rin fue reunido al de La Mosella , bajo el mando en gefe de Hoche ; y Larrey , agregado con su hospital á la vanguardia , mandada por Desaix , contrajo con este noble soldado una amistad , que la muerte debia romper cruelmente en Marengo. Durante el curso de aquellas dos campañas , el jóven cirujano operando sin cesar sobre el campo de batalla , pudo convencerse de la necesidad de la amputacion inmediata , cuando está indicada. Esta opi-

(*) *Memorias de cirujia militar , y campañas de D. Juan Larrey* tomo I pág. 67.

nion era contraria á los preceptos establecidos por los cirujanos de mas nota , especialmente Faure y Bilguer. Larrey preparó los elementos de una Memoria, publicada despues , en la cual demostró victoriosamente el error de Faure y sus peligrosas consecuencias : su doctrina, acompañada de mil observaciones , ha prevalecido completamente en el dia.

Al concluirse la campaña del Rin , Larrey ligeramente herido en las lineas de Wissemburgo, fue enviado á Paris por los Generales y los Representantes del pueblo , para organizar completamente y establecer en los demas ejércitos su sistema de hospitales volantes. Pero la Convencion habia resuelto una espedicion contra la Córcega ; Larrey , nombrado cirujano en gefe de ella, tuvo órden de marchar á Tolon. Aprovechó sin embargo su corta estancia en Paris, para realizar los votos formados mucho tiempo habia, casándose , en aquel mismo año de 1794 , con Mlle. Laville-Leroux , una de las hijas del ex-Ministro de Hacienda de Luis XVI. No habiéndose podido realizar la espedicion contra Córcega á causa de los cruceros ingleses , Larrey despues de pasar algun tiempo en el ejército de los Alpes

maritimos , fue enviado al de los Pirineos Orientales , donde llegó para asistir al glorioso fin de Dugommier que murió en sus brazos , roto el pecho por una granada , en el mortífero asalto de Figueras.

Hecha la paz con España , el jóven cirujano en gefe marchó á Paris para restablecer su salud , pero fue enviado de nuevo á Tolon , esperando la salida de la espedicion para Córcega , que se diteria continuamente ; por último , fué llamado á Paris para ocupar una plaza de profesor en la Escuela Militar de Sanidad , que se acababa de establecer en el Val-de-Grace. Mientras profesaba con buen éxito la anatomia , Bonaparte le pidió ; Larrey salió el 1.º de Mayo de 1797 , halló concluida la campaña de Italia , pues Bonaparte acababa de firmar los preliminares de paz en Leoven. Despues de visitar las provincias conquistadas , inspeccionar los hospitales , establecer colegios de cirugia en varias ciudades , y remediar una epizotia que devastaba los campos del Friul , Larrey organizó su hospital volante , formando una legion de 340 individuos , entre facultativos , ayudantes y soldados. La legion se repartia en tres divisiones , y cada una de

ellas tenia doce carruages. Bonaparte quedó muy satisfecho de las maniobras y evoluciones de aquella nueva legion quirúrgica, y como preveia sin duda que Larrey seria el hombre á quien mas ocupacion habia de dar en el mundo, resolvió desde entonces unirlo á su fortuna. En efecto, pocos meses despues, cuando Larrey habia vuelto á seguir sus cursos en Paris, fue nombrado cirujano en gefe del ejército llamado de Inglaterra, y el 19 de Mayo de 1798, al frente de 108 cirujanos, elejidos entre los mas instruidos y animosos, se embarcó para Egipto, donde le esperaban tantas fatigas y peligros, y donde debia desplegar tanto valor y decision. Siempre presente en las batallas, en medio de los soldados que animaba su presencia, ofreciéndoles la esperanza cierta de un pronto auxilio si eran heridos, en Alejandria, en Chebricisse, en las Pirámides, en Jaffa, en San Juan de Acre, en las dos batallas de Abukir, en Heliópolis, por do quiera en fin donde la muerte le llamaba al combate, se vió al intrépido Larrey acorrer á su llamamiento, para arrancarle de entre el fuego á generales, oficiales y soldados.

Pero no se contentaba la muerte con diez-

mar en los campos de batalla ; se presentaba en todas partes y bajo todas formas. Heridos , apestados y enfermos , era preciso acudir á todos ; improvisar hospitales , medicinas , medios de curacion ; suplir con ingeniosos inventos á todo lo que faltaba ; registrar con peligro de su vida los cadáveres de los apestados , para buscar en ellos el secreto del contagio ; suspender los heridos á los camellos y á los caballos , para que atravesáran el desierto ; cuidar de la salud del ejército , tanto en guarnicion como en campaña ; purificar los hospitales , mantener la limpieza , sanear por todos los medios posibles alimentos de mala calidad ; por último , hacer frente á todas las plagas reunidas , tal fue la mision noblemente desempeñada durante cuatro años por Larrey . Solo en la expedicion de Siria , que duró dos meses , en Jaffa y S. Juan de Acre , diez y siete cirujanos y once farmaceúticos pagaron con la vida su noble ardor por imitar el ejemplo de su gefe . Durante la primera batalla de Abukir , Larrey curaba á la vista de Bonaparte al General Fugieres , herido de un modo que se creia mortal , y el cual considerando llegada su última hora , ofreció á su gefe , como un recuerdo ,

un precioso acero damasquino guarnecido de oro. «Lo acepto, contestó Bonaparte, pero es para darlo al hombre que va á salvaros la vida.» E hizo gravar en la hoja con letras de oro estas dos palabras *Abukir*, *Larrey*. (*)

Cuando Bonaparte dejó su ejército de Egipto para ir á derribar el Directorio, Larrey continuó en su puesto; y en medio de todas las fatigas de su vida, tuvo aun lugar para hacer ingeniosas observaciones sobre el clima, los productos del suelo y las costumbres del Egipto; y trabajos llenos de interes sobre las enfermedades endémicas del pais; parte de estos trabajos se han insertado en la grande obra del Instituto sobre el Egipto, y la otra figura en las Memorias de Larrey, llenas de disertaciones curiosas sobre los efectos producidos por los mil medios de destruccion inventados por el hombre.

Hasta Larrey habia muchas heridas consideradas generalmente como desesperadas; las de

(*) El General Fugieres se salvó en efecto; pero Larrey no ha podido transmitir á sus hijos aquel glorioso testimonio del aprecio de Bonaparte. Aquel sable precioso, quince años despues en el gran desastre de Waterloo, fue quitado por los soldados prusianos al ilustra cirujano, herido y prisionero.

arma de fuego en las articulaciones estaban en este caso. La amputacion del brazo por la espalda era tenuta casi siempre por inútil; pero sobre todo, se consideraba como una quimera la posibilidad de buen éxito en la amputacion coxo-femoral, esto es, la estirpacion del muslo en su union con el tronco. Larrey, partiendo del principio de que el deber del cirujano es luchar contra la muerte, hasta el último momento, despues de haber conseguido numerosos triunfos, en la amputacion del brazo en la articulacion con la espalda, en la de dos muslos á un mismo herido, de dos piernas, de dos brazos, resolvió emprender esta terrible operacion de la estirpacion del muslo. Los tres primeros ensayos hechos en Egipto no salieron bien; pero ademas de que tuvieron la ventaja de dulcificar la agonia de los heridos, á quienes hasta entonces se dejaba morir entre padecimientos horribles, al paso que la amputacion les devolvía la calma sino la vida, el mal éxito fue debido á causas puramente accidentales. En las campañas posteriores, Larrey fue mas dichoso; Napoleon no le escaseó el trabajo, y la amputacion coxo-femoral ha sido decididamente intro-

ducida por él en la práctica del arte.

Por último, la evacuacion del Egipto permitió al ilustre cirujano descansar un poco de sus fatigas en su patria. Encargado de las funciones de cirujano en jefe de la guardia de los Cónsules, Larrey se ocupó en publicar su *Relacion quirúrgica del ejército del Oriente*. Pero no debia vagar mucho tiempo; Bonaparte hecho Emperador le llamó al campo de batalla. Las campañas de Ulm y de Austerlitz, de Sajonia y de Prusia, la de Polonia, la primera y segunda de España, por último, la brillante y rápida de Wagram, vieron á Larrey y á sus hospitales volantes adquirir sin cesar nuevos títulos al reconocimiento del ejército. No hubo batalla en que no estuviese Larrey, ni herido grave en la Guardia Imperial que no pasára por sus manos, debiéndole casi todos los Generales heridos la conservacion de su vida ó el haber dulcificado su agonía.

En la terrible batalla de Eylau, Larrey habia tenido que situar su cuartel general á un centenar de toesas de la refriega, en unas granjas destechadas, en las cuales caía la nieve en abundancia. Los heridos llegaban á centenares,

y estaban tendidos en montones de paja, cubiertos de nieve. Los cirujanos no podían manejar los instrumentos á causa del frío; pero su jefe, sacando de su filantropía un ardor sobrenatural, permanecía solo en pie, activo, infatigable en medio de los lastimosos ayes, corriendo como el rayo de uno á otro herido, sin mas distincion, que la gravedad de la herida; pasando de una amputacion á una sutura, de esta á un trépano, á estraer una bala, á una cura complicada, deteniendo en fin en todas partes con mano firme el dolor y la muerte. De repente, el ala derecha del enemigo hizo un movimiento para envolver la izquierda del ejército francés, y una columna rusa amenazaba arrojarse sobre el hospital. Introdújose un espantoso desórden entre los heridos; los que podían andar procuraban huir, y los otros hacían esfuerzos para seguirles. Larrey, que acababa de cortar una pierna, viendo aquel desórden y terror, se arrojó al encuentro de los heridos, les tranquilizó asegurándoles que su situacion seria respetada, y que él y sus dependientes estaban prontos á morir antes que abandonar el puesto; con el auxilio de un peloton de soldados enfermeros contuvo á los mas

vigorousos , restableció el órden , y continuó su tarea , mientras una carga de caballeria rechazaba á la columna rusa y alejaba el peligro.

Tal era Larrey en Eylau , tal habia sido en Austerlitz y Jena , tal fue en España y en Wagram. En esta última campaña fue cuando despues de haber operado con buen éxito á una docena de Generales , tuvo el pesar de ver la insuficiencia de su celo y su talento contra la herida mortal del Duque de Montebello , á quien ya habia salvado otra vez en España. (*)

Despues de nombrado Comendador de la Legion de Honor sobre el campo de batalla de Austerlitz , Larrey , creado Baron del Imperio en Wagram , regresó á Francia para desempeñar su cargo de cirujano en jefe de la Guardia. Acababa de publicar á principios de 1812 los tres primeros tomos de sus Memorias , cuando fue llamado á poner el sello á su gloria, en medio

(*) En una fuerte y peligrosa caída del caballo que tuvo el Mariscal , recordó Larrey que habia visto á los Esquimales envolver en la piel de animales desollados á los marineros arrojados á las costas. Se resolvió á envolver al Mariscal con la piel de un enorme carnero recientemente desollado , y á los cinco dias pudo montar á caballo.

de la mayor catástrofe militar que el mundo ha visto. Nombrado en 12 de Febrero de 1812, por un decreto del Emperador, cirujano en jefe del grande ejército, partió Larrey para Maguncia, donde debia reunirse al cuartel general. Seis meses despues , un ejército de 400,000 hombres pasaba el Niemen, y Larrey le seguia al frente de un regimiento de cirujanos , y de numerosos *furgones de hospitales*. *Otros seis meses habian de pasar , y de aquellos 400,000 hombres apenas debian de quedar 300,000 ; y Larrey , aislado en medio de aquella masa confusa , estenuado por el hambre , el cansancio y el frio , llevando de la brida el último caballo que le quedaba , con la barba y las cejas cubiertas de témpanos de yelo , y no habiendo conservado de todo su equipage mas que un termómetro que llevaba colgado de un ojal , y que señalaba 28^o bajo cero , debia aparecer en la frontera prusiana , donde segun dice él mismo tuvo por primera vez desde Moscou la dicha de hacer una comida completa , y de acostarse en una cama.*

En las orrillas del Moskowa , Larrey privado de la mayor parte de sus cirujanos , y de los cajones de los hospitales que se habian quedado

en Smolensko, recibió orden de prepararse para los resultados de una gran batalla. Fue en efecto la mas sangrienta de todas las del Imperio. Desde las seis de la mañana hasta la noche, 600,000 hombres, provistos de 2,000 piezas de artillería, se batieron en un espacio de una legua cuadrada de terreno. Los Rusos perdieron 30,000 hombres y 20,000 los Franceses, habiendo sido muertos ó heridos en aquella famosa jornada 40 Generales franceses. Larrey, despues de tomar un cirujano de cada regimiento, estableció su hospital general en el centro de la línea de batalla. Hubo 10,000 heridos, de los cuales dos tercios pasaron por el hospital general. Precicado á encargarse él solo de todas las operaciones difíciles, Larrey hizo durante las primeras veinte y cuatro horas, mas de doscientas amputaciones de uno ó de dos miembros; pero todo faltaba, paja, cubiertas, hilas, vendages, subsistencias; fue preciso recurrir á la carne de caballo para dar caldo á los heridos, y la mayor parte de aquellos desgraciados, salvados con tanto trabajo, perecieron despues en la retirada.

No describiremos aqui la larga marcha desde Moseou á la frontera de Prusia, en la que cada

regimiento francés dejaba un cadáver á cada paso. Larrey halló en su energía moral y en su constitucion robusta, no solo fuerzas para resistir, sino tambien para reanimar y sostener por cuantos medios estaban á su alcance aquel inmenso *rebatío de hombres, arrojados y desmoralizados*. Sabidas son las horribles escenas del paso del Beresina. Antes de romperse los puentes, Larrey habia pasado ya á esta orilla; pero advirtiéndole que en el desórden habia olvidado algunas cajas de instrumentos de cirugia, necesarios para los heridos, volvió á pasar el rio. En aquel momento se rompió uno de los puentes, y la muchedumbre, empujada por las balas de cañon rusas, se precipitó sobre el otro. Larrey arrastrado por el movimiento y sofocado, iba á perecer. Nombróse, fue reconocido, y al momento aquellos soldados, á quienes la desesperacion hacia furiosos, aquellos soldados capaces de pasar por encima del cadáver de sus Generales, y de los cuales el mas fuerte derribaba, y pisoteaba al mas débil, se conmovieron al oír el nombre querido de Larrey, y abrieron paso al hombre que fue por tanto tiempo su Providencia; y Larrey, trasportado de mano en mano,

se encontró sobre el puente, que pocos momentos despues de haberlo pasado se hundió bajo el peso de la multitud.

Durante los últimos años del Imperio, Larrey tuvo la misma decision y celo en los dias de desgracia que en los de triunfo; despues de las batallas de Lutzen, y Bautzen, no temió oponerse al mismo Emperador para defender el honor de una multitud de heridos, á quienes se acusaba de haberse mutilado voluntariamente. (*) En Dresde, en Leipsig, en Hanau en 1814, durante los mil combates de la memorable campaña de Francia, Larrey se mostró siempre el mismo; cuando la salida del Emperador para la Isla de Elba, quiso acompañarle. «Perteneceis al ejército, le contestó Napoleon; debeis seguirle, y no sin pesar me separo de vos.» Larrey sin embargo, dominado por una negra melancolía desde la salida de su ilustre protector, habia pensado reunirse á él, cuando supo su inesperada vuelta. Fue preciso correr de nuevo al enemigo. Despues de la derrota de Waterloo,

(*) Véase el Memorial de Santa Elena. Napoleon, digno apreciador de tan noble franqueza, recompensó á Larrey con un regalo de 6,000 francos, y una pensión de 3,000 sobre el Estado.

Larrey precisado á seguir el movimiento de retirada, y marchando á la cabeza de su pequeña legion quirúrgica, fue cortado por un cuerpo de lanceros prusianos. Creyéndole poco numeroso, quiso abrirse paso, y se precipitó sobre el enemigo, sable en mano, con los que le seguian; pero su caballo cayó herido, y él mismo con dos sablazos en la cabeza y en la espalda, cayó sin sentido. Mientras los enemigos perseguian á sus compañeros volvió en sí, y se arrastró hasta las orillas del Sambra, donde al fin fue hecho prisionero. Quitáronle sus vestidos, sus armas, y su dinero; su estatura, el color de su rostro, y un leviton gris que llevaba, le daban alguna semejanza con Napoleon; como á tal le condujeron á un General prusiano, el cual furioso por el engaño, mandó que aquel prisionero fuese fusilado inmediatamente. Los soldados preparaban ya las armas, y un cirujano prusiano iba á vendarle los ojos, cuando de repente conoció al célebre facultativo francés, cuyas lecciones de clínica habia seguido en Berlin; se apresuró á pedir la suspension de aquella orden bárbara, y Larrey fue conducido ante el General Bulow, el cual le envió al Ge-

neralísimo Blucher , cuyo hijo habia salvado en la campaña de Austria. Blucher le vistió , le dió dinero , y le dirigió á Lovaina , donde pudo hacerse curar sus heridas. Larrey al regresar á París , lo encontró por segunda vez ocupado por los extranjeros.

Los primeros años de la Restauracion fueron para él muy penosos ; considerado como uno de los mas decididos partidarios de Napoleon , se le privó de su título y emolumentos de Inspector general de sanidad militar , perdió á un tiempo su dotacion y sus pensiones , y solo conservó su empleo de cirujano en gefe del Hospital de la Guardia , porque se conoció la dificultad de reemplazarle , y porque se temió disgustar á la Guardia Real que le era muy adicto.

Habiendo desdeñado siempre las riquezas , al Baron Larrey no le espantó la pobreza ; rehusó proposiciones brillantes de los Soberanos extranjeros , por no separarse de su pais y de sus queridos soldados. En 1818 le fue devuelta la pension de 3,000 francos concedida por Napoleon ; redactó despues el cuarto tomo de sus campañas , escribió su grande obra de *Clinica quirúrgica* , y en 1829 fue nombrado Profesor

de la Academia de Ciencias, en reemplazo de Pelletand.

En la revolucion de Julio de 1830, Larrey permaneció fiel á su honrosa y filantrópica mision; no contento con prodigar sus cuidados, durante aquellos tres dias, á todos los heridos sin distincion de opiniones; con su firmeza supo rechazar á una turba de furiosos, que querian asesinar á los heridos de la Guardia. Despues de un viaje á Bélgica para organizar los hospitales del ejército belga, regresó á París á desempeñar las funciones de Cirujano en Gefe del Hospital de Inválidos. Nombrado al mismo tiempo individuo de la Comision Central de Salubridad pública de Paris, pronto hubo de luchar contra el cólera, no solo en la capital sino en las provincias, manifestando en todas partes la misma infatigable intrepidez, la mas completa abnegacion.

Despues de tantos trabajos, el ilustre cirujano se hubiera sin duda complacido en acabar sus dias en medio de los 4,000 valientes que le adoraban, y á cuya mayor parte habia él curado en el campo de batalla; pero el destino lo decidió de otro modo, y viendo que no podia cor-

regir los abusos , se resolvió á pedir su retiro

Acababa de llorar sobre los restos gloriosos del Emperador , cuando le acometió el deseo de volver á ver tiendas árabes , y el sol de Africa que debia recordarle los hermosos dias de su juventud. El Mariscal Soult le propuso una mision en Argel ; la aceptó , y partió lleno de alegria , á pesar de sus 76 años. A la vuelta , en el tránsito de Argel á Tolon , se agravó repentinamente una afeccion de pecho de que adolecia ; llegó sin embargo hasta Lion , donde espiró en brazos de su hijo , el 25 de Julio de 1842 ; y el mismo dia espiraba en Bievre , en los brazos de su hija , la noble compañera de su larga existencia.

El cadáver de Larrey fue trasportado á París , donde se celebraron sus exequias el 11 de Agosto , y enterrado en el cementerio del Padre Lachaise , en un sepulcro construido por su familia. El Consejo Municipal de París , á propuesta de Mr. Arago , concedió el terreno gratuitamente y con título perpétuo. La gratitud reclama que se erija un monumento á tan insigne defensor y auxiliador de la humanidad , y no dudamos que la Francia sabrá llenar sus votos , y los del Grande hombre , que mejor que nadie podia apre-

ciar, por verlos de cerca, los merecimientos de Larrey.

El Baron Larrey era de corta estatura, pero tenia una compleccion sana y vigorosa; sus facciones eran dulces y regulares, el rostro ovalado, los ojos un poco salientes, y el cráneo notablemente desarrollado, y de gran circunferencia como el de Napoleon. El amor á la humanidad era llevado por él hasta al entusiasmo. Poco accesible á las emociones de la vida comun, experimentaba los impulsos de la mas tierna piedad á la vista de los enfermos, y no dejaba de acompañar con sus lágrimas el dolor de aquellos á quienes operaba, con una aparente insensibilidad.

Cuantos se dedican al noble arte de curar tienen en Larrey un gran modelo que imitar.







D. J. M. P. U. I. C. SAMPSON.

D. J. M. PUIG SAMPER.

« La unidad de la creencia se fortalece con la pureza del dogma y la exactitud de la disciplina, apoyada por el brazo fuerte del Poderio Real.»

PUIG SAMPER.



No son solo las brillantes hazañas militares, ni los felices resultados de hábiles negociadores diplomáticos, las que dán justos títulos á pasar á la posteridad, con la calificación de hombres célebres. Al que administrando recta é imparcial justicia, sostuvo constantemente los mas sacrosantos y caros objetos de la sociedad, y al que con sabias y prudentes advertencias,

ilustró la opinion y la conciencia del Monarca, en los respetables escaños de sus Consejos, cábele en justicia el derecho de que la historia le coloque entre los hombres esclarecidos de su patria.

A este número pertenece el respetable y digno Magistrado D. José María Puig Samper, honra y prez de la Magistratura Española, cuya biografía va á ocuparnos. Nació Puig Samper en la ciudad de Valencia, el 8 de Diciembre de 1753, de padres nobles, y aunque no ricos, bastante acomodados para atender á su educacion con toda la solicitud paternal correspondiente á su clase. Siguió la carrera de las letras, con notable aplicacion, en la Universidad de Valencia, su pais natal, y recibió en ella el grado de Doctor en leyes. Opúsose, muy jóven todavia, con éxito brillante á Cátedras y Pabordías, y regentó en la misma mas de una, por nombramiento de su Gremio y Claustro. Recibido de abogado en el Colegio de aquella Real Audiencia, adquirió desde luego tan alto concepto en el ejercicio de esta noble profesion, que mereció se le encargasen los negocios mas importantes y complicados; y que el mismo Tribunal le con-

fiase las comisiones mas delicadas y espinosas del servicio público; habiendo debido á la prudencia, celo y acierto que demostró en su desempeño, ser elevado á la Magistratura, en cuya carrera siguió paso á paso, y sin las improvisaciones que, para daño de la sociedad y mengua de tan respetable clase, introdujo algunos años despues, primero el favoritismo, y mas tarde la conmocion social que las revoluciones hicieron sufrir á esta trabajada Monarquía.

En efecto, á los 34 años de edad, esto es en 1787, fue nombrado Puig Samper Ministro de la Audiencia de Mallorca, y en ella comenzó muy desde luego á dar muestras de lo que podia esperarse de su providad, de sus luces, y de su infatigable aplicacion y constancia en el trabajo; confirmando de este modo el relevante concepto que habia merecido al Gobierno, y le habia iniciado en la Magistratura.

La revolucion francesa de 1789, que desde su funesto origen habia amagado que podria poner en zozobra y combustion todos los Estados de Europa, se habia ido embraveciendo mas y mas, y llamaba imperiosamente la atencion del Gobierno para impedir que esta lava incendiaria,

penetrase , como era de recelar de su espíritu característico de propaganda , en las límitrofes Povincias españolas ; y la confianza que Puig Samper merecia ya del Gobierno por todas sus dotes , y especialmente por su firmeza y energía , le colocó desde luego á la cabeza de la Real Audiencia de Zaragoza , nombrándole su Regente en 1794 ; habiendo sido sucesivamente trasladado y elevado á la Presidencia de la Real Chancillería de Granada en 1800 , y sucesiva y rápidamente á una plaza del Real y Supremo Consejo de Castilla , despues de haber sido condecorado con la Cruz de Cárlos III ; distincion en verdad , que en aquella época no se concedia con la frecuencia que en las que han sucedido , y merecia un grado de aprecio y de consideracion mucho mayor y muy diverso del que ha tenido despues .

Sabido es que el Real Consejo de Castilla , no solo egercia entonces la suprema autoridad en la administracion de justicia , sino que estendia su inspeccion á la mayor parte de los diferentes ramos de la civil y económica del Estado ; halló , pues , Puig Samper en el Supremo Senado español un ancho campo á su

capacidad, y nuevas y mas brillantes ocasiones de servir con provecho y con gloria á su Rey, y á su Patria.

Seis años hacia que Puig ocupaba dignamente su puesto en el Consejo de Castilla, cuando empezaron á aparecer sobre la desventurada España los primeros síntomas de la conmocion funesta de las pasiones políticas, que circunscriptas á la sazón al estrecho recinto del Palacio de los Reyes, habian de ir ganando terreno, hasta invadir como desbordado torrente, todos los ángulos de la Monarquía en ambos continentes. En efecto, en el año de 1807 sobrevino la famosa causa del Escorial, y Puig Samper, que ocupaba entre todos sus dignos compañeros un lugar distinguido, pero que al mismo tiempo era señalado por la rectitud y severidad de sus principios, no fué designado entre los siete jueces especiales que habian de conocer, ó si se quiere modificar el curso y resolucion de esta célebre causa, mas bien conforme al aire é inspiraciones de la Corte, que á los trámites y decisiones de las leyes; sin que por eso desmereciese nada del aprecio y confianza del Gobierno, que en confirmacion de la que constante-

mente le merecía , le nombró en 806 Juez Protector de la Real Cabaña de carreteros del reino; en 807 siguiente , Camarista de Castilla , y en fin del mismo año individuo de la Junta Suprema de Comercio y Moneda.

En tal altura se hallaba el respetable y digno español , llamado mas tarde el primer Magistrado de España , cuya biografía nos ocupa , al dar principio la revolucion del año 1808. Sabido es la parte gloriosa que la historia de aquella importante época atribuye al Consejo de Castilla , resistiendo los primeros pasos de la usurpacion estrangera , intentada por el soldado de fortuna , ante cuya espada , hasta entonces invencible , cedia el mundo entero. No le cupo , pues , escasa parte en tan esclarecidos esfuerzos al respetable Puig Samper , que decidido á no transigir con el usurpador , abandonó su casa y arrojó la consiguiente é inevitable confiscacion de todos sus bienes , retirándose á la Isla gaditana , baluarte inexpugnable de la Independencia española , y en la que , muy pronto debia presentársele un nuevo teatro en donde prestar á su Patria servicios no menos importantes y señalados.

Hallábanse en efecto en Cádiz todos los ánimos, en aquellas circunstancias, en la mas viva agitacion: cuestiones gravísimas ocupaban y dividian la opinion de todos los buenos españoles, reunidos en su recinto: la Regencia que habia sucedido á la Junta Central, cesaba: las Córtes debian nombrar una nueva que reasumiese el poder ejecutivo, y la reemplazase en la difícil administracion del Estado: dos bandos igualmente respetables dividian el Congreso; formaban el primero los amantes de las reformas y de la libertad de imprenta, y componian el segundo los anti-reformistas ó quietistas, y hacíanse mutuamente una cruda guerra: era pues preciso fijar la vista para la eleccion de Regentes en hombres, que reuniendo prendas, dotes, y sobre todo una probidad á toda prueba, inspirasen á todos confianza, y que ascendiesen al poder con todo el prestigio necesario para poderle egercer con la firmeza y desembarazo que tan apurada situacion exigia. En este concepto fueron en efecto elegidos, casi por unanimidad, el General D. Joaquin Blake, el Gefe de Escuadra D. Gabriel Ciscar, y el Capitan de fragata D. Pedro Agar; y hallándose ausentes

los dos primeros, lo fué al mismo tiempo, en calidad de suplente, nuestro Puig Samper, que instalado y posesionado inmediatamente de este alto destino con toda la solemnidad é insignias que las Cortes habian creído necesarias para darle el mayor realce posible, correspondió en el corto espacio de tiempo que le desempeñó, á las bien fundadas esperanzas, que las mismas habian concebido de su sabiduría y discrecion al elevarle á él.

En la nueva organizacion de la administracion de justicia, se habia subrogado en lugar del Consejo de Castilla un Supremo Tribunal, y en él naturalmente no podia menos de ocupar, como ocupó en efecto, un lugar distinguido el antiguo y respetable Puig Samper, despues de haber cesado en la espinosa y temporal comision de Regente. Ageno á las pasiones y á los partidos políticos, sobrado ardientes ya, se conservó en este puesto, contentándose con administrar justicia, con aquella rectitud é imparcialidad nunca desmentida en tantos años como vestia la toga. Asi pues, y considerado naturalmente extraño á todas las pasiones y peripecias políticas de aquella época, al restablecerse en

1814 las antiguas formas de Gobierno , volvió á desempeñar , por disposicion del Monarca , su antigua plaza en el Consejo de Castilla.

Bien conocido por su amor al estudio , al que habia consagrado grán parte de su existencia , la Real Academia de derecho civil y canónico , establecida en Madrid con el título de la Inmaculada Concepcion de Maria , quiso colocarle bajo su benéfico é inmediato influjo , nombrándole su Protector en Enero de 1815 ; y en ella , con su frecuente asistencia á sus ejercicios , y con sus vastos y profundos conocimientos , procuró promover la ilustracion de todos sus individuos , dispensando su especial favor , y estimulando con él á los que mas se distinguian por su moralidad y aplicacion. Iguales , buenos y patrióticos oficios se esmeró tambien en practicar al mismo tiempo en las Reales Academias de Sagrados cánones , Liturgia , Historia y Disciplina eclesiástica , y en la Greco-latina matritense , que del mismo modo se colocaron bajo de sus auspicios ; y no menos en la de la Historia , que creyó honrarse inscribiéndole en el número de sus individuos , con el título de honorario : habiendo contribuido todas estas consideraciones,

y las que generalmente se tenían de su gran capacidad, á que se le nombrase por el Gobierno uno de los tres individuos de que debia componerse la Junta encargada de formar el plan general de Estudios, y de las Escuelas Primarias del Reino.

Al paso que las Corporaciones literarias se esforzaban á porfia en dar á Puig estos reiterados testimonios de su bien merecido aprecio, el Rey por su parte repetia igualmente los suyos; y en prueba de ello, en el año 1819 le concedió plaza efectiva en la Cámara de Castilla, y le nombró Ministro de la Real Junta de Viudedades; y en fin del mismo año, le confió el Protectorado de la Casa de Beneficencia de S. Nicolas de Bari de esta Córte, en la que acreditó de una manera muy notable su activo celo, é infatigable caridad en obsequio de la humanidad.

Asi pasó Puig Samper los años trascurridos desde 1814 hasta 1820, trabajando sin descanso en calmar malas pasiones, y en proteger y alentar el saber. Verificadas las variaciones políticas de 1820, y considerando que Puig Samper era una propiedad preciosa de nuestra Magistratura, propiedad de todas épocas y de todas las

circunstancias, fué inmediatamente restituido á su antigua plaza en el Tribunal Supremo de Justicia , en el cual llenó el puesto de Decano hasta 1823, en que una nueva reaccion, mas violenta é indiscreta que las anteriores , no respetó las canas venerables del ilustre Magistrado; pues si por un instinto del bien público , habia sido Puig Samper repuesto por la Regencia en su plaza del Consejo y Cámara de Castilla , por decreto de 20 de Febrero de 1824, fué jubilado con el designio de separarle de su puesto , con otros trece individuos mas del Consejo Real. Tan atroz escándalo produjo en la opinion esta especie de golpe de Estado, aunque tan análogo á la naturaleza y tradiciones del Gobierno absoluto, y mas en particular la ofensa tan inesperada é impropia de la general respetabilidad que merecia Puig Samper, que el mismo Gobierno, volviendo en cierto modo sobre sí , creyó deber darle una pública satisfaccion, nombrándole individuo de la nueva Inspeccion General de instruccion pública , y restituyéndole á la plaza de la Cámara de Castilla , de que tan injustamente le habian despojado ruines y miserables pasiones , y en la que estaba llamado á prestar al Es-

tado otra vez nuevos y señalados servicios.

En el año de 1825 habíanse notado síntomas de nuevas agitaciones políticas de grave trascendencia, que aunque duramente reprimidas, estaban muy lejos de haberse extinguido. El Monarca, colocado en la inmensa altura del sólio, y necesariamente mas alto que las pasiones y los partidos, se habia convencido con recto juicio de la necesidad que el siglo imponia de una conducta templada, y circunspecta en la Gobernacion del Estado, reprimiendo con mano segura y firme toda pretension contraria á este propósito. Residia, segun la opinion general, el foco del rigorismo y de las medidas violentas en una pequeña, y menos ilustrada fraccion de individuos del Clero, nimiamente adictos á las ideas de una Curia, que siempre celosa de las regalías de los Príncipes, protectores natos de la Iglesia y de los cánones, se presentaba nuevamente empeñada en sostener ó restaurar aquel poder absoluto y onnímodo, que aun en materias puramente temporales, ejerciera en la Edad media; sin reflexionar que el abuso de él, en lugar de aumentar la profunda veneracion y el justo y debido respeto á la silla apóstolica,

habia tal vez mas tarde contribuido no poco á debilitarle, y aun á entibiar é interrumpir las buenas relaciones de muchos Soberanos y Estados de Europa con la Santa Sede, colocando desgraciadamente fuera del centro de la unidad y de la comunión de la Iglesia Católica, Apóstolica, Romana, pueblos y naciones enteras. Por una consecuencia de este espíritu, en un Decreto de la Congregación del Índice de 5 de Setiembre de 1825, se habian colocado entre las obras prohibidas el *Tratado de Amortización* del Conde de Campomanes, y el *Informe de la Sociedad económica de Madrid sobre la Ley agraria*, obra de D. Melchor Gaspar de Jovellanos; sin detenerse siquiera los calificadores delante del alto renombre y eminente y reconocida sabiduría de tan ilustres jurisconsultos, honra y gloria eterna de la España. Circulado este decreto ó prohibición subrepticamente á varios prelados del reino, contra lo espresamente dispuesto en nuestra legislación, ninguno de los que conocian sus deberes, se permitió hacer uso ni demostración de él; si se exceptúa el de Jaen, que no se detuvo en publicar un edicto prohibitivo de varias obras, incluyendo

en él las dos indicadas, y apoyándose en la contenida en el Indice; procedimiento que el Rey, previo el parecer del Consejo y Cámara de Castilla, se apresuró á refrenar, desaprobando seriamente la conducta de aquel prelado, único en toda España de quien se tuviese noticia haber incurrido en esta indiscrecion; y sin hacer en esto otra cosa que seguir la huella y ejemplo de sus augustos progenitores, y especialmente del Sr. D. Felipe IV, en su Real Cédula de 11 de Febrero de 1648, espedida con motivo de un Breve del Papa Urbano VIII, en un caso análogo.

Mas no por eso cesaron los conatos de la Curia, y de sus adictos ó afiliados en España. El mismo Cardenal Justiniani, Nuncio Apostólico á la sazón en esta Córte, y de quien menos podia esperarse, al tiempo de su partida se permitió pasar una nota sin fecha y barto destemplada, en la que dirigiéndose al Rey le esponia lo que en su concepto calificaba *Manifiesto de verdades amargas*; afirmando en él « que la Iglesia de España estaba en verdadera esclavitud; y que los Ministros del Rey turbaban su independencia, y procediendo con ignorancia oculta-

ban al Monarca lo que debia saber para su remedio; » estendiéndose á otras acusaciones tan infundadas como graves. El Rey no menos sorprendido que irritado con una comunicacion tan agena de un Prelado respetable de la Iglesia y Legado Pontificio , á quien habia dado tantas muestras de su benovolenca y dispensado pruebas inequívocas de ella , creyó que no debia de pasar este papel sin la demostracion y replica que por todos conceptos merecia. Ocupaba entonces el Ministerio de Gracia y Justicia y poseia toda su confianza el célebre Calomarde, cuya insuficiencia y escaso saber, especialmente en materias tan graves y delicadas, tampoco se ocultaban á la perspicacia de S. M. : encargole sin embargo la contestacion, dejándole entender que podria consultar el asunto con sugeto que reuniese todos los conocimientos necesarios para estenderla con la dignidad , decoro y firmeza que por si misma exigia. El Ministro , justamente tambien desconfiado de sus propias luces , se dirigió sin vacilar al integro y acreditado jurisconsultó Puig ; y este digno Magistrado, que á sus profundos conocimientos reunia una sólida piedad al par que una entereza de caracter y un

españolismo puro ; siguiendo los principios y las doctrinas , tan conocidas , de tantos Prelados y varones ilustres como le habian precedido, en análogas circunstancias, en el examen y discusion de estas delicadas cuestiones , estendió muy pronto y con toda la circunspeccion que le era característica, un sucinto pero tan luminoso y convincente informe, que de muy buena gana trasladaríamos aqui : mas no debiendo tener lugar en una biografía, nos contentaremos con decir, que su sola lectura bastó desde luego para tranquilizar el ánimo y calmar la conciencia de un Monarca, que preciándose del renombre de Católico, no habia podido oir la citada destemplada Nota sin un profundo y amargo dolor. Estaba en efecto todo él fundado en los buenos principios del derecho público y canónico, y reasumido , si se puede decir así , en las breves cláusulas que quedan puestas al frente de esta su biografía, y bastan para dar una idea de él , así como por entonces bastó para poner un coto á sucesivas réplicas y nuevas exigencias de igual naturaleza. Habiendo ocurrido poco despues el fallecimiento del Gobernador del Consejo D. Bernardo Riega, Puig Samper por un propio impulso del Monarca

fué colocado al frente de él con el mismo caracter.

Agitábase precisamente en aquella época en este Supremo Senado una cuestion gravísima: se trataba de la Pragmática Sancion que se publicó luego en 30 de Marzo siguiente, revocando la disposicion del auto acordado del año 1713 en órden á la sucesion de la Corona ; no dejó de experimentar esta Pragmática en el Consejo de Castilla alguna resistencia , si bien no muy empeñada , de parte de ciertos Consejeros que, de notoriedad afiliados en el partido apostólico, la debatian y consideraban mas bien en el interes de él, que en el terreno de la legalidad y de conveniencia pública ; pero la respetabilidad y el peso de la opinion del nuevo Gobernador del Consejo, reunió y concilió fácilmente todos los dictámenes. Noticia de los desidentes y de sus nombres tuvo el Ministro Calomarde, y aun se mostró inclinado á hacer con ellos alguna poco grata demostracion ; pero el circunspecto Gobernador, para quien la libertad, la independencia y el secreto en las sesiones eran un principio y un dogma sagrado, procuró al instante desvanecer y frustrar los efectos de este

ruin y despreciable chisme, tan ageno por otra parte de la dignidad de los que ocupaban los primeros asientos de la Magistratura española: conducta que haciéndole cada dia mas recomendable á los ojos del Monarca, y del mismo ministro, hizo que se le diese un nuevo testimonio del alto aprecio y confianza que merecia, con los honores del Consejo de Estado, último grado de las distinciones á que en aquella época podia elevarse un hombre público.

Notorios son los sucesos ocurridos en el Real Sitio de S. Ildefonso en el mes de Setiembre del año 1832 (*), en cuya época al Rey Fernando, cerca de exhalar el postrimer suspiro, se le arrancó aquel famoso decreto que firmára con caracteres ininteligibles. Revocaba el Rey en él la Pragmática Sancion de Marzo de 1830, desheredando á sus hijas y restituyendo en su fuerza y vigor el auto acordado que la Pragmática habia derogado. Obra fue esta derogacion del mismo que habia protegido con ardor la publicacion de la Pragmática, si bien estimulado por intereses é intrigas propias y extranjeras,

(*) Véase la biografía de Fernando VII tomo III.

de todos conocidas. Dirigió Calomarde cerrado y sellado este famoso decreto al Gobernador del Consejo Real, Puig Samper, para que lo publicase en ocasion oportuna; y el venerable anciano, honra de la Magistratura, lo guardó con ánimo decidido de no publicarlo, conociendo los vicios legales de que adolecia. Tal fue la decision del respetable y entendido Puig Samper de no publicarlo, que apenas lo hubo recibido por extraordinario, el dia 26 de Setiembre, púsole entre sus papeles los mas reservados y secretos; y llamando á su virtuosa muger, depósito seguro de su confianza, la dijo. «¿ Ves este pliego? (enseñándole el exterior y sin decirle nada de lo que contenia) conócelo bien por su cubierta; pues este pliego no lo entregarás á nadie que no venga con una autorizacion expresa del Rey.» Tal era la importancia dada por Puig Samper á este documento, con cuya reserva hizo á Isabel II y al Estado el mas importante y señalado servicio. Nadie ignora ya el giro de aquellos acontecimientos, el cual hizo le fuese reclamado el decreto por el ministro Cafranga, sucesor de Calomarde, con el objeto de revocarle, como se verificó poco tiempo despues, y para cuyo efecto

le fue devuelto con inexplicable satisfaccion del previsor y justificado Puig.

Mas ya, en la época á que nos referimos, empezaban á rugir las pasiones, agitándose segun las impresiones y la direccion momentánea de las ideas, y de los intereses personales de los individuos, y ellas en los primeros dias de Diciembre del mismo año de 1832 dieron lugar á que el respetable Gobernador del Consejo, Puig Samper, fuese jubilado y separado de la escena política. Fué en efecto por decreto de 14 del mismo Diciembre, hiriendo su leal corazon con tan inesperado golpe, que se quiso atenuar concediéndole la Gran Cruz de Isabel la Católica, que Puig Samper recibió con el desden altivo que merecia, dadas las circunstancias en que se le conferia.

Dejó, pues, Puig Samper los negocios, en fin del año de 1832, para volver á ellos en los críticos momentos de la muerte del Monarca acaecida en Setiembre de 1833. Amaestrado el Rey Fernando por la esperiencia, en su testamento hizo disposiciones notabilísimas. Fue la principal consolidar y fortificar la Pragmática de Marzo de 1830, que renovando en su fuerza y

vigor la ley de Partida, ley que habia regido en Castilla siete siglos, establecia la sucesion regular á la Corona, que se habia querido alterar con la introduccion de un uso estrangero en el Auto acordado de 1713. Hizo mas todavia; instituyó un Consejo de Gobierno que auxiliase á la Reina Viuda, declarada Gobernadora Regente, en la gobernacion del Reino. Notable por mas de un concepto fue la eleccion de los individuos que debian componer este Consejo, destinado á llenar los deberes que la ley de Partida atribuye á los guardadores del Rey niño. Hombres eminentes de todas las clases y carreras fueron elegidos, y entre ellos algunos que desde el destierro ó confinamiento impuesto por el mismo Monarca, á impulso de las parcialidades y exigencias de los partidos extremos, debian sin embargo sentarse en el Consejo de Gobierno, instituido por la disposicion testamentaria del Rey, para aconsejar á la Augusta viuda.

Ocupó un asiento en este alto Consejo de Gobierno nuestro Puig Samper, quien respondiendo á confianza tan distinguida, sin volver la vista á sucesos pasados, y no poniendo sus ojos sino en el brillo y honor de la Corona y en el

bien público, se dedicó á desempeñarla con todas sus fuerzas, y con la lealtad y prudencia que tan acreditada tenia en su dilatadísima carrera, distinguiéndose entre sus dignos compañeros por su constante celo, y por las oportunísimas reflexiones hechas en el exámen y discusion del Estatuto Real, el mas grave negocio que se presentó en el Consejo de Gobierno despues de su instalacion.

Asi continuó Puig Samper hasta la mitad del año 1834, en cuya época empezó á presentir su fin. No debieron dejar de influir en el decaimiento de sus fuerzas, ya agotadas por sus 80 años cumplidos, las continuas y profundas meditaciones acerca de los peligros que su previsora esperiencia le hacia ver en el porvenir de su Patria, á cuyo servicio habia consagrado 47 años de incesantes desvelos. En efecto, el 25 de Noviembre de 1834, con la tranquilidad del justo, con la calma del cristiano, asistido de los cuidados de una esposa, modelo de virtud y ternura, y en los brazos de amigos sinceros, pagó este ilustre varon, magistrado sin mancilla y honor de la toga española el tributo debido á la naturaleza. Buen padre, esposo tierno, amigo

leal, debió ser llorado y lo fue en efecto por su familia y por sus amigos, que habian conocido y apreciado sus virtudes y sus talentos. La España perdió á su muerte un hombre de Estado y un Magistrado probo, cuyos servicios eminentes le dán un lugar merecido entre los Españoles célebres del siglo XIX.







D. A. ALCALÁ GALLIANO.

1808.

D. ANTONIO

ALCALA GALIANO.

«Podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que no solo es el primer orador político de España, sino que puede compararse con los mas eminentes de las otras naciones.»

GALERIA DE ESPAÑOLES CELEBRES
CONTEMPORANEOS.

Si en los anales de los pueblos guerreros ocupan justamente un distinguido lugar los capitanes que mas se han señalado por sus grandes conocimientos estratégicos en las batallas, y por su saber en todos los ramos que constituyen su profesion; con igual derecho y

justicia deberan ocuparlo en la historia de los gobiernos representativos, los que en las luchas parlamentarias, poseyendo el don de la elocuencia han combatido con notable brillo; y mucho mas si, como el personaje de quien vamos á ocuparnos, reúnen á la facilidad en el decir un vasto saber, y un profundo y variado cúmulo de conocimientos. La celebridad de D. Antonio Alcalá Galiano, como literato profundo y orador eminente, si bien no data de esta última época, en ella ha tenido mayor ocasion de ostentar la riqueza de su ingenio y la fecundidad de su palabra, adquiriendo fama en la opinion pública, ya porque los sucesos de estos últimos tiempos han sido mas variados y de mayor duracion, y ya tambien porque los años transecurridos desde la aparicion en el mundo político del Sr. Galiano, las desgracias experimentadas por él, y los adelantamientos que en las teorías constitucionales se han hecho durante este periodo, le han proporcionado conocimientos y desengaños, que al paso que le han elevado á mayor altura, le han puesto en el caso de ser una escepcion de aquellos que en las emigraciones nada aprenden, ni nada olvidan.

Don Antonio Alcalá Galiano nació en Cádiz el 22 de Julio de 1789, siendo sus padres el distinguido oficial de marina D. Dionisio Alcalá Galiano, muerto en el combate de Trafalgar, (*) y Doña Maria de la Consolacion Villavicencio, Señora de grandes virtudes y de no escasa instrucción, prendas muy apreciables, si por desgracia poco comunes, en las personas de su sexo. Hijo Galiano de un militar, era natural que siguiera la misma carrera; y así fue que á los siete años de edad obtuvo la gracia de Cadete de Reales Guardias Españolas, para vestir el uniforme desde luego, y contar antigüedad al cumplir los doce. Su padre en sus largos viajes marítimos habia conseguido proporcionarse un caudal mas que mediano, y que hubiera podido procurar á sus dos únicos hijos una subsistencia acomodada é independiente. D. Antonio sin embargo quiso seguir sirviendo, despues de cumplida la edad; acompañó á su padre en dos viajes á Nápoles, y durante ellos cobró tal afición á la marina, que hubiera seguido esta carrera si su padre lo hubiera consentido.

(*) Véase su biografía tomo V.

Vuelto á Cádiz Galiano, estableció con otros jóvenes de su edad, una Academia de Bellas Letras, de la cual fue protector el desgraciado Marqués del Socorro, D. Francisco Solano, y que emprendió trabajos importantes, tanto mas si se atiende al estado en que en aquella sazón se hallaban las letras en España.

Muerto su padre en la batalla de Trafalgar, el jóven Galiano pensaba en seguir la carrera diplomática, en la que le habia ofrecido un destino el Príncipe de la Paz; pero el heróico fin de D. Dionisio, en vez de adelantar la colocacion de su hijo la atrasó, pues pasó este á Madrid, donde permaneció dos años sin seguir carrera alguna. Sobrevinieron entonces la caída del Príncipe de la Paz, y el advenimiento de Fernando VII al Trono, quien nombró su Ministro á D. Miguel Jose de Asanza, muy amigo de los Galianos, y el cual ofreció cumplida y eficaz proteccion á D. Antonio, que se le presentó. Ocurrió poco despues el viaje del Rey á Bayona, y el levantamiento general de la nacion contra los franceses. Galiano, que solo contaba entonces 19 años, se entusiasmó por la causa de la independencia, hasta tal punto que

al regresar Asanza de Bayona con el Rey José, rehusó las ventajas que se le ofrecían bajo el Gobierno del intruso Rey. Escribió entonces algunos artículos sobre política y contra la usurpacion de Bonaparte, y una *Cda* á las victorias de Bailen, Zaragoza y Valencia, obras que aunque llenas de talento y entusiasmo, descubrian la inesperienza de su autor, novel todavía en la carrera literaria.

Pensó entonces Galiano en volver á la vida militar para pelear contra los enemigos de su patria; pero le detuvo una pasion desgraciada, que á la edad de 19 años le hizo contraer un imprudente matrimonio.

Cuando entró Napoleon en Madrid se retiró Galiano á Cádiz, donde escribió en los periódicos muchos artículos sobre las cuestiones del momento. Sus doctrinas en aquel tiempo, si bien eran de las mas avanzadas en el liberalismo, no eran sin embargo tan revolucionarias ó estremadamente democráticas como han supuesto algunos de sus biógrafos, pues en 1811 defendió en *El Redactor General* (periódico que se publicaba en Cádiz cuando se discutia la Constitucion) la sancion real, que tuvo despues en

las Cortes muchos opositores, y entre ellos el Conde de Toreno.

En Febrero de 1812, siendo uno de los Regentes su tío materno D. Juan Villavicencio, y Ministro de Estado D. José Pizarro, fue nombrado Galiano Agregado á la embajada de S. M. en Lóndres; pero de resultás de una desavenencia que tuvo con el Embajador nombrado, el Conde Fernan Nuñez, no pudo pasar á su destino, y quedó en clase de agregado en la Secretaría de Estado, en la que permaneció año y medio á satisfaccion de sus gefes. Poco faltó para que no saliera con escándalo de la Secretaria, de resultas de un artículo violento que escribió y publicó contra la Regencia, de que era parte su tío, por su espesiva condescendencia con el Gobierno inglés y con el Duque de Ciudad-Rodrigo; merced á la mediacion del Ministro de Estado D. Pedro Labrador, logró Galiano conservar su empleo.

En 1813 fue promovido á Secretario de legacion en Suecia, cuyo destino desempeñó con inteligencia y celo, regresando con licencia á Cádiz á fines de 1814. Pero al poner los pies en su patria, encontró la escena cambiada: abolida

la Constitución por el decreto de Valencia, disueltas las Cortes, encausados ó sufriendo condena muchos de sus principales Diputados, se habia verificado una reaccion espantosa á la par que estúpida; é indudablemente mas sanguinaria y bárbara que la que habia precedido. Tal era la situacion de España cuando regresó á ella Galiano, á quien causó tanta pesadumbre el mal estado de los negocios públicos, que estuvo á punto de resolverse á no servir al despotismo y retirarse á sus hogares. Entonces le asaltaron tambien grandes desgracias de familia, y por distraerse de ellas se entregó á una vida alegre y licenciosa, que dió márgen á justas censuras, y ha servido despues de ocasion á injustísimas calumnias y á perversas difamaciones, que emplearon sus enemigos y que llegaron á tener crédito entre los que no le conocian de cerca: entonces ya se habia corregido Galiano de su vida disipada, fruto mas bien de inmerecidas desgracias que de malas inclinaciones.

En aquel tiempo tomó parte en varias é inútiles tentativas para derribar al gobierno absoluto. Estaba á punto de embarcarse Galiano en Gibraltar para ir á ocupar su destino de Secre-

tario de la legacion en el Brasil, cuando tuvo noticias de los grandes acontecimientos que se preparaban en la Península: suspendió su marcha, regresó á Cádiz, donde entró oculto y permaneció escondido cerca de cuatro meses, no pudiendo salir por estar incomunicada la ciudad á causa de la fiebre amarilla que en ella reinaba. Después de este tiempo pasó en secreto á tratar con sus compañeros de planes del ejército; y no sin grandes riesgos, contribuyó muy principalmente al levantamiento del ejército expedicionario que proclamó la Constitucion en 1820. Al efecto se juntó con dicho ejército en la Isla de San Fernando, espidió proclamas, y se encargó con D. Evaristo San Miguel de la redaccion de un periódico destinado á defender el levantamiento y á propagarlo en el resto de la Monarquía. Al fin quedó solo encargado Galiano de la redaccion del periódico, pero él y su compañero tuvieron el atrevimiento de firmar el primer número, compromiso generoso, hijo de una fé viva y de un entusiasmo respetable, que hubiera costado la vida á sus autores á no haber triunfado su causa.

Con el triunfo de la causa constitucional lo

gró Galiano un ascenso de escala en su carrera, entrando de último Oficial en la Secretaría de Estado.

El trastorno verificado en las instituciones del país, dió lugar á la creacion de las sociedades patrióticas, y una de las primeras que se establecieron fue la de la Isla de San Fernando, en la que Galiano principió á hablar en público, dando desde luego muestras de sus grandes cualidades oratorias. Trasladado á Madrid, habló tambien en la sociedad de la *Fontana de Oro*, descollando siempre por sus discursos sobre los demas oradores, pues ya hablase Galiano de cuestiones políticas ó de asuntos de gobierno, el vigor de su palabra, la gracia y soltura de su decir, la lucidez de sus ideas y la vehemencia de sus espresiones, cautivaba la atencion y enardecia el ánimo de su numeroso auditorio. Desde entonces cundió por España su fama de orador, con general admiracion.

A la par que las sociedades patrióticas, se establecieron entonces otras secretas que les daban impulso; Galiano ejercia sobre ambas no poco influjo. D. Agustin Argüelles era Ministro de la Gobernacion (*), y otras celebridades del

(*) Véase su biografía, tomo V.

año 12 dirigian los negocios públicos; y no habiendo premiado á los nuevos patriotas como estos creian merecerlo, dieron lugar á una division que el curso de los sucesos hizo cada dia mas profunda. Mandado disolver el ejército de la Isla, el Ministerio hizo venir á Madrid á su gefe el General Riego, y esta medida fue atacada con vigor por Galiano y los suyos. La venida de Riego á Madrid dió lugar á graves desórdenes, que obligaron al Gobierno á enviarle de cuartel á Oviedo, el dia 5 de Setiembre; y el mismo dia hizo Galiano renuncia de su destino, dando por motivo que siendo opuesto á la conducta del Ministerio, ni aun como empleado subalterno podia servirle.

Al dia siguiente 6 de Setiembre de 1820 hubo una sedicion contra el Ministerio del Señor Argüelles, en la cual no tuvo parte Galiano, pues estaba tan ageno de ella, que al oír la gritería de los insurrectos, desde la tribuna donde peroraba, censuró ágríamente aquella manera de hacer la oposicion. Continuó Galiano haciendo *una guerra obstinada al Ministerio, el cual al fin se recompuso con algunos hombres mas populares, y el Sr. Argüelles pareció alargar la*

mano á los mismos contra quienes habia combatido pocos dias antes. Mandó sin embargo cerrar las sociedades patrióticas, con lo cual se restableció por algun tiempo la pública tranquilidad.

El Rey se manifestaba cada dia mas hostil á la causa constitucional; sin consultarlo con sus Ministros, nombró Capitan General de Madrid á una persona conocida por su desafeccion á las instituciones liberales, y se negó á sancionar la ley sobre Regulares, (*) cediendo solo de su empeño cuando se vió amenazado por una sediccion, que sino era favorecida secretamente por los Ministros, no era mal mirada por ellos. Entouces se pensó en abrir de nuevo la Sociedad de la *Fontana*, y el Ministerio para estrechar mas la amistad con los hombres de la revolucion, hizo venir de sus destierros y empleó á los que habian sido espulsados de Madrid, y entre ellos al mismo caudillo que poco antes habia sido origen de todos sus recelos. Entouces aceptó Galiano la Intendencia de Córdoba, por haber cesado ya el motivo que anteriormente le obligara á renunciar su destino.

(*) Véase la biografía de Fernando VII tomo III.

Marchó á aquella ciudad, desempeñando en ella su nuevo empleo durante casi todo el año 1821, y en dos ocasiones, aunque interinamente el gobierno político. En una de ellas anuló las elecciones de Ayuntamiento de Lucena, infringiendo algunas disposiciones de las leyes vigentes. Mandósele formar causa, pero cuando llegó la orden, acababa de ser elegido Diputado á Cortes por Cádiz, en la elección general hecha en Diciembre de 1821 para las Cortes de 22 y 23. Desempeñó la intendencia con bastante acierto, á pesar de no ser este destino de los mas análogos con sus aficiones.

Pasó Galiano á Cádiz que estaba casi en rebelion con el Gobierno, y se opuso á que continuara aquel estado de resistencia; pretension que contribuyó á hacer un tanto impopular entre los mas ardientes revolucionarios al recién elegido Diputado. Vuelto Galiano á Madrid tomó asiento en las Cortes, y se declaró uno de los corifeos del partido exaltado, volviendo á recobrar su afecto con la oposicion que hacia al Ministerio del Sr. Martinez de la Rosa. Entonces se unió muy estrechamente con D. Francisco Javier Isturiz, su colega por

Cádiz, y con D. Angel Saavedra, hoy Duque de Rivas.

La mayoría de aquellas Cortes era producto del partido mas exagerado, de modo que el Ministerio tenia que luchar, ademas de los manejos ocultos del Rey contra la Constitucion, con una oposicion desenfrenada y perenne Galiano combatió constantemente aquel Ministerio, hasta que despues de las ocurrencias del 7 de Julio se cambió el Ministerio, entrando á reemplazarle otro, cuyas personas pertenecian al partido mas estremado.

Convocadas Córtes extraordinarias para el 7 de Octubre de 1822, Galiano formó tambien parte de ellas, y apoyó las medidas escepcionales propuestas por el Gobierno, pronunciando escelentes discursos, sino por la esactitud de los principios por su elocuencia. Otra de las discusiones en que mas se distinguió el orador gaditano, fue en la que tuvo lugar con motivo de la proposicion hecha por él para que se dirigiera un mensaje á S. M., en contestacion á las célebres notas pasadas por las potencias extranjeras, despues del Congreso de Verona. El Ministro San Miguel llevó á las Córtes la

respuesta á ellas, y fue aplaudida despues de concluida su lectura por todas las opiniones de la Asamblea. Nombrose una comision, la cual presentó su dictamen el 11 de Enero, de acuerdo con las contestaciones dadas por el Gobierno. Galiano, como hemos dicho, pronunció elocuentes discursos en esta ocasion, y él y los demas oradores esperaban que como en 1808 la Nacion se alzaria en masa para combatir á los estrangeros; sin tener en cuenta que el pueblo no podia defender lo que no conocia, y que los desórdenes á que habia dado lugar la mal entendida libertad, lejos de atraer á las instituciones liberales el aprecio de los pueblos, y de interesarles en su defensa, les hacian odioso un régimen que destruia sus creencias, y que ningun bien les habia reportado. Sea como quiera, el entusiasmo patriótico ahogó la voz de la razon, y Galiano y Argüelles fueron llevados en triunfo por la plaza del Congreso al salir de la sesion. Desde entonces estos dos campeones del liberalismo contrageron una amistad asi pública como privada, que duró hasta el año de 1836. Galiano, á pesar de sus triunfos en el Congreso, no abandonó las sociedades

patrióticas; volvió á hablar en la Fontana, y queriendo hacerlo una noche en la llamada Landaburiana, que era de los Comuneros y estaba presidida por Romero Alpuente, se vió precisado á abandonar la tribuna por los silvidos de aquel turbulento auditorio. Testimonio evidente de cuan fácil es perder la popularidad en medio de las variedades de una revolucion, y cuando aquella no se apoya en hechos y beneficios de todos reconocidos y aprobados.

Sabidos son, y los hemos referido en otra parte, los acontecimientos á que dió lugar la entrada de las tropas francesas en España, y la retirada del Gobierno y las Cortes á Sevilla. Adelantándose los enemigos hácia esta ciudad, se trató de refugiarse en Cádiz; y no queriendo ceder el Rey á las instancias de sus Ministros, en la sesion del 11 de Junio de 1823 hizo Galiano una proposicion para que el Ministerio se presentase en las Córtes, y manifestase las providencias que habia tomado para poner en seguridad la Persona del Rey. Habiendo contestando el Gobierno que S. M. no se habia resuelto todavía á refugiarse con las Córtes en parage seguro, propuso entonces Galiano que

se le dirigiese un mensaje, manifestándole la necesidad de hacerlo. Aprobada la mocion, se dirigió un mensaje á S. M., quien contestó, que como Rey, ni su conciencia, ni el afecto que profesaba á sus súbditos le permitian abandonar á Sevilla, aunque como particular no hubiera tenido inconveniente en hacerlo. Oida por las Córtes la respuesta del Rey, tomó la palabra Galiano y suponiendo que semejante negativa no podia nacer sino de hallarse S. M. en estado de delirio momentáneo, creyó haber llegado el caso señalado por la Constitucion, é hizo la siguiente proposicion. «Pido á las Córtes, que en vista de la negativa de S. M. á poner en salvo su Real Persona y Familia, se declare que es llegado el caso de considerar á S. M. en el impedimento moral señalado en el artículo 187 de la Constitucion, y que se nombre una Regencia provisional, que para el solo caso de la traslacion reuna las facultades del poder ejecutivo.» Aprobada la proposicion, nombróse la Regencia compuesta de D. Cayetano Valdés, D. Gabriel Ciscar y D. Gaspar Vigodét, y las Córtes se trasladaron á Cádiz. Galiano tomó poca parte en sus deliberaciones, y destruido completa-

mente el sistema constitucional pasó á Inglaterra. En la causa que se formó sobre su proposición de Sevilla, y por la parte que tuvo en la insurrección de la Isla, fue condenado á muerte en rebeldía, en dos distintas sentencias.

Residió Galiano en Inglaterra siete años, dando lecciones de lengua y literatura española, y escribiendo varios capítulos sobre política y literatura en las mas acreditadas Revistas de aquel pais, en el cual mereció de muchos de sus habitantes grandes atenciones y obsequios. Habiéndose creado en Lóndres una grande Universidad, en la que se estableció una cátedra de literatura española, fue confiada á Galiano, y dió en ella, por espacio de dos años, sábias lecciones de nuestra literatura antigua y moderna, que proporcionaron tanta instruccion á los discípulos como merecida reputacion al catedrático.

Verificada en Francia la Revolucion de 1830, pasó Galiano á París, donde permaneció año y medio, trasladándose desde allí á Tours, donde residió dos años, muy apreciado de aquellos habitantes. La muerte del Rey Fernando VII, y la amnistia dada por el Ministro Martinez de

la Rosa , que no escluía á Galiano como las anteriores , le permitió regresar á su patria , y llegó á Madrid á mediados de Julio de 1834. Desde luego escribió en *El Observador* y en *El Mensajero de las Córtes* , quedando solo en este último , que se unió despues con la *Revista Española* , bajo el título de *Revista Mensajera*. Todos estos periódicos fueron de oposicion al Gobierno , si bien templada y cual solia hacerse en aquella época.

Elegido Galiano Procurador á Córtes por la provincia de Cádiz en Setiembre de 1834 , si bien su oposicion á los Ministros fue mas vehemente que la que habia hecho en su periódico , manifestó sin embargo en algunas ocasiones que sus doctrinas eran ya muy diferentes de las sustentadas por la mayoría de las Córtes de 1823. Reemplazado el Ministerio del Sr. Martinez de la Rosa por el Sr. Conde de Toreno , le hizo tambien Galiano la oposicion , si bien con mas templanza que antes.

La oposicion revolucionaria de los Estamentos pasó , como era natural , á las calles. En el verano de 1835 se sublevó la Milicia Urbana de Madrid , coincidiendo con esta sublevacion

otras en las provincias. Galiano no solo no tomó parte en el motin, ni concurrió á la Plaza mayor, sino que lo desaprobó espresamente, considerando mas grave y peligroso el remedio que la enfermedad. Sin embargo despues de vencida la sedicion, fue puesto preso é incomunicado en la cárcel de Córte, con otros Diputados, y este tratamiento le irritó contra los Ministros mas de lo que era debido, y desde entonces, aunque nunca aprobó las Juntas, principió á disculpar el pronunciamiento.

Derribado el Ministerio presidido por el Conde de Toreno, se unió Galiano con su sucesor Mendizabal, á quien tuvo la desgracia de creer por algunos momentos, sino un hombre de Estado entendido, un Ministro á propósito para tiempos de revueltas. La esperiencia le habrá desengañado despues, del funesto legado que hizo el Conde á la nacion, con haber traído á España á Mendizabal. Galiano sostuvo á este Ministro, y en aquel tiempo fue nombrado Ministro del Consejo Real en la seccion de Marina, siendo entonces Intendente de provincia cesante, y disfrutando como tal de un crecido sueldo.

Una de las partes principales del programa

de Mendizabal, era la promesa de convocar Cortes Constituyentes que reformasen el Estatuto; al efecto presentó el Ministerio á las Cortes un proyecto de ley electoral, y Galiano, individuo de una junta nombrada para el mismo objeto, estendió un plan de eleccion directa, en el cual quedaba muy restringido el derecho electoral, y que revelaba un inmenso adelanto en los buenos principios monárquico-constitucionales. Abriéronse las Cortes, y Galiano volvió á defender con calor á Mendizabal; y empeñado el debate sobre la ley electoral, y particularmente sobre si la eleccion debia ser por provincias ó por distritos, empleó su influjo para que el Ministerio disolviera aquellas Cortes; medida que Mendizabal resistió por mucho tiempo, pero que al fin se llevó á efecto en Enero de 1836. Mendizabal se separo entonces de Galiano, y en las elecciones apareció este unido con su amigo Isturiz, y en oposicion contra un Ministerio al cual habia apoyado poco antes con calor: Galiano en fin habia cambiado de opiniones políticas. Este hecho es el que han censurado sus enemigos con mas acritud, si bien en nuestro concepto Galiano dió en ello una

prueba de que no habian pasado para él inútilmente los años, y que sus convicciones actuales eran hijas de la esperiencia y de los sucesos. El partido progresista sufrió una gran pérdida con su separacion, y se ensañó contra Galiano, calumniándole con acusaciones tan falsas como ridículas.

El 15 de Mayo de 1833 cayó el Ministerio Merdizabal, y le reemplazó el presidido por el Sr. Isturiz, y en el cual entró Galiano como Ministro de Marina. Este Ministerio, de corta duracion, no pudo llevar á cabo la idea de dar á España un gobierno regular y estable; y despues de disueltas las Córtes y de sublevadas algunas capitales de provincia, tuvieron lugar los escandalosos sucesos de la Granja (*) que derribaron el Ministerio y restablecieron la Constitucion de 1812. Galiano, objeto del furor de los exaltados, tuvo que refugiarse en Francia, y se estableció en París, donde residió por algun tiempo. El Gobierno de Madrid, aunque constitucional, le condenó sin formacion de causa, y por un simple decreto, lo mismo que á

(*) Véase la biografia de la Reina Doña María Cristina de Borbon, tomo IV

otros españoles de distincion que tambien se habian ausentado , á la pérdida de sus empleos y secuestro de sus bienes. Galiano no quiso jurar la Constitucion de 1812 , pero sí la de 1837, luego que la aceptó S. M. Sobrevinieron los sucesos de Aravaca (*) y la caida del Ministerio Calatrava ; se disolvieron las Córtes Constituyentes , y en las nuevas elecciones triunfaron en gran mayoría los adversarios de la política del último Ministerio. Galiano , que desde París se habia trasladado á Pau , regresó á España en Noviembre de 1837 , habiendo sido elegido Diputado por Cádiz. Tomó asiento en el Congreso , votó con la mayoría , y dió un franco y decidido apoyo al Ministerio presidido por el Sr. Conde de Ofalia. En las graves cuestiones que se discutieron en aquellas Córtes tomó Galiano una parte muy principal , pronunciando elocuentes discursos , en especial , en la discusion de la ley de Ayuntamientos , y en la de los estados de sitio. Derribado el Ministerio Ofalia por el ilegal influjo del General Espartero , y sustituido por el que presidia el Sr. Perez de

(*) Véase la Biografía del General Espartero tomo V.

Castro, se disolvieron aquellas Córtes y se convocaron las de 1839, en las cuales no tuvo cabida Galiano. Disueltas estas tambien y convocadas las de 1840, fue elegido Diputado por la provincia de Pontevedra, teniendo el disgusto de no serlo por la de Cádiz que siempre habia representado; disgusto que ha sufrido tambien despues como veremos mas adelante, y exclusion que hace muy poco favor á una provincia que deberia honrarse siempre con tener por su representante á un hombre de la elocuencia y saber del Sr. Galiano, prendas que le tienen destinado siempre un lugar en el Parlamento.

A pesar del apoyo dado por Galiano á varios ministerios, á pesar de sus conocimientos y servicios, y en una época en que tanto se han prodigado las condecoraciones, ha podido y puede gloriarse, como ha dicho uno de sus biógrafos, «de tener tan limpio el ojal de la casaca, como el bolsillo y la conciencia.»

Galiano, escaso de recursos y aficionado á escribir, lo hizo en Junio de 1838 en *el Correo nacional*; y cuando este periódico hizo la oposicion en el mes de Octubre al partido moderado, pasó á redactar *la España*, y poco

despues *el Piloto*. En Junio de 1840 se hallaba Galiano en el Escorial, cuando llegó á Madrid la noticia del motin de Barcelona. No asistió de consiguiente á la última sesion que celebraron aquellas Córtes, aunque afirmaron lo contrario los diarios progresistas, diciendo que estaba allí pálido y demudado; y despues de suspensas regresó al Escorial, donde le sorprendió la revolucion de 1.^o de Setiembre. Se hallaba en aquel sitio con algunas otras personas distinguidas, cuando tuvo aviso de que una turba de alborotadores de Madrid pensaba ir contra ellos, por haberse dicho pocos dias antes que estaban alli reunidos y conspirando los *Jovellanistas*, nombre con que se designaba con refinada malicia y siniestra intencion á algunas personas del partido moderado. Huyó en consecuencia del Escorial, en compañía del Marqués de Viluma y de su hermano el ahora General Pezuela, dirigiéndose á Castilla la Vieja con ánimo de ir á Martin Muñoz de las Posadas, donde una hermana del Marqués tenia casa, y pasar alli la tormenta en la oscuridad; pero reconocidos al atravesar Villacastin, un oficial que mandaba una partida de tropa

resolvió prenderlos sin saber él mismo la razón. Envió tras ellos una partida de caballería, que por fortuna no los alcanzó en el camino, sino ya en Martín Muñoz, donde quedaron libres por ser allí conocidos, y otro el carácter del oficial que mandaba la tropa. Esto dió lugar á que se estendiera por Madrid la voz de que Galiano había caído en poder de la junta revolucionaria de la Capital, y que esta le había puesto en libertad. Esta ocurrencia, descubriendo que se hallaban en Martín Muñoz, hizo imposible su permanencia allí, y de consiguiente anduvieron ocultos por Castilla la Vieja, fueron á parar á los baños de Ledesma, donde encontraron al desgraciado General Latre fugitivo de Valladolid, y al cual estuvieron á punto de acompañar cuando fue á hacerse fuerte en Ciudad-Rodrigo, donde fue vilmente asesinado. Sin embargo, poco tiempo después de preso el General, se buscó á Galiano que se creía estar su lado, al paso que, separándose este de sus compañeros, regresaba al Escorial y desde allí á Madrid, en donde entró ocultamente al anochecer del 1.^o de Octubre.

Renunciada la Regencia por la Reina Madre,

triunfantes los sublevados, y disueltas por otra parte las Córtes, resolvió Galiano pasar á las Provincias Vascongadas, donde no dominaba la opinion triunfante en las demas de España. Movíale á esto, el haber abogado Galiano en *el Piloto* y en las Cortes (en Marzo de 1840, en la discusion sobre la respuesta al discurso de S. M.) por el reconocimiento de los fueros, y recibido de las diputaciones de aquellas provincias acciones de gracias, y promesas de buena acogida si llegase á necesitarla. Despues de no pocas dificultades, obtuvo pasaporte para Santander, residió allí pocos dias, y pasó despues á Bilbao, donde llegó el 29 de Enero de 1841. Fue bien recibido de aquellos naturales, y contrajo estrecha amistad con el malogrado jóven D. Manuel Urioste de Laerran, editor del periódico *el Vascongado*, que condenado á muerte por los sucesos de Octubre de 1841, ha fallecido despues en la Habana. Sin embargo, no escribió constantemente en aquel periódico, como han asegurado otros biógrafos, y solo lo hizo alguna vez y á pesar suyo por complacer á su amigo. Despues de Abril dejó Urioste *el Vascongado*, y el impresor rogó á Galiano que

se encargase de él, haciendole partidos ventajosos, que no quiso aceptar por no comprometer con sus escritos á las Provincias en las cuestiones pendientes sobre fueros; tomolo en consecuencia á su cargo D. Antonio de la Escosura y Hevia, hasta que herido este gravemente en un lance de honor, y siendo perjudicial que cesase el periódico, hubo de recurrir para que en él escribiese á D. Antonio Benavides; pero este, de paso en Bilbao, se ausentó pronto, y Galiano hubo de tomar á su cargo *El Vascongado*, interin el herido convalecia, procurando y logrando escribir cosas insignificantes, hasta que acalorándose cuando la cuestion de la tutoria, se espresó con violencia. Disgustó con ello á algunos, y al momento dejó el periódico, escribiendo sin embargo alguna vez articulos sobre literatura y teatros.

Sobrevinieron despues los acontecimientos de Octubre de 1841, y el levantamiento de las provincias; y aunque de ello tenia noticia, no tomó parte alguna en aquellos sucesos, ni desempeño ninguna comision despues de efectuado el movimiento, durante el cual solo publicó un articulo en *el Vascongado*.

Acabada desgraciadamente aquella empresa, huían de Bilbao los comprometidos, y con ellos casi todos los forasteros que allí estaban ; pero Galiano creyendo que como nada habia hecho en aquel lance, nada tenia que temer, se resistia al principio á marcharse. Por último, persuadiéronle sus amigos del grave riesgo que corria, tanto de parte de los vencedores que iban á entrar, cuanto del vulgo bilbaino furioso contra los castellanos, á quienes achacaba sin distinguir de personas su desventura. Salió de Bilbao, á pie y con un guia desconocido, y antes de juntarse con este tropezó con un hombre vestido con el uniforme de la Milicia Nacional, que despues de amenazarle é insultarle, le sacó el poco dinero que llevaba. Al llegar á Zornoza, se encontró con varios comprometidos que intentaron inutilmente persuadirle á que con ellos se fuese á Francia. Era para esto necesario dinero, y Galiano carecia de él; ademas le repugnaba el emigrar por tercera vez, y mientras estaba en estas dudas, su guia le propuso irse á un caserío en los montes, donde podia estar oculto con seguridad, no pudiendo recelar nadie que fuese aquel su paradero. Hi-

zolo así, y aunque las buenas gentes de la casa le recibieron bien, sufrió, á pesar de su bondad, horribles privaciones. Sin un libro, casi sin una persona con quien hablar, por entenderse allí poco el castellano, hasta sin luz de noche por no gastarse allí otra que la llama de la leña del hogar, sin navajas para afeitarse, sin peines; el desaliño y desaseo físico junto con las penas, le quitaban hasta las distracciones que hacen mas llevadero un peligro inminente. Acongojado por la suerte de su esposa, á quien habia dejado en cinta, y con un hijo de cuatro años, desvalidos, casi sin recursos, en tierra como estraña, fue su única distraccion, alguna vez, volver á la poesia, que habia cultivado en sus primeros años, y compuso versos alusivos á su desdichada situacion. Entre ellos escribió dos sonetos con un palillo mojado en pólvora desleida en vinagre, con el encargo de que si moria á manos de los vencedores, como lo creia seguro, se sacase de aquellas toscas letras un *fac simile*, y se vendiese á beneficio de su familia, persuadido de que la curiosidad facilitaria su venta.

Embebido en tan tristes ideas, pasó así

ocho ó nueve días en su encierro, ignorando su esposa el lugar donde se ocultaba, si bien sabía que se hallaba oculto. Presentóse esta al General Alcalá, que había ido por aquellos días á Bilbao, manifestándole que su esposo no habiendo querido emigrar se había ocultado, pues aunque ninguna parte había tenido en el alzamiento, debía temer los efectos de la violencia que era de recelar á la entrada de las tropas del Gobierno. Contestóla el General, que aunque le constaba la no participacion de su esposo en el alzamiento, haria bien sin embargo en permanecer escondido, y que como tenia enemigos poderosos, de poco le serviria el pasaporte que él le diera para otro punto. La invitó á que volviese á verle dentro de algunos días, esperando poderla dar entonces mejores noticias. Alegre como es de suponer la esposa de Galiano, le despachó al guia que la había acompañado, y que era el único sabedor del lugar donde se ocultaba, y que llegó á darle tan buenas nuevas á los once días de su voluntario encierro; pero el General Alcalá había engañado á la esposa de Galiano, y al dia siguiente salió de Bilbao y entró en su lugar, aunque bajo sus órdenes.

el feroz Zurbano, que con el favor de Espartero, a nadie obedecía. Presentóse á él la esposa de Galiano, y le refirió lo mismo que antes había dicho al General Alcalá; Zurbano, que estaba comiendo, la contestó: «Que él no quería engañar á nadie ni era propio de su genio; que si echaba la vista encima de su esposo, no viviría dos horas, pues le mandaría arcabucear sin juzgarle, como lo estaba haciendo con otros; que no quería matarle, pues no conociéndole no podía tenerle mala voluntad; que deseaba se escapase á Francia, y que sería bueno le aconsejasen el hacerlo disfrazado, y vestido de carbonero; que le sería sensible desperdiciar dos ó tres balas en su cabeza, y que por lo tanto no le mandaría buscar, pero tampoco le perdonaría si por casualidad le llevasen á su poder.» Contestó á esto la afligida esposa de Galiano: «Que él tenía en sus emisarios buenos perros de caza que le descubriesen.» A lo cual contestó Zurbano con una risa feroz, y como celebrando la ocurrencia: «Que era muy cierto.» Mostróse muy enfadado, al replicarle aquella Señora que su esposo era inocente, como lo probaría si fuese oído, diciendo: «Oído no, pues

donde yo mando no se escribe una letra ; en empezando por fusilarle, despues podrá formársele causa,» sin que el estado en que se hallaba ni las desgracias de aquella Señora fuesen bastantes para que aquel bárbaro General la tratase con mayor consideracion. Inmediatamente dió aviso á su esposo, aconsejándole que se fuese a Francia, cosa dificil de verificar y mucho mas careciendo de dinero.

Habiendo descubierto los vecinos de la casa en que se hallaba Galiano que habia allí un extraño, el dueño de ella, sin amedrentarse por el peligro que corria su vida si era hallado, creyó sin embargo que seria mas conveniente pasar a otro caserío, que habitaba un pariente suyo, lo cual verificó en la madrugada del 6 al 7 de Noviembre. Este nuevo asilo proporcionó á Galiano un cuarto interior, del cual no salia. Nadie hablaba allí castellano, y en aquel encierro pasó treinta y cinco dias, en medio de las mayores privaciones. El 9 de Diciembre se aproximaron soldados á la casa, y el dueño de esta, menos valiente y amable que el de la anterior, se asustó mucho, y metió á Galiano por una trampa en un tenebroso y frio sótano, donde

permaneció algunas horas, hasta que alejándose los soldados, le intimó el dueño de la casa que no queria tenerle por mas tiempo. En esta cruel ansiedad pasó Galiano dos dias, hasta que el 11 por la noche apareció su guia, para sacarle de la casa y llevarle á orillas del Nervion, donde debia embarcarse para Francia. Pasó aquella noche en Durango en casa de unos parientes del mismo guia, y al amanecer del 12 se puso en camino á caballo, no sin gran peligro, pues era preciso no llegar á las inmediaciones de Bilbao hasta cerrada la noche, y pasar el tiempo intermedio por los caminos y campos llenos de gente y con riesgo de ser conocido. Llegaron por fin á la orilla del rio, pero no encontraron á la persona que debia esperarlos para pasarlos al lado opuesto. El guia, á pesar de su ánimo firme, se aturdió con aquel contratiempo, pero tuvieron la fortuna de que unas barqueras los pasasen á aquella hora de la noche. El peligro sin embargo no era tan grande como creian; pues aquel dia se habia levantado el estado de sitio, y en caso de ser descubierto Galiano, hubiera sido juzgado por los tribunales ordinarios, de los cuales nada tenia que temer. En su nuevo

asilo pudo pasarlo ya mejor, recibiendo de Bilbao libros, ropa y lo que necesitaba, y teniendo además el gusto de que fuera á verle su esposa. Los recios temporales del invierno impidieron que hasta el 26 de Diciembre llegase la embarcacion que debia ir en su busca, y sacarle del asilo en que se hallaba desde el 12 del mismo mes. Embarcóse el dia 26, y despues de permanecer dos en la ria, zarpó el 28 por la tarde de Portugaleta en una pequeña trinca-dura francesa de guerra, con la cual llegó al puerto de Pasages. En dicho punto, el Coman-dante del apostadero francés le recibió con afecto y cortesanía, y habiéndose alterado el mar, hubo de pasar dia y medio en Pasages, hasta que el 31 salió, llegando por la tarde del mismo dia á pisar la tierra segura de Francia, en el puerto de Socoa.

Trasladóse al momento á París, y desde allí á San German, donde permaneció; hasta que en Noviembre de 1842 pasó á Lóndres, para escribir en refutacion de cuanto allí decia contra la causa de sus amigos políticos la prensa inglesa, unánime en vituperarle. Escribió un folleto en inglés con el título de *Apelacion al*

buen sentido y justicia de la Nacion Británica en favor de los liberales moderados españoles, por un español; libro que no hizo efecto, ni contribuyó á rectificar las falsas ideas que en Inglaterra se tienen, ó tal vez afectan tener por interés, de la índole, circunstancias y tendencia de los partidos políticos que luchan en España.

En Junio de 1843 regresó Galiano á París, y allí permaneció, hasta que despues de derrocado el poder de Espartero por el movimiento nacional ocurrido en aquellos meses, (*) regresó á España.

Convocadas nuevas Córtes por el Gobierno provisional, y habiendo triunfado el principio parlamentario, se vió con estrañeza que Galiano, uno de los primeros hombres del Parlamento, no fuese incluido en ninguna de las candidaturas: pusosele sin embargo, á última hora, y despues de circulada otra, en la provincia de Córdoba; y aunque no salió Diputado obtuvo bastantes votos. Pero la falta de Galiano en el Parlamento era conocida y sentida de todos sus amigos políticos, y así fue que retar-

(*) Véase la biografía de Espartero tomo V.

dadas las elecciones de Barcelona por el levantamiento verificado allí en favor de la Junta Central, luego que tuvieron lugar eligieron para Diputado por aquella provincia al Sr. Galiano; y seguramente Barcelona no podía confiar á mas elocuente voz el abogar por sus intereses materiales, y por la conservacion y consolidacion del órden y de la libertad en aquella industriosa capital, que tantos escesos ha sufrido de parte de la revolucion. Pero al llegar las actas de la eleccion de Barcelona á las Córtes, antes de que pudieran ser examinadas, fueron estas suspendidas, á consecuencia de los últimos sucesos, y suspensas continúan á la hora en que escribimos. Si volvieran á abrirse, la voz de Galiano resonaria en ellas como siempre elocuente, y es de creer que si fuesen disueltas, en las nuevas elecciones figuraria el nombre de Galiano entre los elegidos.

Vuelto Galiano á Madrid, ha principiado de nuevo sus lecciones de Política Constitucional en el Ateneo Científico y Literario, á las cuales concurre un numeroso auditorio, ansioso de escuchar sus elocuentes y eruditos discursos, amenizados con el chiste y la gracia natural al

profesor. Estas lecciones se están publicando. El Sr. Galiano se ocupa tambien en la traduccion y anotacion de la Historia de España , escrita en inglés por el Doctor Dunham , y cuyo prospecto se ha publicado. Sensible es en verdad que ocupe su tiempo y emplee su distinguido talento en una traduccion, quien con tantos medios cuenta para obras originales. Pero á ello contribuirá sin duda la necesidad de proveer á su sustento y al de su familia, y el notable y no menos escandaloso abandono en que se deja á un hombre de sus conocimientos y servicios, y que habiendo dejado de percibir su cesantía como Ministro , cobra solo la de Consejero cesante del Consejo Real, con el atraso que es sabido , y sin contar con mas recursos que los de su trabajo para cubrir sus atenciones. De apóstata y transfuga han acusado al Sr. Galiano sus actuales enemigos políticos , en otro tiempo sus amigos: nosotros no vemos en su cambio de principios mas que una prueba evidente , de que su espíritu es demasiado elevado para no seguir el progreso de los conocimientos; de todos modos, si las riquezas, los honores y distinciones son el premio de las apostasias , Galiano no po-

drá por ellos ser acusado. Su situación actual es la mejor respuesta que puede dar á sus detractores.



Indice de las biografías contenidas

EN EL

TOMO SESTO.

D. FRANCISCO ESPOZ Y MINA.

MR. BENJAMIN CONSTANT.

D. CARLOS DE BORBON.

LORD JOHN RUSSEL.

VICTOR HUGO.

EL PRINCIPE DE LA PAZ.

MR. DE LAFAYETTE.

UGO FOSCOLO.

EL P. FR. CIRILO ALAMEDA.

EL BARON LARREY.

D. J. M. PUIG SAMPER.

D. ANTONIO ALCALA GALIANO.



Indice general de las Biografías

CONTENIDAS

EN LOS SEIS TOMOS.

—

ALAMEDA (P. F. CIRILO).	VI.
ALCALA GALIANO (D. ANTONIO).	VI
ALCALA GALIANO (D. DIONISIO).	V
ALVAREZ (D. MARIANO).	I
AHUMADA (DUQUE DE).	IV.
ARCHIDUQUE CARLOS DE AUSTRIA.	II.
ARGUELLES (D. AGUSTIN).	V.
BALZAC (MR. DE).	I.
BERNADOTTE (CARLOS XIV) REY DE SUECIA.	III.
BERRYER (MR. DE).	V.
BONAPARTE.	II.

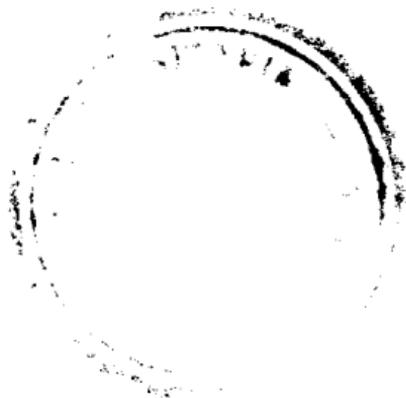
BORBON (DOÑA MARIA CRISTINA DE).	IV.
BORBON (D. CARLOS DE).	VI.
BROUGHAM (LORD).	V.
BYRON (LORD).	III.
CALOMARDE (D. TADEO).	II.
CARLOS X, REY DE FRANCIA.	IV.
CANNING (MR.).	III.
CHATEAUBRIAND (MR. DE).	IV.
CONSTANT (BENJAMIN).	VI.
EMPECINADO (D. JUAN DIAZ EL).	II.
ESPARTERO (D. BALDOMERO).	V.
ESPOZ Y MINA (D. FRANCISCO).	VI.
ESTEVE (D. RAFAEL).	III.
FERNANDO I, REY DE NAPOLES.	IV.
FERNANDO VII, REY DE ESPAÑA.	III.
FLORIDABLANCA (CONDE DE).	I.
GRAVINA (D. FEDERICO).	II.
GUIZOT (MR.).	II.
HUMBOLD (EL BARON DE).	IV.

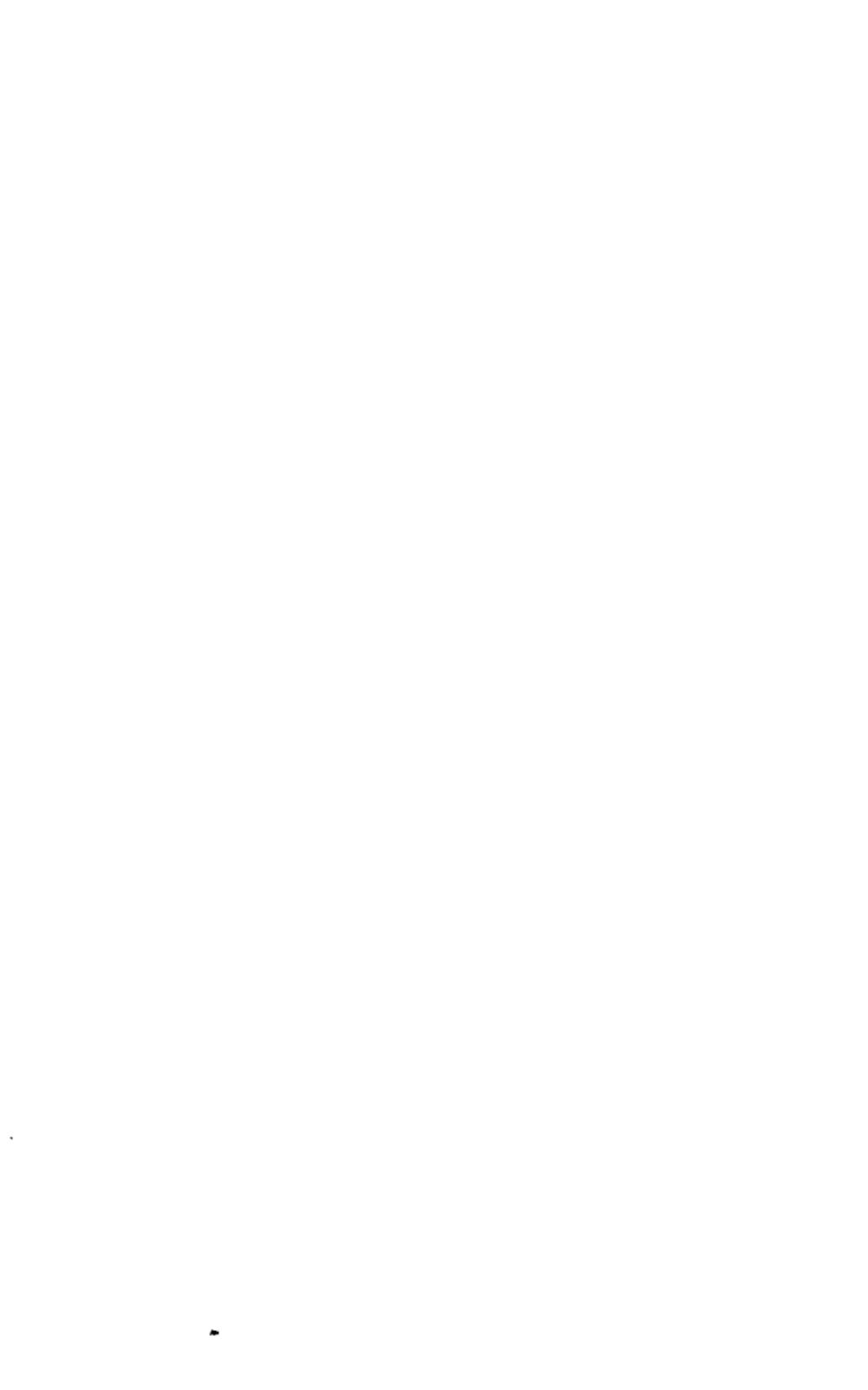
IBRAHIM BAJA.	I.
JOVE LLANOS (D. GASPAR MELCHOR DE).	I.
LAFAYETTE (MR. DE).	VI.
LAFFITTE (MR. DE).	III.
LA MENAIS (MR. DE).	III.
LARREY (EL BARON).	VI.
LEON (D. DIEGO DE).	I.
LOPEZ (D. VICENTE).	III.
LUIS FELIPE I, REY DE LOS FRANCESES.	III.
MAHAMUD II.	II
MARTINEZ DE LA ROSA (D. FRANCISCO).	II.
MAIQUEZ (D. ISIDORO).	V.
MAZARREDO (D. JOSE DE).	III.
METERNICH (MR. DE).	I.
MOLÉ (CONDE DE).	V.
MOHAMED ALI.	I.
MORATIN (D. LEANDRO FERNANDEZ).	IV.
MORILLO (D. PABLO).	II.
MURAT (JOAQUIN). REY DE NAPOLES.	V.
NAPOLEON.	II.
NOTHOMB (MR.).	V.

O'CONNELL (MR. DANIEL).	I.
ODILON BARROT (MR.).	V.
ORFILA (D. MATEO JOSE).	I.
PALMERSTON (LORD).	II.
PAZ (EL PRINCIPE DE LA).	VI.
PEEL (SIR ROBERTO).	IV.
PERIER (MR. CASIMIRO).	V.
PEZUELA (D. JOAQUIN DE LA)	III.
PIO VII.	IV.
PUIG SAMPER (D. J. M.)	VI.
ROSSINI (MR. JOAQUIN).	IV.
RUSSELL (LORD JOHN).	VI.
SILVIO PELLICO.	II.
SOULT (EL MARISCAL).	IV.
THIERS (MR.).	I.
TORENO (EL CONDE DE).	IV.
UGO FOSCOLO.	VI.
VICTOR HUGO (MR.).	VI.

WALTER SCOT.	V.
WELLINGTON (LORD).	I.
ZUMALACARREGUI (D. TOMAS).	III.

FIN DEL ÍNDICE





ANUNCIO.

Circunstancias particulares, y ademas el deseo de proporcionarse interesantes noticias sobre la vida de Personages Españoles, obligan á suspender la publicacion de esta obra, que como han visto nuestros suscritores, ha salido sin la menor interrupcion, y con una exactitud poco comun. Con la misma la continuaremos y acabaremos á los suscritores, por si gustan seguir. Hemos puesto un índice general de los seis tomos publicados, al fin del VI, para mayor facilidad en encontrar la biografia que se desee.

Faltaríamos á nuestro deber si no agradeciésemos al público la buena acogida que ha dispensado á esta interesante obra.

Los señores suscritores que tengan adelantado el pago para mas de los 5 tomos, podrán re-

coger lo que alcancen de los puntos en donde hayan hecho la suscripcion , y en los mismos pedir si les faltase alguna entrega , satisfaciendo su importe. En el concepto que si lo demorasen , no será fácil proporcionárselas despues de formadas las colecciones.

Los 6 tomos encuadernados de esta obra se hallan de venta, á razon de 30 rs. cada uno, en las librerías de Cuesta y Jordan en Madrid , y se enviarán á las provincias mediante el pedido que se haga á los comisionados , al precio de 36 reales tomando la coleccion completa.

